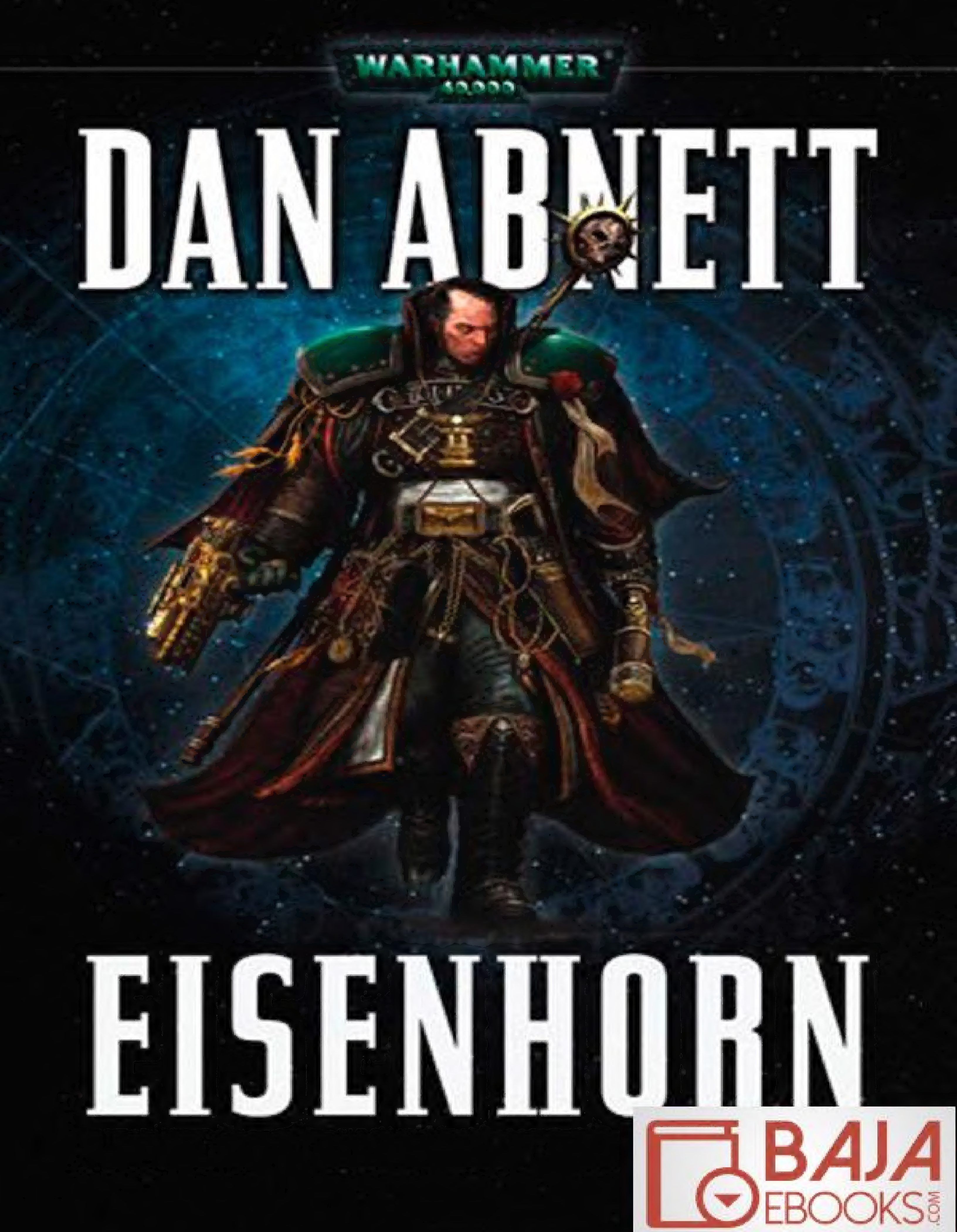

WARHAMMER
40,000
DAN ABNETT
EISENHORN
BAJA
EBOOKS.COM

Todos los mundos del Imperio temen a la Inquisición. Son la fuerza justiciera del Emperador y aniquilan la herejía y la corrupción en todas sus formas. Gregor Eisenhorn es uno de ellos, elegido por su fe inquebrantable, su voluntad de hierro y su increíble tenacidad. A pesar de ser un puritano entregado a la causa de la destrucción del Caos y de todos sus oscuros seguidores, incluso él se ve tentado a usar el gran poder del Caos. Cuando cruza la frontera, da el primer paso en el peligroso camino que podría llevarlo a convertirse en aquello que ha jurado destruir.

Por primera vez en un solo volumen se publican las novelas Xenos, Malleus y Hereticus, junto con dos relatos inéditos ambientados en el cruel mundo de la Inquisición.



Dan Abnett

Eisenhorn

Warhammer 40000. Eisenhorn 1

ePub r1.0
epublector 14.11.13


WARHAMMER
40,000

Introducción
Título original: *Introduction*
Dan Abnett, 2004
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2007

Xenos
Título original: *Xenos*
Dan Abnett, 2001
Traducción: Emma Fondevila, 2002

Perdida en combate
Título original: *Missing in Action*
Dan Abnett, 2001
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2007

Malleus
Título original: *Malleus. Book Two of the Eisenhorn Trilogy*
Dan Abnett, 2001
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2003

Telón de fondo por una corona
Título original: *Backcloth for a Crown Additional*
Dan Abnett, 2002
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2007

Hereticus
Título original: *Hereticus. Book Three of the Eisenhorn Trilogy*
Dan Abnett, 2002
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2003

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

INTRODUCCIÓN

A David Mamet le preguntaron una vez de dónde sacaba sus ideas, y él contestó: «Me vienen a la cabeza». De un modo muy parecido me contestó mi hija Lily cuando le pregunté de dónde sacaba tanta energía: «De los almacenes Woolworth». ¡Pam, parapam, pam! ¡Redoble de tambores!

Soy bastante menos ingenioso que cualquiera, de ellos dos, así que me cuesta trabajo contestar cuando me preguntan acerca de las ideas que tengo y de dónde las saco. Lo que hago normalmente es soltar lo típico, como: «A veces, cuando voy en él tren…» o «Nunca sabes cuándo te va a llegar una idea…».

Porque es así. Tengo una cabeza que es tan fiable y tan ordenada como una partida de Blood Bowl, por lo que he tenido que aprender a apuntarlo todo. Lo anoto todo, todo lo que se me ocurre, cualquier cosa. Sí, lo hago cuando voy en un tren, o en un avión, o estoy tirado en un sofá, o montado en un columpio, o en la fila del supermercado, y todo con tal de que no se me olvide. Utilizo cuadernos, sobres viejos, *post-its*, cara sin usar de la hoja de la lista de la compra, las frentes de los niros que pasan por mi lado; lo que tenga más a mano. Después, cuando le verdad necesito una idea, profesionalmente hablando, hojeo todo este puñado de papeles usados y al final encuentro algo que me hace decir: «Ah, sí, esto serviría». Excepto en las ocasiones en las que me digo: «¿Ero qué es? ¿Una “b”? ¿Qué pone aquí? ¿Esto lo he escrito yo?».

De modo que estoy encantado de decir que, en el caso de Eisenhorn (que es el nombre general que le hemos dado al ciclo de novelas y relatos cortos que aparecen en este volumen genial), soy capaz de recordar de dónde vino la idea. Lo cierto es que no fue de mí.

Hay un dibujo genial que estoy seguro muchos de vosotros conoceréis. Se llama *El inquisidor Tannenberg*, y es obra de John Blanche. Aparece en varios libros, incluido el *Inquis Exterminatus*. ¿Sabéis a cuál me refiero? Es un tipo con el cráneo pelado y lleno de cables, con un abrigo largo de piel negra, con un águila bicéfala sobre un hombro y en la mano una pistola bólter de cachas doradas. Sí, ése. ¿A que es un dibujo estupendo?

Llevaba varios años trabajando para Black Library en diversas obras, sobre todo las novelas de los Fantasmas de Gaunt, así que la ominosa pesadilla de ese futuro lejano, donde sólo hay guerra y la galaxia está en llamas y a todos les duele la cabeza, me era bastante familiar. Los editores procuraron siempre mantenerme informado de las novedades y de los suplementos más interesantes para que estuviera al tanto de lo que sucedía. Un día me encontré un paquete lleno de fotocopias, entre las que había bocetos, notas y maquetas. Me dijeron que se trataba de un nuevo juego, *Inquisitor*, y que estaban tan entusiasmados con las ideas y los conceptos que estaban surgiendo en el desarrollo del juego que habían decidido enviarme todo aquel material, de manera discreta, con la esperanza de que me inspirara algo al estilo de Gaunt.

Vi a lo que se referían en cuanto abrí el paquete y empecé a hojear los papeles. Lo que allí había era sin duda un magnífico filón, repleto de un material cargado de posibilidades. Entre las páginas, además de otras muchas ilustraciones fabulosas, había una copia del dibujo de John Blanche. Y eso fue lo definitivo. Tomé el teléfono, llamé a Black Library y dije: «Por favor, ¿puedo escribir algo acerca de esto?». Aunque lo cierto era que, en esos momentos, todavía no tenía muy claro exactamente a qué me refería con ese «algo».

Me dijeron que sí (creo que me notaron cierto entusiasmo en la voz). La idea era que si lograba escribir la novela con la rapidez suficiente, podría salir publicada al mismo tiempo que se ponía a la venta el juego,

con lo que parecería que éramos muy listos y previsores, como si todo aquello ya lo hubiésemos planeado de antemano.

Visité el Estudio y recibí una gran ayuda y excelentes consejos de los diseñadores del juego, sobre todo de Gav Thorpe. Después me puse a trabajar.

Creo que lo que más me inspiró del dibujo de John Blanche fueron los ropajes aristocráticos, el terciopelo negro brillante de las mangas, el repujado en oro del arma. Aquello no tenía nada que ver con los campos de batalla, con el barro y el gas venenoso de la línea del frente, o con sus monstruosas máquinas de guerra. Aquello era un fugaz vistazo a los bastidores de la complejidad interna del Imperio. Ofrecía la oportunidad de explorar lo que se podría llamar el lado «doméstico» del universo de Warhammer 40000, la vida diaria no relacionada con asuntos militares: en el trabajo, en los servicios religiosos, en los tribunales, en los callejones. Era una oportunidad de visitar mundos que no habían sido arrasados por la guerra y de ver la forma de vida que llevaban miles de millones de ciudadanos imperiales.

También ofrecía la posibilidad de descubrir qué males los acechaban, incluso entre las sombras de sus propias ciudades colmena.

La novela se convirtió en una trilogía que describe la carrera de un individuo. Existen otros relatos, dos de los cuales se incluyen en este volumen, que están relacionados con la trilogía, y para aquellos que estén interesados, las aventuras de unos cuantos de los personajes que aparecen continúan en las novelas de Ravenor, en las que estoy trabajando ahora mismo.

Los dibujos de John Blanche siempre han tenido una enorme influencia en el crecimiento del inigualable ambiente del universo de Warhammer 40000. Me siento orgulloso de decir que ese dibujo fue la inspiración que me condujo a *Eisenhorn*. Mire donde mires, sus visiones góticas recargadas y repletas de cantos afilados dan forma al juego, y me gustaría pensar que podéis encontrar alguna huella de sus dibujos en esta colección. Así que, aparte de las dedicatorias individuales que aparecen, este

volumen de relatos se lo dedico con el mayor de los respetos al señor John Blanche.

Por supuesto, si me entero de quién fue la idea de escribir todos estos relatos en primera persona, lo esperaré delante de su casa con un bate de béisbol. Los problemas de trama que eso ha llegado a causar…

Eh, espera. Si fui yo…

DAN ABNETT
Maidstone, 9 de agosto de 2004

XENOX



Para John Parsons, bonemagos

POR ORDEN DE SU SACRATÍSIMA MAJESTAD
EL DIOS-EMPERADOR DE TIERRA

EXPEDIENTES INQUISITORIALES
RESERVADOS SÓLO PERSONAS AUTORIZADAS

EXPEDIENTE: 112:67B:AA6:Xad
Sírvase introducir su código de autorización *************

Validando…

Gracias, Inquisidor.
Puede continuar.

TRANSCRIPCIÓN VERBAL DE DOCUMENTO
REGISTRADO EN IMÁGENES

LUGAR: MAGINOR
FECHA: 239.M41

RECUPERADO DEL MÓDULO DE MEMORIA DEL SERVIDOR

TRANSCRITO POR EL SABIO ELEDIX, FACULTAD DE LA BIBLIOTECA DE DATOS INQUISITORIA ORDO HERETICUS, FIBUS SECUNDOS, 240.M41

[Pictorregistro de ruido en blanco sigue a] Oscuridad, sonidos de dolor humano distante. Un destello de luz [¿posible fuego de láser?]. Ruido de pasos precipitados.

El pictorregistro se desplaza, rastrea, vibra. Algún muro de piedra en primerísimo plano. Otro destello, más brillante, más cercano. Quejidos de dolor [origen desconocido]. Un destello extremadamente brillante [pérdida de imagen].

[Imagen borrosa durante 2 minutos 38 segundos; cierto ruido de fondo.]

Un hombre [sujeto (i)] con túnica larga pasa gritando cerca de la fuente de imagen [voz irrecuperable]. Entorno, piedra oscura [pos. ¿túnel? ¿tumba?]. Identidad de (i) desconocida [sólo visión parcial del rostro]. El pictograbador se acerca por detrás de (i), observando cómo (i) extrae un martillo de energía que llevaba colgando bajo la túnica a la altura del muslo. Enfoca las manos de (i) aferrando el mango. Anillo de sello inquisitorial perfectamente visible, (i) se vuelve [el rostro oscurecido por las sombras], (i) habla.

> VOZ (i): ¡Entra! ¡Entra en nombre de lo más sagrado! ¡Vamos y [palabras tapadas por un estallido sonoro] a ese monstruo bastardo hasta aniquilarlo!

Más destellos luminosos, ahora claros impactos de láser cercanos. Los filtros del pictograbador no consiguen impedir el destello [imagen en blanco].

[Imagen en blanco durante 0 minutos 14 segundos; lentamente se recupera la resolución.]

El pictograbador pasa a través de una alta entrada de piedra de alguna estancia de proporciones considerables. Piedra gris, toscamente tallada. Vista panorámica. Cuerposa la entrada y también sobre los escalones interiores. Presentan heridas espantosas, destrozados. Piedras cubiertas de sangre fresca.

VOZ EN OFF [¿(i)?]: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Déjate ver!

El pictograbador entra. Dos formas humanas pasan a su lado por la izquierda, borrosas [la imagen revela que una de ellas [sujeto (ii)] es un hombre, aprox. 40 años, robusto, lleva pectoral de la Guardia Imperial [sin insignia ni identificación], importante cicatriz facial [antigua], lleva una ametralladora pesada alimentada por cinta; la otra (iii) es una mujer, aprox. 25 años, esbelta, piel teñida de azul, tatuajes y armadura ceñida de iniciado en el Culto de la Muerte Morituri, esgrime espada psíquica [aprox. 45 cm de largo].

Las formas borrosas de (ii) y (iii) salen del campo del pictograbador. El pictograbador toma panorámica en redondo, toma vista lateral de (ii) y (iii) enzarzados en un rápido combate cuerpo a cuerpo con adversarios en los escalones inferiores. Los adversarios son una mezcla heterogénea: seis humanos con implantes quirúrgicos/ biónicos, dos mutantes, tres servidores ofensivos [véase archivo adjunto para detalles de lugar], (ii) dispara la ametralladora pesada [distorsión de la banda sonora].

Dos adversarios humanos pulverizados [el humo de la explosión desdibuja parcialmente la imagen], (iii) decapita a un mutante, da una voltereta hacia atrás [conjetura de transcripción, pictograbador demasiado lento para seguirlo] y atraviesa a un adversario humano. El pictograbador se mueve hacia abajo [imagen espasmódica].

VOZ EN OFF: ¡Maneesha! ¡A tu izquierda! ¡A tu iz…!

El pictograbador toma una vista parcial mientras (iii) recibe varias descargas de fuego de energía, (iii) sufre convulsiones, estalla. El pictograbador es salpicado por la sangre pulverizada [la imagen se hace borrosa], (ii) grita y avanza saliéndose del campo visual mientras dispara su ametralladora pesada. Repentino fuego cruzado de láser [los destellos láser ciegan la óptica del pictograbador].

[Diversas fuentes de ruido, voces no identificadas, alguien grita.] [Vuelve la imagen.] (i) está justo delante del pictograbador. Entra a la carga en la estancia amplia, sencilla, iluminada por la luz verde de las lámparas químicas [rostro iluminado por la luz durante 0, 3 segundos], Sujeto (i) identificado positivamente como el Inquisidor Hetris Lugenbrau.

> LUGENBRAU: ¡Quixos! ¡Quixos! ¡Pasemos a todos por la espada y por el fuego purificador! ¡Ahora tú, monstruo! ¡Ahora tú, bastardo!
>
> VOZ [no identificada]: Aquí estoy, Lugenbrau. Kharnager espera. Lugenbrau (i) sale de foco. El pictograbador toma una panorámica.

La imagen da saltos. Restos humanos esparcidos por el suelo [composición identifica al sujeto (ii) como uno de nueve cadáveres]. Detonacione(s) importante(s) y cercana(s). La imagen tiembla. El pictograbador cae de lado.

[Imagen en blanco durante 1 minuto 7 segundos. Importante ruido de fondo.]

[Vuelve la imagen.] Lugenbrau se ve en un plano parcial a la izquierda luchando. El rastro luminoso de los golpes del martillo

de energía quedan superpuestos a la imagen durante varios segundos [imagen indistinta].

El pictograbador vuelve a enfocara Lugenbrau. Lugenbrau enzarzado en combate cuerpo a cuerpo con enemigo desconocido. Movimientos demasiado rápidos para el pictograbador. Imagen borrosa. Figuras humanas [identidad desconocida, pos. soldados enemigos] avanzan desde la derecha. Las cabezas de las figuras humanas estallan. Las figuras caen.

[Imagen en blanco. El pictograbador queda bloqueado. Duración desconocida.]

[Vuelve la imagen, imperfecta.] Tomas inestables de suelo y muros. Reenfoque borroso. El pictograbador vuelve a enfocar a Lugenbrau y adversario en combate [el humo empaña la imagen]. La lucha sigue siendo demasiado rápida para la pictofuente. Mucho ruido de fondo. Una línea brillante [supuestamente una espada] atraviesa a Lugenbrau. La imagen da saltos [cierta pérdida de imagen], Lugenbrau cae [la imagen se extingue].

[Pausa/imagen en blanco durante tiempo indeterminado.]

[Vuelve la imagen.] Primer plano de rostro mirando al pictograbador. Identidad desconocida [sujeto (iv)]. (iv) es bien parecido, escultural, sonriente, de mirada vacía.

VOZ (iv): Hola, pequeño, soy Cherubael.

Destello luminoso.

Grito [proveniente, al parecer, de la pictofuente].

[La imagen se extingue. Fin de la grabación.]



UNO

UNA FRÍA BIENVENIDA
LA MUERTE EN LAS CATACUMBAS LETÁRGICAS
ALGUNAS REFLEXIONES PURITANAS

Persiguiendo al reincidente Murdin Eyclone, llegué a Hubris en el Letargo de 240. M41, según el calendario sideral imperial.

El Letargo duró once meses del año lunar de veintinueve meses de Hubris, y los únicos signos de vida eran los custodios, con sus garrotes luminosos y sus trajes térmicos, encargados de vigilar los precintos de las tumbas de hibernación.

Dentro de esas catacumbas tenebrosas de basalto y ceramita, dormían los grandes de Hubris, soñando en tristes catacumbas de hielo, esperando el Deshielo, la estación intermedia entre Letargo y Vital.

Incluso el aire era gélido. Las tumbas estaban cubiertas de escarcha y una capa de hielo tapaba la tierra sin relieve. En lo alto, constelaciones estelares titilaban en la curiosa noche permanente. Una de ellas era el sol

de Hubris, ahora tan distante. Cuando llegase el Deshielo, Hubris giraría otra vez en el cálido abrazo de su estrella.

Se convertiría entonces en un globo ardiente cuando ahora era apenas un borrón luminoso.

Mientras mi cúter artillado se posaba en el campo de aterrizaje de pistas cruzadas de Punta Tumba, ya me había puesto un traje ceñido con calefacción interna y vendas de material aislante para el mal tiempo, pero a pesar de todo, el peligroso frío me cortaba como una espada. Me lloraban los ojos y las lágrimas se me congelaban en las pestañas y las mejillas. Recordé los detalles del informe cultural que me había preparado mi sabio y rápidamente bajé el visor antiescarcha tiritando mientras el aire caliente empezaba a circular bajo la máscara de plástico.

Los custodios, alertados de mi llegada por los astrópatas, me esperaban al pie de las pistas de aterrizaje. Encendieron estacas a modo de homenaje en medio de la noche helada, el aire se convertía en vapor con el calor que salía de sus ropas. Los saludé con una ligera inclinación de cabeza y mostré a su jefe la insignia de mi cargo. Me esperaba un trineo, un vehículo color óxido en forma de flecha de veinte metros de largo montado sobre esquís y orugas.

Con él abandoné la pista de aterrizaje, dejando atrás las luces parpadeantes de señalización de mi cúter artillado en medio de la perpetua noche invernal.

Las orugas levantaban detrás de nosotros una estela de escarcha. Por delante, a pesar de las lámparas, el paisaje era negro e impenetrable. Lores Vibben, yo y tres custodios íbamos en una cabina iluminada sólo por la luz ámbar del panel de control del vehículo. Los orificios de ventilación, ocultos en los asientos de cuero, insuflaban aire caliente que olía a cerrado.

Un custodio le pasó a Vibben una placa de datos. Ella le echó una rápida mirada y me la entregó. Me di cuenta de que todavía llevaba puesto mi visor. Lo levanté y empecé a buscar las gafas en mis bolsillos.

Con una sonrisa, Vibben sacó unas del interior de su propio traje aislante. Le di las gracias con una inclinación de cabeza, me las calcé

sobre la nariz y empecé a leer.

Acababa apenas de leer las últimas placas de texto cuando el trineo se detuvo.

—Procesional Dos-Doce —anunció uno de los custodios. Desmontamos tras volver a bajarnos los visores.

Copos brillantes de escarcha flotaban en la oscuridad en torno a nosotros, lanzando destellos de luz al atravesar el campo de los faros de nuestro vehículo. Había oído hablar del frío amargo, pero ruego al Emperador no volver a sentirlo nunca más. Era mordaz, atenazador y realmente sabía amargo en la punta de la lengua. Todas mis articulaciones se quejaban y rechinaban.

Tenía las manos y la mente entumecidas. Realmente espantoso.

El Procesional Dos-Doce era una tumba de hibernación situada en el extremo occidental de la gran Avenida Imperial. Albergaba a doce mil ciento cuarenta y dos miembros de la elite gobernante de Hubris.

Nos aproximamos al gran monumento y subimos haciendo crujir con nuestros pasos los escalones negros recubiertos de escarcha.

—¿Dónde están los custodios de la catacumba? —pregunté deteniéndome.

—Haciendo su ronda —me respondieron.

Miré a Vibbene hice un gesto de contrariedad. Ella deslizó la mano bajo su traje ribeteado de piel.

—¿Sabiendo que veníamos? —insistí volviendo a dirigirme a los custodios—. ¿Sabiendo que esperábamos encontrarlos aquí?

—Voy a ver —dijo uno de ellos, el mismo que nos había entregado la placa de datos. Se adelantó y subió los escalones haciendo balancear la luz fosforescente de su bastón.

Los otros dos no parecían muy cómodos.

Hice una señala Vibben para que me siguiera escaleras arriba. Lo encontramos en una terraza inferior mirando los cuerpos tendidos de cuatro custodios cuyos bastones luminosos yacían apagados a su alrededor.

—¿Co… cómo? —balbuceó.

—Hágase a un lado —le dijo Vibben sacando su arma. Su diminuta runa de color ámbar activada destelló en la oscuridad.

Saqué mi espada que emitió un zumbido al activarse.

La entrada sur de las tumbas estaba abierta y del interior salían rayos de luz dorada. Rápidamente se iban confirmando todos mis temores.

Entramos. Vibben barría el lugar de lado a lado con su pistola. La sala era estrecha y alta, iluminada por brillantes globos químicos. La escarcha ya había penetrado y empezaba a extenderse sobre el basalto pulido de las paredes.

A unos cuantos metros de la entrada otro custodio yacía muerto sobre un espejo de sangre que se iba endureciendo. Pasamos por encima de él. A cada lado se abría un pasillo que daba paso a los pabellones de hibernación, en todas direcciones se veían filas y filas de literas de hielo que llenaban las lisas cámaras de basalto.

Era como entrar en el mayor depósito de cadáveres del Imperio.

Admito que a esas alturas estaba nervioso, ansioso de acabar de una vez con una cuestión que ya duraba seis años. ¡Eyclone llevaba seis años rehuyéndome! Había pasado día tras día estudiando sus métodos y soñando con él por las noches, pero ahora podía olerlo.

Levanté mi visor.

Del techo caía agua. Agua de deshielo. Aquí dentro estaba subiendo la temperatura. En sus literas de hielo, algunas de las desdibujadas figuras empezaban a removerse.

¡Demasiado pronto! ¡Era demasiado pronto!

El primer hombre de Eyclone me salió al encuentro desde el oeste cuando iba cruzando un corredor transversal. Giré sobre mis talones con la espada de energía en la mano y le corté el cuello antes de que pudiera descargar su hacha de hielo.

El segundo vino del sur, el tercero del este y después fueron llegando más y más.

Una confusa multitud.

Mientras luchaba oí un furioso intercambio de disparos en las catacumbas que quedaban a mi derecha. Vibben estaba en apuros.

Podía oírla a través del enlace de voz de nuestras capuchas.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn!

Me di la vuelta asestando golpes a diestro y siniestro. Todos mis oponentes llevaban trajes térmicos e iban armados con instrumentos de hielo que hacían las veces de eficaces armas. Tenían los ojos oscuros y amenazadores. Aunque eran rápidos, algo en ellos daba la impresión de que actuaban como autómatas, respondiendo a órdenes.

La espada de energía, un arma antigua y elegante, bendecida por el propio Prevoste de Inx, respondía a los movimientos de mi mano. Con cinco movimientos rápidos acabé con ellos, y el vapor que emanaba de su sangre quedó suspendido en el aire.

—¡Eisenhorn!

Me di la vuelta y corrí, chapoteando por un corredor lleno de agua de deshielo. De arriba llegaron más disparos y un grito sobrecogedor.

Encontré a Vibben caída sobre una tubería de refrigeración. La sangre congelada la había adherido al plástico helado. Ocho de los sirvientes de Eyclone yacían a su alrededor. Su arma estaba fuera del alcance de su mano con el cargador agotado fuera de la empuñadura.

A mis cuarenta y dos años estándar, estoy en la plenitud, según las normas imperiales y soy joven aplicando las de la Inquisición. Toda mi vida he tenido fama de frío, de insensible. Algunos dijeron de mí que no tenía corazón, que era inclemente, incluso cruel. Pero no lo soy. No soy ajeno a las emociones ni a la compasión. Sin embargo poseo algo que tal vez mis superiores consideren como mi principal virtud: una singular fuerza de voluntad. A lo largo de mi carrera me fue muy útil servirme de esta capacidad y galvanizarme, inflexible, contra todo lo que esta desdichada galaxia pueda ponerme por delante. El dolor, el miedo o la pena son lujos que no puedo permitirme.

Lores Vibben había servido conmigo durante cinco años y medio. En ese tiempo me había salvado la vida dos veces. Se consideraba mi asistente y mi guardaespaldas, pero en realidad era más bien una compañera y una camarada. Cuando la recluté en los barrios bajos de

Tornish, la elegí por su habilidad en el combate y por su fuerza brutal, pero luego llegué a apreciarla por su agudeza, su ingenio y su mente despejada.

Me quedé mirando su cuerpo durante un momento, puede que incluso hubiera pronunciado su nombre.

Apagué mi espada de energía y, devolviéndola a su vaina, retrocedí hacia las sombras que había en el extremo de la galería de hibernación. Lo único que se oía era el ruido cada vez más persistente del deshielo. Sacando mi arma secundaria de la funda de cuero que la sujetaba bajo mi brazo izquierdo, comprobé la carga y abrí un enlace de voz. Indudablemente, Eyclone estaba controlando todo lo que entraba y salía del Procesional Dos-Doce, de modo que me valí de Glossia, un lenguaje cifrado informal que sólo conocíamos yo y mis allegados más directos. La mayoría de los inquisidores se inventan sus lenguajes particulares para sus comunicaciones confidenciales, unos más complejos que otros. Glossia, cuyos principios básicos había desarrollado diez años antes, era razonablemente compleja y había evolucionado, orgánicamente, con el uso.

—Espina desea égida, bestias entusiastas abajo.

—Égida, naciendo, los colores del espacio —respondió de forma inmediata y correcta Betancore.

—Espina de rosa, abundante, junto a la media luna púrpura.

—¿Junto a la media luna púrpura? —dijo tras una pausa—. Confirme.

—Confirmado.

—¡Sendero de cuchilla delphus! ¡Dibujo de marfil!

—Dibujo denegado. ¡Dibujo de crisol!

—Égida, naciendo.

La comunicación se interrumpió. Estaba de camino. Había tomado la noticia de la muerte de Vibben tan mal como yo había supuesto. Esperaba que eso no afectara a su conducta. Midas Betancore era un hombre impetuoso, sanguíneo, y a eso se debía en parte que me cayera bien, y que recurriera a él.

Volví a salir de las sombras empuñando el arma. Una pistola naval modelo Scipio, acabada en cromado mate con empuñadura de marfil incrustada; su peso en mi mano enguantada resultaba tranquilizador. Diez proyectiles, capaces de parar a un hombre sin fallar, iban en un cargador de muelle en la ranura que había dentro de la empuñadura. Tenía otros cuatro cargadores llenos en el bolsillo de la cadera.

No recuerdo de dónde había sacado la Scipio, pero llevaba varios años conmigo. Una noche, de esto hacía tres años, Vibben le había quitado las placas de ceramita de la empuñadura ya muy gastadas y adornadas con el Águila Imperial y el escudo de la Marina, y las había reemplazado por unas piezas de marfil que había tallado con sus propias manos. Me dijo que era una costumbre de Tornish cuando me la entregó al día siguiente. Las nuevas cachas llevaban tallada a cada lado de forma rudimentaria una calavera humana con una rosa llena de espinas que salía de una de las cuencas vacías, dejando caer unas cómicas gotas de sangre. Ella había incrustado unas piedras preciosas rojas para que se viera bien su naturaleza. Debajo de la calavera aparecía mi nombre grabado en un tosco pergamino.

Me había hecho reír. A veces incluso me había avergonzado sacar aquella arma barriobajera en un combate.

Pero ahora, ahora ella estaba muerta y me di cuenta de que había sido un honor para mí que me dedicara aquel trabajo.

Me hice una promesa: mataría a Eyclone con esta arma.

Como devoto miembro de la Inquisición de su alta majestad el Dios-Emperador, creo que mi filosofía está más próxima a la de los amalatianos. A la galaxia exterior, los miembros de nuestras órdenes les parecen todos iguales: un inquisidor es un inquisidor, un ser que provoca temor, un perseguidor. Muchos se sorprenden al saber que dentro de la Inquisición hay ideologías enfrentadas.

Sé que sorprendió a Vibben. Me pasé toda una tarde tratando de hacerle entender las diferencias, y no lo conseguí.

Reducido a su más simple expresión: algunos inquisidores son puritanos y otros radicales. Los puritanos creen y procuran imponer la doctrina tradicional de la Inquisición, trabajando para librar a nuestra comunidad galáctica de cualquier elemento criminal y malévolo: el triunvirato del mal que son los alienígenas, los mutantes y los demonios. Cualquier cosa que choque con la norma pura de la humanidad, las prédicas del Ministorium y la carta de la Ley Imperial es motivo de atención para un inquisidor puritano. Duro, tradicional, inclemente… así es el estilo puritano.

Los radicales consideran que cualquier método es aceptable siempre que cumpla con su cometido inquisitorial. Algunos, a mi entender, realmente hacen suyos y emplean recursos prohibidos, entre ellos la propia Disformidad, como armas para combatir a los enemigos de la especie humana.

He oído sus argumentos muchas veces. Me horrorizan. La creencia radical es herética.

Soy puritano por vocación y amalatiano por elección. Las formas ferozmente estrictas de la filosofía monodominante me convencen a veces, pero hay en ellas una leve sutileza que no es para mí.

Los amalatianos debemos nuestro nombre al cónclave reunido en el monte Amalath. Nuestro cometido es mantener el statu quo del Imperio, y trabajamos para identificar y destruir a cualquier persona u organismo que pueda desestabilizar el poder del Imperio desde fuera o desde dentro. Creemos que la unión hace la fuerza. El cambio es el mayor enemigo. Creemos que el Dios-Emperador tiene un plan divino, y trabajamos en pro de la estabilidad del Imperio hasta que se dé a conocer ese plan. Deploramos las facciones y las luchas intestinas… De hecho a veces resulta una ironía dolorosa que nuestras creencias nos señalen como una facción dentro de la espiral política de la Inquisición.

Somos la inconmovible columna vertebral del Imperio, sus anticuerpos, encargados de combatir la enfermedad, la locura, el daño, la invasión.

No concibo una forma mejor de servir, ni una forma mejor de ser inquisidor.

Así queda completo mi retrato. Gregor Eisenhorn, inquisidor, puritano, amalatiano, cuarenta y dos años estándar de edad, con dieciocho años como inquisidor. Soy alto y ancho de hombros, fuerte, resuelto. Ya les he hablado de mi fuerza de voluntad y estoy seguro de que habrán notado mi habilidad con la espada.

¿Qué más puedo decir? ¿Si llevo barba? ¡No! Además tengo ojos oscuros y el pelo aún más oscuro y espeso. Estos son detalles sin importancia.

Déjenme que les cuente ahora cómo maté a Eyclone.



DOS

EL DESPERTAR DE LOS MUERTOS
LA CÓLERA DE BETANCORE
LAS ELUCIDACIONES DE AEMOS

Me ceñía a las sombras, avanzando por la gran tumba con todo el sigilo de que era capaz. Un ruido atronador resonó en las catacumbas en deshielo del Procesional Dos-Doce. Puños y palmas aporreando las tapas de los ataúdes. Aullidos. Borboteos.

Los durmientes se despertaban, sus cuerpos helados, doloridos por la hibernación, atrapados en sus féretros. No había una guardia de honor de crioingenieros experimentados esperando para liberarlos, para irrigar sus órganos con biofluidos térmicos ni para inyectar estimulantes o masajear las extremidades paralizadas.

Gracias a los esfuerzos de Eyclone, doce mil ciento cuarenta y dos miembros de la clase dirigente del planeta despertaban antes de tiempo a la cruda estación del Letargo y no contaban para ello con la supervisión médica necesaria.

No me cabía la menor duda de que todos acabarían sofocados en cuestión de minutos.

Repasé mentalmente los detalles que mi sabio me había preparado. Había una sala central de control donde podría desactivar los cierres de las literas de hielo y al menos liberarlos. Pero ¿de qué serviría? Sin los equipos de resucitación necesarios, no sobrevivirían. Además, si iba hacia la sala de control, Eyclone tendría tiempo de escapar.

En el código de Glossia comuniqué este dilema a Betancore para que alertara a los custodios. Después de una pausa me informó de que grupos de choque y tripulaciones de refuerzo estaban en camino.

Pero ¿por qué? La pregunta seguía sin respuesta. ¿Por qué hacía esto Eyclone?

Una matanza masiva no era nada raro entre los seguidores del Caos. Pero tenía que haber algo más que las meras muertes.

Iba pensando en esto mientras atravesaba un pasillo en las profundidades del ala oeste del Procesional. Un golpeteo frenético venía de las literas de alrededor, y una mezcla repugnante de agua de deshielo y fluidos orgánicos salía de los drenajes y se derramaba por el suelo.

Sonó un disparo. Un disparo de láser. Me pasó a menos de un palmo y fue a atravesar la tapa de una litera de hielo que había detrás de mí. De inmediato cesó el golpeteo en esa litera y el agua que salía de la misma se tiñó de rosa.

Disparé mi Scipio catacumba abajo, sobresaltándome por el ruido que había producido.

Otros dos disparos de láser trataron de alcanzarme.

Tras cubrirme detrás de un saliente de piedra vacié un cargador completo en la galería. Los cartuchos vacíos humeaban en el aire a medida que el arma los iba expulsando. Me llegó el vapor caliente de la cordita.

Otra vez me puse a cubierto y cambié el cargador.

Algunos disparos más de láser me pasaron rozando y luego me llegó una voz.

—¿Eisenhorn? ¿Gregor, eres tú?

Eyclone. Reconocí al instante su voz aguda. No respondí.

—Estás muerto, ya lo sabes, Gregor. Tan muerto como todos ellos. Muerto, muerto, muerto. Sal de tu escondite y terminemos de una vez.

Era bueno, tenía que reconocerlo. Mis piernas realmente me empujaban a salir y ponerme al descubierto. Eyclone era tristemente famoso en una docena de sistemas establecidos por sus poderes mentales y su tono hipnotizador. ¿De qué otra manera habría obligado a estos locos de ojos oscuros a hacer su voluntad?

Pero yo tengo poderes similares y los he entrenado debidamente.

Hay ocasiones en las que se deben usar los poderes de la mente o de la voz para atraer a la presa. Y otras en las que hay que usarlos como una pistola primitiva y disparar a quemarropa.

Esta era una de ellas.

Imposté la voz, equilibré la mente y grité:

—¡Sal tú primero!

Eyclone no cayó en la trampa. Al igual que yo, tenía años de práctica de resistencia, pero sus dos matones fueron presa fácil.

El primero de ellos se puso en medio del pasillo de la galería y dejó caer su rifle láser con estruendo. La Scipio le abrió un agujero en la frente y le voló los sesos produciendo un grotesco vaho rosado. El otro trató de retroceder, consciente de su error, y empezó a disparar.

Uno de sus disparos chamuscó la manga de mi chaqueta. Apreté el gatillo de la pistola y sentí cómo la Scipio vibraba y se sacudía en mi mano.

El disparo lo alcanzó en la cara por debajo de la nariz, le destrozó los dientes de arriba e hizo estallar el cráneo hacia ambos lados. Vaciló y cayó. Sus dedos muertos siguieron disparando el rifle láser una y otra vez, haciendo volar los correajes de los puestos de hibernación que lo rodeaban. Agua pútrida, fluidos orgánicos y fragmentos plásticos se derramaron y algunos gritos subieron de tono.

Pude oír pasos por encima de los gritos. Eyclone escapaba. Corrí tras él por las catacumbas, galería tras galería.

Los gritos, el golpeteo… que el Dios-Emperador me ayude. Jamás los olvidaré. Miles de almas frenéticas despertándose para enfrentarse a una agonía mortal.

Maldito Eyclone. Al infierno con él.

Al cruzar la tercera galería lo vi, corriendo en paralelo a mí. Al verme a su vez, se detuvo y disparó.

Esquivé los disparos. Apenas lo vi un instante: un hombre enjuto vestido con ropas térmicas de color marrón, una perilla muy cuidada y ojos llenos de maldad.

Le devolví el disparo, pero ya había echado a correr otra vez. En la siguiente galería, nada. Esperé y me despojé de la prenda exterior. Empezaba a hacer calor y la humedad era agobiante en el Procesional Dos-Doce.

Al ver qué pasaba otro minuto y no había señales, empecé a desandar la galería hasta su posición anterior, con el arma preparada. Había dado diez pasos cuando salió de su escondite y me disparó.

Habría muerto allí mismo de no haber intervenido los caprichosos dioses del destino y de la suerte.

En el momento en que Eyclone disparó, varías criocámaras se abrieron por fin y unos humanos desnudos salieron vacilantes, entre aullidos, al corredor, con las manos atenazadas por el frío. Lloriqueaban y vomitaban, enceguecidos y quemados por el frío. Los disparos de Eyclone acabaron con tres de ellos y dejaron a otro malherido. De no haber sido por ellos, esos disparos de láser habrían acabado conmigo.

Pasos precipitados. Otra vez corría.

Me abrí paso por la galería, pasando por encima de los despojos de los durmientes que sin quererlo me habían salvado la vida. La que había resultado herida, una mujer de mediana edad, desnuda y tendida en medio del agua del deshielo, se aferró a mi pierna, rogando que la salvara. El disparo de Eyclone la había destripado.

Vacilé. Un disparo de gracia le habría evitado más sufrimientos, pero no fui capaz, en cuanto se despertaran, los jerarcas de Hubris no entenderían una muerte piadosa. Me quedaría atrapado aquí durante años, paseando mi caso por todos los tribunales de su legislatura.

Me desasí de ella y seguí adelante.

¿Me creen débil, inclemente? ¿Me odian por poner mi misión como inquisidor por encima de las necesidades de un ser agonizante?

Si es así, lo entiendo. Todavía pienso en aquella mujer y detesto haber dejado que muriera lentamente. Pero si me odian, hay algo de lo que estoy seguro… de que no son inquisidores. Carecen de la fuerza moral para serlo.

Pude haberla rematado y tal vez mi alma hubiera quedado aliviada, pero eso habría representado el fin de mi trabajo. Y hay que pensar en los miles… tal vez millones… que hubieran muerto en peores circunstancias de no haber mediado mis acciones.

¿Es eso arrogancia?

Puede ser… y a lo mejor la arrogancia es una virtud de la Inquisición, de buen grado pasaría por alto una muerte con agonía si pudiera salvar a cien, a mil, a más…

La especie humana debe sufrir para que la especie humana pueda sobrevivir. Es así de simple. Pregúntenle a Aemos, él lo sabe.

De todos modos, todavía sueño con ella y con su horrible agonía. Al menos compadézcanme por ello.

Seguí avanzando por las catacumbas y después de una o dos galerías más, el avance empezó a ser lento. Cientos de durmientes había conseguido liberarse y los pasillos estaban llenos de su dolor frenético y ciego. Sorteé a los que pude, apartándome de las manos que querían asirme, pasando por encima de algunos que se retorcían indefensos en el suelo. La suma de sus quejidos y lamentos era casi insoportable. Había un olor caliente, fétido, de podredumbre y despojos humanos. Varias veces tuve que liberarme de las manos que trataban de sujetarme.

Lo grotesco es que todo este horror facilitaba el seguimiento de Eyclone. Cada pocos pasos me topaba con otro durmiente muerto o moribundo, con otro de los eliminados sin piedad por los asesinos en su desesperada huida.

Encontré una puerta de servicio forzada al final del siguiente pasillo y entré en una empinada escalera de caracol que atravesaba el edificio. Los globos químicos suspendidos de los soportes de las paredes iluminaban el camino. Desde muy arriba me llegó el sonido de disparos y subí, con la

pistola en la mano y preparado, cubriendo cada vuelta de la escalera como Vibben me había enseñado.

Llegué hasta lo que una placa en la pared identificaba como el nivel ocho. Ahora podía oír el ruido de máquinas industriales y pesadas. A través de otra puerta de servicio forzada se accedía por los pasillos a la siguiente galería y a una compuerta lateral de acceso hecha de adamita gris bruñida con unas runas grabadas que la identificaban como la entrada a los principales generadores criogénicos. A través de ella salían humo y ruidos.

La cámara del criogenerador era enorme y el techo llegaba hasta la cúspide de la pirámide del Procesional Dos-Doce. El ensordecedor equipo que contenía era antiguo y de grandes proporciones. La placa de datos que me habían dado en el trinco me había informado de que los criogeneradores que controlaban las tumbas de hibernación de Hubris habían sido concebidos en un principio para equipar la flota de arcas que había transportado a los primeros colonos a este mundo. Habían sido separados y recuperados de las arcas gigantes a su llegada, y las tumbas de piedra se habían levantado en torno a ellos. Una hermandad de tecnomagos, descendientes de los ingenieros de la flota de arcas habían mantenido en funcionamiento los criogeneradores durante miles de años.

El criogenerador tenía sesenta metros de altura y estaba hecho de hierro forjado y cobre pintados con pintura al plomo rojo mate. Hacia arriba tenía ramificaciones en forma de conductos e intercambiadores de calor que se entrelazaban con los orificios de aireación del techo. El aire caliente de la sala vibraba con el ruido que hacían al funcionar. La atmósfera estaba cargada de humo y vapor y en cuanto atravesé la compuerta empezó a correrme el sudor por la frente y por la espalda.

Una mirada en derredor bastó para darme cuenta de que se habían abierto varias escotillas de inspección. La pintura roja estaba marcada y desconchada en los bordes donde se habían introducido las palancas, y cientos de años de ungüentos sagrados y sellos mágicos leximecánicos aplicados y atendidos por los tecnomagos se habían roto.

Al mirar por las tapas abiertas vi hileras de células de bobina dos de cobre, bastidores vibrantes humedecidos con lubricante negro, centrales de conexiones eléctricas aisladas y rezumantes tuberías de hierro. Unas pinzas de extremos de metal serrados habían sido colocadas en algunas de las células, y los cables que salían de dichas pinzas conectaban con un módulo pequeño y evidentemente nuevo de ceramita sujeto en el interior del marco de la compuerta. El visor digital rúnico del módulo parpadeaba con luz ambarina.

Este era el lugar donde los hombres de Eyclone habían iniciado artificialmente el proceso de resucitación. Eso significaba que, o bien había contado con tecnomagos locales o había traído consigo expertos de otro mundo. Fuera como fuera, eso representaba recursos considerables.

Seguí avanzando y subí por una escala metálica hasta una plataforma elevada de rejilla. Allí encontré algo más, un arcón rectangular de aproximadamente un metro y medio en su borde más largo. Se apoyaba sobre cuatro pies que imitaban garras y tenía a ambos lados unas asas para transportarla. La tapa estaba abierta, y por ella salían docenas de cables y conductores que la conectaban a las entrañas del criogenerador electromecánico descubiertas por la abertura forzada de otra compuerta.

Miré el interior del arcón, pero lo que vi no me dijo mucho: tableros de circuitos y complejos elementos metálicos conecta dos por haces de cables. Además había un espacio, un hueco almohadillado en el corazón del arcón, que evidentemente estaba preparado para recibir algo del tamaño de un puño cerrado. Allí había cables sueltos y enchufes adheridos con cinta y listos para ser conectados. Era obvio que faltaba un componente clave en este misterioso aparato.

La campanilla de mi enlace de voz sonó en mi oído. Era Betancore. A duras penas pude oír un rápido informe en Glossia con el ruido del criogenerador.

—Egida, ascenso a los cielos, tres veces septuplicada, una corona con estrellas. Ángel infame sin nombre, en Espina a las ocho. ¿Pauta?

Sopesé las posibilidades. No estaba dispuesto a correr más riesgos.

—Espina, pauta halcón.

—Pauta halcón recibida —dijo con alivio.

Por el rabillo del ojo capté un movimiento apenas medio segundo después de cortar la comunicación con Betancore: otro de los hombres de ojos negros de Eyclone salió en tromba de la compuerta principal con una antigua pistola láser en la mano.

Su primer disparo, una bola titilante de luz rosada, dio contra la barandilla metálica de la plataforma donde me encontraba produciendo un estallido metálico. La segunda y la tercera me pasaron por encima al agacharme y rebotaron en el lateral de hierro forjado del criogenerador dejando unas grietas chamuscadas.

Boca abajo en el suelo, disparé a mi vez, pero el ángulo no era bueno. Otros dos disparos de láser trataron de alcanzarme. Uno fue a dar en el borde de la plataforma y dejó un agujero en la rejilla. El que me disparaba estaba al pie de la escala.

Entonces entró otro hombre en la cámara llamando al primero. Llevaba un potente rifle automático. Al verme levantó el arma, pero yo tenía un ángulo claro sobre él y lo derribé rápidamente con dos disparos que le atravesaron la parte superior del torso.

El otro estaba ahora prácticamente debajo de mí y uno de sus proyectiles atravesó limpiamente la rejilla rozando mi pie derecho.

Sin dudarlo me incorporé y salté por encima de la barandilla aterrizando justo encima de él. Ambos caímos al suelo de la cámara y el fuerte impacto hizo que la Scipio se me escapara de la mano a pesar de todo el empeño que puse en retenerla. El hombre musitaba ante mi cara en una jerga ininteligible mientras me sujetaba con fuerza por la chaqueta. Le eché una mano a la garganta mientras con la otra le sostenía la mano en la que llevaba el arma tratando de apartar la pistola láser. Dos veces la disparó contra el techo de la cámara.

—¡Basta! —ordené, modulando el tono para dejar bien clara mi voluntad mientras me introducía en su mente—. ¡Suéltala!

Así lo hizo, dócilmente, como sorprendido. Las triquiñuelas psíquicas de voluntad a menudo apabullan a los que se ven sometidos a ellas. Al ver que flaqueaba le di un puñetazo certero que lo dejó inconsciente en el suelo.

Mientras me agachaba para recuperar mi Scipio, Betancore volvió a llamarme por el enlace de voz.

—Égida, pauta halcón, ángel infame abatido.

—Espina recibida. Reanudar pauta crisol. A mi vez, reanudé la persecución.

Eyclone ese fue abriendo camino hacia las catacumbas superiores y salió a una plataforma de aterrizaje enclavada en el lado inclinado del Procesional Dos-Doce. El viento soplaba con fuerza. Eyclone iba con ocho de sus acólitos y esperaba una nave orbital para que los llevara a lugar seguro.

No tenían forma de saber que, gracias a Betancore, su medio de evacuación yacía ahora envuelto en llamas en el empiterno hielo, unos ocho kilómetros hacia el norte, tras haber sufrido un fuerte impacto.

Lo que se elevó en ese momento por encima de la plataforma de aterrizaje en medio de la ventisca nocturna, entre el rugido de sus propulsores de descenso, fue mi cúter artillado. Cuatrocientas cincuenta toneladas de aleación blindada, ochenta metros desde la aguzada proa hasta la austera popa, el tren de aterrizaje todavía extendido como las patas de una araña, se elevaron sobre la estela rojo-azulada de sus chorros de propulsión. Las potentes luces del morro bañaron la plataforma y enfocaron claramente a Eyclone y sus acólitos dejándolos enmarcados en el blanco inclemente de su luz.

Presas del pánico, algunos de ellos dispararon.

Eso era todo lo que Betancore necesitaba. La cólera que se había apoderado de él al enterarse de la muerte de Vibben todavía estaba fresca.

Las torretas con ametralladoras emplazadas en los extremos de las robustas alas giraron y barrieron la plataforma con fuego aniquilador arrancando fragmentos de roca. Los cuerpos quedaron pulverizados.

Eyclone, más inteligente que sus hombres, había abandonado de un salto la plataforma en dirección a la compuerta en cuanto vio el cúter.

Y fue entonces cuando se dio de bruces conmigo.

La sorpresa le hizo abrir la boca y yo aproveché para meterle en ella el cañón del arma de Vibben. Estoy seguro de que quería decir algo importante, pero no me importaba nada.

Le metí el arma con tanta fuerza que el protector del gatillo le destrozó los dientes inferiores. Trató de echar mano a algo que llevaba en el cinturón.

Disparé.

Tras vaciarle el cráneo y destrozarlo al mismo tiempo, el proyectil todavía tuvo fuerza suficiente para atravesar la plataforma y arrancar una esquirla al morro acorazado del cúter que la sobrevolaba, justo debajo del parabrisas de la cabina.

—Lo siento —dije.

—No es nada —respondió Betancor por el enlace de voz.

—De lo más inquietante —dijo Aemos. Esta era su expresión más habitual. Estaba inclinado mirando al interior del arcón situado sobre la plataforma de la cámara del criogenerador. De vez en cuando estiraba la mano para tocar algo o se inclinaba para observar desde más cerca. Estos movimientos hacían que las gafas de gran aumento que cabalgaban sobre su nariz emitieran un ligero zumbido al enfocarse automáticamente.

Yo estaba a su lado, expectante, mirando la nuca de su vieja cabeza calva. Tenía la piel llena de pecas y una estrecha media luna de pelo blanco le cubría la parte posterior del cráneo.

Ubcr Aemos era mi sabio y el más antiguo de mis colaboradores. Había entrado a mi servicio cuando yo todavía no llevaba un mes en la carrera inquisitorial. Lo heredé del inquisidor Hapshant al que estaban matando las lombrices cerebrales. Aemos tenía doscientos setenta y ocho años estándar y había servido como sabio a tres inquisidores antes que a

mí. Vivía gracias a importantes implantes biónicos de tracto digestivo, hígado, sistema urinario, caderas y pierna izquierda.

Estando al servicio de Hapshant había sido herido por un proyectil de pistola. Los cirujanos que lo atendieron descubrieron que tenía un cáncer avanzado y galopante en el abdomen que hasta entonces nadie había diagnosticado. Si no le hubieran disparado habría muerto en cuestión de semanas. Gracias a la herida descubrieron su enfermedad, y cortaron y repararon su cuerpo con prótesis de plástico, ceramita y acero.

Aemos se refería a aquella prueba como su «sufrimiento afortunado» y todavía llevaba colgado al cuello de una cadena, el proyectil retorcido de la pistola que a punto había estado de matarlo pero en realidad le había salvado la vida.

—¿Aemos?

Se enderezó con dificultad acompañado del chirrido de sus implantes biónicos y se volvió hacia mí, sacudiendo los pliegues verdes de la túnica bordada que llegaba hasta el suelo. Sus gafas de aumento eran el rasgo más prominente de su vieja cara. A veces me hacía pensar en algún curioso insecto con ojos abultados y una boca estrecha y aguzada.

—Un codificador de diseño singular. Un procesador en serie, de disposición similar a las unidades de impulso mental usadas por el venerado Adeptus Mechanicus para gobernar la conexión entre el cerebro humano y el dios-máquina.

—¿Has visto antes esas cosas? —pregunté, apabullado.

—Una vez, en uno de mis viajes, de paso. No presumo de tener nada más que un conocimiento superficial. No obstante, estoy seguro de que al Adeptus Mechanicus le interesaría este artilugio. Es posible que se trate de tecnología ilícita o algo derivado de aparatos que les hayan sido robados. Sea como sea, lo confiscarían.

—De todos modos, no van a saber de él. Estas son pruebas inquisitoriales.

—Por supuesto —coincidió.

Desde abajo llegaban ruidos que nos distrajeron. Los custodios de las tumbas y los tecnomagos del criogenerador iban y venían por la cámara,

supervisando la descomunal y en mi opinión, inútil operación para salvar a los durmientes del Procesional Dos-Doce. La tumba entera era un hervidero de actividad y todavía no se habían apagado los espantosos gritos.

Vi que Aemos seguía las maniobras con gran interés, tomando notas en una placa de datos sujeta a su muñeca. A los cuarenta y dos años había contraído un mnemevirus que había alterado definitivamente sus funciones cerebrales y lo llevaba a recopilar información, fuera del tipo que fuera, siempre que se le presentaba la ocasión. Tenía una compulsión patológica a adquirir conocimiento, una adicción a los datos. Eso hacía de él un compañero molesto, propenso al despiste y un sabio perfecto, como ya habían comprobado cuatro inquisidores.

—Cilindros de acero soldados en frío —musitó mientras contemplaba los intercambiadores de calor—. ¿Habrá sido para otorgarle mayor resistencia al estrés ante cambios de temperatura o para facilitar la fabricación? Además ¿cuál es la amplitud del cambio térmico, dado…?

—Aemos, por favor.

—¿Hum? —se volvió a mirarme, recordando que estaba allí.

—¿El arcón?

—Cierto. Mil perdones. Un procesador en serie… ¿ya lo dije?

—Sí ¿y qué procesa? ¿Datos?

—Eso fue lo primero que pensé, entonces pensé en algunos procesos mentales, o de transferencia mental. Pero después de estudiar ambas posibilidades tengo mis dudas.

—¿Qué le falta? —pregunté señalando el arcón.

—Ah, ¿tú también lo notaste? Es de lo más inquietante. Todavía no estoy seguro, por supuesto, pero se trata de algo angular, de forma no estándar y con su propia fuente de alimentación.

—¿Estás seguro?

—No tiene orificios de admisión, pero sí de emisión. Y los enchufes tienen algo extraño. No son estándar.

—¿Son de origen xénico?

—No… humanos, simplemente no son estándar, están hechos a medida.

—Sí, pero ¿para qué? —preguntó Betancore que subía la escalerilla para reunirse con nosotros. Tenía una expresión sombría, sus ingobernables rizos negros enmarcaban su rostro delgado, de piel oscura, por lo general animado por una cordial vivacidad.

—Necesito seguir evaluando, Midas —dijo Aemos inclinándose sobre el arca.

Betancore me miró. Era tan alto como yo, pero de complexión más delgada. Sus botas, pantalones de montar y chaqueta eran de cuero negro con ribetes rojos, el antiguo uniforme de un piloto glaviano de cazas, y por encima llevaba una chaqueta corta de seda color cereza con paneles bordados iridiscentes.

Llevaba las manos enfundadas en guantes de piel ligera de bllek y siempre parecían peligrosamente próximas a las empuñaduras curvas de las pistolas de aguja que llevaba a la altura de la cadera.

—Te llevó tu tiempo llegar aquí —empecé.

—Me hicieron llevar el cúter de vuelta a las pistas cruciformes de Punta Tumba. Dicen que necesitan esta plataforma para vuelos de emergencia. Tuve que volver andando. Y también fui a ver a Lores.

—Tuvo una buena muerte, Betancore.

—Tal vez. ¿Es posible eso? —añadió.

No contesté. Sabía lo profundas que podían ser sus depresiones. Sabía que había estado enamorado de Lores Vibben, o al menos había llegado a la conclusión de que lo estaba. Sabía que las cosas no serían fáciles con él hasta que se recuperara.

—¿Dónde está ese ultramundano? ¿Ese Eisenhorn?

La voz, autoritaria, llegaba desde la cámara de abajo. Miré hacia allí. Un hombre había entrado en la cámara del criogenerador escoltado por cuatro custodios con trajes térmicos y portadores de bastones luminosos. Era alto, de piel pálida y pelo entrecano, aun que por su porte altivo se veía que era dueño de sí y arrogante. Llevaba un adornado traje térmico

ceremonial de color amarillo estridente. No sabía quién era, pero algo me decía que me traería problemas.

Aemos y Betancore también lo estaban observando.

—¿Tienes idea de quién es? —le pregunté a Aemos.

—Bueno, verás, el traje amarillo, al igual que los bastones luminosos que llevan los custodios, simboliza la vuelta del sol, y por lo tanto el calor y la luz. Es identificador de un oficial de alto rango del Comité de Custodios de los Durmientes.

—Eso ya lo suponía yo —musité.

—Bueno, su nombre es Nissemay Carpel, y es un Alto Custodio, de modo que debes dirigirte a él como tal. Nació aquí, en Vital 235, hace cincuenta años estándar, es hijo de…

—¡Basta! Sabía que llegaríamos a eso tarde o temprano.

»Soy Eisenhorn —dije acercándome a la barandilla.

Me miró conteniendo apenas la ira que hinchaba las venas de su cuello.

—Arrestadlo —ordenó a sus hombres.



TRES

NISSEMAY CARPEL
UNA LUZ EN LA OSCURIDAD SIN FIN
EL PONTIUS

Lancé a Betancore una mirada significativa para frenar su reacción y a continuación pasé tranquilamente a su lado, baje por la escalera metálica y me aproximé a Carpel. Los custodios me rodearon, pero a distancia.

—Alto Custodio —dije con una inclinación de cabeza.

Me lanzó una mirada firme pero cautelosa y se pasó la lengua por los labios finos para limpiarse la saliva.

—Quedáis detenido hasta…

—No —repliqué—. Soy un inquisidor del Dios-Emperador de la Especie Humana, Ordo Xenos. Cooperaré totalmente en todas las investigaciones que se lleven a cabo aquí, pero no puede ni debe detenerme. ¿Lo entiende?

—¿Un… inquisidor?

—¿Lo entiende? —repetí. No recurrí en absoluto a mi voluntad, no hasta ese momento. Lo haría en caso necesario, pero confiaba en que tuviera sentido suficiente como para escucharme antes. Podía ponerme las

cosas difíciles, pero yo podía hacer que la situación fuera insostenible para él.

Pareció ablandarse. Parte de su cólera se debía a la conmoción que le había producido este incidente, a la que habían sufrido tantos nobles planetarios de cuyo cuidado estaba encargado. Ahora tenía que conjugar eso con la idea de estar tratando con un miembro de la institución más temida del Imperio.

—Hay miles de muertos —empezó con voz temblorosa—. Esta profanación… lo más granado de la sociedad de Hubris, violada por un… por un…

—Un asesino, un discípulo de la oscuridad, un hombre que, gracias a mí, yace muerto ahora debajo de un plástico en la plataforma superior de aterrizaje. Lamento la gran pérdida que ha sufrido Hubris esta noche, Alto Custodio, y desearía haber podido evitarla, pero si yo no hubiera estado aquí para dar la alarma… bueno, imagine la tragedia a la que se enfrentaría ahora.

Le di tiempo para asimilar esa idea.

—No sólo este procesional, sino todas las tumbas de hibernación… ¿Quién sabe de qué habría sido capaz Eyclone? ¿Quién sabe qué era lo que se proponía?

—¿Eyclone, el reincidente?

—Él fue el que hizo esto, Alto Custodio.

—Deme un breve informe sobre lo ocurrido.

—Permítame que prepare un informe y se lo traiga. Es posible que usted también pueda darme respuestas. Dentro de unas horas lo convocaré para una reunión. Creo que ahora tiene mucho de que ocuparse.

Salimos de allí. Betancore entregó a los custodios menores un registro formal de pruebas que debían guardarse para que yo las inspeccionara. En la lista figuraban el arcón y los cuerpos de Eyclone y de sus hombres. No debían ser manipulados, ni examinados siquiera, hasta que lo hubiera hecho yo. El hombre al que había herido en la cámara del criogenerador, el único que no había muerto, sería detenido y quedaría pendiente de mi interrogatorio. Betancore dejó muy claras todas esas exigencias.

Nos llevamos a Vibben con nosotros. Aemos era demasiado débil, de modo que Betancore y yo llevamos su cuerpo envuelto en plástico sobre la camilla.

Salimos del Procesional Dos-Doce por las puertas principales de las catacumbas al frío mordaz de la noche perpetua y llevamos a Vibben hasta un trineo que esperaba, pasando junto a los cientos de filas de cadáveres que los custodios colocaban sobre el suelo helado.

Mi grupo y yo nos habíamos desplegado por Hubris tan pronto como habíamos llegado, tal había sido la urgencia de nuestra persecución. Ahora tenía la impresión de que permaneceríamos aquí por lo menos una semana, más incluso, si Carpel ponía dificultades. Durante el trayecto en trineo hasta la pista de aterrizaje, hice que Aemos lo dispusiera todo para nuestra estancia.

En Hubris, durante el Letargo, mientras el noventa y nueve por ciento de la población hiberna, hay un lugar que permanece activo. Los custodios y los tecnomagos resisten la larga y cruda oscuridad en un lugar llamado la Cúpula del Sol.

A cincuenta kilómetros de la gran extensión de las Llanuras Letárgicas donde hay filas y filas de tumbas de hibernación, la Cúpula del Sol se eleva como una oscura ampolla gris en medio de la noche permanente. Allí viven cincuenta y nueve mil personas, una pequeña ciudad comparada con las grandes urbes que dormitan por debajo de la línea del horizonte esperando que el Deshielo les devuelva a sus habitantes.

Contemplaba la Cúpula del Sol mientras nuestro cúter nos llevaba hacia ella entre la ventisca. Unas pequeñas luces rojas de señalización parpadeaban sobre la superficie de la cúpula y dos de los mástiles colocados sobre la cúspide.

Betancore iba silencioso, reconcentrado. Se había quitado los ceñidos guantes para que los intrincados circuitos glavianos dispuestos como incrustaciones de plata en las palmas de sus manos y en las puntas de sus

dedos pudieran conectar directamente con el sistema del cúter a través de la palanca de control.

Aemos iba en una cabina trasera, revisando manuscritos y placas de datos. Dos servidores independientes multitarca esperaban órdenes en la sala de la tripulación. En total, la nave contaba con cinco de ellos. Dos eran unidades de combate sin miembros, esclavizadas directamente a las troneras, y el otro, el servidor principal, un modelo altamente especializado llamado Uclid, jamás abandonaba sus funciones en la sala de máquinas.

Lowink, mi astrópata, permanecía en su cámara, conectado a los sistemas de voz e imagen, esperando una orden.

A Vibben la habíamos colocado en la litera de su camarote. Betancore hizo descender el cúter hacia la cúpula. Después de un intercambio de telemetría, una ancha compuerta se abrió en un lado de la cúpula. La luz que salió del interior era casi insoportable de tan brillante. Betancore accionó los antirreflectores del morro y aterrizó sobre la pista.

La superficie interior de la gran cúpula estaba cubierta de espejos. Un globo solar de efecto plasma brillaba el techo de la cúpula, bañando la ciudad con su ardiente luz blanca. La propia ciudad que se extendía debajo de nosotros parecía de cristal.

Nos posamos en la gran rada, una plataforma de metal de veinte hectáreas desde donde se dominaba la ciudad. La superficie de la plataforma parecía casi blanca por el resplandor que reflejaba. Unos pesados servidores monotarea salieron rodando y nos remolcaron hasta un silo de aterrizaje apartado de la plataforma principal donde servidores mecánicos acudieron a repostar combustible y a iniciar las tareas fundamentales de mantenimiento. Betancore no quería que nada ni nadie tocara el cúter, así que ordenó a Modo y a Nilquit, nuestros dos servidores independientes, que se hicieran cargo de las tareas y despidieran a los del lugar. Podía oírlos moviéndose alrededor de la nave, mientras los mecanismos chirriaban, intercambiando códigos de máquina entre ellos o con Uclid situado en la cabina de mandos.

Aemos se ofreció a buscarnos alojamiento en la ciudad, pero yo decidí que una litera de la nave era todo lo que necesitaba. El cúter tenía amplitud suficiente como para que nos sintiéramos cómodos en él. A menudo pasábamos semanas, o incluso meses a bordo.

Fui hasta el pequeño camarote de Lowink, situado debajo de la cabina de mando, y lo desperté. No llevaba mucho tiempo conmigo: mi anterior astrópata había muerto tratando de traducir un mensaje de disformidad hacía apenas seis semanas.

Lowink era un hombre joven, con una barriga prominente y nada saludable que colgaba de una estructura ósea muy menuda. Su cuerpo empezaba ya a deteriorarse por las exigencias de la vida de un psíquico. En su cabeza rapada se veían conexiones implantadas y grasientas que también recorrían sus antebrazos como pequeñas espinas. De algunas de estas conexiones salían cables, marcado cada uno de ellos con etiquetas de pergamino, que terminaban en la caja central de comunicaciones que había encima de su cuna. Su diminuto camarote estaba lleno de miles de cables enredados, pero instintivamente él sabía para qué servía cada uno y podía conectarlos con rapidez. El recinto olía a sudor e incienso.

—Señor —dijo. Su boca era apenas una ranura rosada y tenía un ojo vago, semicerrado, que le daba un aire de superioridad que casi hacía olvidar su natural timidez.

—Haga el favor de enviar un mensaje en mi nombre, Lowink. A la Regal Akwitane —la Regal era una nave corsaria que habíamos contratado para transportarnos al cúter y a nosotros a Hubris. Ahora nos esperaba en órbita, lista para volvernos a transportar por la disformidad—. Haga llegar al Capitán Golkwin mis respetos y dígale que por ahora permaneceremos aquí. Puede seguir su camino, no tiene sentido que se quede a esperarnos. Es posible que estemos aquí una semana o más. La forma habitual de cortesía. Dígale que le agradezco sus servicios y espero que volvamos a vernos.

—Lo haré enseguida —asintió Lowink.

—Luego quisiera que realizara otras tareas. Contacte con el principal Enclave Astropático aquí en Hubris, y solicite una transcripción completa

del tráfico ultramundano durante las últimas seis semanas. Además, cualquier registro de tráfico sin licencia, de individuos que usaran sus propios astrópatas. Todo lo que puedan proporcionarnos. Y no estaría de más una pequeña amenaza diciendo que el que solicita los datos es un inquisidor. No querrán encontrarse ante un tribunal por haber retenido información.

Volvió a asentir.

—¿Va a necesitar una autosesión?

—No, todavía no, pero la necesitaré en algún momento. Le daré tiempo para prepararse.

—¿Es eso todo, señor?

—Sí, Lowink —dije disponiéndome a marcharme.

—Señor… —hizo una pausa—. ¿Es cierto que la mujer Vibben está muerta?

—Sí, Lowink.

—Ah, ya me parecía que había mucho silencio —cerró la puerta.

El comentario no era tan insensible como podría parecer. Yo sabía lo que quería decir, aunque mis propias capacidades psíquicas eran incipientes y nada evolucionadas al lado de las suyas. Lores Vibben era una psíquica latente, y durante el tiempo que había estado con nosotros había habido un constante sonido de fondo, casi subliminal, transmitido inconscientemente por su mente joven y ávida.

Encontré a Betancore fuera, de pie, a la sombra de una de las robustas alas del cúter. Estaba mirando al suelo, fumando un cigarro de hoja de Iho. Yo no aprobaba los narcóticos, pero lo dejé pasar. Se había desintoxicado durante los últimos años, pero cuando lo conocí era un consumidor de obscura.

—Maldito resplandor —musitó entrecerrando los ojos ante aquel brillo insoportable.

—Una sobrerreacción típica. Tienen once meses de oscuridad absoluta, por eso iluminan su hábitat de una manera desmesurada.

—¿Tienen un ciclo nocturno?

—No lo creo.

—No me extraña que anden tal alterados. Luz extrema, oscuridad extrema, mentes extremas. Sus relojes biológicos y sus biorritmos deben de estar desquiciados.

Hice un gesto afirmativo. Ahí fuera había empezado a desmoronarme ante la idea de que la noche no iba a terminar nunca. Ahora tenía la misma sensación ante este mediodía permanente. En su informe, Aemos decía que el mundo se llamaba Hubris porque después de pasar setenta años estándar para llegar aquí a bordo de la flota de arcas, los colonos originales habían descubierto que las investigaciones eran incorrectas. En lugar de tener una órbita regular, el mundo que habían elegido estaba sometido a estas pautas extremas de oscuridad y luz. De todos modos se habían establecido, adoptando los métodos criogeneracionales que habían traído hasta aquí como parte de su cultura. Un error a mi entender.

Pero yo no estaba aquí para hacer una crítica cultural.

—¿Observas algo? —le pregunté a Betancore.

Hizo un gesto indeterminado abarcando la plataforma de aterrizaje.

—No reciben muchos visitantes en esta estación, el comercio está muerto, el mundo está apagado.

—Por eso fue que Eyclone lo consideró vulnerable.

—Sí. La mayor parte de las naves que hay aquí son locales, transatmosféricas. Algunas son para uso de los custodios, otras simplemente están amarradas para pasar el Letargo. He identificado a tres foráneas aparte de nosotros. Dos naves comerciales y un cúter privado.

—Pregunta por ahí. A ver si puedes descubrir a quién pertenecen y a qué han venido.

—Está hecho.

—La nave de Eyclone, la que derribaste ¿venía de aquí?

Dio una chupada a su cigarro y sacudió la cabeza.

—O bien venía de órbita o de algún lugar privado. Lowink captó su transmisión a Eyclone.

—Le pediré que me la muestre. Pero ¿podría haber venido de órbita? ¿Es posible que Eyclone tenga una nave estelar ahí fuera?

—No te preocupes, ya tenía intención de averiguarlo. Si la había, se ha marchado, y no hizo señal alguna.

—Me gustaría saber cómo llegó hasta aquí ese bastardo y cómo pensaba marcharse.

—Lo averiguaré —dijo Betancore aplastando lo que quedaba del cigarro con su bota. Sin duda pensaba hacerlo.

—¿Y qué pasará con Vibben? —preguntó.

—¿Sabes cuáles eran sus deseos? Nunca me mencionó nada. ¿Quería que sus restos fueran devueltos a Tornish para ser enterrados?

—¿Lo harías?

—Sí, si es lo que ella deseaba. ¿Era eso?

—No lo sé, Eisenhorn. Nunca me lo dijo.

—Revisa sus efectos personales. Mira si ha dejado algún testamento o algún tipo de instrucciones. ¿Puedes hacerlo?

—Lo haré con gusto —respondió.

Para entonces yo ya estaba cansado. Pasé otra hora con Aemos en su habitación atestada, llena de placas de datos, preparando un informe para Carpel. Expuse los detalles básicos, reservándome todo lo que consideré que él no necesitaba saber. Justifiqué mis acciones e hice que Aemos las cotejara con la legislación local, pero de todos modos quería hacerlo yo mismo. Un amalatiano se precia de trabajar con las estructuras de la sociedad imperial, ni pasándolas por alto ni excediéndose en su cumplimiento. Tampoco en su integridad, como haría un monodominante. Quería que Carpel y los oficiales superiores de Hubris se pusieran de mi parte, contribuyendo a mi investigación.

Cuando mi informe estuvo completo me retiré a mi habitación. Me detuve ante la puerta de Vibben, entré y puse suave mente la pistola naval Scipio entre sus manos, apoyada sobre su pecho, y volví a cerrar la mortaja. Era suya, había cumplido con su misión. Se merecía descansar con ella.

Por primera vez en seis años no soñé con Eyclone. Soñé con una oscuridad enceguecedora y luego con una luz que se resistía a marcharse. La luz tenía algo de oscuro. Ya sé que eran tonterías, pero ésa era la sensación que daba. Como una revelación que en realidad comunicaba una verdad más sombría, más profunda. Había destellos, como relámpagos, en los bordes del horizonte de mi sueño. Vi a un hombre hermoso, con la mirada vacía, no en blanco como las de los zánganos de Eyclone, sino vacía, como una inmensa distancia sin estrellas. Me sonrió.

En ese momento de mi vida, no tenía la menor idea de quién podía ser.

Fui a ver a Carpel al mediodía del día siguiente. Siempre era mediodía en la Cúpula del Sol, pero éste era el mediodía real según el reloj. Para entonces, Lowink, Aemos y Betancore ya habían reunido nueva información para mí.

Me afeité, me vestí de negro con botas de caña alta y una chaqueta formal de piel marrón con escamas. Llevaba al cuello la roseta inquisitorial. Quería que Carpel supiera que iba por cuestiones oficiales.

Aemos y yo bajamos de la superestructura de aterrizaje en un ascensor de jaula y encontramos a los custodios de traje amarillo que nos esperaban para escoltarnos. A pesar de la implacable luz blanca que nos rodeaba, seguían manteniendo encendidos sus bastones de luz. Proyectábamos unas sombras cortas y duras sobre el seco rocacemento de roca del vestíbulo mientras nos dirigíamos a una limusina abierta. Era un aparato enorme lleno de cromados con gallardetes que llevaban el escudo de Hubris ondeando sobre la capota. En el interior había cuatro filas de asientos tapizados de cuero detrás de la cabina del piloto situada en el centro.

Circulamos por las calles sobre ocho gruesas ruedas. Los bulevares eran anchos y, de más está decirlo, estaban brillantemente iluminados. A ambos lados había edificios con fachadas de cristal que miraban al centelleante globo solar de plasma que se veía en lo alto, como flores que

buscan la luz. A lo largo de todas las calles, cada treinta metros, había lámparas químicas sobre postes ornamentados empeñados añadir su propia luz al brillo generalizado.

El tráfico era escaso, y había a lo sumo unos cuantos miles de peatones en las calles. Reparé en que la mayoría llevaba trajes de seda amarilla y que había guirnaldas de flores amarillas decorando todos los pies de las farolas.

—¿Y esas flores? —pregunté.

—De las granjas hidropónicas de la cúpula oriental siete —me respondió uno de los custodios.

—¿Qué significan?

—Duelo.

—Lo mismo que los trajes —susurró Aemos en tono confidencial—. Lo que sucedió anoche fue una gran tragedia para este mundo. El amarillo es su color sagrado. Creo que la religión local es un culto solar.

—¿El sol como Emperador?

—Es bastante común. Aquí es mucho más comprensible, por razones obvias.

La sala de los custodios era una torre de cristal cerca del centro de la ciudad y tenía un disco solar en el que estaba inserta el águila de dos cabezas en sus caras superiores. Cerca de allí estaba la capilla local de la Eclesiarquía, y varios edificios cedidos al Administratum Imperial. Me resultó curioso que estuvieran construidos totalmente de piedra negra y casi no tuvieran ventanas. Era evidente que esos siervos imperiales destinados aquí tenían tan poca afición como yo a la luz permanente.

Pasamos por debajo de un pórtico de cristal y fuimos escoltados hacia la sala principal. Estaba llena de gente, todos custodios vestidos con sus trajes amarillos, algunos funcionarios locales y tecnomagos, y algunos administrativos y servidores. La propia sala tenía las proporciones de una capilla imperial, pero era de vitrales amarillos sobre una estructura negra de hierro forjado. La atmósfera estaba bañada de una luz dorada que se filtraba por el cristal. El suelo estaba cubierto por una enorme alfombra negra con un disco solar tejido en el centro.

—¡El inquisidor Eisenhorn! —anunció uno de mis escoltas por un amplificador. El silencio reinó en la sala y todos se volvieron a mirarnos mientras nos acercábamos. El Alto Custodio Carpel estaba sentado en un trono elevado suspendido con incrustaciones doradas. Había una luz química ardiente instalada sobre el cabecero de la silla flotante. Descendió hacia mí andando entre la multitud que se apartaba.

—Alto Custodio —saludé con una cortés inclinación de cabeza.

—Están todos muertos —me informó—. Los doce mil ciento cuarenta y dos. Todo el Procesional Dos-Doce está muerto. Ninguno sobrevivió al trauma.

—Mis más sinceras condolencias a Hubris, Alto Custodio.

La sala se convirtió en un pandemónium de voces que chillaban, gritaban, vociferaban.

—¿Sus condolencias? ¿Sus malditas condolencias? —se elevó la voz de Carpel por encima del clamor general—. ¿Gran parte de la elite gobernante muere en una noche y tenemos sus condolencias para consolarnos?

—Es todo lo que puedo ofrecerles, Alto Custodio —podía sentir a Aemos que temblaba a mi lado, tomando notas sin sentido en la placa de su muñeca sobre las costumbres y la forma de vestir y las formas del lenguaje… cualquier cosa con tal de alejar su mente de la confrontación.

—¡Con eso no basta! —me espetó un joven que tenía cerca. Era un noble local, joven y bastante firme, pero su piel tenía una palidez terrible, sudorosa y los custodios tuvieron que sostenerlo cuando estuvo a punto de caer hacia adelante.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—¡Vernal Maypell, heredero de los Dalloween Cantón! —si esperaba que me pusiera de rodillas y le suplicara le esperaba una decepción.

—Teniendo en cuenta la gravedad de este suceso, hemos despertado prematuramente de su letargo a algunos de nuestros ciudadanos de noble cuna —dijo Carpel—, el hermano del Señor Maypell y dos de sus esposas murieron en el Procesional Dos-Doce.

De modo que la palidez se debía a la resucitación. Observé que cincuenta o más de los presentes presentaban el mismo aspecto agotado y enfermizo.

Me volví hacia Maypell.

—Señor —repetí—, le ofrezco mis condolencias.

Maypell explotó de rabia.

—¡Su arrogancia me deja atónito, ultramundano! Trae a ese monstruo hasta nuestro mundo, lucha con él en medio de nuestros lugares más sagrados, una guerra privada que acaba con nuestras mejores gentes y usted…

—¡Un momento! —hice uso de mi voluntad. No me importaba. Maypell calló como atontado y toda la sala quedó en silencio—. Yo vine aquí para salvarlos y para poner coto a los planes de Eyclone. De no haber sido por mi intervención y la de mis compañeros, podría haber destruido una cantidad aún mayor de sus tumbas de hibernación. No quebranté ninguna de sus leyes. Puse cuidado en preservar sus códigos al hacer mi trabajo. ¿Qué quiere decir con eso de que traje a quí a ese monstruo?

—Hemos hecho indagaciones —respondió una mujer noble de edad avanzada. Al igual que Maypell, presentaba los síntomas de la resucitación y estaba echada sobre una litera transportada por servidores esclavos.

—¿Qué indagaciones, señora?

—Esa larga lucha con el asesino Eyclone. Cinco años ¿no es verdad?

—Seis, señora.

—Seis, de acuerdo. Lo persiguió hasta aquí. Lo atrajo hasta aquí. Lo trajo hasta aquí, como dijo el Señor Maypell.

—¿De qué manera?

—No se registró ninguna nave del ultramundo durante los últimos veinte días más que la suya, Eisenhorn —dijo Carpel revisando una placa de datos. La Regal Akwitane. Esa nave tiene que haberlo traído a él del mismo modo que lo trajo a usted, para acabar aquí su guerra sin importarles nuestras vidas. ¿Eligió usted Hubris porque era un lugar tranquilo, apartado, un lugar donde podrían poner fin a su enfrentamiento sin que los molestaran, durante la larga oscuridad?

A estas alturas yo ya estaba furioso. Me concentré para controlar mi rabia.

—¿Aemos?

—… ¿y qué tintes de silicato usan para la fabricación de esos vitrales? —estaba musitando Aemos a mi lado—. ¿Tiene una estructura blindada? Los soportes son de estilo gótico imperial temprano, pero…

—¡Aemos! ¡El informe!

Se sobresaltó y me pasó una placa de datos que llevaba en su cartera.

—Lea esto, Carpel. Léalo con atención —se lo alargué y luego lo aparté cuando hizo intento de cogerlo—. ¿O mejor lo leo en voz alta para todos los aquí reunidos? ¿Es necesario que explique cómo llegué aquí en el último momento cuando supe que Eyclone venía a Hubris? ¿Que lo supe sólo por una descripción astropática de un mensaje cifrado enviado por Eyclone hace dos meses? ¿Un mensaje que mató a mi astrópata cuando intentó traducirlo?

—Inquisidor, yo… —empezó Carpel.

Levanté la placa de datos para que todos pudieran verla, pulsando el botón que hacía que las palabras se visualizaran en la pantalla.

—¿Y qué me dice de esto? ¿De la prueba de que Eyclone llevaba casi un año planeando un ataque a su mundo? ¿Y de esto, obtenido anoche, de que una nave estelar no registrada entró y salió de su órbita para dejar a Eyclone hace tres días, pasando desapercibida a sus vigías planetarios y a los «Guardianes» custodios? ¿O del flujo detallado de comunicación astropática que su enclave local detectó pero que usted no se tomó el trabajo de rastrear ni de traducir?

Dejé caer la placa sobre las piernas de Carpel. Cientos de ojos me miraban en medio de un silencio estupefacto.

—Estaban totalmente expuestos y él lo aprovechó. No me culpe de nada salvo del hecho de haber llegado demasiado tarde para impedírselo. Como ya dije, les ofrezco mis condolencias. Y la próxima vez que se decida a enfrentarse a un inquisidor imperial —añadí—, tal vez se muestre más respetuoso. Soy comprensivo porque reconozco el trauma y la pérdida

que han sufrido, pero mi paciencia tiene un límite… aunque no mi autoridad.

Me volví hacia Carpel.

—Ahora, Alto Custodio ¿podemos hablar?, en privado, como creo haber solicitado.

Seguimos al trono flotante de Carpel hasta una recámara lateral dejando atrás una sala llena del murmullo de voces conmocionadas. Sólo uno de sus hombres nos acompañó, un tipo alto y rubio con un uniforme marrón oscuro que no reconocí. Un guardaespaldas, supuse. Carpel posó su trono en la alfombra y con el toque de una varita hizo que los cristales de la habitación se tintaran.

Por fin un nivel de luz razonable. Con eso me bastó para saber que Carpel me estaba tomando en serio.

Me indicó un asiento frente a él. Aemos se refugió en las sombras, detrás de mí. El hombre de marrón estaba junto a las ventanas, vigilando.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Carpel.

—Espero su total colaboración mientras llevo a cabo mis investigaciones.

—Pero la cuestión ya está cerrada —dijo el otro tipo. No aparté la vista de Carpel.

—Quiero su consentimiento para poder continuar y también su cooperación plena. Puede que Eyclone esté muerto, pero él no era más que la punta de lanza de un arma larga y peligrosa.

—¿De qué está hablando? —soltó el hombre de marrón. Seguí sin mirarlo.

—Si vuelve a hablar sin que yo sepa quién es —dije, con la vista fija en Carpel—, lo arrojaré por la ventana, y sin abrirla primero.

—Éste es el depurador Fischig, del Adeptus Arbites. Quería que estuviera presente.

Miré entonces al hombre vestido de marrón. Era un bruto corpulento, con una cicatriz brillante y rosada debajo de un ojo lechoso. A juzgar por

su piel tersa y su cabello rubio, se habría dicho que era joven, pero cuando lo estudié mejor vi que tenía por lo menos mi edad.

—Depurador —saludé con una inclinación de cabeza.

—Inquisidor —respondió a su vez—. Mi pregunta sigue en pie.

Me recliné en mi asiento.

—Murdin Eyclone era un propiciador. Un hombre brillante, retorcido, uno de los más peligrosos a los que haya perseguido jamás. A veces, cazar a la presa significa acabar con su maldad. Estoy seguro de que usted tendrá experiencia al respecto.

—Usted dijo que era un «propiciador».

—Por eso era tan peligroso. Creía que la mejor manera de servir a sus obscenos señores era poner sus considerables habilidades al servicio de los cultos y sectas que las necesitaban. No tenía ninguna alianza auténtica. Trabajaba para propiciar los grandes planes de los demás. Lo que estaba haciendo aquí, en Hubris, era preparar el terreno para los planes de alguien. Ahora está muerto y sus planes se han desbaratado. Podemos dar gracias, pero mi tarea no ha terminado. Tengo que partir de Eyclone, de sus hombres, de cualquier pista que hayan dejado y seguir el rastro de cualquier fuerza oscura, más grande y secreta, que lo estuviera empleando.

—¿Y para eso necesita la cooperación de la gente de Hubris? —preguntó Carpel.

—De la gente, de las autoridades, de ustedes… de todos. Esto es una misión del Emperador. ¿Le da a usted miedo?

—No, señor, por supuesto que no —me aseguró Carpel.

—Excelente.

Carpel me entregó una insignia de oro en forma de sol. Era pesada y antigua, montada sobre una almohadilla de cuero negro.

—Esto le dará autoridad. Mi autoridad. Realice su trabajo con minuciosidad y rapidez. Sólo pido dos cosas a cambio.

—¿Y son…?

—Que me informe de todo lo que descubra. Y que permita que el depurador lo acompañe.

—Yo hago las cosas a mi manera…

—Fischig puede abrir puertas y los módulos de voz aquí, en la Cúpula del Sol, que ni siquiera su insignia puede abrir. Considérelo como un guía local.

Y tus ojos y oídos, pensé. Pero sabía que estaba muy presionado por la nobleza para que presentara resultados.

—Agradeceré su ayuda —fue mi único comentario.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Fischig yendo al grano con una mirada ávida. Me di cuenta de que querían sangre. Alguien a quien endosarle las muertes, alguien que pudieran decir que habían capturado, o al menos ayudado a capturar. Quieren participar en cualquier éxito que pueda conseguir para quedar bien a los ojos del resto de la población cuando ésta se despierte dentro de unos meses y se entere de este desastre.

No podía culparlos de ello.

—En primer lugar —dije—, al depósito de cadáveres.

Eyclone parecía dormido. Le habían envuelto la cabeza con un bonete de plástico casi cómico para cubrir la herida que le había hecho. Enmarcada en el plástico, su cara tenía una expresión tranquila, sólo una leve magulladura alrededor de los labios.

Yacía sobre una base de piedra en la atmósfera helada del depósito que había debajo del Mortuorio Uno del Arbites. Sus secuaces estaban colocados sobre piedras numeradas en torno a él, al menos aquellos a los que habían recuperado más o menos intactos. Había recipientes con rótulos, conteniendo una materia más bien líquida, contra la pared trasera, los restos de los que Betancore había liquidado con los cañones del cúter.

En aquellos sótanos, el aire tenía una tonalidad azul y fría, y la escarcha cubría los recirculadores por los que se insuflaba aire bajo cero directamente desde el desierto de hielo que rodeaba a la Cúpula del Sol. Fischig nos había proporcionado a todos trajes térmicos para la visita.

Quedé impresionado por lo que vi: tanto por el diligente cuidado y la atención con que habían recuperado y almacenado los cuerpos como por el hecho de que nadie los hubiera tocado, respetando mis instrucciones. No

parece algo difícil de entender, pero había perdido la cuenta de las veces que el celo excesivo de unos sacerdotes de la muerte o cirujanos los había llevado a iniciar las autopsias antes de que yo llegara.

La superintendente del depósito era una mujer ojerosa de unos sesenta años llamada Tutrone. Nos recibió con un mono de plástico rojo sobre un antiguo y deshilachado traje térmico. La forense Tutrone tenía un implante biónico en un ojo y manipuladores de brillante acero quirúrgico para cortar y serrar huesos incorporados a la mano derecha.

—Hice lo que usted ordenó —me dijo mientras nos conducía por la escalera de caracol hacia la fría bóveda—, pero es irregular. Las normas establecen que debo iniciar los exámenes, al menos exámenes preliminares, lo antes posible.

—Le agradezco su diligencia, forense. Terminaré pronto y después podrá seguir el protocolo.

Tras calzarme unos guantes quirúrgicos pasé entre las filas de muertos, por lo menos veinte, dictando observaciones a Aemos. Poco pude sacar en limpio de los hombres. Deduje por la complexión y el color de la piel que algunos eran ultramundanos, pero no llevaban documentos ni identificadores quirúrgicos ni clave alguna sobre sus orígenes o identidades. Ni siquiera en sus ropas había nada digno de mención… Las etiquetas de origen habían sido arrancadas o quemadas. Existía la posibilidad de iniciar una investigación forense para identificar el origen de la ropa, pero significaría un enorme derroche de recursos.

En dos de ellos encontré cicatrices recientes que indicaban que los marcadores de identidad subcutáneos habían sido eliminados por medios quirúrgicos. Los marcadores de identidad no eran una práctica local, de modo que al menos me sirvió para confirmar su origen ultramundano. Pero ¿cuál? Había cientos de planetas imperiales que usaban rutinariamente esos artilugios, y su colocación y uso era más o menos estándar. Yo mismo había llevado uno durante algunos años, cuando niño, antes de que las Naves Negras me seleccionaran y me fuera retirado.

Uno de los cadáveres tenía curiosas cicatrices en los antebrazos, profundas, aunque no demasiado, atravesando la epidermis.

—Alguien ha usado una antorcha de fusión para eliminar los tatuajes de las bandas a las que pertenecían —dijo Aemos.

Tenía razón. Una vez más sentí que lo incompleto de la información me atormentaba.

Miré a Eyclone pensando que era mi apuesta más segura. Con ayuda de la forense le corté las ropas, todas ellas tan anónimas como las de sus seguidores. Dimos la vuelta a su cadáver desnudo buscando… bueno, cualquier cosa.

—¡Ahí! —dijo Fischig inclinándose. Una marca identificadora sobre la nalga izquierda.

—El Serafín de Laoacus. Una antigua marca del Caos. Eyclone se la hizo hacer para honrar a los que entonces eran sus señores, hace veinte años. Un culto anterior, un patrón anterior. Nada que ver con esto.

Fischig me miró con expresión curiosa.

—¿Conoce los detalles de su carne desnuda?

—Tengo mis fuentes —respondí. No quería tener que contar le la historia. Eamanda, una de mis primeras compañeras, brillante, hermosa, atrevida. Ella había descubierto los detalles para mí. Ahora hacía ya cinco años que estaba en un manicomio. El último informe que había recibido decía que se había comido sus propios dedos.

—¿Pero se marca él mismo? —continuó Fischig—. ¿Lleva la marca de cada nuevo culto en el que se mete para mostrar su alianza?

Al hombre no le faltaba razón, maldita sea. Miramos con atención. Al menos seis cicatrices de láser en su cuerpo parecían haber sido marcas de otros cultos, eliminadas después de haber abandonado esas asociaciones.

Detrás de la oreja izquierda llevaba una incrustación cutánea de plata con la forma del Buboe Caótica.

—¿Y esto? —preguntó Tutrone rasurando esa zona de la cabeza con las cuchillas de sus dedos para dejarlo a la vista.

—También antiguo.

Me aparté un poco del cadáver y pensé intensamente. Cuando lo maté él buscaba algo en su cinturón, o al menos me había dado esa impresión.

—¿Sus efectos? —pregunté.

Estaban en una bandeja de metal a su lado. Su pistola láser, un transmisor de voz compacto, una caja con incrustaciones de perlas que contenía seis tubos de obscura y un encendedor, una placa de crédito, células de repuesto para la pistola y una llave de plástico. Y el cinturón, con cuatro bolsillos abotonados.

Los fui abriendo, uno por uno: algunas monedas locales; un cuchillo láser en miniatura; tres barras alimenticias calóricas; un mondadientes de acero; más obscura, esta vez en viales inyectables; una pequeña placa de datos.

En el momento de su muerte ¿cuál de estas cosas buscaría?

¿El cuchillo? Demasiado lento y pequeño para contraatacar a un hombre que le tenía metida en la boca una pistola naval. Claro que estaba desesperado.

Y además, no había echado mano a la pistola láser que llevaba en la funda.

¿La placa de datos tal vez? La cogí y la activé, pero para acceder hacía falta una clave. Puede que encerrara todo tipo de secretos… pero ¿por qué habría un hombre de echar mano de una placa de datos al enfrentarse a una muerte segura?

—Vestigios de marcas, en el antebrazo —afirmó Tutrone mientras continuaba su examen.

Nada raro, teniendo en cuenta el arsenal de drogas que le habíamos encontrado encima.

—¿Ningún anillo? ¿Ni brazaletes o pendientes? ¿Ninguna perforación?

—Nada.

Saqué una bolsa de plástico de un dispensador que había en el carrito quirúrgico y puse en ella todos sus efectos.

—Firmará por eso ¿verdad? —preguntó Tutrone levantando la vista.

—Por supuesto.

—Usted lo odiaba ¿no es cierto? —dijo Fischig de sopetón.

—¿Qué?

Se recostó contra una piedra y se cruzó de brazos.

—Lo tenía a su merced y sabía que su cabeza estaba llena de secretos, pero se la vació con su pistola. No me duelen prendas a la hora de matar, pero sé cuándo estoy derrochando plomo. ¿Fue un ataque de ira?

—Soy un inquisidor. No me dejo llevar por la ira.

—¿Entonces qué?

Ya me estaba cansando de su tonito sarcástico.

—Usted no tiene ni idea de lo peligroso que era este hombre. No estaba dispuesto a correr riesgos.

—Parece perfectamente inofensivo —se burló Fischig echando una mirada al cadáver.

—¡Aquí hay algo! —dijo Tutrone. Todos nos acercamos. Estaba trabajando en su mano izquierda, con delicadeza, con sus escalpelos y sondas, manejando sus dedos potenciados como una costurera.

—El dedo índice de la mano izquierda. Está extrañamente lívido e hinchado —pasó un pequeño escáner por él.

—La uña es de ceramita. Artificial. Un implante.

—¿Y qué tiene dentro?

—Desconocido. Una lectura fantasma. Puede que haya… ah, ahí está… una cerradura debajo de la carne. Se necesitaría algo pequeño para abrirla.

Ajustó su dedo biónico y extrajo una sonda de metal muy fina, tan fina como… un mondadientes.

—¡Atrás! ¡Atrás enseguida! —grité.

Demasiado tarde. Tutrone había abierto la cerradura. La uña falsa saltó hacia atrás y algo salió volando de la cavidad que había en el extremo del dedo. Un gusano de plata, como el hilo de un collar, atravesó el aire como un relámpago.

—¿A dónde fue a parar?

—No lo sé —dije, empujando a Tutrone y Aemos hacia atrás—. ¿Lo ha visto? —le pregunté a Fischig.

—Por allí —dijo, sacando una pistola automática de morro corto y color negro brillante de entre sus ropas.

Eché mano de mi propia pistola, pero recordé que se la había devuelto a Vibben.

Cogí, entonces, un cuchillo de hueso que había en el carrito. El gusano volvió deslizándose hacia la luz. Ahora tenía un metro de largo y varios centímetros de grueso. Qué asquerosa brujería había causado esa expansión, no quería saberlo. Estaba hecho de metal segmentado y la cabeza era un cono sin ojos partido por una boca sibilante llena de dientes afilados como cuchillas de afeitar.

Tutrone dio un grito cuando se abalanzó sobre nosotros. La aparté hacia un lado y aquella cosa pasó restallando por encima de nuestras cabezas y fue a clavarse en un cadáver situado en una peana cercana. Se oyó un ruido espantoso de absorción, un sonido como de roedura y el gusano desapareció dentro del torso del cadáver a través de un orificio mellado.

El cadáver vibró y explotó, llenando el aire de un asqueroso vapor. El gusano salió de él como una exhalación y desapareció por el suelo. Para entonces, Fischig había abierto fuego y había hecho volar al destrozado cadáver de la peana. El gusano había desaparecido hacía tiempo.

—Mecanismo activado al tacto —Aemos murmuraba para sí—, muy discreto, probablemente de manufactura xénica, un arma de protección, con algún sistema de alteración de masa que lo expande en contacto con el aire y lo libera, rastreando por sonido…

—¡Cállale ya! —le dije, colocándolos a él y a Tutrone contra la pared del fondo. Fischig y yo avanzamos en trayectorias paralelas a través de las filas de peanas, con las armas preparadas.

Reapareció. Cuando por fin lo vi, lo tenía prácticamente encima, cortando el aire sobre su cola metálica. En una fracción de segundo, reflexioné que así era como Eyclone había querido que muriera yo. Esto era lo que había intentado lanzar contra mí sobre la plataforma de aterrizaje en el Procesional Dos-Doce.

La rabia me hizo luchar contra aquello. De un mandoble, mi hoja desplegada entró directamente entre los dientes amenazadores y penetró por la garganta. El impacto me derribó hacia atrás. Me encontré con que tenía aquella cosa pesada, de dos metros de largo, restallando en el extremo de mi cuchillo como un látigo.

Unos disparos pasaron sobre mí. Fischig trataba de darle.

—¡Acabará por matarme, idiota!

—¡Manténgala quieta!

Con un chirrido metálico se estaba comiendo la hoja y el mango en dirección a mi mano.

Tutrone se acercó por detrás de mí y juntos luchamos por colocar aquella cosa poderosa y movediza sobre una peana. La forense activó una sierra para huesos de su mano potenciada y le cercenó el cuello con un chillido escalofriante.

El cuerpo seguía moviéndose. Tutrone lo cogió y lo sumergió en una cuba con ácido reservada para desechos orgánicos. La cabeza sibilante y el cuchillo que continuaba mordiendo siguieron la misma suerte.

Los cuatro nos quedamos mirando cómo se desintegraban aquellos restos restallantes.

Me volvía mirara la forense Tutrone y a Fischig.

—Ya sé a cuál de los dos quisiera tener cerca en una pelea —musité.

Tutrone se rió, pero no así Fischig.

—¿Qué era? —me preguntó Aemos mientras avanzábamos a toda velocidad por las calles en el vehículo de Fischig hacia el cuartel general del Arbites.

—Tú averiguaste más de lo que yo sé —repliqué—. Un regalo de sus amos, sin duda.

—¿Qué clase de amos harían una cosa así?

—Unos muy poderosos, Aemos, de la peor calaña.

Nuestra reunión, en la austera sedes del Arbites, fue breve. A petición mía, Fischig había llamado al Magus Palastemes, el jefe de los tecnomagos del criogenerador.

Echó una mirada al arcón que había en la sala de pruebas y dijo que no tenía la menor idea de lo que era.

—Gracias, eso es todo —le dije. Me volví hacia Fischig—. Haga que lo envíen de inmediato a mi nave.

—Es una prueba de Estado… —empezó.

—¿Para quién trabaja usted, Fischig?

—Para el Emperador.

—Entonces hágase la idea que yo soy él y no estará muy equivocado. Haga lo que le he dicho.

Hadam Bonz estaba esperándonos en la sala de interrogatorios. Lo habían desnudado, pero Fischig me aseguró que no habían encontrado nada importante en su ropa.

Bonz era el hombre al que yo había derribado en la cámara del criogenerador, el único de los hombres de Eyclone que había sobrevivido aquella noche. Tenía la boca hinchada por el golpe que yo le había dado. Lo único que había admitido era su nombre.

Fischig, Aemos y yo entramos en la sala, un recinto de piedra desnuda. Bonz estaba atado a una silla metálica y parecía aterrorizado.

Y tenía razón para estarlo, pensé.

—Hábleme de Murdin Eyclone —dije.

—¿De quién? —ahora la oscuridad había desaparecido de sus ojos al romperse el hechizo de Eyclone. Estaba atónito y con fundido.

—Entonces hábleme de lo último que recuerde.

—Yo estaba en Tracian Primaris. Esa era mi patria. Era estibador en los muelles. Recuerdo haber ido a un bar con un amigo. Eso es todo.

—¿Qué amigo?

—Un capataz del puerto llamado Wyn Eddon. Creo que nos emborrachamos.

—¿Mencionó Eddon a un tal Eyclone?

—No. Dígame ¿dónde estoy? Estos bastardos no me lo quieren decir. ¿Qué se supone que he hecho?

—Para empezar, trató de matarme —sonreí.

—¿A usted?

—Soy un inquisidor imperial.

Al oír eso, el terror le hizo perder el control de sus funciones orgánicas. Empezó a implorar, a rogar, mencionar todo tipo de fechorías que no venían a cuento.

Desde el primer momento supe que no me servía para nada. No era más que un esclavo hipnotizado, elegido por sus músculos, y que no sabía nada. Pero de todos modos pasamos dos horas con él. Fischig giró lentamente un dial que había cerca de la puerta y que dejaba entrar cada vez mayor cantidad de aire bajo cero de afuera de la Cúpula del Sol. Vestidos con nuestros trajes térmicos no parábamos de hacer preguntas.

Cuando la carne de Bonz empezó a pegarse a la silla de metal supimos que no había nada más.

—Calentadlo y dadle bien de comer —dijo Fischig a sus hombres cuando salíamos de la celda—. Lo ejecutaremos al amanecer.

No pregunté si eso significaba algún momento arbitrario en el siguiente ciclo o realmente se refería al auténtico amanecer para el que faltaban seis meses, a comienzos del Deshielo.

No me importaba demasiado.

Fischig nos dejó libres durante un rato y Aemos y yo almorzamos en una taberna pública que estaba casi directamente de bajo de la Cúpula del Sol. La comida estaba agria, recompuesta de consumibles deshidratados y congelados, pero al menos estaba caliente. Unas fuentes proyectaban muros de agua por los bordes de la taberna, de modo que la luz del globo solar producía arco iris entre las mesas y los pasillos. En este lúgubre día de duelo, no había más comensales que nosotros.

Aemos estaba de buen humor. Charlaba por los codos, estableciendo conexiones que yo ni siquiera había vislumbrado. Con todos sus defectos, poseía una mente superior. Cada hora que pasaba con él aprendía nuevas técnicas.

Estaba comiendo pescado y arroz con un tenedor y revisando su placa de datos.

—Veamos el retraso en las transmisiones que detectó Lowink en los mensajes que Eyclone envió y recibió mientras estuvo en el planeta.

—Están todos cifrados. Lowink todavía no los ha descifrado.

—Sí, sí, pero piensa en el retraso. Este… ocho segundos… es de una nave en órbita… y el tiempo coincide con el período en el que sabemos que la misteriosa nave estelar de Eyclone estuvo aquí. Pero éste… durante tu enfrentamiento con él la noche pasada. Un retraso de doce minutos y medio. Eso viene de otro sistema.

Hice un alto mientras trataba de masticar un trozo de carne que parecía de metal y eché un vistazo. Antes no había dado mucha importancia a la borrosa barra lateral que bordeaba todo el mensaje astropático.

—¿Doce y medio? ¿Estás seguro?

—Hice que Lowink lo comprobara.

—¿Y eso nos da un marco de referencia?

Sonrió, contento de que yo lo estuviera.

—Tres mundos en la imagen. Todos con un retraso de entre once y quince minutos de aquí. Tracian Primaris, Kobalt II y Gudrun.

Tracian Primaris no constituyó una sorpresa. Había sido el último puerto en el que habíamos hecho escala, el último lugar donde habíamos visto a Eyclone. Y, por lo que habíamos podido sonsacar a Bonz, el lugar donde había reclutado a algunos de sus sirvientes, o a todos.

—Kobalt no es nada. Lo comprobé. Apenas una estación de vigilancia imperial. Pero Gudrun…

—Un mundo comercial de primer orden. Antigua cultura, antiguas familias…

—Antiguos venenos —terminó riendo para completar el proverbio.

Me limpié la boca con una servilleta.

—¿Podemos ser más precisos?

—Lowink está investigando para mí, en cuanto hayamos descifrado… no pretendo el propio mensaje cifrado, quiero decir los títulos codificados del texto real, lo sabremos.

—Gudrun… —me quedé pensando.

El enlace de voz sonó en mi oído. Era Betancore.

—¿Has oído hablar alguna vez de una cosa llamada el Pontius?

—No. ¿Por qué?

—Yo tampoco, pero Lowink está desmenuzando algunas de las antiguas transcripciones. En las semanas anteriores a la llegada de Eyclone, alguien estuvo mandando mensajes desde los enlaces aprobados a algún lugar de la Cúpula del Sol. Hablaron sobre la entrega de «El Pontius». Es todo muy vago e indirecto.

—¿Lo tenéis localizado?

—¿Para qué nos tienes empleados si no? Vista a Deshielo 12011, en el lado oeste de la cúpula, la zona de renta alta. Coto privado de la aristocracia.

—¿Algún nombre?

—No, son muy exclusivos y reservados sobre esas cosas.

—Nos ponemos en ello.

Aemos y yo nos levantamos de la mesa. Al darnos la vuelta encontramos a Fischig de pie. Estaba vestido con su armadura completa, con el caparazón y el casco con visor de un Arbites. Tengo que admitir que el efecto era impresionante.

—¿Van a alguna parte sin mí, inquisidor?

—En realidad íbamos en su busca. Llévenos a Vista a Deshielo.



CUATRO

RECORRIDO DE LA CÚPULA DEL SOLA
TODA VELOCIDAD
VISTA A DESHIELO 12011
INTERROGATORIO DE SAEMON CROTES

Los hubricenses más acaudalados tenían palacios de invierno en la periferia occidental de la Cúpula del Sol. Según el purificador Fischig, «disfrutaban tanto de la luz como de la oscuridad», como si fuera una concesión. Miraban hacia adentro, a la cúpula iluminada, y tenían postigos que podían abrirse para contemplar el panorama oscuro del desierto invernal. Aemos dio a entender que se trataba de algo espiritual.

Fischig desconectó su guía de seguimiento del terreno mientras nos deslizábamos por las calles, y su pesado vehículo se elevó por encima del tráfico y de los edificios. En giros cerrados sorteamos las torres de cristal y con un rugir de motores nos dirigimos al oeste.

Creo que estaba presumiendo.

En el asiento trasero, bajo las barras estábilizadoras, Aemos se sujetó con fuerza y cerró los ojos con un leve gruñido. Yo iba en la cabina, con

Fischig vestido con su armadura completa y con expresión de depredador bajo el visor de su casco de Arbites.

El vehículo era un modelo imperial estándar pintado de color marrón mate que llevaba gallardetes con el símbolo solar y los cheurones y número de cola del Arbites local. Blindado como era, giraba pesadamente y el sistema antigravitatorio se esforzaba por mantenernos en el aire. Había un bolter pesado montado sobre un soporte delante de mi asiento. Miré en derredor y vi un armero cerrado lleno de escopetas de combate detrás de los asientos traseros.

—¡Déme una de ésas! —grité para hacerme oír por encima del rugido de los turboventiladores.

—¿Qué?

—Necesito un arma.

Fischig asintió e introdujo un código de seguridad en un teclado incorporado en su gruesa palanca de control, la reja del armero se abrió.

—¡Elija una!

Aemos me alcanzó una y empecé a cargarla de proyectiles.

Vista a Deshielo se elevaba ante nosotros, una terraza de lujosas viviendas de cristal y rocacemento construidas siguiendo la curva de la propia cúpula. Volamos bajo sobre jardines aterrazados haciendo que los helechos y las palmeras se inclinaran con el torbellino que producíamos al descender.

Luego Fischig desactivó los ventiladores y nos posamos sobre una amplia plataforma a ocho pisos de altura.

Saltó del vehículo llevando su escopeta. Lo seguí.

—Espera aquí —le dije a Aemos. No se lo tuve que repetir.

—¿Qué número? —preguntó Fischig.

—12011.

Bordeamos la ancha plataforma curva saltando por encima de vallas de división y de enrejados de plantas trepadoras.

El 12011 tenía la fachada de cristal y anchas puertas deslizantes de espejo.

Fischig levantó una mano como advertencia y sacó una moneda de su bolsillo. La tiró a la terraza y quedó pulverizada por nueve rayos láser.

Sintonizó su comunicador.

—Purificador Fischig a control de Arbites. ¿Me recibe?

—Lo recibo, purificador.

—Acceso a cúpula central y desactivación de defensas automáticas de Vista a Deshielo 12011. Inmediato.

Una pausa.

—Desactivación autorizada.

Hizo intención de avanzar. Lo detuve y lancé a mi vez una moneda que rebotó dos veces sobre la terraza de basalto y salió rodando hasta detenerse.

—Me gusta asegurarme —dije.

Nos aproximamos uno por cada lado de la gran ventana panorámica. Fischig probó con el deslizador, pero estaba cerrado.

Retrocedió, preparándose, al parecer, para abrirse camino a tiros.

—Es de armaplex —le dije, pasando los nudillos por el material—. No sea tonto.

Saqué de debajo de mi chaqueta la bolsa de plástico que contenía los efectos de Eyclone y busqué el cuchillo láser compacto. Antes que el cuchillo, encontré la llave de plástico.

Una probabilidad entre mil, como solía decir el inquisidor Hapshant.

Introduje la llave en la cerradura y la ventana se abrió suavemente sobre sus rieles mecánicos.

Ambos nos quedamos esperando. Desde dentro llegaban un aire perfumado y una suave música orquestal.

—¡Adeptus Arbites! ¡Dense a conocer! —dijo Fischig con voz tonante amplificada por el altavoz de su casco.

Y lo hicieron.

Un fuego rápido, de calibre pesado, hizo volar la barandilla de la terraza, decapitó los arbustos y los árboles enanos de las macetas, destrozó los macizos de flores e hizo saltar por los aires la antena de la terraza.

—¡Vosotros lo habéis querido! —gritó Fischig y entró en tromba disparando su escopeta. Los disparos eran ensordecedores.

Yo trepé por un canalón hasta el balcón del segundo nivel con la escopeta colgada del hombro por su correaje. Debajo de mí había un furioso intercambio de fuego.

Entré por una ventana con cortinas de gasa a los dormitorios principales.

En la habitación hacía un calor excesivo y estaba oscuro. Estaba decorada en terciopelo rojo y de unos altavoces ocultos salía una agradable música ambiental. La cama estaba deshecha y en un rincón, sobre un aparador dorado, había un aparato de comunicación portátil. Avancé y estudié el microteléfono. Abajo, el caos producido por Fischig hacía retemblar el suelo como una tormenta lejana.

La chica salió de una habitación contigua, supongo que un baño, y gritó al verme. Estaba desnuda y se metió bajo las sábanas para cubrirse.

La seguí con el cañón de mi escopeta.

—¿Quién está aquí?

Ella gimoteó y sacudió la cabeza.

—Inquisición —dije en un susurro—. ¿Quién está aquí?

Ella empezó a sollozar y volvió a sacudir la cabeza.

—Ocúltese. Métase debajo de la cama si puede.

De la habitación contigua llegó un silbido. Una voz llamó por un nombre.

—No conteste —le dije a la chica asustada.

Avancé lentamente hasta la puerta de la habitación contigua. Había luz en su interior y salía vapor y olor a aceite de baño. El silbido había cesado.

Tengo que reconocer que era cauto. No salió en tromba y disparando.

Abrí la puerta con el cañón de mi arma y cinco proyectiles de alta velocidad perforaron el panel de madera.

—¡Inquisición! ¡Arroje el arma!

Otros dos disparos atravesaron la puerta.

Me aparté de la puerta arrastrándome y me puse de pie con el arma entre las manos.

—Salga —dije, haciendo uso de mi voluntad.

Un gran varón tatuado y desnudo salió del baño. Tenía media cara afeitada y la otra mitad cubierta con espuma jabonosa. En una mano llevaba todavía una pistola automática Tronsvasse de gran potencia.

—Tírela —ordené.

Vaciló, como si mi voluntad no tuviera suficiente fuerza. Una mente condicionada, supuse. Nada de riesgos.

Hizo intención de apuntarme con su pistola y le volé de un tiro la media cara afeitada, lanzando su cuerpo hacia atrás por la puerta abierta a medias.

La chica seguía acurrucada, desnuda, en el extremo de la cama, temblando. Me sorprendió que no hubiera salido de su escondite al oír mi orden.

Me volví hacia ella.

—¿Cómo se llama?

—Lise B.

—¡Nombre completo! —insistí. No me interesaba ella especialmente, pero había en ella algo. Un aire. Un tono.

—¡Alizebeth Bequin! ¡Acompañante de placer! ¡Llevo cuatro Letargos trabajando en la Cúpula del Sol!

—¿Por qué está aquí?

—Pagaron por adelantado. ¡Querían una fiesta! Oh señor…

Su voz decayó y se derrumbó sobre la cama.

—Vístase y quédese aquí. Después querré hablar con usted. Avancé hasta la puerta de la habitación y me asomé al pasillo oscuro. Desde el pie de la escalera, el eco devolvía los disparos y los gritos.

Al ver mi sombra en la puerta, un hombre corrió hacia mí.

—¡Wylk! ¡Wylk! Nos han…

Un momento antes de que se diera cuenta de que yo no era Wylk lo derribé con la culata de mi arma. Cayó pesadamente.

Dos disparos fueron a dar sobre el marco de la puerta, a mi lado.

Volví adentro, y sujeté mejor el arma.

Más disparos se alojaron en la pared por encima del cabecero de la cama. Bequin gritó y se tiró de la cama.

Respondí al ataque, haciendo otros dos agujeros en la puerta. Dos hombres irrumpieron en la habitación con los ojos desorbitados y desesperados. Los dos iban en ropa interior. Uno tenía una pistola láser, el otro un rifle automático.

Derribé al del láser con un disparo directo que lanzó su cuerpo contra la pared. El hombre del rifle automático abrió fuego y sus disparos mordieron uno de los postes de la cama.

Me puse a cubierto mientras los disparos arrancaban trozos de alfombra, destrozaban espejos y hacían trizas los muebles.

Rodando busqué denodadamente dónde esconderme.

Mi supuesto asesino cayó boca abajo sobre la cama. La chica extrajo un largo cuchillo retráctil que le había clavado en la parte posterior del cuello.

—Le he salvado la vida —me dijo—. Espero que eso mejore mi situación.

Le dije a la chica que no se moviera de la habitación, y su gesto de asentimiento me dejó casi seguro de que así lo haría.

Salí al pasillo en penumbra. En el nivel inferior reinaba ahora el silencio.

—Fischig —dije por mi intercomunicador.

—Baje —me llegó su respuesta por el mismo medio.

Una escalera en espiral llevaba a un amplio vestíbulo en dos niveles. La atmósfera estaba cargada de humo que salía por las puertas de la terraza que habíamos abierto, la implacable luz diurna de la Cúpula del Sol entraba a raudales, dibujando peldaños de luz en el humo a la deriva. La pared opuesta de la estancia era una ancha persiana segmentada. Al abrirla, permitía tener una vista del desierto helado que se extendía más allá de la cúpula.

Un huracán de fuego había estropeado los costosos muebles y los accesorios decorativos. Cinco cuerpos yacían retorcidos en el suelo de la habitación. Fischig, con el visor alzado, estaba levantando a un sexto hombre y sentándolo en una silla de respaldo alto. El hombre, herido en el hombro derecho, no dejaba de chillar y llorar. Fischig lo sujetó con unas esposas a la silla.

—¿Arriba? —preguntó Fischig sin volverse para mirarme.

—Despejado —le informe.

Recorrí la estancia examinando a los muertos y los objetos diseminados sobre las mesas y los escritorios.

—Conozco a algunos de estos hombres —añadió el purificador sin que yo se lo preguntase—. Los dos que están junto a la ventana. Lugareños, trabajadores de nivel bajo. Ambos tienen una larga lista de condenas menores.

—¿Músculo contratado?

—Parece ser el estilo de su hombre. Los otros son ultramundanos.

—¿Les ha encontrado papeles?

—No, es una suposición. Ninguno tiene identificación ni marcas, y no he encontrado un solo bolsillo oculto.

—¿Y éste? —me acerque hasta donde él estaba con el prisionero al que había esposado a la silla. El hombre tosía y sé quejaba, poniendo los ojos en blanco. A menos que poseyera una fuerza aumentada artificialmente con drogas o prótesis ocultas, no era un hombre fuerte. Era mayor, de osamenta estrecha y tenía una perilla entrecana.

—Fue deliberado que no matara a este, ¿cierto? —le pregunté.

Fischig esbozó una sonrisa, como satisfecho de que hubiera reparado en ello.

—¡T… te… tengo derechos! —dijo el hombre de repente.

—Está bajo la custodia de la Inquisición Imperial —le dije con franqueza—. No tiene ningún derecho.

Guardó silencio.

—Ultramundano —dijo Fischig. Enarqué una ceja—. Su acento —explicó.

Yo nunca lo habría notado. Ésta era una de las razones por las que siempre recurría a la ayuda local cuando tenía ocasión, aunque fuera un purificador capaz de ocasionar problemas. Mi trabajo me lleva de un mundo a otro, de una cultura a otra. Leves diferencias de dialecto o incongruencias del habla vulgar se me suelen pasar. Fischig lo había notado enseguida. Y tenía sentido. Si éste era un jefe y no un forzudo, uno de los lugartenientes escogidos de Eyclone, lo más probable era que fuese ultramundano.

—¿Su nombre? —pregunté.

—No contestaré.

—Entonces voy a esperar un tiempo antes de que le curen esa herida.

Sacudió la cabeza. Era una fea herida y era evidente que le dolía bastante, pero se resistía. Cada vez estaba más convencido de que era uno de los cabecillas. Ya no se sacudía ni se quejaba. Había puesto en marcha algún condicionamiento mental, sin duda se lo había enseñado Eyclone.

—Las triquiñuelas mentales no van a servirle de nada —dije—, en eso soy mucho mejor que usted.

—Que lo jodan.

Miré a Fischig por cortesía.

—Prepárese. —El purificador dio unos pasos atrás.

»Dígame su nombre —ordené, haciendo uso de mi voluntad. El hombre de la silla tuvo un espasmo.

—¡Saemon Crotes! —dijo con voz entrecortada.

—Godwyn Fischig —soltó el purificador involuntariamente. Se puso rojo y se apartó, aparentando buscar algo con interés.

—Muy bien, Saemon Crotes ¿de dónde es? —esta vez no empleé mi voluntad. Según mi experiencia, bastaba una sola acometida para vencer las defensas mentales.

—De Tracian Primaris.

—¿Qué ocupación tenía allí?

—Era enlace comercial del Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias.

Conocía el nombre. El Gremio Sinesias era una de las compañías mercantiles más grandes del sector. Tenía filiales en más de un centenar de

planetas y vínculos con la nobleza imperial. Además, según me había informado Betancore esa misma mañana, tenía una plataforma de lanzamiento comercial en el nivel de aterrizaje de la Cúpula del Sol.

—¿Y qué fue lo que lo trajo a Hubris?

—Ese mismo trabajo… como enlace comercial.

—¿Durante el Letargo?

—Siempre se pueden hacer negocios. Los contratos de larga duración con las autoridades de este mundo que requieren un toque personal.

—¿Y si me pongo en contacto con su gremio, confirmarán esto?

—Por supuesto.

Rodeé la silla y me puse detrás de él.

—Entonces ¿qué fue lo que lo trajo aquí? ¿A estos apartamentos privados?

—Vine como huésped.

—¿De quién?

—De Namber Wylk, un mercader local. Me invitó a una fiesta en pleno Letargo.

—Esta vivienda está registrada a nombre de Namber Wylk —intervino Fischig—. Un comerciante, como él dice, sin antecedentes. No lo conozco.

—¿Y qué me dice de Eyclone? —le pregunté a Crotes mirándolo a los ojos. Por ellos cruzó un relámpago de terror.

—¿Quién?

—Su verdadero patrón. Murdin Eyclone. No me lo haga repetir otra vez.

—¡No conozco a ningún Eyclone! —sonaba como si estuviera diciendo la verdad. Era probable que no conociera a Eyclone por ese nombre.

Arrastré una silla y me senté frente a él.

—En su historia hay muchas cosas que no encajan. Lo encontramos aquí, en asociación con reincidentes que podemos relacionar con una conspiración planetaria. Hay cargos de asesinato que considerar, y muchos. Podemos continuar esto en circunstancias más íntimas y convincentes, o puede aumentar mi simpatía por usted dándome ahora más detalles.

—Yo… no sé qué decirle…

—Todo lo que sepa. ¿Sobre el Pontius, tal vez?

Una expresión oscura, sorprendida, cruzó por su rostro. Movió la mandíbula como tratando de formar palabras. Se estremeció. Luego se produjo una especie de detonación líquida y su cabeza cayó hacia adelante.

—¡Trono de la Luz! —gritó Fischig.

—Maldita sea —gruñí mientras me agachaba para levantar la cabeza exánime de Crotes. Estaba muerto. Eyclone había dejado salvaguardas en el condicionamiento para que se desencadenaran ante determinadas preguntas. Era evidente que el Pontius era una de ellas.

—Un ataque, inducido artificialmente.

—¿De modo que no sabemos nada?

—Sabemos mucho. ¿Acaso no estaba escuchando? Para empezar sabemos que el Pontius es el secreto más preciado de cuantos protegen.

—Entonces, hábleme de él.

Estaba a punto de hacerlo, al menos de una forma evasiva, cuando la persiana que protegía la pared del otro lado de las temperaturas extremas del mundo exterior, estalló. Cargas ocultas se activaron al unísono. La descarga de metal se extendió hacia fuera, hacia la gélida oscuridad. La fuerza de la detonación nos arrojó a Fischig y a mí al suelo.

Un milisegundo después, el cristal hecho trizas de las puertas voló hacia nosotros llevado por la fuerza huracanada de los vientos de Letargo del exterior, una ventisca formada por millones de astillas afiladas como cuchillos.



CINCO

HUELLAS TAPADAS
LOS GLAW DE GUDRUN
COMPAÑEROS INDESEABLES

A pesar de que la explosión me había dejado sordo, todavía tuve la sensatez suficiente como echar mano de Fischig y rodar con él hacia fuera por las puertas de la terraza mientras los postigos de emergencia se desplomaban desde su riel del techo de madera dura. Quedamos jadeando y medio ciegos en la terraza, mientras la luz y el calor implacables de la Cúpula del Sol deshelaban nuestros cuerpos atenazados por el frío.

En todas las residencias de Vista al Deshielo empezaron a sonar las alarmas y sirenas de emergencia. Las unidades de Arbites ya estaban de camino.

Logramos ponernos de pie. Nuestras ropas y simplemente la buena suerte nos habían protegido de lo peor de la tormenta de cristal, aunque yo tenía una brecha de arriba abajo en la mejilla izquierda que habría que coser y Fischig un buen trozo de cristal clavado en el muslo entre las articulaciones de la armadura. Aparte de eso, todo se reducía a unos cuantos arañazos.

—¿Mala sincronización? —preguntó, aunque sabía que no había sido eso.

—Las cargas explotaron por lo mismo que mató a Crotes. Miró hacia lo lejos y volvió a abrocharse uno de sus guanteletes tomándose tiempo para pensar. Su cara tenía un color gris pálido, sobre todo por la conmoción, pero creo que estaba empezando a entender los recursos y capacidades de la gente a la que nos enfrentábamos. El abominable delito que habían cometido en el Procesional Dos-Doce había demostrado las proporciones de su maldad, pero él no se había dado cuenta enseguida. Ahora era testigo directo de lo que eran capaces de hacer los sirvientes fanáticos de una causa oscura, hombres decididos a morir sin vacilaciones. Y había visto de qué medios brutales podían llegar a valerse para tapar sus huellas, usando armas psíquicas y trampas con disparador mental que hablaban de enormes recursos y de un refinamiento aterrador.

Los escuadrones de Arbites entraron en la vivienda y la aseguraron mientras los servidores médicos locales vendaban nuestras heridas. Los escuadrones de limpieza trajeron a la chica temblorosa, Bequin. Estaba envuelta en mantas y tenía la cara azul por el frío. De acuerdo con mis instrucciones, la pusieron bajo vigilancia. Ella estaba demasiado helada como para decir una sola palabra de queja.

Fischig y yo volvimos a entrar con nuestros trajes térmicos. Los equipos técnicos tardarían otras dos o tres horas en reponer los postigos exteriores. De la luz rabiosa de la terraza, pasamos por tres cortinas de aislamiento colgadas de urgencia a la penumbra azul del apartamento. La pared del fondo había desaparecido y nos enfrentamos directamente a la noche clara, cristalina, de Hubris, un paisaje gris satinado, de sombras pronunciadas y luz de fondo que se difundía desde los bordes de la Cúpula del Sol. Una vez más me encontraba expuesto al frío penetrante del Letargo y mi sangre lo sentía.

La habitación principal donde habíamos interrogado a Crotes era una cavidad vacía, ennegrecida de hollín y enjoyada por el cristal. Una gruesa capa de escarcha recubría la superficie de los muebles y desencajaba las

caras de los muertos. La sangre que había hecho brotar la tormenta de cristal lucía como rubíes engastados en la oscuridad.

Paseamos los haces blancos y humeantes de nuestras lámparas en derredor. Dudaba de que fuéramos a encontrar gran cosa ahora. Era muy probable que todo documento valiosos e hubiera quemado o tal vez borrado atendiendo a la misma señal que había volado el postigo y matado a Crotes. Y también era probable que estas personas tuvieran depositada en su interior toda la información que era realmente importante, como por ejemplo engramas de memoria, o códigos mnemónicos, el tipo de técnicas reservadas por lo general para los escalones más altos de los cuerpos diplomáticos, el Administratum y las delegaciones comerciales de élite.

Eso hizo que volviera a pensar en que Crotes trabajaba para el Gremio Sinesias.

—Es un nombre bastante común en este subsector —me dijo Aemos, de vuelta ya a la apacible media luz del cúter posado en la plataforma de aterrizaje. Había estaba investigando el nombre Pontius—. Ya he encontrado más de medio millón de ciudadanos con ese nombre de pila, otros doscientos mil que lo tienen como nombre intermedio, más otras cuarenta o cincuenta mil variantes ortográficas.

Me ofreció una placa de datos que hice a un lado, y utilicé un espejo de mano para estudiar la línea de puntos de mariposa de metal con que me habían cosido la herida de la mejilla.

—¿Y qué me dices del artículo definido?

—Tengo más de nueve mil marcas con esa conexión —suspiró. Empezó a leerlas de la lista que tenía en su placa.

—La Academia Pontius Swcllwin para Jóvenes, la Empresa de Traducción Pontius Praxitelles, la Financiera de Inversión Pontius Gyvant Ropus, el Hospital Pontius Spiegel de Microcirug…

—Ya es suficiente —me senté ante el codificador, introduciendo grupos de nombres. El visor empezó a poblarse de runas que iban y venían.

Extractos de texto aparecieron enfocados. Les eché una ojeada apoyando el dedo en la barra de desplazamiento.

—Pontius Glaw —dije.

Parpadeó y me miró. Una media sonrisa de deleite erudito apareció en su cara estrecha.

—No está en mis listas.

—¿Porque está muerto?

—Porque está muerto.

Aemos se acercó y luego miró la pantalla por encima de mi hombro.

—Pero no deja de tener sentido.

Así era. Una especie de falla de lógica que tenía aspecto de verdad. El tipo de espora que un inquisidor llega a olfatear después de algunos años.

Los Glaw eran una familia antigua, una noble dinastía floreciente que había tenido un papel destacado en este subsector durante casi un milenio. Los negocios y propiedades originales de la familia estaban en Gudrun, un mundo que ya antes había llamado nuestra atención. La casa Glaw era también uno de los principales accionistas e inversores del Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias, al menos eso me acababa de revelar el codificador.

—Pontius Glaw —murmuré.

Pontius Glaw llevaba muerto más de doscientos años. El séptimo hijo de Oberon Glaw, uno de los grandes patriarcas de ese linaje, había sufrido el destino de los hermanos menores, es decir que le había quedado poco de valor que heredar después de que sus hermanos se lo hubieron repartido casi todo. Su hermano mayor, otro Oberon, se había convertido en señor de la casa; al segundo le había correspondido el control del capital; el tercero había asumido la capitanía de la Milicia de la Casa; el cuarto y el quinto habían hecho matrimonios políticos y habían ingresado en el Administratum en un nivel elevado… y así sucesivamente.

Por lo que yo recordaba de la biografía de Pontius Glaw, que hacía necesaria la lectura de alguien con experiencia, Pontius se había convertido en un diletante, había malgastado su vida, su robusta virilidad, su carisma y su intelecto refinadamente educado, en todo tipo de empresas

sin sentido. Había perdido en el juego una parte importante de su fortuna personal y luego la había recuperado gracias a la trata de esclavos y a las peleas organizadas. Una estela de brutalidad manchaba su reputación.

Luego, ya en la cuarentena, con la salud arruinada por años de abusos, había iniciado un camino mucho más oscuro. Siempre había existido la sospecha de que este giro se había debido a algún acontecimiento fortuito: un artefacto o documento que había caído en sus manos, tal vez las extrañas creencias de algunos de los más bárbaros luchadores a los que había esclavizado. Mi instinto me decía que esta propensión había estado siempre con él y que sólo esperaba una oportunidad para aflorar. Está documentado que toda su vida había coleccionado libros raros e incluso prohibidos. ¿En qué momento podría haber caído este apetito por la pornografía licenciosa y esotérica en lo herético y los blasfemo?

Pontius Glaw se convirtió en discípulo del Caos, un devoto de las fuerzas más abominables y obscenas que acechan a esta galaxia. Organizó en torno a sí un aquelarre y durante un período de quince años cometió actos indecibles de una perversidad cada vez más descarada.

Finalmente lo mataron, y a sus brujos con él, en Lamsarrote, en una purga inquisitorial dirigida por el gran Absalom Angevin. La casa Glaw participó en su caída, desesperada por establecer una clara distancia entre ellos y los crímenes de Pontius. Es probable que eso haya sido lo único que evitó que toda la familia cayera con él.

Un monstruo, un monstruo notable. Y muerto, tal como Aemos se había apresurado a señalar. Muerto desde hacía más de dos siglos.

Pero el nombre y la conexión de los hechos parecían demasiado obvios para pasarlos por alto.

Sin pensarlo, me dirigía la cabina y me senté con Betancore.

—Necesitaremos transporte ultramundano, a Gudrun.

—Lo arreglaré. Puede llevarme un día o dos.

—Lo más pronto que puedas.

Le envié un mensaje al Alto Custodio Carpel informándole de algunos, aunque no todos, de mis descubrimientos y diciendole que pronto partiría para continuar mi investigación en Gudrun. Estaba repasando las crónicas de casos confidenciales del inquisidor Angevin cuando dos Arbites trajeron a Bequin a mi cúter. Había dado órdenes de que la dejaran a mi cargo.

Permaneció de pie en el puente de la tripulación con expresión ceñuda, en la penumbra, esposada. Llevaba un llamativo vestido y una capa ligera, pero a pesar de su ropa barata y de su evidente incomodidad, su considerable belleza saltaba a la vista. Buena osamenta, boca carnosa, ojos feroces y cabello largo y oscuro. A pesar de su evidente atractivo físico, había en ella algo casi repulsivo. Era curioso, estaba convencido de que sabía lo que era.

Echó una mirada en derredor cuando entré en el puente de la tripulación. Su expresión era una mezcla de miedo e indignación.

—¡Lo ayudé! —me espetó.

—Así fue, aunque ni se lo pedí ni lo necesitaba.

Puso cara de contrariedad. Ahora la atmósfera estaba más cargada, una sensación desagradable que me dio ganas de sacarla a empujones del cúter y acabar con ella en ese mismo momento.

—El Arbites dice que me acusará de asesinato y conspiración.

—El Arbites quiere con desesperación encontrar a alguien a quien colgarle el muerto. Desgraciadamente usted está implicada en el caso, aunque no creo que de una forma deliberada.

—¡Maldita sea! —se quejó—. ¡Esto me ha arruinado, ha arruinado mi vida en este lugar! Justo cuando me empezaban a ir bien las cosas.

—¿Ha tenido una vida difícil?

Me miró con una expresión de desdén, como poniendo en tela de juicio mi inteligencia. Soy una chica de placer, un objeto, pareció decir, lo más bajo de lo bajo… ¿cómo cree que ha sido mi vida?

Di unos pasos hacia ella y le quité las esposas del Arbites. Ella se frotó las muñecas y me miró sorprendida.

—Siéntese —le dije. Estaba haciendo uso de mi voluntad. Volvió a mirarme, como si se preguntara a qué se debía el tono divertido, y luego se sentó tranquilamente en un banco de cuero almohadillado que había junto a la pared posterior del puente.

—Puedo asegurarme de que retiren los cargos —le dije—. Tengo autoridad para ello. De hecho, mi autoridad es el único motivo por el cual no han presentado cargos ni la han interrogado hasta el momento.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—Pensé que creía que se lo debía.

—No importa lo que yo crea —en su rostro apareció la tristeza cuando me miró de arriba abajo. Sentí curiosidad. Objetivamente, estaba ante una chica cuyo aspecto y espíritu vivaz la hacían deseable sin lugar a dudas. Sin embargo yo… casi tenía ganas de gritarle, de echarla, de perderla de vista. Sentía por ella un desprecio totalmente injustificado e instintivo.

—Aunque retiren los cargos, no puedo seguir aquí. Me perseguirán y me ficharán como problemática. Será el fin de mi carrera. Tendré que irme otra vez —bajó la mirada hacia el suelo y musitó una maldición—. Justo ahora que empezaban a irme bien las cosas.

—Váyase a otro sitio. Usted no es de Hubris.

—¿De este miserable pozo de mierda?

—¿De dónde es?

—Vine aquí de Tracian Primaris hace cuatro años.

—¿Nació en Tracian?

—En Bonaventure —dijo sacudiendo la cabeza. Eso estaba a medio sector de distancia.

—¿Cómo pasó de Bonaventure a Tracian?

—Yendo de un lado para otro, un poco a la deriva. He viajado mucho. Nunca estuve demasiado tiempo en un lugar.

—¿Porque las cosas se ponían difíciles?

Otra vez la mirada de desdén.

—Así es. Estuve aquí más tiempo que en ninguna otra parte. Ahora se ha jodido todo.

—Póngase de pie —le solté de repente haciendo uso otra vez de mi voluntad.

Ella hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Decídase —se puso de pie.

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre los hombres que la contrataron en Vista a Deshielo 12011.

—Pensé que así sería.

—Si colabora puedo hacer un trato con usted.

—¿Qué clase de trato?

—Puedo llevarla a Gudrun. Puedo darle la oportunidad de empezar de nuevo. O puedo ofrecerle un empleo, si le interesa.

Sonrió burlonamente. Era la primera expresión positiva que le había visto, la hacía más hermosa, pero eso no hizo que aumentara mi simpatía por ella.

—¿Empleo? ¿Me daría trabajo? Un inquisidor me daría trabajo.

—Así es, ciertos servicios que pienso que puede prestar.

Ella dio dos ágiles pasos hacia mí y me colocó las manos sobre el pecho.

—Ya veo —dijo—. Hasta los grandes y malvados inquisidores tienen necesidades ¿eh? Eso está bien.

—Se equivoca —respondí, apartándola con toda la cortesía de que fui capaz. El contacto físico con ella hizo que el extraño sentimiento de repulsión se acrecentara—. El servicio que tengo en mente será algo nuevo para usted. No es el tipo de trabajo al que está acostumbrada. ¿Le sigue interesando?

Inclinó la cabeza hacia un lado y me estudió.

—Es usted un tipo extraño, es cierto. ¿Son todos los inquisidores como usted?

—No.

Ordené al servidor, Modo, que le diera un tentempié y la dejé en la cubierta de la tripulación. Betancore estaba oculto entre las sombras, al

otro lado de la puerta, mirándola con gesto de aprobación.

—Buen espectáculo para los ojos —murmuró, como si yo no me hubiera dado cuenta.

—¿Has olvidado a Vibben tan pronto?

Giró en redondo y me miró, tocado.

—Ese fue un golpe bajo, Eisenhorn. Sólo era un comentario.

—Te gustará menos cuando llegues a conocerla. Es una intocable.

—¿De verdad?

—De verdad. Un vacío psíquico. Es natural y no he comprobado sus límites. Casi me resulta imposible estar en la misma habitación que ella.

—Con lo guapa que es —suspiró Betancore volviendo a mirarla.

—Nos resultará útil. Si pasa ciertas pruebas voy a darle un empleo.

Asintió. Los intocables son raros, y casi imposibles de crear artificialmente. Tienen una presencia negativa en la disformidad que los hace prácticamente inmunes a los poderes psíquicos, lo cual los convierte, a su vez, en poderosas armas antipsíquicas. El efecto colateral de su vacío psíquico es la desagradable perturbación que los acompaña, las oleadas de temor y rechazo que provocan en los que encuentran a su paso.

No era de extrañar que hubiera tenido una vida difícil y sin amigos.

—¿Alguna novedad? —le pregunté a Betancore.

—He entrado en contacto con un mercante rápido llamado *Essene*. El armador es un tal Tobius Maxilla. Comercia con pequeños cargamentos de productos suntuarios. Llegará aquí dentro de dos días para entregar un cargamento de vinos de una cosecha especial de Hesperus, y a continuación se dirige a Gudrun. A cambio de dinero está dispuesto a hacer lugar para el cúter en su bodega.

—Buen trabajo. Entonces ¿cuándo podremos estar en Gudrun?

—Dentro de dos semanas.

Dediqué la media hora siguiente a entrevistar a Bequin, pero como sospechaba, sabía muy poco de aquellos hombres. La alojamos en un pequeño camarote al lado de la cámara de Betancore. Era apenas mayor

que un cajón, y Nilquit tuvo que sacar un montón de equipamiento que habíamos almacenado allí, pero pareció contenta. Cuando le pregunté si tenía alguna pertenencia que quisiera retirar de la Cúpula del Sol se limitó a sacudir la cabeza.

Estaba revisando más datos con Aemos cuando llegó Fischig. Tenía puesto su uniforme de sarga marrón y llevaba al hombro dos pesadas mochilas que dejó caer sobre la cubierta, con gesto teatral, al subir a bordo.

—¿A qué debemos esta visita, purificador? —pregunté. Me enseñó una placa con el sello oficial de Carpel.

—El Alto Custodio le concede permiso para dejar el planeta y seguir su investigación, siempre y cuando…

Revisé la placa y suspiré.

—Voy con ustedes —dijo.



SEIS

ADIVINACIÓN POR AUTOSESIÓN
UN SUEÑO
INCORPORACIÓN AL «ESSENE»

Presenté una queja formal a la oficina del Alto Custodio, pero fue sólo para impresionar. Carpel podría causarme serios problemas si trataba de marcharme sin su agente. Por supuesto que podía hacerlo, en realidad podía hacer lo que quisiera, pero Carpel me demoraría y no sabía cuánta cooperación de los ancianos y de la administración de Hubris iba a necesitar más adelante si alguna parte de esta investigación acababa en juicio.

Además, Carpel sabía que me dirigía a Gudrun, y no tenía más que enviara Fischig allí con un mandato del Arbites para investigar. Después de sopesarlo todo, decidí al fin que prefería tener al purificador Fischig donde pudiera vigilarlo.

En la tarde anterior a la fecha en que pensábamos salir hice que Lowink preparara una autosesión. No estaba muy seguro de averiguar nada nuevo a

estas alturas, pero quería agotar todas las posibilidades.

Como de costumbre, utilicé para ello mi alojamiento, con la puerta cerrada e instrucciones estrictas para que Betancore evitase cualquier interrupción. Me senté en una silla de respaldo alto y dediqué alrededor de un cuarto de hora a hacer entrar mi mente en un estado de semitrance. Era una vieja técnica, una de las primeras que había aprendido cuando los tutores de la Inquisición habían detectado mi capacidad. Sobre una mesa cubierta con un paño colocada entre nosotros, Lowink dispuso las pruebas clave: algunos de los efectos personales de Eyclone, algunos otros objetos reunidos en Vista a Deshielo 12011, y algunos del procesional. También teníamos el arcón misterioso hallado en la cámara del criogenerador.

Cuando hubo comprobado que estaba listo, Lowink abrió su mente a la disformidad y filtró su arrolladora influencia a través de su arquitectura mental sumamente preparada. Este momento de transición siempre representaba un choque, y me estremecí. La temperatura de la habitación bajó perceptiblemente, y un cuenco de cristal que había en una estantería se rompió de forma espontánea. Lowink murmuraba algo con los ojos en blanco mientras se retorcía y sufría leves espasmos.

Cerré los ojos, aunque todavía podía ver mi habitación. Lo que veía era una visualización de nuestro entorno construida por Lowink por medios astropáticos en el propio Empíreo. Todo relucía con una pálida luz azulada que le salía de dentro, los sólidos se volvieron traslúcidos. Las dimensiones de la habitación cambiaron un poco, estirándose y alabeándose como si le costara trabajo mantener su coherencia.

Fui cogiendo uno por uno los objetos de la mesa mientras la proyección de Lowink aumentaba sus cualidades psicométricas, abriendo la capacidad de mi mente a las sintonías y resonancias que tenían en la disformidad.

La mayor parte de ellos eran obtusos y oscuros, sin rastros de resonancia. Algunos estaban rodeados de unos finos zarcillos de aura, reliquias de anteriores contactos con manos y mentes humanas. El comunicador de voz de Eyclone emitió un zumbido de fantasmales murmullos distantes e ininteligibles, pero no reveló nada.

La pistola de Eyclone me picó en la mano como un escorpión cuando la toqué, y tanto Lowink como yo tuvimos dificultades para respirar. Percibí un breve regusto a muerte y decidí no volver a tocarla.

Su placa de datos, que Aemos todavía no había conseguido abrir, rezumaba un aura pegajosa, casi gelatinosa. El espesor del residuo psíquico denotaba los complejos procesos de pensamiento y los datos que se le habían adherido. No reveló nada, lo que me dejó frustrado. Lowink amplificó mi escrutinio y por fin, en un susurro, me llegó una palabra o un nombre: «daesumnor».

Lo último que inspeccioné fue el arcón. Tenía una fuerte resonancia con bandas parpadeantes de huellas de la disformidad. Nuestro contacto con él hubo de ser breve debido a la fuerza extenuante de su halo.

Hicimos sondeos, abriendo los que parecían ser tres niveles de actividad psicométrica. Uno era agudo y duro y tenía un sabor metálico. Lowink advirtió que era una reliquia del intelecto o los intelectos que lo habían fabricado. Una presencia innegablemente brillante pero malévola.

Más allá de ésta, más fría, más reducida y más densa, como una estrella muerta, apagada, había un rastro intenso, palpitante, que parecía encerrado en el corazón mismo de la máquina.

En torno a ambas, revoloteando como pájaros, había vestigios de la agonía psíquica de los muertos en el Procesional Dos-Doce. Su ruido psíquico, quejumbroso, recorría en ondas nuestros pensamientos y absorbía nuestra fuerza emocional. Las almas muertas del procesional habían dejado su impronta psíquica sobre este aparato que había desempeñado un papel importante en su muerte.

Estábamos a punto de retroceder y poner fin a la sesión, cuando el segundo rastro, un rastro frío, distante, denso, empezó a aflorara la superficie. Al principio me sentí intrigado, luego atónito por la fuerza y la velocidad que iba cobrando. Llenó mi cabeza con una sensación nauseabunda, intolerable, de hambre.

Hambre, sed apetito, voracidad…

Salía de las profundidades del arcón, gimiente y suplicante, algo oscuro que se iba abriendo camino a través de las otras energías

residuales. Vislumbré su malignidad y sentí su necesidad agotadora.

Lowink rompió la conexión. Se derrumbó en su asiento, jadeante, con la piel llena de las estigmáticas manchas de sangre de un augurio astropático llevado demasiado lejos.

Yo también lo sentí. Mi mente parecía fría, incluso más fría que el punto culminante del Letargo. Tuve la impresión de que había transcurrido mucho tiempo antes de que mis pensamientos empezaran a fluir otra vez libremente, como el agua que se va deshelando lentamente en una tubería congelada.

Me levanté y me serví una copa de amasec. Después de pensarlo mejor, también serví una para Lowink. Ningunos de los dos nos sentíamos bien después de una autosesión, pero esta vez todo indicaba que había sido peor que otras veces.

—En ese arcón había peligro —articuló por fin Lowink. Un peligro maligno.

—Lo sentí.

—Pero toda la sesión fue impropia, señor. Como si se inmiscuyera algún… algún factor… que la estropeara.

Suspiré. Sabía lo que había sentido.

—Puedo explicarlo. La chica que tenemos a bordo es una intocable.

Lowink tuvo un estremecimiento.

—Manténgala lejos de mí.

Le transmití la palabra «daesumnor» a Aemos por si le servía de ayuda en su trabajo con la placa de datos y fui a mi camarote en busca de un descanso que me permitiera recuperarme. Lowink había vuelto a su diminuta residencia debajo de la cabina. Pensé que no podríamos contar con él durante bastante tiempo.

Reuní las pruebas y las volvía guardar bajo llave en la caja fuerte del cúter, todo excepto el arcón que era demasiado grande. Cuando lo levanté para devolverlo al armario sentí el choque residual de su aura, como si hubiéramos despertado algo, algún instinto. Pensé que tal vez fueran

imaginaciones de mi mente conmocionada, pero para completar la tarea me puse un par de guantes de trabajo.

Betancore se reunió conmigo poco después. Había examinado los efectos personales de Vibben sin encontrar nada que se pareciera a un testamento o unas instrucciones. Ahora necesitábamos su camarote para alojar a Fischig, de modo que colocamos sus pertenencias y su ropa en un cajón debajo de un asiento de la cubierta de la tripulación y entre los dos llevamos el cuerpo a la camilla de la enfermería. Al salir, cerré la puerta.

—¿Qué vasa hacer con ella? —preguntó Betancore—. No hay tiempo para organizar un entierro aquí.

—En una ocasión dijo que venía conmigo para ver cómo eran las estrellas. Allí es donde va a descansar.

Luego me dormí, pero a pesar de mi agotamiento di muchas vueltas. Cuando por fin llegó el sueño, me trajo pesadillas frías y desagradables. Unas nubes negras amenazadoras sobre el fondo de los relámpagos avanzaban rápidamente por cielos que no conocía, cargadas de descargas eléctricas. Arboles oscuros, y unos muros aún más oscuros y altos marcaban las lindes del sueño. Sentí el instinto, la avidez del arcón acechando desde algún punto oscuro que mis ojos se negaban a encontrar.

Unas aves carroñeras, una bandada de ellas, descendió raudamente desde lo alto del cielo llevándose consigo todo el color y manchando de gris aquel mundo onírico. Todo, salvo un punto rojo que resplandecía en el suelo gris delante de mí.

Con cada paso que daba hacia él, retrocedía. Empecé a correr. Acorde con la lógica onírica se alejó. Por fin, jadeante, dejé de correr. El punto rojo había desaparecido. Volví a sentir hambre, pero ahora estaba dentro de mí, aferrándose a mi vientre, llenando mi garganta de avidez. Las nubes que pasaban por encima de mi cabeza se congelaron de repente, quedaron inmóviles, incluso el resplandor de los relámpagos cesó y captó unas líneas serradas, fosforescentes.

Una voz pronunció mi nombre. Pensé que era Vibben, pero cuando me volví lo único que vi fue la sugerencia de una presencia que se desvanecía como el humo.

Me desperté. Según el reloj sólo había dormido un par de horas. Tenía la garganta rasposa y la boca seca. Me bebí dos vasos de agua y volví a desplomarme sobre la cama.

Me dolía la cabeza, pero mi mente no dejaba de dar vueltas. Después de eso, no volvía dormir.

El enlace de voz sonó unas cuatro horas más tarde. Era Betancore.

—El *Essene* acaba de entrar en órbita —me dijo—. Podemos irnos en cuanto quieras.

El *Essene* estaba como inclinado encima del cuenco invertido de Hubris, recortado contra el telón de fondo de las estrellas.

Habíamos abandonado el resplandor de la Cúpula del Sol para adentrarnos en el aullido de la ventisca. La estructura del cúter se vio salvajemente sacudida cuando Betancore la sacó de las garras de los feroces vientos polares hasta que nos encontramos navegando muy por encima de un océano de vapor escarchado.

La ventisca y el blanco continente, que parecía esculpido, se fueron alejando hasta que pudimos ver las mareas, los vendavales y las corrientes, las grandes configuraciones centrífugas de fuerza titánica.

—Ahí —había dicho Betancore señalando con un movimiento de cabeza a las grandes compuertas frontales. Estábamos a noventa kilómetros, subiendo todavía a través de la aeropausa que se adelgazaba progresivamente, y ya habíamos establecido contacto visual.

Me había llevado un momento encontrarla. Una mancha oscura que distorsionaba el borde perlado de la planosfera.

Un minuto más y se convirtió en un cuerpo sólido tridimensional. Pasó otro y empezamos a ver las brillantes luces parpadeantes de su superficie.

Otro minuto más y pudimos ver las portillas. Parecía una torre colosal desprendida de sus cimientos terrestres para flotar, tranquila y a la deriva,

en el vacío.

—Una belleza —murmuró Betancore que sabía apreciar estas cosas. Sus manos con incrustaciones revolotearon por encima de los controles de vuelo y de un bandazo nos pusimos en las coordenadas correctas de aproximación. El cúter y la enorme nave intercambiaron automáticamente datos de telemetría. Las placas pictóricas de la cubierta de vuelo se animaron con el despliegue de columnas de datos.

—Un clíper de carga de la clásica configuración Isolda, de los hangares de Ur-Haveno Tancredo. Majestuoso… —musitaba Aemos mientras anotaba sus inútiles observaciones en la placa de su muñeca.

El *Essene* tenía tres kilómetros de largo según mis estimaciones, y sus buenos setecientos metros de profundidad en su parte más amplia. El morro parecía un cono largo y aguzado, como la torre de una catedral hecha de curvas superpuestas y llena de florones y púas de bronce. Detrás de ese frente espinoso, el casco angular se engrosaba formando robustos contrafuertes de placas de color óxido, rodeadas y remachadas con costillas de acero oscuro. De la protuberancia dorsal sobresalían numerosas torres almenadas. Unos mástiles de cien metros apuntaban hacia adelante desde el casco a modo de colmillos, y otros más cortos se proyectaban desde los flancos y desde abajo, parpadeando con sus luces de orientación. La parte trasera del juggernaut terminaba en cuatro conos ennegrecidos por el calor, cada uno lo bastante grande como para engullir a una docena de cútters al mismo tiempo.

Betancore hizo un giro y nos llevó bordeando el flanco hacia la parte trasera de la nave que daba la impresión de bambolearse mientras adoptábamos su horizontal.

Un punto luminoso se separó del *Essene* y salió volando delante de nosotros, emitiendo unas configuraciones luminosas de color rojo y verde: un zángano piloto para orientarnos en el acceso.

Betancore siguió ágilmente al zángano y se dirigió hacia la compuerta tal como indicaban las luces. Pasó limpiamente entre dos mástiles, atravesó las entrañas acanaladas de la nave y frenó finalmente en el lugar indicado, debajo de una ventruda escotilla flanqueada de cheurones negros

y amarillos. La escotilla era una de las seis que había en la parte inferior del casco, pero ésta era la única que estaba abierta. Nos bañó una rabiosa luz anaranjada.

Tras intercambiar unos cuantos comentarios concisos con Uclid que estaba en la sala de controles, Betancore condujo el cúter hacia arriba a través de la escotilla abierta. Observé que los bordes de la boca de la escotilla, de dos metros de espesor y rozado en algunos puntos hasta dejar el metal al descubierto, pasaban peligrosamente cerca.

A continuación hubo una serie de leves sacudidas y ruidos mecánicos contra el casco exterior del cúter. Una luz ambarina bañó el morro. Miré hacia el resplandor que venía de afuera pero vi poca cosa aparte de las siluetas oscuras de algunas grúas que levantaban carga.

Otra sacudida. Betancore accionó una fila de conmutadores y se oyó un zumbido al desactivarse la alimentación y los sistemas automáticos. Se retiró del pupitre de control y empezó a ponerse los guantes de piel.

—No tienes de qué preocuparte —dijo con una sonrisa burlona al ver mi expresión.

A decir verdad, me inquietan sobremanera las cosas que no controlo. Aunque tengo conocimientos rudimentarios y puedo conducir una nave atmosférica, no soy piloto, y no puedo compararme, ni mucho menos, con un piloto de caza como Midas. Por eso lo tengo conmigo y por eso él hace que parezca tan sencillo, aunque a veces, ante situaciones que no domino, no puedo evitar que mi cara trasunte la preocupación que siento.

Además, estaba cansado, aunque sabía que el sueño no llegaría aunque me lo propusiera, y de todos modos tenía cosas a que atender.

Aemos, Bequin y Lowink se quedarían en el cúter por ahora.

En cuanto se cerró la puerta del casco y el aire se depuró en la bodega del *Essene*, abrí la escotilla y salí acompañado de Fischig y Betancore.

La bodega en la que habíamos atracado era abovedada e inmensa. Recordé que era sólo una de las seis que tenía esta nave. Las superficies de las paredes y de las plataformas estaban negras de aceite y las lámparas de

sodio sujetas al techo llenaban el lugar con una luminiscencia de tintes naranja. Los espacios que quedaban por encima de nuestras cabezas estaban llenos de las formas esqueléticas de las grúas y los elevadores monotarea, todos inactivos y sin vida. En el suelo había montones de materiales. El cúter estaba suspendido por encima de la escotilla del suelo, en una especie de lecho engrasado de pistones de amarre y sujeciones hidráulicas.

Atravesamos la bodega. Nuestras botas resonaban sobre las placas metálicas del suelo. Hacía frío, todavía flotaba en el aire la temperatura gélida del espacio abierto.

Betancore iba vestido, como de costumbre, con su traje de piloto glaviano y su llamativa chaqueta. Estaba contento y silbaba una melodía indefinida. Fischig estaba impasible, rezumando autoridad en su uniforme marrón del Arbites. Lucía el disco solar dorado de su cargo en mitad del pecho.

Yo me había puesto un sobrio traje de lana gris, botas negras y guantes, y un largo abrigo de cuero azul marino de cuello alto. Había cogido una pistola primitiva del armero y la llevaba en la pistolera de cuero que tenía bajo el brazo izquierdo. Había desprendido la roseta inquisitorial y la había guardado en el bolsillo. A diferencia de Fischig, no tenía necesidad de andar pregonando mi autoridad.

Movida por unos mecanismos automáticos se abrió una escotilla de bajada por la que entró la luz. Una figura salió a recibirnos.

—Bienvenido al *Essene*, inquisidor —dijo Tobius Maxilla.



SIETE

CON EL CAPITÁN DEL «ESSENE»
UN ÚLTIMO ADIÓS
ESCRUTINIO

Maxilla era un mercader veterano que llevaba quince años recorriendo con el *Essene* las rutas desde Tracian Primaris hasta los Grandes Bancos. Me contó que al principio de su carrera, cuando los grandes gremios unidos empezaron a dominar el mercado mayorista, se había especializado en mercancías exóticas.

—El *Essene* es una nave mercante veloz. Me resulta mas rentable transportar mercancías suntuarias y entregarlas con carácter urgente, aunque no complete la carga.

—¿Hace usted esta ruta regularmente?

—Así lo he hecho durante las últimas décadas. Es estacional. Sameter, Hesperus, Tracia, Hubris, Gudrun, a veces incluso Mesina. En cuanto acabe el Letargo en Hubris, habrá mucho más trabajo.

Estábamos reunidos en su lujosa sala de audiencias, saboreando un amasec reserva en grandes copas de cristal. Maxilla estaba haciendo

alarde, pero era comprensible. Tenía una nave y una reputación de las que podía enorgullecerse.

—¿O sea que conoce usted bien todas estas rutas? —intervino Fischig.

Maxilla sonrió. Era un hombre vigoroso de edad indefinida, vestido con una chaqueta de faldones largos de terciopelo rojo, con anchas vueltas en los puños y una extravagante corbata de raso negro. Al sonreír dejaba al descubierto unos dientes incrustados de madreperla. Los armadores eran muy amigos de presumir, entre ellos la ostentación era una costumbre generalizada.

«Al diablo con el linaje de familia y la sangre noble —me había dicho uno en una ocasión—, es en el linaje y el pedigrí de las naves estelares donde reside la nueva nobleza imperial». Los armadores de naves eran la auténtica aristocracia imperial.

Al menos eso era lo que parecía pensar Maxilla. Tenía la cara cubierta de polvos blancos y en la mejilla llevaba engastado un zafiro como elemento cosmético. Su imponente peluca de dos copetes estaba hecha de hilo de plata y los pesados anillos de sello de sus dedos tintineaban al entrar en contacto con la gran copa de cristal.

—Sí, purificador, los conozco bien.

—No creo que sea necesario empezar a interrogar al capitán Maxilla todavía, Fischig —dije secamente. Betancore resopló y Maxilla rió por lo bajo. Fischig se dedicó con rabia a saborear su amasec.

Un servidor, cuyo torso y cabeza imitaban a un antiguo mascarón de proa, una mujer de prominentes pechos con serpientes doradas en el pelo, avanzó por la lujosa alfombra de Sclgioni y nos ofreció una bandeja con delicados manjares. Cogí uno por cortesía. Era una tajada perfecta de pez de plata, exquisitamente elaborada y envuelta en un hojaldre casi transparente. Betancore se sirvió varias.

—¿Es usted glaviano? —la pregunta de Maxilla estaba dirigida a Betancore. Los dos no tardaron en enzarzarse en una discusión sobre las virtudes de la famosa proa larga glaviana. No me interesaba especialmente y me dediqué a mirar el salón. Entre los objetos valiosos había una serie de retratos de la escuela de Sameter, de incalculable valor, bustos de

mármol de gobernantes planetarios, una escultura luminosa de Jokaero, armas antiguas y armaduras ceremoniales de espejo de Vitria. Pensé que a Aemos le gustaría todo aquello. El viaje iba a durar más de una semana y seguramente tendría oportunidad de verlo.

—¿Conoce usted Gudrun? —preguntó Maxilla dirigiéndose a mí.

—Esta va a ser mi primera visita —dije negando con la cabeza—. Apenas llevo un año en este subsector.

—Un hermoso lugar, aunque ahora estará muy concurrido. Se está celebrando un festival de un mes de duración para conmemorar la fundación de un nuevo regimiento de la guardia. Si tiene tiempo, le recomiendo la Academia Imperial de Bellas Artes, y los museos gremiales en el Dorsay.

—Voy a estar un poco ocupado.

Se encogió de hombros.

—Yo siempre saco tiempo para algo más que trabajar, inquisidor. Pero ya sé que su cometido es mucho más extenuante que el mío.

Por más que trataba de definir al personaje, todavía no lo había conseguido. Había accedido a llevarnos como pasajeros por una modesta suma, teniendo en cuenta lo que podía haber pedido. Ya le había pagado con un bono imperial. Por lo general, a los armadores no les gusta desairara un inquisidor, aunque cobran por ello. ¿Era sólo que Maxilla quería mantener buenas relaciones con los Ordos, o simplemente era un hombre generoso?

¿Acaso tendría algo que ocultar?

No estaba seguro, pero, la verdad, no me importaba. La otra posibilidad era que pudiera creerse con derecho a algún futuro favor. De ser así, se equivocaba.

El *Essene* abandonó Hubris ese mismo día, realizó el traslado al empíreo sin dificultad y se lanzó a toda velocidad hacia Gudrun. Maxilla nos alojó a todos en sus departamentos oficiales, pero pasábamos la mayor parte del tiempo en el cúter, trabajando. Betancore y los servidores hicieron un

examen completo de la nave. Lowink durmió, Fischig, Aemos y yo nos ocupamos del papeleo sobre las pruebas e hicimos todo tipo de conjeturas. Seguí ocultándole a Fischig lo poco que sabía sobre el Pontius, pero no pasaría mucho tiempo antes de que él mismo empezara a atar cabos.

Bequin no se relacionaba con los demás. Había tomado prestado un traje de faena de un armario y se la veía por la nave, leyendo libros que había cogido de mi biblioteca personal. Sobre todo poesía, y algunas obras históricas y filosóficas. No me importaba, siempre y cuando no se pusiera en mi camino.

Al tercer día de viaje volví a encontrarme con Maxilla y recorrimos juntos la cubierta superior. Al parecer, disfrutaba contándome historias y hablándome del origen de los cuadros que allí había con marcos de ormolueno. Vimos al mismo servidor en plena faena, pero hasta el momento no había señales de ningún otro ser viviente en toda la nave.

—Su amigo, Fischig… es un hombre muy poco dado a las sutilezas —observó por fin.

—No es mi amigo, y sí, no es nada sutil. ¿Ha estado haciéndole preguntas otra vez?

—Lo vi ayer un momento en la cubierta de proa. Me preguntó si conocía a un hombre llamado Eyclone. Incluso me mostró un retrato.

—¿Y usted qué dijo?

Me sonrió mostrando sus dientes de madreperla.

—¿Quién es el que está interrogando ahora?

—Perdone mi imprudencia.

Maxilla sacudió la mano con su puño de encaje.

—¡Olvídelo! ¡Pregunte todo lo que quiera! ¡Haga su pregunta de una vez para que podamos despejar la atmósfera!

—Muy bien. ¿Qué le dijo?

—Que no.

—Gracias por su sinceridad —le respondí con un gesto de aprobación.

—Pero le mentí.

Me volví y lo miré fijamente. Seguía sonriendo. De repente tuve la horrible sensación de haber caído en una trampa y lamenté no llevar un arma encima.

—No se preocupe. Le mentí porque es un tipo arrogante, pero a usted voy a contarle la verdad. Por nada del mundo quisiera ponerme en el camino de la Inquisición Imperial.

—Una sabia filosofía.

Maxilla se dejó caer en una butaca satinada y se alisó la pechera de la chaqueta.

—La última vez que fue a Tracian Primaris fue hace dos meses. Se habló de cierta carga y tuve algunas reuniones. Las habituales. Y ahí es donde aparece Eyclone, por supuesto que se hacía llamar por otro nombre. Vaya, olvidé el nombre que usó, pero era él. Había otros con él, un grupo bastante siniestro. Uno se llamaba Crotes, un delegado comercial. Trató de convencerme de que su hombre estaba autorizado por el Gremio Sinesias, pero eran puras patrañas aunque Crotes tenía papeles que lo aseguraban.

—¿Qué quería?

—Quería contratarme para un viaje, sin carga, a Gudrun, para recoger allí una carga y llevarla a Hubris.

—¿Naturaleza de la carga?

—Nunca llegamos a eso. Rechacé el trabajo. Era ridículo. Ofrecía un buen precio, pero yo sabía que podía ganar diez veces más con mi trabajo regular.

—Supongo que tampoco le dio el nombre de ningún contacto en Gudrun ¿verdad?

—Mi querido inquisidor, yo soy sólo un navegante, no un detective.

—¿Sabe usted quién aceptó finalmente su oferta?

—Sé quienes no lo hicieron —se enderezó en su asiento—. De vez en cuando hablo con otros capitanes, al parecer varios de ellos la rechazaron, y la mayor parte por la misma razón.

—Que era…

—Que parecía conflictivo.

Al quinto día parecía que estaba recuperando mis hábitos normales de sueño. Demasiado normales, a decir verdad, ya que Eyclone empezó a introducirse otra vez en mis sueños. Mientras dormía se me presentaba amenazador y sarcástico. No recuerdo los detalles, pero sí que su rostro burlón se quedaba prendido en mi mente cuando me despertaba.

Retrospectivamente, aunque es cierto que Eyclone se aparecía en mis sueños, no creo que fuera su rostro sonriente lo que yo recordaba.

El *Essene* volvió a trasladarse al espacio real y entró en el sistema de Gudrun durante la mañana del octavo día, antes de lo que habíamos calculado. Maxilla se había jactado de la rapidez de su nave en condiciones óptimas, y sin duda su orgullo estaba justificado.

Había llegado con él al acuerdo de que dejara el Empíreo en los confines del sistema, bastante cerca de las transitadas rutas comerciales que seguían la mayor parte de las naves que llegaban a Gudrun. Accedió sin problema. Sólo representaría un breve retraso.

—¿Quién era? —preguntó Bequin de pie a mi lado mientras observábamos la pálida forma de Vibben enfundada en su mortaja que se alejaba del *Essene* dando vueltas por el espacio.

—Una amiga, una camarada —respondí.

—¿Era así como quería acabar?

—Creo que no quería acabar —dije. A nuestro lado, Aemos y Betancore miraban apesadumbrados desde la escotilla. La expresión de Aemos era inescrutable, el rostro oscuro de Betancore se veía angustiado y triste.

Lowink no se había unido a nosotros, tampoco Fischig, pero al volverme vi a Maxilla de pie, respetuosamente, en la parte posterior del módulo de observación, vestido de luto con un traje de seda negra y una peluca corta con cintas del mismo color. Al notar que lo había visto avanzó hacia mí.

—Espero no ser un intruso. Mis respetos a su camarada muerta.

Incliné la cabeza en señal de agradecimiento. No tenía necesidad de hacerlo, pero parecía adecuado que el capitán de la nave estuviera presente durante un entierro en el vacío.

—No estoy seguro de las formalidades que deben respetarse en estos casos, Maxilla —dije—. Pensé que esto era lo que ella habría deseado. He recitado el Credo Imperial y la Oración de los Muertos.

—Entonces le ha hecho un buen servicio. Si no le parece mal…

Le señaló a uno de sus servidores en forma de mascarón de proa plateado que traía una bandeja de copas y una jarra.

—Es costumbre hacer un brindis en honor al desaparecido.

Todos cogimos una copa.

—Por Lores Vibben —dije.

Después de aproximadamente un minuto de silencio, nos dispersamos. Le dije a Maxilla que ya podíamos iniciar la aproximación a Gudrun, y él calculó que nos llevaría dos horas llegar al sistema interior.

En el camino de regreso al cúter me encontré andando al lado de Bequin. Todavía iba vestida con el viejo mono de trabajo, pero daba la impresión de que más que ocultar su belleza la resaltaba.

—Ya casi hemos llegado —dijo.

—Así es.

—¿Cuál va a ser mi trabajo?

Todavía no le había explicado lo que era o la razón por lo cual la había reclutado. Habíamos tenido tiempo más que suficiente durante el viaje, pero supongo que lo había estado postergando. Había encontrado tiempo para mostrarle a Aemos los señoriales departamentos oficiales de Maxilla, y para jugar al regicida con Betancore. Hubiera deseado librarme de la sensación de disgusto que sentía por el simple hecho de estar al lado de la chica.

Recorrí con ella la cubierta de paseo y empecé a explicárselo. No sé cómo esperaba que se lo tomara, pero el hecho es que se lo tomó mal,

quedó conmocionada, y mi respuesta fue de irritación apenas contenida. Sabía que lo que me hacía reaccionar así era su propia naturaleza y procuré encontrar la comprensión que ella merecía.

La muchacha estaba llorando, sentada en un butacón de seda sobre el cual colgaba un enorme cuadro, una escena de caza en la que se veía a algunos nobles montados en ursadontes de pura sangre en persecución de la presa. De vez en cuando, Bequin soltaba una maldición o se lamentaba en voz baja.

Era evidente que lo que la trastornaba no era la perspectiva de trabajar para mí, sino el conocimiento fundamental de que era… anormal. De repente tenía la explicación de su vida sin amigos, sin amor, llena de infortunios y de duros golpes, y esa explicación era su propia naturaleza. Creo que hasta entonces, estoicamente, había culpado a toda la galaxia de sus desgracias, y lo que yo acababa de hacer era eliminar de golpe su defensa emocional.

Me culpé por no haber pensado bien en las consecuencias. Le había quitado la poca confianza y autoestima que pudiera tener. Le había demostrado que los esfuerzos de toda su vida por encontrar consuelo, amor y respeto eran intentos inútiles, huecos, de autodestrucción y de negación de sí misma.

Traté de hablarle del trabajo que podría hacer para mí. No estaba muy interesada. Al final, opté por acercar otra butaca y sentarme a su lado mientras ella trataba de comprender la dolorosa verdad.

Estaba allí sentado cuando recibí una señal de voz. Era Maxilla.

—¿Podría reunirse conmigo en el puente, inquisidor? Necesito su ayuda.

El puente del *Essene* era una amplia cámara, abovedada, con suelos y columnas de mármol rojinegro. Servidores de plata, inmaculados y complicados como esculturas, estaban situados en los puestos de mando hundidos en el suelo, manejando con sus brazos de delicado mecanismo

los controles de los paneles de caoba pulida. El aire era fresco y tranquilo, y el único ruido era el suave ronroneo de los motores.

Maxilla, vestido todavía con su traje de luto, estaba sentado en un enorme trono de cuero situado sobre una gran plataforma desde donde dominaba toda la cámara. Unos miembros articulados que salían de la parte posterior del trono sostenían a su alcance las pictoplacas y consolas, pero su atención estaba fija en la enorme portilla de observación que dominaba el frontal del puente.

Atravesé la cámara desde la entrada. Todos los servidores llevaban máscaras de oro pulido con forma de rostros humanos de perfección clásica.

—Inquisidor —dijo Maxilla poniéndose de pie.

—¿Todos los miembros de su tripulación son servidores? —observé.

—Sí —dijo con aire distraído—. Son más fiables que los de carne y hueso.

No hice ningún otro comentario. La relación de Maxilla con el *Essene* me pareció semejante a la forma en que los Adeptus Mechanicus adoran a sus dioses-máquinas. El trato constante con esos instrumentos antiguos los había convencido de la inferioridad de la especie humana.

Seguí la dirección de su mirada y por la portilla principal de observación vi ante nosotros la esfera resplandeciente de Gudrun, un torbellino ambarino de nubes salpicado por los fantasmas verde lima de grandes bosques bajo la cobertura climática. Había profusión de formas oscuras agrupadas en el espacio que nos separaba del planeta. Me di cuenta de que eran enormes grupos de naves orbitales. Enormes acorazados anclados en el espacio, trenes de grandes naves mercantes, convoyes de naves de carga que circulaban remolcadas por naves de supervisión. Pocas veces había visto semejante actividad orbital.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

Se volvió a mirarme con cierta ansiedad en los ojos.

—He realizado maniobras legales entrando por la ruta comercial. El control de Gudrun me detectó y me asignó una boya de anclaje en el

espacio. Todos los datos pertinentes están en orden y he pagado las tarifas. Pero se me acaba de informar de que van a abordarnos e inspeccionarnos.

—¿Es normal?

—¿Normal? Desde hace diez años nadie ha sugerido siquiera la posibilidad de inspeccionar mi nave.

—¿Qué explicación han dado?

—Hablaron de seguridad. Ya le dije que había un festival de fundación en marcha. Puede ver que hay una importante flota de batalla Scarus estacionada. Creo que en este momento los militares están extremando las medidas de seguridad.

—Dijo usted algo sobre ayudarlo.

—La nave de inspección está de camino. Creo que facilitaría las cosas si salieran a recibirlo el capitán y un inquisidor imperial.

—No puedo hacer valer mis influencias, Maxilla.

Rió sin rastro de humor y me miró directamente a los ojos.

—¡Por supuesto que puede! Pero no es eso lo que le estoy pidiendo. Estando presente un inquisidor tratarán con más respeto la nave. No voy a dejar que pongan toda mi nave patas arriba.

Me quedé pensando un momento. Esto me olía a favor que tenía la sensación de que iba a pedirme. Peor aún, me parecía algo absolutamente impropio por su parte.

—Accederé a estar presente por cuestiones de orden siempre y cuando usted me asegure que no tiene nada que ocultar.

—Inquisidor Eisenhorn, yo…

—Reserve su indignación para el momento de la inspección, Maxilla. Sólo le pido que me lo asegure. Si le ayudo y después resulta que tiene usted algún oscuro secreto o una carga ilícita, tendrá que preocuparse de algo mucho peor que la Armada Imperial.

En su cara se reflejó una expresión de gran decepción. O era un actor de primera, o realmente había herido sus sentimientos.

—No tengo nada que ocultar —dijo entre dientes—. Creía que usted y yo habíamos llegado a entablar… si no una amistad, al menos una relación

cordial durante este viaje. Le he ofrecido mi hospitalidad y le he proporcionado información libremente. Me duele que sospeche de mí.

—Sospechar es mi trabajo, Maxilla. Si lo he ofendido, mis disculpas.

—¡Nada que ocultar! —repitió, casi para sus adentros, y ambos abandonamos el puente.

Una lancha de la armada, de casco profundo y pintada de gris mate, se colocó al lado de la enorme *Essene* y se acopló a la compuerta presurizada delantera de estribor. Maxilla y yo estábamos allí para recibirlos, junto con Fischig y dos de los servidores primarios de la nave, creaciones espectaculares a base de partes mecánicas de oro y plata.

Había llamado a Fischig porque supuse que si la presencia de un inquisidor podía resultar útil, tampoco haría ningún daño tener allí a un purificador del Arbites. Betancore recibió instrucciones de vigilar que todos los demás permanecieran en el cúter.

Los cerrojos de la compuerta se desbloquearon y las fauces de la escotilla se abrieron exhalando enormes bocanadas de vapor. De la bruma emergieron doce figuras de gran tamaño. Todas vestían la armadura gris y negra del cuerpo de seguridad de la armada, con el escudo y el símbolo sectorial de la Flota de Guerra Scarus grabados sobre el pecho y las charreteras ribeteadas de oro. Todos los rostros iban cubiertos con cascos de ceramita moldeados en forma de máscara con los visores y los recirculadores de aire en funcionamiento. Todos los hombres iban armados con rifles automáticos compactos.

El jefe del grupo se adelantó y sus hombres se agruparon detrás de él. La formación no era perfecta sino más bien desordenada, pensé, nada parecido a la rígida disciplina habitual del famoso cuerpo de seguridad de la armada. Estos hombres estaban aburridos y actuaban mecánicamente. Querían terminar pronto con las formalidades.

—¿Tobius Maxilla? —sonó la autoritaria voz del jefe, distorsionada por la máscara y el amplificador de voz.

—Yo soy Maxilla —dijo el capitán dando un paso al frente.

—Se le informó de que se procedería a una inspección de su nave. Entregúeme la lista de su tripulación y el conocimiento de embarque. Esperamos su total colaboración.

Ante una señal de Maxilla, uno de los servidores se adelantó sin el menor ruido y entregó al jefe del destacamento una placa de datos con la información que pedía.

—¿Hay algo que desee declarar antes de que empecemos la inspección? —preguntó sin mirar siquiera los datos que se le habían entregado—. Todo será más fácil si entrega lo que pueda traer de contrabando.

Yo observaba la escena. Los soldados eran doce, a todas luces insuficientes para inspeccionar una nave de las proporciones del *Essene*. ¿Dónde estaban sus servidores, sus unidades de exploración, sus palancas, sus llaves múltiples y sus detectores de calor?

No había nada en mi aspecto que les permitiera saber quién era yo, pero ¿cómo no habían reparado en la presencia de un Arbites?

Mi canal de voz estaba sintonizado con el cúter. No dije nada, pero lo accioné tres veces, una clave silenciosa de Glossia que Betancore podría entender.

—Todavía no se ha identificado usted —dije.

El jefe del grupo de inspección se volvió a mirarme. Sólo vi mi propia forma reflejada en su visor de vidrio tintado.

—¿Qué?

—Todavía no se ha identificado ni ha mostrado sus credenciales. Es un requisito que debe cumplirse en cualquier inspección.

—Somos de la seguridad naval… —empezó a decir con enfado mientras se acercaba a mí. Sus hombres vacilaron.

—Podría ser usted cualquiera —añadí sacando mi roseta inquisitorial —. Soy Gregor Eisenhorn, inquisidor imperial. Las cosas se hacen bien o no se hacen.

—¿Es usted Eisenhorn? —dijo.

Su voz no reflejó sorpresa alguna. Apenas una nota que me puso sobre aviso.

La alerta ya se había activado en mi garganta cuando sacaron las armas.



OCHO

UNA DOCENA DE ASESINOS
EL PROCURADOR
MERCADERES DE GRANO DE HESPERUS

Maxilla lanzó un grito de incredulidad. El jefe del destacamento de seguridad y dos de sus hombres abrieron fuego.

Sus rifles automáticos compactos eran especiales para luchar a bordo de una nave y en condiciones de gravedad cero: eran armas lentas, de retroceso corto, que disparaban balas cuya punta roma no podía atravesar el casco de una nave.

Sin embargo, eran más que capaces de acabar con un simple hombre.

Me arroje hacia un lado cuando las primeras balas rebotaron sobre las paredes dejando en ellas unas feas magulladuras metálicas. Segundos después, aquello se había transformado en un caos. Todos los del grupo de seguridad estaban disparando, algunos en semiautomático. El aire se había llenado de humo y la compuerta presurizada de aire se sacudía con el ruido y los fogonazos de las armas.

Uno de los servidores de Maxilla fue decapitado y transformado en chatarra al volverse contra los atacantes. El otro también trató de avanzar

para proteger a Maxilla, pero sus orugas y su torso fueron destrozados por los disparos.

Dos balas atravesaron los faldones de mi chaqueta, pero me dirigí a la puerta que había detrás de nosotros y saqué mi pistola primitiva de la funda.

Fischig también había sacado su arma y disparaba mientras retrocedía hacia la puerta. Derribó a uno de los soldados con una descarga cerrada y el hombre salió despedido en medio de una efusión de sangre, pero a continuación un disparo en el estómago hizo que Fischig perdiera pie. Doblado y cogiéndose el estómago quedó inmóvil en una esquina de la cámara.

Maxilla rugió de ira y levantó la mano derecha. Un rayo de luz enceguecedora salió de uno de sus anillos y redujo a uno de los soldados a un montón de huesos calcinados tras atravesar la armadura. Mientras los restos caían sobre las placas de la cubierta, el hombre que lo seguía alcanzó a Maxilla con una ráfaga de fuego automático y lo lanzó hacia atrás atravesando las puertas de cristal de un armario lleno de trajes de evacuación.

El resto cargó contra mi posición. Saqué fuerzas de flaqueza y disparé. Uno de mis proyectiles hizo trizas el visor del soldado que iba a la cabeza haciéndolo caer de cara al suelo.

La pistola primitiva, pensada para pasar desapercibida, tenía un cargador de cuatro proyectiles y yo llevaba además uno de repuesto en el bolsillo. Tenía siete balas y todavía quedaban nueve atacantes.

Al menos, la pistola tenía poder para detenerlos. Los cargadores sólo tenían cuatro proyectiles, pero eran sólidos y de gran calibre, cada uno del grosor de mi dedo pulgar. El cañón corto y grueso del arma rugió de nuevo y otro soldado fue derribado.

Retrocedí por el corredor pegándome a la pared. La vía de acceso a la compuerta presurizada era un pasaje ancho revestido de cables, de sección octogonal e iluminado sólo por las luces de la cubierta. Los disparos de los soldados pasaban silbando junto a mí. Volví a disparar, pero esta vez no di en el blanco. Una andanada hizo volar un relé de potencia en la pared justo

a mi lado arrancando una lluvia de chispas. Me refugié en la oscuridad y noté la presión de un picaporte en mi espalda. Me volví, tiré de él y me introduje por la compuerta al tiempo que un enjambre de proyectiles se incrustaba en la pared del pasillo de acceso.

Al otro lado de la compuerta encontré un estrecho túnel de inspección de los mecanismos de acoplamiento de la compuerta presurizada. El suelo era una rejilla de metal y las paredes estaban cubiertas de redes de cables y de gruesas mangueras hidráulicas. Al final había una escala de metal que bajaba por una abertura en el suelo y subía hacia el conducto de inspección.

No había tiempo para usar la escala, el primer soldado ya había pasado la compuerta y me apuntaba con su arma. Disparé y lo alcancé en el peto de la armadura, momento que aproveché para saltar por el hueco de la escala.

Aterricé cinco metros más abajo sobre una plataforma enrejada, donde sólo había luz roja de emergencia. Los visores de los soldados tenían amplificadores visuales.

Ahora me encontraba en las entrañas de la enorme abrazadera de atraque, reptando entre enormes pistones engrasados y mecanismos hidráulicos del tamaño del tronco de abetos adultos. El aire estaba contaminado por la emanación de gases y las cadenas que se balanceaban por doquier rezumaban lubricante. Por todas partes se oía el zumbido de compresores pesados y reguladores atmosféricos.

Me puse a cubierto. Los cuatro testigos rojos de la empuñadura de mi arma estaban encendidos. Extraje el cargador usado y lo cambié por el nuevo. Cuatro luces verdes reemplazaron a las rojas.

Había ruido en el pozo de la escalera. Vi dos grandes formas oscuras que bajaban, destacadas contra la luz proveniente de arriba.

Sus visores también tenían detectores de calor, lo que se hizo evidente en el momento en que ambos empezaron a disparar hacia donde yo me encontraba. Me refugié detrás de un pistón, pero un proyectil que rebotó en el metal lubricado me alcanzó en el hombro derecho arrojándome de bruces contra el suelo. Caí de cara contra la rejilla haciendo que saltaran

varias de las grapas mariposa de la herida que tenía en la mejilla y que apenas estaba empezando a cicatrizar.

Otra serie de disparos golpearon contra la ligera cubierta de metal. Nuevos rebotes alcanzaron la puntera de mi bota y el brazo, haciendo que éste golpeara contra la pared que tenía detrás. Con el impacto, la pistola resbaló de mi mano cayendo al suelo fuera de mi alcance y delatándome con las luces verdes encendidas.

Ahora eran por lo menos tres los que estaban ahí abajo, avanzando por el estrecho espacio que quedaba entre la maquinaria y disparando hacia mi posición. Avancé a gatas hasta un pistón horizontal, con los proyectiles enemigos impactando en las paredes por encima y por detrás de mí.

Pensé en recurrir a mis poderes mentales, pero no tenía posibilidad de entablar contacto visual para intentar ninguno de mis complejos trucos mentales.

Al final de la enorme abrazadera pude refugiarme junto a los deflectores y los gigantescos amortiguadores cinéticos que reducen el impacto de otra nave al golpear contra los brazos de atraque. De un pequeño panel de control instalado en la pared entre los amortiguadores, llegaba una luz verdosa. El panel tenía una protección de plástico endurecido parecida a una cabina pública de comunicaciones y a primera vista descubrí que se trataba de un terminal de prueba y reiniciación para el mantenimiento del dispositivo de atraque. Traté de pulsar diversos iconos, pero la pequeña placa ovalada presentaba el mensaje: Terminal bloqueado. Estaban activadas las medidas de seguridad automáticas porque había una nave —el bote de las tropas de seguridad naval— amarrada en la abrazadera, acoplada a la compuerta presurizada de la cubierta.

Pude oír unos pasos por encima del ruido ambiental. El primero de los soldados bajaba por el lado de la abrazadera, siguiendo el mismo camino que había recorrido yo hasta los amortiguadores.

Saqué mi roseta inquisitorial. Además de una credencial de mi cargo es muchas otras cosas. A una presión de mi dedo pulgar se desplegó el microteclado oculto y la introduje en la ranura del terminal. Se conectó y

la pantalla quedó en blanco. Mi roseta tenía nivel de acreditación imperial hasta grado magenta. Rogué que Maxilla no hubiera codificado toda la nave con sus códigos personales.

La pantalla volvió a encenderse e introduje en el terminal una orden de desbloqueo.

«Dispositivo de atraque en uso» fue la respuesta que recibí en letras verdes.

Pulsé suprimir.

Con un chirrido tumultuoso se desenganchó el mecanismo de atraque, los amortiguadores rugieron, el vapor salió con una explosión y empezaron a sonar las alarmas.

Se oyó un grito de agonía cuando el soldado que tenía en los talones fue aplastado de cintura para abajo al expandirse las diez toneladas de la camisa del pistón.

De la cubierta superior llegaron varias explosiones y el chirrido del metal desgarrado. A duras penas pude oírlas con el estruendo mecánico que había en la cámara del mecanismo de amarre.

Cuando el zumbido y las exhalaciones de los enormes pistones se apagaron y el jadeo se hizo esporádico, salí de detrás de los amortiguadores. La configuración de toda la cámara se había modificado y los enormes motores de atraque habían pasado de activos a desactivados. Dos soldados habían sido aplastados por el pesado mecanismo, otro estaba muerto bajo la salida del vapor, abrasado dentro de su armadura por una ráfaga de vapor recalentado.

Me apoderé de uno de los rifles automáticos de la armada y volví sobre mis pasos.

Según mis cálculos, tenía que haber todavía cuatro soldados sueltos y activos. Volvía recorrer el túnel de inspección y regresé por la vía de acceso.

A lo largo de todo el corredor parpadeaban las luces de advertencia y seguían sonando alarmas amortiguadas. De repente apareció una figura a

mi izquierda. Giré sobre mis talones. Era Betancore. Tenía la vista fija más allá de donde yo estaba y una de sus elegantes pistolas de aguja me apuntaba directamente. Disparó dos veces.

El característico zumbido resonó en mis oídos… y un integrante del equipo de seguridad salió trastabillando de su escondite al otro extremo del pasillo. Otro disparo y el hombre cayó de bruces.

—Vine en cuanto oí tu señal.

—¿A cuántos has matado?

—A cuatro, hasta el momento.

—Entonces es probable que hayamos terminado. Pero sigue alerta —sonreí para mis adentros. Decirle a Midas Betancore que estuviera alerta era como decirle a un perro que conservara el pelo.

—Tienes un aspecto lastimoso —me dijo—. ¿Qué diablos pasó?

Tenía la cara llena de sangre que manaba de la herida reabierta, me movía con torpeza por los arañazos que había sufrido en el hombro y además estaba cubierto de aceite del mecanismo de atraque.

—No era una inspección. Venían a por mí.

—¿Seguridad naval?

—No lo creo. Les faltaba precisión y no conocían el procedimiento.

—Pero tenían equipo, y armas… una lancha de la Armada. ¡Que el Emperador los confunda!

—Eso es lo que me preocupa.

Volvimos a la compuerta presurizada. Un obturador de emergencia había cerrado la abertura cuando mi improvisado desatraque había desprendido la lancha del lado del *Essene*. A través de las portillas laterales, pude ver el casco gris sesgado a nuestro lado, todavía conectado a las abrazaderas por uno de sus propios extensores de amarre, pero muy averiado. Su cámara integral de regulación de aire había volado al desconectarse, y al menos el sector de los pasajeros estaba abierto al vacío. Si la tripulación había sobrevivido, estaría en la sección frontal, aunque probablemente indefensa. La chatarra reluciente, trozos de placas de metal y secciones cortadas del extensor estaban suspendidas en el vacío exterior.

Me acerqué a Fischig. Estaba vivo. Su uniforme de Arbites estaba bien acorazado, pero los impactos a quemarropa le habían producido heridas internas; estaba inconsciente y le salía sangre por la boca.

Betancore encontró a Maxilla al otro lado de las puertas de cristal reducidas a añicos del armario de trajes de evacuación. Se había arrastrado por el suelo refugiándose tras un baúl de guarniciones. De la cintura para abajo, su lujosa vestimenta estaba hecha jirones y habían desaparecido sus piernas.

Pero resulta que del pecho para abajo no era humano.

—De modo que por fin se le ha revelado toda mi realidad, inquisidor… —dijo, procurando sonreír. Supuse que debía sentir grandes dolores, o al menos una fuerte conmoción. Para controlar el sofisticado mecanismo biónico que era la parte inferior de su cuerpo, eran necesarias conexiones neuronales muy complejas.

—¿Cómo puedo ayudarlo, Tobius?

—Ya he llamado a mis servidores para que me asistan —dijo sacudiendo la cabeza—. No tardare en estar de pie otra vez.

Había muchas preguntas que quería hacerle. ¿Había sido esa reconstrucción la consecuencia de una vieja herida, de una enfermedad de la edad? ¿O acaso, tal como yo sospechaba, había sido voluntaria? Me guardé mis preguntas. Eran de carácter privado y no afectaban a mi investigación.

—Necesito acceso a su vinculación astropática. Necesito entrar en contacto con el mando de la flota de combate para acabar de una vez con esta cuestión. Estos hombres no formaban parte de un destacamento de seguridad naval.

—Daré instrucciones al puente para que le den el acceso que necesita. Podría ocuparse de retirar las solicitudes de inspección de mi hoja de comunicaciones.

Eso contribuiría. No creía que a los altos comandantes de la Flota de Combate Scarus les interesara tener esto pendiente.

Estaba en lo cierto, pero a medias. Al cabo de media hora me encontraba en el puente del *Essene*, rodeado de atentos servidores, comunicando el incidente al comando de la flota de combate por enlace astropático confidencial. No pasó mucho tiempo antes de que entablase un diálogo oral con los ayudantes de campo de la oficina del estado mayor del almirante Lorpal Spatian, quien pidió que sujetáramos el Essene a la boya de amarre de altura y esperásemos la llegada de un destacamento de seguridad y un emisario del procurador de la flota de combate.

La idea de quedarnos allí, esperando la llegada de más soldados, no me resultaba especialmente atractiva.

—Desertores, señor —me dijo el procurador Olm Madorthene dos horas después. Era un hombre enjuto, de pelo entrecano muy corto y un antiguo implante potenciador en un lado del cuello, por debajo de la oreja izquierda. Llevaba la chaqueta blanca almidonada, de cuello alto, los guantes rojos, pantalones de montar planchados y botas de cuero de caña alta del Destacamento Disciplinario de la Flota de Combate. Madorthene se había mostrado cortés desde el momento de su llegada. Me había saludado y respetuosamente había puesto su gorra blanca ribeteada de oro bajo el brazo. El destacamento que lo acompañaba estaba equipado exactamente igual que los soldados que habían abordado el *Essene* para matarnos, pero desde el comienzo habían dado muestras de mayor disciplina y de un orden estricto.

—¿Desertores?

Madorthene parecía incómodo. Era evidente que no le gustaba tener problemas con un inquisidor.

—De las levas de la guardia. Ya sabe usted que se está realizando una fundación en Gudrun. Por orden del Comandante General Militar, se está reclutando a setecientos cincuenta mil hombres para la Guardia Imperial a fin de formar el 50.º de Fusileros Gudrunitas. Ante las proporciones de la

fundación y el hecho de que éste es el quincuagésimo regimiento formado en este ilustre mundo, está teniendo lugar una celebración de alcance planetario con los consiguientes acontecimientos militares.

—¿Y estos hombres desertaron?

Discretamente, Madorthene me llevó a un lado mientras sus hombres retiraban los cadáveres de los insurgentes de las inmediaciones de la cámara de regulación de aire y los metían en sacos. Yo había puesto a Betancore a vigilarlos.

—Hemos tenido problemas —me confió en voz baja—. La leva iba a ser de medio millón, pero el Comandante General Militar aumentó la cifra una semana antes de la fundación porque está preparando una cruzada en el subsector ofidiano, y muchos fueron reclutados casi sin aviso previo. Entre nosotros, los grandes festejos son en parte un intento de distraer la atención de esa cuestión. Ha habido algunos motines y deserciones en los barracones de la zona de la fundación. Esto nos ha tenido ocupados.

—Puedo imaginarlo. Pero ¿está usted seguro de que estos hombres eran desertores de la guardia?

Asintió y me entregó una placa de datos. En ella había una lista de doce nombres unidos a archivos biográficos y unos retratos holográficos poco claros.

—Se fugaron ayer del Barracón 74 de la Fundación, a las afueras de Dorsay. Se llevaron uniformes y armas de la Tesorería del puerto orbital y robaron una lancha. A nadie se le ocurrió oponerse a un escuadrón de soldados de la seguridad naval.

—¿Y nadie cuestionó su falta de credenciales y de códigos de vuelo?

—Por desgracia, la lancha había sido cargada previamente con un plan de vuelo y códigos de transpondedor para llegar a su anclaje de flota. De no haber sido así, los habrían descubierto hace tiempo. Es evidente que andaban a la búsqueda de una nave estelar mercante como ésta.

—¿Eran reclutas regulares? ¿Soldados de infantería?

—Sí.

—¿Y cómo podían manejar una lancha?

—El jefe del grupo —volvió a consultar la placa—, Jonno Lingaart, era un piloto orbital experimentado. Trabajaba en los ferries. Como ya dije, una lamentable combinación de sucesos.

No estaba dispuesto a dejar pasar esto. Madorthene no estaba mintiendo. Eso era seguro, pero la información que me ofrecía estaba llena de lagunas e incoherencias.

—¿Y la petición de inspección?

—La enviaron desde la propia lancha. Nada oficial. Dieron con la nave e improvisaron. Hemos detectado la fuente de la demanda de inspección hasta el emisor de voz de la lancha.

—No —dije. Retrocedió un paso, atento al creciente tono de disgusto de mi voz.

—¿Señor?

—He comprobado los registros de comunicaciones del *Essene*. No me revela el origen de las señales, pero revela que la petición de inspección llegó por vía astropática, no de voz. La lancha no tenía astrópata.

—Eso es…

—Es el mismo enlace astropático que adjudicó al *Essene* su boya de anclaje en el espacio. Se ha comprobado la autenticidad de eso. Y estos hombres me estaban buscando a mí, procurador; para matarme. Sabían mi nombre.

Se puso pálido y fue incapaz de articular una respuesta. Le di la espalda.

—No sé quiénes son esos hombres. Es posible que sean realmente reclutas, pero alguien los envió a por mí, alguien que siguió sus movimientos, les proporcionó material y transporte y autenticó su misión en esta nave. Alguien que pudo ser de la flota de combate o con acceso amplio a su operativa. No hay otra explicación posible.

—¿Está usted hablando de… una conspiración?

—No me son ajenas las maniobras clandestinas, Madorthene. Tampoco me preocupan los atentados contra mi vida. Tengo enemigos. Estas cosas son previsibles. Me demuestran que mis enemigos son más poderosos de lo que yo sospechaba.

—Mi señor, yo…

—¿Cuál es su nivel de antigüedad, procurador?

—Tengo grado uno, credencial magenta, rango equiparable al de comodoro de flota. Respondo directamente ante el lord procurador Humbolt.

Esto ya lo sabía por las insignias de sus charreteras, pero quería que me lo dijera.

—Por supuesto. Su superior no habría confiado una cuestión tan delicada a un oficial de menos rango. Tampoco quería mostrarme falta de respeto. Confío que este asunto sea aún estrictamente confidencial.

—¡Sí, señor!

El lord procurador se dio cuenta de lo… delicado de la situación. Además, cualquier infracción que se haya cometido queda suprimida por orden del Comandante General Militar para no detenerlo más tiempo de lo necesario. Sólo yo y mi escuadrón, el lord procurador y sus ayudantes de campo más próximos tenemos conocimiento de los detalles del caso.

—Entonces, preferiría que todo siguiera así. Quisiera que mis enemigos pensaran, durante el mayor tiempo posible, que el intento de asesinato fue un éxito. ¿Puedo confiar en su cooperación, procurador?

—Por supuesto, inquisidor.

—Llevará de mi parte un mensaje cifrado a su lord procurador. En él le explicaré la situación y mis exigencias. También le proporcionaré un enlace de voz encubierto para ponerse en contacto conmigo en cuanto tengan información. Cualquier información, Madorthene, aunque usted no la considere pertinente.

Me respondió con una profunda inclinación de cabeza. No agregué la coletilla de que si defraudaban mi confianza caería sobre él, sobre los ayudantes de campo y sobre el propio lord procurador como la ira de Rogal Dorn. Eso ya lo podía suponer sin necesidad de que yo le dijera nada.

Una vez que Madorthene y su tripulación hubieron abandonado el *Essene*, me volví hacia Betancore.

—¿Y ahora qué? —me preguntó.

—¿Cómo se siente uno cuando está muerto, Midas?

Dejamos el *Essene* a medianoche a bordo del cúter. Fischig, que había recuperado la consciencia, se quedó a bordo de la nave de Maxilla, recuperándose de sus dolorosas heridas en la enfermería automática y espectacularmente equipada del *Essene*.

Maxilla había accedido a mantener anclada la nave por el momento. Yo accedí a cubrir todo lo que dejara de ganar mientras permaneciese inactivo. Tenía la sensación de que podría llegar a hacerme falta una nave en cualquier momento, y además si el *Essene* partía de repente, daría al traste con la historia de que estábamos todos muertos.

Esto lo hablé con Maxilla en la cámara del puente. Él estaba sentado en su trono, tomando sorbos de amasec mientras sus servidores le reconstruían penosamente los miembros inferiores.

—Lamento que esté tan metido en esto, Tobius.

—Pero yo no —dijo—. Éste ha sido el viaje más interesante que he hecho en mucho tiempo.

—¿Está dispuesto a quedarse hasta que me ponga en contacto con usted?

—Usted paga bien, inquisidor —dijo riendo—. La verdad, estoy contento de ayudarle a servir al Emperador. Además, ese zoquete de Fischig necesita mejor atención de la que pueden ofrecerle en esa mísera sala médica de su cúter, y puede estar seguro de que no voy a irme a ninguna parte antes de que él haya abandonado mi nave sano y salvo.

Abandoné el puente, casi encantado por la generosidad de espíritu de Maxilla. Es posible que hubiera razones para tener tanta disposición a ayudarme, y entre ellas, sin duda, el miedo a la Inquisición, pero la verdad, estaba seguro de que se debía a que había redescubierto el placer de la interacción con otros seres humanos. Se apreciaba en sus ganas de conversar, de mostrar sus tesoros artísticos, de ayudar, de ser hospitalario…

Llevaba demasiado tiempo solo, entre sus máquinas.

Betancore cambió los códigos del transpondedor del cúter en cuanto salimos de la bodega del *Essene*. Teníamos algunos identificadores alternativos en la memoria del codificador. Durante los últimos meses, y durante nuestra estancia en Hubris, nos habíamos presentado como un transporte oficial de la Inquisición, sin tratar de ocultar nuestra identidad.

Ahora éramos una delegación comercial de Sameter, especializada en cosechas de cereales genéticamente fijadas y esperábamos interesara las familias nobles de Gudrun en las cosechas de mantenimiento fácil, a prueba de plagas, ahora que la fundación los dejaba escasos de mano de obra.

Betancore estableció contacto con el Control de Gudrun, dio nuestra identidad y solicitó una ruta y un permiso para aterrizar en Dorsay, la capital septentrional. Respondieron sin vacilación. Otro comerciante que llegaba a la ciudad para el festival.

Pasamos a través de los enormes componentes de la Flota de Combate Scarus anclados en el espacio: filas de naves de transporte de tropas de formas grotescas y vientres hinchados; enormes destructores con aguzados arietes de proa luciendo orgullosos el águila imperial; grandes naves de batalla, fríos y grises gigantes ortogonales del espacio, erizados de troneras; fragatas largas, ágiles y crueles como avispas de la madera; naves escuela de combatientes, que montaban guardia.

El espacio postorbital estaba atestado de naves de transporte, remolcadores, lanzaderas de abastecimiento, cúters mercantes, pesados elevadores de servicio y esqueléticas plataformas de carga. A estribor, los mercantes rápidos, las enormes embarcaciones de los gremios, los híbridos de los bucaneros. El *Essene* estaba entre ellos, en alguna parte.

Las boyas luminosas parpadeaban, señalando las agrupaciones y los niveles de los puestos de anclaje, llenando la noche como otra constelación que impedía ver las autenticas estrellas.

Betancore nos llevó sin dificultad entre el tráfico hacia la brillante ionosfera de cristal, metiéndonos entre las altas nubes opalescentes. Cruzamos la línea fronteriza entre la noche y el día mientras el planeta giraba, de camino hacia Dorsay, donde el amanecer indicaba el comienzo de otro día más del Festival de la Fundación.



NUEVE

EN DORSAY
LAS FUERZAS DEL MERCADO
EN BUSCA DE TANOKBREY

Dorsay no estaba despertando porque había estado despierta toda la noche. Por las calles, avenidas y canales, en los altavoces sonaban marchas militares, y en todas las superficies disponibles podían verse serpentinas y estandartes.

Ya había hecho una lectura rápida del resumen de Aemos sobre el planeta: Gudrun, capital del subsector helicano, sector Scarus, Segmentum Obscurus. Asentamiento humano desde hacía tres mil quinientos años. Gobierno feudal de poderosas casas nobles cuyo poder e influencia se extendía por otras tres docenas de mundos del subsector helicano. Tracian Primaris, ese abigarrado centro industrial y comercial, era el mundo más densamente poblado y productivo de la región, pero Gudrun era el corazón cultural y administrativo, y era vox pópuli que la riqueza de las casas nobles en su conjunto rivalizaba con el valor comercial de la producción de las colmenas tracianas.

Tal como la vimos en nuestro vuelo de aproximación, Dorsay relucía como una piedra de luz blanca en el amanecer. Era una ciudad costera, situada en el borde de una laguna alimentada por el mar, a horcajadas sobre el poderoso río Drunner. Desde las portillas del cúter pudimos ver, al girar, unos puntos blancos que eran los barcos de vela que surcaban la gran laguna. Más allá de la extensa mancha blanca de la ciudad podían verse enormes empalizadas y emplazamientos en las verdes colinas y en los acantilados, que correspondían a los barracones del regimiento recién fundado.

Betancore aterrizó en Campo Giova, el puerto municipal de Dorsay. Estaba construido sobre una isla larga y estrecha de la laguna que daba a la ciudad. Por una prima espacial, las naves pequeñas como la nuestra eran bajadas mediante pesados elevadores monotarea y alojadas en compartimentos en forma de panal excavados en la roca de lava porosa de la isla.

Mientras Lowink se quedaba en el cúter, Midas, Aemos, Bequin y yo nos preparábamos para ira Dorsay. Nos vestimos con ropas sencillas y anónimas: azul oscuro para Aemos, traje negro de buena tela y chaqueta larga de cuero para Betancore y para mí, y un vestido largo de crepé azul porcelana con un chai de encaje color crema para Alizebeth Bequin. Tras vencer su reticencia, había conseguido que Betancore buscara entre las pertenencias de Vibben ropas adecuadas para Bequin.

Al parecer, a ella no le importaba que fueran de una mujer que estaba muerta.

Bajo los toldos rojos agitados por la brisa mañanera, los muelles de la isla estaban repletos de pasajeros que esperaban ser transportados a tierra firme. Formamos cola entre grupos de mercaderes, dignatarios visitantes y tripulantes de la flota que gozaban de un permiso. Músicos ambulantes y buhoneros sacaban provecho de ese público cautivo.

Por fin alquilamos uno de los esquifes que se alineaban en el muelle. Se trataba de un aerodeslizador largo, abierto, en forma de lanza y con asientos para seis personas, incluido el timonel. Tenía el casco pintado de color violeta brillante y la popa se apoyaba sobre los generadores

antigravitatorios. Con ella nos deslizamos por la laguna, dos metros por encima de las aguas picadas y espumosas.

Dorsay surgió ante nosotros. Ahora que estábamos a su nivel pudimos apreciarla en toda su majestuosidad. Los edificios, que se levantaban por encima del agua sobre pilotes y columnas de basalto, estaban construidos de ciclópeos bloques de piedra perfectamente encajados, tenían las fachadas encaladas y los tejados de cobre de color cardenillo. Las gárgolas bostezaban en el remate de los canalones o se enroscaban en torno a las bajadas de los desagües. Las plantas superiores tenían balcones con barandillas hechas de cobre reluciente, muchos de ellos cubiertos con marquesinas. Unos puentes de piedra con arcos o pasarelas de metal comunicaban los edificios vecinos, sobrevolando a veces los canales que hacían las veces de calles. Bordeando los canales había aceras de piedra a nivel del agua para la circulación de los peatones.

Como había abundancia de éstos, el lugar estaba lleno de vida, de movimiento, de color y de ruido. Una vez llegados al centro de la ciudad nuestro paso por los canales se hizo más lento por el tráfico de otros esquifes, transportes acuáticos colectivos, balandras privadas y motoras.

Por encima de nuestras cabezas, en los niveles de tráfico elevado, todo era un ir y venir de vehículos atmosféricos. En todas partes había banderines y estandartes en honor de la Flota de Combate Scarus y de los regimientos de la guardia gudrunita, especialmente del 50.º de Fusileros.

Como de costumbre, Aemos no paraba de mascullar cosas mientras tomaba nota de los detalles de Dorsay en la placa de su muñeca con su consabido afán de acumular conocimientos. Estuve un momento observando sus movimientos nerviosos, su entusiasmo juvenil ante las novedades. Como resultado de su uso obsesivo y compulsivo de la placa, ésta tenía el teclado desgastado.

Midas Betancore estaba alerta, como siempre. Sentado en la parte delantera del esquife antigravitatorio no dejaba de observarlo todo, como Aemos, pero los detalles de los que él tomaba nota eran más pertinentes y de utilidad más inmediata que los de mi viejo sabio, sin duda.

Bequin se limitaba a sonreír, reclinada en su asiento, mientras la brisa hacía revolotear su chai. No creo que jamás hubiera llegado a Gudrun por sus propios medios. Este era el epicentro de la cultura del subsector, el brillante mundo que ella siempre había soñado y del que había deseado formar parte.

Dejé que se lo pasara bien, el trabajo duro vendría después.

Tomamos un apartamento en el Dorsay Regency. Consideré conveniente contar con una base de operaciones en tierra firme. Betancore taladró los marcos de las puertas con una herramienta manual e instaló sensores con destellos disuasorios incorporados. También conectamos las puertas interiores. Se dieron instrucciones estrictas a los servidores para que no entraran durante nuestra ausencia.

Desde el balcón encalado, bajo una marquesina de color púrpura desteñido, estuve observando y escuchando la Marcha de los Adeptos difundida por los altavoces distribuidos por las calles.

Abajo, el canal era un hervidero. Vi pasar un esquife repleto de guardias borrachos, vestidos todos ellos con sus nuevos uniformes rojo y oro. Hombres del 50.º de Fusileros Gudrunitas que armaban jaleo y se arriesgaban a morir ahogados mientras disfrutaban de las últimas horas en su mundo. En cuestión de días estarían metidos en una nave de transporte de tropas con destino a quién sabe qué horror en otro subsector.

Uno de ellos cayó al canal mientras trataban de bajar a tierra. Sus camaradas lo sacaron y lo bautizaron con el contenido de una botella de licor.

Aemos se acercó a mí y me mostró una placa de datos con un mapa.

—El Real Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias —dijo—. Su sede central está a cinco calles de aquí.

El Gremio Sinesias tenía uno de los locales más impresionantes del distrito comercial de Dorsay. Un ramal del Gran Canal pasaba por debajo

del pórtico de cristal coloreado del edificio principal, de modo que los mercaderes visitantes podían entrar con sus esquifes y desembarcar a cubierto en un muelle de recepción alfombrado.

Nuestro esquife antigravitatorio nos llevó hasta allí y desembarcamos entre una multitud de comerciantes de Mesina, altos, delgados y elegantemente vestidos, de mercaderes de Sameter con lujosos y pesados sombreros y velos y de obesos banqueros de las colmenas tracianas.

Bajé a tierra y me volví para ofrecer la mano a Bequin, cosa que me agradeció con una cortés inclinación de cabeza mientras salía de la embarcación. No le había dado muchas instrucciones. Los aires y el porte aristocráticos eran una aportación espontánea. Aunque aún sentía rechazo por ella, a cada momento que pasaba la admiraba más. Desempeñaba su papel a la perfección.

—Sus nombres y ocupaciones aquí, caballero, señora —nos requirió un chambelán del Gremio al acercarnos. Iba lujosa mente vestido con brocados y dorados, como todos los sirvientes del lugar, en lugar de orejas tenía unos potenciadores aumenta dos y nos ofrecía una pizarra y un estilete.

—Mi nombre es Farchaval y soy un mercader de Hesperus. Esta es lady Farchaval. Venimos a negociar contratos de grano con las casas importantes de este mundo y nos dijeron que el Gremio Sinesias puede hacer la intermediación.

—¿Tiene usted un corresponsal en el gremio, Señor?

—Por supuesto. Mi contacto era Saemon Crotes.

—¿Crotes? —el chambelán hizo una pausa.

—Oh, Gregor, estoy tan aburrida —dijo Bequin de repente—. Todo esto es tan lento y tan tedioso. Quiero volver a pasear por los canales. ¿Por qué no vamos y tratamos con aquellos señores tan atentos del Gremio Mensurae?

—Más tarde, querida —dije, encantado y sorprendido por su improvisación.

—¿Ha visitado usted… otro gremio antes? —preguntó el chambelán con premura.

—Fueron muy agradables. Me sirvieron té soliano —intervino Bequin.

—Permítanme que los acompañe —dijo el chambelán sin pérdida de tiempo—. Sin duda Saemon Crotes es uno de nuestros agregados más importantes. Les conseguiré una audiencia enseguida. Mientras tanto, pónganse cómodos en esta sala. Haré que les sirvan té soliano.

—¿Y bizcochos de nafar? —sugirió Bequin.

—Por supuesto, señora.

El chambelán salió y cerró las dobles puertas de la lujosa sala de espera. Bequin me miró y rió entre dientes. Confieso que yo me reí con ganas.

—¿Cómo se le ocurrió?

—Usted dijo que éramos mercaderes ricos que esperaban lo mejor. Simplemente me estaba ganando el sueldo.

—Siga así —le aconsejé.

Echamos una mirada a la sala. Las ventanas, con cortinas de gasa, tenían diez metros de altura y daban al Gran Canal, pero estaban aisladas para evitar el ruido exterior. Ricos tapices cubrían las paredes entre óleos de la Escuela de Sameter que hubieran hecho las delicias de Maxilla.

Poco después entró un servidor trayendo una bandeja. La dejó sobre una mesita auxiliar de mármol y volvió a salir.

—¡Té soliano! —dijo Bequin con entusiasmo levantando la tapa de una tetera de porcelana—. ¡Y bizcochos de nafar! —añadió con una sonrisa mientras se comía el primero.

Me sirvió una taza y saboreó la suya de pie junto a la chimenea, con una elegancia muy propia.

El representante del gremio llegó un momento después. Era un hombre pequeño, de pelo crespo, con un traje amplio y demasiadas joyas. Lucía con orgullo la marca del Gremio Sinesias en la frente.

Su nombre era Mácheles y esa marca indicaba que era propiedad del Gremio.

—¡Señor Farchaval! ¡Señora!, de haber sabido que estaban ustedes aquí habría cancelado otras reuniones. ¡Perdonen mi tardanza!

—Está perdonado —dije—, pero me temo que lady Farchaval pueda estar a punto de perder la paciencia.

Al oír esto, Bequin bostezó.

—¡Oh, eso me disgusta! ¡No es nada bueno! —Mácheles golpeó las manos y acudieron los servidores.

—¡Dadle a la dama todo lo que solicite! —les indicó Mácheles.

—Veamos… ¿hojas de vorder? —dijo Bequin.

—Enseguida —ordenó Mácheles.

—¿Y una bandeja de trufas de birri? ¿Salteadas en vino?

No cabía en mí de asombro.

—¡Enseguida! ¡Vamos, vamos! —jadeó Mácheles apurando a los servidores para que salieran de la sala.

Me adelanté y dejé mi taza sobre la mesa.

—Ahora nos ocuparemos de lo nuestro, señor. Represento a mercaderes de grano de Hesperus, una asociación importante de mercaderes de grano.

Le entregué mi credencial holográfica que, por supuesto, era falsa. Betancore y Aemos la habían hecho recurriendo a los profundos conocimientos generales de Aemos y a los conocimientos particulares sobre Hesperus recogidos en sus entrevistas con Maxilla.

Mácheles pareció muy impresionado por mi identificación.

—¿De qué dimensiones es la asociación a la que nos referimos, señor?

—Abarca todo el continente occidental.

—¿Y su oferta?

Extraje de mi bolsillo un tubo de muestra.

—Una cepa de gen estable de cereal que podrían manipular fácilmente sus terratenientes ahora que se quedan sin mano de obra. Es una verdadera maravilla.

Volvieron a hacer su entrada los servidores trayendo lo que Bequin había pedido.

—Los otros gremios están haciendo ofertas por este producto —dijo la mujer mientras mordisqueaba la suave carne del birri—. Espero que el Gremio Sinesias no deje escapar esta oportunidad.

Mácheles agitó el tubo de muestra y lo estudió.

—¿Se trata —preguntó bajando la voz—, de un cultivo xénico?

—¿Constituiría eso un problema? —pregunté.

—¡No, señor! Oficialmente no. La Inquisición es muy estricta al respecto, pero precisamente por eso nos ocupamos de garantizar la discreción en nuestras entrevistas. Los edificios del gremio están protegidos contra rastreadores, rayos interceptadores y ladrones de voz.

—Me complace saberlo. Entonces ¿no resultaría difícil comercializar un cereal de xenocultivo?

—Por supuesto que no. Hay empresas colectivas ansiosas de asegurarse buenas cosechas. Especialmente las conseguidas en invernadero mediante tecnología alienígena.

—¡Bien! —mentí—. Pero quiero los mejores beneficios. Saemon me dijo que debía dirigirme en primer lugar a la Casa Glaw.

—¿Saemon?

—Saemon Crotes, el delegado del Gremio Sinesias con quien traté en Hesperus.

—¡Ah, sí! ¿Desea usted que le concierte una entrevista comercial con la Casa Glaw?

—Creo que eso fue lo que dije, ¿no es así?

Salimos del muelle del Gremio Sinesias veinte minutos después. Bequin todavía iba saboreando el birri.

En cuanto nuestro esquife se alejó del edificio, el receptor de voz que llevaba incorporado en el puño de la chaqueta empezó a parpadear.

—Eisenhorn —respondí.

—Acabo de aceptar un mensaje de Tobius Maxilla. ¿Quiere oírlo? —dijo Lowink.

—Sólo un resumen, Lowink.

—Dice que la nave que llevó a Eyclone de Gudrun a Hubris III está anclada aquí. Es la nave corsaria Scaveleur. Su capitán, un tal Effries Tanokbrey, ya se encuentra en el planeta.

—Envía una señal a Maxilla y agradécele su información, Lowink —dije.

Ahora ya conocía la identidad de la misteriosa nave estelar de Eyclone.

Nos encontrábamos almorzando en una taberna de la zona comercial desde donde se veía el Puente de los Carnodontes cuando Mácheles envió a sir Farchaval un mensaje de texto confidencial mediante un zángano de voz.

El zángano, una unidad esférica de metal, achatada por los polos, tenía apenas el tamaño de una naranja pequeña. Llegó a la terraza en la que nos encontrábamos zumbando como un insecto libador, fue pasando de mesa en mesa a la altura de las cabezas movido por sus diminutos propulsores hasta dar conmigo. Entonces se quedó sobrevolando, tintineó y reflejó su mensaje holográfico contra mi vaso de cristal: el escudo del Gremio Sinesias, seguido de un texto formal y obsequioso invitando a sir Farchaval y a sus acompañantes a una reunión en la hacienda de los Glaw al día siguiente por la tarde. Debíamos reunimos con Mácheles en el edificio del gremio a las cuatro, donde nos estaría esperando un medio de transporte.

El zángano siguió proyectando el mensaje hasta que yo corté el rayo con un movimiento de la mano y pronuncié una aceptación verbal que registró. Cuando hubo acabado, se alejó volando llevándose su mensaje.

—¿Cómo nos encontró? —preguntó Bequin.

—Un rastro feromónico —respondió Aemos—. Seguramente los sistemas maestros del edificio del gremio les habrán tomado una muestra durante su visita y habrá venido buscando hasta encontrar la equivalencia del registro de sus sensores.

Los mensajes por zánganos de voz eran práctica común en los mundos imperiales de alta tecnología como éste. Me dio una idea.

—¿Dices que el gremio parecía no poner ningún reparo a trabajar con material xénico? —se interesó Betancore levantando su copa de vino para beber un sorbo.

—Por ahora nos concentraremos en la Casa Glaw —dije tras asentir—. Es lo que más nos interesa. Pero no voy a olvidarme de Sinesias. Cuando hayamos acabado, todo el peso de la Inquisición caerá sobre sus transacciones.

Bequin estaba mirando al hermoso puente ornamental que formaba un arco sobre la corriente del Drunner.

—¿Qué son esas criaturas? —preguntó. Había efigies de piedra de unos grandes depredadores cuadrúpedos decorando cada arco. Eran unas bestias enormes, con cuerpos semejantes a los de los mastines, colas muy pobladas y unos hocicos largos de los que sobresalían los colmillos.

—Carnodontes —respondió Aemos, encantado como siempre de poder compartir sus considerables conocimientos—. El animal heráldico de Gudrun. Aparecen en muchos escudos y emblemas por aquí y simbolizan la noble autoridad del mundo. Ahora son muy escasos. Los han cazado hasta casi extinguirlos. Creo que sólo quedan unos cuantos que viven en libertad en la tundra septentrional.

—Tenemos un día para nosotros —les dije poniendo fin a aquella charla improductiva—. Hagamos buen uso de él. Encontremos a ese capitán Tanokbrey.

Betancore enarcó las cejas y estaba a punto de decirme lo difícil que iba a resultar aquello cuando le expliqué mi idea.

Recurrimos a una oficina administrativa de un canal secundario cercano al Ooskin y pagamos un mensaje por zángano de voz. Era una breve consulta al capitán de la nave corsaria Scaveleur sobre la posibilidad de un traslado transplanetario. El empleado que me atendió aceptó el texto y el pago sin comentarios y cargó el mensaje en uno de las tres docenas de zánganos de voz que permanecían inactivos en una bandeja detrás de su asiento. Luego consultó sus archivos de datos, recuperó el rastro feromónico de Tanokbrey que el capitán había registrado en la oficina de inmigración de la ciudad y lo instaló. El zángano elegido se elevó y con un zumbido salió flotando de la oficina.

En la calle, Betancore arrancó el speeder aéreo que había alquilado y partió en pos de él.

Existía la posibilidad de que nos condujera hasta nuestra presa, pero si conseguía despistar a Betancore, teníamos motivos para confiar en que Tanokbrey se pondría en contacto con nosotros. Al fin y al cabo era un capitán mercante en busca de oportunidades de negocios.

Aemos, Bequin y yo los seguimos en un esquife antigravitatorio público, sin perder el contacto por voz con Betancore. En el canal había más tráfico que nunca, y el Arbites local, así como los destacamentos de seguridad naval, andaban vigilantes. Aquella misma tarde estaba prevista una importante cabalgata ceremonial y estaban preparando el recorrido. Ya empezaban a juntarse las muchedumbres sobre los puentes y las aceras y por todas partes habían desplegado estandartes y guirnaldas de bienvenida.

Betancore nos esperaba en una acera del barrio de Tersegold, una zona de Dorsay famosa por sus tabernas y clubes. Dejé a Bequin y Aemos en el esquife.

—Allí —dijo, señalando un antiguo establecimiento con un arco en la fachada—. Lo seguí hasta el interior. Lo entregó en la quinta mesa a la izquierda. Tanokbrey es el hombre alto con chaqueta roja. Si no me fallan las cuentas, hay dos hombres con él.

—Regresa y manténte alerta —le indiqué.

La taberna estaba oscura y llena de gente. La música y las luces reverberaban en el techo bajo y el aire estaba cargado de olor a sudor, humo, lúpulo y a efluvios inconfundibles de obscura.

El zángano de voz que yo había enviado salía por la puerta cuando entré. Hizo una pausa, entregó su mensaje y salió volando. Un texto sucinto me informaba de que el Scaveleur no estaba disponible.

Abriéndome camino por entre la apiñada clientela, localicé a Tanokbrey. Su chaqueta roja era de la mejor seda, y llevaba el crespo pelo negro trenzado y atado con cintas sobre la nuca. Tenía una cara hosca, de pocos amigos. Estaba acompañado por un par de tripulantes corrientes vestidos con trajes de cuero muy ceñidos.

—¿Capitán Tanokbrey?

Se volvió hacia mí lentamente y no respondió. Sus camaradas fijaron en mí sus miradas hostiles.

—¿Sería posible que habláramos en privado? —sugerí.

—¡Váyase al cuerno!

Me senté de todos modos. Sus hombres me miraron atónitos y envarados. Me di cuenta de que a Tanokbrey le bastaría con un gesto.

—Permítame que empiece por una pregunta sencilla —comencé.

—Empiece por largarse —replicó. Ahora me miraba con una mirada cáustica, sin interrumpir el contacto visual, y observé que tenía la mano izquierda metida bajo la chaqueta.

—Parece usted nervioso. ¿A qué se debe?

No hubo respuesta. Sus hombres se removieron inquietos.

—¿Algo que ocultar?

—Estoy aquí tranquilamente tomando una copa y no quiero interrupciones, ahora lárguese.

—¡Qué poco amistoso! Bueno, si estos caballeros no van a concedernos la privacidad que pedí, seguiré como si no estuvieran. Espero que no le resulte embarazoso.

—¿Quién diablos es usted?

Esta vez fui yo quien no respondió. Aparté la mirada de él.

—Su pago por el anclaje en altura es ilegal —dije por fin.

—¡Eso no es cierto!

No lo era, ni tampoco lo que dije a continuación. Eso no tenía importancia. Lo que pretendía era ponerlo nervioso.

—Y su manifiesto de embarque está incompleto. Es posible que los controles de Gudrun deseen incautarse de su nave hasta que se subsanen esas irregularidades.

—Bastardo mentiroso…

—Es muy sencillo. Hizo usted un viaje a Hubris que no está registrado, y tampoco la carga que transportó. ¿Cómo van a calcular los derechos de importación?

Su silla retrocedió uno o dos centímetros.

—¿A qué fue usted a Hubris?

—No fui; ¿quién dijo que hubiera ido?

—Elija: Saemon Crotes, Nambcr Wylk.

—No los conozco. Se equivoca de hombre, miserable bastardo. ¡Y ahora desaparezca!

—Entonces Murdin Eyclone. ¿Qué le parece él? ¿No con trató sus servicios?

Eso lo decidió. Hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza.

El hombre que estaba junto a él saltó de su asiento y en su mano enguantada apareció una rotunda porra.

—Déjela caer —ordené sin abrir la boca.

La porra cayó al suelo tras rebotar en la mesa.

Un segundo después la tenía en mi mano. Crucé con ella la cara de su propietario y lo hice caer de lado al suelo. Luego, con un revés, la descargué sobre la oreja izquierda del otro tripulante que quedó tendido cuando largo era en el suelo al pie de la mesa.

Me volvía sentar, mirando a Tanokbrey, con la porra en la mano. En su cara, que ahora estaba tan gris como sus ojos, se reflejó el pánico.

—Eyclone. Hábleme sobre él.

Su brazo izquierdo se movió dentro de la chaqueta y lo golpeé en el hombro con la porra. Por desgracia, me di cuenta de que llevaba una armadura debajo de la seda.

Se tambaleó por el impacto, pero eso no impidió que levantarla el brazo con una pistola láser de cañón corto en la mano.

Empujé la mesa hacia él y el tiro salió desviado, alcanzando en la espalda a un rufián que se cruzó en su trayectoria. La víctima se desplomó derribando consigo otra mesa.

A esas alturas, el disparo y la conmoción habían atraído la atención de toda la taberna. Todo eran gritos y confusión.

No presté atención. Tanokbrey disparó otra veza través de la mesa volcada y yo me escurrí hacia un lado, chocando con cuerpos que iban y venían.

El capitán trató de huir, abriéndose camino a codazos y patadas entre la multitud hacia la salida. Pude ver a Betancore, pero la aglomeración le

impidió bloquear la salida de Tanokbrey.

—¡Apártense! —grité, y la multitud se abrió como una compuerta.

Tanokbrey ya estaba fuera, corriendo hacia el muelle que había al final de la calle. Se volvió y disparó. Los peatones gritaban y corrían. Alguien recibió un empujón y cayó al canal.

Tanokbrey saltó a un esquife, disparó contra el conductor de alquiler que se le opuso, apartó el cadáver del timón y, encañonándola, obligó a la tripulación a tirarse al canal.

El speeder aéreo de Betancore estaba sobre su soporte a mi izquierda. Lo puse en marcha y salí a toda marcha por el canal en persecución de Tanokbrey.

—¡Espera! ¡Espera! —oí que gritaba Betancore. No había tiempo.

La huida de Tanokbrey produjo un gran revuelo a lo largo del atestado canal. Lanzó su esquife contra el tráfico que venía en dirección contraria haciendo que la embarcación modificara el rumbo, la filigrana decorativa que adornaba el casco negro del esquife ya estaba mellada y rozada por una docena de impactos. La gente de la orilla y de otras embarcaciones chillaba y le gritaba mientras él se abría camino. En el punto en que aquel canal se cruzaba con uno principal, trató de aumentar la ventaja con un acelerón brusco. Una lancha rápida de correo que venía corriente abajo viró en el último momento, golpeó con fuerza contra el muelle y salió despedida con el casco destrozado mientras el conductor volaba por los aires.

Fui conduciendo el speeder entre el endiablado tráfico en pos de Tanokbrey. Quería ganar altura y pasar a un nivel donde poder aumentar la velocidad sin temor a chocar, pero la placa antigravilatoria tenía una unidad reguladora que impedía subir a más de tres metros de altura. No tenía tiempo para averiguar dónde estaba el regulador y cómo desactivarlo. Dirigí el speeder entre esquifes que iban y venían, autobuses acuáticos que llenaban el agitado canal y otros speeders que pasaban como flechas.

Por delante podía oír el sonido lejano de las bandas militares. Tanokbrey salió disparado de la intersección con el Gran Canal y se encontró de lleno con el desfile vespertino. Un lento río de esquifes, barcazas militares y vehículos de escolta llenaba el canal a todo lo ancho. Las embarcaciones estaban llenas de jubilosos guardias imperiales y de oficiales, de atronadoras bandas regimentales y de dignatarios de la flota de combate. El aire estaba poblado de banderas y estandartes de las compañías, de águilas imperiales y de carnodontes gudrunitas. Una barcaza tenía la forma de un carnodonte enorme y dorado del que se sujetaban hombres de la guardia entre gritos de entusiasmo. De los cañones de mil rifles láser pendían guirnaldas que agitaba el viento. Las aceras y los puentes del Gran Canal estaban bloqueados por civiles que vitoreaban.

El esquife de Tanokbrey chocó contra el flanco de una barcaza de tropa y sobre él cayeron gritos e improperios mientras trataba de dar la vuelta. Desde la orilla, el público le arrojaba frutas, piedras y otros proyectiles.

Mientras maldecía a los furiosos soldados, rodeó con su esquife la popa de la barcaza, en un intento de abrirse camino a través del canal.

Yo ya estaba cerca, tratando de evitar el enfado de la multitud. Las embarcaciones que participaban en el desfile hacían sonar contra él sus alarmas y sirenas cuando se cruzaba en su camino. Un soldado de una de las barcazas saltó al esquife para tratar de desviarlo, y de una patada Tanokbrey lo tiró al agua antes de que pudiera afirmarse en cubierta. Eso puso las cosas todavía peor. Los improperios y la furia fueron en aumento. El desfile se transformó en un enorme desorden y docenas de guardias furiosos se apostaron en las barandillas de sus barcazas tratando de alcanzarlo.

Mientras forzaba la marcha de su esquife para alejarse de ellos, chocó contra una balsa que llevaba a la banda de una compañía. Varios músicos cayeron al agua por el impacto, y el orgulloso himno imperial que habían estado tocando se disolvió en una cacofonía de notas equivocadas y ritmos interrumpidos.

Algunos soldados airados dirigieron contra él su pequeño esquife e hicieron que su embarcación se balanceara peligrosamente al tratar de abordarlo. Tanokbrey echó mano de su arma.

Ese fue su postrer error. Reduje la marcha y aterricé a la orilla del canal. Ya no tenía sentido continuar la persecución.

Tanokbrey disparó dos veces sobre la multitud y luego veinte o más rifles láser recién estrenados abrieron fuego desde una barcaza vecina, haciéndolos pedazos a él y a su esquife. La unidad reguladora explotó, diseminando fragmentos del casco por la superficie de las aguas agitadas y una columna de humo negro se elevó entre los estandartes.

Los jóvenes reclutas del 50.º de Fusileros Gudrunitas habían conseguido la primera victoria de su carrera militar.



DIEZ

UN CONFLICTO DE JURISDICCIÓN
LA CASA GLAW
A LA CAZA DE LOS SECRETOS

Mucho después de medianoche seguía tratando de conciliar el sueño en mi habitación del Dorsay Regency. Bequin y Aemos ya hacía horas que se habían retirado a sus dormitorios. La luz que se reflejaba desde el canal formaba una serie de ondas argentadas en el techo de mi habitación en penumbra.

—¡Egida, espina de rosa! —me llegó súbitamente el susurro de Betancore a través de mi terminal de voz.

—Espectros, invasivo, sarmiento espiral.

Ya había saltado de la cama, me había calzado los pantalones y las botas y me estaba poniendo la chaqueta de cuero sobre el torso desnudo. Salí al vestíbulo del apartamento con mi espada de energía en la mano.

Betancore estaba junto a la pared del otro extremo, una pistola de aguja en cada mano. Me señaló la puerta principal.

Eran buenos y silenciosos, pero los dos podíamos ver un leve movimiento a través de las grietas que había alrededor de la puerta contra

la luz del fondo del pasillo.

Una ligera vibración del picaporte me dijo que alguien estaba manipulando la cerradura. Betancore y yo nos colocamos contra la pared a uno y otro lado de la puerta. Cerramos los ojos y nos tapamos los oídos. Cualquier forzamiento de la puerta dispararía las cargas disuasorias, y no queríamos acabar ciegos ni sordos.

Se abrió una rendija en la puerta. No estalló ninguna carga. Nuestros visitantes habían detectado y neutralizado las medidas de seguridad. Eran mejores de lo que yo había supuesto en un primer momento.

Un fino tubo telescópico introducido por la grieta se extendió lentamente. Un sensor óptico que tenía en el extremo empezó a explorar los alrededores, inspeccionando la habitación. Tras hacer un gesto a Betancore, avancé, cogí la varilla y tiré con fuerza al tiempo que activaba mi espada de energía.

Un cuerpo golpeó contra las puertas, arrastrado por mi fuerte tirón a la varita espía y entró trastabillando. De un salto me puse a horcajadas sobre el caído, quien, a pesar de la sorpresa, logró escabullirse con un juramento y lanzar un puñetazo. Tuve una vaga impresión de un hombre delgado y fuerte vestido de cuero muy ceñido.

Ambos rodamos por el suelo, luchando, tirando un sofá y derribando un candelabro. Mi adversario me tenía bien sujeto por la muñeca que sujetaba el arma.

Le di un puñetazo en la garganta con la mano izquierda.

Se desplomó, presa de náuseas. Yo me levanté justo a tiempo para oír una voz potente que decía:

—Depongan las armas, ahora.

Una figura de poca estatura, jorobada, estaba de pie en la puerta abierta. Betancore tenía las dos pistolas apuntándola, pero las estaba bajando lentamente a su pesar.

La figura había hecho uso de su voluntad. Yo me resistía su influjo, pero era demasiado para Midas. Las pistolas de aguja cayeron sordamente sobre la alfombra.

—Ahora usted —dijo nuevamente, volviéndose hacia mí—. Desarme esa espada de energía.

Pocas veces he tenido ocasión de sentir el efecto de la manipulación de un psíquico. La técnica era diferente de la que yo empleaba, y su fuerza de voluntad era indudablemente potente. Me preparé para el enorme esfuerzo de una lucha telepática.

—¿Se resiste? —preguntó la figura. Un cuchillo de energía mental se introdujo en mi cerebro haciendo que me balanceara hacia atrás. Supe de inmediato que había quedado superado. Estaba ante una mente antigua, poderosa, experimentada.

Un segundo acceso de dolor vino a sumarse al primero. El hombre al que había dejado ahogándose estaba ahora de rodillas, otro psíquico, más poderoso que el primero al parecer, pero con mucho menos control o técnica. Su ataque penetró mi cráneo y me hizo gritar de dolor, pero lo bloqueé mientras retrocedía y aparté su mente ávida con un desesperado y desenfocado golpe seco.

Las furiosas ondas psíquicas sacudían las ventanas y hacían vibrar los muebles. Los cristales se hicieron trizas y Betancore cayó al suelo gimiendo. La figura contrahecha dio otro paso adelante y me hizo caer de rodillas con renovados asaltos mentales. Sentí que me salía sangre de la nariz. Se me nubló la vista. Seguía sujetando firmemente la espada.

De repente, terminó. Alertados por el ruido, Aemos y Bequin habían entrado corriendo en la habitación. Bequin lanzó un grito. Su vacío mental, irrumpiendo abruptamente en el torbellino telepático, desvaneció de repente la energía, como un vacío que aspira el corazón de una hoguera.

La figura contrahecha gritó y vaciló, sorprendida. Yo me lancé hacia él, lo levanté y lo lancé pesadamente hacia el otro extremo de la habitación. Parecía frágil, pero pesaba más de lo que se habría supuesto por su tamaño.

Betancore recogió sus armas y encendió la luz.

El hombre al que había arrastrado a través de la puerta era poco más que un joven, corpulento, con un cráneo largo y rapado y una boca que era apenas una línea. Estaba tirado junto a la ventana, semiinconsciente.

Llevaba un traje de cuero negro muy ceñido adornado con arneses. Bequin le quitó el arma que llevaba bajo el brazo.

El otro, el jorobado, se levantó lenta y dolorosamente. Sus viejos miembros rechinaban a la vez que protestaban. Vestía prendas largas y oscuras y además llevaba las manos delgadas enfundadas en guantes de satén negro, de los pliegues de sus vestiduras sobresalía gran número de llamativos anillos. Se echó para atrás la capucha.

Era muy viejo y su rostro castigado, surcado de arrugas parecía el hueso de una fruta. Su cuello, visible por encima del traje, dejaba entrever el trabajo de potenciación que indudablemente encerraba su cuerpo retorcido por la edad.

Sus ojos me miraron desde unas profundas cuencas, cargados de una furia desapasionada.

—Ha cometido un error —dijo entre dientes—, un error fatal, sin duda —extrajo un pesado amuleto y lo levantó para que pudiera verlo. El sello que llevaba grabado era inconfundible.

—Soy el inquisidor Commodus Voke.

—Bienvenido, hermano —dije sonriendo.

Commodus Voke se quedó mirando mi roseta durante unos segundos interminables y luego apartó la vista. Podía sentir las palpitaciones psíquicas de su rabia.

—Tenemos un… conflicto de jurisdicción —dijo por fin acomodándose la ropa. Su asistente, que estaba otra vez de pie, me miraba torvamente desde un rincón de la habitación.

—Pues resolvámoslo —ofrecí—. Explíqueme por qué invade mis apartamentos en medio de la noche.

—Mi trabajo me trajo a Gudrun hace ocho meses. Una investigación en marcha, algo complejo. Un corsario había llamado mi atención, un tal Effries Tanokbrey. Estaba empezando a cerrar mi red en torno a él cuando algo lo hizo salir huyendo y lo mataron. Un cruce de datos me llevó a descubrir que un mercader de grano llamado Farchaval había tenido algo que ver con ese incidente.

—Farchaval es el nombre que uso aquí, en Gudrun.

—¿Le parece adecuado representar una farsa y ocultar su verdadera identidad? —dijo con tono burlón.

—Cada uno tiene sus métodos, inquisidor —respondí.

Nunca había conocido al gran Commodus Voke, pero su fama lo precedía. Un puritano insoportable de ética rígida, casi en la línea dura de los monodominantes de no ser por sus notables capacidades psíquicas. Creo que lo que más se adaptaba a sus creencias era una especie de doctrina toriana. Había servido como novicio con el legendario Absalom Angevin trescientos años atrás, y desde entonces había tenía una participación clave en algunas de las purgas más implacables y despiadadas de la historia del sector. Sus métodos eran abiertos y directos. El sigilo, la cooperación y los subterfugios eran conceptos que le repugnaban. Se valía de toda la fuerza de su categoría y del miedo que producía, para ir a donde le placía y exigir cualquier cosa a cualquiera con tal de conseguir sus fines.

Según mi experiencia, el método de mano dura, de imponer el terror, cierra tantas puertas como las que abre a puñetazos. Francamente, no me sorprendió que llevara ya sus buenos ocho meses en este planeta.

Me miró como si yo fuera algo con lo que había estado a punto de tropezar.

—Me molesta ver a inquisidores que se aferran a las formas blandas, taimadas, de los radicales. Eso es herejía, Eisenhorn.

Eso me produjo un sobresalto. Como ya he dicho, me precio de tener ideas bastante puritanas. Línea dura, inflexible a mi manera, pero lo bastante flexible como para hacer mí trabajo eficazmente. ¡Y sin embargo, aquí estaba Voke tachándome de radical! Y en ese momento, junto a él, me sentí tratado casi como si fuera el más extremo y peligroso de los horusianos, el más artero e intrigante de los recongregacionistas.

Traté de pasarlo por alto.

—Necesitamos compartir más información, inquisidor. Algo me dice que su investigación tiene algo que ver con la Casa Glaw.

Voke no dijo nada ni mostró reacción alguna, pero sentí que su asistente se ponía tenso detrás de mí.

—Nuestras investigaciones se interfieren —proseguí—. Yo también estoy interesado en la Casa Glaw —en pocas palabras expuse lo relativo a las actividades de Eyclone en Hubris y expliqué la conexión con los Glaw y con Gudrun a través del misterioso Pontius.

Había conseguido despertar su interés.

—Pontius no es más que un nombre, Eisenhorn. Por otra parte, Pontius Glaw lleva mucho tiempo muerto. Yo serví al digno Angevin en la purga que acabó con él. Yo mismo vi su cadáver.

—Y a pesar de todo, está investigando a los Glaw.

Respiró hondo, como si estuviera tomando una decisión.

—Después de la erradicación de Pontius Glaw, la Casa Glaw hizo grandes esfuerzos por distanciarse de esta herejía, pero Angevin, que su alma inmortal descanse en paz, siempre sospechó que la corrupción era más profunda y que la familia no estaba libre de ella. Se trata de una casa antigua y poderosa. Es difícil sacar a la luz sus secretos, pero no los he perdido de vista a lo largo de los últimos doscientos años. Hace quince meses, investigando una alianza religiosa en Sader VII, descubrí algunos indicios de que esa alianza, y algunos otros grupos minoritarios, estaban relacionados por un culto secreto y antiguo extendido por muchos mundos. Algunos indicios me trajeron a Gudrun y me pareció demasiada coincidencia que aquí estuviera precisamente la casa ancestral de los Glaw.

—Ahora estamos avanzando —dije, sentándome en una silla de alto respaldo y poniéndome una camisa que Bequin me trajo de mi alcoba. Aemos sirvió seis vasos de amasec de una frasca que había en el vestidor. Voke cogió el que le ofrecieron y se sentó frente a mí, bebiéndolo a sorbos y en actitud contemplativa.

Su asistente rechazó el vaso que le ofrecía Aemos y permaneció de pie.

—Siéntate, Heldane —dijo Voke—. Tenemos muchas cosas que aprender aquí.

—Seguí el rastro de una conspiración controlada por un notable propiciador —continué—, una conspiración basada en un crimen

execrable. El rastro me llevó a Gudrun y a los Glaw. Usted hizo lo mismo con otra célula herética…

—En realidad, con otras tres —corrigió.

—Tres, entonces. Y se encuentra usted con una organización mucho mayor. Tal como están las cosas, los dos nos acercamos a lo mismo desde puntos opuestos.

Se pasó por los labios una lengua diminuta, pálida, y asintió.

—Desde mi llegada a Gudrun he desarraigado y quemado dos células heréticas. Tengo prácticamente la certeza de las actividades de otras nueve, tres de ellas de aquí, de Dorsay. He dejado que sigan con sus ritos mientras las observo. Llevan meses preparándose, al parecer, para algún acontecimiento. De repente, hace algunas semanas, cambiaron su forma de actuar. Debe de haber sido aproximadamente en el momento de su enfrentamiento en Hubris.

—Lo que se proponía Eyclone también era algo de gran envergadura, con grandes preparativos. Sin embargo, en el último momento, algo salió mal o tuvieron que cambiar los planes. Aunque lo derroté y acabé con él, sus planes se vinieron abajo por el hecho de que no llegara el Pontius. ¿Qué ha descubierto en sus investigaciones sobre la Casa Glaw?

—Les he hecho un par de visitas en tres meses, en ambas ocasiones hicieron todo lo que estaba en sus manos para responder a mis preguntas. Me dejaron revisar su hacienda y ver sus archivos. No encontré nada.

—Me temo que haya sido porque sabían que se enfrentaban a un inquisidor. Mañana, sir Farchaval tiene una cita de negocios con los Glaw en su hacienda.

Se quedó reflexionando sobre mis palabras.

—La Inquisición tiene el deber de mantenerse firmemente unida contra los archienemigos de la especie humana. En este espíritu de cooperación esperaré a ver qué consigue con sus dudosos métodos. Supongo que muy poco.

—Dentro de este espíritu de cooperación, Voke, compartiré con usted todo lo que averigüe.

—Hará algo mejor. Los Glaw me conocen, pero no así a todos mis discípulos. Heldane irá con usted.

—No me parece oportuno.

—Insisto. No voy a echar por tierra años de trabajo porque otro agente como usted pisotee todo lo que he conseguido. Exijo la presencia de mi propio observador sobre el terreno o no colaboraré.

Me tenía cogido, y lo sabía. Una negativa cerrada equivaldría a reconocer mi enfoque radical, inescrupuloso, y yo no tenía el menor deseo de enfrentarme con otro miembro de la Inquisición, especialmente con alguien tan poderoso e influyente como Commodus Voke.

—Entonces más le valdrá seguir exactamente mis instrucciones —dije.

Salimos de Dorsay hacia la hacienda de los Glaw a las cuatro de la tarde siguiente. Otra vez nos vestimos de mercaderes acaudalados pero sin ostentación. A Bequin y a mí nos acompañaban Aemos, Betancore y Heldane, el hombre de Voke. Me complació ver que Heldane había conseguido adaptarse bastante bien a la ropa de un simple civil. El y Betancore se harían pasar por nuestros guardaespaldas y escolta, y Aemos representaría el papel de un biólogo genético.

Mácheles y otros cuatro delegados lujosamente ataviados del Real Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias nos esperaban en la central del gremio. Habían preparado una lanzadera atmosférica.

La lanzadera, un brillante vehículo en forma de flecha que llevaba el escudo del gremio, despegó de la plataforma de aterrizaje que había en el tejado del edificio del gremio y ascendió suavemente hacia el cielo. Mácheles nos informó que iba a ser un viaje de dos horas. Un servidor del gremio circulaba por la cabina lujosamente amueblada con bandejas de refrescos.

Mácheles nos explicó cuál iba a ser nuestra agenda: una cena formal con los representantes de la Casa Glaw esa noche, estancia de una noche y luego, al día siguiente, un recorrido por la hacienda. Después de eso, las negociaciones si ambas partes seguían interesadas.

Volábamos hacia el oeste, tierra adentro, dejando atrás el inestable clima costero y adentrándonos en un paisaje soleado de llanuras de pastoreo, suaves colinas y bosques bien cuidados. La línea plateada y sinuosa del Drunner atravesaba el paisaje allá abajo. De vez en cuando se veían pequeños asentamientos, explotaciones rurales, una ciudad mercado compacta con una gran torre de la Eclesiarquía. También ocasionalmente veíamos otros vehículos aéreos a lo lejos.

En el horizonte occidental empezó a dibujarse la silueta oscura de una cadena montañosa. El atardecer hacía que se difuminaran las nubes. La región próxima a las colinas era ondulada, y poco a poco fue transformándose en un paisaje más majestuoso y escarpado, de espesos bosques en las cumbres y profundos valles.

Mácheles señaló, ufano, que ya estábamos sobrevolando la propiedad de los Glaw.

Pocos minutos después vimos la mansión destacándose sobre las oscuras montañas; era una casa de tres pisos construida en estilo neogótico sobre una elevación del terreno y desde cuyas cien ventanas se dominaba un profundo valle. La fachada de piedra blanca relucía con una luz fantasmagórica en el crepúsculo. A ambos lados de la estructura principal había unas extensas alas construidas en diferentes épocas. Una de ellas conducía a los establos y demás edificios de piedra construidos en las lindes del bosque que supuse serían los alojamientos de la servidumbre. La otra bordeaba la cima de la elevación y estaba dominada por una cúpula a la que el sol arrancaba un brillo dorado. El lugar era enorme y, sin duda, laberíntico. En su interior habría cabido la población de una ciudad pequeña.

La lanzadera aterrizó en un gran patio de piedra detrás de la casa. Al lado del patio, en lo que parecían unas caballerizas reconvertidas, había otras tres lanzaderas estacionadas en hangares con talleres de mantenimiento bien equipados.

Desembarcamos en el patio. El aire era frío y una brisa nocturna traía consigo una lluvia intermitente. El viento silbaba en los grupos de árboles

que había detrás de las casa. Pesados nubarrones bordaban el cielo de la noche por encima de las montañas.

Unos sirvientes vestidos con libreas verde oscuro acudieron presurosos para recoger nuestro equipaje y abrir grandes para guas con los que protegernos de la llovizna. Algunos guardias uniformados de la casa de los Glaw vigilaban el patio. Con su aire altanero y confiado dentro de sus largos chubasqueros color verde esmeralda y sus cascos de plumas plateadas me dieron la impresión de unos experimentados veteranos.

Los sirvientes nos escoltaron junto con los emisarios del gremio hasta un atrio con suelo de baldosas negras y blancas al que la luz daba una tonalidad argentada. Del alto techo abovedado pendían docenas de enormes lámparas de cristal. En las puertas, más guardias. Realmente la milicia de los Glaw era considerable.

—Bienvenidos a la Casa Glaw —dijo una voz femenina.

Una mujer de buena planta y alto linaje cuyo rostro empolvado reflejaba la despreocupación propia de la nobleza, se acercó a nosotros. Llevaba un majestuoso vestido negro, largo, de falda amplia y adornado con bordados, y un gran tocado con dos picos de redecilla negra y perlas atado bajo el mentón con una ancha cinta negra.

Mácheles y los representantes del gremio hicieron ceremoniosas reverencias y nosotros cinco saludamos con unas inclinaciones de cabeza más sobrias.

—Lady Fabrina Glaw —anunció Mácheles. Se acercó, los sirvientes vestidos de verde formaban una estela humana detrás de ella.

—Señora —dije.

—Sir Farchaval. Es un placer conocerlo.

Nos acompañó en un breve recorrido por la casa. Pocas veces había visto semejante extravagancia y tanta riqueza fuera de una corte imperial… o de los aposentos de Tobius Maxilla. Unos ágiles perros de caza nos acompañaban trotando a nuestro lado. Lady Fabrina nos señaló algunos cuadros antiguos, en su mayoría retratos al óleo, pero también algunas

obras hololíticas exquisitas, así como vividas miniaturas de psicopintura. Su ilustre familia… tíos, abuelos, primos, matriarcas, señores de la guerra. Ahí estaba Vernal Glaw con el uniforme de la milicia de la casa. Allí estaba Orchese Glaw recibiendo a la casa real de Sameter. Más allá, los hermanos Lutine y Gyves Glaw en una cacería. Allí también el gran Oberon, con el uniforme de comandante imperial y una mano apoyada sobre un antiguo globo de Gudrun.

Los emisarios hicieron las obligadas exclamaciones de admiración. La propia Fabrina daba la impresión de estar haciendo algo programado. Representaba el papel de anfitriona. AI fin y al cabo no éramos más que mercaderes de grano y esto era un deber, una obligación.

Vi a Aemos tomando notas subrepticiamente. Yo también estudié todo con atención, en especial la geografía de la casa. En un gran pasillo, el suelo estaba cubierto por las pieles bastante gastadas de tres carnodontes con los miembros extendidos, las grandes fauces de enormes colmillos y los ojos amenazadores inmovilizados en actitudes furiosas. Incluso en este triste estado, el tamaño y el poder de estas criaturas hablaban por sí mismos.

—Antes los cazábamos, pero ahora sólo quedan unos pocos —señaló Fabrina Glaw en un aparte al ver mi interés—. Fue en la antigüedad hace mucho tiempo. Por entonces la vida era mucho más feudal. En la actualidad la Casa Glaw mira enteramente hacia el futuro.

A la hora de la cena, en la gran sala de banquetes, se nos unieron Urisel Glaw, el comandante de la milicia de la casa, y su hermano mayor, Oberon, que era el actual lord Glaw. Pero la cena no era sólo en nuestro honor. Un primo de la familia Glaw y sus allegados habían acudido de visita desde el ultramundo, y también otras delegaciones comerciales y un opulento armador de naves llamado Gorgone Locke.

No me sorprendió. La visita de unos comerciantes de granos, aunque vinieran acompañados por el prestigioso Gremio Sinesias, no era ocasión

para un banquete formal. Lo más apropiado era incluirnos en un acontecimiento de más envergadura. Sin duda se nos quería impresionar.

Asistí con Bequin y Aemos. Aquí no tenían cabida ni los sirvientes ni los guardaespaldas, de modo que Betancore y Heldane habían sido conducidos a nuestros departamentos donde se les había servido la cena. Eso iba bien a mis planes.

Había cuatro mesas largas en el salón con gran profusión de carnes asadas, frutas e incontables manjares. Por todas partes circulaban atentos mayordomos y personal de servicio, ofreciendo bandejas y llenando copas. En las esquinas de la estancia montaban guardia unos severos miembros de la milicia de la casa con uniformes verdes de brocado y cascos de plata relucientes.

Nos colocaron en la tercera mesa, con un contingente de mercaderes de ganado de Gallinate, una ciudad del continente meridional de Gudrun. Nuestra categoría nos hacía merecedores de la compañía de Lady Fabrina, el capitán Terronce, de la guardia de la casa, y un hombre muy conversador llamado Kowitz, responsable oficial de la Casa Glaw para las compras de productos.

Lord Oberon y su hermano, Urisel, presidían la mesa principal junto con su primo visitante, el capitán mercante Locke y un anciano eclesiarca llamado Dazzo. Kowitz me contó de muy buena gana que el eclesiarca Dazzo representaba a una orden misionera de Damasco, un mundo fronterizo del subsector, a la que patrocinaba la Casa Glaw.

La verdad, era difícil hacer callar a Kowitz. Cuando los mayordomos le volvieron a llenar la copa, siguió hablando, e identificó a todos los demás grupos de huéspedes. La Casa Glaw tenía intereses en mundos de todo el subsector, y banquetes regulares como este ayudaban a que todo siguiera funcionando.

En un momento dado me las ingenié para endosárselo a Aemos, el único hombre a quien creía capaz de hablar más que él. Los dos se enzarzaron en una compleja discusión sobre la balanza comercial del subsector.

Yo no perdía de vista la mesa principal. Urisel Glaw, un hombre corpulento y abotargado, dedicaba mucha atención a Gorgone Locke. Examiné a Urisel minuciosamente. Había algo en él, entre otras cosas su cara ancha, hinchada y su pelo liso y engominado, que hacían que se pareciera mucho a los retratos de su misterioso e infame antepasado Pontius. Bebía con prodigalidad y reía con una risa húmeda, fácil, las bromas del armador. Sus dedos gruesos y fuertes tiraban del cuello con galones de su uniforme para dar cabida a su generosa papada.

Lord Oberon era un hombre alto y delgado, con unos pómulos que sobresalían en su cara como dos acantilados por encima de una perilla en forma de horquilla. En su fisonomía eran evidentes las características familiares de los Glaw, pero tenía un aire más majestuoso y distinguido y no había en él muestras de la languidez displicente de su hermano menor. Lord Glaw se pasó la noche conversando alegremente con su primo ultramundano, un cretino joven y presuntuoso de risa estridente y los modales estereotipados de la corte. Sin embargo, daba la impresión de que el que más le interesaba era el callado eclesiarca, Dazzo.

También observé al armador. Gorgone Locke era un gigante huesudo con ojos hundidos y sombríos. Llevaba el largo pelo rojo atado en la nuca y adornado con abalorios, en su sobresaliente mentón apuntaba una barba plateada. Me preguntaba cuál sería su nave y de qué se ocuparía. Pensé en ponerme en contacto con Maxilla y hacer averiguaciones.

El banquete duró hasta después de medianoche. Tan pronto como fue posible sin faltar a la cortesía, nos retiramos a nuestras habitaciones.

Los Glaw nos habían asignado un conjunto de habitaciones en el ala oeste. Fuera se había levantado un viento que aullaba al bajar por el tiro de la antigua chimenea. La lluvia tamborileaba en las ventanas y puertas que se sacudían y golpeaban empujadas por las ráfagas.

Heldane estaba solo en la sala de estar cuando volvimos. Estudiaba varias placas de datos que tenía abiertas sobre una mesa y levantó la vista cuando entramos.

—¿Y bien? —le pregunté.

El y Betancore habían hecho barridos del ala inmediata mientras nosotros cenábamos. Me mostró los resultados. La mayoría de las habitaciones tenían cables espía, ladrones de voz y unos cuantos pictosensores, además habían instalado una compleja red de sistemas de alarma. Heldane había preparado una pequeña interferencia para evitar el espionaje en nuestras habitaciones.

—Comparaciones —dijo, mostrándome una superposición de dos gráficos en una placa de datos—. Las zonas verdes son las partes de los edificios a las que mi maestro tuvo acceso durante sus visitas. —Voke había tenido la gentileza de proporcionarme informes de sus inspecciones.

—Superpuestos, en rojo, podemos ver los resultados de los barridos que conseguimos hacer su hombre y yo esta noche.

Había discrepancias considerables. Era posible que Voke hubiera abierto todas las puertas que había encontrado, pero aquí se veían áreas fantasma a las que no había tenido acceso porque no sabía de su existencia.

—¿Esto son sótanos? —pregunté.

—Sin duda son construcciones en el subsuelo —respondió Heldane. Tenía una voz blanda, débil que parecía salir con dificultad de la pequeña abertura de su boca—. Junto a las bodegas del vino.

Las cortinas volaron hacia adentro al abrirse una ventana exterior. Betancore, con su ceñido traje negro mojado por la lluvia trepó hacia el interior. Se quitó los guantes y las botas adherentes y desató el correaje de su equipo.

—¿Qué has encontrado?

Chorreando y aterido bebió una copa de licor que le alcanzó Bequin y me mostró las anotaciones de su escáner.

—El tejado está erizado de alarmas. No me atreví a explorar demasiado a pesar de mis sensores y aparatos de interceptación. Hay habitaciones debajo del ala oeste de las que el inquisidor Voke no tenía ni idea. Al parecer hay una red de túneles que las comunican con el ala oeste por debajo del patio.

Dediqué unos minutos más a repasar los detalles y luego me dirigía mi habitación a cambiarme de ropa.

Me puse un traje ceñido de entramado de plástico color negro mate que aislaba del calor, además de una capucha ajustada y unos guantes acolchados. Luego me coloqué un arnés alrededor del torso y llené los bolsillos con un osciloscopio, un juego de llaves múltiples, un cuchillo retráctil, una antorcha tubular, dos unidades de interceptación y un escáner portátil. Me coloqué el auricular de la unidad de voz en el oído, debajo de la capucha, introduje una pistola automática en la funda sujeta al pecho y dos cargadores de repuesto en el bolsillo del muslo y por último guardé mi roseta inquisitorial en un bolsillo a la altura de la cadera.

Era una misión en la que corría el riesgo de que me descubrieran. La roseta sería mi comodín, y lo jugaría en caso de que fuera necesario.

Volvía la sala de estar y me puse los guantes y botas adherentes que había usado Betancore.

—Si no regreso antes de una hora, podéis empezar a preocuparos —les dije.

Afuera me esperaban la oscuridad, la lluvia y los embates del viento.

Los muros de la casa estaban empapados y eran viejos. En algunos lugares la pintura estaba desconchada. Tenía que moverme con mucho cuidado para asegurarme de que las almohadillas adherentes de mis guantes y mis botas se sujetaran con seguridad.

Avancé por el lateral de la casa guiándome por el tacto hasta que pude trepara un saliente de los canalones. Me había atado la placa de datos de Betancore al antebrazo izquierdo para poder consultarla con facilidad. La pequeña pantalla iluminada presen taba un modelo tridimensional del edificio y un localizador inercial incorporado a la placa desplazaba el mapa y mantenía centrada mi ubicación en todo momento.

A pesar de la lluvia, oí el crujir de unas pisadas sobre la grava dos pisos más abajo. Me pegué a los ladrillos y desconecté la placa de datos para que la luz verde de la pantalla no me delatara.

Dos hombres de la milicia de la casa pasaron por debajo de mí con sus chubasqueros, iluminados por las ventanas de la planta baja. Se refugiaron en el porche y poco después vi el fogonazo de un mechero o una cerilla. Ahora me llegaba un olor empalagoso a obscura.

Estaban prácticamente debajo de mí y no me atreví a moverme hasta que se fueran. Esperé. El frío y la postura forzada que me había visto obligado a adoptar hacían que se me entumecieran las articulaciones.

La lluvia arreció y el viento sacudió los árboles invisibles de los empinados bosques que había detrás de la casa. Podía oír a los hombres hablando allí abajo, y alguna risa ocasional.

Esto no iba a salir bien. Estaba perdiendo el tiempo y casi no sentía las piernas.

Me centré, respiré hondo para tranquilizarme e hice uso de mi voluntad.

Encontré sus mentes, dos rastros cálidos en medio del frío, por debajo de mí. Las percibía blandas y borrosas. Indudablemente sus respuestas estaban atenuadas por los efectos narcóticos de la obscura. Sería difícil arraigar fuertemente unas sugerencias, pero serían vulnerables a la paranoia.

Me abrí camino con mi voluntad, jugueteando con sus ansiedades.

En cuestión de segundos abandonaron el refugio del porche susurrando animadamente e iniciaron un trote por el patio.

Aliviado, descendí por el muro apoyando el peso del cuerpo contra el saledizo de una ventana y los pies en un soporte que encontré en el canalón.

Una vez en el suelo, me ceñí a la sombra del ala oeste y avancé por el patio. El minucioso reconocimiento de Betancore había revelado la presencia de detectores de láser en torno a la caseta del guarda, y otros que hacían el recorrido desde los macizos de los extremos hasta la pileta de una fuente que había en el patio. Aunque no podía verlos, estaban marcados con precisión en la placa y no tuve más que pasar por encima de ellos uno tras otro, todos salvo el último, que pasaba a la altura de la cintura y que esquivé agachándome.

Mi objetivo eran los hangares de las lanzaderas situadas en el extremo más lejano del patio trasero. Los barridos habían revelado un punto de acceso a la red subterránea precisamente allí. Betancore había encontrado otros, pero estaban en áreas privadas de la casa o en el sector de servicios, como la cocina, las cámaras frigoríficas y la despensa.

Las puertas de los hangares estaban cerradas y dentro no se veían luces. Subí por el muro de piedra y me desplacé por el tejado. En la cumbre de cada uno de los hangares había un respiradero para la salida de los humos de los escapes. Con mi cuchillo retráctil conseguí abrir un panel de metal haciendo palanca sobre él y me introduje por la abertura.

Al mirar hacia abajo vi que el corto conducto de metal iba a dar encima de una de las lanzaderas estacionadas. Me dejé caer y quedé a horcajadas sobre el vehículo en medio de la penumbra del lugar.

Bajé de la nave y la rodeé. Una pequeña compuerta en la pared daba acceso al taller de servicios que daba a su vez a un almacén de repuestos. El suelo de ferrocemento estaba manchado de aceite y tenía que avanzar con cuidado en la oscuridad para no chocar con tornos, bandejas de herramientas o cadenas de sujeción.

Consulté la placa de datos. El acceso estaba en el fondo del almacén de repuestos.

Esta era una puerta para tomársela mucho más en serio. Tenía un cierre de ceramita a prueba de manipulaciones, una alarma de tambor y un teclado para introducir códigos.

Suspiré, aunque nunca pensé que fuera a resultar fácil. Iba a tener que aplicar un desactivador para evitar que se desencadenara una alarma o señal de acceso. Luego tendría que utilizar el escáner y buscar y configurar un código utilizable. Si tenía suerte podían ser diez minutos, si no, podía llevarme horas.

Me quité los guantes adherentes para poder manipular las herramientas con más facilidades, hice una pausa. De repente tuve una idea. Mi mentor, el poderoso Hapshant, no tenía habilidades psíquicas propias. Un monodominante hecho y derecho, que el Emperador lo tenga en la gloria. Sin embargo, había creído fervientemente en el instinto visceral. Me decía

que no había nada de malo en que un siervo del Emperador se dejase llevar por su instinto. En su opinión, se trataba de sensaciones provocadas por el propio Emperador.

Introduje la palabra «daesumnor» en el teclado. La cerradura se activó y la puerta se abrió.

Una escalera limpia, cálida, bien ventilada, mucho más nueva que las estructuras principales de la mansión, me condujo al sistema subterráneo. Había una lámpara protegida cada tres metros en las paredes. De acuerdo con el diagrama y según mis cálculos, debía estar unos diez metros bajo tierra avanzando por el ala este. Me quité la capucha para oír mejor.

«daesumnor» abrió otra compuerta y me encontré en un largo pasillo con puertas de escotilla en uno de los lados. Por una que estaba abierta salían voces y olor a humo.

Avancé sigilosamente y rodeé la puerta para poder echar una mirada al interior.

—… garantizado dentro de dos semanas —decía una voz.

—¡Lo mismo dijiste hace un mes! —le respondió otra voz con sorna —. ¿Qué sucede? ¿Estás tratando de aumentar tus tarifas?

La habitación era una especie de salón o estudio. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera llenas de libros y placas con precisión de archivo. Las lámparas del techo y algunos difusores cerrados de cristal colocados ante las estanterías emitían una luz tenue. Me trajeron a la memoria las unidades de entorno protector y controlado que usaban las bibliotecas imperiales para el uso de textos especialmente antiguos y valiosos.

La sala estaba alfombrada, y al rodear la puerta pude ver a cuatro hombres sentados alrededor de una mesa baja en asientos semejantes a tronos. Uno estaba de espaldas, pero por los pliegues de su chaqueta, que caían sobre los brazos del sillón, supe que era Urisel Glaw. Frente a él, recortado en su asiento, estaba el armador Gorgone Locke. A los otros dos no los conocía, pero tenía la sensación de que habían estado presentes en

la cena. Todos tenían copas de licor en la mano, y uno de los desconocidos estaba usando una pipa de agua para inhalar obscura. Había varios objetos sobre la mesa, algunos envueltos en terciopelo, otros desenvueltos y desplegados. Parecían lápidas de piedra, algún tipo de reliquias antiguas.

—Sólo trato de explicar la demora, Glaw —dijo Locke—. Son una cultura con la que resulta bastante difícil tratar en los mejores momentos.

—Por eso te pagamos —dijo Glaw con una risa burlona. Se inclinó hacia adelante y jugueteó con una de las lápidas.

—Pero no aguantaremos mucho más. Hemos invertido mucho en esto. Tiempo, dinero, recursos. Para ello hubo que retrasar o cancelar otros negocios, algunos de ellos muy especiales para nosotros.

—No se verá defraudado, señor —dijo el hombre de la pipa de agua. Era un individuo de complexión débil, calvo, de ojos de un azul desvaído y vestido con un traje negro muy sencillo—. El origen arqueoxénico de estas piezas habla por sí solo. Los saruthi son serios en su oferta.

Urisel inició una respuesta y se puso de pie. Me oculté y me alejé por el pasillo. El código de Eyclone abrió la puerta que había al final y entré en una bóveda amplia y circular. A ambos lados había más escotillas con la misma forma. Ante mí se elevaba un arco más amplio protegido por una pantalla de energía en lugar de puerta.

Me apresuré a esconderme al lado de la columna en el momento en que alguien desactivó la pantalla de energía desde dentro. Una figura salió y se dio la vuelta para volver a levantar la pantalla. Era Kowitz.

Lo cogí por detrás, apretándole la garganta con el brazo para que no pudiera hablar mientras con la otra mano le sujetaba el brazo derecho. Gorgoteó y forcejeó. Le di un empujón e hice que se golpeara la cabeza contra el marco de la puerta.

Kowitz cayó inerte. Lo arrastré a través del portal de energía abierto. Un control instalado en la pared interior volvió a cerrar la pantalla.

La cámara era larga y de techo bajo. El aire controlado por un climatizador era seco. Me di cuenta de que era una especie de capilla, con piso de piedra y nave rectangular que desembocaba en algo que me pareció un altar. Por lo demás, la estancia no tenía ninguna otra particularidad ni

siquiera asientos o reclinatorios. Unas lámparas encastradas en el techo iluminaban el lugar. Dejando a Kowitz en el suelo recorrí el resto de la capilla y examiné el altar más de cerca.

Tenía dos metros de altura y estaba hecho de una sola pieza de obsidiana negra. La piedra vidriosa parecía brillar con una luz interna. En su parte superior había un sagrario de unos treinta centímetros cuadrados. Abrí la tapa con cuidado valiéndome de la hoja de mi cuchillo. Sobre el fondo de terciopelo había una intrincada esfera. Parecía un trozo de cuarzo en bruto del tamaño de un puño cerrado, con circuitos internos de oro y cables entrelazados de una manera compleja. Algo parecido a una desmesurada piedra preciosa en bruto que estuviera engarzada de una manera estrafalaria.

Giré sobre mis talones al oír un ruido detrás de mí.

Kowitz, con la cara cubierta por la sangre que le salía de la herida de la frente, me apuntaba con una pistola láser. Estaba pálido, furioso, confundido.

—Aléjate de Pontius, escoria —dijo.



ONCE

REVELACIONES
UNA DIVERSIÓN DE LA NOBLEZA
PACIFICACIÓN 505

No era éste el mejor lugar para quedar atrapado. Ahondé en mis reservas de concentración y, sin movimiento físico alguno, le asesté un golpe justo en medio de los ojos.

Una descarga psíquica como aquélla, especialmente desde tan cerca y con una línea de visión tan clara, debería haberlo derribado con la fuerza de una maza, pero Kowitz ni siquiera pestañeó.

—No hagas que te lo repita —dijo, levantando el arma hasta apuntarme en la cabeza.

Aquella estancia estaba psíquicamente protegida. Tenía que ser eso. Eso, o que algo estaba absorbiendo las energías psíquicas del propio aire.

—Se trata de un malentendido, Kowitz —insistí—. Salí a dar un paseo y debo de haberme despistado.

Era una tontería, pero quería distraerlo y mantener su mente ocupada.

—No lo creo —dijo entre dientes. Mientras tanto rebuscaba a sus espaldas con la mano que le quedaba libre tratando de encontrar el panel

de control de la entrada donde había una alarma.

Esperé, en cualquier momento tendría que volverse involuntariamente para orientar sus movimientos.

Cuando el gesto se produjo, me lancé hacia adelante y hacia abajo, sacando mi pistola automática.

Miró hacia atrás al tiempo que gritaba y disparó, pero apuntó demasiado alto y el tiro fue a rebotar en la pared del otro extremo.

Agachado como estaba, le disparé dos veces a la garganta y lo hice caer contra el escudo de energía que crepitó con el impacto.

Kowitz cayó boca abajo en el suelo y a su alrededor empezó a formarse un charco de sangre.

Eché mano del control de la puerta. Una runa de color ámbar parpadeaba. El bastardo había conseguido pulsar algo. Golpeé el desactivador de la puerta.

Nada.

Introduje la palabra «daesumnor» en el teclado. Nada.

Me di cuenta de que estaba en una situación muy difícil. Supuse que Kowitz había activado una alarma de bloqueo total.

Urisel Glaw y varios hombres de su milicia aparecieron al otro lado de la puerta reverberante. Podía verlos tratando de ver lo que pasaba dentro y gritando.

Me aparté de la puerta y cogí la pistola láser de Kowitz. Cuando la puerta se abriera, usaría las dos armas para abatir al primero que tratara de entrar.

Entonces algo psíquico, oscuro y de un poder monstruoso, se introdujo en mi mente desde algún punto situado a mis espaldas y perdí la conciencia.

Al volverme me encontré con un rostro que me miraba. Era un rostro hermoso de mirada vacía. Empezó a decir algo, pero luego entró en combustión y se deshizo, y me di cuenta de que no era más que un sueño. Por fin de desperté del todo a un mundo en el que todo era dolor.

—Ya basta. No lo mates —dijo una voz. También oí una risa y un temblor de espantosa agonía me atravesó el cerebro, los pulmones y el abdomen.

—¡Dije que ya basta! ¡Locke!

Entonces se oyó una maldición. La agonía se redujo y lo único que quedó fue un entumecimiento y, en el fondo, un dolor punzante.

Tenía los miembros extendidos y los tobillos y las muñecas apresados por unos grilletes que me mantenían sujeto a una enorme cruz de madera. Me lo habían quitado todo, el equipo, el arnés, la capucha, el auricular, todo excepto las mallas de mi traje y las botas. Tenía en los labios, la boca, el mentón y la garganta, algo que sólo podía ser sangre coagulada, y de la nariz manaba todavía sangre fresca.

Abrí los ojos. Un puño carnoso sostenía mi roseta inquisitorial delante de mi cara.

—¿Reconoce esto, Eisenhorn?

Escupí sangre.

—¿Creyó que podría venir y andar por todas partes a su antojo, presentar este escudo y hacer que todos tembláramos de miedo?

Urisel Glaw apartó la roseta y me miró fijamente.

—Las cosas no funcionan así con la Casa de Glaw. No nos asustan los de su calaña.

—Entonces es que… son unos mentecatos —dije.

Con un golpe en la frente de su mano abierta hizo que mi cabeza diera contra la cruz.

—¿Cree que sus amigos van a venir en su ayuda? Los hemos cogido a todos. Están en las mazmorras justo debajo de donde estamos nosotros.

—Hablo muy en serio —dije—. Otros saben que estoy aquí. Y supongo que usted no querrá problemas con un representante de la Inquisición, por más que piense que lo tiene a su merced.

Glaw aproximó más su cara a la mía y sus manos se cernieron sobre mí.

—No se preocupe. No es que subestime a la Inquisición, es sólo que no la temo. Ahora tengo algunas preguntas que quiero que me responda…

Se enderezó y retrocedió. Vi la sucia piedra de la celda donde nos encontrábamos, una compuerta de doble cerrojo en una esquina a la que conducían algunos escalones de piedra. Lord Oberon Glaw y el fumador de obscura de la biblioteca estaban al pie de los escalones mirando con atención. El armador Gorgone Locke estaba por allí cerca, a horcajadas sobre un mugriento banco de madera. Tenía un extraño aparato en la mano derecha, un guante de metal segmentado cada uno de cuyos dedos terminaba en una púa fina como una aguja.

—Está equivocado, Glaw. Es de usted de quien se esperan respuestas.

Urisel Glaw hizo un gesto a Locke que se levantó y avanzó hacia mí flexionando el guante.

—Eso es un látigo neural estrousino. Nuestro amigo, el señor Locke es todo un experto en su aplicación. Estuvimos encantados cuando se ofreció para efectuar el interrogatorio.

Locke me cogió por la garganta con la mano en la que no tenía guante, me empujó la cabeza hacia arriba y su puño enguantado desapareció hacia abajo, fuera de mi campo visual.

Un segundo después, unas punzadas de dolor me atravesaron los pulmones y el corazón y empecé a sentir espasmos en la tráquea. Estaba ahogándome.

—Los hombres cultos como usted lo saben todo sobre los puntos de presión —dijo Locke en tono coloquial—. También los estrousi, pero ellos no se limitan a presionarlos, prefieren quemarlos. Estudié durante un año aproximadamente con uno de sus torturadores sagrados. Este punto, por ejemplo, el que lo está ahogando, también le está paralizando el aparato respiratorio y el corazón.

Apenas podía oírlo. Sentía la sangre golpeteando en mis oídos, veía un estallido de luces de color y se me nublaba la vista.

Retiró el guante. El dolor y el ahogo cesaron.

—De la misma manera puedo pararle el corazón, quemarle el cerebro, dejarlo sordo. Siga jugando, pues.

Con toda la fuerza de que fui capaz le sonreí y le dije que su hermana había dicho que yo hacía el amor mejor que él.

El guante se cerró sobre mi cara y las agujas se me clavaron en las mejillas. Un dolor sordo me corrió por la cara. Volvía perder la conciencia durante un momento.

—¡…no lo he matado! —oí decir a Locke mientras iba recuperando la conciencia y un dolor lacerante me atravesaba la cara.

—¡Mírelo! ¡Mírelo! ¿Dónde está ahora esa sonrisa presuntuosa, insignificante bastardo?

No respondí.

Locke se aproximó tanto que su frente tocó la mía y lo único que podía ver eran sus ojos.

—La acción de las agujas —se burló mientras me echaba su asqueroso aliento a obscura sobre la boca—. Apenas toqué algunos puntos de tu cara. No volverás a sonreír.

A punto estuve de decirle que no tenía muchos motivos para hacerlo, pero en lugar de eso eché la cabeza hacia adelante y le mordí la boca.

Su grito, transmitido por nuestro contacto, me sacudió las mandíbulas. Saltó la sangre mientras sus puños me golpeaban repetida y desesperadamente en la cabeza y en el cuello. Su largo pelo rojo se soltó y los extremos adornados con cuentas restallaban alrededor de mi cabeza. Por fin consiguió desprenderse, rugiendo. Escupí la sangre que me llenaba la boca y un buen trozo de su labio inferior.

Sujetando con la mano desnuda la boca destrozada, Lock ese echó hacia atrás, enfurecido y luego se lanzó sobre mí. Me dio dos brutales puntapiés en el vientre y en la cadera y me golpeó con tanta fuerza en la mejilla que a punto estuvo de romperme la columna.

Luego sentí cómo se me clavaban las agujas en las costillas del lado izquierdo y una agonía asfixiante se apoderó de mí.

Locke no dejaba de gritarme obscenidades a la cara. Una vez más perdí el sentido.

Volví en mí con un malestar espantoso, jadeando, mientras Urisel arrancaba a Locke de mi lado y lo arrojaba hasta el otro lado de la celda.

—¡Lo quiero vivo! —rugió.

—¡Mire lo que me ha hecho! —se quejó Locke de una manera casi ininteligible a través de la sangre y de los labios destrozados.

—Deberías haber tenido más cuidado —intervino Oberon Glaw acercándose. Se inclinó para estudiarme y yo miré su cara altanera, leonina, poderosa e impositiva.

—Está medio muerto —gruñó con fastidio—. Estúpidos, os dije que quería respuestas.

—Hágame usted las preguntas —dije con voz entrecortada. Lord Oberon enarcó las cejas y se quedó mirándome.

—¿Qué fue lo que lo trajo a mi casa, inquisidor?

—El Pontius —respondí. Fue una apuesta y no tenía muchas esperanzas, pero siempre existía la posibilidad de que la mera palabra hiciera que se autodestruyesen como había hecho con Saemon Crotes en la Cúpula del Sol de Hubris. Tal como sospechaba, no fue así.

—¿Vino usted de Hubris?

—Allí interrumpí el trabajo de Eyclone.

—Fue abortado de todos modos —dijo lord Oberon apartándose de mí.

—¿Qué es el Pontius? —pregunté tratando sin éxito de centrar mi voluntad. El dolor que sentía era avasallador.

—Si usted no lo sabe, es difícil que yo se lo diga —respondió Oberon Glaw.

Se volvió a mirar a Urisel, a Locke y al fumador de obscura.

—No creo realmente que sepa nada sobre el genuino. Pero quiero estar seguro. ¿Puedo confiar en que haga bien su trabajo, Locke?

El armador asintió. Volvió a acercarse a mí, flexionando el guante, y me introdujo una aguja en la cabeza por detrás de la oreja.

Sentí que el cerebro se me quedaba entumecido. Casi me resultaba imposible concentrarme.

—La aguja de mi dedo índice está apuntando exactamente al surco parieto-occipital —me gritó al oído—, influyendo sobre el mismísimo centro. No puede mentir, sea lo que sea. ¿Qué sabe sobre el genuino?

—Nada… —tartamudeé.

Removió la aguja y dentro de mi cabeza el dolor se volvió lacerante.

—¿Cómo se llama usted?

—Gregor Eisenhorn.

—¿Dónde nació?

—En el mundo de DeKere.

—¿Su primera conquista sexual?

—Tenía dieciséis años, una doncella en la escuela…

—¿Su temor más oscuro?

—¡El hombre de la mirada vacía!

Todas las respuestas eran sinceras, involuntarias, pero cuando de buenas a primeras dije eso, yo mismo me sorprendí.

Locke no había terminado. Volvió a remover la aguja y me introdujo otras en la nuca hasta que sentí el cuerpo paralizado y un frío me corrió por las venas.

—¿Qué sabe usted del genuino?

—Nada.

Sin quererlo, empecé a sollozar de dolor.

Gorgone Locke siguió interrogándome cuatro horas más… Cuatro horas que yo sepa, porque más allá de eso no recuerdo nada.

Cuando desperté estaba sobre un suelo helado de rocacemento. El dolor y la fatiga atenazaban cada átomo de mi ser. Casi no podía moverme. Nunca hasta entonces había soportado semejantes extremos de dolor y desesperación. Jamás me había sentido tan próximo a la muerte.

—Tranquilo, Gregor… estás entre amigos… —esa voz, Aemos. Abrí los ojos. Uber Aemos, mi sabio de confianza me estaba mirando con una expresión desolada que ni sus ojos potenciados podían ocultar. Tenía una magulladura en la cara y sus vestiduras estaban desgarradas.

—No te muevas, viejo amigo —me encareció.

—Tú me conoces, Aemos —dije y me senté lentamente. Fue un trabajo enorme. Varios grupos musculares se negaban a moverse y estaba a punto de vomitar.

Miré en derredor y lo vi todo borroso.

Estaba echado en el suelo de una celda circular de rocacemento. Había una compuerta en un lado y una salida enrejada en el otro. Aemos estaba en cuclillas cerca de mí, y Alizebeth Bequin, con la ropa desgarrada y sucia, agachada detrás de él, mirándome por encima de su hombro con genuina preocupación. Al otro lado de la celda estaba Heldane, con los brazos cruzados, y detrás de él, encogidos, estaban Mácheles y los otros cuatro emisarios del Gremio Sinesias que nos habían traído hasta aquí. Todos estaban pálidos y tenían los ojos enrojecidos, como si hubieran estado llorando. No había ni rastro de Betancore.

Aemos vio mi expresión y dijo:

—Egida insustancial, antes el diluvio —en perfecto Glossia. Lo que significaba que Betancore había logrado burlar a los que habían conseguido encarcelara todos los demás. Una pequeña buena noticia al fin.

Me puse de pie, gracias a mi determinación y sobre todo a la ayuda de Aemos y Bequin. Seguía vestido únicamente con mis calzas y botas; tenía el torso, el cuello, los brazos y la cabeza bañados en mi propia sangre y lleno de magulladuras producidas por los micropinchazos. Gorgone Locke había hecho su trabajo a conciencia.

Gorgone Locke lo pagaría caro.

—¿Qué sabéis? —pregunté cuando recuperé el aliento.

—Podemos darnos por muertos —dijo Heldane con franqueza—. No me extraña que mi maestro deje este tipo de trabajo a suicidas radicales como usted. Ojalá no hubiera aceptado acompañarle.

—Gracias por eso, Heldane. ¿Alguien más desea añadir algo personal?

Aemos sonrió.

—Estamos en una mazmorra debajo del ala oeste, en la parte trasera, casi debajo de los bosques. Irrumpieron en nuestros departamentos cuando ya hacía casi tres horas que te habías ido y nos redujeron a punta de pistola. Memoricé minuciosamente la ruta que seguimos hasta este lugar y

la comparé mentalmente con el mapa de Midas, de modo que estoy bastante seguro de nuestra situación.

—¿Qué diablos le hicieron? —preguntó Bequin limpiando las heridas de mi pecho con un trozo de su vestido.

Hice una mueca de dolor y me di cuenta de por qué su vestido estaba tan destrozado. Había estado limpiándome las heridas mientras yo estaba inconsciente.

Un montón de trozos de tela empapados de sangre atestiguaba su dedicación.

—Vinieron hace una hora y lo dejaron aquí, con nosotros. No dijeron una sola palabra —añadió Heldane.

—¿Es usted realmente un inquisidor, sir Farchaval? —preguntó Mácheles acercándose.

—Así es, mi nombre es Eisenhorn.

Mácheles empezó a sollozar y el resto de emisarios hicieron lo mismo.

—Estamos muertos. ¡Nos ha conducido a la muerte!

Sentí algo de piedad por ellos. El Gremio Sinesias estaba podrido hasta los tuétanos, y éstos eran hombres corruptos, pero sólo estaban metidos en esto porque yo los había engañado.

—¡Silencio! —les ordenó Heldane.

Se volvió a mirarme y me deslizó algo diminuto que sacó del puño de su traje. Una pequeña cápsula roja.

—¿Qué es?

—Admylladox, una dosis de diez gramos. Tengo la impresión de que la necesita.

—No consumo drogas.

Me la puso en la mano.

—Admylladox es un analgésico y aclara la mente. No me importa si consume o no drogas, quiero que la tome por si se abre esa puerta.

—Miré hacia la puerta.

—¿Por qué?

—¿No ha estado nunca en un reñidero?

Los Glaw ya me habían sacado todo lo que habían podido. Ahora me querían muerto. A mí y a mi grupo. Y eso significaba diversión.

La compuerta se abrió con un chirrido cuando debía estar amaneciendo. Entró una luz desvaída, grisácea que fue reemplazada casi de inmediato por una luminiscencia inclemente, brillante, artificial.

Hombres de la milicia de la Casa Glaw, con su armadura completa, irrumpieron en nuestra celda y nos sacaron por la puerta con sus escudos de energía y sus psicolátigos.

De pronto nos encontramos fuera, parpadeando bajo la luz, mientras la compuerta se cerraba a nuestras espaldas.

Miré en derredor. Estábamos en un amplio anfiteatro semicircular cubierto por una cúpula, sin duda la cúpula dorada que habíamos visto al llegar. El suelo era de tierra y musgo húmedo, por las paredes desnudas de piedra de diez metros de altura trepaban los liqúenes. En lo alto estaban la Casa Glaw en pleno y sus huéspedes, sentados en empinadas gradas y mirándonos con atención. Vi a Urisel Glaw, a lord Oberon, a Locke, a lady Fabrina, al eclesiarca Dazzo, al hombre de la pipa. Terronce, el capitán de la milicia, que había estado en nuestra mesa durante la cena, estaba al frente de una guardia de honor de casi cuarenta hombres de la comitiva. Todos llevaban armaduras verdes, cascos de plata con penachos e iban armados con rifles automáticos. Más de doscientos miembros vociferantes del clan Glaw, el personal de la casa, la milicia y los sirvientes completaban el público. Habían estado despiertos toda la noche, bebiendo y practicando todas las actividades capaces de convertirlos en una hienas hiperactivas y sedientas de sangre a la llegada de la mañana.

Haciendo caso omiso del ruido pasé revista al conjunto. Había troncos de árboles diseminados en distintos puntos, y pequeños afloramientos de piedra que transformaban la arena en una especie de paisaje.

Por allí cerca había un surtido de armas oxidadas. Mácheles y sus hermanos ya habían corrido hacia ellas y se habían provisto de espadas cortas melladas y lanzas despuntadas.

Me acerqué y cogí una daga con empuñadura en forma de cesta y una guadaña extrañamente curva con una hoja interna serrada.

Las sostuve en las manos sopesándolas.

Heldane se había hecho con una daga y un hacha de mango largo, Bequin con un escudo de mimbre y un cuchillo. Aemos se encogió de hombros y no cogió nada.

Los abucheos y los gritos crecían en intensidad a nuestro alrededor hasta que en un momento dado se hizo el silencio y del auditorio surgieron exclamaciones de asombro.

El carnodonte medía seis metros desde el hocico hasta la restallante cola. Novecientos kilos de músculos, tendones, piel rapada y colmillos lacerantes.

Salió de detrás de unos troncos de árboles, arrastrando tras de sí una pesada cadena sujeta a un collar de púas. Tomó impulso, saltó y derribó a Mácheles.

Mácheles, emisario del Gremio Sinesias, gritaba mientras lo despedazaba. Sus gritos y aullidos se prolongaron mucho más de lo que parecía posible teniendo en cuenta las partes de su cuerpo que el carnodonte había desgarrado. Tal vez haya sido mi imaginación horrorizada, pero me pareció que los gritos sólo se interrumpieron cuando de él ya no quedaba más que una caja torácica desollada arrastrada por el enorme depredador entre el musgo ensangrentado.

Los otros emisarios gritaban y corrían. Uno se desmayó.

—Estamos muertos —volvió a decir Heldane levantando sus armas.

Tragué la cápsula que me había dado, pero no hizo que me sintiera mucho mejor.

Con las enormes fauces chorreando sangre y arrastrando la cadena, el carnodonte se dirigió hacia los otros emisarios.

Bequin dio un grito.

Un segundo carnodonte salió de la jaula y saltó hacia donde estábamos nosotros. Noté que era algo mayor que el primero cuando vino directo hacia mí.

Encogiéndome, salté hacia la derecha y el felino hundió las garras en el musgo para frenar su caída, cayendo más allá de lo que había calculado y escarbando a su alrededor. Ambas criaturas emitían gruñidos sordos, subsónicos que resonaban en sus cavernosas gargantas y atronaban el aire.

El más grande de los camodontes dio la vuelta y volvió a arremeter contra mí cuando apenas había conseguido ponerme de pie. Salté hacia atrás. Heldane acudió por el flanco con su atención puesta en mí y descargó su hacha sobre el costado del animal.

El carnodonte lanzó un grito sofocado y restalló la cola, lanzando al hombre de Voke volando sobre la arena, con el traje rasgado por las marcas paralelas de las zarpas a la altura del torso. De un salto me aparté y logré ponerme detrás de unos árboles retorcidos.

El primero de los carnodontes había derribado a otro de los emisarios. La conmoción del impacto y las heridas que le produjo dejaron al hombre sin voz y no emitió sonido alguno mientras su cuerpo inerte era arrastrado y despedazado.

Las criaturas tenían hambre, como podía inferirse de lo mucho que se les notaban las costillas. Un factor a nuestro favor era que cuando cobraban una pieza su interés se centraba primordialmente en consumirla. Las largas cadenas los sujetaban a unos postes clavados en el suelo cerca de sus jaulas y les permitían moverse con libertad por toda la arena. Era evidente que las cadenas estaban calculadas estrictamente para que no pudiera escapar de la arena y atacar al público.

Haciendo restallar la cola a diestro y siniestro, el depredador de mayor tamaño daba vueltas en torno a la arena, observando con sus ojos profundos y oscuros a los humanos que tenía a su alcance. Bequin se había refugiado junto con Aemos en un hueco excavado en una esquina, valiéndose de su frágil escudo y de un contrafuerte del muro para protegerse, pero el público, implacable, les arrojaba monedas, botellas y trozos de comida para hacerlos salir. Querían diversión. Querían sangre.

El carnodonte, resoplando y arrojando espuma por la boca, se lanzó a la carrera hacia Bequin y Aemos. El mero peso de su cuerpo los mataría,

estaba seguro de ello. Salí de mi escondite para interceptarlo de lado; la multitud aulló y empezó a golpear el suelo con los pies.

Vaciló en su arremetida al darse cuenta de que yo le salía por el flanco, ya empezaba a darse la vuelta cuando lo corté con la guadaña. El viejo gancho le arrancó la piel del costado y le produjo una gran herida sangrante a la altura de las costillas. Arremetió con furia contra mí lanzándome un zarpazo. Salté hacia atrás y volví a atacar con la guadaña en la esperanza de, cuando menos, herirlo en la garra ya que él podía saltar mucho más que yo. Entonces se lanzó hacia adelante lanzando un estremecedor rugido.

Simplemente me dejé caer de espaldas, quitándole la oportunidad de derribarme y partirme los huesos. De repente lo tuve encima, y con una garra me desgarró el pecho. Tenía la cabeza baja y las fauces abiertas, dispuestas para arrancarme la cabeza. Desesperado y enceguecido ataqué con mi arma procurando alcanzarlo en el vientre, que era su parte más vulnerable.

Impensadamente me encontré con que ya no tenía su peso en cima. El carnodonte se sacudía, con un quejido terrible y sofocado y yo ya no tenía la daga en la mano.

La empuñadura sobresalía de la quijada de la bestia. La hoja le había atravesado la boca, cerrándosela. Se daba golpes con las patas, tratando de liberarse, tratando de arrancar el arma, sacudiendo la cabeza como un caballo al que molesta una mosca.

Me puse de pie. De las heridas recién abiertas me corría la sangre por el pecho. De repente vi a Heldane atravesando mi campo visual, con la túnica desgarrada flotando tras él. Descargó el hacha sobre el lomo del gran carnívoro, rompiéndole la espina dorsal con un gran crujido. El carnodonte cayó presa de espasmos, sacudiendo las patas y revolcándose en el suelo. Heldane volvió a golpearlo con el hacha, esta vez en el cráneo.

El público atronaba el circo con sus gritos. De todas partes llovían proyectiles sobre nosotros. Heldane se volvió a mirarme con una asesina sonrisa de triunfo.

En ese momento, todo el peso del otro carnodonte cayó sobre él desde atrás, haciéndolo caer de bruces al suelo.

Había dado cuenta de los otros emisarios, de todos excepto del que se había desmayado y yacía inerme donde había caído. Se lanzó sobre el indefenso Heldane, destrozándole el cuero cabelludo y desollándole la espalda.

Con un grito gutural corrí hacia él y clavándole la guadaña detrás de las orejas tiré hacia atrás. La hoja curva clavada en la carne me permitió apartarle la cabeza durante un segundo. Luego una botella arrojada con puntería me golpeó en un lado de la cabeza derribándome y haciéndome soltar la guadaña.

La criatura se volvió, dejando a Heldane convertido en una piltrafa de cara contra el suelo. Conseguí ponerme de pie nuevamente y la emprendía puntapiés con él.

—¡Eisenhorn! —me llegó el grito de Bequin. La chica venía corriendo desde el otro lado del animal y me tiró su cuchillo por encima del lomo de éste. Perturbada por su grito, la bestia se volvió y le tiró un zarpazo que destrozó su exiguo escudo y la lanzó al suelo.

Me monté a horcajadas sobre el lomo del carnodonte y le clavé una y otra vez la daga en el cuello. Daba la impresión de que la daga apenas penetraba en el grueso pellejo.

Se debatía, tratando de desprenderse de mí cuando vi la guadaña colgando de su cabeza, por detrás de la oreja. Me apoderé de ella y enganché la hoja bajo el collar de púas.

Ahora la criatura estaba frenética y tiraba con fuerza de la cadena. Ensarté la punta de la daga a través de un eslabón de la cadena en dirección a la paletilla. A continuación hice palanca con el arma con toda la fuerza de que era capaz.

El eslabón se abrió y la cadena se partió. Entonces el carnodonte corrió hacia adelante algunos pasos, rugió y dio un salto.

Limpiamente superó la altura del muro y cayó en medio de la multitud que empezó a chillar. Yo seguía unido a él por la guadaña cuyo mango sujetaba con todas mis fuerzas. Cuando aterrizamos sobre las gradas salí

despedido hacia adelante y fui a caer sobre el público que huía presa del pánico.

La bestia, enloquecida, cargó contra los asistentes arrojando al aire formas inertes, desmembradas y chorros de sangre. El pandemónium había retemblar la cúpula.

Me puse de pie, haciendo a un lado a los que caían sobre mí y chocaban conmigo en su frenética huida. Empezaron a oírse disparos a través del anfiteatro. En las gradas superiores, pude ver a la milicia que corría disparando contra el carnodonte mientras Terronce y otros hombres se ponían a salvo escapando por una salida lateral. Los disparos de la milicia alcanzaban a la muchedumbre.

Salté por encima de varias gradas y derribé a puñetazos a dos sirvientes que quisieron detenerme. Desde arriba, dos guardias de la casa descendían corriendo con sus rifles automáticos preparados para disparar contra la criatura que corría libre entre el público.

Derribé a uno con una lanza psíquica cargada con pura furia y adrenalina y le arrebaté el arma que llevaba en las manos. Antes de que su compañero pudiera volverse ya lo había abatido y caía por encima de la barandilla hacia la arena.

Miré hacia los asientos donde habían estado los nobles de la Casa Glaw y sus invitados. Lord Glaw, Locke y el fumador de pipa ya habían desaparecido y los guardias llevaban casi en volandas a lady Fabrina y al eclesiarca. Pero Urisel Glaw estaba todavía allí, dando voces a sus hombres por encima del tumulto. Me vio.

—La Inquisición no tendrá clemencia —le grité, aunque no estaba seguro de pudiera oírme.

Urisel me miró fijamente durante un momento y luego volvió a gritar órdenes mezcladas con juramentos y centró su atención en el carnodonte. La bestia ya había superado los asientos de la plebe y ahora estaba destripando a un miembro de la milicia de la casa. En su pellejo se veían las heridas producidas por múltiples disparos.

Urisel echó mano de una escopeta de caza que le alcanzó uno de sus hombres. Apuntó con cuidado al carnodonte y disparó.

La pesada arma rugió y la enorme bestia cayó hacia atrás con el pecho abierto por el disparo. Con su gran peso aplastó las piernas de un guardia.

La multitud seguía huyendo, pero el alboroto bajó de tono lo suficiente como para que se oyeran las campanas que habían empezado a sonar. Eran campanas metálicas accionadas por medios eléctricos. En las profundidades de la gran mansión sonaron otras alarmas. Urisel bajó su rifle e indicó a algunos de sus hombres que averiguaran a qué se debía aquello. Aquellos espectadores que no estaban demasiado borracho su obnubilados por el terror miraron inquietos a su alrededor.

Se oían ruidos distantes, inexplicables. No me paré demasiado a preguntarme sobre ellos. Urisel estaba apuntando otra vez, pero ahora me apuntaba a mí. Di un salto justo antes de que toda una sección de las gradas de madera saltara por los aires.

Me puse de pie. Urisel estaba recargando el arma de caza de gran calibre y Terronce corría hacia mí seguido por algunos de sus hombres.

Terronce disparó. Yo apunté hacia arriba y le volé la cabeza partiendo en dos su yelmo con penacho de plumas.

Urisel se disponía a disparar. Afirmó la escopeta sobre el hombro y me buscó entre la multitud.

En ese momento sonaron a mi espalda algunos disparos. Tres miembros de la milicia que estaban junto a la barandilla vacilaron y cayeron, Urisel Glaw salió despedido hacia atrás, mientras su escopeta disparaba descontrolada hacia la cúpula. La multitud empezó otra vez a arremolinarse frenéticamente mientras los soldados que quedaban apuntaban hacia arriba tratando de dar con este nuevo tirador.

Me volví y lo vi enseguida. Midas Betancore estaba apostado sobre la pendiente de un tejadillo que había por encima del foso, al otro lado de la arena. Sus pistolas de aguja, una en cada mano, volvieron a lanzar sus mortíferos disparos sobre las gradas anteriores. Algunos miembros de la casa y varios guardias cayeron. Un guardia basculó sobre la barandilla y cayó a la arena. Otro se aferró a un extremo desprendido durante un segundo antes de resbalar y caer también.

El resto de la guardia ya había identificado a Midas y disparaba contra él con sus rifles automáticos. Los disparos arrancaban trozos de tejas que se transformaban en polvo, pero Midas se movía, con paso seguro, sobre el tejadillo de terracota. Enfundando sus armas, se deslizó hasta el extremo del tejadillo, se sujetó del borde con ambas manos y ejecutó un balanceo que le permitió descender por debajo de la galería a las gradas que empezaban a vaciarse.

Los guardias lo seguían, disparando a lo loco y matando a miembros de la vociferante multitud.

Corrí hacia la barandilla.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! —grité a Bequin y Aemos que estaban abajo. Estaban ocupados tratando de arrastrar el ensangrentado cuerpo de Heldane hasta la relativa seguridad de los muros de la arena. Corrí hasta un guardia caído y saqué de su correaje unos cuantos cargadores más.

Algunos disparos me pasaron rozando, pero la mayoría iban dirigidos contra Midas. Me refugié detrás de algunos asientos y de los cuerpos de las víctimas del carnodonte y abrí fuego hacia las gradas disparando ráfagas cortas contra la milicia. Respondieron a mis disparos y empezaron a saltar astillas de madera y trozos de carne de mi improvisado refugio. Midas se movía otra vez y volvía a disparar.

Las alarmas seguían sonando, pero ahora, por encima de este ruido y de los gritos de la multitud que huía pude oír ruido de disparos y explosiones sordas.

A estas alturas, el anfiteatro estaba casi vacío. Sólo quedaba un puñado de guardias que intercambiaban disparos con Midas por encima de la arena. El ruido de las explosiones y de lucha que llegaba desde los terrenos que rodeaban la casa crecía en intensidad.

Llegué al palco donde habían estado sentados los miembros de la familia. Hacía ya tiempo que los Glaw y sus huéspedes se habían marchado. La escopeta de caza de Urisel yacía en el suelo y su asiento estaba manchado de sangre. Midas lo había alcanzado con al menos uno de sus disparos.

Me abrí camino hasta la escalera de salida con el rifle automático bien sujeto bajo el brazo. Los cuerpos de dos miembros del servicio aplastados por la avalancha estaban tirados allí.

Urisel Glaw no había llegado muy lejos ya que sangraba profusamente de la herida que tenía en el hombro. Me oyó llegar y tambaleándose disparó una pequeña pistola primitiva por el oscuro túnel y a continuación desapareció.

Con la culata del rifle bien sujeta bajo el brazo avancé buscando en la oscuridad del húmedo túnel de piedra. Una arcada a la izquierda daba a la escalera que conducía a las mazmorras. A la derecha había una compuerta que daba acceso al cuerpo principal de la casa.

Empujé la puerta con el cañón del rifle automático.

Urisel salió de la escalera que llevaba a las mazmorras gritando y me empujó desde atrás hacia la puerta.

Di de cara contra ésta y el rifle automático se disparó tres veces al escapárseme de la mano.

Sin intentar siquiera volverme, me agaché y eché mano a lo que había detrás de mí. Cogí un pliegue del uniforme y derribé a Urisel Glaw de espaldas contra la pared. Lanzó un grito.

Le asesté un puñetazo con la izquierda que lo hizo trastabillar y a continuación un derechazo que le rompió los dientes. Me envolvió en un abrazo del oso y ambos retrocedimos algunos pasos antes de que lograra recuperarme, darle un puntapié en las piernas para apartarlo y finalmente golpearlo con todas mis fuerzas en el esternón.

Con eso acabó la pelea para él. Le apreté la garganta con una mano y le golpeé el cráneo contra la pared del túnel.

—¡No habrá redención para ti, pecador! —le espeté en plena cara—. ¡Ni para tu maldita casa! ¡Aprovecha sabiamente tu último aliento y revélame tus verdades o la Inquisición te hará sufrir tormentos que ni el propio Gorgone Locke ha imaginado jamás!

—Tú… —gorgoteó entre sangre y flemas mezcladas con restos de dientes rotos—. Ni siquiera puedes sospechar la miseria que la Casa Glaw puede desencadenar sobre el Imperio. Nuestro poder es demasiado grande.

Arrancaremos a ese Emperador bastardo de su trono dorado y lo arrastraremos y le haremos comer estiércol. Los mundos del Imperio arderán ante Oberon y Pontius. Se exaltará la Gran Oscuridad de Slaanesh…

No me importaban demasiado sus divagaciones heréticas, pero la mención de aquella blasfemia demoníaca me revolvió el estómago e hizo que se me helara la sangre en las venas. Lo derribé de un golpe y miré en derredor en busca de algo con que atarle las muñecas.

Más allá del túnel, la Casa Glaw se sacudía como si estuviera en medio de una zona de guerra.

Midas Betancore apareció en la boca del túnel y me vio atando a Urisel Glaw a una tubería de la calefacción con las cuerdas de una marquesina. Enfundó sus pistolas de aguja y vino junto a mí. Oí cómo activaba su enlace de voz e informaba de su posición. Del otro lado sonó una respuesta sucinta.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Una acción naval de la Flota de Combate Scarus —replicó con aire satisfecho.

Midas estaba fuera, en medio de la oscuridad, cuando los hombres de Glaw capturaron a Aemos, Bequin y Heldane. Para entonces ya hacía dos horas que yo debería haber vuelto y él había salido de las habitaciones para ver qué me había pasado. La milicia se había desplegado por toda la hacienda para buscarlo, pero Midas es la clase de hombre al que no se encuentra a menos que él quiera que lo encuentren. Había burlado a los grupos de búsqueda, se había introducido en el anexo de comunicaciones de la casa y había enviado un informe cifrado, breve pero elocuente, directamente a Commodus Vokc que estaba en Dorsay.

La respuesta de Vokc había sido inmediata y decidida. La familia Glaw había detenido por la fuerza a un miembro de la Inquisición Imperial y a sus colaboradores. Voke no necesitaba más excusa que ésa.

Sus exigencias, que no admitían una negativa, habían pasado por encima de los jefes del Almirante de la Flota Espacial y de toda la jerarquía, y se habían dirigido directamente al propio Comandante General Militar. Antes de media hora, el Comandante General había movilizado un destacamento de la seguridad naval y lo había puesto a las órdenes de Voke.

Como inquisidor, sé que tengo el derecho y la autoridad necesarios para exigir respuestas de apoyo, incluso a un Comandante General Militar, y lo he hecho en algunas ocasiones, pero con todo quedé impresionado por el respeto y el miedo que despertaba en hombres de rango tan alto el viejo inquisidor.

Voke se caracterizaba por dar pasos tan osados como éste, era propio de sus métodos aplastantes. Sólo había necesitado una pequeña excusa para caer sobre la Casa de Glaw con la ira proverbial de Macarius, y yo se la había dado.

O al menos, mi captura. Una parte de mí estaba segura de que esta muestra de influencia y autoridad era la forma que tenía Commodus Voke de consolidarse como un varón alfa dentro de la escala inquisitorial.

No me importaba. En realidad me alegraba. El derramamiento de sangre sobre la arena pudo habernos salvado, pero sin el asalto jamás habríamos conseguido vencer a la milicia y salir con vida de la hacienda de los Glaw.

El nombre en clave de la operación fue «Pacificación 505», correspondiendo la cifra a la identificación topográfica de la Casa Glaw. Las tropas habían llegado antes del amanecer en cuatro naves de desembarco, ocultándose entre los desniveles del terreno para evitar el eficaz sistema de sensores de la Casa Glaw.

Las naves se mantuvieron ocultas tras las cercanas colinas mientras el sol subía en el horizonte, aproximadamente a la hora en que nosotros languidecíamos en la celda, para permitir que un destacamento de la seguridad naval se adelantara y abriera por medios electrónicos vías de acceso en las defensas que rodeaban la gran casa. Para entonces ya estaban dentro del alcance del equipo personal de voz de Betancore que les había

hecho llegar información logística y una visión desde dentro del despliegue de la milicia.

Aproximadamente en el mismo momento en que el primer carnodonte había salido de su jaula, las naves de desembarco habían iniciado su avance desde detrás de un soto para atravesar el valle hacia la casa. La fragata ligera imperial Defensa de Stalinvast, reasignada por el almirante Spatian según instrucciones del Comandante General para mantener una órbita geosincrónica por encima del objetivo/Glaw/505, había destruido los hangares de lanzamiento de detrás del patio con disparos muy certeros de sus baterías.

Dos naves de desembarco, con cargas de humo y granadas antipersonales habían descendido frente a la casa principal haciendo estallar todas las ventanas. Cuarenta soldados con las armaduras negras de seguridad naval habían hecho entonces un desembarco de asalto y atacado la fachada principal. Sorprendidos, más de setenta hombres de la milicia de la casa habían tratado de detenerlos.

Las otras dos naves de desembarco se dirigieron a la parte trasera de la casa y desembarcaron a sus tropas en un patio todavía iluminado por las ruinas en llamas de los hangares. Al cabo de tres minutos, un combate de artillería sacudía los cimientos de la Casa Glaw. Para entonces las alarmas ya estaban sonando.

La Casa Glaw tenía cerca de cuatrocientos hombres en su cuerpo de guardia, por no mencionara los novecientos del personal, muchos de los cuales sabían manejar armas. La milicia de los Glaw estaba formada por hombres bien entrenados, veteranos bien protegidos con sus armaduras balísticas y sus cascos de plata, armados con rifles automáticos, stubber pesados y granadas. Un ejército hecho y derecho. Conozco a más de un comandante de la Guardia Imperial que ha tomado ciudades, hasta planetas enteros, con un ejército así. Éstos además tenían la ventaja de conocer el terreno. Conocían la disposición, los puntos fuertes y las debilidades de la antigua hacienda.

La seguridad naval los anuló. La elite de la Flota de Combate Scarus, provista de armas antiabominación color negro mate y haciendo gala de

una férrea disciplina, conquistó y limpió la gran mansión habitación por habitación.

Hubo algunos focos de resistencia. Los soldados perdieron tres hombres en un fuego cruzado, prácticamente a bocajarro, en torno a la zona de la cocina. Una incursión suicida de dos soldados de Glaw armados con cargas explosivas pulverizó a otros cuatro y se llevó consigo veinte metros del extremo del ala este.

Veintidós minutos después de que empezara el asalto, la milicia había perdido a casi trescientos hombres.

Numerosos miembros de la familia y personal de menor rango huyeron hacia los bosques y valles que había detrás de la casa.

Unos cuantos consiguieron escapar. La mayoría fueron atrapados y más de treinta murieron bajo el estrecho círculo de la Guardia Imperial que acordonaba la hacienda. Estos hombres, dos mil en total, eran reclutas de la fundación, fusileros gudrunitas a quienes habían sacado de sus barracones y embarcado hacia el interior para tener un sorpresivo bautismo de fuego incluso antes de abandonar su patria.

La sangrienta resistencia de la milicia de los Glaw tenía como objetivo dar a sus nobles tiempo para escapar. El primo ultramundano de los Glaw y su comitiva fueron arrinconados por los fusileros gudrunitas en el camino de atrás de la casa, arrestados y luego masacrados cuando trataron de huir. Otros mercaderes y huéspedes que habían asistido a la cena se rindieron a las fuerzas que los cercaban.

Varias naves orbitales salieron de entre los árboles donde habían estado ocultas tras el ataque principal, alzando el vuelo desde hangares secretos que había en los bosques detrás de la casa. Una fue derribada en el aire por un soldado con un lanzacohetes. Otras dos habían recorrido cinco kilómetros valle abajo cuando fueron incineradas por el vigilante Defensa de Stalinvast.

Otra, un modelo rápido y fuertemente blindado, logró evadir la vigilancia y se encaminó hacia el oeste. El Defensa de Stalinvast lanzó un trío de cazas en su persecución que por fin logró derribarla en mar abierto. Sólo semanas de trabajo forense podrían revelar quiénes viajabana bordo

de esas naves, y ni siquiera así había garantía de obtener respuestas válidas. Lo más seguro es que lord Glaw, lady Fabrina, Gorgone Locke, Dazzo, el eclesiarca y el hombre de la pipa estuvieran entre ellos. Lo cierto es que ninguna de esas personas estaba entre la escoria angustiada cercada por la guardia o la seguridad naval.

Noventa minutos después de haber comenzado Pacificación 505, el mayor Joan Moakells de seguridad naval dio la misión por terminada con éxito.

Sólo entonces apareció la lanzadera en la que viajaba Commodus Voke.



DOCE

EN LAS RUINAS DE LA GRAN MANSIÓN
MURMURACIONES
SUBLEVACIÓN

Era mediodía, pero la tormenta nocturna no se había disipado y una lluvia caprichosa privaba al cielo de color y apagaba el fuego que aún persistía en algunas partes de la casa de los Glaw. Ahora una ruina imponente, ennegrecida se levantaba en lo alto de la colina con las ventanas rotas, los tejados hundidos, las vigas al aire y un penacho de humo gris y blanco elevándose hacia el ciclo. Yo estaba sentado en el patio, apoyado contra el guardabarros de un transporte de tropas de la Guardia Imperial, tomando de vez en cuando un sorbo de una frasca de amasec. Tenía la cabeza gacha. Necesitaba atención médica y analgésicos, un restaurador psíquico, una buena comida, cirugía neural para los cientos de heridas que me había infligido Locke, un baño, ropa limpia…

Y más que nada en el mundo, necesitaba una cama.

Las tropas pasaban ante mí, aporreando acompasadamente con sus botas la piedra húmeda. Por todas partes se oían órdenes. De vez en

cuando un caza pasaba por encima de mí y me hacía vibrar el diafragma con el rugido de sus motores.

Mi cabeza era un hervidero. En mi inconsciente había fragmentos que se reunían y se combinaban para separarse a continuación en mil pedazos. Cada vez me despertaba sobresaltado. El hombre de la mirada vacía estaba allí, en el fondo de mi cabeza. No quería pensar en él y no conseguía encontrarle un lugar en este caso, pero su imagen permanecía. Por un momento tuve la certeza de que estaba al otro lado del patio, junto a la puerta de la cocina, sonriéndome. Parpadeé para alejarlo.

Todavía estaba cubierto de sangre, sudor y suciedad. El dolor y la fatiga me envolvían como un sudario. Un cabo de la seguridad naval había encontrado nuestras pertenencias confiscadas en las habitaciones de Urisel Glaw y me había puesto una camisa y mi chaqueta de cuero con mangas desmontables. El cabo me había entregado mi roseta inquisitorial y me aferraba a ella como si fuera un tótem.

Los hombres ansiosos del 50.º de Fusileros Gudrunitas empujaban al personal de la Casa Glaw a través del patio. Los prisioneros llevaban las manos en la nuca y algunos sollozaban.

Alguien se deslizó a mi lado sobre las frías piedras y se inclinó contra la grasienta carrocería del transporte.

—Ha sido una noche larga —dijo Midas. Le pasé la frasca y echó un buen trago.

—¿Dónde están Aemos y la chica?

—La última vez que los vi, Aemos andaba por ahí tomando notas. No he vuelto a ver a Alizebeth desde que los sacamos del anfiteatro.

Hice un gesto de asentimiento.

—Estás medio muerto, Gregor. Deja que pida una lanzadera para que te lleve de vuelta a Dorsay.

—Todavía no hemos terminado —dije.

El procurador Madorthene me saludó al aproximarse. Ahora no llevaba su blanco y almidonado uniforme. Con la armadura negra de la seguridad naval parecía más corpulento e imponente.

—Hemos hecho un rastreo físico —dijo.

—¿Oberon Glaw?

—Ni rastro de él.

—¿Gorgone Locke? ¿El eclesiarca Dazzo?

Negó con la cabeza.

Le ofrecí la frasca con un suspiro. Para sorpresa mía, la cogió, se sentó con nosotros y bebió un trago.

—Probablemente estén todos reducidos a cenizas en la nave en la que trataban de escapar —dijo—. Pero voy a decirle una cosa. Antes de acabar con las dos naves que huían por el valle, el Defensa de Stalinvast estaba seguro de que no había en ellas señales de vida.

—Señuelos —indicó Betancore.

—El glaviano tiene razón, apostaría algo —agregó. Luego se encogió de hombros—. Claro que una buena armadura puede ocultar las señales. Nunca lo sabremos.

—Lo sabremos, Madorthene —le aseguré.

Tomó otro trago de la frasca, me la devolvió y se puso de pie acomodándose la armadura de una sola pieza.

—Me alegro de que seguridad naval pudiera prestarle un servicio esta vez, inquisidor Eisenhorn. Espero que esto le haya devuelto la fe en la flota de combate.

Levanté la cabeza y asentí brevemente.

—Estoy impresionado de que haya venido en persona a supervisarlo, procurador.

—¿Bromea usted? ¡Después de lo que pasó en el *Essene*, el almirante hubiera pedido mi cabeza!

Se alejó. Me caía bien. Un hombre sincero que hacía todo lo que podía en medio de los intereses políticos enfrentados del comando de la flota de combate y la Inquisición. Más adelante llegaría a apreciar enormemente la honestidad y la discreción de Olm Madorthene.

Una frágil figura contrahecha atravesó el patio y se detuvo junto a mí.

—Ahora veamos ¿qué métodos son los más prudentes? —preguntó Commodus Voke con gesto burlón.

—Dígamelo usted —repliqué, poniéndome de pie.

Voke había traído consigo casi cincuenta hombres, todos vestidos de negro, muchos con implantes potenciadores. Requisaron de la noble casa todo aquello que pensaron podía ser una prueba. Cajones de papeles, libros, placas de datos, artefactos y pictoplacas fueron trasladados a los transportes que esperaban.

Yo no estaba de humor para discutir. El dolor y la fatiga me embotaban los sentidos. Que Voke se valiera de su séquito para hacer el penoso trabajo de recuperación.

—La lluvia y el fuego han borrado, mojado o destruido mucho material —dijo a Voke un sabio de rostro severo llamado Klysis mientras yo entraba con el otro inquisidor en la deteriorada casa—. Otra gran parte está cifrada.

Penetramos en el sistema subterráneo y conduje a Voke hasta la cámara con escudo de energía en la que Glaw me había atrapado. Todavía había muestras de la sangre de Kowitz en el suelo. El artefacto había desaparecido del altar.

—Se refirió a él como el Pontius —le dije a Voke. La estancia ya no estaba psíquicamente protegida, de lo que deduje que los efectos psíquicos los había producido el propio Pontius, lo mismo que el ataque mental que me había derribado, estaba seguro de ello.

Me apoyé contra la pared de la cámara y armándome de paciencia le conté a Voke lo más importante de cuanto había averiguado.

—Es evidente que la misión de Eyclone a Hubris, relacionada con el Pontius, era importante para ellos, pero Oberon Glaw me dijo explícitamente que dicha empresa había sido abortada… cancelada, porque algo más vital había entrado en escena. Se referían a ello como el genuino.

—Eso explicaría por qué su enemigo Eyclone fue abandonado —musitó—. Después de todos sus preparativos, los Glaw faltaron a su promesa de entregar el Pontius.

—Eso tiene sentido. Obviamente Dazzo y el armador Locke estaban muy implicados en esto del genuino. Tenemos que averiguar más cosas sobre ellos. Estoy seguro de que lo que se traían entre manos guardaba relación con cierto material arqueoxénico. Mencionaron a los saruthi.

—Una raza xénica de fuera del subsector —dijo el sabio de Voke—. Es poco lo que se sabe de ellos y está prohibido el contacto. La Inquisición tiene pendientes varias investigaciones, pero su espacio está inexplorado y como no salían de su mundo, otras cuestiones más importantes pospusieron dichas investigaciones.

—Pero es probable que un corsario como Locke haya establecido líneas de contacto con ellos.

Klysis y Voke asintieron.

—Se investigará —dijo Voke—. El Ordo Xenos debe poner en marcha una indagación sobre los saruthi. Pero por ahora la cuestión está cerrada.

—¿Cómo se explica eso? —pregunté con una risa desdeñosa. Voke fijó en mí sus ojos redondos.

—La Casa Glaw ha sido destruida y sus principales miembros y conspiradores están muertos. Con ellos se han perdido elementos preciosos para su causa. Fuera lo que fuese lo que planeaban, se ha acabado.

Ni siquiera pensé en discutir con él. Voke no tenía la menor duda de lo que decía y, en mi opinión, ése era su principal fallo.

Estaba equivocado, por supuesto. El primer indicio llegó diez días después. Yo había vuelto a Dorsay con mis colegas y había pasado varios días bajo los cuidados del Hospicio Imperial, en el Gran Canal, donde trataron mis principales heridas y lesiones. La mayor parte de los cortes y laceraciones eran superficiales y se curaron a su debido tiempo. Lo que Locke había hecho conmigo había dejado cicatrices más profundas. Había lesiones neurales que afectaban a mi sistema, y muchas de ellas no tenían remedio. Los potenciadores del Oficio Medicalis de la flota de combate me sometieron a microcirugía para reparar los transmisores nerviosos que

tenía rotos en la columna vertebral, el tórax, el bulbo raquídeo y la garganta. Me implantaron más de sesenta secciones de fibra nerviosa y ganglios artificiales. Había perdido mucha sensibilidad en la tráquea y el esófago, y los reflejos del lado derecho de mi cuerpo estaban adormecidos. Con mi cara no pudieron hacer nada: los sistemas neurales habían quedado profundamente dañados. La promesa de Locke había sido cierta. Nunca volvería a sonreír, ni tendría demasiada expresividad. Ahora mi rostro, impasible, no era más que una máscara de carne.

Aemos me visitaba todos los días y no paraba de traerme placas de datos y libros antiguos a la habitación privada que tenía en el Hospicio. Había establecido una relación de trabajo con los socios de Voke (Klysis era sólo uno de los diecisiete que Commodus Voke tenía a su servicio), y no hacía más que absorber los datos que le pasaban. Tratamos de obtener información sobre los confederados de Glaw, pero era muy poco lo que se conseguía a pesar de que todos los sabios de Vokc trabajaban en ello. Locke era una figura sombría, casi mítica, de nombre y fama muy extendidos por el subsector helicano, pero no pudimos averiguar nada sobre su origen, su carrera, sus relaciones, ni siquiera el nombre de su nave. Dazzo era otro enigma.

La Eclesiarquía no tenía registro alguno de un clérigo con ese nombre. Sin embargo, recordé que Kowitz me había dicho durante el banquete que Dazzo tenía vinculaciones con una orden misionera patrocinada por los Glaw en el mundo fronterizo de Damasco, y Damasco era un lugar real, de eso no había duda, un inhóspito planeta fronterizo en los mismísimos confines del territorio del subsector helicano, uno entre cien lugares perdidos, muy poco visitados. Desde el punto de vista astrogeográfico, estaba apenas a unos meses de viaje en barrena de las regiones ignotas de los misteriosos saruthi.

Lowink acompañó a Aemos en una de sus visitas en cuanto recuperó las fuerzas, y extrajo de mi mente una imagen del hombre de la pipa que plasmó psicométricamente en una pictoplaca virgen. La imagen, aunque algo borrosa, era bastante buena, y fue copiada y entregada a todas las secciones de las autoridades de investigación, pero nadie lo identificó.

Lowink también pudo recuperar una imagen del Pontius por los mismos medios. Dejó atónitos a cuantos la vieron, excepto a Aemos, quien confirmó de inmediato que el extraño artefacto tenía el tamaño y las dimensiones exactas para encajar en la cavidad del arca de Eyclone, la que habíamos recuperado en el Procesional Dos-Doce. Tal como habíamos conjeturado, esto era lo que Eyclone había estado esperando. Para eso se había llevado a cabo la matanza masiva en las catacumbas de hielo de Hubris.

—Urisel Glaw habló de Pontius como si todavía estuviera vivo —le dije a Aemos—. No cabe duda de que algo con una gran fuerza física me derribó en la cámara donde estaba guardado el Pontius. ¿Sería posible que estuviera vivo, en cierto sentido, alguna parte de él, tal vez alguna esencia psíquica capturada en ese artefacto?

Aemos asintió.

—La tecnología imperial más avanzada permite mantener cierta sensibilidad después de una gran lesión física o incluso después de la muerte. Pero que esa tecnología esté al alcance de una familia como los Glaw, por poderosa que sea…

—Tú dijiste que se parecía a alguno de los misterios del Adeptus Mechanicus.

—Es cierto —respondió—. Es muy inquietante. ¿Acaso el abominable crimen de Ilubris fue un intento de insuflar energía vital vulnerable a este artefacto? ¿De descargar en el Pontius un poder inconmensurable?

A la tercera mañana vino a visitarme Fischig. Sus heridas ya estaban curadas y parecía pesaroso de haberse perdido el episodio de la Casa Glaw. Trajo consigo una placa antigua de valor incalculable, una colección de inspirados versos compuestos por Juris Sathacine, sacerdote confesor de uno de los generales de Macarius. Era un regalo de Maxilla, de su colección privada.

Se reanudó la fundación interrumpida por el incidente de los Glaw. Los nuevos miembros de la Guardia Imperial embarcaron en los transportes de

tropas de la flota que esperaba en órbita y tuvieron lugar las últimas ceremonias. El Comandante General Militar ya estaba ansioso por empezar su expedición al conflictivo subsector ofidiano y tenía la sensación de que ya se habían dedicado demasiados recursos humanos y materiales a esta insignificante cuestión local.

Al décimo día, la cuestión ya no parecía tan local. Por enlace astropático llegaron noticias de incidentes en todo el subsector: una serie de bombardeos sobre Tracian Primaris; el secuestro y destrucción de una nave de pasajeros que iba a Hesperus; una colmena exterminada por una toxina viral en Mesina.

Esa noche surgió una estrella brillante y fugaz en el ciclo sobre Dorsay. El Ultima Victrix, un acorazado de cuatrocientas mil toneladas había explotado en el punto en que estaba anclado. La explosión produjo graves averías en cuatro naves cercanas.

Una hora más tarde quedó claro que el incidente tenía una importancia mucho mayor. No se sabía exactamente cómo, ni siquiera la inteligencia de la flota de combate lo sabía, pero la explosión había sido erróneamente interpretada como un ataque enemigo por varios componentes de la flota. Una escuadrilla de fragatas bajo el mando de un capitán llamado Estrum se había desplazado para entrar en combate, y varios destructores de la falange de avanzada las habían confundido con naves intrusas y habían abierto fuego contra ellas. Durante veintisiete espantosos minutos, la Flota de Combate Scarus combatió contra sus propias naves en las líneas de anclaje de los navíos y transportes de tropas de la armada. En un momento dado, al parecer desoyendo las órdenes contrarias, Estrum se separó y, junto con un grupo móvil de quince naves, partió hacia la disformidad para perseguir «al enemigo». El almirante Spatian salió a darle caza con una flotilla de ocho cruceros pesados. El resto de los elementos de la flota se afanaba por recuperar el control y subsanar aquella destrucción sin sentido.

Llegó a mis oídos que el Comandante General Militar había tenido tal ataque de furia que tuvo que ser sedado por su médico privado.

—Eso no sucede así como así —dijo Betancore. Estábamos en mi habitación privada, junto a las altas ventanas, contemplando la ciudad. Descargas espectrales de energía y explosiones, una de las cuales había dejado en el cielo una huella como la de una estrella fugaz, marcaban la noche.

—Las flotas de combate imperiales se cuentan entre las organizaciones más ordenadas y disciplinadas que surcan el espacio. Una confusión como ésta no se produce así como así.

—Del mismo modo que los desertores no se apoderan así como así de una nave y de uniformes y saben el nombre de alguien cuya nave abordan por casualidad ¿verdad? Nuestro enemigo invisible está haciendo patente su influencia. Vokc habló sobre un culto madre que controlaba muchas células y sectas menores. Reconoció que los Glaw eran los responsables de esta conspiración. Yo no estoy tan seguro. Podría estar implicada una autoridad todavía superior.

Urisel Glaw permanecía en la Basílica Imperial. Había sido sometido a horas de intensos interrogatorios y torturas desde su captura, pero no había soltado nada.

Fui a verlo esa noche. Voke y sus interrogadores seguían trabajando, ahora con una especie de urgencia.

Lo tenían en lo que sólo podría describirse como una mazmorra, a noventa metros por debajo de la enorme fortaleza de piedra gris. Todos los demás que habían sido tomados prisioneros durante el asalto a la Casa Glaw estaban también encerrados allí. Para vigilar e interrogar a todos, Voke había solicitado la cooperación del Arbites local, soldados del ejército regular de Gudrun y funcionarios del Ministorium. Todos trabajaban en coordinación con su propio personal.

Al llegar en una lanzadera, fui recibido por un hombre alto, de pelo gris y vestido con un largo abrigo marrón al que acompañaban dos

servidores. Lo reconocí enseguida. El inquisidor Titus Endor y yo teníamos aproximadamente la misma edad y ambos habíamos estudiado con Hapshant.

—¿Ya estás recuperado, Gregor? —preguntó estrechándome la mano.

—Lo suficiente como para continuar mi trabajo. No esperaba verte aquí, Titus.

—Los informes de Voke sobre el caso Glaw han inquietado al oficio subsectorial de nuestra orden. El Gran Señor Inquisidor Rorken ha indicado la necesidad de una revelación total. La incapacidad de Voke para sacar algo de Urisel Glaw le ha molestado. Se me ha ordenado que asistiera, y no sólo a mí. Schongard también está aquí, y Molitor viene de camino.

Suspiré. Con Endor, amalatiano como yo, podía trabajar, aunque hay un proverbio que dice que muchos inquisidores en un caso… Schongard era un monodominante rabioso y, para mí, un estorbo, y Konrad Molitor era la clase de radical que para mí no tenía cabida en la orden.

—Esto es insólito —dije.

—Es cuestión de conexiones —explicó Endor—. Lo que ha salido a la luz aquí gracias a tu trabajo y al de Voke es un enorme rompecabezas que tiene conexión con docenas de casos e investigaciones diferentes. Quemé a un hereje en Mariam hace dos semanas, y entre sus efectos encontré documentos que lo relacionaban con los Glaw. Schongard está detrás de unos textos blasfemos que está seguro llegaron al subsector en las naves de carga del Gremio Sinesias, Molitor… bueno, quién sabe lo que está haciendo, pero no cabe duda de que guarda relación con esto.

—A veces —le dije—, tengo la sensación de que trabajamos los unos contra los otros. ¡Surge esto y, vaya! Unimos las piezas del mismo misterio. ¿No podríamos haber acabado con este enemigo y con su estructura hace un mes o dos si hubiéramos intercambiado información?

Endor se rió.

—¿Acaso estás cuestionando la forma de trabajar de la Inquisición más elogiada, Gregor? ¿Métodos consagrados hace años? ¿Estás cuestionando los motivos de otros miembros de nuestra orden?

Sabía que estaba bromeando, pero yo me mantuve serio.

—Estoy censurando un sistema en el que ni siquiera confiamos los unos en los otros.

Descendimos, escoltados, a las profundidades del bloque de la prisión.

—¿Y qué pasa con Glaw?

—No dice nada —dijo Endor—. Lo que ha aguantado hasta ahora habría hecho derrumbarse y hablara la mayoría de los hombres, o al menos les habría hecho rogar la muerte o tratar de matarse. Pero él resiste, casi de buen humor, casi arrogante, como si esperara vivir.

—Y tiene razón. Jamás firmaremos su sentencia de muerte mientras tenga secretos.

Los hombres de Voke estaban trabajando con Glaw en una celda maloliente y pintada de rojo. Glaw era una ruina humana. Sólo lo mantenía vivo la pericia en la aplicación de las técnicas usadas para torturarlo.

Extraer una respuesta de la mente de los herejes es el deber más alto de un inquisidor, y yo no reparo en medios, pero de esta manera resultaba inútil. De habérmelo dejado a mí, la tortura física habría cesado hacía días. Una mirada bastaba para saber que Urisel Glaw estaba decidido a no hablar.

Yo lo habría dejado solo, tal vez durante semanas. A pesar de su agonía, nuestra atención constante hablaba a las claras de nuestra desesperación y eso le daba las fuerzas que necesitaba para resistir. El silencio y el aislamiento hubieran minado su voluntad.

El inquisidor Schongard se apartó de la mesa a la que estaba sujeto Glaw y se arrancó los sucios guantes quirúrgicos. Era un hombre corpulento con pelo castaño ralo y una máscara escalofriante de metal negro fijada quirúrgicamentea su cara. Nadie sabía si esa máscara cubría alguna herida espantosa o era simplemente un capricho. Unos ojos oscuros, extraviados, inyectados en sangre se fijaron en Endor y en mía través de las hendiduras oblongas del metal.

—Hermanos —susurró. Su voz flemática nunca abandonaba ese tono bajo, misterioso—. Su resistencia es sin duda la más dura con la que haya tropezado. Voke y yo estamos de acuerdo en que se debe de haber hecho

algo enorme con su mente que le permite cerrarse a las manipulaciones. Hemos probado con sondas psíquicas, pero todo ha sido inútil.

—Tal vez deberíamos pedir al Astropathicus que nos proporcione a uno de sus adeptos de primera línea —dijo Voke detrás de mí.

—No creo que haya un bloqueo mental —dije—. Se verían huellas del condicionamiento. Lo más probable es que nos gritara que parásemos porque sabría que no puede darnos la respuesta.

—Tonterías —susurró Schongard—. Ninguna mente no manipulada podría soportar esto.

—A veces dudo de que mis colegas sepan algo sobre la naturaleza humana —dije sin alterarme—. Este hombre es un fanático. Este hombre pertenece a la nobleza. Ha tenido la visión de la oscuridad que nosotros tememos y conoce la sensación del poder. La promesa de lo que se juegan él y sus colaboradores basta para galvanizarlo.

Me acerqué hasta la mesa y entonces miré a los ojos sin párpados de Glaw, de su boca salían sanguinolentas burbujas cuando me sonrió.

—Prometió el derrumbamiento del mundo, la aniquilación de miles de millones de seres humanos. Se jactó de ello. Lo que persiguen los Glaw es tan grande que nada de esto importa. ¿No es cierto, Urisel?

La respuesta fue un gorgoteo.

—Esto no es más que una situación difícil —dije, apartándome del hereje con un gesto desdeñoso—. Sigue adelante porque sabe que lo que le espera hará que todo esto haya valido la pena.

—¿Puede haber algo así? —dijo Voke despreciativo.

—Yo creo que lo que dice Eisenhorn tiene sentido —intervino Endor —. Glaw protegerá sus secreto hagamos lo que hagamos porque esos secretos le serán recompensados mil veces.

Schongard sacudió su cara enmascarada con aire dubitativo.

—Yo estoy con el hermano Voke. ¿Qué podría compensar las prolongadas y refinadas torturas de la Inquisición?

No respondí. No sabía la respuesta, pero tenía cierta noción de su magnitud, y la sola idea me helaba la sangre.

Si albergaba alguna duda sobre la supervivencia de la autoridad de los Glaw, quedó disipada en el curso de la semana siguiente. Campañas de sabotaje explosivo, tóxico y psíquico recorrieron los mundos del subsector como si todas las células secretas y oscuras del mal, ocultas dentro de la sociedad imperial se pusieran al descubierto, arriesgándose a que las descubrieran al recurrir a sus grupos locales, como si estuvieran orquestadas por algún poder superior. O bien lord Glaw y sus cómplices habían escapado a la destrucción, o bien formaban parte de una elite regente invisible que ahora movilizaba a todas las camarillas ocultas en más de veinte mundos sublevados.

—Hay otra explicación —me dijo Titus Endor mientras asistíamos a misa en la Catedral Imperial de Dorsay—. Con todo su poder e influencia, los Glaw no eran la cúspide de su pirámide conspiradora. Todavía había otros por encima de ellos.

Era posible, pero yo había visto cara a cara la arrogancia de los Glaw. No eran de los que se someten a otro señor. Al menos no a un señor humano.

Para entonces, la inquietud se había adueñado también de Gudrun. Había habido un bombardeo sobre una ciudad del sur, y un asentamiento agrícola del oeste había sido exterminado por una toxina neural vertida en su red de abastecimiento de agua. La flota de combate Scarus todavía estaba tratando de recuperarse del golpe que se le había infligido desde dentro, y el almirante Spatian había vuelto con las manos vacías de su misión de reagrupar a las unidades de la flota presas del pánico. El grupo móvil del capitán Estrum simplemente se había desvanecido. Yo había intercambiado mensajes con Madorthene, quien me dijo que nadie en la comandancia de la flota dudaba ya de que la destrucción del Ultima Victrix y el caos subsiguiente hubieran sido otra cosa que sabotaje. La influencia de nuestro enemigo alcanzaba incluso al interior de la propia flota de combate.

Luego, dos colmenas enormes de Tracian Primaris se sublevaron abiertamente. Miles de trabajadores contaminados por el contacto corrupto del Caos se echaron a las calles, quemando, saqueando, ejecutando. Ostentaban sin tapujos los obscenos distintivos del Caos.

Los planes del Comandante General sobre una cruzada al interior del subsector ofidiano quedaron pospuestos indefinidamente. La flota de combate Scarus levó anclas y se dirigió a toda velocidad a reprimir la sublevación traciana.

Pero eso fue sólo el comienzo. Surgieron disturbios en los suburbios de la capital de Sameter y, un día más tarde, se desató una guerra civil en Hesperus. En ambos casos era evidente la contaminación del Caos.

A este período deplorable, vergonzoso, se lo denomina en las historias imperiales como el Cisma Helicano. Duró ocho meses y murieron millones en enfrentamientos directos entre estos tres mundos, por no mencionar los cientos de incidentes menores en otros planetas, entre ellos Gudrun. El Comandante General tuvo su santa cruzada, aunque estoy seguro de que no esperaba hacerla contra la población de su propio subsector.

Las autoridades, e incluso mis respetables colegas inquisidores, parecían sorprendidos hasta el punto de la paralización por este estallido sin precedentes. El archienemigo de la especie humana actuaba a veces de una manera abierta y brutal, pero esto parecía un desafío a la lógica. ¿A qué se debía que después de lo que habían sido siglos de cuidadosa organización secreta los cultos clandestinos se hubiesen levantado al unísono, exponiéndose a la ira de las fuerzas imperiales?

Para mí, la respuesta era el genuino. La resistencia casi jubilosa de Urisel Glaw a nuestros métodos me convencieron. Nuestro acérrimo enemigo estaba embarcado en algo de tanta envergadura que estaba dispuesto a sacrificar todas las fuerzas secretas del subsector para mantener al Imperio ocupado.

Quedé totalmente convencido de que sería preferible que ardieran todos los planetas a que aquel «genuino» se llevara a cabo. Y ése fue el motivo de mi viaje a Damasco.



TRECE

DAMASCO
OUALM SEPTENTRIONAL
SANCTUM

Bajo un cielo plúmbeo, ferruginoso, los bosques de árboles globo se movían llevados por el viento.

Parecían densos rebaños de ganado bulboso avanzando por las extensas planicies pedregosas, y el ruido que producía el roce de unos con otros parecía el golpeteo de los cascos.

Y sin embargo eran árboles pustulosos, frondosos globos de celulosa inflados por gases más livianos que el aire producto de los procesos de descomposición que tenían lugar en su interior. Iban a la deriva llevados por el viento y arrastraban tras de sí sus sistemas radiculares. A veces, la presión de uno de estos árboles globo con otro hacía que expulsaran el aire con una mezcla de chillido y quejido a través de sus fibrosos esfínteres. Por encima del rebaño arbóreo flotaban penachos de gas.

Subía una meseta baja donde la piedra y la grava azuladas estaban cubiertas de líquenes amarillentos. Un par de árboles globo solitarios, ejemplares jóvenes, correteaban por la cima plana de la colina. En el

centro de la meseta había un monolito de rocacemento que indicaba el lugar donde habían aterrizado los primeros colonos que llegaron a Damasco. La acción de los elementos había desgastado la inscripción. De pie junto al monolito me volví lentamente y contemplé el paisaje. Colinas de piedra negra al oeste, espesos bosques de árboles globo en el amplio valle fluvial que se extendía hacia el norte, leguas de bosques de espinos hacia el este, cerca del lugar donde habíamos tomado tierra, y volcanes rugientes coronados de fuego al sur, a lo lejos, manchando el aire con columnas de sulfuroso humo marrón. Nubes de pequeños murciélagos de los pastos volaban en círculos sobre los bosques disponiéndose a posarse para pasar la noche. Una luna desabrida, llena de cicatrices se elevaba en el cielo distorsionada por la densa atmósfera color ámbar.

—Eisenhorn —me llegó la voz de Midas por el auricular. Volví a bajar la pendiente de la meseta abrochándome la chaqueta para protegerme de la brisa nocturna. Midas y Fischig esperaban junto al speeder que se habían pasado dos horas desembalando y armando tras sacarlo de la bodega del cúter. Era un modelo antiguo, sin artillería, y no se había usado desde hacía tres años. Midas estaba cerrando la capota de uno de los motores.

—De modo que por fin lo has hecho funcionar —dije.

—No es más que chatarra. Tuve que hacer que Uclid le cambiara los relés. No le quedaba un solo cable sano.

Fischig no miraba el speeder con mucho entusiasmo.

Yo casi no lo usaba. En la mayor parte de los mundos a los que íbamos había medios de transporte. No había contado con que Damasco estuviera tan… despoblado.

Según los archivos, había por lo menos cinco asentamientos coloniales, pero no habíamos visto ni señal de ellos desde órbita y nadie había respondido a nuestros mensajes de voz o astropáticos. ¿Acaso la población humana de Damasco se había extinguido en los cinco años transcurridos desde la última actualización de los archivos?

Habíamos dejado a Aemos, Bequin y Lowink en el cúter al que habíamos hecho descender a orillas de una ancha cuenca fluvial y luego habíamos ocultado cuidadosamente con una red de camuflaje. Midas había

elegido un lugar de aterrizaje desde el cual se podía llegar con nuestro speeder a algunas de las colonias locales, pero lo bastante alejado como para evitar que nos vieran mientras descendíamos. Tobius Maxilla nos esperaba a bordo del *Essene* en órbita de altura.

Midas encendió los motores del vehículo y nos alejamos del cúter oculto hacia la última posición registrada del asentamiento humano más próximo.

Un amasijo de arbustos se removía en torno al speeder mientras avanzábamos por terreno escarpado, donde árboles anclados por sus raíces extendían hacia lo alto sus ramas llenas de bolsas de gas luchando contra el suelo y la gravedad en medio del viento. Los murciélagos de los pastos, pequeños mamíferos de alas membranosas, revoloteaban alrededor. Unos planeadores más grandes, enormes criaturas sin cabeza que eran todo alas y cola, giraban silenciosamente dejándose llevar por las corrientes térmicas muy por encima de nosotros. El paisaje era abrupto, quebrado y tenía la tonalidad azulada del pedernal. El aire era oscuro y nocivo y de vez en cuando teníamos que usar máscaras de recirculación del aire.

Seguimos el río espumoso y salobre a lo largo de veinte kilómetros y luego dejamos las anchas torrenteras y empezamos a subir por el terreno desigual y rocoso, por desiertos esculpidos formados por afloramientos rotos de pedernal, matorrales de helechos amarillos y polvorientos y mares de liqúenes que temblaban ante las embestidas del viento. La fea luna seguía subiendo en el cielo aunque todavía había luz diurna.

Midas tuvo que parar el vehículo en un lugar donde una bandada de murciélagos de los pastos mucho más grandes levantó el vuelo en medio del camino asustada por el ruido de los motores. Eran gigantes grisáceos con el lomo abombado, hocicos como troncos y una patas largas y delgadas que terminaban en unas almohadillas enormes. Sus patas parecían demasiado largas y enclenques para aguantar semejante volumen, pero pensé que al igual que la flora local, esos torsos hinchados contenían vesículas de gas que los soportaban.

Huyeron bufando, con gran estrépito, hacia los bosques de helechos. El speeder se había atascado. Midas salió y manipuló los rotores del

turboventilador durante algunos minutos hasta que el mecanismo volvió a ponerse en marcha. Mientras esperábamos, Fischig y yo estiramos las piernas. Fischig se subió a una roca ígnea y jugueteaba con las correas de su recirculador de aire mientras observaba cómo las candentes ráfagas azules de una tormenta de meteoritos cortaban el sombrío cielo en el horizonte occidental.

Miré a través de los bosques de helechos. Los murciélagos cantaban y revoloteaban entre la quietud de las frondas. El viento había cambiado y una manada boscosa de árboles globo irrumpió por entre los helechos produciendo un chirrido cacofónico al arrastrar el viento sus globos y sus sistemas radiculares entre las plantas arraigadas.

Avanzamos otros diez kilómetros y llegamos a un valle estrecho de suelo sedimentario espeso, negro y húmedo. Allí la vegetación era más rica y más elástica; cabelleras de serpiente y brillantes lirios puntiagudos de los pantanos, tréboles, colas de caballo, desgreñadas cabelleras de doncella, altas cicadas festoneadas con bromeliadas epifíticas y madejas de gnetófitas rastreras. Nubes de diminutos insectos zumbaban en los húmedos pantanos y a lo largo de los cursos de agua, unos avispones con alas centelleantes poblaban el aire húmedo como enjoyadas dagas.

—Ahí —dijo Fischig mirando atentamente. Nos detuvimos y nos apeamos del speeder. Una extensión cenagosa próxima a la carretera había sido en una época un campo cultivado y los esqueletos oxidados de dos máquinas excavadoras estaban medio enterrados en el blando suelo.

Un poco más allá pasamos un monolito hecho de pedernal. Tierras de Gillan, decía una inscripción en gótico bajo.

Sin darnos cuenta dejamos atrás la ciudad y tuvimos que regresar. No había sino ruinas de unos cuantos muros cubiertos de malas hierbas y de exuberantes gnetófitas. Hacía cinco años ésta había sido una comunidad de ochocientos habitantes. Una exploración nos permitió encontrar fragmentos metálicos y partes de máquinas rotas enterradas en el suelo.

Fischig encontró el monolito cubierto por cicadas pegajosas en el extremo norte del recinto de la ciudad. Lo habían hecho de una madera

fibrosa del lugar, un símbolo tallado que era uno de los asquerosos e inconfundibles glifos del Caos.

—¿Una declaración? ¿Una advertencia? —preguntó Fischig en voz alta.

—Quémelo de inmediato —le dije.

El enlace de voz sonó. Era Maxilla, desde órbita.

—He estado diseccionando el paisaje como usted pidió, inquisidor —informó—, la atmósfera está interceptando mis escaners, pero ya estoy llegando. Sólo hice un barrido de la región volcánica que está al sur de ustedes. Es difícil saberlo porque está activo, pero creo que hay signos de estructuras y máquinas en funcionamiento.

Señaló el lugar en el rudimentario sistema de navegación del speeder. Otros setenta kilómetros, aproximadamente la ubicación de otros de los posibles asentamientos indicados en nuestros mapas.

—Es bastante lejos, y ya queda poca luz —dijo Midas.

—Volvamos al cúter. Partiremos hacia el sur al amanecer.

Por la noche, mientras dormíamos, algo se acercó al camuflado cúter y disparó las alarmas. Salimos armados en busca de los intrusos, pero no encontramos ni rastro, ni tampoco de árboles globo a la deriva.

Al amanecer nos pusimos en marcha hacia el sur. La región volcánica, cuyos picos humeantes se erguían ante nosotros, estaba densamente poblada de helechos y espinos. Hacía un calor insoportable ya que los gases malolientes, recalentados, se infiltraban en los pantanos por las grietas del suelo volcánico. Tras media hora de adentrarnos en los bosques sulfurosos, sudábamos profusamente y utilizábamos los recirculadores de agua casi constantemente.

Por debajo del pico de uno de los conos más grandes, los escáners rudimentarios del vehículo detectaron signos de actividad mientras subíamos una larga cuesta de roca volcánica desecada. Fischig, Midas y yo bajamos del speeder y trepamos por un afloramiento de pedernal para tener una vista mejor con nuestros catalejos.

A la sombra del cono había un gran asentamiento… antiguas estructuras hechas de piedra y de madera, la mayoría en ruinas, y viviendas modulares más modernas construidas en ceramita. Allí había maquinaria, generadores y otros sistemas pesados funcionando bajo toldos de lona alquitranada. Se habían levantado parapetos de tablero antiaéreo reforzado sobre estructuras metálicas para proteger el lugar de la lluvia de cenizas. Frente a las principales unidades habitacionales había tres motos y dos vehículos pesados de ocho ruedas. Algunas figuras se movían por el lugar, demasiado distantes como para tener una buena resolución.

—La última exploración no mostró indicios de actividad volcánica en esta región —me recordó Midas, repitiendo una observación que había hecho Aemos a nuestra llegada.

—Mirad allí —dije señalando una parte del asentamiento que se encontraba sobre la ladera del cono más grande—. Esos edificios antiguos están parcialmente enterrados en cenizas solidificadas. El asentamiento original es anterior a la actividad.

Midas sacó unas placas de mapa de su bolsillo y fue pasando el índice.

—Qualm Septentrional —dijo—. Una de las colonias, una ciudad minera.

Nos quedamos observando durante quince o veinte minutos, tiempo suficiente para sentir que el suelo se estremecía y ver una lengua blanca de fuego líquido que salía de uno de los conos. Empezaron a sonar las alarmas en el asentamiento, allí abajo, pero pronto se desactivaron. El aire llevó hasta la ciudad una lluvia de cenizas húmedas y ascuas candentes que se depositó como una nieve negra sobre los tableros.

—¿Por qué insistirán en trabajar en este lugar con la amenaza constante de una erupción? —se preguntó Fischig.

—Acerquémonos más para echar una mirada —sugerí.

Después de cubrir el speeder con algunas ramas partimos por el valle arbolado. Entre los helechos plumosos y los duros espinos, el terreno estaba lleno de hongos, algunos de ellos cubiertos de una capa brillante.

Aunque caminábamos con cuidado no pudimos evitar levantar nubes de esporas y soredia.

Yo llevaba puesta la chaqueta negra con mangas desmontables, Fischig vestía su armadura y llevaba el casco enganchado en el cinturón, Midas vestía como de costumbre, aunque había reemplazado su chaqueta color cereza por una corta, de faena, azul oscura. Todos nos confundimos entre las sombras del bosque.

Yo todavía no sabía con certeza a qué había venido Fischig. Después de Gudrun, daba la impresión de que la misión que le había asignado el Señor Custodio Carpel ya había terminado, pero se había negado a regresar a Hubris. Al parecer compartía mi idea de que la cuestión distaba mucho de estar resuelta.

Cruzamos el lecho de un río de aguas someras cubierto de vapor proveniente de las filtraciones del suelo y llegamos silenciosamente hasta la linde norte del asentamiento. Ahora se podía oír con claridad el ruido de los generadores y el traqueteo distante de las perforadoras de rocas. Unos guardias vestidos con pantalones de faena color caqui debajo de segmentos claveteados y ennegrecidos de armadura recorrían de un lado a otro un terraplén construido donde terminaban los árboles, acompañados de grandes cígnidos macho sujetos con largas cadenas. Estos cánidos eran unas bestias rechonchas de cuyas fauces salían unas lenguas enormes y mucha baba. Los guardias que los sujetaban llevaban rifles láser cortos de reciente factura colgados del hombro por su correaje. Tenían la cara cubierta con unos pesados recirculadores de aire de color negro. Grupos de trabajo, algunos de cuyos componentes se habían despojado de todo salvo sus calzas para aliviar el calor, se afanaban por eliminar las cenizas candentes de los tableros antiaéreos con mangueras y cadenas de cubos.

Midas señaló hacia un lugar donde el extremo del asentamiento había sido protegido con detectores de movimiento y minas antipersona. Todo había sido desactivado. Los temblores constantes habían hecho que estos elementos defensivos resultaran inútiles, pero era indudable que persistía el aura que yo había percibido desde que habíamos empezado a

acercarnos. Un velo psíquico rodeaba perfectamente a Qualm Septentrional.

Saqué mi catalejo y recorrí con él el poblado. Más guardias, muchos más, y docenas de obreros cubiertos de mugre, descansaban junto a la entrada de un módulo especialmente grande. Varios supervisores iban de un lado a otro entre los grupos de trabajo manteniendo breves conversaciones y tomando notas en placas de datos. Ocho trabajadores salieron del cobertizo llevando unas bandejas largas, parecidas a camillas de lados altos, cubiertas con envolturas de plástico transparente. Usé el zoom para ampliar la imagen y examinar mejor las caras de los supervisores. No reconocía ninguno de ellos. Todos eran hombres de rostro severo y aspecto erudito vestidos con monos grises impermeables.

Algo enorme atravesó de repente mi campo visual. Para cuando tuve tiempo de reaccionar y de ajustar el aumento, ya estaba fuera de mi vista y se había metido en el cobertizo. Durante un instante quedó prendida en mi memoria la imagen de algo brillante, casi chillón, metálico, y de un manto flotante y tenue.

—¿Qué diablos era eso? —susurré.

Midas me miró, bajando su catalejo. En su cara había verdadero miedo. Fischig también parecía perturbado.

—Un gigante, un gigante astado de metal enjoyado —dijo Midas—. Salió de la morada modular de la izquierda y fue directamente hacia el cobertizo. ¡Por el Dios-Emperador que era inmenso!

Fischig lo corroboró con una inclinación de cabeza.

—Un monstruo —añadió.

Los volcanes volvieron a rugir, y una lluvia de cenizas abrasadoras se abatió sobre el poblado. Retrocedimos para refugiarnos entre los espinos. La actividad de los guardias aumentó.

—Espina de rosa —me llegó a través del comunicador.

—Éste no es un buen momento —susurré.

Era Maxilla. Transmitió una última palabra y cortó.

—Sanctum.

Sanctum era una palabra cifrada en Glossia que yo le había enseñado antes de abandonar el *Essene*. Quería que él permaneciera en una órbita próxima para ofrecernos cobertura en caso necesario además de las ventajas de un sensor encima de nuestras cabezas, pero sabía que tendría que desaparecer en el momento en que alguna otra nave entrara en el sistema. Sanctum significaba que había detectado una o más naves que emergían del Immaterium hacia el espacio real y tenía que retirarse a una órbita de ocultación detrás de la estrella local.

Esto significaba que todos nosotros quedábamos en el planeta librados a nuestra suerte.

Midas me tiró de la manga y señaló al poblado. El gigante había vuelto a aparecer y estaba bien a la vista a la entrada del cobertizo. Medía más de dos metros de altura y estaba cubierto por una capa que parecía hecha de humo y seda. Su armadura profusamente decorada y su casco astado eran una mezcla sorprendente de oro cincelado, amarillo limón y púrpura brillante, además del color rojo de la sangre fresca, oxigenada. Con su antigua armadura, daba la impresión de que el monstruo hubiera estado inmóvil en ese lugar durante mil años. Con sólo mirarlo inspiraba terror y repugnancia, una sensación involuntaria de miedo que a duras penas podía reprimir.

Un Marine Espacial, un miembro del corrompido y maldito Astartes. Un Marine del Caos.



CATORCE

UNA HISTORIA DE REPRESIÓN
EL CORSARIO
REGRESO A LAS COLINAS LLAMEANTES

—No hemos estado ociosos —me dijo Bequin con un mohín cuando volvimos al cúter. Era mediodía y la cuenca fluvial se estaba llenando de bamboleantes árboles globo arrastrados desde la planicie de piedra por el viento. Iban a la deriva sobre los guijarros y hundían las raíces aéreas en el agua.

Bequin llevaba unos pantalones de faena y el recirculador de aire colgado al cuello, además iba armada con una pistola automática. Mientras Midas y Fischig ocultaban el speeder debajo de la red de camuflaje, me condujo a la sala de la tripulación y señaló con su arma a un hombre delgado, sucio, encadenado a un gancho de carga y esposado. Tenía el pelo apelmazado y su ropa, un conjunto de andrajos remendados, estaba rígida por el barro. Me echó una mirada feroz a través de un mechón desgreñado de pelo mojado.

—Eran tres, tal vez más —me dijo Bequin—. Vinieron a espiarnos usando los árboles globo como cobertura. Los otros huyeron, pero

conseguí traer a éste.

—¿Cómo? —pregunté.

Ella me echó aquella mirada con la que me advertía que no siguiera subestimándola.

—¿Los intrusos de la noche pasada? —pregunté en voz alta. Bequin se encogió de hombros.

Me puse frente al cautivo.

—¿Cómo te llamas?

—No habla mucho —me advirtió Bequin. Le dije que se fuera.

—¿Nombre? —volví a preguntar.

Nada. Esperé un momento, me concentré y luego envié con suavidad una sonda a los recónditos confines de su mente.

—Tymas Rhizor —tartamudeó.

Bien. Otro pequeño embate a su mente que cedía lentamente. Eran palpables los niveles de miedo y de cautela.

—De la diosa Gillan Su Tierra.

Pasé a conversación normal, sin sondearlo ya mentalmente.

—¿Las Tierras de Gillan? ¿Realmente quieres decir las Tierras de Gillan?

—Dije Gillan Su Tierra.

—¿Las Tierras de Gillan?

—Así es —asintió.

—Protogótico, con matices de cambio generacional —dijo Aemos acercándose—. Damasco fue colonizado hace algo más de quinientos años y estuvo aislado durante bastante tiempo. Es posible que la población no haya prosperado, pero la lengua ha perpetuado vestigios de formas lingüísticas más antiguas.

—Entonces ¿es probable que este hombre sea un nativo, un colono?

Aemos asintió. Observé que nuestro cautivo miraba ora mi cara, ora la de Aemos, tratando de seguir nuestra conversación.

—¿Naciste aquí, en Damasco?

Puso cara de no entender.

—Nacer ¿aquí?

—Sí, Gillan Su Tierra. Tierra de Diosa antes trabajo.

Me volvía mirara Aemos. De esta manera podríamos tardar años.

—Yo puedo hacerlo —dijo Aemos—. Pregunta.

—Pregúntale qué pasó con la Tierra de Gillan.

—¿Merced os pido, cómo acaeció la pérdida de Gillan Su Tierra?

Su historia era de una simplicidad penosa elaborada por la ignorancia de un hombre cuya especie había trabajado el suelo yermo de un mundo fronterizo generación tras generación. Las familias, como él las llamaba, presumiblemente los clanes de los colonos originales, habían trabajado la tierra hasta donde podía recordar, y hasta donde abarcaba la memoria de sus antepasados. Había cinco comunidades agrícolas y dos canteras o minas que proveían de material para la construcción y combustible fósil por una parte de las cosechas. Eran gentes devotas, dedicadas a alimentara la Diosa Tierra… La Tierra de Dios, aunque no cabía duda de que por Dios entendían el Dios-Emperador. Hacía apenas cuatro años, después de la última encuesta de la que teníamos registros, eran más de nueve mil los colonos que vivían en las comunidades de Damasco.

Pero entonces llegó la misión. Rhizor decía que esto había sucedido hacía tres años. Llegó una nave con una pequeña orden de eclesiarcas de Mesina. Su intención era establecer allí una base y educar espiritualmente a los abandonados colonos. En total eran treinta sacerdotes. Reconoció el nombre de Dazzo. Arcipreste Dazzo lo llamaba él. También llegaron otros ultramundanos, no sacerdotes como Dazzo y sus hermanos, sino hombres que trabajaban con ellos. Por la descripción que hizo de ellos parecía tratarse de geólogos o de ingenieros de minas. Concentraron su atención en las canteras de Qualm Septentrional. Después de un año aproximadamente, la actividad aumentó. Empezó a haber un constante ir y venir de naves. Se reclutó a los colonos, sobre todo a los varones fuertes de las comunidades agrícolas para trabajar en las minas, muchas veces por medios brutales. A los eclesiarcas no parecía importarles. Al decrecer su población, los asentamientos agrícolas empezaron a languidecer y a decaer. Nadie ayudaba a su mantenimiento. Una enfermedad, posiblemente traída desde fuera de su mundo, acabó con muchos de ellos. Luego empezó

la actividad volcánica, de repente, sin previo aviso. Todos los campesinos fueron obligados a servir en las minas, como si la tarea fuera ahora mucho más urgente. Rhizor y muchos como él trabajaron hasta el límite de sus fuerzas y luego consiguieron escapar para vivir como animales en los bosques de espinos.

De modo que Dazzo y su misión habían venido a Damasco, habían esclavizado a la población para que trabajara para ellos y ahora estaban empeñados en extraer algo del territorio que rodeaba Qualm Septentrional. Era probable que la actividad volcánica se hubiera producido por una explotación minera irresponsable.

Volví a sondear su mente… tembló de miedo al sentir el contacto psíquico… y le mostré una imagen de Dazzo. Ansiosamente confirmó su identidad. Luego una de Locke, otra cara que le resultaba conocida y que miró con mal disimulado odio. Locke había estado al frente de los hombres que habían obligado a los granjeros a trabajar para ellos. Su crueldad había dejado una huella perdurable. Le mostré las caras de Urisel y Oberon Glaw.

No conocía a ninguno de los dos. Por último visualicé una imagen del fumador de la pipa de agua.

—Malahite —anunció tras reconocerlo de inmediato. Según Rhizor, el fumador de obscura de ojos acuosos era Girolamo Malahite, jefe de los prospectores e ingenieros.

Fischig, que se había unido a nosotros durante la conversación, preguntó sobre el monolito de madera fibrosa que habíamos encontrado en la Tierra de Gillan. La pena se reflejó en la cara de Rhizor. El monolito señalaba la fosa común donde los ultramundanos habían sepultado a todos los que habían ofrecido resistencia.

Midas me llamó a la cabina de mando. Le dije a Aemos que diera de comer a Rhizor y lo siguiera interrogando.

Midas estaba sentado en el trono de cuero del piloto y tenía sobre las piernas rollos de papel impresos en la impresora eléctrica.

—No me extraña que Maxilla se haya ocultado —dijo como preámbulo—. Mira esto.

Los rollos eran un registro de la transcripción del tráfico astropático y de voz que Midas había podido obtener de las naves en órbita. Pasó un dedo enguantado por las abigarradas columnas de cifras y texto.

—Distingo por lo menos doce naves ahí arriba, puede que más. Es difícil precisar la cifra. Esto de aquí, por ejemplo, puede ser un intercambio entre dos naves o puede ser que una misma nave se repita.

—¿Código?

—Eso es lo increíble. Todo en estándar imperial, el código de la armada denominado Textccpto.

—Es bastante corriente.

—Y mira aquí —dijo tras asentir. El modelo de pregunta y respuesta es el de una nave capitana que comprueba que los componentes de su flota han llegado todos al espacio real. Es una estructura imperial típica. Militar… una de las nuestras.

—¿Una flota amistosa?

—Tal vez no. Mira aquí, el identificador del comandante… ese nombre ese traduce como Estrum.

—El capitán extraviado.

—El capitán extraviado… tal vez no tan extraviado después de todo. Tal vez… pirata. Todo el incidente en el anclaje de Gudrun, el reconocimiento erróneo, el pánico… podría haber sido todo una maniobra para hacerse con naves que le eran leales.

—Pero sigue transmitiendo en código imperial estándar.

—Si sólo sus oficiales forman parte del engaño, no querrá alertara las tripulaciones.

Una hora más tarde, una gran lanzadera con una escolta de naves de combate se desprendió de la flota y aterrizó en Damasco. El transporte aterrizó en Qualm Septentrional, y las naves de combate sobrevolaron dos veces en círculo la zona antes de volver a su nave nodriza. Desde el cúter pudimos oír el bramido de sus propulsores sobrevolando las mesetas y los

valles. Midas se apresuró a reducir al mínimo los sistemas del cúter para que no pudieran detectar por casualidad nuestro instrumental.

Aemos se pasó casi toda la tarde hablando con Rhizor que pareció más tranquilo y dispuesto a colaborar después de haber comido. Cuando la luz empezó a decaer al aproximarse la noche, Aemos vino a buscarme.

—Si buscas una forma de entrar, ese hombre podría ayudarte.

—Continúa.

—Conoce las minas y las excavaciones. Estuvo trabajando allí bastante tiempo. He hablado largamente con él y parece seguro de poder llevarte a una red de cuevas que comunican con la estructura de la mina.

Nos pusimos en marcha con el speeder después de que oscureciera. Fischig conducía guiándose por el explorador de terreno en lugar de las luces. Eso hacía que avanzáramos más lentamente pero con mayor discreción. Yo iba sentado a su lado y Bequin y Rhizor iban detrás. Habíamos discutido un poco sobre quiénes de nosotros debíamos ir, pero al final lo había decidido yo. El speeder sólo tenía espacio para cuatro, y aunque Midas era el luchador más eficaz de mi grupo, incluso más que el purificador en mi opinión, lo quería al mando del cúter, listo para responder. Además, Bequin tenía recursos propios que yo consideraba vitales para nuestra misión.

Nos llevó un buen rato encontrar otra vez el camino hacia la región del Qualm Septentrional y no llegamos hasta bien avanzada la noche. Las nubes cubrían el cielo, ocultando la luna y las estrellas, y la única luz era el resplandor de las montañas volcánicas que proyectaban sobre las nubes bajas una bruma roja y cambiante. El aire era espeso a causa de las emanaciones sulfurosas.

Dejamos el speeder oculto en un hoyo y marcamos su posición con una señal. A continuación nos encaminamos al oeste dando un rodeo por las afueras de la zona, por las «colinas llameantes» como las llamaba Rhizor.

Las criaturas nocturnas parloteaban y chillaban en la oscuridad. Algo más grande y más lejano aulló. Mientras nos abríamos camino entre los

espinos nos dimos cuenta de la implacable luz artificial que bañaba todo el poblado. Los volcanes rugían.

A Rhizor le llevó poco tiempo encontrar lo que estaba buscando, una serie de pozas pequeñas y poco profundas medio llenas de aguas geotermales. La superficie gelatinosa de las pozas se removía y burbujeaba y el lugar estaba plagado de insectos atraídos por el calor. Rhizor se introdujo con cuidado en la poza más grande y rodeó una enorme piedra que estaba cubierta de liqúenes fosforescentes de color naranja. Detrás de ella, disimulada por los espinos y las cicadas, había una cavidad estrecha. Por lo que pude entenderle, ése había sido el camino por el que había conseguido escapar de las cadenas de esclavos.

Comprobamos las armas y el equipo y nos dispusimos a entrar. Yo había abierto el armero del cúter y había cogido todas las armas fáciles de transportar que pudiesen darnos una buena potencia de fuego. Llevaba mi espada de energía, una pistola automática en la cartuchera debajo de la chaqueta, y una carabina láser con una lámpara compacta debajo del cañón. Además llevaba la mochila llena de otros elementos. Bequin había guardado su pistola automática y había cogido un cuchillo de hoja plana y también una lámpara. Le había dado a Fischig una ametralladora pesada pero bien conservada que al parecer lo dejó muy complacido. Tenía también su pistola Arbites y una mochila llena de munición de repuesto para la ametralladora. Rhizor no había querido un arma. De todos modos, estaba seguro de que nos dejaría en cuanto nos hubiera puesto en camino.

La cavidad nos permitió introducirnos en fila india. Yo abría el camino con Rhizor detrás de mí, luego Bequin y Fischig cerraba la marcha. Hacía un calor endiablado en el estrecho pasadizo rocoso, y los gases sulfurosos nos obligaban a usar nuestros recirculadores. Rhizor no tenía recirculador, pero se ató un pañuelo húmedo tapándose la nariz y la boca. Eso era lo que usaban los esclavos mientras trabajaban en las minas.

El pasadizo recorría una trayectoria en círculo y subía un poco a medida que se iba internando en la montaña. Por momentos era tan empinado que teníamos que trepar por el suelo desigual de la cueva. Dos

veces tuvimos que despojarnos de nuestras mochilas para pasar por lugares muy estrechos.

Al cabo de una hora empecé a sentir el zumbido opresor del velo psíquico que rodeaba a Qualm Septentrional. A medida que nos adentrábamos en él yo iba atento al sonido de posibles alarmas o de actividad, pero no se oía nada. Aun sin saberlo, Bequin ya estaba haciendo su trabajo creando un punto muerto que nos permitía avanzar sin ser notados. Procuré en todo momento que ninguno de nosotros nos apartáramos demasiado de su aura de influencia.

La chimenea volcánica estaba erizada de formas de vida adaptadas a ese medio caliente y rico en sustancias químicas: cazadores ciegos, parecidos a sapos, escarabajos transparentes, moluscos albinos y arañas que parecían hechas de oro blanco. Un ciempiés pálido y gordo, tan largo como mi brazo se apresuró a ocultarse deslizándose sobre la roca caliente en un cruce.

Cada varios minutos la tierra temblaba y del techo caían rocas sueltas y polvo mientras que por el sinuoso pasadizo circulaban corrientes de gases calientes.

El pasadizo se amplió presentando señales de excavación. Unos postes de madera de espino soportaban el techo y en cada seis de ellos había clavados unos tableros señalizadores con números escritos con tiza. Rhizor trató de explicar dónde estábamos. Hizo todo lo que pudo, y al fin logré entender que nos encontrábamos en una sección de la mina en la que se había trabajado y después había quedado abandonada. También dijo otra cosa, pero no conseguí entenderla. Nos llevó hasta el final de una sección, un túnel largo, apuntalado y yo iluminé con mi lámpara una cavidad que había sido excavada en el esquisto y la arenisca. Bequin se puso de rodillas y limpió la arenisca suelta del suelo con la mano. Dejó al descubierto unas baldosas antiguas de una sustancia metálica sin brillo que no pude identificar. Las baldosas estaban perfectamente colocadas aunque eran de forma octogonal irregular. Eran extrañamente asimétricas, con algunos lados excesivamente largos y sin embargo encajaban a la perfección. No

encontramos ninguna explicación posible, y la configuración que tenían empezó a resultar muy inquietante.

Al fondo de la cavidad podía verse un trabajo de cantería muy antiguo. Yo no soy ningún experto, pero la piedra, un material brillante con trozos de mica, no parecía del lugar. Era evidente que se habían recortado partes con barrenas y con haces de corte.

—Esto es antiguo —dijo Fischig. Pasó la mano por la superficie hendida de la piedra—, pero los desperfectos son recientes.

—Las tumbas radiales —señaló de repente Alizebeth Bequin. Me volví hacia ella—. En Bonaventure —explicó, recordando su patria—. Había unos famosos lugares antiguos en las colinas occidentales hechos por razas anteriores al hombre. Estaban dispuestas en círculos radiales, como ruedas. Solía ir allí cuando niña. En un tiempo habían estado decoradas, supongo, pero las superficies habían sido cortadas, saqueadas en épocas posteriores. Esto se le parece.

—Hay muchos que trafican con lo que consiguen saqueando las tumbas —dijo Fischig—. Y si se trata de artefactos xénicos, se castiga con penas importantes.

Yo había oído a Glaw y a sus secuaces mencionar materiales arqueoxénicos. Si éste era un yacimiento que tuviera alguna relación con los aún misteriosos saruthi, eso explicaría el hecho de que siguieran trabajando allí a pesar de los volcanes.

¿Qué se habrían llevado de aquí? ¿Qué valor tenía para ellos?

¿Qué valor tenía para los saruthi?

Volvimos sobre nuestros pasos hasta llegar a la grieta principal pasando por otras tres cavidades abandonadas. En cada una de ellas encontramos signos de las antiguas piedras, y cada una de ellas había sido expoliada como la primera.

Llegamos al final de la grieta donde una escalera metálica subía a través del andamiaje hasta una abertura en la roca, diez metros más arriba.

Subimos y nos introdujimos en otro túnel donde no tardamos en oír el ruido de las perforadoras. Aquí la atmósfera estaba más despejada y pudimos prescindir de nuestros recirculadores. Un aire frío, que supuse

venía de la superficie, circulaba por el túnel. Con sumo cuidado seguimos adelante, cruzando la boca de una caverna gigante que, muy probablemente, había sido un depósito de magma. Las paredes estaban pulidas y fundidas por el calor.

Nos agachamos y miramos hacia el interior. Vimos grupos de hombres y mujeres, indudablemente parientes de Rhizo, formando una cadena de cestas para eliminar restos de rocas de la superficie de trabajo. Había por lo menos una docena de aquellos guardias bestiales con sus armaduras negras y claveteadas. Uno iba recorriendo la línea formada por los esclavos y los animaba con un electrolátigo.

Miré con más atención, tratando de entender mejor el trabajo que hacían. Dos esclavos damasquitas trabajaban con taladros atravesando la pared rocosa y dejando al descubierto un gran lienzo de la antigua pared. Otros esclavos, la mayoría mujeres, trabajaban muy cerca los unos de los otros sobre la sección descubierta, sacando a la luz tallas de intrincado diseño con pequeños picos, leznas y brochas.

Una serie de gritos recorrió la línea de los guardias y nos escondimos en las sombras del túnel. Enfrente de nosotros, las lámparas se movieron y balancearon cuando un grupo de hombres bajó por el túnel desde la superficie hasta el interior de la caverna. Tres eran guardas, dos supervisores vestidos de gris con placas de datos y los otros eran Gorgone Locke y el fumador de pipa Girolamo Malahite.

Así se confirmó mi sospecha de que algunos miembros de la camarilla de los Glaw habían escapado vivos de la destrucción de la casa. No cabía duda de que la flota traidora de Estrum había desempeñado su papel en esa salvación.

Locke iba vestido con un traje de cuero con placas de blindaje incorporadas. Su boca mostraba todavía la herida que yo le había infligido. Se lo veía taciturno.

Malahite llevaba el mismo traje negro con el que lo había visto la vez anterior. Estaba de pie, estudiando placas de datos y conversando con los supervisores de la excavación y con el jefe de la guardia antes de volverse

para examinar un tramo descubierto de material arqueoxénico. Los trabajadores esclavos trataban de no ponerse en su camino.

Intercambió unas cuantas palabras con los hombres que lo rodeaban y el jefe de la guardia salió apresuradamente para volver con una voluminosa sierra radial. La herramienta arrastraba tras de sí cables y tubos que la conectaban a un sistema de abastecimiento de agua y energía que iba desde el túnel a los generadores y bombas que había en la superficie.

La sierra se puso en marcha, bombeando un chorro de agua sobre su hoja para mantenerla limpia y fría. El jefe de la guardia introdujo con cuidado la hoja en la roca. La radial cantaba lúgubremente mientras se abría camino. En cuestión de segundos había liberado una parte de la talla. Por lo que pude ver, las tallas estaban hechas sobre bloques de piedra independientes y lo que él hacía era rebanar las caras esculpidas separándolas del resto de la piedra. Cortó otras dos y se las entregó con gesto reverente a Malahite que después de estudiarlas las devolvió para que las envolvieran en plástico y las colocaran en unos transportadores de madera. Aquellas piezas se parecían mucho a las antiguas lápidas de piedra que había visto en aquel estudio privado de la Casa Glaw.

Se oyó un crujido. El jefe de la guardia había cortado otra lápida pero se había roto en varios pedazos. Dejó la sierra y empezó a juntar los fragmentos frenéticamente mientras los que estaban a su alrededor maldecían y gritaban. Locke entró en escena.

De una fuerte patada tiró al hombre al suelo y allí continuó pateándole mientras el otro trataba de protegerse la cara y pedía compasión. Malahite recogió los fragmentos.

—¡Te dijimos que tuvieras cuidado, bastardo inútil! —gritaba Locke.

—Puede arreglarse —le decía Malahite al armador—. Puedo fundirlo y unirlo.

Locke no escuchaba. Volvió a golpear al hombre y luego lo levantó y lo tiró contra la pared mientras seguía maldiciendo y el otro gimoteaba y pedía clemencia.

Locke dejó al pobre desgraciado, a continuación cogió la sierra y describiendo con ella un arco, lo desmembró.

Era inhumano. Los gritos de agonía llenaron el lugar. Todos los esclavos gemían y gimoteaban, e incluso los guardias apartaron la vista asqueados. Locke estaba allí con su sonrisa asesina mientras la sangre lo salpicaba.

A continuación dejó la sierra humeante en el suelo, a sus pies, y volviéndose hacia otro de los guardias le señaló la sierra.

—Asegúrate de hacerlo mejor —le dijo con desprecio.

De muy mala gana, el guardia recogió la sierra y se puso a la labor.

Locke, Malahite y sus acompañantes se marcharon al cabo de diez minutos, seguidos por una cadena de esclavos que llevaba los cajones de madera que habían llenado con las lápidas. Esperamos unos cuantos minutos y luego los seguimos por el túnel.

Desde delante nos llegaba luz diurna, aunque escasa y desvaída. El túnel subía hasta lo que supuse era el gran módulo del cobertizo que había visto desde mi posición de reconocimiento. Por allí había trabajadores en turno de descanso y guardias vestidos de gris que iban y venían. En aquel lugar mal iluminado se apilaban equipo y herramientas de excavación. Fischig encontró una puerta en la parte trasera del cobertizo, detrás de las cajas con el equipo y forzó la cerradura. De esta manera, los cuatro pudimos deslizamos fuera del cobertizo entrando al poblado por detrás en lugar de tener que pasar por la entrada principal de la mina y arriesgarnos a ser vistos.

Estábamos ahora en una calle de Qualm Septentrional, con las laderas del volcán a nuestras espaldas. Todo en derredor eran destartalados edificios abandonados y el aire traía ráfagas de ceniza y hollín. Nos mantuvimos pegados a las paredes, ocultándonos cuando pasaba alguien.

Detrás del siguiente grupo de ruinas había un área despejada y protegida en parte por más tableros antiaéreos cuya finalidad era no dejar entrar la ceniza. Había dos lanzaderas estacionadas sobre el suelo chamuscado: un gran transporte imperial y un transbordador más pequeño y antiguo. Éste tenía una capa más espesa de cenizas.

En torno a las rampas de acceso a ambos vehículos había figuras yendo y viniendo. Guardias y trabajadores subían los cajones de madera que contenían los artefactos sacados de las excavaciones a la bodega de la mayor de las naves. Pude ver a Locke y Malahite de pie por allí cerca con varios de los supervisores y tres oficiales de la flota de combate en traje de faena. Uno de ellos, un hombre delgado, llevaba la insignia de capitán. Nuestro traidor, Estrum. Mientras estábamos allí observando, el eclesiarca Dazzo salió de un edificio cercano y se acercó a ellos, levantando sus lujosas vestiduras para no mancharse de ceniza.

De repente sonaron unos gritos en la pista. Una voz humana llena de furia seguida por un sonido más profundo y salvaje que me puso los pelos de punta.

Lord Oberon Glaw, vestido con una capa y armadura salió dando un portazo del edificio del que había salido Dazzo y atravesó la pista a grandes zancadas. Un segundo después lo siguió la figura enorme y repugnante del Marine Espacial del Caos dando gritos y maldiciendo.

Glaw giró sobre sus talones y se enfrentó al gigantesco monstruo, reanudando su discusión a todo volumen. A pesar de su aventajada estatura, lord Glaw se veía empequeñecido por aquella blasfemia andante. El Marine traidor se había despojado del casco: su cara era un máscara blanca, empolvada y sin vida que sólo expresaba odio; tenía restos de polvo de oro y purpurina en torno a los ojos hundidos, y una boca seca, sin labios, llena de dientes incrustados de madreperla. Su cara, con reminiscencias humanas muy lejanas, parecía haber sido cosida al cráneo, cuyas partes visibles eran de oro repujado. Despedía un hedor terrible y empalagoso a corrupción y descomposición orgánica. Me costaba imaginar el valor, o la locura, que se requerían para mirar cara a cara a un Marine del Caos manteniendo una furiosa discusión con él.

Teníamos el viento en contra y no nos llegaban las palabras sino el tono violento de las voces. Dazzo y Malahite se pusieron rápidamente al lado de Glaw y la mayor parte de los guardias y trabajadores presentes se apartaron.

El viento cambió un poco.

—¡… ya no me desmentirás más, escoria humana! —se oyó la espantosa voz del Marine traidor.

—¡Me mostrarás respeto, Mandragore! ¡Respeto! —le respondió Glaw con voz tonante que sin embargo parecía frágil al lado de la del guerrero del Caos.

El Marine vociferó algo más que terminó en:

—… ¿matarte y terminar yo mismo este trabajo? ¡Mis señores esperan que esta tarea termine a la perfección! ¡No están dispuestos a perder el tiempo mientras vosotros andáis por ahí holgazaneando y ganduleando!

—¡Te atendrás a nuestro pacto! ¡Mantendrás nuestro acuerdo!

Me di cuenta de que me sentía casi hipnotizado. Mirando a aquella figura monstruosa, atraído por su poder y su horror supremo, mis ojos se habían detenido demasiado tiempo en las obscenas tallas rúnicas que marcaban las articulaciones de su armadura, en los descabellados sellos que decoraban su pectoral. Me encontraba en trance, cautivado por las cadenas doradas que cubrían su armadura pintada con colores chillones, las gemas y la delicada filigrana que lo cubría, la seda traslúcida de su capa y las palabras, las palabras alienígenas, abominables, inscritas sobre su forma, aquellos secretos enrevesados e insidiosos más antiguos que el tiempo… secretos… promesas, mentiras…

Me obligué a no mirar. Las marcas y señales del Caos tienen un efecto destructor del alma si uno las mira durante demasiado tiempo.

Mandragore se estremeció de furia y levantó un enorme puño enguantado del que sobresalían unas púas herrumbrosas para aplastara lord Glaw.

El golpe no llegó a descargarse. Me sobresalté, como si me hubieran abofeteado, cuando un estallido de poder psíquico se extendió en ondas por el lugar.

Mandragore retrocedió un paso. Dazzo avanzó hacia él. De menor estatura que Glaw o que Locke, Dazzo parecía aún más insignificante al lado del monstruo, pero a cada paso que daba el Marine del Caos retrocedía otro.

De su boca no salía una palabra, pero yo podía oír su voz en mi cabeza. La presencia de las palabras era tan repugnante que me costaba no vomitar.

—Mandragore Carrion, hijo de Fulgrim, enviado de Slaanesh, paladín de los Hijos del Emperador, aniquilador de los vivos, profanador de los muertos, guardián de los secretos… tu presencia aquí nos honra y celebramos nuestro pacto con los tuyos… pero nunca tratarás de hacernos daño. Nunca volverás a levantar la mano contra nosotros. Nunca.

Dazzo era simplemente el psíquico más potente que hubiera conocido jamás. Valiéndose únicamente de su mente, había sometido a uno de los traidores más viles, a un Marine Espacial que había jurado servir a las corruptas fuerzas del Caos.

Mandragore se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas por la pista. Pude ver entonces que lord Glaw había quedado extenuado por el enfrentamiento ya que había empleado en él todo su valor. Muchos de los trabajadores presentes sollozaban por la impresión de la escena presenciada, y dos guardias estaban vomitando.

Temblando, me volví para mirar a mis compañeros. Fischig tenía la cara cenicienta y temblaba con los ojos cerrados. Rhizor se había encogido sobre el suelo lleno de cenizas con la espalda contra la pared.

Bequin había desaparecido.



QUINCE

DESCUBIERTOS EN MEDIO DEL ENEMIGO
UNA GUERRA DESIGUAL
VUELO

Me bastó un segundo para darme cuenta de que fuera donde fuese que se había ido Bequin, nos había dejado al descubierto, fuera de la protección de su aura intocable. Oí un grito, una advertencia ahogada del viejo eclesiarca, a la que siguió inmediatamente el aullido de las sirenas.

En la pista de aterrizaje, los guardias empezaron a correr hacia nosotros. Dazzo estaba señalando directamente a la sección de las ruinas donde nos ocultábamos. Locke sacó una pistola láser de entre sus ropas. Voces airadas y el ladrido rabioso de los cígnidos.

—¡Fischig! —grité—. ¡Fischig! ¡Muévase ahora o estamos perdidos!

Fischig parpadeó. Todavía estaba pálido, como si no reconociera su propio nombre. Le asesté una bofetada.

—¡Muévase, purificador! —grité.

El primero de los guardias había llegado a las ruinas y otro se abría paso a patadas a través de la puerta de tablero antiaéreo. Vi su cara expectante a través de un sucio visor negro. Levantó su rifle láser.

Levanté la potente carabina y lo cosí a la puerta con una lluvia de disparos láser. Los múltiples impactos hicieron saltar fragmentos de piedra y madera.

Los disparos láser salieron zumbando por las grietas de la piedra y explotaron contra la pared exterior.

La ametralladora pesada de Fischig cobró vida. Hizo un barrido con proyectiles trazadores por las oscuras cavidades de las ruinas que quedaban a nuestra izquierda aniquilando a otros dos guardias que trataban de abrirse paso.

Más guardias, a mi derecha, dispararon sus armas. Mi carabina láser tableteó en modo totalmente automático, produciendo un zumbido atronador, cuando derribé a otros tres que estaban en la estrecha entrada.

Sin dejar de disparar, Fischig retrocedió hacia las profundidades de las ruinas.

—¡Vamos! —dijo con un gruñido. Retrocedí con él mientras nuestras armas lanzaban una andanada de metal explosivo y energía devoradora que resonaba entre las paredes en ruinas, sembrando escombros, diseminando ceniza y despedazando cuerpos.

Rhizor, absolutamente obnubilado por el terror, estaba en el suelo. Lo cogí por sus andrajosos pantalones y lo arrastré con nosotros aunque, desesperado, se resistía.

Una figura corpulenta se introdujo a través de la ventana por la cual habíamos estado observando los acontecimientos que tenían lugar en la pista. Era Locke. Cayó rodando mientras disparaba con su pistola láser.

Un disparo me alcanzó en el hombro izquierdo. Otros tres hirieron en la espalda a Rhizor que se desplomó sobre mí haciéndome caer de espaldas.

Fischig vio a Locke y giró sobre sus talones sin apartar el dedo del gatillo de la ametralladora. El mecanismo de revoluciones rápidas de la pesada arma hizo un rechinante ruido metálico superpuesto a las ráfagas frenéticas de los disparos.

La escasa cobertura de que disfrutaba Locke saltó por los aires y el armador gritó al tiempo que saltaba para esconderse detrás de una sección

de muro. Disparó al tiempo que se movía, y Fischig gimió de dolor cuando un disparo de láser lo alcanzó en un costado.

—¡Eisenhorn! ¡Maldito bastardo! —bramaba Locke. Logré salir de debajo del cuerpo de Rhizor, lamentando que aquel andrajoso esclavo hubiera pagado un precio tan alto por ayudar a un inquisidor. Otro asesinato sobre los hombros de Gorgone Locke.

Maldiciendo el nombre del armador, saqué de mi mochila una granada de fragmentación y la arrojé hacia donde estaba Locke. A continuación, Fischig y yo nos movimos lo más rápido que pudimos por la parte trasera de aquella ruina llena de humo.

La granada hizo reventar hacia afuera el fondo de la estructura. Rogué al Emperador que hubiera desmembrado totalmente a Locke.

Tosiendo y escupiendo Fischig y yo salimos a un foso que pasaba por detrás de las viviendas en ruinas de Qualm Septentrional y de los edificios modulares más modernos. Por encima de nosotros los grandes tableros antiaéreos que protegían de las cenizas formaban un ángulo.

Los disparos de láser golpeaban contra los tableros arrancando astillas y después caían al foso resbalando por las paredes. Algunos guardias se dejaron caer al foso a unos veinte metros de donde estábamos, y junto con ellos los cígnidos que aullaban enloquecidos.

Fischig transformó el foso en su propio campo de exterminio y vació su segundo tambor de munición pulverizando a guardias y cánidos sin distinción. Salimos corriendo en la dirección opuesta mientras él trataba de introducir un tambor nuevo.

Los guardias nos disparaban a través de las ruinas, arrancando trozos de las paredes de piedra humeante. Seguimos corriendo, perseguidos por su inclemente ataque.

El foso terminaba en una pequeña pista donde estaba estacionado el vehículo de ocho ruedas. Intercambiamos disparos con tres guardias que aparecieron por una esquina de la pista y los abatimos, pero apareció un cuarto que soltó a tres cígnidos que llevaba sujetos por correas. Ladrando se lanzaron hacia donde estábamos. Maté a uno con mi carabina, pero el vehículo me impedía disparar a los demás. El camión se estremeció

cuando uno saltó dentro. Un momento después saltaba encima de nosotros. Le atravesé el cráneo con un disparo de láser mientras caía y me salvé por un pelo de que me aplastara. El otro salió de debajo del camión, lleno de grasa de los ejes y saltó sobre Fischig derribándolo mientras sus enormes mandíbulas se cerraban sobre su antebrazo protegido por la armadura.

Saqué mi espada de energía y lo atravesé con su hoja crepitante.

Más disparos se estrellaron contra el camión.

—¡De pie! —le grité a Fischig mientras apartábamos de él al pesado cánido muerto.

Con todo el recinto cerrándose a nuestro alrededor, saltamos a la parte trasera de un cobertizo modular y entramos derribando la puerta.

Era un almacén de equipo, repleto de hojas de repuesto para sierras radiales, rollos de cable, células de iluminación y toda clase de equipamiento para minería. Avanzamos entre los montones de objetos mientras oíamos gritos y pisadas en la parte exterior.

Hice una pausa para reponer las células de mi carabina y conecté mi enlace de voz.

—Espina desea égida, bestias furiosas debajo.

—Égida, levantándose, los colores del espacio —fue la respuesta inmediata.

—Cuchilla, trayectoria delphus —indiqué—. ¡Modelo marfil!

—Modelo confirmado. En seis. Égida, elevándose.

Unos guardias irrumpieron en la parte trasera del almacén y Fischig los hizo atravesar la pared prefabricada con una ráfaga de su arma.

Miré alrededor y vi una pila de cajas negras de metal sobre una paleta en una esquina del cobertizo. Las etiquetas de papel eran viejas y estaban medio borradas, pero levanté la tapa de una de las cajas y confirmé su contenido.

—Dispóngase a salir pitando —dije mientras armaba mi segunda granada.

—¡Oh, mierda! —exclamó Fischig al ver lo que estaba haciendo. Ya estaba saliendo por la puerta cuando coloqué la granada encima de las cajas.

Salimos disparando y nos topamos con una docena o más de guardias que estaban revisando la calle para dar con nosotros. La mayor parte iban vestidos con la fea armadura negra, pero había tres con uniforme de faena de la seguridad naval, sin duda pertenecientes al contingente del capitán traidor.

No dejamos de disparar mientras corríamos. La granada tenía un fusible de diez segundos. El hecho de que corriéramos en medio de ellos los desconcertó y no fueron capaces de apuntar debidamente.

Fischig y yo nos tiramos de cabeza por encima de una derruida sección de muro de lo que había sido otrora el mercado de Qualm Septentrional.

La granada estalló, y con ella la pila de explosivos sobre los que la había colocado.

La onda expansiva lo arrasó todo en treinta metros a la redonda. La fuerza ascendente de la explosión produjo una bola de fuego, levantó el cobertizo modular veinte metros por encima de la superficie y luego desperdigó los restos destrozados de la estructura por encima de los edificios vecinos.

Sobre Fischig y sobre mí llovieron trozos de metal y de tableros antiaéreos así como una profusión de cenizas. Se produjo un silencio total, sólo interrumpido por el ulular de las sirenas, los gritos de los heridos y alaridos desesperados. El polvo de ceniza no dejaba ver nada. Nos pusimos nuestros recirculadores de aire y avanzamos a tientas entre las tinieblas.

Sentí un dolor punzante en la cabeza. Dazzo tendía los tentáculos de su mente profunda, insidiosa, terrible, tratando de encontrarnos.

A tumbos recorrimos un callejón entre dos cobertizos modulares cuyas ventanas habían volado con la detonación.

El dolor se hizo más intenso.

—Eisenhorn. No puedes ocultarte. Muéstrate.

Traté de respirar hondo mientras el dolor me atenazaba, de repente, cesó.

—¡Fischig! ¡Aquí dentro!

Lo arrastré hacia un viejo edificio de piedra. Supuse que habría sido un lavadero en los tiempos en que Qualm Septentrional era un enclave más

rural.

Bequin se había refugiado en un rincón, sucia y llorosa. La vista del Hijo del Emperador Mandragore la había hecho huir presa del pánico. Al igual que yo, había cometido el error de mirar las runas y las marcas de su asquerosa armadura, pero no había tenido el sentido necesario para apartar la vista.

No podía hablar. A duras penas se dio cuenta de nuestra llegada, pero por el momento estábamos dentro de su aura protectora y fuera del alcance de Dazzo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fischig. No tardarán en reagruparse.

—Midas está de camino. Tenemos que volver a la pista de aterrizaje. Es el único lugar lo bastante grande como para que él pueda aterrizar.

Fischig me miró como si dudara de mi salud mental.

—¿Va a venir aquí? ¡Lo matarán! Y aun cuando consiguiera recogernos, enviarán vehículos de interceptación desde la flota. ¡Los lanzarán justo cuando ponga la máxima potencia para despegar!

—No va a ser fácil —admití.

Arrastramos a Bequin con nosotros y salimos del semiderruido lavadero. Afuera, el poblado seguía envuelto en las cenizas levantadas por la explosión. En medio del humo se veía el resplandor de fieros incendios. Se oían grandes voces y el ladrido de los cígnidos, y al fondo un bramido más furioso. Tuve el funesto presentimiento de que se trataba del Marine del Caos.

—Espina esperando égida, zona de pista principal —transmití.

—Egida, pista principal en tres, los cielos se desploman. —Y así era. La flota había enviado naves en persecución del cúter.

Echamos a correr. El humo se iba disipando lentamente.

Un grupo de guardias pasó cerca de nosotros y nos vimos obligados a dar un rodeo. La calle siguiente estaba bloqueada por más guardias.

—¡A través de los edificios! —indicó Fischig.

Nos encontrábamos detrás de un edificio modular, uno de los más grandes y nuevos que había levantado la misión maldita de Dazzo. No

tenía puerta, pero trepamos a un bajo tejadillo, subimos a Bequin con nosotros y nos introdujimos a través de un tragaluz.

El lugar en el que caímos estaba alfombrado y bien amueblado, sin duda era la oficina o estudio privado de uno de los supervisores principales. Había soportes llenos de placas de datos, pilas de mapas y estanterías de almacenamiento. En un rincón había algunos grandes baúles de viaje con una capa y dos abrigos doblados encima de ellos. Alguno de los que acababan de llegar en las naves había dejado estas cosas aquí y todavía no había desempacado.

—¡Vamos! —dijo Fischig comprobando la puerta que comunicaba la oficina con el resto del edificio.

—¡Espere! —repliqué. Corté las correas de los baúles con mi espada de energía y abrí las tapas. En la primera, ropa, placas, un rifle láser en su caja, adornado con el nombre Oberon grabado, y otros efectos personales.

—¡Vamos! —repitió Fischig, frenético.

—Egida, pista principal en dos —sonó en el auricular.

—¿Eisenhorn? ¿A qué está jugando? —preguntó Fischig.

—¡Es el equipaje de Glaw! —dije mientras rebuscaba.

—¿Y qué? ¿Qué está buscando?

—No lo sé. —Me dirigí al segundo baúl. Más ropa. Algunos iconos religiosos burdos e inquietantes.

Fischig me cogió por el hombro.

—Con todo respeto, inquisidor, creo que ahora no es momento para esto.

—Tenemos que salir de aquí, tenemos que salir de este maldito lugar —murmuró Bequin. Sus ojos iban de un lado a otro al menor ruido que llegaba de afuera.

—Tiene que haber algo… una pista, una clave… algo que podamos usar cuando salgamos de aquí…

—Podremos darnos por satisfechos si conseguimos salir vivos de este lugar.

—¡Sí! —me volvía mirarlo—. Saldremos, y si lo hacemos querremos seguir nuestra lucha contra Glaw, ¿no es así?

Levantó las manos con desesperación.

—Por favor… por favor… —imploraba Bequin.

—Égida, pista principal en uno —llegó la voz de Midas.

El tercer baúl. Un envoltorio con un juego de instrumental quirúrgico de acero inoxidable cuya aplicación ni siquiera me atreví a imaginar. Un pequeño dado y un tablero en una caja de madera. ¡Ropa! ¡Maldita sea! ¡Más ropa!

Y algo envuelto en medio de ella. Lo cogí.

—¿Satisfecho? —preguntó Fischig.

Habría sonreído si Locke no me hubiera dejado incapacitado para ello.

—¡Vamos! —dije.

Más allá del despacho había un anexo exterior. Más baúles sobre el suelo de rejilla, así como cajas de madera envueltas en plástico.

—¡Ni se le ocurra! —me espetó Fischig al ver que yo miraba los baúles.

—Égida, presente —el sonido de la voz quedó parcialmente apagado por el rugido vibrante de una poderosa nave por encima de nuestras cabezas. Se oyó el tableteo de armas de pequeño calibre y el latigazo de los rifles láser.

Salí el primero del anexo a través de una compuerta que daba a la pista de aterrizaje. Todo era un ir y venir de guardias y tropas navales que miraban arriba y disparaban al cúter que se cernía sobre ellos. Desde el lado opuesto de la pista, Malahite nos vio y dio la voz de alarma. Los hombres se dieron la vuelta y empezaron a disparar contra nosotros.

Entonces vi a Mandragore a la derecha de la pista dirigiéndose hacia nosotros con un espantoso bramido.

—¡Atrás! ¡Adentro otra vez! —grité, retrocediendo y volviendo a atravesar la puerta.

La pared exterior de la construcción no aguantó el embate de la bestia del Caos. Tampoco lo hizo la compuerta. Sus puños de acero y ceramita rompieron el metal, retorcieron las vigas de adamita, atravesaron los paneles de plástico como si fueran de papel. Los bramidos de Mandragore lo precedían, sacudiéndonos hasta la médula.

Bequin dio un grito.

El vilmente llamado Hijo del Emperador, entró como una explosión a través de la pared del anexo, mostrando los dientes de madreperla mientras seguía profiriendo sus bramidos aumentados por la cámara de resonancia de su tórax. El bolter que llevaba en la mano era enorme.

—¡Ni un paso más! —grité levantando la mano en la que llevaba la granada cebada para que pudiera verla.

Su respuesta fue una profunda y sonora carcajada de desprecio.

—Lo digo y lo haré —añadí golpeando con el pie la caja que tenía ante mí. Estaba cargada con lápidas de la mina envueltas en plástico.

—El segundo fusible, un paso más y todo volará por los aires.

Vaciló.

Lord Glaw y varios guardias irrumpieron a través de la pared derribada, detrás de él.

—¡Por piedad! ¡Haz lo que te dice! —gritó Glaw.

Con un gruñido de rabia, Mandragore bajó el arma.

—¡Atrás, Glaw! ¡Atrás y sáquelos a todos de aquí!

—No tiene escapatoria posible, inquisidor —dijo Glaw.

—¡Atrás!

Glaw indicó a sus hombres que retrocedieran y se retiraran. Mandragore lo hizo lentamente sin dejar de gruñir.

—¡Recoja la caja! —le dije a Fischig, que se colgó la ametralladora al hombro e hizo lo que le decía.

Salimos hacia la humeante luz diurna. Fischig y yo íbamos uno junto al otro yo sostenía la granada encima de la caja que él transportaba. Bequin nos seguía pegada a nosotros.

En la pista, Glaw estaba ordenando a sus hombres que se replegaran. Había unos cuarenta hombre o más entre guardias, soldados navales y supervisores. Vi a Dazzo, Malahite y el capitán traidor Estrum entre ellos. Mandragore no retrocedió tanto como los demás. Permanecía a nuestra derecha, con su tenue capa flotando al viento y su armadura resplandeciente. El gruñido seguía sonando en su garganta.

—Midas —dije por el transmisor—, aterriza, escotilla abierta.

—Entendido —respondió—. Quedas advertido de que hay a la vista tres interceptores de la armada. Llegada en tres.

El cúter sobrevoló la pista proyectando una gran sombra mientras sus propulsores levantaban nubes de cenizas. Mientras se posaba sobre sus voluminosas patas hidráulicas de aterrizaje, la rampa de carga que había debajo de la cabina se desplegó con un zumbido.

Lentamente fuimos avanzando hasta tener el cúter y la rampa a nuestras espaldas. Todos los allí reunidos nos observaban intensamente con las armas preparadas.

—Empatados, inquisidor —dijo Glaw.

—Haga que sus hombres bajen las armas, incluso los que no están a la vista. Ni siquiera piense en derribarme a mí. Midas… apunta con los cañones del ala hacia mí y el purificador. Si nos sucede algo, abre fuego.

—Confirmado.

Los potentes cañones del ala se desplazaron hasta apuntar directamente hacia nosotros.

—Si nos dispara, el cajón saltará por los aires.

—¡Bajen las armas! —gritó Glaw y los soldados le obedecieron.

—Ahora haga que esos interceptadores salgan de nuestro camino. Ordene que vuelvan a su base.

—Yo…

—¡Ahora!

Glaw se volvió hacia Estrum que empezó a decir algo por su transmisor.

—Los interceptadores han abortado su trayectoria —me comunicó Midas—. Están volviendo.

—Muy bien —le dije a Glaw.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Eso me preguntaba yo. ¿Y ahora qué? Por un momento llevábamos las de ganar; no se atrevían a dispararnos ni a lanzarse sobre nosotros, y Bequin estaba bloqueando a Dazzo y a cualquier otro psíquico que tuvieran.

—Una o dos respuestas —sugerí.

—¡Eisenhorn! —me susurró Fischig.

—¿Una respuesta? —Glaw se rió y lo mismo hicieron algunos de sus hombres. Mandragore rumió una expresión desdeñosa. Me di cuenta de que ni Dazzo ni Malahite parecían divertidos.

—Este material es arqueoxénico, de algún antiguo yacimiento saruthi —dije, levantando una de las antiguas lápidas asimétricas de la caja que llevaba Fischig en la mano que le quedaba libre—. Es evidente que tiene mucho valor para usted porque debe haberlo tenido también para los saruthi. Las está recuperando para ellos ¿a cambio de qué?

—No pienso decirle nada —dijo Glaw—. Ni siquiera voy a confirmar sus suposiciones.

—Valía la pena intentarlo —respondí encogiéndome de hombros.

—Mi pregunta sigue en pie —dijo Glaw—. ¿Y ahora qué?

—Ahora nos vamos —respondí—. Sin ser molestados.

—Váyanse entonces —dijo con un leve gesto de la mano—. Pongan el cajón en el suelo y váyanse.

—Este cajón es lo único que le impide matarnos. Se va con nosotros, como garantía.

—¡No! —gritó Dazzo avanzando—. ¡Es inaceptable! ¡Lo perderíamos para siempre! —miró a Glaw—. Este hombre es nuestro acérrimo enemigo. Nunca podríamos recuperar los artefactos. Aunque nos comprometiéramos a dejarlos marchar, no respetaría el trato. No los recuperaríamos.

—Por supuesto que no —intervine—. Del mismo modo que ustedes no respetarían ningún trato que hicieran conmigo. Es triste, pero es así. No es posible ningún trato entre nosotros. Por eso este cajón se viene conmigo. No tenemos ninguna otra garantía.

—No estamos aquí para ofrecerle garantías, sabandija —dijo Mandragore con voz tonante—. Sólo la muerte. Y si no tiene suerte, dolor y muerte.

—Debería mantenerlo al margen de las negociaciones —acompañé mis palabras a Glaw con un gesto referido a Mandragore—. Nos vamos con el cajón porque de lo contrario nos destruirían.

—No —dijo Glaw. Dio un paso adelante y sacó un rifle láser—. Su lógica no tiene sentido, inquisidor. Si vamos a perder esos artefactos para siempre, prefiero que sea aquí para que nos quede el consuelo de su muerte. Si trata de irse con el cajón, dispararemos de todos modos sin que me importen las consecuencias. Déjelo en el suelo y le daré diez segundos para marcharse.

Me di cuenta de que no era un farol. Estaban dispuestos a todo por recuperar sus baratijas. Y no eran tontos, sabían perfectamente que no se las devolvería jamás. Diez segundos. Si tratábamos de subir a bordo con el cajón dispararían enseguida. Si lo poníamos en el suelo… tal vez dispararan, pero no con tanta seguridad por temor a dañar la mercancía. Y los cañones del cúter seguían siendo un punto a nuestro favor.

—Retrocedan hacia la rampa —les susurré a Bequin y a Fischig—. Dejen caer el cajón cuando yo lo diga.

—¿Está seguro?

—Hagan lo que digo. ¿Midas?

—Listo para elevarnos, preparados los cañones.

—¡Ahora!

El cajón cayó en el polvo. Los motores del cúter aumentaron la potencia. No esperaron diez segundos. Los tres estábamos en la rampa que se estaba cerrando debajo de nuestros pies y el cúter ya despegaba. Una descarga cerrada dio contra el casco del cúter y nuestros cañones rugieron.

El cúter hizo un súbito viraje y caímos al suelo al inclinarse la nave. Fischig dio un grito y a punto estuvo de caerse de la rampa. Lo cogí y lo alcé al interior antes de que las piernas, que le habían quedado colgando, fuesen cortadas por la rampa o recibieran los disparos del enemigo.

Ya estábamos en marcha. Por el ángulo de la cubierta y por la vibración de la estructura de la nave supe que Midas estaba acelerando a fondo mientras se mantenía en vuelo rasante, usando el paisaje como escudo contra el fuego de superficie. Unos testigos indicaban en los mandos que habíamos sufrido daños.

—¡Sujétate con el cinturón! —le grité a Aemos que trataba de ponerse en pie para ayudarnos—. ¡Fischig, sujete a Bequin con el arnés! ¡Y

sujétese usted también!

El purificador arrastró a la aterrorizada chica hasta un asiento. Yo seguí hacia adelante, por la escotilla de bajada, hacia la cabina.

Midas estaba manejando los controles para ganar altura. El paisaje de Damasco se veía debajo de nosotros como una sucesión de manchas. Me dejé caer en el asiento del copiloto.

—¿Los tenemos muy cerca?

—Los cazas han vuelto a una trayectoria de interceptación. Tienen la altitud a su favor.

—¿A qué distancia?

—Seis minutos. ¡Maldita sea!

—¿Qué?

Señaló a la pantalla táctica principal. Detrás de los cursores brillantes más pequeños había unas formas más grandes que avanzaban por el mapa magnético tridimensional de la magnetosfera del planeta.

—Su flota también se está moviendo. Incluso las naves capitanas. Y han lanzado otros dos cazas —hizo una pausa y añadió—: No quieren que escapemos ¿verdad?

—¿Con lo que sabemos?

—No nos van a dejar salir vivos del sistema ¿no es cierto?

—Midas, creo que ya he respondido a eso.

Sonrió. La blancura de sus dientes formaba un marcado con traste con su piel oscura en la penumbra de la cabina.

—Entonces vamos a divertirnos un poco —decidió. Sus manos desnudas, en las que brillaban los biocircuitos glavianos, se deslizaron por encima de los controles ajustando nuestro rumbo.

—¿Ideas? —pregunté.

—Unas cuantas, déjame que le dé un repaso a los datos.

—¿Qué?

—Confía en mí, Gregor, si tenemos una esperanza, por ínfima que sea, de salir vivos del sistema de Damasco, será gracias a la pericia y la sutileza. Cállate y déjame computar sus velocidades y vectores de interceptación.

—El fuego de superficie nos produjo daños —insistí. Otra vez se apoderaba de mí la sensación de impotencia, de incapacidad para influir sobre la situación.

—Daños menores. Nada de importancia —respondió con aire distraído —. Los servidores se han ocupado de ello.

Hizo una corrección en el rumbo. En la pantalla vi que esto nos ponía casi en el flanco de los elementos de la flota que nos perseguían, reduciendo drásticamente el tiempo de interceptación y el alcance de tiro.

—¿Qué estás haciendo?

—Jugando con los porcentajes. Jugando con ventaja.

El globo brillante de Damasco se iba quedando muy por debajo de nosotros y nos dirigíamos al espacio planetario, más allá de las órbitas mas altas, a toda velocidad.

—¿Ves? —señaló. Otra luz había aparecido en la pantalla táctica y daba vueltas delante de nosotros.

—Dispersión imperial estándar de la flota de combate. Siempre hay una nave de vigilancia apostada en el lado oculto del mundo en cuestión. Si hubiéramos volado en línea recta habríamos caído justo en su campo de tiro.

Unas luces parpadearon en el vacío al otro lado de los cristales de la cabina. La nave vigía, una fragata mediana, estaba disparando de todos modos, y se dirigía hacia nosotros tratando de interceptarnos.

—Ha lanzado cazas —señaló Midas con cierto sonsonete—. Alcance en dos. Los cazas tienen alcance en cuatro.

Así de simple.

Miré los niveles de potencia. Todos los potentes propulsores del cúter estaban al límite.

—Midas…

—Relájate. Ahí está.

—Que ahí está qué.

La pequeña luna llenó de repente nuestras portillas frontales mientras virábamos. No parecía tan pequeña. Daba la impresión de que nos iba a hacer papilla.

Lancé un juramento.

—¡Relájate, maldita sea! —me tranquilizó. Luego añadió—: Alcance en uno.

Íbamos lanzados hacia la roca verdosa, llena de cicatrices, que ocupaba todo nuestro campo visual, a toda velocidad. Los cañones del morro empezaron a destellar. Seis interceptadores de la escuela de élite de vuelo de la Flota de Combate Scarus nos seguían.



DIECISÉIS

DUELO EN EL VACÍO
LA ÚLTIMA BAZA DE BETANCORE
RASTROS

La luna se llamaba Obol y era el más pequeño y cercano de los catorce satélites de Damasco. Era una pepita dentada, irregular, de níquel, zinc y selenio que tenía seiscientos kilómetros de extremo a extremo en su punto más ancho. Carecía de atmósfera y estaba plagada de cavidades y simas; brillaba con una tonalidad verdosa a la luz de la estrella que ponía de relieve las características rugosas del terreno y los cráteres.

Trataba de tranquilizarme, de controlar los latidos de mi corazón, aplicando las técnicas mentales que Hapshant me había enseñado.

Me concentré en el fichero de datos de Obol que tenía en pantalla: níquel, zinc, selenio, el más pequeño de los catorce satélites… no porque quisiera conocerlos, sino para que actuaran como bombas psíquicas, como fetiches con los que ocupar mi mente y apartarla del peligro.

Aparté la vista de la brillante barra de texto. Un cráter mellado, de tamaño suficiente como para engullir enterosa la ciudad de Dorsay y su laguna, se abría ante nosotros.

—Preparaos —nos dijo Midas.

A apenas un kilómetro de la superficie, ejecutó su maniobra. Para entonces ya estábamos totalmente entregados a la gravedad de Obol y caíamos a toda velocidad. No se trataba de hacer un aterrizaje, ni siquiera de hacer un viraje convencional.

Sin embargo, Midas llevaba volando desde su juventud, había asistido a las escuelas de vuelo de Glavia. Gracias a los circuitos que llevaba incorporados tenía de los matices del vuelo, de la potencia y de la maniobra una comprensión cabal de la que yo carecía, y mejor que la de la mayoría de los pilotos del Imperio. Además había puesto a prueba las posibilidades del cúter hasta el límite, y sabía con exactitud lo que podía y lo que no podía hacer.

Lo que más me preocupaba es lo que él esperaba que hiciera. Cortó la propulsión, disparó todos los impulsores de aterrizaje y giró el morro de tal modo que el cúter entró en una espiral.

El panorama empezó a girar delante de mis ojos y empecé a sentir la fuerza centrífuga dentro de mi arnés.

La barrena parecía incontrolable, pero estaba calculada y era perfecta. Con los impulsores de aterrizaje que nos alejaban de la vertical flotábamos como una hoja, aprovechando el movimiento en espiral para frenar el impulso descendente de la nave. A noventa metros del polvo del fondo de cráter, nos nivelamos, con los quemadores al rojo vivo, y a continuación describimos un arco al volver a conectar Midas el propulsor principal.

El suelo se alejó y lo sobrevolamos ascendiendo en una sacudida brutal para salvar el borde del cráter.

Desde la pantalla táctica, vi que los seis cazas estaban ahora a seis minutos de nosotros. Ninguno se atrevía a imitar esa maniobra. Preferían lanzarse en arcos más convencionales, más lentos.

Midas se ceñía a la luna, sobrevolando a baja altura los acantilados y las planicies polvorientas, penetrando profundamente en los secos valles ocultos del sol, atravesando planicies jamás holladas. En un momento dado pasamos entre dos enormes salientes de roca estriada.

—Están entrando —dijo Midas inclinándose sobre la portilla. Así era. Cuatro se lanzaron a perseguirnos por encima del paisaje. Los otros dos habían entrado en la atmósfera y avanzaban en sentido antihorario por la cara oculta de Obol.

—¿Contacto?

—Los encontraremos de frente en ocho minutos —dijo Midas sonriendo.

Hizo un viraje cerrado a estribor por un valle escarpado que la pantalla del topógrafo acababa de iluminar.

Luego redujo la marcha a lo que parecía una velocidad penosa, fácil. Ladeó el cúter para rodear un pico que brillaba con una tonalidad verde y amarilla bajo el sol implacable.

—¿Qué estás haciendo?

—Espera… espera…

La pantalla táctica indicó que las cuatro naves que nos perseguían habían pasado el valle de los promontorios.

—A esta distancia de la superficie les llevará un rato darse cuenta de que ya no estamos delante de ellos.

—¿Y ahora qué?

Puso los motores a tope y salimos disparados por encima de una polvorienta cuenca en persecución de los perseguidores.

—Ahora el ratón se transforma en gato —dijo.

En cuestión de segundos, una mancha brillante de la distribución de las armas se había cubierto de retículas rojas.

Ante nosotros, a través de un paisaje de rocas gigantescas y altas mesetas que pasaban a nuestro lado a velocidad de vértigo, vi el resplandor de los quemadores traseros.

—Primer golpe —dijo Midas disparando los cañones del ala. La estela del motor que se veía delante lanzó un fogonazo y a continuación se transformó en una bola de gases candentes en expansión que enviaba hacia nosotros trozos de metal mellado.

Me sentí empujado hacia atrás en mi asiento mientras nos adentrábamos en otro valle. Vimos entonces otro destello, del sol sobre

metal, a un kilómetro por delante de nosotros.

—Y dos —dijo Midas.

La lectura de los cargadores automáticos apuntó indicadores rojos mientras se vaciaban los tambores. El destello se expandió con la luz mientras caía en barrena hasta estrellarse contra la pared del valle.

Algo de brillo enceguecedor estalló a nuestra derecha y la cabina se estremeció al tiempo que se disparaban las alarmas.

—Chico listo, demasiado cerca —dijo Midas manipulando la palanca para evitar un acantilado que se nos venía encima.

Uno de los cazas había calculado nuestra maniobra y había venido hacia nosotros dando un rodeo.

—¿Dónde está el otro? ¿Dónde está? —murmuraba Midas. Teníamos a nuestro favor la potencia de tiro, y teníamos a Midas. Los cazas eran Relámpago, pequeños, rápidos y manejables, apenas un cuarto de nuestro tamaño. A todos los fines, el cúter era un transporte, pero su propulsión y el armamento añadido, así como su capacidad de impulso vertical, lo convertían en una nave de combate formidable en escaramuzas a poca altura como ésta.

Algo golpeó fuertemente el casco y empezamos a caer. Midas lanzó una maldición y describió una curva cerrada. Un caza imperial, apenas un destello plateado, atravesó nuestro campo visual.

Midas volvió a girar y salió en su persecución. Se escabulló y se metió entre las profundas gargantas de la luna, volando en las frías sombras ayudado sólo por el instrumental.

Los sensores de las armas captaron su rastro térmico. Midas disparó. Erró el tiro.

Intentó describir un rizo para volverse contra nosotros. Midas disparó otra vez. Otro fallo.

Vino directo contra nosotros. Podía ver las brillantes estelas de los disparos que nos pasaban rozando.

Frente a frente, en una garganta profunda y empinada. No había lugar para maniobrar. No cabían errores.

—¡Adiós! —dijo Midas, accionando el botón de disparo.

Una explosión iluminó el estrecho desfiladero y atravesamos las llamaradas justo por el centro.

—¿Ya has tenido suficiente? —me preguntó Midas.

No respondí. Estaba demasiado ocupado aferrándome a los posabrazos de mi asiento.

—Yo sí —dijo—. Es hora de pasar a la fase dos. Hay otro caza dispuesto a atacarnos, y en noventa segundos tendremos encima a los que han ido por la otra cara de la luna. ¿Qué tal un poco de teatro, Uclid?

El servidor principal canturreó una respuesta.

Entramos en picado. Una pantalla me dijo que dejábamos una huella de gases del motor.

—¿Una avería? —pregunté.

—Sólo estamos haciendo teatro —me dijo.

El suelo del oscuro cañón se acercaba peligrosamente.

—Lanzamiento de camuflaje, Uclid —ordenó Midas.

Se oyeron un golpe y una explosión. El cúter se estremeció. Detrás de nosotros se encendió algo.

—¿Qué fue eso?

—Dos toneladas de repuestos, trastos y provisiones prescindibles. Además de todas las granadas de tu almacén de armas.

La nave se ladeó y entramos como una centella en una cavidad más oscura, una cueva ancha y profunda en la base del cañón. Las paredes y el techo parecían peligrosamente próximos.

Cuando nos hubimos internado seiscientos metros en la cueva, Midas hizo virar el cúter hacia la izquierda, apagó los propulsores. Las luces de inundación perforaban las tinieblas y se reflejaban en la cavidad desigual.

Otros cien metros y nos posamos sobre el polvo con nuestros montantes de aterrizaje. Midas cortó el suministro de energía, apagó las luces, lo apagó todo salvo el soporte vital más rudimentario.

—Y ahora, que nadie haga un solo ruido —dijo.

La espera, que duró casi sesenta y seis horas, no fue cómoda ni agradable. Nos pusimos nuestros trajes térmicos y permanecimos sentados en la oscuridad mientras, por encima de nuestras cabezas, la flota herética inspeccionaba Obol y su zona inmediata en busca de nuestras huellas. Ocho veces durante las primeras diez horas registraron nuestros sensores pasivos movimiento de vehículos y de exploración en la garganta en la que habíamos simulado nuestra destrucción. Al parecer, el engaño fue convincente.

No obstante, nos tomamos nuestro tiempo. No había forma de saber lo insistentes o pacientes que serían. Midas pensó en la posibilidad de que estuviesen usando la misma treta que nosotros y se estuvieran quietos y expectantes a que algún movimiento o señal nos traicionase.

Después de cuarenta horas, Lowink manifestó su certeza de haber oído intercambios de tráfico astropático indicando la partida de la flota, seguidos poco después por un temblor en la trama del insondable lmmaterium. Con todo, seguimos esperando, esperando lo único que yo podía considerar realmente convincente.

Llegó justo cuando se cumplía la hora sexagésimo sexta: Nunc dimitís, una señal astropática en Glossia.

Salimos de la oscuridad de Obol a la luz de las estrellas. Todos los que viajábamos en la nave, yo mismo incluido, debo reconocerlo, empezamos de pronto a hablar demasiado y en tono excesivamente alto mientras nos movíamos de un lado para otro, disfrutando de las luces y de la calefacción reactivadas. La espera silenciosa, fría, había sido como un castigo.

El *Essene*, lento y majestuoso, vino a nuestro encuentro. Una vez que la flota herética hubo abandonado el sistema, Maxilla había salido de su escondite en la corona de la estrella y había enviado su señal.

En cuanto atracamos me dirigí directamente al puente donde Maxilla me saludó como a un hermano.

—¿Estamos todos vivos? —preguntó.

—De una pieza, aunque por un pelo.

—Lamento haber tenido que abandonarlos, pero ya vio usted las proporciones de la flota de combate.

—Espero que pueda decirme a dónde se dirigieron —dije tras asentir.

—Por supuesto —respondió. Sus astronavegadores no habían estado ociosos. El jefe del grupo salió de su anexo a un lado del puente abovedado y recorrió con un zumbido el mármol rojinegro del suelo hasta nosotros. Como todos los miembros de la tripulación, era esencialmente mecánico. Su componente orgánico, humano, que según mis suposiciones no debía pasar de un cerebro y algunos órganos clave, tenía su soporte tanto físico como biológico en un servidor de placa pulida esculpido con la forma de un grifo, cuyo cuello draconiano describía una curva hacia atrás de tal modo que su cara rematada por un hocico nos miraba directamente desde arriba. Flotaba sobre placas antigravitatorias incorporadas en sus alas de águila.

Se detuvo ante nosotros y proyectó desde su pico abierto un mapa holográfico. El mapa estelar era complejo e ininteligible para ojos inexpertos, pero encontré algunos detalles reveladores.

Los navegadores habían analizado la estela de disformidad dejada por la flota al partir y habían hecho numerosos cálculos algorítmicos. Los herejes estaban abandonando el subsector helicano, el propio espacio imperial, para dirigirse hacia los territorios estelares prohibidos de una raza conocida como los saruthi.

—Eso ya lo suponía, pero se trata de una zona muy considerable, más de una docena de sistemas. Necesitamos datos más específicos.

—Aquí —dijo Maxilla señalando un punto del rutilante mapa tridimensional con su mano enguantada—. En las cartas figura como KCX-1288. En condiciones óptimas, está a treinta semanas de aquí.

—¿Y cuál es el margen de error en esos cálculos?

—No superior a coma cero seis. La estela de disformidad de la flota era bastante considerable. Por supuesto siempre cabe la posibilidad de que interrumpan el viaje y tomen una nueva ruta, pero permaneceremos atentos a los cambios en dicha estela.

—Por supuesto —añadió—, supondrán que los vamos a seguir. Aunque crean que ustedes están muertos tienen que saber que tenían una nave estelar que los había traído hasta aquí. Una nave que no consiguieron encontrar.

Aquella idea también me había cruzado por la cabeza. Glaw y sus secuaces tenían que suponer que los perseguirían, o al menos que alguien informara de su paradero y de su destino. Ahora confiarían en su vigilancia, en su enorme poder de fuego y en su ventaja.

Yo ya tenía ocupado a Lowink en la preparación de un comunicado de emergencia para enviar a Gudrun y al comando de la Inquisición.

—¿Qué sabe usted de los saruthi y de su territorio?

—Nada —respondió—. Nunca he viajado allí.

Pensé que era una respuesta extrañamente breve para un hombre tan dado a la verborragia.

—O sea que —dijo por fin—, aparte de saber a dónde se dirigen ¿qué otra ventaja tenemos?

—Tenemos… —saqué del bolsillo de mi chaqueta el objeto que había tenido allí guardado desde que lo había sacado del baúl de Glaw en Qualm Septentrional. Maxilla se lo quedó mirando con absoluta perplejidad.

—… esto —le dije—. Es el Pontius.

Utilizamos una gran bodega vacía de las profundidades del *Essene*. Algunos de los servidores de Maxilla la habían equipado con iluminación y energía. Mis propios servidores, Modo y Nilquit, llevaron hasta allí el arcón con patas en forma de garra y lo colocaron sobre el frío suelo de acero.

Me quedé allí mirando, con las manos en los bolsillos del abrigo para protegerlas del frío del lugar. Aemos se inclinó sobre el arca y, con ayuda de Nilquit, empezó a conectar los cables. Miré a Bequin. Estaba junto a Fischig arrebujada en un pesado abrigo rojo y una bufanda gris, en su cara se veía una expresión de sombrío rechazo. Al principio todo le había parecido divertido, una especie de juego, incluso al enfrentarse al peligro en la Casa Glaw, pero Damasco lo había cambiado todo para ella. Al ver al monstruo Mandragore, supo que aquello ya no era un juego. Había presenciado cosas que la mayoría de los ciudadanos del Imperio no veían nunca. La mayoría de ellos pasa toda su vida en mundos seguros, a los que jamás llegan la guerra ni el horror ni las obscenidades que acechan ahí fuera, en las partes más oscuras del vacío. Todas esas cosas les llegan como mitos o como rumores en el mejor de los casos.

Pero ahora Bequin lo sabía. Tal vez eso la hiciera cambiar de idea. Tal vez no quisiera estar ya aquí. A lo mejor se estaba arrepintiendo de haber aceptado tan rápidamente la oferta que le había hecho.

No se lo pregunté. Ya me lo diría si tenía que hacerlo. Ahora estábamos todos demasiado comprometidos.

—¿Eisenhorn? —Aemos alargó las manos y yo deposité en ellas la bola oscura y fría del Pontius. Con un cuidado casi sacerdotal la colocó en su sitio.

Ordené que todos salieran de la bodega, incluso los servidores. Todos menos Bequin y Aemos. Fischig cerró la puerta al salir.

Aemos me miró y yo asentí. Hizo la conexión final y luego se apartó del arcón con toda la velocidad que le permitían sus miembros viejos y potenciados.

Al principio, nada. Pequeños testigos que se encendían en la parte exterior del arcón, el arcón de Eyclone, y el cableado interior que relucía.

Luego percibí un cambio en la presión del aire. Bequin me miró intensamente. También lo había sentido.

Las paredes metálicas de la bodega empezaron a sudar. Gotas de humedad empezaron a escurrirse por las placas de las paredes.

Se oyó un leve crujido, como el crepitar del papel en llamas. Se fue expandiendo y subiendo de tono. Se formó escarcha sobre el arcón, en el suelo a su alrededor y se fue difundiendo por toda la bodega, subiendo por las paredes, cubriendo el techo. Un espesor brillante de escarcha diamantina cubrió todo el interior de la bodega en menos de diez segundos. Nuestra respiración empezó a concentrarse y tuvimos que sacudirnos la nieve en polvo de las ropas y pestañas.

—Pontius Glaw —dije.

No hubo respuesta, pero después de unos instantes una serie de gruñidos y alaridos animales empezaron a llegar por los altavoces que el arcón tenía incorporados.

—Glaw —repetí.

—¿Qué…? —replicó una voz artificial. Bequin se puso tensa.

—¿Para qué me habéis despertado?

—¿Qué es lo último que recuerdas, Glaw?

—Promesas… promesas —dijo la voz sonando unas veces próxima y otras lejana como si se apartara del micrófono para volver luego a acercarse—. ¿Dónde está Urisel?

—¿Qué promesas te hicieron, Glaw?

—La vida… —murmuró—. ¿Dónde está Urisel? —ahora se percibía cierto enfado o impaciencia—. ¿Dónde está?

Empecé a formular otra pregunta, pero hubo un súbito destello de actividad, un crepitar de sinapsis electrónicas que se disparaban a través de la superficie de cristal de la bola. Había tendido hacia fuera los tentáculos de su mente, sus potentes poderes psíquicos. De no haber estado allí Bequin para anularlos, sin duda Aemos y yo habríamos muerto.

—Tranquilízate… —dije dando un paso hacia el arcón—. Yo soy Eisenhorn, inquisidor imperial. Eres mi prisionero y si disfrutas de función cognitiva es porque yo lo permito. Responderás a mis preguntas.

—No… lo… haré.

Me encogí de hombros.

—Aemos, desconecta esta amenaza y prepárala para su desintegración.

—¡Espera! ¡Espera! —la voz imploraba a pesar de su desabrida artificialidad.

Me arrodillé enfrente del arcón.

—Sé que tu vida y tu intelecto se conservaron en este artilugio, Pontius Glaw. Sé que llevas dos siglos esperando, atrapado en este estado incorpóreo, desesperado por recuperar tu integridad. Eso fue lo que te prometió tu familia ¿no es cierto?

—Urisel prometió… él dijo que sería así… que los métodos estaban preparados…

—Para sacrificara la nobleza de Hubris para poder insuflarte sus energías vitales a través de este arcón. Para darte el poder de crear un cuerpo.

—¡Lo prometió! —acentuó la segunda palabra con angustia y pesar.

—Urisel y los demás te han abandonado, Pontius. Abandonaron el proyecto de Hubris en el último momento para dedicarse a otra cosa. Ahora están bajo la custodia de la Inquisición.

—Noooo… —la palabra se convirtió en un susurro hasta desvanecerse —. No serían capaces…

—Seguro que no… a menos que se tratara de algo tan vital, tan irrenunciable que no tuvieran elección. Tú sabes lo que sería eso ¿verdad?

Silencio.

—¿Pontius?

—No los habéis capturado.

—¿Qué? ¿A quiénes?

—Mis hermanos, mi estirpe… Si los tuvierais no me estarías haciendo estas preguntas. Están libres, y tú estás desesperado.

—Te equivocas. Ya sabes cómo son estas cosas… tantas mentiras, tantas historias contradictorias. Tu penosa familia tratando de venderse los unos a los otros por su libertad. He venido a ti en busca de la verdad.

—No, es probable, pero no.

—Tú sabes lo que es, Pontius.

—No.

—Tú sabes de qué se trata. Ellos te despertaban de vez en cuando para mantenerte informado, te despertaban del olvido que te rodea en ese globo. Debajo de la Casa Glaw, por ejemplo, en aquella capilla que construyeron para contenerte. Yo te vi allí. Tú me sometiste con tu poder.

—Y volvería a hacerlo —dijo. Otra vez volvieron a circular chispazos de fuego por los dorados filamentos y la maraña de circuitos que encerraban el trozo de piedra semejante al cuarzo.

—Tú sabes lo que es. Te lo dijeron.

—No.

Cogí con la mano un haz de cables.

—Estás mintiendo —dije y arranqué los cables.

De los altavoces salió un breve quejido que fue desvaneciéndose. Las luces del arcón se apagaron. La temperatura y la presión del aire empezaron a subir otra vez y la escarcha empezó a disolverse.

—No sacamos mucho —observó Bequin.

—Es sólo el comienzo —respondí—. Tenemos treinta semanas.



DIECISIETE

DISCURSOS
ESPECULACIÓN SOBRE UN TEMA ASIMÉTRICO
TRAICIÓN

Todos los días visitaba la bodega acompañado de Bequin y Aemos y repetía el procedimiento. Durante varios días ni siquiera quiso responder. Después de una semana, aproximadamente, empezó a insultarnos y a proferir amenazas e imprecaciones. Cada tanto trataba de asaltarnos psíquicamente, coartado cada vez por la presencia intocable de Bequin.

Mientras tanto, el *Essene* volaba por el Immaterium hacia el distante grupo de estrellas.

A la cuarta semana, cambié de táctica y empecé a hablarle de cualquier cosa que se me venía a la cabeza. No le hice una sola pregunta sobre el genuino. Los primeros días no respondía, pero seguí mostrándome cordial y paciente en todas las sesiones. Por fin empezaron las conversaciones:

sobre navegación astral, sobre elevada música eclesiarca, sobre arquitectura, sobre demografía estelar, sobre armas antiguas, sobre buenos vinos…

No podía evitarlo. El aislamiento en que lo sumía su estado le hacía anhelar el contacto con un mundo real, vibrante. Estaba ávido de gustar, leer, ver y vivir otra vez. Yo no era su amigo y él seguía mostrándose cauto y dispuesto a insultarme a la primera ocasión, pero le gustaban nuestras conversaciones. Cuando, deliberadamente, falté un día, se quejó con amargura, como si se sintiera herido o decepcionado.

Por mi parte, tuve ocasión de comprobar lo peligroso que era Glaw. Su mente era brillante, atractiva, ingeniosa, incisiva y tenía un gran bagaje de conocimientos. Era un placer hablar con él y aprender de él. Era un recordatorio saludable de la calidad mental que puede robar el Caos. De entre nosotros, los más grandes, los más brillantes, los más cultos y eruditos, pueden caer presas de él.

Un día de la décima semana entré en la cámara con Bequin y Aemos, como de costumbre, y lo desperté, pero una sensación desusada me inquietó.

—¿Qué es esto? —pregunté. Me pareció que el arcón no estaba exactamente en el mismo lugar de siempre—. ¿Has estado aquí, Aemos? —pregunté—. ¿Aunque sea para hacer las comprobaciones de rutina?

—No —me aseguró. La bodega se cerraba, por supuesto, después de cada sesión.

—Entonces es mi imaginación —dije.

Nuestras conversaciones continuaron en el mismo tono agradable durante una hora poco más o menos todas las mañanas. A menudo hablábamos de la política imperial y de la ética, cuestiones sobre las que estaba sorprendentemente informado. Jamás divagaba, jamás se permitía expresar una creencia o un concepto que pudiese considerarse contrario a los principios del Imperio, como si se diera cuenta de que una admisión semejante forzosamente pondría fin a nuestra tregua. A veces le daba pie

para que lo hiciera, le ponía la zancadilla para que formulara una crítica o denunciara algo. Se resistía, aunque por momentos tenía la sensación de que estaba desesperado por expresar sus creencias contrarias. Pero primaba su necesidad de actividad y contacto. No quería correr el riesgo de perder nuestra interacción.

Era capaz de citar largos capítulos y versos de los textos imperiales de filosofía y poesía y del acerbo eclesiarca. Su erudición rivalizaba con la de Aemos, pero del mismo modo que se abstenía de condenarse con manifestaciones heréticas, también evitaba profesar lealtad al trono de oro. Dirigía nuestras conversaciones dentro de un campo subjetivo, no comprometido. No intentaba fingir ni representar el papel del ciudadano leal. Tenía la sensación de que esto expresaba su respeto por mí. No insultaba mi inteligencia mintiéndome.

Más que de política y de ética hablábamos de historia. También en este campo tenía conocimientos amplísimos, pero también noté, por primera vez, una ansiedad, una avidez. Nunca preguntaba directamente, pero estaba claro que se moría por conocer los pormenores de lo que había sucedido en los doscientos doce años que llevaba muerto. Era evidente que su familia le había contado muy poco. Hacía observaciones para sacarme respuestas. Yo le daba algunas y a veces contaba por propia iniciativa hechos importantes, cambios políticos y progresos imperiales. Había tomado la determinación de no mencionar ni derrotas ni pérdidas imperiales para no darle nada que le produjese regocijo. La idea que Pontius Glaw obtuvo a través de mí fue la un Imperio más fuerte y más vigoroso que nunca.

Aun así, encontraba en ello gran deleite. Eran atisbos preciosos de una galaxia de la que llevaba ausente mucho tiempo.

El resto de tiempo de aquel largo viaje lo dedicábamos a la preparación y el estudio, a la instrucción sobre el uso de las armas y la práctica del combate. Fischig tenía todas las tardes sesiones de entrenamiento en las que se dedicaba a fomentar la destreza y velocidad naturales de Bequin. Yo levantaba pesas en un improvisado gimnasio y corría diez kilómetros

diarios por los pasillos y corredores vacíos del *Essene*. Poco a poco iba recuperando mi plena forma física.

También ejercitaba mi mente. Un régimen disciplinado de ejercicios psíquicos, a veces con la ayuda de Lowink.

Aemos y yo estudiábamos muchísimo. Revisábamos todos los datos de archivo de que disponíamos siguiendo el rastro de los saruthi. Se sabía cuál era la extensión de sus territorios, pero prácticamente nada más. Sólo había habido un puñado de contactos de los que hubiera registro oficial en los últimos dos mil años. Me preguntaba cuánto sabrían sobre ellos los corsarios que navegaban trascendiendo los límites imperiales, hombres como Gorgone Locke.

Lo único que sabíamos con cierta seguridad era que los saruthi eran una antigua cultura xénica, aislada, secreta, que quedaba fuera de los confines del Imperio. Era una cultura muy avanzada en el aspecto tecnológico, madura y consolidada. Nada se sabía de sus creencias, de su lengua… ni siquiera de su aspecto físico.

—Al menos podemos conjeturar que tienen ciertas creencias religiosas o valores —me dijo Aemos—. O, cuando menos, tienen en gran estima algunas reliquias del pasado para algún fin simbólico o sagrado. Nuestros enemigos sólo excavaban ese material de Damasco porque sabían que tenía valor para los saruthi.

—¿Reliquias sagradas? ¿Iconos?

—O espíritus ancestrales —Aemos se encogió de hombros—, o simplemente el deseo de recuperar o repatriar vestigios materiales de su pasado.

—Y sabemos que su territorio fue más extenso en otra época, que llegaba hasta Damasco, aunque éste fuera sólo un destacamento remoto —intervino Lowink.

Estábamos sentados en torno a una mesa taraceada en uno de los aposentos de Maxilla. Sobre la superficie pulida de la mesa había profusión de libros abiertos, de rollos de papel, de placas de datos y de registro.

—Y Bonaventure —dije—. Las tumbas circulares. Bequin observó que el yacimiento de Qualm Septentrional le recordaba a su país de origen.

—Es posible —observó Aemos—, pero yo no soy un experto en arqueoxénica. Las tumbas circulares de Bonaventure están clasificadas como «manufactura xénica de origen desconocido» en todos los textos que he encontrado. No son más que uno de los cientos de yacimientos de reliquias no identificadas del subsector helicano. Rastros de una civilización saruthi desaparecida hace tiempo, o al menos reducida en su extensión… o los restos de muchas especies mixtas precursoras que camparon por sus respetos en esta parte del espacio antes de que el hombre llegara a él.

Dejé una placa de datos y cogí el objeto que estaba en el centro de la mesa, envuelto en fieltro. Era la única lápida antigua que había podido sacar de Damasco. La había sacado del cajón mientras negociábamos con Glaw, y la llevaba en la mano cuando abordamos el cúter. Al igual que las piedras extraídas de la mina de la montaña, estaba hecha de un material duro y pálido en el que brillaban trozos de mica y todos estábamos de acuerdo en que no era propio de Damasco. Además era de forma octogonal, aunque no regular ya que tenía dos lados especialmente largos. La parte posterior estaba quemada y mellada por acción de las herramientas con que la habían desprendido. El anverso tenía un símbolo tallado en bajo relieve, un sello en forma de estrella de cinco puntas. Pero también éste era irregular ya que las puntas de la estrella eran de largo desigual y sobresalían en distintos ángulos.

—De lo más extraño —dijo Aemos mirándola por enésima vez—. La simetría, al menos la simetría básica, es una constante en prácticamente toda la galaxia. Todas las especies, hasta las xénicas más obscenas como la de los tiránidos, tienen un principio de simetría.

—Hay algo raro en los ángulos —coincidió Lowink frunciendo su ceño hundido y enfermizo. Sabía a qué se refería. Era como si los ángulos de la estrella simbólica sumaran en total más de trescientos sesenta grados, por imposible que eso fuera.

—¿Quién ha estado aquí? —pregunté al comienzo de mi siguiente sesión con Pontius. Eché una mirada a las paredes cubiertas de escarcha. Bequin se encogió de hombros y se calentó las manos con el aliento. Aemos también parecía sorprendido.

—El arcón ha sido movido otra vez, sólo un poco. ¿Quién ha estado aquí?

—Nadie —respondió Pontius con su voz artificial y descolorida.

—No te dirigía la pregunta a ti, Pontius, sé que de ti no puedo esperar la verdad.

—Eso me hiere, Gregor —respondió en voz baja.

—¿Estás seguro de que no es tu imaginación? —preguntó Aemos—. Ya dijiste antes…

—Puede ser —dije con expresión preocupada—. Sólo tengo la sensación de que algo ha… cambiado.

Casi todas las noches cenaba con Maxilla, a veces en compañía de los demás, otras veces solos los dos. Una noche de la vigésimo quinta semana, estábamos solos ante la mesa del comedor mientras los servidores traían la comida.

—Tobius —dije rompiendo el silencio—, cuénteme sobre los saruthi.

Hizo una pausa y volvió a colocar el tenedor cargado de comida sobre el planto.

—¿Y qué quiere que le diga?

—¿Por qué afirmó que no sabía nada de ellos cuando le dije que nos dirigíamos a su territorio?

—Porque se trata de lugares prohibidos. Porque usted es un inquisidor y no se pueden admitir transgresiones ante alguien como usted.

Jugueteé con el borde de mi copa medio vacía.

—Hasta el momento usted me ha ayudado con buena disposición y con generosidad, Tobius. Al principio dudaba de sus motivaciones, y de ello me he disculpado ya. Ahora estoy convencido de que usted tiene tanta

voluntad de servir al Emperador de la especie humana como yo. Por eso me inquieta que ahora trate de ocultarme información.

Dejó a la vista sus dientes incrustados de madreperla y se enjugó los labios con la esquina de su servilleta.

—Pues a mí me inquieta mucho más, Gregor. Es algo que me atormenta, una crisis de conciencia.

—Es hora de hablar de ello, entonces —rellené las copas del vino que había en una jarra—. El conocimiento imperial sobre los saruthi es escaso y, como usted dice, prohibido. Estoy más que convencido de que los corsarios saben mucho más que nosotros sobre los sistemas exteriores y las especies que los habitan. Usted no es un corsario, pero pertenece a la elite mercante. Me parece poco creíble que nunca se haya topado con información sobre esta raza xénica.

—Cuando era joven —suspiró—, hace más de noventa años, viajé al espacio de los saruthi. Era un tripulante novel que viajaba en una nave corsaria llamada Prometeo. El armador era Vaden Awl. Supongo que habrá muerto hace ya tiempo. Ese sí era un verdadero corsario y estaba seguro de poder hacer un trato comercial con estos desconocidos, o al menos de despojarlos de sus tesoros.

—¿Y fue así?

—No. Recuerde que yo era joven. Jamás salía de las entrañas de la nave ni bajaba a la superficie de ningún mundo. Lo único que sabía era lo mucho que duraba el viaje. Los tripulantes mayores no soltaban palabra. Por lo que pude entender, les llevó mucho tiempo encontrara los saruthi, y cuando lo hicieron no fueron bien recibidos. El tercer oficial, un hombre al que conocía bastante bien, me confió que los saruthi les ponían trampas a los enviados comerciales de Awl, se ocultaban de ellos, los atormentaban.

—¿De qué manera?

—Sus mundos eran fantasmagóricos, desconcertantes, inquietantes… el oficial dijo que era algo relacionado con los ángulos.

—¿Los ángulos?

Rió amargamente y se encogió de hombros.

—Como si sus dimensiones estuviesen distorsionadas por algo maligno y retorcido. Después de un año, volvimos con las manos vacías. Muchos miembros de la tripulación dejaron el Prometeo a nuestro regreso, especialmente cuando Awl, que por entonces era ya un hombre enfermo y alterado, dijo que iba a volver a intentarlo. Yo también abandoné la nave entonces, pero sólo porque no podía soportar la idea de otro año allí encerrado.

—¿Y Awl?

—Él volvió. Al menos eso supongo. Algunos años más tarde oí que su nave había sido apresada en los Confines Boreales por renegados eldar. Y eso es todo. Tal vez se dé cuenta del motivo por el que no le conté antes estas cosas… porque no hay nada útil que contar. Lo único que habría conseguido era incriminarme al reconocer que había trascendido los límites.

Hice un gesto afirmativo.

—En el futuro no me oculte información.

—No lo haré.

—Y si llegara a recordar algo más…

—Se lo diría enseguida.

—Tobius —dije tras una pausa—, dice usted que el viaje del Prometeo fue largo e infructuoso y que los miembros de la tripulación fueron atormentados por los seres con los que se encontraron. ¿No le inspira a usted recelos la perspectiva de volver allí?

—Claro que sí —sonrió un poco forzadamente—, pero estoy obligado a servir a un agente del Emperador, y lo haré sin rechistar. Además, tengo cierta curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Quiero ver a los saruthi con mis propios ojos.

Tendría que hablar de los sueños.

No me molestaron excesivamente durante el viaje, pero persistían, aunque no todos los días. Pocas veces soñaba específicamente con el bello

hombre de la mirada vacía, pero estaba presente de una manera indirecta en otros sueños, como observador, sin hablar.

Siempre llegaba acompañado de fogonazos, más próximos en cada sueño.

Al amanecer del tercer día de la vigésimo novena semana, me desperté silenciosamente y abandoné mi habitación encaminándome a la zona de la bodega en la que estaba encerrado Pontius. Faltaban unas buenas cuatro horas para que empezara nuestra conversación diaria.

Me introduje en un pasadizo de servicios que había junto a la bodega y me arrastré hasta llegar a una rejilla de circulación desde la que se veía abajo la bodega.

Había escarcha en la rejilla.

Abajo se veía una figura agazapada junto al arca, envuelta en mantas e iluminada sólo por una lámpara de mano. Las luces del techo estaban apagadas.

Pontius estaba despierto. Lo supe por la escarcha y porque además se podían ver los diminutos chispazos de las sinapsis y se oía el murmullo de su voz.

—Cuéntame sobre las Guerras Fronterizas, las que mencionaste la última vez. ¿Dijiste que había habido muchas bajas imperiales?

—Yo te cuento mucho y tú me cuentas muy poco —replicó la figura—. No fue ése nuestro acuerdo. Dije que te ayudaría en secreto si tú me ayudabas a mí. Poder, Pontius, información. Si quieres que te represente, necesito una prueba de confianza. ¿Cómo podré comunicar tu voluntad a tus aliados si no sé nada del genuino?

Una pausa.

—¿De qué se trata? —insistió la figura—. ¿Qué es lo que está en juego? ¿Es algo muy valioso?

Otra pausa.

—Deberías irte antes de que te descubran. Eisenhorn sospecha algo.

—Dímelo, Pontius. Ya estamos llegando. Sólo quedan unos cuantos días. Dímelo para que pueda ayudarte.

—Te lo diré. El Necroteuco. Eso es lo que andan buscando, Alizebeth.



DIECIOCHO

KCX-1288A LA LUZ DE LA ESTRELLA PLUMA
EN EL INTERIOR DE LA HERIDA
LA EQUIVOCACIÓN

Al primer día de la trigésimo primera semana, apenas un día antes de lo que había calculado Maxilla, el *Essene* volvió al espacio real en las profundidades del sistema designado KCX1288. El peligro nos salió al encuentro casi de inmediato.

La estrella local era una bola de fuego enorme, hinchada, palpitante que afrontaba con dificultad sus últimos millones de años de vida. Estaba distendida, había perdido su forma esférica y resplandecía con un malévolo fuego rosado por debajo de una corteza en fase de enfriamiento formada por jirones negros, como si una putrefacción afectara su piel granulosa. Por su superficie ampliada soplaban vientos huracanados que arrojaban al sistema gotas de materia estelar. Una inmensa columna de humo en la que se mezclaban gas y materia salía de la grotesca estrella,

casi de una longitud de un año luz. Parecía una enorme pluma luminosa clavada en el cuerpo blando de aquel sol.

Desde nuestra llegada al punto de traslación, en el puente empezaron a sonar sirenas y alarmas. Los niveles exteriores de radiación era casi incalculables, y nos movíamos y cabeceábamos entre oleadas de desechos estelares. Todo el sistema estaba infestado de bancos radiactivos a la deriva, nubes de cenizas, trozos de materia incandescente y anomalías magnéticas. Nuestros escudos estaban a pleno rendimiento, y a pesar de ello sufríamos daños.

Maxilla no decía nada, pero fruncía el ceño en actitud reconcentrada mientras guiaba la nave bamboleante por su peligrosa trayectoria, tratando de esquivar los pozos de gravedad y las zonas radiactivas.

—Se está desmoronando —dijo Aemos examinando la pantalla principal de proyección y las barras de datos que llenaban la pantalla—. Todo el maldito sistema está próximo al colapso.

—¿Algún rastro de ellos? —le preguntéa Maxilla.

—Debemos ir pisándoles los talones. Nos llevaban medio día de ventaja a lo sumo. Maldita interferencia. Espere…

Dijo algo que no pude oír con toda aquella barahúnda.

—¡Repita, por favor!

Maxilla desconectó las sirenas. Las sacudidas seguían y ahora podíamos oír los gemidos y crujidos del casco del *Essene* bajo la tensión a la que estaba sometido. Señaló la pictoplaca que supervisaba el funcionamiento de los sensores del *Essene*.

—Estoy captando la estela de su trayectoria y el desplazamiento gravitacional, pero en estas condiciones se hace realmente difícil leerlas con precisión. Ahí… —dijo apoyando un dedo enguantado sobre la placa —. Indudablemente ésa es una estela, pero ¿cómo se explica?

Sacudí la cabeza, yo no soy marino.

—Se han dividido —dijo Midas mirando por encima de nuestros hombros—. La parte principal se ha quedado rezagada, tal vez fuera del sistema, a una distancia segura, y un grupo más reducido ha seguido adelante. Un grupo compuesto por unas cinco naves, tal vez seis.

—Ésa es también la lectura que yo hago —coincidió Maxilla—. Una división de la flota. Yo diría que no quieren correr el riesgo de enviar sus naves más grandes al interior de esta vorágine.

—Me pregunto por qué —murmuró Bequin mientras observaba el amenazante torbellino en la pantalla principal.

—Olvidémonos de los que se han rezagado. Sigamos al grupo que se adentra en el sistema —dije.

—Yo aconsejaría… —empezó Maxilla.

—¡Hágalo!

Con ayuda de sus servidores de navegación, ajustó la trayectoria del *Essene* y siguió la estela del grupo más reducido hacia el interior del sistema.

—¡Ahí! ¡Ahí, miren! —exclamó Maxilla de pronto, ajustando una pantalla secundaria para ampliar una imagen. Estaba lejos, pero pudimos ver la forma de un crucero imperial moviéndose en un halo de energía que se disipaba lentamente.

—Sin duda una de las naves de Estrum rodeada por tormentas de meteoritos. Se encontraron con problemas en cuanto apuraron la marcha.

El *Essene* experimentó otra sacudida.

—¿Y qué me dice de nosotros? —pregunté.

Maxilla intercambió opiniones con Betancore. Se produjo una sacudida especialmente violenta y las luces principales se apagaron durante un segundo.

—Tenemos que buscar refugio —fue la respuesta sincera de Maxilla.

Según la lectura de los atónitos y saturados sensores del *Essene*, en el sistema había quince planetas y millones de planetoides fragmentados, la mayoría de ellos, ascuas de roca desgastada que iban quemando energía. Nuestra trayectoria nos llevaba directamente a uno de los mundos interiores, el tercero por su tamaño. Era una bola costrosa, ruinosa, semidestrozada, con restos de una atmósfera azulada y arremolinada. Su hemisferio norte estaba cubierto de cráteres; algunos impactos habían sido tan fuertes que habían abierto la corteza dejando ver por debajo el núcleo incandescente, como un cráneo abierto por devastadoras heridas. Ante

nuestros ojos los meteoros surcaban la superficie e impactaban sobre continentes enteros incinerándolos.

Nos abrimos camino por la convulsa trama del espacio dejando atrás lunas de sangre y nubes de polvo aborregadas y estriadas. Una gran sábana de fuego estelar se abatió sobre nosotros desviando ostensiblemente a la nave de su curso y arrojando trozos plateados de roca y hielo sobre nuestro casco.

—¡Es una locura! —gritó Fischig—. ¡No pueden haberse metido aquí! ¡Esto es la muerte!

Maxilla me miró como si esperaba que yo coincidiera con el purificador y decidiera interrumpir la persecución por el bien del *Essene*.

—¿Está seguro de su rastro?

Flexionando las manos sobre los controles, Maxilla tragó saliva y asintió.

—Pues allá vamos entonces, hasta cualquier refugio que pueda proporcionarnos el volumen del planeta. Al menos cerciorémonos de que están muertos antes de irnos.

El descenso tardó veinte minutos, ninguno de ellos transcurrió con tranquilidad y nada nos decía que fuéramos a llegar al siguiente. Quise aprovechar el tiempo para que Lowink o los astrópatas de Maxilla comprobaran la aproximación de las fuerzas enviadas desde Gudrun, siguiendo mis instrucciones dadas treinta semanas antes para que se encontrasen con nosotros aquí, pero era imposible. La distorsión estelar hacía imposible la astrotelepatía.

Proferí una maldición.

Nos lanzamos en un descenso empinado hacia el lado oscuro del planeta herido. Explosiones ígneas consumían las masas de tierra perforadas por los cráteres en la oscuridad de allí abajo, y las tormentas amoniacales alcanzaban unas proporciones huracanadas. Incluso aquí, con el planeta interpuesto entre nosotros y el convulsivo sol, el viaje fue difícil y accidentado. Durante un segundo, vimos al pasar los restos de otra nave

de la flota de Estrum hecha trizas. Un mundo de muerte, un sistema de muerte.

—Nuestros enemigos deben haber cometido un error —dijo Aemos sujetándose al borde de una consola para estabilizarse—. Los saruthi no pueden estar aquí. Si alguna vez habitaron este sistema, tienen que haberlo abandonado hace tiempo.

—Sin embargo —insistí—, la vanguardia de la flota herética sigue adelante con gran determinación y empeño.

El *Essene* seguía descendiendo, acercándose más de lo que es habitual a un cuerpo planetario. Sólo quedaban jirones de atmósfera, y Maxilla se aferraba a la superficie deteriorada, sobrevolando la roca desnuda a apenas diez kilómetros de altura. Una lluvia de estrellas fugaces pasó a nuestro lado.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Maxilla ajustó sus sensores y la resolución de la pantalla. Una herida enorme en la corteza del planeta se abría ante nosotros. Tenía mil kilómetros de ancho; un reborde semejante a un acantilado de roca desplazada por el impacto y una vasta cavidad por debajo.

—Los sensores no pueden identificarlo. ¿Es eso daño meteórico?

—Es posible, producido por un impacto en ángulo —dijo Aemos.

—¿Entraron o siguieron de largo? —pregunté.

—Entraron —respondió Maxilla con incredulidad.

—¿Entraron? ¿Entraron ahí?

Aemos estaba inclinado sobre el servidor del puesto de sensores.

—La estela llega a su punto culminante y desaparece aquí. O se pulverizaron en masa o entraron.

Miré a Maxilla. El *Essene* volvió a sacudirse al caer en un pozo de gravedad, y las luces del puente se apagaron otra vez.

—Esta es una nave estelar —dijo—, no está hecha para aterrizar en superficie.

—Lo sé —repliqué—. Las que ellos llevan tampoco. Ellos cuentan con más información que nosotros… y han entrado.

Sacudiendo la cabeza, Maxilla dirigió al *Essene* hacia el interior de la vasta herida.

La falla era oscura y no tenía límites según la lectura de los sensores, aunque en mi opinión los sensores no servían de nada en esta situación. Un reflejo rojo apagado alivió la oscuridad a lo lejos. Las violentas sacudidas habían cesado, pero el casco seguía crujiendo y protestando por la tensión gravitacional.

Tuvimos la súbita impresión de estar atravesando una especie de estructura, luego otra, y otra más. La pantalla mostró la cuarta antes de que pasáramos por debajo de ella: un aro o arco angular de ochenta kilómetros de ancho. Más allá de ése, otros más de la serie se levantaban a nuestro alrededor mientras avanzábamos, como si estuviéramos pasando por dentro de una gigantesca caja torácica.

—Son octogonales —dijo Aemos.

—E irregulares —añadí.

No había dos arcos iguales, aunque tenían la misma forma y falta de simetría que sus compañeros: la forma que ahora asociamos sin dudar con los saruthi.

—Esto no puede ser natural —dijo Maxilla.

Seguimos internándonos en la falla por debajo de los arcos ciclópeos. Pasamos por unos doce, y luego otros doce más.

—Fuentes luminosas al frente —anunció un servidor.

Un resplandor verdoso y apagado empezó a tomar cuerpo a lo lejos, al final de la avenida de arcadas octogonales.

—¿Seguimos? —preguntó Maxilla. Asentí.

—Envíe un zángano señalizador a la superficie.

Un momento después, la pantalla trasera reveló a un pequeño zángano servidor abriéndose camino por el vasto canal hacia la superficie, con sus luces parpadeantes.

Por fin superamos la última arcada. Otra trepidación y a continuación nos encontramos navegando en calma mientras nos adentrábamos en una

verde luminosidad suave y pálida.

El lugar donde nos encontrábamos, fuera lo que fuera, no parecía tener techo, aunque no cabía duda de que estábamos dentro de la cavidad planetaria. Sólo una brumosa luminosidad verde y, por debajo, una etérea alfombra de nubes.

Había desaparecido todo vestigio de turbulencia. Eramos como un barco navegando en medio de la calma chicha.

La atmósfera del lugar, que la lógica procuraba demostrar que era la corteza de un planeta, era poco densa e inerte, un vapor vagamente amoniacal. Ninguno de nosotros era capaz de explicar la fuente de la penetrante luminiscencia ni el hecho de que el *Essene* se encontrara tan a sus anchas en su ancla gravitatoria en medio de aquella serena quietud. Tal como Maxilla había indicado, no era una nave transatmosférica y debería haber resultado imposible estabilizarse en este cuerpo casi planetario sin sufrir graves daños debido a la tensión.

Por los registros de su sistema, el *Essene* daba la impresión de haber atravesado las perniciosas tormentas estelares del KCX-128 8 hasta llegar a este puerto seguro.

Aparte de los daños producidos por impactos menores, sólo había dos de los sistemas de la nave que no funcionaban. Los sensores estaban ciegos y no indicaban nada más que ecos extraños e inertes. Además, todos los cronómetros de la nave se habían parado, excepto dos que corrían hacia atrás.

Betancore y Maxilla estudiaron el retorno imperfecto de los sensores y entonces llegaron a la conclusión de que había tierra de alguna clase debajo de donde nos encontrábamos nosotros, más allá del banco de nubes. Calculamos que estaría a unos seis kilómetros directamente por debajo, aunque en esta falla vaga, brumosa, era difícil saberlo.

Si los herejes de Glaw estaban aquí, no habían dejado ni rastro, pero con nuestros sensores tan interferidos, su flota de vanguardia podría estar anclada al otro lado de las nubes.

Poco después descendíamos al banco de nubes desde el *Essene* en el cúter. Todos nos habíamos puesto trajes de vacío con armadura rígida de los armarios de Maxilla. Lowink, Fischer, Aemos y yo nos movíamos por la sala de la tripulación tratando de acostumbrarnos al peso y al volumen de los trajes.

Bequin estaba en la cabina con Betancore, observando cómo nos llevaba hacia abajo. También ellos se habían agenciado trajes de vacío, y ella se estaba sujetando el pelo para que no interfiriera con el sello del casco.

—Buena caza, inquisidor —llegó la voz crepitante de Maxilla desde la altura del *Essene*.

—Él estará allá abajo ¿verdad? —preguntó Bequin, y supe que se refería a Mandragore.

—Es probable. Él… y sea lo que sea todo esto.

—Bueno, usted oyó lo que dijo Pontius —replicó.

Cómo no iba a oírlo. El Necroteuco. Uno no olvida una palabra como ésa cuando la ha escuchado una vez. Ella había tardado semanas en ganarse la confianza de su prisionero incorpóreo, pero lo había conseguido con paciencia y una dosis muy medida de teatralidad. Había sido un riesgo permitirle ir sola a ver a Pontius. Me había asegurado que podría hacerlo y no se había equivocado.

El Necroteuco. Si Pontius Glaw no mentía, nuestra empresa se hacía ahora mucho más imperiosa. Yo me había preguntado qué podría ser tan valioso, tan importante como para galvanizar así a nuestros enemigos, como para hacerles arriesgar tanto. Ahora tenía la respuesta. Según la leyenda, la última copia existente de aquella obra abominable había sido destruida hacía ya milenios, pero, por algún medio, en épocas antiguas, una copia había ido a parar a manos de los saruthi. Y ahora se disponían a vendérsela a los herejes de Glaw.

Descendimos a través de las nubes y vimos la tierra que había abajo: una gran extensión ondulada de polvo que llegaba hasta lo que parecía un mar. El líquido se encrespaba y rompía a lo largo de una costa curva de cien kilómetros de largo. Todo era de un color verde desvaído, bañado por la luz que atravesaba las etéreas nubes. Todo estaba rodeado de una suavidad brumosa, como si estuviera desenfocado. Parecía interminable, apagado, lento. Había una calma, una sensación etérea que era a un tiempo tranquilizador a y desconcertante. Hasta el movedizo mar parecía lánguido. Me recordaba a la costa de Tralito en Caelum Dos, donde, hacía unos años, había pasado un verano recuperándome de unas heridas. Leguas interminables de dunas de mica, el mar tranquilo, el aire balsámico, nebuloso.

—¿De qué extensión? —le preguntéa Midas.

—¿De qué extensión qué? —me replicó.

—Este… lugar.

Señaló los instrumentos.

—No puedo saberlo. Cien kilómetros, dos… tres… mil.

—¡Tienes que tener algo!

Se volvió a mirarme con una sonrisa en la que había preocupación.

—Los sistemas dicen que no tiene fin. Lo cual es imposible, por supuesto. Por eso pienso que los instrumentos están averiados. De todos modos no me fío mucho de ellos.

—Entonces ¿de qué te vales para volar?

—De mi ojo… o del fondillo de mis pantalones. Lo que te tranquilice más.

Seguimos la leve curva de la interminable bahía durante unos diez minutos. Por fin surgieron algunos detalles que vinieron a romper aquella uniformidad anónima.

Una hilera de arcos octogonales salían de la arena a algunos cientos de metros de la costa y corrían paralelos al agua. Cada uno de ellos tenía unos cincuenta metros de ancho, en todo menos en la escala eran iguales a los

arcos que habíamos atravesado con el *Essene*. Se extendían en la distancia hasta donde podíamos abarcar con la vista en aquella niebla verde.

—Llévanos a la superficie.

El cúter se posó sobre la blanda arena polvorienta a medio kilómetro de la orilla, sellamos los cascos y nos aventuramos a salir al exterior.

La radiación superaba a lo que habíamos pensado ya que las portillas del cúter tenían cristales tintados. Bajamos los cristales marrones de nuestros visores para no quedar deslumbrados.

Detesto los trajes de vacío. La sensación de estar acolchado y constreñido, el movimiento laborioso, el sonido de mi propia respiración en los oídos, el chasquido esporádico del intercomunicador. El traje me aislaba de todos los ruidos del exterior y lo único que oía era el crujido de mis propios pasos sobre la arena fina y seca.

Nos dirigimos al borde del agua desplegados. El único que no iba armado era Aemos.

Se parecía a un mar. Agua verde que se volvía blanca en las rompientes.

—Amoníaco líquido —dijo Aemos cuya voz llegó crepitante a través del enlace de voz.

Había algo extraño.

—¿Te has fijado? —me preguntó.

—¿En qué?

—Las olas parten de la orilla.

Volví a mirar. Era evidente y se me había escapado. El líquido no llegaba a la orilla para romper allí, sino que desde la orilla se retiraba y se replegaba.

Era escalofriante. Tan simple. Tan ilógico. Mi confianza empezó a flaquear. Tenía ganas de despojarme de aquel traje claustrofóbico y gritar. Y lo hubiera hecho de no haber sido por las luces rojas de advertencia del lector de atmósfera que llevaba incorporado al puño izquierdo de mi pesado traje.

¿Qué había sido lo que había dicho Maxilla? ¿Que los saruthi habían atormentado a los hombres del Prometeo? Por un momento me pregunté si el comportamiento antinatural del mar sería obra suya… ¿cómo podía ser? Pero comprendí lo que podría haberles hecho ese tormento insidioso, angustioso.

Fischig y Betancore se habían acercado al primero de los arcos. Los seguí con la mirada y los vi empequeñecidos por la estructura asimétrica. El siguiente estaba a trescientos metros de distancia y daba la impresión de que estaban colocados a una distancia regular, pero por lo que pude observar cada uno de ellos tenía una irregularidad peculiar a pesar de ser idénticos su tamaño y sus proporciones.

Bequin se había arrodillado en la orilla apartando suavemente la arena con su mano enguantada. Había descubierto lo que tal vez era el detalle más angustioso de todos.

Bajo la arena, a unos centímetros de la superficie, el suelo estaba embaldosado. Era de mosaico, formado por piezas octogonales como las que habíamos descubierto en el suelo de la mina de Qualm Septentrional. También en este caso encajaban a la perfección, de una manera inverosímil atendiendo a su forma.

A medida que descubría más mosaicos, mayor era la cantidad de arena que apartaba Bequin.

—Déjalo —le dije—. Creo que es mejor para nuestra salud mental no tratar de descubrir si abarcan toda la playa.

—¿Es posible que todo esto sea… artificial? —preguntó la chica.

—No es posible —dijo Aemos—. Puede ser que los mosaicos y los arcos formen parte de alguna estructura antigua, abandonada hace tiempo y que desde entonces esto haya sido inundado y cubierto de polvo… como consecuencia de… de…

Lo que decía no era nada convincente.

Me acerqué a Fischig y Betancore y me puse a examinar con ellos el primero de los arcos. Estaba hecho de aquel metal extraño, desconocido, que habíamos visto en Damasco.

—¿Qué sabemos? —preguntó Fischig.

—Bueno, detesto decir lo que es evidente —respondió Aemos desde otro punto de la playa—, pero la última fila de estos arcos que encontramos formaba un paso deliberado que condujo al *Essene* hasta aquí dentro. ¿Deberíamos suponer que éstos sirven al mismo propósito?

Di un paso y atravesé la forma enorme y elevada del primer arco.

—Vamos —dije.

Anduvimos durante veinte minutos según mis cálculos. Digo según mis cálculos, porque todos nuestros cronómetros estaban parados. Al cabo de algunos minutos empezamos a oír unos estampidos distantes y repetitivos. Era un retumbar casi subsónico, como un trueno que desde algún lugar se extendiera sobre el mar. O al menos eso parecía. Se oía aproximadamente cada medio minuto. Se producían largos intervalos de silencio, y cuando empezábamos a pensar que había sido el último, se oía uno nuevo. Lo mismo que el crujido de nuestras pisadas, nos llegaba a través de los trajes, incluso si apagábamos nuestros circuitos auditivos.

Me comuniqué con Maxilla.

—¿Ha oído eso?

Ruido de fritura y ninguna respuesta inmediata. Luego, una ráfaga inesperada de transmisión. La voz de Maxilla:

… de acuerdo con sus instrucciones, Gregor, pero no va a resultar fácil. Repita… ¿qué fue lo que dijo sobre Fischig?

—¡Maxilla! ¡Repita! —pero su voz seguía sonando, diciendo cosas incoherentes. No era una respuesta. Sólo recogía su voz. Sentí que un escalofrío me subía por la espalda.

Más corriente estática.

—¡Dígale a Alizebeth que estoy de acuerdo con eso! ¡Ja! Luego nada más.

Miré a los demás. A través de sus visores tintados sus caras tenían una expresión fantasmagórica.

—¿Qué… qué era eso? —murmuré.

—¿Un eco? —sugirió Aemos—. Algún tipo de transmisión causada por alguna anomalía de la atmósfera y él…

—No es una conversación que haya mantenido jamás.

Otra estampida se propagó por la costa seca, tenuemente iluminada.

Después de los veinte minutos que había calculado, pasamos de repente a través del último arco. Todos hicimos un alto. Ante nosotros, la tierra se elevaba en una pendiente más marcada formando colinas y elevaciones bajas. Allí el terreno era más oscuro, inhóspito. La luz era más apagada, y el cielo adquirió una tonalidad verde oscura que se hacía casi negra por encima de las colinas.

—¡Allí… todavía hay más! —exclamó Fischig—. ¡Hay más arcos!

Tenía razón. La columnata octogonal había desaparecido tras atravesar el último arco. Retrocedí, imaginando que tal vez desde el otro lado reaparecerían los arcos. Pero no era así. Los estampidos continuaban.

Nos dirigimos hacia las montañas. Por nuestras unidades de voz silbaban las descargas estáticas.

—Transmisiones —dijo Lowink tratando de reajustar sus canales de voz—. No puedo sintonizarlos, pero son mensajes. Mensajes militares que van y vienen.

Era posible que fueran los nuestros.

—¡Mirad! —dijo Betancore señalando hacia atrás. Más allá de la orilla y de la línea de los arcos que se perdía en la distancia, dos fragatas imperiales y una antigua nave mercante no estándar flotaban en sus anclas gravitatorias.

—¿Cómo es posible que no los hayamos visto cuando pasamos?

—No lo sé, Midas. A estas alturas ya no estoy seguro de nada.

Al volverme hacia el resto del grupo vi que Aemos se desprendía el casco.

—¡Aemos!

—Tranquilízate —dijo, descubriendo su anciana cabeza arrugada. Con el ancho aro de cierre abierto parecía una tortuga que asomase la cabeza a

través de su caparazón. Levantó el brazo izquierdo y me señaló el lector de atmósfera. Las luces estaban verdes.

—Atmósfera humana perfecta —dijo—. Un poco fría y estéril, pero perfectamente humana.

Todos abrimos nuestros cascos y nos los quitamos. Sentí el aire helado en la cara, pero fue un gusto poder prescindir de los trajes. El aire no olía a nada, absolutamentea nada. Ni a sal ni a amoníaco ni a polvo.

Nos ayudamos los unos a los otros a sujetar los cascos a nuestras mochilas. Los estampidos se oían más apagados y distantes ahora que no resonaban en la oquedad de los cascos. Podíamos oír las pisadas de los demás, la respiración de los demás, el ir y venir de las olas. Me llegó de repente el perfume de Bequin. Era tranquilizador.

Me puse al frente del grupo y empezamos a subir la cuesta lentamente. Ahora que me había despojado del casco, me daba cuenta de que si nuestra marcha resultaba pesada era sobre todo por los trajes. Algo hacía difícil calcular la distancia y la profundidad. De vez en cuando teníamos algún tropiezo. Todo el lugar parecía totalmente equivocado.

Dimos con ellos de forma totalmente repentina. La reanudación súbita del tráfico de voz fue la única advertencia. Nuestros altavoces cobraron vida simultáneamente.

—¡Rápido! ¡Moveos! ¡Segmento dos!

—¿Dónde estáis? ¿¡Dónde estáis!?

—¡Cubriendo por la izquierda! ¡Es una orden! ¡Cubriendo por la izquierda!

—¡Los tengo detrás de mí! Están detrás de mí y no…

Una descarga de corriente estática.

Al frente, descendiendo por las pendientes de las oscuras colinas vimos soldados. Llevaban las armaduras rojas y doradas de combate de la Guardia Imperial. Fusileros gudrunitas.

—¡A cubierto! —ordené. Nos refugiamos entre el relieve de las dunas y preparamos las armas.

Eran sesenta o más que corrían hacia nosotros ladera abajo.

No guardaban ningún orden. Huían. En medio de ellos un oficial agitaba los brazos y gritaba, pero nadie le hacía caso. Muchos habían perdido los cascos y los rifles.

Un segundo después, sus perseguidores llegaron a la cima y cayeron sobre ellos por detrás. Tres motos negras, blindadas con el escudo de la seguridad naval y tras ellas una línea de treinta soldados con sus características armaduras negras, ordenados, disciplinados, marchando en una línea espaciada, disparando sus armas antiabominación contra los soldados que huían en desbandada. Las motos les pisaban los talones, barriendo las dunas con el fuego de sus cañones. Los disparos lanzaban al aire columnas de polvo y los cuerpos deshechos de los hombres. Un segundo más tarde los tres vehículos nos pasaron por encima a toda velocidad disparando desde el aire sobre el mar amoniacal y girando para hacer otra pasada.

Algunos de los gudrunitas respondían a los disparos, y vi a un soldado trastabillar y caer, pero había una falta absoluta de coordinación y de control.

—¡Qué infierno! ¿Seguimos ocultos?

—No tardarán en vernos —dijo Fischig deslizando el alimentador del cargador de su ametralladora pesada.

Las perspectivas eran espantosas, y desde el incidente a bordo del *Essene* sentía un rechazo patológico por los soldados de negra armadura.

Y sin embargo…

Saqué mi pistola automática pesada, se la di a Aemos y preparé la carabina láser que llevaba sujeta en mi mochila. Bequin sacó sus propias armas, un par de pistolas láser. Lowink y Midas ya empuñaban sus armas de fuego, una carabina láser y un rifle de agujas glaviano respectivamente.

—Atención a las tropas —les dije a Fischig, Lowink y Bequin—. Haz lo que puedas Aemos. Midas, ya tenemos encima a los que huyen.

Avanzamos arrastrándonos entre las dunas y empezamos a disparar. El arma pesada de Fischig disparó y dio contra la cresta de la cadena

montañosa levantando polvo. Después ajustó el alcance y derribó a tres de los corpulentos soldados.

Oí el retroceso de la carabina de Lowink y Aemos disparó vacilante su pistola automática.

Bequin me dejó boquiabierto. Había aprovechado bien las treinta semanas de viaje, y era evidente que Midas le había dado una buena instrucción. Con una pistola láser en cada mano lanzó un grito de batalla y derribó con sus disparos certeros a otros dos soldados.

Los soldados frenaron su avance implacable al darse cuenta del súbito cambio de la situación. Los gudrunitas que huían en desbandada también vacilaron, y algunos de ellos, incluido el oficial, se volvieron y empezaron a hacer frente a sus perseguidores. Yo ya había contado con esto, no nos podíamos enfrentar solos a ellos. Había confiado en que nuestra repentina intervención diera nuevas fuerzas a los guardias.

A pesar de todo, muchos seguían huyendo.

Un feroz fuego cruzado se entabló en la cumbre entre los perseguidores que se habían detenido allí y los gudrunitas de abajo que ahora les plantaban cara. Lowink, Aemos y Bequin avanzaron para apoyarlos.

Las motos hicieron otra pasada lanzando una nueva andanada sobre la costa.

Betancore puso una rodilla en tierra, levantó su arma exótica y disparó. El largo cañón vibró y produjo un sonido semejante a un grito ahogado. La metralla explosiva impactó sobre el vehículo más próximo cuando pasaba por encima de nuestras cabezas y lo hizo estallar en pleno vuelo.

Los restos en llamas se esparcieron por la arena.

Yo intenté derribar al segundo con mi carabina. Estaba girando para atacarnos de frente, y eso le restaba velocidad. Mis disparos erraron el blanco o rebotaron sobre el blindaje. Cuando su cañón pesado empezó a disparar, pulverizando la arena en una trayectoria que venía directa hacia mí, alcancé al piloto a través de su visor.

Sin dejar de disparar, se precipitó a la playa cayendo a unos cincuenta metros por detrás de mí. Dio un bote, se partió, golpeó otra vez contra el

suelo y se estrelló en la rompiente lanzando al aire una lluvia de fragmentos que produjeron otros tantos chapoteos.

El tercer speeder hizo un viraje y en otra pasada mató a seis gudrunitas que huían y que eran blancos fáciles sobre la arena. Midas disparó sobre él con su arma mientras le pasaba por encima, pero erró. Volvió a disparar y lo alcanzó en la parte trasera incendiándola. No sé a qué le dio, si a la tripulación o al sistema de control, pero el caso es que siguió su marcha, atravesó la playa en dirección al mar y siguió adelante, sin parar, hasta que se perdió de vista.

Seguimos subiendo la ladera, ahora entre los gudrunitas. Todos ellos iban desaliñados. Ninguno tenía más de veinticinco años. Al ver el daño que habíamos infligido al enemigo dieron vivas imaginando, quizá, que formábamos parte de alguna fuerza de rescate más numerosa.

En la cumbre caían los últimos soldados. Fischig cargó contra ellos, disparando su ametralladora, y una docena de gudrunitas se sumaron a él, ansiosos de acabar con sus perseguidores.

El fuego duró allí otros dos minutos. Fischig perdió a dos de los gudrunitas que lo acompañaban, pero se aseguró de que no sobreviviera ninguno de los enemigos. Recuerdo haber pensado que las fuerzas de seguridad habían despojado al ejército de un buen soldado con el purificador Fischig.

Fui en busca del oficial gudrunita mientras sus hombres caían al suelo exhaustos y aliviados. Algunos sollozaban. Todos parecían asustados. El humo de la batalla bajaba desde la cima en el aire inerte.

El oficial, un sargento, no era mayor que sus hombres. Había tratado de dejarse la barba, pero su vello facial no estaba a la altura. Me hizo el saludo militar antes incluso de que le hubiera mostrado mis credenciales, y luego cayó de rodillas.

—Levántese.

Así lo hizo.

—Soy el inquisidor Eisenhorn. ¿Y usted es…?

—Sargento Enil Jeruss, segundo batallón, 50.º de Fusileros Gudrunitas, señor. ¿Está aquí la flota? ¿Nos han encontrado?

Levanté la mano indicándole que se tranquilizara.

—Póngame al tanto. Sea conciso y rápido.

—No queríamos participar en esto. Nos reunieron en la fragata Exaltada, a la espera de partir. Cuando abandonamos el ancla en altura de Gudrun, el capitán nos dijo que Gudrun había caído y que partíamos a un nuevo destino.

—¿El capitán?

—El capitán Estrum.

—¿Y entonces?

—Viajamos treinta semanas hasta llegar aquí. En cuanto llegamos supimos que algo no iba bien. Protestamos, exigimos que se nos informara de lo que estaba pasando. Dijeron que era un motín e hicieron fusilar a muchos. Nos dieron a elegir entre aceptar órdenes o morir.

—No había mucho donde elegir.

Sacudió la cabeza.

—No, señor. Por eso traté de sacara los hombres de allí. Huimos en cuanto llegamos allí dentro, en cuanto estuvieron ocupados.

—¿Dentro de dónde?

—De la oscuridad —dijo señalando las montañas con un gesto vago.

—Dígamelo que vio —agregué.



DIECINUEVE

JERUSS PRESENTA SU INFORME EN LA MESETA EL GENUINO

—Ni siquiera sé en qué mundo estamos —dijo el sargento Jeruss—. Jamás nos lo dijeron. Eso sí, la entrada fue muy dura.

—No tiene nombre por lo que yo sé. Continúe.

—Nos desembarcaron aquí desde las naves como escolta para el grupo principal.

—¿Cuántos hombres?

—Más de cien soldados de la seguridad naval, y alrededor de trescientos de la guardia.

—¿Vehículos?

—Speeders como los que usted vio y un par de vehículos pesados para el transporte de personal en los que viajaban algunos cajones de carga y el grupo principal.

—¿Qué sabe de ellos?

—De la carga, nada. En el grupo principal estaban el capitán y lord Glaw, de Gudrun. Un noble principal de mi patria.

—Lo conozco. ¿Quién más?

—Un capitán mercante, un eclesiarca y un guerrero grande y terrible al que trataban de mantener alejado de los regulares.

Mandragore, sin duda, Dazzo y Locke. El núcleo de la camarilla de Oberon Glaw.

—¿Qué pasó después?

Jeruss señaló hacia las oscuras tierras prohibidas.

—Avanzamos adentrándonos en aquella zona. Me dio la impresión de que sabían a dónde íbamos. Las cosas cambiaron a medida que nos íbamos internando. El paraje se volvió más oscuro y tórrido, y era difícil seguir adelante, como si…

—¿Cómo si qué?

—Como si no pudiéramos calcular las distancias. A veces era como andar por cera caliente, otras casi no conseguíamos frenar la marcha. Algunos de los hombres fueron presa del pánico. Encontramos polígonos como esos de la playa.

Así fue como describió los extraños arcos.

—Había filas de ellos, formaban pasadizos que se adentraban en las tierras altas. Eran tan irregulares que perturbaban la mente. Era como si variaran, como si cambiaran.

—¿Qué quiere decir con eso de irregulares?

—Yo no fui a ninguna escuela oficial, señor, pero tengo una educación. Tengo conocimientos básicos de geometría y era como si los ángulos del polígono no fueran correctos, y sin embargo ahí estaban.

Con un escalofrío recordé lo que había dicho Maxilla de los ángulos «malsanos» y pensé también en las marcas de la lápida que había sacado de Damasco.

—Seguimos algunas de esas filas, pasando a veces a través de polígonos. Parecía que los que nos guiaban eran el capitán mercante y el eclesiarca. También había otro hombre, uno que parecía un tecnosacerdote.

—¿Delgado? ¿De ojos azules?

—Sí.

—Su nombre es Malahite. ¿También participaba en la elección del camino?

—Sí, lo consultaron en varias ocasiones. Por último llegamos a una meseta. Un espacio amplio y elevado dominado por grandes montañas rocosas. La meseta era artificial, cubierta de piedras lisas que…

Trató de dibujar una forma con sus dedos índices y pulgares, pero se encogió de hombros y desistió.

—¿Más polígonos imposibles?

Rió nerviosamente.

—Sí. La meseta era grande. Esperamos allí, los hombres agrupados en el perímetro del espacio y el grupo principal y los vehículos en el centro.

—¿Y entonces?

—Esperamos lo que a mí me parecieron horas, aunque era imposible saberlo porque todos nuestros cronómetros se habían parado. Luego hubo una especie de disputa. Lord Glaw discutía con algunos de los otros. Me pareció que era una oportunidad. Preparé a los hombres, unos noventa, dispuestos y ansiosos de aprovechar la primera oportunidad para escapar. Todas las miradas estaban fijas en los que discutían. En ese momento, el que gritaba era el guerrero gigantesco. ¡Que el Emperador me proteja! Creo que lo que nos decidió fue el sonido de su voz. Nos fuimos escabullendo en grupos de dos o tres, desde las últimas filas, bajando por las laderas de la meseta, y rompimos a correr por el camino por el que habíamos llegado hasta allí.

—¿Y descubrieron su huida?

—Sí, en un momento dado se dieron cuenta y empezaron a perseguirnos. El resto ya lo sabe.

Esperé un rato a que se recuperara y reagrupara a sus hombres. Quedaban unos cincuenta fusileros, todos asustados, y otros tres o cuatro heridos. Aemos hizo por ellos lo que pudo.

Me puse de pie y me dirigí a ellos.

—Al desafiara sus oficiales y líderes han prestado un servicio al Emperador. Los hombres que los trajeron aquí son herejes imperiales, y sus actividades son clandestinas. Yo estoy aquí para impedir que sigan

adelante. Mi intención es proseguir con mi misión. No puedo garantizar la seguridad de los que vengan conmigo, pero el hecho de que lo hagan se considerará como un punto honorífico para el propio Emperador. El necesita aquí sus servicios y si toman en serio los juramentos hechos al Imperio cuando se unieron a la Guardia, entonces no lo dudarán. No hay ninguna batalla más importante a la que dedicar sus vidas.

Todos me miraban con expresión desorbitada y espantada. Hubo un murmullo de aprobación, pero eran jóvenes sin experiencia, algunos casi unos niños, que habían sido arrojados a las aguas profundas de la locura.

—Reúnan todas sus fuerzas y sepan que el Emperador está con ustedes y los protege en esta misión. No exagero cuando digo que tienen el futuro en sus manos.

Ahora los asentimientos fueron más firmes. Estos hombres no eran cobardes, sólo necesitaban un ideal, saber que estaban combatiendo por una causa digna.

Susurré algo a Fischig y él se adelantó inmediatamente y se puso a cantar el credo imperial y la canción de la alianza, himnos conocidos de todos los hijos del Imperio. Los gudrunitas se unieron a él con devoción y ello centró y concentró sus voluntades.

Los estampidos seguían propagándose por la costa.

Con ayuda de Betancore despojé a los caídos de sus armas y su equipo. Había armas suficientes como para que todos los hombres tuvieran un rifle láser o un arma antiabominación. También nos las arreglamos para reunir tres uniformes intactos de soldados navales cogiendo distintas piezas de los muertos.

Me quité mi voluminoso traje de vacío y empecé a ponerme la pulida armadura negra de combate de un soldado de la seguridad naval. Midas intentó otro tanto, pero su complexión era demasiado delgada para aquel pesado equipo. Los soldados eran unas bestias enormes para ser hombres.

En su lugar se la puso Fischig y, para no desperdiciar el tercer traje, elegimos a un gudrunita muy corpulento del grupo de Jeruss, un cabo llamado Twanc.

—¿Cuál es el canal de mando de los gudrunitas? —le preguntéa Jeruss mientras ajustaba el equipo de voz del casco.

—Beta, fi, beta.

—Y de los hombres que dejó allí, en la meseta ¿cuántos estarían dispuestos a unirse a nosotros?

—Yo diría que todos los gudrunitas. La unidad del sargento Creddon, sin duda.

—Su tarea consistirá en reunirlos a todos cuando estemos dentro. Yo daré la orden.

Asintió.

Dejamos a los heridos en la orilla lo más cómodos que pudimos, y avanzamos hacia las oscuras tierras altas.

Tal como me había contado Jeruss, pronto aumentaron la oscuridad y el calor. La elegante armadura negra que llevaba puesta tenía un sistema integral de refrigeración, pero no parecía ayudar mucho. Además, la inexactitud seguía perjudicándonos. Era difícil andar sin tropezar cada pocos pasos.

Llegamos al primero de los arcos y Jeruss nos indicó que lo atravesáramos, aunque hubiéramos podido seguir el camino sin dificultad ya que las pisadas y la huella de los vehículos pesados habían dejado profundas marcas en el suelo polvoriento.

Subimos un grupo de colinas oscuras e inhóspitas cubiertas por un cielo brillante. Había muchas filas de arcos, algunas de ellas superpuestas. Llegamos a desorientarnos. Por momentos parecía que al pasar un arco salíamos por otro de una fila diferente. Las huellas eran algo fijo y continuo, pero daba la impresión de que parpadeábamos entre una hilera de arcos y otra. Además, los ángulos de las uniones de los arcos eran, tal como había dicho Jeruss, geométricamente incorrectos.

—Creo que la falta de simetría —dijo Aemos en voz baja mientras avanzábamos— está en cada detalle y en todas las dimensiones.

—¿Y eso significa…?

—Las tres que podemos ver, y la cuarta: el tiempo. Las dimensiones han sido alargadas y distorsionadas. Puede haber sido algo accidental. Puede que sea para fastidiarnos. A lo mejor por alguna otra razón, pero creo que es por eso que las cosas están tan retorcidas e incorrectas.

Por fin llegamos al lugar que Jeruss había denominado la meseta. Era un montículo de cumbre plana de casi un kilómetro de ancho, cubierto todo él de mosaicos octogonales que se burlaban de la lógica. Las laderas descendían hasta el suelo polvoriento y el lugar estaba totalmente rodeado por picos y despeñaderos rocosos. En lo alto, el cielo se veía oscuro y moteado de estrellas.

En el lado de la meseta más cercano a nosotros había varios centenares de hombres sentados en semicírculo, esperando. Podía sentir su tensión. Más de la mitad de ellos eran gudrunitas; los demás eran soldados. Grupos más pequeños de soldados permanecían en filas ordenadas cerca del centro de la meseta, escoltando dos transportes navales de tropas en los que había gente sentada, y un par de speeders. Habían sacado de los transportes una serie de cajas y las habían apilado sobre el suelo de mosaicos.

En el otro extremo de la meseta, una fila de arcos se perdía en el interior de las rocas circundantes.

Permanecimos ocultos y esperamos sin perder detalle.

Después de un período interminable, hubo movimiento en el otro extremo y de entre los arcos salieron algunas figuras. A pesar de la distancia, pude distinguir a Dazzo y Malahite, escoltados por cuatro soldados navales. Salieron a buen paso señalando al grupo principal que se encontraba en los vehículos. Todas las tropas situadas en el perímetro se pusieron de pie.

Entonces salieron de los arcos otras formas. Eran unas figuras imposibles de definir a primera vista: grises, reflectoras carentes de forma humana o de movimiento inteligible.

Saqué mi catalejo y lo enfoqué sobre ellas, ajustando cuidadosamente el aumento. Y fue de esa forma que vi a los saruthi por primera vez.

Pude distinguir a nueve. En cierto modo los encontré parecidos a arácnidos o crustáceos, pero ninguna de las dos comparaciones era totalmente precisa. De sus cuerpos planos y grises salían cinco miembros sustentadores unidos de tal modo que la articulación del miembro central se elevaba por encima del torso horizontal. No había simetría en la disposición de los miembros ni en la forma en que se movían. Su paso desarticulado era irregular y sin un orden de repetición. Sólo verlos andar causaba desazón. Cada uno de los miembros terminaba en un compás de plata bruñida, un zanco metálico unido a los dígitos de cada miembro, que los levantaba aproximadamente un metro del suelo. Las puntas metálicas del zanco producían un golpeteo sobre los mosaicos duros que podía oírse a pesar de la distancia. Tenían unas cabezas achatadas en los extremos que salían de una columna gruesa, sin huesos, en la parte superior del cuerpo. Sus cráneos eran alargados y no había el menor vestigio de ojos o bocas, aunque en sus hocicos había varias aberturas fulgurantes. Tampoco había simetría en la disposición de estas aberturas ni en la forma del cráneo, además el cuello estaba descentrado respecto del torso.

Eran cosas repugnantes, asquerosas, con una estatura que duplicaba la de un hombre y una carne gris y brillante.

De los hombres que esperaban brotaron gritos y murmullos de alarma. Algunos se dieron media vuelta y huyeron de la meseta, tropezando y chillando.

Los nueve saruthi salieron al espacio abierto desplegándose hasta formar una línea semicircular frente a Dazzo y Malahite. Vi a Oberon Glaw, a Gorgone Locke, a Estrum, y la forma monstruosa de Mandragore, que descendieron de los vehículos para unirse a sus compañeros.

Confieso que, a esas alturas, yo tenía tanto miedo como los que me rodeaban. He visto horrores, y el horror mismo no me aterroriza. No es que hubiera algo horripilante en estos seres. Sin duda eran alienígenas, y de un puritanismo que resultaba alarmante, pero objetivamente, eran criaturas impresionantes, sorprendentes, de una seguridad casi majestuosa.

Mi miedo era algo más profundo, un instinto visceral. Lo mismo que en el mundo en el que habíamos entrado, había en ellos, en su forma, en su

movimiento, en su diseño, algo equivocado. Cada uno de sus miembros desarticulados, de sus cabezas bamboleantes, hablaban de una naturaleza impropia. Jamás había reparado en lo tranquilizadora que resulta la simetría y en lo inquietante que es su ausencia. Eran cosas disformes, despojadas de toda gracia civilizada, de toda concepción humana de la estética. Sus cuerpos y sus miembros eran tan irregulares que hasta parecía que no tenían sentido, que lo mismo que en los mosaicos y los arcos, la suma de sus ángulos no era correcta.

Así pues, el miedo me conmovía. Miró a mis compañeros y también vi miedo en sus caras. Miedo, repulsión, incredulidad.

Aemos me salvó la vida y preservó mi salud mental. Él era el único que miraba a los saruthi con asombro, con una sonrisa perpleja de deleite intelectual en su anciano rostro.

—Muy inquietante —le oí murmurar.

Ese simple detalle me hizo reír. Recuperé mi confianza, y con ella mi resolución. Hice señas a Fischig y a Twane, el soldado, para que se acercaran a mí, y luego me aseguré de que Bequin, Midas y Jeruss estaban en condiciones de quedar al mando. Jeruss y Twane tenían una gran necesidad de apoyo. Bequin ya estaba lista, con las armas preparadas. La vista de Mandragore había fortalecido su voluntad.

—Espera mi señal —le indiqué a Midas, y a Fischig le dije—: No pierda de vista a nuestro amigo —refiriéndome a Twane.

Los tres salimos de nuestro escondite y nos acercamos al borde de la meseta. Los hombres estaban de pie, murmurando alarmados, observando la reunión que se estaba celebrando en el centro de la plataforma. Oficiales de seguridad naval regañaban a los gudrunitas y les hacían mantener su formación, pero me di cuenta de que también ellos estaban inquietos.

Subimos la ladera y nos confundimos entre la multitud expectante. Los gudrunitas se apartaban a nuestro paso considerándonos tres más de aquellos opresores con visores negros y armas antiabominación.

Llegamos casia la primera línea de la multitud.

—¡Yo no me alisté para esto! —protestó un soldado próximo a mí.

—¡Tranquilícese! —le solté y me miró con aspereza.

—¡No está bien! —murmuró.

—Ya lo veremos ¿no le parece? —dije dando unos golpecitos a mi arma—. Si Estrum y los demás nos han metido en una pesadilla, ya verán cómo reaccionan los soldados de la Flota de Scarus.

Asintió y preparó sus armas.

Twane, Fischig y yo volvimos a avanzar. Nadie nos prestaba atención. En realidad, muchos soldados avanzaban también para flanquear los vehículos.

Volví a prestar atención a la reunión. Oberon Glaw, con las largas vestiduras colgando de sus brazos levantados mientras saludaba a los saruthi con palabras que no pude oír, y así durante un rato.

Cuando por fin se volvió y señaló los cajones que esperaban, me llegó su voz.

—Y en prueba de buena fe hemos traído las propiedades tal como acordamos.

Locke se separó del grupo.

—¡Ayudadme! —ordenó a los soldados navales que tenía alrededor. Me adelanté enseguida, lo mismo que Fischig. Un segundo después formábamos parte de un equipo de más de doce soldados que avanzaban con la primera de las cajas. Yo estaba justo al lado de Locke, y mis manos cubiertas por los guantes negros sujetaban el asa junto a sus puños brutales.

Pusimos la caja en el suelo frente a los saruthi y nos retiramos unos pasos. Locke se quedó allí y abrió la tapa mientras uno de los saruthi se adelantaba.

Viéndolos así, de cerca, mi impresión no mejoró. Tenían la piel gris cubierta de poros en espiral y las fosas de sus hocicos se contraían y expandían. Pude ver que cada uno de sus miembros terminaba en algo que se parecía abominablemente a una mano humana de piel grisácea que sujetaba la barra transversal de los zancos de plata.

El saruthi que se había adelantado puso dos de los zancos sobre los mosaicos y buscó en la caja abierta con unos dedos movedizos. Durante un momento estuvo buscando al tacto y luego retiró las manos vacías. Su

cráneo sin ojos se balanceó levemente sobre el cuello y a continuación levantó las manos hacia lo alto juntándolas como un hombre que levantase las manos sobre la cabeza en un gesto triunfal.

Los dedos largos, como de goma, de las dos manos, de cuyo número no puedo dar fe, ni siquiera de que tuviera la misma cantidad en ambas manos, se retorcieron y plegaron los unos en torno a los otros y configuraron una forma. Un rostro. Una cara humana: los ojos, la nariz, una boca ancha. Perfecto, imposible, escalofriante.

Dio la impresión de que el rostro que se cernía sobre nosotros nos estudiaba. Entonces la boca se movió.

—Cumplido habéis el pacto que con nosotros teníais, humano.

Un murmullo de alarma se difundió entre las filas que estaban a mi espalda al oír el sonido impersonal, monótono, sin inflexiones, pero la boca hecha de dedos vocalizó el mensaje con espantosa precisión.

—¿Entonces podemos negociar? —balbuceó Glaw.

Las manos se separaron y la cara se desvaneció. La criatura volvió a coger sus zancos y se retiró un poco. Sus congéneres hicieron lo mismo, retirándose del arco.

Aparecieron más criaturas, más saruthi idénticos a los anteriores, flanqueando a otros seres. Al parecer eran cuatro, con estructuras corporales similares a las de los alienígenas, pero hinchadas y contrahechas. Tenían la piel rugosa, blanca y enfermiza e hinchada con marcas que parecían de una enfermedad. En lugar de zancos sus miembros se apoyaban en pesadas estructuras metálicas sujetas por alambres que parecían grilletes. Estas cosas pálidas, maltrechas, seguramente esclavos de los saruthi, se quejaban al moverse, llenando el aire de lamentos enfermizos. Los saruthi que esperaban los aguijoneaban con las puntas de sus zancos mientras se adelantaban hacia la meseta.

Los esclavos transportaban sobre sus espaldas un arca trapezoidal de metal negro cubierto de protuberancias semejantes a verrugas distribuidas de forma irregular. Hicieron un alto y se dejaron caer sobre sus vientres.

Dazzo y Malahite avanzaron, acercándose a los portadores del arca. Un saruthi con zancos se puso a su lado, extendió un largo miembro para

presionar, con la punta de su compás de plata, una de las protuberancias.

El arca se abrió sobre unas bisagras invisibles, como los pétalos de una flor disforme. Creo que yo esperaba que de dentro saliera luz o alguna muestra de poder.

No pasó nada de eso. Malahite pasó entre los miembros doblados de los esclavos y alargó la mano, pero Dazzo lo empujó hacia atrás con una maldición y una descarga de poder psíquico que lo hizo tambalearse.

Una especie de respuesta recorrió el grupo de los saruthi, haciéndolos removerse en el sitio.

Ahora Dazzo metió la mano en el arca y sacó un objeto diminuto y oblongo, no mayor que el cargador de un bolter, y lo sostuvo con manos temblorosas mientras lo observaba.

Un libro. Pergamino antiguo encerrado en unas tapas de negro metal saruthi, cerradas con un broche.

—¿Y bien, eclesiarca? —se impacientó Glaw—. Necesitamos confirmación.

Dazzo abrió la tapa y volvió la primera de las antiguas páginas.

—El genuino es nuestro —balbuceó, y cayó de rodillas. El Necroteuco. Tenían el Necroteuco.

Ahora o nunca, pensé.



VEINTE

MI ALIADA, LA CONFUSIÓN
LA IRA DE MANDRAGORE
CONTRA OBERON

—¡Cuidado! ¡Nos atacan! —grité a voz en cuello, y me eché contra los dos soldados que tenía a mi lado. Mientras nos revolvíamos torpemente en un montón, moviendo manos y piernas, disparé mi arma antiabominación a ciegas, como precaución.

Entre los humanos reunidos en torno a la meseta se produjo una gran tensión. Los saruthi, estoy convencido, habían usado deliberadamente sus recursos y su entorno para fomentar esa tensión, tal vez con la intención de debilitar y acobardara los humanos con los que tenían que negociar. En todo caso, habían hecho un buen trabajo. Tanto los gudrunitas como los soldados estaban a punto de estallar, con el espíritu y la mente desbocados por el lugar donde estaban y por lo que habían visto. Un grito de alarma y unos cuantos disparos fueron la gota que hizo rebosar el vaso de la tensión.

A mi alrededor todo eran gritos y disparos. Suponiendo un ataque contra sus líderes de alcurnia, los soldados que todavía eran leales a Glaw y a Estrum avanzaron, disparando sobre los saruthi con sus rifles de asalto.

Otros vacilaron, confundidos, y se lanzaron contra los que tenían a su alrededor. Los gudrunitas que estaban en el borde de la meseta apuntaron a sus opresores o dispararon a los vehículos.

Entre ellos, Midas y Bequin dirigían una carga de nuestra retaguardia, con sus armas escupiendo fuego.

En un segundo, el aire se llenó de gritos y alaridos, de disparos de armas de fuego y de rifles láser. No tardó en reinar una total confusión.

Pude oír a Jeruss en el canal de voz de la guardia arengando a sus camaradas, incitándolos a volverse contra el personal de la armada. El canal de combate de la seguridad naval era una con fusión de órdenes y contraórdenes, de gritos de rabia y de maldiciones. Oí a Oberon Glaw pidiendo ordena voz en cuello, y el atronador rugido de Mandragore detrás de él.

—¡Fischig! ¡Twane! ¡Sembrad la confusión! ¡Id a por el objetivo!

Disfrazados como yo, ambos avanzaron. El alboroto era demasiado confuso como para que pudiera haber algún principio de partes enfrentadas. Los guardias luchaban contra los soldados navales, o incluso los unos con los otros, y se disparaba indiscriminadamente en todas direcciones.

Yo derribé a un soldado que pasaba junto a mí, y a otro muy próximo que me miró consternado. Más allá de ellos vi la figura alta y delgada del capitán traidor, Estrum, que me miraba a través del humo con incredulidad. Tenía los ojos más desorbitados que nunca.

—¿Qué diablos está haciendo, soldado? —consiguió articular mientras su pronunciada nuez de Adán subía y bajaba frenéticamente.

—Cumpliendo el ministerio de la sagrada Inquisición —le respondí al tiempo que le descerrajaba un tiro en la cabeza.

Los saruthi se encontraban en un estado de gran agitación. Yo no tenía manera de saber qué emociones estaban experimentando, si es que sentían alguna, pero reaccionaron como horrorizados por el cariz que habían tomado las cosas, afligidos y espantados. El fuego de las armas antiabominación de soldados convencidos de que los alienígenas eran los agresores alcanzó a dos de ellos. Uno se abrió por la mitad y cayó sobre

los mosaicos en medio de un charco de ícor y cartílago gris. El otro perdió un miembro y empezó a arrastrarse hacia los arcos con los zancos que le quedaban.

Por encima del tumulto de disparos y voces humanas, se impuso el lamento de los saruthi. No sé si se trataba de una amenaza, una advertencia, una llamada de aflicción o una orden de retirada. Se movían como maníacos y su grito alienígena hacía retemblar el aire.

De repente, dos de ellos avanzaron hacia los atónitos soldados de la escolta. Alrededor de sus cabezas se formó un aura azul eléctrica y empezaron a escupir rayos de energía brillante como el hielo sobre sus atacantes. Dos soldados quedaron pulverizados, disipándose su materia en fogonazos de luz.

Vi a Mandragore. La bestia ya había matado a un soldado en un intento de poner fin a aquella lucha sin sentido, pero ahora que los saruthi habían disparado sobre ellos, los soldados se sentían totalmente justificados y redoblaron su ataque. Un rayo alienígena le cercenó un brazo a Mandragore que estallaba de rabia. El mismo atacó a los saruthi con una enorme hacha-sierra.

Deseé que lo mataran.

Me abrí camino entre un amasijo de cadáveres y salí al otro lado de los vehículos estacionados. Al frente via Dazzo, todavía arrodillado junto a una de las bestias blancas esclavas, como si estuviera en trance. La pieza maldita estaba en sus manos.

Corrí hacia él.

Fischig, que había perdido su casco, apareció junto a mí. Su armadura negra prestada estaba cubierta de sangre.

—Twane —llamó por encima del hombro. El gudrunita disfrazado apareció detrás de él, corriendo, disparando desde la altura de la cadera. Ahora se oía la explosión de granadas entre los confundidos combatientes. Saltaban por los aires cuerpos y trozos de los mosaicos octogonales. Uno de los vehículos de transporte de tropas estaba en llamas.

Nosotros tres éramos los que estábamos más cerca de aquel maldito «genuino». Un saruthi se abalanzó hacia adelante, haciendo a un lado a los

enloquecidos esclavos con sus zancos mientras se dirigía hacia Dazzo.

Con un golpe de uno de sus zancos, derribó al hombre arrodillado e hizo que el Necroteuco se le cayera de las manos.

Malahite, a cuatro patas junto a los esclavos, dejó escapar un grito y se lanzó tras el libro. El saruthi se volvía para detenerlo justo en el momento en que Fischig y Twane lo despedazaron con los disparos de sus armas antiabominación. Un líquido gris y gelatinosose derramó por los mosaicos.

Otro saruthi de cuya cabeza salían descargas de energía eléctrica, derribó a los asesinos de su congénere. Twane cayó entre convulsiones y murió despedazado. Fischig fue derribado por la enceguecedora detonación, con la armadura desgarrada.

No tenía tiempo para ayudarle. Malahite escapaba con el libro en la mano a través de la meseta, lejos de la barahúnda desordenada y brutal. Le corté la pierna izquierda a la altura de la rodilla con un disparo de mi rifle antiabominación, y cayó de bruces al suelo. Cuando llegué hasta él, se arrastraba hacia adelante, bañado en sangre, tratando de alcanzar el libro caído.

—¡Déjelo! —le ordené quitándome el casco y apuntándolo con el arma que sostenía con una sola mano. Vio mi cara y profirió un juramento. Me arrodille y recogí el pequeño volumen. Incluso a través de mis guantes blindados pude sentir su calor y comprendí por qué Dazzo se había quedado allí arrodillado tanto tiempo después de cogerlo por primera vez. El contenido del libro, de aquel volumen antiguo, tenía vida propia, se movía, crujía, me llamaba.

Me llamaba por mi nombre. Me conocía. Me instaba a que lo abriera y experimentara sus maravillas. Ni siquiera pensé en resistirme. Lo que me prometía era tan sobrenatural, tan sublime, tan hermoso… Las propias estrellas y, por detrás de las estrellas, los mecanismos de la realidad, la intrincada y absolutamente perfecta acción de una fuerza natural trascendente a la que equivocada y despreciativamente llamábamos Caos.

Abrí los broches semejantesa alambres que mantenían el libro cerrado…

De repente, una poderosa y horrible fuerza psíquica se apoderó de mi mente rompiendo el encantamiento. Empecé a girar la cabeza, a apartar la vista del libro que se abría. Esa media vuelta fue suficiente para evitarme la muerte.

Fui derribado por un golpe monumental en el hombro. Mientras caía, el libro salió dando tumbos de mi mano ansiosa. Debajo de mí los mosaicos estaban bañados en sangre, mi sangre.

Rodando evité el golpe siguiente. Me salvé de los dientes chillones del hacha-sierra por un pelo, el arma destrozó los mosaicos ensangrentados.

Era Mandragore, ese hijo bastardo del Emperador.

Me arrastré hacia atrás presa del pánico. El hediondo guerrero del Caos estaba encima de mí, con su espeluznante armadura llena de sangre humana e ícor alienígena. Mi gesto de volver la cabeza en el último momento había hecho que fallara su primer golpe, pero a pesar de todo, el dorso de mi armadura de combate estaba destrozada; la hombrera izquierda había sido arrancada y tenía una herida brutal y profunda. A través de la carne lacerada y la armadura rota salía sangre a borbotones bañando mi brazo izquierdo. Al escabullirme hacia atrás mis manos resbalaron sobre los octógonos llenos de sangre.

Traté de atacarlo psiquicamente. Aunque no podía luchar contra su temible capacidad psíquica fue suficiente para desviar su golpe. La chirriante hoja del hacha atravesó el aire por encima de mi cabeza.

Mi arma antiabominación estaba en el suelo, fuera de mi alcance, y de todos modos dudaba de que pudiera hacer mella en el monstruo. Lo único que veía era la piel suturada que se extendía en torno a sus mandíbulas abiertas.

Tenía el brazo izquierdo entumecido e inutilizado. De un salto me puse de pie y saqué mi espada de su funda.

Es una buena arma, de las antiguas. No tiene hoja material como otros modelos más burdos que he visto, pero sí una empuñadura de veinte centímetros de largo incrustada y rodeada de hilos de plata en cuyo interior hay una célula de fusión que genera una hoja de luz coherente de un metro de largo. El propio preboste de Inx la bendijo para mí,

encargándola de «protegera nuestro hermano Eisenhorn en todo momento de los acechos del mal».

Rogué ahora que sus palabras no hubiesen caído en saco roto. Activé la espada y paré con ella el siguiente golpe del hacha.

Del choque de ambas salieron chispas y esquirlas de metal, y la fuerza imponente de la bestia estuvo a punto de arrebatármela de la mano. De un salto me aparté uno o dos pasos del siguiente golpe. Me zumbaba la cabeza. ¿Sería por la pérdida de sangre o porque aún perduraban los efectos de aquel libro seductor?

Ahora Mandragore ardía de furia. Yo estaba resultando difícil de matar para ser un simple mortal.

Tuve la funesta sensación de que no iba a durar mucho. Arremetió otra vez contra mí y conseguí desviar la fuerza del hacha-sierra, pero inmediatamente volteó el largo mango del arma y me dio un golpe en el pecho que me lanzó por los aires. No exagero si digo que me elevé por encima del suelo y fui a caer varios metros más allá, sobre mi hombro herido. El dolor me quitó el aliento durante un segundo, y eso era todo lo que él necesitaba.

En dos zancadas recorrió la distancia que nos separaba enarbolando el hacha en el aire y lanzando un rugido infernal. Con un movimiento inseguro, di una patada al Necroteuco en la dirección en que él estaba y fue a golpear en la puntera de su descomunal bota.

—¡No olvides a qué has venido, abominación! —dije con voz ronca.

Mandragore Carrion, hijo de Fulgrim, siervo de Slaanesh, paladín de los Hijos del Emperador, azote de los vivos, mancillador de los muertos, ocultador de secretos, se detuvo. Con una risotada y sin apartar de mí sus ojos desalmados, se detuvo a recoger el libro.

—Eres buen consejero, inquisidor, para… un…

Rodeó el Necroteuco con sus dedos cubiertos de metal, haciendo que pareciera aún más pequeño. Su voz se fue apagando y la expresión de triunfo desapareció de su cara abominable mientras su sed asesina se debilitaba y la luz de sus ojos inyectados en sangre se apagaba.

El Necroteuco se adueñó de todas las fibras de su ser corrupto desconectándolo totalmente del mundo exterior.

Me puse de pie, vacilante, y sujetando con todas mis fuerzas la espada de energía le separé la cabeza de los hombros.

Antes incluso de que hubiera llegado al suelo, el cráneo entró en combustión y se puso al rojo vivo, derramando llamas líquidas sobre los mosaicos. La bola de fuego rebotó y fue rodando hasta consumirse en un fuego impuro y feroz que sólo dejaba a su paso fragmentos ennegrecidos de cráneo y una huella chamuscada.

El cuerpo se mantenía de pie, quemándose por dentro con unas llamaradas de color verde enfermizo que salían por la cavidad del cuello. Una columna de sucio humo negro se elevó hacia el aire quieto. No tardaron en quemarse el llamativo traje y la flotante capa, y enseguida aquella ruina metálica y descabezada quedó envuelta en espesas llamas.

En el último momento le cercené el puño con la brillante hoja de mi espada y el Necroteuco que sujetaba cayó fuera de las llamas. Sentí como si me implorara que volviera a recogerlo, que me sumergiera una vez más en las maravillas que encerraba.

¡Y qué maravillas! Me incliné. Me debatía entre el deber y la avidez. ¡El libro debía ser destruido, pero contenía tales secretos!

¿No podrían beneficiarse la Inquisición y el Imperio de las verdades infinitas que contenía? ¿Acaso tenía derecho a destruir algo de valor incalculable?

La parte puritana de mi ser no tenía duda. Pero otra parte aborrecía la idea de desperdiciar aquello. El conocimiento es el conocimiento ¿verdad? El mal surge del uso indebido que se hace del conocimiento. Y este libro contenía tales conocimientos…

Tal vez si leía una o dos páginas podría tomar una decisión más aquilatada.

Sacudí la cabeza para desechar esas ideas insidiosas. De repente volví a oír el ruido de la batalla. Tendí la mirada por la meseta, por encima de los informes restos de Mandragore, de su cadáver ardiente y del cuerpo yacente de Malahite. Ya iban quedando pocos focos de lucha, y la gran

plataforma de mosaicos estaba cubierta de cadáveres y de chatarra. Los dos vehículos de transporte estaban en llamas. Los saruthi se habían ido llevándose a sus muertos. Me pareció que los gudrunitas habían vencido a los soldados por simple superioridad numérica. Todavía quedaban de pie unas cuantas figuras, y no veía a ninguno de los míos.

Con su majestuosa capa hecha jirones y la cara ensangrentada, Oberon Glaw se dirigía hacia mí a grandes zancadas con una pistola láser en la mano derecha.

—Tire el arma, Glaw. Se ha terminado.

—Para usted, sí —levantó el arma. El fuego alcanzó el depósito de municiones de uno de los vehículos en llamas que explotó haciendo saltar por los aires el transporte con gran estruendo. Trozos del blindaje volaron en todas direcciones, como misiles. Una sección de un eje atravesó a lord Glaw penetrándole por la nuca y el noble cayó sin emitir un solo grito.

Con un trozo humeante de blindaje recogí el Necroteuco. No estaba dispuesto a dejarme llevar por sus seductoras promesas. Lo llevé con la improvisada pala hasta el cadáver en llamas de Mandragore y lo dejé caer por el cuello abierto de la armadura en el horno del torso.

Las llamas se volvieron rojas y luego de un color más oscuro. La llamarada se hizo más intensa y se oyó un alarido que no brotaba de boca alguna.

Me aparté renqueando de la hoguera. Malahite estaba vivo y despierto y llamaba a gritos a Locke con voz ronca.

Al otro lado de la meseta, uno de los speeders navales levantó el vuelo. Gorgone Locke iba en los controles y a su lado, Dazzo.

En cuestión de segundos, el vehículo desapareció sobre las montañas hacia la playa interminable.

Midas, Bequin, Aemos y Lowink habían sobrevivido a la prueba y a la batalla, aunque todos tenían heridas de poca importancia. También

quedaban con vida dos docenas de gudrunitas, Jeruss entre ellos.

Aemos quiso ver mi herida, pero yo la había vendado fuertemente para frenar la hemorragia y no quería perder más tiempo.

—Creo que lo más prudente es salir de aquí —les dije. Colocamos a Fischig en una camilla improvisada. El arma saruthi que había acabado con Twane le había costado a él un brazo y la mitad de la cara. Por fortuna, estaba inconsciente. Lo llevaban entre dos gudrunitas.

—No me gusta decir esto, pero nos lo llevamos también —les dije a Midas y Jeruss señalando al conmocionado Malahite.

—¿Estás seguro? —me preguntó Betancore.

—La Inquisición querrá sondear su cerebro.

Nuestro grupo, agotado y maltrecho, abandonó las tierras altas y desanduvo el camino hasta la brumosa playa. Los estampidos habían intensificado su volumen y su frecuencia y el cielo se estaba oscureciendo.

—Es como si este lugar —dijo Aemos con tono siniestro— estuviera llegando a su fin.

Desde la playa pudimos ver que las dos fragatas imperiales y la nave mercante habían partido. Se estaba levantando un viento espeso, cargado de emanaciones amoniacales. Con sus trajes de vacío más o menos intactos, Midas y Lowink se adelantaron para recuperar el cúter.

Se oyó una crepitación en mi enlace de voz y después la voz de Maxilla.

—¿Eisenhorn? Por lo que más quiera ¿está ahí? ¡Tres naves acaban de marcharse y pasaron justo a mi lado! ¡Las condiciones están empeorando. No me puedo quedar aquí mucho más tiempo! ¡Responda! ¡Por favor, responda!

—¡Maxilla! ¡Aquí Eisenhorn! ¿Me oye? Necesitamos que venga a recogernos. Tenemos heridos… Fischig y varios más. Es posible que todo este entorno esté próximo a la destrucción. ¡Necesito que traiga el *Essene* hasta nuestra posición y nos recoja!

Su respuesta llegó después de algunos ruidos.

—… de acuerdo con sus instrucciones, Gregor, pero no va a resultar fácil. Repita… ¿qué fue lo que dijo sobre Fischig?

Más corriente estática.

—¡Está herido, Maxilla! ¡Venga a recogernos!

—¡Dése prisa! —gritó Bequin por encima de mi hombro—. ¡Ya no queremos estar aquí más tiempo!

Más estática.

—¡Dígale a Alizebeth que estoy de acuerdo con eso! ¡Ja!

Los ecos, los retrasos y las distorsiones empezaban a coordinarse. Se estaba corrigiendo el sentido de lo erróneo y eso no mejoraba en nada nuestra situación, pensé con ironía.



VEINTIUNO

UNA REUNIÓN DE IGUALES
LORD RORKEN REFLEXIONA
LOS SECRETOS DE MALAHITE

Dos días después, a bordo del *Essene* anclado fuera de los confines del sistema K.CX-1288, tuvimos nuestro primer encuentro con las fuerzas imperiales provenientes de Gudrun.

Habíamos conseguido huir del mundo de la meseta en menos de dos horas. Tal como había anunciado Aemos, el lugar parecía desmoronarse a nuestro alrededor, como si aquel reino aparentemente intemporal del mar, la playa y las tierras altas no hubiese sido otra cosa que una construcción ingeniosa, un espacio creado por los saruthi para servir de escenario a su encuentro con los «invitados» humanos. Mientras volvíamos con el cúter hasta el *Essene* que nos esperaba, la radiación brumosa había empezado a atenuarse y la presión atmosférica había bajado. Fuimos asediados por las turbulencias, y la gravedad natural empezó a reafirmar su influencia. La cavidad imposible había empezado a descomponerse. En el momento en que Maxilla recorría con toda la velocidad que podía el oscuro corredor de arcos, el espacio interior donde nos habíamos enfrentado a los alienígenas

ya no era más que una vorágine tenebrosa de vapores amoniacales y arsenicales. Nuestros cronómetros y relojes habían empezado a funcionar otra vez.

Dejamos atrás el planeta fracturado, sorteando llamas y tormentas de gravedad en nuestra precipitada huida hacia el sistema exterior. Cuarenta minutos después de abandonar el lugar, los sensores traseros alineados no pudieron encontrar el menos rastro de la «herida», como si hubiera desaparecido o jamás hubiera estado allí.

Yo no tenía la menor idea de cómo iban y venían los saruthi, y Aemos no me sirvió de mucha ayuda. No habíamos visto ni señal de otras naves ni otros puntos de salida de la corteza del planeta.

—¿Viven en ese planeta? —le pregunté a Aemos mientras estábamos en una plataforma de observación mirando hacia la estrella que se perdía a lo lejos por los portillos oscurecidos para evitar el resplandor.

—Supongo que no. Sus tecnologías están fuera de mi comprensión, pero supongo que podrían haber llegado a la meseta a través de aquellas arcadas desde otro mundo, a un lugar que habían construido para el encuentro.

Semejante idea era un desafío para mi imaginación. Aemos hablaba de algo así como teletransporte interestelar.

Fuera del sistema no habíamos encontrado muchos rastros de la flota hereje. Según lo que pudo averiguar Maxilla por las estelas de impulso y de disformidad, las tres naves, en las que sin duda iban Locke y Dazzo, se habían reunido con la flotilla que los esperaba y se habían trasladado casi de inmediato al Immaterium.

Otros indicadores de disformidad nos informaron de que las fuerzas que esperábamos venían de camino. Estaban a no más de dos días de distancia. Pusimos el ancla gravitacional, y nos dedicamos a curar nuestras heridas y a esperar.

Treinta semanas antes, al abandonar Damasco, había enviado una petición de ayuda a Gudrun a través de Lowink, por vía astropática. Había descrito

la situación lo mejor que había podido, ofreciendo cuanto detalle y conjetura tenía a mi alcance y había esperado que el Comandante General me enviara una expedición de apoyo. No exigí, como solían hacerlo los de la escuela de Commodus Voke. Estaba seguro de que la urgencia y la importancia de mi comunicado hablarían por sí mismos.

Once naves emergieron del empíreo ante nuestros ojos en formación de combate: seis fragatas imperiales en vanguardia con cazas en formación delante de ellas. Detrás de la punta de lanza de las naves de guerra venían las naves de combate Vulpécula y *Saint Scythus*, cada una de las cuales triplicaba en tamaño a las fragatas, unos monstruos de naves que ponían los pelos de punta. Cerrando la formación había un trío imponente de cruceros, naves negras de la Inquisición Imperial. No se trataba de una expedición militar, sino de una misión inquisitorial.

Intercambiamos códigos, nos identificamos y fuimos escoltados al interior de la flota por una guardia de honor de thunderhawks. Los transbordadores trasladaron a nuestros heridos, entre los cuales iban Fischig, todavía inconsciente, y el prisionero Malahite, hasta donde estaban los equipos médicos, a bordo del *Saint Scythus*. Una hora más tarde, por petición del almirante Spatian, también yo me trasladé en un transbordador hasta la nave de combate. Estaban esperando mi informe.

Llevaba el brazo izquierdo vendado y en cabestrillo e iba vestido con un traje negro y mi chaqueta de cuero de mangas desmontables, con la roseta inquisitorial al cuello. Me acompañaba Aemos, ataviado con una sobria túnica verde.

En la reverberante cúpula del muelle de atraque del *Saint Scythus*, nos esperaban el procurador Olm Madorthene y un comando de choque para saludarnos. Madorthene llevaba el impresionante uniforme blanco con el que lo había visto la primera vez, y la armadura azul de gala de los hombres estaba profusamente adornada con galones dorados.

Madorthene me hizo el saludo militar y en grupo nos dirigimos hacia los ascensores que nos llevarían a los niveles de mando de la nave.

—¿Cómo va la rebelión? —pregunté.

—Bastante bien, inquisidor. Tenemos entendido que el Comandante General ha declarado terminado y resuelto el Cisma Helicano, aunque todavía no han acabado las guerras de pacificación en Tracian.

—¿Pérdidas?

—Considerables. Sobre todo en lo que respecta a la población y a los materiales del mundo afectado, aunque algunas unidades de la flota y de la guardia han recibido una paliza. La traición de lord Glaw le ha costado cara al Imperio.

—Lord Glaw ha pagado su traición con su propia vida. Su cuerpo se pudre en un mundo innominado del sistema que hemos dejado atrás.

—Su señor estará complacido —dijo con aprobación.

—¿Mi señor?

El Gran Inquisidor Philebas Alessandro Rorken estaba sentado en un trono de mármol en el fondo de una sala de audiencias semejante a una capilla, dos niveles por debajo del puente principal del *Saint Scythus*. Yo lo había visto dos veces antes, y esas experiencias no me permitían tener mucha confianza. Llevaba unas vestiduras sencillas de color carmesí y por debajo traje y guantes negros. Su único adorno era el sello de oro que lucía en uno de los dedos. La austera simplicidad de su vestimenta parecía acentuar su autoridad. Llevaba la noble cabeza afeitada, salvo el mentón donde se había dejado una perilla en forma de horquilla. En sus ojos, profundos y sabios, brillaba la inteligencia.

Estaba rodeado de su séquito. Diez novicios inquisitoriales de rango interrogatorio como máximo, portadores de estandartes, armas incendiarias sagradas, rollos y placas de datos, instrumentos brillantes de tortura sobre cojines de satén rojo y libros de himnos abiertos. Todos ellos estaban flanqueados por cuatro guardaespaldas de uniforme rojo armados con sables que sostenían con ambas manos delante de sus rostros. Sus armaduras estaban muy adornadas y tenían los rostros totalmente cubiertos con visores que habían sido pintados como los rostros de cuatro

santos apostólicos: Olios, Jerido, Manezzer y Kadmon. Las máscaras tenían los ojos planos, inexpresivos y casi de estilo naive, copia exacta de representaciones de antiguos manuscritos iluminados. Un grupo de sabios con túnicas oscuras esperaban por allí cerca, y una docena de servidores querubines en forma de regordetes niños de tres años de rizos dorados y con caras malévolas de gárgolas revoloteaban por allí, entre burlas y chanzas, con sus alas doradas antigravitatorias.

—Acérquese, Eisenhorn —dijo lord Rorken con su voz apacible que se difundió sin esfuerzo por toda la cámara—. Acérquense todos.

Al oír sus palabras, otras figuras surgieron de las antesalas distribuidas a los lados de la sala y ocuparon sus asientos a uno y otro lado. Uno de ellos era el almirante Spatian, un gigante esquelético de edad avanzada, con su uniforme blanco, acompañado por varios miembros de su estado mayor. Los demás eran inquisidores. Titus Endor, con su chaqueta marrón y acompañado sólo por una mujer sabia y encorvada, me dirigió un gesto de aprobación cuando pasé por su lado. Commodus Voke, marchito y lento, a quien un hombre alto, de negro, ayudó a subir hasta su asiento. El hombre era totalmente calvo, salvo por unos mechones ralos. Tenía el cuero cabelludo, el cuello y la cara cubierto de cicatrices de heridas y de operaciones. Era Heldane. Su encuentro con el carnodonte no había contribuido a mejorar su aspecto. Al igual que Endor, Voke me saludó con una inclinación de cabeza, pero en ella no había el menor rastro de amistad.

Junto a él, el inquisidor Schongard, robusto y macizo, con su máscara de metal negro que lo ocultaba todo salvo sus ojos exageradamente maquillados. Ocupó su asiento flanqueado por dos mujeres delgadas y obsequiosas que, por su aspecto, eran miembros de algún culto a la muerte. Las dos iban casi desnudas pero llevaban el cuerpo muy adornado, unas capuchas claveteadas y correajes de los que colgaban armas.

Frente a Schongard estaba Konrad Molitor, un miembro ultrarradical de los Ordos que no me inspiraba ni gran afecto ni mucho respeto. Molitor era un hombre en buena forma física, atlético, cubierto de pies a cabeza por una armadura de malla a cuadros amarillos y negros muy ajustada al

cuerpo y una coraza de plata bruñida sobre el torso. Tenía el pelo negro muy corto y un aire que recordaba a un monje guerrero de la Primera Cruzada. Detrás de él había tres acólitos cubiertos con túnica y capucha. Uno de ellos llevaba la ornamentada espada de energía de Molitor, otro un cáliz y una patena de plata y el tercero un relicario y un incensario. Los ojos de Molitor eran de un color amarillo brillante y no los apartó de mí ni un instante.

El último en ocupar su asiento, a la derecha de lord Rorken, fue un gigante con una servoarmadura negra. Era un Marine Espacial del capítulo de los Guardianes de la Muerte, la unidad consagrada del Ordo Xenos. Los Guardianes de la Muerte era uno de los Militantes de las Cámaras, capítulos de los marines, fundado exclusivamente para la Inquisición, oscuro y secreto incluso para el bendito Adeptus Astartes. Al aproximarme, el guerrero se quitó el casco y lo apoyó sobre su rodilla, dejando ver un rostro pálido, de mandíbula cuadrada, y un pelo gris muy corto. Tenía la boca de labios finos plegada en un gesto preocupado.

Los servidores trajeron un asiento para mí y ocupé mi lugar frente al Gran Inquisidor. Aemos se quedó de pie a mi lado, extrañamente silencioso.

—Hemos leído su informe preliminar, hermano Eisenhorn. Es toda una historia. Realmente apasionante —lord Rorken saboreó la última palabra —. Persiguió usted a la flota herética de Glaw a este mundo exterior olvidado del Emperador en la seguridad de que pretendían traficar con un objeto xénico. Ese tráfico, dice usted, implicaba un objeto cuya mismísima naturaleza constituiría una amenaza para la seguridad y la moralidad de nuestra sociedad.

—Informé correctamente, hermano.

—Sabemos que siempre ha sido usted empeñoso y veraz, hermano. No hemos puesto en duda sus palabras. Después de todo ¿no hemos reunido unas… fuerzas poco habituales?

Con un gesto señaló a los circundantes y hubo algunas risas, la mayor parte forzadas, sobre todo las de Voke y Molitor.

—¿Y de qué objeto se trataba?

—Los alienígenas poseían un ejemplar único de una obra profana y prohibida conocida como el Necroteuco.

La reacción fue inmediata. Todo en derredor se oyeron murmullos en los que se mezclaban la sorpresa, la alarma y el escepticismo. Oí a Voke, Molitor y Schongard que hacían preguntas y se burlaban. Los criados, novicios y acólitos que nos rodeaban susurraban o charlaban animadamente. Los querubines gimotearon y corrieron a refugiarse detrás del trono de lord Rorken. El propio Rorken se quedó mirándome dubitativo. Observé que incluso el adusto Marine Espacial miraba con gesto interrogante al inquisidor.

Lord Rorken alzó la mano y el murmullo se aquietó.

—¿Y eso fue confirmado, hermano Eisenhorn?

—Así fue, señor. Lo vi con mis propios ojos y sentí su poder maléfico. Era el Necroteuco. Por lo que pude averiguar, esa especie alienígena conocida como los saruthi, dieron con un ejemplar perdido hace miles de años, y a través de líneas de comunicación establecidas recientemente con la secta de los Glaw acordaron intercambiarlo por ciertos artilugios de su propia cultura.

—¡Ridículo! —intervino Commodus Voke—. ¡El Necroteuco es un mito y de los más despreciables! ¡Esos retorcidos y asquerosos alienígenas lo fabricaron como señuelo para los ambiciosos herejes!

—Lo vi con mis propios ojos y sentí su poder maléfico —repetí mirando a Voke—. Era el Necroteuco.

El almirante Spatian miró a lord Rorken.

—Ese objeto, ese libro… ¿es tan valioso como para que esos herejes provocaran un cisma en todo el subsector a fin de ocultar sus maniobras para conseguirlo?

—¡Es de un valor incalculable! —intervino Molitor desde el otro extremo de la cámara—. ¡Un valor indecible! Si la leyenda es cierta, aunque sea en parte, el saber qué contiene supera nuestro entendimiento. ¡No hubieran dudado un instante en arrasar todos los mundos que fuera necesario para conseguirlo, ni en sacrificar todos sus recursos para conseguir el poder que les otorgaría!

—Siempre ha sido obvio —dijo Endor con tono sosegado—, que en esto había mucho en juego. Aunque lo que nos revela el hermano Gregor es aterrador, no me sorprende. Sólo un icono tan potente como el Necroteuco podría haber desatado semejante derramamiento de sangre.

—¡Pero el Necroteuco! ¡Semejante cosa! —dijo Schongard entre dientes.

—¿Lo consiguieron, inquisidor Eisenhorn? —preguntó de repente el Marine Espacial fijando en mí su mirada.

—No, hermano capitán, no lo consiguieron. El esfuerzo fue desesperado y muy difícil, pero mis fuerzas consiguieron desbaratar su contacto con los saruthi. Pudimos alejara los alienígenas, y la mayoría del grupo de vanguardia de los herejes, incluidos lord Glaw y un hijo blasfemo del Emperador, aliado con su causa, fueron eliminados.

—Ya leí acerca de ese tal Mandragore en su informe —dijo el Marine espacial—. Su presencia fue fundamental en la decisión de que mi unidad se uniera a esas fuerzas.

—Los Hijos del Emperador, que Tierra los confunda, evidentemente querían el libro para sí. Habían enviado a Mandragore para que ayudara a Glaw a recuperarlo. Creo que el hecho de que esos seres se lo tomaran en serio no hace sino confirmar la veracidad de mi historia.

El noble Marine asintió.

—¿Y dice usted que Mandragore está muerto?

—Yo mismo lo maté.

El guerrero de la Guardia de la Muerte se enderezó levemente en su asiento y enarcó un poco las cejas, sorprendido.

—¿Escapó algún hereje a su purga? —preguntó Schongard.

—Dos de los principales conspiradores, hermano. El capitán mercante Gorgone Locke, que creo que fue una pieza fundamental para establecer el contacto original entre los saruthi y la secta de Glaw, y un eclesiarca de nombre Dazzo al que considero la fuerza espiritual de la empresa. Huyeron en medio del combate reuniéndose con los elementos de la flota que se mantenían a la espera y abandonaron el sistema.

—¿Destino? —preguntó Spatian.

—Todavía lo estamos investigando, almirante.

—¿Y cuántas naves? Ese bastardo traidor de Estrum escapó con quince.

—Perdió por lo menos dos fragatas en ese sistema estelar. Una nave mercante no estándar que creo que pertenece a Locke quedó con ellas.

—¿Salieron huyendo y derrotados o todavía se traen algo entre manos? —preguntó lord Rorken.

—Tengo que seguir investigando para poder responder a eso, señor.

Spatian se puso de pie y miró al Gran Inquisidor.

—Aunque hayan huido, no podemos permitir que escapen. Deben ser perseguidos y aniquilados. Solicito permiso para reorganizar la flota de combate y salir tras ellos.

—Permiso concedido, almirante.

Entonces se oyó la voz de Molitor.

—Nadie ha hecho todavía la pregunta más importante a nuestro heroico hermano Eisenhorn —dijo, subrayando la palabra heroico como para que no sonase halagadora—. ¿Qué sucedió con el Necroteuco?

Me volví y lo miré de frente.

—Hice lo que habría hecho cualquiera de nosotros, hermano Molitor, lo quemé.

Se produjo un gran alboroto. Molitor estaba de pie acusándome a voz en cuello de nada menos que herejía. Schongard elevó su tono sinuoso para apoyar la acusación, mientras que Endor y Voke trataban de acallarlos. Las comitivas aullaban y golpeaban el suelo con los pies. Los únicos que permanecíamos sentados y en silencio éramos el capitán de la Guardia de la Muerte y yo.

Lord Rorken se puso de pie.

—¡Ya basta! —gritó volviéndose hacia el vociferante Molitor—. Formule su objeción, hermano Molitor, de una manera simple y concisa.

Molitor asintió, se pasó la lengua por los labios y recorrió con su mirada penetrante toda la sala.

—¡Sobre Eisenhorn debe caer todo el peso de nuestra censura por este acto de vandalismo! El Necroteuco puede ser una obra maldita y proscrita, pero somos la Inquisición, señor. ¿Qué derecho tenía a destruirlo sin más? Ese objeto debería haber sido secuestrado y traído para que nuestros sabios más eruditos lo estudiaran. ¡El contenido del Necroteuco podría habernos dado mucha información sobre el archienemigo de la especie humana, conocimientos incalculables! ¿Hasta qué punto podría habernos armado para la lucha interminable? ¡Eisenhorn ha dado un duro golpe al centro mismo de nuestra sagrada Inquisición!

—¿Hermano Schongard?

—Mi señor, coincido con todo. Fue una acción desesperada e irreflexiva por parte de Eisenhorn. Cuidadosamente tratado, el Necroteuco nos habría proporcionado un saber inconmensurable. Sus secretos arcanos habrían sido armas contra el enemigo. Puedo aplaudir sus denodados esfuerzos por detener a Glaw y a sus conspiradores, pero esta eliminación de conocimientos ocultos sólo merece mi reprobación.

—¿Hermano Voke? ¿Qué es…? —empezó a decir lord Rorken, antes de que yo lo interrumpiera.

—¿Es esto un tribunal, mi señor? ¿Se me acusa de traición?

—No hermano, pero la magnitud de sus acciones debe ser analizada y considerada. ¿Hermano Voke?

—Eisenhorn hizo lo correcto —dijo Voke poniéndose de pie—. El Necroteuco era una abominación. Hubiera sido una herejía permitir que siguiera existiendo.

—¿Hermano Endor?

Titus no se puso de pie. Se volvió en su asiento y miró a Konrad Molitor que estaba en el otro extremo de la sala.

—Gregor Eisenhorn cuenta con todo mi apoyo. Por sus lamentos, Molitor, me pregunto a qué clase de hombre estoy escuchando. Un radical, sin duda, pero ¿un inquisidor? Tengo mis dudas.

Molitor volvió a ponerse de pie, furioso.

—¡Bellaco! ¡Maldito bellaco bastardo! ¿Cómo se atreve?

—Nada más fácil —replicó Endor echándose atrás en su asiento y cruzando los brazos—. Y usted, Shongard, no es mejor que él. ¡Son una vergüenza! ¿Qué secretos piensan que podrían aprender a menos que fuera cómo contaminar nuestras mentes y destruir nuestra salud mental? El Necroteuco ha estado prohibido desde antes de nuestra fundación. ¡No necesitamos saber lo que contiene para aceptar esa prohibición! Todo lo que necesitamos es saber que debe ser destruido para que nadie lo lea ni lo vea. ¡Díganme!, ¿les hace falta contraer las fiebres de Uhlren para saber que son fatales?

Lord Rorken sonrió al oír esto y miró al Marine Espacial.

—¿Hermano capitán Cynewolf?

El capitán se encogió modestamente de hombros.

—Yo comando equipos encargados de exterminar a los alienígenas, mutantes y herejes, señor. La ética de la erudición y la sabiduría la dejo a los sabios. Pero, a pesar de todo su valor, yo lo habría quemado sin vacilar.

Se produjo un prolongado silencio. A veces casi me alegraba de que nadie pudiera ver cuándo sonreía.

Lord Rorken se reclinó en su trono.

—Se toma nota de las objeciones de mis hermanos. Por mi parte, yo apruebo la actuación de Eisenhorn. Dada la extrema gravedad de la situación, tomó la decisión más adecuada.

—Gracias, mi señor.

—Ahora retirémonos y consideremos esta cuestión. Quiero oír propuestas sobre lo que debemos hacer a continuación dentro de cuatro horas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Titus Endor mientras estábamos sentados en su departamento privado a bordo del *Saint Scythus*. Una servidora nos trajo unas copas de amasec reserva, envejecido en cubas de madera de nal.

—Hay que acabar con los que quedan —dije—. Dazzo y el resto de la flota herética. Puede que les hayamos arrebatado su botín y hayan huido. Puede que sigan huyendo durante años, pero cuentan con un grupo de

combate y tienen voluntad de usarlo. Voy a recomendar que les demos caza y que terminemos con este bochornoso asunto de una vez por todas.

Aemos entró en la habitación, saludó a Endor con una respetuosa inclinación de cabeza y me entregó una placa de datos.

—Los astronavegantes del almirante han terminado de trazar la ruta de evasión de la flota herética. Coincide con las estimaciones que me acaba de enviar Maxilla.

—¿Tienes un mapa, Titus?

Asintió y conectó una unidad cogitadora con superficie de cristal. Ésta se encendió y él introdujo los códigos de referencia de la placa.

—De modo que… no escapan hacia el interior del espacio imperial. No me sorprende. Ni abandonan las distancias anárquicas de las Estrellas Halo.

—Su trayectoria los trae hacia aquí: hacia 56-Izar. A diez semanas de aquí.

—Hacia territorio saruthi.

—Hacia el corazón mismo del territorio saruthi.

El Gran Inquisidor Rorken asintió con gesto grave.

—Como usted dice, hermano, es posible que este asunto esté menos acabado de lo que pensábamos. El acuerdo entre las fuerzas de Glaw y esa raza xénica era cuando menos frágil, y si alguna paz existía entre ellos, se vio quebrantada por la violencia. Dazzo debe tener alguna otra razón para ir allí.

Lord Rorken recorría de un lado a otro su cámara con aire caviloso mientras jugueteaba con el anillo de sello que lucía en su dedo enguantado. Su séquito de querubines revoloteaba intranquilo sorteando los respaldos de las sillas y los sillones de la habitación. Inclinando las cabezas de gárgola ora hacia un lado, ora hacia otro, me observaban con atención mientras yo esperaba una respuesta.

—Mi imaginación está desatada, Eisenhorn —me dijo finalmente.

—Tengo intención de interrogar a ese arqueoxenólogo, a Malahite, personalmente. Estoy seguro de que carece de la capacidad de resistencia de que dio muestras su aristocrático amo, Urisel.

Rorken dejó de pasearse y por fin batió sus manos enguantadas. Asustados, los querubines se dispersaron revoloteando por el aire, hasta cerca del techo.

—Debe fijarse el rumbo hacia 56-Izar de inmediato —dijo lord Rorken, sin parar mientes en su parloteo—. Tráigame sin demora los resultados de sus investigaciones.

Seguridad naval había encarcelado a Girolamo Malahite en el ala de seguridad de las instalaciones médicas de la nave. Lo habían tratado de la herida que yo le había infligido, pero no habían hecho el menor esfuerzo por proporcionarle una prótesis. Yo no veía la hora de hacerle revelar sus secretos.

Atravesé la enfermería fríamente iluminada y fui a ver cómo se encontraba Fischig. Seguía inconsciente, aunque un médico me dijo que se había estabilizado. El purificador se encontraba dentro de una tienda plástica, conectado a bombas de respiración y circulación, con sus dañadas facciones cubiertas por vendas, ungüentos mágicos y grapas óseas.

De la enfermería pasé por una fría escotilla de bajada, presenté mi identificación a los guardias y entré en el ala de seguridad restringida. Me encontraba ante un segundo control, a la entrada del mismísimo bloque de las celdas, cuando oí un grito que venía de una celda que estaba más allá.

Me abrí camino entre los guardias que salieron corriendo detrás de mí y llegué a las grasientas celosías de la celda.

—¡Abran! —ordené mientras uno de los guardias se enredaba con su manojo de llaves—. ¡Rápido, hombre!

La puerta se abrió con un chirrido y quedó fijada en su posición de abierta. Konrad Molitor y sus tres acólitos encapuchados se volvieron a mirarme, furiosos por haber sido interrumpidos. Sus manos enfundadas en guantes quirúrgicos estaban manchadas de sangre.

Detrás de ellos, yacía entre quejidos Girolamo Malahite en una jaula metálica horizontal sujeta al techo con cadenas. Estaba sin sentido y prácticamente le habían desollado todo el cuerpo.

—Traed cirujanos y médicos y haced venir a lord Rorken. ¡Ahora! —les ordené a los guardias de la celda—. ¿Le importaría explicarme lo que está haciendo aquí? —le dije a Molitor.

Pensé que habría preferido no contestarme, y su trío de criados parecía dispuesto sacarme a empellones de la celda, pero como tenía encañonado con mi pistola automática a Konrad Molitor, ninguno de ellos se atrevió a moverse.

—Estoy interrogando al prisionero… —empezó.

—Malahite es mi prisionero.

—Está bajo la custodia de la Inquisición, hermano Eisenhorn…

—¡Es mi prisionero, Molitor! ¡El protocolo inquisitorial me concede al derecho a ser el primero en interrogarlo!

Molitor trató de apartarse, pero yo seguía apoyando con firmeza la pistola sobre su sien. No cabía duda alguna sobre la furia que reflejaban sus ojos por el tratamiento, pero se contuvo, consciente de que yo casi no tenía necesidad de que me provocara.

—Yo… yo estaba preocupado por su salud, hermano —empezó tratando de aplacar mi ánimo—, las heridas que ha sufrido, su fatiga. Era necesario interrogar a Malahite rápidamente, y pensé que podría aligerar su carga comenzando el…

—¿Comenzando? ¡Si prácticamente lo ha matado! No creo ni por un momento en sus excusas, Molitor. Si realmente hubiera querido ayudarme, habría solicitado mi permiso. Lo que quería era quedarse con sus secretos.

—Es una vil mentira —me espetó.

Amartillé la pistola con el pulgar. En aquella celda cerrada, el chasquido sonó alto y amenazador.

—¿De veras? Entonces, comparta conmigo lo que ha averiguado hasta el momento.

—Se mostró reacio —dijo tras una vacilación inicial—. No le hemos sacado casi nada.

Se oyeron fuertes pisadas fuera y los guardias volvieron con dos cirujanos de la flota vestidos de verde y un cuarteto de enfermeros.

—¡Por el Trono de Tierra! —gritó uno de los cirujanos al ver aquella ruina de hombre en la jaula.

—Haga lo que pueda, doctor. Estabilícelo.

Los médicos se pusieron inmediatamente a su trabajo, pidiendo instrumental, aparatos y vendas frías. Malahite se quejó otra vez.

—Amenazar a un inquisidor imperial con la fuerza es un crimen capital —dijo uno de los acólitos encapuchados dando un paso adelante.

—A lord Rorken no le va a gustar —añadió otro.

—Baje el arma y nuestro señor colaborará —intervino un tercero.

—Dígales a sus secuaces que se callen —le dije a Molitor.

—Por favor, inquisidor Eisenhorn —volvió a intervenir el tercer acólito con una voz suave que salía de las profundidades de su capucha. Nos disculparemos. Deje el arma.

La voz sonaba extrañamente confiada y daba muestras de una sorprendente autoridad al interceder por Molitor, pero no más de lo que Midas o Aemos hubieran hecho por mí en una situación equivalente.

—Llévese a sus asistentes y salgan de aquí, Molitor. Volveremos sobre esto cuando haya hablado con lord Rorken.

El jefe del equipo médico se acercó a mí y sacudió la cabeza.

—Este hombre está muerto, señor.

Atendiendo a una solicitud de lord Rorken, el eclesiarca mayor de la nave de guerra puso a nuestra disposición una gran capilla. Creo que la curia de a bordo estaba impresionada por la furia del Gran Inquisidor.

Apenas teníamos tiempo para reparar el daño producido por el incidente, aun cuando los médicos habían colocado el lamentable cadáver de Malahite en un campo de estasis.

Lord Rorken quería hacerse cargo personalmente de la cuestión, pero se dio cuenta de que estaba obligado a ofrecerme primero la oportunidad. Habérmela negado no habría hecho más que agravar el insulto de Molitor, aun cuando Rorken era el Gran Inquisidor.

Le dije a Rorken que aceptaba con gusto la misión, añadiendo que mi conocimiento práctico del caso me convertía en el candidato más idóneo.

Nos reunimos en la capilla. Era una sala larga de columnas aflautadas y suelo de mosaico. Las vidrieras de cristal emplomado representaban los triunfos del Emperador y a través de ellas se veían los torbellinos que formaba el empíreo fuera de la nave. La cámara se sacudió con la vibración de los motores del *Saint Scythus*.

Las filas de bancos y las sillerías que se elevaban a ambos lado se iban llenando con el personal inquisitorial y los eclesiarcas. Todos mis hermanos estaban presentes, incluso Molitor, que yo sabía que no podía quedar al margen.

Recorrí con Lowink toda la extensión de la nave hasta el plinto donde yacía Malahite en estasis. Los astrópatas, unos treinta, pertenecientes a la dotación de la nave y la delegación inquisitorial, se habían reunido detrás de él. Todos iban encapuchados y su estado físico era bastante lamentable. Algunos eran llevados en estructuras mecánicas sobre ruedas o transportados en literas por austeros servidores e iban susurrando y murmurando. Lowink acudía a informarlos. Parecía disfrutar de este momento de superioridad sobre astrópatas que normalmente eran sus superiores. Lowink no tenía el poder necesario como para manejar este rito por sí mismo; sus recursos eran suficientes para las auditorías psicométricas más simples, pero su conocimiento de mis capacidades y métodos hacía de él una pieza fundamental para orquestar sus esfuerzos.

Miré a Malahite, descolorido y patético bajo la envoltura de la estasis. Por grotesco que parezca, me recordó al propio Dios Emperador que descansaba por toda la eternidad en el gran campo de estasis del Trono

Dorado, preservado hasta el fin de los tiempos de la muerte que Horus había tratado de infligirle.

Lowink me hizo una señal. El coro astropático estaba listo. Miré a mi alrededor y descubrí el rostro de Endor entre los congregados. Se había colocado cerca de Molitor y había prometido mantener vigilado a aquel bastardo por mí. Schongard estaba sentado cerca del fondo, como si quisiera apartarse de la transgresión de su camarada radical.

Vi al hermano capitán Cynewolf y a otros dos Marines Espaciales que inspiraban terror mientras ocupaban su lugar detrás del altar. Todos ellos llevaban su armadura completa e iban armados con bolters de asalto. No estaban allí para hacer acto de presencia, sino para salvaguardar el rito.

—Proceda, hermano —dijo lord Rorken desde su asiento.

El coro empezó a separar los pliegues de la disformidad con sus plegarias. Un frío psíquico se difundió por la bóveda, y algunos de los reunidos se estremecieron, o bien de frío o bien por una vibración empática involuntaria.

Commodus Voke, a quien ayudó a levantarse de su asiento el maltrecho Heldane, avanzó con dificultad para unirse a mí. Como concesión a lord Rorken por haberme concedido este honor, había accedido a que el veterano inquisidor participara en la autosecuencia a mi lado. Después de todo, el riesgo era grande. Dos mentes eran mejor que una, y, en honor a la verdad, me vendría bien contar con el poder mental del viejo reptil.

—Bajen el campo de estasis —dije. Los gemidos de los astrópatas subieron de tono. Mientras el campo traslúcido se desvanecía, Voke y yo extendimos las manos desnudas y tocamos el rostro rezumante, desollado.

El velo de la disformidad se retrajo. Veía como a través de un embudo de humo de un blanco fantasmal que me envolvió. A mis oídos llegaban los gritos horrendos de la infinitud y de miles de millones de almas arrojadas a su interior.

Una luz azul, mezclada con fuegos fatuos. Un sonido que era una mezcla de un retumbar sísmico y del etéreo canto llano de templos

desaparecidos hacía tiempo. Olor a humo, a incienso, a agua salada, a sangre…

Un vacío cósmico tan enorme y tan eterno que mi mente se estremeció al atravesarlo. Pasó en un abrir y cerrar de ojos, pero con la rapidez suficiente para evitar que su mera escala me volviera loco.

Otro destello. Destellos rojos. Galaxias en colisión que se incendiaban. Almas como cometas que surcaban el Immaterium. Voces de dioses monstruos llamando desde detrás del telón de fondo del espacio.

DESTELLO. NEGRURA OCEÁNICA. Otro fragmento de canto llano.

DESTELLO. CRIADEROS de ESTRELLAS, llenos de soles en embrión.

DESTELLO. LUZ FRÍA, de eones de antigüedad.

DESTELLO.

—¿Gregor?

Miré alrededor y vi a Commodus Voke. No había reconocido su voz en un primer momento. Parecía como si se hubiera suavizado, como si aquello lo hubiera vuelto más humilde. Estábamos sobre una pendiente de esquisto verde, bajo un par de soles que irradiaban un calor enorme. Montañas disecadas delineaban el horizonte, imponentes como fortalezas.

Avanzamos cruzando el esquisto hacia el sonido de una excavadora. Una antigua monotarea, de pistones brillantes de aceite, excavaba en el lado de una superficie rocosa con sus miembros en forma de pala. De su motor salían vapor y humo, y por una cinta transportadora que había en su parte posterior salían restos de roca que formaban montones de despojos brillantes.

Pasamos a su lado y dejamos atrás otras excavaciones de la superficie rocosa donde servidores más pequeños cepillaban y pulían fragmentos de

los estratos expuestos y los disponían con cuidado sobre bandejas.

Malahite estaba mirando cómo trabajaban. Estaba más joven, casi un adolescente, bronceado y en forma gracias al sol y al trabajo. Llevaba pantalones cortos y una camiseta holgada y tenía la piel cubierta de polvo.

—Pensé que vendrían —dijo.

—¿Va a cooperar?

—Tengo poco tiempo para hablar —dijo, inclinándose para examinar objetos que un servidor acababa de colocar en una bandeja. Hay trabajo que hacer. Mucho que descubrir antes de que lleguen las lluvias dentro de una o dos semanas.

Sabía quiénes éramos, pero no podía divorciarse del todo de la realidad que lo rodeaba.

—Hay tiempo de sobra para hablar.

Malahite se incorporó.

—Supongo que tiene razón. ¿Sabe dónde estamos?

—No.

—En un mundo marginal —dijo tras una pausa—. Ahora que lo pienso, yo también he olvidado su nombre. Creo que aquí es donde soy más feliz. Aquí es donde empieza todo para mí. Mi primera gran recuperación, la excavación a la que debo mi fama como arqueoxenólogo.

—De lo que queremos hablar es de sucesos posteriores —dijo Voke.

Malahite asintió, se desató el pañuelo y enjugó el sudor de sus mejillas.

—Pero es aquí donde empieza todo. Seré honrado por esos descubrimientos, se me festejará en los altos círculos. Se me invitará a cenar en la noble y famosa Casa Glaw y entraré a su servicio como prospector. El propio Urisel Glaw me contratará y me ofrecerá un lucrativo estipendio por trabajar para él.

—¿Y a dónde conducirá todo eso? —pregunté—. Cuéntanos sobre los saruthi.

Se puso tenso y miró hacia otro lado.

—¿Por qué? ¿Qué pueden ofrecerme? ¡Nada! ¡Han acabado conmigo!

—Tenemos medios, Malahite. Podemos facilitarte las cosas. La Casa Glaw te ha condenado a un destino inimaginable.

Me miró a la cara con curiosidad.

—¿Pueden salvarme, incluso ahora?

—Sí.

Hizo una pausa y recogió una de las bandejas. De pronto estaba llena de los mosaicos octogonales del yacimiento de Damasco.

—Tenían un imperio ¿saben? —dijo, buscando entre los mosaicos y mostrándonos algunos. Las piezas no significaban nada—. La historia está aquí, inscrita pictográficamente. Nuestros ojos no pueden leerla. Los saruthi no tienen funciones ópticas ni auditivas. El olfato y el gusto, ambos combinados, son sus principales sentidos. Pueden detectarlos olores de la realidad, incluso los del espacio dimensional. Los ángulos del tiempo.

—¿Cómo?

—El Necroteuco —respondió con un encogimiento de hombros—. Los hizo disformes. Su imperio era pequeño, no más de cuarenta mundos, y muy antiguo cuando el libro cayó en sus manos. Lo llevaban humanos perseguidos en Tierra en los mismísimos principios. Gracias a su aparato sensorial basado en el gusto, extrajeron del Necroteuco más de lo que podía leer el ojo humano. A partir de ese sabor, los conocimientos profundos del Necroteuco se extendieron por su cultura como el fuego, como un agente patógeno, transformando y retorciendo, invistiéndolos de gran poder. Eso desembocó en la guerra, una guerra civil, que hizo caer su imperio dejando mundos arrasados o abandonados, reduciendo su territorio al remoto fragmento que hoy conocemos.

—¿Están corrompidos, como especie quiero decir? —preguntó Voke.

—No tienen salvación, inquisidor —respondió Malahite asintiendo con la cabeza—. Son precisamente la especie de desecho xénico que ustedes nos enseñan a despreciar y temer. Me he encontrado con varias razas alienígenas en mi carrera y he llegado a la conclusión de que no merecen en absoluto el odio que la Inquisición y la Iglesia profesan a todo lo que no es humano. Son ustedes unos condenados tontos. Serían capaces de acabar

con todo sólo porque no se parece a ustedes. Pero en este caso tienen razón. El contagio del Necroteuco ha sobrepasado a los saruthi. No importa que sean xénicos, pero son hijos del Caos.

Se estremeció, como si se hubiera levantado un viento he lado, aunque los soles seguían brillando implacables.

—¿Qué recursos tienen? ¿Qué fuerzas militares?

—No tengo ni idea —dijo, estremeciéndose otra vez—. Hace siglos que abandonaron su tecnología aeroespacial. Ya no tenían necesidad de ella. Como ya dije, el Necroteuco había deformado sus capacidades sensoriales. Habían adquirido la capacidad de deshacer los ángulos del espacio y del tiempo, de moverse a través de las dimensiones, de un mundo a otro. Dominaban el arte de construir espacios en cuatro dimensiones, entornos que existen sólo en puntos específicos del tiempo.

—Como ese en el que iban a tener lugar las negociaciones.

—Sí. KCX-128 8 fue antiguamente parte de su imperio y quedó arrasado en su guerra civil. Lo eligieron para la reunión porque estaba alejado de sus principales centros de población. Construyeron el paisaje interior específicamente para nosotros.

—¿Un tetrapaisaje?

—Perdonen. Yo acuñé el término. Pensé que podría usarlo algún día en un documento erudito. Un entorno tetradimensional hecho a medida. En ese caso particular, con un clima humano para nosotros, sus huéspedes.

—¿Cómo negociaron el acuerdo?

—Locke, el corsario. Trabajaba para la Casa Glaw desde hacía años. Un mercenario que vagaba por las estrellas en nombre de los Glaw. Se aventuró en territorio saruthi y en un momento dado entró en contacto con ellos. Entonces descubrió la existencia del Necroteuco y supo que sus amos lo apreciarían.

—¿Y accedieron a negociar? —me estaba impacientando. El tiempo se nos agotaba.

Volvió a estremecerse.

—Hace frío —dijo—. ¿No les parece? Cada vez hace más frío.

—¿Accedieron a negociar? ¡Vamos, Malahite! No podemos ayudarle si se demora.

—Sí… sí, accedieron. A cambio de que les devolvieran artefactos y tesoros de los mundos que habían abandonado y a los que ya no tenían acceso.

—¿No atesoraban el Necroteuco?

—Para entonces, lo tenían en el alma, en la mente, entrelazado en su código genético. El libro ya no era importante.

—¿Y te emplearon para excavar y extraer los materiales con que los Glaw pretendían comerciar?

—Por supuesto. Se me prometió tanto poder…

Su voz decayó. Al otro lado de las montañas distantes, el cielo estaba oscureciendo. Una brisa cada vez más fuerte amontonaba la arena alrededor de nuestros pies.

—¿Las lluvias? —dijo—. No es posible tan pronto.

—¡Concéntrate, Malahite, o perderás tu oportunidad! ¡El Necroteuco fue destruido, la negociación frustrada y la Casa Glaw vencida y aniquilada! Entonces ¿por qué Locke y Dazzo llevan su flota al interior del territorio saruthi?

—¿Qué es eso? —preguntó de repente levantando una mano para que nos calláramos. Era cierto que ahora hacía más frío, y unas nubes amenazadoras oscurecían los soles. A lo lejos sonaba, apenas audible, un canto plañidero.

—¿Qué están haciendo? —Voke se impacientaba.

Nos miró como si fuéramos incapaces de entender nada.

—¡Reparando el daño que ustedes le hicieron a su casa! Los altos y poderosos señores de la secta de los Glaw tienen a su vez señores a quienes complacer. ¡Tienen que apaciguarlos por la pérdida del Necroteuco!

Miré a Voke.

—¿Te refieres a los Hijos del Emperador? —le pregunté a Malahite.

—¡Por supuesto! Los Glaw no podían hacer todo esto solos, ni siquiera con su poder e influencia. Hicieron un pacto con ese maldito capítulo para

que les proporcionase apoyo y seguridad a cambio de compartir con ellos el Necroteuco. Y ahora que se ha perdido, los Hijos del Emperador estarán muy descontentos.

—¿Y cómo esperan apaciguarlos y restablecer las relaciones? —preguntó Voke. Al igual que yo, estaba empezando a alarmarse por la oscuridad del cielo y por el ruido del viento.

—Consiguiendo otro Necroteuco —dije dándome cuenta y respondiendo por Malahite.

El arqueoxenólogo batió palmas y sonrió.

—¡Por fin un atisbo de inteligencia! Justo cuando empezaba a perder las esperanzas con ustedes. ¡Muy bien!

—¿Hay otro? —preguntó Voke con voz balbuceante.

—Los saruthi prometieron entregar su ejemplar humano porque tenían el suyo propio —dije, maldiciendo para mis adentros por no haber visto antes algo tan obvio.

—¡Bien otra vez! Claro que lo tienen, inquisidor. —Malahite estaba radiante y sonriente a pesar de que ahora temblaba visiblemente y ansiaba con desesperación un poco de calor—. Es una transcripción xénica, por supuesto, compuesta en su, como diría, en su lengua, pero tal vez fuera mejor decir sabor. Dazzo y sus señores tendrán el Necroteuco a pesar de los problemas que ustedes han causado.

Un relámpago cruzó el cielo y el viento levantó en torno a nosotros un remolino de polvo y partículas esquistosas.

—Se nos acaba el tiempo —me gritó Voke.

—Es cierto —dijo Malahite—. Y ahora, lo que prometieron. Les he respondido a todas las preguntas. ¿Son ustedes hombres de palabra?

—No podemos salvarte de la muerte, Malahite —le dijo Voke—, pero la abominación a la que has decidido servir se apresta a consumir tu alma. Al menos podemos ser clementes y extinguir ahora tu espíritu, antes de que lleguen.

Malahite hizo una mueca y enseñó sus dientes contra los que golpeaban las partículas de esquisto transportadas por el viento.

—Maldita oferta, Commodus Voke. ¡Y malditos sean ustedes!

—¡Muévase, Voke! —grité. Malahite no había hecho más que entretenernos mientras desgranaba su historia. Bien sabía él que no teníamos nada que ofrecerle como no fuera un fin rápido. Eso no le interesaba. Lo que quería era vengarse. Ese había sido su precio por hablar. Quería asegurarse de que todavía estuviéramos allí cuando llegara el fin, de que muriéramos con él.

El desierto que tenía a sus espaldas se abrió arrojando hacia lo alto rocas y polvo en una ráfaga ciclónica. Una columna de sangre salió de la tierra como un géiser. Tenía medio kilómetro de ancho y doce de altura. Creció como un árbol gigante que se retorcía hacia lo alto con una carne llena de pústulas, tendones y músculos y un millón de ojos fijos que la recubrían como una espuma reluciente.

Del remolino salían extensiones de hueso y tejido a modo de ramas que se apoderaron de Malahite y lo destrozaron.

Era el destino más completo, más devastador que jamás había visto sufrir a un hombre, pero él seguía sonriendo y manteniendo su gesto triunfal mientras sucedía.



VEINTIDÓS

EN LAS FAUCES DE LA DISFORMIDAD
UN MANDATO DE PURGA
56-IZAR

El recuerdo manifestado por medios psíquicos del mundo marginal y de su yacimiento se desvaneció, rompiéndose en mil pedazos como una imagen en un espejo roto, pero la imponente forma demoníaca permaneció, amenazadora en la letal oscuridad, empujando hacia nosotros la tempestad de maldición.

Sentí que Voke luchaba mentalmente contra ello, pero era un gesto inútil, como el de un hombre que sopla contra un huracán.

—¡Atrás! —grité. Mi voz sonaba perdida y distante incluso para mí.

Lo vi caer en el vacío a mi lado, tendiendo las manos hacia mí. Volví a gritar su nombre mientras intentaba sujetarlo. Me respondió a voz en cuello algo que no logré entender.

En lugar de eso oí gritos, alaridos y descargas de armas de fuego.

Me encontré tirado sobre el frío pavimento de la capilla, dolorido, empapado de sangre y de residuos plásmicos, respirando con dificultad y con el corazón a punto de estallar. Ahora los ruidos me rodeaban por todas partes, ensordecedores y distintos.

Me arrastré hacia un lado.

El pánico estaba dejando vacía la capilla. Sacerdotes y novicios, acólitos y criados, todos huían, chillando, derribando los bancos a su paso. Lord Rorken estaba de pie, con el rostro pálido, y sus devotos guardaespaldas, con sus máscaras de santos, cargaban hacia adelante describiendo ochos en el aire con sus sibilantes espadones.

Vi a Voke inconsciente cerca de mí. Como yo, estaba cubierto de sangre humana coagulada y de fluido viscoso del Immaterium.

No podía recuperar el equilibrio y sentía una especie de embotamiento en la cabeza. Sentí náuseas y escupí coágulos de sangre. Sabía que estaba tocado. Tocado por la disformidad, arruinado y contaminado. Había estado demasiado cerca y demasiado tiempo.

Los astrópatas se tambaleaban y gritaban frenéticamente. Algunos ya estaban muertos y otros sufrían convulsiones y hemorragias. Dos explotaron al mismo tiempo ante mis ojos como ampollas llenas de sangre. Entre ellos centelleaban arcos de energía de disformidad, que les freían el cerebro, les fundían los huesos y les hacía hervir los fluidos corporales.

El cadáver de Malahite había desaparecido. En su lugar, sobre el plinto, había un resto retorcido de huesos en descomposición y carne chamuscada. Los astrópatas habían roto el vínculo después de haberlo sostenido el tiempo suficiente como para que Voke y yo pudiésemos escapar, pero algo había vuelto con nosotros.

No tenía forma, pero sugería muchas, como una sombra sobre una pared o una nube en el cielo que puede cambiar y parecerse a muchas cosas en un momento. Dentro de sus vestiduras flotantes de humo había un brillo de estrella y destellaban unos dientes.

El primero de los guardias de Rorken estaba sobre él, asestándole golpes con su espada. La afilada hoja, grabada con bendiciones votivas y sacramentos curiales pasaba sin hacer mella a través de la niebla fina y etérea.

Como respuesta, una garra larga y desvaída de huesos articulados armada con un alfanje de cuyo filo salían dientes humanos, lo partió de arriba abajo de un solo golpe.

Busqué como loco un arma, cualquiera.

A mis oídos llegaba el horror de los disparos.

Con sus bolters de asalto atronando el aire, los Marines de los Guardianes de la Muerte avanzaban hacia aquel horror. Sus negras armaduras estaban cubiertas de escarcha psíquica. Se podía oír a Cynewolf gritando por su altavoz, increpando al enemigo y dando instrucciones tácticas a sus camaradas.

Los bolters labrados de su capítulo siguieron disparando al unísono hasta que el fuego implacable obligó a aquel ser de la disformidad a retroceder convertido en una mancha retorcida y chillona de tinieblas y miembros óseos. Cayó del plinto entre los astrópatas que retrocedían, aplastando tanto a los muertos como a los vivos.

El hermano capitán Cynewolf se adelantó a sus compañeros más rápido de lo que parecía posible para alguien con una armadura tan pesada. Tirando a un lado su bolter descargado, sacó su espada-sierra y la descargó una y otra y otra vez sobre la retorcida masa, haciéndola retroceder hacia las sillerías cuyas astillas saltaban por todas partes.

Lord Rorken pasó a mi lado portando un lanzallamas de plata ceremonial que había cogido de manos de uno de sus asistentes. El acólito corría detrás de él, tratando de sostener los depósitos de combustible incrustados en oro y de seguir el paso de su señor.

La voz de Rorken resonó por encima de aquella barahúnda.

—Espíritu de inmateria abominable, abandona este lugar, porque al igual que el Emperador de la Especie Humana, cuyas bendiciones sean mil veces loadas, no temeré yo a la sombra de la disformidad…

El arma del Gran Inquisidor derramó su fuego sagrado sobre aquella cosa surgida de la disformidad. Lord Rorken recitaba con todas sus fuerzas el ritual del destierro.

Endor me ayudó a ponerme de pie y ambos sumamos nuestras voces a la suya.

Se produjo un temblor que hizo vibrar toda la nave.

Poco después sólo quedaban de la envilecida criatura una capa de cenizas y la devastación que había dejado a su paso.

Como castigo por la transgresión cuyo resultado había sido esta invasión de la disformidad, se encargó a Konrad Molitor la restauración y reconsagración de la capilla profanada. Esta tarea, supervisada por los archisacerdotes de la curia y los tecnoadeptos del Glorioso Omnissiah, ocuparon las primeras seis semanas de las diez que duró nuestro tránsito a 56-Izar. Molitor se tomó en serio sus obligaciones, se vistió con el sucio hábito de arpillera como señal de contrición e hizo que sus sirvientes lo azotaran con mimbres y látigos psíquicos durante las ceremonias.

Yo pensaba que había salido demasiado bien parado.

Me pasé un mes recuperándome del trauma fisiológico de la autosecuencia en uno de los departamentos de la nave de combate. Las consecuencias del daño psicológico que sufrí me duraron años. Todavía sueño a veces con aquel géiser de sangre cubierto de miles de ojos llevando todo el cielo. Nunca se olvida una cosa como ésa. Todos dicen que con el tiempo se olvida, pero ese recuerdo en particular nunca me abandona. Me consuelo pensando que haberlo olvidado sería todavía peor, eso habría equivalido a una negación, y la negación de esas visiones acaba tarde o temprano en la locura.

Me pasé todo el mes en la ancha cama de aquella habitación, entre soportes y cojines. Los médicos acudían a verme con regularidad, lo mismo que los miembros del personal de lord Rorken, vestidos con sus

adornados trajes. Examinaban el estado de mi cuerpo y de mi mente y vigilaban el progreso de mi recuperación. Yo sabía que lo que buscaban era la contaminación de la disformidad. No la había, de eso estaba seguro, aunque por supuesto ellos no podían conformarse con mi palabra. Voke y yo habíamos estado muy cerca, del precipicio, muy cerca de la maldición irreversible. Habrían bastado unos cuantos segundos más…

Aemos permanecía a mi lado. Me traía libros y placas para entretenerme. A veces me leía en voz alta sermones o leyendas o libros de historia. Otras veces ponía música en un antiguo celiáfono de altavoz en forma de cuerno al que le daba cuerda manualmente. Escuchábamos los sutiles preludios orquestales de Daminias Bartelmew, las brillantes sinfonías de Hanz Solveig, los devotos cánticos del Claustro de Ongres. Aemos canturreaba con las operetas de Guinglas hasta que yo le rogaba que parara, e imitaba al director mientras escuchaba el Requiem de Macharius, bailando por la habitación sobre sus piernas potenciadas de una manera tan ridícula que yo acababa riendo a carcajadas.

—Me alegro de oírte reír, Gregor —dijo, mientras soplaba el polvo de un nuevo carrete antes de colocarlo en el celiáfono.

Yo estuve a punto de contestarle, pero los estridentes himnos marciales del Coro del Regimiento Mordiano no me lo permitieron.

Midas también venía a visitarme, y jugaba conmigo al regicida o tocaba su lira glaviana. Para mí estos recitales eran un cumplido muy especial. Llevaba años arrastrando tras de sí el instrumento, desde nuestro primer encuentro, y a pesar de que se lo había pedido reiteradamente, nunca la había tocado para mí.

Era un maestro, sus dedos de circuitos incorporados tocaban las cuerdas codificadas con la misma pericia con que manejaba los controles de vuelo.

En su tercera visita, después de un trío de animadas danzas glavianas, apoyó el instrumento de caparazón de tortuga sobre el brazo de su butaca y dijo:

—Lowink está muerto.

Cerré los ojos y asentí con la cabeza. Ya lo sospechaba.

—Aemos no quería decírtelo todavía, dado tu estado, pero pensé que era un error ocultártelo por más tiempo.

—¿Fue una muerte rápida?

—Su cuerpo sobrevivió a la invasión de la sesión, pero su mente estaba muerta. Murió una semana después, simplemente se fue apagando.

—Gracias, Midas. Prefiero saberlo. Ahora vuelve a tocar para que pueda sumergirme en tus melodías.

Por extraño que parezca, las visitas de Bequin fueron las que más llegué a disfrutar. Solía traer consigo gran animación, se ocupaba de arreglar la habitación, de comprobar si tenía agua en la jarra, de acomodar mis almohadas. Después me leía en voz alta de los libros y placas que había dejado Aemos y otras veces de obras que él ya había recitado para mi aleccionamiento. Ella las leía mejor, con más colorido y animación. La voz que solía ponerle a Sebastian Thor me hacía reír tanto que me dolían las costillas. Cuando llegó a la lectura de la narración de Kerloff sobre la Guerra de Horus, la imitación que hizo del Emperador resultó casi herética.

Le enseñé a jugar al regicida. Perdió al principio unas cuantas partidas, confundida con la piezas, la complejidad del tablero y las jugadas y estrategias aún más complejas. Era demasiado táctico para ella, dijo. No tenía «alicientes». De modo que empezamos a jugar por monedas, hasta que le tomó el gusto y empezó a ganar todas las partidas.

En su siguiente visita, Midas me preguntó con amargura:

—¿Has estado enseñándole a jugar a esa chica?

Hacia el final de la tercera semana de recuperación, Bequin llegó a mis habitaciones y dijo que había traído una visita.

El lado destrozado de la cara de Fischig había sido reconstruido con tejido muscular potenciado y metal y cubierto a continuación con una semimáscara de ceramita. También le habían reemplazado el brazo por una potente prótesis de metal. Iba vestido con una chaqueta y unos pantalones muy sencillos de color negro.

Se sentó junto a mi cama y me deseó que tuviera una rápida recuperación.

—Tu coraje no ha sido olvidado, Godwyn —le dije—. Cuando esta empresa haya terminado es posible que quieras reincorporarte a tus deberes en Hubris, pero serías bien recibido en mi personal si ése es tu deseo.

—Que se fastidie Nissemay Carpel —respondió—. Es posible que el Alto Custodio de las Catacumbas de los Durmientes me reclame, pero yo sé dónde quiero estar. Esta vida tiene una finalidad y me gustaría quedarme aquí.

Fischig se quedó a mi lado varias horas, hasta bien entrada la noche en tiempo de la nave. Hablamos, hicimos bromas y luego jugamos al regicida mientras Bequin nos observaba. Al principio, sus dificultades para manipular las piezas al no estar familiarizado todavía con su nuevo miembro nos depararon gran diversión. Sólo después de vencerme en tres partidas sucesivas me confesó que Bequin, en su infinita sabiduría, llevaba ya tres semanas enseñándole.

Todavía tuve un último visitante, uno o dos días antes de que empezara a caminar otra vez y pudiera reincorporarme a mis tareas sin constantes interrupciones por los momentos de fatiga. Heldane lo trajo en una silla de ruedas.

Voke estaba encogido y enfermo. Hablaba a través de un amplificador y tuve la certeza de que sólo le quedaban meses de vida.

—Usted me salvó, Eisenhorn —dijo lentamente a través del amplificador.

—Fueron los astrópatas los que hicieron posible que viviéramos —corregí.

Voke sacudió la cabeza arrugada, hundida.

—No… yo estaba perdido en un mundo maldito y usted me arrebató de él. Su voz. Lo oí llamarme por mi nombre y eso bastó. Sin eso, sin esa voz, habría sucumbido a la disformidad.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir?

—No nos parecemos, Gregor Eisenhorn —prosiguió con voz trémula —. Nuestro concepto de la Inquisición es muy diferente, pero a pesar de todo alabo su valentía y su dedicación. Ha demostrado su valía ante mí. Formas diferentes, medios diferentes ¿no es ésa la auténtica ética de nuestra orden? Moriré pronto, creo… y en paz… sabiendo que hombres como usted seguirán luchando.

Me sentí honrado. Pensara lo que pensase de su modus operandi, sabía que los dos teníamos el mismo fin.

Con un gesto débil indicó a Heldane que se adelantara. El aspecto de su cabeza llena de cicatrices no había mejorado nada desde la última vez que lo había visto.

—Quiero encomendarle a Heldane, de todos mis discípulos es el mejor. Pienso recomendar su promoción al nivel de alto interrogador, desde el cual se puede optar al de inquisidor. Si yo muero, ocúpese de él por mí. No tengo la menor duda de que la Inquisición se beneficiará contando con él.

Le prometí a Voke que así lo haría, y eso pareció complacer a Heldane. No es que me gustara mucho aquel hombre, pero se había mostrado valiente e inquebrantable al enfrentarse a una muerte salvaje, y no me cabía duda alguna de su capacidad y dedicación.

Voke me cogió la mano con la suya, sudorosa, y dijo con voz ronca:

—Gracias, hermano.

Resultó que Commodus Voke vivió otros ciento tres años. Fue realmente duro de matar. Cuando Golesh Constantine Pheppos Heldane fue ascendido finalmente a la categoría de inquisidor, fue por obra de Voke.

Los pecados del padre, como suele decirse.

La preparación para la invasión comenzó cuando nos encontrábamosa tres semanas de 56-Izar. Al principio, los planes del almirante Spatian contemplaban una acción de la flota, una simple aniquilación de todos los

objetivos desde órbita, pero lord Rorken y los Guardianes de la Muerte insistieron en la necesidad de una invasión física. Era necesario corroborar la recuperación y destrucción del Necroteuco xénico, o nunca sabríamos con certeza que había desaparecido realmente. Sólo después de haber conseguido ese objetivo podría procederse a la destrucción total de 56-Izar.

Todo lo que pudo averiguarse por mis colaboradores y los supervivientes gudrunitas sobre los tetrapaisajes saruthi —por irónico que parezca seguíamos usando el término acuñado por Malahite—, se sometió a un escrupuloso cotejo en series de entrevistas realizadas por los estrategas navales y por Brytnoth, el respetado bibliotecario y estratega de los Guardianes de la Muerte.

La información reunida fue perfilada por los cogitadores de la flota y se crearon simulaciones para aclimatara las fuerzas de tierra. A mi modo de ver, las simulaciones no reflejaban en absoluto la sensación de inexactitud que habíamos experimentado en el mundo de la meseta.

El propio Brytnoth, acompañado de Olm Madorthene, se ocupó de mis entrevistas. Brytnoth, un hombre de cabeza rapada, gigantesco incluso sin armadura, era sorprendentemente cordial y atento y en todo momento se dirigió a mí con respeto y escuchó mis respuestas con genuino interés. Traté de reflejar fielmente mis recuerdos y además conté las teorías que había expuesto Malahite durante aquella malhadada sesión.

Renunciando al lujo de un servidor escriba o secretario, Brytnoth tomaba sus propias notas mientras escuchaba. Me sorprendí contemplando fascinado la manaza del guerrero que recorría casi con delicadeza la placa de notas con el estilete que parecía enano entre sus dedos.

Las sesiones, que solían durar horas, las realizamos en mis habitaciones. Bequin solía acudir a veces trayendo infusiones, y por increíble que parezca, Brytnoth extendía el dedo meñique cuando levantaba la taza de porcelana por el asa. Para mí era la personificación de la guerra en tiempos de paz, un enorme poder incorporado a una conducta gentil aplicada a evitar la liberación de su fuerza arrolladora. Por lo

general, levantaba la taza con el meñique extendido, consultaba sus notas y hacía otra pregunta antes de tomar el primer sorbo.

El hecho de que el meñique tuviera el tamaño y la forma de la porra de un Arbites no añadía ni quitaba nada.

—Lo que trato de establecer, hermano inquisidor, es si el entorno de los saruthi afectará a nuestras tropas impidiéndoles combatir con absoluta eficacia.

—De eso puede estar seguro, hermano bibliotecario —serví un poco más de infusión de olicet de la tetera—. Mis camaradas estuvieron desorientados durante toda la misión, y lo que más desbarató la acción de los fusileros gudrunitas fue la influencia de aquel lugar. Hay en todo una inexactitud que marea a los sentidos. Algunos han supuesto que se trata de un efecto deliberado del que se valen los saruthi para conmocionara los seres acostumbrados a tres dimensiones físicas, aunque en mi opinión, lo que dijo el traidor Malahite tenía más sentido. La inexactitud es un producto secundario de los entornos favoritos de los saruthi. Podemos estar seguros de que ese efecto estará presente en cualquiera de los mundos que habitan.

Brytnoth asintió y volvió a tomar nota.

—Estoy seguro de que la experiencia y los equipos sensores especializados de su capítulo podrán enfrentarse a ello —intervino Madorthene—. En cuanto a mí, me preocupa la guardia, que será la baza principal en esta acción.

—Todos han estado presentes en las simulaciones preliminares —murmuró Brythoth.

—Con todo respeto, yo también, y pienso que no reflejan ni remotamente los lugares en los que nos encontraremos —dije mirando a través de la mesa a Brytnoth. Sus rasgos desiguales se veían pálidos, algo que les sucede a todos los que pasan su vida escondidos bajo un casco de combate. Sus ojos hundidos me miraban con interés. Qué guerras, qué victorias habrían presenciado aquellos ojos, me pregunté. ¿Qué derrotas?

—¿Qué sugiere usted? —se interesó Brytnoth.

—Instrucción transversal adversa —repliqué. Llevaba tiempo dándole vueltas a esto—. Olm, aquí presente, sabe perfectamente que no soy hombre de armas, hermano bibliotecario, pero así es como lo veo. Someta a los soldados a ejercicios de sobrecarga y desequilibrio. Hágales hacer algunos ejercicios a ciegas y otros con las manos atadas, modifique la gravedad en las bóvedas de instrucción. Haga que las mochilas que lleven estén descentradas y les dificulten la marcha. Cambie los niveles de luz sin previo aviso. Haga subir y bajar la temperatura y la presión. Simplemente póngales las cosas difíciles. Acostúmbrelos a correr, ocultarse, disparar y recargar en situaciones extremas. Enséñeles todos los procedimientos esenciales de combate tan bien que puedan ejecutarlos en cualquier circunstancia. Cuando pisen el suelo en 56-Izar, que sólo tengan que preocuparse por luchar. Todo lo demás tiene que ser instintivo.

Madorthene sonrió confiado.

—Las fuerzas de infantería de que disponemos son fundamentalmente soldados de la armada y la elite ligera de Mirepoix de la Guardia Imperial, soldados avezados todos ellos, nada que ver con los pobres reclutas gudrunitas a los que le tocó vigilar, Gregor. Los haremos pasar por todas las dificultades y los prepararemos para la embestida final. Tienen las horas de combate y las agallas para ello.

—No escatime esfuerzos —le advertía Madorthene—. Y esos reclutas a los que se refiere, el sargento Jeruss y sus hombres, los quiero conmigo cuando desembarque.

—¡Pero Gregor! Podemos darle un escuadrón de choque de Mirepoix que…

—Quiero a los sobrevivientes gudrunitas.

—¿Por qué? —preguntó Brytnoth.

—Porque con toda su inexperiencia, ya han estado en un tetrapaisaje. Ésos son los hombres que quiero a mi lado.

Madorthene y Brytnoth se miraron y el procurador se encogió de hombros.

—Como desee.

—En cuanto a los demás, como ya le dije, no escatime esfuerzos en la instrucción.

—¡No lo haremos! —dijo con una risita, como si lo considerara una burla—. Los instructores los harán trabajar tan duro que desearán encontrarse en situación real de combate.

—Hablo en serio —le dije—. Todos los hombres que despleguemos en 56-Izar, incluido el venerado capítulo de los Guardianes de la Muerte, a la que el Emperador bendiga, deben estar preparados para perder el control de sus sentidos, el juicio, la fortaleza e incluso sus facultades mentales básicas. No me importa si todos los hombres se olvidan del nombre de su madre y se mojan los pantalones, pero no tienen que olvidarse de mantener la formación, de disparar y recargar, de honrar al Emperador y de acatar órdenes.

—Dicho con toda crudeza —dijo Brytnoth—. Por supuesto que suavizaré sus propuestas antes de exponerlas a mis hermanos de batalla.

—No me importa lo que les diga —bromeé—, siempre y cuando no les diga dónde lo oyó.

—Su anonimato queda garantizado —sonrió. Un auténtico milagro. Me considero uno de los pocos mortales que ha conseguido hacer sonreír a un bibliotecario del Adeptus Astartes, incluso de haberlo visto sonreír.

Brytnoth dejó a un lado la placa y el estilete y me miró con curiosidad.

—Mandragore —dijo.

—El hijo bastardo del Emperador. ¿Qué pasa con él?

—Me dicen que usted lo mató con sus propias manos, en combate singular. Una verdadera hazaña para un hombre como usted… dicho con todo respeto.

—Así lo interpreto.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó abiertamente.

Se lo conté con toda sencillez. Brytnoth no mostró reacción alguna, pero Madorthene se veía asombrado aunque no dijo nada.

—El hermano capitán Cynewolf quedará fascinado —dijo Brytnoth—. Le prometí que averiguaría los detalles. Se moría de ganas de preguntarle, pero no se atrevió.

Eso sí que tenía gracia.

Nos preparamos para la inminente guerra. Iba a ser difícil y, a diferencia de la mayor parte de las campañas, no iba a estar dividida en dos partes. Observé las sesiones de instrucción, impresionado por los esfuerzos y por la disciplina. Incluso tuve al inmenso placer de ver al equipo del capitán Cynewolf llevar a cabo una cacería de un blanco-señuelo por los distintos niveles de la bodega.

Estábamos listos, todo lo listos que podíamos estar.

Llegada la novena semana de tránsito, el Gran Inquisidor Rorken y el almirante Spatian hicieron una declaración conjunta respaldada por la aprobación de la Eclesiarquía. Un Mandato de Purga de 56-Izar, tal como se entienden el término y los parámetros en el código imperial. Era el marchamo sobre la acción. No había posibilidad de vuelta atrás. Estábamos atravesando el Immaterium en la alta disformidad para invadir y, en caso necesario, destruir el mundo de los saruthi.

A lo largo de mis semanas de convalecencia soñé poco, pero la noche anterior a nuestra llegada a 56-Izar, el bello hombre de la mirada vacía volvió a introducirse en el paisaje de mis sueños.

Me hablaba, pero yo no podía oír sus palabras ni entender lo que se proponía. Me condujo a través de los salones con corrientes de aire de un palacio en ruinas y luego se alejó silenciosamente hacia los parajes no hollados de los sueños dejándome solo, desnudo, en un edificio en ruinas que se derrumbaba a mi alrededor.

En mi sueño también aparecían los saruthi. Se abrían camino entre los muros derruidos del palacio sin esfuerzo, encontrando ángulos y caminos que yo no podía ver. Las múltiples fosas nasales de sus bamboleantes cabezas se encendían al percibir mi olor. Sus cerebros crepitaban con la energía…

Me desperté, empapado en sudor, más fuera que dentro de mi cama. Las barandillas desprendidas, caídas en el suelo.

El enlace de voz de mi mesa de noche estaba pitando.

—¿Inquisidor Eisenhorn? Lamento despertarlo —dijo Madorthene—, pero pensé que le gustaría saberlo. Hace veintiséis minutos que la flota abandonó el Immaterium. Estamos entrando en órbita de invasión de 56-Izar.



VEINTITRÉS

INVADIENDO LA INVASIÓN
ÁNGULOS DISFORMES
EN LOS HUERTOS DE LOS SARUTHI

La guerra había comenzado.

El planeta 56-Izar estaba suspendido en el espacio como una perla de color blanco lechoso y reluciente. Destellos vividos y estallidos más lentos de destrucción iluminaban desde abajo su traslúcida piel de nubes. La flota herética había llegado dos días antes que nosotros y había iniciado el asalto del planeta.

Yo seguía pensando en ella como la flota de Estrum, pero ya no lo era, por supuesto. De eso me había asegurado bien. Ahora era la flota de combate de Locke, eso era indudable.

Las trece naves habían establecido un bloqueo de 56-Izar en una formación de conquista no tradicional pero sí efectiva. Oleadas en serie de sus cazabombarderos, interceptadores y naves de desembarco caían sobre el planeta y las naves pesadas en órbita bombardeaban la superficie con todo el peso de sus baterías.

Detectaron nuestra presencia en el momento mismo en que salimos de la disformidad. Sus naves de vigilancia, los destructores pesados Nebuchadnezzar y Fournier, giraron en redondo para proteger su retaguardia.

El almirante Spatian mantuvo a nuestras fuerzas fuera de órbita y envió a las fragatas Defensa de Stalinvast, Maza del Emperador y Voluntad de Hierro para despejar el camino.

Mandó a los escuadrones de combate de la fuerza expedicionaria detrás de ellos, y al acorazado Vulpécula para atacar a la nave insignia del enemigo, un pesado crucero llamado Leoncour.

El Maza del Emperador y el Voluntad de Hierro cogieron en una pinza al Nebuchadnezzar y lo convirtieron en una antorcha tras un breve pero feroz enfrentamiento. La explosión iluminó el vacío. El Defensa de Stalinvast y el Fournier se enzarzaron en una danza más larga y más lenta de naves de guerra hasta que por fin chocaron uno con otro, lanzaron pasadizos de abordaje y enviaron unidades de seguridad naval el uno hacia el casco del otro.

Las naves enlazadas empezaron a dar vueltas en un abrazo mortal.

El Vulpécula inició una carrera hacia adelante y malinterpretó la evasión del Leoncour, recibiendo tres andanadas por estribor. Acercándose, diseminando chatarra en el abismo, el acorazado imperial elevó sus cañones y atacó al Leoncour con tanta fuerza y ferocidad que la nave insignia enemiga se partió en dos y explotó como un sol moribundo.

Renqueante, el Vulpécula hizo un lento viraje y empezó una larga persecución de las naves enemigas más cercanas a la atmósfera del planeta. Spatian hizo entrar en combate, entonces, al resto de su grupo, disponiéndolo en una formación de tres puntas, encabezada la central y más larga por el majestuoso *Saint Scythus*.

Las distancias se redujeron. El espacio próximo al 56-Izar se pobló de estelas de fuego y de las colas veteadas de los misiles. Empezó en ese momento la fase feroz de las naves pequeñas. Bandadas de interceptadores y bombarderos ligeros de ambas flotas se encontraban y revoloteaban los unos en torno a los otros como nubes de insectos rivales. Las diminutas

luces daban vueltas y bailaban en el vacío, cada vez más rápidas y numerosas, dificultando su seguimiento por el ojo humano. Hasta las pantallas tácticas saturaban los sentidos; en las placas pictóricas pululaban miles de marcadores y de cursores parpadeantes que giraban a velocidad de vértigo, se desvanecían y volvían a aparecer.

Los herejes habían establecido una zona tampón detrás de su despliegue sembrada de minas, y el Maza del Emperador, en su marcha hacia adelante para introducirse entre la flota enemiga, sufrió graves daños y se vio forzado a retirarse. Los interceptadores de las fuerzas heréticas le cayeron encima como las moscas carroñeras sobre una bestia moribunda.

El Voluntad de Hierro pasó junto al Maza del Emperador y empezó a abrir un camino en medio de la zona minada con dispositivos especializados de limpieza. Disparadas por conos de energía usados como sondas, las armas flotantes empezaron a detonarse por miles.

Lo que Spatian pretendía era abrir una cuña en medio de la ancha formación enemiga y acercar algunas de sus naves a la superficie del planeta. Una vez conseguido ese objetivo, podría lanzar el asalto planetario, en la confianza de proporcionara las naves de desembarco cierto fuego de cobertura.

El *Saint Scythus* fue el primero en conseguir esa posición. Sus cañones principales acabaron sin piedad con el crucero hereje Scutum y forzaron a la fragata de transporte Gloria de Algol a una retirada desesperada.

Cientos de naves de desembarco salieron como una ráfaga del interior del acorazado y de las dos fragatas y también de la negra nave inquisitorial que se había desplazado detrás.

La mayor parte de las naves de desembarco eran las cápsulas grises de desembarco de la Guardia Imperial cuyos motores de retropropulsión se encendían al entrar en la nubosa atmósfera de 56-Izar. Pero diseminados entre ellas había un puñado de naves negras como escarabajos y cápsulas de desembarco del capítulo de los Guardianes de la Muerte.

La contrainvasión había comenzado.

En la primera hora de la guerra conseguimos desembarcar a más de dos tercios de los ciento veinte mil hombres de la Infantería Ligera de Elite de Mirepoix en la superficie de 56-Izar, casi la mitad de las brigadas blindadas motorizadas y los sesenta guerreros del Adeptus Astartes de los Guardianes de la Muerte.

Los datos recogidos por los sensores nos decían que 56-Izar era un mundo de superficie blanda, poco notable, debajo del pesado velo de su atmósfera. Unos continentes enormes y de poco relieve de cieno inorgánico, sembrado aquí y allá por cadenas de tierras altas cristalinas y rodeados de océanos químicos inertes. Los únicos vestigios de vida avanzada, de vida, al fin y al cabo, eran una serie de estructuras del tamaño de una ciudad dispuestas en cadena a lo largo de la región ecuatorial del continente principal, La naturaleza y composición de esas estructuras era casi imposible de averiguar desde órbita. Los herejes habían concentrado sus fuerzas invasoras sobre las tres estructuras mayores, y el almirante Spatian centró en ellas sus esfuerzos, considerando que el enemigo no iba a perder el tiempo invadiendo lugares inviables.

Hubo muchas bajas. Los accesos estaban plagados de interceptadores enemigos, de microminas y de fuego de superficie de las defensas aéreas. Pero todo esto era guerra humana, no había el menor indicio de participación de los saruthi.

Detrás de las principales fuerzas de desembarque venían los escuadrones inquisitoriales, cinco unidades de asalto especializadas diseñadas para seguir a los militares a través de la brecha que lograran abrir y supervisar los objetivos primarios: la captura o destrucción de los conspiradores heréticos y la eliminación de cualquier material relacionado con el Necroteuco. Yo iba al frente de un escuadrón; los otros los dirigían Endor, Schongard, Molitor y el Gran Inquisidor Rorken en persona. Voke estaba demasiado enfermo para comandar un escuadrón, y su emisario, Heldane, formaba parte del grupo de Endor.

Mi propia fuerza de ataque, denominada Purga Dos, estaba formada por veinte fusileros gudrunitas, Bequin, Midas y un Marine Espacial de los Guardianes de la Muerte llamado Guilar. A cada inquisidor se le había asignado un miembro del Astartes. Fischig había solicitado acompañarme, pero a causa de las heridas y la cirugía a la que lo habían sometido estaba demasiado débil y yo renuncié a llevarlo conmigo con gran dolor de corazón. Se quedó a bordo del acorazado con Aemos, que no era en modo alguno un combatiente.

Nuestro transporte, una nave de desembarco de la Guardia Imperial, abandonó el *Saint Scythus* directamente detrás de la fuerza designada como Purga Uno, en el módulo de descenso de lord Rorken. Hicimos el descenso estremecedor, vibrante, amarrados a las sillas-g de la bodega de la tropa.

Los hombres de Jeruss cantaban mientras descendíamos. El equipo estándar de los fusileros gudrunitas había sido potenciado con nuevas armaduras de cuerpo entero de los almacenes de la flota, y les habían cosido emblemas inquisitoriales en las mangas, al lado de la insignia del 50.º de Fusileros Gudrunitas. Estaban de buen humor, ansiosos y decididos, alentados, según creo, por la fe que yo había mostrado al elegirlos. Madorthene me contó que habían obtenido una puntuación por encima de la media en el programa de instrucción adversa. Bromeaban, hacían alardes y cantaban himnos de batalla inquisitoriales como los veteranos. A decir verdad, las experiencias por las que habían pasado desde la fundación en Dorsay fueron un bautismo muy precoz.

También a Bequin la había transformado la experiencia en los meses transcurridos desde nuestro primer encuentro en Hubris. La chica de placer frívola, egoísta, de la Cúpula del Sol se había convertido en una mujer dura y seria, como si por fin hubiera encontrado una ocupación que se le adecuara. Indudablemente se había lanzado a su nueva vida con dedicación y empeño. Consideré que los cambios eran un progreso indudable. Muchos son llamados al servicio de nuestro amado Emperador, y muchos demuestran no estar a la altura de la misión. A pesar de las pruebas por las que había pasado, Alizebeth Bequin se había mostrado digna de la misión.

Si hubo un momento en el que fue posible comprobar esa transformación, fue en la meseta. La vista del cadáver de Mandragore había exorcizado sus temores.

Iba sentada a mi lado, vestida con su negra armadura ceñida y una chaqueta larga de terciopelo también negro, comprobando concienzudamente su carabina láser. El purificador le había dado una buena instrucción. Sus manos enguantadas manipulaban el arma con movimientos ágiles y profesionales. El adorno de plumas negras que remataba el cuello de su traje era el único vestigio de aquella chica pintada y casquivana de antaño.

Tenía al otro lado a Midas, que daba muestras visibles de intranquilidad. Era un pasajero deplorable y yo sabía que en ese momento deseaba estar en la cabina de la cápsula en el puesto del piloto. Vestía su chaqueta color cereza, a pesar de las objeciones del austero Guilar, quien consideraba que ese color era «inadecuado para el combate». Llevaba enfundadas sus pistolas de aguja y un largo rifle glaviano descansaba sobre sus rodillas.

Yo llevaba una armadura de cuero marrón y mi chaqueta de mangas desmontables para el asalto, una solución intermedia entre la protección y la movilidad. Llevaba prendidos los símbolos de mi oficio en el pecho, por encima de mi fajín. El bibliotecario Brytnoth, en un gesto que me honraba, había enviado una pistola bolter para mi uso personal. Era un modelo compacto, hecho a mano, con una cubierta de acero verde mate. Los cargadores de forma rectangular se introducían en la empuñadura, y yo llevaba uno en su sitio y otros ocho en las cartucheras de mi cinturón.

Después de ocho minutos de descenso violento, nos nivelamos y la vibración se redujo. Guilar, que iba sentado junto a la escotilla de salida, hizo en el aire la señal del águila y cerró su casco.

—¡Veinte segundos! —anunció el piloto por el altavoz de la cabina.

Atravesamos la capa de nubes y penetramos en el fuego y la oscuridad de la zona de guerra próxima a la superficie, avanzando a toda velocidad hacia una de las estructuras urbanas identificadas desde la órbita. El lugar estaba rodeado por una serie de lo que parecían lagos o balsas colosales, y

el líquido que contenían lanzaba unas llamaradas que formaban una cortina de fuego de miles de metros de altura. De esos fuegos salía un humo negro como la noche que bloqueaba la luz del día; el mundo que quedaba por debajo estaba iluminado por el resplandor color ámbar de las llamaradas y del fuego cruzado de las armas.

La nave de desembarco se sacudió al activarse los reactores de desaceleración, y fuimos dando bandazos como borrachos antes de posarnos en la superficie. Guilar activó una palanca de la pared y se abrieron las rampas con un chirrido de metal contra metal. La cabina se llenó de aire frío y humo.

Salimos a un llano ancho y brillante de cieno blanco que se aplastaba, como si estuviera húmedo, bajo nuestras botas al correr y saltar. La llanura cenagosa se extendía entre dos de los lagos ardientes y podíamos sentir el calor de los inmensos fuegos sobre nuestras caras. Las llamas danzantes proyectaban figuras fantasmagóricas en el cieno húmedo.

Había restos al rojo vivo de una nave de desembarco que se había estrellado sobre el suelo blanco, así como los cuerpos calcinados de varios Mirepoix. El fuego de las armas láser atravesaba el aire por encima de nuestras cabezas. Un kilómetro por delante de nosotros vimos las formas familiares de arcos elevados, «tetrapuertas» como las habían denominado los tecnosacerdotes de la flota, algunas rotas por el asalto. Más allá de ellos se veían los flancos de color blanco perlado de un gran edificio, la estructura objeto del asalto, curva y segmentada como un gigantesco caracol marino, señalada con montones de pequeñas marcas chamuscadas de los disparos.

Avanzamos tras Guilar. El aire olía a vapor de combustible y a algo parecido al regaliz que no pude identificar de inmediato.

—Purga Dos, desplegándose en superficie en marca siete del mapa —informé por el transmisor.

—Entendido, Purga Dos. Purga Uno y Purga Cuatro comunican desembarco y despliegue exitosos.

De modo que los grupos de Rorken y de Molitor ya estaban en tierra. Sin noticias todavía de Endor y Schongard.

Al pasar el primero de los arcos rotos, Guilar vaciló y se llevó las manos a la cabeza cubierta con el casco. De inmediato percibí la inexactitud, la insidiosa distorsión del entorno saruthi. Era como si el efecto se viera acentuado por la ruptura de las tetrapuertas. Estos dispositivos silenciosos proyectaban y sostenían los tetrapaisajes de los saruthi, y ahora estaban defectuosos e incompletos.

Los gudrunitas también lo notaron, pero no pareció afectarles.

—¡Abra la marcha! —le dije a Jeruss. Guilar me miró con aspereza.

—Usted necesita tiempo para acostumbrarse a esto, hermano Guilar. No discuta.

Jeruss y tres gudrunitas se pusieron en primera línea. Incluso ellos estaban teniendo problemas y avanzaban con torpeza, como si estuvieran borrachos.

A nuestras espaldas se oyó el ruido de los reactores de nuestra nave de desembarco que alzaba vuelo desde el reluciente cieno mientras plegaba la rampa y los soportes de aterrizaje hacia el interior de su vientre. Estaba a apenas sesenta metros del suelo cuando un misil le dio de lleno y voló su unidad central. La cabina en llamas salió despedida por la onda expansiva y fue a caer en uno de los lagos de fuego. Restos metálicos de la unidad central destrozada sembraron el cieno blanco.

Dimos gracias al Dios-Emperador, ya que todos hubiéramos podido estar a bordo.

Avanzando a un trote poco firme, llegamos al edificio saruthi. Su gran forma luminosa tenía el tamaño de una colmena imperial, y sus cimientos se hundían profundamente en el cenagoso suelo blanco. Traté de hacerme una idea de la estructura, pero sin resultado, con lo cual desistí enseguida para no correr el riesgo de desorientarme. Era como una amonita con sus segmentos pulidos y sus curvas perfectas, pero mis ojos humanos eran incapaces de interpretar su forma auténtica. Las superposiciones y los bordes no se unían como habría podido esperarse, y provocaban ilusiones ópticas disuasorias ante el menor intento de seguirlas de un punto a otro.

Llegamos al pie del edificio. No había puertas ni entradas, y los que habían llegado antes que nosotros habían tratado de abrirse paso a través

de la lustrosa superficie disparando sobre ella para llegar a la conclusión de que aparentemente era sólida en su interior.

Hice retroceder a mi destacamento y reemprendimos el camino bajo las tetrapuertas. Las más próximas a la estructura todavía estaban intactas.

Tal como yo había supuesto, tan pronto como atravesamos la última nos encontramos en el interior del edificio, como si hubiéramos atravesado los muros perlados.

Avanzamos con las armas preparadas. El corredor, palabra que utilizo en su sentido más amplio, parecía describir una trayectoria en espiral, como si fuera el interior de una gran concha o los canales del oído humano, pero en ningún momento tuvimos una sensación que no fuese de verticalidad.

La espiral se abrió por fin en un cono parecido a un cuerno que daba a una cámara casi esférica, no había posibilidad de calcular su verdadero tamaño ni de definir su forma. Parecía una especie de jardín o de huerto. Unas pasarelas de plata, suspendidas por medio de la gravedad o de alguna otra fuerza invisible, pasaban por entre depósitos de líquido donde crecían unas enormes cicadas multicolores y otras plantas bulbosas y primitivas. Aquellas plantas carnosas lo dominaban todo a nuestro alrededor, rezumaban humedad y estaban cubiertas por gruesas trepadoras. Emparrados y ramas de follaje florido colgaban de soportes invisibles sobre nuestras cabezas. También había insectos que iban de un lado para otro entre las formas acampanadas e hinchadas, medias lunas y columnas de gigantesca vegetación. Uno se posó en mi manga y lo espanté, observando con asco, que tenía cinco patas, tres alas y carecía absolutamente de simetría.

Seguimos el sendero de plata que pasaba por una tetrapuerta y enseguida nos encontramos en otra cámara ajardinada en la que abundaban, como en la anterior, plantas brillantes que crecían en el interior de depósitos. Aquí las más altas eran unas gigantescas colas de caballo amarillentas con nervaduras color naranja que llegaban a medir ochenta o noventa metros.

Guilar dio una voz de alarma, y su bolter de asalto empezó a disparar, abarcando de lado a lado esta segunda cámara desde la pasarela de plata por la que avanzábamos. Los disparos hicieron saltar por el aire unas plantas que parecían calabazas esparciendo su pulpa fibrosa y fragmentos de hojas y de zarcillos por todas partes.

Nos respondieron disparos de láser y el tableteo de los rifles automáticos. A través de la vegetación de esta jungla de interior nos atacaban los soldados de las fuerzas heréticas.



VEINTICUATRO

PURGA DOS ENTRA EN ACCIÓN
UNA REVOLUCIÓN SILENCIOSA
LA VICTORIA DE DAZZO

Aparecían entre las plantas por las pasarelas de plata, disparando. Eran hombres vestidos con los uniformes manchados del 50.º de Fusileros Gudrunitas y otros de la seguridad naval vestidos con sus negras armaduras. Dos de los gudrunitas de mi destacamento vacilaron y cayeron desde la pasarela desapareciendo en las aguas aceitosas de los tanques de abajo, pero la mayoría de los disparos del enemigo eran al aire.

Purga Dos respondió, y los rifles láser rugieron. Me puse al frente del grupo y empecé a disparar mi pistola bolter. La pasarela no daba mucho margen de maniobra, y mucho menos cobertura.

Mi primer disparo salió desviado, tanto, que me pregunté si estaría mal alineado. Entonces recordé la naturaleza distorsionada del tetraespacio saruthi y compensé. Dos disparos, dos blancos. Tanto Bequin como Midas habían descubierto también el truco, y los chicos de Jeruss iban aprendiendo.

Guilar armaba mucho jaleo, destrozando las plantas con su bolter de asalto, pero me daba la impresión de que todavía estaba confundido por el entorno.

Fue una satisfacción ver que uno de esos guerreros que parecían dioses a los que había mirado con gran admiración desde aquel día, hacía ya treinta años, en que había visto a los Cicatrices Blancas tomar Almanadae, también era falible. A pesar de todo su poder, su valor, su vigor sobrehumano y sus armas avanzadas, no daba una, mientras que Yeltun, el más joven de los chicos de Gudrun, ya había derribado a tres.

¿Sería una cuestión de arrogancia, de confianza excesiva en su habilidad?

—¡Guilar! ¡Hermano Guilar! ¡Ajuste la puntería!

Le oí proferir una maldición y decir algo sobre la insolencia mientras avanzaba por la pasarela destrozando plantas con sus disparos.

—¿Por qué no escuchará ese bastardo? —se quejó Midas mientras apuntaba su rifle glaviano y decapitaba a un soldado herético que estaba a cien metros de él.

—¡Cierren filas! —ordené—. ¡Jeruss! ¡Arrójeles granadas!

Jeruss y tres de sus hombres empezaron a lanzar granadas de fragmentación por encima de las plantas. Los fogonazos explosivos levantaron agua y materia vegetal de los tanques y el aire se llenó de una especie de niebla con la dispersión de fibra vegetal y pulpa desmenuzadas.

Se produjo un repentino cambio de tono en el fuego contra rio. El retumbar de un bolter resonó sobre el traqueteo y el silbido de las armas láser.

Miré adelante justo a tiempo para ver cómo Guilar trastabillaba al ser alcanzado en el pecho por varias ráfagas de bolter. Con un grito en el que había más de rabia que de dolor se inclinó cayendo de la pasarela al tanque que tenía detrás y desapareció.

Apartando de su camino a los soldados heréticos apareció el responsable de su muerte avanzando hacia nosotros.

—¡Oh, no! —gritó Bequin—. ¡Por el Trono Dorado, no, por favor!

Otro de los Hijos del Emperador, hermano, si no gemelo, del vil Mandragore. Su capa flotaba al aire por detrás de él, y sus pies calzados de acero hacían temblar la pasarela. Venía graznando como un urogallo. Disparó su bolter y destripó al gudrunita que estaba a mi lado.

Los Hijos del Emperador, patrocinadores en la sombra de aquella empresa, estaban allí para proteger su inversión. ¿Habrían acudido espontáneamente después de la muerte de Mandragore? ¿O acaso los habían llamado Dazzo y Locke?

Disparé mi bolter contra él, uniéndome a la andanada desesperada de mis hombres que trataban frenéticamente de frenar su avance. El miedo hacía que los hombres olvidaran lo mejor de su instrucción, y muchos de los disparos salían desviados, pero los pocos que daban en su armadura no parecían hacer mella en él.

—¡Purga Dos! ¡Aquí Purga Dos! ¡Los Hijos del Emperador están aquí! —grité por mi transmisor. Sabía que podría estar muerto en un instante y era indispensable que el Comando de la Flota conociese esa espantosa realidad.

En ese momento, una forma negra surgió de las oscuras aguas entre una cascada de cieno y de espuma. El hermano Guilar se lanzó sobre el Marine del Caos derribándolo, y ambos cayeron chapoteando en el tanque que tenían al lado. Algo, probablemente el bolter del hereje, disparó repetidamente debajo del agua y la pared del tanque que estaba por debajo de la pasarela flotante se rompió dejando salir un torrente de líquido. El agua espesa inundó el suelo y fue engullida por los desagües que había entre las estructuras ajardinadas. Al bajar el nivel de líquido, los dos combatientes titánicos emergieron, negros de barro, luchando e intercambiando golpes inhumanos entre la maraña de raíces y tubos de alimentación que había en el fondo cenagoso del tanque.

Los puños cubiertos de ceramita resonaban sobre las placas de las armaduras arrancando esquirlas de plastiacero. Las enormes manazas del Marine del Caos se aferraban al visor y a las hombreras de Guilar. Este lo empujó hacia atrás mientras sus pies chapoteaban en el agua poco profunda y densa. Fueron a dar contra el tronco de una cicada. El enemigo

manoteó y se sujetó mejor, introduciendo una de las púas de su guantelete en la articulación del brazo de la armadura del Marine de los Guardianes de la Muerte. Guilar vaciló y cayó hacia atrás. Un revés de la enorme mano lo derribó e hizo caer su casco.

El Marine del Caos se lanzó sobre el cuerpo caído de Guilar, agitando sus manazas delante de la cara del Marine en el intento de aferrarlo por el cuello.

Se oyó la explosión de un arma y saltó un fogonazo. Con la cara destrozada y el cerebro ardiendo por dentro, la escoria del Caos cayó de espaldas sobre el agua estancada.

Guilar se puso de pie con el bolter de asalto en la mano, vertiendo sangre por las heridas que tenía en la cara y en el cuello.

Fue una victoria formidable. Jeruss y sus hombres lo vitorearon antes de reanudar su arremetida contra el resto de los heréticos. El enemigo, habiendo flaqueado su impulso, retrocedió y desapareció en la espesura de los jardines.

Chorreando, Guilar volvió a encaramarse en la pasarela y me miró desde su altura.

—Me alegro de que siga con nosotros, hermano Guilar —le dije.

Seguimos avanzando a través de los huertos de los saruthi sin encontrar oposición. Los enemigos con los que tropezamos, tirados en el camino o flotando en los tanques, tenían en la cara señales del Caos, grabadas en la carne más por la fuerza del mal que por el fuego. El almirante Spatian había esperado que algunas de las fuerzas heréticas, en especial la Guardia Imperial Gudrunita, pudieran ser recuperadas para la causa imperial. Al igual que Jeruss y sus hombres, la mayor parte no habían sido más que peones cogidos en medio de la traición de Estrum, y los estrategas de la flota habían presentado modelos de victoria en los que Locke y Dazzo se encontraban con que la mayor parte de sus fuerzas de tierra se volvían contra ellos.

Esa esperanza se había desvanecido. Las mentes de estos hombres buenos habían sido infectadas y envenenadas por el Caos. Los herejes habían impuesto la lealtad a sus ejércitos robados.

Seguimos adelante atravesando otras seis esferas ajardinadas para pasar después a unos anchos patios y salones de mosaico y columnas asimétricas cuya función no podíamos imaginar. En dos ocasiones tuvimos breves escaramuzas con fuerzas heréticas y dos veces las obligamos a retroceder hacia las cavidades disformes del edificio. Muchas veces oíamos ruido de enfrentamientos encarnizados, de batallas que parecían venir de allí mismo pero de las que no había ninguna señal física ni visual.

El contacto con el comando de la flota era fragmentario. Purga Uno, el destacamento de Rorken, estaba luchando en algún punto, y no habíamos oído nada de Purga Cuatro, el grupo de Molitor. El destacamento de Schongard, Purga Cinco, estaba perdido en algún lugar del tetraespacio. De vez en cuando nos llegaban sus llamadas pidiendo ayuda, penosas divagaciones medio desquiciadas sobre espacios imposibles y espirales de locura.

De Titus Endorno teníamos ninguna noticia.

El núcleo de la guerra de superficie todavía seguía activo. Los comandantes de las fuerzas Mirepoix comunicaban progresos en las inmediaciones de los lagos de fuego que bordeaban los edificios, uno de los cuales estaba empezando a sufrir una implosión como si le hubieran infligido un gran daño desde dentro.

En una bóveda de un suave color beige que daba la impresión de no tener techo, tuvimos nuestro primer encuentro con los saruthi. Había una docena y estaban muertos, con señales de haber sido muy maltratados. Les habían arrancado los zancos de plata. Al pasar la siguiente puerta llegamos a una sala en espiral donde había otros cien. Entre los muertos grises, con sus miembros pálidos chorreando ícor, se movían varias de las bestias blancas esclavas que habían transportado el Necroteuco por la meseta. Me dio la impresión de que se habían liberado ya que muchas arrastraban sus

sujeciones de alambre. Algunas se habían apoderado de los zancos de plata y los clavaban lenta y reiteradamente en los cadáveres de sus grises amos.

Me pregunté si esas penosas formas blancas serían una raza diferente esclavizada por los saruthi o una casta mutante degradada a la que habían esclavizado. Al parecer, la invasión los había dejado libres para atacar a sus amos y matarlos. Ese es el precio de la esclavitud, tarde o temprano.

Los esclavos no constituían una amenaza para nosotros. Daba la impresión de que ni siquiera reparaban en los humanos que se movían entre ellos. Con una determinación silenciosa y metódica, se dedicaban a mutilar los cadáveres de los saruthi.

En otra cámara, una especie de concavidad ovalada con piso de mosaico y una atmósfera extrañamente caldeada, había cientos de saruthi que iban de un lado a otro sin rumbo. Algunos habían perdido sus zancos y renqueaban, otros yacían en montones temblorosos, con la cabeza caída sobre el pecho. Aquí era más fuerte el olor a regaliz, o a lo que fuera. Mientras observábamos, esclavos blancos entraron pesadamente en la sala por otra tetrapuerta y empezaron a desmembrar y maltratara los saruthi uno por uno, con movimientos calmos y metódicos, como los de los insectos. Los saruthi no ofrecían resistencia.

La escena se repitió en otras salas y cámaras curvas, saruthi muertos o deambulando sin rumbo, esclavos liberados que daban con ellos por el tacto y los desmembraban.

Todavía hoy me pregunto por el significado de esas escenas alienígenas. ¿Acaso los saruthi se habían rendido, resignados a su destino fatal, o alguna otra circunstancia les había robado la voluntad de vivir y resistir? Ni siquiera los tecnosacerdotes o los xenobiólogos han podido darme una respuesta. En última instancia, la única explicación posible está en la propia naturaleza alienígena: abstracta, inescrutable y fuera del alance de la mente humana.

Cuando encontramos al arcipreste Dazzo estaba al borde de la muerte.

Una batalla de proporciones titánicas había tenido lugar en el tetrapaisaje donde yacía. Había miles de muertos en el suelo embaldosado. Entre los caídos había infantería Mirepoix y también soldados heréticos, dos Hijos del Emperador y tres miembros de los Guardianes de la Muerte. El tetrapaisaje, el más grande con diferencia de cuantos habíamos visto en el edificio, sobrepasaba la curva de todas las dimensiones humanas, y los cadáveres amontonados cubrían el suelo interminable hasta la infinitud.

Dazzo yacía al pie de un bloque asimétrico levantado sobre los mosaicos como un menhir. Tenía el cuerpo destrozado por heridas de bala. Heldane estaba sentado con la espalda apoyada contra el gran bloque vigilando al arcipreste con una pistola automática. Tenía el torso cubierto de sangre y respiraba con dificultad.

Nos vio pasar a través de la tetrapuerta y bajó el arma débilmente.

—¿Qué ha pasado aquí, Heldane?

—Una batalla —dijo jadeando—. Llegamos en el momento culminante. Cuando el inquisidor Endor vio a este miserable nos hizo tomar parte en la lucha para apoderarnos de él. Después de eso todo fue confusión.

—¿Dónde está Endor? —pregunté mientras miraba en derredor esperando no ver su cuerpo entre los muertos.

—Se fue… iba persiguiendo a Locke.

—¿Por dónde?

Señaló débilmente una tetrapuerta al otro lado del mar de cadáveres.

—¿Tiene Locke el Necroteuco? Me refiero al Necroteuco saruthi.

—No —replicó Heldane—, pero tiene el intérprete.

—¿El qué?

—Dazzo lo sacó de esta cosa —dijo, dando una palmada al bloque de piedra en el que se apoyaba—. Un intérprete lingüístico. Un instrumento de traducción. Sin él, no podemos leer la versión saruthi del texto.

—¿Y cómo lo consiguió, en nombre el Emperador? —preguntó Guilar.

—Con su mente —dijo Heldane—. ¿No notan el calor residual del esfuerzo psíquico?

Sí, claro que podía. El sabor mental de una mente casi extinguida. Era evidente que aquella piedra era otra parte de la misteriosa tecnología de los saruthi, tal vez el equivalente de un cogitador imperial, quizás algo más sensible, incluso algo vivo. Dazzo, de quien ya sabía que tenía unas capacidades psíquicas monstruosas, lo había identificado y lo había asaltado psíquicamente obligándolo a revelarle sus secretos. Una proeza extraordinaria de la mente, un triunfo de la voluntad.

—Un poliedro —añadió Heldane—. Irregular, pequeño, hecho de madreperla, eso me pareció. Simplemente salió del bloque y fue a caer en sus manos. Lo vi mientras me abría camino hacia ellos. Pero el esfuerzo destruyó su mente. Endor lo hirió de muerte, ya no tenía fuerzas para resistirse.

—¿Cómo sabe que era ese… intérprete? —preguntó Bequin.

—Lo leí en su mente moribunda. Como ya dije, no hay en él sombra de resistencia. Pueden comprobarlo.

Me acerque a Dazzo y me arrodillé a su lado. De su boca ensangrentada sólo salía el ronquido de la respiración. Conecté mi mente con la suya haciendo a un lado sus intentos patéticos de resistencia y confirmé lo que había dicho Heldane. Con una fuerza de voluntad sobrehumana, Dazzo había arrancado el intérprete lingüístico de los saruthi, y junto con él el paradero del Necroteuco xénico. Moribundo ya, se los había entregado a Locke para que completara la tarea.

—¡Gregor! —susurró Midas. Me volví. A lo lejos, al otro lado de la curva del tetrapaisaje, tropas heréticas avanzaban entre los muertos. Empezaron a dispararnos.

Guilar y los gudrunitas empezaron a contraatacar cubriéndose como podían.

—Hermano Guilar, necesito que mantenga a raya a estos bastardos.

—¿A dónde va, inquisidor? —preguntó mientras colocaba un cargador nuevo a su bolter de asalto.

—A buscar a Locke y a Endor, a hacer lo que pueda.



VEINTICINCO

EL NECROTEUCO XÉNICO
FIN DEL JUEGO
EL HOMBRE DE LA MIRADA VACÍA

Bequin, Midas y yo, dejamos atrás el combate y salimos por la tetrapuerta corriendo a todo lo que nos daban las piernas a través de las inquietantes espirales y segmentos imbricados del moribundo edificio de los saruthi.

Mientras corríamos comuniqué la situación al comando de la flota, pero no tuve respuesta ni manera de saber si me habían escuchado. Probé a continuación con Titus Endor, pero el transmisor no funcionaba.

Al desplazarnos rápidamente, el lugar se asemejaba más a un laberinto en cuatro dimensiones, pero ahora yo tenía en la mente el engrama que había sacado de Dazzo, el rastro memorizado de la ruta hasta el Necroteuco xénico que él había arrancado del bloque.

Según mis cálculos, que no eran muy de fiar, estábamos cerca del corazón del edificio. Tal vez no el corazón físico o geográfico, sino la parte de la construcción dimensional más profundamente inmersa en la lámina trabada del espacio y el tiempo disformes.

Encontramos más saruthi, deambulando sobre sus zancos sin rumbo ni propósito. El olor a regaliz llenaba los túneles calurosos, brillantes y las cámaras de mosaicos.

Oímos gritos por delante de nosotros, y el tableteo de las armas de fuego.

—¿Titus? ¡Titus! ¡Soy Eisenhorn! ¿Me recibes? El transmisor empezó a funcionar.

—¡Gregor! ¡Por el amor del Emperador! Necesito…

Volvió a cortarse. Más disparos.

Atravesamos corriendo la puerta y tuvimos que ponernos a cubierto casi inmediatamente por los disparos de armas láser que nos salieron al encuentro. La cámara en la que habíamos entrado no era en modo alguno la más grande del lugar, pero sí la más singular. Oscura, tenebrosa, le faltaba el brillo que irradiaba de las demás las paredes y el suelo. El material brillante de que estaba hecho el resto del edificio era aquí gris e inerte, como si estuviera muerto.

Otro bloque de piedra, como aquel en el que se había apoyado Heldane pero mucho mayor, salía del suelo ceniciento. Por su superficie chorreaba aceite, una sustancia verdosa que corría por los lados y se depositaba en la base. Del bloque salía un estante asimétrico justo por encima de la altura de un ser humano, y encima de éste, un octaedro iluminado por un brillo interior.

El Necroteuco xénico. El engrama de Dazzo lo confirmó de inmediato.

La cámara estaba infestada de su maléfico olor a regaliz, tan intenso que daba náuseas. Detrás y por encima de la columna principal había esculturas disformes de metal, hueso y otras sustancias orgánicas que salían de las paredes y del techo curvo. De estos salientes colgaban unas cadenas horrorosas con ganchos siniestros. Esto no era de fabricación saruthi, sino pura invención del Caos, engendrado por el Necroteuco que infectaba la trama xénica de su santuario.

Unos pilares más pequeños, irregulares y todos diferentes sembraban el suelo en torno al bloque principal. Entre ellos tenía lugar una pelea con fuego cruzado. Los tres nos apartamos de la tetrapuerta iluminada y

corrimos a refugiarnos detrás de los bloques menores más próximos. Disparos láser iban y venían, rebotando entre las pétreas formas.

—¡Titus!

—¡Gregor! —estaba a veinte metros, en el primer tercio de la cámara, detrás de un bloque de piedra y disparando su pistola láser contra unas figuras más próximas al lugar donde descansaba el Necroteuco.

Conseguí ver a Locke y a ocho o nueve soldados heréticos. Miré a uno y otro lado, a Bequin y Midas.

—¡Escoged vuestros blancos! —les dije. Empezamos a disparar para apoyar a Endor, derribando al menos a uno de los herejes. Mientras se refugiaban de la andanada, Endor se puso de pie y saltó hacia adelante. Un disparo de láser lo alcanzó y lo arrojó hacia atrás contra una de las piedras.

Yo también avancé, disparando mi pistola bolter que sujetaba con ambas manos. Mis disparos arrancaban esquirlas de los bloques de piedra que tenía delante y alcanzaron al menos a uno de los fusileros enemigos. Llegué donde estaba Endor.

Estaba herido en el pecho. No tenía salvación a menos que pudiéramos evacuarlo rápidamente. Lo puse a cubierto y esperé mientras Bequin llegaba corriendo hasta donde estábamos.

—¡Presiona aquí! —le dije, enseñándole como con las manos empapadas de la sangre de mi viejo amigo. Hizo lo que le decía.

Tomé conciencia de un ruido atronador que llegaba desde más allá de la cámara. El lugar se sacudió. Se repitió el ruido y una sección del techo curvo se abrió de repente y se derrumbó, arrojando un montón de escombros y dejando entrar el frío interior. Un segundo después se abrieron otros tres orificios en el techo y desde fuera me llegó el golpeteo amortiguado del bombardeo.

—¡Midas!

Ya se aproximaba a mí por la izquierda, cambiando su rifle de aguja por las pistolas, más adecuadas para lugares cerrados. Sus letales agujas glavianas silbaron en el aire. El suelo seguía sacudiéndose. Cayó otra parte del techo.

Dejé a Endor con Bequin y fui avanzando ocultándome cada vez detrás de una columna para protegerme de la lluvia de disparos. Midas y yo pasamos a nuestros enlaces por auricular y empezamos a intercambiar mensajes en Glossia.

—Espina acompaña a Egida, una tempestad siniestra.

—Egida atenta, tempestad en tres.

Conté tres segundos y corrí hacia adelante mientras Midas arrojaba su granada de fragmentación por la izquierda antes de abrir fuego con ambas pistolas.

El fogonazo y el ruido de la explosión eclipsaron por un momento el bombardeo exterior. Un hereje salió disparado hacia arriba con las piernas amputadas y rebotó en una columna antes de caer al suelo.

La tempestad de fuego de Midas sembró la confusión y me permitió acercarme a diez metros de Locke. Sin embargo, ya no podía verlo. Sin soltar mi pistola bolter, saqué la espada de energía con la mano izquierda y rodeé la columna.

Locxe y uno de sus hombres habían elegido ese preciso momento para salirme al encuentro. Salimos de nuestros respectivos escondites y nos encontramos frente a frente en el estrecho espacio entre dos columnas. El primer disparo de mi pistola, que estaba destinado a Locke, pasó de largo y le arrancó el brazo izquierdo a su cómplice. Antes de que el hombre hubiese siquiera alcanzado el suelo, Locke me había disparado con su pistola láser y me había alcanzado en el brazo derecho mientras que avanzaba la mano izquierda con una daga de hoja larga. Chocamos uno con otro. Traté de descargar sobre él mi espada de energía, pero tropezó con algo y Locke se hizo a un lado. La empuñadura de su daga me golpeó en la cara y me hizo caer de espaldas. Con una sonrisa que él sabía que nunca podría copiar, levantó su pistola láser para dispararme en la cabeza.

Dos toneladas de columna de piedra de una cantera xénica cortada a la altura de la cadera por mi espada de energía, le cayeron encima aplastándolo contra el suelo cubierto de escombros.

Me puse de pie. Locke todavía estaba vivo. Tenía el abdomen y la pelvis aplastados bajo la columna y sus brazos habían quedado aprisionados. Me miró parpadeando, sorprendido.

—Gorgone Locke, a los ojos de la Santa Inquisición estáis tres veces maldito por acción, asociación y creencia —dije, empezando a recitar la oración de la abolición.

—Nno… —susurró.

Mientras terminaba la oración, dibujé la marca de la herejía en la piel de su frente con la punta de la espada. Para cuando hube terminado, ya había muerto a consecuencia de sus heridas.

La cámara semiderruida seguía temblando. Los ganchos se sacudían en el extremo de las largas cadenas. Por las aberturas del techo se filtraban polvo y fragmentos que caían a través de los rayos de luz fría. Me agaché y busqué el poliedro perlado en la chaqueta empapada de sangre de Locke. El intérprete. Lo deslicé en mi bolsillo y al volverme vi a Midas que se acercaba.

—Todas las ratas han huido —dijo enfundando sus pistolas. Miró al armador muerto en el suelo—. Así acaban todos los herejes ¿verdad?

Estiré una mano para coger de su estante el Necroteuco xénico y descubrí que no podía moverme. Una enorme fuerza psíquica me tenía paralizado.

—Así es realmente como acaban todos los herejes —dijo una voz—. Vuélvelo para que pueda verme.

Involuntariamente me volví, con la mano todavía levantada y estirada. Vi a Midas, también paralizado y rígido, con sus facciones oscuras contraídas en un rictus de impotencia.

Konrad Molitor, mi hermano inquisidor, estaba de pie ante mí, sonriendo. Sus tres sirvientes encapuchados, a su lado.

—Tanto valor, Gregor, tanta dedicación. Pensé que serías tú el que encontrara el premio.

Traté de responder, pero la boca no me obedecía. La saliva burbujeaba entre mis dientes.

Molitor se volvió hacia sus acompañantes encapuchados.

—Dejadlo hablar —dijo.

La restricción psíquica sobre mi habla aflojó. Todavía me costaba hablar.

—¿Q… qué e… está ha… aciendo, Molitor?

—Recuperar el valiosísimo Necroteuco, por supuesto. No podemos permitir que destruya otra copia ¿no es cierto?

—¿P… podemos?

—Hay muchos que creen que la especie humana se beneficiará más del estudio de este artefacto que de su destrucción. Yo estoy aquí para salvaguardar esos intereses.

—R… rorken n… nunca lo p… permitirá… I… lo c… condenarán a la hoguera p… por…

—Mi estimado lord Rorken nunca se enterará. ¿Ve cómo tiembla este lugar? ¿Ve cómo se desploma el techo? Hace diez minutos mandé a la flota un mensaje de que el principal objetivo estaba cumplido. Di el código de Sanction Extremis. Creen que el Necroteuco ya ha sido encontrado y eliminado. Nuestras fuerzas se están retirando, a toda velocidad. Las baterías de la flota han empezado a destruir estos lugares xénicos. Nadie se enterará de que el divino Necroteuco ha salido de aquí y está a salvo. Nada sobrevivirá al bombardeo. Nada. Ni una voz disidente.

Sus ojos de pupilas amarillas estaban fijos en mí.

—Dirán que ha sido muy valiente al dar su vida en el asalto a 56-Izar. Su nombre figurará en el cuadro de honor, se lo aseguro. Yo mismo me ocuparé de ello.

—B… b… bastardo… —luché mentalmente por liberarme, pero no pude. El que me tenía paralizado era uno de sus asistentes, o los tres de consuno, un poder al que no podía oponerme.

—Cógelo para mí —dijo Molitor a uno de sus hombres señalando el Necroteuco con un movimiento de su manga a cuadros—. Será mejor que partamos cuanto antes.

El bombardeo se había transformado a estas alturas en un rugido constante. La figura encapuchada se adelantó, cogió el octaedro azul y lo sostuvo con su mano de elegantes dedos de uñas largas. Lo estudió un momento y se volvió a mirara Molitor.

—No sirve —dijo.

—¿Qué?

—No se puede leer. Está escrito en un lenguaje xénico codificado impenetrable.

—¡No! ¡Imposible! —balbució Molitor—. ¡Descodifícalo!

—Lo haría si pudiera. Está incluso fuera de mi alcance.

—¡Tiene que haber un medio!

El hombre encapuchado que sostenía el Necroteuco se volvió hacia mí.

—El tiene un intérprete. El único intérprete. Está tratando de no pensar en él, pero puedo verlo en su mente. Mire en el bolsillo de su chaqueta.

Molitor recuperó su sonrisa. Se acercó a mí y estiró la mano hacia mi chaqueta.

—Tortuoso hasta el final, Gregor. Maldito miserable.

Un disparo de láser le cortó la mano a la altura de la muñeca. Molitor dio un grito y trastabilló cogiéndose el muñón humeante.

Bequin, con una expresión de absoluta determinación y la carabina láser apoyada en el hombro y apuntando al corazón de Molitor apareció a mi lado.

—¡Mátalos! ¡Mátalos! —gritaba Molitor. Sentí la presión inmediata de la fuerza psíquica dispuesta a acabar conmigo. Pero me liberé de ella. El vacío psíquico de la naturaleza intocable de Bequin me protegía ahora que estaba a mi lado. El sirviente que sostenía el Necroteuco dio un paso hacia atrás, atónito.

Molitor, desesperado de dolor e ira, se dio cuenta de que su poderoso psíquico ya no podía con nosotros y gritó:

—¡Albaara! ¡T'harth!

Palabras en código, palabras desencadenantes. Los dos sirvientes que habían permanecido a su lado saltaron hacia adelante desprendiéndose de sus túnicas.

Arcoflagelantes. Herejes reprogramados y reconstruidos con implantes potenciadores y biónicos para actuar como esclavos asesinos. Las palabras desencadenantes los despertaron de su estado de reposo y los lanzaron a un frenesí maníaco.

Despojados de sus ropas eran unos seres horrorosos y contrahechos provistos de burdos implantes quirúrgicos y tratados con conjuros sagrados. Sus manos eran haces de electrolátigos, sus ojos, órbitas bulbosas e inexpresivas bajo los bordes de sus cascos bruñidos de pacificadores fundidos con el cráneo.

Midas, Bequin y yo disparamos nuestras armas al unísono, alcanzándolos de lleno mientras cargaban contra nosotros. El daño que les infligimos era inmenso, pero con todo, seguían adelante. Sus cuerpos rebosaban adrenalina intoxicante, bloqueadores del dolor y estimulantes químicos inductores del frenesí. No sentían lo que les estábamos haciendo.

Uno estaba a apenas dos palmos de mí cuando una lluvia ininterrumpida de disparos de mi arma por fin acabó con él. Un disparo abrió la matriz blindada de dispensadores químicos que tenía en el hombro haciendo saltar el líquido por los aires. En un segundo cayó a nuestros pies presa de convulsiones al quedarse sin suministro de drogas y encontrarse de pronto cara a cara con su agonía.

El otro apenas sentía las punzadas de las agujas de Midas, demasiado sutiles. Rápidamente nos separamos uno hacia cada lado. Bramando y restallando los látigos de sus manos salió en persecución de Midas que saltaba a izquierda y derecha refugiándose tras las columnas en un intento de evitarlo. Sólo su gracia y agilidad glavianas lo salvaban de su inexorable acercamiento.

Sabía que era cuestión de segundos. Bequin y yo avanzábamos, pero era muy poco lo que podíamos hacer.

Midas sacó su bolsa de granadas y cebó una sin dejar de deslizarse detrás de las columnas, evitando a duras penas el castigo mortal de los flexibles látigos de metal que dejaban surcos sobre la piedra.

Dio un salto hacia la izquierda, se arrojó sobre la bestia y le colgó al cuello la bolsa de granadas mientras se tiraba de cabeza por encima de su

hombro.

Las granadas detonaron con un fogonazo arrollador y pulverizaron a aquella mezcla de hombre y bestia. Midas, arrojado contra una columna por la onda expansiva, quedó inconsciente.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn! —gritaba Molitor mientras él y el sirviente que le quedaba venían a por mí. Su voz sonaba quebrada por el dolor y la furia.

—No te separes de mí —le dije a Bequin mientras nos internábamos más en la cámara—. Ese psíquico no puede conmigo si estoy a tu lado.

La mitad del techo y una gran parte de la pared se desplomaron hacia adentro. Durante un segundo el aire se llenó de un fuego crepitante de color naranja.

Ensordecidos y con la piel chamuscada por la ráfaga, Bequin y yo nos pusimos de pie otra vez. Ahora la cámara estaba abierta al cielo y entraban una luz blanca y fría y un humo espeso.

—¡Vamos! —ambos avanzamos a gatas hacia la pared dañada por la explosión, abriéndonos paso por la pendiente humeante llena de escombros del material que los saruthi usaban para construir. El material estaba fundido y burbujeaba, como si fuera plástico, o carne.

Nos encaminamos hacia la luz.

Salimos al exterior sobre la curva cara superior del edificio saruthi. Hacía frío, y el viento que corría por los surcos segmentados del pulido techo blanco era penetrante y venía cargado de olor a humo, ficelina y prometió.

Nos encontrábamos a una altura de vértigo y desde allí veíamos los flancos de la enorme estructura que de tan duros y pulidos parecían de hielo y que iban descendiendo en curvas hacia el lejano suelo. Bequin resbaló y la sujeté a tiempo de impedir que fuera deslizándose por la espiral.

Desde tan alto en el cielo alienígena, se podían ver los lagos de fuego y los inmensos bancos de humo que abarcaban cientos de kilómetros. También se veía una multitud de naves de desembarco que se elevaban

atravesando la gruesa capa de humo en dirección a las naves que esperaban en órbita. Sobre los llanos de cieno blanco que se veían a nuestros pies, las tropas imperiales corrían hacia las cápsulas abandonando sus mochilas, sus cascos e incluso sus armas en la precipitación de la partida. Tanques y transportes blindados avanzaban a empellones por el cieno húmedo y subían por las rampas de las naves de transporte pesado. Por todas partes estallaban bombas y se veía la luz de las armas láser tratando de acabar con los últimos focos de resistencia de los herejes.

Lanzas y relámpagos de energía enceguecedora provenientes de las nubes destruían el paisaje. Obedeciendo las instrucciones de Molitor al pie de la letra, el almirante Spatian estaba arrasándolo todo. Cynewolf, miembros clave de los Guardianes de la Muerte y oficiales selectos de las fuerzas de invasión habían recibido las palabras en código para desatar la hecatombe. Molitor había determinado nuestro destino. Una vez desatada la Sanction Extremis no había vuelta atrás aun cuando mi transmisor hubiera estado funcionando en lugar de cortarse por las ráfagas electromagnéticas que acompañaban a cada ataque lanzado desde órbita. De acuerdo con los planes de batalla, Spatian estaba destruyendo el lugar lo más rápido posible, incluso a costa de sus propias fuerzas de tierra que todavía no habían terminado de retirarse.

Otro edificio saruthi, a veinte kilómetros de distancia, fue destruido. Su estructura, similar al casco del nautilus, y sus curvas opalescentes fueron resquebrajadas y partidas por láseres pesados de color azul. Los haces destructivos que atravesaban las nubes provenían directamente de naves situadas tan alto que resultaban invisibles y cayeron sobre el edificio con la contundencia del juicio final. Escuadrillas de cazabombarderos aparecieron sembrando sus municiones que estallaban formando un agitado mar de explosiones. Cabezas de combate teledirigidas partían de las naves estelares surcando el cielo como sibilantes tiburones aéreos hasta llegar al blanco que se les había asignado.

El edificio se resquebrajó y explotó con una luz que iluminó el hemisferio. Una columna desmesurada de humo blanco y cenizas se abrió creando una especie de hongo y formando una nube de quince kilómetros.

El espectáculo era escalofriante, Bequin y yo observábamos mudos de asombro. Unos segundos después se repitió a nuestras espaldas, a cuarenta kilómetros de distancia, cuando otro edificio saruthi fue derruido.

Era indudable que el edificio sobre cuya tersa superficie curva nos encontrábamos en ese momento iba a correr la misma suerte. Seguro que en ese momento se estaban introduciendo las coordenadas en los servidores de artillería de la flota.

Corrimos por el borde de otro segmento curvo. Las naves de desembarco, con los inyectores de combustible proyectando su resplandor rojo contra el humo negro, seguían llegando a la superficie donde las esperaban multitudes de soldados de infantería Morepoix que movían los brazos y las vitoreaban. Realmente las tripulaciones hacían gala de un altruismo y un valor increíbles. El bombardeo lanzado por Spatian no esperaba a que descendieran y recogieran a los hombres. Lo arriesgaban todo por llegara la superficie y embarcar a la mayor cantidad posible de soldados.

—¡Gregor! —me gritó Bequin al oído.

Me volví. Por el trozo de techo en forma de caracol que había a nuestras espaldas habían aparecido Molitor y su hombre de confianza. Con paso inseguro venían hacia nosotros.

Un disparo láser me pasó rozando y dejó sobre la perlada superficie una marcha chamuscada.

—¡El intérprete, maldito bastardo! ¡Déme el intérprete! —gritaba Molitor.

Mi respuesta consistió en disparar contra él un cargador completo de mi bolter.

La primera de las balas trazadoras arrancó trozos del techo del edificio. A continuación di en el blanco y le destrocé el muslo izquierdo, el abdomen y la garganta.

Al ser alcanzado por los disparos, Konrad Molitor se dobló y retorció hasta caer. Su cuerpo acribillado resbaló por la curva del techo y desapareció dejando un rastro de sangre tras de sí.

Su acompañante avanzó, indiferente a los disparos, y arrojó a un lado su túnica con capucha.

Quedó desnudo. Era alto, musculoso, y su piel tenía una tonalidad dorada. Su rostro era hermoso y de su cráneo salían unos pequeños cuernos residuales.

Tenía la mirada vacía. ¡Mis sueños premonitorios se hacían realidad! El terror se apoderó de mí y sentí que se me encogía corazón dentro del pecho.



VEINTISÉIS

CHERUBAEL
AL BORDE DEL PRECIPICIO
EXTERMINATUS

El hombre de la mirada vacía, aunque en verdad no era un hombre sino un demonio con forma humana, venía por la curva superficie hacia mí. Llevaba el brillante octaedro del impío texto saruthi en una mano.

—Ahora quisiera el intérprete, Gregor, por favor.

—¿Qué eres tú?

—No es lugar para presentaciones —dijo señalando las explosiones y la destrucción que nos rodeaban.

—Compláceme… —dije con dificultad.

—Muy bien. Mi nombre es Cherubael. Ahora el intérprete. El tiempo se agota.

—El tiempo siempre se agota —declaré—. ¿Quién es tu hacedor?

—¿Mi hacedor? —el hombre de la mirada vacía sonrió aviesamente.

—Eres… un poseído. Eres fruto de un conjuro. Dime quién te hizo y quién os envió a ti y a Molitor a buscar el Necroteuco… y puede que te dé el intérprete.

Se rió y se pasó la lengua por los labios delgados, una lengua brillante y bífida.

—Dejemos las cosas bien claras, Gregor. Me vas a dar el intérprete. O me lo entregas ahora o voy ahí y te lo quito y destrozo todos los huesos de tu cuerpo además de violar a la chica que tienes al lado y de romperle también todos los huesos. Y después arrastro vuestros penosos cuerpos hasta la cámara de allá abajo y os cuelgo de aquellos ganchos y os quemo haciéndoos pasar por una horripilante agonía mientras espero que los bombardeos arrasen este lugar.

Hizo una pausa.

—Tú eliges.

—Has estado en mis sueños desde hace tiempo. ¿Por qué? —insistí.

—Tienes un don, Gregor. Además el tiempo no es esa flecha que imaginan los humanos. Un segundo en la disformidad te lo demostraría. Claro que un segundo en los hábitat tridimensionales de los saruthi también podrían habértelo revelado. Tus sueños no eran más que pesadillas de algo que todavía estaba por pasar.

—¿Quién es tu hacedor? —volvía insistir. Su respuesta fue la que menos esperaba y me dejó totalmente atónito.

—La Sagrada Inquisición, Gregor. Uno de tus hermanos fue mi hacedor. Ahora, por última vez, dame ese…

El poseído se volvió de repente al oír voces que llamaban desde abajo. El hermano capitán Cynewolf salía del agujero abierto por la explosión acompañado de Midas y de otro Marine de los Guardianes de la Muerte que llevaba el cuerpo exánime de Titus Endor.

Cynewolf levantó su bolter de asalto y disparó contra el hombre de la mirada vacía.

Cherubael extendió la mano y recogió los proyectiles en pleno vuelo.

—¡Fuera de aquí, Astartes bastardo! —le gritó desde arriba a Cynewolf—. ¡Esto no tiene nada que ver contigo!

El demonio se fue acercando hasta llegar frente a mí. Podía ver los pequeños arcos de energía que salían de su piel brillante y hasta mí llegó el hedor de la corrupción.

Ahora estábamos frente a frente.

Estiró la mano con la palma hacia arriba, una mano de uñas largas y pulidas como garras.

—Muy inteligente por tu parte haber encontrado a una intocable para neutralizarme —dijo mirando a Bequin—. ¿Cómo lo conseguiste?

—El destino, como el tiempo, no es lineal, Cherubael. Seguro que lo sabes. Encontré a Bequin del mismo modo que mis sueños sobre ti me encontraron a mí.

—Me gustas, Gregor Eisenhorn —dijo con gesto aprobador—. Tan desafiante y estimulante… para ser humano. Me gustaría que tuviéramos tiempo para hablar y compartir cosas… ¡pero no es así! —dijo tajante—. ¡Dame el intérprete!

Saqué el poliedro y su sonrisa se hizo más ancha.

Lo dejé caer sobre el techo y, antes de que tuviera tiempo de resbalar hacia abajo, lo aplasté con el tacón de mi bota.

El poseído dio un paso atrás y entonces se quedó mirando los fragmentos.

Me miró otra vez con su mirada vacía.

—Eres un hombre de determinación singular, Gregor. Me habría gustado matarte en su debido momento, pero ya estás muerto. Dentro de doscientos cuarenta segundos este edificio estará destruido. Toma esto…

Me pasó el Necroteuco xénico y lo cogí con mi mano enguantada.

—Has ganado. Llévate ese consuelo a la otra vida.

Empezó a correr hacia el borde del tejado y se arrojó con un salto perfecto, los brazos levantados. Por un momento quedó suspendido en el espacio, luego dobló el cuerpo, ejecutó un salto mortal y desapareció abajo, dentro del lago de fuego.

Atraje a Bequin hacia mí mientras se acercaban Cynewolf, Midas y el otro Marine. Endor no se movía en brazos del Astartes, parecía muerto. Rogué que lo estuviera porque en un momento este lugar quedaría disuelto en medio del fuego.

—A espina de rosa de Egida, arriba y… bien, arriba ¡por amor del Emperador! ¡Maldita sea esta Glossia disparatada! ¡Moveos!

Mi cúter estaba encima del edificio con las fauces abiertas y la rampa desplegada. Por la cristalera de la cabina pude ver a Fischig al timón gritándome. Aemos estaba a su lado.

Desde el puente del *Saint Scythus* contemplé la muerte de 56-Izar mientras abandonábamos la órbita. Unos pétalos llameantes del tamaño de continentes se abrieron debajo de su piel lechosa. Sanction Extremis. Exterminatus.

Tras el diluvio de fuego, las bombas biológicas. Jamás se volvió a tener contacto con la raza saruthi, y la luz contaminada, resplandeciente, del Necroteuco se extinguió para siempre.



EPÍLOGO

EN PAMOPHREY

En Pamophrey descansamos.

Cuarenta semanas de viaje a través del Immaterium habían desvanecido la euforia triunfal. La flota se dispersó en Tracian Primaris y lo último que vi del sargento Jeruss fue una mano diciéndome adiós entre el humo con olor a cerveza de un bar.

Alquilé una villa junto al Estrecho, en Pamophrey. Midas se pasaba la mayor parte del día durmiendo y dedicaba las noches a jugar al regicida con Aemos y Fischig. Bequin tomaba el sol y se bañaba en el mar.

Yo pasaba las horas sentado en el pórtico hasta el que llegaba la brisa cargada de sal y observaba la playa como un dios que se ha olvidado de sus creaciones.

Nos esperaban grandes trabajos. Quedaban informes por redactar, entrevistas por hacer y explicaciones por dar. Lord Rorken había convocado un tribunal de investigación y los Altos Señores de Tierra esperaban un informe completo de lo sucedido. Teníamos por delante meses de papeleo, audiencias y estudio de pruebas. La identidad de la fuerza que estaba por detrás de Molitor y su demonio encarnado seguía

siendo un misterio. Aunque lord Rorken estaban tan ansioso como yo de encontrar una respuesta, no creía que se consiguiera fácilmente. Era posible que la cuestión se fuera pudriendo y estancando y siguiera sin respuesta años y años en medio de la lenta y desesperante burocracia de la Inquisición.

No estaba dispuesto a permitirlo. En cuanto estuviera libre para ocuparme de otro caso, me dedicaría a encontrar al amo de Cherubael. El bendito reinado de los hombres había estado al borde de la calamidad gracias a sus maquinaciones.

No me olvidaría de los saruthi. Eran una verdadera lección, si es que nos hacía falta una, de cómo toda una cultura avanzada podía ser consumida por el Caos.

Las aves marinas volaban en círculos en el viento racheado de la marea. Las olas rompían en la orilla.

El hombre de la mirada vacía continuaba persiguiéndome en sueños.

¿Ecos de lo pasado o premoniciones del futuro? Tendría que esperar y ver.

PERDIDA EN COMBATE



Perdí la mano izquierda en Sameter. Les contaré cómo ocurrió. El decimotercer día de Sagittar (según el calendario local), tres días antes del solsticio, apareció en el distrito medio de la ciudad de Urbitane, trastabillando sin rumbo fijo por el tejado llano y horizontal de una curtiduría abandonada un predicador itinerante llamado Lazlo Mombril, sin ojos, sin lengua, sin nariz y con las manos amputadas.

Urbitane es la segunda ciudad de importancia en Sameter, un planeta agroquímico en declive dentro del subsector helicano. Era una población donde se solían producir crímenes crueles y repulsivos debido a las privaciones generales y al estado de depresión social que afectaba a una población densamente apiñada. Sin embargo, aquel acto de barbarie destacaba por dos motivos. El primero era que no se trataba de un ataque de alguien llevado por la ira o un asesinato producto de una borrachera, sino una mutilación deliberada y sistemática, casi ritual.

En segundo lugar, era el cuarto crimen de características similares que se había descubierto en ese mismo mes.

Llevaba en Sameter poco más de tres semanas, y las había pasado investigando, a petición del gran inquisidor general Rorken, las conexiones que existían entre una federación de comercio y un movimiento secesionista del planeta Hesperus. Al final, las conexiones no fueron una buena pista. La depresión económica de Urbitane había obligado a la federación a realizar una serie de transacciones poco

recomendables con diversos capitanes mercantes poco escrupulosos, y el grueso de la trama se centraba en Hesperus, pero creo que fue el modo en que el inquisidor general me hizo entrar de nuevo en el servicio activo, con cierta suavidad después de la larga y ardua investigación sobre el asunto del Necroteuco.

Según el calendario imperial, estábamos a finales del año 241.M41. Acababa de finalizar unos cuantos meses de recuperación, meditación y estudio, todo ello autoimpuesto, que pasé en Tracian Primaris. Los ojos del demonio Cherubael todavía me despertaban algunas noches, y mi cuerpo mostraba las cicatrices permanentes provocadas por las atenciones del sádico Gorgone Locke. Su látigo neurológico estrousino me había dañado el sistema nervioso, lo que incluía la paralización de los músculos del rostro. No sería capaz de volver a sonreír durante el resto de mi vida. Sin embargo, las heridas que había sufrido en KCX-1288 y en 56-Izar ya se habían curado, y estaba impaciente por volver a trabajar.

Aquella tarea fácil en Sameter me resultaba adecuada, por lo que la había aceptado. Poco después, tras una rápida y eficiente investigación, el asunto ya estaba zanjado, pero mientras me preparaba para abandonar el planeta, varios oficiales del Munitorum me solicitaron de forma inesperada una audiencia.

Estaba alojado, junto al resto de mi equipo, en una serie de habitaciones del Urbitane Excelsior, un lugar de aspecto desvencijado pero bien provisto situado en la zona alta de la ciudad. Las habitaciones disponían de una panorámica visible a través de unos grandes ventanales blindados de veinte metros de anchura y cubiertos de hollín, aunque el paisaje que se veía eran las repulsivas torres grises de la ciudad que se extendían hasta las aguas cenagosas de la contaminada bahía situada a veinte kilómetros de allí. Los ornitópteros y los biplanos zumbaban al volar entre las gigantescas estructuras urbanas mientras las brillantes luces de aterrizaje de las naves de carga y orbitales relucían a través de las nubes de contaminación durante el trayecto de descenso hasta elespaciopuerto. Más allá, al final del istmo, visibles incluso desde el otro lado de la neblina estancada y amarillenta, las refinerías de prométhium

vomitaban grandes chorros de humo marrón a la atmósfera sometida a un perpetuo crepúsculo.

—Ya han llegado —me comunicó Bequin al entrar en el recibidor de la suite procedente de la sala exterior.

Iba vestida con una túnica recatada de azul damasquinado y lucía al cuello unapasmina de seda. El conjunto cumplía a la perfección lo que le había pedido: que presentara una imagen discreta pero poderosa. Yo llevaba puesto un traje de lino negro acompañado por un chaleco de terciopelo gris, además de un abrigo de combate de cuero negro que me llegaba hasta la cadera.

—¿Me necesitarás para algo? —me preguntó Midas Betancore, mi piloto y amigo.

Negué con la cabeza.

—No creo que me retrase mucho. Tan sólo tengo que ser educado. Vete al espaciopuerto y asegúrate de que el cúter está preparado para despegar.

Midas se limitó a asentir y salió, Bequin hizo entrar a los visitantes.

Sentía que era necesario ser educado porque Eskeen Hansaard, el ministro de Seguridad de Urbitane, había ido a verme en persona. Era un individuo enorme que llevaba puesta una chaqueta marrón de doble solapa. Su gran corpachón contrastaba enormemente con un rostro de rasgos juveniles. Lo escoltaban dos guardaespaldas de uniforme de color gris y protegidos por piezas de armadura sobrepuestas, y también lo acompañaba una mujer de baja estatura pero hermosa, de cabello negro y vestida con un mono ceñido azul oscuro.

Me había asegurado de estar sentado en uno de los sofás para cuando Bequin los hizo entrar. De ese modo me podría levantar en un gesto de respeto medido. Quería que supieran sin duda alguna quién era el que estaba al mando de la situación.

—Señor ministro Hansaard —lo saludé mientras le estrechaba la mano —. Soy el inquisidor Gregor Eisenhorn del Ordo Xenos. Estos son algunos de los miembros de mi equipo: Alizebeth Bequin, Godwyn Fischig, depurador del Adeptus Arbites, y Uber Aemos, sabio. ¿En qué puedo ayudarles?

—No deseo hacerle perder el tiempo, señor inquisidor —me respondió Hansaard, nervioso al parecer por mi presencia. Aquello me satisfizo. Era lo que pretendía—. Me han comunicado cierto asunto importante, uno que creo que se encuentra más allá de las posibilidades de los arbites de la ciudad. Sinceramente, apesta a corrupción del Caos y reclama la atención de un inquisidor.

Era un individuo directo. Eso me impresionó. Se trataba de un funcionario imperial de rango elevado que se mostraba ansioso por hacer lo correcto. A pesar de ello, esperaba que el asunto en cuestión no tuviera importancia, al igual que lo ocurrido con las supuestas conexiones de la federación de comercio. No sería más que un crimen local para el que sólo le hacía falta mi aprobación y así poder continuar la investigación y cerrarlo. Según mi experiencia, los funcionarios como Hansaard a menudo eran excesivamente cuidadosos.

—Se han producido cuatro muertes en la ciudad a lo largo de este mes, y creemos que se encuentran relacionadas. Me gustaría que nos ofreciera su consejo al respecto. Lo que las vincula es la mutilación ritual realizada.

—Muéstremelo todo —le contesté.

—¿Capitana? —fue su respuesta.

La atractiva mujer de cabello negro y corto que lo acompañaba era la capitana del Arbites Hurlie Wrex. Dio un paso adelante y asintió con un gesto respetuoso antes de entregarme una placa de datos con el emblema dorado del Adeptus Arbites.

—He preparado un resumen esquematizado de todo lo ocurrido —me indicó.

Empecé a leer a toda velocidad la placa y a preparar la educada negativa que pensaba que merecía el asunto. Un momento después, me detuve, y leí con más lentitud antes de retroceder.

Sentí una curiosa mezcla de frustración y exaltación. Incluso con el vistazo superficial que le había echado, no cabía duda alguna de que era necesaria la atención inmediata de la Inquisición Imperial. Por primera vez en meses sentí que se despertaban todos mis instintos y las ganas de actuar. El ministro Hansaard no se había excedido en absoluto en sus

preocupaciones al informarme de aquello. También se me encogió el corazón al darme cuenta de que mi partida de aquella triste ciudad tendría que retrasarse.

A las cuatro víctimas les habían sacado los ojos y les habían cortado la nariz, la lengua y las manos hasta amputárselas. Eso era lo mínimo que les habían hecho.

El predicador, Mombril, había sido el único al que se había encontrado con vida, aunque había muerto tan sólo ocho minutos después de llegar a los servicios de urgencias del distrito medio. Me dio la impresión de que había conseguido escapar de algún modo al terrible ritual al que lo estaban sometiendo sus atormentadores antes de que éstos pudieran acabar.

Con los otros había ocurrida algo muy distinto.

Poul Grevan, forjador; Luthar Hewall, tejedor de alfombras; Idilane Fasple, comadrona.

A Hewall lo había encontrado una semana antes uno de los equipos de servidores de limpieza de la ciudad durante el mantenimiento rutinario de un cilindro de recogida de suciedad del distrito medio. Alguien había intentado quemar sus restos para después arrojarlos al anticuado sistema de canalización de aguas residuales, pero el cuerpo humano es considerablemente resistente. Los arbites no podían demostrar que las partes que le faltaban no se habían despegado simplemente por la acción de la podredumbre antes de ser arrastradas por el agua, pero las marcas dejadas en los extremos de los huesos del antebrazo no parecían dejar muchas dudas respecto al uso de una sierra de alguna clase.

La aparición del cuerpo de Idilane Fasple en el interior del falso techo de un habitáculo de alquiler en el distrito medio había aclarado más la extensión de las heridas de Hewall. A Fasple no sólo la habían mutilado como al predicador Mombril, sino que además le habían arrancado el cerebro, el cerebelo y el corazón. Las heridas eran horrorosas. Uno de los operarios que la habían encontrado durante los trabajos en el tejado se suicidó poco después. Su cuerpo desangrado había terminado casi reseco,

incluso se podría decir ahumado, debido a los conductos de calefacción del edificio de habitáculos. Además, la habían envuelto con un gran manto de color verde oscuro, muy parecido al saco de dormir estándar que se utilizaba en la Guardia Imperial, antes de graparlo a la parte inferior de las vigas con una pistola de clavos de uso industrial.

Las referencias cruzadas entre los archivos de Fasple y de Hewall convencieron a los arbites de que al tejedor de alfombras probablemente también le habrían arrancado el cerebro y el corazón. Hasta ese momento habían atribuido la ausencia de esos órganos de tejido blando a los niveles casi tóxicos de corrupción orgánica que existían en la inmundicia casi licuada del cilindro de recogida.

A Graven, que en realidad había sido el primero en ser encontrado, lo sacaron de las aguas de la bahía los tripulantes de una nave de reciclado. Habían supuesto que se trataba de un suicida al que las palas de la hélice de alguna otra nave habían desmembrado, hasta que las cuidadosas investigaciones de Wrex habían dejado al descubierto demasiadas coincidencias.

Debido a las peculiares características de los lugares donde se habían encontrado los cadáveres, era científicamente imposible calcular con certeza la hora o la fecha exacta de las muertes. Sin embargo, Wrex había conseguido determinar con seguridad una horquilla de tiempo. A Graven lo habían visto con vida por última vez el 19 de Aquiarae, tres días antes de que se descubriera su cuerpo. Hewall había entregado una alfombra a un cliente del distrito alto el día 24, y esa misma noche había cenado con unos amigos en una cantina del distrito medio. Fasple no se había presentado al trabajo el 5 de Sagittar, aunque según sus amigos, la noche anterior parecía contenta e impaciente por empezar su siguiente turno.

—Al principio —me explicó Wrex—, pensamos que se trataba de un asesino en serie suelto por el distrito medio. Sin embargo, me da la impresión de que el tipo de mutilaciones va más allá de una explicación tan simple. No se trata de un asesinato feroz, ni siquiera de una depravación psicopática posterior a la muerte en sí. Es más bien un ritual con un propósito específico.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión? —le preguntó uno de mis colegas, Fischig.

Fischig era un oficial arbites procedente de Hubris que poseía una experiencia muy amplia en casos de asesinato. De hecho, había sido su conocimiento de los procesos involucrados y su familiaridad con el modus operandi de los criminales lo que me había convencido para aceptarlo como miembro de mi grupo. Eso y su feroz habilidad en combate.

Wrex lo miró de reojo, como si creyera que estaba cuestionando su profesionalidad.

—Debido a la propia naturaleza de las amputaciones. Debido al modo en que después se dispuso de los cuerpos. —Me miró antes de seguir hablando—. Según la experiencia que tengo, inquisidor, un asesino en serie en el fondo lo que quiere es que lo descubran, y sin duda, quiere que lo conozcan. Hará una manifestación de sus asesinatos de un modo abierto e innecesario, para así demostrar su poder sobre la comunidad. Disfruta del miedo y del terror que provoca. Quienquiera que fuese, se esforzó mucho por ocultar los cadáveres, lo que me sugiere que el asesino estaba más interesado en las propias muertes que en la reacción que provocarían esas muertes.

—Bien expresado, capitana —le contesté—. Es lo mismo que deduzco yo. Los asesinatos rituales a menudo se ocultan para que la secta pueda continuar su misión sin temor a que la descubran.

—Lo que sugiere que todavía faltan por encontrar más víctimas… —comentó Bequin de un modo casual, en lo que ahora me parece que fue una profecía escalofriante.

—¿Asesinatos rituales? —me preguntó el ministro—. Quise que usted lo supiera porque era lo que me temía, pero ¿de verdad cree que…?

—En Alphex, la secta adoradora de la disformidad le cortaba las manos y la lengua a sus víctimas porque eran órganos de comunicación —empezó diciendo Aemos—. En Brettaria, se extraían los cerebros para que los miembros del culto ingirieran la materia espiritual, el alma, por así decirlo, de la víctima. Cierto número de planetas imperiales han sufrido plagas de asesinatos rituales donde se arrancaban los ojos de los

sacrificados. Gulinglas, Pentari, Hesperus, Mesina… Se considera que los ojos son las ventanas que dan al alma. De hecho, los Herejes de San Scarif amputaban las manos a las víctimas durante el ritual, y después las obligaban a escribir su última confesión utilizando plumas clavadas en los muñones de…

—Ya está, Aemos. Es información más que suficiente —lo interrumpí. El ministró se estaba poniendo pálido—. Es evidente que se trata de asesinatos rituales, señor —le dije—. Existe una célula del Caos activa y campando a sus anchas por el planeta, y la encontraré.

Me dirigí de inmediato al distrito medio. Tanto Grevan como Hewall y Fasple residían en esa zona de la ciudad, y a Mombril, aunque no era más que un visitante de paso, lo habían encontrado en ese lugar. Aemos se marchó a revisar los archivos locales, que se encontraban almacenados en la torre de registros que el Munitorum tenía en el distrito superior. Me interesaban sobre todo las referencias históricas sobre las actividades de sectas en Sameter y su relación con determinadas fechas relevantes. Conmigo vinieron Fischig, Bequin y Wrex.

El ambiente de un lugar suele dar muchas pistas sobre los crímenes que se han cometido allí. Hasta ese momento, mi estancia en Sameter tan sólo me había mostrado las zonas limpias y de mayor altitud del distrito superior de Urbitane, muy por encima de la capa de contaminación.

El distrito medio era un lugar deplorable, azotado por la pobreza y la negligencia administrativa. Todas las superficies a la vista estaban cubiertas de una capa pegajosa de resina contaminante, y no dejaban de caer chaparrones de lluvia ácida. Los vehículos de motor al descubierto no dejaban de pasar pegados unos a otros en unas calles de pésima iluminación. Hasta la misma piedra de los edificios parecía estar pudriéndose. La oscuridad neblinosa del distrito medio poseía una cualidad rojiza, llameante, producto de los chorros de fuego de los gigantescos procesadores de gas. Me recordó a las placas de grabados del Infierno.

Nos bajamos del aerodeslizador blindado de Wrex en la esquina de la calle Esquilado con Pentecostés. La capitana se puso el casco de arbites y el abrigo armadura protector. La lluvia apestaba como si fuese orina. Cada treinta segundos aproximadamente, un tren cruzaba por encima de nosotros a través de un paso elevado cercano y hacía que el lugar se estremeciera.

—Por aquí —nos dijo Wrex antes de atravesar la entrada de un portal que daba al recibidor apestoso de un edificio de habitáculos. Todo estaba manchado por siglos de suciedad. La calefacción estaba puesta al máximo, probablemente para repeler el relente exterior producido por la lluvia, pero el resultado era, en realidad un ambiente completamente húmedo y un olor parecido al del pellejo empapado de un cánido enfermo.

Aquél era el lugar de descanso del cuerpo de Idilane Fasple. La habían encontrado en el techo.

—¿Dónde vivía? —preguntó Fischig.

—A dos calles de aquí. Tenía una consulta en uno de los antiguos habitáculos vecinales.

—¿Y Hewall?

—Su habitáculo se encuentra a un kilómetro hacia el oeste. Encontramos sus restos cinco kilómetros al este.

Le eché un vistazo a la placa de datos. La curtiduría donde se había hallado a Mombril estaba a menos de treinta minutos caminando de donde estábamos en ese momento, y el hogar de Graven también estaba cerca, a un breve trayecto de tranvía. Lo único que rompía aquel foco geográfico de vidas y de muertes era el hecho de que a Graven lo habían encontrado en la bahía.

—No se me ha pasado por alto que, curiosamente, todos vivían en una zona muy concreta —me comentó Wrex con una sonrisa.

—En ningún momento he creído algo semejante. Sin embargo, es cieno que la palabra «curiosamente» es la más adecuada. No se trata de que vivieran en el mismo distrito o barrio. Es un vecindario, un entramado de calles muy cercanas entre sí.

—¿Eso qué indica? —preguntó Bequin.

—Que el asesino o asesinos también viven por aquí —le contestó Fischig.

—O que alguien de otro lugar siente un odio especial por la gente que vive en este vecindario y viene a matar aquí —añadió Wrex.

—¿Como si fuera un terreno de caza? —inquirió Fischig.

Asentí. Ambas ideas tenían ciertas posibilidades.

—Echad un vistazo —les dije a Fischig y a Bequin, aunque ya sabía que los agentes de Wrex habrían registrado todo el edificio. Sin embargo, ella no se opuso. Quizá nuestras diferentes habilidades y experiencias podrían sacar a la luz algo distinto.

Descubrí una pequeña oficina al otro extremo del portal de entrada. Estaba claro que se trataba de la garita del encargado del habitáculo. En la pared de madera contrachapada había clavados varios fajos de papel: documentos de alquiler, turnos de mantenimiento, notas sobre las quejas de los inquilinos. También había una bandeja para los objetos perdidos, un miniservidor parcialmente desmontado dentro de un contenedor de aceite, y en el aire un olor apestoso a licor barato. En la propia puerta habían clavado un lazo desvaído y una escarapela de papel procedente de una capilla imperial junto a una insignia de rango regimental.

—¿Qué están haciendo aquí?

Miré a mi espalda El encargado era un individuo de edad madura vestido con un mono de trabajo enterizo lleno de suciedad. Los detalles. Siempre me fijo en los detalles. El sello dorado que llevaba en uno de los dedos y que mostraba la imagen de una collalba. La fila de puntos de sutura metálicos permanentes que cerraban una cicatriz en el cráneo, donde ya no había vuelto a crecer el cabello. La piel reseca y prematuramente envejecida. La expresión cautelosa de su mirada.

Le dije quién era, pero no pareció impresionado. Luego yo le pregunté quién era.

—El encargado. ¿Qué están haciendo aquí?

Utilicé mi poder de voluntad. Este don psíquico a veces cierra tancas puertas como abre, pero había algo en aquel hombre que me llamaba la atención. Necesitaba un leve empujón.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté modulando la voz de manera que transmitiera toda la fuerza de la sonda psíquica.

Se tambaleó hacia atrás y las pupilas se le dilataron por la sorpresa.

—Quater Través —murmuró.

—¿Conocías a la comadrona Fasple?

—La veía por aquí.

—¿Hablabas con ella?

Negó con un gesto de la cabeza. No dejó de mirarme a los ojos en ningún momento.

—¿Tenía amigos?

Se encogió de hombros.

—¿Qué sabes acerca de algún posible desconocido? ¿Has visto a alguien merodeando por los habitáculos?

Entrecerró los ojos y me lanzó una mirada entre burlona y sarcástica, como si yo no hubiera visto las calles que rodeaban el lugar.

—¿Quién tiene acceso al falso techo donde encontraron su cuerpo?

—Nadie ha estado por ahí. No desde que construyeron este sitio, pero la calefacción empezó a fallar y los operarios tuvieron que romper el techo para llegar hasta el exterior. Ellos la encontraron.

—¿No hay una trampilla?

—Un escotillón, pero está cerrado, y nadie tiene la llave. Es más fácil atravesar el falso techo.

Cuando salimos, nos cobijamos de la lluvia debajo del puente elevado.

—Través me dijo lo mismo cuando lo interrogué —me confirmó Wrex —. Nadie había subido al tejado desde hace años, hasta que los operarios de mantenimiento abrieron al agujero.

—Alguien lo ha hecho. Alguien que tenía las llaves del escotillón. El asesino.

El cilindro de recogida de suciedad donde habían encontrado a Hewall se encontraba a la espalda de una serie de propiedades comerciales instaladas en el viejo andamiaje que rodeaba el exterior de una factoría como si fuera una telaraña. Había lo que parecía ser un bar dos niveles más arriba, donde un letrero de neón parpadeaba entre un aquila imperial y

una flor de lis. Fischig y Wrex siguieron subiendo hasta el siguiente nivel del andamiaje para echar un vistazo a través de las sucias ventanas de los habitáculos que había allí. Bequin y yo entramos en el bar.

La luz del interior era grisácea. Los cuatro o cinco bebedores sentados a la barra no nos hicieron ni caso. El aire estaba cargado con el olor a obscura.

Detrás de la barra había una mujer que no nos quitó la vista de encima desde el mismo momento que entramos. Tenía unos cuarenta años y un corpachón fuerte, casi masculino. Llevaba puesta una camiseta con las mangas cortadas a la altura de las axilas, y sus brazos eran tan musculosos como los de Fischig. En uno de los bíceps mostraba un pequeño tatuaje de un cráneo y unas calaveras. La piel del rostro estaba ajada y curtida.

—¿Qué queréis? —nos preguntó mientras limpiaba la barra con un trapo de fibra de vidrio. Al hacerlo, vi que el brazo derecho a partir del codo era un implante artificial.

—Información —le contesté.

Tiró el trapo hacia las filas de botellas que había en las estanterías situadas a su espalda.

—No tengo esa marca.

—¿Conoces a un hombre llamado Hewall?

—No.

—Es el tipo que encontraron en uno de los cilindros de recogida de suciedad de ahí detrás.

—Ah. No sabía que tuviera un nombre.

Al acercarme a ella, me di cuenta de que el tatuaje del brazo no era un cráneo con tibias. Era una collalba.

—Todos tenemos nombres. ¿Cuál es el tuyo?

—Omin Lund.

—¿Vives por aquí?

—Vivir no es la palabra más adecuada.

Dicho aquello, se dio la vuelta para atender a otro cliente.

—Zorra fortachona —comentó Bequin mientras salíamos—. Todo el mundo actúa como si tuviera algo que ocultar.

—Todo el mundo lo tiene, aunque sólo sea lo mucho que odian esta ciudad.

Urbitane, todo Sameter, había perdido el empuje vital unos setenta años antes. Las colmenas factoría de Tracian Primaris eclipsaron por completo la producción de Sameter, así que los beneficios por la exportación disminuyeron de forma muy considerable. En un esfuerzo por aumentar la capacidad competitiva, las autoridades permitieron a las refinerías que aumentaran la producción anulando las restricciones legales relativas a los niveles de contaminación atmosférica. Urbitane había sufrido durante cientos de años problemas para controlar la suciedad en la atmósfera y los contaminantes del aire. En las últimas décadas, ya no le importaba a nadie.

El microrreceptor que llevaba en el oído sonó. Era Aemos.

—Es muy inquietante. Sameter no ha sufrido corrupción alguna debida al Caos desde hace bastante tiempo. La última investigación inquisitorial se realizó hace treinta y un años estándar, y ni siquiera fue en Urbitane, sino en la capital, Aquitane. Se trataba de un psíquico sin control. El planeta sufre las actividades criminales más habituales, sobre todo tráfico de drogas, lo que provoca las luchas entre bandas, pero nada que se pueda considerar herético.

—¿No existe nada similar respecto a los métodos del ritual?

—No, y me he remontado a doscientos años atrás.

—¿Qué hay de las fechas?

—El trece de Sagittar es una fecha cercana al solsticio, pero no he conseguido encontrarle ningún significado. La purga de las Colmenas Sarpetalianas suele ir acompañada de un incremento de las actividades de las sectas del Caos en el subsector, pero todavía faltan seis semanas hasta entonces. Lo único que he encontrado, aparte de lo anterior, es que el cinco de Sagittar es el vigésimo primer aniversario de la batalla de las Alturas de Klodeshi.

—No la conozco.

—Es el sexto de siete enfrentamientos a gran escala que se produjeron durante la campaña imperial de Surealis Seis; que duró dieciséis meses.

—Surealis… ¡Eso está en el puñetero subsector contiguo! Aemos, cada día del año es el aniversario de una batalla imperial en algún lugar de la galaxia. ¿Qué relación estableces con eso?

—El Noveno de Infantería Sameteriana participó en los combates de Surealis Seis.

Fischig y Wrex se reunieron con nosotros después de la inspección de los niveles superiores del andamiaje. Wrex estaba hablando todavía por su comunicador.

Lo apagó al cabo de unos momentos y se me quedó mirando mientras la lluvia le repiqueteaba contra el visor.

—Inquisidor, han encontrado otro cuerpo —me comunicó.

En realidad, no era un cuerpo. Eran tres, y su descubrimiento cambió por completo el enfoque del asunto. Un antiguo almacén de la zona de las factorías, a unas diez calles del habitáculo de Fasple, había quedado muy dañado por un incendio ocurrido cinco meses atrás, y los operarios municipales por fin habían acudido al sitio para demolerlo y reedificar el solar como espacio para bloques de habitáculos prefabricados y baratos. Habían encontrado los cuerpos detrás del aislamiento de una pared de una sección no afectada por el fuego. Eran una mujer y dos hombres, mutilados de forma sistemática y del mismo modo que las demás víctimas.

Sin embargo, aquellos cadáveres eran mucho más antiguos. Se podía observar a simple vista.

Atravesé el suelo del almacén haciendo crujir los escombros con cada paso que daba. La lluvia entraba por los agujeros del tejado, y las gotas quedaban iluminadas de blanco por los haces de luz de los focos que los arbites habían instalado.

Los agentes del Adeptus Arbites estaban por todas partes, pero no habían tocado ninguno de los tres cadáveres.

Los cuerpos estaban momificados y encogidos, encorvados sobre sí mismos en posición fetal. Eran unos cascarones resecos y de aspecto lamentable que llevaban mucho tiempo emparedados allí.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Fischig se inclinó para ver mejor.

—Es cinta adhesiva. La utilizaron para mantenerlos pegados a la pared. Es vieja. La goma se ha podrido.

—¿Y esos dibujos?, las manchas plateadas.

—Creo que se trata de material de origen militar. Es una capa de color plata apagadas. ¿Sabes a qué me refiero? La capa se ha desprendido con el tiempo.

—Estos cuerpos los han metido aquí en diferentes épocas —dije.

—A mí me daba la misma impresión —comentó Fischig.

Tuvimos que esperar seis horas antes de que nos llegara el informe preliminar del médico forense del distrito, pero los datos confirmaron nuestras sospechas. Los tres cuerpos llevaban como mínimo ocho años detrás de aquella pared, pero a partir de ahí variaban en el tiempo. Las diferencias en el estado de descomposición indicaban que uno de los varones estaba allí desde hacía al menos doce años, y que los otros dos cadáveres los habían colocado después, pero en ocasiones diferentes. No se había logrado identificar a ninguno de los cuerpos.

—El almacén dejó de utilizarse hace seis años —me informó Wrex.

—Quiero una lista de todos los empleados que trabajaron aquí antes de que se cerrara el negocio.

Alguien que utilizaba el mismo modus operandi y las mismas tiras de cinta adhesiva había ocultado los cadáveres a lo largo de un periodo de varios años.

La curtiduría donde habían encontrado al pobre Mombril se encontraba en el cruce de la calle Jerjes con una hilera de habitáculos de aspecto

deplorable conocidos como Los Apilamientos. Era un lugar fétido, con un ambiente asfixiante debido al hedor que producían la lejía y el coroscutum que se utilizaban en el proceso de curtido y que todavía impregnaban toda la zona. Ni siquiera los muchos años de lluvia ácida eran capaces de borrar semejante pestilencia.

No había ninguna escalera de acceso, así que Bequin, Fischig y yo subimos al techo por la escalera de incendios adyacente.

—¿Cuánto tiempo puede sobrevivir una persona después de que la mutilen de ese modo?

—Sólo con la amputación de las manos, la pérdida de sangre por los muñones te da un máximo de veinte minutos aproximadamente —contestó Fischig haciendo el cálculo—. Es evidente que, si logró escapar, la adrenalina provocada por el terror lo ayudaría un poco a mantenerse en pie.

—Así pues, puesto que lo encontraron aquí, no podemos estar a más de veinte minutos del lugar donde lo mutilaron.

Miramos a nuestro alrededor. La desgraciada ciudad nos devolvió la mirada, apiñada y abarrotada. Existían cientos de posibilidades, y nos llevaría días comprobarlas todas.

Sin embargo, podíamos reducirlas de algún modo.

—¿Cómo llegó al techo? —pregunté en voz alta.

—Eso mismo me estaba preguntando —contestó Fischig.

—La escalera por la que subimos nosotros… —empezó a decir Bequin antes de darse cuenta de su error.

—¿Sin manos? —le preguntó Fischig con una sonrisa burlona.

—O sin ojos —añadí yo—. Quizá no escapó. Quizá sus atacantes lo dejaron aquí.

—O quizá se cayó —dijo Bequin señalando con el brazo.

La parte posterior de un enorme almacén se alzaba por encima de la curtiduría en la zona este. Diez metros más arriba vimos varias ventanas rotas.

—Si estaba allí arriba, a lo mejor salió huyendo a ciegas y cayó sobre este techo.

—Bien razonado, Alizebeth —comenté.

Los arbites habían hecho un buen trabajo, pero ni siquiera Wrex había pensado en aquella incongruencia.

Bajamos y nos dirigimos a la entrada lateral del almacén. Las corroídas rejas metálicas estaban cerradas con llave. Un cartel pegado a la pared advertía a los posibles intrusos que se mantuvieran fuera en aquel recinto, propiedad de Almacenamientos Agrícolas Hundlemas.

Saqué la multillave y abrí el candado. Vi que Fischig desenfundaba su arma.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de tener la sensación de que… de que nos estaban vigilando.

Entramos. El aire era frío y permanecía quieto. Estaba cargado de olores químicos. El interior del almacén estaba repleto de hileras de contenedores de almacenamiento llenos de fertilizantes químicos.

La segunda planta estaba vacía y parecía claro que no se utilizaba desde hacía años. En el hueco de la puerta que llevaba a la tercera planta habían colocado una rejilla metálica que lo cubría por completo. El golpeteo del agua procedente de las goteras resonaba por todo el lugar. Fischig le dio un tirón a la rejilla, que se abrió hacia un lado con facilidad. La habían colocado allí para disimular.

Yo también desenfundé mi pistola.

Nos dirigimos hacia el lado del tercer piso que daba a la calle, y allí encontramos una habitación de unos diez por diez metros. En el suelo había una hoja de plástico salpicada de sangre seca y otros restos orgánicos. El lugar apestaba a miedo.

—Aquí es donde lo mutilaron —dijo Fischig con convencimiento.

—No hay señales de sectas ni signos del Caos —comenté en voz alta.

—Quizá sí —me contestó Bequin mientras cruzaba la estancia procurando no pisar la hoja de plástico manchada de sangre. Yo sabía que no lo hacía por evitar la contaminación de la escena del crimen, sino por no mancharse los zapatos—. ¿Qué es esto? Aquí dejaron colgando algo.

Advertí que se trataba de dos ganchos oxidados clavados a la pared. Las marcas indicaban que de allí había colgado algo hacía poco. En el

suelo que estaba justo debajo se veía una cruz de forma curiosa dibujada con tiza amarilla.

—Esto ya lo he visto en algún otro sitio —dije, pero el microcomunicador dio un pitido en ese momento. Era Wrex.

—Ya tengo la lista de empleados que me pidió.

—Bien. ¿Dónde se encuentra?

—De camino a la curtiduría para reunirme con usted, si todavía está ahí.

—Nos encontraremos en la esquina de la calle Jerjes. Dígale a su personal que hemos encontrado una escena del crimen en el almacén agrícola contiguo.

Salimos de la estancia y nos encaminamos hacia la escalera.

Fischig se detuvo en seco y alzó la pistola.

—¿Otra vez? —le pregunté con un susurro.

Él asintió mientras empujaba con suavidad a Bequin hacia la cobertura que ofrecía el umbral de una puerta.

Todo estaba en silencio aparte del repiqueteo de la lluvia y las carrerillas de las ratas. Fischig levantó la mirada hacia el techo destrozado y apuntó hacia allí la pistola. Quizá fuera mi imaginación, pero me pareció ver una sombra moviéndose por las vigas desnudas.

Avancé sin dejar de apuntar la pistola hacia las sombras.

Algo crujió. Un listón de madera.

Fischig me señaló las escaleras. Asentí para indicarle que le había entendido, pero lo último que quería era un tiroteo con nuestro propio bando, así que abrí con cuidado un canal de comunicación.

—Wrex —susurré—. No ha entrado en el almacén para reunirse con nosotros, ¿verdad?

—Negativo, inquisidor.

—Quédese a la espera.

Fischig ya había llegado a la parte superior de las escaleras. Miró hacia abajo apuntando hacia adelante con la pistola.

Una ráfaga de disparos láser atravesó el suelo de madera justo a su lado, y él dio un salto de inmediato.

Disparé tres veces hacia la escalera, pero tenía un ángulo de tiro muy malo.

Nos respondieron desde la escalera con dos proyectiles sólidos un momento antes de que otra ráfaga de disparos láser acribillara de nuevo el suelo.

Desde arriba. Me di cuenta tarde. Quienquiera que estuviese apostado en la escalera empuñaba un arma de proyectiles, pero los disparos láser procedían del techo.

Oí el sonido de unos pies lanzados a la carrera en el piso inferior. Fischig intentó ponerse en pie para iniciar la persecución, pero otra andanada lo obligó a cubrirse una vez más.

Apunté hacia arriba y disparé contra el techo, donde abrí varios agujeros a través de los cuales distinguí una luz pálida.

Algo se arrastró y salió a toda velocidad del techo.

Fischig ya había echado a correr detrás del segundo atacante. Me apresuré a cruzar el piso en pos del sonido del individuo que estaba en el techo. Discerní una silueta recortada contra el cielo a través de uno de los agujeros y disparé de nuevo. Me respondió una ráfaga de disparos láser antes de que oyera un sonido sordo seguido de otro ruido de deslizamiento.

—¡Alto el fuego! ¡Entrégate! ¡Inquisición! —grité utilizando mi fuerza de voluntad psíquica.

Oí un sonido mucho más estruendoso, como si toda una porción del techo se hubiera venido abajo. El ruido de los cascotes al caer y al estrellarse contra el suelo procedía de una estancia cercana.

Entré en tromba y con la pistola por delante, dispuesto a utilizar mi poder psíquico de nuevo, pero no había nadie en el lugar. El suelo estaba cubierto de ladrillos rotos y tejas destrozadas justo debajo de un agujero en el techo. En mitad de los cascotes había un rifle láser muy usado. En el otro extremo de la habitación se encontraban alguna de las ventanas rotas que Bequin me había señalado desde el techo de la curtiduría.

Corrí hacia una de ellas. Allí abajo, en el otro tejado, una figura fornida vestida con un mono de trabajo negro también corría, pero para ponerse a cubierto. Era uno de los asesinos, que escapaba de mí del mismo

modo que su última víctima había escapado de ellos: a través de las ventanas que daban al tejado de la curtiduría.

Era demasiada distancia para utilizar mis poderes psíquicos, pero tanto mí puntería como el ángulo de tiro eran buenos. Apunté a la parte posterior de la cabeza un segundo antes de que desapareciera, empecé a apretar el gatillo y…

… el mundo estalló a mi espalda.

Recuperé la conciencia en brazos de Bequin.

—No te muevas, Eisenhorn. Los médicos ya están de camino.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le pregunté.

—Una trampa. ¿Recuerdas el rifle que el tipo se dejó atrás? Explotó a tu espalda Una sobrecarga de la célula de energía.

—¿Fischig ha pillado al suyo?

—Por supuesto que lo ha hecho.

En realidad, no era así. Había perseguido al atacante por los dos tramos de escaleras que quedaban y por la zona principal del almacén. El individuo se había dado la vuelta en una de las puertas que daban al exterior del edificio y había vaciado el cargador de la pistola automática contra Fischig, lo que había obligado a éste a ponerse a cubierto.

Un momento después, la capitana Wrex, que se había acercado hasta el lugar, acribilló al desconocido.

Nos reunimos en la abarrotada oficina del ajetreado cuartel que los Adeptus Arbites tenían en el sector del distrito medio. Aemos ya estaba con nosotros, y se había traído con él a Midas Betancore.

—¿Estás bien? —me preguntó Midas. Su chaqueta bordada de color cereza destacaba enormemente en la penumbra del distrito medio.

—No son más que unas leves abrasiones. Estoy bien.

—Me dijiste que nos marchábamos, y resulta que os lo habéis pasado en grande sin mí.

—Yo también pensaba que nos marchábamos hasta que vi los detalles de este caso. Échale un vistazo a las notas de Bequin. Necesito que te pongas al día de inmediato.

Aemos arrastró su viejo cuerpo lleno de potenciadores e implantes hasta la mesa de Wrex y dejó caer allí sin ceremonia alguna el montón de libros y papeles que llevaba.

—He estado muy atareado —dijo.

—¿Atareado con los resultados? —le preguntó Bequin.

La miró con gesto ceñudo.

—La verdad es que no, pero he reunido una considerable cantidad de información. A medida que vayamos discutiendo la situación, es posible que pueda aclarar los puntos más oscuros.

—¿Que no hay resultados, Aemos? Muy inquietante —le dijo Midas con una sonrisa. Sus blancos dientes relucieron contra la piel morena. Le estaba gastando una broma al viejo sabio utilizando una de las frases preferidas de Aemos.

Tenía ante mí la lista de los antiguos trabajadores del almacén donde se habían encontrado los tres cuerpos y otra de los que trabajaban en el edificio donde habíamos librado el tiroteo. Un rápido vistazo sacó a relucir dos nombres que coincidían.

—Brell Sodakis. Vim Venik. Ambos trabajaban como almacenistas antes de que la empresa cerrara, y ahora están empleados en los Almacenamientos Agrícolas Hundlemas.

—¿Historial? ¿Direcciones? —le pregunté a Wrex.

—Lo comprobaré ahora mismo —me contestó.

—Así que… tenemos una secta del Caos, ¿no? —quiso saber Midas—. Hay una serie de asesinatos rituales, al menos un lugar de sacrificio, y ahora el nombre de dos posibles adoradores.

—Quizá.

No estaba nada convencido. Me daba la impresión de que había algo más y algo menos de lo que aparentaba a simple vista. Era el típico presentimiento inquisitorial.

Los restos del rifle láser del que se había desprendido mi atacante se encontraba en una bandeja para pruebas. Era evidente, a pesar de los daños que había sufrido por la sobrecarga de la célula de energía, que se trataba de un modelo antiguo.

—¿La célula de energía explotó porque chocó contra el suelo? Bueno, cayó desde el tejado, ¿no?

—Lo cierto es que son bastante sólidas —contestó Fischig.

—Fue una sobrecarga forzada —le aclaré yo—. Se trata de un viejo truco de la Guardia Imperial. He oído decir que aprenden a hacerla estallar como último recurso en los momentos difíciles. Cuando ya están acorralados, a punto de morir irremediablemente.

—Esto no es estándar —comentó Fischig mientras examinaba la guardia del gatillo del retorcido rifle. A veces, su conocimiento de las armas era increíble—. ¿Veis esta modificación? Flan utilizado alguna clase de herramienta de torneado para ensanchar el guardamonte en el punto más cercano al gatillo.

—¿Para qué? —quise saber.

Fischig se encogió de hombros.

—¿Para un mejor agarre? ¿Para una mano artificial implantada con dígitos primitivos?

Pasamos a una sala mortuoria, donde estaba el individuo al que Wrex había matado. El cuerpo estaba tumbado sobre una losa y parecía ser de edad madura, con una constitución fornida aunque venida a menos. La piel estaba arrugada y ajada.

—¿Su identidad?

—Estamos en ello.

Los encargados de la sala habían desnudado el cuerpo. Fischig empezó a estudiarlo, y con la ayuda de Wrex le dio la vuelta para echarle un vistazo a la espalda. Las ropas y todos sus efectos personales los habían metido en diversas bolsas de plastek que después habían colocado en una bandeja que estaba a sus pies. Tomé la bolsa de los objetos personales y la levanté hacia la luz para ver mejor el interior.

—Un tatuaje —me informó Fischig—. Un águila imperial en el hombro izquierdo. Es antiguo y algo burdo. Debajo hay unas letras… Una «i» mayúscula, una «x» mayúscula, un punto, una «i» mayúscula, un punto, una «s» mayúscula, un punto.

En ese momento descubrí el anillo dentro de la bolsa. Era un sello de oro con la silueta de una collalba.

—I.X.I.S —dijo Aemos—. El Noveno de Infantería Sameteriana.

El Noveno de Infantería Sameteriana se fundó en Urbitane veintitrés años antes, y había serado, como Aemos ya me había comentado, en la brutal guerra de liberación de Surealis Seis. Según los archivos de la ciudad, se habían repatriado quinientos veintinueve veteranos de ese regimiento y de esa guerra a Sameter, unos trece años antes, después de ser licenciados. Habían regresado procedentes de los horrores de la guerra a un mundo económicamente cada vez más deprimido, azotado por la plaga de la pobreza y el deterioro urbano. El emblema del regimiento, como correspondía a un mundo antaño principalmente rural y agrícola, era una collalba.

—Regresaron hace trece años —anotó Fischig—. La víctima más antigua de la que tenemos fecha es de esa época.

—Surealis Seis fue una campaña muy dura, ¿no es así? —pregunté.

Aemos asintió.

—El enemigo estaba bien atrincherado. Fue una guerra feroz e inhumana. Deshumanizadora. Además, estaba el clima. Al planeta lo iluminaban dos estrellas enanas blancas sin cobertura alguna de nubes. Sufrieron una luz y un calor terribles. Eso sin mencionar las quemaduras por la luz ultravioleta.

—Estropea la piel —murmuré—. Hace que envejezca de forma prematura y acabe ajada.

Todo el mundo miró el rostro enjuto y arrugado del cadáver que estaba en la losa.

—Conseguiré una lista de esos veteranos —se ofreció de inmediato Wrex.

—Ya tengo una —le respondió Aemos.

—Te apuesto lo que quieras a que los nombres Brell Sodakis y Vim Venik están en ella —le dije.

Aemos se quedó callado un momento mientras lo comprobaba.

—Así es —me confirmó al cabo de un momento.

—¿Qué hay de Quater Través?

—Sí, aquí está. Sargento de armas Quater Través.

—¿Y de Omin Lund?

—Mmmm… Sí, francotiradora de primera clase. Retirada del servicio por invalidez.

—Entonces, ¿el Noveno de Sameter era una unidad mixta? —preguntó Bequin.

—Todos los regimientos salidos de este planeta lo son —le respondió Wrex con orgullo.

—Entonces, todos estos hombres…, estas mujeres —pensó Midas en voz alta—, estos soldados que pasaron por ese infierno y se enfrentaron al Caos…, ¿crees que trajeron consigo alguna clase de corrupción? ¿Piensas que se vieron afectados por la disformidad en Surealis Seis y que han estado efectuando aquí asesinatos rituales como forma de adoración desde entonces?

—No —le contesté—. Creo que todavía están librando esa guerra.

Existe una verdad triste pero inmutable que se cumple por todo el Imperio y que dice que prácticamente ningún veterano regresa con la cordura intacta después de luchar en la guerra. Sólo el combate es capaz de destrozar los nervios y los cuerpos para siempre. Sin embargo, los horrores de la disformidad y las repulsivas formas alienígenas, como la de los tiránidos, son capaces de destruir de por vida la salud mental y dejar a los veteranos con miedo a la oscuridad y a la noche, y a veces incluso

temerosos de la propia naturaleza de sus amigos y vecinos durante el resto de sus vidas.

Los guardias imperiales del Noveno de Sameter habían regresado a su hogar trece años antes destrozados por una guerra brutal contra el archienemigo de la humanidad, y a través de sus heridas y de su miedo se habían llevado con ellos la guerra a casa.

Los arbites organizaron de inmediato operaciones de registro en los domicilios de todos los veteranos de la lista, al menos de aquellos que se tenían localizados y que todavía seguían vivos. Al parecer, el cáncer de piel ya había matado a doscientos de ellos en los años transcurridos desde su repatriación. Surealis los había convertido en bajas de combate de un modo tan implacable como si hubieran caído en plena batalla.

Se pudo reunir a unos cuantos de los que quedaban. Había borrachos enloquecidos, vagabundos, adictos y unos pocos hombres y mujeres honestos que se esforzaban con llevar una vida normal. Por estos últimos lo sentí de un modo especial.

Sin embargo, no hubo forma de encontrar a setenta de ellos. Era posible que muchos simplemente hubieran desaparecido, que se hubiesen mudado o que hubieran muerto sin que las autoridades se hubiesen enterado. Aunque, era evidente que unos cuantos de ésos habían huido. Lund, Través, Sodakis y Venik, para empezar. Sus habitáculos estaban vacíos, con buena parte de sus posesiones desparramadas por el suelo, como si se hubieran marchado a toda prisa. Los habitáculos de otros veinte miembros de la lista se encontraban igual.

Los arbites llegaron al habitáculo de uno de ellos, el antiguo cabo Geffin Sancto, justo a tiempo de interceptarlo en su intento de huida.

Sancto fue operador de lanzallamas durante su servicio en la Guardia Imperial, y al igual que muchos otros guardias, había conseguido quedarse con su arma como recuerdo. Lanzó el grito de combate del Noveno de Sameter e incineró a cuatro arbites en las escaleras de su edificio antes de que las escuadras tácticas casi lo vaporizaran con una lluvia de proyectiles.

—¿Por qué están cometiendo esos asesinatos? —me preguntó Bequin—. ¿Por qué todos estos rituales secretos después de tantos años?

—No lo sé.

—Sí lo sabes, Eisenhorn. ¡Sí que lo sabes!

—Muy bien, puedo suponerlo. El compañero de trabajo que cuenta un chiste sobre el Emperador, lo que hace que tu destrozada cordura se convenza de que está contaminado por el Caos. El tejedor de alfombras cuyos dibujos te parecen un código secreto de símbolos para los adoradores de una secta. La comadrona que estás seguro que en realidad está ayudando a dar a luz a los engendros del archienemigo en la sala de maternidad del distrito medio. El predicador itinerante que te da la impresión de ser demasiado engreído como para ser de fiar.

Bequin bajó la mirada al suelo del aerodeslizador.

—Ven demonios por todos lados.

—En todo. En todos. Y al hacerlo, que el Emperador los perdone, creen estar sirviéndolo al asesinarlos. No confían en nadie, así que no se atreven a poner sobre aviso a las autoridades. Les arrancan los ojos, las manos y la lengua…, todos los órganos de comunicación mediante los cuales el archienemigo podría transmitir sus malignas mentiras. Después destruyen el cerebro y el corazón, donde normalmente las supersticiones de los soldados localizan la posible morada de los demonios.

—¿Adonde vamos ahora, entonces? —quiso saber.

—Tengo otra corazonada.

El salón gremial de la Fraternidad Agrícola de Sameter era un edificio de piedra inmenso situado en la calle Caldera. La fachada se estaba cayendo por efecto de la lluvia ácida y el resto contaminación ambiental. Llevaba más de veinte años sin ser utilizado.

Su última función había consistido en servir como centro de reclutamiento para la fundación del Noveno de Sameter. Los hombres y

mujeres del Noveno habían recogido sus uniformes nuevos y tiesos por el almidón en sus largas salas, donde también habían realizado la ceremonia de juramento de combate al Dios-Emperador de la Humanidad.

En ciertas ocasiones, bajo determinadas circunstancias, cuando no hay disponible un altar adecuadamente consagrado al Emperador, los oficiales de la Guardia Imperial improvisan un lugar para poder realizar las ceremonias. Se cuelga un águila imperial o un estandarte de aquila en una pared y se marca debajo un lugar sagrado con un trozo de tiza amarilla.

La sala gremial no era un lugar consagrado. La fundación debió de ser la primera ocasión en la que los jóvenes voluntarios de Urbitane vieron cómo se improvisaba una ceremonia. Sin duda, habían efectuado su juramento de combate delante de una cruz hecha con tiza amarilla y de un aquila colgante.

Wrex estaba al mando de quince equipos de asalto del Adeptus Arbites, pero entré el primero, en silencio, acompañado de Midas y de Fischig. Bequin y Aemos se quedaron en nuestro vehículo.

Midas llevaba su par de pistolas de aguja, y Fischig su escopeta de combate. Metí, mientras caminaba, todo un cargador completo de proyectiles en la magnífica pistola bólter que me había regalado el bibliotecario Brynoth, perteneciente al capítulo de los Guardianes de la Muerte del Adeptus Astartes.

Abrimos de par en par las puertas del edificio casi en ruinas y recorrimos los húmedos pasillos. El agua de lluvia caía goteando del techo. El suelo de mármol estaba manchado y agujereado por los charcos de ácido que se formaban.

Oímos el cántico. Un par de docenas de voces aproximadamente entonaban el himno de batalla del Trono Dorado.

Conduje a mis compañeros hacia el interior. Avanzamos encorvados hasta que llegamos a una de las puertas interiores que daba a la sala principal. A través de los cristales rotos vimos a veintitrés veteranos de aspecto desharrapado con las ropas casi hechas jirones. Estaban de rodillas y ordenados en filas sobre el suelo sucio, con las cabezas inclinadas hacia la oxidada águila imperial que colgaba del techo mientras cantaban. En el

suelo, bajo el aquila, habían dibujado una cruz con tiza amarilla. Cada veterano tenía una mochila o un petate a los pies, acompañado de un arma.

Sentí que se me partía el corazón. Así era como había ocurrido más de dos décadas antes, cuando entraron al servicio del Emperador, jóvenes e impacientes. Antes de la guerra. Antes del horror.

—Dejadme intentarlo… Dejadme que intente darles una oportunidad —dije.

—¡Gregor! —exclamó Midas en voz baja.

—Déjame intentarlo. Por ellos. Cúbreme.

Me deslicé en silencio hasta la parte posterior de la sala con el arma apuntando al suelo y me uní al cántico.

Las voces se fueron apagando una por una, y las cabezas inclinadas se giraron hacia mí para mirarme. Al otro lado de la sala, junto a la cruz de tiza del altar, Lund, Través y un individuo barbudo al que no reconocí se me quedaron mirando.

Finalicé yo solo el cántico, ya que no quedó ninguna otra voz.

—Se acabó —les dije—. La guerra ha acabado, y todos habéis servido al Emperador más allá de lo exigible en el cumplimiento de vuestro deber.

Silencio.

—Soy el inquisidor Eisenhorn. He venido para relevaros. La cuidadosa guerra contra la maldición del Caos que habéis librado en secreto por todo Urbitane se ha terminado. La Inquisición ha venido para hacerse cargo. Ya podéis descansar.

Dos o tres de los veteranos se echaron a llorar.

—Mientes —me dijo Lund dando un paso hacia mí.

—No miento. Entregad las armas y os prometo que se os tratara con justicia y con respeto.

—¿Nos… nos darán medallas? —me preguntó el individuo barbudo con voz temblorosa.

—La gratitud del Dios-Emperador siempre estará con vosotros.

Más veteranos se echaron a llorar, ya fuera por miedo, por ansiedad o por simple alivio.

—¡No os fiéis de él! —gritó Través—. ¡No es más que otro truco!

—Te vi en mi bar —dijo Lund al mismo tiempo que daba otro paso hacia mí—. Viniste buscando algo.

Su voz sonaba vacía, lejana.

—Yo te vi en el tejado de la curtiduría, Omin Lund. Sigues siendo una excelente tiradora a pesar de esa mano.

Ella bajó la mirada a su implante protésico con un gesto de vergüenza.

—¿Nos darán medallas? —me preguntó de nuevo el individuo barbudo con impaciencia. Través se encaró con él.

—¡Por supuesto que no, Spake! ¡Eres idiota! ¡Ha venido a matarnos!

—No he venido a… —empecé a decir.

—¡Quiero mis medallas! —gritó de repente el individuo barbudo, Spake, al mismo tiempo que sacaba la pistola láser de la funda con la fluidez de movimientos que sólo un soldado entrenado es capaz de lograr.

No me quedó más remedio.

Su disparo me atravesó la hombrera del abrigo de combate. Mi proyectil le reventó la cabeza y manchó con un chorro de sangre el águila de metal oxidado que colgaba de la pared.

El caos.

Los veteranos se pusieron en pie de un salto y empezaron a disparar al mismo tiempo que corrían en todas las direcciones.

Me lancé de cabeza al suelo un momento antes de que varios disparos se estrellaran contra la pared de yeso situada a mi espalda. Midas y Fischig entraron en tromba disparando. Vi a tres o cuatro veteranos caer cuando las silenciosas agujas se clavaron en ellos, y a otros seis salir despedidos cuando los disparos de la escopeta les destrozaron el cuerpo.

Través atravesó corriendo la estancia mientras me disparaba con su viejo rifle láser. Rodé por el suelo y abrí fuego, pero el disparo salió muy alto. La cara se le contorsionó cuando una aguja le atravesó la mejilla. Un instante después, se desplomó muerto.

Wrex y sus equipos de asalto entraron en ese preciso momento. Las llamas provocadas por algún compuesto químico derramado empezaron a subir por una de las paredes.

Me puse en pie, pero sólo para caer derribado de espaldas cuando un disparo láser me destrozó la mano arrancándomela de cuajo.

Mientras caía girando sobre mí mismo, vi a Lund esforzándose por encajar sus dedos artificiales en el guardamonte sin modificar del gatillo del rifle láser de Través.

Mi disparo le impactó con tanta fuerza que la hizo salir despedida y la estrelló contra la pared, donde derribó el aquila imperial.

Ni uno solo de los veteranos escapó con vida de la sala gremial. El combate duró unas dos horas. Wrex perdió cinco arbites bajo los certeros disparos de los veteranos del Noveno de Sameter. Lucharon hasta el último aliento. No se puede pedir más a ninguna unidad de la Guardia Imperial.

Todo aquel asunto me dejó mal sabor de boca y algo deprimido. Había dedicado toda mi vida al servicio del Imperio, para protegerlo de sus múltiples enemigos, tanto internos como externos.

Pero no de sus servidores. A pesar de lo confundidos que estaban, aquellos hombres y mujeres eran fieles y leales. A pesar de lo equivocados que estaban, se habían comportado de ese modo por lo que habían sufrido en su servicio al Emperador.

Lund me costó una mano. Mano por mano. Me entregaron una prótesis en Sameter. Jamás la utilicé. Estuve dos años apañándomelas con un muñón cauterizado. Fueron los cirujanos de Mesina quienes finalmente me colocaron un implante completamente funcional.

Sigo considerándolo un precio muy bajo con el que pagarles.

Jamás he regresado a Sameter. Incluso hoy día siguen encontrando cuerpos escondidos. Tantos, tantos muertos en nombre del Emperador.

MALLEUS

Para Kyle Foster,
donde quiera que estés

POR ORDEN DE SU SACRATÍSIMA MAJESTAD
EL DIOS-EMPERADOR DE TIERRA

EXPEDIENTES INQUISITORIALES
RESERVADOS SÓLO PERSONAS AUTORIZADAS

EXPEDIENTE: 442:41F:JL3:Kbu
Por favor, introduzca su código de autorización *************

Validando…

Gracias, Inquisidor.
Puede continuar.

CLASIFICACIÓN: Nivel de Inteligencia Primario.
NIVEL DE SEGURIDAD: Obsidiana.
ENCRIPTACIÓN: Cryptox v 2.6.
FECHA: 337.M41.
AUTOR: Inquisidor Javes Thysser, Ordo Xenos.
ASUNTO: Un hecho que requiere vuestra atención.
DESTINATARIO: Señor Inquisidor Phlebas Alessandro Rorken, Alto Concilio Inquisitorial, Sector Scarus, Scarus Mayor.

¡Saludos, Señor!

En el nombre del Dios-Emperador, bendita sea su eterna vigilia, y por los Altos Señores de Terra, me encomiendo en persona, señoría, y espero poder hablar con absoluta sinceridad, en confianza, de un asunto muy delicado.

Para empezar por lo más general, mi labor en Vogel Passionata ha sido completada y mi noble deber hacia la Gran Inquisición de la

Humanidad se ha cumplido con éxito. Mi informe detallado y completo le llegará en pocos días, en cuanto mis sabios hayan acabado de compilarlo, y confío en que su señoría lo encuentre una lectura satisfactoria. Para resumirlo, a efectos de esta breve misiva, me enorgullezco al declarar que la maligna influencia de los llamados «hermanos del destino» ha sido expurgada de las ciudades colmena de Vogel Passionata, y que el círculo interior de esa repugnante orden xenófila ha sido desmantelado para siempre y que ha sido purificado mediante las llamas. Su autoproclamado mesías, Gaethon Richter, ha muerto por mi propia mano.

Sin embargo, ha surgido un asunto. Me siento preocupado por ello, y no estoy seguro de cuál es el mejor procedimiento que hay que seguir. Por ello os escribo a vos, señoría, con la esperanza de recibir guía y consejo.

Richter no murió sin ofrecer resistencia, como cualquiera de nosotros hubiera supuesto. En los últimos y sangrientos instantes de los combates, cuando mis fuerzas asaltaron su fortaleza bajo la ciudad colmena principal, invocó a un ser de poder terrible para enfrentarse a nosotros. Mató a diecinueve de los guardias imperiales asignados a mi equipo de expurgación, además de asesinar al inquisidor Binchas, a los interrogadores Faruline y Seetmol, y ala capitana Ellen Ossel, mi piloto. Me hubiera matado a mí también, si no hubiera ocurrido un suceso extrañísimo.

El ser era algo impío, con la forma de un hombre, pero que brillaba con una luz interior. Su voz era suave, su contacto era ígneo. Creo que era un demonio poseído de poder inconmensurable, con una vil propensión a la crueldad y al desprecio. Mi informe detalla los abominables actos a los que este ser sometió a Seetmol y a Ossel antes de destruirlos. Os ahorraré esos desagradables hechos en esta carta.

Después de eliminar a Bluchas, me acorraló en mía plataforma superior de la fortaleza cuando me disponía a entrar en el santuario del mesías de los hermanos del destino. Mis armas no le hicieron ningún daño, y se rió cuando me lanzó de espaldas y escalera abajo con un simple revés de su mano.

Aturdido, levanté la vista y lo vi descender hacia mí. Yo era incapaz de pensar en un modo de defenderme. Creo que incluso manoteé en vano a mi alrededor en busca de mi arma caída.

Aquel gesto hizo que hablara. Transmito sus palabras con exactitud. Dijo: «Hoy no hace falta que te preocupes, Gregor. Eres demasiado valioso para matarte. Pero permíteme una pequeña cicatriz para hacer que parezca verdadero».

Sus garras me rasgaron el pecho y la garganta, y me arrancaron la máscara respiratoria. Me han dicho que las heridas se curarán, pero fueron profundas y tremendamente dolorosas. El ser se detuvo cuando vio con claridad mi rostro por primera vez al quedarme sin máscara. Una terrible furia siniestra brilló en sus ojos. Dijo (perdonadme, señoría, pero son los hechos), dijo: «¡No eres Eisenhorn! ¡Me han engañado!».

Creo que me hubiera matado en ese mismo instante y lugar si no hubiera sido por el ataque frontal realizado por los Adeptus Astartes del capítulo Aurora, que asaltaron el recinto en ese preciso momento. En mitad de la confusión, el ser escapó, aunque ni siquiera ahora puedo precisar cómo. Sea cual sea la fuerza de los Astartes, aquel ser era cien veces más poderoso.

Más tarde, cuando ya estaba de rodillas y con mi arma apuntándole a la cabeza, pocos segundos antes de ser ejecutado, Gaethon Richter le rogó a «Cherubael» que regresara. Lloriqueó que no comprendía por qué el tal «Cherubael» lo había abandonado. Creo que estaba hablando del demonio poseído.

Confío en que su señoría pueda ver qué es lo que me preocupa. Al confundirme con otro de los nuestros, y con un ejemplo impecable para todos nosotros, debo añadir, aquel ser me perdonó la vida. De hecho, me pareció que lo hacía con una connivencia ya acordada.

El Inquisidor Eisenhorn es muy alabado, ha sido muy condecorado y se le considera un ejemplo meritorio de todo lo que es bueno, fuerte y dogmático en nuestra hermandad. Sin embargo, debido a las circunstancias anteriores, he empezado a preguntarme, a temerme…

Siento que no puedo decir lo que me temo o lo que me pregunto. Pero he creído necesario que lo supierais, y que lo supierais con prontitud. También creo que el Ordo Malleus debería ser informado, aunque sólo fuese como precaución.

Espero y rezo para que el asunto carezca por completo de veracidad y de intención. Pero, como vos mismo me enseñasteis, siempre es mejor estar seguro.

Sellado como mis propias palabras por esta mi mano, el ducentésimo septungentésimo día del año 337.M41.

¡El Emperador protege!

Vuestro siervo,

Jhysser

[Fin del mensaje]



UNO

DESCUBRO QUE ESTOY MUERTO
BAJO FUEGO SINIESTRO, LA GUARIDA DE SADIA
TANTALID, IMPORTUNO

A medida que envejezco, que el Emperador me proteja, descubro que mido mi vida en términos de hitos, esos hechos que ocurren con tanta intensidad que nunca se te borran de la memoria: mi reclutamiento en los sagrados Ordos de la Inquisición; mi primer día como neófito asignado al gran Hapshant, mi primera misión cumplida con éxito; el hereje Lemete Syre; mi ascenso al rango de inquisidor a la edad de veinticuatro años estándares; el largo y fatigoso caso Nassar; el asunto del Necroteuco; la Conspiración P'glao.

Hitos, todos ellos. Marcados de forma indeleble en los engramas de mi memoria. Y, junto a ellos, recuerdo la Noche Oscura que llegó al final del mes de Umbris, en el año Imperial 338.M41, con especial claridad. Ya que aquel sangriento final fue el comienzo de todo ello. El gran hito de mi vida.

Me encontraba en Lethe Once bajo órdenes del Ordo Xenos, trabajando a fondo, con la maldita xenófila Beldame Sadia casi a mi alcance. Diez semanas para encontrarla y diez horas para cerrar la trampa. Llevaba tres días sin dormir; y sin comer y sin beber desde ya hacía dos. Los fantasmas psíquicos provocados por el eclipse de la Noche Oscura rondaban por mi mente. Me estaba muriendo por un veneno binario. Y luego apareció Tantalid.

Para informarte, he de decirte que Lethe Once es un mundo densamente poblado que se encuentra en el borde exterior del subsector helicano, y que sus principales industrias son las metalúrgicas y las relacionadas con las tecnologías de la fabricación de escudos. Al final de cada Umbris, la luna más grande de Lethe se equipara, por alguna coincidencia cosmológica, con la trayectoria, la órbita y el tamaño comparativo de la estrella local, y el mundo se ve envuelto por un eclipse de dos semanas que se conoce como la Noche Oscura.

El efecto es bastante impresionante. Durante catorce días, el cielo se vuelve de un color rojo oscuro, con la tonalidad de la sangre seca, y la luna, Kux, domina la bóveda celestial, un orbe negro sin par rodeado por una corona de palpitantes llamas ambarinas. Este hecho se ha convertido (los estudiosos del culto imperial no se sorprenderán al saberlo) en un período vacacional clave para todos los leteanos. Se encienden fuegos de todos los tamaños, clases y formas en cuanto comienza la Noche Oscura, y la población mantiene una vigilia continua para asegurarse de que ninguno se apaga hasta que acaba el eclipse. La industria se para. Se conceden permisos a los soldados. Unos carnavales escandalosos y unos desfiles repletos de antorchas invaden las calles. Los actos licenciosos e ilegales se producen por doquier.

Por encima de todo ello, el fuego oscuro de la estrella eclipsada rodea con un halo la luna negra. Incluso existe una tradición de adivinación surgida alrededor de la interpretación de la forma de la corona.

Había tenido la esperanza de atrapar a Beldame antes de que comenzara la Noche Oscura, pero se me había adelantado. Su jefe de envenenadores, Pye, que había aprendido sus habilidades de joven

mientras era prisionero de unos piratas eldars renegados, o eso contaban, había logrado poner una toxina en mi agua que permanecería inerte hasta que ingiriese el segundo componente de su acción binaria.

Era hombre muerto. Beldame me había matado.

Mi sabio, Aemos, descubrió por casualidad la toxina en mi cuerpo, y pudo impedir que siguiera comiendo o bebiendo. Pero la muerte sin honor seguía acercándose de forma inexorable. Mi única posibilidad de supervivencia era capturar a Beldame y a su lacayo Pye, y sacarles la solución a mi condenación.

Mis seguidores cumplían con sus tareas en las oscuras calles de la ciudad. Disponía de ocho fieles siervos que estaban rastreando esas calles. Yo permanecí a en mis estancias del Hipódromo, a la espera, sediento, distante, mareado.

Fue Ravenor quien sacó la carta más alta. Ravenor, por supuesto. Yo pensaba que, con su potencial, no tardaría mucho en abandonar el rango de interrogador y convertirse en todo un inquisidor por derecho propio.

Descubrió la guarida de Beldame Sadia en las catacumbas que se encontraban bajo la iglesia en ruinas de San Kiodrus. Me apresuré a responder a su llamada.

—Deberías quedarte aquí —me dijo Bequin, pero me negué con un gesto airado.

—Tengo que hacerlo, Alizebeth.

Alizebeth Bequin tenía por aquel entonces ciento veinticinco años. Todavía seguía tan bella y tan activa como a los treinta años, gracias a una discreta cirugía de implantes potenciadores y a un régimen de sustancias rejuvenecedoras. Los oscuros ojos de su bello rostro, enmarcado por el velo de su vestido de seda almidonada, me miraron fijamente.

—Te matará, Gregor —me dijo.

—Si lo hace, es que ha llegado la hora de que Gregor Eisenhorn muera.

Bequin desvió su mirada hacia el otro extremo de la penumbrosa estancia iluminada por velas, hacia Aemos, pero él se limitó a menear su antigua y modificada cabeza con pesar. Él sabía que existían momentos en los que era imposible razonar conmigo.

Bajé a la calle, donde unos fuegos encendidos en bidones iluminaban a unos danzarines que brincaban de un lado a otro. Yo vestía completamente de negro, con un abrigo de cuero negro que me llegaba hasta la suela de las botas.

A pesar de ello, a pesar de las llamas que me rodeaban, tenía frío. El cansancio, junto con la falta de alimento, me calaba hasta los huesos.

Miré a la luna del planeta. Llamaradas de calor alrededor de un corazón negro y frío. Como yo, pensé, como yo.

Habían llamado a un carruaje. Seis equinos pintados, embridados y piafantes, unidos a un lujoso lando. Varios miembros de mi personal esperaban en los alrededores, y se apresuraron a acercarse en cuanto me vieron aparecer en la calle.

Les informé con rapidez. Todos eran buenos, o no habrían llegado hasta donde lo hicieron. Les indiqué a cuatro de ellos con unos pocos gestos que me acompañaran, y envié al resto a cumplir otras órdenes.

Los cuatro escogidos montaron en el carruaje conmigo. Mescher Qus, un antiguo guardia imperial de Vladislav; Arianrhod Esw Sweydyr, la espadachina de Carthae; y Beronice y Zu Zeng, dos mujeres de la Rueca de Bequin.

En el último momento, justo antes de partir, Beronice recibió la orden de salir del carruaje, y Alizebeth Bequin tomó su lugar. Bequin había abandonado el servicio activo a mi lado sesenta y ocho años estándar antes para desarrollar y ponerse al mando de la Rueca, pero incluso así, en algunas ocasiones no confiaba en su gente.

Me di cuenta de que aquélla era una de esas ocasiones, porque Bequin no esperaba que yo sobreviviera y quería estar a mi lado cuando aquello ocurriera. La verdad es que ni yo mismo esperaba sobrevivir.

El carruaje se puso en movimiento con un chasquido de látigo, y recorrimos las calles, esquivando los fuegos ceremoniales y las procesiones con antorchas encendidas.

Ninguno de nosotros habló. Qus cargó y echó un último vistazo a su ametralladora pesada, y comprobó el chaleco de su armadura. Arianrhod desenfundó su sable y comprobó su filo con uno de sus propios cabellos.

Zu Zeng, una nativa de Vitria, estaba sentada con la cabeza gacha, con su larga túnica de piezas cristalinas tintineando con el movimiento del carruaje.

Bequin se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué? —le pregunté por fin.

Negó con la cabeza y apartó la vista. La iglesia de San Kiodrus se encontraba en el distrito de las aves acuáticas, cerca del borde exterior de la ciudad y de las llanuras de sal plagadas de reptiles. La oscuridad palpitaba con los sonidos de los insectos.

El carruaje se detuvo en una calle repleta de montones de piedras ennegrecidas, a doscientos metros de la rota silueta de la iglesia. El cielo tenía un color ámbar oscuro. Detrás de nosotros, la ciudad aparecía salpicada por los brillantes puntos de los fuegos. La vecindad no era más que otro puñado de ruinas, que se entregaban lentamente a la voracidad salina de las marismas.

—Garra desea Espina, bestias entusiastas en el interior —dijo Ravenor por el comunicador.

—Espina incide múltiplemente, los filos del disfraz —le contesté. Tenía la garganta seca y rasposa.

—Garra observa movimiento. Petición de sendero Torus, dibujo ébano.

—Dibujo denegado. Dibujo crisol. Espina de rosa desea hiato.

—Confirme.

Hablábamos utilizando Glossia, un código verbal informal conocido tan sólo por los miembros de mi personal. Incluso con un canal de voz abierto, nuestras comunicaciones serían indescifrables para nuestros enemigos.

Ajusté el canal de la unidad de voz.

—Espina desea Aegis, a mí, dibujo crisol.

—Aegis se alza —respondió Betancore, mi piloto, desde lejos—. Dibujo confirmado.

Mi cúter artillado, con su tremenda potencia de fuego, ya se estaba acercando. Miré a los demás, dispersos entre las sombras, mientras desenfundaba mi arma.

—Ha llegado el momento —les dije.

Nos acercamos hacia las siniestras ruinas cubiertas de limo de la iglesia. Se podía sentir un fuerte olor a corrupción húmeda en el aire y todas las superficies estaban cubiertas por capas de sal. Unos cuantos puñados de gusanos se afanaban por devorar lo que encontraban en las piedras, y se retorcían intentando esconderse cuando los iluminábamos con los chorros de luz de nuestras potentes linternas.

Qus marchaba en cabeza, apuntando de un lado a otro con su ametralladora pesada, a la busca de objetivos con el rayo de la mira láser que tenía instalada en la esquina de su ojo izquierdo biónico. Era un hombre fornido, al que le sobresalían los músculos de su arnés de armadura de ceramita. Había pintado su achatado rostro con los colores de su antiguo regimiento, el 90.º Vladislavano.

Arianrhod y yo lo seguíamos de cerca. Ella había apagado el brillo de su espada con polvo de ladrillo, pero todavía reflejaba un poco la luz cuando la hacía girar entre sus manos. Arianrhod Esw Sweydyr medía más de dos metros de alto, y era con mucho la humana más alta que jamás he conocido, aunque esa estatura es bastante habitual entre los habitantes de la lejana Carthae. Su cuerpo de largos huesos estaba cubierto por una armadura de cuero y de cuerpo entero, tachonada con remaches de bronce. Todo ello iba cubierto por una larga capa de cuero sin curtir y llena de borlas. Su cabello plateado estaba trenzado y adornado con cuentas de colores. Su espada se llamaba *Barbarizadora* y había sido una posesión de las mujeres de la tribu Esw Sweydyr a lo largo de diecinueve generaciones. Desde el mango tallado hasta la punta de la curvada hoja llena de grabados, el arma medía casi un metro y medio. Larga, delgada, afilada, como la mujer que la empuñaba. Ya podía sentir la vibración causada por las energías psíquicas que ella le estaba transmitiendo. La mujer y el arma se habían convertido en un mismo ser viviente.

Arianrhod llevaba cinco años como miembro de mi personal, y yo todavía estaba aprendiendo los intrincados pormenores de sus enormes

habilidades de combate. En una situación normal, yo habría estado anotando mentalmente todos y cada uno de los detalles de sus métodos de combate, pero estaba demasiado cansado, demasiado agotado por el hambre y la sed.

Bequin y Zu se encontraban en retaguardia, lado a lado. Bequin llevaba puesto su largo vestido negro con el ribete de plumas alrededor de los hombros, y Zu Zeng sus ropajes de cristal vitriano antirreflectante. Estaban a la suficiente distancia como para que su aura de negación de poderes psíquicos no afectara a las habilidades de Arianrhod o a las mías, pero lo bastante cerca como para acudir en nuestra ayuda si era necesario.

La Inquisición (como muchas otras instituciones, augustas o no) conoce desde hace tiempo la utilidad de los intocables, esas escasas almas humanas que no tienen una señal psíquica de ninguna clase y que por tanto pueden interrumpir o hasta anular incluso el ataque psíquico más poderoso. Cuando la conocí en Hubris, un siglo antes, Alizebeth Bequin fue el primer intocable con el que me encontré. A pesar de su presencia inquietante (incluso a las personas sin capacidades psíquicas les cuesta aceptar a los intocables), la había incluido entre los miembros de mi personal y su ayuda había demostrado ser inestimable. Después de muchos años de servicio, se había retirado para formar la Rueca, un grupo de intocables reclutados en todos los rincones del Imperio. La Rueca era un recurso privado de mi propiedad, aunque a menudo les prestaba sus servicios a otros miembros de mi orden. Ya eran unos cuarenta miembros, entrenados y dirigidos por Bequin. Estoy convencido de que la Rueca es en conjunto una de las armas antipsíquicos más potentes de todos los dominios del Emperador.

Las ruinas estaban repletas de sombras y de charcos de sal húmeda. Los escarabajos carroñeros se escurrían arrastrándose por los retratos semiborrados en mosaico de los personajes muertos hacía tiempo y que nos miraban desde los pequeños nichos. Los gusanos lo infestaban todo. El chirrido continuado de los insectos que habitaban las planicies de sal sonaba igual que si alguien estuviese haciendo sonar unas matracas. Seguimos avanzando y entramos en varios patios interiores y cementerios

donde la dejadez había permitido la caída de las lápidas y había dejado al descubierto los huesos sucios de las personas enterradas tiempo atrás en aquel suelo arcilloso. En algunos lugares se podían ver pirámides de cráneos de color marrón que habían sido desenterrados y amontonados así.

Me entristeció ver aquel lugar sagrado en un estado tan tétrico y mancillado. Kiodrus había sido un gran hombre, que había permanecido al lado y había combatido junto al sagrado Beato Sabbat durante su gran cruzada. Pero aquello había sido hacía ya mucho tiempo y en un lugar muy lejano, y su adoración se había desvanecido. Haría falta otra cruzada en los distantes Planetas Sabbat para renovar el interés en él y en sus hechos heroicos.

Qus indicó que nos detuviéramos y señaló los peldaños de una cripta que llevaban bajo tierra. Negué con la mano y señalé a mi vez una pequeña cinta roja colocada bajo una piedra en el primer peldaño. Una señal, dejada por Ravenor, que indicaba que aquél no era un punto de entrada conveniente. Escudriñé la penumbra de las escaleras, y vi lo mismo que él había visto: los cables medio enterrados de un detector de movimiento y lo que parecían ser cargas explosivas de tubo.

Encontramos otras tres entradas como aquélla. Beldame había asegurado bien su guarida.

—Por allí, ¿no cree, señor? —me susurró Qus mientras señalaba las columnas de un claustro ya sin tejado.

Estaba a punto de asentir cuando Arianrhod también susurró.

—*Barbarizado* tiene sed…

La miré. Se dirigía hacia la izquierda, hacia una arcada que se abría en la base del campanario principal. Se movía en silencio, con la espada en alto y empuñada con las dos manos mientras su capa flotaba a su espalda como las alas de un ángel.

Le hice un gesto a Qus y a los demás, y nos situamos detrás de Arianrhod. Desenfundé mi apreciada pistola bólter, regalo del Bibliotecario Brytnoth, del capítulo Guardianes de la Muerte de los Adeptus Astartes, poco antes de la Purga de Izar, casi un siglo antes. Nunca me había fallado.

Los secuaces de Beldame surgieron de la noche. Eran ocho, simples sombras que se desgajaron de la oscuridad que nos rodeaba. Qus empezó a disparar, haciendo saltar hacia atrás una de las sombras que se abalanzaba sobre él. Yo también abrí fuego, acribillando a nuestros fantasmales oponentes.

Beldame Sadia era una bruja hereje y se había aliado con progenie alienígena. Sentía fascinación por las creencias y las nigromancias de los eldars oscuros, y se había propuesto como meta de su vida asimilar todo aquella maligna herencia cultural alienígena para obtener conocimiento y poder. Era una de los pocos humanos que había logrado mantener pactos de colaboración con las malditas cábalas eldars. Se rumoreaba que había sido iniciada en el culto a Kaela Mensha Khaine, como dios del asesinato, venerado por los eldars renegados.

Como correspondía a semejante lealtad, sólo reclutaba en calidad de servidores a aquellos que habían sido condenados por asesinato. Los hombres que nos atacaron en aquel patio yermo eran simples asesinos, envueltos por pantallas de sombras que ella les había comprado, pedido prestadas o robado a sus aliados inhumanos.

Uno de ellos me atacó con una gran alabarda y le volé la cabeza. Por poco. Mi cuerpo estaba muy cansado y mis reflejos eran condenadamente lentos.

Vi a Arianrhod. Se trataba poco más que de un borrón danzarín, con su cabello lleno de cuentas de cristal sobresaliendo por encima de su revoloteante capa. *Barbarizadora* ronroneaba entre sus manos.

Le cortó el cuello a una de las sombras con un mandoble de revés, y luego efectuó una pirueta y partió en dos a otro desde el cuello hasta la pelvis. Su arma se movía con tanta rapidez que apenas podía verla. Dio un fuerte pisotón y cambió la dirección en la que se movía, provocando que una tercera sombra fallase su disparo. Su cabeza saltó por los aires mientras la espada continuaba su estocada y atravesaba a un cuarto individuo sin interrumpir su fluido movimiento. Después, Arianrhod giró sobre sí misma, con la espada empuñada horizontalmente sobre su hombro derecho. El mango de acero de la alabarda de la quinta sombra quedó

cortado en dos trozos, y el individuo retrocedió a trompicones. *Barbarizadora* efectuó una figura en forma de ocho en el aire y otra sombra cayó, cortada en varios trozos.

El último esbirro se dio la vuelta y echó a correr. Un disparo de la pistola láser de Bequin lo abatió.

Empecé a sentir un latido en la sien y me di cuenta de que tenía que sentarme o me desmayaría. Qus me agarró por el brazo y me ayudó a sentarme en un bloque de piedra caído.

—¿Gregor?

—Estoy bien, Alizebeth… Sólo necesito un momento…

—¡No deberías haber venido, viejo loco! ¡Deberías haberles dejado todo este asunto a tus discípulos!

—Alizebeth, cállate.

—No pienso hacerlo, Gregor. Ya va siendo hora de que sepas cuáles son tus límites.

Levanté los ojos para mirarla.

—No tengo límites —le dije.

Qus lanzó una carcajada involuntaria.

—Yo le creo, señorita Bequin —dijo Ravenor mientras salía de las sombras.

Que el Emperador maldiga su sigilo. Ni siquiera Arianrhod sintió cómo se acercaba. Tuvo que obligar a bajar a su propia espada para no rebanarle el cuello.

Gideon Ravenor era una pizca más bajo que yo, pero era fuerte, de constitución robusta. Tan sólo tenía treinta y cuatro años. Su largo cabello negro estaba recogido en una cola de caballo que dejaba al descubierto su cara angulosa y de pómulos altos. Llevaba un mono gris ceñido al cuerpo y un largo abrigo de cuero. El pequeño cañón psíquico que llevaba montado en el hombro izquierdo vibró y chasqueó al girar para apuntar a Arianrhod.

—Cuidado, espadachina —le dijo—. Mi arma te tiene en el punto de mira.

—Y me seguirá teniendo ahí cuando tu cabeza ruede por el suelo —le contestó ella.

Ambos se echaron a reír. Yo sabía que eran amantes desde hacía un año, pero en público seguían metiéndose el uno con el otro y lanzándose pullas.

Ravenor chasqueó los dedos, y su compañero, el mutante Gonvax, salió tambaleándose y arrastrando los pies de su escondrijo, mientras la baba caía por sus gruesos y malformados labios. Llevaba un lanzallamas, y los depósitos de combustible estaban atados con correas a la joroba de su deformada espalda.

Me puse en pie.

—¿Qué has encontrado? —le pregunté a Ravenor.

—A Beldame… y una vía de entrada —me respondió.

La guarida de Beldame Sadia se encontraba en el sacrarium situado bajo la capilla principal de la iglesia. Ravenor la había explorado con detenimiento, y había descubierto un punto de entrada por una de las criptas rotas que quizá ni siquiera Beldame conocía.

Mi respeto por Ravenor crecía día a día. Jamás había tenido un discípulo como él. Sobresalía en casi todas las habilidades que un inquisidor debía poseer. Deseaba que llegara el día en que tuviera que apoyar su petición de ascenso al rango de inquisidor. Se lo merecía. La Inquisición necesitaba hombres como él.

Entramos en la cripta en fila india siguiendo a Ravenor. Nos señalaba con cuidado todos y cada uno de los pozos y rocas sueltas que había. El hedor a sal y a huesos viejos era insoportable, y me sentí cada vez más débil en aquel ambiente cerrado y caluroso.

Salimos a un pasillo de piedra que se asomaba desde lo alto a una amplia cámara subterránea. Unas lámparas de aceite chisporroteaban en la oscuridad y el aire apestaba a hierbas secas y a asquerosos ungüentos.

Unos cuantos seres estaban efectuando ritos de adoración en aquella cámara. Adoración es la única palabra que puedo utilizar. Desnudos, con el

cuerpo embadurnado de sangre, veinte depravados humanos llevaban a cabo un ritual de los eldars oscuros alrededor de un potro de tortura al que habían encadenado a un hombre destrozado.

El hedor a sangre y a excrementos me asaltó. Intenté no vomitar, porque sabía que el esfuerzo haría que me desmayara.

—Allí, ¿lo ves? —me susurró Ravenor al oído mientras nos arrastrábamos hasta el final del pasillo.

Distinguí una silueta cadavérica en las sombras más lejanas.

—Un hemónculo, enviado por la Cábala de la Bruja Destructora para observar las prácticas de Beldame.

Intenté verla con mayor detalle, pero la silueta estaba demasiado metida en las sombras.

Pude discernir unos dientes afilados y una especie de arma de filo alrededor de la mano derecha.

—¿Dónde está Pye? —preguntó Bequin, también en un susurro.

Ravenor negó con la cabeza. Luego me agarró del brazo y apretó con la mano. Ni siquiera era posible volver a susurrar.

Beldame en persona había entrado en la estancia.

Caminaba sobre ocho patas arácnidas, sobre un enorme chasis potenciador de movimiento que se deslizaba sobre las piedras. El Inquisidor Atelath, que el Emperador lo haya acogido en su seno, destruyó sus verdaderas piernas originales ciento cincuenta años antes de mi nacimiento.

Llevaba el rostro cubierto con un velo de gasa negra que tenía todo el aspecto de una telaraña. Pude sentir su maldad como un sudor frío pero febril sobre mi cuerpo.

Se detuvo al lado del potro de tortura, se levantó el velo con sus viejas y resecas manos y le escupió a la víctima que tenía a sus pies. Era un veneno, segregado por unas glándulas implantadas en su boca detrás de sus colmillos artificiales. El fluido viscoso le dio de lleno a la víctima del sacrificio en toda la cara y gorgoteó de forma lastimosa mientras agonizaba por la acción del veneno, que le corroyó todo el rostro, el cráneo, y el cerebro.

Sadia comenzó a hablar, con voz baja y sibilante. Utilizó la lengua de los eldars oscuros y sus acompañantes desnudos se retorcieron y gimieron.

—Ya he visto bastante —susurré—. Es mía. Ravenor, ¿puedes encargarte del hemónculo?

Asintió.

Di la señal y nos lanzamos al ataque saltando desde la galería y disparando nuestras armas. Varios adoradores cayeron acribillados por los disparos del arma pesada de Qus.

Arianrhod cargó contra el hemónculo aullando su ululante grito de guerra de Carthae, adelantándose a Ravenor.

Me di cuenta de que me había forzado demasiado a mí mismo. Cuando caí en el suelo, me sentí mareado.

Sadia Beldame se lanzó aullando a por mí, con sus arácnidas patas metálicas haciendo saltar chispas del suelo de piedra mientras se levantaba de nuevo el velo para escupirme a mí.

De repente, retrocedió tambaleante al recibir el ataque combinado de Bequin y de Zu Zeng, situadas cada una a un lado de ella.

Se recuperó y le disparé, e hice saltar en pedazos una de las patas de su armazón artificial.

Me escupió de todas maneras, pero falló. El veneno comenzó a burbujear y a sisear sobre las frías piedras situadas entre mis dos pies.

—¡Inquisición Imperial! —aullé—. ¡En nombre del Santo Emperador, tú y los tuyos sois acusados de traición y de falta de fe!

Alcé mi arma. Se abalanzó sobre mí. Su enorme peso me hizo caer.

Una de sus patas metálicas me atravesó el muslo izquierdo. Sus colmillos de acero, curvados como agujas curvadas, quedaron a pocos centímetros de mi cara. Pude verle los ojos con claridad, por un instante, y eran negros y sin ningún asomo de cordura.

Me escupió.

Retorcí la cabeza hacia un lado para esquivar el salivazo corrosivo y le disparé a bocajarro con la pistola bólter.

El impacto la hizo saltar por los aires hacia atrás, los cuatrocientos quilos de vieja bruja y de implantes biónicos.

Rodé sobre mí mismo.

El hemónculo se lanzó de frente contra el ataque de Arianrhod, con la guja afilada, aquella especie de hoja de hacha que rodeaba su mano derecha, y aulló cuando la hoja alienígena comenzó a girar. Era un individuo delgado como un palo, que iba vestido con un mono de cuero ajustado y de un color negro brillante. Su sonrisa era una consecuencia ininterrumpida del modo en que la piel blanca y deslustrada de su cara había sido estirada hacia la parte trasera del cráneo con dos ganchos. Lucía bastantes joyas metálicas fabricadas a partir de las armas de los enemigos a los que había matado.

Pude oír a Ravenor gritar el nombre de Arianrhod.

Barbarizadora cortó el aire ante el monstruo eldar que se le aproximaba, pero él logró esquivarlo, con una velocidad corporal increíble.

Ella atacó de nuevo, lanzando dos mandobles perfectos y letales que fallaron por completo. El hemónculo la hizo retroceder entre una lluvia de gotas de sangre. Por primera vez en todo el tiempo que la había conocido, oí a Arianrhod gritar de dolor.

Unas llamas inundaron la estancia. Gonvax avanzó tambaleante, siempre leal a su señor… y a la amante de su señor. Intentó abrasar al hemónculo con el lanzallamas, pero, de repente, su objetivo se colocó detrás de él. Gonvax lanzó un aullido de dolor cuando la guja blandida por el hemónculo lo destripó.

Arianrhod lanzó a su vez un aullido de desafío y cargó de nuevo contra el eldar oscuro. La vi por un momento, inmóvil en mitad del salto, con su espada descendiendo en arco. Un instante después, los dos cuerpos chocaron entre sí, y se separaron brutalmente.

La espada había cortado de cuajo el brazo izquierdo del eldar a la altura del hombro. Pero el arma alienígena…

Sabía que estaba muerta. Nadie podría haber sobrevivido a aquello, ni siquiera una noble espadachina de la lejana Carthae.

Bequin estaba intentando levantarme.

—¡Gregor! ¡Gregor!

Beldame Sadia, con su armazón arácnida cojeante, huía hacia las escaleras.

Algo explotó a mi espalda. Pude oír a Ravenor aullar de rabia y de dolor.

Empecé a correr en pos de Beldame.

La capilla superior, situada al nivel del suelo, estaba fría y en silencio. Las luces de la Noche Oscura se filtraban a través de las grietas de las vidrieras sucias.

—¡Sadia, no podrás escapar! —grité, pero mi voz sonó débil y cascada.

La discerní cuando corrió entre las columnas situadas a mi izquierda. Una sombra entre otras sombras.

—¡Sadia! ¡Sadia, vieja bruja, me has matado! ¡Pero tú morirás a mis manos!

A mi derecha, otra sombra correteante, apenas visible. Avancé hacia allí.

Me apuñalaron con fuerza por la espalda, entre los omóplatos. Me di la vuelta mientras caía de rodillas, y vi el rostro enloquecido de Pye, el envenenador de Sadia. Bailaba y reía fuera de sí, dando saltos, con una gran jeringa en cada mano.

—¡Muerto! ¡Muerto, muerto, muerto, muerto, muerto! —repetía con voz atiplada.

Me había inyectado la segunda parte del veneno binario.

Me derrumbé por completo mientras mis músculos se agarrotaban por momentos.

—¿Qué tal te sientes, inquisidor? —me dijo Pye entre carcajadas a la vez que se me acercaba dando saltos festivos.

—Que el Emperador te maldiga —dije con voz entrecortada, y le disparé en plena cara.

Me desmayé.

Cuando recuperé el conocimiento, Sadia Beldame me tenía agarrado por el cuello y me estaba sacudiendo.

—¡Quiero que estés despierto! —dijo siseando con el velo levantado, mientras las glándulas venenosas hinchaban sus arrugadas mejillas—. ¡Quiero que estés despierto para que puedas sentir esto!

Su cabeza explotó en una lluvia de esquirlas de hueso y trozos de tejido. El aparato arácnido comenzó a moverse de forma convulsiva y me lanzó por los aires a través de la capilla. Siguió estremeciéndose y agitándose durante un minuto, con el cuerpo danzando espasmódicamente al compás, antes de desplomarse definitivamente en el suelo.

Yo había quedado boca abajo en el suelo, e intenté darme la vuelta, pero el efecto cada vez más fuerte del veneno me debilitaba a cada segundo.

Me debilitaba a pasos agigantados.

Unos enormes pies entraron en mi campo de visión. Eran pies de una armadura, recubiertos de ceramita.

Volví la cabeza como pude y miré hacia arriba.

El cazador de brujas Tantalid estaba de pie delante de mí, enfundando la pistola bólter que había utilizado para matar a Beldame Sadia. Estaba protegido por una armadura de combate con incrustaciones doradas, y con los pendones del Ministorium ondeando en su placa dorsal.

—Eres un hereje maldito, Eisenhorn. Y reclamo tu vida.

Tantalid, no, pensé mientras perdía de nuevo la conciencia.

Tantalid no. En aquel momento, no.



DOS

ALGO TÍPICO DE BETANCORE
MI CAÍDA
LA CONVOCATORIA

A partir del momento en que perdí la consciencia a los pies de Tantalid, el feroz cazador de brujas, no supe nada más hasta que me desperté veintinueve horas después, a bordo del cúter artillado. No recuerdo nada de los siete intentos de hacerme revivir, de los masajes cardíacos, de las dosis de antídotos inyectados directamente en el músculo cardíaco, de la lucha para traerme de nuevo a la vida. Me enteré de todo ello más tarde, mientras me recuperaba lentamente. Estuve bastantes días tan débil como un cachorro de gato.

Sobre todo, no supe el modo en que habían impedido que Tantalid lograra su objetivo. Bequin me lo contó, un día o dos después de mi despertar definitivo. Había sido algo típico de Betancore.

Alizebeth me había seguido de cerca por las escaleras del sacrarium, y había llegado justo a tiempo para ver la aparición de Tantalid. Lo había reconocido en el acto. El cazador de brujas era famoso en todo el subsector.

Estaba a punto de matarme mientras yo yacía inconsciente a sus pies, en medio de un choque anafiláctico por el veneno que me recorría las venas.

Ella lanzó un grito mientras manoteaba para desenfundar sus armas.

Justo entonces, una luz, blanca, cegadora, atravesó las vidrieras de los ventanales. Se escuchó un rugido ensordecedor. Mi cúter artillado, con sus focos encendidos a toda potencia, se alzó y se quedó flotando sobre las ruinas de la capilla, iluminado la noche. Bequin adivinó lo que iba a suceder a continuación, así que se echó inmediatamente al suelo.

La voz de Betancore resonó por el altavoz de la aeronave armada.

—¡Inquisición Imperial! ¡Aléjese ahora mismo del inquisidor!

Tantalid miraba de reojo y con los párpados entrecerrados la brillante luz, con su fibroso cuello ladeado dentro del inmenso caparazón de su armadura.

—¡Agente del Ministorium! —gritó como respuesta, con su voz amplificada por la unidad de voz de su armadura—. ¡Atrás! ¡Atrás ahora mismo! ¡Este hereje es mío!

Bequin sonrió cuando oyó la respuesta de Betancore.

—Nunca discutas con un cúter artillado, capullo.

Los servidores esclavizados en las puntas romas de las alas abrieron fuego, acribillando la capilla con proyectiles de cañón automático. Todas las ventanas de cristales coloreados saltaron en pedazos, las estatuas quedaron decapitadas, las baldosas quedaron agujereadas y destrozadas. Tantalid, que recibió al menos un impacto, cayó hacia atrás, entre el polvo y los restos. Su cuerpo no apareció, así que supusimos que el cabrón había sobrevivido. Pero había sido lo bastante listo como para escapar.

Mi cuerpo no había sufrido daño alguno, aunque toda la capilla a mi alrededor había quedado acribillada a balazos.

La típica chulería de Betancore. La típica habilidad de Betancore.

La muchacha era igual que su puñetero padre.

—Hazla venir —le dije a Bequin mientras permanecía tumbado en mi camastro, medio muerto y sintiéndome fatal.

Medea Betancore entró pocos minutos después. Al igual que su padre, Midas, iba vestida con la indumentaria negra con ribetes rojos propia de los pilotos de caza de Glavia, y también llevaba puesta con orgullo la chaqueta corta con bordados de su padre.

Su piel, como la de Midas, como la de todos los glavianos, era oscura. Me sonrió.

—Te debo una —le dije.

Ella negó con la cabeza.

—No ha sido nada que no hubiera hecho mi padre —me respondió mientras se sentaba a los pies de mi catre—. Bueno, él habría matado a Tantalid —dijo después de pensar unos instantes.

—Era mejor tirador.

De nuevo apareció aquella sonrisa, dientes blancos como perlas rodeados por una piel de ébano.

—Sí, sí que lo era.

—Pero tú ya sirves —le dije con una sonrisa. Me saludó militarmente y se marchó.

Midas Betancore llevaba muerto veintiséis años. Todavía lo echaba de menos. Bequin y Aemos eran mis aliados, y les confiaba mi vida, pero Midas…

Que el Emperador haga pudrir el alma de Fayde Thuring para toda la eternidad. Que el Emperador me guíe hasta Fayde Thuring para que Medea y yo podamos vengar la muerte de Midas.

Medea no había conocido a su padre. Nació un mes después de su muerte. Su madre la crió en Glavia, y se puso a mi servicio por casualidad. Yo era su padrino, una promesa que le hice a Midas. Obligado por ello, visité Glavia en su ascensión al grado de adulta, y la vi gobernar la canoa

de proa larga a través de los rápidos de vórtice de las Colinas Hinchadas durante los Ritos de la Mayoría de Edad. Un solo vistazo a sus habilidades me convenció del todo.

Arianrhod Esw Sweydyr había muerto. También Gonvax y Qus estaban muertos. La batalla en el sacrarium había sido feroz. Ravenor había matado al enloquecido hemónculo, pero sólo después de que casi le hubiera destripado a él mismo y que le hubiera arrancado la oreja derecha a Zu Zeng.

Gideon Ravenor se encontraba bajo cuidados intensivos en el hospital de la capital de Lethe. Lo recogeríamos en cuanto se encontrara fuera de peligro.

Me pregunté cuánto tardaría. Me pregunté cómo le ocurriría. Había amado a Arianrhod, la había amado con todas sus fuerzas. Recé para que su pérdida no le hiciera encerrarse en sí mismo.

Sentí enormemente la pérdida de Qus y de la espadachina. Qus llevaba conmigo diecinueve años. Aquella Noche Oscura en la capilla me había arrebatado tanto.

Qus fue enterrado con todos los honores en el Cenotafio Conmemorativo de la Guardia Imperial en Lethe Mayor. Arianrhod fue incinerada en las colinas desnudas situadas al oeste de las llanuras de sal. Yo estaba demasiado débil para asistir a ninguna de las dos ceremonias.

Aemos me trajo a *Barbarizadora* después de la incineración. Envolví la gran espada con un paño grueso y luego con un gran pañolón de seda. Sabía que mi deber era devolverlo a los ancianos de la tribu de los Esw Sweydyr, en el planeta Carthae, en poco tiempo, pero aquello significaría un viaje de al menos un año. No tenía tiempo. Coloqué la espada envuelta en tejidos protectores dentro de mi arcón.

Apenas cabía.

Mientras me recuperaba lentamente, pensé en Tantalid. Arnaut Tantalid había ascendido desde el grado de confesor militante en la Misionaría Galaxia, setenta años atrás, hasta convertirse en uno de los cazadores de brujas más temidos y despiadados del Ministorium. Al igual que muchos de los suyos, seguía las enseñanzas de Sebastian Thor con una precisión implacable que rayaba la obsesión enfermiza.

Para la mayor parte de la gente común del Imperio, sería muy poco alivio poder escoger entre un inquisidor del Ordo Xenos, como yo, y un cazador de brujas de la Eclesiarquía como Tantalid. Ambos perseguimos la oscuridad maldita que amenaza a la humanidad; ambos somos seres que infundimos miedo y temor; ambos somos, al parecer, juez y jurado.

Por mucho que nos pareciéramos en ciertos aspectos, no podíamos ser más diferentes. Estoy convencido de que el Adeptus Ministorium, la vasta organización del Imperio encargada del mantenimiento de la fe y de la adoración, debería concentrar toda su atención en la divulgación de la verdadera iglesia del Dios-Emperador y dejar la persecución de los herejes en manos de la Inquisición. Habíamos tenido choques a menudo por defender nuestras respectivas jurisdicciones. Que yo sepa, han existido al menos dos guerras de fe en el último siglo que han sido provocadas y mantenidas por esa rivalidad.

Tantalid y yo nos habíamos enfrentado otras dos veces antes de encontrarnos en Lethe. Cinco décadas antes, en Mundo Bradell, discutimos sobre el suelo de mármol de un juzgado del sínodo, defendiendo el derecho de cada uno a extraditar al psíquico Elbone Parsuval. En aquella ocasión, Tantalid triunfó, en buena parte gracias a la mentalidad estrictamente thoriana de los ancianos del Ministorium de Mundo Bradell.

Luego, ocho años más tarde, nuestros caminos se cruzaron de nuevo en Kuuma. El odio fanático de Tantalid (yo diría que incluso se trataba de miedo) hacia las personas con poderes psíquicos era tremendo ya por aquel entonces. Yo no ocultaba el hecho de que utilizaba las capacidades de los psíquicos para llevar a cabo mi labor, ni que había adeptos

psíquicos entre mi personal, ni que yo mismo había desarrollado mis habilidades psíquicas a lo largo de los años. Estoy en mi derecho como portador autorizado del sello de la Inquisición.

En mi opinión, él no era más que un fanático de mente cerrada con ciertas tendencias psicóticas. Yo para él no era más que un engendro descendientes de brujos y un hereje.

No discutimos en Kuuma. Más bien libramos una pequeña guerra. Duró toda una tarde, y tuvo como escenario las calles de la ciudad oasis de Unat Akim.

Veintiocho psíquicos latentes, ninguno mayor de catorce años, habían sido captados entre la población de la capital de Kuuma, y los habían reunido antes de que llegaran las Naves Negras. Eran reclutas, un bien precioso, sin mácula alguna y preparados para ser adiestrados por el Adeptus Astropathicus hasta convertirlos en leales siervos del Dios-Emperador. Quizás algunos de ellos tuvieran el inmenso honor de unirse al coro del Astronomicón. Estaban confundidos y amedrentados, pero aquélla era su salvación.

Era mejor que los hubieran encontrado a una edad tan temprana y que se pusieran al servicio del Imperio en vez de que permanecieran sin ser descubiertos y acabaran mancillándose, corrompiéndose y se convirtieran en una amenaza para nuestra sociedad.

Sin embargo, antes de que llegaran las Naves Negras para recogerlos, fueron secuestrados por unos esclavistas renegados que actuaban en complicidad con algunos funcionarios corruptos del Administratum local. Se puede conseguir mucho dinero en el mercado negro por los esclavos psíquicos vírgenes y sin registrar.

Seguí el rastro de los esclavistas por el mar de dunas hasta Unat Akim para liberar a los jóvenes. Tantalid hizo lo mismo con la intención de eliminarlos por ser brujos.

Cuando acabó el combate, había logrado expulsar al cazador de brujas y a sus cohortes, la mayoría de ellas compuestas por soldados a pie de la

Frateris Militia, de la ciudad oasis. Dos de los jóvenes psíquicos murieron en el intercambio de disparos, pero logramos entregar a salvo a los otros en manos del Astropathicus.

Tantalid después de huir de Kuuma para lamerse las heridas, intentó que me declararan hereje, pero las acusaciones pronto fueron rechazadas. En aquellas fechas, el Ministorium no tenía ningún deseo de enfrentarse a sus aliados de la Inquisición.

Lo esperaba, incluso sabía, que Tantalid volvería a incordiarme. Ya se trataba de una cuestión personal, una de esas que, como fanático, se fijaría en la mente y acabaría convirtiendo en un deber sagrado.

Sin embargo, lo último que había oído sobre él era que se encontraba al mando de una misión de la Eclesiarquía en el subsector ofidiano en apoyo de la Campaña de Purga que se libraba allí, y que ya duraba cien años.

Me pregunté qué lo habría llevado a Lethe Once en un momento tan inoportuno.

Cuando pude ponerme de nuevo en pie, dos semanas más tarde, la Noche Oscura había terminado y ya sabía la respuesta, aunque no con todos los detalles concretos, sí al menos en términos generales.

Estaba dando un paseo apoyado en un bastón por las estancias de la mansión privada que había alquilado en Lethe Mayor cuando Aemos me dijo lo que había ocurrido. La gran Campaña Ofidiana había concluido.

—Un gran éxito —me dijo—. La última batalla tuvo lugar en Dulsene hace ya cuatro meses, y el Señor de la Guerra ha declarado que todo el subsector ha sido purificado. Una gran victoria, ¿verdad?

—Sí. Eso creo. Les ha llevado bastante tiempo.

—Gregor, Gregor… Incluso con una fuerza tan grande como las bendita Flota de Combate Scarus, ¡el sometimiento de todo un subsector es una tarea inmensa! ¡Qué tardasen casi un siglo no es nada! La pacificación del subsector Extempus costó cuatrocientos años y…

Se calló un instante.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Asentí. Era muy fácil picarlo.

Aemos meneó la cabeza y dejó caer su viejo cuerpo en una de las sillas de cuero.

—Por lo visto, sigue vigente la ley marcial, y se han establecido gobiernos provisionales en los mundos clave, pero el Señor de la Guerra en persona está regresando con el grueso de la flota en completo triunfo, y va a volver a pisar este subsector por primera vez en cien años.

Me quedé de pie al lado de las ventanas abiertas, mirando desde la primera planta de la mansión los tejados grises de Lethe Mayor, que parecían cubrir las colinas del Valle de Tito como el pellejo escamoso de algún reptil prehistórico. El cielo tenía una tonalidad muy clara, y soplaba una ligera brisa. Era casi imposible imaginarse aquel lugar asediado por las asquerosas sombras permanentes de la Noche Oscura.

Al menos, ya sabía, quizás, el motivo del regreso de Tantalid. La guerra en Ofidi a había acabado, y su sagrada misión con ella.

—Recuerdo el día en que partieron. ¿Y tú?

Era una pregunta tonta. Mi sabio era un adicto a los datos, obligado desde los cuarenta y dos años a obtener y conservar toda clase de información gracias a un mnemovirus que había contraído. No existía posibilidad alguna de que olvidara algo. Se rascó un lado de su ganchuda nariz, justo donde las grandes piezas oculares biónicas se tocaban.

—¿Cómo podríamos ninguno de nosotros olvidar aquello? —me contestó—. Era el verano de 240. Perseguimos al clan Glaw en Gudrun durante la mismísima Fundación.

De hecho, habíamos sido en buena parte el motivo del retraso del comienzo de la Campaña Ofidiana. El Señor de la Guerra, o Comandante General Militar en aquellos tiempos, estaba completamente preparado para iniciar su purga del subsector ofidiano cuando mi investigación sobre la familia herética Glaw provocó un levantamiento masivo que más tarde fue conocido como el Cisma Helicano. Para su sorpresa y disgusto, el Señor de la Guerra se vio obligado a redirigir a sus fuerzas a la pacificación de su propio subsector.

El Señor de la Guerra Honorius. Honorius Magnus lo llamaban. Nunca lo conocí personalmente, ni tampoco es que lo deseara. Un hombre brutal,

como lo son tantos de su clase. Es necesaria una mentalidad especial, una brutalidad especial, para aplastar planetas enteros con su población.

—Se va a llevar a cabo un gran Jubileo en Tracian Primaris —me dijo Aemos—. Una Sagrada Novena proclamada por el Sínodo de la Alta Eclesiarquía. Se rumorea que el Señor Comandante Imperial Helicano en persona asistirá, y en concreto, para investir al Señor de la Guerra con el rango de Protector Feudal.

—Estoy seguro de que estará encantado. Otra gruesa medalla que tirarle a sus subalternos cuando se cabree.

—No te apetecerá ir, ¿verdad?

Lancé una carcajada. La verdad es que había pensado en regresar a la capital del subsector helicano dentro de poco. Tracian Primaris, el mundo más grande industrializado y poblado de todo el subsector, le había arrebatado a Gudrun la condición de planeta capital tras la desgracia y el fomento del Cisma, y así había logrado por fin la preeminencia que sus habitantes creían merecía desde hacía tiempo por su tamaño y poder. Ya era el principal planeta imperial de aquella región.

Había mucho trabajo por hacer, informes que archivar y presentar, y podía hacer todo aquello mucho mejor si regresaba a mi centro de operaciones en Tracian, a una vivienda que tenía cerca del Palacio de la Inquisición. Pero Tracian Primaris me gustaba muy poco. Era un lugar horroroso, y sólo tenía mi cuartel general allí por conveniencia. La idea de toda aquella pompa y ceremonia y festivales me llenó de un tranquilo rechazo.

Pensé que quizá debería ir a Mesina en vez de eso, o a la tranquilidad de Gudrun, donde mantenía una pequeña y cómoda propiedad.

—La Inquisición va a asistir en gran número. El mismo Lord Rorken en persona…

Hice un leve gesto negativo con la mano en dirección a Aemos.

—¿Te atrae todo eso?

—No.

—¿No podemos aprovechar el tiempo de una manera mejor? ¿Acelerando ciertos asuntos? ¿Ciertos problemas que se solucionarían con

mucha mayor facilidad lejos de esas distracciones tan pomposas?

—Desde luego —me contestó.

—Entonces, creo que ya sabes lo que pienso.

—Creo que sí, Gregor —me dijo mientras se ponía en pie y metía una mano en uno de los bolsillos de su túnica verde—. Así que estoy completamente preparado para el hecho de que vas a insultarme en cuanto te dé esto.

Sostenía una placa de datos pequeña, uno de aquellos mensajes cifrados cuyos contenidos eran recibidos y almacenados por los astrópatas.

En la parte frontal pude ver estampado el sello oficial de la Inquisición.



TRES

MUNDO CAPITAL
LA CASA DEL OCÉANO
INTRUSOS, DEL PASADO Y DEL PRESENTE

Tracian Primaris, mundo capital del subsector helicano, sede del gobierno, subsector helicano, Sector Scarus, Segmentum Obscuras. Puedes leer esa descripción en cualquiera de los cientos de miles de guías, mapas geográficos, manuales de historial imperial, libros de peregrinos, registros industriales, directorios comerciales y mapas estelares. Suena impresionante, autoritario, poderoso.

No hace justicia al monstruo que describe.

He conocido lugares infernales y planetas letales que desde el espacio tienen un aspecto tranquilo y paradisíaco: los colores pastel de su atmósfera, sus relucientes lunas y sus cinturones de asteroides que asemejan joyas engarzadas, las maravillas naturales que engañan sobre los peligros que encierran.

Tracian Primaris no engaña a nadie. Desde el espacio brilla como un ojo supurante con cataratas. Es grande, hinchado más bien, cubierto por velos grises de contaminación industrial a través de los cuales brillan los

millones y millones de luces de las ciudades colmena, pero como si fueran estrellas putrefactas. Mira de modo siniestro a todas las naves que se aproximan.

¡Ah, pero las naves se acercan! Cardúmenes de naves, bandadas enteras, incontables mercantes, atraídos por el atractivo de su enorme riqueza industrial y de su vigor mercantil.

No tiene satélites, bueno, ninguno natural. Sobre su atmósfera se ciernen cinco fortalezas estelares de la clase *Ramillies*, con sus torres almenadas y sus baterías artilleras que protegen el acceso y la salida del mundo capital. Existe un gremio muy dedicado de cuarenta mil pilotos que tiene como única función guiar el tráfico de entrada y de salida de las abarrotadas vías de paso. Posee una fuerza de defensa planetaria, un ejército de ocho millones de hombres. Tiene una población de veintidós mil millones de personas, más una población flotante de tránsito de otros mil millones entre residentes temporales y visitantes. Siete décimas partes de su superficie están cubiertas por las estructuras de colmena, incluidas grandes extensiones de sus océanos originales. Las ciudades en expansión llenan y cubren los mares, y las olas baten en la oscuridad, muy por debajo.

Detesto el lugar. Detesto las calles sin luz, el ruido, los apretujones de la muchedumbre. Detesto el hedor del aire reciclado. Detesto la suciedad grasienta transportada por las partículas del aire y que se adhieren a la ropa y a la piel.

Pero el destino y el deber me hacen regresar una y otra vez.

La misiva inquisitorial encriptada lo dejaba bastante claro: yo, y conmigo, muchos otros compañeros de la Inquisición, debíamos viajar hasta Tracian Primaris para asistir a la Sagrada Novena, y quedar a disposición del Gran Maestre Inquisidor libertino Orsini. Orsini era el agente de la Inquisición con mayor rango de todo el subsector helicano, lo que le otorgaba el mismo rango y poder que cualquier cardenal palatino.

No podía rechazar una invitación semejante.

El viaje desde Lethe Once duró un mes, y me llevé a todo mi equipo conmigo. Llegamos justo cuatro días antes de que comenzara la Novena. Mientras la pequeña nave piloto nos guiaba hasta nuestro punto de anclaje a través de las inmensas filas de naves estelares, vi las oscuras siluetas de los escuadrones de la Flota de Combate Scarus. Sus naves estaban conectadas a las fortalezas, como si fueran bebés mamando de su nodriza. Era su triunfal y heroico regreso al hogar. Se podía sentir la victoria en el aire. Un triunfo imperial de aquella magnitud era algo que debía saborearse y disfrutar, algo que el Ministorium podría utilizar para aumentar la moral de los ciudadanos comunes.

—Su itinerario ya está preparado —me dijo Alan von Baigg, un joven interrogador que me servía en funciones de secretario. Estábamos a bordo del cúter artillado, y descendíamos hacia la superficie planetaria.

—Ah, ¿y quién me lo ha organizado?

Se quedó callado. Von Baigg era un joven apocado y poco despierto, y yo dudaba mucho de que jamás lograra alcanzar el rango de inquisidor. Lo había admitido en mi personal con la esperanza de que el servicio junto a Ravenor quizá lo inspirara. No había sido así.

—Yo suponía que la preparación de mi itinerario debería haberse hecho teniendo en cuenta mis opiniones.

Von Baigg tartamudeó algo. Tomé de sus manos la placa de datos. Vi que la lista de citas y celebraciones no había sido cosa suya. Se trataba de un documento oficial, elaborado por la nunciatura del Ministorium en colaboración con la Oficina de la Inquisición. Mi horario para cada uno de los nueve días de la ceremonia estaba repleto de audiencias, actos de adoración, festivales, presentaciones y ritos del Ministorium. Los nueve días por completo, más unos cuantos días anteriores y otros cuantos posteriores.

¡Había ido, maldición! Había obedecido la convocatoria. No estaba dispuesto a someterme a todas aquellas pérdidas de tiempo. Tomé una pluma y marqué con rapidez los actos a los que estaba dispuesto a acudir: los ritos formales, la audiencia inquisitorial, el Gran Nombramiento.

—Ahí tienes —le dije mientras se lo devolvía tirándoselo a las manos —. El resto me lo voy a saltar.

Von Baigg pareció sentirse incómodo.

—Se le espera en el Cónclave Postapostólico tan pronto como llegue.

—Tan pronto como llegue —le dije con voz severa—, regreso a mi hogar.

Mi hogar, para mí, estaba en la Casa Océano, una residencia privada que tenía alquilada en uno de los barrios más selectos de la Colmena Setenta. En muchos mundos colmena, los ricos y los privilegiados viven en los distritos superiores del extremo de cada ciudad alejados todo lo que pueden de la suciedad y de la multitud de los niveles medios y bajos. Pero en Tracian Primaris, no importa lo mucho que subas, no encuentras más que contaminación y nubes sucias.

En vez de eso, los habitantes más privilegiados viven en la parte inferior de las ciudades colmena, que se extiende por encima y hacia el interior de los mares ocultos. Al menos, allí existe tranquilidad.

Medea Betancore pilotó nuestro cúter artillado a través de la atmósfera repleta de tráfico, abriéndose paso entre las cúpulas cursis y deslucidas, las torres tétricas, los mástiles oxidados y las agujas rotas de los edificios, y luego se unió a las atestadas columnas de vehículos aéreos que entraban en el túnel que daba acceso al sistema de tránsito de las ciudades colmena.

Los tubos de luz azul blanquecina instalados en las paredes del enorme túnel parpadeaban a través de las portillas de nuestro vehículo. Tardamos una hora en llegar a un gran centro de tránsito, tres kilómetros por debajo de la superficie de la ciudad, donde Medea aparcó el cúter en una

gigantesca plataforma elevadora que nos llevó lentamente a nosotros y a otra docena de vehículos hacia los subniveles de la Colmena Setenta. El cúter fue instalado en un transportador privado y viajamos por túnel-raíl durante la última parte del trayecto hasta los hábitats marítimos.

Ya estaba cansado y harto de Tracian Primaris cuando llegamos a la Casa del Océano.

La Casa del Océano, construida a base de una estructura de adamita y con bloques de grandiorita sellados con plasma, era una de las miles de residencias edificadas a lo largo de la pared submarina de la Colmena Setenta. Se encontraba a nueve kilómetros por debajo de la superficie de la ciudad y a otros dos por debajo del nivel del mar. Era un pequeño palacio a los ojos de la mayoría de los ciudadanos del Imperio, y era lo bastante amplia para albergar a todo mi equipo, mis bibliotecas, mi armería y mi sala de entrenamiento, por no mencionar una capilla privada, una sala de audiencias y todo un anexo para el equipo antipsíquico de Bequin. También era seguro, privado y tranquilo.

Jarat, mi ama de llaves, nos estaba esperando en la sala de entrada. Iba vestida, como siempre, con su túnica (casi una bata) de color gris claro y un bonete negro de lazo con un pequeño velo blanco. En cuanto las grandes compuertas estancas de hierro se abrieron, respiré profundamente al aire fresco y purificado del interior de la casa, y ella dio unas palmadas con sus regordetas manos para que los servidores se apresuraran a quitarnos los abrigos y a cargar con todo el equipaje.

Me quedé por unos momentos quieto sobre la alfombra de nashemeek y miré a mi alrededor, a las austeras paredes de piedra y al elevado techo de arcos. No había ni pinturas, ni bustos, ni ninguna otra clase de estatuas, ninguna arma colgando de los muros ni tapices bordados, sólo un emblema de la Inquisición en el extremo más alejado de las escaleras. No soy nada aficionado a la decoración o a la opulencia. Sólo necesito una comodidad sencilla y la funcionalidad de mi entorno.

Los otros se ajetrearon a mi alrededor. Bequin y Aemos se fueron directamente a la biblioteca. Ravenor y von Baigg dieron instrucciones muy precisas a los servidores sobre algunos de los objetos del equipaje. Medea se marchó a su habitación. Los demás desaparecieron en las distintas estancias de la casa.

Jarat los saludó a todos y luego se acercó a mí.

—Bienvenido, señor —me dijo—. Habéis estado mucho tiempo alejado de nosotros.

—Dieciséis meses, Jarat.

—La casa esta aireada y lista. Lo preparamos todo en cuanto nos informó de sus intenciones. Nos entristecimos al enterarnos de los desaparecidos.

—¿Alguna novedad?

—La seguridad se comprobó dos veces antes de que llegaseis. Hay unos cuantos mensajes.

—Los veré dentro de un rato.

—Estáis hambriento, ¿verdad?

Estaba en lo cierto, aunque ni yo mismo me había dado cuenta.

—La cocina está preparando la cena. Me he tomado la libertad de seleccionar un menú que creo que aprobaréis.

—Como siempre, confío en tus decisiones, Jarat. Me gustaría cenar en la terraza marina, con cualquiera que quiera unirse a mí.

—Me encargaré de ello, señor. Bienvenido a casa.

Me bañé, me puse una bata de lana gris, y me quedé sentado a solas durante un rato en mis estancias privadas, tomando un vaso de amasec mientras leía los mensajes y comunicados a la suave luz de una lámpara.

Había bastantes, la mayoría cartas de viejos conocidos (oficiales, colegas inquisidores, soldados) que me avisaban de su llegada al planeta y deseaban presentarme sus respetos. Pocos necesitaban algo más que una simple respuesta formal por parte de mi secretario. A otros les escribí yo en persona contestaciones más corteses y personales en las que les

transmitía mi esperanza de que nos fuera posible vernos en alguna de las múltiples celebraciones de la Novena.

Había tres en concreto que llamaron mi atención. La primera era una misiva privada y codificada escrita por el Gran Inquisidor Phlebas Alessandro Rorken. Rorken era el jefe de la Ordo Xenos en el subsector helicano, mi superior inmediato y parte del triunvirato de inquisidores de mayor rango que dependían de forma directa del Gran Maestre Inquisidor Orsini. Rorken quería verme en cuanto llegara a Tracian. Respondí inmediatamente que iría a verlo sin falta al Palacio de la Inquisición a la mañana siguiente.

La segunda era de mi viejo amigo y colega Titus Endor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le había visto. Su mensaje, sin codificar, decía: «Gregor. Un saludo. ¿Estás en casa?».

La brevedad del mensaje era desconcertante. Le envié una respuesta afirmativa que fue igualmente breve. Estaba claro que Endor no quería conversar por carta. Esperé su respuesta.

La tercera también estaba sin codificar, o al menos, carecía de encriptado electrónico. Decía, en Glossia: «Escalpelo corta con rapidez, reveladas lenguas ansiosas. En Cadia, a tercia. Sabueso desea Espina. Espina debería ser aguda».

La terraza marina era probablemente la principal razón por la que había alquilado la Casa del Océano. Era una larga sala de techo de ceramita con toda una pared construida con cristal blindado y que daba al océano. La industrialización de Tracian Primaris había matado a gran parte de la fauna marina del planeta, pero a aquella profundidad, podían verse a veces los supervivientes más adaptados, como bancos de medusas incandescentes y peces lofiformes luminosos, a través del cristal de brillo nocturno de color esmeralda. La luz iluminada por velas estaba bañada por una penumbra ondulante de color verde.

Los servidores de Jarat habían puesto la mesa larga para nueve personas, y esas nueve ya estaban sentadas y charlando mientras bebían

unos aperitivos cuando yo llegué. Al igual que la mayoría de ellos, me había vestido de manera bastante informal, con un simple traje negro. La cocina había preparado buñuelos de fubi al vapor y pez ketel a la plancha, seguidos de tiras asadas de muslo de orkunu, una pieza de caza bastante rara, y lo completaron todo con unas tartas de peras y frambuesas con zumo de canela. Un fuerte clarete gudrunita y un vino dulce de los viñedos de Mesina complementaron la comida a la perfección. Había olvidado las excelentes cualidades del hogar que Jarat cuidaba en mi nombre, tan alejadas de los sufrimientos del trabajo de campo.

Sentados a la mesa conmigo estaban Aemos, Bequin, Ravenor, von Baigg, mi rubricante y escriba Aldemar Psullus, Jubal Kircher, el jefe de seguridad de la casa, un agente de campo de confianza llamado Harlon Nayl, y Thula Surskova, que era la ayudante principal de Bequin en los asuntos de la Rueca. Medea Betancore había preferido no sentarse a la mesa, pero yo sabía que se debía a que la tarea de pilotar el cúter a través del espacio aéreo de Tracian la había dejado agotada.

Me alegré de ver a Ravenor sentado a la mesa. Sus heridas se estaban curando, al menos las físicas, y aunque estaba callado y un poco retraído, sentí que empezaba a superar el dolor producido por la muerte de Arianrhod.

Surskova, una mujer baja y rolliza de unos cuarenta años, estaba informando en voz baja a Bequin sobre los progresos de los iniciados más recientes en la Rueca. Aemos les estaba contando a Psullus y a Nayl lo que había ocurrido en Lethe Once, y ellos lo escuchaban con suma atención. Psullus, debilitado y envejecido de forma prematura por una enfermedad degenerativa, no abandonaba nunca la Casa del Océano, y había dedicado el resto de su vida al mantenimiento y el cuidado de mis extensas bibliotecas privadas. Si Aemos no le hubiera estado contando ya lo que nos había sucedido en nuestra última misión, yo me hubiera asegurado de que lo hiciera. Aquellos relatos eran lo único que lo mantenía en contacto con los procedimientos más activos de nuestro trabajo, y le encantaba oírlos. Nayl, un antiguo cazador de recompensas nativo de Loki, había resultado herido en otra misión el año anterior, y no había podido unirse a

nosotros en el asunto de Lethe. El también se había enganchado al relato de Aemos, y de vez en cuando le hacía alguna pregunta. Estaba claro que deseaba regresar a la acción.

Von Baigg y Kircher discutían tranquilamente sobre los preparativos relacionados con la Novena y que habían sacudido la vida las ciudades colmena, y también los trastornos de seguridad que aquello provocaría. Kircher era un individuo muy apto, un antiguo adeptus arbites, y fiable, aunque un poco escaso de imaginación. La discusión se extendió al resto de la mesa mientras se servían los postres.

—Dicen que el Nombramiento será el ascenso definitivo del Señor de la Guerra —dijo Nayl mientras sostenía su cuchara delante de la boca.

—Yo diría que ya está bastante ascendido —respondí con sorna.

—Gregor, Nayl tiene razón. También yo he oído hablar del tema —dijo Ravenor. Protector Feudal. Eso es tanto como que el Señor Comandante Imperial Helicano admita que el Señor de la Guerra tiene el mismo rango que él.

—Es una sinecura, un cargo honorífico.

—En absoluto. Convierte a Honorius en el favorito para convertirse en Señor de la Guerra en jefe en el frente de campaña de Acrotara ahora que el Señor de la Guerra Hiju ha muerto, y resulta que a Hiju lo estaban preparando para ocupar un puesto en el Senatorum Imperialis, o quizás incluso para ser uno de los Altos Señores de Terra.

—Puede que Honorius sea «Magnus», pero no tiene madera de Alto Señor —respondí.

—Puede que después de eso la tenga —dijo Nayl—. El Señor Comandante Imperial Helicano debe pensar que tiene potencial para ello, o no le estaría prestando una ayuda tan grande.

Las maniobras políticas me dejaban indiferente, y en muy pocos casos me sentía identificado con las ambiciones políticas. Sólo estudiaba el asunto porque mis deberes a menudo exigían un conocimiento detallado del tema. El Señor Comandante Imperial Helicano, que era lo mismo que decir Jeromya Faurlitz IV, de la noble familia imperial de los Faurlitz, era la autoridad secular suprema en el subsector helicano, y por esa razón

había adoptado el nombre del subsector en su cargo oficial. En teoría, incluso los cardenales del Ministorium, el Gran Maestre de la Inquisición, las luminarias más ancianas del Administratum y los Comandantes Generales Militares tenían que rendirle cuentas; aunque, como ocurría con todo en la sociedad imperial, no era tan fácil como parecía. La iglesia, el estado y lo militar estaban entretejidos como un solo cuerpo, pero se enfrentaban entre sí. Al favorecer al Señor de la Guerra Honorius con el Nombramiento, el Señor Imperial Helicano se aliaba con los militares (con una señal muy clara a los demás órganos de gobierno), y estaba claro que esperaba que el Señor de la Guerra le devolviera el favor cuando alcanzara cargos administrativos más allá de los de un simple subsector. Resultaba un juego peligroso, y también era muy poco habitual que alguien que ocupaba un puesto tan elevado intentase obtener ventajas de un modo tan evidente, pero la gloria militar que rodeaba a Honorius constituía la excusa perfecta.

Y eso lo convertía en un período peligroso. Alguien podía querer redistribuir el equilibrio. Yo hubiera apostado por la Eclesiarquía, aunque es justo admitir que estoy influido por mi cargo. Sin embargo, también he de decir que la historia siempre nos ha mostrado que la Iglesia no tolera perder poder frente al Estado o los militares.

—Existen muchos otros elementos —dijo con una breve risa Aemos mientras aceptaba que le llenaran de nuevo la copa con vino dulce—. La familia Faurlitz es débil y carece ya tanto de apoyo entre los Adeptus Terra como de influencia en el Senatorum Imperialis y en los pasillos del Trono Dorado. Dos familias poderosas, los De Vensii y los Fulvatorae, están deseando arrebatarles el poder a los Faurlitz, y se tomarán esto como una muestra clara de desafío. También está la Casa de Eirswald, que considera que su propio hijo famoso, el General Militar Strefon, es el único reemplazo posible para Hiju. Y no nos olvidemos de la dinastía Agustyn, que fueron expulsados del poder cuando el Alto Señor de Terra Giann Agustyn murió en su puesto hace ya cuarenta años. Han estado intentando tomarlo de nuevo con una determinación obsesiva, con su candidato, el Comandante General Cosimo, y sin ninguna clase de pudor. Si Nayl está en

lo cierto y el Nombramiento convierte a Honorius en el sucesor de Hiju, se convertirá en un competidor directo de Cosimo para la plaza vacante de Alto Señor.

Bequin bostezó al otro lado de la mesa y eso llamó mi atención.

—Cosimo nunca lo logrará —dijo Psullus francamente—. Su Casa es demasiado impopular entre los Adeptus Mechanicus, y sin su consentimiento, aunque sea tácito, nadie asciende al rango de Alto Señor. Además, el Ministorium lo vetaría. Giann Agustyn no hizo demasiados amigos con sus reformas. Se dice que fue una Callidus del Oficio Asesinorum, por orden directa de la Eclesiarquía, quien acabó con el viejo Agustyn, y no un ataque al corazón.

—Cuidado con lo que dices, viejo amigo, o enviarán una a por ti —le dijo Ravenor.

Psullus alzó una de sus huesudas manos en un gesto negativo cuando todos los asistentes a la cena soltamos una carcajada.

—Aun así, es bastante preocupante —dijo Aemos—. Este Nombramiento puede provocar una guerra entre Casas. Y aparte de los oponentes más obvios, Lord Helicano y el Señor de la Guerra se pueden ver enfrentados a las familias imperiales que hasta ahora han mantenido su neutralidad. Hay muchos que están bastante cómodos con su situación, y que atacarían de una forma increíblemente implacable simplemente para evitar ser arrastrados a un sangriento enfrentamiento abierto.

Todos nos quedamos en silencio durante unos momentos.

—Psullus —dijo Ravenor rápidamente, cambiando de tema con la habilidad de un diplomático—, te he traído unas cuantas obras de arte que he recogido en Lethe, incluido un palimpsesto de los Analecta Fenomena…

Psullus se puso inmediatamente a hablar con el joven interrogador. Aemos, von Baigg y Nayl continuaron discutiendo sobre las intrigas en el Imperio. Bequin y Surskova nos desearon buenas noches y se retiraron. Yo me llevé mi copa de amasec y me quedé de pie al lado de la pared transparente que daba al mar, mirando a las profundidades oceánicas. Kircher se acercó a mí al cabo de unos momentos. Se alisó la parte

delantera de su chaqueta azul marino y se puso sus guantes negros antes de empezar a hablar.

—El mes pasado unos intrusos lograron entrar —me dijo en voz baja.

Me di la vuelta para mirarlo.

—¿Cuándo?

—Bueno, de hecho fueron tres veces —me contestó—, aunque no me di cuenta hasta la tercera ocasión. Hace unas seis semanas, durante el ciclo nocturno, se produjo lo que parecía ser un fallo continuo en las alarmas que cubrían las ventilaciones de la pared marina. No hubo más incidentes, y los servidores sustituyeron aquella sección del sistema. Después, una semana más tarde, de nuevo, pero esa vez en la entrada de servicio del almacén de alimentos, y en las puertas exteriores del anexo de la Rueca, ambos en la misma noche. Sospeché la existencia de una corrupción en el sistema, así que planeé una revisión completa de todo el sistema de alarma. A la semana siguiente, descubrí que el código de seguridad de los cerrojos exteriores de la puerta principal había sido puesto a cero. Alguien había entrado y salido del edificio. Registré todo el lugar y encontré ladrones de voz ocultos en las paredes de seis estancias, incluidas vuestras cámaras privadas, y codificadores de transmisión en tres nódulos de distribución de comunicaciones, conectado a líneas de voz e imagen. Alguien también había intentado entrar, aunque había fallado, en vuestra cripta de vacío, pero no conocían los códigos del escudo.

—¿Y no quedaron rastros?

—Ni huellas, ni microesporas ni folículos. Hice pasar todo el aire por el detector de partículas. Los pictorregistradores de la casa no grabaron absolutamente nada… excepto un salto temporal muy bien oculto de treinta y cuatro segundos. Los astrópatas no sintieron nada. En cierto lugar de la casa, el intruso tuvo que caminar por encima de cuatro metros de alarmas de presión situadas bajo el suelo y no las hizo saltar. Al pensar sobre ello, me di cuenta de que los dos incidentes anteriores no se debían en absoluto a fallos del sistema, sino que se trataban de acercamientos para explorar y estudiar nuestro sistema de seguridad. Tentativas de prueba antes de efectuar la verdadera intrusión. Para entrar, utilizaron un

anticodificador en las puertas principales. Si hubieran sido capaces de descifrar realmente el código, lo habrían podido utilizar y yo jamás me habría enterado de que habían entrado.

—¿Lo has comprobado todo de forma exhaustiva? ¿No quedan más escuchas?

Negó con la cabeza.

—Señor, tengo que disculparme por…

—En absoluto, Kircher. Has hecho bien tu trabajo. Enséñame lo que nos han dejado.

Kircher desenrolló una tela de felpa roja sobre una mesa en la tranquilidad de la biblioteca interior. Estaba nervioso, y de su flequillo de pelo blanco casi en forma de cresta bajaban varias gotas de sudor.

No había querido alarmar a nadie, así que sólo había pedido que acudieran a Ravenor y a Aemos. La estancia olía a la teca de las estanterías, al moho de los libros y al ozono procedente de los campos de suspensión que preservaban los manuscritos especialmente frágiles.

La felpa quedó extendida. Sobre ella había nueve artefactos de pequeño tamaño, seis ladrones de voz y tres codificadores de transmisión, cada uno engastado en una perla de plástico resistente.

—En cuanto los saqué, los sellé con gel inerte para asegurarme de que quedaban desconectados. Ninguno de ellos llevaba una trampa explosiva.

Gideon Ravenor se acercó y tomó en su mano uno de los ladrones de voz sellados, poniéndolo directamente bajo la luz.

—Es imperial —dijo—. Sin marca, pero es imperial. Muy complejo y avanzado tecnológicamente.

—Yo pensé lo mismo —dijo Kircher.

—¿Militar? ¿Secular?

Ravenor se encogió de hombros.

—Podríamos rastrear su origen hasta sus probables fabricantes, pero lo más seguro es que los suministren a todas las administraciones del Imperio.

Los implantes ópticos potenciadores de Aemos chasquearon y giraron cuando se acercó a mirar los objetos colocados sobre el paño de la mesa.

—Los codificadores de transmisión —empezó a decir— son igualmente complejos tecnológicamente. Se requiere mucha habilidad para conectar con éxito uno de éstos a un nódulo de comunicación.

—Se requiere mucha habilidad para entrar como lo hicieron —le respondí.

—No tienen marcas de fábrica, pero es evidente que son una mejora de la serie Amplox, mucho más mejorados que los habituales que suelen utilizar los militares. Es sólo una conjetura, pero yo diría que esto también se encuentra más allá del alcance del Ministorium. Todo el mundo sabe que están muy atrasados en tecnología.

—Entonces, ¿quién? —le pregunté.

—¿Los Adeptus Mechanicus? —propuso.

Lo rechazó con un gesto. Se encogió de hombros mientras sonreía.

—O al menos, un grupo con la influencia y con el poder para obtener unos artilugios semejantes de los Adeptus Mechanicus.

—¿Por ejemplo?

—¿El Oficio Asesinorum?

—Quienes entrarían para matar, no para escuchar.

—Cierto. Entonces, una Casa Imperial poderosa, una que tenga manejos en el Senatorum Imperialis.

—Es posible… —tuve que admitir.

—O… —siguió diciendo.

—¿O?

—O la única institución imperial que utiliza de forma regular unos artefactos semejantes y posee el prestigio y la determinación necesarias para asegurarse el suministro del mejor equipo disponible.

—¿Sí?

Aemos me miró como si yo fuera tonto.

—La Inquisición, por supuesto.

Dormí bastante mal, y eso a ratos. Tres horas antes del final del ciclo nocturno, me desperté y me quedé sentado en la cama, de repente, completamente espabilado.

Me levanté, cubierto sólo por la sábana que me había enrollado alrededor de la cintura. En la mano empuñaba con firmeza una pistola de cañón corto y color gris mate que siempre tenía colgada en una funda de la cabecera de la cama.

Una leve luz azul se filtraba por toda la sala, suavizando los contornos de todos los objetos. Avancé en silencio.

No me había equivocado: alguien estaba atravesando una de las salas del piso inferior.

Me dirigí hacia las escaleras, con el arma preparada, tratando de acostumbrar los ojos a la penumbra.

Pensé en encender uno de los comunicadores y avisar a Kircher y a su personal, pero si alguien había entrado y había sido lo bastante hábil para hacerlo sin activar las alarmas, necesitaba capturarlo, no asustarlo y hacerlo salir corriendo con una alerta total. En las pocas horas que habían transcurrido desde mi regreso a la Casa del Océano, mi mundo se había visto invadido por un desagradable regusto a traición. Puede que sólo fuese un poco de paranoia, pero si se trataba de eso, quería librarme de ella cuanto antes.

Un rayo de luz recorrió todo el vestíbulo inferior tras surgir de la puerta entreabierta de la cocina. Oí nuevos ruidos.

Me acerqué hasta el quicio de la puerta, comprobé que el seguro del arma estaba quitado y me deslicé hacia el interior, con el arma por delante, a través de la abertura.

La cocina exterior, un lugar de encimeras de mármol y lavaderos de aluminio pulido, estaba vacía. Las cacerolas de metal y los demás utensilios colgaban en silencio de los soportes de la pared. Todavía se podía oler en el ambiente tranquilo un aroma a hierbas aromáticas y a ajo.

La luz procedía de la despensa interior, cerca del almacén frigorífico, y el brillo que salía bastaba para iluminar la estancia.

Dos pasos, tres, cuatro. El suelo de piedra de la cocina estaba helado y me estaba dejando insensibles las plantas de los pies descalzos. Llegué a la puerta de la despensa interior. Alguien se estaba moviendo en su interior.

Abrí la puerta de una patada y entré en tromba, apuntando con mi pequeña pistola.

Medea Betancore, vestida únicamente con una larga camiseta de corte militar, gritó por la sorpresa y dejó caer la bandeja de sobras de pez ketel que había estado devorando. La bandeja cayó con gran estrépito y se quedó repiqueteando sobre el suelo de baldosas delante de la alacena abierta.

—¡Por todos los dioses vivos! ¡Eisenhorn! —gritó, esta vez por la irritación, mientras daba saltos arriba y abajo en el mismo sitio—. ¡No hagas eso!

Estaba enfurecido. No bajé inmediatamente mi pistola.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Comer? ¿Hola? ¿Buenas noches? —dijo en tono de burla—. Tengo la sensación de haber estado durmiendo una semana. Estoy muerta de hambre.

Empecé a bajar la pistola. Una sensación de vergüenza comenzó a invadir todo mi estado de ansiedad.

—Lo siento. Perdón. Deberías… quizá… vestirte antes de bajar a saquear la despensa.

Me pareció estúpido en el mismo momento que lo dije. No me di cuenta de lo realmente estúpido que era hasta unos momentos después. Era demasiado consciente de sus largas piernas morenas y del modo en que la curva pectoral de la camiseta se arqueaba alrededor de su amplio busto.

—Deberías seguir tu propio consejo… Gregor —me contestó alzando una de las cejas.

Miré hacia abajo. Había perdido la sábana al darle la patada a la puerta. Estaba en lo que Midas Betancore solía llamar un estado «muy desnudo».

A excepción, por supuesto, de la pistola cargada.

—Leches. Te pido disculpas —le dije, y me di la vuelta para recoger la sábana.

—No te lo tendré en cuenta —me respondió entre risitas.

Me detuve en seco, medio agachado. El cañón de una Tronsvasse Parabellum me apuntaba directamente a la cabeza en la oscuridad a mi espalda.

La pistola bajó para apuntar al suelo. Harlon Nayl me miró de arriba abajo por un momento completamente asombrado y luego se puso un dedo en los labios como advertencia. El muy asqueroso estaba completamente vestido.

Me coloqué la sábana alrededor de la cintura.

—¿Qué? —le pregunté con un siseo.

—Alguien ha entrado. Puedo sentirlo —me susurró—. Pensé que erais vosotros por el ruido que estabais haciendo. No sabía que Medea te gustara tanto.

—Cállate.

Los dos nos desplegamos al atravesar la cocina exterior. Nayl se había colocado la capucha del traje vulcanizado negro y ajustado que llevaba puesto para cubrirse la cabeza afeitada y blanca. Era un tipo grande, que me sacaba una cabeza, pero se fundió con las sombras. Me quedé esperando, atento a sus señales.

Nayl me indicó que avanzara por la sala. Confié por completo en sus indicaciones. Había estado cazando a los malhechores más tecnológicamente avanzados y hábiles de toda la galaxia durante tres décadas. Si existía algún intruso, él sería capaz de encontrarlo.

Entré en el salón principal de la Casa del Océano, y vi que la puerta de la entrada estaba entornada. El visor de códigos del cerrojo principal mostraba una titilante hilera de ceros.

Me di la vuelta en redondo cuando una pistola rugió a mi espalda. Oí a Nayl lanzar un grito y regresé corriendo al vestíbulo interior. Nayl estaba en el suelo, forcejeando con un individuo inidentificable.

—¡Levántate! ¡Levántate! ¡Tengo un arma! —le grité.

Por toda respuesta, el desconocido hizo chocar la cabeza de Nayl contra el suelo con tanta fuerza que éste perdió el conocimiento, y después me arrojó la pesada pistola de Nayl.

Disparé, una vez, y abrí un agujero en la pared. La pistola arrojada me dio en la sien y me hizo caer.

Oí una serie de golpes y porrazos dados en la carne, un gruñido gutural y luego la voz de Medea Betancore que gritaba «¡Luces!».

Me puse en pie. Estaba sentada a caballo sobre el intruso, con una de las manos convertida en un puño amenazador mientras la otra tiraba hacia debajo de la camiseta para cubrirse por pudor.

—Lo he pillado —me dijo mientras me miraba de reojo.

El aturdido intruso estaba vestido de negro de los pies a la cabeza. Le quité la capucha.

Era Titus Endor.

—Gregor —me dijo con los labios llenos de sangre—. Me dijiste que ya estabas en casa.



CUATRO

ENTRE AMIGOS
UNA ENTREVISTA CON LORD RORKEN
EL CONGRESO APOTROPAICO

—Malta Joiliq, con hielo triturado y una rodaja de cítrico.

Endor, sentado en mi cámara privada, tomó en su mano el vaso que le ofrecía y me sonrió.

—Te has acordado.

—Titus, fueron muchas noches en aquellos viejos tiempos. Te he preparado tu bebida preferida tantas veces que he perdido la cuenta.

—¡Ja! Lo sé. ¿Cómo se llamaba aquel sitio, el que estaba por la calle Zansiple? ¿Donde solíamos reunimos para bebemos los beneficios?

—El Águila Sedienta —le contesté.

Él lo sabía de sobra. Era como si me estuviese poniendo a prueba.

—¡El Águila Sedienta, eso es! Como bien dices, fueron muchas noches.

Alzó en alto su vaso de hielo picado y alcohol.

—¡Arriba, adentro, y a por otra!

Repetí el viejo brindis y alcé a mi vez mi vaso de cristal con amasec envejecido.

Por un momento, todo fue, de verdad, como en los viejos tiempos. Los dos teníamos diecinueve años, los dos estábamos repletos de orgullo y de promethium, interrogadores recién ascendidos dispuestos a comernos toda la puñetera galaxia, unos estudiantes del viejo inquisidor Hapshant. Cinco años más tarde, de forma casi simultánea, ambos fuimos ascendidos al rango de inquisidor, y nuestras carreras profesionales comenzaron en serio.

Diecinueve años, completamente borrachos, de parranda en un tugurio de la calle Zansiple a las tantas de la madrugada, burlándonos de nuestro ilustre mentor y estableciendo un vínculo de por vida, un vínculo con la incondicional vehemencia que ya sólo me parece posible en la juventud.

Era como pensar en una vida distinta, tan lejana, casi tan irrecuperable… Yo ya no era aquel Gregor Eisenhorn. Y aquel hombre, con su largo cabello gris trenzado y su rostro lleno de cicatrices, sentado en mi sanctum, vestido con un traje de infiltración capaz de ocultar el calor corporal, no era aquel Titus Endor.

—Podías haber llamado —empecé por decirle.

—Lo hice.

Me encogí de hombros.

—Podrías haber venido a cenar con nosotros esta noche. Jarat se ha vuelto a superar.

—Lo sé, pero en ese caso… —Se quedó callado por unos instantes e hizo dar vueltas al hielo picado por el interior del vaso—. En ese caso, se habría sabido que el inquisidor Endor había visitado al inquisidor Eisenhorn.

—Todo el mundo sabe que esas dos personas son amigas. ¿Por qué iba eso a ser un problema?

Endor dejó su copa encima de la mesa, se desabrochó las cinchas de la cintura y se quitó la parte superior de su traje de infiltración. Tiró la prenda al suelo.

—Demasiado calor —se limitó a comentar.

El diente serrado de sauraptor seguía colgando de su cuello de un cordón negro. Yo mismo se lo había sacado de la pierna después de que él lograra ahuyentar a la bestia. Fue en Brontotaph, hacía ya más de doce décadas. Nosotros dos, junto a Hapshant, en los lagos de niebla.

—He venido por la Novena —me dijo—. El personal administrativo de Orsini me convocó para que asistiera, como a ti, supongo. Quería hablar contigo, quería hablar contigo todo lo discretamente que fuera posible.

—¿Así que te colaste en mi casa?

Suspiró profundamente, se acabó de un trago su copa y se acercó a la estantería de licores de la esquina para prepararse otra.

—Tienes problemas —me dijo.

—¿De verdad? ¿Por qué exactamente?

Miró a su alrededor mientras pelaba un cítrico con un cuchillo mondador.

—No lo sé. Pero hay rumores.

—Siempre hay rumores.

Se dio la vuelta para mirarme cara a cara. De repente, sus ojos brillaron con una mirada penetrante.

—Tómate esto en serio.

—Muy bien, lo haré.

—Sabes cómo van esta clase de murmuraciones. Siempre hay alguien que te la tiene jurada, alguien que quiere saldar alguna cuenta pendiente. Hubo rumores, pero al principio no les hice caso.

—¿Rumores?

Suspiró de nuevo y volvió a sentarse de nuevo con su segunda copa.

—La gente habla sobre que ya no eres… de fiar.

—¿Qué dicen?

—¡Maldita sea, Gregor! ¡No estás interrogando a uno de tus sospechosos! He venido aquí como amigo tuyo.

—Un amigo que ha forzado la puerta vestido con un traje de infiltración y que…

—Cállate por un rato, ¿vale?

Me quedé callado un instante.

—Encantado. Si vas al grano.

—La primera cosa que oí es que alguien estaba hablando mal de ti.

—¿Quién?

—Eso no importa. Me metí por medio y les dije lo que pensaba. Entonces volví a oír más de lo mismo. Eisenhorn no es de fiar. Ha perdido el norte.

—¿De verdad?

—Luego los rumores cambiaron. Ya no era «Eisenhorn no es de fiar», era «La gente importante piensa que Eisenhorn no es de fiar». Como si de algún modo, las sospechas sobre ti se hubieran hecho oficiales.

—No he oído nada de eso —dije mientras me recostaba en la silla.

—Por supuesto que no. ¿Quién te lo iba a decir a la cara, si no es un amigo… o un juez nombrado por Acusaciones Internas?

Levanté las cejas.

—Estás realmente preocupado, ¿verdad, Titus?

—Joder, si lo estoy. Alguien va a por ti. Alguien que tiene el favor de nuestros superiores. Están investigando a fondo tu carrera y tus actividades.

—¿Y todo eso pasa por unos cuantos rumores? Venga, Titus. Ahora mismo se me ocurren bastantes inquisidores a los que les gustaría ajustarme las cuentas. Orsini es un monodominante, y los idealistas puritanos están formando una facción de poder a su alrededor. A su modo, son radicales. Tú lo sabes. Los amalatianos somos demasiado retorcidos para su gusto.

Ya he mencionado antes lo mucho que me disgusta la política. Nada es más inútil y agotador que la política interna de la propia Inquisición. Mi gente está dividida por grupos sectarios intelectuales y por distintas interpretaciones de la fe. Endor y yo nos considerábamos inquisidores amalatianos, lo que quiere decir que tenemos una visión optimista y que nos esforzamos por mantener la integridad del Imperio, en la creencia de que funciona según el plan divino del Emperador. Preservamos ese status quo. Perseguimos a los elementos dañinos: herejes, alienígenas, psíquicos, los tres enemigos clave de la humanidad (que son, por supuesto, nuestro

principal objetivo); pero también nos enfrentamos a cualquier situación que percibamos que puede desestabilizar la sociedad imperial, incluso las luchas intestinas entre los distintos órganos augustos de nuestra cultura. Siempre me ha parecido irónico que nosotros mismos nos hubiéramos convertido en una facción para luchar contra la existencia de las facciones.

Nos consideramos puritanos, y desde luego lo somos comparados con las facciones radicales más extremas, como los istvaanos y los recongregacionistas.

Pero tampoco tenemos nada que ver con los sectores más extremistas de las facciones puritanas, los monodominantes y los thorianos, algunos de los cuales creen que incluso el uso de psíquicos entrenados es una herejía.

Si yo andaba en problemas, no sería la primera vez que un inquisidor de creencias moderadas había sido atacado por cualquiera de las dos facciones extremas de su propia organización.

—Eso va más allá de una simple lucha entre facciones —me dijo Titus en voz baja—. Esto no va de un extremista que quiere darle una lección a los moderados. Esto va contra ti en particular. Tienen algo.

—¿Qué?

—Algo en concreto sobre ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hace veinte días, en Mesina, fui retenido e interrogado por el inquisidor Osma del Ordo Malleus.

Me di cuenta de repente que me había levantado de un salto de la silla.

—¿Que fuiste qué?

Hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Acababa de terminar un asunto que fue una pérdida de tiempo y me estaba preparando para embarcarme camino a Tracian. Osma contactó conmigo, de forma amistosa y amable, y me pidió que concertáramos una cita. Fui a verlo. Estuvo muy educado. No hizo ningún esfuerzo por retenerme… pero no creo que me pudiera haber ido antes de que acabáramos de hablar. Se contuvo, pero me dejó bien claro que si decidía marcharme… su gente me lo impediría.

—Eso es indignante.

—No, eso es Osma. Ya lo conoces, ¿verdad? Es uno de los hombres de Orsini. La mano derecha de Bezier. Thoriano hasta la médula. Convierte en algo personal todo lo que se propone.

—¿Y qué se proponía sacar?

—¿De mí? —Endor soltó una carcajada—. Absolutamente nada, ¡sólo conocerme un poco mejor! Me permitió marcharme después de una hora. El cabrón incluso me dijo que podríamos vernos y cenar juntos, de modo informal, durante la Novena.

—Osma es un agente muy hábil. Escurridizo. Así que… eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿qué es lo que quería?

—Te quería a ti. Estaba interesado en nuestra amistad y en lo que nos había pasado juntos. Me preguntó sobre ti, como si quisiera que se me escapara algo personal y condenatorio. No me reveló mucho, pero me quedó bien claro que tenía algo sucio sobre ti. Le había llegado algún informe que te comprometía, de modo directo o indirecto. Para el final de la conversación, ya estaba seguro de que los rumores sólo eran la punta del iceberg de una investigación secreta. Supe entonces que tenía que advertirte… sin que nadie supiera que habíamos hablado.

—Son todo mentiras.

—¿El qué?

—No lo sé. Sea lo que sea lo que ellos crean. Sea lo que sea lo que ellos teman. No he hecho nada que merezca llamar la atención del Ordo Malleus.

—Te creo, Gregor —me dijo Endor, con un tono de voz que me dijo que no lo hacía.

Nos llevamos las bebidas a la terraza marítima. Miró fuera, al caleidoscopio de torbellinos de colores provocados por el plancton luminoso.

—Acaban de empezar.

Yo me limité a asentir y bajé la vista a la bebida que sostenía en las manos.

—En Lethe… Tantalid vino a por mí. En aquel momento supuse que quería saldar viejas cuentas; pero, por lo que me has dicho esta noche, no lo tengo tan claro.

—Ten cuidado —dijo con un murmullo—. Mira, Gregor, debo irme. Tendría que haber sido una reunión de amigos más alegre.

—Quiero agradecerte el riesgo que has corrido. El esfuerzo que has hecho por avisarme.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Lo habría hecho. Sólo una cosa más… ¿Cómo has logrado entrar?

Se dio la vuelta en redondo y me miró fijamente.

—¿Qué?

—¿Aquí? ¿Esta noche?

—Utilicé un anticodificador en la puerta.

—Desviaste las alarmas.

—Gregor, no soy un novato. Mi aparato estaba programado para provocar un efecto de cascada anulador por todo el sistema.

—Es todo un cacharro. ¿Me dejas verlo?

Sacó un pequeño cuadrado de plástico negro del bolsillo de su cadera y me lo entregó.

—Un modelo Amplox —comenté—. Bastante avanzado.

—Sólo utilizo lo mejor.

—Yo también. Los he utilizado antes. Parecen… en mi experiencia… funcionar mejor cuando has hecho varias pruebas.

—¿Cómo?

—Me refiero a uno o dos pases de prueba. Para comprobar el sistema que vas a intentar penetrar. Unos cuantos contactos para calibrar la seguridad y permitir que el decodificador asimile el nivel del sistema al que se enfrenta.

—Sí, yo también lo he hecho, cuando dispongo de tiempo. Estos cachivaches aprenden con rapidez. De todas maneras, cumplen su tarea cuando estás apurado.

—¿Cómo esta noche? —le devolví el artefacto.

—Sí… ¿a qué te refieres?

—¿Te permitió entrar a la primera? ¿Sin tener que hacer pases de prueba?

—La visita ha sido bastante improvisada. Y hasta que esa puñetera belleza tuya me pateó la cara, pensé que había tenido mucha suerte de llegar tan lejos.

—Así que, ¿no has estado aquí antes? ¿No has entrado antes aquí?

—No —me respondió con sequedad. O lo había ofendido o…

—Vete, si tienes que hacerlo —le dije.

—Buenas noches, Gregor.

—Buenas noches, Titus. Te acompañaría hasta la salida, pero creo que ya conoces muy bien el camino.

Sonrió, alzó su vaso y se lo bebió de un trago.

—¡Arriba, adentro, y a por otra!

—Eso espero —le contesté.

El Palacio de la Inquisición de Tracian Primaris se encuentra en lo alto, en los niveles de nubes de la Colmena Cuarenta y Cuatro. Tiene el tamaño de una pequeña ciudad, y es la oficina principal de la Inquisición en el subsector helicano. Su personal permanente se compone de sesenta mil personas. No pienso excusar las fachadas de esteatita negra, sus ventanas oscurecidas, sus hileras protectoras de pinchos de hierro. Los que critican a la Inquisición consideran ese tipo de arquitectura ridiculamente recargada, y que intenta utilizar directamente los peores miedos de la gente sobre la Inquisición como una amenaza siniestra y deliberada. Eso, les respondería yo, es precisamente lo que se pretende. El miedo mantiene en orden a la población, el miedo a una institución tan terrible que no dudará ni un instante en castigarlos si transgreden alguna norma.

Fui al palacio al inicio del siguiente ciclo diurno, acompañado por Aemos, von Baigg y Thula Surskova. Irónicamente, me sentía vulnerable con tan sólo tres compañeros a mi lado. Había terminado acostumbrándome a llevar un gran grupo a mi lado en las últimas décadas

anteriores. Tuve que recordarme que había existido una época en mi vida en la que toda mi ayuda consistía en sólo tres personas.

El Palacio de la Inquisición no es un lugar para encuentros casuales o informales. Su interior es un oscuro laberinto de pasillos en penumbra, pantallas de vacío y campos de opacidad. El personal y los visitantes se mueven discretamente detrás de pantallas de energía enmascaradoras, y sus asuntos se tratan con la máxima confidencialidad. Al entrar en el vestíbulo principal, lleno de ecos, a mi grupo y a mí nos proporcionaron un drone, un cráneo cibernético, que flotó por encima de nuestros hombros proyectando un cono de silencio aislante a nuestro alrededor. También nos ofrecieron un astrópata para asegurar todavía más nuestra privacidad, pero lo rechacé. Surskova, por ser intocable, era lo único que necesitábamos.

Los guardias inquisitoriales, encapuchados y con sus armaduras de color borgoña adornadas con hilos de oro y blasonadas con el sello de nuestro Oficio, nos guiaron por el suelo de mármol negro. Mantuvieron sus mandobles de energía empuñados hacia arriba apoyados sobre su pecho durante todo el trayecto. Unos campos de opacidad de color marrón brillante aparecieron a nuestros costados y formaron un sólido y zumbante pasillo de energía que nos separó de nuestro entorno.

Alain von Baigg jugueteaba de forma distraída con el cuello de su traje mientras caminábamos. Estaba nervioso. El ambiente de amenaza opresiva del palacio afectaba a sus propios servidores.

Lord Rorken nos esperaba en sus estancias privadas. Un escudo de vacío se disipó para permitirnos atravesar la entrada circular y se encendió de nuevo en cuanto estuvimos al otro lado. Los guardias no nos acompañaron. Les dije a los míos que me esperaran en el austero vestíbulo donde había dos bancos de hierro forjado cubiertos de cojines de satén blanco.

Atravesé la puerta interior.

Yo llevaba puesto un tres cuartos de cuero marrón oscuro. Mi insignia inquisitorial colgaba del cuello. Mis compañeros también iban vestidos de

manera muy formal. Uno no asistía a una reunión con el Maestre del Ordo Xenos vestido de cualquier modo.

La cámara de recepción era deslumbrantemente brillante. Todas las paredes eran de espejos, enmarcados con dorados de ormolu, y el suelo era de mármol pulido de color crema. Miles de velas ardían por toda la estancia, en candelabros múltiples, en candeleras, en apliques, incluso colocadas simplemente sobre el mismo suelo. Los espejos reflejaban su brillo. Era como estar en mitad de un prisma que reflejara la dorada luz del sol.

Parpadeé, y levanté la mano para protegerme los ojos. Vi que un centenar de hombres con largos abrigos hacían lo mismo: mis reflejos en los espejos. Gregor Eisenhorn multiplicado, enmarcados por titilantes velas. Me fijé que tenía un aspecto sobresaltado.

No estaba dispuesto a permitirlo.

—Nadie puede escapar a la mirada penetrante de la luz de la Inquisición… —dijo una voz.

—… ya que hacerlo implica a la fuerza que has abrazado la oscuridad definitiva —respondí yo terminando la frase.

Rorken se acercó hasta mí.

—Conoces bien la obra de Catuldynas, Eisenhorn.

—Sus apotegmas me agradan. Lo que nunca me ha gustado demasiado son sus alegorías posteriores.

—¿Demasiado áridas?

—Demasiado arcaicas. Demasiado amaneradas, rebuscadas. Creo que Sathescine es muy superior. Es menos… rimbombante.

Rorken sonrió y me estrechó la mano.

—Así que prefieres la belleza poética al contenido.

—La belleza es verdad, y la verdad es belleza.

Alzó una ceja.

—¿Qué es eso?

—Un fragmento literario preimperial que leí hace tiempo. Es anónimo. Respecto a la primera pregunta, leería a Sathescine antes que a Catuldynas si es por placer, y obligo a mis estudiantes neófitos a que se lean a

Catuldynas todas las veces que sea necesario hasta que sean capaces de citarlo tan bien como yo.

Rorken asintió. Era un hombre fornido, con la cabeza completamente afeitada a excepción de una pequeña perilla, y llevaba puesta una túnica roja sobre su ropa y guantes negros. Era imposible determinar con exactitud su edad, pero debía tener al menos trescientos años, ya que llevaba en el cargo siglo y medio. Gracias a los procesos de rejuvenecimiento y a los implantes, parecía un hombre de cuarenta y tantos años.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó.

—No, señor. Gracias. La nunciatura me ha organizado un programa muy apretado a lo largo de toda la Novena, así que le estaría muy agradecido si pudiéramos ir directamente al grano.

—Los nuncios del Ministorium nos han puesto programas apretados a todos. El Comandante General les ha ordenado que organicen todas las celebraciones con la mayor pompa posible. Y el Gregor Eisenhorn que yo conocía no mantendría ese tipo de citas si pudiera evitarlo.

No le contesté. Aquello había sido un comentario muy significativo.

Sentí cautela al escuchar aquello. Tenía una buena relación de trabajo con Rorken, y había sentido que confiaba en mí desde el asunto del Necroteuco, noventa y ocho años antes. Desde entonces, se había sentido encantado de ayudarme, de guiarme y de supervisar mis casos en persona. Pero nadie se convertía en nada parecido a un amigo del Maestre de la Ordo Xenos en el subsector helicano.

—Siéntate. Creo que podrás dedicarme un poco de tiempo.

Nos sentamos en unas sillas de respaldo alto, a ambos lados de una mesa baja y me dio un vaso con agua fría, importada de los manantiales ferruginosos de Gidmos.

—Un tónico reparador. Creo que Beldame te lo hizo pasar muy mal en Lethe Once.

Saqué una placa de datos de mi abrigo.

—Un borrador preliminar de mi informe —le dije mientras se lo entregaba. Lo tomó en la mano y lo dejó sobre la mesa sin ni siquiera

echarle un vistazo.

—¿Sabes por qué te he pedido que vengas?

Me quedé callado, y luego corrí un riesgo calculado.

—Porque hay rumores de que no soy de fiar.

Inclinó la cabeza hacia un lado con interés.

—¿Los has oído?

—Me los han comentado. Hace poco.

—¿Y cuál ha sido tu reacción?

—¿Con toda sinceridad? Desconcierto. No sé a qué se refieren exactamente esos rumores. Creo que alguien busca un ajuste de cuentas.

—¿Contra ti?

—Contra mí en persona.

Tomó un sorbo de su vaso de agua.

—Antes de que sigamos hablando, debo hacerte una pregunta… ¿Existe algún motivo, cualquier clase de motivo, para que hayan surgido esos rumores?

—Como ya he dicho, un ajuste de cuentas es la…

—No —me interrumpió en voz baja—. Sabes qué es lo que te estoy preguntando.

—No he hecho nada —le dije.

—Te tomo la palabra en eso. Si más tarde descubro que me has mentido, o que me has ocultado algo, yo… me sentiré disgustado.

—No he hecho nada —le repetí.

Unió las manos y miró más allá del mar de velas encendidas.

—Esto es lo que ha ocurrido: un inquisidor, y ahora no importa su nombre, me informó en privado de un encuentro tremendamente inquietante. Un demonio le perdonó la vida pensando que se trataba de ti.

Me quedé fascinado y horrorizado ante aquella idea.

—No puedo confirmarlo, pero el demonio ha sido identificado como Cherubael.

Se me heló la sangre. *Cherubael*.

—¿No has tenido contacto con esa entidad desde 56-Izar?

Negué con la cabeza.

—No, señor. Y de eso ya hace casi un siglo.

—Pero ¿has seguido buscándolo desde entonces?

—Nunca lo he ocultado, señor. Cherubael es el agente de un enemigo invisible, alguien cuyas acciones involucraron incluso a un miembro de nuestro Oficio.

—Molitor.

—Sí, Konrad Molitor. He invertido buena parte de mi tiempo y de mis esfuerzos en descubrir la verdad sobre Cherubael y su maestro oculto, pero no he obtenido resultados. Diez décadas, y apenas unos indicios.

—El asunto de la implicación de Cherubael en el asunto del Necroteuco fue trasladado al Ordo Malleus, como debes saber. Ellos también han sido incapaces de encontrar una pista.

—¿Dónde se produjo ese supuesto encuentro?

Se quedó callado un momento.

—En Vogel Passionata.

—¿Y Cherubael estaba convencido de que me estaba perdonando la vida a mí?

—Su actuación parecía implicar que tenía otros planes para ti. Todo el asunto pareció sugerir… algún entendimiento entre tú y eso.

—¡Bobadas!

—Eso espero…

—¡Insisto! ¡Bobadas, señor!

—Eso espero, Eisenhorn. El Gran Maestre Orsini no tiene tiempo para andar con elementos radicales en la Inquisición. Incluso si él mismo no fuera miembro de la línea dura, yo no lo consentiría. La Ordo Xenos del subsector helicano no tiene sitio en su seno para aquellos que se alian con el Caos.

—Lo entiendo.

—Asegúrate de hacerlo. —El rostro de Rorken mostraba un gesto adusto y también amenazador—. ¿Continúas buscando a esa entidad?

—Incluso en este preciso momento tengo agentes de campo buscándola.

—¿Con alguna señal de éxito?

Recordé el mensaje cifrado en Glossia que había recibido la noche anterior.

—No —le respondí, y dije mi primera y única mentira de toda la conversación.

—El inquisidor en cuestión me instó a que comunicara el asunto al Ordo Malleus. No arrojaré a uno de mis mejores hombres a las fauces de los perros de Bezier. He mantenido el asunto reservado a nuestra Ordo.

—Y entonces, ¿todos esos rumores?

—También me ha preocupado a mí. El asunto se ha filtrado. Pensé que sería conveniente advertirte de que quizás el Ordo Malleus te está investigando.

Otra advertencia, la segunda, en doce horas.

—Te sugiero que te marches de Tracian y que sigas con otra investigación hasta que todo el asunto quede resuelto —me dijo—. Pero tu presencia ha sido requerida para el Congreso Apotropaico.

Ahora todo encajaba. La enorme escala de las celebraciones del triunfo, la magnitud de la Novena, todo ello era lo bastante apropiado, pero el número de inquisidores veteranos convocados era desproporcionado, y decir eso era quedarse corto. Puede que a las celebridades del ejército y de la Eclesiarquía les ordenaran asistir para darle mayor importancia a las celebraciones, sin embargo los inquisidores estamos hechos de otra pasta, somos más solitarios, más… independientes. Es muy poco habitual que se nos reúna en gran número, sobre todo con órdenes tan tajantes. Yo había supuesto que Orsini quería a tantos inquisidores a su alrededor para impresionar al Señor Comandante Imperial Helicano.

Pero no se trataba de eso. Iba a tener lugar un Congreso Apotropaico. Ése era el verdadero motivo por el que se nos había convocado.

Los estudios apotropaicos los realiza la Inquisición, y suelen participar uno o como máximo tres inquisidores. Cuando se celebran a una escala mayor se los llama concilios, y para ello es necesario un quorum de al menos once inquisidores. Si el número es mayor, se les llama congresos. Ese tipo de reuniones son extremadamente escasas. Lo sabía porque mi

maestro Hapshant había asistido al último congreso celebrado en el subsector. Aquello había ocurrido hacía doscientos setenta años.

El motivo de aquellos estudios, incluso a su nivel más básico, es el examen exhaustivo y la investigación de prisioneros inusualmente valiosos. En cuanto se les entrega a la Inquisición, el psíquico sin autorización, el hereje carismático, el señor de la guerra alienígena… lo que sea… es sometido a veces a un interrogatorio formal, totalmente al margen de la investigación de sus crímenes. A menudo, ya están condenados y sólo esperan que se cumpla la sentencia. En ese momento, lo único que desea la Inquisición es ampliar sus conocimientos para comprender mejor y con mayor precisión la naturaleza de los enemigos de la humanidad. Los sujetos son diseccionados, habitualmente de un modo intelectual, a veces psíquico y en ocasiones literalmente, para descubrir sus puntos fuertes, sus puntos débiles, sus creencias y los motivos que los impulsan. Se han descubierto hechos vitales gracias a esos estudios, hechos que han protegido a los servidores del Emperador en enfrentamientos posteriores. Por dar un ejemplo, la famosa victoria de la Guardia Imperial sobre la raza alienígena de Ezzel sólo fue posible gracias a los métodos de detección de su presencia descubiertos mediante el examen de la forma de vida exploradora de los Ezzel en el Concilio Apotropaico de Adiemus Última en 883.M40.

El alcance de la investigación depende del número o de la magnitud del tema.

—El Señor de la Guerra capturó a treinta y tres psíquicos herejes de nivel alfa o superior en Dolsene, durante la batalla final de la Supresión Ofidiana —me dijo Rorken mientras me entregaba una placa de datos. El código de acceso del nivel de seguridad era tan grande que incluso yo me sentí impresionado—. Fueron entrenados para controlar y dominar la basura nacida de la disformidad que ellos canalizan. Formaban la espina dorsal del estado mayor de la defensa del enemigo, el corazón del adversario.

—¿Cómo lograron capturarlos? Vivos, quiero decir.

Era algo asombroso. Los psíquicos sin entrenamiento ya son bastante aterradores, ya que sus mentes siempre disponen del terrible potencial de abrir una puerta al Immaterium y dejar que los demonios inunden nuestro universo. Pero aquellos… seres ignominiosos habían logrado aprender (o los habían entrenado para ello) a concentrar sus capacidades para contener los demonios en su interior y a utilizar su odiosa fuerza. Mi mente se estremeció ante la amenaza que habían supuesto, y que todavía suponían, aunque fuesen nuestros prisioneros.

Rorken señaló la placa que yo todavía sostenía en mis manos.

—Encontrarás un resumen de lo ocurrido ahí, en un apéndice de la lista principal. En resumen, fue suerte… suerte, y el increíble valor de los Adeptus Astartes, actuando en coordinación con los inquisidores Heldane, Lyko y Voke.

—Voke… Commodus Voke.

—Es verdad, sois viejos amigos, ¿verdad? Lo había olvidado. Estuvo involucrado en el asunto Glaw ocurrido en Gudrun, justo antes del Cisma.

—Llamarnos viejos amigos probablemente es algo exagerado. Hemos trabajado juntos. Hemos establecido un respeto mutuo. Lo he visto poco desde entonces. Estoy sorprendido de que el viejo siga vivo.

—Sigue vivo, a pesar de los diagnósticos de varias generaciones de expertos médicos. Y todavía es poderoso. Lograr esto, en sus años postreros…

Asentí. Incluso una lectura rápida del informe sobre el incidente sugería un acto de valor casi mítico. El servicio de Voke al Emperador iba, como siempre, más allá de cualquier expectativa razonable del cumplimiento del deber.

—También conozco a Heldane. Era el pupilo de Voke. Así que, por fin, lo han nombrado inquisidor, ¿no?

—Hace ya sesenta años… Eisenhorn, llevas una vida bastante solitaria, ¿verdad?

—Si se refiere a que no ando pendiente de las idas y venidas, de las elecciones y de los asuntos de otros inquisidores, sí, señor, así es. Me concentro en mi trabajo, y en las necesidades de mi personal.

Sonrió, como si le hubiera gustado mi respuesta. Lo cierto es que mi actitud era la habitual. Como ya he dicho, los inquisidores somos gente solitaria e independiente, y tenemos poco interés por los asuntos de nuestros colegas. Yo estaba convencido de que existía otra diferencia entre Rorken y yo. Fuese cual fuese mi antigüedad y mi rango, yo continuaba siendo un agente de campo, un trabajador, un animal de caza que cobraba piezas, alguien que podía marcharse a las distantes Estrellas del Halo durante meses, incluso años, en una misión. A él, su rango lo ataba al palacio, y lo colocaba en medio de las intrigas y los politiqueos de la clase gobernante del Imperio en general, y en los de la Inquisición en concreto.

Recordaba a Commodus Voke como una vieja víbora venenosa, pero también como un aliado decidido. Me había implorado, durante el asunto del Necroteuco, y al creerse ya en su lecho de muerte, que diese buenas referencias de su pupilo Heldane. Se lo había prometido, pero como Voke había logrado mantenerse con vida, nunca tuve que cumplir aquella promesa. Él se había mantenido en escena para asegurarse de que Heldane consiguiera su insignia de inquisidor.

Heldane… Jamás me había gustado.

Nunca me había encontrado personalmente con Lyko, el tercer miembro del glorioso trío, sin embargo conocía su reputación como inquisidor cuya estrella se encontraba en ascenso. Su espectacular logro en Dolsene impulsaría sus carreras de modo espectacular.

Leí la lista de inquisidores convocados para formar el concilio, una lista en la que estaba incluido mi nombre. Éramos sesenta en total. Titus Endor se encontraba entre los convocados. También lo estaban Osma, Hand y Reiker, unos hombres con los que no sentía ningún deseo ni de departir ni con los que querría estar en la misma estancia. Otros (Endor, por supuesto, y Shilo, Defay y Cuvier), eran individuos con los que sería todo un placer encontrarse de nuevo.

Algunos nombres apenas los conocía, o no los conocía de nada. Otros eran inquisidores famosos e infames a los que sólo conocía por su reputación. Era toda una reunión, convocada desde todos los rincones del sector.

—¿Por qué he sido incluido en esta lista, señor? —le pregunté.

—Tampoco es una sorpresa. Eres un miembro veterano y respetado de nuestro Oficio.

—Gracias, señor, pero me pregunto si Voke no pidió en persona que yo viniera.

—Iba a hacerlo —me respondió Rorken—, pero tu presencia ya había sido requerida.

—¿Por quién?

—Por el inquisidor Osma —fue su respuesta.



CINCO

EL TRIUNFO
EN LA PUERTA ESPATIANA
LA LÍNEA SE ROMPE

A pesar de todas mis críticas a todas las celebraciones ostentosas y excesivas de la Novena, he de reconocer que el Gran Triunfo del primer día me llenó de orgullo y emoción.

El amanecer trajo por todo lo largo y ancho de Colmena Primaris, la colmena más grande y poderosa de todo Tracian, un coro de sirenas así como el sonido de mil campanas tañendo. Los servicios del Ministorium se transmitieron en directo desde el Monumento a la Eclesiarquía a través de todos los canales pictográficos y los servicios de voz públicos. Los cánticos de la gargajeante voz del Cardenal Palatino Anderucias resonaron por las calles de la gran ciudad colmena, solapándose los unos a los otros como las voces de un gigantesco coro debido a las distorsiones del eco.

Millones de ciudadanos y de peregrinos abarrotaban las calles de Colmena Primaris y atascaban las rutas de entrada y los túneles de acceso, e incluso oscureciendo el cielo con sus aparatos. Muchos fueron desviados a las colmenas más cercanas para que vieran las ceremonias en las

inmensas pantallas hololíticas instaladas para aquella ocasión en los estadios y en los anfiteatros.

Los arbites se esforzaban por controlar la enorme marea de gente y por mantener despejado el trayecto que el Gran Triunfo iba a seguir.

El ciclo diurno comenzó resplandeciente. Varias escuadras de dirigibles del Oficium Meterologicus habían llenado a lo largo de la noche los grandes bancos de niebla contaminante y los niveles con partículas de carbón y otros productos químicos. Un frente tormentoso de mil seiscientos kilómetros de largo había vaciado todas las nubes y había empapado las colmenas principales, limpiando la suciedad y el polvo. Por primera vez en décadas, el cielo estaba despejado. No era exactamente azul, pero al menos estaba libre de los bancos de nubes contaminadas y contaminantes de color amarillo. La luz del sol impregnaba la atmósfera y las aristas y las esquinas de los altos edificios, haciendo relucir las altas torres de la colmena. Había oído, según fuentes no oficiales, que aquel acto radical de control metereológico tendría profundas consecuencias negativas para el ya castigado clima del planeta, y que durarían décadas. Se esperaban varios huracanes en las regiones del sur antes de que acabara la semana, y se decía que el sistema de alcantarillado de las principales colmenas estaba a punto de reventar por las tremendas lluvias.

También se decía que los mares del planeta morirían con mayor rapidez gracias a la sobredosis de contaminantes inyectada de forma tan repentina por las lluvias provocadas.

Pero el Señor Comandante Imperial Helicano había insistido en que el sol brillara en su desfile de la victoria.

Llegué temprano para colocarme en mi lugar, temeroso del enorme flujo de tráfico que se dirigiría hacia la colmena. Me llevé a Ravenor conmigo. Ambos lucíamos nuestras mejores galas, con los emblemas orgullosamente visibles, y llevábamos armas ceremoniales.

Medea Betancore nos llevó en un vehículo aéreo y aterrizamos en una base aérea de la armada reservada, justo al sur del almacén de blindados

imperiales. Cuando llegamos a tierra, el tráfico aéreo era tan intenso que a ella no le quedó más remedio que quedarse en tierra para todo el día. No había forma de salir por el aire. Nos despidió y cruzó la pista de aterrizaje para ponerse a charlar con la dotación de tierra de un Marauder.

Un coche privado, que nos había proporcionado la Nunciatura, nos llevó a Ravenor y a mí a los antiguos Campos de Fundación de la Avenida Lempenor, donde se suponía que la Inquisición debía agruparse para unirse al desfile. Vimos a través de las ventanillas de la veloz limosina aérea cómo empezaba a subir vapor de las calles vacías y limpiadas por la lluvia. A pesar de todos sus esfuerzos, el Señor Comandante Imperial Helicano vería aparecer unas cuantas nubes antes del mediodía.

Me incliné hacia delante en el compartimento de pasajeros del vehículo y enderecé el emblema de interrogador de Ravenor. Parecía nervioso, una imagen que no asociaba con él. También era la viva estampa de un inquisidor. Me di cuenta de que no se trataba de que pareciera nervioso, sino de que parecía muy joven, con el aspecto de un hombre que se apresurara a unirse a sus amigos de francachela en El Águila Sedienta de la calle Zansiple.

—¿Qué ocurre? —me preguntó con una sonrisa. Negué con la cabeza.

—Éste va a ser un gran día, Gideon. ¿Estás preparado?

—Por completo.

Me di cuenta de que había añadido el emblema tribal del clan Esw Sweydyr a los adornos de su uniforme.

—Un detalle muy apropiado —le dije mientras lo señalaba.

—Eso pensé —me dijo.

A las diez, comenzó el Triunfo. Un ensordecedor rugido de sirenas recorrió la colmena, seguido por una aclamación en masa que me dejó sin respiración. A aquella hora, las calles estaban abarrotadas, con casi dos mil millones de ciudadanos jubilosos.

Dos mil millones de voces, unidas como una sola. Nadie puede imaginárselo.

El Gran Triunfo salió del almacén de blindados bajo el aire inundado por la luz del sol que vibraba con el colosal grito. Iba a seguir un trayecto de dieciocho kilómetros en línea recta a lo largo de la Avenida de Victor Bellum, de un kilómetro de ancho, justo hasta el centro de la colmena y al Monumento de la Eclesiarquía. Millones de personas se alineaban a los lados del camino, gritando, aplaudiendo, agitando banderas y estandartes del Imperio.

En vanguardia marchaban ochenta tanques del Quinto de Tracian, con los pendones ondeando en sus mástiles de radio. Tras ellos, la banda de música del Quincuagésimo de Rifles Gudrunitas pasó tocando la *Marcha de los Primarcas*.

Los siguientes fueron los portaestandartes: quinientos hombres con las ondeantes enseñas y pendones que representaban a las unidades y los regimientos que habían participado en la Supresión Ofidiana. Ellos solos ya tardaron una hora en desfilar.

Justo detrás de ellos apareció el Gran Estandarte del Emperador, una tela con el enorme símbolo del águila del Emperador y que era tan grande como la vela de un barco. Su tamaño era tal que hizo falta un robusto e increíblemente antiguo dreadnought de los Cónsules Blancos para que pudiera avanzar ondeante y no se lo llevara el viento. El *dreadnought* iba escoltado por cinco tanques superpesados Baneblade.

Le siguieron los muertos. Todos y cada uno de los cadáveres imperiales recuperados en los campos de batalla de las últimas etapas de la guerra iban en el interior de mil quinientos transportes de tropas *Rhino*, que habían sido pintados de negro para la ocasión. Un centenar de poderosos Marines Espaciales del capítulo Aurora marchaba al lado de los grandes vehículos oruga, y cada uno sostenía en alto placas con cintas negras en las que se habían bordado los nombres de los muertos con hilo de oro.

Ya era mediodía cuando aparecieron las filas del resto de los miembros del capítulo Aurora, todos ellos protegidos con la armadura de la clase

imperator bien pulida. El enorme griterío de la multitud no había disminuido todavía. Después de los Marines Espaciales pasaron sesenta mil soldados de Tracian, treinta mil de Gudrun, ocho mil de Mesina y cuatro mil de Sameter. Las placas pectorales y las lanzas relucían bajo la luz del sol. A continuación vinieron los oficiales navales de la Flota de Batalla Searus en filas ordenadas, a los que siguieron los Cónsules Blancos, también relucientes y terroríficos.

Luego comenzaron a pasar las interminables filas del Munitorum y del Administratum, seguidas por los lentos grupos de vehículos de los Astropathicus. Una leve descarga psíquica, como si fuese un halo de electricidad estática, rodeaba y chasqueaba alrededor de sus transportes y sus cabezas, y dejaba un regusto metálico en el aire.

Los titanes de los Adeptus Mechanicus fueron los siguientes. Cuatro *Warlords*, que taparon el sol, ocho chirriantes *Warhounds* y un gigantesco supertitán llamado *Imperius Volcanus*. Daba la misma impresión que si una parte importante de la colmena se hubiese separado y se hubiese puesto a andar. El enorme gentío se quedó callado mientras pasaban. Eran mecanismos con forma humana, pero tan altos como campanarios, o más altos todavía, como era el caso del *Imperius Volcanus*. Sus enormes piernas se elevaban y caían en perfecta sincronización. El suelo temblaba.

Sin inmutarse lo más mínimo, seiscientos tecnosacerdotes y magos de ese Adeptus desfilaban sin preocupación entre sus pies.

Las brigadas de tanques de los narmenianos y de los escuteranos siguieron a los dioses máquina. Cinco mil unidades blindadas avanzaban sobre orugas y bajo una nube de humo procedente de los tubos de escape, con los cañones principales elevados hacia el cielo en gesto de saludo. Los tractores tiraban de los cañones *Estremecedor*, tres en línea por cada fila, y luego siguió una oleada aparentemente interminable de baterías de cañones antiaéreos *Hydra*, que movían de izquierda a derecha sus armas como si fueran flores que siguieran el recorrido del sol por el cielo.

Luego vino la Eclesiarquía, encabezada por el cardenal Rouchefor, quien avanzaba delante de sus dos mil jerarcas descalzos. El cardenal

palatino Anderucias nos esperaba a todos para la bendición final en el monumento.

La Inquisición partió desde su punto de reunión en los antiguos Campos de Fundación y los seiscientos miembros nos situamos detrás de las filas de los sacerdotes.

Fuimos la única sección del Triunfo que no desfiló en filas ordenadas. Simplemente caminamos detrás de la Eclesiarquía marchando como un grupo sombrío. No llevábamos puestos uniformes. Nuestras filas estaban formadas por toda clase de hombres y mujeres, por todo tipo de apariencias y aspectos. Cada individuo caminaba vestido de modo distinto, con túnicas oscuras o con capas de cuero, algunos con grandes comitivas que sostenían las puntas de capas vistosas, algunos en tronos flotantes, algunos a solas y con aspecto digno, algunos incluso ocultos por pantallas de vacío personales. Ravenor y yo caminamos juntos en mitad de la muchedumbre, detrás de la extravagante comitiva de la inquisidora Eudora.

Lord Orsini, el Gran Maestre, encabezaba la marcha, con sus largos ropajes de color púrpura sostenidos a su espalda por treinta servidores. A su lado caminaba Lord Rorken del Ordo Xenos, Lord Bezier del Ordo Malleus y Lord Sakarof del Ordo Hereticus, el triunvirato de Orsini.

Unos estampidos sónicos resonaron por encima de la colmena cuando las escoltas de honor de *Thunderhawks* pasaron a baja altura por encima de nosotros. Unos fuegos artificiales explotaron y sisearon manchando el cielo con veloces llamaradas de luz y de color.

A nuestras espaldas nos seguía la procesión triunfal del Señor de la Guerra en persona. Honorius marchaba al lado del Señor Comandante General Helicano en el interior de un armazón construido sobre la espalda jorobada del aurocótero más grande y más venerable de entre todas las bestias de guerra. Diez mil hombres de sus séquitos personales marchaban juntos. Doscientos miembros de la monstruosa y mugiente caballería de aurocóteros. Ochocientos tanques de la clase *Conquistador*. Las motocicletas a reacción pasaban volando a su lado. La multitud enfervorizada arrojaba miles de flores a su paso.

Detrás de ellos llegaron los prisioneros.

Al igual que los muertos honrados en los *Rhinos* funerarios, los prisioneros eran una muestra del heroísmo imperial en general, y del heroísmo del Señor de la Guerra en particular. Honorius disfrutó mostrando los tormentos de los antiguos enemigos al populacho. La visión de aquellas grandes y poderosas criaturas con un aspecto acobardado y sumiso era una manifestación de su poder.

Se pudieron ver varios cientos de prisioneros de infantería, encadenados de pies y manos, trastabillando en dos líneas deplorables. Los veteranos de la Guardia Traciana marchaban a su alrededor, golpeándolos con porras de energía y con látigos neurales para obligarlos a avanzar. La multitud los abucheaba y aullaba, y sometía a los enemigos subyugados a una lluvia de botellas y piedras.

Seis tanques-tractores de la clase *Trojan*, pintados con los colores personales del Señor de la Guerra y unidos como si fueran caballos de tiro que arrastraran una carroza, siguieron a los prisioneros. Acarreaban una enorme plataforma destinada al transporte de un tanque superpesado. Sobre esa plataforma, encadenados con adamita y envueltos por burbujas individuales formadas por pantallas de vacío, se encontraban treinta y tres psíquicos, los mayores trofeos del desfile. Eran siluetas difusas y deformadas, apenas humanas, que flotaban en los capullos de color verde lechoso de los escudos que los aprisionaban. Doscientos astrotelépatas marchaban junto a los Cónsules Blancos que escoltaban al grupo de tractores. Los astrotelépatas reforzaban mentalmente las burbujas de vacío que contenían la furia psíquica de los cautivos. La escarcha cubría la superficie metálica de la plataforma. Unos cuantos rayos y bolas de energía psíquica se elevaban de vez en cuando del conjunto.

Veinte mil hombres y quinientos vehículos blindados de la Guardia Interior de Tracian formaban la retaguardia del Gran Triunfo, y marchaban bajo el doble estandarte de Tracian y del Señor de la Guerra.

Después de apenas quince minutos de caminata en aquella inmensa procesión, yo estaba completamente aturdido. Sólo el sonido del enorme gentío ya me hacía vibrar los huesos hasta la médula. Mi diafragma se

estremecía cada vez que los aparatos aéreos nos sobrevolaban a baja altura o que las sirenas de asedio de los titanes resonaban. La escala del acontecimiento era abrumadora, y el ataque a los sentidos era atroz. En muy pocas ocasiones me he sentido tan abrumado por el poder de mi especie.

En muy pocas ocasiones me he visto tan obligado a recordar mi lugar en todo aquello como un simple engranaje más en las labores del sagrado Imperio de la Humanidad.

El Triunfo, en su recorrido por la Avenida de Victor Bellum, pasó bajo la Puerta Espatiana, una estructura monolítica de etercita. La puerta conmemorativa era de un tamaño tan ciclópeo que incluso los titanes pasaron bajo ella sin ningún problema.

Había sido erigido en honor del almirante Lorpal Espatian, que había muerto al principio de la Supresión Ofidiana durante la magnífica batalla naval con la que se había conquistado Uritulel V.

La parte interior del arco estaba pintada con unos murales majestuosos que describían aquel hecho, y se elevaban por una cúpula tan elevada que bajo el ápice se formaba un microclima con sus propias nubes. Había conocido en persona a Espatian, y al igual que muchos otros que formaban parte de la procesión, me detuve unos instantes para presentar mis respetos a la llama eterna que allí ardía.

No, no es cierto. Había conocido a Espatian, durante el Cisma Helicano, pero no tan personalmente. Por razones que no pude explicarme, me sentí obligado a detenerme. Desde luego, no sentía grandes deseos de honrar su figura.

—¿Señor? —me preguntó Ravenor cuando me eché a un lado.

—Sigue, te alcanzaré enseguida —le dije.

Ravenor continuó avanzando con la procesión mientras yo encendía una vela votiva y la colocaba entre los miles que brillaban alrededor de la tumba de Espatian. La vasta corriente del Triunfo siguió marchando a mi

espalda. Otros individuos se habían separado de la procesión y estaban de pie cerca del lugar, en un silencioso homenaje al almirante fallecido.

—¿Eisenhorn?

Miré a mi alrededor cuando la voz rompió mi estado de ensueño. Un anciano pero fornido oficial de la armada estaba de pie delante de mí, con una austeridad magnífica en su chaqueta blanca de uniforme.

—Madorthene —dije al reconocerlo.

Nos estrechamos la mano. Habían pasado unos cuantos años desde la última vez que había visto a Olm Madorthene… el Procurador General Madorthene, ya que ése era su cargo en aquella fecha. Nos conocimos en Gudrun, durante el asunto del Necroteuco, cuando tan sólo era un oficial de rango intermedio del Destacamento Disciplinario de la Flota de Batalla; la policía militar de la armada. Había ascendido hasta dirigir el propio destacamento. Había sido un aliado útil y fiable a lo largo de muchos años.

—Toda una celebración —dijo con una sonrisa reservada.

En el exterior, las sirenas de los enormes titanes resonaron de nuevo, y el rugido de la multitud aumentó.

—Ya han logrado hacerme sentir bastante humilde —le dije—. El Señor de la Guerra debe estar disfrutando enormemente.

Asintió.

—Eleva la moral, es bueno para el espíritu de la gente.

Estuve de acuerdo, pero lo cierto es que no me sentía nada a gusto. No se trataba tan sólo del enorme barullo de la ceremonia, o mi profunda renuencia a asistir a ella. Desde que Ravenor y yo nos habíamos situado en nuestros puestos dentro de la procesión del Triunfo, había sentido un presentimiento funesto que crecía a cada minuto que pasaba. ¿Qué había sido lo que me había hecho detenerme allí, bajo el gran arco?

—Vaya cara que tienes —me dijo Madorthene—. Esto realmente no te va, ¿verdad?

—Supongo que no.

—¿Qué pasa, viejo amigo?

Me quedé callado. Había algo…

Me dirigí hacia el arco sur de la Puerta Espatiana y miré hacia el enorme río de gente del Triunfo. Madorthene estaba conmigo. El séquito del Señor de la Guerra acababa de empezar a pasar bajo la Puerta. Los timbales y las trompetas resonaban y competían en sonoridad. El estruendo de la multitud rugía como el desplome de una ola gigantesca al estrellarse contra la superficie del mar.

Había pétalos en el aire. Lo recuerdo con claridad. Una ventisca de pétalos sueltos que surgía de las flores que el gentío arrojaba.

Una formación de doce *Lightnings* bajaba por el sur para efectuar una pasada en vuelo rasante a lo largo de todo el desfile del Triunfo, siguiendo la Avenida de Víctor Bellum. Volaban en línea, con las puntas de sus alas casi tocándose. Una demostración de formación perfecta efectuada por los mejores pilotos de la Flota de Batalla. La luz del sol se reflejaba en sus carlingas y en las ranuras de las toberas de sus colas.

La sensación de desastre que sentía se hizo opresiva, tremendamente real. Era como si unas nubes negras hubiesen pasado por delante del sol.

—Olm, yo…

—¡Por el Emperador! ¡Tiene problemas! ¡Mira! —gritó Madorthene.

Los cazas estaban a medio kilómetro de la Puerta, volando a una rápida velocidad de crucero. El avión de la izquierda saltó de repente en el aire, sus alas oscilaron…

… y viró.

El piloto que estaba justo por el lado interior giró bruscamente para evitar la colisión, pero su ala de estribor tocó la punta del ala del siguiente *Lightning* de la línea. Vimos un brillante y pequeño estallido y los fragmentos empezaron a volar por los aires.

Uno por uno, como perlas que se salieran de un collar, cada aparato salió despedido de la formación. La primitiva línea ordenada quedó completamente desorganizada.

Madorthene me arrojó al suelo justo cuando los reactores pasaron rugiendo por encima de nuestras cabezas, sacudiendo a todo el mundo con el empuje del chorro de sus motores.

Los dos que había visto chocar el uno con el otro estaban dando vueltas en el aire, girando como juguetes arrojados a un lado y dejando restos metálicos a su paso. En toda aquella confusión, me pareció que muchos de los otros también habían chocado por accidente.

Uno de los *Lightning*, es decir, más de diez toneladas de metal casi supersónico, se desplomó hacia el suelo y se estrelló contra el gentío situado en el lado occidental de la Avenida. Rebotó por lo menos una vez, arrojando restos humanos por doquier. Cuando por fin se estrelló, se convirtió en una inmensa bola de fuego que subió como un hongo más de cien metros en el aire. El asombro y el pánico descontrolado se apoderaron de la multitud. El hedor a llamas, a calor y a promethium me envolvió por completo.

Vimos un resplandor y el suelo se estremeció cuando un segundo *Lightning* pasó dando vueltas sobre sí mismo bajo la sombra de la Puerta. Entonces, casi de forma simultánea, se oyó una tercera explosión, aún más fuerte, cuando otro aparato, completamente fuera de control, se arrancó un ala con una de las esquinas superiores de la propia Puerta Espatiana, justo por encima de nosotros, y comenzó a caer.

Ante aquel accidente calamitoso, los soldados del Triunfo comenzaron a dispersarse en todas las direcciones. Arrastré a Madorthene bajo el arco cuando los restos destrozados de la aeronave comenzaron a caer sobre nosotros como una avalancha de metal ardiente.

Una catástrofe. Una catástrofe, terrible, terrible. Y sólo acaba de comenzar.



SEIS

LA PERDICIÓN LLEGA A TRACIAN
SE DESATA EL CAOS
UN TIRO EN LA CABEZA

Aunque estuviera en aquel estado, presa del horror y de la cólera, sabía que, en lo más hondo de mi alma, una gran parte de ella no podía ni quería creer que aquello sólo hubiera sido un trágico accidente.

Por doquier había fuego y explosiones, pánico generalizado, gritos…

Y otro sonido: un gemido muy bajo y muy poco habitual, un susurro que crecía hasta hacerse ensordecedor, sonido que atribuí al que hacen dos mil millones de personas cuando están dominadas por el pánico y temen por su vida.

Las multitudes se habían desparramado por la avenida, pues los arbites eran incapaces de contenerlas, y huían tanto de las temibles zonas de impacto de los aviones como del fuego, y también del riesgo imaginario de que, si se quedaban quietas, sería como si invitaran a las naves de combate imperiales a que les cayeran encima.

La muchedumbre se movía como un solo cuerpo fluido, como el agua misma. No había una voluntad detrás de aquel proceso, ni tampoco

instigador alguno. Simplemente, era el instinto de masa el que obligaba a la gente, que empantanaba aquella calle inmensa en horribles oleadas apisonadoras, a arrollar a las formaciones del Triunfo, muchas de las cuales ya se rompían en medio de una consternación perpleja. Ya no se oían más el sonido de la música, ni el de los vítores, ni el de los timbales o las sirenas. Sólo una locura tronante, un mundo que se había vuelto del revés.

Vi a la gente morir a cientos, pisoteados o aplastados por la simple presión de los cuerpos. En algunos casos, los muertos eran despanzurrados por los que los rodeaban y se movían muchos metros antes de poder caer al suelo.

Vi a los soldados del retén, y a los arbites, disparar contra la multitud por puro terror antes de que los arrollaran. Las barricadas se vinieron abajo. Los estandartes se tambalearon y cayeron. Las pasarelas que cruzaban los canales de drenaje a lo largo de la avenida se resquebrajaron y derrumbaron, dejando caer a centenares en las trincheras de rocacemento.

Perdí de vista a Madorthene en medio de aquel pandemónium. Intenté abrirme camino a empujones por el arco para llegar hasta la luz del sol, pero la masa de cuerpos que huían chocaba contra mí. Toda la ruta de aproximación a la Puerta Espatiana no era más que un amasijo de restos retorcidos y fuego, procedentes del impacto en lo alto. Varias decenas de guardias yacían contrahechos y muertos entre los restos, víctimas de la lluvia de metal y piedra, con los uniformes de gala cubiertos del polvo blanco de la etercita o carbonizados por el fuego.

En aquel mar de humanidad aullante pude ver a varios de los enormes aurocóteros desbocados, fuera de control, que salían en estampida, se encabritaban, se sacudían al jinete de la grupa y pisoteaban a la multitud. Y, con la cola chasqueante, arrojaban por los aires los cuerpos inertes.

Conseguí escabullirme por la puerta hasta que pude encararme hacia el Norte, hacia el lejano Monumento a la Eclesiarquía. A lo largo de toda la ancha avenida se repetía la misma escena: la procesión del Triunfo era arrollada por la superioridad numérica del público aterrorizado.

También había incendios, grandes penachos que se levantaban de los espacios que había creado la multitud a cada lado de la calzada, en tres lugares diferentes y en la misma Avenida de Víctor Bellum, a unos setecientos metros de la puerta. Además, me pareció que el fuego se había propagado por otras zonas despejadas más allá del pináculo que tenía cerca, por la carretera, hasta llegar al barrio de los artesanos. Según estimé, al menos cinco *Lightning* habían caído del cielo, precipitándose contra la masa de ciudadanos llenos de pánico que hervía en la avenida.

El Hollín y las cenizas nublaban el aire. Muy a lo lejos, por encima de aquella pesadilla de cuerpos destrozados, vi las grandes formas de los Titanes que giraban sobre su cintura metálica, dubitativos, como si estuvieran aún más confundidos que nosotros.

Dudo que me fijara en los demás *Lightning* antes que en cualquier persona, pero es que estaba totalmente absorto. Esas naves eran todo lo que podía ver: había cuatro más, presumiblemente las únicas supervivientes de aquel desfile aéreo tan desastroso. Habían virado y bajaban en ángulo de flecha hacia la avenida. La formación no era tan precisa ni tan bonita como lo había sido justo antes del accidente, pero estaban mucho más abajo e iban mucho más rápido.

Y sabía lo que significaba eso, puesto que ya lo había visto antes.

«Una pasada de ataque rasante».

Que el Emperador se apiadase de mí. El corazón casi se me detuvo cuando vi venir la malsana intención que tomaba cuerpo delante de mí.

Grité algo, pero fue en vano. Una voz contra la de dos mil millones.

Escupieron raudales de munición trazadora con los cañones que tenían bajo el morro. Los cañones láser que llevaban montados en las alas destellaron sordamente.

Dos naves pasaron a ras de la multitud, en una carnicería donde cayeron miles. Las otras dos siguieron la avenida y enfilaron el Gran Triunfo.

La destrucción fue algo inenarrable, como si arados invisibles y blancos por el calor roturasen un mar de cuerpos y abrieran surcos largos y rectos que explotaban entre la ciudadanía del Imperio. O como si una

rauda fuerza subterránea los desparramase. Líneas punteadas de explosiones serraban la muchedumbre y hacían saltar por los aires restos humanos y mecánicos. Había toda una niebla de tejido licuado en el aire. Vi tanques que eran alcanzados en la carretera y detonaban entre el gentío. Centenares de Guardias y Marines Espaciales de aquel desfile devastado abrieron fuego al aire para dar caza a los aviones, revolviendo el cielo con brillantes líneas entrecruzadas.

Un *Lightning* dio un barrido casi por encima de las cabezas del gentío, cortando por la izquierda de la Puerta Espatiana. La potencia de fuego de ese ametrallamiento en vuelo rasante descuartizó a centenares de personas entre explosiones, pasando muy peligrosamente cerca de donde estaba y nos duchó, a mí y a la piedra blanca del lateral de la Puerta, con sangre hirviente.

Cientos de baterías de la procesión dispararon entonces al cielo, los *Hydras* cañonearon el aire. Hasta los tanques disparaban… Por pura rabia, supuse, pues no tenían ni la más mínima esperanza de dar a aquella aeronave que se movía con tanta rapidez.

Pese a todo, algo sí que debió de dar. Un segundo *Lightning* se ladeó al pasar sobre la Puerta, y diminutas explosiones salpicaron su ala izquierda y la sección de cola. Cayó en picado contra la avenida y chocó contra lo que, a mi parecer, era la sección del Triunfo que correspondía al Señor de la Guerra. El estallido levantó una deflagración por toda la carretera que mató a tantos por efectos de la explosión de simpatía como por el impacto de la propia bola de fuego.

Los tres *Lightning* restantes se agruparon otra vez en el extremo más lejano de la avenida y se prepararon para efectuar la tercera pasada. Me sorprendió que no virasen como una formación. Volaban individualmente, como si estuvieran separados del mundo. ¿Estaban los pilotos poseídos? ¿O locos?, pensé para mis adentros. Dos de ellos se juntaron demasiado y casi chocaron: uno no había corregido el rumbo lo suficiente y siguió hacia la avenida, hambriento de más carnicería. El otro se vio obligado a hacerse a un lado, corregir y virar hacia la quejumbrosa masa de gente por el oeste de la calle.

El tercero pasó de largo y casi desapareció. Lo vi dar un rizo muy a lo lejos, sobre la calina del río, con las alas destellando al sol. Después también volvió a por nosotros. Al igual que los demás, se dirigió en línea recta y despreocupadamente hacia las fauces de la cortina de fuego que los tanques, los *Hydras* y la infantería sostenían contra ellos.

Varios centenares más murieron en aquella pasada final. Ciudadanos leales cuyo día de júbilo se había convertido en horror; orgullosos guardias que habían vuelto de la guerra y sólo pensaban en disfrutar de aquella hora tan especial de reconocimientos; misteriosos Marines Espaciales que únicamente estaban allí porque los habían invitado, como gesto de honor, y que quizá recibirían esa muerte con los brazos abiertos sólo como una alternativa al destino que los esperaba. Nobles y dignatarios imperiales que murieron a cientos: muchas casas nobiliarias nunca se recobraron de las pérdidas en el Triunfo de Tracian.

Así cayeron los tres últimos *Lightning*.

Uno, al cruzar la Puerta Espatiana, fue reventado en mil pedazos por el proyectil de seguimiento de un *Hydra*, y cayó sobre la caótica calle.

El segundo voló por encima de la presa de salvas antiaéreas sin conseguir ajustar la altura a tiempo; y entonces, alcanzado por uno de los cañones casi en el último momento, invirtió el vuelo y empezó a dar guiñadas. Entre un chorro de humo, cayó en picado hacia el suelo, aunque al final se estrelló contra el Monumento a la Eclesiarquía.

El tercero llegó hasta nosotros y consiguió pasar por debajo del arco de la Puerta Espatiana. Pero, para entonces, los Titanes ya habían entrado en liza, y las tripas se me revolvieron con el bramido subsónico de las armas. Los veía a tres kilómetros de distancia, armas montadas que lanzaban una andanada tras otra y relumbraban por encima de la multitud.

Excelsis Gaude, uno de los Titanes clase *Warlord*, lo alcanzó y le dio muerte en el aire, aunque no con la suficiente precisión. El *Lightning* entró en barrena, envuelto en llamas, y chocó contra el inmenso Titán cuadrado y lo decapitó en la explosión consiguiente.

Yo estaba ido, estupefacto, sin habla.

Sentía como si debiera postrarme en medio del tumulto y rogar al Dios Emperador por la salvación de la Humanidad.

Pero mi función en todo esto sólo había hecho que empezar. Una llama azul translúcida, como un muro de ácido corrosivo, atravesó de repente la multitud apiñada situada tras la Puerta. Hombres, mujeres, soldados, civiles… todos se vieron atrapados por ella y se estremecieron antes de empezar a derretirse hasta quedar convertidos en simples esqueletos, que instantes después se convirtieron en polvo arrastrado por el viento.

Sentí el dolor en las fosas nasales, el palpitar en mi espina dorsal. Supe enseguida lo que era.

Maldad psíquica. El Caos en estado puro estaba suelto en aquel mundo.

Los prisioneros se habían liberado.

A los guerreros no pareció importarles. Una batalla a gran escala ya se estaba librando por la avenida, tras la Puerta Espatiana rota. La Guardia Traciana, los Marines del capítulo Aurora y los arbites pugnaban por contener el motín de los prisioneros enemigos, muchos de los cuales habían aprovechado la oportunidad para liberarse y hacerse con armas. Una guerra feroz y a quemarropa había seguido al gran desfile.

Pero lo que a mí me preocupaba eran los psíquicos, los herejes capturados: los treinta y tres se habían escapado.

Desenfundé mi espada de energía y mi pistola bólter mientras me lanzaba en mitad del gentío que corría en todas direcciones, pisoteando los huesos ya secos de los que habían muerto por la onda psíquica.

Un ser inhumano, un prisionero del Caos, se abalanzó sobre mí y le corté la cabeza con mi filo. Salté por encima de un Marine muerto que se desangraba sobre el rocacemento por las grietas de la armadura *imperator*, y me abrí camino a empujones entre los civiles que aullaban.

Tenía justo enfrente a cuatro Guardias Tracianos que se parapetaban tras el cadáver chamuscado de un aurocótero caído mientras disparaban con sus armas contra la multitud.

Estaba a unos cuantos pasos de ellos cuando el gigantesco animal muerto se reanimó, como una marioneta psíquica, y los mató a todos.

Las armas resultaban inútiles. Me concentré e hice volar a ese engendro por los aires con una onda expansiva mental.

Un Marine de Aurora me pasó por encima, volando por el aire a unos diez metros de altura: le faltaban las piernas.

Seguí corriendo, segando con mi hoja a los prisioneros prófugos que se me encaraban.

La carretera estaba cubierta de muertos. Humanos, envueltos en llamas de pies a cabeza, pasaron a mi lado tambaleándose y cayeron al suelo boca abajo.

El tren de tractores *Trojan* estaba ardiendo, el mastodóntico tráiler estaba volcado. Tres de los psíquicos enemigos se encontraban muertos en la bodega de carga; y cuatro burbujas de vacío permanecían intactas, y sus ocupantes seguían debatiéndose dentro frenéticamente.

Pero los demás…

Más de veinticinco psíquicos enemigos de nivel alfa se habían escapado.

Vi al primero, un despojo de hombre, enflaquecido y renqueante, cerca del extremo del tráiler. Una aureola le destellaba alrededor de la cabeza e intentaba devorar a una novicia astrotelépata que estaba chillando.

Mi bólter detuvo su obra demoníaca.

Caí de rodillas, boqueando y llorando, cuando el segundo me encontró. Era una hembra fibrosa ataviada con un velo blanco y vaporoso, y tenía espolones en lugar de uñas.

Se agazapaba tras el extremo del tráiler mientras me hacía sollozar y me laceraba con su poder depravado. No tenía ojos.

No soy un clase alfa: mi cerebro bullía y burbujeaba.

Un Guardia Traciano corrió hacia ella desde la izquierda, y ésta se volvió instintivamente y centró su atención en él. La cabeza del guardia reventó como una ampolla.

Le disparé justo en el corazón, atravesándolo, y la psíquica cayó de espaldas, como un saco, pero sus piernas siguieron convulsionándose durante casi un minuto.

Me escupieron una descarga eléctrica desde una multitud cercana. La gente, que aullaba mientras se quemaba, se apartaba a trompicones de un psíquico que caminaba con paso decidido directamente hacia las colmenas. Era un enano, de piernas atrofiadas y un cráneo desmesurado. Una bola de rayos chisporroteaba entre sus dedos regordetes.

Lo acometí con la mente, sólo para llamar su atención, y luego le hice estallar la cabeza con un disparo certero y preciso.

Que el Emperador me protegiera: el enano seguía acercándose. Le había volado la parte frontal del cráneo, pero seguía acercándose, ciego, y con las facciones convertidas en un amasijo de entrañas. Se tambaleó sobre el terreno mientras se acercaba hacia mí, con su mente hurgando en la mía.

Disparé otra vez, casi presa del pánico, y le volé un brazo. Aun así, prosiguió. Mi chaqueta, cabello y pestañas empezaron a humear. El cerebro estaba a punto de explotarme y saltarme del cráneo.

Un Marine Espacial con los colores del Capítulo Aurora se puso a su espalda y lo redujo a pulpa con el bólter.

—¿Inquisidor? —me preguntó el marine con la voz distorsionada por el micro del casco—. ¿Se encuentra bien?

Me ayudó a levantarme.

—¿Qué locura es ésta? —me preguntó con voz ronca.

—¿Tienes un canal de voz, marine? Avisa a Lord Orsini.

—Ya está avisado, inquisidor —me respondió.

Detrás de nosotros lo tractores explotaron en masa, proyectando fuego y restos por los aires.

Un niño abrasado pasó corriendo y gritando por delante de nosotros. El marine aupó al chico con sus imponentes brazos.

—Tranquilo, tranquilo… Te sacaré de aquí…

—No —le dije lentamente—. No, no…

Volvió su rostro cubierto por el visor hacia mí; perplejo, mientras acunaba al chico.

—¿No qué? —me preguntó.

—¡Mira el estigma! ¡Tiene la marca! —grité mientras le señalaba la runa de Malleus grabada al rojo vivo en el tobillo del chico. El martillo de brujos, la marca al fuego del psíquico.

El niño del Caos levantó la mirada hacia mí y me sonrió siniestramente.

—¿Qué marca? —preguntó el marine—. ¿De qué marca me habla?

—Yo… yo…

Intenté luchar contra ello, debéis saberlo. Intenté repeler el impío poder mental del chico mientras éste me tanteaba la cabeza. Pero ese ser, ese «niño», estaba mucho más allá de lo que podían contener mis poderes.

Mátalo, me dijo.

Me temblaba la mano al resistirme a enarbolar el bólter y pegarle un tiro en la cabeza al marine. No lo conseguí: una agonía blanca y abrasadora se adueñó de mi horrorizado ser.

Y ahora, mátate, me sugirió mientras reía burlón.

Puse el cañón humeante del bólter contra mi propia sien y lo único que veía era la cara burlona del niño, que estaba apoyado en la rodilla del marine caído y sin cabeza.

Eso es, venga…

Mi dedo se cerró en torno al gatillo.

—No… n-no…

Sí, tonto estúpido, sí…

La sangre me brotaba de la nariz. Quería caer de rodillas, pero ese monstruo no me dejaría. Sólo quería una cosa, una sola cosa. Me lo suplicó y me arrancó la conciencia.

Era algo horrísono que no admitía negativa. Apreté el gatillo.



SIETE

VOKE, ESPECULACIONES
ESARHADDON
A TRAVÉS DEL VACÍO

Pero no morí.

Ese bólter que me había regalado el Bibliotecario Brytnoth, y que nunca me había fallado durante diez décadas de usarlo, falló y no disparó.

El niño cosa chilló y desapareció de un brinco entre el humo, debatiéndose contra las formas que me rodeaban. El marine muerto rodó por el suelo. El aire se escarchó con una descarga psíquica y tres figuras me pasaron por delante, en pos de aquella abominación diminuta. Inquisidores, todos eran inquisidores, o interrogadores cuanto menos. Y uno de ellos era el inquisidor Lyko, seguro.

Bajé mi mano temblorosa. Bajé ambas, y el bólter que aferraban, que se encontraba recubierto de hielo psíquico, con el mecanismo encasquillado y atorado.

Me volví y hallé a Commodus Voke que estaba a unos pasos detrás de mí. Su rostro anciano estaba contorsionado por el esfuerzo interior. Carámbanos de escarcha le destellaban en su larga túnica negra.

—Apártalo… a un lado —las palabras brotaban como jadeos apremiantes—. No… podré… contenerlo… mucho… más.

Aparté con presteza el bólter hacia un lado y apunté al aire. Voke se relajó entre convulsiones y en medio de un jadeo estentóreo, y el arma se estremeció y disparó. La mortífera carga se perdió en el cielo inofensivamente.

Voke flaqueaba, los giróscopos del exoesqueleto potenciador que cobijaban su frágil cuerpo se esforzaban al máximo para que mantuviera el equilibro. Le di la mano para que se apoyara.

—Gracias, Commodus.

—No tiene importancia —dijo con un hilo de voz. Empezó a recobrar las fuerzas y me clavó aquellos ojos brillantes de ave—. Sólo un valiente o un loco le plantaría cara a un psíquico alfa plus.

—Entonces soy ambas cosas, o ninguna. Yo era el que estaba más cerca de la emergencia, y no podía quedarme de brazos cruzados.

Nos vimos asaltados por unos ruidos extraordinarios que provenían del osario que teníamos detrás. Ráfagas, granadas, gritos y los estallidos y el murmullo de mentes que fracturaban la realidad, comprimían la materia, bullían la atmósfera. Vi un hombre con una sotana, un inquisidor o un astrotelépata, que se elevaba lentamente hacia los cielos entre una columna de fuego verde y ardía, y se desmenuzaba. Vi surtidores de sangre que saltaban como trombas marinas. Cayeron ante nosotros chaparrones de lluvia ácida y granizo, localizadas en ese trecho de la avenida, desencadenados por la ferocidad de la guerra psíquica.

Figuras que se apresuraban a unirse al combate. Muchos de los Ordos, con sus expertos guardias de corps, y decenas de los Adeptus Astartes. El suelo vibró bajo nuestros pies, y vi a uno de los imponentes Titanes *Warhound* que estaba apostándose tras la Puerta Espatiana mientras descargaba los turboláseres contra blancos terrestres. Una serie de explosiones aplastantes, principalmente detonaciones psíquicas,

rompieron los hábitats y las estructuras de la colmena del lado este de aquella ancha, y en ese momento atroz, avenida.

Los *Marauders* imperiales centellearon por encima de las cabezas. El cielo estaba ennegrecido por el humo, toda la luz del sol se había emborronado hasta desaparecer. Espirales de cenizas cayeron sobre nosotros como nieve gris.

—Esto es… un gran crimen —me dijo Voke—. Un día aciago en los anales del Imperio.

Me había olvidado de lo mucho que le encantaban esas descripciones a Commodus Voke.

La mayor parte de Colmena Primaris siguió sin ley y fuera de control durante cinco días. El pánico, los tumultos, los pillajes y el desasosiego de la población civil se adueñaron de las calles y los niveles habitables de la herida megalópolis, mientras los arbites y demás órganos del Imperio luchaban por imponer la ley marcial y restablecer el orden.

Fue un cometido desesperado. La población indígena por sí sola ya era muy grande, pero se había multiplicado hasta una extensión inimaginable debido a los peregrinos y turistas de la Novena. También se dieron brotes de tumulto y pánico por simpatía en otras colmenas. Durante un par de días pareció que todo el planeta iba a caer en una vorágine de sangre y fuego.

Pequeñas secciones de Colmena Primaris habían conseguido aislarse: los niveles de chapiteles de la elite; las casas nobiliarias, que eran auténticas fortalezas; los precintos inexpugnables de la Inquisición, de la Guardia Imperial, de los Astropathicus; los diversos bastiones del Munitorum; y el Real Palacio del Comandante Imperial. Todos los demás lugares, especialmente los comunes y los niveles habitables eran como una zona de guerra.

La Eclesiarquía lo pasó especialmente mal. Al ver el Monumento a la Eclesiarquía en llamas, las masas del populacho interpretaron esa pesadilla como una maldición divina, y descargaron su furia contra todas

las iglesias, templos y órdenes sacerdotales que encontraron. En las primeras horas nos enteramos de que el cardenal palatino Anderucias había muerto durante la destrucción del monumento. No fue, ni de lejos, el único gran jerarca en perecer en la orgía de matanzas que ocurrió después.

Volver a capturar o exterminar a los psíquicos incontrolados se convirtió en el objetivo principal, y en el más importante, con el que se encontraron las autoridades. Se sabía que diez habían escapado de la batalla inicial en la Avenida de Victor Bellum y habían huido a la colmena, sembrando una carnicería por donde pasaron, y acosados por las fuerzas inquisitoriales y toda la dotación imperial que se les pudo llevar para darles apoyo.

Dos de ellos apenas consiguieron alejarse un par de kilómetros desde la procesión, con las fuerzas imperiales de la batalla de la avenida pegadas a los talones, y fueron neutralizados al anochecer de aquel terrible primer día. Otro más fue a parar a una conservera de verduras, del sector oriental ultra hábitat y lo rodearon. Hacerlo estallar y quemarlo costó tres días y la vida de ochocientos Guardias Imperiales, sesenta y dos astrotelépatas, dos marines espaciales y seis inquisidores. La conservera y los hábitats en tres kilómetros cuadrados a la redonda quedaron arrasados.

No había un mando centralizado, si es que había alguno, para nuestras fuerzas. El almirante Oetron, que se había quedado con la flota de combate orbital como comandante de observación, se las arregló para poner cuatro naves de vigilancia en órbita geoestacionaria en torno a la Colmena Primaris y, durante un tiempo, consiguió proporcionar cobertura de comunicaciones de voz y astrotelepáticas que resultaran mínimamente inteligibles para las fuerzas terrestres. Aun así, tras el anochecer del primer día, las tormentas psíquicas azotaron toda la colmena, y se averiaron los repetidores de transmisiones.

Fue un período siniestro y terrorífico. Abajo, en las calles en llamas, nos repartimos como pudimos en pequeñas unidades que funcionaron de forma autónoma. Por el mero hecho de estar con Voke, pasé a formar parte de un grupo que se había acuartelado en la sede de los arbites de la calle Blammerside, en el barrio mercantil. Nos llovían grupos de ciudadanos desesperados que suplicaban ayuda, piedad y refugio; y bandas mucho mayores atacaban la sede una y otra vez, impelidos por el miedo, por la rabia contra los órganos de gobierno imperial o, simplemente, porque no los dejábamos entrar.

Es que no podíamos: estábamos desbordados de heridos y muertos, que eran demasiados para que los atendieran los arbites cirujanos y el personal del depósito de cadáveres. Nos quedaba muy poca comida, suministros médicos y munición, y también racionábamos el agua, ya que no teníamos avituallamiento.

Igualmente, habían cortado la electricidad, pero la sede contaba con un generador propio.

Durante toda la noche, botellas, proyectiles y bombas hechas con promethium se hacían añicos contra las ventanas blindadas, y los puños aporreaban las puertas.

Voke estaba al mando por ser el de mayor edad y veteranía. Aparte de mí, estaban el inquisidor Roban, el inquisidor Yelena, el inquisidor Essidari, veinte interrogadores y jóvenes asistentes inquisitoriales, sesenta soldados de la Guardia Interior, varias decenas de astrotelépatas y cuatro marines espaciales de los Cónsules Blancos. Los arbites propiamente dichos eran unos ciento cincuenta, y la delegación también acogía a unos trescientos nobles, eclesiarcas y dignatarios del Gran Triunfo, así como a unos cuantos centenares de ciudadanos de a pie.

Recuerdo que era justo después de medianoche y estaba solo en el desvalijado despacho del comandante de los arbites y contemplaba, a través de las ventanas blindadas las calles en llamas, la tormenta psíquica, que estaba en su apogeo y que desgajaba el cielo. No había recibido

ninguna noticia o señal de Ravenor desde que la catástrofe empezara. Y recuerdo que las manos aún me temblaban.

A decir verdad, creo que aún era presa del shock. A causa del suceso en sí, naturalmente, y también debido a los ataques psíquicos. Había sufrido mucho en el transcurso de todo ello. Recé por recobrar la lucidez, pero no debía de ser el momento para ello.

Aunque estuviera entumecido, mi cerebro no paraba de darle vueltas a la idea de que aquel ultraje había sido algo deliberado.

—No existe ninguna duda posible —dijo Voke detrás de mí. Obviamente, me estaba leyendo los pensamientos superficiales sin mi consentimiento. Levantó y desplegó una silla de acero, y se sentó en ella.

—¡Es cierto que ocurren accidentes, y que los aviones se estrellan! —gritó—. Pero éstos viraron y nos atacaron. Ese ataque estaba planeado.

Asentí: al menos, uno de los *Lightning* se había estrellado contra la comitiva del Señor de la Guerra, y otro había caído entre las filas de la Inquisición. Nadie sabía aún cuántos habían muerto de mi institución exactamente, pero Voke había visto lo suficiente para estimar que, al menos, doscientos de nuestros compañeros inquisidores habían sido aniquilados.

Recuerdo la conversación que tuvimos en la sobremesa, las especulaciones sobre las fuerzas de poder que podían oponerse al ensalzamiento de Honorius.

—¿Es el primer acto de una guerra entre las Casas? —pregunté—. ¿Es posible que la Eclesiarquía, o acaso las grandes dinastías, estén intentando torpedear el ascenso del Señor de la Guerra? Su nombramiento como Protector Feud no debe de haber sido muy bien recibido entre muchas facciones poderosas.

—No —respondió—. Aunque estoy seguro de que esto es lo que muchos creerán, lo que se supone que muchos han de creer.

Voke me miró fijamente.

—Liberar a los psíquicos era el objetivo —prosiguió—. No hay otra explicación posible. El Archienemigo atacó para sembrar el desconcierto y

permitir así que los prisioneros se escaparan, y para neutralizar las partes del desfile que mejor podían contener la fuga de éstos.

—Esta parte no pienso discutirla. Pero ¿liberar a los psíquicos era el objetivo en sí mismo o, simplemente, el medio para alcanzar un fin?

—Explícate…

—¿Era un ataque para liberar a los psíquicos?… ¿O sólo un acto de violencia extrema contra el Imperio que se suponía que la liberación de los psíquicos exacerbaría?

—Hasta que no sepamos quién está detrás, no podremos responder.

—Eso de manipular la mente de los pilotos… ¿Podrían haberlo hecho los propios psíquicos?

—Tampoco podemos saberlo —se encogió de hombros—. Aún no. Quizás el Señor de la Guerra sea culpable de una cierta bravuconería por mostrar a sus prisioneros así, pero seguro que se cercioró de tomar las medidas de seguridad pertinentes. Yo me inclinaría a sospechar de una tercera mano.

Nada dijimos durante un momento. El mismo Honorius Magnus había salido muy malparado del impacto de la nave estrellada, y lo estaban sometiendo a una operación de emergencia a bordo de una fragata médica en los astilleros. Nadie sabía aún si el Señor Comandante Imperial Helicano estaba vivo. Si estaba muerto, el Caos se habría anotado una victoria histórica.

—Yo también sospecho de una tercera mano —le dije a Voke—. Quizás otro psíquico, o un grupo de ellos, que siguió a sus colegas hasta aquí para prepararles una fuga.

—El mayor triunfo de toda mi vida, Gregor —contrajo su boca sin labios—, será capturar a esos monstruos en nombre del Emperador… Y luego ya veremos en qué queda todo esto.

—No puedes culparte, Commodus.

—¿Cómo que no? —me frunció el ceño—. ¿Y cómo te sentirías tú si estuvieras en mi lugar?

Me encogí de hombros.

—Enmendaré mis faltas —prosiguió—. No descansaré hasta que todos esos engendros sean destruidos y se restablezca el orden. Y después no descansaré hasta que encuentre quién y qué está detrás de todo esto.

Me clavó la mirada durante largo rato.

—¿Qué? —le pregunté, aunque ya intuía lo que se avecinaba.

—Tú… tú estabas muy cerca de la escena, tal y como me dijiste. Más cerca que casi todos, y aun así saliste ileso de la peor parte gracias a la protección de la Puerta Espatiana.

—¿Y?

—Ya sabes lo que quiero pedirte.

—Crees que deberías empezar por mí. Mira: estoy demasiado cansado, Voke. Me detuve allí para rendir honores a la tumba del almirante.

Arqueó una ceja como si notara que en verdad no me creía mucho lo que le decía. Pero al menos tuvo la cortesía de no hurgar en mi mente con sus habilidades psíquicas, mucho más poderosas que las mías, para saber qué había de cierto en ella. Con tantos encuentros a través de los años, habíamos llegado a una especie de entendimiento, y ahora estábamos a la par en eso de debernos la vida.

Me conocía lo suficiente para no insistir en ello. Al menos, de momento.

Un interrogador entró presuroso en la habitación.

—Señores —dijo—, el inquisidor Roban desea haceros saber que hemos establecido contacto con uno de los herejes.

Por lo que pudimos saber, el hereje era un psíquico de nivel alfa plus que se llamaba Esarhaddon, y había sido uno de los líderes de la secta. Se había escondido en la colmena, después de provocar tumultos y aflicciones a su paso, perseguido por un grupo encabezado por Lyko y por Heldane. Este último había conseguido contactar con uno de los astrotelépatas de Voke y enviarle una petición de ayuda codificada.

Voke, Roban y yo nos aventuramos por las calles de la colmena con un equipo de exterminio de sesenta componentes, que incluía a los cuatro

Cónsules Blancos. El jefe de su escuadra era un sargento especialmente alto que respondía al nombre de Kurvel. Atravesamos a pie los escombros y los escombros en llamas. Las bandas de ciudadanos nos abuchearon y nos lanzaron todo tipo de objetos, pero la mera visión de los cuatro terribles marines espaciales bastó para mantenerlos a raya.

Esarhaddon, tal como Voke me previno, era un ser de una inteligencia terrible al que no se podía subestimar. Cuando vimos el lugar donde había decidido refugiarse, entendí lo que Voke había querido decirme.

La noble familia de Lange era una de las más preeminentes de la aristocracia de Tracian Primaris y tenía un enorme palacio de verano en el sector oriental de Colmena Primaris, cerca del barrio mercantil, donde habían hecho fortuna.

El palacio se alzaba orgulloso entre las calles de los habitáculos que lo rodeaban, envuelto por su propia burbuja de fuerza.

Era una de las zonas de la ciudad que habíamos supuesto que era segura. Con toda su energía y recursos, las casas nobles debían ser capaces de protegerse mientras durase ese estado de excepción.

Pero no contra Esarhaddon. Él estaba allí dentro, y contaba con todos los recursos del palacio para protegerse.

Encontramos a Heldane en la ronda occidental que llevaba al palacio. Llevaba con él un equipo de una veintena de hombres. La calle estaba alfombrada de cadáveres, muchos de ellos ciudadanos.

—Controla a las masas como si fueran títeres —dijo Heldane con parquedad, sin mediar palabra alguna de bienvenida—. No dejan de venir oleadas de ellos para impedir que traspasemos los muros del jardín y el ala de los sirvientes, anexa a éstos.

Como ya debo haber dicho, no soportaba al inquisidor Heldane. Era un hombre muy alto y siniestro, y su cara no era más que un amasijo irreconocible de cicatrices desde que tuvo aquel encuentro con un carnodonte hambriento al volver a Gudrun. Había sido pupilo de Voke cuando lo conocí, pero ya era todo un inquisidor con poderes mentales

que, según se decía, superaban hasta a los de su antiguo maestro. Cuando lo vi allí me dio un escalofrío. Se había sometido a incontables operaciones de cirugía plástica, pero no para borrar el daño que había sufrido en la cara, sino para exagerarlo. Era como si le hubieran alargado el cráneo hasta alcanzar una forma casi equina, con una boca que parecía un hocico lleno de dientes romos y unos ojos negros y tenebrosos. Unos cables de fibra y tubos de fluido le coronaban la cabeza en lugar de los habituales cabellos. Llevaba una armadura de plastiacero del color de la sangre y portaba una guja segmentada de energía.

—Eisenhorn —asintió con la cabeza al verme. Era como si un corcel de guerra hubiera movido la testa hacia mí.

—¡Vuelven otra vez! —El grito se propagó entre los hombres de Heldane. Calle abajo, atravesando las fiigas de fiiego, unas figuras venían tambaleándose hacia nosotros.

¡A las armas! ¡Preparados! Heldane había hablado, pero no con su voz. La orden psíquica nos había resonado en la cabeza, y algunos de nuestros soldados parecían haberse acobardado.

Nos cayó encima una lluvia de proyectiles, y los miembros de la Guardia Interior desplegaron un paraguas protector de escudos antidisturbios. También nos dispararon con armas de fuego cortas, y un arbite que estaba cerca de mí cayó con la rodilla deshecha.

Los atacantes, un centenar o más, eran ciudadanos de la colmena, con los rostros inexpresivos y que se movían como marionetas. Tal y como Heldane nos había informado, alguna fuerza psíquica monumental los había obligado a convertirse en sus títeres involuntarios. El humeante aire nocturno se ionizó con el reflujo psíquico.

No encontraba placer alguno en acciones como la que llevamos a cabo. Esa bestia, Esarhaddon, nos obligaba a luchar contra civiles inocentes, sólo porque teníamos que protegernos.

Quizá pensara que así renunciaríamos a la misión y lo dejaríamos en paz. Pero nosotros éramos la Inquisición.

Kurvel mandó que los Cónsules Blancos se desplegaran al frente, y golpearan sus armas contra las corazas y lanzaran desafíos a través de los

altavoces de los cascos. Vi cómo una bomba de promethium alcanzó a uno de ellos y se rompió, recubriéndolo de líquido inflamable, pero el Cónsul siguió avanzando a grandes pasos.

Disparamos por encima de las cabezas de la turba, en un intento por disolverlos, pero carecían de voluntad propia. Pasamos a disparar a muerte. En diez minutos, y muy a pesar nuestro, habíamos sumado una tremenda cifra a la ya elevada tasa de mortalidad del planeta.

Esta acción nos llevó hasta la esquina de la calle, frente a los altos muros del jardín, en el límite del mismo escudo de fuerza iridiscente.

Oí una risita burlona resonar en mi cabeza.

Esarhaddon.

¿Dónde está Lyko?, oí que Voke preguntaba psíquicamente a Heldane.

Se ha llevado a un equipo a la parte delantera para intentar desactivar el muro de fuerza.

—¡Idiota! —dije con un grito mirando a Heldane—. Este monstruo puede controlar a una multitud, ¿y no se te ocurre más que usar el habla psíquica cerca de él?

—Ese monstruo —replicó Heldane—, es capaz de leerle la mente a todo el que esté en esta ciudad, y más lejos aún. Ya sabe de sobra lo que estamos haciendo. No tiene sentido guardar el secreto, es un esfuerzo inútil. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Cuánto queda hasta el próximo ataque? —preguntó Kuvel mientras recargaba el arma.

—Desde que llegamos por primera vez, cada vez son menos frecuentes —respondió Heldane—. Depende de lo que tarde Esarhaddon en rebuscar mentalmente en los habitáculos colindantes y reclutar otra fuerza de títeres. Cada vez ha de lanzar la red más lejos.

—¿Y cómo habrá conseguido meterse aquí? —inquirió Roban. Heldane se limitó a negar con la cabeza y a encogerse de hombros. Roban, un robusto inquisidor de mediana edad ataviado con una túnica de varias capas de color amarillo y castaño, era un buen hombre, aunque yo no lo conocía muy bien. Pero era un xantanita declarado, y el ultrapuritano Heldane no podía ni verlo.

Voke y Heldane se pusieron a discutir de los posibles planes de ataque con Kurvel, mientras los soldados que nos rodeaban se pusieron en formación defensiva.

—Es una misión muy poco agradecida y muy puñetera —me dijo Roban—. Ni siquiera sé por qué estamos aquí.

—Porque somos carne de cañón —respondió su joven interrogador, Inshabel, con cierta hosquedad, algo que nos hizo reír a ambos.

—Ha de haber algo… —dije.

Saqué mi visor de bolsillo e intenté leer las pautas y espectros de energía.

—¡Tú! —llamé a uno de los arbites del grupo, un canoso comandante de la ronda local que iba enfundado en un equipo completo de antidisturbios.

—¿Inquisidor?

—¿Cómo te llamas?

—Albert Si'dad, señor.

—¡Por el amor de Dios Emperador! —suspiré de nuevo, y Roban y yo nos volvimos a reír.

—Muy bien, Adversidad… Este palacio debe de estar dentro de la zona de patrulla de tu ronda.

—Sí, señor.

—Así que la seguridad de la calle que lo rodea es de tu responsabilidad.

—Una vez más; sí, señor.

—Por lo que… Aunque sólo sea como cuestión de procedimiento, en tu sede han de estar registrados el tipo de escudo y armónicos que usa el palacio, por si se produce una emergencia.

Según mi experiencia, era un protocolo estándar que todos los arbites de la ronda supieran tales detalles sobre los edificios clave que tenían bajo su competencia.

—Es información confidencial, señor.

—Por supuesto que lo es —suspiré de nuevo—, pero ahora sería un buen momento para que dejara de serlo…

El hombre activó su comunicador de voz y, tras grandes esfuerzos, consiguió abrir un canal con la sede.

—Estás tramando algo, ¿no? —me preguntó Roban.

—Puede ser.

—El taimado inquisidor Eisenhorn…

—¿El qué?

—No te ofendas. Es que tu reputación te precede.

—¿Ah sí? ¿Buena o mala?

Roban sonrió sombríamente y negó con la cabeza, como si se tratara de alguien que hubiera oído algo, pero que no se metía donde no lo llamaban.

—Es un antiguo cono de vacío de tipo diez —nos informó prontamente el comandante de arbites Albert Si'dad—. Una urdimbre de ocho-siete-ocho tangentes armónicas. No tenemos el código de desactivación, Lady Lange no lo hubiera permitido.

—Me juego lo que quieras que ahora lo haría —dijo el interrogador Inshabel, tan cáustico como siempre y poniendo el dedo en la llaga. Empezaba a caerme bien.

—Gracias, Adversidad.

—Es… Albert Si'dad, señor.

—Ya lo sé.

Intenté recordar todo lo que Aemos me había aconsejado sobre los escudos todo esos años. Deseé tener su memoria. Es más, deseé tenerlo a mi lado.

—Podemos desvanecerlo —dije muy seguro de mí.

—¿Desvanecer un escudo de vacío? —preguntó Roban.

—Es cónico… y sólo de superficie. Y es viejo. El vacío se puede aminorar, como cualquier otra cosa, pero seguro que se quedarán sin el campo si les privas de uno o más de los proyectores.

—Ese contrafuerte de allí, el que está detrás del muro del jardín, tiene que ser una de las unidades de proyección ancladas en tierra.

—Le veo la lógica, pero no la aplicación práctica. —Roban asintió, al parecer impresionado.

Me fui hasta el hermano sargento Kurvel, interrumpí la conversación que sostenía con Heldane sin pedir permiso y les expliqué lo que quería hacer.

—¡Pero si Lyko ya lo está intentando, hombre! —se burló Heldane de inmediato.

—¿Y cómo?

—Ha localizado los controles externos de la puerta principal y está intentando romper el código…

—El código y los controles estarán bloqueados y desactivados gracias a Esarhaddon. Lyko pierde el tiempo, no podemos apagarlo. No podemos romper el control que Esarhaddon tiene sobre el sistema, pero sí que podemos minar el sistema.

Heldane estuvo a punto de añadir algo más, pero Voke le hizo callar.

—Creo que Gregor puede haber dado en el clavo.

—¿Por qué?

Voke señaló con el dedo a medio millar de ciudadanos que se dirigían hacia nosotros desde todos los puntos de las calles.

—Porque, tal como has indicado antes, Heldane, ese monstruo puede oírnos. Y está claro que no le gusta cómo suena nuestro plan.

A Kurvel le costó diez minutos levantar el pavimento y arrancar una sección de la tapia del jardín con su garra relámpago. Y, mientras tanto, la turba creciente de marionetas no hacía más que atacarnos.

—¡La alcantarilla! —anunció Kurvel al fin.

Me volví hacia los demás mientras nos llovía encima una tromba de proyectiles y de disparos láser.

—Commodus… Tienes que contenerlos un rato más.

—Cuenta con ello —me dijo.

—Roban, reúne una escuadra, y venid conmigo.

Heldane no estaba muy contento, pero en ese momento tampoco estaba para imponer su opinión. Creo que pagó su rabia con aquellos ciudadanos esclavizados.

Me dejé caer por el agujero en la alcantarilla con Kurvel, Roban, Inshabel y tres soldados de la Guardia Interior. La defensa de la calle, allá arriba, no se podía permitir prescindir de más.

Aquel inmundo conducto de la cloaca pasaba por debajo del propio muro antes de perderse en un recodo abrupto. Apoyos de piedra envejecida reforzaban la base del contrafuerte. La piedra era cálida, y unas esponjosas colonias de hongos crecían en ella.

Inshabel proyectó un haz de luz para que yo pudiera ver. Kurvel ya era capaz de ver en la oscuridad. Sacó las dos últimas granadas perforantes que le quedaban y las enganchó a la manipostería con anclajes adhesivos que extrajo de un tubo de pasta que llevaba en la mochila.

—Ojalá hubiéramos tenido más. Podríamos haber volado todo el muro.

—Podríamos, sargento. Pero así será mejor, incluso.

—¿Por qué?

—Porque, si sólo hacemos que el proyector falle, las energías del escudo provocarán un cortocircuito antes de venirse abajo. Eso creará un pulso electromagnético dentro del mismo campo, en vez de volarlo por los aires. Y creo que un pulso electromagnético es la última cosa que le gustaría a Esarhaddon ahora.

Como para demostrar que mis conjeturas eran acertadas, una oleada punzante de poder psíquico nos laceró. Esarhaddon se había dado cuenta de esa vulnerabilidad y estaba enfocando su inmenso poder contra nosotros. Las marionetas habían sido presa fácil, pero había llegado el momento de controlar o detonar la mente de sus cazadores antes de que dejaran de ser juguetes y se convirtieran en un peligro.

El ataque del psíquico fue devastador. Dos de los guardias del Interior murieron inmediatamente, sin más. Otro empezó a disparar, alcanzando

por dos veces a Kurvel e hiriendo a Inshabel. Muy a su pesar, Roban abatió al soldado con la pistola láser.

Nuestras mentes eran más difíciles de atacar, especialmente por la protección que nos proporcionaba la roca que teníamos encima y lo cerca que estábamos del flujo de energía del escudo.

Pero era cuestión de segundos que Roban, Inshabel Kurvel y yo muriéramos o nos convirtiéramos en maníacos homicidas.

Cómo deseaba que Alizebeth, o cualquier otro miembro de la Rueca, estuviera con nosotros.

—¡Detónalo! ¡Detónalo! —jadeé mientras los capilares de la nariz y la garganta se me abrían por segunda vez en lo que iba de día.

—¡Pero estamos justo debajo de…!

—¡Hazlo, hermano sargento! ¡En nombre de Dios Emperador!

La explosión destruyó el proyector y llenó el túnel de la alcantarilla con una oleada de devastación. Nos habría matado a todos si no hubiera sido porque el hermano sargento Kurvel nos escudó con su inmenso cuerpo acorazado.

Eso le costó la vida.

Me prometí no parar hasta conseguir que el Primarca de los Cónsules Blancos oficie una ceremonia en honor y memoria de él.

Con el proyector generador fuera de juego, el escudo de vacío se vino abajo y quemó los sistemas del palacio con una sobrecarga electromagnética.

Y también ofuscó la colérica mente de Esarhaddon.

Mi investigación sobre los intocables, a través de Alizebeth y luego mediante la Rueca que ella creó y dirigía, me hicieron suponer que acaso el poder psíquico, sin importar su potencia, se basa en el análisis final del funcionamiento de la mente humana como algo eléctrico, en el desencadenamiento de descargas de impulsos que se dan en las sinapsis.

De algún modo, los intocables lo anulan y provocan una carencia, molesta y desarmante, en ese proceso tan natural como fundamental para el cerebro humano. Ése era el motivo, concluí en un principio, por el que los psíquicos no funcionan en presencia de los intocables… Y por lo que el olvido y la desazón afloran cuando están presentes. Y, en último extremo, por lo que éstos tanto molestan y trastornan a los humanos, y a los psíquicos con doble motivo.

Había convertido aquel viejo escudo de vacío en un breve y brillante estallido de intocabilidad.

Y ahora ese Esarhaddon, ese hereje psíquico que el Emperador maldijese mil veces, había quedado ensordecido, enmudecido y cegado temporalmente. Era mío.



OCHO

LA GUARIDA DE ESARHADDON LYKO, EL VENCEDOR VESTIGIOS

Penetramos el palacio de Lange por el muro. Había un hedor acre de ozono causado por el escudo caído, y los cuidados frutales y setos de laraebur de los jardines estaban requemados y humeaban.

Bajé corriendo junto a Roban e Inshabel por un caminito de baldosas de pedernal que pasaba entre el ala de los sirvientes y el pórtico oriental. Faroles y antorchas parpadeaban en los jardines que dejábamos atrás mientras Heldane dirigía la fuerza principal a dar un rodeo por la terraza.

La casa estaba sumida en el silencio y las tinieblas, ya que todo el suministro eléctrico había sido cortado por el impulso electromagnético. Las puertas principales del pórtico oriental yacían destrozadas en el suelo de mosaico, donde la oleada consiguiente de sobrepresión del vacío las había arrojado. Y también todas las ventanas no eran más que agujeros abiertos de un golpe.

Los fotorreceptores y controles climáticos de los paneles de madera azulada del pórtico estaban fundidos y chamuscados. Desde lo más profundo del palacio se veía brotar humo y el destello de las llamas.

Proseguimos el avance, encontrando a nuestro paso a habitantes de la casa muertos y servidores inertes. Toda un ala de dependencias oficiales ardía por los lugares en los que habían caído las lámparas de promethium.

Comprobamos las habitaciones a sendos lados a medida que avanzábamos. Roban abría la marcha, barriendo con su pistola láser acoplada a diestro y siniestro.

—¿Cuánto nos queda? —me preguntó Inshabel.

—¿Hasta qué?

—Hasta que se recobre del impulso electromagnético.

No lo sabía. No había manera de saber cuán gravemente habíamos herido a Esarhaddon o lo resistente que era su mente, pero no debíamos de tener mucho tiempo.

En el segundo piso una escalera de peldaños de etercita nos condujo a una gran sala de banquetes. El techo, una bóveda de cristal endurecido, se había desplomado, y las tormentas psíquicas chasqueaban y hendían el cielo que se veía en lo alto. A cada paso aplastábamos los cristales o los restos esparcidos.

También había cadáveres allí: los cuerpos de la nobleza y el servicio revueltos.

Oí un movimiento y un sollozo en una antesala adyacente. Los pobres infelices que ocupaban la habitación ahogaron un grito de terror en cuanto los enfocamos con las linternas. Era un puñado de supervivientes de la casa, muertos de miedo en la oscuridad. Muchos de ellos mostraban signos de quemaduras psíquicas o golpes telequinéticos.

—Inquisición Imperial —dije con firmeza aunque con serenidad—. Tranquilos. ¿Dónde está Esarhaddon?

Algunos se encogieron de pavor o gimieron al oír el nombre. Una viuda de la nobleza, con el traje iridiscente hecho trizas, se acurrucó en un rincón y empezó a llorar.

—¡Rápido! Tenemos muy poco tiempo… ¿Dónde está? —pensé en usar mi voluntad para espolearlos a que respondieran, pero ya les habían torturado bastante la mente por aquella noche. Hasta una prueba mental de auscultación podría haber matado a algunos de ellos.

—C-cuando se fue la luz, salió corriendo… salió corriendo hacia la salida del ala oeste —dijo un hombre empapado de sangre y ataviado con lo que supuse que era el uniforme de la guardia de corps de la Casa Lange.

—¿Puedes acompañarnos?

—Tengo la pierna rota…

—Que venga otro entonces, ¡por favor!

—Frewa… ve tú, Frewa —el guardaespaldas llamó con la mano a un aterrorizado paje que se agazapaba tras una columna.

—Venga, chavalote, muéstranos el camino —le dijo Roban para darle ánimos.

El chico se puso de pie, con los ojos exorbitados del miedo. Yo no estaba seguro de si tenía más miedo de Esarhaddon o de los inquisidores que se agolpaban, inquietantes, a su alrededor.

Un pasillo salía de detrás de la sala de banquetes e iba hacia el oeste, a la plataforma de aterrizaje particular de la casa. Borrones de sangre y cristales titilaban por el suelo embaldosado.

Sentí en la piel lo que me pareció que era un soplo de aire.

¿Una salida al exterior, quizá?

Los pesados cierres de la entrada del fantasmal muelle de carga estaban abiertos de par en par. Más allá de las formas sombrías de varios servidores de estiba, que dormían encorvados, se alzaba la escotilla principal a través de la que parpadeaba la luz del frío exterior.

Con el arma levantada, hice un gesto a Roban e Inshabel para que dieran un rodeo por la derecha. El paje se volvió a agazapar en la entrada. Algo en la calidad del aire estaba cambiando, como si la misma atmósfera se estuviera acartonando y poniéndose rígida, como si una gran fuerza tomara aliento.

Esarhaddon se estaba recuperando, estaba seguro.

Una luz verde y lívida bañó de súbito el muelle de carga, una bengala psicométrica acompañada por un estallido de salvaje poder psiónico. Roban y yo nos tambaleamos, con los pulmones exprimidos de aire y los

dedos de la telequinesis punzándonos en la mente. Inshabel lanzó un grito al ser derribado por la espalda por Frewa, el paje. Con los ojos en blanco y babeando, el chico se había visto reducido, en un instante, a un títere sin mente. Inshabel se debatió, pero el chaval estaba fuera de sí y, pese a que el inquisidor abultaba mucho más, estaba inmovilizado en el suelo.

El dolor que sentía en la mente era muy intenso, pero sabía que Esarhaddon aún no estaría con las fuerzas al máximo. Levanté el escudo mental más potente que era capaz de conjurar y seguí adelante.

De repente se oyó el rechinar de unos servomotores. Una gran garra de acero me golpeó de lado en la cabeza y caí de espaldas.

Un servidor de estiba, con el caparazón metálico verde de cardenillo, se alzó hasta desplegar sus tres metros de altura y chirrió por el muelle hacia mí con unas cuadradas piernas hidráulicas. Penachos de vapor brotaban de las junturas de sus anchas espaldas mientras los pistones de sus brazos se levantaban contra mí de nuevo. Puntos de luz amarilla incandescente ardían en las cuencas oculares de su visor dentado.

Pese a su apariencia mecánica, el androide, como todos los servidores, estaba construido con órganos humanos: cerebro, bulbo raquídeo… Una red neuronal y glándulas, que Esarhaddon podía controlar como las de un humano normal y corriente.

Me volvió a atacar, y esta vez falló. La extremidad cortante había surcado el aire con un silbido característico.

Estaba construido como si fuera un gran simio: patas achaparradas, una gran caja torácica, espaldas fuertes, y unos brazos largos y gruesos. Era ideal para cargar grandes pesos en la bodega de una nave de carga.

También era ideal para reducir a un cuerpo humano a una pulpa sanguinolenta.

Roban me avisó con un grito. Un segundo servidor de estiba, de tamaño todavía mayor y con un alargado cuerpo de cuadrúpedo, también había empezado a moverse. Tenía picada la carcasa del cuerpo, que era de metal rojizo y llevaba un armazón con unas palas de carga en lugar de la cabeza, lo cual le confería la apariencia de un toro. Las palas ennegrecidas

de grasa del toro dieron un bandazo hacia Roban, que disparó seis o siete tiros que rebotaron o mellaron el chasis de la máquina.

Esquivé dos lentas acometidas más del servidor simiesco. Estábamos perdiendo un tiempo precioso. Con cada tictac del reloj, Esarhaddon se recobraba más y crecía en poder.

Vacié un cargador del bolter en la parte más grueso del cuerpo del servidor, lo que le hizo tambalearse y los motores y los pistones de sus piernas empezaron a chasquear al compensar el retroceso.

Mientras, yo ya había sacado la espada de energía, con la hoja encendida. Había sido bendecida por el Preboste de Inx, y era mi arma favorita. Siempre había sido un buen espadachín, y más después de que Arianhord me instruyera en el *Ewl Wyla Scryi* de Carthae antes de morir. El *Ewl Wyla Scryi*… Literalmente, «el genio del filo», la senda de la espada propia del planeta Carthae.

Tracé una figura de ocho, la *ghan fasl*, seguida por un tajo a contramano, la uino contragolpe del *tahn wyla*.

La estocada resultó buena. La hoja de energía cortó limpiamente el antebrazo del servidor, enviando aquella enorme garra a rebotar metálicamente por el suelo.

Irguió, tambaleante, el cuerpo hacia mí, como si estuviera enfurecido, me atacó con la garra de la mano que me quedaba y me azotó con el extremo fundido y humeante de su miembro recién cortado.

Hice una parada horizontal a la altura de la cabeza, conocida como la uwe sar, y luego di estocadas de bloqueo a diestro y siniestro, la *ulsar* y la uin *ulsar*. Regueros de chispas caían en cascada con cada impacto que daba en el cuerpo metálico. Me zafé, agachándome hacia la derecha del gran golpe que me dirigió a continuación y giré completamente sobre las rodillas para volver a encararme con él justo a tiempo para ponerme de pie y seguir con el *ura wyla bei*, un devastador tajo de barrido diagonal, de derecha a izquierda. El filo y la punta de mi espada partieron por la mitad la chapa del torso del servidor con un fogonazo eléctrico.

El intercambio de golpes me había dejado tiempo suficiente para encontrar mentalmente dónde se alojaba el componente del bulbo raquídeo

del servidor, iluminarlo y hacer que brillara ante mi ojo mental con el poder psiónico que lo impulsaba. Se encontraba debajo del caparazón, entre las cervicales.

Una *uwe sar* más, seguida por la *ewl caer*, o estocada mortal. Con la punta por delante, atravesando limpiamente la estructura corporal, atravesé el cerebro orgánico. Mantuve allí la chisporroteante hoja durante un momento, mientras los puntos amarillentos de los ojos se apagaban, luego la saqué limpiamente otra vez y me hice a un lado mientras el servidor se derrumbaba contra el suelo.

—¡Roban! —llamé mientras saltaba por encima del enemigo que terminaba de despachar.

Pero Roban estaba muerto. Las palas del servidor habían atravesado el flácido cuerpo por el vientre, y sacudía aquellos apéndices como si intentase librarse de él.

Inshabel estaba de pie, y las lágrimas le caían copiosamente por la cara mientras acribillaba al servidor con una ametralladora automática.

Lancé una maldición y corrí hacia allí, enarbolando la espada de energía con ambas manos. La descargué contra la espalda del servidor. Dudo que los maestros espadachines de Carthae, con toda su sabiduría, tengan un nombre en su reverenciadísimo *Ewl Wyla Scryi* para referirse al tajo descendente que cercena la columna vertebral y el torso de un servidor.

Inshabel corrió hacia su maestro muerto mientras el servidor se venía abajo, e intentó liberar el cuerpo de éste.

—Demasiado tarde, ya es demasiado tarde —le dije, acompañando la orden con el poder de mi voluntad. Inshabel estaba a punto de perder los estribos y dejarse llevar por la cólera y el dolor, y yo lo necesitaba.

Recogió el arma y echó a correr detrás de mí.

—¿Y el paje? —le pregunté.

—Tuve que pegarle. Espero que sólo esté inconsciente.

Salimos en medio de esa noche, azotada por la tormenta, a la pista de aterrizaje del palacio. Los rayos psíquicos rasgaban el cielo sobre nuestras cabezas y el viento nos azotaba. En la pista propiamente dicha no había nadie, pero en los prados circundantes tenía lugar una lucha. Vi ocho figuras, algunas con túnicas, otras con la armadura corporal de la Guardia Interior que estaban a punto de cerrar el cerco en torno a un solo humano que crepitaba y brillaba con una luz espectral. Unas puntas espinosas de llamas brotaron de la figura acorralada y derribaron a uno de los guardias mientras mirábamos.

Esarhaddon. Habían acorralado a Esarhaddon.

Inshabel y yo saltamos de la pista, una caída de tres metros hasta el césped, y corrimos para unirnos a la refriega.

Puede ver claramente a Esarhaddon a pesar de la lluvia. Un hombre alto que iba casi desnudo, con el cabello negro revuelto y un cuerpo magro y fibroso, con una aureola que brillaba y se deslizaba por sus extremidades, que no dejaban de moverse en una espiral de cabriolas.

Estábamos sólo a unos diez metros de allí cuando una de las figuras cubiertas de túnicas enarboló un arma aparatosa y acertó de lleno al psíquico incontrolado.

Una pistola de plasma.

El haz violeta, casi demasiado brillante para mirarlo, golpeó a Esarhaddon. En el estado de debilidad en que se encontraba, no tenía defensa contra aquello.

Ardió como una carga incendiaria y se quemó de arriba abajo en medio de la hierba.

Inshabel y yo bajamos las armas y nos pusimos caminar hacia el círculo de figuras que estaba alrededor de aquella pira al rojo vivo. Mientras el inquisidor Lyko se desprendía del arma, sus acólitos encapuchados murmuraban plegarias y preces de agradecimiento.

—El Emperador te estará agradecido, Lyko —le dije. Volvió la mirada y me vio allí.

—Eisenhorn —me saludó con la cabeza.

Su cara enjuta estaba arrugada y tensa; y sus ojos azules, ensombrecidos. Solamente tenía unos cincuenta años estelares, era joven para las normas de la Inquisición. Lo suficientemente joven para que su prometedora carrera sobreviviese a la atrocidad de ese día.

—No sirvo al Emperador por Su gratitud. Lo hago para mayor gloria del Imperio.

—Como ha de ser —le dije.

Volví la mirada a aquellos restos carbonizados que habían sido nuestra presa. La verdad es que me importaba bien poco haberle servido en bandeja de plata esa oportunidad a Lyko. Él podía llevarse la gloria, no me importaba. La fuga de los psíquicos ya le había arrebatado bastante de las glorias que había recibido antes. Cazarlos era la única manera en que podía enmendarse.

Por todo el planeta hubo una especie de regocijo cuando se hizo público que el Señor Comandante Imperial Helicano había salido indemne de la carnicería y que el Señor de la Guerra Honorius viviría. Ese anuncio llegó durante el sexto día de desazón, en el cual las autoridades imperiales ya habían empezado a restablecer el orden entre los afligidos ciudadanos de Tracian Primaris. Y fue de ayuda. La gente corriente, que ya se creía que estaba perdida, empezó a calmarse al creer que la ley volvía a estar en manos de los grandes y los buenos. El pánico se apagó. Las unidades de arbites lanzaron los últimos asaltos de represión, que ya eran pocos, contra los últimos saqueadores reincidentes e irredentos de los infrahabitáculos.

Pero mi moral no estaba muy alta. Para empezar, fui uno de los pocos que supe el hecho confidencial de que el Señor Comandante Imperial Helicano en realidad había muerto gritando y cagándose en los pantalones de miedo al caerle encima el picado del *Lightning* de la Armada Imperial en la Avenida Víctor Bellum. La Eclesiarquía y el Senado Helicano habían

dispuesto un doble, un doble que seguiría haciendo ese papel hasta que, años más tarde, muriera «de muerte natural» y se le nombrara un sucesor en circunstancias menos turbulentas.

Ahora puedo hablar de esa artimaña de los poderes públicos en este informe privado; pero, por aquel tiempo, divulgar ese secreto era un crimen castigado con la muerte, aunque uno fuera el cargo más grande del Imperio. Y no iba a traicionar la confianza que se había depositado en mí. Soy un inquisidor, y comprendo perfectamente lo fundamental que es mantener el orden público.

Además de la fatiga y el dolor que me producían las heridas, lo que más ensombreció mi ánimo fueron las noticias relativas a Gideon Ravenor. Hoy en día, por supuesto, todos sabemos la valiosa y brillante contribución que iba a hacer a la ciencia del Imperio, y que nunca la habría hecho de no haber estado condenado a una vida de recogimiento mental.

Pero, por aquel entonces, en el ala de aquel inmundo hospital de la calle de los Prescientes, todo lo que veía era a un joven quemado, contrahecho e impedido físicamente; un inquisidor brillante echado a perder antes de que alcanzase todo su esplendor.

A ojos de algunos, Ravenor había tenido suerte. No se contaba entre los ciento noventa y ocho miembros de la Inquisición que habían muerto directamente al estrellarse el caza que cayó sobre el Gran Triunfo desde la Puerta Espatiana.

Él, como cincuenta más, había sido alcanzado por el borde exterior de la explosión y había sobrevivido.

Mi pupilo apenas era reconocible. Un amasijo sanguinolento de carne chamuscada, quemaduras en el cien por cien del cuerpo. Ciego, sordo, mudo, con la cara tan fundida que, para que respirase, le tuvieron que practicar una incisión donde había tenido la boca.

Aquella pérdida me dejó muy afectado. Y el quebranto todavía más. Gideon Ravenor había sido el pupilo más grande y prometedor al que nunca había enseñado. Permanecí al lado del lecho de sábanas de plástico,

escuchando la succión y el gorgoteo de su respirador y el drenaje de fluidos, y recordé lo que Commodus Voke me había dicho en la sede de los arbites de la Calle Blammerside:

«Enmendaré mis faltas. No descansaré hasta que todos esos engendros sean destruidos y se restablezca el orden. Y después no descansaré hasta que encuentre quién y qué está detrás de todo esto».

Entonces, allí, en memoria de Ravenor, también yo me hice esa promesa.

En aquel momento apenas tenía ni idea de lo que realmente significaba y adonde me llevaría.

Al fin regresé a la Casa del Océano durante lo que sería el noveno y último día de la Sagrada Novena. No había nadie para recibirme, y el lugar parecía vacío y desangelado.

Me fui derecho a mi estudio, me serví una copa más que generosa de amasec añejo y me desplomé en un sillón. Era como si hubiera pasado una eternidad desde que estuviera sentado allí, con Titus Endor, preocupados por especulaciones que ahora me parecían insignificantes y remotas.

Se abrió una puerta. Por la súbita frialdad del aire supe que se trataba de Bequin.

—No sabíamos que habías vuelto, Gregor.

—Bueno, pues he vuelto, Alizebeth.

—Eso ya lo veo. ¿Estás bien?

Me encogí de hombros.

—¿Dónde está todo el mundo? —le pregunté.

—Cuando… —hizo una pausa, sopesando las palabras—. Cuando ocurrió la tragedia hubo una gran conmoción pública. Jarat y Kircher se llevaron al personal a los búnkeres para que estuvieran a salvo, y yo me encerré con la Rueca en el ala oeste, esperando y deseando que me llamaras.

—Los canales estuvieron fuera de servicio.

—Sí, durante ocho días.

—¿Pero todo el mundo está a salvo?

—Sí.

Me recosté en el sillón y la miré. Tenía la cara pálida y macilenta por las muchas noches de angustia.

—¿Dónde está Aemos?

—Fuera, con Betancore, Kircher y Nayl. Von Baigg también está por ahí. ¿Es… es verdad lo que he oído de Gideon?

—Alizebeth… es…

Se agachó y me rodeó con los brazos. Para un psíquico se hace algo difícil ser abrazado por una intocable, por mucho tiempo y muy personalmente que se conozcan. Pero sus intenciones eran buenas y toleré el contacto todo lo que me pareció que era correcto.

—Tráelos aquí —le dije tras apartarla suavemente—. Quiero que vengan todos.

—No cabrán aquí, Gregor.

—En la terraza del mar, entonces. Por última vez.

Sentados o de pie a la luz del acogedor brillo entre verde y amarillo de la terraza del mar, los numerosos miembros de mi fiel grupo de colaboradores me miraban expectantes. El lugar estaba abarrotado. Jarat se afanaba arriba y abajo, llevando bebidas y pastas, hasta que le puse un vaso de amasec en las nudosas manos y la obligué a sentarse en una silla.

—Voy a cerrar la Casa del Océano —les dije. Siguió un murmullo.

—Voy a conservar el alquiler, pero deseo muy poco seguir viviendo aquí. De hecho, no deseo seguir viviendo en Tracian. No después de esta… Sagrada Novena. No hay razón alguna para seguir manteniendo personal aquí.

—Pero, señor, ¿y la biblioteca? —preguntó Psullus desde el fondo.

Alcé la mano.

—Firmaré un contrato con una de las oficinas de mantenimiento de la colmena para conservar la casa en buen estado, con servidores. Quién sabe, quizás algún día vuelva a necesitar un sitio aquí.

Me llené el vaso de nuevo antes de proseguir:

—Pero quiero trasladar mi centro de operaciones. Éste corre peligro, cuando menos.

Al oír eso, Jubal Kircher bajó la vista a su citozumo, incómodo.

—Quiero trasladar la casa a la finca de Gudrun. Su clima me viene mejor que esta… maldita colmena. Jarat, tú y Kircher supervisaréis el empaque y la organización de la mudanza. Me gustaría que prosiguierais con vuestros deberes al frente de la casa en la finca de Gudrun, si queréis. Sé que nunca habéis salido de Tracian.

Jarat se apoyó en la silla, con las cejas arqueadas, considerando ese cambio súbito en su vida.

—Será… será un honor hacerlo, señor —dijo finalmente.

—Me encanta oírlo. El aire del campo te sentará bien. La finca ya está a cargo de cuidadores, así que necesitaré una buena ama de llaves, y un buen jefe de seguridad de la casa. Jubal… Me gustaría que considerases esta oferta.

—Gracias, señor —dijo Kircher.

—Psullus… vamos a trasladar la biblioteca permanentemente a Gudrun. Esta tarea te corresponde, y el deber consiguiente de ser mi bibliotecario. ¿Puedo contar contigo para ello?

—Oh, sí… Habrá algunos problemas, claro, el manipulado y cuidado de algunos textos protegidos por escudos y…

—Pero ¿puedo dejarlo en tus manos?

Psullus agitó las delicadas manos con tal gesto de excitación que hizo reír a todo el mundo.

—Soy consciente de que nos llevará meses montar y llevar cabo este traslado. Alain… me gustaría que supervisases y controlases todo.

—Por… por supuesto, inquisidor. —Von Baigg parecía haberse vuelto torpe de repente.

—Es una carga muy pesada, interrogador. ¿Te sientes con fuerzas para ello?

—Sí, señor.

—Bien. Volveré a mi finca de Gudrun en menos de diez meses. Confío en que sea el hogar que espero.

Fue una promesa que, desgraciadamente, fui incapaz de cumplir.

—¿Y qué pasará con la Rueca, señor? —preguntó Surskova.

—Quiero dividirla —le respondí—. Es mi deseo que los seis mejores miembros de la Rueca se vengan a Gudrun para que estén bajo mis órdenes. El futuro de la Rueca propiamente dicha lo veo separado de mis planes de vida. Tengo alquilada una residencia en la cúspide de un capitel en Mesina. Ésa será la nueva sede oficial de la Rueca. Surskova, tú supervisarás la mudanza y el establecimiento de la escuela de intocables allí.

Ella asintió, trastornada. Bequin parecía sorprendida.

Dirigí una mirada al más de un centenar de servidores, guerreros y ayudantes que se apelotonaban en la habitación.

—Eso es todo. Hasta que vuelva a veros a todos, que el Dios Emperador os proteja a todos.

Me quedé a solas con Aemos, Bequin, Medea y Nayl.

—Las faenas de mudanza no están hechas para nosotros.

—No sé por qué, sabía que ibas a decirlo —sonrió Medea con satisfacción.

—Para nosotros hay dos misiones.

—¿Para nosotros? —preguntó Bequin.

—Sí, Alizebeth. A menos que creas que ya no estamos para esos trotes…

—No, yo… yo…

—He pasado demasiado tiempo en segundo plano de los acontecimientos. Demasiado tiempo confiando en mi personal, muy capaz por otra parte. Añoro el trabajo sobre el terreno.

—El último trabajo sobre el terreno que hicimos casi termina contigo muerto —me reprendió Bequin con un tono de voz inquietante.

—Lo cual demuestra que estoy perdiendo facultades, o eso creo.

—¡Qué vergüenza! —musitó Nayl con una sonrisa.

—Así que vamos a embarcarnos en una aventura. Sólo nosotros. ¿Recuerdas cómo eran aquellos tiempos, Aemos?

—A decir verdad aún no los doy por terminados; pero sí, Gregor, lo recuerdo.

—¿Alizebeth?

—¡Vaya! Me encantará ir a ver cómo te matan… —Bequin cruzó los brazos, malhumorada.

—Entonces, parece que todos estamos de acuerdo, ¿no? —dije. No podía evitar tener el rostro con la misma expresividad que una pared. Gorgone Locke se había asegurado de ello. Pero el sonsonete con el que lo dije fue lo bastante divertido como para conseguir que Nayl y Medea lanzaran una carcajada y Aemos se riera entre dientes.

Hasta Alizebeth Bequin esbozó una sonrisa, muy a su pesar.

—Dos misiones, como os he dicho. Después de esta reunión os autorizaré para que reclutéis algo de personal para nuestro equipo. Nayl: un guerrero o dos con los que podamos contar. Aemos: un astrotelépata que sea de fiar. Alizebeth: uno o dos de la Rueca. Un máximo de diez en el grupo, en total. Ni uno más, ¿entendido? Arregladlo entre vosotros mismos. No me mezcléis en ello. Partimos en dos días, y no quiero enterarme por terceros de que hayáis tenido ni una sola discusión.

—¿Y en qué consisten las misiones? —preguntó Medea, hundiéndose en el sillón acolchado y deslizando unas esbeltas piernas por encima de uno de los brazos de éste—. Porque has dicho «dos», ¿no?

—Sí, dos.

Introduje una clavija en la placa de datos que tenía en la mano, y una pantalla hololítica cobró vida entre brumas encima de la mesa. Las palabras del mensaje que había recibido antes del estallido del tumulto en Tracian aparecieron con unas letras parpadeantes: «Escalpelo corta con rapidez, reveladas lenguas ansiosas. En Cadia, a tercia. Sabueso desea Espina. Espina debería ser aguda».

—¡Mierda! —exclamó Nayl.

—¿Es auténtico? —inquirió Medea, mirándome.

—Lo es.

—¡Por Dios Emperador! Está en un aprieto, nos necesita… —murmuró Bequin.

—Es muy probable. Medea, tendrás que procurarnos el transporte hasta Cadia. Es el primer puerto donde haremos escala.

—¿Y la segunda? —preguntó Aemos.

—¿La segunda qué?

—La segunda misión. —Los miré uno por uno—. Todos sabemos lo grave que es el asunto que nos reclama en Cadia, pero le hice un juramento a Gideon. Quiero descubrir quién está detrás de ese ultraje. Quiero descubrirlo, perseguirlo y darle su merecido.

Ya ves, es curioso cómo acaban ocurriendo las cosas.

Era muy tarde y estábamos devorando una comida espléndida que Jarat nos había preparado. Nayl le contaba un chiste de lo más basto a Aemos mientras Medea, Bequin y yo hablábamos de la reordenación de la Rueca y de las misiones que teníamos por delante.

Creo que empezaba a emocionarse. Al igual que yo, ella se había pasado demasiado tiempo pegada a la silla.

Kircher apareció en la terraza, atravesando la película de luz verde.

—Señor, tiene un visitante.

—¿De quién puede tratarse a estas horas?

—Dice llamarse Inshabel, señor. Interrogador Nathun Inshabel.

Inshabel me esperaba en la biblioteca.

—Interrogador, ¿te han ofrecido ya mis criados algún refrigerio?

—No lo precisaba, señor.

—Muy bien… ¿A qué debo esta visita?

Inshabel, un joven de menos de veinticinco años de edad se apartó de los ojos un rubio mechón de poblado cabello y me miró intensamente:

—Me… me he quedado sin maestro, señor. Roban ha muerto…

—Que el Dios Emperador lo acoja en su seno. Lo echaremos de menos.

—Señor, ¿se ha parado alguna vez a pensar qué pasaría si muriese?

La idea me desarmó por completo. Para ser sincero, nunca la había considerado.

—No, Inshabel. No lo he hecho.

—Es algo terrible, señor. Como el acólito más veterano que soy de Roban, pesa sobre mis espaldas la responsabilidad de encargarme de su personal, de su fortuna, de su conocimiento. Me he de ocupar de poner todo en orden, como estaba. He de darle un sentido al legado de Roban.

—No fracasarás en ese empeño, interrogador. De eso estoy seguro.

—Gracias, señor —me sonrió débilmente—. Había… había pensado en presentarme ante usted y rogarle que me tomara bajo su tutela. Anhelo tantísimo ser un inquisidor. Mi maestro ha muerto, y sé que el interrogador de usted… su interrogador ha…

—En efecto. Pero soy yo quien escojo a mi personal. Yo…

—Inquisidor Eisenhorn. No he venido aquí para rogarle que me acoja como un estudiante náufrago. Como le he dicho, tuve que hacerme cargo de la herencia de Roban. Eso suponía rellenar y autorizar la declaración patológica de su fallecimiento. El inquisidor Roban fue muerto por un servidor de estiba manipulado por un psíquico incontrolado.

—Sí, ¿no?

—Para completar los documentos tuve que revisar el acta de deceso de Esarhaddon, para poder establecer de ese modo el motivo causal.

—Ése es el procedimiento —admití.

—El acta era muy escueta. El cuerpo de Esarhaddon ardió desde las pantorrillas y luego se carbonizó. Como en los incidentes de combustión espontánea que se dan en los humanos, los restos que dejó el arma de plasma no fueron más que la carne y los huesos de los pies y tobillos. Apenas meros vestigios.

—¿Y?

—No había la marca del Malleus en la carne del tobillo.

—¿Qué no qué…?

—No sé a quién quemaría el inquisidor Lyko en los prados del palacio de los Lange… pero no se trataba del hereje Esarhaddon.



NUEVE

EECHAN, SEIS SEMANAS MÁS TARDE
UNA CONVERSACIÓN CON EL PHANT
CUCHILLOS EN LA NOCHE

El portero bicéfalo que había en la estrecha puerta del bar de tarados nos miró con una de sus cabezas, cargada de piojos, mientras que la otra miraba a lo lejos, fumando una pipa de obscura.

—No es sitio para vosotros, no es de vuestra gente. Seguid andando.

La lluvia caía con fuerza sobre nuestras cabezas a través de la agujereada marquesina de la entrada, y yo no tenía muchas ganas de quedarme allí mucho rato. Le hice un gesto con el mentón a mi compañero, que se quitó la capucha y le mostró al portero el racimo de ojos deformados y parpadeantes que le cubrían una de las mejillas y que bajaban por su pálido cuello. Yo también levanté parte de mi capa empapada y dejé a la vista el puñado de tentáculos enanos que salían de una manga adicional que tenía bajo mi sobaco derecho.

El portero se bajó de su taburete, con una de sus cabezas asintiendo de forma somnolienta. Era grande, tan alto y tan ancho como un ogrete, y su piel grasienta estaba cubierta de tatuajes.

—Hmmm… —murmuró mientras avanzaba cojeando hacia nosotros sin dejar de observarnos con atención—. Quizá. No me olíais a tarados. Vale…

Entramos bajando unos cuantos peldaños a oscuras en un club nocturno, donde el aire estaba repleto de humo de obscura y palpitaba con una música discordante y aguda llamada «machaque». Habían colocado unos paneles de cristal rojo sobre los focos, y todo el lugar parecía un pantano infernal, igual que las pinturas sobre la condenación de las almas producto del enloquecido genio de Omarmettia.

Malformados, deformados, medio mestizos y gente de mala calaña se acomodabano jugaban o bebían o bailaban por toda la sala. En una pista elevada, una mujer desnuda de grandes pechos, sin ojos y con una boca sonriente donde debería haber estado su ombligo giraba sobre sí misma al compás del machaque.

Nos acercamos a la barra, una construcción curva de madera mugrienta colocada bajo una serie de luces blancas brillantes. El camarero era un ser hinchado con unos ojos inyectados en sangre y una larga lengua serpentina que sobresalía entre sus labios deformes y sus dientes podridos.

—Eh, taraos. ¿Qué va a ser?

—Dos de ésos —le dije señalando vasos de alcohol de grano que una camarera llevaba en una bandeja. Hubiera sido bonita si no hubiese sido por las espinas amarillas que le salían de la piel.

Tarados. Todos éramos tarados allí. «Mutante» es una palabra odiosa si eres un mutante. A ellos les encanta referirse a sí mismos mediante la jerga más degenerada y básica del Imperio, como muestra de honor y de amor propio. Para ellos es una cuestión de orgullo, un hábito común entre las clases más desfavorecidas. Los que carecen de poderes psíquicos se llaman a sí mismos «embotados». La gente de elevada estatura y complexión delgada de Sylvan, un planeta de baja gravedad también lo hacen cuando se llaman a sí mismos «estacas». Un insulto no es insulto si lo empleas contigo mismo.

Las leyes laborales de Eechan permiten que los tarados trabajen como obreros en las granjas industriales y en las destilerías de savia, siempre

que se sometan al régimen local y después se mantengan dentro de los villorrios situados en las afueras de las zonas peligrosas de la colmena local de Eechan.

El camarero puso con un golpe dos vasos en el mostrador y los llenó hasta el borde con licor de grano de una botella con un caño en la boca.

Tiré un par de monedas en la barra y alargué la mano para beber del vaso.

Los dos ojos inyectados en sangre se quedaron clavados en los míos.

—¿Qué es eso? ¿Monea imperiale? Vamos, tarao, ya sabes que no podemos pagá con ésas.

Me quedé callado. Un rápido vistazo al resto de la barra me mostró que los demás clientes pagaban con cupones autorizados por las granjas o con trozos de metal sin pulir. Y que todos nos estaban mirando con cara burlona. Un error básico, nada más empezar.

Mi compañero se inclinó hacia delante y bebió un sorbo de su vaso.

—No te pilles con dos tarados sedientos que han tenido suerte con un trapicheo, ¿vale?

El camarero sonrió y su larga lengua negra se agitó en el aire. Recogió las monedas.

—No estoy pillado, tarao. La habei'ganao, yo me las queo. Sólo digo que mejó no las enseñéis por ahí, ¿eh?

Nos llevamos los vasos y buscamos una mesa. Habíamos tardado seis semanas en llegar a Eechan, y estaba impaciente por conseguir una pista.

El ritmo cambió. Otra canción de machaque empezó a sonar por los altavoces situados bajo el suelo, una música que a mis inexpertos oídos sonaba como un simple cambio en el ataque que sufrían nuestros pabellones auditivos. Pero la gente lanzó un grito de aprobación y comenzó a aplaudir. La chica desnuda con el estómago sonriente empezó a hacer girar sus caderas en el otro sentido.

—Tengo la sensación de que debería dejarte a ti al cargo —le susurré a mi compañero.

—Lo estás haciendo bien.

—«No te pilles, tarado»… Por el Emperador… ¿Dónde has aprendido a hablar así?

—¿Nunca has estado con unos tarados?

—No de este modo…

—Así que supongo que no te gusta este machaque del repóker genético, ¿eh, tarado?

—Para o te pego un tiro.

Harlon Nayl sonrió y parpadeó con sus dieciséis ojos, fingiendo estar ofendido.

—Casha, tarao. Si ése no es Phant, me saco los ojos.

—Ah, déjame en paz —le dije con un susurro airado y alcé mi vaso—. ¡Arriba, adentro, y a por otra!

Arrugué el gesto cuando el fuerte licor me escaldó el estómago, y luego pillé otros dos vasos de la chica puercoespín cuando pasó a nuestro lado.

Phant Mastik estaba sentado con sus colegas en un reservado lateral. Las continuas generaciones de mutaciones por tormentas radiactivas lo habían convertido en un ser obeso con la piel arrugada y unos miembros desproporcionados. Sus orejas eran dos grandes masas de carne semitransparente repleta de venillas, y su nariz era una probóscide goteante. Un incongruente matojo de pelo rojo decoraba su ceño de neandertal.

Sus ojos estaban hundidos y eran de un color negro profundo. Y tristes, pensé. Unos ojos tremendamente tristes.

Bebía una gran jarra aspirando el alcohol por su larga nariz colgante. Su boca, totalmente deformada por hileras de dientes más que parecidos a colmillos, era completamente inútil. Una puta tarada, con un número innecesario de brazos, bebía de su copa, fumaba un cigarrillo de obscura, se retocaba el maquillaje y le hacía algo a Phant por debajo de la mesa, algo que éste claramente estaba disfrutando.

Nos acercamos a ellos.

Los guardaespaldas de Phant se pusieron inmediatamente de pie para impedirnos el paso: un fortachón con cuernos y un tarado cuya cabeza no

era más que una masa de piel arrugada en forma de capucha que cubría un enorme ojo. Ambos metieron una de las manos en sus túnicas.

—¿Qué tal, tarados? —dijo el bruto cornudo.

—Bien. No te pilles, sólo queremos hablar con el Phant.

—Eso no va a pasar —dijo Ojo Grande, con la voz amortiguada por sus ropas. Sólo el Emperador sabía dónde tenía la boca.

—Yo creo que sí, en cuanto sepa que tenemo' para él un trapicheo del quince —dijo Nayl sin acobardarse.

++Dejadles pasar++ —dijo Phant.

Su voz procedía de una unidad biónica emisora de voz. Un potenciador de voz. Pocos tarados disponían de dinero suficiente para comprar algo así. Estaba claro que Phant era un personaje importante.

Los guardaespaldas se apartaron y nos dejaron entrar en el reservado. Nos sentamos.

++Sigue++.

—Tarado, ya te digo, hemos venío a por cabezones de nivel alfa. Hemos oío que tú tienes de eso.

++¿Oído? ¿Dónde?++

—Por aquí y por allí —le respondió Nayl.

++Ajá. ¿Y quiénes sois?++

—Sólo do' tarao' que quieren pillar pashta.

++¿De veras?++

Nos quedamos callados mientras Phant pedía más copas. La chica de su lado se estaba peinando, arreglando el cabello y maquillándose. Una de sus muchas manos se posó en mi rodilla por debajo de la mesa.

Me hizo un guiño.

Con un ojo que tenía en la punta de la lengua.

++Lo que tengo no son cabezones de nivel alfa, tarado, sino de nivel alfa-plus.++

—¡Por eso mismito vinimo' a ti! ¡Por eso! ¡No tenemo' límite pa' comprar!

++¿Cómo vais a pagar?++

Nayl dejó caer un lingote en la mesa.

—Con purito oro. Y hay má' barra'. Las que quiera'. Así que, ¿cuándo y dónde?

++Tengo que hablar con una gente.++

—Vale.

++¿Dónde puedo llamaros?++

—«El tarado y la siesta».

—++Dormid bien. Quizás os llame.++

La audiencia concedida se había acabado. Nos llevamos las copas a una mesa cercana a la pista de baile elevada y nos tomamos otro par de rondas mientras fingíamos disfrutar con los indecentes movimientos de la chica con la boca en la tripa.

Después de una hora más o menos, vimos que Phant y su séquito se marchaban por una puerta lateral.

—Vámonos —le dije a Nayl.

Nos acabamos las bebidas y nos levantamos. Nayl le dio un puñado de monedas a la chica puercoespín y le palmeó el trasero. Ella le sonrió, pero las espinas dorsales se le erizaron.

El portero ni siquiera nos miró con ninguna de sus cabezas cuando salimos. En cuanto llegamos a la esquina de otro bar de aspecto repelente, nos quitamos de en medio y le entregué a Nayl una de las dos jeringuillas de estimulantes y nos desintoxicamos rápidamente para librar a nuestros cuerpos del alcohol que atontaba nuestro cuerpo.

Estábamos en mitad de la noche, pero había poca oscuridad. La gran curva de los anillos del sistema de Eechan brillaban con la luz reflejada del sol y relucían como si fueran bandas de platino engastadas de diamantes.

La calle principal del villorrio era un cenagal putrefacto lleno de agua, y los laterales los cubrían aceras de madera que se levantaba por los bordes y que se alineaban al lado de las hileras de edificios sombríos y medio derrumbados. El brillo de las señales luminosas y de las pocas farolas que había se reflejaba en los charcos de la calle.

Más allá del villorrio, hacia el oeste, las laderas alpinas de la ciudad colmena principal se alzaban hacia las estrellas, como si fuera una montaña de basura decorada con un millón de pequeñas luces. Hacia el este se podían ver las construcciones achatadas, como champiñones, de las granjas-molino y de las destilerías, que arrojaban un vapor marrón y contaminantes de color amarillo a la atmósfera.

Al sur estaban las verdes tierras de las granjas, llanuras de hierbas gruesas y gomosas, donde se veían las luces de varias cosechadoras enormes. Eran monstruos segmentados, unas máquinas parecidas a escarabajos del tamaño de pequeñas naves espaciales que masticaban la hierba con sus tremendas mandíbulas segadoras y la digerían a través de sus gigantescas cubas y tuberías. En sus espaldas se alineaban chimeneas como si fueran una ristra de espinas, y arrojaban los restos de humedad y de savia pulverizada al aire, donde flotaba antes de hacer de nuevo como si fuera lluvia. Todo el villorrio de tarados estaba empapado con lluvia de savia. Era pegajosa y espesa como el jarabe. Los charcos de la calle eran viscosos. Los canalones de los tejados gargajeaban y tosían más que dejaban salir el agua. El hedor a podredumbre procedente de la fibra de las plantas y de la celulosa líquida lo invadía todo.

—¿Crees que ha picado el anzuelo? —le pregunté a Nayl. Él asintió.

—Ya viste que estaba interesado. El oro es muy escaso en Eechan. Sus ojos se iluminaron en cuanto le enseñé aquel lingote.

—Pero querrá comprobar quiénes somos.

—Por supuesto. Es un hombre de negocios.

Seguimos caminando por la calle, con las capuchas levantadas para protegernos de la pegajosa lluvia. Vimos a unos cuantos mutantes por los alrededores, todos vestidos de un modo andrajoso. Andaban tambaleantes de un lado a otro, se mantenían agazapados en las puertas de entrada alrededor de braseros protegidos o compartían pipas de obscura a cubierto de la lluvia en pequeños callejones.

El ruido de las sirenas aulló por la calle principal y Nayl me empujó para que entrara en una calleja. Un *land speeder* blindado y cerrado de color negro con unas luces destellantes pasó cerca de nosotros.

Vi el emblema de los arbites de la ciudad colmena principal en el costado del vehículo y a un agente con armadura que asomaba sentado por la escotilla superior manipulando un foco.

El rayo de luz pasó de largo por encima de nosotros. Sonó otra ráfaga de sirenas y oímos una voz amplificada por altavoz que dio un par de órdenes.

—¡Vosotros cinco, identificación y demás papeles! ¡Vamos!

Gruñendo y quejándose, un grupo de tarados salió a la calle, iluminados por la luz el foco, mientras otros dos agentes desmontaban para cachearlos y meter sus huellas genéticas en el sistema.

Eso era algo que nosotros no nos podíamos permitir. No si queríamos mantener nuestro engaño de mutantes anónimos. Un simple vistazo a mis credenciales nos libraría de cualquier tropiezo con los arbites, pero también podía poner sobre aviso a Lyko.

Yo había insistido en que la misión debía desarrollarse en el más completo de los secretos. Nadie sabía que estábamos allí, al menos oficialmente. Aemos había realizado unas cuantas indagaciones subrepticias, y tampoco había ningún rastro oficial de Lyko. Pero aquello era de esperar, y no había forma alguna de saber con seguridad cuántos agentes de la colmena principal habían sido sobornados para que lo avisaran de cualquier presencia inquisitorial.

Nayl y yo giramos hacia el oeste en el siguiente cruce y seguimos el laberinto de callejas y callejones que había entre los habitáculos y los demás edificios para llegar hasta nuestro lugar de descanso, «El tarado y la siesta», dando unas cuantas vueltas que nos mantendrían apartados de las calles principales y lejos de las patrullas de arbites.

Y resultó que al final eso fue lo que nos metió de cabeza en problemas.

Al principio no pareció un problema. Un tipejo bajito vestido con harapos nos salió al paso sonriendo como un vendedor. Mantenía las dos manos abiertas por delante de él, como si nos fuera a hacer una reverencia.

—Tarados, mis queridos tarados, amigos míos… dadle unas cuantas monedas imperiales a un pobre desecho genético que ha tenido mala suerte en la vida.

Escuché cómo le respondía Nayl.

—Esta noche no, tarado, así que échate a un lao.

Pero yo ya me había puesto en alerta. ¿Cómo sabía aquel desecho que tenía que pedirnos monedas imperiales si no era porque nos había visto en el bar y nos había seguido a propósito?

Sus cómplices surgieron de la penumbra y de la lluvia de savia a nuestra espalda.

Le metí con fuerza la palabra «¡Abajo!» a Nayl en la mente con un impulso telepático y yo mismo me dejé caer.

Una enorme arma cubierta de pinchos recorrió el espacio donde un momento antes se encontraban nuestras cabezas y no logró darle a nada más que al aire.

El tipejo que nos había tendido la emboscada soltó la serie de palabrotas más obscenas que he oído en mi vida y se lanzó a por mí. Tenía una daga de doble hoja con una guarda que le protegía los nudillos.

Lo atrapé por el brazo justo cuando bajaba para clavármela, le rompí el codo y le hice atravesar de una patada una valla cercana mientras todavía estaba gritando de dolor.

—¡Jefe! ¡A un lado! —le oí decir a Nayl, así que eché a rodar sobre el fango justo cuando el arma cubierta de pinchos se enterraba en el barro del suelo.

Se trataba de un grueso garrote de madera con docenas de clavos y de hojas de cuchillo metidas en casi toda su longitud.

El extremo sin pinchos lo sostenían dos garras increíblemente grandes. Las garras pertenecían a una mole, un monstruo de unos doscientos kilos que tenía la piel cubierta de escamas de pez hinchadas y de protuberancias óseas. Sólo llevaba puestos unos pantalones azules rajados que se mantenían en la cintura gracias a un par de tirantes de color rojo de un modo casi cómico.

Blandió el poste con pinchos de nuevo contra mí, y tuve que tirarme al suelo y rodar sobre mi hombro otra vez.

Nayl se estaba enfrentando cara a cara con otros dos mutantes: una mujer vestida de cuero cuya nariz y boca se habían fundido hasta formar un babeante órgano nuevo con el que gruñía, y un hombre delgado con un rostro especialmente deformado entre los huesos y los cartílagos.

La mujer tenía una hoja de guadaña en cada mano, y el hombre estaba armado con una maza hecha con una barra de hierro a la que había unido un par de hojas de sierra a cada lado.

Nayl había desenvainado su espada corta con dientes de sierra y su cuchillo de duelo y estaba respondiendo a los ataques y a las estocadas de sus dos oponentes.

Una espada de energía, un bólter, una carabina láser… Cualquiera de esas armas hubiera acabado con aquel enfrentamiento innecesario con rapidez. Pero habíamos acordado que no llevaríamos nada encima que nos diferenciara de la población de tarados. Los niveles de tecnología eran muy bajos en el villorrio. Una pistola de plasma habría acabado rápidamente con todos ellos, pero hubieran corrido rumores inmediatamente.

El gigante escamoso se lanzó de nuevo a por mí, y atravesé las maderas podridas de una valla en mi intento por esquivar su ataque. Descubrí que había caído entre los restos del patio trasero de uno de los asquerosos edificios de habitáculos de alquiler. En una de las ventanas del piso superior se encendió una luz, y me empezaron a tirar piedras, insultos y también el contenido de un orinal.

El gigante continuó atacándome, blandiendo su garrote de un lado a otro. Los clavos y las cuchillas estaban oscurecidas con sangre reseca.

Me hizo retroceder hasta la pared trasera del edificio y se dispuso a lanzarme otro golpe.

¡No!, le ordené con un ataque mental. Se quedó completamente inmóvil. El diluvio de insultos y excrementos también se detuvo.

Tardaría un par de segundos en reordenar sus ideas y volver a encontrar su rabia asesina de nuevo. Me puse delante de él y le lancé un puñetazo

hacia arriba, justo en el lugar en que debería haber estado su nariz. Oí el crujido de un hueso y me salpicó un chorro de sangre.

El gigante se cayó de espaldas como un peso muerto, que era en lo que se había convertido después de que le hubiera metido el tabique nasal en el cerebro.

Nayl parecía estar disfrutando de su duelo desigual. Se dedicaba a insultar a sus oponentes, desviando los ataques de las guadañas con su espada y deteniendo los golpes de la maza con su cuchillo. Le vi girar sobre sí mismo y darle una patada en el estómago al tipo de la maza, lo que alejó a uno de sus enemigos y le permitió dedicarle toda la atención a la inquietante y gruñidora mujer.

Pero aparecieron más siluetas entre la penumbra.

Ralea subhumana vestida con harapos. Tres, cuatro en total. Le grité a Nayl para advertirlo mientras sacaba una pistola de pólvora. Era una antigualla que había comprado en el mercado negro del planeta Front, pero aun así, la reduje a los niveles de tecnología de Eechan quitándole la madera grabada de la empuñadura y sustituyéndola por un taco de madera liso.

El mecanismo de disparo se encontraba en buen estado. El pedernal chasqueó y la pólvora de la cazoleta siseó en cuanto apreté el gatillo, y el retroceso me dobló un poco la muñeca, pero la bola de metal atravesó a bocajarro la frente del tarado más cercano y salió por la parte de atrás del cráneo como una fuente de restos cerebrales.

Pero se trataba de un arma de un solo disparo y no tenía tiempo para recargarla.

Dos de los forajidos que quedaban se lanzaron a por mí, y el otro se dispuso a atacar a Nayl por el costado.

Le rompí los dientes al primero que me alcanzó con la empuñadura redondeada de la pistola, y esquivé el torpe ataque del estoque del otro.

Retrocedí y desenfundé mi propia espada. También era un estoque. Era unos diez centímetros más corto que el de mi oponente, pero estaba mejor equilibrado y tenía una guarda de mano con piezas de metal articuladas.

Nuestras hojas se tocaron. Era bueno, entrenado por una vida de combates en el submundo de la colmena. Pero yo… yo me tenía a mí mismo.

Le desconcerté con el ulsar y el *uin ulsar*, y luego le hice retroceder con una combinación de cuatro estocadas de *peí ighan* y de *uin peí ihnarr* antes de arrancarle el estoque de sus aturdidos dedos con un rápido *tahn asaf wyla*.

Luego llegó el *ewl caer*. Mi hoja le atravesó el torso. Se quedó con cara de estar confundido durante un segundo antes de caer de espaldas dejando salir limpiamente mi estoque.

Su cómplice, el de los dientes rotos, y que todavía estaba escupiendo sangre por el golpe que le había dado con la pistola, intentó abalanzarse sobre mí. Me volví y lo decapité con el filo de la espada. Los guerreros de Carthae creen que dar tajos con la espada no es apropiado, e insisten en que siempre se debe utilizar la punta.

Qué demonios.

Nayl había matado a su tercer atacante de un espadazo en el pecho, y mientras todavía me estaba dando la vuelta, inmovilizó las dos guadañas de su enemiga con su cuchillo y la atravesó de parte a parte con la espada.

Se volvió hacia mí y alzó su ensangrentada espada hasta la nariz como gesto de saludo. Le devolví el gesto imitándole con mi estoque.

La sirena de uno de los vehículos de los arbites resonó por el callejón.

—Es hora de irse —le dije a Nayl.

—¡Pensé que os habían matado! —gritó Bequin cuando Nayl y yo entramos en tromba en nuestra habitación.

—Nos paramos a divertirnos un poco mientras volvíamos —le respondió Nayl—. No te preocupes, Lizzie, te he traído al jefe de vuelta sano y salvo.

Sonreí mientras me servía un pequeño vaso de amasec del mueble bar. Bequin odiaba que la llamaran «Lizzie». Sólo Nayl tenía las pelotas de hacerlo.

Aemos estaba mirando por la ventana. Por algún motivo, los harapos de su disfraz de tarado le sentaban bien.

Muy inquietante… Los arbites vienen hacia aquí.

—¿Qué?

Nayl se acercó a la ventana.

—Aemos tiene razón. Tres coches patrulla terrestres se han parado delante. Los agentes están entrando.

Aemos se apresuró a salir por la puerta que comunicaba nuestra habitación con el otro dormitorio y se tiró directamente en la cama. Nayl se metió en el cuarto de baño de al lado y utilizó una toalla pequeña y unos cuantos gruñidos para simular que estaba vomitando.

Alizebeth me miró llena de nerviosismo.

—¡A la cama! ¡Rápido! —le ordené.

Los arbites abrieron la puerta de una patada e iluminaron la cama con sus linternas.

—¡Adeptus Arbites! ¿Quién hay ahí?

—¿Qué pasa? —les pregunté mientras subía las sábanas para taparme.

—Unos matones de callejón… Los testigos dicen que entraron por aquí —dijo el sargento de los arbites mientras se acercaba a la cama.

—Yo llevo toda la noche aquí. Yo y mis amigos.

—¿Van a darte una coartada, tarado? —me preguntó el sargento mientras me apuntaba con su arma.

—¿Qué pasha? ¡Hay mucha luz! —dijo Bequin mientras aparecía de debajo de las sábanas sucias.

De algún modo, había logrado quitarse el vestido bajo las sábanas. Sólo llevaba puesto algo de ropa interior, más bien escasa, y se deslizó hasta colocarse encima de mí.

—¿Qué hace’? ¿No va a deja’ que me gane la via? ¡Venga ya!

El sargento recorrió con la linterna su cuerpo mientras ella se pegaba a mí. Yo sonreí con la sonrisa estúpida que ponen los muy afortunados o los muy borrachos.

Apagó la linterna.

—Discúlpeme por interrumpirla, señorita.

Cerró la puerta y el ruido de las botas de los arbites se alejó. Miré a Bequin y le guiñé un ojo.

—Buena improvisación —le dije.

Se puso en pie de un salto y recogió sus ropas.

—¡No te hagas ilusiones, Gregor!

Lo cierto es que me había hecho ilusiones sobre ella durante años. Era guapa y atractiva, y terriblemente sensual. Pero también era una intocable. Me hacía daño estar cerca de ella, un daño físico.

Odiaba aquello. Sentía algo muy fuerte por Bequin, y deseaba estar con ella, pero eso era algo que nunca iba a poder pasar. Nunca, jamás.

Aquélla era una de las grandes frustraciones y tristezas de mi vida.

Y de la suya también, me decía yo con esperanza en mis momentos de mayor engreimiento.

Me quedé tumbado en la cama mientras la miraba cómo se volvía a poner el vestido, y sentí una punzada de deseo.

Pero no había ninguna manera. No había modo alguno en la galaxia de que aquello sucediera.

Era una intocable. Yo era un psíquico. Así se unían la locura y el dolor.



DIEZ

ELUCUBRACIONES SOBRE LYKO
EL MASTICADO
EL MEJOR POSTOR

Una tremenda tormenta de savia azotó el villorrio justo antes del amanecer, dejando la atmósfera llena de neblinas vaporosas y haciendo estremecer las tejas y las contraventanas con la fuerza de sus pesadas y viscosas gotas. Los truenos resonaron. Después, las neblinas se quedaron en los campos y la tranquilidad se llenó de gorgoteos y goteos, y con el sibilante murmullo de las pulgas de la savia y los escarabajos de las tormentas.

Nayl salió muy temprano con Aemos para comprar, y regresaron con cucuruchos de papel con comida caliente procedentes de la comisaría del villorrio de los tarados, un poco más abajo en la misma calle, y donde ya estaban comprando su desayuno las filas de trabajadores formadas por el cambio de turno de los molinos. Cuando regresaron, Inshabel y Husmaan, que habían dormido en una habitación compartida al otro lado del pasillo, ya se habían reunido con nosotros.

Todavía tenía que notificar de forma oficial a nuestra ordo que Inshabel se había unido a nuestro grupo, pero desde luego, ya formaba parte de nosotros. Sentía que tenía derecho a participar en aquella misión, en honor a Roban, y por su propio honor. Era él quien me había informado sobre el asunto de Esarhaddon, directamente y sin ningún interés propio. Pocos de mi equipo lo seguían llamando por su rango. Pasaría mucho tiempo antes de que nadie pudiera borrar el recuerdo del interrogador Ravenor, pero se había integrado bien, gracias a su mente brillante y a su ingenio cáustico y bienintencionado. Ya me había proporcionado mejores servicios de los que jamás había logrado Alain von Baigg.

Duj Husmaan era cazador de pieles en su planeta natal, Windhover, cuando Harlon Nayl lo conoció. Eso ocurrió en los días que Nayl era un cazador de recompensas, antes de unirse a mi causa. Había reclutado a Husmaan ocho años antes de todo este asunto por recomendación personal de Nayl, y había demostrado ser un luchador útil, aunque supersticioso, con un excelente sentido de la orientación y el rastreo. Nayl lo había escogido personalmente como parte del grupo de acción del equipo que habíamos reunido para resolver la investigación, y no tuve queja alguna de la elección.

Husmaan era un individuo delgado de estatura media, con la piel de tono cobrizo y el cabello blanco requemado por el sol, lo mismo que su perilla. Al igual que todos nosotros al llegar a Eechan, había cambiado sus ropas por los andrajos oscuros propios de los tarados. Hizo caso omiso del puñado de tenedores de madera de usar y tirar que Aemos había traído de la comisaría y comenzó a comer del cucurucho con los dedos.

Yo piqué de mi comida con aire ausente, preguntándome cuán cerca estábamos de Lyko.

Lyko había sido un idiota y se había condenado él mismo. La tremenda revelación de que el individuo achicharrado en los jardines del palacio de los Lange no había sido Esarhaddon podía haber sido explicada como un

error, otra equivocación provocada por la naturaleza traicionera del psíquico hereje.

Pero Lyko había huido. Bien por miedo, bien porque debía cumplir un programa, no lo supe en aquel momento. Pero había huido, y al hacerlo, se había incriminado.

Había ido a su residencia, un habitáculo alquilado en las torres de la Colmena Diez, en el preciso instante que Inshabel me había advertido del engaño. Pero Lyko se había marchado, llevándose a su gente con él. Su habitáculo estaba vacío, a excepción de la basura que había dejado atrás cuando se había ido todo su equipo.

Puse a mi personal a buscarlo, una orden difícil de cumplir debido a los problemas de obtención de datos que existían a nivel planetario a causa de los disturbios. Había decidido casi enseguida que debía perseguirlo yo sólo, sin informar a la Inquisición. Puede que parezca raro, algo casi insensato. En cierto modo, lo era. Pero Lyko era un inquisidor de buena reputación, muy estimado, y con muchos amigos. Existían muy pocas probabilidades de que informase a mis superiores de que lo estaba investigando porque sospechaba que protegía a un famoso psíquico hereje sin que no le llegara ningún rumor al respecto, o sin que sus amigos se dedicaran a dificultarme la tarea.

Entre sus amigos se incluían, por supuesto, Heldane y Commodus Voke, parte del audaz trío que había logrado capturar a los treinta y tres psíquicos en Dolsene. Cuán vacía me pareció aquella acción «heroica» en esos momentos. Me había quedado tan impresionado cuando Lord Rorken me había mostrado el informe. Quizá la «captura» había sido fácil, o incluso algo preparado, si Lyko era un aliado secreto de Esarhaddon. Quizá todo había formado parte de una conspiración urdida para perpetrar la atrocidad de la Colmena Primaris.

Estaba atenazado por especulaciones siniestras y sin explicación. No tenía ningún modo de demostrar que Lyko estaba corrompido, ni siquiera en aquel momento, aunque yo tenía sospechas muy fundadas. Era posible que sólo hubiera sido un peón involuntario en Dolsene, o en el palacio Lange, o también era perfectamente posible que estuviera implicado en

ello en todo momento. Incluso era posible que su salida de Tracian fuera una coincidencia que yo había malinterpretado. No hubiera sido la primera vez que un inquisidor había actuado en secreto sin anunciarlo.

Asimismo, cabía la posibilidad de que también él hubiera descubierto el engaño después de los acontecimientos y que se hubiera marchado rápidamente siguiendo una pista y así corregir su error. O que estuviese huyendo por vergüenza… o…

Existían tantas posibilidades… Tenía que cavilar sobre todo lo ocurrido para procurar no equivocarme. Yo estaba seguro de que Lyko era culpable en mayor o menor grado, así que sabía que tenía que seguirlo. Incluso si sólo estaba persiguiendo a Esarhaddon, eso me llevaría en la buena dirección.

Y no podía informar a la Inquisición, o hablar con Voke o con Heldane. Mi incertidumbre era tal que ni siquiera estaba seguro de que ellos no formaran parte de la misma conspiración.

Un complejo rastro de pistas subliminales me puso tras él. Me abstendré de contar todos los detalles, ya que sólo informarían del insufrible tedio que constituye buena parte del trabajo de un inquisidor. Baste decir que registramos y procesamos los documentos de voz y los archivos emitidos por los gremios astropáticos locales y planetarios. Investigamos las transferencias entre aeronaves, el tráfico orbital, las listas de salida, los movimientos de transporte de carga… Tenía a parte de mi personal efectuando trabajo de calle, vigilando lugares clave, haciendo preguntas en bares de comerciantes, pidiendo favores a unos amigos de unos amigos, conocidos de conocidos, incluso a uno o dos adversarios. Contraté a buscadores y detectives, y tomé muestras de cada resto de olor personal que había en el apartamento de Lyko. Programé códigos de feromonas en cráneos servidores que envié a las estaciones y a los puertos orbitales.

Disponía de más de un centenar de personas en mi personal, muchos de los cuales eran cazadores avezados, investigadores o perseguidores, pero

juro que la enorme cantidad de datos que recogimos nos hubiera achicharrado el cerebro.

Habríamos fracasado si no hubiera sido por Aemos. Mi viejo sabio simplemente se enfrentó a aquel desafío, nunca abandonó, nunca se cansó, y su mente siguió y siguió absorbiendo datos e información y realizando mil cruces mentales entre comprobaciones y comparaciones a cada hora, unas tareas que yo no hubiera sido capaz de realizar en un día con una máquina codificadora y un datoscopio.

Parecía, malditos sean sus huesos, que estaba disfrutando con ello.

Las pistas llegaron, una por una. Un transporte de mercancías colocado en un almacén de la Colmena Ocho durante un largo plazo y pagado mediante una transferencia efectuada por uno de miembros del personal de Lyko. Un resto de feromonas de dos segundos de duración en la sala de espera de un puerto comercial en la costa de Colmena Lejana Beta. Una imagen borrosa tomada por un pictógrafo del Munitorum en las calles de Colmena Primaris.

Un pasajero en una lista de embarque que realizó una serie de vuelos de conexión entre astropuertos antes de marcharse del planeta, como si estuviese intentando que nadie lo siguiera.

Después llegaron las pistas clave: un examen superficial y precipitado de un transporte que registraba la presencia de equipo antipsíquico en una carga enviada a otro planeta. Una serie de sobornos torpes y apenas disimulados a estibadores importantes del astropuerto de Primaris. Una nave comercial libre, el Princeps Amalgum, que se quedó un día más de los que había pedido permiso, y que luego cambió de planes de vuelo de repente.

En vez de la larga travesía hasta el Arrecife Ursoridae, se dirigió al interior de la galaxia, vía el mundo de Front, hasta las granjas de tarados de Eechan.

Alguien llamó a la puerta justo después del amanecer, y envié a todo el mundo, excepto a Nayl, al cuarto de al lado. Bequin e Inshabel fueron lo

bastante espabilados como para retirar todos los cucuruchos de comida excepto dos. Me acerqué a la ventana, y Nayl se sentó en una silla, con el brazo echado por encima del respaldo con un gesto informal para que nadie viera la pistola que empuñaba.

Concentré mi mente por un instante para asegurarme de que nuestros disfraces de tarados estaban en orden, y luego dije «Adelante».

La puerta se abrió y apareció la chica puercoespín del bar de tarados. Llevaba puesta una capa contra la lluvia de savia, que relucía llena de gotas, y me miró con curiosidad mientras se bajaba la capucha.

—Tardáis lo vuestro, tarados.

—¿Tienes algo para nosotros, preciosidad o sólo viene’ a echarle un vistazo a este figura que te cruzaste anoche? —le dijo Nayl con una sonrisa lasciva.

La muchacha frunció el ceño y una cresta de espinas sobre su cabeza se irguió como señal de amenaza.

—Tengo un mensaje. Ya sabei’ de quién.

—¿El Phant?

—Yo no digo ná, basura genética, sólo lo traigo.

—Entonces dámelo.

Metió una mano en la parte interior de la capa y sacó un aparato rastreador de tecnología antigua, de aspecto baqueteado. Lo sostuvo en alto por un momento y lo encendió el tiempo suficiente para que viéramos el parpadeo verde indicador. Lo apagó de nuevo y lo dejó caer con un repiqueteo encima de la agrietada superficie de la mesa.

—Va a se’ una subasta. El mejo’ posto’, así que dise que vengai’ conmusho amarillo. Musho.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Hoy en el turno do’, en el masticao’.

—¿Ya está? —le pregunté.

—E’ lo que hay. Yo sólo lo traigo.

Se dio media vuelta y se dispuso a marcharse, pero se detuvo un momento en la puerta.

—A lo mejo’ querei’ recompensá mi labo’.

Metí una mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué una moneda imperial de valor elevado.

—¿Te vale?

Sus ojos se iluminaron.

—Me vale to'.

Se la lancé y ella la atrapó en el aire con una mano.

—Gracia' —dijo.

Salió y se dio la vuelta después de cruzar la puerta. Nos miró como si mi generosa contribución a su felicidad inmediata la hubiese hecho cambiar de opinión sobre nosotros.

Lo que, dado el lugar tan miserable en el que nos encontrábamos, era bastante probable.

—No te fie' de é' —me aconsejó, y cerró la puerta antes de irse.

El «masticado» es el nombre que le dan los lugareños a los terrenos que quedan arrasados después de que las cosechadoras pasen por ellos. Son tierras de vegetación hecha trizas que comienza a crecer a los pocos días de la cosecha, tal es la riqueza y la fecundidad de la flora de Eechan. En todo momento, hay varios miles de kilómetros cuadrados de tierra masticada en las tierras de cultivo situadas alrededor de la colmena principal.

Nos dirigimos al sur, hacia las zonas de masticado más reciente siguiendo la señal del rastreador.

Mediodía. A eso se refería ella con el segundo turno. El segundo cambio de turno del día. Calculamos que tardaríamos unas dos horas en llegar hasta allí.

A pesar de todas las especulaciones que tenía en mente sobre Lyko, el asunto no estaba nada claro todavía. Había sido bastante fácil para Nayl identificar a Phant Mastik como el esclavista local, especializado en

cabezones, es decir, psíquicos. Pero ¿por qué Lyko lo estaba utilizando? Para empezar, ¿por qué Lyko querría vender a Esarhaddon?

Aemos me sugirió que era parte de un trato final ya que Esarhaddon había cumplido su parte del pacto. Eso supondría que Lyko se encontraba al mando de todo, algo que yo dudaba mucho. Y si sólo estaba liberando al hereje ahora que había cumplido su parte, ¿por qué venderlo? ¿Por qué había hecho todo aquel camino para hacerlo? Inshabel suponía que quizá Lyko estaba ansioso de librarse del psíquico porque lo temía.

Yo tenía mi propia teoría. Lyko había llevado a Esarhaddon hasta Eechan por algún otro motivo, y había organizado una venta simulada a través del Phant para que fuese un anzuelo que atrajera a cualquiera que lo estuviera siguiendo y le hiciera salir al descubierto.

Al final, resultó que yo estaba en lo cierto. No me sorprendió. Es lo que yo hubiera hecho.

El masticado era una desolación miasmática. Hasta donde alcanzaba la vista, que no era mucho debido a las neblinas de savia producidas la noche anterior, la tierra era un destrozo agujereado de tallos desgarrados, fibra vegetal machacada, raíces arrancadas y suelo aplastado y aplanado por una gran presión. Las enormes orugas de las cosechadoras habían dejado unos anchos surcos de una profundidad que llegaba hasta la cintura, al fondo de los cuales se acumulaban restos de plantas y tierra dispuestos en franjas lisas como si fueran capas de un bizcocho.

El aire neblinoso estaba impregnado de gotitas de savia y todo estaba repleto de pulgas de la savia y de escarabajos de las tormentas. Flotaban por el aire y se nos posaban encima. Podíamos sentirlos incluso a través de la ropa.

En aquellos momentos, aunque manteníamos nuestros disfraces de tarados, todos íbamos protegidos y armados hasta los dientes. Uno no se mete en lo que puede ser una trampa con una pistola antigua de pólvora y un palo afilado. Yo llevaba puesta una armadura corporal, también llevaba mi espada de energía y mi pistola bólter. Los demás llevaban un equipo

similar. Si nos sorprendían, intentar mantener los disfraces de tarados sería el menor de nuestros problemas.

Diez kilómetros al sur, a través de las espesas y remolinantes nieblas, se podía oír el sonido traqueteante y desgarrador que producían las cosechadoras mientras avanzaban. Cada pocos metros encontrábamos un chorreón de sangre o un trozo de pulpa peluda. Eran los restos de los roedores atrapados por las cuchillas segadoras de las máquinas factoría.

—Uno pensaría —dijo Inshabel mientras se paraba a secarse el sudor pegajoso de la cara— que los animales de la zona ya se habrían acostumbrado a las cosechadoras, que habrían aprendido a mantenerse fuera de su camino.

—Algunos seres nunca aprenden —murmuró Husmaan—. Algunos siempre vuelven a la fuente.

—Se refiere a la comida. Siempre se refiere a la comida —me dijo Nayl con una sonrisa—. Para Duj, todo se reduce a la comida.

—Según las estadísticas —dijo Aemos—, existen cuatro mil millones de ratas de cosecha en cada demitare de campo. Auténticos ríos de ellas huyen delante de las cosechadoras. Hemos visto cadáveres de ratas cada veintidós metros, lo que indica que sólo un dos coma dos por ciento de ellas es lo bastante desafortunada para ser atrapadas por las cuchillas. Eso significa que la inmensa mayoría logra huir. Son más listas de lo que creéis.

Se detuvo. Todo el mundo se había parado y lo estaba mirando.

—¿Qué? —nos preguntó—. ¿Qué? Sólo decía que…

—El viejo alucina más con las matemáticas y las estadísticas que yo con las mujeres —le dijo Nayl a Bequin mientras proseguíamos de nuevo la marcha.

—No sé por cuál de los dos debo sentir más lástima —le respondió.

Husmaan levantó el rastreador que nos había traído la chica puercoespín y le dio una sacudida. Luego lo palmeó un par de veces para estar seguro.

Atravesamos la marea de plantas rotas y nos acercamos a él.

—¿Algún problema? —le pregunté.

—El maldito cacharro… Es demasiado viejo.

—Déjame echar un vistazo.

Husmaan me lo entregó. Desde luego, era una mierda de cacharro. Estaba baqueteado por toda una vida de recibir golpes, con una batería casi agotada. Aquello era un buen detalle profesional, pensé, propio de la cuidadosa planificación de Lyko. Un rastreador poco fiable hacía todo aquello mucho más auténtico.

Un aparato nuevo o con una batería completamente cargada habría sido lo mismo que escribir una invitación en la que se leyera:

«Estimados perseguidores, por favor, venid para que os pueda matar…».

Sacudí el cacharro y respondió. La carga justa y suficiente para llevarnos a la muerte.

—Por ahí —dije.

Ya casi era mediodía. El sol estaba en lo alto, pero las neblinas de savia no se habían disipado. La luz dorada y cálida nos rodeaba. Según el rastreador, estábamos a medio kilómetro del lugar de la subasta.

—Sólo nos esperan a Nayl y a mí, así que iremos con Bequin —quería a un intocable cerca de mí—. Inshabel, tú ve hacia el este con Aemos. Husmaan, al oeste. Cubridnos. No os acerquéis a menos que os lo indique con una orden directa. ¿Entendido?

Los tres asintieron.

—Si descubrís algo, comunicadlo por Glossia y sed breves. Venga.

Nathun Inshabel amartilló su carabina láser y se alejó hacia la izquierda con Aemos a lo largo del surco abierto por la oruga de una

cosechadora, y ambos dejaron unas huellas pegajosas en los residuos aplastados del fondo de la enorme zanja. Husmaan ya tenía amartillado su rifle largo protegido con trapos. Se alejó con rapidez hacia la derecha, y desapareció en breves instantes entre la niebla.

—¿Vamos? —les dije a Bequin y a Nayl.

—Tú primero —me respondió Nayl con una sonrisa.

Di una última orden por el canal de comunicación, en código Glossia, y seguimos avanzando a través de los matojos destrozados del masticado.

Los compinches de Phant habían utilizado lanzallamas para despejar una amplia zona del masticado. Pudimos oler la pulpa de fibra quemada a varias decenas de metros de distancia.

La neblina todavía se mantenía en el aire, pero pude distinguir varios camiones cosechadores y algunas motos gravitatorias y *land speeders* aparcados en la ennegrecida zona despejada. La gente se afanaba a su alrededor.

—¿Qué ves? —le pregunté a Nayl. Dio otro vistazo a nuestro alrededor.

—A Phant… y a sus tarados, el tipo de los cuernos y el del ojazo. A unos doce en el perímetro, más o menos, que se creen que están ocultos. Y los posibles compradores. Son tres… no, cuatro, todos gente de la colmena, con sus guardaespaldas. Otros dieciséis en total.

Me levanté la capucha.

—Vamos —les dije.

—Hay un hilo de alarma colocado alrededor del lugar.

—Lo pisaremos. Para eso está.

El hilo de alarma era un cable colocado a la altura del tobillo y tensado en los tallos rotos y quemados. Tenía atado aproximadamente a cada metro el

cascarón vacío de un escarabajo de las tormentas, como si fuera una campanita. Tintinearon cuando pisamos deliberadamente el cable.

Un instante después, unos matones tarados vestidos con harapos aparecieron procedentes de la maleza que quedaba, y nos apuntaron con pistolas de chispa, además de empuñar diversas armas cortantes.

—Venimo’ po’ la subasta —les dije mientras sostenía en alto el rastreador que nos había dado Phant—. Invitados.

—¿Nombre? —croó un ser con cabeza de rana que nos apuntaba con una ballesta y que tenía un grave problema de babeo.

—Eye-gor, de fuera. Con sus tarados.

El cabeza de rana nos indicó con un gesto que nos acercáramos a los demás. Los otros se reunieron alrededor de la pequeña plataforma de madera en la que estaba Phant Mastik, quien se giró para mirarnos.

—¡Eye-gor! Tarado de fuera del planeta, con otro’ do’ —anunció cabeza de rana en voz alta.

Phant asintió con su pesada cabeza, y cabeza de rana y sus compañeros retrocedieron bajando sus armas.

++Me alegro de que vinieras, tarado.++

—Tú ere’ Phant. Tú ere’ el tarao con el material. Pero… he oío mi nombre en voz alta, y no el de ello’.

++Que nos conozcamos todos para que pueda comenzar la venta.++

Phant miró a los demás compradores. Uno de ellos, una mujer extremadamente atractiva procedente sin duda de los niveles superiores de la colmena y vestida con un traje ceñido asintió.

—Frovys Vassik —dijo mediante un drone cráneo-servidor lingüístico que flotaba cerca de su hombro.

Era evidente que hablaba un dialecto de casta noble que el drone traducía. La evalué rápidamente, tanto a ella como a sus guardaespaldas: aficionados ricachones, posibles adoradores de alguna secta, bien armados y protegidos con todo el equipo de la colmena superior que el dinero podía proporcionar.

—Merdok —dijo el siguiente.

Era un individuo anciano de aspecto frágil, con ropajes blancos y que se apoyaba en un bastón. Se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de japanagar que sin duda había costado más que todas las ropas que llevaba puestas el Phant. Tenía cuatro guardaespaldas, mujeres enanas con trajes vulcanizados de combate gladiatorial, cada una de ellas con un collar electrónico de esclava alrededor del cuello.

—Tanselman Fybes —dijo otro individuo, de rostro fofo, situado a la izquierda de Merdok.

Dio un paso adelante y efectuó un cortés gesto de asentimiento. Iba vestido con un llamativo traje de enfriamiento de color naranja, con unas grandes tuberías de intercambio de aire que salían de los hombros. Su aliento salía en nubes de vapor al entrar en contacto con la atmósfera de aire frío que estaba creando a su alrededor.

También estaba solo, lo que le convertía instantáneamente en alguien mucho más peligroso que los retrasados mentales procedentes de la colmena que se habían traído a sus guardaespaldas.

—Me podéis llamar Erotik —dijo el último comprador, una vieja con cara de zorra que había sido tan idiota de meter su anciano cuerpo en un traje ajustado negro repleto de pinchos, señal de que era adoradora de una secta de la muerte.

O eso quería aparentar, pensé. Tenía a cinco esclavos atados y enmascarados con ella, y todos estaban sudando bajo el calor neblinoso. Me di cuenta enseguida que estaban fuera de su ambiente. Jugaban a ser una secta adoradora de la muerte, allá en las alturas de la colmena principal, que quizá se cortaban un poco la piel y bebían sangre de vez en cuando. Lo más cerca que habían estado de una verdadera secta de la muerte era cuando habían visto una pictografía móvil de mentira para impresionar a sus amigos después de un banquete.

—Os saluo. Soy Eye-gor, ultramundano, y tan tarao' como el que ma'.

Hice una reverencia. Fybes y Vassik me devolvieron el gesto. Merdok se enjugó de nuevo la frente y Erotik hizo un signo muy ferviente de la Muerte Auténtica que casi hizo soltar una carcajada a Nayl.

—¿Podemos empezar, estimado Phant? —le preguntó Merdok mientras se pasaba el pañuelo por su redondo rostro—. Es mediodía, y hace un calor de espanto.

—¡Y yo tengo asesinatos que cometer y sangre que beber! —gritó Erotik.

Sus regordetes e insensatos guardaespaldas dieron pequeños gritos de aprobación e intentaron recolocarse los pinchos y las bandas de cuero para que no les hicieran daño.

—Oh, por el amor del Emperador… No van a salir de aquí con vida —me susurró Bequin.

—Por idiotas… —le respondí con otro susurro.

Los hombres de Phant utilizaron garrotes de energía y látigos eléctricos para llevar a la mercancía en venta desde la parte trasera de un camión cosechero hasta la plataforma de madera. Era un humano delgado y de largas extremidades, que iba con los ojos vendados y llevaba puesta una camisa de fuerza, además de un pesado anulador psíquico alrededor de la cabeza.

++Calidad alfa-plus. Sólo uno. ¿Sus ofertas?++

—¡Diez barras! —gritó Erotik inmediatamente.

—Veinte —dijo Vassik.

—¡Veinticinco! —gritó Merdok.

Fybes carraspeó para aclararse. Su tos generó un chorro de vapor en la atmósfera privada que creaba el generador de su traje.

—Creo que eso ha dejado claro el nivel común aquí. Odio mezclarme con proletarios. Mil barras.

Erotik y sus guardaespaldas dejaron escapar una exclamación.

Merdok se quedó pálido.

Vassik lanzó una mirada rápida a Fybes.

—Aaahh. Al menos alguien conoce el verdadero valor del objeto en venta. Ya podemos empezar la subasta en serio. —Vassik también se

aclaró la garganta, y su cráneo cibernético imitó de forma obediente aquel ruido—. Mil doscientas barras.

—¡Mil trescientas! —gritó Erotik con desesperación.

—Mil quinientas —dijo Merdok—. Es mi mayor oferta. No tenía ni idea de que esta reunión sería tan ansiosa… o tan rica.

—Dos mil —dijo el cráneo flotante de Vassik.

—Tres —contestó Vassik.

Merdok estaba meneando la cabeza. Erotik se alejaba hacia el borde de la zona despejada, quejándose en voz alta a sus rechonchos juguetes sexuales, que se agitaban nerviosos a su alrededor.

—Tres quinientas —dijo Vassik.

—Cuatro —replicó Fybes.

—¿Nada? —le dije a Bequin con un susurro.

—Ni el más leve impulso latente. Pero puede que ese anulador psíquico esté funcionando bien.

—¿Podría ser Esarhaddon?

—Sí. Lo dudo, pero podría serlo.

—¿Nayl?

Harlon Nayl se volvió para mirarme.

—Nada. Los guardaespaldas de Phant se están poniendo nerviosos porque la vieja bruja y sus ridículos payasetes intentan marcharse antes de que la subasta haya acabado. Pero sólo eso…

—Cinco quinientos —profirió el cráneo-servidor de Vassik.

—Seis —dijo Fybes.

Merdok se había retirado a un lado de la puja con sus guardaespaldas y estaba aspirando grandes bocanadas de obscura de una pipa de agua portátil que una de sus féminas esclavas gladiadoras sostenía. Erotik y sus rechonchas versiones masculinas de concubinas estaban discutiendo con el cabeza cornuda y con otra pareja de mutantes al otro lado de la zona quemada.

—¡Ocho quinientas! —dijo Vassik.

—¡Nueve! —le contestó Fybes.

—Sincuenta —dije yo con voz tranquila, y arrojé una enorme pila de pequeños lingotes de oro en el suelo manchado.

Se produjo un silencio. Un largo y puñetero silencio.

++La oferta son cincuenta mil.++

Phant se nos quedó mirando a todos.

Merdok, Erotik y todos los suyos estaban simplemente pasmados. Vassik se dio la vuelta y comenzó a dar gritos, y sus guardaespaldas tuvieron que sujetarla en cuanto empezó a tener un ataque de rabia.

Fybes se me quedó mirando, con el aliento saliéndole en lentas y pequeñas nubes de vapor.

—¿Cincuenta? —me preguntó.

—Eso e'. Sincuenta. ¿Lo mejora'?

—¿Y qué pasa si lo hago, Eye-gor? Y por favor… deja de intentar imitar ese estúpido el acento de los tarados. Me pone de los nervios.

Fybes comenzó a caminar hacia mí. Levantó la mano y se arrancó la piel de la cara. La piel se desintegró como una telaraña en cuanto tiró de ella, y dejó al descubierto sus ojos, negros y penetrantes.

—Oh, Gregor, te gusta tanto hacer una entrada espectacular… ¿verdad? —me dijo Cherubael.



ONCE

CARA A CARA
SIN TESTIGOS
MUERTE EN TODA REGLA

Su cara era la última cosa que me esperaba ver allí, aunque había estado en mi mente y en mis pesadillas durante casi cien años.

—Ha pasado bastante tiempo, ¿verdad, Gregor? —me dijo el demonio con un tono de voz casi cordial—. He pensado bastante en ti, y con cariño. Me superaste en 56-Izar. Yo… debo admitir que pensé en vengarme durante cierto tiempo. Pero cuando me enteré de que después de todo habías sobrevivido a aquello, me alegré. Eso significaba que tendríamos ocasión de vernos de nuevo.

El traje refrigerante de color naranja comenzó a arder y a deshacerse, desprendiéndose en trozos chamuscados hasta que se quedó al desnudo. Se elevó lentamente, con las manos a los costados, como si fuera un bailarín, y flotó al viento a unos cuantos metros por encima del suelo achicharrado. Seguía siendo alto, y de constitución robusta, pero el aura que lo rodeaba tenía un color más bien verdoso enfermizo, no el dorado que yo recordaba.

Unas venas saltonas y de aspecto antinatural le recorrían el cuerpo, y los pequeños cuernos que había tenido en la frente habían crecido hasta convertirse en cortas astas retorcidas.

—Así que nos vemos de nuevo. ¿No vas a decirme nada?

Podía sentir cómo Bequin temblaba de terror a mi lado.

—Tranquila, no te muevas —le dije.

El demonio la miró y su sonrisa se hizo todavía más ancha.

—¡La intocable! ¡Cuán maravilloso! Una repetición casi exacta de nuestro primer encuentro. ¿Cómo estás, querida?

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—¿Querer?

—Siempre quieres algo. En 56-Izar era el Necroteuco. Ah, no, lo olvidé. Tú nunca quieres nada. Sólo eres un esclavo que obedece las órdenes de otro.

Cherubael frunció levemente el ceño.

—No seas maleducado, George. Deberías apreciar el hecho de que me haya tomado cierto interés personal por ti. La mayoría de las cosas que me molestan las destruyo con mucha rapidez. Podría haberte perseguido hace varios años, pero yo sabía que existía cierto… lazo.

—Más acertijos. Más vaciedades. Dime algo de verdad. Cuéntame lo que sucedió en Vogel Passionata.

Lanzó una carcajada, un sonido bastante desagradable.

—Ah, te has enterado, ¿no?

—Los informes recibidos respecto a ese incidente me han convertido en un sospechoso a los ojos de muchos.

—Lo sé. Bendito seas, no era ésa mi intención. Sólo fue un pequeño error por mi parte. Lamento que te haya causado tantos inconvenientes.

—No tengo ningún deseo de que se me considere un hombre que sellaría un pacto con un demonio.

—Estoy seguro de que no lo deseas, pero eso es exactamente lo que está ocurriendo, te guste o no. Es el destino, Gregor. Nuestros destinos están entrecruzados, de un modo que ni siquiera puedes empezar a vislumbrar. ¿Por qué otro motivo soñarías conmigo?

—Porque perseguirte y expulsarte de este mundo se ha convertido en uno de los principales objetivos de mi vida.

—Oh, esto es algo más que una simple obsesión profesional. Piensa, realmente, ¿por qué sueñas conmigo? ¿Por qué me buscas de forma tan diligente, hasta el punto de ocultar la extensión de esa búsqueda a tus superiores?

—Yo…

Mi mente funcionaba a toda velocidad. Aquella entidad sabía demasiado.

—¿Y por qué te perdoné la vida? Si hubieses sido tú el de Vogel Passionata, te hubiera dejado vivir. Te dejé vivir en Tracian.

—¿Qué?

—Te detuviste a presentar tus respetos en la tumba de Espatian, y la Puerta te protegió del desastre. ¿Por qué te detuviste? No lo sabes. No puedes explicarlo, ¿verdad? Fui yo. Cuidé de ti. Introduje esa sugestión en tu mente. Hice que te detuvieras sin tener un motivo aparente. Hemos trabajado juntos todos estos años.

—¡No!

—Lo sabes, Gregor. Lo que pasa es que no sabes que lo sabes.

Cherubael se alejó levitando un corto trecho, y miró a su alrededor. Todo el mundo que estaba participando en la subasta se había quedado inmovilizado, con los ojos fijos en él. Nadie se atrevía a moverse, ni siquiera el guardaespaldas tarado de voluntad más débil. Incluso aquellos presentes que no sabían lo que era reconocían el extraordinario poder y malignidad que Cherubael representaba.

—¿A qué estás esperando? —gritó una voz procedente de algún lugar cercano.

Varios hombres armados salieron de sus escondrijos en los arbustos supervivientes del masticado y se acercaron hacia nosotros. Uno de ellos era Lyko, con seis fibrosos ejemplares de matones a sueldo.

—Mira a quién he encontrado, Lyko. Planeé esta trampa, como tú me sugeriste, para descubrir si alguien te estaba siguiendo, y mira quién resultó ser.

—Eisenhorn… —murmuró Lyko, y el miedo apareció por un instante en su rostro. Miró a Cherubael.

—Ya te lo he dicho: ¿a qué estás esperando? Mátalos para que nos podamos ir.

De repente, me quedó claro que Lyko no era el señor del demonio. Al igual que Konrad Molitor muchos años atrás, Lyko era otro peón, un agente corrupto de alguien… o de algo.

—¿Debo? —le preguntó la figura flotante.

—¡Hazlo! ¡Sin testigos!

—¡Por favor! —gritó el anciano Merdok—. Solamente queríamos…

Lyko se giró en redondo e incineró al viejo con su pistola de plasma.

Aquello rompió el estado de inmovilidad de todo el mundo. Los compinches de Phant y los demás compradores se dispersaron dominados por el pánico, desenfundando armas y gritando. Empezó un tiroteo indiscriminado. Los pistoleros de Lyko, todos con aspecto de haber sido antiguos militares, iban armados con ametralladoras y acribillaron toda la zona, abatiendo a los tarados que huían. Vi que Phant Mastik recibía una ráfaga y que se desplomaba hacia atrás sobre la plataforma de madera.

Su guardaespaldas cornudo se lanzó a por Cherubael, disparándole con una vieja pistola láser.

Cherubael no se había movido. Se quedó simplemente mirando la carnicería que estaba teniendo lugar a su alrededor. Los disparos láser chisporrotearon al rebotar en su piel, y miró al tarado, como si su ensimismamiento se hubiera interrumpido.

El demonio ni siquiera movió una mano o un dedo. Sólo hizo un ligerísimo movimiento con el mentón en dirección hacia el guardaespaldas cornudo, y el pobre tarado quedó hecho filetes en el mismo sitio que estaba. Unas oleadas de energía le desgarraron poco a poco la piel y la carne, y después hicieron pedazos su esqueleto, con trozos todavía articulados arrancados de cuajo.

Sentí la disformidad concentrarse en aquel lugar a medida que Cherubael comenzaba su tarea. En cuanto empezó, desencadenó toda su furia. Las esclavas gladiadoras de Merdok desaparecieron en el interior de un vórtice y murieron tras fundirse las unas con las otras. El barro bajo los pies de Vassik comenzó a hervir, y tanto ella como sus guardaespaldas se hundieron en él, gritando y manoteando hasta desaparecer.

Yo estaba completamente inmóvil, rígido. Bequin empezó a tirar de mí.

Unos cuantos disparos pasaron cerca de mi cara. Me di la vuelta en redondo y vi a dos de los hombres de Lyko que cargaban contra nosotros. Uno de ellos se desplomó de repente, con un tiro que le atravesó la cabeza y que sólo podía ser un disparo de francotirador efectuado por Husmaan, oculto entre la maleza.

Nayl pasó corriendo a mi lado y abatió al otro con un disparo de su Tronsvasse Parabellum.

—¡Vamos! ¡Tenemos que largarnos de aquí! —me dijo con un grito.

El aire estaba cargado de sangre, suciedad y fibras de planta que revoloteaban. Una chasqueante tormenta de disformidad estaba comenzando a aparecer a nuestro alrededor, tan densa y tan oscura que apenas podíamos ver, que apenas podíamos mantenernos en pie. Pero a pesar de todo, podía distinguir la reluciente silueta de Cherubael al fondo.

Desenfundé mi espada de energía y cargué contra él.

—¡Gregor! ¡No! —me gritó Bequin.

No tenía elección. Había esperado casi cien años. No le dejaría escapar de nuevo.

Se dio la vuelta flotando para encararse hacia mí, sonriéndome desde arriba.

—Tira eso, Gregor. No te preocupes. No te mataré. Lyko no tiene ningún poder sobre mí. Ya me encargaré más tarde de sus quejas, y…

—¿Quién tiene poder sobre ti? ¿Quién es tu amo y señor? ¡Dímelo! ¡Tú provocaste la atrocidad de Tracian!, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Por orden de quién?

—Vete ya, Gregor. No es algo que deba preocuparte. Vete.

Creo que se quedó realmente sorprendido cuando le di un tajo con mi espada de energía en el pecho.

No sé si creía que podía hacerle algún daño.

La espada bendecida casi le destripó de arriba abajo antes de estallar y lanzarme de espaldas.

Miró abajo con desesperación, hacia la herida de su torso. Las energías de la disformidad, brillantes y venenosas, salían a borbotones de ella. Un segundo después, la herida se cerró como si nunca hubiera estado allí.

—Pequeño bobo —dijo Cherubael.

De repente, me encontré volando por los aires con la boca llena de sangre.

El impacto de la caída me estremeció todos los huesos y me dejó sin respiración. La cabeza empezó a darme vueltas. El poder del demonio me había lanzado a más de treinta metros de distancia, haciéndome atravesar la zona despejada y aterrizar en los arbustos.

Unas tremencdas detonaciones psíquicas resonaron por todos lados. Unos vientos aullantes y apenas sensibles procedentes de las profundidades del espacio disforme serpentearon por el campo y destruyeron a los últimos tarados con vida que quedaban y a los compradores que huían.

Intenté levantarme, pero perdí el conocimiento.

Cuando lo recuperé, toda la zona del masticado estaba en llamas. No había señal alguna de Cherubael. Inshabel y Aemos me estaban ayudando a ponerme en pie.

—¡Bequin! ¡Nayl! —logré decir entre toses.

—Los encontraré —me tranquilizó Inshabel.

—¿Dónde está Lyko? —le pregunté a Aemos cuando Inshabel se marchó a la carrera, con un arma en la mano.

—Huyó con sus hombres en dos de los *land speeders*.

—¿Y el demonio?

—No lo sé. Pareció desvanecerse de repente. Quizá tenía un campo de desplazamiento.

Eché a correr para volver al lugar, aunque mi cuerpo protestaba dolorido. Aemos gritó a mi espalda.

La mayor parte de los vehículos estaban aplastados o volcados, pero un par de ellos todavía estaban intactos.

Me subí a una motocicleta gravitatoria de color negro, un elegante modelo deportivo que probablemente había pertenecido a Vassik. Encendí los motores y despegué antes incluso de haberme abrochado los arneses de seguridad del asiento.

El aparato era potente y sensible en los mandos. Me llevó unos instantes acostumbrarme a la suavidad de toque necesaria para acelerar sin que la moto pegara unos acelerones bruscos. Dio un par de bandazos en el aire cuando me elevé con demasiada rapidez por encima del lugar achicharrado. Pude ver a Nayl, ensangrentado y con la ropa desgarrada, que me gritaba que regresara.

Salí de la columna de humo a unos cien metros de altura, y eché un vistazo a mi alrededor. Los campos del masticado se extendían hasta que todo quedaba cubierto de nuevo por el color verde. Distinguí la colmena principal, enorme a pesar de la distancia. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban?

Discerní dos puntos negros en el aire a unos tres kilómetros hacia el oeste, y aceleré mi aparato hacia ellos. Eran *land speeders* pesados que se dirigían hacia la fábrica cosechadora más cercana.

Abrí las turbinas al máximo, y me acerqué con rapidez y por debajo al vehículo más lento. Supe que me habían visto en el momento que el fuego de ametralladora empezó a pasar en mi dirección, aunque a mucha distancia todavía.

Comencé a deslizarme de un lado a otro, como me había enseñado Midas, antes de que lograran centrarme en su punto de mira. Pensé en responder a sus disparos, pero me hacían falta las dos manos para mantener nivelada la motocicleta.

Estábamos pasando ya por campos verdes listos para ser cosechados, un mar de color esmeralda que se alejaba convertido en un borrón alarmante. Más balas trazadoras pasaron de largo silbando.

Una gran sombra oscura tapó el sol.

—¿Quieres que les derribe? —dijo una voz por el comunicados.

La silueta ahusada de mi cúter artillado se colocó a mi lado y se puso a mi velocidad. Parecía un aparato gigantesco comparado con mi insignificante motocicleta gravitatoria. Eran ciento cincuenta toneladas, ochenta metros desde la punta del morro hasta su cola con alerones, y llevaba el tren de aterrizaje bajado, con todo el aspecto de ser las patas de un insecto. Pude ver a Medea sonriéndome en la cabina.

No me atreví a levantar ninguna de mis manos de la traqueteante palanca de mando para activar el aparato comunicador.

En vez de eso, me comuniqué directamente desde mi mente a la suya.

Sólo si no te queda más remedio. Intenta obligarlos a que aterricen.

—¡Auch! —respondió el comunicador—. Avísame la próxima vez que vayas a hacer eso.

La gran masa del cúter aceleró de repente, replegó el tren de aterrizaje a la vez que encendía sus posquemadores y viró a la derecha. La onda de choque de su estela me sacudió a base de bien. Vi cómo giraba en un amplio semicírculo y descendía un poco hacia el suelo, abriendo surcos entre las altas hierbas al paso del chorro de sus motores. Parecía una gran ave de presa que se preparara para atacar a su víctima.

Gracias a sus motores de capacidad interplanetaria, alcanzó con facilidad los vehículos gravitatorios enemigos, los pasó y se abalanzó sobre ellos de frente.

Sentí una corriente de energía psíquica. Mis enemigos no disponían de otra arma que sus mentes para atacar al cúter artillado.

El cúter viró repentinamente a la izquierda, descendió una pizca y luego niveló su trayectoria. Habían pillado a Medea, aunque sólo fue por un instante.

Ella se había cabreado. Lo sabía sólo con ver el modo en que estaba volando. Hizo virar y casi quedarse flotando en el aire al cúter con un

aullido de sus retrorreactores de frenado mientras los aparatos enemigos pasaban a toda velocidad.

La torreta situada bajo el morro giró y los proyectiles de gran calibre que disparó hicieron saltar en pedazos al segundo de los *land speeders*, que se deshizo en una enorme llamarada.

¡Basta!, le dije a Medea. ¡Los quiero vivos si es posible!

Ya estaba cerca del otro *land speeder*. Pude sentir la mente de Lyko a bordo del aparato.

Se acercaba a la masa blindada de la cosechadora, que ya dominaba todo el paisaje por delante de nosotros. Era gigantesca, de seiscientos metros de largo y unos noventa de alto en el extremo de su dorso arqueado en forma escarabajo. Estaba dejando en el aire un rastro de savia pulverizada y humo. El chasquido de sus cuchillas segadoras podía oírse incluso por encima del aullido de los motores de mi motocicleta.

Mi presa hizo un picado y sobrevoló la espina dorsal de la inmensa máquina factoría, en dirección a un hangar orientado hacia la parte trasera y que parecía una enorme verruga en la parte posterior del monstruo. Por el comunicador de la motocicleta me llegaban los gritos de aviso y de alarma de los tripulantes de la cosechadora.

El pesado *land speeder* frenó y aterrizó de mala manera en la boca del hangar. Giré para seguirlo y vi a unas cuantas siluetas que se bajaban de forma precipitada. Todas desaparecieron por la puerta del hangar, todas menos una, un individuo que se arrodilló sobre la pista de aproximación y comenzó a dispararme con su ametralladora.

Los proyectiles de alta velocidad empezaron a pasarme por ambos costados. Finalmente, una ráfaga entró en la toma de aire de babor con un tremendo chasquido que hizo estremecerse todo el aparato, y lanzó una lluvia de chispas y de fragmentos metálicos.

El tablero de control quedó iluminado por múltiples luces de alarma.

Caí diez metros y apunté con el morro. Y salté.

Me rompí la muñeca izquierda y cuatro costillas cuando me estrellé contra la parte superior de la cosechadora. Cuando después pensé en aquello, me di cuenta de que había tenido suerte de no matarme, que incluso había tenido suerte al caer sobre el casco de la cosechadora. Era una caída importante. Logré agarrarme al cable de un puntal cuando empecé a deslizarme hacia abajo, y lo rodeé con el brazo derecho.

Mi motocicleta rebotó en la superficie de la pista de aterrizaje, saltó de nuevo hacia arriba y empezó a deshacerse en pedazos. El aparato volcó mientras dejaba una estela de restos, aplastó al pistolero, se estrelló contra el *land speeder* de Lyko y lo empujó contra la pared del hangar, donde estalló un segundo después, formando una tremenda bola de fuego y metal ardiendo.

Cojeé a lo largo de la pista procurando esquivar los grandes trozos metálicos en llamas y pasé por encima de los demás aparatos estacionados y todavía humeantes. Las sirenas de impacto ya estaban aullando, y los sistemas antiincendio automáticos se esforzaban por cubrirlo todo con espuma. Encontré una escotilla medio abierta al fondo del hangar, al lado de los ascensores y de los montacargas.

Pasé por la escotilla. Al otro lado había unas escaleras metálicas que descendían hacia el interior de la fábrica. Al final, daba a una pasarela que recorría la cosechadora en toda su longitud. Unos aturdidos trabajadores, la mayoría de ellos tarados con monos de trabajo manchados de savia, se me quedaron mirando.

Les mostré mi insignia.

—Inquisición Imperial. ¿Por dónde han ido?

—¿Quién?

—¿Por dónde han ido? —repetí con un gruñido y utilizando mi poder mental sin contenerme en absoluto.

El efecto fue tan impactante que ninguno de ellos pudo hablar, y bastantes se desmayaron. Todos los demás me señalaron la pasarela que conducía al extremo delantero de la factoría.

Otra escotilla, otra escalera. El ruido de las segadoras interiores era atronador. Bajé hasta la inmensa línea de trabajo, una larga cavidad que recorría la cosechadora a todo lo largo. Era un lugar inmenso y ensordecedor, con el aire empapado de nubecillas de gotas de savia. Una larguísima cinta transportadora llevaba el producto cosechado procedente de las hojas segadoras situadas en la boca de la cosechadora, a un ritmo de varias toneladas por segundo. Unos operarios mutantes, equipados con máscaras y delantales de goma, trabajaban en la parte delantera de la cinta transportadora con grandes herramientas en forma de sierra y con lanzas cortadoras que estaban conectadas a unos sistemas de energía situados por encima de sus cabezas mediante gruesas tuberías de goma. Escogían y cortaban los trozos de tallos y tronchos demasiado grandes antes de que la cosecha pasase por los grandes rodillos con cuchillas y por las prensas estampadoras hasta llegar por fin a los grandes contenedores, al otro extremo de la factoría.

Todas las alarmas estaban sonando ya, y las luces de alerta se habían encendido, por lo que la línea de trabajo se había detenido, y los trabajadores miraban a su alrededor, con la celulosa líquida y la savia goteándoles de los guantes, los monos de trabajo y las herramientas.

Avancé tropezando con todos ellos mientras los capataces me gritaban desde sus puestos de observación. Pude ver a Lyko, a unos treinta metros por delante, avanzando a empujones con su último pistolero y con una figura atada y con la cabeza cubierta que sólo podía ser Esarhaddon.

El pistolero se volvió y abrió fuego contra mí. Tres operarios se desplomaron, y uno de ellos cayó sobre la cinta transportadora. Los disparos hicieron saltar chispas de las pasarelas de metal y de la maquinaria.

Mientras los trabajadores se lanzaban a todos lados para protegerse, yo me agaché y alargué la mano para empuñar mi pistola bólter. No estaba allí. De hecho, toda la funda había sido arrancada. No estaba seguro del momento en que la había perdido, si durante el ataque de Cherubael o cuando me estampé contra el casco de la cosechadora, pero lo cierto es que

ya no estaba. Y mi apreciada espada de energía se había desintegrado cuando entró en contacto con el demonio.

Unos cuantos proyectiles más cruzaron silbando el espacio que nos separaba y mellaron la superficie metálica de los rodillos de la cinta transportadora. Me metí a gatas detrás de un tambor de una herramienta de limpieza a presión.

Desenfundé mi arma de reserva de una pistolera que tenía cosida en el tobillo de mi bota. Era una pistola compacta automática, con un cañón tan corto que apenas llegaba un poco más allá de la guarda del gatillo. De hecho, la empuñadura era más larga que el propio cañón, y llevaba en su interior un cargador de veinte proyectiles de pequeño calibre.

Seleccioné fuego tiro semiautomático y disparé un par de veces. La puntería era horrible, y su potencia realmente penosa. Se trataba más bien de un arma de último recurso, pero sólo a quemarropa.

El pistolero, sin inmutarse por mi patético intento de intimidarlo, pasó a fuego automático y acribilló la zona donde yo estaba y los puestos de trabajo situados al otro lado de la cinta transportadora. Los trabajadores, apiñados en busca de protección, comenzaron a gritar y a aullar.

Los disparos cesaron. Me atreví a sacar la cabeza para echar un vistazo. Oí un chasquido y un chirrido, y la cinta transportadora comenzó a funcionar de nuevo.

El pistolero se había marchado en pos de su jefe. Lyko ya estaba casi fuera de vista, empujando a su prisionero por delante de él.

Me pregunté por qué Esarhaddon era un cautivo de Lyko. Seguía sin entender la relación entre Lyko, el psíquico y Cherubael.

Eché a correr. El pistolero, Lyko y su prisionero psíquico habían desaparecido tras la compuerta de una mampara. Si los seguía, sería sin saber dónde me metía. Y si hubiera estado en el pellejo de Lyko, habría utilizado la compuerta para darme la vuelta y esperarme.

Mis presentimientos sobre todo ese asunto no habían sido erróneos hasta aquel momento.

Me subí de un salto en la ancha cinta transportadora, haciendo caso omiso de los gritos de los acobardados trabajadores y me deslicé a través de la aplastada y pegajosa carga de cosecha. La savia y el movimiento de la cinta hacían prácticamente imposible permanecer de pie. Por un momento pensé que iba a resbalar y que acabaría en la prensa giratoria más cercana.

Salté al otro extremo y caí sobre suelo firme, goteando fluidos vegetales y pasta verde. Comencé a seguir la línea de trabajo, al otro lado de la cinta transportadora, que dividía a la cosechadora en dos por el centro.

También había una compuerta de mamparo a ese lado. La atravesé medio agachado.

El pistolero estaba esperando detrás de la otra puerta en el otro extremo de la cinta transportadora. Me vio, soltó unos tacos y se dio la vuelta apuntándome con su ametralladora. Yo ya estaba disparando. Incluso a aquella distancia más corta, la escasa potencia de fuego de mi arma se hizo evidente. Su ametralladora de cargador de tambor iba a enviarme rugiendo al otro mundo.

Me tiré de cabeza a la vez que colocaba mi arma en disparo automático y vaciaba todo el cargador de pequeños proyectiles con una ráfaga aguda y tableteante.

Lo que carecía en potencia de fuego lo compensé con el número de balas. Le acerté seis o siete veces en el brazo izquierdo y en el cuello, y le hice trastabillar, con su armadura rasgada. La ametralladora pesada que empuñaba se le escapó de las manos y cayó en la cinta transportadora que nos separaba, donde desapareció rápidamente de nuestra vista.

Se hallaba muy lejos de estar muerto, aunque sangraba en abundancia por las leves heridas y arañazos causados por mis proyectiles de pequeño calibre. Probablemente se había inyectado algún estimulante que lo mantenía en pie.

Profirió un insulto necromundano y desenfundó una pistola láser de manufactura militar a la vez que se subía de un salto a la guarda metálica de su lado de la cinta transportadora para dispararme con un mejor ángulo.

Le tiré la pistola descargada y lo hice agacharse, y luego agarré una de las lanzas cortadoras que colgaba al borde de la guarda metálica.

Disparó un tiro que pasó muy cerca de mi hombro. Hice girar la lanza hacia él, con la punta en forma de sierra chirriando, pero era muy difícil manipular un artefacto así con una muñeca rota.

Así que transformé el balanceo en un lanzamiento y arrojé la larga herramienta como si fuese un arpón.

La punta lo atravesó y murió mientras aullaba y seguía intentando sacarse la cortadora industrial del pecho. Cuando su cuerpo se relajó, la tensión del tubo de goma vulcanizada tiró de la lanza hacia su gancho de reposo, a mi lado de la cinta transportadora, y arrastró el cadáver. La cinta lo llevó hasta la manguera de energía, y luego lo mantuvo sujeto, haciendo que la cinta se moviera por debajo de él.

Las pilas de fibras de planta húmedas empezaron a amontonarse sobre él y a desbordarse por los lados.

Eisenhorn, dijo una voz en el interior de mi mente.

Me di la vuelta y vi a Lyko de pie sobre un caballete que formaba una pasarela por encima de la cinta transportadora. La pistola de plasma que había utilizado para incinerar al falso Esarhaddon me estaba apuntando a mí. Pude ver al maltratado psíquico, que todavía tenía la cabeza tapada y rodeada por un anulador psíquico. Lyko lo había dejado atado al otro extremo de la línea de trabajo.

Deberías haberme dejado tranquilo, Eisenhorn. No deberías haberme perseguido jamás.

Hago mi trabajo, cabrón. ¿Qué es lo que estás haciendo tú?

Lo que debe hacerse. Lo que hay que hacer.

Bajó por la pasarela y se acercó hasta mí. Había una expresión aterrorizada en su rostro.

¿Y qué es lo que hay que hacer?

Silencio.

¿Por qué, Lyko? La atrocidad cometida en Tracian… ¿Cómo has podido permitirlo? ¿Cómo has podido formar parte de ello?

Yo… ¡yo no lo sabía! No sabía lo que iban a hacer.

¿Quién?

Apretó el cañón de su poderosa arma con fuerza contra mi mejilla.

—Se acabó —me dijo, hablando por primera vez.

—Si vas a matarme, hazlo de una vez. Me sorprende que no lo hayas hecho ya.

—Antes tengo que saber algo. ¿Quién lo sabe? ¿Quién más sabe lo que tú sabes?

—¿Sobre ti y tus tratos con demonios? ¿Sobre el robo que has efectuado de un psíquico de nivel alfa-plus? ¿Qué fuiste responsable en parte de la muerte de millones de personas en Tracian? ¡Ja! *Todo el mundo*. Contesté a la respuesta psíquicamente para darle mayor énfasis. *Todo el mundo. Informé a Rorken y a Orsini en persona antes de partir para perseguirte*.

—¡No! Habrían enviado a más gente, no sólo a ti…

—Lo han hecho.

—¡Mientes! Estás sólo…

Estás condenado.

Asaltó mi mente con la suya, completamente frenético en su ansia por arrancarme la verdad. Creo que se había dado cuenta del alcance de su implicación, de lo mucho que se había condenado.

Bloqueé su feroz asalto mental y contraataqué, introduciendo un atisbo de rabia psíquica en su cerebelo. Allí estaba. Podía sentirlo. Su verdadero jefe. El rostro, el nombre…

Se dio cuenta de lo que yo estaba intentando, se dio cuenta de que lo había superado en el campo psíquico. Intentó dispararme con su pistola de plasma, pero para entonces yo ya había bloqueado su sistema nervioso y había anulado todas sus funciones autónomas. Investigué a fondo su mente. Él estaba inmóvil, impotente, incapaz de impedirme que registrara todos sus recuerdos, a pesar de los bloqueos implantados y de las cerraduras de engramas que había colocado allí. O que otro había hecho.

Allí. Allí. La respuesta.

Murmuró algo, un grito de agonía que se elevó poco a poco con una entonación muy extraña.

Lyko trastabilló y se alejó de mí.

Cherubael estaba flotando por encima de nosotros, cerca del techo de la cámara factoría, brillando con una luz enfermiza procedente de la disformidad.

Lyko se elevaba hacia él, tosiendo, retorciéndose, pero con sus extremidades completamente lacias. De su boca y de su nariz surgían leves vaharadas de humo.

—Venga, Gregor —me dijo Cherubael—. Buen intento, pero algunas cosas deben permanecer en secreto.

Arrojó a un lado a Lyko con un gesto de su cabeza. El inquisidor renegado cayó en la parte frontal de la línea de trabajo de la factoría, rebotó con fuerza en el mamparo interior del casco y cayó sobre las cuchillas segadoras situadas en la abertura delantera de la cosechadora.

Su cuerpo quedó completamente desintegrado.

Cherubael bajó flotando y agarró la silueta inerte y medio comatosa de Esarhaddon como un niño tomaría en sus manos un muñeco.

—No olvidaré lo que has hecho —me dijo el demonio mientras miraba atrás por última vez—. Tendrás que compensármelo.

Y luego desapareció, y Esarhaddon lo hizo con él.



DOCE

EN CADIA, A TERCIA
LOS MEGALITOS
UNA CHARLA CON NEVE

Un cortante viento otoñal venía de los páramos, y las hojas de los árboles-eje remolineaban en al aire antes de llegar al suelo a medida que empezaban a caerse. Pasaban flotando a mi lado como ristras de algas negras secas, y se amontonaban en pilas que se descomponían lentamente por el lado donde soplaba el viento, en los costados de las lápidas y las paredes de piedra.

Encima de mí, el cielo encapotado estaba cubierto de nubes oscuras que pasaban a gran velocidad.

Seguí el viejo sendero, cubierto de hierbajos, que subía por la ladera boscosa, bajo los siseantes árboles-eje, y me quedé allí parado por unos instantes, mirando el amplio cementerio y la torre de la pequeña capilla que lo vigilaba. No se veía ningún signo de vida, y aparte del viento, tampoco se discernía ningún movimiento. Incluso el vehículo aéreo que me había llevado hasta allí desde las pistas de aterrizaje de Kasr Tyrok ya

se había marchado. Casi echaba de menos las protestas del piloto porque el sitio estuviera tan alejado de la ciudad.

Mucho más lejos, casi fuera de la vista, más allá de los páramos, vi el más cercano de los famosos y misteriosos megalitos, una silueta angulosa. Incluso desde aquella distancia pude distinguir las extrañas notas musicales producidas por el viento al pasar por las formas geométricas de los megalitos, formas que miles de años de investigaciones humanas no habían logrado descifrar.

Aquélla fue la primera ocasión que estuve en el planeta que la gente llamaba el Bastión del Imperio. Hasta el momento, no me había atraído en absoluto.

—Vaya, Espina… No estás demasiado atento, ¿eh?

Me di la vuelta con lentitud. Se había colocado a mi espalda, con tanto silencio como el vacío espacial.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Qué tienes que decir esta vez?

—Considero que me has hecho sentir suficientemente humilde —le respondí.

Se quedó impasible por un momento, y luego la cicatriz que tenía bajo su ojo de color blanco lechoso se estremeció cuando sonrió.

—Bienvenido a Cadia, Eisenhorn —me dijo Fischig a modo de saludo.

Aparte de Aemos, Godwyn Fischig era mi compañero más antiguo, aunque Bequin y él se disputaban a menudo aquel título. Los había conocido a ambos en Hubris, durante mi persecución del servidor del Caos llamado Eyclone, que finalmente condujo a todo el puñetero asunto del Necroteuco.

Lo cierto es que al primero que había conocido era Fischig. En aquel entonces era un depurador de los arbites al que le habían ordenado vigilarme. Se convirtió en mi aliado debido a las circunstancias. Bequin se cruzó en mi vida, si no me falla la memoria, un día más tarde, pero la puse a mi servicio de un modo casi instantáneo, mientras que Fischig había seguido siendo, al menos técnicamente, un agente del arbites durante bastante tiempo antes de dimitir y entrar en mi equipo.

Así que ése era el motivo por el Bequin reclamaba el título, y la razón por la que discutían cuando se hacía tarde alguna que otra noche y la botella de amasec se había quedado sin tapón.

Era un hombre de gran tamaño, más o menos de mi edad, y su pelo rubio cortado a cepillo se estaba poniendo de color plateado. Pero se mantenía tan robusto como siempre, e iba vestido con un abrigo de piel negro, una chaqueta de cota de malla y unas botas con puntera de acero.

Me estrechó la mano.

—Empezaba a pensar que no lograrías llegar.

—Yo también empezaba a pensarlo. Inclinó levemente la cabeza hacia un lado.

—¿Problemas?

—Como no te puedes imaginar. Demos un paseo y te lo contaré.

Bajamos juntos por el sendero cubierto de árboles. Había oído las noticias sobre la matanza de Tracian, que para aquel entonces ya había ocurrido unos siete meses atrás, pero no tenía ni idea de que yo me había visto envuelto en todo aquello.

Cuando le conté todos los detalles, sobre todo lo que le ocurrió a Ravenor, su rostro se ensombreció.

Fischig había admirado a Gideon desde el principio… Bueno, lo cierto es que era muy difícil no admirar a Gideon, y a veces me daba la impresión que Gideon era el hombre que a Fischig le hubiera gustado ser.

La gran virtud de Fischig es que se conocía bien a sí mismo. Sabía cuáles eran sus limitaciones. Sus puntos fuertes eran la lealtad, el poderío físico, unas excelentes habilidades de combate, una buena capacidad de observación y una perspicacia especial para los detalles. No era rápido de ingenio, y su aborrecimiento hacia todo lo que implicara estudiar un libro significaba que incluso el rango de interrogador estaba más allá de lo posible para él. Aunque le hubiera encantado ascender en el escalafón de la Inquisición, nunca lo intentó, y se contentó con ser uno de los componentes fundamentales de mi equipo.

Él sabía que intentarlo supondría un fracaso, y Godwyn Fischig odiaba el fracaso.

Cruzamos el estrecho sendero funeral y entramos en el camposanto tras atravesar la poterna de un muro bajo. Le conté todo sobre Lyko, sobre Esarhaddon. Le hablé sobre las advertencias que había recibido de Endor y de Lord Rorken. Le conté el sangriento follón de Eechan, y lo poco que habíamos sacado en claro. También le hablé de Cherubael.

—Hubiera venido en cuanto recibí tu mensaje, pero Rorken prácticamente me lo prohibió. Y luego, como ya te has enterado, todo se salió de madre.

Se limitó a asentir.

—No te preocupes. Ya sabes que soy un hombre paciente.

Nos quedamos un momento de pie en mitad de la enorme extensión de tumbas. Numerosos sacerdotes, envueltos en sus túnicas negras pero temblorosos de frío, recorrían las hileras de lápidas desgastadas, deteniéndose delante de cada una de ellas.

—¿Qué están haciendo?

—Leen los nombres —me contestó Fischig.

—¿Para qué?

—Para ver si se pueden leer.

—Vale… ¿Por qué?

—Como te puedes imaginar, un mundo militar como éste produce muchísimos muertos. Hace mucho tiempo, el gobierno planetario publicó un edicto en el que se ordenaba que sólo ciertos trozos de tierra pudieran utilizarse como lugar de enterramiento. Así que el espacio de los cementerios debe aprovecharse al máximo. De ahí la Ley de la Descifrabilidad.

—¿Y qué es?

—La ley específica que cuando la erosión causada por el tiempo y los elementos hayan dejado ilegibles los últimos nombres de las lápidas de un cementerio, los muertos anónimos pueden ser exhumados, los huesos enterrados en un hoyo o el camposanto pueden ser reutilizados.

—¿Así que se ocupan de un cementerio durante años hasta que los nombres ya no se pueden leer?

Fischig se encogió de hombros.

—Es su costumbre. Una vez que los nombres han desaparecido, también lo hace su recuerdo, lo mismo que cualquier necesidad de honrarlos. El tiempo se le acaba a este lugar. Me han dicho que sólo le quedan un año o dos.

Aquello me pareció muy triste. Cadia era un mundo guerrero, que hacía guardia en una de las rutas navegables que llevaba al infame Ojo del Terror. La región, conocida como la Puerta de Cadia, es la ruta de invasión preferida del Caos, y Cadia se considera la primera línea de defensa del Imperio. De ese planeta han surgido tropas de elite desde que fue colonizado por primera vez, y miles de millones de sus hijos e hijas han muerto con valor para defender nuestra cultura.

Han muerto con valor… y luego los han dejado desvanecerse lentamente en los desolados cementerios de su mundo natal.

Era algo lúgubre, pero que probablemente concordaba a la perfección con la estoica mente marcial de los cadianos.

Fischig abrió la pesada puerta de madera de la torre de la capilla y nos metimos para escapar del viento.

La torre tenía sólo una estancia, y formaba un tubo cilíndrico de piedra, con unas ventanas aspilleras en lo alto, cerca del techo. Alrededor del altar central había un círculo de bancos de madera sin desbastar. Encima del altar se encontraba un enorme candelabro de hierro en forma de águila de cabeza doble, y que colgaba de una cadena sujeta al techo de madera.

La única iluminación en aquel umbrío día otoñal era el resplandor de las velas votivas colocadas entre las plumas metálicas de las alas desplegadas del águila. Había una luz escasa y dorada, que le daba al lugar un ambiente ascético y de gracia numinosa.

Y un olor mohoso a hojas de árbol-eje podridas.

Nos sentamos juntos en un banco, y ambos honramos el altar por un momento haciendo el signo del águila: las manos abiertas y juntas sobre el corazón.

—Es extraño —dijo Fischig tras una pausa y con un suspiro—. Me enviaste hace un año en otra búsqueda de pistas sobre ese engendro demoníaco de Cherubael, y justo cuando encuentro rastros de su presencia, te encuentras de nuevo con él, al otro lado del puñetero sector.

—Extraño no es la palabra que yo utilizaría.

—Pero esa coincidencia… Porque es una coincidencia, ¿no es verdad?

—No lo sé. Eso parece. Pero… ese ser… Cherubael… Me desconcierta tanto.

—Es natural, viejo amigo.

Negué con la cabeza.

—No por su poder. No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—El modo en que me habla. El modo en que me está utilizando.

—¡Astucia demoníaca!

—Quizá. Pero sabe tantas cosas. Sabe… ¡ah, diantre! Habla como si nuestros destinos estuvieran irremediablemente entrelazados. Como si él me importara y viceversa.

—A ti te importa.

—Lo sé, lo sé. Como mi objetivo. Mi presa. Mi némesis. Pero él me habla como si fuera algo más que eso. Como si pudiera ver el futuro, o pudiera leerlo, o incluso hubiera estado allí. Me habla como si… como si supiera lo que voy a hacer.

Fischig frunció el ceño.

—¿Y… qué crees que quiere decir eso?

Me levanté y me acerqué al altar.

—¡No tengo ni idea! ¡No puedo imaginarme nada que haya hecho que pueda ayudar o haber agradado a un demonio! ¡Ni siquiera puedo imaginarme a mí mismo tan loco como para eso!

—Confía en mí, Eisenhorn. Si alguna vez yo hubiera pensado que lo estabas, te habría descerrajado un tiro en persona.

Lo miré de soslayo.

—Por favor, hazlo.

Me detuve y levanté la vista a las titilantes llamas de las velas, y me fijé en las múltiples sombras y en las sombras que yo provocaba, y que se solapaban en el suelo de piedra. Como las miles de posibilidades existentes en el futuro. Intenté no mirar las sombras más oscuras y profundas.

—Ese cabrón nacido de la disformidad está jugando contigo —me dijo Fischig—. Eso es todo. Son juegos para despistarte y mantenerte alejado.

—Si es así, ¿por qué siempre me salva la vida?

Regresamos al cortante viento de los páramos. El gemido del megalito me parecía más agudo.

—¿Quién ha venido contigo? —me pregunto Fischig.

—Aemos, Bequin, Nayl, Husmaan… y un chaval al que no conoces, Inshabel. Hemos venido directamente desde Eechan.

—¿Un viaje largo?

—Casi seis meses. Llegamos hasta Mordia en un mercante libre llamado La Mejor Águila, y luego recorrimos el resto del trayecto como invitados del Adeptus Mechanicus. La barcaza súper-pesada Mons Olympus, nada menos, que transportaba titanes sin estrenar a las guarniciones de la Puerta de Cadia.

—Todo un honor.

—La insignia de inquisidor tiene sus ventajas. Pero te advierto que los tecnosacerdotes de Marte son una compañía tremendamente aburrida para un viaje de dos meses. Me habría vuelto loco si no hubiese sido por los torneos de regicida de Bequin.

—¿Juega mejor Nayl?

—No. Creo que ya me debe… ¿Qué era? Hmmm. Ah, sí: su primogénito y su alma.

Fischig lanzó una carcajada.

—Bueno, no fue tan malo. Conocí a un tipo, un princeps veterano de una Legión del Adeptus Titánicus. Un individuo mayor, de varios siglos de edad. A punto de jubilarse, si esa gente se retira alguna vez. Estaba supervisando el transporte de las nuevas máquinas de guerra. Se llama Hekate. Nos fuimos a beber unas cuantas noches. Recuérdame que te cuente algunas de sus batallas.

—Lo haré. Vamos…

Había aparcado su *land speeder* al otro extremo del sendero, bajo los árboles-eje. Apartamos las hojas que habían empezado a cubrirlo y montamos.

—Déjame enseñarte primero lo que he descubierto y después nos vemos todos en un lugar seguro para charlar.

—¿Cómo de seguro?

—El más seguro de todos.

Sobrevolamos los páramos, bajo el cortante viento, pegados al terreno. La luz iba apagándose. Toda la lúgubre gloria de Cadia estaba desplegada a nuestros pies. Era la tierra salvaje, implacable y azotada por el viento, que había dado lugar a uno de los tipos de guerreros más capacitados del todo el Imperio. Allí se encontraban los dispersos islotes del Mar Caducades, donde los abandonaban desnudos como bebés en el ritual del Mes de la Creación. Allí estaban las colinas fortificadas donde los ejércitos de las Juventudes de Cadia invernaban, se endurecían y libraban guerras simuladas con los fuertes vecinos. Allí era donde estaban los lagos helados, los peñascos y los bosques de árboles-eje donde aprendían las artes del camuflaje.

Allí estaban las amplias llanuras escabrosas donde realizaban sus prácticas de fuego con tiro real.

Tienen un refrán: «Si la munición es de fogueo, no es un entrenamiento cadiano». Justo desde el mismo momento en que les entregan su primera arma láser, que suele ser en la época que les empiezan

a enseñar a leer, la casta de jóvenes guerreros de Cadia utilizan munición real. La mayoría pueden disparar, y matar, y realizar la mayor parte ejercicios de campo de la infantería antes de llegar a los diez años estándar.

No es de extrañar que las tropas de choque de Cadia se encuentren entre las mejores de todo el Imperio.

Pero no habíamos ido allí para quedarnos mirando el agreste crisol que formaba a los habitantes de Cadia.

Habíamos ido a mirar los megalitos.

—Cherubael ha estado aquí —me dijo Fischig mientras manejaba la palanca de mando y vigilaba la velocidad del viento—. Por lo que sé, unas nueve veces en los últimos cuarenta años.

—¿Estás seguro?

—Para eso me pagas. Tu demonio, y quienquiera que sea su jefe, se siente fascinado por Cadia.

—¿Por qué la Inquisición no se ha fijado en eso?

—Vamos, Gregor. La galaxia es muy grande. Aemos me dijo una vez que la cantidad de datos generada por el Imperio freiría los metriculadores y los codificadores de Terra en un milisegundo si los metíamos todos de forma simultánea. Es cuestión de establecer conexiones. De filtrar los datos. La Inquisición, y tú con ella, habéis estado buscando señales de Cherubael. Pero algunas cosas no sobresalen. Yo tuve suerte.

—¿Cómo?

—Hacía mi trabajo. Encontré a un viejo amigo mío, Isak Actte, de los días en que era arbites. Bueno, de hecho, fue mi jefe en aquella época. Ascendió, terminó en Hydraphur como Arbites General y luego lo destinaron a este planeta como superintendente a cargo de la Guardia Interior de Cadia. Contacté con él hace varios años, y hace poco recibí un mensaje que vine a comprobar.

—Me tienes intrigado.

Bajamos un poco más hacia una península y nuestro *land speeder* dejó una sombra de aristas agudas en el resplandeciente lago helado que sobrevolábamos.

—Actte me dijo que los arbites habían desmantelado una célula de herejes, aquí en Cadia, hace unos diez años. Se llamaban a sí mismos los Hijos de Bael. Un montón de idiotas, en todos los sentidos. Inofensivos. Pero cuando los interrogaron, admitieron que eran adoradores de un demonio al que llamaban Bael o el Bael. El inquisidor general local pasó un tiempo con ellos y luego los hizo quemar a todos.

—¿Cómo se llama ese inquisidor?

—Gorfal, pero murió hace tres años. La persona que ocupa el cargo ahora es una mujer. La Inquisidora General Neve. De cualquier manera, esa secta ha resurgido unas cuantas veces desde entonces. Nada que un buen equipo de agentes antidisturbios no pudiera controlar. Como ya te he dicho, lo cierto es que los Hijos de Bael eran bastante inofensivos. Sólo estaban interesados en una cosa.

—¿Y qué era?

—Medir las dimensiones de los megalitos.

El megalito había ido aumentando de tamaño en nuestro parabrisas a medida que nos acercábamos, y Fischig giró a su alrededor ciñéndose a la piedra, casi besándola.

El gemido del viento era tan fuerte que pude oírlo incluso por encima del rugido de las turbinas de nuestro vehículo.

El megalito era enorme: medio kilómetro de altura con una base de un cuarto de kilómetro. La cara superior de la suave piedra negra estaba trabajada con un arte delicado que había dejado una serie de agujeros y otros orificios redondeados que no superaban el tamaño de la cabeza de un hombre. A través de aquellos estrechos tubos de doscientos cincuenta metros de largo el viento aullaba y gemía.

Y los tubos no iban en línea recta. Atravesaban la piedra retorciéndose, como si fuesen túneles excavados por gusanos. Los tecnomagos habían intentado hacer pasar diminutos servidores de exploración a través de ellos para cartografiar los túneles, pero los servidores generalmente no regresaban.

Pude ver mientras ascendíamos para virar y efectuar otra pasada la silueta del megalito más cercano, al otro lado del páramo, a unos sesenta kilómetros de nosotros. Cinco mil ochocientos diez megalitos salpican la superficie de Cadia, eso sin contar los otros dos mil que permanecen semiderruidos o enterrados.

Todos eran de formas diferentes. Todos y cada uno de ellos tiene una altura de medio kilómetro y está enterrado un cuarto de kilómetro en el suelo. Son anteriores a la llegada del hombre a ese sistema estelar, y su técnica de construcción sigue siendo desconocida. Son totalmente inertes según cualquier auspexo medidor conocido por nuestra raza, pero muchos creen que su presencia es el motivo de la tranquilidad de los tremendos torrentes de disformidad que convierte a Cadia en la única ruta calmada y navegable para llegar al Ocularis Terribilis.

—¿Intentaban medir esta cosa?

—Ah, ah —me respondió Fischig por encima del ruido mientras virábamos de nuevo—. Ésta y bastantes otras. Tenían auspex, geolocalizadores e incluso plomos magnéticos. Descubrir sus dimensiones exactas… y quiero decir exactas… era todo el objetivo de los Hijos de Bael.

—¿Tienen alguna conexión con Cherubael? Quiero decir, aparte de lo de Bael.

—Los registros de los interrogatorios que he leído muestran que el nombre completo de su dios era Cherub de Bael, que se les apareció y les exigió que midieran los megalitos a cambio de grandes riquezas y poderes.

—Y el inquisidor general… ese tal Gorfal, ¿eliminó todo eso?

—Sí, pero no creo que fuera deliberado. Sólo fue algo torpe.

—Quiero hablar con el inquisidor general actual… Me dijiste que se llama Neve, ¿no?

—Sí, pensé que querrías hacerlo.

Aprovechamos lo que quedaba de la luz del día para volar hacia el oeste, hacia Kasr Derth, la fortificación de mayor tamaño de la región y la sede

del gobierno provincial de la región de Caducades. Fischig encendió el reflector de vox del vehículo y comunicó los códigos de acceso de aquel día a las torretas centinelas cuando pasamos por las defensas exteriores. Aun así, las baterías antiaéreas de la clase *Manticora* e *Hydra* giraron y nos apuntaron mientras entrábamos.

El reflector de vox chasqueó de forma inquietante cuando detectó las múltiples dianas de sus aparatos de puntería.

—No te preocupes —me dijo Fischig al ver la cara que había puesto—. Estamos a salvo. Creo que los soldados de Cadia aprovechan y disfrutan de cualquier oportunidad que tienen para practicar.

Sobrevolamos un convoy que marchaba con lentitud. Eran grandes transportes blindados de doce ruedas que iban escoltados por bípodes *Sentinel*, y que estaban recorriendo la carretera que llevaba hasta la cadena de terraplenes. Detrás de ésta, y de otras dos líneas de defensa iguales, se encontraban las fortificaciones grises y resistentes de Kasr Derth, amenazantes incluso a la hora del crepúsculo.

Había reflectores montados en torres de aspecto esquelético, construidas a su vez en el borde de los terraplenes. Vimos más torretas artilladas y pequeños fortines que sobresalían del anillo terrestre de defensa como si fueran nudillos. El reflector de vox volvió a chasquear con pequeñas notas agudas.

Fischig redujo la velocidad y descendió, y nos condujo hacia la barbacana oriental, toda una pequeña fortaleza, de la que sobresalían numerosas bocas de cañones *Estremecedor*. Un águila tallada en bajorrelieve decoraba la superficie superior de la estructura cubierta de sillares.

Pasamos a través de la puerta de la barbacana, por encima de la báscula hidráulica encargada de hacerla subir y bajar, situada en el foso interior, y nos adentramos en las estrechas y serpenteantes calles del lugar, construidas así a propósito.

Los primeros kasrs de Cadia se habían construido al estilo de Terra, con amplias calles ordenadas según un sistema de parrilla. A principios de M32, una invasión del Caos se apoderó con extrema rapidez de tres de

ellas. Las anchas y ordenadas avenidas demostraron ser imposibles de defender o de mantener.

Desde entonces, los kasrs han sido construidos con diseños geométricos complicados, con las calles retorciéndose arriba y abajo como los dientes de una llave. Vista desde el aire, Kasr Derth parecía un rompecabezas angular e intrincado. Dada la valía de los soldados de Cadia y sus habilidades en el combate urbano, un kasr podía defenderse, calle por calle, metro a metro, durante meses, si no años.

Avanzamos lentamente por las laberínticas y abarrotadas calles mientras las farolas enrejadas empezaban a encenderse y las tiendas comenzaban a cerrar. Estaba a punto de comentarle a Fischig que aquello era prácticamente idéntico a un campamento militar cuando me di cuenta de que incluso el estilo de vestir de los civiles recordaba la ropa de camuflaje. Pronto pude distinguir a los habitantes de los visitantes. Los ropajes de colores blancos y grises rasgados o los uniformes de color verde y marrón del camuflaje de los páramos indicaban quiénes eran recién llegados o soldados de permiso. La población de Kasr Derth iba vestida con ropas de camuflaje urbano de color marrón y gris.

Pasamos al lado de los hórreos levantados del Granero Imperial, y los distritos de los ricos y acaudalados. Incluso las casas tenían blindaje en sus tejados.

A la izquierda se encontraba el aleatorium, y hacia allí se dirigían grupos de personas para apostar sus salarios. A la derecha, el senaculum de Kasr Derth, con su reluciente pirámide cubierta de placas de ceramita. Por delante de nosotros, el edificio de la Inquisición. El reflector de vox repiqueteó de nuevo cuando las armas de las murallas de aproximación nos siguieron sin dejar de apuntarnos.

Fischig posó el vehículo en el pavimentado de la spicae testicae situada en el patio interior del edificio, donde los focos montados bajo el nivel del suelo formaban con sus luces una equis. Los guardias inquisitoriales con sus armaduras de color borgoña, adornadas con hilos de oro, se acercaron a nosotros en cuanto abrimos la carlinga del vehículo y nos bajamos.

Le mostré mi insignia al que estaba más cerca de nosotros. Entrechocó los tacones y me saludó.

—Señor.

—Deseo ver a la Inquisidora General.

—Informaré a su personal —me respondió obedientemente, y se alejó presuroso alzando su tahalí para que la espada de energía no lo hiciera tropezar y caerse.

—No te caerá bien —me dijo Fischig en cuanto dio la vuelta al vehículo y se colocó a mi lado.

—¿Por qué?

—Ah, tú fíate de mí. No te gustará.

—Es bastante tarde. Había acabado los asuntos del día —me dijo la inquisidora general Neve mientras colocaba con algo de rabia la holopluma en la célula de energía engastada en bronce de su mesa.

—Le pido disculpas, señora.

—No se moleste. No voy a cerrarle la puerta en las narices al famoso inquisidor Eisenhorn. Estamos bastante lejos del subsector helicano, pero su fama lo precede.

—Espero que sea la buena.

La inquisidora general se levantó de su mesa de escritorio y alisó la parte delantera de su túnica de color verde. Era una mujer bajita y rechoncha, a punto de cumplir los cien años más o menos, si no me equivocaba. Su cabello de color entrecano estaba recogido en un moño. Tenía la típica piel clara y los clásicos ojos de color violeta de los nativos de Cadia.

—Sí —dijo de forma abrupta.

Estábamos en su sanctum, una sala octogonal con un suelo embaldosado de colores blanco y negro con paredes de etercita decoradas con motivos de hojas acuáticas. Estaba iluminada con velas engastadas en juncos, y las llamas resaltaban las hojas de loto talladas.

La inquisidora general Neve cojeó al rodear la mesa para encararse a nosotros, apoyada en un bastón de plata repujada.

—Supongo que querrá revisar los archivos referentes a Bael, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha adivinado? —le pregunté.

Apoyó el peso de su cuerpo en su pierna buena y señaló a Fischig con la punta de goma del bastón.

—Lo conozco. Ha estado aquí antes. Supongo que es uno de los suyos, inquisidor.

—Sí, es uno de mis mejores hombres.

Alzó sus escasas cejas depiladas.

—Ja. Eso dice mucho de usted. Vamos al archivum.

Una escalera en caracol en penumbra nos llevó hasta el archivum del sótano. Los peldaños en espiral le pusieron difícil la bajada, pero ella se negó a aceptar mi oferta de ayuda con un gesto de disgusto.

—No pretendía ofenderla, inquisidora general —le dije.

—Los de su clase nunca lo pretenden —me contestó con un tono de voz desabrido.

Presentí que aquél no era el momento para preguntarle a qué clase de los nuestros se refería.

El archivum era una larga estancia de paneles de madera iluminada sólo por las lámparas de una fila de mesas que la recorría por el centro.

—¡Boya de luz! —gruñó Neve, y un cráneo servidor descendió desde el techo y se quedó flotando sobre su hombro, donde encendió sus rayos oculares halógenos.

—Bael, Hijos de. Encontrar —le dijo, y el artefacto se alejó, girando y alzándose, recorriendo las hileras del catálogo con sus lanzas gemelas de luz.

Se detuvo, ocho secciones más allá y comenzó a zumbar alrededor de una estantería repleta de placas de archivo, tubos llenos de documentos y polvorientos libros de papel.

Fischig y yo la seguimos mientras ella se acercaba cojeando al artefacto.

—Hijos de… Hijos de… Hijos de Teuth, Hijos de Macarius, hijos de puta. —Se giró para mirarme—. Eso se considera humor aquí, Eisenhorn.

—Estoy seguro de que así es, señora.

Sus dedos regresaron a la estantería y siguieron recorriendo los lomos de las placas de archivo en pos de las luces del cráneoservidor.

—Hijos de Barabus… Hijos de Balkar… ¡Aquí está! Hijos de Bael.

Sacó una carpeta de archivos de la estantería, le quitó de un soplido el polvo, me lo echó en la cara, y me lo entregó.

—Póngalo donde lo ha encontrado cuando acabe —me dijo, y se dio la vuelta para marcharse.

—Por favor, espere un momento —le dije yo.

Dos fuertes golpes secos la hicieron darse la vuelta para encararse de nuevo conmigo.

—¿Qué?

—Su predecesor… uummm…

—Gorfal —me dijo Fischig con un susurro.

—Gorfal. Quemó a los miembros de este culto sin investigar más a fondo. ¿No ha revisado jamás el caso?

Me sonrió. No fue una visión muy reconfortante.

—Sabe, Eisenhorn… Siempre imaginé que los inquisidores como usted llevaban vidas interesantes y llenas de aventura. Todo muy emocionante, toda esa fama y heroísmo y notoriedad… Y pensar que yo solía soñar con ser como uno de ustedes. No tiene ni idea, ¿verdad?

—Con todo mi respeto, inquisidora general… idea, ¿de qué?

Señaló a la carpeta de archivos que yo tenía en la mano.

—Toda la estupidez. Todas las tonterías. Las nimiedades. ¿Los Hijos de Bael? ¿Por qué demonios debería revisar el caso? Es un caso muerto, muerto y sin importancia. Un montón de idiotas a quienes pillaron en el megalito de los páramos del oeste en mitad de la noche jugando con geolocalizadores. ¡Ooooohhh! ¡Me da tanto miedo! ¡Fijaos, nos están midiendo! ¿Tiene idea de lo que supone mi cargo?

—Inquisidora general, yo…

—¿De veras? ¡Esto es Cadia, majaron! ¡Cadia! ¡Justo a la entrada del Caos! ¡Justo en el centro de todo! ¡El rezumar del mal es tan intenso que tengo que eliminar a un centenar de cultos activos cada mes! ¡Un centenar! El lugar es un criadero de herejes lo mismo que una charca es un criadero de enfermedades. Duermo tres o cuatro horas cada noche si tengo suerte. Mi vox suena y tengo que levantarme y marcharme a aplastar otro nido de víboras que los arbites han descubierto. ¡Tengo tiroteos en las calles, Eisenhorn! ¡Batallas campales contra los soldados de a pie del archienemigo! Apenas puedo mantenerme al día con los castigos que impongo, así que mejor olvidar el repaso a los casos que mi estúpido predecesor archivó. ¡Esto es Cadia! ¡Ésta es la Puerta del Ojo! ¡Aquí es donde se realiza el verdadero trabajo de la puñetera Inquisición! No me distraiga con cuentos sobre alguna asociación de ingenieros a los que se les ha ido la cabeza.

—Le pido disculpas.

—Concedidas. Ya conocen la salida.

Se alejó cojeando.

—¿Neve?

Se dio la vuelta. Dejé caer la carpeta sobre la mesa de lectura.

—Puede que hayan sido unos imbéciles —le dije—, pero son la única conexión sólida que tengo respecto a un demonio que nos podría destruir a todos.

—¿Un demonio? —me preguntó.

—Exacto. Y a la bestia que lo controla. Una bestia que, si no me equivoco… es uno de los nuestros.

Se acercó de nuevo cojeando hasta la mesa.

—Convénzame —me dijo.



TRECE

REUNIÓN
CAMPANAS DE GUERRA
COMIENZA LA LARGA Y LENTA TAREA

No sé si llegué a convencer a la inquisidora general. No sé si pude. Pero me escuchó con atención y se quedó otras dos horas ayudándome a encontrar los archivos de los casos relacionados y otros materiales semejantes. Era un poco más tarde de las nueve cuando la llamaron por unos disturbios que estaban ocurriendo en una comunidad isleña de las Caducades. Antes de irse, me ofreció alojamiento a mí y a mi personal en el propio edificio de la Inquisición, pero yo rechacé educadamente la invitación, pero me dejo bien claro que tenía permiso para continuar mi investigación en Kasr Derth, siempre que la mantuviera informada.

—He oído relatos sobre sus… aventuras, Eisenhorn. No quiero que pase nada semejante en mi casa. ¿Nos entendemos?

—Sí.

—Entonces, buenas noches. Y buena caza.

Fischig y yo nos quedamos a solas en el archivum.

—Te equivocaste —le dije.

—¿En qué?

—Me cae bien.

—¡Ja! ¿Esa perra de pésimos modales?

—Lo cierto es que me cae bien *porque* tiene unos pésimos modales.

Siempre me gusta conocer a otros inquisidores que se toman su trabajo con seriedad y profesionalidad, incluso cuando sus métodos difieren de los míos. Neve era una puritana hasta la médula, y carecía de la virtud de la paciencia. Era hosca hasta el punto de ser maleducada. Estaba sobrecargada de trabajo. Pero llamaba a las cosas por su nombre cuando las veía, despreciaba el trabajo descuidado y se tomaba las amenazas a nuestra sociedad y a nuestro estilo de vida con total seriedad.

En mi opinión, un inquisidor no puede comportarse de otra manera.

Trabajamos hasta la medianoche, estudiando y revisando el contenido de cientos de archivos de casos.

Para entonces, nuestro cúter artillado había llegado procedente de Kasr Tyrok, en respuesta a mi llamada. Fischig encontró a uno de los rubricadores de Neve y le encargó que efectuara copias de los archivos más prometedores para cuando regresáramos por la mañana. Luego nos marchamos en nuestro speeder y regresamos zigzagueando a través de las tortuosas calles de la fortificación interior hasta llegar a la ciudad propiamente dicha.

Las estrellas inundaban el cielo, y hacía fresco. Las polillas nocturnas revoloteaban alrededor de las luces de aterrizaje de nuestro cúter.

En el cielo nocturno se podía ver una mancha de color malva, un poco por encima del horizonte oriental. La nebulosa del Ojo del Terror. A pesar de la gran distancia a la que se encontraba, y que la convertía en una simple mancha borrosa sobre el cielo, me hizo estremecer. Si el águila de dos cabezas simboliza todo lo que es bueno y noble en el Imperio de la Humanidad, aquella mancha siniestra simboliza todo lo abominable de nuestro eterno enemigo.

Unas carcajadas y unas voces amistosas recibieron a Fischig cuando subió a bordo. Aemos le estrechó repetidamente la mano y Bequin le plantó un beso en la mejilla que le hizo ruborizarse. Intercambió unas cuantas pullas amistosas con Nayl y con Medea, y le preguntó a Husmaan si tenía hambre.

—¿Por qué? —preguntó el cazador-explorador abriendo los ojos de par en par previendo lo que le iba a decir.

—Porque es hora de comer —le respondió Fischig—. Betancore, levanta este pájaro.

Íbamos al lugar seguro del que me había hablado.

No había estado a bordo del mercante rápido *Essene* desde hacía unos cinco años. Era una típica nave comercial de la clase *Isolde*, y tenía el aspecto de una catedral espacial, de tres kilómetros de largo. Allí, anclada en un muelle bajo de la atmósfera de Cadia, mantenía el mismo aspecto majestuoso que la primera vez que la vi, casi un centenar de años antes, en órbita sobre Hubris.

Medea se dirigió hacia la escotilla de carga de la enorme nave.

—¿Un comerciante libre? —me preguntó Inshabel con cautela mientras miraba por encima de mi hombro a la nave a la que nos acercábamos.

—Un viejo amigo —lo tranquilicé.

El capitán de nave Tobias Maxilla era, supongo, mi aliado más inconcebible. Se ganaba la vida transportando bienes de lujo, de forma oficial y también extraoficial, a lo largo de las rutas espaciales del subsector helicano. A cualquiera que preguntaba, él le insistía que era un mercader.

Pero también tenía el gusto de un pirata por la aventura, un deseo de sentir lo mismo que en los apacibles días de los primeros viajes espaciales. Había contratado su nave durante el asunto del Necroteuco,

más que nada para proporcionar transporte a mi equipo, pero él se involucró en la investigación, cada vez con más ganas, y se había mantenido en contacto con nosotros. Cada pocos años, a lo largo de los últimos casi cien, lo había contratado de nuevo para que nos llevara a mí o a alguien de mi personal, o había contactado conmigo para preguntarme si sus servicios iban a ser necesarios. Sólo porque estaba aburrido. Sólo porque «estaba por las cercanías».

Maxilla era un hombre erudito y educado, con un ingenio sutil y un gusto por las cosas más exquisitas de la vida. También era un anfitrión encantador y un buen compañero, y me caía estupendamente. No era formalmente un miembro de mi equipo, pero era, después de todos aquellos años y todas aquellas aventuras compartidas, una parte vital del mismo.

El año anterior, cuando decidimos que Fischig se embarcaría para seguir las pistas en Cadia, le pedí a Maxilla que le proporcionara transporte mientras lo necesitara. Aceptó de inmediato, y no por la generosa paga que le ofrecí. A él, todo aquello le sonó a una aventura de verdad. Además, le ofrecía al viejo *Essene* la oportunidad de un largo viaje en condiciones, más allá de su ruta normal en el subsector helicano.

Un viaje genuino. Una odisea. Para eso vivía Tobias Maxilla.

Nos estaba esperando en el compartimento de carga para saludarnos antes incluso de que los ventiladores de extracción acabaran de absorber el humo de los reactores del cúter. Se había vestido de gala para la ocasión, a su manera: un gran chaquetón de terciopelo azul con largas mangas que sobresalían y un cuello doblado sobre sí mismo, con una gorguera sobresaliendo por encima del jubón de seda y unos grandes zapatos de cuero con hebillas doradas, y un estrambótico sombrero con plumas colocado sobre su peluca empolvada. Tenía la cara teñida de blanco y con un lunar falso de color esmeralda. Su colonia olía más fuerte que el humo de los reactores.

—Mi querido, mi queridísimo Gregor —gritó mientras avanzaba y me tomaba la mano que yo le ofrecía con las suyas—. Es toda una alegría tenerte de nuevo a bordo de mi humilde nave.

—Tobías. Es un placer, como siempre.

—¡Y mi querida Alizebeth! ¡Con un aspecto más juvenil y fragranté que nunca! —La tomó de la mano y la besó en la mejilla.

—Ten cuidado, vas a estropearte… el maquillaje.

—¡El erudito Aemos! ¡Bienvenido, sabio!

Aemos se limitó a sonreír mientras Tobias le estrechaba la mano. No creo que jamás supiera qué pensar de Maxilla.

—Señor Nayl.

—Maxilla.

—¡Medea! ¡Deslumbrante! ¡Increíblemente deslumbrante!

—Tú desde luego lo estás —le dijo Medea en tono alegre mientras permitía que le besara su mano cubierta de circuitos.

—Maxilla, sabías que veníamos. Podrías haberte arreglado un poco —le dijo Fischig.

Se estrecharon la mano entre un coro de carcajadas. Me di cuenta de que la relación entre ambos había cambiado. Llevaban juntos un año en aquella misión. Fischig jamás había encajado bien con Maxilla: sus vidas y sus trasfondos personales eran muy diferentes. Pero estaba claro que el año que habían pasado el uno en compañía del otro había logrado que su relación por fin se convirtiera en una auténtica amistad.

Aquello también me agradó. El equipo de trabajo de un inquisidor funciona mejor cuando trabajan como un grupo unido.

Maxilla se volvió hacia Husmaan e Inshabel.

—A ustedes dos no los conozco, pero lo haré, ya que para eso están las cenas. Bienvenidos al *Essene*.

Los servidores dorados de Maxilla, cada uno de ellos una escultura y una obra de arte, nos habían preparado la cena en la gran sala. Paté de cangrejo zefir, recién llevado aquella misma mañana de las Caducades, flores de

ontol con salsa especiada servidas en su propia cáscara, filetes de jabalí cadiano a la hungresa, pastel relleno de queso con nata y jarabe intiano. El sumiller sirvió un rosado de Samata, un clarete de cuerpo denso cadiano, un dulce Tokay de las tierras bajas de Hydraphur y por último, un fuerte aguardiente de Mordia.

Nuestros ánimos estaban en alza, y la cena sorpresa nos proporcionó tiempo para alejarnos del trabajo que nos esperaba y disponer de algo de tranquilidad. Ninguno de nosotros habló del caso, o las exigencias a las que probablemente nos iba a someter. Darle un descanso a la mente a menudo la aclara.

Iba a necesitar mucha claridad de pensamiento.

Regresamos a Kasr Derth en el cúter a la mañana siguiente. El amanecer de color acerado que asomaba por encima del amplio grupo de islas de las Caducades se vio cortado por el borde ascendente del brillante sol rojo. Vimos cómo los picos y las aristas rocosas de los páramos quedaron pintadas de un tono rosado mientras cruzábamos la escarpada tierra firme.

A pesar de que habíamos transmitido correctamente los permisos de entrada, nos pidieron la identificación seis veces en la media hora que duró el descenso. Incluso en un momento dado, un par de cazas *Marauder* volaron a nuestro lado, cada uno por un costado, mientras comprobaban la veracidad de nuestra respuesta.

La seguridad militar domina el estilo de vida de Cadia. Todo transporte civil, es decir, cada vehículo aéreo o nave espacial que no es militar es puesto bajo una estrecha vigilancia, sobre todo aquellos que se han comportado de un modo sospechoso o se han desviado de las rutas de tránsito autorizadas. Aemos me contó que una pinaza que transportaba al Diácono de Arnush, de visita en Cadia para un seminario de promulgación, fue derribada sobre el Mar de Kansk seis meses antes tan sólo porque no había logrado transmitir los códigos de entrada correctos. Aquello hizo que me preguntara cómo era posible que nuestro desconocido enemigo hubiera logrado hacer entrar y salir a sus seguidores de Cadia.

A menos, por supuesto, que tuviera una identidad y un rango que superaran con facilidad las comprobaciones de seguridad de rutina.

Nos desviaron hasta sesenta kilómetros de Kasr Derth porque se estaba librando una batalla. La luz del amanecer se vio contestada por el resplandor y las brillantes estelas de un ataque en masa con cohetes.

Ocho regimientos de las Tropas de Choque de Cadia, que en pocos días iban a ser transportados para acantonarse en uno de los mundos fortaleza interior de la Puerta de Cadia, estaban realizando unos ejercicios de tiro real.

Nos posamos por fin en la zona de aterrizaje del edificio de la Inquisición una hora más tarde de lo previsto. Las campanas de guerra de todas las torres del kasr repicaban para indicar que el rugido de los combates en las llanuras y páramos cercanos no eran más que unas prácticas de tiro.

Nos dividimos el trabajo. Fischig se llevó a Aemos al archivum del edificio de la Inquisición para estudiar los documentos que había ordenado copiar la noche anterior y así ampliar el campo de la investigación. Bequin, escoltada por Husmaan, se marchó a revisar los archivos de la Eclesiarquía en el apostolacum. Inshabel y Nayl visitaron el catálogo de registros del Administratum.

Yo me fui con Medea al Ministerio de Defensa Interior.

No existe un cuerpo de arbites en Cadia. El mundo se halla gobernado por una estricta ley marcial permanente, y como resultado de ello, todas las funciones civiles de policía son llevadas a cabo por la Guardia Interior, una subsección de la propia Guardia Imperial de Cadia. En Kasr Derth, la capital administrativa de la región, su cuartel general se encuentra en el Ministerio de Defensa Interior, una torre fortificada que forma parte de la fortaleza del gobernador militar, justo en el centro de Kasr Derth.

Los miembros de la Guardia Interior se escogen al azar a lo largo de todo el planeta. Uno de cada diez soldados reclutados para las fuerzas de Cadia es transferido a la Guardia Interior en cuanto termina el entrenamiento básico y preparatorio, sean cuales sean sus capacidades y sus logros. Como resultado, algunos de los soldados más eficaces procedentes de ese planeta de guerreros sirven en su propio mundo natal, y Cadia se enorgullece de disponer de una de las defensas planetarias más eficaces y capacitadas de todos los mundos imperiales.

Nos llevaron hasta el coronel Ibbet, un hombre delgado pero robusto de unos cuarenta años, pero que tenía todo el aspecto de ser capaz de dirigir un ataque contra el propio Ojo del Terror. Fue amable, pero desconfiado.

—No disponemos de archivos sobre inmigración ilegal o sospechosa.

—¿Y cómo es eso, coronel?

—Porque no ocurre. El sistema no permite que ocurra.

—Seguro que se producen desafortunadas excepciones.

Ibbet, que llevaba puesto un uniforme de camuflaje de color blanco y gris, y planchado con tanto almidón que te podrías haber cortado los dedos con los bordes de sus mangas, cruzó las manos a su espalda.

—De acuerdo —dije para cambiar de tema—. ¿Qué ocurre si alguien quiere entrar en el planeta de forma anónima? ¿Cómo podría lograrlo?

—No podría —me contestó. No estaba dispuesto a ceder ni un milímetro—. Todas las identidades y los motivos de las visitas se anotan y archivan, y nos encargamos inmediatamente de cualquier infracción.

—Entonces empezaré con los archivos donde se anotan esas infracciones.

Ibbet se resignó y nos condujo a la sala de codificación. Nos asignó un administrativo militar que nos llevó hasta los registros. Nos dedicamos a revisar y estudiar todo aquello durante tres horas, y poco a poco nos fuimos aburriendo con la interminable lista de abordajes orbitales,

intercepciones aéreas y ataques terrestres. Me di cuenta de que una revisión exhaustiva de todos aquellos archivos iba a durar varias semanas.

Así que eso es lo que hicimos. Pasamos diez semanas y media repasando los archivos y catálogos de Kasr Derth. Trabajamos por turnos y vivimos en nuestros camarotes del cúter. Volvíamos cada pocos días al *Essene* para descansar un poco y reflexionar.

Estábamos en lo más crudo del invierno cuando acabamos.



CATORCE

EL INVIERNO TRAE UNA OPORTUNIDAD
EL MALDITO TIENE NOMBRE
EL MEGALITO DE KASR GESH

Invierno en Cadia. Habíamos visto relucientes témpanos de hielo en las aguas de color metálico de las Caduades aquella mañana, y una ligera nevada había caído sobre los páramos. En esa época del año, el siniestro resplandor del Ojo del Terror es visible incluso durante las escasas horas diurnas. El impío brillo malva de las noches se convertía en borrón de color violeta bajo la fría luz solar, como si fuera una mancha de tinta desvaída sobre una hoja en blanco.

Eso nos hacía sentir que nos vigilaban durante todo el rato. El Ojo, inyectado en sangre, furioso, que nos observaba a todos.

Lo peor de todo eran los vientos de los páramos, fríos y cortantes como una bayoneta de Cadia, y que llegaban soplando desde latitudes árticas. Los lagos ya estaban todos congelados, y unas nieblas letales invadían las tierras altas y los brezales. En el kasr, los habitantes locales parecían sufrir un miedo feroz a los radiadores o a los aislantes en las ventanas.

Unas galernas heladas soplaban por los pasillos del edificio de la Inquisición y el del Administratum. El agua se congelaba en las cañerías.

A pesar de todo, las campanas de guerra repicaban cada pocos días, y los páramos resonaban con el estruendo de las maniobras de invierno. Empecé a pensar que los soldados de Cadia sólo se disparaban los unos a los otros para entrar en calor.

Diez semanas y media más tarde, que cada vez fueron más frías, después de que comenzáramos nuestra búsqueda sistemática en los archivos del kasr, seguía realizando mi habitual paseo matinal desde el edificio de la Inquisición hasta el cuartel general de la Guardia Interior. Llevaba un grueso abrigo de piel para protegerme del frío, y unas botas con clavos de acero en las suelas para poder agarrarme a las superficies heladas de los caminos. Me sentía desesperado. La búsqueda nos había dejado pálidos e irritables. Habíamos pasado demasiadas horas en habitaciones oscuras sin conseguir resultados apreciables.

Habíamos descubierto numerosas pistas alentadoras. Conexiones y huellas de los Hijos de Bael, tráfico estelar sin autorización, archivos sospechosamente breves.

Todo había acabado en nada. Por lo que habíamos descubierto, no existía ningún superviviente de los Hijos de Bael, ni ningún familiar o conocido con vida. No se había registrado ningún culto relacionado con los megalitos, ni siquiera investigaciones xenoarqueológicas. Había entrevistado a profesores especialistas en la universitaria, y a ciertos tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus que según los archivos poseían conocimientos expertos sobre los megalitos.

Nada.

Había viajado con Nayl, Inshabel o Fischig por toda la región, y llegamos incluso a zonas tan alejadas como Kasr Tyroko Kasr Bellan. Un trabajador de una fábrica de municiones, que fue identificado como un miembro del culto a Bael, resultó que sólo tenía el mismo nombre, y que se había producido un error en los archivos. Un viaje de diez horas desperdiciado.

Aemos realizó un modelo de codificador mediante el cual confrontamos las anomalías en los registros con las fechas de las actividades del culto.

No parecía existir ninguna correlación.

Subí los peldaños de la escalera de entrada al Ministerio de Defensa Interior, y me sometí a la comprobación de identidad de la poterna de guardia. Debería haberse tratado de una mera formalidad. Había estado llegando sobre esa hora todos los días desde hacía ya setenta y cinco. Incluso conocía de vista a algunos de los guardias.

Pero aun así, siempre era como la primera vez. No sólo me sellaban los papeles, sino que además los leían de forma minuciosa y los inspeccionaban con un auspex antifalsificaciones. Mi insignia era comprobada y etiquetada. El oficial al mando enviaba todos los detalles relativos a mi persona por comunicador al edificio principal para obtener la autorización de paso.

—¿No le aburre todo esto? —le pregunté a uno de los encargados del control mientras esperaba y volvía a meter mis papeles en el bolsillo.

—¿Si me aburre el qué, señor? —me preguntó.

No había visto a Ibbet desde la primera semana. Me habían hecho pasar de un supervisor a otro. Uno me informó de que se debía a cambios de turno, pero yo sabía que era debido a que a ninguno de ellos les gustaba tratar con un inquisidor. Sobre todo, con uno tan persistente.

Aquella mañana le tocó al mayor Revll escoltarme desde la entrada. Revll, un hombre joven de aspecto ceñudo. Un desconocido para mí.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —me preguntó con sequedad.

Suspiré.

Los libros de archivo abiertos y las placas de datos estaban apilados en el mismo lugar donde los había dejado la noche anterior. Revll ya estaba

llamando a un oficinista para que se los llevara antes de que pudiera explicarle que había sido yo quien había armado aquel lío de papeles.

Me miró dubitativamente.

—Entonces, ¿ha estado aquí con anterioridad?

Suspiré de nuevo.

Sólo disponía de dos horas. Tenía que encontrarme con Inshabel y con Bequin a las once para viajar hasta un pueblo de una de las islas Caducades a fin de investigar un rumor sobre un hombre que sabía algo sobre contrabando. Estaba seguro de que se trataba de otra pérdida de tiempo.

Comencé por el libro de registro diario del tráfico aéreo. Pasé lista a las transferencias orbitales de un día de verano de dos años antes. A mitad de la placa había una entrada que indicaba una transferencia por transporte aéreo desde una nave en órbita hasta un campo de aterrizaje cerca de Kasr Gesh. Aquello estaba cerca de uno de los megalitos frecuentados por los Hijos de Bael. Aun más interesante era el hecho de que tenía fecha de tres días antes del último incidente relativo al culto en aquel megalito.

Encendí el motor de datos y requerí más información sobre la entrada. Me la negaron inmediatamente. Utilicé una clave de decriptación de un nivel más elevado, y el aparato me mostró un informe con el nombre de la nave y la fuente de la autoridad. Comencé a ponerme nervioso por la ansiedad y seguí leyendo. Incluso el motivo de la visita era información restringida.

Tecleé mi clave de decriptación de nivel más elevado. La terminal parpadeó y chasqueó mientras me mostraba archivos y autorizaciones.

El nombre apareció por fin. Mi ansiedad aumentó y desapareció.

Neve. La misteriosa entrada se refería a una misión clasificada llevada a cabo por la inquisidora general. De vuelta a la casilla número uno.

La isla estaba congelada y desolada. Sólo una pequeña comunidad pesquera habitaba en el extremo de la bahía occidental. Inshabel hizo descender el aparato gravitatorio hasta el pantalán pavimentado con cantos rodados donde las redes extendidas se habían quedado rígidas por el hielo.

—¿Cuánto tiempo más, Gregor? —me preguntó Bequin mientras se cubría el cuello con una bufanda.

—¿Cuánto tiempo más, para qué?

—Para que abandones y nos marchemos. Estoy muy harta de este mundo condenado por el destino.

Me encogí de hombros.

—Otra semana. Hasta la Festividad de las Velas. Si para entonces no hemos descubierto nada, te prometo que le diremos adiós a Cadia.

Los tres subimos trabajosamente por el sendero helado que llevaba hasta una mísera taberna que colgaba sobre un acantilado. Unos peces ancla, tan altos como un hombre, colgaban de las paredes exteriores después de haber sido salados y dejados allí para que se secaran bajo el aire invernal.

El propietario no quiso saber nada de nosotros, pero su camarero nos trajo unas bebidas y nos condujo hasta un pequeño salón trasero. Admitió que había sido él quien había enviado el mensaje sobre el contrabandista. El contrabandista nos recibiría allí mismo.

Entramos en el salón trasero. Vimos a un hombre sentado al lado de un gran fuego, calentándose los dedos cubiertos de joyas en sus llamas. Pude percibir el olor a colonia.

—Buenos días, Gregor —me saludó Tobias Maxilla.

A pesar del griterío procedente del salón, el camarero nos trajo tortillas de finas hierbas y humeantes cuencos repletos de caldo de zarfin, además de una botella de vino fortificante.

—¿Vas a explicarnos de qué va esto? —le preguntó Inshabel.

—Por supuesto, querido Nathun, por supuesto —le contestó Tobias sirviendo una generosa medida de vino en cada vaso—. Ten paciencia.

—¡Ahora mismo, Tobias! —le grité.

—Ah —exclamó al ver mi mirada. Se recostó en su silla—. Confieso que me he desanimado en estas últimas semanas. Habéis estado tan ocupados, y yo sólo me he dedicado a esperar a bordo del *Essene*… Bueno, el caso es que me habéis dicho unas cuantas veces que la respuesta que buscáis depende de un elemento clave. Depende de que logréis establecer un modo de burlar esta seguridad obsesiva de las fuerzas de este planeta. De forma anónima. Y me dije: «Tobias, eso es exactamente lo que tú haces, aunque a Gregor no le guste pensar sobre ello. El contrabando, Tobias, es tu especialidad». Así que decidí que debía intentar meterme a mí mismo de contrabando. ¿Y sabéis qué?

Se reclinó de nuevo en su asiento con un aspecto asquerosamente satisfecho de sí mismo.

—¿Te metiste de contrabando a ti mismo para demostrar que podía hacerse? —le preguntó Bequin lentamente.

Maxilla asintió.

—Mi transporte está escondido en uno de los bosquecillos que hay detrás del pueblo. Es sorprendente cuántas bocas tapadas y cuántos ojos cerrados puedes comprar por estos lugares con una buena bolsa de dinero.

—No sé qué decirte.

Abrió las manos con un gesto teatral.

—Hace semanas, tú me dijiste que la Guardia Interior no reconocía ninguna clase de inmigración ilegal o sospechosa. Pues bien, hoy me encuentro aquí, literalmente, para demostrar que eso es falso. Debo admitir que Cadia es un hueso duro de roer. Uno de los más difíciles a los que me haya enfrentado a lo largo de mi extensa y traviesa carrera. Pero como puedes ver, no es imposible.

Me bebí la copa de vino de un solo trago.

—Debería cortar toda relación contigo por esto, Tobias, y lo sabes.

—¡Oh, vamos Gregor! ¿Porque he demostrado que la Guardia Interior de Cadia son un montón de idiotas?

—¡Porque has incumplido la ley!

—¡Ah, ah, ah! No lo he hecho. Puede que no la respetara, pero no la he incumplido. Mi presencia aquí es completamente legal, tanto según la ley local como la ley imperial.

—¿Qué?

—Vamos, viejo amigo. ¿Por qué crees que mi transporte no voló en pedazos esta mañana a manos de uno de esos ansiosos pilotos de gatillo fácil? Por cierto, era una pregunta retórica. Respuesta… porque en cuanto se me acercaron los cazas interceptores, les comuniqué la acreditación de seguridad adecuada, y eso los dejó contentos.

—¡Pero esos códigos diarios son alto secreto! ¡Las comprobaciones se llevan a cabo a un triple nivel! Sólo se les entregan a aquellos que poseen las credenciales de nivel adecuado. ¿Qué clase de autoridad tenías tú para conseguirlos?

—Vaya, Gregor… pues la tuya, por supuesto.

Lo había tenido todo el rato delante de mis narices, y había sido necesario el engreimiento de Maxilla, en su peor muestra de chulería, para que lo pudiera ver. La razón por la que la Guardia Interior no posee ninguna clase de registro sobre inmigración ilegal o sospechosa se debía a que no existía nada de esa naturaleza que archivar. Aquellos que intentaban infiltrarse a través de la estrecha vigilancia de la seguridad de Cadia y fallaban, morían. Los vigilantes jamás se fijaban en los que lograban hacerlo.

Porque utilizaban códigos de seguridad de alto nivel, disfrazados de visitante oficial a quien no se debía detener.

Gente como yo. Gente como Neve.

—Nunca hice ese viaje —me dijo Neve sin dejar de mirar la placa de datos que yo le estaba mostrando—. Ni éste.

—Por supuesto que no. Pero alguien tomó prestado su código de autoridad. Lo utilizó para lograr acceso trans-orbital. Así es como

lograban entrar. Mire aquí, su código otra vez, y aquí también. Y antes de todo eso, los códigos de acceso de su antecesor, Gonfal. Así desde hace cuarenta años. Todos y cada uno de los momentos en que los Hijos de Bael entraron en actividad… además de otros cultos… se corresponden con transferencias de espacio a superficie permitidas por ser vuelos de la Inquisición.

—¡Que el Emperador me proteja! —exclamó Neve mientras levantaba la vista.

Dejó la placa de datos en la mesa y llamó con voz ronca a uno de los servidores para que llevara más luces a su sanctum octogonal.

—Pero mi código de autoridad está protegido. ¿Cómo pudo ser robado? Eisenhorn, alguien utilizó el suyo para demostrar esto. ¿Cómo fue robado?

Me quedé callado por un momento.

—No lo fue. Uno de mis agentes lo tomó prestado para demostrar lo que pensaba.

—¿Por qué no me sorprende? ¡Oh, no importa! Eisenhorn, existe una gran diferencia entre usted y yo. Puede que tenga agentes libres en su grupo que actúan a sus espaldas de un modo heterodoxo y propio. Yo no. Mi código no podría haber sido utilizado a la ligera.

—Acepto su punto de vista, pero lo cierto es que lo ha sido.

—¿Quién tiene acceso a su código?

—¡Nadie! ¡Nadie de rango inferior!

—¿Y de rango superior?

—¿Cómo?

—Ya he dicho que ese individuo podría ser uno de los nuestros. Un inquisidor de rango elevado, incluso un gran maestre. Desde luego, es un veterano astuto con las agallas suficientes como para tirar de los hilos adecuados.

—Par a eso sería necesario una orden de mando directa al más alto nivel.

—Exacto. Vamos a buscarlas.

Al final, ése fue el error de mi adversario. Todos los sangrientos combates por los que habíamos pasado no sirvieron de nada comparados con aquella prosaica pista que dejaba al descubierto su identidad. Para robar el código de autoridad de Neve, mi adversario se había visto obligado a utilizar el poder de su propia identidad para entrar en los archivos.

Por supuesto, el registro archivado de la operación estaba encriptado. Neve y yo, sentados el uno al lado del otro delante del codificador del anexo de su sanctum, lo descubrimos rápidamente. Mi oponente nunca pensó que alguien echaría un vistazo jamás.

Aun así, estaba encriptado.

La criptología del archivo estaba más allá de Neve y de mí. Sin embargo, juntos, combinando nuestros rangos, podíamos solicitar, vía astrópata, el permiso de la Inquisición para utilizar sus claves de descifrado más poderosas.

Tardaron cinco horas en aprobar nuestra petición conjunta.

Un escriba del Oficio Astropathicus llegó justo después de la medianoche con la placa del mensaje. Los vientos de lo más crudo del invierno hacían estremecer los muros del sanctum.

Estaba a solas con Neve. Pensamos que no era correcto tener más compañía en un momento como aquél. Se trataba de un asunto de la mayor importancia. Habíamos estado hablando de varios temas para pasar el tiempo, aunque los dos nos encontrábamos nerviosos y tensos. Neve escanció los vasos de glayva cadiano y aquello sirvió para disminuir el frío que sentíamos.

Su ayudante de cámara anunció al escriba. Éste entró inclinado en una reverencia mientras su chasis potenciador chirriaba bajo su túnica. Le entregó a Neve el mensaje que sostenía en los mecadendritos que hacían la función de mano. Ella lo tomó y le indicó que se retirara.

Me puse en pie y dejé el vaso de alcohol, que apenas había probado, sobre la mesa.

Neve cojeó hacia mí, apoyada en su bastón de plata, y levantó la mano que sostenía la placa.

—¿Vamos allá? —me preguntó.

Entramos en el anexo y colocamos la placa en el viejo codificador. La pantalla verde se llenó de runas cambiantes. Abrió el archivo que andábamos buscando y cargó la clave que nos habían enviado.

Sólo tardó un par de momentos.

Luego, la identidad del veterano que había utilizado su poder para manipular el código de Neve quedó al descubierto en la pequeña pantalla verde. Por fin, mi adversario maldito tenía un nombre.

Me sorprendió incluso a mí.

—Gloria del Emperador —dijo la Inquisidora General Neve con un susurro—. Quixos.

Aemos estaba discutiendo con el sabio jefe de Neve, Cutch.

—Quixos está muerto desde hace mucho tiempo, ¡mucho tiempo! —insistía Cutch—. Es evidente que se trata de un caso en el que alguien está utilizando su autoridad…

—Quixos todavía aparece como un inquisidor con vida en los anales de nuestra ordo.

—¡Un descuido! Jamás se ha encontrado su cuerpo. No hay pruebas de su muerte…

—Precisamente por eso…

—¡Aun así! No se ha tenido señal alguna de Quixos desde hace más de cien años.

—Ninguna que hayamos visto —le dije yo.

—Eisenhorn está en lo cierto —dijo Neve a su vez—. Todo el mundo supuso durante setenta años que el inquisidor Utlen había muerto, y luego

reapareció de la noche a la mañana para derrocar a los tiranos de Esquestor II.

—Es muy inquietante —murmuró Aemos.

Quixos. Quixos el Grande. Quixos el Brillante. Uno de los inquisidores más respetados que jamás recorriera el Imperio. Sus primeros textos habían sido lectura obligatoria para todos nosotros. Era una leyenda. Había expulsado a los demonios de Artum a la temprana edad de veintiún años. Luego había purgado todo el subsector endoriano de sus falsos dioses caprinos. Había traducido el *Libro de Eibon*. Había purgado el odioso subculto a Nurgle que había mancillado uno de los palacios de la propia Terra. Había perseguido y matado al Marine del Caos Baneglos. Había silenciado a los Susurradores de Domactoni. Había crucificado al Rey Brujo de Sarpeth sobre las murallas de su ciudad arrasada.

Pero siempre había existido una cierta aura alrededor de Quixos. Un indicio de que estaba demasiado cerca del mismo mal que perseguía. Desde luego, era un radical. Algunos de los miembros de su ordo decían que iba demasiado por libre. Otros decían, aunque en voz baja, cosas mucho peores.

Para mí, era un gran hombre que quizás había ido demasiado lejos. Yo simplemente honraba su recuerdo y sus grandes logros.

Porque, por lo que a mí se refería, llevaba mucho tiempo muerto.

—¿Podría estar vivo todavía? —preguntó Neve.

—Señora, es imposible que… —comenzó a decir Cutch.

—No sé por qué lo ha puesto a su servicio —comenté mientras señalaba con desgana al sabio cadiano—. Sus consejos no son buenos.

—¡Pero bueno! —bufó Cutch.

—Cállate y vete —le ordenó Neve.

Ella se acercó hasta mí y me retiró el vaso vacío.

—Muy bien. ¿Cuál es su opinión? —me indicó Neve.

—¿Quiere mi opinión? ¿La de un aventurero como yo? ¿Está segura, inquisidora general?

Me puso en la mano un vaso lleno de glayva con tanta fuerza que se derramó un poco.

—¡Déme su puñetera opinión!

Tomé un sorbo del vaso. Aemos me miraba nervioso desde su silla cerca de la puerta.

—Quixos podría estar vivo sin ningún problema. Ahora tendría unos… ¿Cuántos años tendría, Aemos?

—Trescientos cuarenta y dos, señor.

—Eso. Bueno, tampoco es tanto, ¿verdad?, si tenemos en cuenta los potenciadores, las drogas rejuvenecedoras… o la brujería.

—¡Maldición! —exclamó Neve.

—Era un individuo extraordinariamente dotado, tal y como muestra su carrera. También tenía fama, aunque no se demostró nada jamás, de que se pasaba demasiado al lado radical. Estaba… implicado con la disformidad. De eso sí que estamos seguros. El hecho de que no hayamos oído nada sobre él esos últimos cien años no significa que no siga en activo.

—¿Y esa actividad? —dijo Neve mientras golpeaba dos veces el suelo de baldosas con su bastón de plata—. ¿Qué? ¿Qué?

—¿Utilizar demonios? ¿Pervertir inquisidores? ¿Intentar obtener textos abominables como ese tal Necroteuco? ¿Provocar la atroz matanza de Tracian?

—Quizá. ¿Por qué no?

—¡Porque eso lo convertiría en un monstruo! ¡La antítesis exacta de todo lo que es nuestra orden!

—Bueno, sí que lo sería. Ya ha ocurrido con anterioridad. Un individuo poderoso que se acerca tanto al mal que ha jurado combatir que se ve atraído por ese mismo mal. El inquisidor Ruberu, por ejemplo.

—¡Sí, sí, vale! Conozco el caso de Ruberu…

—¿El Gran Maestre Derkon?

—De acuerdo. Reconozco que…

—¿El cardenal Palfro de Mimiga? ¿San Bonifacio, también llamado la Muerte de las Mil Lágrimas? —recitó Aemos.

—¡Por el amor del Emperador!

—¿El Alto Señor Vandire? —sugerí a mi vez.

—De acuerdo, de acuerdo…

—¿Horus? —se atrevió a decir Aemos con un susurro. Se produjo un largo silencio.

—El Gran Quixos —murmuró Neve mientras se volvía lentamente para mirarme a la cara—. ¿Deberá su nombre ser añadido a la lista impía? ¿Será uno de nuestros mejores otro condenado de ese modo?

—Si así debe ser… —le contesté.

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

—Lo encontramos. Descubrimos si los siglos que han pasado lo han transformado en el ser que nos tememos que es. Y si es así, que el Emperador me perdone, lo declaramos Hereticus y Extremis Diabolus, y lo destruimos por los crímenes que ha cometido.

Neve se dejó caer en la silla y se quedó mirando a su vaso. Alguien llamó a la puerta del sanctum, y fue Aemos quien abrió la puerta.

Era Fischig.

—Señor… señora —dijo saludando también a Neve.

—¿Qué ocurre, Fischig?

—Después de los descubrimientos que hemos efectuado hoy, hemos estado vigilando el tráfico intra-orbital. Hace dos horas, un vehículo aterrizó en el planeta, en Kasr Gesh. Atravesó el espacio aéreo de Cadia utilizando el código de autoridad de la inquisidora general.

Gesh era el lugar donde se había detectado actividad del culto a Bael por última vez.

Recogí mi abrigo.

—Con su permiso, inquisidora general…

Neve se puso en pie y me miró con dureza.

—No, con su permiso, inquisidor Eisenhorn, me gustaría ir con ustedes.

Kasr Gesh estaba a tres horas de vuelo de Kasr Derth. Un fuerte viento invernal soplaba procedente de las tierras altas, y nuestro cúter artillado retemblaba al hacer frente a la poderosa tormenta de hielo.

Todo mi grupo se encontraba a bordo, preparando sus respectivas armas. Lo mismo hacían la inquisidora general Neve y el destacamento de seis hombres de las Tropas de Choque de Elite de Cadia. Eran soldados de rostro impasible con uniforme blanco de camuflaje invernal, que revisaban sus rifles láser y sus armas de proyectiles, todo ello de color blanco.

—Por el Trono, son unos cabrones duros de pelar —me murmuró Nayl cuando pasé a su lado al salir del compartimento.

—¿Estás impresionado?

—Más bien atemorizado. El soldado regular de Cadia ya es bastante para mí. Estos tipos son la elite. La elite de la elite. Los Kasrkin.

—¿Los qué?

No era habitual que un combatiente tan experimentado como Nayl mostrara tanto respeto por otros soldados.

—Los Kasrkin. Los mejores entre los cadianos, y ya te puedes imaginar lo que eso significa. ¡Santa Tierra, son matadores de piedras!

—¿Cómo lo sabes?

—Oh, vamos… Mira sus cuellos. La marca del águila marina de las Caducades. Ya puestos, sólo mírales al cuello. ¡He visto árboles más delgados!

—Entonces es buena cosa que estén en nuestro bando —le dije.

—Joder, eso espero —me respondió Nayl, y entró en el compartimento.

El vehículo se bamboleó de nuevo. Seguí avanzando agarrándome a los asideros y me acerqué a Neve.

Iba vestida con una armadura de malla de Cadia, y se estaba ajustando la capucha invernal. Me fijé en que había cambiado su bastón de plata por una muleta gravitatoria que llevaba incorporado un lanzagranadas cilíndrico compacto.

Me sentí algo desnudo equipado sólo con mi abrigo de piel y con mi armadura corporal ceñida.

—¿Su vestimenta habitual? —le pregunté.

—Las ropas de trabajo necesarias. Debería venir conmigo alguna vez de caza de culto en las islas de noche.

—Mi personal está… preocupado. Esos hombres, ¿acaso son Karskin?

—Sí.

—Su reputación los precede.

—También lo hizo la suya.

—Es cierto. Pero de todas maneras…

Neve se volvió para encararse con la hilera de tropas de élite.

—¡Capitán Echbar! —gritó, elevando la voz por encima de del rugido del viento y de los motores.

—¡Señora inquisidora general! —respondió el último soldado de la fila.

—El inquisidor Eisenhorn quiere asegurarse de que son lo mejor de lo mejor, y que tendrán mucho cuidado en proteger su espalda y la de sus camaradas.

Seis caras cubiertas por gafas para la nieve se volvieron para mirarme.

—Hemos programado las señales biológicas de usted y sus compañeros en nuestros auspexes de puntería —me dijo Echbar—. No podríamos dispararles aunque quisiéramos.

—Asegúrense de no hacerlo. Mi personal y yo entraremos los primeros. Puede que en esta situación no sea necesario disparar. Si llega a serlo, la orden de mando por vía comunicador o vía psíquica será Espina de Rosa. El canal de comunicación es gamma-nueve-ocho. ¿Están preparados para invocaciones psíquicas?

—Estamos preparados para cualquier cosa —me respondió Echbar.

Nuestro cúter dejó de estremecerse.

—Hemos salido de la tormenta —me indicó Medea por el comunicador.

Instantes después, el comunicador chasqueó de nuevo.

—Veo las luces de aproximación. La pista de aterrizaje de Kasr Gesh está ahí, a las dos.

El megalito se alzaba a unos tres kilómetros de las defensas exteriores de Kasr Gesh. La noche estaba despejada y la atmósfera era cristalina, con el cielo tachonado de estrellas. El Ojo del Terror parpadeaba levemente en lo más alto del cielo. Parecía brillar más que nunca.

Yo sabía que, allá en lo alto, los destacamentos de la Guardia Interior de Cadia andaban a la caza de la nave estelar oculta desde donde habían partido los visitantes de Kasr Gesh. Neve había impartido sus órdenes antes de que saliéramos de su sanctum, y les había prohibido de forma tajante que actuaran antes de que nosotros hubiéramos entrado en acción en el suelo.

No queríamos que nuestros visitantes se enteraran de nuestra llegada.

Mi equipo avanzó por el páramo helado cubierto de brezo. El megalito no era más que una ausencia de estrellas negra y oblonga. Podía oír el gemido que provocaba en el viento.

Desenfundé mi arma principal: un bólter de asalto que había pintado de verde en recuerdo de mi apreciada arma que había perdido en algún lugar de Eechan. Ojalá el bibliotecario Brynoth pudiera perdonarme. El bólter de asalto era un poco más grande y desde luego más potente que la pistola bólter, pero no estaba tan bien montada.

Llevaba en la cadera una falcata de Cadia, una especie de sable curvo de doble filo que reemplazaba a mi querida espada de energía. Sólo era una pieza de acero, pero les había pedido a los jerarcas del Ministorium de Kasr Derth que efectuaran unas cuantas modificaciones.

Aun así, lo cierto es que me sentía bastante vulnerable mientras ascendía aquella pequeña loma.

Nayl iba a mi izquierda, empuñando un cañón de combate. Husmaan se encontraba a mi derecha, armado con su fiable rifle láser largo. A su derecha estaba Inshabel, que llevaba un puñado de pistolas láser de fabricación antigua que habían pertenecido al inquisidor Roban. Fischig,

que había escogido armarse con una vieja escopeta antidisturbios propia de los arbites, se encontraba en el extremo izquierdo de la línea.

Bequin, que empuñaba una pistola automática de cañón largo en su mano enguantada, se encontraba justo a mi lado.

A nuestras espaldas, Neve y sus Kasrkin acechaban, a la espera de nuestra señal.

Aemos estaba a bordo de nuestro cúter artillado con Medea, en vuelo estacionario sobre el lugar con las luces apagadas. Ellos, más que Neve y su grupo de élite, eran los que me mantenían tranquilo.

—¿Qué veis? —pregunté por el comunicador.

—Nada —contestaron Husmaan y Nayl.

—Tengo un ángulo de visión respecto al megalito —dijo Inshabel—. Veo luces.

—Confirmado —dijo Fischig, situado más a la izquierda—. Allí hay gente. Cuento ocho, no, diez. Doce. Lámparas portátiles. Tienen artefactos.

—¿Artefactos?

—En las manos. Auspexes.

—Están midiendo otra vez —dijo Neve con un susurro por el comunicador.

—Estoy seguro —le respondí. Luego utilicé el Glossia—. Espina ve carne, bestias enfurecidas a mano. Aegis a brazos, crisol. Todos los puntos cubiertos. Sendero toras cuchilla, diseño ébano.

Mi bólter de asalto dejó escapar un fuerte chasquido cuando lo amartillé.

Los hombres con túnica que estaban trabajando bajo la luz de las lámparas al pie del megalito se quedaron inmóviles al principio, y luego se volvieron con lentitud para mirarme.

Bajé lentamente la pequeña cuesta atravesando los arbustos rígidos por el hielo, empuñando mi arma de tal modo que podía apuntar y matar a cualquiera de ellos con un leve movimiento lateral.

Bequin me seguía a unos pocos pasos, con la pistola apuntando al suelo pero preparada para alzarla y disparar en cualquier momento.

Sabía que estábamos cubiertos por Husmaan, Inshabel, Nayl y Fischig.

—¿Quién es el jefe? —pregunté mientras ladeaba mi arma de un extremo al otro.

—Yo —contestó una de las figuras encapuchadas.

—Avanza e identifícate —le indiqué.

—¿Ante quién?

Alcé bien en alto mi insignia de la Inquisición con mi mano izquierda.

—Ante la Inquisición Imperial.

Algunas de las figuras envueltas en túnicas lanzaron un gemido de desesperación.

Su jefe no lo hizo. Dio un paso adelante, y de repente sentí un olor frío y de regusto metálico, uno que no me era desconocido.

Un aviso que llegó demasiado tarde.

El jefe se bajó la capucha con lentitud. Su cabeza angular y de rasgos crueles no tenía ni un solo pelo, y su piel irradiaba una luz fría de color azul. De su frente surgían unos cuernos afilados con las puntas de acero. Sus ojos eran dos rendijas blancas.

¡Era un demonio!

—¿Cherubael? —dije con voz atontada y de imbécil.

—Tu estúpido aliado no se encuentra aquí, Eisenhorn —me respondió aquel ser, y dejó al descubierto sus dientes, que también desprendían luz.

»Me llamo Prophaniti.



QUINCE

ESPINA DE ROSA
PARA LO QUE HAN NACIDO LOS CADIANOS
LO ÚLTIMO QUE ME ESPERABA

Había dos maneras de encarar aquella situación. La primera consistía en que yo continuara hablando, y siguiera hablando todavía cuando el demonio me matara y arrojara mi humeante cuerpo a la pila de cuerpos de mis compañeros. La segunda era que yo dijera «Espina de rosa» y confiara en la valía de mis camaradas y en la eterna gracia del sagrado Dios-Emperador.

Dije «Espina de rosa».

El ser, Prophaniti, comenzó a avanzar hacia mí. Le disparé con mi bólter de asalto, y me quedé mirando horrorizado cómo atrapaba los proyectiles al rojo vivo en el aire con sus manos, lo mismo que un hombre atraparía con indolencia unas pelotas arrojadas sin tuerza.

Los proyectiles se enfriaron hasta quedar al rojo en las palmas de sus manos, y luego los arrojó a un lado.

Toda su atención estaba centrada en mí. Un error.

El primer disparo de Husmaan le dio de lleno en un lado de la cabeza, y le hizo girar todo el cráneo. Mientras retrocedía por el impacto, su túnica se vio agujereada por los disparos de las dos pistolas láser de Inshabel. La escopeta antidisturbios de Fischig rugió a continuación y le lanzó de espaldas a los arbustos. A Fischig le gustaba pasar su tiempo libre fabricando a mano las postas para los cartuchos de su escopeta antidisturbios. Cada posta era de plata, y llevaba estampado un sello sagrado de protección que yo le había enseñado a realizar hacía ya bastante tiempo.

Prophaniti se estremeció de dolor cuando las postas bendecidas comenzaron a arder en su carne. Empezó a ponerse en pie, loco de dolor y de rabia, pero justo en ese momento se oyó a mi izquierda un zumbido chirriante, como el de una sierra circular mecánica que tomara velocidad.

El cañón de cargador circular de Nayl acribilló al demonio y al terreno a su alrededor, causándole unas heridas tremendas. La tormenta de disparos le hizo saltar en el aire, arrancándole la rótula de una de las piernas y los dedos de su mano izquierda.

Un poder infernal, de un blanco helado como la escarcha, saltó de sus heridas como lava de una erupción, y achicharró el suelo.

Los demás adoradores habían reaccionado y habían desenfundado sus armas, y se pusieron a disparar en todas las direcciones. La noche quedó iluminada por los disparos.

Unos disparos de rifles láser procedentes de nuestras espaldas pasaron tremendamente cerca de nuestros codos y hombros. Dos de los adoradores se desplomaron al suelo, llevándose por delante algunas de las lámparas que iluminaban el lugar.

Echbar y sus Kasrkin pasaron corriendo a nuestro lado para enfrentarse a nuestros oponentes.

Lo cierto es que, en cierto modo, eran más aterradores que el demonio. Prophaniti era un ser sobrenatural, y era de esperar que provocara miedo.

Los Kasrkin sólo eran hombres. Aquello convertía a sus actos en algo todavía más asombroso. Se convirtieron en seis borrones blancos que se

abalanzaron sobre los adoradores disparando sus armas a quemarropa. No desperdiciaron ni un solo tiro. Un disparo, un muerto. Un adorador escapó pasando a mi lado, y uno de los Kasrkin giró su arma para abatirlo. Su rifle se negó a disparar cuando su mira-auspex detectó mi rastro biológico dentro de su campo de tiro. Un segundo después, ya no me encontraba bloqueando el ángulo de disparo, y el arma escupió muerte.

El adorador saltó por el aire y cayó de frente sobre los arbustos. Al otro lado del megalito aparecieron más adoradores, y pude oír un rápido intercambio de disparos en aquella dirección. El cañón de combate de Nayl continuó produciendo su característico chirrido metálico entre las ráfagas de disparos. Los chasquidos de las pistolas láser de Inshabel se solapaban los unos con los otros.

—¡Fischig! —grité—. Acércate al otro lado del megalito, a ver qué encuentras. ¡Haz algún prisionero antes de que los Kasrkin los maten a todos!

Me di la vuelta para enfrentarme al demonio herido. Le habíamos dañado gravemente, pero no me hacía ilusiones respecto a su capacidad de resistencia.

O más bien… pensé que no me las hacía.

Prophaniti ya había desaparecido, y el suelo todavía humeaba congelándose donde había caído.

—¡Mierda! ¡Mierda!

Neve bajó cojeando la ladera.

—¿Eisenhorn?

—¡El demonio! ¿Lo has visto?

Negó con la cabeza. Al otro lado del megalito.

—Lo has matado, ¿verdad?

—Ni por asomo —le contesté.

—¡Gregor! —gritó Bequin con voz aguda.

Prophaniti estaba justo a mi espalda, flotando en el aire, resplandeciente de poder. Estaba desnudo, y mostraba las terribles heridas que le habíamos infligido como si fueran medallas. Su pierna derecha, destrozada a la altura de la rodilla, dejaba escapar un reguero de fluido

blanco reluciente. Los orificios de las heridas abiertas y las quemaduras burbujeaban y humeaban por todo su pecho. La cabeza le colgaba fláccida sobre el cuello roto por el certero disparo de Husmaan. Abrió los brazos de par en par, y una de las manos, que era poco más que un muñón, y la palma destrozada de la otra, esparcieron rayos luminosos sobre la hierba nocturna.

—Buen… intento… —murmuró entre borbotones la cabeza ladeada.

La túnica había desaparecido, y pude ver que su cuerpo estaba surcado de cadenas, candados y esposas, todo ello enganchado a la carne. Unas cuantas agujas quirúrgicas y argollas metálicas también colgaban de su piel luminosa. De las cadenas colgaban diversos amuletos, e incluso del alambre de espino que rodeaba su cuello.

—Corred —les dije a Neve y a Bequin—. ¡Corred!

Neve alzó su muleta plateada y disparó el lanzagranadas.

El proyectil acertó de llenó a Prophaniti en la parte baja del torso y le lanzó varios metros de espalda.

Se abalanzó de nuevo contra nosotros, aullando y rugiendo en un lenguaje de la disformidad.

Bequin nos agarró tanto a mí como a Neve. Su cualidad de intocable era nuestra defensa en aquel momento, y ella lo sabía.

Prophaniti se detuvo en seco a poco más de un metro de nosotros, y luego se quedó flotando en el aire y brillando como una estrella. Pude oler el rancio hedor del asesinato eterno que desprendía.

Su cuello roto hizo un ruido parecido al de unas ramitas al partirse cuando volvió la cabeza, que seguía colgando, para mirarnos. La luz de unos soles muertos relucía en su ojos y en su boca.

Bequin apretó con fuerza sus dedos sobre mi brazo. Los tres nos quedamos con la vista levantada y mirándolo, mientras nuestros cabellos se mecían por los vientos de disformidad que provocaba su presencia.

—Tenaz —dijo por fin—. No me extraña que le gustes a Cherubael. Me dijo que empleas intocables. Una buena jugada. No podéis herirme con vuestras armas, pero con ella presente, yo tampoco puedo heriros con mis poderes.

»Por suerte, tampoco es que lo necesite —añadió.

De repente, lanzó un veloz golpe con su mano herida. Neve gritó de dolor cuando salió despedida por los aires. Pude ver sangre en el muñón de Prophaniti.

El vacío psíquico de Alizebeth bloqueaba su furia psíquica. Pero no sus ataques psíquicos.

Lanzó otro golpe, y retrocedí de un salto, arrastrando a Bequin conmigo.

Prophaniti se rió de forma enloquecida.

—¡Alizebeth! —grité mientras la agarraba de la mano—. ¡Quédate a mi lado!

Desenvainé la falcata. La corta hoja curvada relució bajo el brillo de Prophaniti. Las runas grabadas en la hoja por el Ministorium brillaron a su vez.

Lancé un tajo, frenético y sin ningún arte, y la hoja del arma abrió un surco entre las costillas de mi enemigo. Éste aulló y retrocedió mientras de la herida comenzaba a surgir humo.

Comencé a dar vueltas en círculo a su alrededor, empuñando mi arma con la mano derecha y manteniendo a Bequin a mi izquierda.

—Has hecho los deberes. Runas pentagramáticas en la hoja. ¡Hacen daño!

Se abalanzó sobre mí.

—¡Pero no tanto daño como el que vas a sentir!

Alizebeth gritó. Cayó de rodillas y yo me esforcé para que no me soltara de la mano. Si rompíamos el contacto, yo sentiría toda la fuerza del poder mental del demonio.

Bloqueé el ataque con mi falcata y le desgarré toda la carne de su costado izquierdo, dejando al descubierto sus costillas.

Sus garras me lanzaron un zarpazo que bajó desde mi hombro izquierdo por todo el costado, y me dejó la armadura hecha jirones.

La sangre empezó a correr por dentro de mi ropa.

Lancé otra estocada, en un intento de realizar un *uin ulsar*, pero aquello atrapó mi espada con su mano buena. Comenzó a salir humo del

puño que tenía agarrada la hoja.

El ser apretó los dientes por el dolor que sentía.

—Las protecciones… me hacen daño… pero no son más… poderosas que el arma… Deberías aprender a… fabricar mejor tus armas… para la próxima vez…

»Tampoco es que… vaya a haber… una próxima vez… —continuó diciendo.

La falcata se había puesto tan caliente que tuve que soltarla con un aullido de dolor. Prophaniti arrojó a un lado el acero doblado y medio derretido. Había quemado su mano de forma horrible, pero parecía no notarlo.

—Y ahora es cuando llega tu muerte —me dijo mientras alargaba el brazo.

Los siguientes segundos están grabados en mi memoria. Estoy seguro de que jamás veré una muestra semejante de heroísmo. El capitán Echbar y dos de sus hombres atacaron a Prophaniti por la espalda. Sus rifles láser no podían disparar porque Bequin y yo nos encontrábamos en su zona de tiro.

Echbar se agarró al demonio y lo apartó de nosotros. Prophaniti lo lanzó por los aires y luego incineró al segundo Kasrkin en pleno salto con una simple mirada. El tercero le clavó la bayoneta hasta la empuñadura en mitad del esternón. De la herida surgió un fuego que bajó por el brazo del soldado y lo engulló por completo.

Retrocedió aullando mientras Echbar, con la mandíbula y el cuello desgarrados, se abalanzaba de nuevo contra él. Su cuchillo, empuñado con las dos manos, abrió a Prophaniti por la mitad, a lo largo de su espina dorsal. Las energías de la disformidad que la herida vomitó deshicieron a Echbar. Prophaniti se alejó retorciéndose en el aire sin dejar de aullar.

Sabía que no estaba muerto. Sabía que en realidad, no podía morir.

Pero las tropas de elite de Cadia me habían dado una oportunidad con el sacrificio de sus vidas. Habían caído en acto de servicio al Dios-Emperador, y para eso nacen todos y cada uno de los habitantes de Cadia.

—¡Aegis! ¡Por el infierno escarlata! ¡Espina redux!

Grité las órdenes por el comunicador sin soltar en ningún momento la mano de Bequin.

Prophaniti descendió de cabeza hacia nosotros.

Nuestro cúter artillado apareció de repente, también a toda velocidad. El rebufo de sus motores aplastó contra el suelo los arbustos cargados de hielo y nos arrojó a un lado. Medea estaba volando tan bajo, tan bajo…

Los servidores artilleros apuntaron las torretas de armamento de las alas y del morro contra el demonio atacante.

Cuando dispararon, la potencia de fuego fue tan enorme que lo vaporizaron.

La luz desapareció.

Acerqué a Bequin a mi cuerpo mientras el goteo del cuerpo huésped licuado caía como lluvia sobre nosotros en la fría noche.

Oí que Fischig gritaba mi nombre.

—Ayúdala —le dije al ex arbites mientras me ponía en pie, y Fischig la ayudó a levantarse.

Miré a mi alrededor. El lugar estaba cubierto de cadáveres, la mayoría de ellos de adoradores de Bael. Inshabel había encontrado a Neve, herida pero con vida, a unos veinte metros ladera arriba, y estaba llamando a gritos a un médico.

Las toberas posteriores del cúter brillaron al rojo vivo cuando Medea viró para salir de su vuelo rasante y acercarse de nuevo a nosotros.

Nayl, que había sufrido una herida leve en el brazo, se apoyó en el megalito y apagó el chirriante tambor giratorio de su arma.

—Tenemos… tenemos que reagruparnos —dijo.

—Es cierto —respondió Fischig.

—No tenéis ni idea de a lo que os enfrentáis, ¿verdad? —nos preguntó Husmaan.

Todos nos volvimos. El viejo cazador de pieles de Windhover bajaba lentamente por la ladera hacia nosotros, con su rifle largo láser colgado de un brazo, como si lo acunara. Una fuerte llovizna comenzó a caer del encapotado cielo.

—¿Verdad? —siseó de nuevo. Sentí que Bequin se ponía tensa. No era Husmaan. En sus ojos brillaba una luz blanca. Su voz era la de Prophaniti.

—No tenéis ni la más remota idea —dijo—. Podéis destruir mi cuerpo, pero no podéis romper los lazos que me unen a mi amo.

—¡Husmaan! —gritó Inshabel.

—Ya no está aquí. Era el que tenía la mente más abierta, así que la tomé. Me servirá durante un tiempo.

Di un paso hacia él. Husmaan alzó una mano.

—Ni lo intentes, Eisenhorn —me indicó Prophaniti—. Podría mataros a todos aquí y ahora… Pero creo que lo que va a ocurrir es mucho más interesante.

Husmaan extendió los brazos, echó la cabeza hacia atrás, y alzó el vuelo de repente, dejando caer su apreciado rifle láser. Se alejó levitando sin acelerar ni detenerse hasta que desapareció de la vista por encima de los páramos y en el primer brillo del amanecer.

—¿A qué se refería? —me preguntó Bequin.

—No tengo ni…

Las luces de unos focos aparecieron por encima de la cresta de la ladera y oímos de repente el traquetear de unos vehículos oruga.

Veinte transportes de tropas pasaron por encima de la cresta y nos apuntaron con sus focos. Las tropas de asalto de Cadia empezaron a descender por la ladera, sin dejar de apuntarnos también con sus armas.

—¿Qué demonios pasa? —gritó Nayl.

Yo estaba asombrado. Aquello era lo último que me esperaba.

—Inquisidor Eisenhorn —dijo una voz amplificada que surgía del transporte que marchaba en cabeza—. Por crímenes contra el Imperio, por la atrocidad cometida en Tracian, por uniros a demonios, sois arrestado y condenado a muerte.

Reconocí la voz. Era Osma.



DIECISÉIS

EL MARTILLO DE HEREJES
TRES MESES EN LA CARNIFICINA
HUIDA DE CADIA

El inquisidor Osma, flanqueado por seis interrogadores con túnica que iban leyendo en voz alta fragmentos de los Libros del Dolor y de los Capítulos del Castigo, bajó por la ladera del páramo en mi dirección. La luz rosada del amanecer comenzaba a inundar la llanura desolada, y los matojos de aulaga y brezo empezaron a agitarse por la brisa mañanera. A lo lejos se oía el canto de los lagópodos y de las perdices llamándose unas a otras bajo el naciente sol de invierno.

Osma era un tipo fornido, de anchos hombros, de aproximadamente unos cincuenta años. Llevaba una servoarmadura de bronce que relucía con un color casi anaranjado bajo la rojiza luz del amanecer. Unas insignias recargadas del Ordo Malleus decoraban los pectorales y las grebas de su armadura, y alrededor de la pieza del cuello colgaban seis sellos de pureza, como si formasen un collar de flores. A su espalda ondeaba una larga capa blanca de piel, que rozaba las puntas de las aulagas y los brezos.

Su cara era ancha y de gesto decidido. Sus ojos brillaban como puntos luminosos engastados en sus párpados hinchados, que a su vez estaban casi tapados por unas gruesas cejas grises. Su cabello, cortado al estilo paje, tenía el color del metal de las espadas. Había perdido la mandíbula inferior unos años antes de nuestro encuentro en un combate que le enfrentó a un berserker de Khorne. La prótesis sustitutiva era una toda una barbilla saliente de cromo, unida a su cráneo por tubos y por microservomotores. El emblema de la Inquisición ondeaba por encima de sus hombros montado en un estandarte colocado entre sus omóplatos. En una mano blandía un martillo de energía, la marca de su ordo.

En la otra, un tubo de pergamino de color ébano. Lo reconocí inmediatamente. Una *carta extremis*.

—¡Esto es una locura! —dijo Fischig con un gruñido.

Los soldados de Cadia que nos rodeaban se pusieron tensos y nos empujaron con los cañones de sus armas.

—¡Ya basta! —le advertí a Fischig.

Me giré hacia mis compañeros. Tenían un aspecto desesperado, desolado.

—No vamos a luchar —les dije—. Entregad vuestras armas. Pronto habré resuelto este ridículo error.

Bequin e Inshabel entregaron sus armas a los guardias de Cadia. Fischig permitió a regañadientes que las tropas de asalto lo separaran de su escopeta antidisturbios. Nayl desenganchó el alimentador de munición de su cañón automático, sacó el tambor de munición y se lo pasó a los soldados que le apuntaban con sus armas, dejando que el arma ya inútil le colgara del arnés de su torso.

Asentí, satisfecho.

—Espina indica Aegis, en el agua fría, suave —susurré por el comunicador. Luego me volví para encarame con Osma.

Él alzó su martillo de energía un momento y sus interrogadores cesaron sus cánticos y cerraron sus libros.

—Gregor Eisenhorn —me dijo pronunciando con claridad el formalista Alto Gótico—. Por lealtad al Dios-Emperador, nuestro señor

inmortal, y por la gracia que me ha concedido el Trono Dorado, en el nombre del Ordo Malleus y de la Inquisición, os proclamo diabolus, y en testimonio de vuestros crímenes, entrego esta carta. Que la justicia imperial lo tenga todo en cuenta. El Emperador protege.

Saqué mi arma de su funda, saqué el cargador y se la entregué agarrándola por el cañón.

—He oído vuestras acusaciones y vuestras palabras, y me entrego —le respondí con la antigua fórmula de respuesta—. Que la justicia imperial lo tenga todo en cuenta. El Emperador protege.

—¿Aceptáis esta carta de mi mano?

—La acepto en la mía, para poder demostrar que es tres veces falsa.

—¿Proclamáis vuestra inocencia en el mismo comienzo?

—La declaro cierta y verdadera. Que así sea escrito.

Unos drones de voz que flotaban sobre los hombros de los interrogadores habían estado grabando toda aquella conversación, pero el más joven de los interrogadores la estaba transcribiendo a su vez con una holopluma sobre una placa dispositiva que flotaba delante de él sobre una pequeña plataforma gravitatoria. Me fijé satisfecho en aquel detalle.

Por indignantes que fueran las acusaciones, Osma las estaba llevando a cabo con una formalidad precisa y absoluta.

—Os pido que me entreguéis la insignia de vuestro cargo —me dijo Osma.

—Me niego a vuestra petición. Por el código de prejuicios, proclamo mi derecho a mantener mi rango hasta que el debido proceso haya concluido.

Él asintió. Su lenguaje cambió del Alto al Bajo Gótico.

—Eso me esperaba. Gracias por evitar una situación desagradable.

—No creo que haya evitado una situación desagradable, Osma. Lo que he evitado es un derramamiento de sangre. Esto es ridículo.

—Todos dicen lo mismo —murmuró con desdén mientras se daba la vuelta.

—No —le dije sin alterar la voz, lo que le hizo detenerse en seco—. Los culpables y los contaminados presentan lucha. Se niegan. Se resisten.

A lo largo de mi vida, he acabado con nueve diabolus. Ninguno se entregó sin resistencia. Anota ese hecho en el registro —le dije al interrogador encargado de escribir—. Si fuese culpable, no me entregaría a todo este proceso sumisamente.

—¡Anótalo! —le dijo Osma al dubitativo escriba. Volvió a encararse a mí.

—Lee la carta, Eisenhorn. Eres tan culpable como un demonio. Esta muestra de entendimiento y cooperación es exactamente lo que me hubiese esperado de un ser tan astuto e inteligente como tú.

—¿Un cumplido, Osma?

Escupió al suelo.

—Eras uno de los mejores, Eisenhorn. Lo cierto es que Lord Rorken suplicó en tu favor. Reconozco tus hazañas pasadas, pero nos has traicionado. Eres Malleus. Eres una abominación. Y pagarás por ello.

—Esto es una locura… —murmuró Neve mientras cojeaba hacia nosotros.

—Lo que no es, es asunto suyo, Inquisidora General —le contestó Osma.

Neve se encaró con él, con su armadura empapada por su propia sangre.

—Ésta es mi provincia, inquisidor. Eisenhorn me ha demostrado que es una persona cabal. Esta farsa está interrumpiendo el trabajo de la Inquisición.

—Lea la carta, Inquisidora General —le replicó Osma—. Y cállese. Eisenhorn es muy inteligente, y convincente. La ha engañado, señora. Dé las gracias de que no esté implicada también.

Mis compañeros fueron conducidos a Kasr Derth y quedaron bajo la supervisión de Neve. Yo no tuve ese lujo. Me llevaron al sur, a bordo de un transporte militar de Cadia, a través del amanecer, hasta la isla más lejana del grupo de las Caducades, a la famosa prisión del planeta, la Carnificina.

Me habían esposado de pies y manos. Estaba sentado en un lecho de brezo colocado en un lateral del compartimento de carga del transporte, rodeado de guardias de Cadia, y aproveché la cambiante luz que entraba por las ventanas para leer la carta.

Apenas podía creer lo que estaba leyendo.

—¿Y bien? —me preguntó Fischig desde su asiento en un rincón.

Me habían permitido tener un portavoz, y había escogido a Fischig debido a su experiencia en temas legales.

—Léela —le dije mientras alargaba la mano hacia él.

Uno de los impasibles guardias la tomó de mi mano y se la pasó al refunfuñante ex arbites.

Después de pasar unos momentos leyendo el pergamino, Fischig profirió una tremenda obscenidad.

—Justo lo mismo que yo pienso —le dije.

La Carnificina sobresalía de las embravecidas aguas lo mismo que la muela de un inmenso herbívoro al que le hubieran quitado las encías.

No la habían construido, sino más bien excavado en la roca saliente. Ninguno de los muros de la prisión tenía menos de cinco metros de espesor.

Unas feroces olas rompían y se deshacían en espuma blanca alrededor de su base de granito, y los acantilados que daban al oeste estaban expuestos a los peores embates de los océanos pelágicos allí situados. Los icebergs de los glaciares existentes en el fiordo de Cadu y en el lejano istmo de Caducades chocaban y se partían en las aguas abiertas que había entre la isla prisión y los atolones desolados que se alzaban enfrente de ella.

Sólo el kelp y unos resistentes árboles-eje adornaban sus laderas más bajas.

El transporte aterrizó en las murallas orientales y se posó sobre una pista de aterrizaje cortada sobre la misma roca. Me hicieron avanzar rodeado de guardias, primero bajo la fría luz del sol, y luego por los

húmedos y mohosos pasillos excavados en la roca. Las paredes encaladas exudaban y apestaban a agua de mar. Unas cadenas oxidadas colgaban desde el techo hasta las trampillas de los calabozos de castigo.

Podía oír los gritos y los aullidos de los prisioneros. Los locos y los infectados de Cadia vivían allí. En su mayor parte eran antiguos soldados que habían perdido la cordura en las distintas guerras libradas en el Ojo del Terror.

Las tropas regulares de Cadia me entregaron a unos guardianes de la prisión vestidos de rojo que hedían a cuerpos sin lavar y que llevaban flagelos neuronales y látigos de cuero.

Me abrieron una trampilla de cincuenta centímetros de anchura, cubierta de tachuelas, y me metieron de un empujón en la celda.

La estancia tenía cuatro pasos de largo y otros cuatro de ancho, y había sido cortada directamente en la roca, y sin ventanas. Apestaba a meados. El anterior ocupante había muerto allí… y no habían retirado su cuerpo.

Eché a un lado los huesos resecos y me senté en el camastro de madera. No sabía nada de nada. No tenía ni idea de si la Guardia Interior había capturado la nave estelar renegada, ni si alguien había logrado seguir el rastro de la criatura que antaño había sido el pobre Husmaan.

La pista que me llevaba hasta Quixos, la pista que por fin había tenido la fortuna de encontrar, desaparecía por segundos mientras seguíamos con aquellas tonterías. Y yo no podía hacer nada por evitarlo.

—¿Cuándo decidiste por primera vez asociarte con demonios? —me preguntó el interrogador Riggre.

—Nunca lo he hecho, ni he decidido hacerlo.

—Pero el demonio Cherubael conoce tu nombre —me dijo el interrogador Palfir.

—¿Es una pregunta?

—Es… —dijo Palfir tartamudeando.

—¿Cuál es tu relación con el demonio Cherubael? —le cortó el interrogador Moyag con sequedad.

—No tengo ninguna clase de relación con ningún demonio —le contesté.

Me encontraba encadenado a una silla de madera en la gran sala de la Carnificina, y la luz del invierno se filtraba a través de los altos ventanales. Los tres interrogadores de Osma caminaban a mi alrededor como bestias enjauladas, con sus túnicas revoloteando bajo los rayos solares.

—Conoce tu nombre —me dijo Moyag para ponerme a prueba.

—Yo conozco el tuyo. ¿Eso me da poder sobre ti, Moyag?

—¿Cómo organizaste la atrocidad en la Colmena Primaris de Tracian? —me preguntó Palfir.

—No lo hice. Siguiente pregunta.

—¿Sabes quién lo hizo? —inquirió Riggre.

—No con exactitud, pero creo que fue el ser al que os habéis referido, Cherubael.

—Ha aparecido en tu vida con anterioridad.

—Logré hacer fracasar sus planes con anterioridad. Hace un centenar de años, en 56-Izar. Debéis haber leído los archivos al respecto.

Riggre miró a sus colegas antes de contestar.

—Lo hemos hecho. Pero lo has estado buscando desde entonces.

—Sí, como una cuestión de deber. Cherubael es una abominación repelente. ¿Acaso te sorprende que lo haya intentado encontrar?

—No todos tus contactos con él han sido registrados.

—¿Qué?

—Sabemos que algunos contactos han permanecido en secreto —me dijo Moyag cambiando la frase.

—¿Cómo?

—El testimonio jurado de un tal Alain von Baigg. Ha declarado que enviaste a un agente con el nombre en clave de Sabueso para que entrara en contacto con Cherubael, hace un año, y que no informaste al señor de tu ordo sobre eso.

—No creí oportuno molestar a Lord Rorken con ese asunto.

—Así pues, no lo niegas.

—¿Negar qué? ¿Qué persigo al Caos? No, no lo hago.

—¿En secreto?

—¿Qué inquisidor no trabaja en secreto?

—¿Quién es Sabueso? —me interpeló Palfir.

No tenía ningunas ganas de complicarle aún más la vida a Fischig.

—No conozco su verdadero nombre —le dije—. Trabaja de forma clandestina.

Pensé que insistirían, pero en vez de eso, Moyag cambió de tema.

—¿Por qué sobreviviste a la matanza de Tracian?

—Tuve suerte.

Palfir dio una vuelta a mí alrededor. Sus botas abrillantadas crujieron sobre el desgastado suelo.

—Vamos a aclarar la situación. Esto sólo es el comienzo. Por respeto a tu rango y a tu carrera, sólo estamos empleando los métodos de interrogación de la Primera Acción. La Primera Acción es…

Le corté de forma inmediata.

—Soy inquisidor desde hace muchos años, Palfir. Sé lo que es la Primera Acción. Entrevista verbal sin coacción.

—Entonces conoces la Tercera Acción y la Quinta Acción —me soltó con sorna Riggre.

—Leve tortura física e interrogatorio psíquico. Por cierto, acabas de emplear la Segunda Acción: amenaza verbal de y/o descripción de las Acciones que pueden seguir.

—Eisenhorn, ¿has sido torturado alguna vez? —me preguntó Moyag.

—Sí, por hombres menos escrupulosos que vosotros. Y yo también he interrogado. Los métodos de la Segunda Acción no van a funcionar conmigo, de verdad.

—El inquisidor Osma me ha autorizado a utilizar cualquier método hasta la Novena Acción, incluida —me soltó Palfir.

—De nuevo, una amenaza. Segunda Acción. No va a funcionar conmigo. Ya os lo he dicho. Estoy intentando cooperar con vosotros.

—¿Quién es Sabueso? —me inquirió Riggre.

Allí estaba, la pregunta de continuación, destinada a pillarme por sorpresa al llegar fuera de secuencia. Empecé a admirar por un momento sus habilidades para interrogar.

—No conozco su verdadero nombre. Trabaja de forma clandestina.

—¿No es Godwyn Fischig? El hombre al que has elegido como representante. El hombre que te espera fuera de esta estancia.

Hay veces que en que los daños que Gorgone Locke me produjo en la musculatura del rostro tienen sus ventajas. Mi cara simplemente no podía mostrar la reacción que ellos esperaban ver. Sin embargo, en mi interior, me sobresalté. Su servicio de inteligencia era bueno, lo bastante bueno como para haber descifrado Glossia, al menos en parte. Estaba seguro de cuál había sido su fuente de información. Ya habían mencionado a la rata de Von Baigg. Pocos meses antes, en Tracian y justo antes de la atrocidad que tuvo lugar, había comenzado a sospechar de Von Baigg. En aquel momento, sólo pensé que era un peón de Lord Rorken para vigilarme. Pero luego, allí, mientras me interrogaban, me di cuenta de que aquel individuo estaba dispuesto a hablar con cualquiera. Yo había reconocido las debilidades de Von Baigg y había interrumpido su carrera. Estaba claro que él había decidido buscar un ascenso con otros inquisidores mediante el método de traicionarme.

—Si me estáis diciendo que Fischig es el agente al que yo conozco por el nombre de Sabueso, estoy realmente sorprendido —le contesté sin alterarme y escogiendo las palabras con mucho cuidado.

—Ya hablaremos con él en su momento —me dijo Palfir.

—No, mientras sea mi representante. Eso violaría el código de prejuicio. Si queréis interrogarlo, entonces tengo derecho a un nuevo representante. Y de mi elección.

—Ya llegaremos a eso —dio Riggre a su vez.

—¿Por qué sobreviviste al horror ocurrido en Tracian? —me inquirió Moyag.

—Tuve suerte.

—Explica esa suerte.

—Me había detenido a presentar mis respetos a la tumba del almirante. La Puerta Espatiana me protegió de los daños causados por los aviones.

Después de las mentiras que Cherubael me había contado en Eechan, temía que aquella pregunta apareciera de nuevo, pero en un interrogatorio psíquico. Las mentiras, o al menos, mis intentos de tapar aquello, serían detectados con rapidez.

—Esa atrocidad fue sólo una tapadera para que pudieras liberar y hacer huir de Tracian al psíquico hereje Esarhaddon.

—Normalmente trataría esa idea con desprecio. Si todo aquello fue preparado simplemente para «blanquear» al psíquico, fue un desperdicio inhumano de vidas. Sin embargo, creo que en cierto sentido estáis en lo cierto. Eso es lo que se pretendía con aquella atrocidad. Pero yo no la organicé.

Moyag se lamió con interés sus amarillentos dientes.

—¿Sigues proclamando que en realidad fue el interrogador Lyko quien llevó a cabo esos hechos?

—En colaboración con el demonio.

—Pero Lyko no puede responder a esas acusaciones, ¿verdad? Porque tú lo mataste en Eechan.

—Ejecuté a Lyko en Eechan por ser un traidor y un enemigo del Imperio.

—Te hago saber que yo creo que lo mataste porque te perseguía. Lo mataste para hacerle callar.

—¿De verdad tengo que estar aquí? Me parece que estás haciendo un trabajo excelente a la hora de fabricarte tus propias respuestas.

—¿Dónde está Esarhaddon?

—A donde se lo llevara Cherubael.

—¿Y dónde está ese lugar? —me preguntó Palfir. Me encogí de hombros.

—Donde esté su amo, Quixos.

Los tres se echaron a reír.

—Quixos está muerto. ¡Murió ya hace mucho! —dijo Moyag entre risas.

—Entonces, ¿cómo es que la inquisidora general y yo hemos descubierto que él había estado manipulando los códigos de ella para entrar en el espacio aéreo de Cadia?

—Porque tú lo hiciste parecer así. Dices que Quixos utilizó su poder para robar su código de autoridad. Si eso es cierto, entonces se trata de un crimen que cualquier inquisidor de renombre puede hacer. Tú lo puedes hacer. Y utilizar el código de un muerto significa que nadie va a protestar.

—Quixos no está muerto. —Carraspeé y me aclaré la garganta—. Quixos es Hereticus y Extremis Diabolus. Ha pervertido a varios inquisidores, como Lyko y Molitor, para que lo sirvan. Utiliza demonios. Provoca matanzas para así poder ocultar sus robos de psíquicos de nivel alfa-plus.

Los tres interrogadores se quedaron en silencio por unos instantes.

—Estamos perdiendo el tiempo —les dije—. No soy el hombre que estáis buscando.

Pero la pérdida de tiempo continuó. Pasó una semana, y luego otra. Me llevaban todos los días a la gran sala y me sometían a una entrevista de Primera Acción que duraba entre dos y seis horas. Me hicieron las mismas preguntas tantas veces que acabé harto de oírlas. Ninguno de los interrogadores parecía escuchar mis declaraciones. Por lo que sabía, nada de lo que yo les decía se comprobaba.

Estaba claro que temían pasar a obtener información mediante métodos físicos o psíquicos. Puesto que yo era un psíquico, al menos podía dificultarles las cosas de tal modo que nunca sabrían cuánto de lo que estaban obteniendo era cierto. Era evidente que Osma había decidido agotar mi resistencia con unos ciclos interminables de interrogatorios verbales cruzados.

Disponía de quince minutos cada tarde, cuando la luz reflejada por el océano comenzaba a apagarse, para hablar con Fischig. Las conversaciones no tenían ninguna utilidad. Las zonas de las celdas estaban

repletas sin duda de ladrones de voz y de artefactos de escucha, y por lo que yo sabía, nuestro lenguaje privado, Glossia, había sido descubierto.

Fischig podía contarme poca cosa, aunque pude saber que Medea, Aemos y el cúter artillado no estaban en manos de Osma, ni tampoco el *Essene*.

No se había vuelto a ver al ser mezcla de Prophaniti y Husmaan, y Fischig estaba seguro de que la misteriosa nave estelar que había llevado a Prophaniti hasta Cadia no había sido interceptada aquella maldita noche.

Envié a través de Fischig varias peticiones a Osma, a Rorken y a Neve en las que proclamaba mi inocencia y les urgía para que tomaran mayores medidas respecto al asunto de Quixos. Nadie respondió.

La Fiesta de las Velas ya había pasado hacía tiempo. Transcurrieron otras tres semanas. Me di cuenta de que el año había cambiado. Fuera de los gruesos y desolados muros de la Carnificina, ya era 340.M41.

Al final de mi tercer mes de prisión e interrogatorios, me llevaron a la gran sala para mi «entrevista» diaria y descubrí que quien allí me esperaba era el propio Osma en persona, en vez de los interrogadores habituales.

—Siéntate —me dijo señalándome una silla colocada en el centro de la austera estancia.

Hacía frío y estábamos en penumbra. Las últimas y más feroces de las tormentas invernales llegaban procedentes del Este, y aunque era de día, por las ventanas no entraba ninguna luz. Estaban prácticamente cubiertas de nieve. Mi aliento se condensaba en el aire, y estaba temblando. Osma había hecho colocar seis lámparas en los bordes de habitación.

Me senté y metí las manos en los bolsillos de mi abrigo para protegerlas del frío. No quería que Osma viera mi incomodidad. Él se quedó de pie, caliente y aislado del frío gracias a su servoarmadura bruñida, mientras revisaba una placa de datos.

Pude verme reflejado en las pulidas placas metálicas de su espalda. Mis ropas estaban raídas y asquerosas. Tenía la piel pálida. Había perdido siete kilos por lo menos, y lucía una espesa barba, tan enredada como mis cabellos. El único objeto que continuaba en mi posesión era mi insignia de

inquisidor, que guardaba en uno de los bolsillos del abrigo. Me reconfortaba.

Osma se volvió para encararse conmigo.

—Tu versión no ha cambiado en tres meses.

—Eso debería indicarte algo.

—Me indica que tienes unas grandes reservas de fuerza y una mente muy cuidadosa.

—O que no estoy mintiendo.

Puso la placa en una de las mesas con lámpara.

—Déjame contarte lo que va a ocurrir. Lord Rorken ha persuadido al Gran Maestre Orsini que debes ser extraditado a Tracian Primaris. Allí serás llevado a juicio para responder ante los cargos de los que se te acusan en la carta extremis ante un Tribunal de Magisterio del Ordo Malleus y del Oficio de Acusaciones Interna. A Rorken no le gusta la idea, pero es todo lo que Orsini está dispuesto a conceder. He oído por ahí que Rorken espera que tu inocencia, o tu culpabilidad, pueden demostrarse de una vez por todas en un juicio formal.

—El resultado de ese juicio puede terminar avergonzándote a ti y a tu señor, Lord Bezier.

Lanzó una carcajada.

—Lo cierto es que estaría encantado de sentir semejante vergüenza si eso significase la exoneración de un inquisidor tan valioso como tú, Eisenhorn. Pero no creo que lo haga. Arderás en Tracian por lo que has hecho, con tanta seguridad como lo hubieras hecho aquí.

—Aceptaré el riesgo, Osma.

Asintió.

—Yo también. Las Naves Negras llegarán dentro de tres días para llevarte hasta Tracian Primaris. Eso me concede tres días para romper tu resistencia antes de que me quiten el asunto de las manos.

—Ten cuidado, Osma.

—Siempre lo tengo. Mi personal comenzará mañana a aplicarte los métodos de examinación de la Novena Acción. No habrá descanso hasta que lleguen las Naves Negras o hasta que me digas lo que quiero oír.

—Con dos días de métodos de la Novena Acción es casi seguro que no estaré vivo cuando lleguen las Naves Negras.

—Probablemente. Una lástima, y me harán preguntas. Pero esta prisión está muy aislada, y yo estoy al mando. Ése es el motivo por el que hoy tan sólo estoy hablando contigo. Solos tú y yo. Una última oportunidad. Dime toda la verdad ahora mismo, Eisenhorn, de hombre a hombre. Haz que nos sea fácil a los dos. Confiesa tus crímenes antes de que el dolor comience mañana, ahórranos el juicio, y haré todo lo que esté en mi poder para asegurar que tu ejecución sea rápida e indolora.

—Estaré encantado de decirte la verdad.

Sus ojos se iluminaron.

—Lo tienes todo ahí, en la placa que estabas leyendo. Exactamente lo que he estado diciendo a lo largo de estos tres últimos meses.

Cuando los guardias me llevaron de vuelta a mi helada celda, a través de pasillos de piedra donde retumbaban las galernas del océano, descubrí que Fischig ya me estaba esperando allí. Nuestros quince minutos diarios.

Había llevado consigo una lámpara y una bandeja con mi cena: un caldo de pescado, tibio y clarito, unos trozos de pan de galleta rancio y un vaso de ron aguado.

Me senté en el burdo camastro.

—Me van a extraditar para juzgarme —le dije. Asintió.

—Pero según me han contado, mañana comenzarán las torturas. He elevado una protesta, pero estoy seguro de que se perderá accidentalmente.

—Estoy seguro de que así será.

—Deberías comer —me dijo.

—No tengo hambre.

—Tú come. Necesitarás todas tus fuerzas, y por la pinta que tienes, no te quedan muchas.

Negué con la cabeza.

—Gregor —me dijo bajando la voz—, tengo que hacerte una pregunta. No te gustará, pero es importante.

—¿Importante?

—Par a mí. Y para tus amigos.

—¿Te acuerdas…? ¡Dios-Emperador, parece que ha pasado tanto tiempo! El año pasado, cuando nos encontramos otra vez después de tanto tiempo, en aquel cementerio a las afueras de Kasr Tyrok…

—Por supuesto.

—En la torre de la capilla, me dijiste que no podías imaginarte que hubieras hecho nada que pudiera haber ayudado o haber agradado a un demonio. Me dijiste exactamente: «¡Ni siquiera puedo imaginarme a mí mismo tan loco como para eso!».

—Lo recuerdo con claridad. Tú me respondiste que si alguna vez hubieras pensado que lo estaba, me habrías descerrajado un tiro en persona.

Asintió y lanzó una risa amargada. Se produjo un silencio que sólo se vio roto por el chasquido de la lámpara y el rugido del mar en el exterior de las murallas de la prisión.

—Quieres estar seguro, ¿verdad, Godwyn? —le pregunté.

Me miró con reproche.

—Lo entiendo. Espero una lealtad absoluta de ti y de todo mi personal. Tienes derecho a sentir lo mismo respecto a mí.

—Entonces ya sabes cuál es la pregunta.

Me quedé mirando fijamente a sus ojos.

—Quieres preguntarme si estoy mintiendo. Si existe alguna pizca de verdad en las acusaciones. Si he estado trabajando para un hombre que ha pactado con los demonios.

—Sé que es una pregunta estúpida. Si tú eres una de esas cosas, no te importará mentirme otra vez.

—Estoy demasiado cansado para no desear otra cosa que la verdad, Godwyn. Te juro por el Trono Dorado que no soy lo que dice Osma que soy. Soy un verdadero servidor del Emperador y de la Inquisición. Encuéntrame un águila y también juraré sobre ella. No sé qué más puedo hacer para convencerte.

Se puso en pie.

—A mí me basta. Sólo quería estar seguro. Tu palabra siempre ha sido más que suficiente, y después de todos los años que llevamos juntos, estaba seguro de que me lo dirías si… aunque fuese…

—Quiero que lo sepas, viejo amigo. Lo haría. Incluso si fuera la escoria que Osma cree que soy, e incluso si pudiera ocultárselo a él… No podría mentir a una pregunta directa hecha por ti. No por ti, depurador Fischig.

El guardia llamó a la puerta de la celda.

—¡Un minuto! —le gritó Fischig—. Cómete la cena —me dijo.

—¿Te ha pedido Osma que me hagas esa pregunta? —le pregunté.

—¡Mierda, no! —me respondió ofendido.

—No pasa nada. Tampoco es que lo creyera realmente.

El guardia llamó otra vez, con más fuerza.

—Ya va, malditas sean tus tripas —dijo Fischig con un gruñido.

—Te veré mañana —le dije.

—Sí. Haz algo por mí.

—Lo que sea.

—Cómete tu cena.

Los retortijones comenzaron justo después de lo que yo calculé sería la medianoche. Me despertaron de un sueño inquieto. El dolor recorrió todo mi cuerpo y me dejó atontado. No me había sentido tan mal desde el envenenamiento de Pye en Lethe Once, durante la Noche Oscura de hacía ya casi dos años.

Intenté ponerme en pie, y me caí del camastro. Unos espasmos me azotaron por entero y lancé un grito de agonía. Vomité los restos de la escasa cena. Sentí unos latigazos de fiebre alta y de frío que me hicieron retemblar.

No sé cuánto tiempo me llevó arrastrarme hasta la puerta de la celda, o cuánto tiempo pasé golpeándola con los puños hasta que se abrió. Posiblemente fueron horas.

La conciencia iba y venía en función de la aparición de los dolores.

—¡Santo Emperador! —exclamó el guardia cuando abrió la puerta y me vio a la luz de su lámpara.

Llamó a los demás a gritos y oí el sonido de los pies que corrían por el pasillo que daba a la celda.

—Está enfermo —dijo el guardia que me había abierto la puerta.

—Déjalo hasta la mañana —dijo otro.

—Ya habrá muerto —le replicó el primero.

—Por favor… —logre decir tartamudeando mientras alargaba el brazo. Tenía la mano agarrotada, con los dedos engarfiados.

Empezó a llegar más gente. Oí la voz de Fischig.

—Necesita un doctor. Ayuda médica especializada —dijo.

—No está permitido —se quejó uno de los guardias.

—¡Míralo! ¡Se está muriendo! Es alguna clase de ataque.

—Dejadme pasar —le oí decir a otra voz.

Era el médico de la prisión, que llegó acompañado por el interrogador Riggre, que tenía todo el aspecto de haber sido levantado de la cama.

—¡Está fingiendo! ¡Dejadlo! —dijo con desprecio.

—¡Cállate! —le replicó Fischig—. ¡Míralo bien! ¡No es una comedia!

—Es un maestro del engaño —le contestó Riggre—. Quizás ha estado lamiendo la pintura de la puerta para hacerlo más realista, pero allá él. Esto es una farsa. Dejadlo.

—Se está muriendo —repitió Fischig.

—A mí me parece enfermo de verdad —comentó uno de los guardias, con un tono de voz inquieto.

Otra serie de calambres me hicieron retorcerme de forma espasmódica e involuntaria.

El doctor estaba agachado sobre mí. Pude oír el zumbido del auspex médico que había sacado de su farmacopeia.

—No está fingiendo —murmuró—. Está sufriendo un ataque. No se puede fingir un agarrotamiento de los músculos como éste. El oxígeno en sangre ha descendido a un treinta por ciento y su corazón está desfibrilando. Morirá en menos de una hora.

—¡Póngale una inyección! ¡Cúrelo! —le gritó Riggre.

—No puedo, señor. Aquí no. No tenemos las instalaciones adecuadas. ¡Mire! ¡Por el Emperador! Está sangrando por los ojos y por la nariz.

—¡Haga algo! —le aulló Riggre.

—Tenemos que llevarlo a un hospital. El más cercano es el de Kasr Derth. Tenemos que llevarlo allí a toda prisa o morirá.

—¡Eso es ridículo, doctor! —le repuso Riggre—. Seguro que puede hacer algo…

—Aquí no.

—Llama a un transporte, Riggre —le indicó Fischig.

—¡Es un prisionero de nivel primario de la Inquisición! ¡No podemos sacarlo de aquí así como así!

—Entonces trae a Osma…

—Ha regresado a tierra firme para pasar la noche.

Fischig bajó la voz.

—¿Vas a ser tú el que le diga a Osma que su prisionero más importante murió en el suelo de su celda?

—N-no…

—Entonces se lo diré yo. Le diré a Osma que su hombre de confianza le ha privado del caso más importante de toda su carrera porque no le dio la gana de autorizar un transporte, ¡y que así dejó que Eisenhorn muriera por alguna clase de intoxicación alimentaria en esta mierda de prisión!

—¡Llamad a un transporte! —gritó Riggre a los guardias—. ¡Ahora mismo!

Me llevaron en camilla hasta la pista de aterrizaje cortada directamente en la roca. Oí unas cuantas voces que discutían en la oscuridad azotada por la nieve y el aullido del viento cortante. El médico me había colocado un goteo intravenoso y estaba intentando aliviar los síntomas y retrasar los efectos del ataque con unos medicamentos de su botiquín.

Las luces de la pista parpadearon con su luz blanca y fría, y convirtieron los copos de nieve en puntitos negros al trasluz.

Apareció un transporte cadiano en vuelo bajo, y sus cohetes niveladores de altitud hicieron estremecer el suelo de la pista y arrojaron la nieve acumulada en todas las direcciones.

Me metieron en el interior iluminado por luces verdes, y lo peor del frío y del invierno quedó fuera de la escotilla de cierre. Sentí el repentino tirón del vehículo cuando se elevó y se alejó hacia tierra firme. Fischig estaba inclinado sobre mí, ajusfándome los arneses de seguridad que me mantenían inmóvil sobre el camastro de la aeronave. Pude oír a Riggre gritándole al piloto por encima del rugir de los motores.

Fischig sacó a escondidas un vial inyector y sustituyó el goteo intravenoso que había colocado el doctor de la prisión.

Empecé a sentirme mejor casi inmediatamente.

—Estate quieto y respira lentamente —me dijo Fischig con un susurro —. Y agárrate fuerte. Este cacharro va a moverse… bastante.

—¡Contacto! ¡A tres kilómetros, y se acerca rápidamente! —oí gritar al copiloto.

—¿Qué demonios es eso? —exigió saber Riggre. Se oyó un ping en el transpondedor del vehículo.

—¡Trono de la Tierra! ¡Nos están apuntando con sus armas! —exclamó el piloto.

—Atención, transporte —dijo una voz por el comunicador—. Aterrice en la isla situada en oeste cinco-dos y tres-seis. Ahora mismo, ¡o lo hago volar en pedazos!

Estaba recuperando la vista por momentos. Miré a la cabina y vi que Riggre desenfundaba una pistola láser.

—¿Qué clase de traición es ésta? —preguntó mirando a Fischig.

—Creo que deberías hacer lo que te dicen y aterrizar ahora mismo —le dijo Fischig con tranquilidad.

Riggre hizo ademán de disparar, pero de repente la cabina quedó iluminada por un deslumbrante rayo de energía. Fischig abrasó a Riggre con un disparo de su arma digital montada en el anillo del tipo jokaero que llevaba en el dedo índice de su mano derecha. Me di cuenta de que era una de las joyas de Maxilla.

Fischig disparó de nuevo y achicharró el sistema de comunicaciones.

—¡Desciende! —le ordenó al piloto a la vez que le apuntaba con el anillo.

El transporte realizó un aterrizaje de emergencia en mitad de una tormenta sobre la playa de una isla deshabitada.

—¡Las manos en la cabeza! —les ordenó Fischig a los tripulantes mientras me sacaba por la escotilla para meterme en la ventisca.

Yo apenas podía caminar y tuve que apoyarme en él.

—Me has envenenado —le dije jadeando.

—Tuve que hacer que pareciera convincente. Aemos me preparó una dosis que reactivó el veneno binario que llevas en el cuerpo. El veneno de Pye.

—¡Cabrones!

—¡Ja! Un hombre que puede insultarme de ese modo se encuentra muy lejos de estar a punto de morir. ¡Vamos!

Me llevó a rastras a través de la playa pedregosa hasta la galerna oceánica, con los copos de nieve azotándonos la cara. Unas luces se abalanzaron sobre nosotros cuando nuestro cúter artillado se acercó y efectuó un aterrizaje perfecto al estilo Betancore sobre los guijarros de la playa.

Fischig me hizo subir por la rampa de acceso hasta poner me en manos de Bequin y de Inshabel.

—Bendito Emperador, ¿habéis pensado bien lo que estáis haciendo? —le dije tosiendo.

—¡Por supuesto que lo hemos hecho! —me contestó Bequin con rabia—. ¡Nathun! ¡Dale otra inyección revitalizante de antiveneno!

Por segunda vez en dos años, estaba muerto. La primera vez por el veneno binario del esbirro de Beldame Sadia en Lethe Once, y entonces, en un

accidente aéreo, cuando el aparato se estrelló debido a una tormenta invernal sobre las Caducades de Cadia.

El cúter artillado despegó de la playa, se alejó a lo largo de la misma luego regresó hacia el transporte cadiano.

Que el Emperador me perdone a mí y a mi personal por la muerte de Riggre y de los dos tripulantes del transporte. Sus muertes fueron el único modo de mantener mi seguridad.

—Fuego —le dijo Nayl a Medea.

Las armas pesadas de nuestro cúter acribillaron el transporte y lo hicieron volar en pedazos. Cuando llegara el amanecer, los restos esparcidos por la playa de la remota isla sólo podrían sugerir que se había producido un trágico accidente causado por una tremenda tormenta invernal.

Ascendimos utilizando las tormentas como cobertura hasta llegar al espacio orbital. Aunque nadie me lo dijo, sabía que nuestro plan de vuelo estaba a cubierto gracias al código de autoridad de otra persona.

Supuse que sería el de Neve. Probablemente con su permiso. El *Essene* nos estaba esperando.

—¿Y ahora, qué? —le pregunté a Fischig con voz ronca.

—Maldición, he arriesgado todo lo que aprecio para hacerte llegar hasta aquí —me contestó—. Esperaba que tú supieras lo que debíamos hacer ahora.

—Cinchare —le indiqué—. Dile a Maxilla que ponga rumbo a Cinchare.

Existen algunos secretos que merece la pena guardar.

—¿Qué hay en Cinchare? —inquirió Bequin.

—Un viejo amigo —le respondí.

—Bueno, no es exactamente un amigo —añadió Aemos.

—No. Aemos tiene razón. Un antiguo socio.

—Dos antiguos socios, para ser más específicos —añadió Aemos.

Bequin puso una cara especialmente enfadada.

—Vosotros dos y vuestros viejos secretos. ¿Por qué no me dais una respuesta más concreta?

—Porque cuanto menos sepas, menos daño te podrá hacer la Inquisición si nos atrapan —repliqué.

—Tu nuevo yo delgado —bromeó Maxilla cuando entré en el puente de mando del *Essene*.

Me había afeitado la barba, me había peinado hacia atrás el cabello y me había puesto un traje de lino negro después de ducharme. Todavía me sentía extremadamente débil y no me apetecía seguirle las bromas a Maxilla.

—Hemos puesto rumbo a Cinchare —siguió diciendo Maxilla, con un tono de voz más seco.

Al parecer, había reconocido mi estado de ánimo. Sus servidores de máscaras doradas chirriaron para mostrar que estaba en lo cierto. Sus navegante encapuchado, con todos los sentidos concentrados en un lugar muy diferente, no dijo nada.

—Tengo que hacer una pregunta —dijo Inshabel en voz alta. Estaba sentado en un puesto secundario de navegación, revisando los mapas estelares—. ¿Por qué a Cinchare? Es un mundo minero en el borde del Segmentum, casi una Estrella de Halo. Pensé que intentaríamos localizar a Quixos.

—No tiene sentido.

—¿Qué? —exclamaron Maxilla e Inshabel casi al mismo tiempo.

Me senté en una silla de cuero almohadillado.

—¿Par a qué deberíamos esforzarnos en encontrar a Quixos si nos matará de un solo golpe casi con toda seguridad? Apenas hemos logrado sobrevivir a nuestros encuentros individuales con dos de sus demonios. No poseemos la fuerza necesaria para combatir contra él.

—¿Y entonces? —me preguntó Inshabel.

—Entonces, lo primero que hacemos es encontrar la fuerza que necesitamos. Prepararnos. Armarnos. Organizamos para enfrentarnos a uno de los males más poderosos del Imperio.

—¿Y para eso tenemos que ir hasta Cinchare? —susurró Inshabel.

—Cinchare sólo es el comienzo, Nathun —le dije—. Confía en mí.



DIECISIETE

ESTRELLA ERRANTE
EL DOCTOR SAVINE, CORA Y EL SEÑOR HORN
EN EL ANEXO

Incluso a toda máquina, el *Essene* tardó treinta semanas en llegar a Cinchare.

Es cierto que tomamos una ruta indirecta para evitar un encuentro con las fuerzas del Imperio, pero lo odiaba. Por una vez, odié los subterfugios.

Nos enteramos indirectamente de que habían descubierto mi fuga de Cadia cuando ya llevábamos unas cuantas semanas de viaje. La Inquisición, y las demás organizaciones del Imperio, me perseguían. Me habían declarado formalmente Hereje y Extremis Diabolus. Lord Rorken había ratificado finalmente la carta de Osma.

Me había convertido en lo que nunca había sido antes: en un fugitivo, un renegado. Y, al ayudarme, mis camaradas también se habían convertido en un grupo de fugitivos.

Pasamos algunos apuros. Al repostar en Mallid, un buque de guerra sin identificar nos descubrió y nos persiguió hasta que lo perdimos en el empíreo. En Avignor, una escuadra de naves de guerra de la Eclesiarquía que montaba guardia por toda la frontera de la diócesis intentó abatirnos. Esa vez sólo escapamos gracias al excelente manejo de la nave que tenía Maxilla y a la habilidad táctica de Medea.

En Trexia Beta, Nayl y Fischig se toparon con un grupo de perseguidores arbites mientras intentaban contratar a un astrotelépata. Nunca me confesaron a cuántos se habían visto obligados a matar, pero los vi abatidos durante semanas.

En Anemae Gulfward, Bequin consiguió obtener los servicios de una astrotelépata, una mujer enfermiza que se llamaba Tasaera Ungish. Cuando Ungish se enteró de quién era yo, suplicó que la devolvieran a su recóndito mundo. Costó mucho tiempo convencerla de que no corría peligro conmigo. Al final tuve que abrirle mi mente.

En la estrella de Oet, el inquisidor Frontalle nos descubrió durante una parada de abastecimiento. Tal y como me ocurrió con Riggre y con los pilotos cadianos, siempre me atormentarán esas muertes necesarias. Intenté razonar con Frontalle, lo intenté con todas mis fuerzas. Era un jovencito que creía que atraparme sería la llave que le abriría el camino a una prometedora carrera. No había dejado de llamarme «Eisenhorn, el hereje»… Ésas fueron precisamente las últimas palabras que salieron de sus labios cuando lo lancé al intercambiador de calor geotérmico.

Desde Trexia Beta en adelante no dejamos de oír el persistente rumor de que una escuadra de eliminación de los Caballeros Grises del Ordo Malleus nos estaba dando caza. Y también el capítulo de los Guardianes de la Muerte del Ordo Xenus.

Le recé al Dios Emperador para que pudiera llevar a cabo mi misión antes de que las fuerzas de los justos me alcanzaran. Y también le rogué para que mis amigos fueran perdonados.

Entre esas huidas sólo se sucedían largas y lentas semanas en las profundidades de la disformidad. Distraje mi tiempo con el estudio, y ejercitando las armas con Nayl, Fischig o Medea. Y luché para recobrar la salud. La Carnificina me había convertido en un despojo, tanto en cuerpo como en alma. No recuperaba el peso que había perdido a pesar de los copiosos banquetes que organizaba Maxilla.

Me notaba lento: lento con la espada, lento con los pies, lento y torpe con la pistola.

Hasta era lento de pensamiento. Empezaba a temer que Osma me hubiera quebrado.

Tasaera Ungish era una parapléjica que ya pasaba de los cincuenta. Los arduos rituales de la disformidad la habían dejado destrozada del todo, aunque no consumida, y condenada a una vida de ayudante de telépata en las dependencias de las clases de Anemae Gulfward. Un exoesqueleto potenciador sustentaba su cuerpo maltrecho. Creo que debió de ser guapa de joven, pero en aquella época tenía el rostro demacrado y el cabello ralo allá donde se alojaban las clavijas de implante.

—¿Otra vez, hereje? —me inquirió mientras me dirigía a sus aposentos. Sería la vigésima semana de viaje.

—Me gustaría que no me llamaras eso —le respondí.

—Es una estrategia defensiva como cualquier otra —ronroneó—. Bequin, esa mujer que venía de tu parte, me estafó: me hizo abandonar la vida que tenía asegurada en Anemae Gulfward para convertirme en parte de la cruzada privada de un hereje.

—¿Vida asegurada, Ungish? Un final aciago más bien. Habrías muerto en seis meses más por la tensión del tráfico que te hacían procesar.

Chasqueó la lengua con desaprobación, y el chasis potenciador rechinó mientras servía dos vasos de amasec. El suyo estaba combinado con aumentadores de sabor, y toda la habitación apestaba a hoja de lho. Yo

sabía de los sufrimientos que ella tenía que padecer y de su dolor constante, que combatía con todo lo que le caía en las manos.

—Morir y ser enterrada en Anemae Gulfward en seis meses… o agonizar y morir a tu servicio.

—No es eso —le dije mientras negaba con la cabeza y cogía el vaso que me tendía.

—¿Ah, no?

—No. Te he dejado que me leyeras la mente. Ya conoces la pureza de mi causa.

—Puede —frunció el ceño. La mujer estaba teniendo problemas para manipular su vaso. Los mecadendritos que controlaban la mano derecha eran lentos y anticuados.

Me apartó con un gesto de la mano cuando intenté ayudarla.

—¿Puedes? —le pregunté.

Se bebió un trago más que generoso y luego se colocó una varita de lho entres sus arrugados labios.

—Te he leído la mente, hereje, y no estás tan limpio como te crees.

—¿No? —me senté en el diván.

Encendió la varita de lho y, con un suspiro, exhaló una gran bocanada de humo narcótico.

—Ah, no me hagas caso. Sólo soy una psíquica acabada que habla demasiado.

—Me interesa. ¿Qué es lo que viste?

Su exoesqueleto emitió suaves chirridos mientras la llevaba al otro diván, y el sistema hidráulico siseó cuando la bajó hasta el asiento. Tomó otra intensa bocanada.

—Perdón —me dijo—. ¿Quieres uno?

Negué con la cabeza.

—He servido a los Astrotelépatas toda la vida, tal y como suena, ya fuera como parte de un gremio o como mercenaria, como ahora. Cuando esa mujer tuya me vino a ver con una oferta de trabajo y dinero contante y sonante, los acepté. Pero ahora… Oh, por…

—Se supone que los Astrotelépatas deben ser neutrales —la atajé.

—Se supone que los Astrotelépatas deben servir al Emperador, hereje —me respondió.

—¿Y qué es lo que has visto en mi mente? —le pregunté tajante.

—Mucho, demasiado —me contestó mientras exhalaba un magnífico anillo de humo.

—Dímelo.

Negó con la cabeza o, más bien supuse, que ése era el significado que debería de darle al siseante gesto que hizo con el receptáculo de la cabeza.

—Supongo que tendría que estarte agradecida. Me sacaste de una muerte en vida para meterme en esta… aventura.

—No es preciso que me estés agradecida —le dije.

—Morir y ser enterrada en Anemae Gulfward en seis meses… o agonizar y morir a tu servicio —repitió para sí.

—No tiene por qué ser así.

—Pero lo será —me contestó tras exhalar otra rosca de humo—. Lo he visto, tan claro como el agua.

—¿Ah, sí?

—Sí, muchas veces: voy a morir por tu culpa, hereje.

Ungish era terca y derrotista. Yo sabía que había visto cosas de las que no me hablaría. Finalmente, dejé de preguntarle. Nos reuníamos cada pocos días, y me capturaba psicométricamente imágenes de la mente. Los megalitos cadianos, Cherubael, Prophaniti y los ornamentos que éste llevaba.

Cuando llegamos a Cinchare tenía un puñado de fotografías psicométricas y, gracias a la contrahecha astrotelépata, una lúgubre intuición del futuro.

Cinchare, una roca de minerales que orbitaba en torno a una estrella errante.

Azotado por las tormentas gravitatorias, el sistema de Cinchare vaga sin rumbo entre los márgenes de las Estrellas del Halo y la frontera con el espacio del Imperio. Hacía diez mil años había sido vecino de 3458 Dornal, y había tenido hasta nueve planetas y un cinturón de asteroides. Cuando por fin lo encontramos, daba tumbos por los sistemas de Pymbyle, el mayor y el menor, y había sufrido dos graves colisiones cósmicas. Por entonces ya sólo tenía seis planetas y radiantes láminas de cinturones de asteroides. La estrella errante de Cinchare estaba atrapada en una danza embriagada con Pymbile Menor, un juego de coqueteos gravitacionales que tardaría otro millón de años en resolverse.

El propio Cinchare, o mejor dicho, el sistema/planeta errante Cinchare cuatro XI8IB, era una pepita azul de roca que se contoneaba en una órbita casi de doble lazo alrededor de estrellas a punto de colisionar, siguiendo los caprichos de los impactos de sus pozos de gravedad.

Rico en metales ultra raros, incluyendo el ancylito y el foridno, había sido un puerto de pillaje minero desde que se tuvo noticia de él.

—No hay naves de vigilancia. Por no hablar de boyas de guía —dijo Maxilla mientras seguía el rumbo que le marcaban los sistemas del *Essene* —. Tengo marcado un punto habitable: la colonia minera, supongo.

—Estaciona en órbita —le dije—. Medea, prepara el cúter para despegar. Aemos, te vienes conmigo.

—¡Guau! —masculló Medea mientras aferraba entre sus manos llenas de circuitos los biosensores de la horquilla del timón del cúter. Otra fuerte ráfaga había sacudido a la nave.

—Hay corrientes de gravedad por todos lados. No dejo de dar con turbulencias y puntos antitroyanos.

—No me extraña —murmuró Aemos mientras se colocaba cuidadosamente en un asiento del puente y se conectaba el arnés de sujeción por el regazo—. La estrella errante y su rebaño de planetas deben de haber puesto patas arriba a este sistema.

—Mmmh… —dijo Medea despreocupadamente mientras hacía cabecear y girar sobre sí mismo al cúter para evitar un asteroide negro y mellado que se nos había cruzado en el camino. La ruta de aproximación a Cinchare no era más que un campo de desperdicios lleno de materia rocosa y escoria de colisiones que se arremolinaban por doquier trazando órbitas tan complejas como exóticas. Partes de este campo habían formado sistemas de anillos alrededor de Cinchare, pero hasta éstos se encontraban retorcidos y deformados por los choques de gravedad. El espacio que nos rodeaba estaba lleno de una reluciente neblina dorada allá donde la luz de las estrellas recorría bancos de polvo y arena microscópica. Los escudos del cúter podían encargarse de casi todas las rocas más grandes que se arremolinaban a nuestro alrededor, pero algunas de ellas eran gigantescas y hacía falta realizar maniobras evasivas para esquivarlas.

A través de aquella luz de oro en polvo empezamos a ver a Cinchare con mayor claridad: un objeto irregular, que destellaba en azul y giraba rápidamente sobre un eje desplazado a golpes. Estaba medio en sombras, y los picos de las montañas de minerales soltaban destellos previos al amanecer a medida que atrapaban los primeros rayos que les llegaba del terminador de la luz diurna.

—Cuanto más nos acerquemos al cuerpo, peores serán las perturbaciones gravitatorias —pensó Aemos en voz alta.

Medea no necesitaba aquella advertencia. Hasta yo sabía que un cuerpo irregular, y sobre todo si estaba compuesto de materias de diversas densidades, experimentaría desajustes en el espacio cercano debido a las anomalías de los efectos gravitacionales. Creo que Aemos sólo estaba hablando para sí, para distraer su mente de otras cosas.

Medea ladeó la nave para rodear las colas llameantes de tres meteoritos y acabar en lo que parecía una caída por atracción de una gran gravedad. La superficie de Cinchare, una extensión fría, acribillada y cambiante, se acercó a toda velocidad para encontrarse con nosotros y llenó todas las troneras principales. Las alarmas de descenso y de aproximación empezaron a sonar y Medea las hizo callar con dos tortazos de impaciencia. La nave se enderezó un poco.

—Los aerofaros de la instalación minera acaban de despertarse —dijo Medea carraspeando—. Tengo un saludo telemétrico prebloqueo: piden una identificación.

—Dásela.

Medea activó el transpondedor del cúter y emitió una onda pulsante con la identificación de nuestra nave. Era uno de los patrones de disfraz que almacenábamos en el codificador para las operaciones encubiertas, una delicada obra de falsificación diseñada por Medea y Maxilla. Según la firma que llevaba, éramos un equipo de investigación de la Real Scholam Geologicus de Mendalin.

—Nos dan pista libre para aterrizar —informó Medea mientras salvaba cuidadosamente otro rebufo de turbulencia gravitatoria—. Han activado el corredor de guía.

—¿Ha habido contacto por vox?

—Podría estar todo mecanizado —respondió mientras negaba con la cabeza.

—Vamos allá.

Mina Cinchare era un puñado de viejas instalaciones mineras que cubrían el cono solevantado del antiguo impacto de un meteorito. El vuelo de aproximación se hacía por una torrentera del borde del cráter. A primera vista, los edificios parecían burdos, como si estuvieran toscamente tallados en la piedra azul y no los hubieran terminado, pero rápidamente me di cuenta de que eran las estructuras modulares típicas del Imperio llenas de incrustaciones de polvo azul y gipnita. Hasta donde registraban los anales, Mina Cinchare había estado allí durante novecientos años.

Nos posamos en un solar de tierra endurecida rodeado de balizas que parpadeaban a intervalos. Los retrorreactores soltaron un halo arremolinado de restos de aluvión a un cielo sin aire. Tras una breve espera, desde las sombras de un hangar de amarre emergieron a la dura luz de las estrellas dos servidores monotarea. Esas unidades pesadas sobre

orugas sujetaron con abrazaderas el extremo de nuestra proa y nos remolcaron, silenciosas, al hangar.

Era un sitio lúgubre de metal desnudo y sucio y equipo de estiba. Dos maltrechas cápsulas de prospección reposaban en las bahías de amarre y, a lo lejos, en la penumbra, había una lanzadera de carga que había visto mejores tiempos.

Las puertas del hangar se cerraron tras nosotros y las luces de peligro del muelle de amarre pasaron del ámbar al verde cuando se restableció la atmósfera. Aparte de los servidores, no había señal de vida.

—Los sistemas del cúter muestran luz verde en las condiciones exteriores —dijo Medea girándose en el asiento y levantándose.

—¿Listos?

—Claro —respondió Medea.

Se había cambiado su típico traje de piloto glaviano, con la chaquetilla color cereza, por un mugriento mono de piloto, mucho más anónimo. Pesado, de color marrón claro y muy trajinado, tal prenda era en verdad el forro acolchado de un traje de vacío blindado. La superficie estaba recubierta de ojales, encajes y remaches conectores donde los segmentos de la armadura se cerraban entre sí, y tenía zócalos umbilicales en el pecho. Medea se había quitado el perno del casco y dejaba que el pesado collarín colgara abierto. Llevaba guantes de trabajo y botas militares reforzadas de acero, y se había recogido el cabello con una gorra con visera que llevaba el águila imperial en la frente.

Aemos había ajustado la configuración hidráulica de su exoesqueleto potenciador para que lo sostuviera en la postura más recta y rígida posible. Con una larga túnica con capucha de tela negra, un sombrero blanco marfil y un bastón de datos tallado, parecía de pies a cabeza un distinguido académico de la scholam.

Yo eliminé cualquier vestigio de mi atavío inquisitorial. Me puse pantalones de piel, unas largas botas con hebillas, el chaleco de una vieja armadura antifragmentación con refuerzos de sucias placas de ceramita, y una mascarilla antigás que me cubría toda la cara y tenía los cristales de los ojos teñidos y que parecía, más que nada, una calavera gruñente. Nayl

me había dejado una unidad rastreadora de movimiento, que me até con cinchas en el hombro derecho, y una pistola láser, pesada y compacta, que me colgué de una sobaquera, debajo del chaleco. Una escopeta de combate de corredera descansaba en una funda que me pendía entre los omóplatos, y llevaba cruzada en el pecho una canana con cartuchos para ésta. Parecía, y me sentía, como un matón a sueldo… Que era precisamente de lo que se trataba.

Medea abrió la compuerta con un chasquido, y bajamos al hangar.

Hacía frío, y el aire estaba reseco por la excesiva cantidad de fregados automáticos. Extraños ruidos mecánicos sonaban esporádicamente en la lejanía. Unos servidores achaparrados y de poca monta se afanaban en parchear las vísceras mecánicas que la antigua lanzadera tenía al aire.

Subimos ruidosamente por las escaleras de rejillas hasta llegar a la compuerta que daba al interior. Estaba marcada con un bajorrelieve con el símbolo de los Adeptus Mechanicus, y una señal esmaltada que había debajo anunciaba que el tecnosacerdocio era la autoridad suprema de Mina Cinchare.

La pesada compuerta chirrió al retroceder en sus jambas, revelando un sombrío túnel de preparación lleno de trajes de vacío desocupados y colgados de sus perchas que se movían con la brisa. Más allá, se veía una húmeda sala de depuración, un despacho a oscuras, con un candado puesto en la puerta, y una cámara de prospección vacía, con una mesa de planos desconectada.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Medea.

Seguimos los pasillos resonantes por todo el complejo. El equipo de minería sucio y manoseado se encontraba esparcido por el suelo o amontonado en los rincones. Una pequeña estación de primeros auxilios había sido despojada de todo el material quirúrgico y estaba abarrotada de pilas de cajas de pescado en salmuera. Una habitación lateral estaba vacía, a excepción de un centenar de botellas de vino rotas. Un congelador empotrado y fuera de uso exudaba la peste típica a comida podrida por la

puerta abierta. El agua salpicaba desde los techos, altos y oscuros, de algunas bóvedas. Las cadenas de los montacargas se balanceaban por encima de nuestras cabezas. Unas brisas frías y secas se apoderaban a ráfagas de las habitaciones.

Cuando los altavoces retumbaron, todos nos sobresaltamos.

—¡Minería Imperial! ¡Cambio de turno en quince minutos! La voz era una grabación. Nadie se movió como repuesta a ella.

—Esto es muy inquietante —murmuró Aemos—. Según los archivos imperiales, Mina Cinchare es una empresa activa. Minería Imperial tiene una plantilla de trabajo de novecientas personas en las minas para la fundición, y Ortog Promethium otras setecientas en las canteras de gipnita. Por no mencionar a los buscadores independientes, a los trabajadores auxiliares, a los de seguridad y al personal de los Adeptus. Se supone que Mina Cinchare tiene una población de cerca de tres mil personas.

Habíamos llegado a una vía de comunicación importante, una amplia calle iluminada por lámparas que colgaban del techo, muchas de las cuales estaban rotas. Las tiendas y los bares abandonados se alineaban a ambos lados de la misma.

—Vamos a echar un vistazo —propuse.

Nos desplegamos. Caminé hasta el extremo norte de la avenida alfombrada de basura y encontré unos escalones que llevaban hasta una plaza espaciosa llena de más tiendas y negocios vacíos.

Oí el zumbido de un motor eléctrico que pasaba por abajo y que se movía hacia la izquierda, y lo seguí. A la vuelta de la esquina de una cantina tapada con maderos, un vehículo abierto y de ruedas gruesas estaba parado frente a la descuidada entrada de un registro de concesiones. Entré. El suelo estaba cubierto de papeles amarillentos y placas de datos. Una avalancha de cajas de raciones usadas y enmohecidas caía de una puerta lateral y cubría la habitación de los archivos.

El detector de movimiento de Nayl saltó con un clic y zumbó. Proyectó la pantalla en el interior de la lente derecha de mi mascarilla: movimiento en el despacho de atrás, a ocho metros.

Me asomé por la puerta y miré a hurtadillas, con la mano en la empuñadura del láser enfundado.

Un hombre larguirucho enfundado en un mono mugriento estaba agachado, de espaldas a mí, revolviendo en un armarito en el suelo.

—¿Hola? —le dije.

Pegó tal bote que casi tocó el techo, se volvió y se levantó con el mismo movimiento frenético, y luego cayó de espaldas contra una hilera de taquillas metálicas. Su cara, larga y desgarbada, estaba blanca de miedo. Levantó las manos.

—¡Oh, mierda! ¡Por el amor de Dios Emperador! Oh, por favor… por favor…

—Tranquilo —le dije.

—¿Quién eres? Oh, mierda, no me hagas daño.

—No pienso hacértelo. Soy Horn. ¿Y tú quién eres?

—Bandelbi… Fyn Bandelbi… Superintendente minero de segunda clase de Ortog Promethium… Mierda, no me hagas daño.

—Te he dicho que no pienso hacértelo —le repetí con firmeza. Al menos la deshilachada etiqueta identificativa que llevaba en el peto del pantalón coincidía con lo que había dicho:

«BANDELBI, F. SUPER-12a. O. P.».

—Baja las manos —le dije—. ¿Por qué crees que te voy a hacer daño?

Hizo lo que le había dicho y se encogió de hombros.

—No… Un tipo como… No lo sé… —Recobró un poco la compostura y me miró con los ojos entrecerrados—. ¿De dónde sales? —me preguntó. Era un tipo feúcho, chupado de cara, con el cabello grasiento y despeinado, y una barba incipiente. A un lado de la garganta tenía la marca rosada de un antojo.

—De fuera de la roca, acabo de llegar. Me preguntaba por qué no había nadie por aquí.

—Se han ido todos.

—¿Cómo que se han ido?

—Sí, se han ido. Evacuados, en naves. Por culpa de las gravs.

—¿Las gravs?

No sé si pensaba contestarme, pero el rastreador de movimiento parpadeó de repente, una de mis lentes se encendió con una alerta y me volví rápidamente para encontrarme con un hombre que estaba de pie en la entrada del registro. Era un tipo grande de piel oscura y barba y cabello canos y enmarañados. Me apuntaba a la cara con la pistola automática que tenía en la mano.

—Poco a poco —me dijo—. Suelta las armas y quítate la mascarilla.

—¿Qué pasa? A ver, ¿quién manda aquí? —exigió saber una voz desde fuera. Se trataba de Aemos.

El hombre con la pistola echó un vistazo al exterior y luego me hizo un gesto con la mano para que caminase delante de él. Aemos, con una pose de mandatario muy soberbio y arrogante, estaba en la calle, tras el vehículo aparcado.

—¿Y bien? Soy el doctor Savine de la Real Scholam Geologicus de Mendalin. ¿Así es como Mina Cinchare trata a sus invitados?

Yo estaba impresionado. Su voz tenía un tono de autoridad indignada. Aemos poseía un talento para ser actor que nunca habría imaginado en él.

—A ver, los papeles —inquirió el hombre de la pistola, que seguía cubriéndose conmigo. Bandelbi había aparecido y observaba atentamente el enfrentamiento.

—Por supuesto —espetó Aemos—. Se los enseñaré a cualquiera que tenga algo de autoridad.

El hombre de la pistola se metió la mano que tenía libre por el cuello de su cota de malla reforzada y sacó una placa de plata bruñida que le pendía de una cadena.

—Alguacil Kaleil, del Servicio de Seguridad de Mina Cinchare. Soy la única autoridad que encontrará por aquí.

Aemos chasqueó la lengua en señal de desaprobación y dio unos golpes con el bastón de datos sobre el pavimento de rocacemento. El pomo del bastón emitió una serie de clics al girar, y proyectó un pequeño holograma en el aire por encima de él: todos los detalles sobre la identidad de Aemos, el sello de la Real Scholam Geologicus y un holograma tridimensional de la cabeza de mi compañero.

—Vale, doctor —asintió Kaleil. Hizo un gesto hacia mí con la pistola—. ¿Y este majadero, qué?

—¿Cree usted que vendría a esta roca perdida de la mano de Dios Emperador sin un guardaespaldas? Este «majadero» es el señor Horn.

—Este majadero le estaba apretando las tuercas a mi amigo Bandelbi.

—¡Se lo he dicho mil veces, Horn! —Aemos me miró con severidad—. ¡Maldita sea! Ya no está en las guerras de bandas de Mordia. —Se volvió hacia Kaleil—. Es que se entusiasma un poco. Una dosis de estimulantes de testosterona de más en algún momento de su formación, o algo por el estilo. Pero necesitaba músculos, no cerebro, y me salía más barato que un cibermastín.

«Da gracias por no ver la cara que pongo debajo de la mascarilla, viejo amigo», pensé.

—Vale, pero sujételo bien —le respondió Kaleil mientras enfundaba el arma—. Vamos a la oficina de seguridad y podrán explicarme qué diablos hacen aquí.

—Y usted podrá explicarme dónde diablos está la gente —le respondió Aemos.

Kaleil asintió y nos hizo un gesto con la mano para que le siguiéramos calle abajo.

—¿Así que no es necesario que le reviente la cabeza a nadie, doctor Savine? —dijo una voz.

Kaleil y Bandelbi se quedaron helados. Medea surgió de su escondite tras una compuerta al otro lado de la calle, con la pistola de agujas glaviana empuñada con ambas manos y apuntada sin el menor temblor hacia la cabeza de Kaleil.

—¡Mierda! —exclamó Bandelbi.

—Mi piloto —dijo Aemos sin inmutarse. Agitó la mano a un lado y al otro en dirección a Medea—. No, Cora. Ahora aquí todos somos amigos.

Medea sonrió aviesamente y le guiñó un ojo a Kaleil mientras hacía desaparecer el arma debajo del mono de piloto.

—Te pillé con la guardia baja, alguacil Kaleil.

El hombre le dedicó una mirada asesina y nos condujo a la comisaría.

La comisaría se encontraba en la segunda planta de un edificio redondo, en la esquina de una plaza desierta. Una barandilla a la altura de la cadera rodeaba la oficina y, más allá de ésta, había unas ventanas inclinadas hacia dentro que permitían tener una amplia vista de la zona de la plaza que había abajo. Kaleil pulsó un mando en la pared que reducía el oscurecimiento de las lunas e hizo que la habitación estuviera un poco más iluminada.

Había varios asientos dispuestos en torno a una estación de trabajo central y circular, sobre la que relucía una holopantalla. Numerosas bolsitas de raciones vacías y botellas de cerveza abarrotaban la superficie de la estación de trabajo, y varias notas y memorandos escritos a mano habían sido pegados a lo largo de los cantos de la consola. En torno a la habitación había divanes y sofás con la tapicería rasgada y cubiertos de montones de desperdicios. Una puerta trasera llevaba a la armería y a una sala de guardia. El aire era húmedo y olía a sudor y a ropa sucia.

Kaleil se quitó su cota reforzada y la tiró encima de un sofá. Llevaba un chaleco mugriento que mostraba su físico y los tatuajes de la Guardia Imperial que tenía en la parte superior de los brazos.

La placa de agente le colgaba encima del pecho como la medalla de un atleta.

—Tráeles refrescos —le dijo a Bandelbi. El minero empezó a menear una por una las botellas que había en la cubierta de la estación de trabajo para ver si había alguna que aún tuviera algo.

—De los frescos —le reprendió Kaleil—. Estoy seguro de que el doctor preferirá algo más ligero… o más fuerte.

—Amasec, si tiene —le dijo Aemos.

—Por mí, la cerveza está bien —añadió Medea con una sonrisa mientras se dejaba caer en un diván y cruzaba las piernas bajo ella.

—Nada —rechacé moviendo la cabeza. Bandelbi se fue.

Kaleil se sentó al revés en una de las sillas de la estación de trabajo, con el respaldo por delante, de manera que pudiera cruzar los brazos

encima de éste.

—Vale, doctor. ¿Qué tiene que contarme?

—Estoy al frente del departamento de metalurgia de la Real Scholam. ¿Conoce Mendalin?

—Nunca he estado allí —respondió Kaleil meneando la cabeza.

—Es un buen mundo, un mundo noble, famoso por su academia. —Aemos se sentó delicadamente al lado de Medea.

Permanecí de pie, frente al ventanal. Estaba seguro de que Kaleil no me quitaba el ojo de encima.

—Estamos metidos en un programa de veinte años, encargado por el mismísimo archiduque Frederik, para investigar las cualidades de transición interior de los metales más raros para… Bueno, en verdad las aplicaciones de ello son confidenciales, pero los resultados podrían mejorar la salubridad industrial en los patios de máquinas de Mendalin. El archiduque es un gran aficionado a la metalurgia. De hecho, es el mecenas de la Real Scholam.

—¡Qué casualidad! —murmuró Kaleil.

—El foridno es uno de los metales que cubre nuestro programa. Y este planetoide es la fuente de éste que tenemos más cerca. El Administratum ha tenido la amabilidad de concederme un pase para visitar Cinchare y obtener muestras, y tengo cartas del Lord Director de Minería Imperial para inspeccionar los trabajos con el foridno. ¿Quiere verlas?

Kaleil hizo como si las apartara con la mano.

—También espero reunirme con los tecnosacerdotes destinados aquí para departir sobre el conocimiento que tengan de las propiedades de esta preciosa sustancia.

—¿Así que es un viaje de reconocimiento?

—Una misión de investigación, más bien —le matizó Aemos.

Bandelbi volvió con tres cervezas y una copa esmaltada. Las llevaba en la abollada puerta de una taquilla a guisa de bandeja.

—No es demasiado bueno —le dijo a Aemos mientras le ofrecía la copa—, sólo es una ración de las que dan a la tropa.

Aemos tomó un sorbo sin hacerle el menor asco.

—Recio, pero reconfortante —declaró.

Kaleil cogió una botella y entonces bebió un trago directamente a morro.

—Me temo que ha hecho un viaje inútil —le dijo—. Sólo el Emperador sabe a qué jugaban los de Minería Imperial cuando le dieron esas cartas. Ya debían de saber que su gente se había retirado.

—Explícate —le dije.

Kaleil me miró de reojo.

—En esta roca se ha excavado sin descanso desde hace nueve siglos. Es un trabajo peligroso, pero la recompensa es grande. Como ha dicho, Cinchare es un rico filón de muchos metales muy difíciles de encontrar.

Bebió otro trago de la botella.

—Durante los últimos veinte años las autoridades de aquí empezaron a estar preocupadas por las condiciones de trabajo, las distorsiones de gravedad: Cinchare se acerca cada vez más a los campos gravitacionales de Pymbyle. Se calculaba que el lugar sería inhabitable en otros ochenta o noventa años. Minería Imperial y Ortog intensificaron los trabajos para llevarse todo lo que pudieran antes de que Cinchare pasara a una envoltura gravitatoria que lo haría inalcanzable durante los milenios siguientes. Los mineros independientes también… vinieron como moscas. La vieja fiebre del mineral volvió durante los últimos años.

—¿Y qué pasó? —le preguntó Medea.

—Las gravs —dijo Bandelbi, que se estaba haciendo sitio en uno de los divanes atiborrados de papeles. Levantó la mirada y vio que Medea alzaba una ceja con curiosidad.

—El mal de la gravedad… —dijo por fin como respuesta a la pregunta que había quedado en el aire. El hombre se rascó nervioso el antojo del cuello. No había dejado de dirigirle miraditas a la que probablemente fuera la primera mujer que había visto en mucho tiempo. Kaleil mantenía mejor la compostura.

—El mal de la gravedad —prosiguió Bandelbi—. Trastornos de peso, dolor de cabeza, las gravs… ya sabes.

—Gravitistesia crónica, también conocida como el síndrome de Mazbur. Un desorden progresivo causado por el flujo gravitacional anómalo. Sus síntomas incluyen paranoia, pérdida de coordinación, brotes de ansiedad o enajenación, pérdida de memoria, alucinaciones y, en casos extremos, arrebatos homicidas. Este estado suele ir acompañado de miastenia grave, osteocondritis, osteoporosis, escoliosis y leucemia —terminó Aemos.

—Yo creía que era un doctor en metales, no un médico —dijo Kaleil con los ojos como platos.

—Y así es. Pero la gravedad, ese poder invisible, es una parte fundamental en la vida de todos los elementos. Por ello me interesa.

—Ya, bueno, a lo que íbamos… Las predicciones decían que, en noventa años, Cinchare sería inviable debido a la gravedad, pero el cuerpo humano es más débil que una veta de mineral. Las gravs aparecieron por primera vez hará unos dos años. Los obreros empezaron a caer enfermos y hubo algunos casos de violencia y locura. Entonces nos dimos cuenta de lo que estaba pasando. Los de Minería Imperial se retiraron hace nueve meses; los de Ortog, hace siete.

—Es irónico —dijo Aemos—. Cinchare es rico en minerales precisamente debido a las raras gravedades a las que se ha visto sometido durante los mil millones de años que tiene de vida. Los elementos se han transmutado y recolocado aquí de maneras que pueden ser únicas. Cinchare es una preciosa piedra filosofal, amigos míos, ¡el sueño de un alquimista! Y ahora la humanidad no puede beneficiarse de sus dones precisamente por la misma razón por la que éstos se dieron en un principio.

—Sí, doctor. Irónico, eso —dijo Bandelbi mientras se apuraba de un trago la cerveza.

—Lo que no explica por qué estáis aquí —dije.

—Dotación de mantenimiento —respondió Kaleil con un tono que sugería que ello no era de mi incumbencia—. Los Adeptus Mechanicus también fueron evacuados, hará unos tres meses, pero uno de ellos se quedó aquí. Está embarcado en una especie de investigación de vital

importancia que debía terminarse. Y a nosotros nos ordenaron que nos quedásemos con él hasta que la acabara.

Me volví y miré por las ventanas de la comisaría. La plaza estaba vacía, a excepción de la basura.

—¿Y cuántos significa «nosotros», alguacil?

—Una dotación de veinte. Yo estoy a cargo de ella. Todos voluntarios.

—Los tecnoseñores nos prometieron paga triple —le dijo Bandelbi a Medea, a todas luces tratando de impresionarla.

—¡Caray! —sonrió ella.

—¿Y dónde están los demás, los dieciocho restantes? —insistí.

Kaleil se levantó de la silla y arrojó la botella vacía a una papelera repleta que había en un rincón. Aquélla rebotó y se rompió en el suelo.

—Por allí. Este sitio es muy grande. Lo que veis es sólo la punta. Es como… ¿cómo se llaman esos trozos de agua helada que flotan por el mar de algunos planetas?

—¿Un iceberg? —sugirió Medea.

—Sí, como uno de ésos. El noventa por ciento de Mina Cinchare está en el subsuelo. Es un sitio grande para hacer la puñetera patrulla y hacerle el mantenimiento mínimo.

—¿Y está en contacto vox con el resto de la tripulación en cuadro?

—Estamos en contacto, pero a algunos hace semanas que no los veo.

—Y ese tecnosacerdote, el que se ha quedado… —dijo Aemos—. ¿Dónde está?

—Se fue roca adentro, a los karsts y a las minas. No lo he visto desde hace dos meses.

—¿Y cuándo espera que vuelva? —preguntó Aemos como quien no quiere la cosa.

—Nunca —respondió Kaleil encogiéndose de hombros.

—¿Cómo se llama el tecnosacerdote? —inquirí, volviéndome para mirar directamente a los ojos negros del alguacil.

—Bure —dijo—. ¿Por qué?

—Bueno, eso sí que es un contratiempo —soltó Aemos mientras se levantaba—. Al archiduque le sentará bastante mal. Ha costado mucho

tiempo y dinero aventurarse en esta misión. Señor Kaleil… ya que hemos llegado hasta aquí, me gustaría poder hacer lo poco que estuviese en mi mano.

—¿Como qué, doctor?

—¿Conseguir algunas muestras, inspeccionar las instalaciones de foridno y estudiar los filones metalíferos?

—No sé… Se supone que Mina Cinchare ya está cerrada, oficialmente.

—¿En verdad sería pedir demasiado? Estoy seguro de que el Lord Director de Minería Imperial estaría encantado si usted cooperase conmigo. Lo bastante encantado como para ofrecer una gratificación si le doy un informe favorable.

—Eh, eh. ¿De qué hablamos? —preguntó Kaleil con el ceño fruncido.

—Un día para inspeccionar los filones y la base de datos mineralógica, puede que otro día para examinar los archivos de muestras de las prospecciones. Y, bueno… ¿cuánto se tardaría en disponer una visita a las últimas vetas de trabajo de foridno?

—Haré llamar al personal. Puede que dos días, ida y vuelta.

—Eso es… ¡magnífico! Cuatro días en total, y nos iremos.

—Yo no… —empezó Bandelbi.

—¿No te gustaría tenerme por aquí unos días? —le preguntó Medea, leyendo el lenguaje corporal de Bandelbi con tanta precisión como un inquisidor avezado, y mostrando el mismo talento latente para la actuación que Aemos.

—No debería permitirlo —dijo Kaleil—. Este lugar ya está clausurado: órdenes de la compañía. Ni siquiera deberían estar aquí.

—Pero tú estás aquí —señalé.

—Me gano el plus de peligrosidad —respondió.

—Y más que podría ganarse —dijo Aemos—. Le prometo que hablaré en muy buenos términos de su cooperación con el Lord Director de Minería Imperial… y con mis viejos amigos del Adeptus. Recompensarán muy bien a cualquiera que colabore con un servidor del Archiduque.

—Tráeme una cerveza —le pidió Kaleil a Bandelbi. Luego nos miró, acariciándose la barbilla—. Hablaré con el personal, a ver qué opinan.

—Bien, bien —añadió Aemos—. Espero de todo corazón que podamos llegar a un acuerdo. Mientras tanto, necesitaríamos unos aposentos. ¿Les quedan camas libres aquí?

—Cinchare está lleno de camas vacías desde que los peones se fueron —le dijo Bandelbi a Medea con una sonrisa repugnante.

—Búscales un habitáculo —le dijo Kaleil al minero—. Yo me pondré en contacto con el resto de la gente.

—Hay algo que no encaja —dije mientras me sacaba la mascarilla y la tiraba al suelo.

—Estos catres son de lo más acogedor —contestó Aemos mientras se ajustaba la tensión del exoarmazón y se reclinaba en el colchón.

Estábamos en una estancia de descanso y recreo, de ambiente seco y cargado, que no estaría precisamente al alcance de todos los mineros. La luz artificial de la farola de la plaza de afuera entraba sesgada por las persianas entornadas. Bandelbi nos había proporcionado tres catres de metal con colchones que se hundían en ellos y sacos de dormir que olían como si los hubieran usado para colar combustible para motores y basura.

—Siempre has de estar preocupado —dijo Medea mientras se despojaba sin inhibición alguna del mono de piloto y lo apartaba contra un rincón de una patada. Apenas le quedaba nada puesto, aparte de una camiseta, las bragas y la sobaquera, que ya se estaba desabrochando.

Aemos se dio la vuelta y miró para otro lado.

—Preocuparme es mi trabajo. Y basta de desnudarse, que aún no hemos terminado.

Medea me miró, y se volvió a poner la pistolera con una mirada hosca.

—Como ordenes, amo y señor… ¿Qué? ¿Qué es lo que no encaja?

—Aún no sabría decirlo…

—Sí, sí que lo sabes, Gregor —me dijo Aemos.

—Puede que sí.

—Inténtalo.

—Es toda esa historia de las gravs. Aunque las corporaciones se lo tragaran, no es propio de los Adeptas Mechanicus fallar en una predicción. Cualquier cosmólogo sabría que, si Cinchare estaba entrando en una jungla de gravedades, eso sería dañino para los humanos. Lo sabrían con años de antelación. Que el Emperador me proteja, los cuerpos astrales se mueven con mucha más lentitud, y son mucho más predecibles, que la mente humana.

—Buena observación —dijo Aemos.

—Y seguro que tú ya habías caído en la cuenta de ella —le respondí.

—Sí —me confirmó—. Está claro que Kaleil miente en algo.

—¿Y no crees que hay algo que no encaja, entonces?

—Por supuesto que sí —masculló—, pero estoy cansado.

—¡Levántate! —le dije bruscamente. Él se recostó.

—Por lo menos sabemos que Bure aún está por aquí —le indiqué.

—¿Es ése el tipo que hemos venido a buscar? —preguntó Medea.

—Magos Blure —asentí.

—¿Y cómo llegasteis a conocerlo? ¿A un magos tecnosacerdote?

—Es una vieja historia, querida —le dijo Aemos.

—Tengo tiempo.

—Era un aliado leal de mi maestro, el inquisidor Hapshant, antiguo patrón de Aemos —le respondí para zanjar el tema.

—La llamada del pasado, ¿no? —sonrió.

—Algo así.

—Aun así, es un camino muy laaaargo sólo para venir a charlar y ponerse al día con un viejo amigo —señaló.

—¡Ya basta, Medea! —contesté—. Aún no tienes por qué saber todos los detalles. Y mejor para ti si nunca los sabes.

Me dedicó una pedorreta y empezó a ponerse el mono de piloto otra vez.

—¿Has intentado contactar con el *Essene* últimamente? —le pregunté.

—Mi vox no tiene suficiente alcance —refunfuñó mientras jugueteaba con la cremallera—. Hay demasiadas distorsiones gravitatorias. Ya contábamos con ello. Podría regresar al cúter y usar el proyector principal.

—Te necesito aquí. Tenemos que conseguir algunas respuestas rápidamente. Quiero que te escabullas con Aemos, vayáis abajo hasta el archivo de la Administratum, y veáis si podéis sacar algo de los bancos de datos, si es que aún funcionan.

—Mientras que tú…

—Me voy al anexo de los Adeptus Mechanicus. Nos encontraremos aquí en tres horas. Buscamos cualquier pista que pueda valemos, pero, sobre todo, cualquier rastro que haya del paradero de Bure.

Aemos asintió.

—¿Qué hacemos si nos descubren? —preguntó acto seguido.

—Decís que no podíais dormir, que os fuisteis a dar una vuelta y que os perdisteis.

—¿Y si no se lo creen?

—Por eso Medea va contigo —le contesté.

El anexo del tecnosacerdocio se encontraba en el sector occidental del intrincado laberinto de habitáculos presurizados y naves de refinamiento que era Mina Cinchare, a dos kilómetros de la plaza. Al principio, no sabía a dónde iba, pero los túneles y los pasillos de tránsito estaban identificados con señales que contenían números, y letreros en código de símbolos. Y, tras un rato, encontré un gran mapa directorio grabado en metal y atornillado a un pilar junto a un grupo de polvorientas fuentes de agua.

Girar la llave de una de las fuentes no produjo más que un carraspeo seco.

Al acercarme al anexo, las encaladas paredes del túnel aparecían pintadas con rayas de rojo oscuro, y se veían numerosas señales de precaución y aviso en las que se pedía las identidades y los documentos correctos bajo pena de muerte.

Aun así, todo aquel lugar, cubierto por una gruesa capa de polvo y arenilla, estaba vacío y deshabitado.

Al final del túnel de entradas de franjas rojas, unas enormes puertas de adamantita que daban al anexo permanecían abiertas de par en par. Reinaba un silencio fantasmal.

El anexo era una torre colosal de roca labrada, y revestida de acero rojo, que ocupaba una chimenea del cráter que albergaba la colonia minera. Una cúpula de cristal sellado recubría el patio pavimentado que había entre las puertas de entrada y el anexo, el edificio propiamente dicho que se alzaba más allá del cristal hasta la cima de la ladera del cráter. En lo más alto veía la roca azul y el vacío del albedo estelar más lejos. Los meteoros iluminaban a ráfagas el firmamento allá arriba.

La puerta de entrada del anexo era un portal gigantesco más alto que tres hombres subidos uno encima de otro, enmarcado por gruesas columnas dóricas de luculita. Encima de éste me miraba con severidad la efigie tallada del Dios-Máquina, con los ojos claramente esculpidos de tal manera que llamearan ominosamente con los chorros de fuego que salieran de las tuberías de las minas. Pero en aquel momento estaban apagados y fríos.

Y las puertas de metal bruñido del portal estaban abiertas. Entré. Una fina arenilla cubría el suelo del gran *prothyron*.

Las motas de polvo titilaban en los rayos de luz que lanceaban el enorme vestíbulo a través de las compuertas superiores, cerca de las nervaduras del techo. Ambas paredes estaban recubiertas completamente con paneles de codificadores y matriculadores, todos apagados y sin energía. Unas medialunas de polvo cubrían hasta el último dial y conmutador.

Supe enseguida que era una mala señal. Los tecnosacerdotes apreciaban sus máquinas más que a nadie. Si hubieran evacuado tal y como Kaleil describió, de ninguna manera habrían dejado tal riqueza tecnológica allí… Especialmente cuando cada unidad estaba diseñada para ser desconectada de su zócalo en las paredes de mármol negro.

La cámara que había más allá del *prothyron* era toda una capilla, una catedral consagrada a Dios-Máquina, el Uber-Titán, el amo de Marte. El suelo era de losas de mármol travertino de color crema, tan firmemente

encajadas que no se podía pasar ni una hoja de papel entre ellas. La capilla era triabsial con las paredes de una luculita fría y suave, y un techo que se elevaba treinta metros por encima de mi cabeza. Aún había más tesoros tecnológicos dispuestos en seis círculos concéntricos de intrincadas estaciones de trabajo de latón que rodeaban un gigantesco plinto central. Todo allí estaba muerto y sin energía.

Crucé la cámara hacia el plinto, completamente consciente de lo alto que resonaban mis pasos en aquel vacío. La gélida luz de las estrellas brillaba a través de un rosetón en el centro del techo, directamente encima del enorme plinto de granodiorita. La enorme cabeza cercenada de un antiguo titán *Warlord* pendía sobre el plinto, donde la luz astral caía como una gran columna. Me di cuenta de que nada sostenía la cabeza: ni un cable, ni una plataforma, ni un andamio. Simplemente flotaba en el aire.

Cuando me acerqué al plinto, mirando maravillado el rostro del titán, el pelo se me erizó. La estática, o algo por el estilo, electrizaban el aire. Alguna fuerza invisible estaba contenida allí, puede que la gravedad o el magnetismo, pero en cualquier caso estaba muy lejos de mis conocimientos, y suspendía en el aire las innumerables toneladas de aquel cráneo mecánico. Era un portento silencioso, propio de los tecnosacerdotes. Aun con la energía cortada, sus milagros pervivían.

En una consola de la estación de trabajo, un armazón de bronce lleno de engranajes de hierro, cables plateados y válvulas de cristal, vi un trozo de un cable neuronal con recubrimiento de tela: un extremo estaba conectado en la pantalla, mientras que el otro había sido arrancado y sólo quedaban unos cuantos hilos sueltos. Eso era algo más que un simple caso de alguien que se marcha a toda prisa.

He tenido pocos tratos con los Adeptus Mechanicus a lo largo de mi vida. Se rigen por sus propias reglas, como los Adeptus Astartes, y sólo un loco se interpondría en su camino o los molestaría. Bure, el Magos Geard Bure, había sido mi contacto más cercano con ellos. Sin el sacerdocio de Marte, la tecnología del Imperio se habría marchitado y extinguido; y, sin sus incesantes empresas, no se habrían sumado nuevas maravillas al poder de la humanidad.

Y allí estaba yo, de pie, sin ser invitado ni molestado, en medio de uno de sus sanctasanctórums.

Mi conexión de vox emitió un pitido. Una voz, la de Medea, distorsionada por el flujo de gravedad hasta ser casi irreconocible, dijo:

—Aegis quiere Espina. Por media luz d…

Se cortó.

—Espina atiende a Aegis —dije.

Nada.

—Espina atiende a Aegis.

El vacío, sin susurros.

Nada tampoco. Lo poco que había captado del breve mensaje de Medea me preocupó: «media luz» era una expresión en código Glossia que se podía usar en frases que entrañaban un descubrimiento importante o indicaban un serio aprieto. Pero lo que más me preocupaba era el hecho que se hubiera cortado. Mi respuesta, si es que había llegado a oírla, le había señalado que la transmisión estaba incompleta o no era inteligible.

Esperé un minuto entero; y luego, otro.

Sin mediar aviso, mi vox pitó tres veces en rápida sucesión. Medea había utilizado una clave de emergencia en su transmisor con un código no verbal que indicaba que ella no podía hablar y yo debía estar a la escucha.

Aparté la gruesa capa de polvo de una de las mesas de trabajo apagados y miré el teclado de runas desgastado y los pequeños monitores de grueso cristal convexo, mientras me preguntaba qué secretos podría arrancarle.

Pocos, decidí. Aemos, que, francamente, sabía más de lo que era recomendable saber para la salud de uno, quizá tuviera una oportunidad. Había trabajado muy estrechamente con Bure años antes, y me imaginaba que tendría más experiencia en los arcanos procedimientos de los tecnosacerdotes de lo que le gustaría admitir.

El rastreador de movimiento hizo clic de repente, y me tensé, sacando la pistola láser compacta. La pantalla del seguidor que se proyectaba en mi lente derecha indicaba un movimiento, o contacto, a unos diecisiete pasos a mi izquierda. Pero, en cuanto me volví, ya parpadeaba con más

movimientos. Multitud de contactos, por todas partes, que venían tan rápido que se superpusieron y confundieron al rastreador durante un momento. La pantalla de la lente mostró el «00:00:00» por defecto durante un segundo mientras se afanaba en computar los vectores, y luego mostró una apretada columna de coordenadas frente a mi ojo.

Pero, para entonces, ya sabía lo que los sensores habían percibido: todo el sanctasanctórum había cobrado vida.

En rápida sucesión, cada estación de trabajo bostezó y se puso manos a la obra. Los engranajes chirriaron, las válvulas lanzaron destellos, las pantallas se encendieron y los pistones sisearon. Las bombas de gas neumático resollaron y los tubos de mensajes empezaron a brotar y zumbar por toda la red de elegantes cañerías de comunicaciones de latón y cristal que recorrían las consolas y ascendían por las paredes. Varios escritorios proyectaron pequeñas imágenes holográficas por encima de los ejes del hololito: mapas tridimensionales de los estratos, gráficos del espectroscopio, lecturas del sonar y ondas de oscilación. Unos potentes focos dispuestos en la base del plinto iluminaron desde abajo la cabeza flotante del Titán y le dieron a sus facciones una malévola expresión de alivio.

Me agazapé detrás de una de las consolas de trabajo, que vibraba y traqueteaba contra mi espalda. Aquella ajetreada animación, súbita e inexplicable, me asustaba tanto como me alarmaba. Cerca de donde yo estaba, una de las máquinas castañeteaba repetidamente, como una vieja ametralladora en tiro continuo.

La actividad se detuvo de forma tan súbita como había empezado. Las consolas se sumieron en el silencio y las luces desaparecieron. El zumbido de la energía se evaporó en la oscuridad. Los focos del titán se fueron haciendo más tenues hasta que se apagaron. Uno a uno, los hologramas se desvanecieron y los escritorios quedaron en suspenso. El chirrido de los engranajes y de los servos, y el zumbido de las válvulas, bajaron hasta enmudecer.

El último sonido en consumirse fue el estrépito de la que parecía un arma automática. Continuó unos buenos segundos más después de que

todo lo demás se hubiera detenido, y luego cesó repentinamente.

La capilla volvió a quedarse tan oscura y tan tranquila como cuando había entrado.

Me puse de pie. No había energía en aquel lugar, ninguna fuente de suministro. ¿Qué había encendido entonces las máquinas? Tenía que haber sido alguna señal del exterior.

Usando un poco de sentido común y mucho de conjeturas, di la vuelta al círculo de maquinaria que tenía más cerca, en busca del artefacto que había castañeteado. Intuí que la candidata más factible era un voluminoso escritorio que parecía tener la función de vox. Pero sus teclas estaban desactivadas cuando las toqué.

Se me ocurrió ponerme de rodillas y ver qué había debajo del escritorio. Había sujeciones, donde debería haber estado colgada una cesta de recogida para guardar las impresiones que salieran. La cesta había desaparecido, pero una hoja impresa se había caído al polvo por debajo del escritorio.

Saqué la hoja de papel continuo de allí. Tenía unos nueve metros de largo y estaba troquelada por los dientes de la impresora en secciones más pequeñas. Resultaba evidente que ese escritorio había estado sacando impresiones durante algún tiempo sin que hubiera nadie allí para recogerlas. Las secciones de la parte de debajo de la bobina ya empezaban a amarillear.

Las miré por encima, pero no me dijeron nada: eran columnas tabuladas de código máquina dispuesto en franjas apretujadas y regulares. Puse el papel cuidadosamente sobre el suelo de mármol travertino y lo lié de forma compacta hasta tener un rollo grueso.

Casi había terminado cuando volvió a pitar mi vox.

—Aegis quiere Espina. Por media luz desengañada, en Administratum de corazón. Escamas caen de ojos. Múltiple, la presa de los cambiantes. Recomendada pauta dedal.

—Recibida pauta dedal. Espina brota de corazón.

Las palabras de Medea me habían dicho todo lo que precisaba saber. Habían encontrado algo en la Administratum y necesitaban que volviese

rápidamente. El peligro del Caos acechaba por todas partes. No debía confiar en nadie.

Desenfundé la pistola láser y me embutí el rollo de papel en el cinturón.

Mientras salía a todo correr del anexo y bajaba por el túnel lleno de franjas rojas, empuñé la escopeta de combate por encima del hombro y cargué un cartucho en la recámara.



DIECIOCHO

DIBUJO DEDAL
ROCA ADENTRO
EL TRANSLITÓPEDO

El Glossia no es tan difícil de entender. Utiliza símbolos subliminales y «palabras clave». No es necesario buscar algo misterioso en ello, porque no lo hay. Ése es el motivo por el que funciona tan bien como código privado. No existe ninguna clase de encriptamiento, al menos, encriptamiento matemático, que pueda calcularse y decodificarse. Es idiomático y es visceral. Es impresionismo verbal. Utiliza los mecanismos incalculables y carentes de reglas de la poesía. Ha habido momentos en los últimos… Bueno, digamos que ha habido momentos a lo largo de mí cada vez más extensa carrera en los que un aliado o un agente me ha enviado un mensaje en Glossia utilizando términos y palabras que nunca antes se habían usado, y aun así, los he entendido.

Es un truco. Se trata de saber cómo utilizar, e improvisar, una jerga común. Por supuesto, existen unas ciertas reglas de construcción y de creación de metáforas, pero el punto fuerte del Glossia es su vaguedad nebulosa. Sus expresiones. Su resonancia. Es muy parecido a la forma de

comunicación de los emenoes, que han reemplazado el lenguaje por sutiles cambios en el color de la piel.

Tomemos «Dibujo dedal», por ejemplo.

«Dibujo» indica un comportamiento o una acción. «Dedal» es un calificador, que deja claro el modo o manera de dicha acción. Un dedal es un pequeño objeto de metal que se utiliza para cubrirse la punta del dedo mientras se cose y así protegerlo de los posibles pinchazos con la aguja. No te protegería de, por ejemplo, una bomba nuclear o de una horda de alienígenas. Pero en Glossia, te indica que debes estar al tanto de repentinos ataques por emboscadas y similares. También es discreto y nada llamativo.

Así que, de ese modo, discreto y nada llamativo, salí y recorrí los túneles que recorrían Mina Cinchare hasta el officium del Administratum. Caminé en silencio y de forma sigilosa, y mi detector de movimientos y mi escopeta eran mi dedal.

Dibujo dedal. Gideon Ravenor había acuñado aquella frase en concreto, añadiéndola al vocabulario de mi Glossia.

Pensé en Ravenor, solo en su camastro, cubierto por una sábana de plástico allá en Tracian. Mi furia, algo apagada en los meses anteriores, se encendió de nuevo.

Mi detector de movimiento me advirtió que me pusiera a cubierto en un cruce de los túneles de tránsito a medio kilómetro de la plaza. Observé escondido tras un montón de bidones de promethium vacíos cómo dos vehículos eléctricos de transporte pasaban de largo en dirección a la zona de reunión. Bandelbi conducía el que marchaba en cabeza. Con él iban dos mineros, y otros tres en el otro vehículo. Todos ellos mostraban un aspecto sucio y desaseado.

Vi más vehículos en la plaza, aparcados delante de la oficina de seguridad. También vi a un par de tipos con aspecto de trabajadores en la puerta del

edificio, fumando cigarrillos de lho con actitud despreocupada.

Me deslicé en silencio por la puerta trasera hasta los habitáculos que nos habían asignado. Aemos y Medea me estaban esperando en la sala de billar de la zona de descanso.

—¿Y bien?

—Hemos estado husmeando en el Administratum —dijo Aemos—. Ni siquiera estaba cerrado con llave.

—Pero luego, todo el sitio comenzó a llenarse de gente de Kaleil, y nos largamos —completó Medea. Ambos tenían un aspecto tenso pero pensativo.

—¿Os vieron?

Ella negó con la cabeza.

—Pero yo desde luego vi a más de veinte tíos. Conté hasta treinta, treinta y cinco al menos.

—¿Qué habéis encontrado?

—Los archivos más recientes no existen o han sido borrados —me explicó Aemos—. No hay nada de los dos últimos meses y medio, ni siquiera un registro de seguridad, algo que se supone debería hacer alguien como Kaleil.

—Es posible que lo esté anotando todo en su oficina de seguridad.

—Si estuviese siguiendo el protocolo oficial, debería haber enviado una copia de forma automática a los archivos centrales. Ya sabes lo pesados que los funcionarios del Administratum se ponen con lo de tenerlos archivos completos.

—¿Qué más?

—Bueno, fue un vistazo muy superficial, no dispusimos de demasiado tiempo… pero fíjate, Kaleil nos dijo que Minería Imperial se marchó hace nueve meses, y que Ortog Promethium dos meses antes. Según los archivos, ambas corporaciones seguían en activo, trabajando y con todo su personal, hace sólo tres meses. No existe ningún registro sobre casos de gravs, ni siquiera informes o memorandos sobre la posibilidad de que casos semejantes pudieran suponer un problema.

—¿Kaleil nos ha mentido?

—En todo lo que nos ha dicho.

—Entonces, ¿dónde está todo el mundo?

Aemos se encogió de hombros.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó Medea.

—Estoy decidido a encontrar a Bure —le contesté—, y aquí está pasando algo que deberíamos…

—Gregor —me murmuró Aemos interrumpiéndome—. Odio tener que ser yo quien te lo diga, pero esto no es asunto tuyo. Aunque sé que ahora mismo eres tan leal al Trono Dorado como siempre lo has sido, en la mayor parte de lo que verdaderamente importa, ya no eres un inquisidor. Tu autoridad ya no es reconocida por el Imperio. Eres un forajido… un forajido con problemas propios más que suficientes como para andar metiéndote a resolver los de aquí.

Creo que esperaba que yo me enfadase. No lo hice.

—Tienes razón… pero no puedo dejar de ser un servidor del Emperador, así, sin más, y no me importa lo que el resto de la humanidad piense de mí. Si puedo hacer el bien aquí, lo haré. No me preocupan ni el reconocimiento ni el permiso oficial de las autoridades correspondientes.

—Ya te dije que eso es lo que diría —le soltó Medea a Aemos con un tono de voz burlón.

—Sí, sí que lo hiciste. Lo hizo —me dijo Aemos mientras se volvía para mirarme.

—Siento ser tan predecible.

—La constancia moral no es algo de lo que uno deba disculparse —recitó Aemos.

Saqué el rollo de papel que había recuperado del anexo y se lo mostré a mi anciano sabio.

—¿Qué puedes sacar de esto?

Les conté lo que me había ocurrido en el sanctum del Dios-Máquina.

Aemos se quedó estudiando la larga hoja de papel durante unos cuantos minutos, mirándola de arriba abajo.

—Existen elementos de este código máquina que no puedo entender. Es una encriptación del Adeptus. Pero, mira… mira a las interrupciones en

el texto. Son archivos registrados de transmisiones regulares procedentes del exterior de Mina Cinchare. Cada… seis horas, puntuales hasta en el segundo.

—¿Y los sistemas aletargados del sanctum se despiertan en el momento que llega la transmisión externa?

—Sí, para poder guardarla. ¿Cuánto tiempo estuvieron funcionando las máquinas?

Negué con la cabeza.

—Dos minutos, quizás unos dos minutos y medio.

—¿Dos minutos y cuarenta y ocho segundos? —me preguntó.

—Podría ser.

Recorrió con su dedo una línea de encabezamiento de texto situada por encima de la parrafada de código.

—Eso es exactamente lo que duró la última transmisión.

—Así que, ¿ahí fuera hay alguien? ¿En el exterior de la ciudad minera, en algún lugar de Cinchare, y que envía transmisiones regulares al anexo del Adeptus Mechanicus?

—Nada de alguien… Es Bure. Ésta es la forma código del Adeptus para su nombre. —Aemos pasó las páginas hacia atrás y echó un vistazo a la más amarillenta—. Lleva transmitiendo desde hace… once semanas.

—¿Qué es lo que dice?

—Ni idea. El texto principal está demasiado codificado. Probablemente es mecanilingua A, o C, o posiblemente una revisión moderna de la escritura servidora hexadecimal. Quizás Impulso Analógico, la novena versión. No puedo…

—No puedes leerlo. Eso ya me vale.

—Sí, de acuerdo. Pero sé dónde está.

Me quedé callado por un momento.

—¿Lo sabes?

Aemos sonrió y se ajustó su pesado equipo de visión.

—Bueno, no. No sé dónde está realmente, pero puedo encontrarlo.

—¿Cómo?

Me señaló una barra vertical de colores que recorría el lateral de cada párrafo de texto.

—Cada transmisión va acompañada de forma rutinaria por un informe espectográfico de la localización del transmisor. Estos colores son una expresión condensada del tipo, la mezcla y la densidad de la roca que lo rodean. Es como una especie de huella digital. Si tuviera un mapa estratográfico de buena calidad de Cinchare, y un auspex geológico, podría rastrearlo.

Sonreí.

—Sabía que tenía haber algún motivo para que te mantuviera conmigo.

—Así que, ¿vamos a buscarlo? —nos preguntó Medea.

—Sí, eso vamos a hacer. Necesitaremos un transporte. Quizás una de las naves de prospección. ¿Podrías manejar una de ésas?

—Eso es pan comido. ¿Dónde conseguimos una?

—Minería Imperial tiene una terminal de salida repleta de ellas —dijo Aemos—. Vi una guía esquemática de la población sujeta a una pared.

Yo también había visto algo semejante, pero no recordaba un detalle tan específico como aquél. Era un recordatorio de la extraordinaria memoria fotográfica que Aemos poseía.

—¿Y qué pasa con el mapa y el auspex geológico que ibas a necesitar? —le preguntó Medea.

—Cualquier nave de prospección tendrá a bordo un escáner mineralógico o geológico —le respondió Aemos—. Eso será más que suficiente. Sin embargo, es menos probable que dispongan de un mapa en condiciones. Será mejor que nos aseguremos de tener uno antes de partir.

Se sentó en su camastro y comenzó a regular los ajustes de la placa de datos que llevaba montada en la muñeca.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté mientras me sentaba a su lado en el camastro.

—Me estoy bajando un mapa del cogitorum de la oficina de seguridad.

—¿Puedes hacer algo así? —le preguntó a su vez Medea.

—Es muy sencillo. A pesar de las diferencias de gravedad el canal de voz de mi placa posee el alcance suficiente como para comunicarse con el

codificador de la oficina de seguridad. Puedo crear un puente de texto y pedirle que me envíe los archivos de los mapas.

—Sí, sí, vale, pero ¿puedes hacerlo sin saber el código de usuario del sistema?

—No —le contestó Aemos—. Pero por suerte, lo sé.

—¿Y cómo es eso?

—Estaba en una nota pegada al borde de la mesa de control central. ¿No lo visteis?

Tanto Medea como yo meneamos la cabeza y sonreímos. Con sólo sentarse en aquel lugar con Kaleil, de charla y bebiendo amasec de una calidad ínfima, había captado y memorizado todos los detalles del lugar.

—Sólo una pregunta más —dijo Medea—. No sabemos lo que está ocurriendo aquí, pero lo más probable es que tu amigo no sea precisamente amigo de Kaleil y los suyos. Si nosotros podemos encontrarlo con todo esto, ¿por qué ellos no lo han hecho ya?

—Dudo mucho que ni siquiera un minero experimentado pudiera descifrar nada de esta imagen espectográfica. Está en código del Adeptus Mechanicus —dijo Aemos con orgullo.

—Es mucho más sencillo todavía que eso —le contradije—. No lo han encontrado. El anexo estaba completamente cubierto de polvo, sin que nadie lo hubiera tocado. No creo que ni Kaleil ni ninguno de los suyos hayan estado por allí. El miedo al Adeptos Mechanicus es un incentivo muy fuerte para no hacerlo. No saben lo que nosotros sabemos.

Vinieron a matarnos por la noche.

En cuanto Aemos descargó el mapa, además de bastantes otros archivos de datos, decidimos dormir unas cuantas horas antes de ponernos en marcha.

Llevaba dormido una hora más o menos cuando me desperté en la oscuridad y descubrí que Medea me estaba acariciando la mejilla con los dedos.

En cuanto me espabilé un poco, me cerró los labios con esos mismos dedos.

—Espectros, invasores, liana espiral —me susurró.

Mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Aemos seguía roncando.

Me levanté de mi camastro y oí lo mismo que Medea había estado escuchando: las escaleras que daban al cuarto de grabación crujían. Medea comenzó a ponerse su traje de vuelo, pero no dejó de apuntar con su pistola de agujas hacia la puerta.

Saqué mi pistola láser de su funda, tirada en el suelo, y me agaché sobre Aemos para ponerle la mano sobre la boca.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Sigue roncando, pero prepárate para ponerte en movimiento —le susurré al oído.

Aemos se puso en pie, lanzando unos cuantos ronquidos falsos mientras recogía su túnica y su bastón.

Yo me había desvestido en parte. Había dejado la chaqueta y el rastreador de movimiento en el suelo. No tuve tiempo de recogerlos.

Alguien abrió puerta de una patada. Los brillantes rayos azules de dos miras láser atravesaron la estancia, y una ráfaga de proyectiles acribilló el camastro donde yo había estado tumbado e hizo saltar surtidores de fibra de las heridas del colchón.

Medea y yo respondimos al fuego enemigo, y rellenamos el hueco de la puerta con al menos una docena de disparos. Dos siluetas oscuras cayeron hacia atrás. Alguien gritó de dolor.

Un vendaval de disparos procedente del piso inferior atravesó las ventanas e hizo saltar a una de ellas directamente de su montura en una lluvia de glascita. Los aparatos registradores de datos estropeados saltaron y se estremecieron con los impactos.

—¡Atrás! —grité mientras disparaba dos veces contra otra silueta en la puerta. Un disparo triple de láser pasó chamuscando demasiado cerca de mi cabeza.

Pero a nuestra espalda apareció un chorro de luz cuando la puerta trasera se abrió de golpe. Medea se dio la vuelta, moviendo con agilidad sus largas extremidades, y le partió la cara al primer intruso con una patada alta que le hizo trastabillar.

Unos cuantos individuos entraron en tromba por ambas puertas. Abatí a dos, pero otros dos se abalanzaron sobre mí y me hicieron caer de espaldas mientras se esforzaban por arrebatarme la pistola. Le di un rodillazo en la entrepierna a uno de ellos, y le disparé en el cuello cuando se alejó semiagachado.

El otro me tenía agarrado el cuello con las dos manos.

Le ataqué directamente a la mente con la mía y le provoqué una hemorragia cerebral tremenda que le hizo saltar los ojos de sus órbitas y lo hizo caer en redondo.

El olor a sangre, a cordita y a los cuerpos sin lavar de los mineros era intenso. Medea retrocedió con agilidad y golpeó con el brazo en la cara a otro asesino y lo hizo tropezar y boquear en busca de aire.

Ella se agachó ligeramente y le propinó una patada en molinete con tanta fuerza que lo hizo salir volando por la ventana.

Otro se abalanzó sobre ella por su espalda. Vi el brillo de un cuchillo en la penumbra.

Aemos, con lentitud pero sin pausa, se volvió y le partió el cuello al individuo con un único puñetazo. Otra cosa que era muy fácil subestimar en mi viejo sabio era la fuerza que le proporcionaba su exoesqueleto potenciador.

Oí unos cuantos disparos más, incluido el chasquido de la pistola de agujas glaviana de Medea.

Doblé la espalda y me puse en pie de un salto justo a tiempo para abatir de un disparo a un individuo armado con una escopeta que acababa de entrar por la puerta.

Silencio. Humo en el aire.

Unas voces resonaron en la plaza, más abajo.

—¡Recoged vuestras cosas! —les ordené—. ¡Nos vamos ahora mismo!

Bajamos las escaleras medio vestidos y arrastrando el resto de nuestro equipo. El cuerpo de uno de los mineros a los que Medea había disparado yacía descoyuntado en mitad de los peldaños del primer tramo. La parte

delantera de su mono de trabajo de la Ortog Promethium estaba empapada en sangre.

En la piel de su cuello retorcido se podía ver una marca de nacimiento vivida.

—¿Te suena? —me preguntó Aemos. Sí que me sonaba.

—¿Ese tipejo, Bandelbi, no tenía una marca de nacimiento muy parecida? —me preguntó Medea.

—Sí que la tenía —le respondí.

Nos abrimos paso a través de una serie de almacenes abarrotados y llegamos a un callejón de acceso situado detrás de las tiendas. Un minero de cabello pelirrojo, situado allí como retaguardia de la emboscada, se dio la vuelta sorprendido cuando salimos a la vista, e intentó empuñar con manos torpes la escopeta que llevaba colgada del hombro.

—*¡Suéltala y ven aquí!*, le ordené con determinación utilizando mi poder mental.

Arrojó su arma a mi lado y se acercó al trote hasta nosotros, con los ojos vidriosos y con una mirada confundida.

—*¡Enséñame tu cuello!*, le ordené de nuevo con la mente.

Se echó el cabello hacia un lado con una mano y con la otra se bajó el cuello de su mono de trabajo. La señal parecida a una marca de nacimiento estaba allí.

—¡No tenemos tiempo para esto! —me dijo Aemos.

Por detrás de nosotros sonaban unos pasos apresurados que atravesaban el edificio a nuestra espalda, y también pudimos distinguir unos cuantos gritos y maldiciones.

—¿Cómo te hiciste esta marca? —le interrogué.

—Kaleil me la dio —me dijo con una voz sin voluntad.

—¿Eso qué quiere decir?

Obligado por mi fuerzas de voluntad, intentó decirme algo que el resto de su mente y su alma le prohibieron hacer. Sonó a algo parecido a Lith, pero me fue imposible estar seguro, porque el esfuerzo lo mató.

—¡Maldita sea, Gregor! ¡Tenemos que irnos enseguida! —me gritó Aemos.

Como para demostrar que tenía razón, dos mineros aparecieron en la puerta por la que habíamos salido, armados con unos rifles automáticos. Medea y yo nos dimos la vuelta en redondo al unísono y los matamos de un disparo, uno cada uno.

La memoria infalible de Aemos nos guió a través de las tortuosas callejas de Mina Cinchare hasta llegar al enorme edificio de Minería Imperial. Seguimos oyendo a nuestra espalda gritos entremezclados con el zumbido de aparatos eléctricos.

Corrimos a lo largo de la ancha y metálica plataforma de entrada, atravesamos un recinto fortificado rodeado de alambre de espino y llegamos a una gran sala de entrada repleta de ecos.

El sonido de los pasos nos siguió.

La terminal de salida era una construcción semicircular de acero corrugado que daba al pozo principal. Seis vehículos de prospección estaban aparcados sobre unos raíles engrasados bajo el techo de la edificación. Eran aparatos en forma de bala que estaban pintados con los colores verde caqui y plata de la Minería Imperial. Cada uno de ellos tenía una serie de focos grandes y pequeños montados sobre la cabina, y numerosos servobrazos y antenas de disco de localización bajo el morro.

—¡Ése! —indicó Medea con un grito mientras se dirigía hacia el tercero de la fila.

Todavía estaba intentando abrocharse correctamente su traje de vuelo. Yo llevaba mi chaqueta y mi indicador de movimiento. No habíamos tenido tiempo de pararnos y vestirnos en condiciones.

—¿Por qué éste? —le pregunté a gritos mientras la seguía.

—¡Los tubos de recarga todavía están enganchados y muestran luces verdes en todos los paneles! ¡Desengancha los tubos!

Le arrojé mis cosas a Aemos para que las llevara y él se dirigió hacia la pequeña escotilla lateral en pos de Medea, mientras que yo corrí hacia donde tres gruesos cables transmisores de energía estaban conectados a los enganches múltiples del costado del vehículo. Tal y como Medea había visto, todos los indicadores situados encima de los enganches mostraban luz verde.

Giré las válvulas y las saqué una por una. La última se resistió por unos instantes y tuve que emplear la fuerza bruta.

Unos disparos láser restallaron contra el casco de la nave, justo a mi lado.

Arrojé el tubo a un lado y me di la vuelta para responder a los disparos. Las toberas de elevación empezaron a rugir cuando Medea encendió los motores.

Los disparos de láser y de proyectiles sólidos comenzaron a inundar el espacio que me rodeaba. Corrí hacia la escotilla y me metí de un salto. Medea ya estaba a los mandos de la estrecha escotilla.

—¡Vámonos! —le grité cerrando de un golpe la escotilla.

—¡Venga! ¡Venga! —le gritó a su vez Medea a los mandos del aparato. Los motores aullaron dolorosamente.

—¡El enganche de los raíles! —barboteó Aemos con desesperación.

Medea se dio cuenta de su error y maldijo con voz experta mientras bajaba un punto la velocidad y bajaba una grasienta palanca amarilla que estaba a mano derecha en la cabina. Oímos un fuerte chasquido metálico cuando el gancho de amarre que mantenía al vehículo firme sobre los raíles se separó.

—Lo siento —dijo con una sonrisa.

El aparato, una vez liberado, se alzó de los raíles y viró a la derecha mientras los disparos lo perseguían. Después aceleró y desaparecimos en el interior de la oscura boca de los túneles de la mina.

Los trabajos superiores de Minería Imperial eran unas enormes excavaciones reforzadas con rocacemento y repletas de máquinas mineras

abandonadas. Medea encendió el sistema de focos e iluminó nuestro camino con unos poderosos rayos de luz blanca. Los focos detectaron en el extremo de una galería reforzada una repentina pendiente donde los cortes horizontales de la superficie excavada comenzaban a descender. En las paredes de la empinada galería se podían ver cables medio destrozados y vagonetas herrumbrosas, además de funiculares del tipo cremallera para bajar a los operarios hasta las superficies inferiores.

Aemos estaba sentado en la parte trasera de la pequeña cabina, revisando los mapas que había conseguido en la oficina de seguridad.

—Sigue hacia abajo —fue lo único que dijo.

El empinado túnel de acceso descendía aproximadamente un kilómetro y medio, nivelándose en ocasiones para dar paso a otras galerías de acceso. La vista a través del cristal frontal parecía ser en blanco y negro: la intensa luz blanca atravesaba la oscuridad y sólo dejaba a la vista la roca y un fino polvo grisáceo, aparte del ocasional brillo de los afloramientos cristalinos en la superficie rocosa.

Medea redujo la velocidad cuando pasamos por encima de pilas más grandes y fragmentadas de restos y después, siguiendo las instrucciones que le daba Aemos, nos llevó hasta una chimenea casi vertical. La chimenea, que en términos mineros se llama pozo, era una formación natural, probablemente un antiguo conducto de lava. Giramos lentamente de forma lateral hasta situarnos flotando para bajar por él. La capa de rocas calcáreas arrastradas por el agua cubría las paredes como unas cortinas de color crema, y de las formaciones rocosas sobresalían abanicos de cristal volcánico. El espacio entre las paredes era muy reducido, incluso para un vehículo tan compacto como el que habíamos escogido. A veces, Medea rozaba o aplastaba con el aparato una de aquellas formaciones y los fragmentos de cristal caían en silencio, relucientes, hasta el fondo del pozo.

Unos dos kilómetros más abajo, el pozo daba a una complicada serie de curvas sinuosas, cuevas y sumideros. Era igual que salir de un esófago para moverse a través de las complejas cavidades del tracto intestinal. La capa calcárea comenzó a mostrar más colores: azules acerados

entremezclados con remolinos blancos de calcita, rojos jaspeados que brillaban con las oolitas. Los restos cristalinos, ahora de color negro, y otros restos clásticos, cubrían las irregularidades desgastadas del viejo suelo.

Medea me indicó el pequeño escáner montado debajo del analizador petrográfico principal. La pequeña pantalla verde estaba repleta de unos gráficos casi indescifrables de capas fantasmales de estratos y reflejaba las densidades líticas. En el cuadrante superior se podían ver con claridad tres señales de un color amarillo brillante.

—Nos persiguen —me dijo.

—Parecen saber a la perfección dónde nos encontramos. ¿Cómo nos están localizando?

—Del mismo modo que nosotros los tenemos localizados a ellos con tanta exactitud.

—¿Los localizadores de este aparato son tan potentes?

Medea hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Son perfectos para una localización cercana, pero no tienen potencia suficiente ni por asomo para penetrar la roca.

—¿Y entonces?

—Creo que todos estos vehículos de prospección tienen balizas de alta potencia, probablemente conectadas a los registros de vuelo. Las necesitan para las búsquedas rutinarias y para los posibles rescates.

—Iré a echar un vistazo.

Me levanté de mi asiento y retrocedí a lo largo del vehículo agachado, sosteniéndome en pie gracias a las agarraderas del techo. Aemos seguía trabajando. Había encendido el auspex mineralógico del vehículo y estaba realizando una serie de referencias cruzadas para descubrir las huellas espectográficas que aparecían en las transmisiones del Adeptos Mechanicus. Ya ni siquiera tenía abiertos los rollos impresos: hacía tiempo que las sutiles complejidades de las barras de colores estaban almacenadas en su memoria.

Consultaba el mapa principal cada pocos minutos y le hacía corregir el rumbo a Medea.

Descubrí un pequeño hueco en el compartimento del motor, en la parte trasera del vehículo, entre las estanterías donde se guardaban los viejos respiradores con los desgastados visores sellados de goma.

Metí la cabeza y los hombros en su interior, y lo iluminé con una linterna de campaña que saqué de uno de los equipos de investigación exterior. Un sencillo proceso de eliminación me llevó hasta un grueso tambor de metal enganchado a la parte inferior del montaje gravitatorio y el aparato que contenía los giróscopos kinéticos. Unos sellos de pureza del Adeptos Mechanicus aseguraban la tapa.

Regresé a la cabina, escogí un cortador de plasma de grado medio de la caja de herramientas y regresé a la parte trasera. La lengua azul de la llama cortadora rebanó la tapa del tambor y fundió sus palpitantes circuitos.

Volví a la cabina y vi que estábamos bajando por una amplia caverna repleta de helectitas y con las paredes cubiertas capas de leche de luna y de brotes incandescentes de grupos de hilos de ángel.

—Me parece que ya se han perdido —nos comentó Medea señalando la pantalla del escáner con la barbilla.

Las señales amarillas parecían moverse con menos confianza. Iban de un lado a otro, intentando recuperar nuestra señal.

Seguimos avanzando durante otras dos horas, atravesando pequeñas cavernas donde relucían perlas de las cavernas, sobrevolando enormes superficies de esquistos y lapilli volcánico, entre enormes estalactitas que partían los túneles en dos como si fueran los incisivos de algún animal antediluviano. Los pozos y los sumideros resplandecían llenos de agua alcalina de color marrón, y el humo que ascendía procedente de las fumarolas indicaba que existía una leve atmósfera: metano, sulfuro, radón y pequeñas bolsas de monóxido de carbono. Los gases de escape del activo corazón de Cinchare y los procedentes de las reacciones químicas se acumulaban allí, muy por debajo de tierra, y tan sólo se filtraban muy lentamente hacia la superficie sin aire. La temperatura del casco del

vehículo se incrementaba lentamente. Estábamos a unos quince kilómetros de profundidad, y estábamos comenzando a sentir los efectos de la astenosfera.

—¡Eh! —gritó Medea de repente.

Redujo la velocidad del aparato y lo hizo girar, procurando enfocar con las luces del techo. Nos encontrábamos en una cámara donde el suelo cubierto de calcedonia estaba festoneado por surcos formados por el agua hacía ya eones. Numerosas galerías se adentraban profundamente en la roca, o aparecían en el mapa con una longitud no superior a los veinte metros.

—¿Qué has visto? —le pregunté.

—¡Allí!

Los focos enmarcaron una silueta negra, y yo en un principio creí que no era más que otro montón de rocas y estalagmitas, pero Medea nos acercó.

Era un vehículo de prospección muy similar al nuestro, pero que llevaba pintado el emblema de Ortog Promethium. Había sido aplastado y abierto como una lata vieja, y los puntales de la cabina sobresalían del casco metálico como costillas.

—Mierda… —dijo Medea en voz baja.

—La minería es un trabajo peligroso —le repuse.

—Ha ocurrido hace poco —dijo Aemos mientras aparecía por encima de nuestros hombros—. Mirad la tefra.

—¿El qué? —le preguntó Medea.

—Es un término general para los materiales clásticos. El polvo y el esquisto del suelo donde se encuentra el aparato destruido. Mueve los focos. Ahí. Tefra por todos lados, pero está chamuscada y fundida bajo el vehículo. El humo mineral procedente de las fumarolas que acabamos de dejar atrás llegan hasta aquí y lo cubren todo con polvo de óxido. Me apuesto algo a que si eso llevara ahí más de un mes, el polvo ya habría cubierto la zona quemada… y el vehículo.

—Abre la escotilla —dije.

La atmósfera subterránea parecía capaz de escaldar, y comencé a sudar sin parar en el mismo momento que salí por la escotilla. No podía oír nada más que mis propios jadeos dentro de la máscara respiratoria. Avancé con dificultad hasta colocarme delante de nuestro vehículo de prospección y bajo los rayos de los focos. Vi a Medea y a Aemos en la cabina iluminada, ambos con los rostros ocultos por sus máscaras respiratorias.

Los saludé con la mano y seguí pisando y haciendo crujir el suelo del repecho polvoriento. Las puntas de las botas a veces tropezaban con alguna geoda y la mandaban al otro extremo rebotando mientras brillaba bajo la luz de los focos.

No había error alguno en identificar los agujeros de disparos del casco. El fuego sostenido de un láser multitubo había abierto en dos el vehículo. Apunté con mi linterna la cabina a través de los grandes desgarros y vi que estaba quemada por dentro.

Los tres miembros de la tripulación continuaban allí, en sus puestos, y habían quedado reducidos a unas momias resecas por la acidez del aire y por los centenares de gusanos blancos y relucientes que serpenteaban y se escondían en los agujeros cuando el chorro de luz incidía en ellos. Al parecer, con un interior tan gaseoso, cálido y húmedo, Cinchare distaba mucho de ser un mundo muerto.

Más seres trogloditas se escurrieron y se apresuraron entre mis pies. Unos escarabajos de largos cuerpos metálicos y unos moluscos hinchados, parecidos a las medusas, aparecieron atraídos por aquella fuente inesperada de nutrientes.

Algo se movió a mi lado y me golpeó en la cadera. Me caí con fuerza sobre el casco del vehículo destruido mientras maldecía por no haberme bajado mi detector de movimiento. Se abalanzó de nuevo sobre mí, y esa vez sentí un dolor agudo en el muslo izquierdo. Lancé una patada mientras profería una maldición ahogada por la máscara.

Tenía aproximadamente el tamaño de un perro grande, pero era más largo y más bajo, y se movía sobre unas delgadas patas traseras. Su piel

tenía un color plateado, y su cabeza sin ojos no era más que una enorme mandíbula repleta de colmillos transparentes. Alrededor de la boca se veían unos largos filamentos y tentáculos sensoriales que se retorcían.

Se abalanzó de nuevo contra mí, con su escuálida cola elevada en alto para actuar como contrapeso. Deduje que aquel ser era la cúspide de la pirámide de la cadena alimenticia en las oscuras cavidades interiores de Cinchare. Era demasiado grande para poder meterse en el vehículo estrellado, así que había estado acechando en el exterior y alimentándose de los gusanos y los moluscos carroñeros que se habían acercado al lugar del accidente.

Me mordió con fuerza en el tobillo izquierdo y torció la cabeza para agarrarme mejor. Pude sentir las puntas de sus colmillos atravesando el grueso cuero de mis botas.

Logré sacar la escopeta de la funda que llevaba en mi espalda y le disparé en el torso a quemarropa. Los trozos de sus tejidos viscosos y de su piel translúcida se esparcieron en todas direcciones y el ser se derrumbó en el suelo. Cuando logré abrir sus mandíbulas con el cuchillo, los demás comedores de carroña habían comenzado a cubrir el cadáver y a devorarlo.

Nos pusimos en marcha de nuevo por una galería abierta por la fuerza del agua hasta que llegamos a una caverna increíble repleta de incrustaciones de seda de cristal y millones de perlas de las cavernas.

—Aquí abajo se ha producido un combate —les dije a Aemos y a Medea gritando para que me oyeran mientras los recicladores de aire expulsaban los últimos restos de la malsana atmósfera de Cinchare.

—¿Quién lucha contra quién?

Me encogí de hombros y me senté para sacarme uno de los colmillos rotos del depredador de la bota de cuero.

—Bueno —dijo Aemos—. Seguro que os interesará saber que la caverna donde hemos encontrado ese vehículo estrellado coincide exactamente con una de las muestras espectroscópicas que existen en las transmisiones del Adeptus Mechanicus.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unas dos semanas.

—Así que… es perfectamente posible que fuese Bure quien disparase.

—Bure… o quienquiera que sea quien envía los mensajes al anexo.

—Pero ¿por qué iba a derribar un vehículo de prospección? —me pregunté en voz alta.

—Eso más bien depende de lo que ese vehículo de prospección estuviese intentando hacerle —me contestó Medea.

Aemos alzó sus peludas cejas.

Muy inquietante.

Pasaron otras tres horas y otros dos kilómetros hacia las profundidades. Hacía un calor espantoso, y el aire fuera del vehículo estaba repleto de gases de exhaustación y de vapor. Las fumarolas, algunas de ellas grandes, y otras agrupadas en racimos, vomitaban humo negro en todas las cavernas, que bajaba rebosante pegado en algunas zonas como miel. Bastantes cavernas albergaban lagos de ácido luminosos, donde el calor geotermal mantenía el líquido en un estado de ebullición constante. Las aberturas y los pozos ocasionales mostraban el brillo rojizo del magma que corría como un río en determinados lugares, llegando incluso a formar calderos de roca fundida.

Ya no teníamos que utilizar los focos. El sistema de cavernas estaba iluminado por ese mismo magma ardiente, con lagos de promethium en llamas, y por pegajosas capas de hongos luminiscentes que medraban en aquellos conductos naturales recalentados. Los filtros del vehículo ya no eran capaces de eliminar el olor a sulfuro que entraba en la cabina, y los sistemas de refrigeración eran inadecuados para aquel entorno. Todos estábamos sudando, lo mismo que las paredes de la cabina. Las gotas provocadas por la condensación caían por las superficies desnudas de metal del interior del casco.

—Para aquí, por favor —dijo Aemos.

Medea cortó el impulso del vehículo y dejó que flotáramos sobre un bullente mar de lava que irradiaba un brillo casi de luz de neón procedente de debajo de su corteza ennegrecida.

Aemos comprobó el mapa de nuevo y lo comparó con las lecturas espectroscópicas que el lector mineralógico enviaba a una pequeña pantalla de la cabina.

—Eso es. La localización original de la última transmisión.

—¿Estás seguro? —le pregunté. Me lanzó una mirada reprobadora.

—Por supuesto.

—Da una vuelta lentamente —le ordené a Medea.

Acercamos las caras a los cristales frontales del vehículo de prospección y utilizamos los focos arriba y abajo para poder captar lo que había oculto en las sombras de las paredes de aquella cueva.

—¿Qué son esos túneles? ¿Pruebas de exploración?

—El auspex indica que se acaban a los pocos cientos de metros. ¡Por el Dios-Emperador, este lugar es realmente primigenio! —exclamó Medea, y se enjugó el sudor que le empapaba la frente y que le bajaba hasta los ojos.

—¿Qué es eso de ahí que están iluminando los focos? —pregunté.

Aemos echó un vistazo hacia el punto que yo le estaba señalando.

—Amígdulas. Cavidades llenas de cuarzo u otros minerales secundarios.

—Vale —dijo Medea mientras desenroscaba el tapón de una cantimplora—. Parece que lo sabes todo, así que, dime… ¿qué es aquello?

—Bueno, yo… Muy inquietante.

Era un agujero, perfectamente circular, con unos treinta metros de diámetro, y cortado directamente en la pared de roca más alejada de nosotros.

—Acércate —le indiqué a Medea—. Eso no es una formación natural. Es demasiado… preciso.

—¿Qué puñetas ha podido hacer un agujero como ése? —murmuró Medea dándonos con el codo.

—Un taladro minero industrial podría…

—¿A esta profundidad? ¿Tan lejos de la infraestructura de una mina? —exclamé interrumpiéndole en seco—. Mira este sitio. Sólo los aparatos sellados como este vehículo pueden funcionar a esta profundidad.

—Y eso a duras penas —dijo Medea con un tono de voz ominoso.

Se mantenía atenta a las lecturas de la integridad del casco. Las runas de color ámbar aparecían y desaparecían de forma ocasional.

—Es profundo —comenté después de mirar las medidas que mostraba el escáner de proa—. Llega hasta donde alcanzan nuestros aparatos de exploración, y mantiene su forma y su tamaño.

—Pero ha sido cortado a través de roca ígnea… ¡en el costado de un batolito de cuarenta kilómetros de lado! ¡Eso es anzragata sólida!

Sentí una cierta confusión en la voz vieja y frágil de Aemos.

—Detecto temblores —exclamó Medea de repente.

Las agujas del sismógrafo llevaban en movimiento desde hacía ya más de una hora, tal era la inestabilidad del terreno a aquella profundidad, pero en aquellos momentos brincaba arriba y debajo de un modo enloquecido.

—Existe un ritmo… —dijo Aemos—. Eso no es tectónico. Es demasiado regular… es casi algo mecánico.

Me quedé pensativo por unos momentos, calculando todas nuestras posibilidades.

—Métenos en ese agujero —le dije a Medea.

Ella se volvió para mirarme, como si tuviese la esperanza de que no me hubiera oído bien.

—Vamos.

El corte en la roca era un círculo tan perfecto que daba miedo. Mientras lo recorríamos a buena velocidad, pudimos distinguir que la superficie interior del túnel estaba fundida como piedra volcánica, con unas muescas irradiantes grabadas en ella.

—Esto ha sido cortado con plasma —nos informó Aemos—. Y fuera lo que fuese lo que lo cortase, dejó una huella de sus motivadores en la roca antes de que se enfriase.

El túnel serpenteaba de vez en cuando, aunque siempre mantenía su forma. Las curvas eran lentas y largas, pero Medea las tomó con prudencia. La aguja del sismógrafo continuaba saltando arriba y abajo.

Saqué mi holopluma y escribí una frase en la parte posterior de un mapa.

—¿Puedes convertir esto en un código simple de máquina? —le pregunté a Aemos.

Le echó un vistazo.

—Mmmmm… «Vade elquum alatoratha semptus»… Tienes buena memoria.

—¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto.

—¿Qué es eso? —preguntó Medea a su vez—. ¿Es alguna clase de hechizo?

—No —respondí con una sonrisa—. Es algo parecido al Glossia. Un lenguaje privado, uno que no se ha utilizado desde hace mucho tiempo.

—Ya está —me dijo Aemos.

—Mételo en el transpondedor de voz y ponlo en repetición continua.

—Espero que funcione —me comentó Aemos—. Espero que estés en lo cierto.

—Yo también lo espero.

Uno de los instrumentos del panel de mando repiqueteó.

—¡Nos acercamos al final del agujero! —exclamó Medea—. ¡Un kilómetro más y entraremos en una cavidad enorme!

—¡Mete ya esa señal! —le urgí a mi viejo sabio.

Casi habíamos salido ya antes de que estuviéramos listos. Un inmenso tubo de metal transformado en máquina, de unos treinta metros de diámetro y setenta de largo, con un enorme taladro de plasma en el extremo delantero e hileras de impulsores en forma de garra que rotaban por sus flancos como los dientes en marcha de una gigantesca espada sierra. Había salido del túnel que había creado y estaba avanzando

lentamente por el suelo lleno de restos clásticos de la cavidad en la que nos encontrábamos, dejando atrás gruesas nubes de rocas pulverizadas y de vapor producido por sus motores.

—¡Que el Emperador me proteja! ¡Es enorme! —exclamó Aemos.

—En nombre del Trono Dorado, ¿qué es eso? —soltó Medea con un jadeo.

—¡Frena! ¡Frena! —le grité, pero ella ya estaba colocándonos lentamente detrás del leviatán.

—¡Oh, mierda! —soltó Medea cuando unas baterías de armas ocultas en el costado del gigante aparecieron y se abrieron, y los montajes de láseres multitubo salieron y nos apuntaron inmediatamente.

Agarré frenéticamente el micrófono del aparato de comunicación exterior.

—¡Vade elquum alatoratha semptus! —grité por el micrófono—. ¡Vade elquum alatoratha semptus!

Los montajes de armas, que nos podrían haber hecho pedazos de una sola andanada, no dispararon. Sin embargo, siguieron apuntándonos. Las tremendas compuertas traseras de la gran máquina se abrieron con lentitud, y dejaron al descubierto un pequeño hangar bien iluminado.

—No van a repetir la invitación —le dije a Medea.

Ella se encogió de hombros preocupada pero nos condujo al interior.

Hice salir a los dos del vehículo de prospección hasta quedarnos en el centro de hangar con techos de arco. Las compuertas se habían cerrado a nuestras espaldas, y la hedionda neblina sulfurosa que se movía a nuestros pies iba siendo aspirada lentamente por unos ruidosos procesadores de aire.

El hangar tenía un diseño de estilo grandioso, con incrustaciones de bronce y de acero pulido. Vimos un vehículo de prospección completamente nuevo, pintado de color rojo óxido, en una plataforma de apoyo contigua a la que había recibido a nuestro aparato, ya chamuscado. Otras tres plataformas, nuevas y relucientes por el aceite, estaban vacías. Toda la luz procedía de unos filamentos de gas fosforescente que estaban encerrados en capuchas de cristal repartidas por toda la habitación, y el

efecto provocado era el de un brillo parpadeante y centelleante. Una escalera de acero en espiral con unos pasamanos cubiertos de cuero llevaba hasta una plataforma situada sobre nosotros.

—Eso es buena señal —dije señalando un bajorrelieve con el signo del Adeptus Mechanicus que decoraba la cerradura de la puerta de salida de la plataforma.

Todos dimos un salto por la sorpresa cuando unos largos brazos servidores salieron disparados chirriando de unos compartimentos de las paredes. En poco más de un segundo, seis de ellos nos estaban apuntando: dos llevaban sensores auspex que nos olfateaban, y cuatro llevaban armas.

—Os sugiero que nos os mováis —les susurré a mis compañeros.

La cerradura de la puerta rechinó y se abrió. Una figura encapuchada con una larga túnica naranja pareció entrar flotando en la plataforma. Se agarró a la barandilla con las dos manos y bajó la vista hacia nosotros.

—*Vade smeritus valsara esm* —dijo con un gruñido.

—*Vade elquum alatoratha semptus* —le contesté—. *Valsarum esoque quonda tasabae*.

La figura se quitó la capucha y dejó al descubierto un cráneo mecánico de metal cromado y pulido. Sus ojos como lentes de binoculares desprendían un brillo verde. Unos gruesos cables negros colocados bajo su mandíbula palpitaban, y el comunicador atornillado en su garganta habló.

—Gregor… Uber… Cuánto tiempo hace.



DIECINUEVE

CAMINA ENTRE PIEDRAS
LITH
EL HUÉSPED

—Ella es Medea Betancore —dije en cuanto me pude soltar del fuerte agarrón mecánico de la mano de Geard Bure.

—Señorita Betancore —le saludó Bure con una ligera inclinación—. Los Adeptus Mechanicus de Marte, sagrados servidores del Dios-Máquina, os ofrecen santuario en este su valioso artefacto.

Estaba a punto de susurrarle a Medea para explicarle que le habían saludado con todo formalismo cuando ella contestó, algo típico en ella, sin necesidad de aclaración alguna.

Respondió con habilidad al saludo con el saludo correcto del puño-máquina y se inclinó a su vez.

—Que tus artefactos y tus deseos sirvan al Dios-Emperador hasta que el tiempo se acabe, magos.

Bure soltó una risa, un sonido bastante inquietante al proceder de su aparato protésico de voz, y se volvió para mirarme con sus ojos de luz verde que jamás parpadeaban.

—La has enseñado bien, Eisenhorn.

—Yo…

—Sí que lo ha hecho, magos —respondió de nuevo con rapidez Medea —. Pero esa respuesta la aprendí al estudiar el Iniciador Divino.

—¿Has leído el Iniciador? —le preguntó Bure.

—Es uno de los estudios primarios en mi mundo natal —le respondió ella.

—Medea tiene… una aptitud considerable para las máquinas —dijo Aemos—. Es nuestra piloto.

—Ya veo…

Bure caminó alrededor de ella y acarició su cuerpo con sus dedos metálicos y sin ninguna clase de complejo. Medea lo dejó, de momento.

—¿Ella conoce las máquinas, pero no tiene potenciadores? —me preguntó Bure.

Medea se quitó los guantes y le mostró los intricados circuitos insertados en sus manos.

—Siento disentir. Magos.

Él la tomó de las manos y las estudió con un asombro ansioso. Unos hilillos de lubricantes translúcidos comenzaron a caer por entre sus dientes cromados como si fueran baba.

—¡Una glaviana! Tus mejoras son… tan… hermosas…

—Gracias, señor.

—¿Nunca has pensado en permitir que te implanten otros potenciadores? ¿Extremidades? ¿Órganos? Es muy liberador.

—Yo… me apaño con lo que tengo —le contestó Medea con una sonrisa.

—Estoy seguro que lo haces —le dijo Bure, y se dio la vuelta de repente para encararse conmigo—. Bienvenido a mi translitópedo, Eisenhorn. Tú también, Aemos, viejo amigo. Debo admitir que no puedo concebir el motivo que os ha traído hasta aquí. ¿Quizá se trata del Lith? ¿Os ha enviado la Inquisición para encargaros del Lith?

Estaba claro que las noticias sobre mi desgracia no habían llegado hasta allí, y me sentí agradecido por ello.

—No, magos —le dije—. Ha sido una extraña casualidad la que nos ha traído hasta aquí.

—¿De veras? Cuán extraño. Cuando detecté vuestra señal, en el viejo código privado de Hapshant, no pude creérmelo. Estuve a punto de derribar vuestro vehículo de prospección.

—Me arriesgué.

—Bueno, ese riesgo te ha traído hasta mí, y me alegro. Vamos, es por aquí.

Sus esqueléticas manos plateadas nos señalaron la puerta de salida de la plataforma.

Bure no tenía extremidades inferiores. Flotaba sobre un módulo gravítico, y el borde de su túnica anaranjada sobresalía unos cuantos centímetros por el borde del disco chapado. Lo seguimos y recorrimos un largo pasillo oval repleto de más puertas de bronce y lámparas de filamentos con gas.

—Esta máquina excavadora es una maravilla —dijo Aemos.

—Todas las máquinas son maravillas —le contestó Bure—. Ésta es una necesidad, la herramienta principal de mi trabajo en Cinchare. Por supuesto, han existido unos prototipos previos antes de que hiciera los ajustes necesarios. Éste translitópedo fue creado a partir de mis diseños por la factoría del Adeptus en Rysa, y lo enviaron aquí hace tres años estándar. Con él, puedo ir a donde quiera en esta roca, y puedo desentrañar los secretos de los metales de Cinchare.

El magos Bure fue un especialista en metalurgia durante dos años, y sus conocimientos y sus descubrimientos casi fueron objeto de adoración por sus hermanos de tecnosacerdocio. Antes de eso, fue un fabricador-arquitecto en las forjas de titanes de Triplex Phall. Por lo que yo sabía, tenía casi setecientos años. Hapshant me había comentado en algunas ocasiones que Bure era mucho más viejo en realidad.

No quedaba rastro alguno de la carne del magos. Las partes orgánicas vestigiales del ser humano que había sido Geard Bure, su cerebro y su sistema neurológico, estaban sellados en el interior de su reluciente cuerpo mecánico. Nunca supe si se trataba de un asunto de necesidad o había sido

a propósito. Quizá, como era el caso de muchos, una enfermedad o una herida grave les había obligado a efectuar unos implantes tan radicales. O tal vez, como era el caso de Tobias Maxilla, se había desprendido de forma deliberada de las debilidades de la carne a favor de la perfección de la máquina. Conociendo como conozco la disposición tecnófila del sacerdocio del Adeptus Mechanicus, me pareció que lo más probable era el segundo caso.

Mi fallecido mentor, el inquisidor Hapshant, conoció al magos Bure al inicio de su propia carrera, en la famosa misión realizada para asegurar el Leccionario de STC de los ashrams de Ullidor el Tecnoherrero. Como ya he comentado antes, la Inquisición, al igual que el resto de las más augustas organizaciones del Imperio, tiene unos tratos problemáticos con el Culto al Dios-Máquina, y eso en el mejor de los casos. Su poder es legendario y su aislamiento notorio. El culto es una orden cerrada que guarda con enorme celo los secretos de sus tecnologías. Sin embargo, Bure y Hapshant desarrollaron una relación de trabajo mutuamente satisfactoria que se basó en la estima mutua. La sabiduría especializada de Bure ayudó en numerosas ocasiones a mi mentor en el esclarecimiento de casos importantes, y el favor fue devuelto en bastantes ocasiones.

Aquél era el motivo por el que, un siglo antes, le confié un objeto de especial importancia para que lo custodiara.

La cámara de control del chirriante translitópedo era una capilla de dos niveles con un estrado de mando elevado, como si se tratase de un gigantesco púlpito de bronce, desde donde se supervisaban dos hileras semicirculares de puestos de mandos llenos de ajetreo. Las paredes metálicas cubiertas de remaches estaban pintadas de un color rojo mate en las que estaban grabados los diferentes aspectos y runas del Dios-Máquina. La pared delantera estaba oculta por unas largas cortinas de terciopelo rojo.

Seis servidores cubiertos de manchas de aceite trabajaban en los repiqueteantes puestos de control, con sus manos y sus rostros conectados

directamente a los sistemas mediante unos gruesos cables recubiertos de metal o simplemente al descubierto que estaban marcados con sellos de pureza y etiquetas de pergamino. Las válvulas de cristal y los diales parpadeaban y brillaban, y el aire estaba cargado con el olor a ungüentos y aceites sagrados.

Dos tecnoadeptos relativamente humanos también vestidos con túnicas de color naranja supervisaban todas las actividades. Uno de ellos estaba conectado directamente a la unidad de impulsos mentales mediante un implante triple de clavijas neurales, y recitaba en voz alta los ritos y las escrituras de los Adeptus. El otro se dio la vuelta y nos hizo una reverencia cuando nos acercamos al estrado.

Tenía un altavoz de rejilla donde debería haber estado su boca. Cuando habló, lo que dijo salió en forma de una pulsación de código binario de máquina.

Bure le respondió del mismo modo, y durante unos momentos, intercambiaron flujos de datos comprimidos. Luego Bure se acercó flotando hasta un atril de bronce adosado a la barandilla del estrado y se abrió la túnica. Dos cables neurales surgieron de su esternón como gusanos en busca de su presa y se conectaron con rapidez a los pulidos enganches del atril.

Bure ya estaba unido a la unidad de impulso mental del translitópedo.

—Vamos a buena velocidad —nos dijo.

Se estremeció un momento, y entonces las largas cortinas rojas al otro extremo de la cámara se abrieron de forma automática, y dejaron al descubierto una gran pantalla holográfica. Las imágenes secundarias se superponían a la principal, y mostraban mapas tridimensionales y gráficos de velocidad y energía. La imagen principal era un borrón oscuro y velos rodeado de chispazos de energía azul.

Ésa era la vista que había justo delante de nosotros: la roca que se desintegraba bajo la ingente fuerza destructiva del taladro de plasma. Estábamos viajando a través de roca sólida.

—Quizás ha llegado el momento en que debemos discutir lo que está ocurriendo aquí —le dije.

—Estamos cazando —me respondió Bure.

—Llevas cazando bastante tiempo, magos —le dijo a su vez Aemos—. Hace ya once semanas. ¿Qué es lo que estás cazando?

—¿Y por qué la mina de Cinchare se ha convertido en una ciudad en ruinas? —añadí yo.

Se quedó callado por unos instantes mientras seleccionaba la memoria electrográfica correcta. Estaba casi perdido en la euforia que le provocaba estar conectado al impulso mental de la máquina.

—Por lo que yo he llegado a razonar, hace noventa y dos días, un minero independiente llamado Farluke, que trabajaba con licencia de Ortog Promethium, regresó de un largo recorrido de prospección y les mostró a sus jefes un descubrimiento único. Intentaron mantenerlo en secreto durante cierto tiempo, probablemente con la esperanza, o eso creo, de explotarlo para sus propios fines. Aquel error de apreciación les costó muy caro. Cuando se dieron cuenta de su equivocación y compartieron sus datos con los Adeptus, ya era demasiado tarde.

—¿Qué es lo que encontró Farluke? —le preguntó Aemos.

—Se llama Lith. Yo no lo he visto, pero he estudiado los restos recuperados en los hombres que han sido contaminados.

—¿Recuperados? —comentó Medea con un tono de voz tenso.

—De forma postuma. El Lith es una geoda hiperdensa de aproximadamente unas setecientas toneladas. Es, según tengo entendido, un decaedro de cuatro metros de diámetro. Su composición mineral es alienígena e inexplicable. Y está vivo.

—¿Qué? ¡Magos! ¿Vivo?

—Tiene conciencia, al menos. Está repleta de la asquerosa influencia del Caos. No sé cuánto tiempo lleva oculto en las profundidades de este planeta. Quizá siempre ha estado aquí, o quizá fue escondido en épocas preimperiales por manos desconocidas, para mantenerlo a salvo… o para librarse de ello. Quizás, incluso, ésa sea la razón por la que Cinchare se ha separado de su ordenación en los movimientos estelares y se ha dedicado a viajar, de forma caprichosa y errante, entre las estrellas. Al principio, tenía la esperanza de encontrarlo y recuperarlo. Sólo su composición era toda

una promesa de un conocimiento extremadamente valioso. Pero ahora lo cazo… simplemente para destruirlo.

—Ha corrompido todo este mundo, ¿verdad? —le indiqué.

—Por completo. En cuanto entró en contacto con los hombres, comenzó a retorcer sus mentes con su poder maligno. Los sometió. Los equipos de trabajo de Ortog enviados a examinarlo fueron los primeros en caer. Lo que a todos los efectos se puede considerar un culto surgió de forma espontánea. A cada iniciado se le incrustó bajo la piel una esquirla de roca sacada del Lith en un ritual simple y brutal.

—Hemos visto las marcas.

—El desorden se extendió por toda la mina de Cinchare a medida que el culto aumentaba. El Lith no podía moverse, pero llevaron más esquirlas hasta la superficie y las utilizaron para infectar a más y más trabajadores. Una vez mancillados, los operarios comenzaron a desaparecer en cuanto iniciaron una serie de peregrinajes a las profundidades de las minas para adorar al Lith. Muchos jamás lograron llegar. La mayor parte simplemente han desaparecido. He intentado seguir sus rastros, y a veces me he topado con elementos hostiles del culto, obcecados con defender a su deidad. Sin embargo, los datos proporcionados por Farluke no son fiables. No puedo encontrar la verdadera localización del Lith. Me temo que tan sólo es cuestión de tiempo antes de que el culto logre extenderse más allá de Cinchare o…

—¿O qué?

—O que completen alguna clase de tarea arcana ordenada por el Lith y que le permita despertar por completo su gran poder… o incluso ponerlo en contacto con los de su propia especie.

Nos quedamos pensando en aquellas siniestras posibilidades durante unos momentos. Aemos extrajo una serie de referencias de su memoria y las mostró en la pantalla de su placa de datos. Luego se quitó el aparato de su muñeca y se lo entregó a Bure.

—¿Servirá esto de ayuda? —le preguntó.

Bure se quedó mirando la placa de datos. Sus lentes se ensancharon hasta formar dos grandes círculos de color verde brillante.

—En el nombre de los herreros de la disformidad ¿cómo lo has…?

—¿Qué es? —les pregunté mientras me acercaba.

—La localización exacta del Lith —me respondió Aemos con orgullo.

—¿Cómo lo has conseguido? —le gritó Bure antes de que su comunicador restallara con una comunicación binaria.

—El culto necesita saber dónde se encuentra el Lith. La referencia se encuentra marcada con toda claridad en los mapas que descargué de la oficina de seguridad. No me di cuenta de su importancia hasta ahora mismo.

—¿Simplemente descargaste esto? —exclamó con un tono de voz pasmado.

—Creo que pensaban que no tenían motivo alguno para ocultarlo. Ni siquiera estaba codificado.

Bure alzó su cráneo cromado y lanzó una carcajada, un sonido chirriante y burlón.

—¡Once semanas! Once semanas llevo explorando y registrando las profundidades, abriéndome paso a través de las entrañas de la roca, a la búsqueda de pistas, ¡y la respuesta estaba ahí todo el rato! ¡A plena vista!

Se giró hacia Aemos y le puso una mano metálica en uno de sus encorvados hombros.

—Uber, siempre he admirado tu sabiduría, y me he dado cuenta de por qué Hapshant te estimaba tanto… pero es ahora cuando me he percatado de que tu sabiduría procede de la simplicidad.

—Ha sido suerte, sólo eso.

—¡Ha sido una simplicidad osada, mi sabio! Un instante de pensamiento claro y directo que empequeñece todos mis esfuerzos aquí abajo.

—Eres demasiado amable… —murmuró Aemos.

—¿Amable? No, no soy amable. —Los ojos de Bure giraron sobre sí mismos y resplandecieron por un momento—. Me abriré camino hasta el mismo corazón del Lith, y luego ese engendro verá lo poco amable que puede llegar a ser mi alma.

Dos horas más tarde, después de que los servidores de Bure nos hubieran conducido hasta un camarote sin apenas mobiliario y nos hubieran proporcionado un caldo nutriente sin olor e insípido, junto a unas rebanadas duras de pan de fibra, regresamos a la cámara de control.

En el exterior se estaba librando una pequeña guerra.

Yo ya había sentido que se había reducido la velocidad de perforado por el latido de los impulsores, y entonces vi el motivo. Habíamos atravesado la roca hasta llegar a una inmensa cavidad iluminada por unos hirvientes lagos de magma y llameantes surtidores de gases. Pude ver en la pantalla holográfica las distorsionadas imágenes del exterior de la caverna. Los disparos láser se estrellaban contra nosotros en silencio.

Bure estaba conectado al atril del estrado.

—Hemos encontrado su guarida —nos dijo—. Ofrecen resistencia.

Dos vehículos de prospección cubiertos de ceniza se abalanzaron contra nosotros disparándonos con armas de pequeño calibre desde sus escotillas.

Bure hizo un gesto hacia uno de sus tecnoadeptos, y el chasquido de las armas láser resonó por todo el casco. Uno de los aparatos estalló en el aire convirtiéndose en una bola de fuego. El otro se desplomó acribillado y envuelto en llamas.

Me di cuenta de que también teníamos enemigos en el suelo: mineros con trajes blindados de trabajo que avanzaban a la carrera sin dejar de disparar contra el translitópedo.

Bure incrementó el foco de la imagen y vimos que algunos de ellos transportaban cajas con cargas de demolición, con la esperanza de acercarse lo suficiente como para abrir una brecha en el casco.

—Acechantes —dijo Bure.

Era evidente que se trataba de una orden. Oímos un chirrido y el estampido de varias compuertas que se abrían por debajo de nosotros, y vimos aparecer unas nuevas siluetas en la pantalla.

Eran servidores de combate. Eran ingenios de aspecto pesado y cubiertos por metal plateado, que avanzaban a grandes zancadas sobre unas patas dobladas hacia atrás, arrojando grandes bocanadas de humo por los tubos de escape verticales. Los cañones automáticos de sus extremidades superiores mostraban un retroceso neumático cada vez que apuntaban y disparaban contra los adoradores del culto, matándolos de un modo sistemático.

—Acechante 453, a la izquierda y apunta —murmuró Bure. Todos los servidores estaban bajo su control directo.

Uno de los acechantes apuntó con sus armas a una nueva serie de objetivos y abatió a otros cuatro adoradores. Las cargas explosivas que llevaban explotaron en una bola de fuego brillante que cegó por unos momentos la pantalla. En el momento en que la imagen regresó, el acechante ya se estaba acercando a unos nuevos objetivos.

—Acechante 130 y acechante 252, desplegaos a la derecha. Oposición a cubierto detrás de la masa de estalactitas.

—Oh, Gran Emperador —exclamó Aemos de repente—. Algunos de ellos no están protegidos.

Era cierto. Bastantes de nuestros enemigos no llevaban puesta ninguna clase de armadura ni equipo para protegerse del entorno. Sus ropas habían quedado reducidas a jirones negros y su piel estaba llena de ampollas y llagas. Alguna clase de fuerza los mantenía en pie y en plena actividad en aquella profundidad infernal donde ningún ser vivo podía sobrevivir sin alguna clase de protección. Ni la presión, ni el tremendo calor, ni siquiera la atmósfera tóxica y corrosiva los detenía. El estigma del Lith los había transformado en habitantes de aquel mundo subterráneo.

La oleada de acechantes avanzó de forma inexorable, y el translitópedo los siguió con lentitud con sus cilios impulsores de adamantio arrastrándolo por el suelo rocoso de la caverna. Los láseres multitubo dispararon de nuevo y destruyeron otro vehículo, un gran transporte de minerales que pretendía estrellarse contra nuestra máquina.

El poderoso taladro de plasma se puso en marcha de nuevo y partió en mil pedazos una cortina de enormes rocas. La nube de polvo oscureció

durante unos momentos la pantalla holográfica.

Cuando aquel velo desapareció, vimos el verdadero horror, y nos dimos cuenta del terrible destino final que había tenido la mayoría de la población de la mina principal de Cinchare.

La herejía era enorme, un montón serpenteante de carne cocida, carne cruda y huesos fundidos. Uno por uno, los trabajadores corrompidos de Cinchare, incluso algunos de los hermanos también corruptos de Bure, habían bajado hasta allí para contribuir voluntariamente con sus cuerpos a la materia orgánica de aquella masa.

Se alzó en cuanto el translitópedo se puso a la vista, como un gigantesco gusano de fluidos rojos y carne ennegrecida de cincuenta metros de alto. Sus enormes fauces eran lo bastante grandes como para tragarse de un solo golpe un vehículo de prospección, y nos lanzaron un chorro de gases llameantes.

El translitópedo se estremeció y empezaron a sonar sirenas de alarma. La imagen de la pantalla desapareció, y uno de los puestos de control estalló enviando a su servidor al suelo. El humo empezó a llenar el lugar.

—Qué poder —comentó Bure maravillado, pero sin otra emoción.

Toda la máquina dio otra sacudida, pero con mayor violencia, y casi caímos al suelo a pesar de los sistemas de gravedad internos y a los amortiguadores de inercia.

La imagen de la pantalla reapareció, distorsionada, por un breve momento, pero lo bastante clara como para que viéramos que aquella herejía parecía estar rodeándonos con su cuerpo. El casco crujió y chirrió en protesta. Oímos unas pequeñas explosiones procedentes de las cubiertas inferiores. Las planchas metálicas se combaron y varios remaches salieron disparados como proyectiles.

—¡Bure!

—¡Lo partiré! ¡Lo derrotaré!

—¡Bure! ¡Por el amor del Emperador!

No nos oía. Todos sus esfuerzos estaban concentrados en el enlace con el impulso mental que lo mantenía unido con el translitópedo, en la coordinación de los acechantes mientras se reagrupaban para enfrentarse a

la monstruosidad. Su confianza en la supremacía de la Máquina sobre todas las cosas lo cegaba ante la posibilidad muy real de que el formidable Culto al Dios-Máquina hubiera encontrado por fin la horma de su zapato.

Me volví hacia Medea y Aemos.

—¡Vámonos! —les grité.

Estábamos a mitad de camino por el pasillo central del translitópedo, en dirección a la parte trasera de la gran máquina, cuando un impacto todavía más violento la hizo estremecer. De repente, sin previo aviso, los amortiguadores inerciales fallaron, pues el excavador comenzó a volcarse hacia un lado. Las cubiertas de cristal de las lámparas se partieron, y las débiles llamas titilaron y se esparcieron por las paredes. Oímos otra serie de impactos terribles.

Nos pusimos en pie y nos vimos obligados a utilizar la pared curvada como suelo para avanzar. El chasquido pulsante de los láseres multitubo se había convertido en un sonido continuado procedente del exterior para entonces.

Las luces rojas de alarma centelleaban en el compartimento del hangar. Nuestro vehículo de prospección había saltado de su plataforma por el último impacto y yacía medio aplastado sobre uno de sus costados, apoyado sobre parte de uno de los arcos que sostenía el techo. Sin embargo, el aparato de Bure, pintado de color rojo óxido, se había mantenido firme.

Medea y yo saltamos desde la compuerta de acceso hasta el techo, pero Aemos nos lanzó un grito a nuestra espalda.

—¡Yo no puedo saltar eso! —exclamó.

Sabía que tenía razón.

—¡Sella la compuerta y regresa para ayudar a Bure!

—¡Que el Emperador os proteja a ambos! —gritó mientras la cerraba.

Los cables de energía que antes yacían sobre el suelo del hangar colgaban como cuerdas en aquellos momentos. Empezamos a ascender agarrados cada uno de un cable hacia el vehículo de prospección todavía

conectado a su plataforma. Estábamos a mitad de camino cuando el mundo pareció estremecerse de nuevo y el translitópedo se enderezó otra vez con un tremendo impacto. Medea y yo salimos disparados junto a montones de restos caídos por doquier. Apenas tuve tiempo de arrojarme sobre Medea para apartarla cuando nuestro vehículo de prospección bajó por la pared chocando con todo y estrellándose de lado contra el suelo.

La máquina dio otra sacudida y el suelo volvió a inclinarse, unos veinte grados al menos. Nuestro vehículo, sin ninguna clase de sujeción, comenzó a deslizarse por el suelo hacia nosotros.

—¡Entra! —me dijo a gritos Medea—. ¡Entra!

Tenía abierta la escotilla de acceso al vehículo rojo de Bure, y ya estaba dentro, así que me metió a medias y a tirones en el interior. Un instante después, el translitópedo volcó treinta grados en la dirección contraria.

El vehículo de prospección suelto cambió el sentido de su marcha inmediatamente y se dirigió chirriando contra el suelo hacia uno de los mamparos hasta estrellarse contra él. Yo me quedé colgando de la escotilla abierta.

—¡Mierda! ¡Entra de una vez! ¡Entra de una puñetera vez! —me gritó Medea mientras intentaba mantenerme agarrado por las muñecas.

Lancé un gruñido de esfuerzo y levanté las piernas hasta que logré poner las puntas de los pies en el quicio de la escotilla. Me esforcé de nuevo, y logré meter todo el cuerpo. Medea cerró la escotilla con un fuerte golpe.

Sufrimos otro par de sacudidas. Llegamos hasta los asientos de la cabina y nos abrochamos los arneses de seguridad. Medea estaba intentando poner en marcha el vehículo cuando el translitópedo se dio la vuelta de nuevo y nos quedamos cabeza abajo colgando de los arneses. El aparato estaba fijado a su plataforma situada en el… techo.

—Esto va a ser divertido —dijo Medea con una risa agresiva. Había pulsado el control remoto de apertura de las grandes compuertas del hangar. Aceleró al máximo los motores del vehículo y lo desenganchó de su plataforma de amarre.

Caímos durante un vertiginoso segundo, cabeza abajo, como una piedra. Ella encendió los cohetes de estabilización y nos dio la vuelta. No chocamos contra una de las compuertas por un pelo y salimos del translitópedo justo cuando comenzaba a dar otra vuelta sobre sí mismo.

La herejía se había enrollado sobre la gran excavadora subterránea de Bure como si fuera una serpiente constrictora. Sacudía de un lado a otro la máquina, y pude ver que el casco acorazado comenzaba a combarse en algunos puntos. Distinguí algunos agujeros humeantes donde las baterías de láseres multitubo habían sido arrancadas. Los acechantes se acercaban hasta los gigantes en lucha y acribillaban al gusano del Caos con todas sus armas. Los restos de bastantes de ellos permanecían aplastados en el suelo, en el mismo lugar donde el translitópedo había pasado por encima de ellos.

Medea hizo virar nuestro aparato mientras intentaba familiarizarse a toda velocidad con el panel de control del vehículo.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Tienes algún plan?

Negué con la cabeza.

—Estoy pensando en uno.

El vehículo de prospección de Bure estaba desarmado. Lo sabía porque lo había comprobado en cuanto estuvimos en el aire.

No había nada susceptible de ser utilizado como un arma aparte de un láser minero colocado bajo el morro de la cabina, un láser con una tremenda potencia de corte… y que tenía un alcance de cinco metros.

—Llévanos a las profundidades de esta cueva —dije mientras consultaba la pantalla del auspex geológico de la nave.

—¿Lejos de la lucha?

—No podemos enfrentarnos a ese ser… así que en vez de eso lo que haremos será encontrar al Lith. Y tiene que ser esa señal.

Había una luz intermitente en la pantalla: grande, inconfundible.

Los adoradores desplegados en el suelo nos dispararon cuando pasamos volando por encima de ellos y nos adentramos todavía más en la

extensa caverna volcánica. Los surtidores de furia ígnea explotaron en los lagos de lava y amenazaron con engullirnos.

Fue entonces cuando vimos al Lith.

Estaba enterrado en un reborde de obsidiana que sobresalía de la pared de la caverna, pero habían excavado a conciencia a su alrededor para dejarlo al descubierto.

Unos vehículos pesados de excavación y varias plataformas gravitatorias de perforación se hallaban colocados en las laderas de cenizas bajo la piedra, y todo el terreno estaba cubierto de fragmentos de obsidiana.

Era, tal y como Bure lo había descrito, un decaedro perfecto de cuatro metros de diámetro, de un color verde oscuro y de reflejos cristalinos como el agua congelada. Brillaba con una luz interior. Incluso desde aquella distancia pude sentir su maldad. Noté un irritante cosquilleo en el borde de mi conciencia psíquica. Medea tenía aspecto de sentirse enferma.

—No quiero acercarme más —dijo de repente.

—¡Tenemos que hacerlo!

—¿Y hacer qué?

Me pregunté por un momento si lo podríamos partir con el láser minero. De hecho, me pregunté si eso serviría de algo. Dudaba mucho que ni siquiera lo melláramos aunque estrelláramos el vehículo de prospección contra él.

Y aun así, los adoradores habían conseguido sacarle esquirlas para extender su culto maligno. Era vulnerable… a menos que aquello hubiera permitido que les sacaran voluntariamente las esquirlas.

Lo que estaba claro es que no podíamos moverlo.

Ya podía sentirlo en mi cabeza, susurrándome en mi mente. No podía sentir palabras, sólo un murmullo que me helaba la espina dorsal. Insidioso, lento… lento como los eones de tiempo geológico, lento como un glaciar o una placa tectónica. Hablaba con suavidad y sin prisas, desplegando lentamente su mensaje seductor. No había ninguna necesidad de darse prisa. Tenía todo el tiempo de la galaxia…

Nuestro vehículo se estremeció violentamente. Alcé la vista sorprendido y miré a mi alrededor. Medea había perdido en parte el control porque se había inclinado para vomitar al otro lado de su asiento. Tenía la piel pálida, y estaba sudorosa y jadeante.

—No… no puedo —dijo entre jadeos—. No me hagas acercarme más.

Había llegado a su límite. Me incliné hacia ella y le puse una mano justo por encima de su oreja.

—Duerme —le ordené suavemente utilizando mis poderes mentales.

Se hundió en una misericordiosa inconsciencia. Tomé los mandos.

No era un piloto tan bueno como Medea Betancore, y por un momento pensé que me iba a estrellar de morro contra la superficie hirviente de un lago de lava mientras me hacía con el control del aparato.

Pero el difunto padre de Medea me había entrenado lo bastante bien. Descendí hasta la superficie de roca fundida, dejé un surco con mi paso en la extensión de lava y luego ascendí virando alrededor de una inmensa columna que llegaba hasta el techo de la caverna. Sólo quedaba otro ancho lago de lava y la orilla de cenizas donde se encontraba el Lith y yo.

Me estaba susurrando de nuevo, pero me lo quité de la cabeza. Había preparado mi mente para que resistiera las sutilezas psíquicas del Caos. Así era como se apoderaba de las mentes débiles. Así era como había contaminado y mancillado a la población de la mina de Cinchare. El susurro… las palabras de poder sin forma tangible que arrastraban a la humanidad al abrazo del Caos…

De repente, se me ocurrió una idea. Me gusta pensar que fue una idea nacida de la misma simplicidad por la que Bure había felicitado a Aemos. Una posibilidad sencilla y perfecta.

Desterré de mi mente los temores que sentía por la vida de Aemos y del magos. Era posible que la enorme herejía hubiera acabado ya con ellos destrozando el translitópedo en la otra parte de la caverna. Si todavía les quedaba alguna esperanza, lo que iba a hacer era lo mejor para ellos.

Solté una mano de los mandos y activé el reflector de voz para que se pusiera a grabar. Luego me concentré de nuevo en pilotar el aparato y empecé a hablar con voz clara y alta, sacando las palabras de mis

recuerdos de hacía ya mucho tiempo, en mi mundo natal, DeKere, cuando era un niño, de pie en la gran sala de la *scholam*, con los demás pupilos, recitando juntos…

Sonó una alarma de colisión, y viré a la izquierda justo a tiempo para tener una breve visión de un vehículo de prospección que llenó todo el espacio delante de la cabina antes de pasar de largo a toda velocidad.

Dos puntos de color amarillo brillante habían aparecido en la pantalla del auspex. Las balizas localizadoras de los otros vehículos de prospección, como los de los que nos habían perseguido por los túneles de las minas.

El que había intentado chocar conmigo estaba girando sobre el lago de lava. El otro se estaba abalanzando en mi dirección en un rumbo de intercepción. Viré para volar de cara hacia él y luego volví a virar en el último momento. Pasamos muy cerca el uno del otro, lo bastante como para poder ver con claridad el símbolo de la Ortog Promethium pintado en su costado. Lo bastante cerca como para ver la cara de Kaleil a través de las ventanillas de la cabina.

El primer aparato, con un símbolo de Minería Imperial apenas visible en la pintura de su flanco, levantada por el tremendo calor, apareció de nuevo para bloquearme el paso hasta la orilla y el Lith. El piloto, inidentificable a aquella distancia, había roto los cristales de la carlinga y me estaba disparando con una carabina láser desde la cabina. A pesar de nuestras velocidades respectivas, logró acertar varias veces, y los impactos resonaron sobre el fuselaje de mi vehículo. Viré para alejarme mientras intentaba de forma desesperada no interrumpir mi recitado mientras me concentraba en el duelo aéreo.

Comencé a recitar las palabras como si fueran un mantra.

Al virar para alejarme del aparato de Minería Imperial, me enfrenté de nuevo cara a cara con el vehículo de Kaleil. Giré bruscamente para esquivarlo, pero aun así, nos rozamos al pasar y mi nave se estremeció de arriba abajo. Unas cuantas luces de advertencia se encendieron en el panel de instrumentos. Me habían dañado la tobera y me habían reducido la maniobrabilidad. El lago de lava pareció abalanzarse sobre mí para

devorarme, pero ascendí todo lo que pude, alejándome de la playa de ceniza.

Continué recitando durante todo el rato.

El vehículo de Minería Imperial estaba colocado en mi cola, acribillando el aire con disparos láser. Efectuamos un giro cerrado alrededor de la columna de anzagrata, pero no pude despegarme de él. Intenté pensar en lo que hubiera hecho Medea. Lo que habría hecho su padre. Las palabras me faltaron por unos instantes mientras pensaba y llevaba a cabo mi frenético plan.

El vehículo de prospección enemigo estaba justo detrás de mí. Frené en seco y logré hacerle dar la vuelta al aparato antigravitatorio mediante los cohetes de altitud, bajando el morro como si le estuviese haciendo una reverencia a mi atacante. Y encendí el láser minero.

El vehículo de Minería Imperial estaba demasiado cerca de mí como para tener tiempo para frenar o virar. Creo que intentó estrellarse contra mí, pero me había elevado demasiado para que pudiera llegar. Pasó por debajo de mi casco a toda velocidad, tan cerca que arrancó los focos y la antena del auspex que tenía bajo el morro.

También atravesó de lleno la lanza incandescente que era el láser minero. Cortó el vehículo de Minería Imperial por la mitad a todo lo largo, y las dos mitades cayeron dando vueltas hacia el magma al rojo blanco que les esperaba abajo.

Mi aparato estaba dañado por dos impactos. Continué recitando palabras, con la esperanza de que el breve lapso de tiempo callado no tuviera importancia.

El auspex se había quedado ciego al serle arrancada la antena, pero no importaba, porque podía ver a Kaleil de todas maneras. Estaba sobrevolando el lago a toda velocidad en mi dirección.

Me mantuve flotando inmóvil, sin desplazarme. Existe un momento para la acción, y otro para las palabras, en las que ya me había arriesgado. Apagué el reflector de voz y abrí el canal de comunicación.

—¿Kaleil?

—¡Horn!

—No. Horn no… Inquisidor Eisenhorn.

Se quedó callado. Estaba a unos doscientos metros y acercándose a una velocidad que nos haría papilla a los dos.

Me acerqué el micrófono a la boca y utilicé toda mi fuerza de voluntad mental.

—No lo hagas —dije.

El vehículo de prospección de Ortog Promethium giró y se lanzó de cabeza hacia el lago de lava. Un halo de fuego surgió del lento y ondulante surtidor que se produjo cuando se estrelló contra la roca líquida.

Conduje mi maltrecho aparato hasta la playa de cenizas y lo hice aterrizar a unos veinte metros del Lith. Medea gimió en sueños. Me dieron miedo los sueños que pudieran estar bulléndole en el subconsciente.

—¡Sal de mi cabeza! —gruñí en voz alta para hacer frente al insistente susurro del Lith.

Tardé un momento en rebobinar la grabación del reflector de voz y de ponerla en un ciclo continuo. Luego desvié la señal hacia el sistema de sonar por eco que se utilizaba en el vehículo de prospección para complementar el auspex en sus tareas de exploración. Hice girar los instrumentos hasta que el poderoso sonar apuntó directamente al maligno decaedro.

La grabación, convertida en tremendos impulsos ultrasónicos, se estrelló contra el Lith. Era la Oración del Emperador para Expulsar la Disformidad, aprendida de memoria por todos los buenos alumnos del Imperio. Una plegaria inocente contra la oscuridad, una negación del Caos. Dudaba mucho que jamás hubiera sido utilizada de un modo tan activo. Dudaba que mis tutores en escuela hubieran concebido un uso semejante para aquella sencilla cancioncilla.

—Palabras —dije en un murmullo—. Tus corrompidos susurros contra mis palabras de poder. ¿Qué te parece?

Puse el volumen del sonar al máximo. En términos de energía sónica, las ondas producidas hubieran dejado inconsciente a una persona y le

hubieran partido los huesos.

Durante un minuto o poco más, temí que no estuviera produciendo ningún efecto.

Justo entonces cesaron los susurros, y se convirtieron en un gemido subsónico de rabia y angustia, y finalmente, de agonía.

La superficie del Lith se quedó descolorida, como si de repente hubiese quedado cubierto de moho. Se estremeció y partió la roca de obsidiana que lo rodeaba.

Por fin, su luminiscencia interior comenzó a apagarse hasta desaparecer por completo, y ya no se le pudo distinguir de la roca volcánica negra y cristalina que lo rodeaba.

Cuando el Lith murió, también lo hicieron sus adoradores, lo mismo que la herejía. Comprobé que Medea sólo estaba profundamente dormida y luego piloté con cuidado el dañado vehículo de prospección a través de la caverna hasta llegar al otro lado y justo a tiempo para ver cómo los últimos restos del odioso gusano se quemaban y se deslizaban por los costados del abollado casco del translitópedo. El aire apestaba a ceniza sucia y a grasa quemada.

Los cuerpos en llamas de los adoradores alfombraban el suelo de la caverna. Los acechantes, ya inmóviles, se mantenían en pie entre los cadáveres, a la espera de la siguiente orden.

Aunque estaba abollado y retorcido, el gran excavador al menos había logrado mantener su integridad estructural. Los propios tecnoadeptos de Bure se apresuraron a hacerse cargo del cuerpo inconsciente de Medea en cuanto posé el vehículo de prospección en el suelo del hangar.

El suelo del pasillo principal seguía inclinado hacia un lado. Los sacerdotes ingenieros de Bure todavía estaban intentando reparar los amortiguadores inerciales.

El aire estaba lleno de un humo acre, y también estaba cargado por el desagradable olor a grasa quemada del exterior. Aemos salió a mi encuentro en la puerta de la cámara de control y me abrazó por un instante en una rara muestra de afecto. Bure se había quitado su túnica anaranjada. Era una silueta siniestra, inhumana, que observaba nuestro intercambio de emociones humanas desde el borde del estrado, iluminado por los fuegos sin apagar de los puestos de control.

—Estamos bien, viejo amigo —le dije a Aemos. Se separó de repente, como si se sintiera culpable.

—Lo has hecho muy bien, Gregor. ¡Maravillosamente bien!

—Yo… yo no pretendía faltarte al respeto…

Era en esos momentos cuando deseaba poder sonreír. Estoy demasiado acostumbrado a la máscara impasible en la que Gorgone Locke convirtió mi rostro.

Utilicé con suavidad mis poderes mentales para que comprendiera bien que le decía la verdad con mis palabras.

No existe ninguna falta de respeto, viejo amigo.

Aemos sonrió de forma amable y se apartó.

Bure se acercó hasta mí, con sus suspensores chirriando. También él me abrazó, lo que me dejó sorprendido. Fue un gesto breve y torpe, y sus servobrazos no me transmitieron ninguna sensación humana de calidez. Sentí una enorme lástima por él en aquel momento. Su esencia humana se había visto conmovida por los acontecimientos, y había visto y copiado la improvisada muestra de afecto de Aemos. Creo que en ese momento deseó ser humano de nuevo. Sólo por un momento. Pero sus fuertes brazos no transmitían mayor emoción que su firme apretón de manos de bienvenida cuando nos vimos a la llegada.

Se apartó y dejó caer los brazos a sus costados. Sus ojos de resplandor verde miraron a un lado y a otro para vigilar los trabajos de los equipos de reparación mientras se esforzaban por arreglar los desperfectos.

—Nunca te lo he dicho —empezó a decir, y su voz era fría, carecía de entonación, aunque intentaba evitar ambas cosas—. Hapshant. Te tenía en

una estima increíble. Una vez me dijo que estaba convencido de que tus logros eclipsarían su carrera. Yo creo que estaba en lo cierto.

—Gracias, magos.

Se volvió para mirarme. Sus ojos de color esmeralda se convirtieron en dos rendijas.

—Todavía no me has dicho lo que te trajo hasta aquí.

—Los recientes acontecimientos me lo impidieron, magos.

—Es cierto. Pero aun así, todavía no me lo has dicho…

—Tengo que contarte las… circunstancias que han cambiado en mi vida, magos. Las contaré con todo detalle, con la esperanza de que lo entiendas y que no pienses mal de mí. Pero antes… Te di algo para que me lo guardaras y lo estudiaras, hace ya un siglo. Me gustaría verlo de nuevo.

Era algo irónico, como si alguna especie de equilibrio kármico estuviese funcionando. Por supuesto, jamás he creído en ese tipo de cosas. Bure había estado excavando en su búsqueda sin éxito a través del corazón rocoso de Cinchare a lo largo de once semanas, y había sido sólo fruto de la casualidad que Aemos apareciera con la localización exacta del Lith. Y nosotros habíamos bajado hasta las profundidades en busca de Bure para enterarnos de que lo que habíamos ido a buscar a Cinchare estaba guardado en un sitio seguro, en el anexo del Adeptus Mechanicus, donde había estado todo el tiempo, donde lo habríamos encontrado si lo hubiésemos buscado.

El dañado translitópedo tardó treinta horas en llevarnos de vuelta a la superficie. En cuanto atravesamos la capa de gypnate de la mina de Minería Imperial, envié a Medea y a Aemos a nuestro cúter para que se pusieran en contacto con Bequin y los demás, que todavía estaban esperando a bordo del *Essene*, estacionado en una órbita elevada.

Esperaba que no hubieran hecho ninguna tontería durante mi ausencia.

Bure me llevó hasta el anexo. Su decodificación hizo volver a la vida el sanctum y los largos pasillos a ambos lados de la capilla del Culto al Dios-Máquina se llenaron de luz. Recorrimos uno de ellos, en el que las placas de iluminación seguían parpadeando mientras se calentaban después de un período tan largo sin haber sido utilizadas.

El magos introdujo sus cables neurales torácicos en una conexión de la pared y abrió una cerradura. Una pesada puerta blindada se deslizó hacia un lado. Luego, la que se encontraba en el interior de la primera, y por fin, una tercera, una resistente compuerta en forma de iris que se abrió de forma segmentada hasta desaparecer en el interior de una pared con el mismo ruido de las espadas al ser desenvainadas.

—Esto es lo que quieres —dijo Bure—. A lo largo de los años me ha proporcionado mucha información.

—Más tarde revisaré los informes, magos. Déjame a solas con él, por favor.

Bure se marchó.

Entré en la estancia a través de la compuerta de iris y bajé tres peldaños metálicos de rejilla hasta quedarme en el centro de la celda. Sentí el nauseabundo cosquilleo de los campos amortiguadores psíquicos. Todas las superficies estaban cubiertas de cristales de hielo, y pude distinguir el chasquido de las energías sinápticas.

—Hola, Eisenhorn —me dijo un reflector de voz con un tono hueco.

Esa voz procedía de una caja que se encontraba sobre un bloque de basalto situado en el centro de la cámara. Tanto la caja como el bloque de basalto estaban cubiertos de hielo. Unas cuantas lucecitas se encendían y se apagaban en el interior de la tapa levantada de la caja.

Me preparé, y luego contesté.

—Pontius Glaw. Nos encontramos de nuevo.



VEINTIUNO

ENTREVISTA CON EL CONDENADO
BURE EL HERRERO
ORBUL INFANTA

—A ver si te entiendo bien, Eisenhorn —me dijo la voz sin cuerpo de Pontius Glaw, lentamente y con un tono desdeñoso—. ¿Crees que voy a ayudarte?

Carraspeé para aclararme la garganta.

—Sí.

Pontius se rió. Las luces sinápticas conectadas a los circuitos dorados de su esfera de engrama parpadearon en serie.

—No creí que un hombre de un aburrimiento y una sobriedad tan estudiadas como tú pudiera tener la capacidad de asombrarme, Eisenhorn. Veo que me equivocaba.

—Me ayudarás —dije a mi vez con voz tranquila pero categórica.

Quité la escarcha que cubría uno de los peldaños y me senté de frente a la caja. Tenía una forma rectangular, con unas patas acabadas en garras, con un aspecto compacto y repleta de una tecnología que sólo tenía un propósito: mantener el soporte vital y la capacidad operativa de la esfera

de engrama, un objeto de apariencia tosca y con el tamaño de un puño, en la que residía el intelecto, y quizás el alma, de uno de los herejes más famosos de todo el Imperio.

Pontius Glaw, muerto en cuerpo desde hacía casi trescientos años, había sido durante su vida física uno de los productos más dañinos de la poderosa dinastía de los Glaw. Aquella familia, una de las más nobles de Gudrun, había dado luz a muchos herejes en su época, el último de los cuales era un personaje clave en el asunto del Necroteuco. Gracias al gran y esforzado apoyo de la Seguridad Naval Imperial, había aplastado por completo su nocivo linaje, y logrado capturar la esfera de engrama de Pontius Glaw. Su familia y sus lacayos habían intentado sacrificar a miles de inocentes para hacerle recuperar un cuerpo físico. También les había impedido eso.

Cuando acabó todo aquel asunto, me encontré en posesión de una caja repleta de maldad herética. Ya sólo en términos tecnológicos, era toda una maravilla, y no había forma de calcular los secretos que Pontius podía guardar, así que en vez de destruirla, le encargué su custodia al magos Geard Bure. Sabía que Bure dispondría del tiempo y de la habilidad necesarios para desentrañar al menos sus maravillas técnicas. Además, era una persona de fiar.

Sin embargo, de vez en cuando a lo largo de los cien años anteriores, me había cuestionado lo acertado de aquella decisión. Lo cierto es que debería haber entregado el Pontius al Ordo Hereticus para que lo examinaran y lo eliminaran. El hecho de que no hubiera actuado así me remordía la conciencia de vez en cuando, ya que sugería un comportamiento engañoso y traicionero por mi parte. Al ver lo que me había ocurrido a lo largo del año anterior, me descubrí dándole vueltas a la idea de que quizá mis acusadores tenían razón. ¿Había sido el acto de un hombre poco fiable el hecho de esconder una entidad tan peligrosa?

Aemos me tranquilizó al recordarme que la caja utilizaba una tecnología de impulso mental que sin duda había sido robada al Culto al Dios-Máquina. Por lo tanto, me dijo, era incuestionable que un artefacto

semejante debía encontrarse bajo la custodia de los sacerdotes del Adeptus Mechanicus.

—Muy bien, sigue hablando —me dijo Pontius—. Cuéntame tu caso. ¿Por qué debería ayudarte?

—Necesito una información especializada y estoy seguro de que tú la posees. Cierto conocimiento.

—Eres un inquisidor, Eisenhorn. Todos los recursos del Imperio están a tu disposición. ¿Debo entender, bueno, que tienes ciertas limitaciones?

No pensé en ningún momento contarle a aquel monstruo los apuros por los que estaba pasando. Y aunque en cierto modo él llevaba razón, tampoco hubiera podido encontrar las respuestas que quería en ninguno de los archivos imperiales.

—Lo que necesito saber podría considerarse en cierto modo un… conocimiento proscrito.

—Aaahhhhh…

—¿Qué? ¿«Ah» qué?

Incluso sin una cara o sin el lenguaje corporal, Pontius parecía encontrarse satisfecho consigo mismo.

—Así que finalmente has llegado a ese lugar. Es maravilloso.

—¿Qué lugar?

Me sentí incómodo. Llevaba meses planeando aquella conversación, y el control de la misma se me estaba escapando por momentos para pasar a manos de Glaw.

—El lugar donde cruzas la línea.

—Yo no he…

—Todos los inquisidores acaban cruzándola.

—Te digo que…

—Todos ellos. Es una especie de accidente laboral.

—Escúchame bien, inútil…

—Creo que el inquisidor Eisenhorn protesta demasiado. La línea, Gregor. ¡La línea! La línea que separa al orden del caos, lo correcto de lo incorrecto, la humanidad de la inhumanidad. Lo sé porque yo la he

cruzado. Voluntariamente, por supuesto. Con satisfacción. Bailando con alegría. Para los que son como tú, es un proceso un poco más doloroso.

Me puse en pie.

—No creo que esta conversación nos lleve a ningún lado, Glaw. Me marcho.

—¿Tan pronto?

—Quizá vuelva dentro de uno o dos siglos.

—Fue en Quentus Ocho, en la primavera de 019.M41.

Me detuve en el umbral de la primera compuerta.

—¿El qué?

—El momento en que yo crucé la línea. ¿Te gustaría que te lo contara?

Me sentía inquieto, pero regresé a mi asiento en los peldaños. Sabía lo que Glaw estaba haciendo. Pontius, encerrado en su caja sin sentido del gusto, del tacto, del olfato, sin ninguna clase de estimulación sensorial, deseaba ansiosamente algo de compañía y de conversación. Había aprendido aquello durante los largos interrogatorios que le hice a bordo del *Essene* diez décadas atrás, durante el viaje hacia el remoto sistema KCX-1288. En aquel momento, tan sólo me estaba ofreciendo pequeños retazos de información para mantenerme interesado y que me quedara allí charlando con él.

Sin embargo, lo cierto es que durante los cien años de cautividad no había ofrecido unos detalles tan personales de su vida humana.

—019.M41. Fue un año muy ajetreado. Los mundos fortaleza del borde oriental del sistema estaban resistiendo un ¡Waaagh! de los pielesverdes, y dos de los Altos Señores de Terra habían sido asesinados en otros tantos meses por familias imperiales disidentes. Se hablaba de una guerra civil. Los mercados del subsector se habían desplomado. El comercio marchaba muy mal. Qué año. San Dracos fue martirizado en Korynto.

—Tengo acceso a los textos de historia, Pontius —le dije con acritud.

—Yo estaba en Quenthus Ocho, comprando luchadores para los combates de pozo. Son una buena raza, los Quenthi, de largas extremidades y bastante belicosos. Yo tenía unos, quizá, veinticinco años. No lo recuerdo con exactitud. Estaba en la flor de la vida, y era atractivo.

Se produjo un largo silencio mientras pensaba en aquello. Unas chispas luminosas recorrieron sus cables.

—Uno de los encargados de los combates me aconsejó que fuera a ver a un luchador que había sido comprado en un mundo al mismo borde del Ultima Segmentum. Era un tipo grande y bronceado de un mundo salvaje llamado Borea. El nombre del individuo en cuestión era Aaa, que en la lengua del planeta significaba «espada corta carne para conseguir mujeres». ¿No es encantador? Si alguna vez hubiese sido el padre de un hijo, de un hijo humano, me refiero, lo hubiera llamado Aaa. Aaa Glaw. Suena bien, ¿verdad?

—Todavía estoy a punto de irme, Glaw.

La voz de la caja soltó una especie de carcajada.

—El tal Aaa era todo un elemento. Tenía todos los dientes afilados como dagas a propósito, y le habían tratado la punta de los dedos con ungüentos desde su nacimiento para que se convirtieran en garras. ¡En garras, Eisenhorn! Ganchos calcificados y curvados de queratina y callos. Una vez le vi desgarrar una cota de malla con ellas. Bueno, el caso es que fue todo un descubrimiento. Lo mantenían constantemente encadenado. El encargado de los pozos me contó que le había arrancado el brazo a otro prisionero durante el traslado, y le había arrancado el cuero cabelludo a uno de los guardianes del estadio en un descuido. Con sus dientes.

—Encantador.

—Por supuesto, lo compré. Creo que yo le caía bien. Carecía de lenguaje realmente, ¡y sus modales en la mesa! Dormía sobre sus propios restos, y se apareaba como un perro.

—No me extraña que le cayeses bien.

La escarcha crujió alrededor de la caja.

—Eres un niño cruel. Soy un hombre culto. Ja. Era un hombre culto. Ahora soy una caja erudita y peligrosa. Pero no olvides mis estudios y mi crianza, Eisenhorn. Te sorprendería saber lo fácil que es para un hijo estudioso y acomodado del Imperio cruzar esa línea que ya te he mencionado.

—Sigue. Estoy seguro de que me quieres demostrar algo.

—Aaa me sirvió bien. Gané varias fortunas en los combates de pozo. No voy a fingir que nos hicimos amigos… Uno no se hace amigo de su carnodonte favorito, ¿verdad? Y desde luego, uno no se hace amigo de un objeto, aunque sea lucrativo. Pero logramos crear un entendimiento mutuo a lo largo de los años. Lo visitaba de vez en cuando en su celda, sin guardianes que me protegieran, y jamás me puso la mano encima. Me contaba tartamudeando los mitos de su mundo natal, Borea. Feroces relatos de barbarie y asesinatos. Pero me estoy adelantando. El momento, el momento ocurrió allí, en Quenthus, en el anfiteatro, bajo el sol de primavera. El encargado me mostró a Aaa, y me insistió en que lo comprara. Aaa me miró, y creo que vio un alma gemela… y probablemente por eso se creó un lazo entre nosotros en cuanto lo compré. Me imploró con un lenguaje deslavazado y apenas comprensible que lo comprara, y me mostró con gestos la diversión que me proporcionaría. Y para sellar el acuerdo, me ofreció su collar.

—¿Su collar?

—Eso mismo. A los esclavos se les permitía conservar un objeto personal, siempre que no se tratase de algo que pudieran utilizar como armas. Aaa llevaba un collar de oro alrededor de la garganta, y era la marca de su tribu. Era el objeto más valioso que tenía. De hecho, era el único objeto que poseía. Pero no importa… Me lo ofreció a cambio de que me convirtiera en su amo. Lo tomé y, como ya he dicho, lo compré.

—¿Y ésa fue la línea? —le dije sin mostrarme impresionado.

—Espera. Espera… Más tarde, pero ese mismo día, le eché un vistazo detallado al collar. En su interior encontré una tecnología sorprendente. Puede que Borea fuese un mundo bestial en aquella época, pero era evidente que antaño había sido un puesto avanzado de la humanidad. Había caído en una edad oscura y salvaje debido a la influencia del Caos, y aquel collar era una reliquia de aquella caída. Se trataba de una tecnología prohibida y olvidada que concentraba la materia de la Oscuridad en la mente de su portador. Por tanto, no era sorprendente que Borea, donde todos los hombres adultos llevaban uno, fuese un lugar tan primitivo. Me sentí intrigado, así que me puse el collar.

—¿Te lo pusiste?

—Era joven y atrevido, ¿qué más puedo decir? Me lo puse. A las pocas horas, los tentáculos de la disformidad habían impregnado mi receptiva mente. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—¡Fue maravilloso! ¡Liberador! ¡Por fin estaba vivo en el universo real! Había cruzado la línea, y fue una bendición. De repente, lo vi todo como realmente era, no como el Ministorium y ese Emperador de corazón podrido querían que lo viera. ¡Una eternidad embriagadora! ¡La fragilidad de la raza humana! ¡Las glorias del espacio disforme! ¡El momentáneo tesoro de la carne! ¡La incomparable dulzura de la muerte! ¡Todo eso!

—Y dejaste de ser Pontius Glaw, el séptimo hijo de una respetable Casa Imperial, y te convertiste en Pontius Glaw, el idólatra sádico, y en una abominación.

—Los niños tenemos que tener alguna afición.

—Gracias por contármelo, Pontius. Ha sido realmente esclarecedor.

—Sólo acabo de empezar…

—Adiós.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn, espera! Por favor, yo…

Las puertas de la celda resonaron al cerrarse a mi espalda.

Esperé dos días antes de volver a verlo. Estaba malhumorado y hosco.

Entré en la celda y dejé a un lado la bandeja que llevaba conmigo.

—No pienso hablar contigo —me dijo.

—¿Por qué?

—Te abrí mi alma el otro día, y tú… tú te marchaste sin más.

—He vuelto.

—Sí que lo has hecho. ¿Ya estás más cerca de la línea?

—Tú sabrás.

Me incliné y me serví una gran copa de amasec de la licorera que traía en la bandeja. Hice girar el líquido dentro de la copa unas cuantas veces y luego bebí un gran sorbo.

—Amasec.

—Sí.

—¿Cosecha?

—Una de cincuenta años procedente de Gathalamor, envejecida en barricas de madera.

—¿Es… bueno?

—No.

—¿No?

—Es perfecto.

La caja lanzó un suspiro.

—Me estabas contando algo… sobre esa línea.

—Yo… yo lo que te decía es que estoy muy enfadado contigo —me respondió Pontius con testarudez.

—Ah —me limité a decir mientras extraía un bastoncillo de lho que había sacado a escondidas del cuarto de Tasaera Ungish. Lo encendí y le di una gran calada, y luego soplé el humo hacia la caja maldita. Nayl me había inyectado media hora antes unos fuertes antídotos y drogas antiopiáceas para contrarrestar los efectos del amasec y del bastoncillo de lho, pero me recosté de todas maneras y aparenté disfrutar del humo.

—¿Es un bastoncillo de lho?

—Sí, Pontius.

—Hmmmm…

—¿Qué decías?

—¿Es bueno?

—¿Qué decías?

—Yo, ya te he contado mi desliz. Mi cruce de la línea. ¿Qué más quieres saber?

—El resto. Tú crees que yo también he cruzado la línea, ¿no es verdad?

—Sí. Lo llevas contigo. Tienes todo el aspecto de un hombre que ha comprendido el gran significado de la disformidad.

—¿Y eso por qué?

—Ya te dije que le termina pasando a todos los inquisidores, más tardeo más temprano. Te imagino como un joven estricto y puritano, en la

scholam. Todo debía parecerte tan simple en aquella época… La luz y la oscuridad.

—Y eso no es algo tan obvio hoy en día.

—Por supuesto que no. Porque la disformidad lo es todo. Esta ahí, incluso en las cosas más ordenadas que hacéis. La vida debe ser insípida y aburrida sin ello.

—¿Como tu vida actual? —le comenté, y luego tomé otro trago de amasec.

—¡Condenado seas!

—Según me dices, ya estoy condenado.

—Todo el mundo está condenado. La humanidad está condenada. Toda la especie humana está condenada. El Caos y la muerte son las únicas verdades de la realidad. Creer otra cosa es pura ignorancia. Y la Inquisición… tan orgullosa y tan cumplidora y tan engreída de su propia importancia, tan segura de que está combatiendo al Caos… es la más ignorante de todas. Tu trabajo diario te acerca cada vez más y más a la disformidad, aumenta tu conocimiento y tu comprensión de los poderes sin orden. Poco a poco, sin darse cuenta, incluso el más estricto y puritano de los inquisidores acaba siendo seducido.

—No estoy de acuerdo.

El humor de Pontius parecía haber mejorado en cuanto empezamos a discutir.

—El primer paso es el conocimiento. Un inquisidor debe entender los defectos básicos del Caos para poder combatirlo. En pocos años, conoce mejor la disformidad que la mayoría de los adoradores sin estudios. Entonces llega el segundo paso: el momento en que rompe las reglas y permite que ciertos aspectos del Caos sobreviva no que permanezcan para poder estudiarlos y aprender de ellos. Yo de ti ni siquiera intentaría negar algo así, Eisenhorn. Al fin y al cabo, aquí estoy, ¿no?

—Sí que lo estás. Pero el conocimiento y la comprensión son esenciales. ¡Incluso uno de los puritanos lo admitiría! Sin ello, la lucha de la Inquisición no tendría ninguna esperanza.

—No me vengas con ésas —dijo con una risa. Luego se quedó un momento callado—. Descríbeme el sabor del amasec en tu boca. La calidad, el aroma.

—¿Por qué?

—Han pasado trescientos años desde que probé algo. Olí algo. Toqué algo.

Temí que mi ostentación del amasec y del opiáceo fuese demasiado evidente, pero él se había sentido atraído por ello.

—Es como un suave aceite en la boca, tibio. El aroma precede al gusto, como pimienta, un poco especiado. El gusto es un ardor en la garganta que me enciende un fuego detrás del corazón.

La caja soltó un largo y lastimoso sonido de arrepentimiento fascinado.

—¿El tercer paso?

—El tercer paso… El tercer paso es la propia línea. Cuando el inquisidor se convierte en un radical. Cuando se decide a utilizar al Caos contra el Caos. Cuando emplea a los agentes de la disformidad. Cuando le pide ayuda al hereje.

—Ya entiendo.

—Estoy seguro de que lo haces. Así pues… ¿me vas a pedir que te ayude?

—Sí. ¿Vas a proporcionarme esa ayuda?

—Eso depende —murmuró la caja—. ¿Qué saco yo de todo esto?

Apagué el bastoncillo de lho.

—Por lo que me has dicho, supongo que tu recompensa sería la satisfacción de verme cruzar esa línea y así condenarme para siempre.

—¡Ja, ja! ¡Muy listo! Ya estoy disfrutando de eso. ¿Qué más?

Giré la copa en mi mano, haciendo que el líquido ambarino diera vueltas en su interior.

—El magos Bure es un hombre de enorme talento. Un maestro de la maquinaria. Aunque jamás te dejaría marchar de tu prisión, quizá le podría pedir un favor.

—¿Un favor? —repitió Pontius con una temblorosa nota de ansiedad en su voz mecánica.

—Un cuerpo para ti. Un chasis de servidor. La capacidad de andar, de tocar, de sostener, de ver. Quizás incluso unos cuantos refinamientos sensoriales: sentido del tacto, del gusto, del olfato, todo muy rudimentario, por supuesto. Eso sería un juego de niños para él.

—¡Dioses de la disformidad! —susurró.

—¿Y bien?

—Pregúntame. Puedes preguntarme todo lo que quieras, Eisenhorn.

—Charlemos un rato… sobre el tema de los huéspedes demoníacos y de los demonios.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —me preguntó Fischig.

—Por supuesto —le contesté.

Nos habíamos instalado en la oficina de seguridad de la mina Cinchare para utilizarla como base de operaciones. Bequin y Aemos habían acondicionado el lugar y lo habían puesto en marcha, y Medea, Inshabel, Nayl y Fischig patrullaban la zona con regularidad. Bure nos había proporcionado unos cuantos servidores acechantes como guardias adicionales, y habíamos establecido una conexión por vox con el *Essene* para que nos avisara desde su órbita de cualquier tráfico espacial que llegara hasta allí.

Era la última hora de una tarde en la tercera semana de nuestra visita a la roca minera. Acababa de regresar de mi entrevista diaria con Glaw en su celda del anexo del Adeptus Mechanicus, y estaba con Fischig mirando por las ventanas de la oficina a la plaza que se abría bajo nosotros.

—¿Estás realmente seguro? —me insistió.

—Creo recordar que él nos preguntó lo mismo cuando le sacamos de la Carnificina —dijo Bequin mientras se acercaba a nosotros—. Nos hemos visto obligados a acabar en este remoto rincón por culpa de Osma y de su

ridícula caza de brujas. Si logramos tener éxito con todo esto, nos podremos redimir.

Fischig soltó un bufido.

—Es que no me gusta todo esto. No me gusta tener tratos con ese carnicero. No me gusta tener que prometerle nada. Me siento como si hubiéramos cruzado la línea…

—¿Qué? —le pregunté con sequedad. Apenas les había contado nada de lo que hablaba con Pontius.

—He dicho que me siento como si hubiéramos cruzado la línea. ¿Qué pasa?

Negué con la cabeza.

—Nada. ¿Cómo van el resto de los preparativos?

Sentí que Fischig querría haber insistido sobre el tema, pero que ya era demasiado tarde. Lo desvié del asunto con el cambio de tema.

—Tu amigo el magos está trabajando en ello. Nayl le llevó la espada ayer y le mostró tus notas y tus diagramas —me dijo.

—Los comunicados están escritos, codificados, sellados y listos para enviarlos —me dijo Bequin—. Dame la orden y Ungish los transmitirá. Y aquí tengo la declaración.

Me entregó una placa de datos.

Era una carta extremis en la que declaraba formalmente a Quixos Hereticus y Extremis Diabolus, indicando sus crímenes y dando mi autorización. Le había puesto fecha del vigésimo día del décimo mes, del 340.M41. No se indicaba el lugar de expedición del documento, pero Aemos se había asegurado que todos los demás detalles fuesen expresados de un modo exacto y preciso de acuerdo con la Alta Ley Imperial y los estatutos de la Inquisición.

—Bien. Lo enviaremos todo dentro de unos pocos días.

Sabía que en el preciso instante en que la carta fuera publicada, todo el mundo sospecharía y adivinaría mis siguientes pasos. El plan en el que me iba a embarcar podría tardar años en cumplirse, y durante todo ese tiempo me perseguirían. No quería provocar toda aquella agitación tan pronto.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí todavía? —me preguntó Bequin.

—No lo sé. ¿Otra semana? ¿Un mes? ¿Más tiempo todavía? Depende de lo directo que Glaw decida ser.

—Pero ya le has sacado algo, ¿verdad? —me preguntó Fischig.

—Sí.

Esperaba no haberle sacado demasiado.

Paseé por las desiertas calles de la ciudad minera durante una o dos horas para despejarme la cabeza. Sabía muy bien que estaba escogiendo una senda peligrosa. Tenía que permanecer concentrado o perdería el control.

En cuanto logré manejar a Glaw, me dediqué a jugar con él durante las primeras conversaciones. Toda su charla sobre la línea que se cruza, su descripción en tres pasos de la corrupción que le esperaba a un inquisidor imprudente… nada de eso me era desconocido. Le había permitido hablar de ello para que se sintiera superior y confiado. Cualquier inquisidor que se haya hecho merecedor de su insignia conoce los peligros y las tentaciones que lo rodean.

Pero eso no impidió que sus palabras me escocieran. Incluso el puritano Commodus Voke era un Quixos en potencia. Cuando Glaw me dijo que muchas veces la línea se cruzaba sin que te dieras cuenta, estaba en lo cierto. Había conocido a suficientes radicales para saberlo.

Yo siempre, siempre, me he enorgullecido de ser un puritano, aunque también fuese un moderado y un amalatiano. Detestaba las tendencias radicales heréticas. Por eso deseaba tanto atrapar a Quixos.

Pero aun así, estaba preocupado. Consideraba arriesgado lo que estaba haciendo, por supuesto, pero también era lo más pragmático dadas las difíciles circunstancias en las que me encontraba. Para poder destruir a Quixos tenía que vencer a sus demonios invocados, y para eso hacía falta conocimiento, poder y experiencia. Y ya no podía contar con el apoyo de la Santa Inquisición. Pero ¿había cruzado la línea? ¿Me estaba convirtiendo en el culpable de unos pecados que podían transformarme

rápidamente en una abominación herética? ¿Estaba tan obsesionado con llevar a Quixos ante la justicia que estaba abandonando mis propios principios?

Estaba seguro de que no era así. Sabía lo que estaba haciendo, y estaba tomando todas las precauciones necesarias para manipular los elementos más peligrosos que estaba empleando. Era puro y cabal, incluso entonces.

Y si no lo era, ¿cómo lo podría saber?

Subí a un mástil de observación que se alzaba por encima del asentamiento minero y me quedé un rato en la cabina acristalada del extremo superior, contemplando por encima de las siluetas de los edificios el abrupto paisaje azul de Cinchare, y las estrellas que brillaban por encima de todo. Las lluvias de meteoritos dibujaban líneas fulgurantes en el cielo nocturno.

Oí un ruido a mi espalda en la escalera. Era Nayl. Bajó su arma.

—Ah, eras tú —me dijo al tiempo que se ponía a mi lado para mirar por la ventana—. Estaba de patrulla y vi la puerta de la torre abierta. ¿Va todo bien?

Asentí.

—Harlon, a veces peleas sucio, ¿verdad?

Me miró con expresión de extrañeza y se rascó el cráneo afeitado.

—No estoy seguro de lo que me quieres decir, jefe —me dijo.

—Todos esos años de cazador de recompensas… y te he visto pelear, ¿recuerdas? A veces tienes que saltarte las reglas para ganar.

—Supongo que sí. Cuando ya se ha dicho y hecho todo lo posible, echas mano de lo que haga falta. No me siento orgulloso de mis momentos más… despiadados, pero fueron necesarios. Siempre he creído que el juego limpio se valora demasiado. El cabrón que te está intentando machacar no juega limpio, eso es seguro. Haces lo que tienes que hacer.

—¿El fin justifica los medios?

Levantó las cejas y soltó una carcajada.

—Bueno, bueno, eso ya es algo muy diferente. Ese tipo de ideas son las que meten a una persona en problemas. Existen algunos medios que no justifican ningún fin. Pero pelear sucio, de vez en cuando, no es nada malo. Tampoco lo es saltarse las reglas. Siempre que recuerdes una cosa.

—¿El qué?

—Lo primero que tienes que hacer para saltarte las reglas es entenderlas.

Aparte de mis visitas diarias a Glaw en el anexo, también pasaba cierto tiempo con Bure. Trabajaba en sus talleres, ayudado por los servidores y sus tecnoadeptos. Se había volcado por completo en las tareas que le había encomendado. Aunque nunca me lo dijo, creo que él lo consideró un pago con intereses por mis esfuerzos en la lucha contra el Lith.

También nos escuchó sin alarmarse cuando Aemos y yo le contamos los últimos acontecimientos que nos habían ocurrido. Sentí como si me confesara. Le conté el contenido de la carta con las acusaciones que se me hacían, mi condición de fugitivo. Había aceptado mi inocencia sin cuestionar nada. Tal y como él lo expresó: «La instrucción de Hapshant no hubiera dado lugar a un radical. Es el resto de la galaxia los que están equivocados».

Aquello fue más que suficiente para él. Me sentí conmovido. Un día de la sexta semana de nuestra estancia cada vez más prolongada, me llamó para que fuera a su taller.

Su lugar de trabajo se encontraba bajo la capilla principal del anexo, a dos pisos de profundidad, una verdadera herrería repleta de máquinas de ingeniería y aparatos cuyo propósito ignoraba por completo. Unas prensas de vapor martilleaban y aplastaban por doquier, y las pistolas atornilladoras también chirriaban por todas partes. Aparte de mi proyecto, todavía quedaba mucho trabajo por hacer en la reparación del anexo y del translitópedo. Atravesé las humaredas de vapor y encontré a Bure supervisando a dos servidores que estaban inscribiendo símbolos en una viga de acero compuesto de dos metros de largo.

—Eisenhorn —dijo levantando sus resplandecientes ojos mecánicos de color verde para mirarme.

—¿Cómo va el trabajo?

—Me siento como un herrero de batalla, allá en las fundiciones de los mundos forja, cuando todavía era carne. Las especificaciones que se me han pedido son difíciles de cumplir, pero no imposibles. Disfruto con un desafío semejante.

Saqué bastantes hojas de papel de un bolsillo de mi abrigo y se las entregué.

—Más notas, tomadas durante mi última entrevista con Glaw. He subrayado los comentarios más importantes. En uno de ellos sugiere utilizar electrum para la pieza de la punta.

—Iba a utilizar hierro, o una aleación de hierro. Electrum. Tiene sentido.

Llevó mis notas a una mesa de trabajo que estaba abarrotada de pergaminos, holoplumas, herramientas de medición y de placas de datos. Las páginas de datos que ya le había proporcionado estaban apiladas en un montón, junto a las imágenes psicométricas capturadas por Ungish procedentes de mis recuerdos de los megalitos de Cadia, de Cherubael, de Prophaniti y de los ornamentos que llevaban.

—También he estado pensando en la piedra de la punta. Pensé utilizar piralina o algunos de los otros minerales cristalinos psicoempáticos, como la epidotriquita, pero dudo mucho que tuvieran la durabilidad necesaria para lo que pretendes. Desde luego, no serviría para más de una o dos veces. También consideré la posibilidad de utilizar zantro clase tabular.

—¿Qué es eso?

—Un silicato que utilizamos en los artefactos de impulso mental. Pero no estoy convencido. Estoy considerando otras posibilidades.

Una muestra de la confianza que Bure tenía en mí era que se sintiera lo bastante seguro como para confiarme secretos del Culto al Dios-Máquina con tanta tranquilidad. Me honraba con aquella actitud.

—Aquí tienes la empuñadura —me dijo mientras me enseñaba el banco de grabado donde los dos servidores estaban inscribiendo la

decoración.

—¿Acero?

—Sólo en la superficie. Existe un núcleo de titanio rodeando por una vaina de adamantio bajo la superficie de acero. El titanio está perforado con varios canales por donde corren los alambres conductivos de lapidorontio.

—Parece perfecto —le dije.

—Es perfecto. Prácticamente perfecto. Ha sido fabricado hasta quedar a un nanometro de las medidas que me has dado. Déjame mostrarte la espada.

Lo seguí hasta una mesa taller al otro extremo del lugar, donde se encontraba la espada, bajo un trapo para protegerla del polvo.

—¿Qué opinas? —me preguntó mientras retiraba el trapo.

Barbarizadora era tan hermosa como yo la recordaba. Admiré las runas pentagrámicas que habían sido grabadas a cada lado de la hoja desde la última vez que la había visto.

—Es un artefacto sobresaliente. Casi me negué a realizar los cambios que me pediste. Lo cierto es que desgasté ocho puntas de taladro de adamantio sólo en esta cara de la hoja. El acero endurecido de la vaina alrededor del núcleo sólido ha sido doblado y martillado novecientas veces. Se encuentra más allá de cualquier objeto que podamos manufacturar hoy en día.

Estaba en deuda con el clan Esw Sweydyr por aquella arma, lo mismo que ya estaba en deuda por la muerte de Arianrhod. Debería habérsela devuelto a los suyos, ya que era parte del legado del clan y usuril, es decir, «historia viva». Era mía para guardarla, no para utilizarla, y desde luego, no para transformarla de aquel modo. Pero al enfrentarme cara a cara con Prophaniti, había aprendido dos cosas. De hecho, aquel ser monstruoso me lo había dicho. Las runas pentagrámicas servían para enfrentarse a los demonios, pero eran tan fuertes como el arma que las llevaba inscritas.

Por lo que yo sabía, existían pocas espadas más fuertes y resistentes en el espacio humano. Haría las paces y me disculparía con los clanes de Carthae con el tiempo, si mi destino lo permitía.

Me agaché para tocarla, pero Bure me lo impidió.

—Todavía está descansando. Debemos respetar su ánima. Podrás empuñarla en pocos días. Entrénate a fondo con ella. Debes conocerla de un modo íntimo antes de utilizarla en combate.

Me acompañó hasta la puerta de la forja.

—Ambas armas deben ser bendecidas y consagradas antes de usarlas. Yo no puedo hacerlo, aunque puedo dedicar su manufactura de forma ceremonial al Dios-Máquina.

—Ya he planeado su consagración —le dije—. Pero estaré encantado de que realices tu ceremonia. Cuando me enfrente a Quixos, no se me ocurre un dios protector más poderoso para mí que tu Dios-Máquina.

—Nos marcharemos dentro de pocos días —le dije. La caja se quedó en silencio por unos momentos.

—Echaré de menos nuestras conversaciones, Eisenhorn.

—Aun así, debo marcharme.

—¿Crees que estás preparado?

—Creo que esta parte de mi preparación ya está completa. ¿Hay algo más que puedas decirme?

—He estado pensando sobre ello. No se me ocurre nada más, excepto…

—¿Excepto qué?

Las luces que rodeaban la esfera de engrama parpadearon.

—Excepto esto: aparte de todo lo que has aprendido de mí, los secretos, el conocimiento, los misterios, debes saber que perseguir a ese enemigo es… peligroso.

Lancé involuntariamente una carcajada.

—Creo que ya me he dado cuenta de eso, Pontius.

—No, no sabes a lo que me refiero. Sé que posees la determinación. También sé que posees la ambición necesaria. Supongo que también posees los conocimientos adecuados, y espero que también las armas… pero a menos que tu mente también se encuentre preparada, perecerás. De

un modo instantáneo, y no habrá runa, o espada o vara o salvaguarda arcana capaz de salvarte.

—Suena como si estuvieras… preocupado por si pierdo.

—¿Ah, sí? Entonces, piensa en esto, Gregor Eisenhorn. Puede que me consideres un monstruo más allá de incluso del desprecio, pero si me preocupo, ¿qué te dice eso de mí? ¿O de ti?

—Adiós, Pontius Glaw —le dije, y cerré las compuertas de la celda a mi espalda por última vez.

Registraré este pensamiento, porque creo que debo hacerlo. A pesar de todo lo que Pontius Glaw era… y de todo lo que ocurrió más tarde, no puedo romper el lazo que comparto con él, a pesar de que lo he intentado. Allí, en la celda de Cinchare, y un siglo antes, en el sombrío puente del *Essene*, estuvimos hablando durante cientos de horas. No tengo ninguna duda de que era un ser indudablemente maligno, sin perdón alguno, y de que me hubiera matado en un instante si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo. Aun así, también era un ser con un intelecto extraordinario, de un gran ingenio y con enormes conocimientos. Era admirable a su extraña manera. Si no hubiese sido por el collar, por el collar de Aaa, el que le entregó aquel día de primavera en Quenthus Ocho, su vida habría sido muy distinta.

Y si hubiese sido distinta, y nos hubiéramos conocido, habríamos sido grandes amigos.

Habíamos permanecido en Cinchare durante tres meses. Demasiado tiempo, en mi opinión, pero no había habido forma alguna de acelerar los preparativos.

Celebramos la Fiesta de las Velas en la pequeña capilla del Ministorium que había cerca de la plaza, y encendimos unas velas para darle la bienvenida al nuevo año imperial y otras cuantas en honor a los muertos del asentamiento. Aemos y Bequin leyeron las oraciones, ya que

todos los eclesiarcas se encontraban entre los muertos que se honraban. Bure y sus tecnoadeptos celebraron la ceremonia con nosotros, y él se dirigió flotando hacia la barandilla del coro situada bajo la estatua del Dios-Emperador para dirigir nuestras oraciones.

Me sentía nervioso y tenso. En parte porque estaba ansioso de ponerme en marcha, pero también por todo lo que había aprendido, por los misterios en los que Glaw me había introducido. Tanto, y tan siniestro. Sabía que había cambiado, y que ese cambio era permanente.

Pero también me pensaba que el año anterior, justo un año antes, aunque yo sentía que había transcurrido mucho, mucho más tiempo, no era más que un prisionero indefenso en la desolada Carnificina, y la Fiesta de las Velas había transcurrido sin que yo me diera cuenta de ello.

Tampoco era aquel hombre, y aquel cambio no había tenido nada que ver con los secretos susurrados por Pontius Glaw. A pesar de toda la oscuridad que llenaba mi cabeza, era mejor estar allí, fuerte y preparado, repuesto, en compañía de mis amigos y mis aliados.

No había maestro del coro que tocara el órgano, así que Medea se llevó la lira glaviana de su padre y tocó el «Sagrado Triunfo del Trono Dorado» para que todos pudiéramos cantar.

Aquella noche preparamos un festejo en el refectorio del Culto al Dios-Máquina para celebrar el inicio de 341.M41. Maxilla, que se quedó a bordo del *Essene*, nos envió todo un banquete en una barcaza de transporte, junto a los servidores que nos debían atender. Uno de ellos nos informó de que una enorme tormenta de meteoritos había cruzado el cielo justo a medianoche, y que había iluminado el lado nocturno de Cinchare con su resplandor. Nayl gruñó que aquello era un mal presagio, pero Inshabel insistió de que se trataba de uno bueno.

Supongo que depende bastante de qué parte de nuestro gran Imperio procedas.

Los otros pasaron los dos días siguientes empacando y preparándolo todo para la partida, pero Aemos y yo asistimos a la ceremonia de dedicación en el cimeliarca del anexo del Adeptas Mechanicus.

Los servidores del Culto al Dios-Máquina cantaron con un código binario modulado y batieron unos timbales. El magos Bure se vistió con su túnica anaranjada y con una estola blanca colocada por encima de los hombros.

Bendijo las armas que había fabricado una tras otra, tomándolas de los brazos de cada uno de los tecnoadeptos que permanecían a su lado.

Barbarizadora, la espada de energía pentagrámica, fue alzada bajo el rayo de luz que bajaba de los ojos del altar del Dios-Máquina. Luego le tocó el turno al bastón rúnico, la pieza maestra de Bure.

Había tallado una pieza de electrum en forma de corona de estrella en el extremo del asta de acero cubierto de runas. En el centro de la pieza había un cráneo humano, marcado con el decimotercer signo del castigo. El cráneo era la pieza principal, tallada por el propio Bure en persona como una copia exacta y perfecta de mi cráneo, que había medido con varios escáneres.

Había probado y rechazado más de veinte cristales psicoempáticos antes de encontrar el que creyó apropiado para la tarea.

—Es realmente bello —le dije al tomarlo en mis manos—. ¿Qué cristal utilizaste al final?

—¿Y cuál iba a ser? —me respondió—. Tallé esa copia de tu cráneo en un trozo del propio Lith.

Vino a despedirse de nosotros cuando partíamos, hasta el hangar donde nuestro cúter artillado había permanecido tanto tiempo. Nayl y Fischig estaban subiendo a bordo los últimos objetos. Habíamos roto por fin el silencio astropático la noche anterior, y habíamos informado a Minería Imperial, a Ortog Promethium, al Adeptus Mechanicus y a las autoridades

imperiales del destino que había sufrido la mina de Cinchare. Nos habríamos ido mucho antes de que a nadie le diera tiempo a llegar hasta allí para empezar a reconstruir el emplazamiento.

Bure se despidió de Aemos, quien se apresuró a subir al cúter.

—No encuentro nada adecuado que decir —le dijo al magos.

—Yo tampoco, Eisenhorn. ¿Qué hay del… huésped?

—Me gustaría que le concedieras lo que te he pedido. Proporciónale movilidad pero nada más. Debe continuar siendo un prisionero, por siempre jamás.

—Muy bien. Espero oír hablar de tu victoria, Eisenhorn. Lo estaré esperando.

—Que el Sagrado Dios-Máquina y el propio Emperador protejan tus sistemas, Geard.

—Gracias —me dijo.

Añadió algo que me dejó sorprendido, dada su total creencia y su absoluta fe en la tecnología.

—Buena suerte.

Me dirigí hacia el cúter. Se me quedó mirando por unos instantes, y luego desapareció tras cerrar la escotilla interior a su espalda.

Fue la última vez que lo vi.

El *Essene* regresó desde Cinchare, veloz e impaciente, hasta los grandes territorios del Segmentan Oscurus, un viaje de tres meses que interrumpimos dos veces.

Nos detuvimos en Ymshalus para transmitir los comunicados que habíamos preparado, veinte en total. Inshabel y Fischig también se separaron de nosotros en aquel lugar. Inshabel para obtener un pasaje hasta Elvara Cardinal a fin de comenzar allí las tareas que le había encomendado, y Fischig para iniciar el largo viaje de regreso hasta Cadia. Tardaríamos meses, si no años, en volver a verlos. Fue una despedida muy triste.

También hicimos escala en Palobara, el cruce de caminos de la frontera, un lugar ajetreado repleto de naves mercantes y caravanas de obscura protegidas por cañoneras mercenarias. Allí transmití la carta donde declaraba hereje a Quixos. Ya no había vuelta atrás. En aquel planeta nos separamos de Bequin, Nayl y Aemos, todos los cuales se dirigieron al subsector helicano por diversas vías. El destino de Bequin era Mesina, y Aemos, con Nayl para protegerlo, marchó hacia Gudrun. Fue otra despedida difícil.

El *Essene* continuó su viaje hacia Orbul Infanta. Fue un período triste y solitario, a la espera. Todas las noches, los miembros restantes de mi equipo nos reuníamos en el salón de cena y comíamos juntos: Medea, Ungish, Maxilla y yo. Ungish no era buena compañía, y hasta Medea y Maxilla habían perdido su chispa. Echaban de menos a los otros, y creo que se imaginaban los tiempos duros que se avecinaban.

Yo pasaba los días leyendo en la biblioteca o jugando al regicida con Medea. Practicaba en los compartimentos de carga con *Barbarizadora*, dominando y acostumbrándose lentamente a su peso, su longitud y su equilibrio. Nunca podría igualar a un maestro de armas de Carthae, pero siempre he sido un buen espadachín. *Barbarizadora* era un arma extraordinaria. Llegué a conocerla y ella llegó a conocerme a mí. En una semana ya estaba respondiendo a mi voluntad, y la canalizaba de tal modo que las runas brillaban manifestando mi poder psíquico. Tenía su propia voluntad, y una vez estaba en mis manos, preparada y balanceándose, era difícil impedir que cortara y se lanzara hacia donde ella quisiera. Deseaba sangre… y si no era sangre, sí al menos la alegría del combate. Medea apareció en dos ocasiones en la bodega de carga para preguntarme si estaba lo bastante aburrido como para echar una partida de regicida, y tuve que impedir que el acero se clavara en ella.

Su gran longitud era todo un problema: nunca había utilizado una espada tan larga. Me preocupaba que pudiera herirme a mí mismo en las extremidades. Pero la práctica me proporcionó la capacidad para ello: largos movimientos fluidos, mandobles de barrido, un estrecho campo de cortes. Al cabo de dos semanas, había dominado el truco de hacerla girar

en mi mano, con la palma abierta de mi mano y el pomo dando vueltas el uno sobre el otro como los discos de un giroscopio. Me sentía orgulloso de aquel movimiento. Creo que *Barbarizadora* me lo enseñó.

También practiqué con el bastón rúnico, para así acostumbrarme a su tacto y a su peso. Aunque mi puntería era terrible, sobre todo en distancias superiores a tres o cuatro metros, pude canalizar mi voluntad a través de mis manos hasta su mango y luego proyectarla hasta hacerla saltar desde el cráneo de cristal en forma de rayos eléctricos que abollaban las cubiertas metálicas de los mamparos.

Por supuesto, no pude ponerlo a prueba para su uso principal.

Llegamos al mundo sagrario de Orbul Infanta al final de la duodécima semana. Tenía tres tareas que cumplir allí, y la primera era la consagración de la espada y del bastón rúnico.

Bajé a la superficie con Medea y con Ungish a bordo de uno de los pequeños vehículos de traslado del *Essene*, que eran del tipo común, en vez de utilizar nuestro característico cúter artillado. Fuimos a Ezropolis, una de las diez mil ciudades sagrario de Orbul Infanta, en la sofocante llanura del continente occidental.

Orbul Infanta es un mundo gobernado por la Eclesiarquía, bendecido y famoso por los miles de sagrarios y de capillas, cada una de ellas dedicada a uno de los santos imperiales, y cada una de ellas constituye el corazón de una ciudad estado. La Eclesiarquía lo escogió como planeta sagrario porque se encontraba en línea directa entre Terra y Avignor. Las ciudades capilla más populares y prósperas se encontraban en la costa del continente oriental, y miles de millones de fieles peregrinaban a aquellos lugares cada año. Ezropolis distaba mucho de sufrir semejante bullicio.

San Ezra, quien había sido martirizado en 670.M40, era el santo patrón del inicio de las tareas y del comienzo de los viajes, y pensé que era lo más apropiado. Su ciudad era una reluciente urbe de acero, piedra y cristal que se alzaba en mitad de las llanuras resecas por el sol del medio oeste. Según la placa-guía, toda el agua necesaria era bombeada desde la costa

occidental a lo largo de unas enormes tuberías de más de dos mil kilómetros de largo.

Aterrizamos en la Llanura de Ezra, la instalación de llegada principal, y nos unimos a las filas de peregrinos que subían por las escaleras para llegar hasta la ciudad. La mayoría iban vestidos con ropajes amarillos, que era el color del santo, o llevaban retales de tejidos amarillos prendidos a sus vestidos como adorno. Todos llevaban velas o lámparas de aceite encendidas, a pesar de la brillante luz que nos rodeaba. Ezra había prometido encender una llama en la oscuridad para señalar a todos los que partían, por lo que su color litúrgico era el amarillo brillante.

Habíamos efectuado todos los preparativos necesarios. Yo llevaba un traje de lino negro con un cinto de seda amarilla y llevaba una vela votiva encendida. Ungish llevaba puesta otra túnica, pero del color amarillo del sol al amanecer y en la mano tenía una figurilla de escayola del santo. Medea se había puesto un traje rojo ceñido bajo un tabardo sobre el que había cosido un símbolo del águila con hilo amarillo. Empujaba el pequeño carro antigravitatorio en el que se encontraban *Barbarizadora* y el bastón, ambos envueltos en terciopelo amarillo. Era una práctica común que los peregrinos transportaran sus bienes terrenales hasta la capilla de San Ezra para que los bendijeran antes de emprender ninguna tarea o viaje. Nos mezclamos con facilidad con las bulliciosas filas de sudorosos y ansiosos devotos.

Al final de las escaleras llegamos por fin a la ciudad y a la bendita frescura de sus calles, donde las sombras de los edificios nos cubrían. Ya casi era mediodía, y los coros de la Eclesiarquía cantaban desde las plataformas elevadas situadas en el extremo superior de las altas torres. Las campanas repicaban, y la gente soltaba miles de sapinches de las jaulas en las tres plazas de la ciudad. Las zumbantes nubes de pájaros de color ocre volaron por encima de nosotros, alrededor de nosotros, piando desconcertados. Los traían cada día, un millón de ellos, procedentes de aviarios de la costa, donde se criaban en cantidades industriales. No eran nativos de aquella parte de Orbul Infanta, y morían a las pocas horas de que los soltaran en el ardiente desierto. Me habían informado de que las

llanuras alrededor de Ezropolis estaban cubiertas hasta la altura de la rodilla con los restos de sus huesos blancos y de sus plumas brillantes.

De todos modos, eran el símbolo de la partida y del comienzo de las tareas, así que los soltaban, un millón por día, para que sufrieran una muerte segura. Aquello era una terrible ironía, una sobre la que a menudo he pensado en hablar con la Eclesiarquía.

Fuimos a la catedral de San Ezra Vigilante, un templo importante en el lado occidental de la ciudad. Los pájaros estaban posados en todas las partes superiores de muros y en todos los huecos de paredes que encontraban, y a mí me pareció que gorjeaban indignados.

Lo cierto es que la catedral en sí era magnífica, un edificio de estilo bajo gótico construido a lo largo de los treinta años anteriores y pagado con el dinero reunido por los sacerdotes y los personajes más importantes de la ciudad. Cada visitante que atravesaba las murallas de la ciudad debía depositar dos monedas imperiales de valor elevado en los cepillos colocados a cada lado del extremo de las escaleras de llegada. Un adepto de túnica amarilla allí situado se aseguraba de que así se hiciera. Las donaciones del cepillo de la izquierda se dedicaban al mantenimiento y a la construcción de nuevos templos. El de la derecha era el fondo para los pájaros.

Entramos en el interior del San Ezra Vigilante, en la fresca nave de mármol donde los fieles se arrodillaban para rezar y la fuerte luz del sol creaba diseños coloridos sobre cualquier superficie después de pasar a través de las enormes vidrieras de cristales teñidos. El aire fresco se veía endulzado por el olor que desprendían los quemadores de incienso, y animado por los bellos cantos procedentes del coro.

Dejé a Medea y a Ungish en la entrada de arco, al lado de la tumba de un Marine Espacial del capítulo de la Guardia del Cuervo, y sus manos estaban colocadas de manera que indicaban en qué sagrada cruzada había muerto.

Encontré al preboste de la catedral, y le expliqué lo que quería. Me miró sin expresión alguna mientras jugueteaba con los bordes de su túnica amarilla, pero logré que me comprendiera inmediatamente en cuanto metí seis grandes monedas en su cepillo de donativos y le puse otras dos en la palma de la mano.

Nos llevó hasta una capilla de bautismo, y le indiqué a mis camaradas que debíamos seguirlo. En cuanto estuvimos todos dentro, cerró las cortinas de la estancia y abrió su breviario. En cuanto empezó a celebrar el rito, Medea quitó el trapo que cubría los artefactos y los colocó en el borde del pequeño altar. El preboste siguió murmurando sin apartar la vista del libro abierto para no saltar de línea, y alzó y abrió un pequeño fraseo de aceite con el que ungió tanto la espada como el báculo.

—Al bendecir y consagrar estos objetos, adoro al Emperador que es mi dios, y conmino a aquellos que me los traen a que lo hagan sin la mancha de la concupiscencia. ¿Juras que es así?

Me di cuenta de que me estaba mirando. Alcé la cabeza desde la postura de adoración arrodillada que había adoptado. Concupiscencia. El deseo por lo prohibido. ¿Me podía atrever a realizar aquel juramento, sabiendo lo que sabía?

—¿Y bien?

—Estoy inmaculado, puritus —le contesté. Asintió y continuó con la consagración.

La primera parte de mis asuntos estaba cumplida. Salimos al patio frontal de la catedral.

—Llévalos a nuestra nave y guárdalos con cuidado —le dije a Medea señalando las armas tapadas colocadas en el carro.

—¿Qué es la concupiscencia? —me preguntó.

—No te preocupes por eso —le dije.

—Gregor, ¿acabas de mentir?

—Cállate y haz lo que te he dicho.

Medea hizo girar el carro y desapareció entre la multitud de peregrinos.

—Es una chica muy lista, hereje —me dijo Ungish.

—Lo cierto es que tú también puedes callarte —le ordené.

—No me da la gana —me replicó—. Se acabó.

—¿El qué? ¿Qué se ha acabado?

—En mis sueños, te vi jurar delante de un altar imperial. Vi que ocurría, y que luego yo moría.

Observé a los pájaros que revoloteaban en el aire por encima del patio.

—*Déjá vu.*

—Sé diferenciar un *déjá vu* de un sueño —me contestó con amargura —. Sé diferenciar un *déjá vu* de mi trasero.

—El Dios-Emperador mira por nosotros —le dije para intentar tranquilizarla.

—Sí, sé que lo hace —fue su respuesta—. Sólo pienso que no le gusta lo que está viendo.

Esperamos hasta la tarde en el patio. Compramos hojas de pan caliente, ensalada especiada y cafeína aguada a los vendedores ambulantes. Ungish no comió demasiado. Unas largas sombras cubrieron el patio bajo la última luz de la tarde. Me comuniqué con Medea. Estaba de regreso y a salvo en el pequeño transporte, esperándonos.

Yo estaba aguardando para completar la segunda de las tareas que me habían llevado a aquel planeta. Era el día fijado, y la hora señalada se acercaba con rapidez. Sería la primera prueba de los veinte comunicados que había enviado. Uno de ellos lo había mandado al inquisidor Gladus, un hombre al que admiraba y con el que había colaborado de forma efectiva treinta años antes durante la Conspiración P'Glao. Orbul Infanta se encontraba bajo su jurisdicción. Le había escrito, exponiendo mi caso y pidiéndole su apoyo. También le había pedido que se encontrara conmigo allí, en aquel lugar, a aquella hora.

Era, al igual que el resto de los mensajes, una cuestión de confianza. Sólo les había escrito a aquellos hombres y mujeres en los que no encontraba reproche alguno, y quienes, sin importar lo que pensaran de mí, me concederían la gracia de encontrarse conmigo para discutir el asunto de Quixos. Si me rechazaban la invitación, no importaba. No esperaba que ninguno de ellos me delatara o fuera allí para capturarme.

Esperamos. Yo estaba impaciente, nervioso… Nervioso todavía por los siniestros misterios que Pontius Glaw me había desvelado y estaban dentro de mi cabeza. No había dormido bien en cuatro meses. No estaba precisamente de buen humor.

Esperaba que Gladus apareciese, o que al menos enviara a alguien con un mensaje. Puede que lo retuvieran o que se retrasara, o que estuviera atareado con su propio trabajo, pero no creía que hiciera caso omiso de mí. Registré con la mirada la multitud en busca de sus cabellos largos y de su luenga barba, su túnica gris o su báculo con una púa en la punta.

—No va a venir —me dijo Ungish.

—Oh, para un rato.

—Por favor, inquisidor. Quiero irme. Mi sueño…

—¿Por qué no confías en mí, Ungish? Te protegeré —le dije mientras abría un poco mi abrigo de lino negro y le dejaba ver la pistola láser que llevaba en una funda bajo el sobaco izquierdo.

—¿Por qué? —me espetó de repente—. Porque estás jugando con fuego. Porque has cruzado la línea.

Aquello me sobresaltó.

—¿Por qué has dicho eso? —le pregunté mientras oía resonar las mismas palabras de Pontius en mi cabeza.

—¡Porque lo has hecho, condenado seas! ¡Hereje! ¡Maldito hereje!

—¡Para!

Se levantó con pies inseguros del banco del patio donde estaba sentada. Los peregrinos se giraban atraídos por el jaleo provocado por su enfado.

—¡Hereje!

—¡Déjalo ya, Tasaera! ¡Siéntate! ¡Nadie va a hacerte daño!

—¡Eso es lo que tú dices, hereje! ¡Nos has condenado a todos con tus métodos! ¡Y yo soy la que va a pagar el pato! Lo he visto en mis sueños… este lugar… esta hora… tu mentira en el altar, los pájaros revoloteando…

—No he mentido —dije mientras la hacía sentarse de nuevo de un tirón de sus ropas.

—Ya viene —susurró.

—¿Quién? ¿Gladus?

Meneó la cabeza.

—No es Gladus. No va a venir. Ninguno de ellos va a venir. Todos han leído tus bonitas cartas con ruegos y las han borrado. Eres un hereje y no van a tener tratos contigo.

—Conozco a la gente a la que le he escrito, Ungish. Ninguno de ellos me dejaría a un lado de ese modo.

Se volvió para mirarme, y la armazón de la cabeza siseó mientras se ajustaba. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Tengo tanto miedo, Eisenhorn… Ya viene.

—¿Quién?

—El cazador. Eso es lo único que se podía ver en mi sueño. Un cazador, invisible e intangible.

—Te preocupas demasiado. Ven conmigo.

Regresamos al interior de la catedral de San Ezra Vigilante, y nos sentamos en uno los bancos delanteros. La luz del atardecer atravesaba las vidrieras. La estatua del santo, alzada tras la pantalla de la insignia imperial, tenía un aspecto magnífico.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté.

—Sí —dijo un poco gimoteante.

Seguí mirando a mi alrededor, con la esperanza de que apareciera Gladus. Los grupos de peregrinos comenzaban a llegar para la liturgia de la tarde.

Quizá no iba a venir. Quizá Ungish tenía razón. Quizá yo era más paria de lo que me imaginaba, incluso para mis viejos amigos y colegas.

Quizá Gladus había leído mi humilde comunicado y lo había tirado soltando una maldición. Quizá se lo había remitido a los arbites… o a la Eclesiarquía… o a la Oficina de Acusaciones Internas de la Inquisición.

—Dos minutos más —le dije—. Luego nos marchamos. Hacía bastante tiempo que se había pasado la hora de la cita con Gladus.

Miré a mi alrededor de nuevo. Los peregrinos ya estaban entrando en masa en la catedral por las puertas principales.

Había un hueco en el torrente humano, un espacio donde debería haberse encontrado un hombre. Era bastante llamativo, ya que los peregrinos empujaban y se esforzaban por pasar a su alrededor, pero no intentaban ocupar ese hueco.

Abrí los ojos de par en par. Discerní un brillo de energía en el hueco, el reflejo secundario de un escudo de espejo.

—Ungish —dije con un susurro mientras metía la mano en el interior del abrigo para desenfundar mi arma.

Unos proyectiles bólter cruzaron aullando la nave hacía mí procedentes del hueco. Los peregrinos gritaron aterrorizados y huyeron en todas las direcciones.

—¡El cazador! —gritó de forma lastimera Ungish—. ¡Intangible e invisible!

Eso era. Con su escudo espejo activado, tan sólo era un reflejo de calor, marcado únicamente por el brillante resplandor de su arma.

El pánico se apoderó de la catedral. Los peregrinos se pisoteaban unos a otros en sus intentos de huida.

Los respaldos de los bancos explotaron lanzando astillas de maderas cuando los proyectiles los atravesaron abriendo grandes agujeros.

Respondí disparando mi pistola láser en breves ráfagas.

—¡Espina desea Aegis, sabuesos ansiosos en los cuartos traseros!

Eso fue todo lo que pude decir antes de que un proyectil bólter me rozara el cuello y me arrojara de espaldas, destrozando al mismo tiempo mi aparato de vox.

Rodé sobre el suelo de mármol llenándolo todo de sangre.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn! —me llamó Ungish con voz lastimera, y de repente lanzó un aullido de dolor.

Vi que caía de espaldas contra el panel de madera de una de las paredes de los confesionarios, partiéndolo. Un proyectil bólter le había acertado de lleno en el estómago. Se retorció en el suelo mientras se desangraba, en mitad de los trozos astillados de madera, gritando y aullando.

Intenté acercarme a ella arrastrándome sin prestarle atención a los demás disparos que partieron los respaldos frontales que quedaban intactos.

Levanté la mirada. El cazador de brujas Tantalid desconectó su escudo espejo y me miró a su vez desde arriba.

—Eres un hereje maldito, Eisenhorn, y ese hecho está demostrado más allá de toda duda por los cargos presentados contra ti. En el nombre del Ministorium de la Humanidad reclamo tu vida.



VEINTIDÓS

MUERTE EN SAN EZRA
LA LARGA CAZA
LA CÉLULA DE CINCO

No estoy seguro con exactitud de cómo había logrado encontrarme, pero creo que había estado tras mi pista desde hacía tiempo, desde antes de Cinchare. El hecho de que apareciera en San Ezra aquel día y a aquella hora me convenció de que había interceptado el comunicado que envié a Gladus. Y podría haberme vencido, allí mismo, en ese instante, si hubiese utilizado su pistola bólter y no hubiera intentado aprovechar demasiado la ventaja.

En vez de eso, Tantalid enfundó la pistola y desenvainó su antigua espada sierra, *Teophantus*, para realizar una ejecución formal con su arma sagrada.

Le disparé con la pistola láser, impactándole una y otra vez y haciéndolo retroceder. Su traje de combate con adornos dorados, que le proporcionaba a su escasa condición física el volumen y las dimensiones de un Marine Espacial, absorbió o desvió los impactos, pero la fuerza de éstos le hizo trastabillar varios pasos hacia atrás.

Me puse en pie y disparé de nuevo, y luego eché a correr por uno de los pasillos de la catedral, hacia el nártex. Los visitantes y los encargados de la iglesia seguían huyendo por doquier. *Teophantus* se lanzó en pos de mi espalda chirriando con todos sus dientes de acero. Tantalid estaba cantando la Acusación de Herejía verso por verso.

¡Silencio!, le grité utilizando mi fuerza de voluntad.

El aguijonazo psíquico lo obligó a callarse, pero estaba protegido por amortiguadores psíquicos e hizo caso omiso de la siguiente orden que le di por vía mental: *¡Quieto!*

La espada sierra cortó el aire y me eché a un lado un momento antes de que partiera en dos uno de los bancos de la catedral. El mandoble siguiente casi me dio, pero me escondí detrás de una columna que desprendió una lluvia de chispas y de fragmentos de piedra cuando recibió el golpe.

Ungish seguía gritando de dolor. Aquel sonido me helaba la sangre y al mismo tiempo me enfurecía. Disparé de nuevo con la pistola láser, pero los últimos disparos salieron ya sin apenas fuerza. La célula de energía se le había agotado. Me lancé de nuevo al suelo, pasando de cabeza por debajo de su lento cuerpo, y lo agarré por la espalda. Fue una maniobra desesperada. Yo no llevaba ninguna clase de armadura, así que tenía muy pocas posibilidades de vencer su fuerza bruta o de causarle algún daño. Pasó su mano enguantada de acero por encima de su cabeza, me agarró del abrigo, me separó de su espalda y me arrojó a un lado.

Mi abrigo se rompió. Reboté con fuerza contra una columna y atravesé un delgado panel confesional de madera, partiendo la delicada superficie grabada. Apenas había logrado ponerme en pie de nuevo cuando la espada sierra se abatió de nuevo sobre mí y abrió un tremendo surco en el suelo de la catedral.

Salí corriendo para alejarme de él, atravesando la nave central hacia la estancia donde se guardaban las reliquias. Dos hombres de la Frateris Militia de la catedral, con obvios deseos de ascender al ayudar al temible cazador de brujas del Ministorium, se acercaron para intentar impedirme el paso. Ambos llevaban túnicas amarillas en honor a San Ezra e iban

armados con unas mazas cortas en una mano y con lámparas del templo en la otra.

Creo que ambos se arrepintieron casi inmediatamente de su voluntarioso intento.

Ni siquiera me esforcé por utilizar mis poderes psíquicos. De todas maneras, creo que mi rabia era demasiado intensa en ese momento para haberlos utilizado en condiciones. Esquivé el primer mazazo echándome a un lado, atrapé la muñeca que empuñaba el arma y la partí para luego derribar al individuo de una patada. La maza salió volando por los aires cuando el hombretón la soltó, y yo la atrapé justo a tiempo para detener el golpe que me lanzó el otro hombre. Cuando retrocedió por la fuerza del impacto rechazado de su propia arma, utilicé mi maza para partirle la rodilla. Se desplomó en el suelo con un agudo aullido de dolor, dejando caer la maza, pero intentó golpearme con la lámpara del templo. Le arrebaté la lámpara y le propiné una fuerte patada en el estómago, que le hizo doblarse sobre sí mismo mientras intentaba recordar cómo volver a respirar.

El primer hombre había vuelto a la carga y se abalanzó sobre mí. Me volví y le aplasté la lámpara del templo en uno de los lados de su cara. La lámpara se apagó, y él quedó inconsciente.

El suelo tembló cuando Tantalid se echó encima de mí. Utilicé la maza que había capturado como si fuese una espada, y la blandí a dos manos para desviar sus primeros golpes. Era madera de teca forrada de hierro, un objeto resistente, pero no era rival para una espada sierra. Después de dos o tres golpes, la maza estaba machacada y casi rota. La arrojé a un lado y arranqué un estandarte de la pared situada al lado de una de las puertas. *Teophantus* arrancó de inmediato la vieja tela bordada y el cartel de madera del extremo, pero aquello me dejó con un arma de hierro de tres metros de largo.

La empleé como una larga barra, golpeando a Tantalid en un lado de la cabeza con un extremo y luego en la cadera contraria con el otro. Luego lo ataqué con la punta, intentando clavársela como si fuera la punta de una lanza, y logré abollarle la placa pectoral de la armadura.

Él respondió, echando espumarajos de rabia y furioso consigo mismo, alzando *Teophantus* y acortando mi arma medio metro. Blandí a una mano lo que quedaba de mástil y lo golpeé en el otro lado de la cabeza. Le salía sangre por las orejas. Aulló y lanzó un mandoble que casi me arrancó el brazo.

Mi tercer intento de golpearle la cabeza falló de un modo patético. Ya sabía lo que intentaba, así que bloqueó mi golpe con la espada sierra. Los dientes de la sierra atraparon el mástil y me lo arrancaron de las manos, arrojándolo diez metros por los aires. Aterrizó detrás de unos bancos con un ruido resonante y metálico.

Intenté alejarme, pero la feroz sierra me acertó en el hombro derecho y me hizo un profundo corte. Me tapé la herida con la mano y me agaché de nuevo. *Teophantus* decapitó una estatua de San Ezra.

No importaba lo que yo hiciera, ocurriría lo que él quisiera. Tenía las armas y la armadura de su lado, y yo ya estaba sangrando profusamente, lo que significaba que poco a poco estaría más débil y sería más lento, por lo que a él tan sólo le bastaba con seguir presionándome para acabar triunfando.

Me percaté de que se estaba produciendo otra conmoción cerca de las grandes puertas de la catedral. Muchos adoradores y jerarcas sorprendidos se habían reunido allí para ver el combate sagrado. Pero se estaban separando, y la pifia humana se estaba deshaciendo. Alguien se estaba abriendo paso a través de ellos.

Medea.

Echó a correr por el pasillo principal, gritando mi nombre al mismo tiempo que disparaba su pistola de agujas contra Tantalid por encima del respaldo de los bancos. Los letales proyectiles rebotaron con un chasquido metálico contra la armadura, y él se volvió enfurecido.

Tantalid desenfundó su pistola bólter y disparó contra su nueva atacante. Medea arrojó en mi dirección el objeto que había estado llevando en la otra mano y desapareció después de lanzarse hacia un lado para esquivar los tremendos impactos de los proyectiles bólter. Recé para que al menos fuese un salto deliberado. Si la había herido…

El objeto que me había arrojado rebotó en un banco situado cerca de mí y cayó al suelo, saliendo de la envoltura de paño amarillo que lo rodeaba.

Barbarizadora.

Me arriesgué a que la espada sierra me desmembrara y me lancé de cabeza hacia la espada de Carthae. Mis manos se cerraron en torno a la empuñadura y rodé dos veces sobre mí mismo para esquivar el siguiente mandoble de *Teophantus*.

Barbarizadora ronroneó entre mis manos cuando me puse en pie. Las runas grabadas en su hoja brillaron con una luz vengativa.

Tantalid se dio cuenta de que la naturaleza del combate había cambiado de forma repentina. Lo pude ver en sus ojos.

Mi primer ataque le rebanó una muñeca, cortando limpiamente la pieza de la servoarmadura. Su mano cayó al suelo, empuñando todavía la pistola bólter con el cañón humeante.

El segundo chocó contra *Teophantus* y la destruyó, esparciendo dientes de sierra sueltos y piezas de maquinaria por los aires.

El tercer mandoble partió al cazador de brujas Tantalid en dos, desde el hombro izquierdo hasta la entrepierna. Ninguna de las dos mitades dejó escapar un solo sonido cuando cayeron al suelo de la catedral.

Barbarizadora todavía estaba repleta de poder y deseosa de más sangre, por lo que se retorció cuando Medea apareció indemne detrás de una fila de bancos. Obligué a la sedienta espada a bajar.

—¡Vamonos! —me dijo.

Ungish estaba muerta. Ya no podía hacer nada por ella. Y había tanto que debería haber hecho… Ella había estado en lo cierto. En lo cierto sobre todo aquello. En lo cierto sobre su destino. Temí pensar que también podría estar en lo cierto en todo lo demás.

Al oír mi frenética llamada en Glossia cuando Tantalid comenzó a atacarme, Medea despegó con nuestra pequeña nave desde la Llanura de Ezra en las afueras de la ciudad y a pesar de todas las comunicaciones por los canales oficiales que le ordenaban que abortara la aproximación y voló hasta posarse justo en el mismo patio de la catedral de San Ezra Vigilante.

Cuando salimos corriendo al exterior, atravesando las multitudes de curiosos que se apartaban rápidamente de nuestro paso, vimos a los arbites de la ciudad y a los miembros de la Frateris Militia acercarse al lugar en respuesta a las llamadas de alarma. No tenía sentido enfrentarse a ellos.

Nuestra nave salió disparada hacia el cielo, de regreso al *Essene*, para abandonar Orbul Infanta lo antes posible.

Aquello fue un auténtico embrollo. La confianza con la que todos habíamos partido de Cinchare parecía haber desaparecido. Orbul Infanta tan sólo había sido el primer paso de una serie de estratagemas a largo plazo, y gracias a Tantalid había acabado de un modo horrible. No había logrado entrar en contacto con Gladus, y también había descubierto que, a pesar de lo cuidadoso que había sido, mis comunicados no eran seguros. La tercera tarea que me había propuesto en Orbul Infanta, una consulta en el archivum imperial para encontrar cierta información relativa a Quixos, ni siquiera había comenzado.

Al menos, había logrado consagrar las armas, y *Barbarizadora* había más que demostrado su gran valía en combate.

Las fragatas de la Frateris Militia, junto a numerosas naves de patrulla de la Armada Imperial, intentaron impedir la partida del *Essene*, pero el navegante de Maxilla nos sacó del sistema y del espacio real antes de que ni siquiera pudieran acercarse. Algunas naves nos persiguieron hasta el espacio disforme, y nos dieron caza durante ocho días, aunque finalmente logramos deshacernos de nuestros perseguidores tras una serie de aceleraciones, deceleraciones y cambios de rumbo en el espacio real.

Nos escondimos. Pasamos un mes en un almacén de tecnología de nivel bajo de un mundo agrícola, y otros dos en una estación automatizada en Kwyle. En aquella época saltaba por lo más mínimo, y esperaba que aparecieran rivales y enemigos en cada puerta. Pero todo se mantuvo tranquilo y sin problemas, y nadie nos incomodó. Maxilla había hecho carrera mediante la táctica de no llamar la atención y de pasar

desapercibido. Puso en práctica aquel arte en beneficio de nuestra causa, y me volvió a meter en faena.

Nos arriesgamos, tres meses después de abandonar de forma tan precipitada Orbul Infanta, a acercarnos a Gloricent, un mundo comercial alejado pero próspero en el subsector de Antimar, otra división del sector Scarus, sólo a dos subsectores del helicano. Aunque mundos como Gudrun y Tracian Primaris estaban por lo menos a cuatro meses de viaje en nave interestelar, me sentí un poco como en casa. Medea y yo visitamos disfrazados la zona costera y azotada por las olas de una de las principales colmenas comerciales, y conseguimos un par de astrópatas, contratando sus servicios al gremio local por un período indefinido.

Se llamaban Adgur y Ueli, ambos unos chavales, ambos sanos físicamente, pero con poco ingenio y sin apenas emociones. Sus jóvenes cabezas estaban rapadas y sus clavijas implantadas estaban nuevas y relucientes. Me hablaban de un modo excesivamente formal, que me sonaba a etiqueta aprendida al estilo de los loros, algo que por desgracia era cierto. Pero sus ojos estaban rodeados de carne de color oscuro, su piel estaba perdiendo el tomo lustroso y su carne la flexibilidad de la juventud. Los rigores de la vida de los astrópatas ya se estaba cobrando su precio.

Envié nuevos comunicados mediante ellos, unos comunicados que sustituían a los anteriores y que revisaban ciertos aspectos de mis planes. Ninguno de los mensajes sugería ninguna clase de encuentros de prueba que había intentado con Gladus. No estaba dispuesto a arriesgarme tanto en aquellos momentos.

Después de que pasara una semana, y de que no recibiera ninguna clase de respuesta, abandonamos Gloricent y viajamos hasta Sarum, el mundo capital del subsector de Antimar, pasando antes por Mimonon. Logré obtener algunas informaciones interesantes en sus bibliotecas, pero tuvimos que marcharnos porque un pequeño confesor de cara agria que

realizaba una investigación sabática se dedicó a seguirme como si me hubiera reconocido.

Recibí mis primeras respuestas mientras todavía estábamos anclados en Sarum, todas ellas codificadas: de Bequin desde Mesina, y de Aemos desde Gudrun. Ambos me informaban sobre las partes del plan que debían cumplir, y que marchaban mucho mejor que la mía. Dos días más tarde, un mensaje astropático parcialmente interrumpido me llegó procedente de Inshabel, que estaba en Elvara Cardinal. Las partes inteligibles parecían indicar que estaba teniendo cierto éxito. Estaba impaciente por saber más.

La semana anterior a nuestra partida de Sarum recibí otros dos mensajes, ambos anónimos. Uno procedía de Tracian Primaris, y el otro de un racimo de mundos esclavos que debían lealtad a la provincia Salis, en el subsector ofidiano. Reconocí a los remitentes por el cuidado lenguaje y código de los mensajes.

Mi ánimo se levantó.

Después de aquellos éxitos, todo pareció frenarse e incluso estancarse. No lográbamos ningún progreso, y no recibimos más comunicaciones. Nos vimos obligados a abandonar Lorwen a toda prisa, nuestra siguiente parada después de salir de Sarum, cuando apareció de repente una flotilla de naves de guerra de la Flota de Batalla Reaver. Después supe que las maniobras de la flota de batalla en Lorwen, y también en Sarum y en Femis mayor, eran parte de un despliegue preventivo frente a un par de pecios espaciales que habían llegado al subsector. Pero aquello nos provocó trece semanas de angustia y de andar escondiéndonos entre las estrellas enanas negras de un sistema estelar extinguido.

Pasó otra Fiesta de las Velas mientras viajábamos por el empíreo, de camino al grupo de estrellas Drewlian. Medea, Maxilla y yo la celebramos juntos, sólo nosotros tres. No invitamos al navegante y a los dos astrópatas. Alcé mi copa para brindar por el éxito de nuestra misión. No creo que hubiera estado tan animado si hubiera sabido que el acto final de nuestro plan tardaría todo otro año completo en llegar.

Pasé los primeros cuatro meses de 342 enzarzado en una búsqueda infructuosa del famoso eremita precognitivo Lukas Casina en las apestosas ciénagas de Drewlia Dos, sólo para enterarme de que había muerto a manos de un culto monodominante cuatro años antes. Durante aquella búsqueda, acabé con una secta de demonios de la plaga que infestaban aquellos pantanos. Fue todo un éxito y un esfuerzo, pero el relato completo de lo sucedido está en los archivos de la Inquisición, y no tiene sentido que lo cuente aquí. Además, lo considero una pérdida de tiempo y una interrupción. Tampoco contaré aquí las aventuras de Nathun Inshabel en Elvara Cardinal, o las experiencias de Harlon Nayl en Bimus Tertius, aunque ambas narraciones tienen que ver con este relato. Inshabel ha escrito su propia e ingeniosa exposición de sus grandes logros, a la que se puede acceder mediante el nivel de seguridad adecuado, algo que recomiendo tanto por su valor informativo como por ser gratificante. Nayl me pidió que no incluyera lo que le sucedió, y nunca lo dejó registrado en ninguna clase de archivo. Sólo alguien con la temeridad necesaria para preguntárselo y dispuesto a gastarse una buena cantidad de dinero en emborracharlo puede saber lo que ocurrió.

Durante todo este tiempo, continué siendo un forajido imperial, buscado por la Inquisición por mis herejías. Es interesante que en ningún momento a lo largo de este período, la Inquisición refutó de modo formal la carta que presenté contra Quixos.

El año 343.M41 había llegado a su mitad cuando el *Essene* me llevó a Thessalon, un mundo feudal cercano a Hesperus en el subsector helicano. Había sido elegido por Nayl como punto de encuentro de nuestra reunión secreta. Llegó una semana antes que nosotros al mando de un equipo de veinte hombres para preparar el sitio y asegurarse de que no estuviéramos en peligro. Sus preparativos fueron minuciosos e ingeniosos. Nadie pudo entrar en la zona sin que él lo supiera, nadie podría haberlo hecho. A la

más mínima señal de interrupción exterior o de interferencia oficial, hubiéramos tenido tiempo de sobra para retirarnos y huir.

Como precaución final, yo fui el último en llegar.

Thessalon es un pequeño mundo áspero cuyos habitantes viven en una edad oscura y que no sabe nada del Imperio o de la galaxia que existe más allá de los cielos.

El lugar de encuentro era una fortaleza en ruinas en el norte del segundo continente, a unos dos mil kilómetros de la comunidad indígena más cercana. Sin duda, unos cuantos pastores solitarios o algunos granjeros vieron las luces de nuestras naves en su cielo, pero para ellos, aquello no se trataba más que de nuevos portentos de los dioses así como de los ojos brillantes de bestias fabulosas.

Medea me depositó en el borde de un bosque de coniferas, y a continuación se alejó con el cúter artillado para permanecer cerca como apoyo aéreo, lista para desplegarse en un instante. Por primera vez en dos años estándar, me vestí como un inquisidor, con un abrigo de cuero negro y también con mi insignia bien a la vista. Asimismo llevaba mi arnés de fe, con el *Puritus* grabado. Maldito fuera todo aquel que pensara que no era merecedor de llevarlo.

Nayl, equipado con una armadura de combate y con una carabina láser apoyada sobre uno de los brazos, apareció entre los árboles para recibirme. Nos estrechamos la mano. Me alegré de verlo de nuevo. Sus hombres, que sin duda se hallaban desplegados cerca, por los alrededores, permanecían invisibles en la creciente oscuridad.

Nayl me llevó a través del oscuro bosque hasta un claro, donde las copas de los pinos formaban un óvalo malva repleto de estrellas. La fortaleza, un montón de piedras grises, estaba en mitad del claro, y por las ventanas inferiores salía el resplandor de las lámparas.

Nayl me hizo atravesar los sensores de alarma, los cables y los rayos de detectores de movimiento que infestaban la estructura. Unos cráneos servidores de mi arsenal personal flotaban en la penumbra, alerta y armados.

Bequin y Aemos me salieron al encuentro bajo el arco roto de la entrada. Aemos tenía la cara pálida y mostraba un aspecto preocupado, pero en su rostro apareció una cálida sonrisa de bienvenida en cuanto me vio. Bequin me abrazó.

—¿Cuántos? —le pregunté.

—Cuatro —fue la respuesta.

No estaba mal. No era estupendo, pero tampoco estaba mal. También dependía de qué cuatro fueran los asistentes.

—¿Y todo lo demás?

—Todos los preparativos están acabados. Podemos empezar nuestra misión en cualquier momento —contestó Aemos.

—¿Tenemos un objetivo?

—Lo tenemos. Lo conocerás cuando se los digamos a todos los demás.

—Bien —me quedé callado un momento—. ¿Hay algo más que deba saber?

Los tres negaron con la cabeza.

—Vamos allá entonces —les dije.

A pesar de todas las precauciones que habían tomado, estaba dejando mi vida en sus manos. Me presentaba en persona, de forma voluntaria, a cuatro miembros de la Inquisición. Confiaba en que las antiguas amistades y alianzas respectivas que existían entre ellos y yo contarían más que las acusaciones que Osma había lanzado contra mí. Aquellos cuatro eran los únicos que habían contestado a mis veinte comunicados originales. Nayl se había encargado de supervisar su llegada y de registrarlos a fondo, pero aun así, existían muchas posibilidades de que hubieran acudido simplemente para ejecutar a Gregor Eisenhorn, declarado hereje.

Pronto lo sabría.

Cuando entré en la sala principal, iluminada por velas, un chistido acalló todas las conversaciones, y seis hombres se volvieron para mirarme. Fischig, con un aspecto imponente gracias a su armadura corporal negra, asintió a modo de saludo con una sonrisa a medias en los labios. El interrogador Inshabel, con un mono de trabajo ceñido al cuerpo y una capa ligera, inclinó la cabeza y me sonrió con nerviosismo.

Los otros cuatro se me quedaron mirando sin hacer ningún gesto.

Caminé de modo solemne hasta colocarme en mitad de ellos. El primero se bajó la capucha de su capa marrón. Era Titus Endor.

—Hola, Gregor —me dijo.

—Bien hallado, viejo amigo.

Endor había sido uno de los dos primeros en contactar conmigo de forma anónima el año anterior, desde los mundos esclavos de Salis. El otro, que había respondido desde Tracian Primaris, estaba a su lado.

—Commodus Voke. Me honras con tu presencia.

El arrugado vejestorio soltó un pequeño bufido desdeñoso.

—En honor a nuestras empresas comunes, y maldito sea Lyko, y todo lo demás, aquí estoy, Eisenhorn, aunque el Emperador sabe que sospecho mucho de todo esto. Te escucharé con atención, y si no me gusta lo que oigo, me retiraré… ¡sin romper la confianza mostrada en este encuentro! —añadió de forma ceñuda con un dedo levantado—. No traicionaré este congreso, pero me reservo el derecho a marcharme si descubro que no sirve para nada.

—Tienes ese derecho, Commodus.

A su izquierda estaba de pie un hombre alto y tranquilo, al que no reconocí. Llevaba una armadura antifragmentación de color castaño bajo un largo abrigo azul de caballería, y su emblema plateado estaba fijado en la parte izquierda del pecho. Tenía la cabeza abombada y afeitada, pero un brillo violeta en sus ojos me indicó que era un nativo de Cadia.

—El inquisidor Raum Grumman —me presentó Fischig dando un paso adelante.

Grumman estrechó la mano que le ofrecí e inclinó brevemente la cabeza.

—La inquisidora general Neve confirma el recibo de su comunicado y me ha pedido que le exprese su tristeza por no poder haber asistido a esta reunión. Ella en persona me pidió que la sustituyera, y que le preste el servicio que libremente yo le presto a ella.

—Te lo agradezco, Grumman. Pero quiero decirte desde el principio que quiero estar seguro de que sabes por qué nos hemos reunido hoy aquí. Haber venido sólo porque te lo ha pedido tu jefe provincial no es suficiente.

El cadiano sonrió.

—Lo cierto es que es así. Pero déjame decirte que he estudiado todo el asunto con mucho cuidado con Neve en persona y con tu Fischig. No me hago ilusiones sobre el peligro de encontrarme aquí y de aliarme contigo. Pero dadas las circunstancias, habría venido de todas maneras.

—Bien. Excelente. Bienvenido, Grumman.

La identidad del cuarto y último invitado me dejó sorprendido. Iba cubierto de una armadura de combate hecha de placas relucientes, que parecía fabricada a medida y también extraordinariamente cara. Alzó sus manos cubiertas por guanteletes y se quitó el yelmo en forma de cabeza de sabueso. El inquisidor Massimo Ricci, del Ordo Xenos Helicana. No podía considerarlo un viejo amigo, pero lo conocía bien.

—¿Ricci?

En su rostro atractivo y altivo apareció una amplia sonrisa.

—Al igual que Grumman, estoy aquí para pedir disculpas en nombre de otra persona. Por numerosas razones, de las que estoy seguro podrás entender, Lord Rorken no puede responder en persona a tu petición. Sería un suicidio político para él participar en este asunto. Pero mi señor todavía confía en ti, Eisenhorn. Me ha enviado para que actúe como su sustituto.

Ricci era uno de los inquisidores más valorados y admirados de Lord Rorken. Muchos comentaban que era el sucesor más probable para el puesto de Maestre del Ordo Xenos. El hecho de que estuviese allí era un cumplido enorme, tanto de Lord Rorken, quien había creído apropiado

enviar a uno de sus subalternos más ilustres, como del propio Ricci, que estaba arriesgando una carrera prometedora por el solo hecho de estar allí. Era evidente que ambos se habían tomado muy en serio mi propuesta y mi causa.

—Caballeros —les dije—, estoy encantado, y me siento honrado, de veros a todos. Discutamos el asunto, de forma abierta y libre, y veamos adonde nos conduce todo esto.

Los vientos nocturnos de Thessalonia gimieron al atravesar las cavidades en ruinas de la fortaleza mientras les informaba de todo. Inshabel y Nayl llevaron sillas y colocaron una pesada mesa de campaña. Bequin y Aemos nos proporcionaron las placas de datos, los mapas, y todos los papeles y demás pruebas que les pedí a lo largo de la reunión.

Hablé durante unas dos horas, y los conduje a lo largo de todo el asunto sobre Quixos, contándoles todo lo que sabía. Buena parte de lo que dije ya estaba en los comunicados que envié, pero completé todos los detalles y contesté a todas las preguntas que me hicieron. Endor pareció quedar satisfecho, y apenas habló.

Me alegré de tener un auténtico amigo allí conmigo, uno que confiaba sin más en mi palabra y en mis intenciones. Grumman tampoco intervino mucho. Voke y Ricci me acribillaron a preguntas, y pidieron que les aclarara hasta el más mínimo de los detalles.

Las tres Ordos estaban presentes en la mesa: Voke pertenecía al Ordo Malleus, aunque al menos no pertenecía al círculo de Bezier, Ricci y yo éramos Ordo Xenos, y Grumman y Endor pertenecían al Ordo Hereticus. Todos nosotros, excepto Grumman, éramos servidores asignados a la Ordos Inquisitorae Helicana. Sólo Titus Endor, a quien yo conocía como una persona extremadamente reservada, no llevaba expuesta su insignia.

Creo que hablé de forma elocuente y clara.

Nos tomamos un descanso después de aquellas dos horas de exposición para poder estirar las piernas y tomarnos un bocado. Salí afuera para respirar el frío aire nocturno y me quedé escuchando el susurro de la brisa que movía las copas de las coniferas. Fischig salió para hacerme compañía y me trajo una copa de vino.

—Neve está pasándolo mal —me dijo, yendo directo al grano. Había viajado desde Cinchare hasta Cadia para conseguir más datos e información, y para reclutar específicamente a la inquisidora general.

—¿Por mi culpa?

Asintió.

—Por todo. Osma causó muchos problemas después de que te sacáramos de la Carnificina. Después de todo, tenía el apoyo y la presión de Bezier y de Orsini. Aquello hizo que el superior de Neve, el Gran Maestre Nunthum, de la Ordo Cadia, tomara nota de todo aquello, eso te lo aseguro. Iban a por ella y a por su cargo, pero no pudieron demostrar nada. Neve sabe ser escurridiza. Y te defendió como una auténtica osa, puedes creerme.

—¿Está a salvo?

—Sí. Gracias a una enorme incursión del Enemigo hace ocho meses. La Puerta de Cadia está en pie de guerra y completamente revuelta. Lo último que preocupa a nadie es el papel que tuvo Neve en la Conspiración Eisenhorn.

—¿Así es como lo llaman?

—Así es como lo llaman.

Sorbí un poco de vino, esperándome algo peleón y del planeta. Sin embargo, era un vino tinto, un estupendo Samatano. Supuse que procedía de mi propia bodega.

Era propio de Bequin tener en cuenta aquellos detalles, y había escogido lo mejor para suavizar la tensión de los visitantes.

—Grumman: ¿qué piensas de él?

—He pasado bastante tiempo con él —me dijo Fischig—. Tiene una mente brillante, y sabe lo que está haciendo. Neve no podía venir debido a

la vigilancia a la que está sometida, así que escogió a Grumman, y no creo que ella lo hubiera hecho si él no mereciera la pena.

»Se conocen desde hace mucho tiempo, y Grumman aceptó por respeto a ella. Pero hemos pasado bastante tiempo en el viaje desde Cadia hasta aquí, y creo que ahora también se ha involucrado por convicción propia.

—Bien. ¿Y los otros?

—Voke es un tipo lleno de sorpresas —dijo con un bufido—. Cuando me dijiste que ibas a incluirlo en la lista de contactos, pensé que estabas loco. No tan loco como cuando escribiste a Lord Rorken, por supuesto, pero casi… Nunca creí que el viejo cabrón aparecería, o que ni siquiera se dignaría contestarte. Es un tipo tan tieso que incluso el palo que tiene metido en el culo tiene un palo metido en el culo. Hubiera perdido esa apuesta. Debes caerle mejor de lo que está dispuesto a admitir.

—Nos entendemos —le dije—. Le salvé la vida en la nave insignia San Scythus, pero él me devolvió el favor en la Avenida de Víctor Bellum. Quizás eso ha sido suficiente.

—Hace falta convencerlo —contestó Fischig—, pero creo que está dispuesto a participar.

—¿De veras?

—¿Has visto al cretino de Heldane por algún lado?

Sabía lo que Fischig quería decir. Heldane se hubiera opuesto a aquella misión en redondo, y le hubiera encantado entregarme, vivo o muerto. Estaba claro que Voke había ido sin que su antiguo pupilo lo supiera. Fischig estaba en lo cierto. Aquélla era una buena señal.

—Endor… Bueno, él es de fiar, ¿verdad? —continuó diciendo Fischig—. Dada vuestra amistad hubiera venido de todas maneras.

—Me alegro de que esté aquí. ¿Y qué me dices de Ricci?

Fischig bajó la voz de repente hasta convertirla en un siseo.

—Hablando de él.

Se retiró. Ricci apareció con una copa de vino por la arcada situada a nuestras espaldas y se colocó a mi lado. Se quedó mirando el impresionante cielo estrellado.

—Espero que te des cuenta de lo afortunado que eres —me dijo Ricci.

—Todos los días.

—Te arriesgaste al ponerte en contacto con Lord Rorken. Siempre le has caído bien, pero dada la situación actual, que caigas bien es una costumbre peligrosa. Se enfrentó directamente a Bezier y a Orsini por tu caso.

—¿Y aun así te envió?

—Déjame serte franco, Gregor. Creo que nos ayudará. Lord Rorken, que el Emperador multiplique su buen hado, me envió para ayudarte a desenmascarar y a destruir al hereje Quixos. Pero si, en el camino, descubro algo que confirma la opinión generalizada sobre las acusaciones de herejía que se te imputan…

—¿Qué?

—Creo que ya me has entendido.

—Eres su hombre del hacha. Me ayudarás… pero si cruzo la línea delante de ti, Rorken te ha dado permiso para ejecutarme.

Alzó su copa.

—Creo que ahora ya sabemos adónde nos conduce esto.

Así era. Ya tenía mucho más sentido que Rorken hubiese enviado a un agente de semejante rango a mi lado.

No dije nada más. Ricci sonrió y volvió a entrar en la fortaleza.

Nos sentamos de nuevo a la mesa y estuvimos debatiendo el asunto durante cierto tiempo más. Pensé que la mayoría de las preguntas, sobre todo las de Voke y las de Ricci, eran estrechas de miras a propósito.

Por fin, después de otra hora, Grumman dijo en voz alta una pregunta que iba al caso.

—Supongamos que todos estamos de acuerdo. Que estamos de acuerdo con que Eisenhorn ha sido acusado erróneamente y que Quixos se merece nuestra persecución más encarnizada… ¿Cómo lo hacemos? ¿Sabemos dónde se encuentra?

—Sí —le respondí, aunque yo no conocía la contestación a esa pregunta.

Sin embargo, sí sabía que mi gente se había pasado buena parte de dos años cumpliendo su misión, y muchas docenas de agentes habían estado filtrando datos procedentes de cientos de mundos.

Bequin se acercó a la mesa sin que nadie se lo dijera y se sentó con nosotros.

—Hace unos tres meses, nuestra investigación descubrió una trama repetitiva en los datos concernientes a la vida casi mítica de Quixos. Y esa trama está basada en Maginor.

—La capital del subsector Niaides, sector Viceroy, Ultima Segmentum —dijo Voke en voz alta.

—Vuestro conocimiento astronómico es excelente, señor —le contestó Bequin con voz suave. Les entregó varias placas de datos.

—Como pueden ver en el archivo de datos marcado como «alfa», es indudable que Quixos visitó Maginor hace casi doscientos años, y se vio implicado en una asociación de intereses comerciales y familias nobles conocida como el Sendero Místico. El Sendero era un grupo que ya había estado utilizando tecnología y conocimientos prohibidos. Quixos debería haber suprimido la asociación y haberlos quemados a todos. Pero está claro que no lo hizo. En vez de eso, los protegió y los ayudó a crecer, hasta que se convirtieron en una base de poder para su invisible imperio de siniestras creencias. Ya no era una asociación, sino un culto. El culto a Quixos.

—¿Por qué crees que todavía está ahí? —le preguntó Ricci.

—Pensamos que ha montado su base allí, señor —le contestó Bequin —. Los tentáculos del Sendero Místico se extienden por todo el segmentum, e incluso más allá. Maginor es su corazón. El inquisidor Lugenbrau y un grupo guerrero de unos sesenta individuos desaparecieron en Maginor en 239.M41. Jamás se han encontrado restos ni huellas de ellos, aunque el interrogador Inshabel fue capaz de… aah… recuperar una trascripción verbal incompleta de una grabación pictográfica que al parecer se realizó durante la misión de Lugenbrau.

Leí rápidamente pero en voz alta la trascripción. Era aterradora.

—¿Conseguiste esto en Elvara Cardinal, Inshabel? —le pregunté.

Inshabel estaba en la otra parte de la estancia, y avanzó hacia nosotros mientras se sonrojaba.

—Bueno, no directamente, señor. Lo cierto es que procedía de la biblioteca de datos de la Inquisición en Fibus Secundus. Cómo lo conseguí es toda una aventura, pero sería desperdiciar un tiempo muy valioso andar repitiéndola aquí.

Inshabel estaba en lo cierto, como ya he dicho. Fue toda una aventura, y disfruté de su relato cuando más tarde me la contó. Insisto en que accedáis a ella para leerla.

—Creemos que Lugenbrau estaba persiguiendo a Quixos, aunque lo más probable es que no lo supiera —continuó diciendo Quixos—. Él y todo su grupo fueron aniquilados por las fuerzas de Quixos.

—Lugenbrau —murmuró Voke mientras dejaba su placa de datos sobre la mesa y se quedaba contemplando el cielo con la mirada perdida—. Nunca lo conocí en persona, pero fue pupilo de mi camarada Pavel Uet. Uet confiaba plenamente en él, y cuando Lugenbrau desapareció, lo sintió mucho. Creo que esa pérdida acortó su vida.

Voke me miró con sus ojos viejos y cansados.

—Si antes no estaba decidido del todo, Eisenhorn, ahora lo estoy. Quixos debe pagar por lo que ha hecho.

—Estoy de acuerdo —dijo Endor mientras arrojaba su placa de datos sobre la mesa con aspecto ceñudo—. Como mínimo, la Inquisición exige venganza por todo esto.

—Entonces, ¿a Maginor? —preguntó Grumman.

—Todavía es su base de operaciones, señor, de eso estamos seguros —le contestó Bequin—. Y hasta hace una semana, estábamos completamente preparados para efectuar una incursión en Maginor, pero justo entonces recibimos esto.

Alzó en la mano una trascripción telepática.

—La leeré, si me lo permiten.

Se puso con cuidado sus gafas de media luna. Le sentaban muy bien, pero yo sabía que su vanidad le hacía odiarlas. Una indicación de la

gravedad de la situación era que estuviera dispuesta a ponérselas delante de aquella gente.

—Comienza diciendo:

Mi querido amigo Gregor: Me he mantenido al día con los datos sobre vuestra misión que me habéis estado enviando. Me da algo que hacer en estas largas tardes de invierno. Estoy de acuerdo con que Maginor es la sede de ese mal, y desde luego se merece la atención debida de la Inquisición. Pero, si me perdonas, sugiero que Maginor sea dejado en manos de la Ordo Niaides. Según los datos que Aemos me ha proporcionado he llegado a una nueva conclusión. Mis descubrimientos completos se encuentran en los archivos de datos que están más adelante, pero, en resumen, creo que deberíais dirigiros a Farness Beta. La fascinación que Quixos siente hacia los megalitos de Cadia me hizo pensar.

»Como verás más adelante, he hallado unos pedidos de tallado de piedras enormes en el mundo límite de Serebos, que galácticamente se encuentra al sm de Terra. Los gremios talladores de Serebos son famosos por el secretismo de sus contratos. Proporcionan una piedra vitrea negra e inerte, parecida a la obsidiana, llamada serebita, y es una sustancia muy hermosa que tiene mucha demanda en todo el Imperio. La serebita es, por lo que se sabe, el material más parecido al utilizado en la construcción de los megalitos de Cadia, lo más similar que se puede conseguir. Como ya he dicho, los jefes de las distintas canteras son muy reacios a difundir la identidad de sus clientes, pero existen muy pocas posibilidades de ocultar el embarque de una enorme copia de uno de esos megalitos por una barcaza de transporte del gremio. ¡Tres cuartos de kilómetro de largo, y un cuarto de kilómetro de anchura! Quixos ha ordenado crear una copia exacta de los megalitos de Cadia, y la ha enviado a Farness Beta.

Bequin se quedó callada un momento y levantó los ojos para mirarnos.

—*«Si alguna vez te has fiado de mis consejos, confía en mí ahora* —siguió leyendo—. *Quixos está en Farness, y si vais a detenerlo, debe ser ahora mismo. Tu devoto amigo y pupilo, Gideon*».

Gideon. Gideon Ravenor. A pesar de estar malherido e impedido, había descubierto aquello, lo que alteraba por completo nuestro plan de ataque. Me quedé sin habla. Sentí que estaba a punto de que se me saltaran las lágrimas.

—Hay una posdata —dijo Bequin—. Dice: *«Los demonios serán el principal problema. Sé que estás preparado, pero también os envío esto. Uno para cada uno de los veinte que has convocado*».

Bequin se quitó las gafas y se puso en pie. Nayl trajo una caja y la puso sobre la mesa. Dentro había veinte pergaminos de protección contra demonios, cada uno de ellos guardados y sellados en el interior de un tubo de mármol verde bendecido, y veinte amuletos de oro consagrados del Dios Emperador como una reliquia esquelética. Era muy típico de Ravenor prestar atención a aquellos detalles. Nayl los entregó, un pesado tubo de pergamino y un amuleto para cada uno de nosotros.

—Yo estoy convencido —dijo Ricci mientras se ponía en pie y se colocaba el amuleto del cuello, de modo que colgara entre los sellos de pureza de su armadura.

—Me alegro. ¿Grumman?

—Estoy contigo —me dijo el nativo de Cadia.

—Un brindis —dije alzando la copa—. Por esta célula de cinco. Y por los otros que nos han ayudado a llegar tan lejos.

Bequin, Aemos, Nayl, Fischig e Inshabel también alzaron sus copas en respuesta.

—A Farness Beta. A acabar con Quixos.

Los cinco inquisidores reunidos en la derruida fortaleza entrechocaron sus copas.

—Farness Beta —dijo Ricci—. Decidme, ¿dónde está eso?

—En mitad de la Puerta de Cadia —le contestó Grumman—. Justo en el borde del Ojo del Terror.



VEINTITRÉS

FARNESS BETA
CHERUBAEL Y PROPHANITI
QUIXOS

Llegamos a Farness Beta a comienzos del año 343.MI. Para entonces, la guerra había dividido todo el subsector cadiano, y unos inmensos y terroríficos ejércitos del Ojo del Terror. El Ojo dominaba los cielos como un torbellino de llamas en la mayoría de los mundos cercanos a la Puerta de Cadia, brillando con un resplandor mayor que el que ningún vivo podía recordar. Cada destello y pulsación de aquel remolino significaba una nueva apertura en el espacio disforme, y otra flotilla de la muerte que surgía. Aquella primavera fue conocida como La Resistencia Valerosa de la Puerta de Cadia, y así aparece en todos los libros de historia del Imperio, como cualquier erudito sabe.

Durante los primeros meses del año 343, los cadianos rechazaron la mayor invasión del Caos sucedida en trescientos años.

Casi parecía que el Archienemigo supiera algo.

El *Essene* me llevó a Farness impaciente y deseoso de entrar en acción. Otras dos naves nos escoltaron a través del Immaterium: el elegante crucero de Ricci y el viejo acorazado erizado de cañones de Voke. Endor y Grumman, con sus grupos de combatientes, viajaban a bordo del *Essene* conmigo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que el *Essene* llevara tanta gente.

El grupo de combate de la Armada Imperial, un escuadrón de diez naves destacado de la Flota de Combate Scarus para operaciones especiales y bajo las órdenes del Destacamento de Disciplina de la flota, ya nos estaba esperando allí.

El grupo de combate llevaba en su posición desde hacía dos semanas, y sus operaciones de reconocimiento y de vigilancia nos habían preparado el terreno.

—Ya hemos confirmado la localización de Paria —me dijo el Gran Procurador Olm Madorthene por un canal de vox y pictográfico desde su propia nave.

Paria era el nombre clave utilizado para referirse a Quixos en aquella operación.

—Bueno, al menos su centro de actividad. Voy a enviar los datos ahora mismo. El Punto A es lo que estamos buscando.

Me volví en mi asiento del elegante puente de mando del *Essene* y Maxilla le hizo un gesto de asentimiento a uno de sus adornados servidores. El mapa desplegado apareció en la pantalla secundaria de mi consola.

—Ya lo tengo —le dije a Madorthene mientras me volvía de nuevo para mirar su imagen ligeramente distorsionada en la gran pantalla principal del puente.

—Es una meseta montañosa llamada Ferell Sidor, que significa literalmente «Altar del Sol». Se encuentra en uno de los remotos

territorios norteños de la provincia de Hengav. El gobierno provincial ha declarado todos esos territorios Lugar Sagrado, ya que toda la zona está plagada de tumbas tólicas de la Segunda Dinastía. Se supone que el acceso está restringido, y que sólo la Eclesiarquía, las familias reales de Farnesi y los arqueólogos autorizados pueden pasar. Creemos que Paria obtuvo una serie de licencias para excavar en Ferell Sidor hace unos seis años, bajo la cobertura de una misión arqueológica de la universidad de Avellorn. Se supone que las autoridades locales supervisan esa clase de misiones, pero lo cierto es que no tienen ni idea de lo que está haciendo allí arriba. Si miras el mapa detallado…

—Sí, lo tengo.

—Puedes ver la extensión de los trabajos de excavación. Paria ha construido una pequeña ciudad ahí abajo, a lo largo del pozo.

—La excavación tiene un tamaño considerable…

—Creemos que ahí es donde ha enterrado o colocado su copia del megalito. Es difícil obtener una imagen mejor. No quisimos acercarnos demasiado para no ponerle sobre aviso.

Me levanté del trono del puente y me quedé de pie mirando la enorme imagen del Gran Procurador.

—¿Estáis preparados?

—Por completo. Ya te he mandado una copia de mi estrategia de asalto. Haz las modificaciones que desees.

No hizo falta. El plan de Madorthene era eficiente y simple. Oficialmente se trataba de una operación del Destacamento Disciplinario de la Flota de Combate con la que se pretendían obtener pistas que condujeran al esclarecimiento de la matanza acaecida en Tracian. El Gran Procurador Madorthene había sellado un pacto de cooperación con Commodus Voke para llevar a cabo el plan. En realidad el pacto lo había convenido en secreto conmigo. Olm era el único individuo que no era inquisidor al que había escrito.

Codificamos todas las señales de llamada y las órdenes de mando de la operación, acordamos la hora cero y nos deseamos buena suerte el uno al otro.

—El Emperador protege, Gregor —me dijo.
—Eso espero, Olm —le contesté.

Al día siguiente, dos horas antes del amanecer, quinientos guardias imperiales del Quincuagésimo Primero de Tracian avanzaron hacia Ferell Sidor, Punto A, desde los puestos de reunión avanzados a cubierto tras las colinas que rodeaban el lugar, después de haber desembarcado el día anterior en barcazas navales. Avanzaron en silencio, en tres columnas. La primera aseguró el único camino de acceso a la meseta montañosa y que resultaba transitable para los vehículos terrestres. Cuando las tres columnas estuvieron finalmente en posición, despertamos a Ferell Sidor.

Las fragatas *Zhikov* y *Furia de Espatian* bombardearon la zona durante seis minutos, creando una enorme bola de fuego que iluminó todo el paisaje como si el sol hubiese salido antes de tiempo. Instantes después, treinta bombarderos *Marauder* sobrevolaron el Punto A a baja altura y soltaron treinta mil kilos de alto explosivo.

Otro amanecer falso.

A pesar de aquella tremenda obertura, cuando las tropas terrestres llegaron ocho minutos después de que cayera la última bomba, la resistencia fue feroz. Madorthene se había temido que la mayor parte de las fuerzas de Quixos se encontraran bajo tierra, en el interior de la montaña, capaces de aguantar el peor ataque aéreo.

Las tropas de Tracian se encontraron entre los llameantes restos del poblado enfrentados a unos sectarios fanáticos y bien armados. La mayoría llevaban puestos los emblemas y los colores del Sendero Místico. Muchos eran mutantes. Los informes iniciales estimaban un total de ochocientos guerreros enemigos. Madorthene hizo entrar en acción a la reserva de la fuerza de ataque: otros setecientos soldados de asalto tracianos.

Para entonces, nosotros ya estábamos desplegando la segunda oleada. Medea nos dejó a Inshabel y a mí en el mismo borde de la zona de ataque,

junto a Endor y a sus dos servidores armados. La pinaza blindada de Ricci se posó cerca de nosotros, levantando una gran nube de polvo, y de ella bajaron él, Commodus Voke y una escolta de veinte soldados de la Inquisición. Grumman utilizó una nave de desembarco de la Armada que le prestó Madorthene y fue el último en llegar a tierra, pero el primero en entrar en combate. El destacamento de diez hombres de Grumman estaba compuesto exclusivamente por antiguos especialistas Karskin.

Cuando comenzamos a avanzar a través del sofocante humo, mientras nuestras naves todavía estaban elevándose por el aire que empezaba a teñirse por el amanecer, sentimos un temblor en la tierra y un despliegue palpable de fuerzas psíquicas. Unas terribles oleadas de poder psíquico surgieron del epicentro del Punto A y mataron a treinta soldados de la vanguardia… y después desaparecieron de repente.

Todos habíamos previsto que Quixos dispondría de unas tremendas defensas psíquicas. Al fin y al cabo, había estado reuniendo psíquicos como Esarhaddon, y lo más probable es que los ataques psíquicos fueran la pieza clave de su defensa, quizá más incluso que sus demonios. No estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Todo mi equipo de intocables de la Rueca, formados en dos grupos, unos cincuenta individuos en total, avanzaron al lado de las tropas de vanguardia. Bequin, protegida por Nayl y doce soldados de mi personal de combate, iba al mando de uno de los grupos, y Thula Surskova, protegida por Fischig y otros doce soldados, iba al mando del otro.

La Rueca nunca antes había sido utilizada a una escala semejante, pero demostró ser el arma que yo siempre sospeché que podía ser. El vacío que generaron contuvo y anuló la tormenta psíquica que amenazó por unos momentos con envolvernos, dejándola atrapada en el interior del Punto A e impidiendo que afectara al resto de nuestras tropas.

Entré en el complejo subterráneo con Inshabel bajando por unos peldaños cortados directamente en la roca de los sectores interiores del Punto A. Habíamos tenido que abrir paso casi durante una hora a través de las

estructuras cubiertas de humo de la superficie, metro a metro. Encontramos el primer lugar de acceso a los niveles inferiores cuando el sol ya había salido por completo. Era una escalera que había quedado al descubierto por el cráter de una bomba.

El sitio estaba repleto de restos humeantes y de unos cuantos cuerpos imposibles de identificar. En algunos puntos encontramos cables de energía chisporroteantes que colgaban del techo de rocacemento. Ambos llevábamos detectores de movimiento, y girábamos a derecha y a izquierda abatiendo a los sectarios en cuanto aparecían. Me estaba quedando sin munición para la pistola bólter, e Inshabel ya había empezado a utilizar su segunda, y última, carga de energía. El nivel de resistencia era increíble.

Nos encontramos con Endor en el cruce de un aparente laberinto de túneles sin sentido. Iba con un par de soldados tracianos y un guardia de la Inquisición, pero había perdido a sus dos servidores de ataque, demasiado lentos. Supe lo que estaba pensando con sólo verle la mirada. Habíamos llegado con bastantes fuerzas y muy confiados, pero quizá no llevábamos suficientes fuerzas. Pensé que había calculado bien lo peor que a lo que podíamos enfrentarnos, pero era posible que hubiera subestimado a Quixos.

Unas tremendas ráfagas de disparos nos alertaron del combate que se estaba librando en una gran estancia situada a nuestra izquierda. Llegamos justo a tiempo para ver a cuatro aterrorizados y heridos soldados tracianos que huían en nuestra dirección.

—¡Atrás! ¡Atrás! —nos gritaron. Hice caso omiso y avancé.

La estancia era inmensa y estaba medio llena de humo. Unas llamas verdes antinaturales lamían las paredes. Al otro extremo, la ya de por sí gigantesca estancia parecía dar a otra todavía mucho más grande.

Pero aquello no fue lo que me llamó la atención.

Commodus Voke, rodeado por más de cincuenta cadáveres, la mayoría de guardias imperiales, se mantenía firme contra Prophaniti.

El viejo inquisidor estaba temblando, y sus ropas se estaban quedando rígidas por el hielo psíquico. De sus ojos y de su boca salía una luz

llameante. El demonio, con sus crueles facciones apenas reconocibles como una distorsión de la cara del pobre Husmaan, se mantenía flotando en el aire delante de Voke, luchando por superar la invisible barrera de furia telequinética.

Echamos a correr, y unos sectarios situados a la derecha de la estancia comenzaron a dispararnos. El guardia imperial que estaba a mi lado se estremeció y se retorció cuando le impactaron dos veces, e Inshabel lanzó una maldición cuando le rozaron y casi le hicieron caer.

Endor ordenó a los demás hombres que lo siguieran y se abalanzó hacia los sectarios, con su pistola láser reluciendo con cada disparo y su espada sierra chirriando lista para el combate.

Voke estaba a punto de derrumbarse. Pude ver que flaqueaba bajo la intensa presión.

Enfundé la pistola bólter y avancé a tropezones por encima de los cuerpos y de los restos en su ayuda, rezando para que el báculo rúnico hiciera lo que se suponía tenía que hacer.

Y un tremendo impacto de luz blanca y de calor achicharrante me lanzó por los aires.

Intenté ponerme en pie, y me di cuenta a medias de que había salido disparado fuera de la estancia, había atravesado un panel de madera fin a y que había acabado en una especie de canalón de desagüe. Una fuerza invisible me puso en pie. Estaba rodeado por una intensa luz blanca.

Cherubael levitaba justo delante de mí.

—Gregor —me dijo—. Has llegado muy lejos. Sabía que podías lograrlo.

Sostuve en alto el báculo rúnico, por delante de mí. El pergamino de protección contra demonios en el tubo de mármol verde que Ravenor me había enviado ya estaba hecho pedazos por la fuerza del primer ataque de Cherubael.

—He esperado este instante durante mucho tiempo —siguió diciendo el demonio—. ¿Recuerdas cuando en Eechan te dije que tendrías que

compensarme? Bueno, pues ha llegado el momento. Ahora. Has llegado al punto alrededor del cual gira todo. El que he visto venir desde que nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Destinos… nuestros destinos, entretejidos. ¿Recuerdas eso?

—¿Cómo podría olvidarlo? —exclamé disgustado—. ¡Proclamas que me has estado utilizando durante todo este tiempo! ¡Guiándome! ¡Incluso protegiéndome! ¡Te vi matar a Lyko en Eechan! Para que yo pudiera vivir… ¿para este momento? ¿Por qué?

Cherubael sonrió.

—Cuando la disformidad está en ti como está en mí, ves el tiempo desde todos los ángulos. Ves lo que será y lo que ocurrirá, lo que una persona hará dentro de un siglo o dos, lo que una persona ha hecho hace mil años, en el pasado. Ves las posibilidades.

—¡Adivinanzas! ¡Eso es lo único que siempre andas soltando!

—Se acabaron las adivinanzas, Eisenhorn. Desde el primer instante que nos vimos, me di cuenta de que serías el único, el único con la tenacidad, la habilidad y la oportunidad para darme lo que yo quiero. Lo que más quiero por encima de todo. Vi que si te mantenía a salvo, vendrías y me darías lo más valioso, aquí, en este mundo, en este instante.

—¡Nunca ayudaré a un demonio como tú!

Cherubael sonrió, con los ojos en blanco y completamente serio.

—Entonces, destrúyeme, si puedes.

Se abalanzó sobre mí, y yo apunté el báculo rúnico hacia él, canalizando mi fuerza de voluntad psíquica a través del asta psicoconductiva hasta la piedra imán. El fragmento tallado del Lith brilló con un fulgor azulado.

Pontius Glaw sabía unas cuantas cosas sobre demonios. Su mayor debilidad es la fuerza de la voluntad que los ata como esclavos. El báculo rúnico, preparado y construido con tanto cuidado, grabado con un cuidado exquisito con los antiguos símbolos de control, era la palanca que me

serviría para romper esa atadura psíquica mediante la amplificación de mi voluntad hasta límites que la superaran.

Por un breve instante, sentí cómo debía sentirse un psíquico de nivel alfa plus.

El centelleante rayo de energía que saltó de la punta del bastón rúnico impactó de lleno en el pecho de Cherubael.

El demonio sonrió por un segundo, y luego su envoltura carnal se abrió dejando escapar una tormenta de fuego del Caos en todas las direcciones. Había roto sus ataduras y lo había enviado de regreso a la disformidad.

Y en el mismo momento que mi mente amplificada se impuso a la suya, vi los años de esclavitud que había soportado a manos de Quixos, los tormentos que había sufrido durante el proceso de encadenamiento, el gran texto prohibido del Malus Codicium en concreto cuyo conocimiento arcano Quixos había utilizado para crear sus criaturas demoníacas.

Y me di cuenta de que, después de todo, le había dado a Cherubael exactamente lo que siempre había querido.

La libertad.

Regresé tambaleante a la estancia principal. Para entonces, Voke, cuya resistencia a Prophaniti había sido sorprendente, estaba muerto.

Recordé las palabras de Voke después de la atrocidad de Tracian Primaris: «Enmendaré mis faltas. No descansaré hasta que todos esos engendros sean destruidos y se restablezca el orden. Y después no descansaré hasta que encuentre quién y qué está detrás de todo esto».

Ya podía descansar. Había cumplido su palabra.

El demonio arrojó a un lado el cuerpo del valiente anciano y se acercó levitando a Endor e Inshabel, quienes ya estaban de rodillas por el dolor que sentían. Unas llamas azules surgieron de la punta de los dedos de Prophaniti y envolvieron apretadamente a mis amigos como si fueran unas cuerdas psíquicas ardientes. Eran unos aperitivos atrapados para que los pudiera devorar cuando quisiera.

Prophaniti se quedó inmóvil en cuanto aparecí, y supo de forma instintiva que yo era una amenaza mucho más seria. La piedra de Lith todavía estaba refulgente con una luz roja sangre.

El demonio surcó el aire hacia mí, con los brazos abiertos de par en par e incandescente con su propia luz, con la boca abierta mientras gritaba mi nombre y dejaba al descubierto sus afilados dientes. Era igual que enfrentarse al ataque rasante de avión supersónico disparando todas sus armas. Lo sé muy bien. He tenido la desgracia de tener esa experiencia también.

Prophaniti aulló de alegría.

—¡Monstruo, me dijiste en Kasr Gesh que fabricara mejor mis armas para la próxima vez! —aullé en cuanto lo atravesé con el asta de acero del bastón rúnico—. ¿Es lo bastante mejor ahora?

Prophaniti lanzó un grito de agonía y estalló, haciéndome caer de espaldas. No creo que lo desterrara a la disformidad. Creo que más bien destruí su esencia vital para siempre.

El báculo rúnico estaba, milagrosamente, intacto, en mitad de los escombros del lugar. Sin embargo, el calor emitido por la destrucción de Prophaniti lo había dejado al rojo blanco de un extremo al otro, y no pude recogerlo del suelo.

Corrí hacia Titus Endor e Inshabel. Ambos se movían débilmente.

Inshabel estaba aturdido pero ileso. Endor tiene unas desgarraduras en el pecho y en el cuello. Me miró con los ojos enturbiados.

—Los pillaste a los dos, Gregor…

—Espero que no haya más —le contesté mientras intentaba contener la hemorragia. Su insignia se salió del bolsillo de su abrigo y me agaché para recogerla.

El símbolo de la Inquisición estaba decorado con la cresta ornada del Ordo Malleus.

—¿Malleus? —dije con un susurro exasperado.

—No…

—¿Cuándo pediste el traslado, Endor? Maldita sea, ¿cuándo cambiaste de Ordos?

—Me obligaron… —dijo de forma entrecortada—. ¡Osma me obligó! Cuando me tuvo en Mesina… hubo ciertos asuntos en un caso de hace años. Había logrado obtener pruebas de algún modo… Él… me prometió que me quemaría si no lo ayudaba a pillarte.

—¿Qué detalles?

—¡Nada! ¡Nada, Gregor, te lo juro! ¡Pero tenía el respaldo de Bezier! ¡Me habría hecho parecer un hereje! Pedí el traslado para impedir que me destrozara. Me dijo que me recompensaría, que ascendería. Me dijo que el Ordo Malleus era un sitio mejor para mí.

—Pero ¿tenías que mantenerme vigilado?

—¡No le he contado nada! Nunca te vendí. Hice justo lo suficiente para mantener a Osma contento.

—Como lo de venir aquí. No me extraña que mantuvieras oculta la insignia. Quería que me mataras, ¿verdad?

Endor se quedó callado. Inshabel lo observaba todo con una mirada de incredulidad.

—Yo… tenía que unirme a esta operación por si acababa con éxito. Orsini está seguro de que Quixos es una amenaza, y éste era un modo expeditivo, quizá, de eliminarlo. Si todavía estabas… vivo al final de todo, me ordenaron que te arrestara bajo las acusaciones de la carta. O, si te resistías…

—Llévalo a la superficie —le dije a Inshabel en voz baja—. Encuentra un médico. No le pierdas de vista.

—¡Sí, señor!

—¡Gregor! —exclamó Endor con un jadeo de dolor cuando Inshabel lo levantó—. Por el Dios Emperador, yo jamás…

—¡Sácalo de aquí! —dije con un gruñido.

El ataque contra Ferell Sidor ya duraba tres horas cuando Grumman, Ricci y yo entramos en la parte más profunda del pozo de excavación. Las fuerzas de Madorthene todavía estaban trabadas en un descomunal

combate contra los sectarios armados a lo largo de los túneles y las cuevas desoladas del interior de la meseta montañosa.

Ricci estaba debilitado por una herida de espada, y todos sus guardaespaldas estaban muertos. Grumman sólo disponía de dos Kasrkin, ambos armados con rifles láser.

El lugar era un pozo excavado de casi un kilómetro de profundidad y a cielo abierto. La copia en serebita del megalito cadiano descansaba en su base, rodeado de un andamio de adamantio. Unas jaulas, cientos de ellas, colgaban mediante cadenas del andamio. En cada una de ellas, atrapados e indefensos, había un cuerpo humano.

Era el arsenal cuidadosamente seleccionado de psíquicos sin control que Quixos había estado adquiriendo en secreto a lo largo y ancho del Imperio. Tuvo que llevarle décadas reunir a tantos. No tenía ninguna duda de que uno de ellos era Esarhaddon.

—¿Qué es lo que se propone? —se preguntó Ricci en voz alta, con un tono de leve pero asombroso respeto.

—Algo que debemos impedir —dijo Grumman con una simplicidad que aprecié inmediatamente. Era la única respuesta que necesitábamos.

Llevábamos con los nervios a flor de piel desde que comenzó la batalla, así que teníamos los sentidos agudizados por los combates. Aun así, y a pesar de toda nuestra experiencia y nuestra habilidad lo que ocurrió a continuación nos pilló a todos completamente por sorpresa.

En un momento dado, no había absolutamente nada. Al instante siguiente, una silueta con armadura y túnica se encontraba entre nosotros, moviéndose con tanta rapidez que no era más que un borrón a nuestros ojos.

Una rapidez tremenda. Una rapidez horripilante.

Ricci quedó abierto en canal de forma instantánea a lo largo de su espina dorsal. Todavía estaba cayendo de bruces sobre su cara, ahogándose en su propia sangre, cuando a uno de los Karskin lo partieron literalmente por la mitad por la cintura, y también empezó a desplomarse en dos mitades, disparando su rifle de forma espasmódica. El otro Karskin se

dobló sobre la hoja larga y negra de una espada que lo había atravesado, y lanzó una llamarada desde su estómago atravesado.

Grumman me empujó a un lado para apartarme cuando el devastador borrón se giró de nuevo, y disparó tres veces su pistola láser contra aquello. La hoja de la espada se volteó con mayor rapidez de lo que mis ojos pudieron seguirla, y desvió cada uno de los disparos.

La cabeza de Grumman se separó de sus hombros.

Quixos, el archihereje, el renegado, el radical imperdonable, se abalanzó contra mí antes incluso de que el cuerpo de Grumman comenzara a caer hacia el suelo.

Tuve una visión fugaz de una larga espada demoníaca, *Kharnager*. Era retorcida y abultada, y estaba repleta de runas abominables y de salientes como dientes de sierra.

Eso es lo único que pude ver mientras descendía silbando hacia mi cara.



VEINTICUATRO

EL HEREJE
DESPUÉS

La hoja enrojecida se detuvo a un cabello de mi cabeza, atajada por el brillante acero de *Barbarizadora*.

El tiempo pareció detenerse durante un latido. Nos quedamos enfrentados cara a cara, con nuestras espadas trabadas. Quixos había sido un fantasma distorsionado por la velocidad hasta que las hojas entraron en contacto. En ese instante, se me quedó mirando, inmóvil, a través de nuestras armas cruzadas.

La armadura del renegado estaba sucia y mellada, y adornada con símbolos de la disformidad. Su placa de la Inquisición estaba incrustada, de forma incongruente, sobre su hombrera derecha. Me provocó repugnancia verlo en mitad de tanta corrupción.

Su anciano rostro era un horror deforme lleno de pústulas. De su frente surgían los inicios de unos cuernos. Su piel era oscura como el granito. En su garganta eran visibles unos cables y unos implantes potenciadores que desaparecían bajo la sucia capucha que llevaba puesta. Sus ojos eran brillantes bolas de sangre.

Lo cierto es que era un pequeño monstruo decepcionante comparado con la imagen de él que me había hecho en mi imaginación. Pero no se podían negar ni su fuerza ni su velocidad inhumanas.

Eisenhorn, me dijo. Tenía poderes psíquicos. Su retorcida boca no se había abierto.

Barbarizadora lo sintió moverse antes de que ni siquiera lo hiciera. Se agitó en mis manos, y en el tiempo que se tarda en aspirar una bocanada de aire, intercambiamos una veloz serie de una veintena o más de golpes. La hoja dentada de Kharnager resonaba con un chasquido sordo contra el acero de Carthae. Las runas pentagrámicas resplandecían y relucían cada vez que soltaban una descarga de energía. Kharnager gruñía en voz baja.

¡Hereje! ¡Esclavo del Caos!, me dijo su rasposa voz mental en mi cerebro.

¡Hablas de ti!, le respondí.

Nuestras espadas siguieron resonando la una contra la otra, en busca de un hueco, que se negaban mutuamente.

¿Por qué intentarías detener mi obra si no fueses un siervo de la disformidad?

¿Tu obra? ¿Esta cosa?

Nos separamos, y nos lanzamos de nuevo el uno a por el otro, con las espadas atacando con tal rapidez que el entrechocar de las hojas se convirtió en un repiqueteo continuado. Apenas logré realizar un *ulsar* a tiempo para detener una de sus veloces estocadas bajas. Bloqueó mi respuesta en forma de *tahn wyla*, y el *uní arav* que le siguió.

Éste sólo es el prototipo, el principio. En cuanto lleve a cabo las pruebas, ¡mi trabajo saldrá adelante!

Has horadado toda una montaña… ¿por un prototipo? ¿Un prototipo de qué?

Los megalitos de Cadia pacifican las tormentas de la disformidad, me dijo con desprecio. *Si amplifico su poder mediante el uso de psíquicos de nivel extremo, podrían convertirse en un arma. ¡Un arma para destruir la disformidad! ¡Un arma para hacer que el Ojo del Terror se derrumbe sobre sí mismo!*

Estaba absolutamente loco. Lo cierto es que yo no tenía ni idea de cuánta verdad encerraban aquellos conceptos. No había ningún modo de distinguir la locura de la cordura en su concepción de las cosas. Todo lo que sabía era que uno de los megalitos, sobrecargado de energía psíquica, podía causar muchos sucesos, pero que sus efectos secundarios podían provocar igualmente consecuencias catastróficas. Podía arrasar todo un continente, o incluso, todo el planeta.

Creo, y en ello se encontraba lo verdaderamente horroroso, que Quixos lo sabía. Creo que pensaba que era un coste aceptable, lo mismo que había considerado la atrocidad provocada en Tracian algo necesario para obtener un psíquico de una calidad tan excelente como Esarhaddon. ¿Qué otras abominaciones había provocado para conseguir a los demás?

Tal y como había dicho Grumman, justo antes de su muerte, aquello debía ser detenido.

Lo miré a la cara.

Aquello era lo que llevaba el radicalismo. Aquél era el verdadero rostro de alguien que había llegado a un punto y había cruzado la línea. Aquélla era la repugnante realidad que se encontraba detrás de las gloriosas descripciones de Pontius Glaw sobre el Caos.

Nos lanzamos otra lluvia de golpes, haciendo saltar chispas y pequeñas volutas de humo del filo de las hojas. Intenté acertarle con un golpe de barrido, pero él saltó por encima y comenzó una serie de golpes en espiral que me hicieron retroceder por el polvoriento suelo. Por un momento pensé que resbalaría. Era un torbellino.

Vi mi oportunidad y *Barbarizadora* también la vio. Un ligero descenso excesivo de su espada que abrió un hueco al responder a un *sar ahí uht*, la posibilidad de una estocada en pleno corazón, sólo por un microsegundo.

Me lancé por completo, poniendo toda mi voluntad en la hoja. De manera sorprendente, logró hacer girar a *Kharnager* y bloqueó mi ataque.

Barbarizadora golpeó a la espada demoníaca, y se partió por la mitad.

Y fue el fallo final de la antigua espada de Carthae lo que me proporcionó la victoria. Si hubiera permanecido intacta, el bloqueo la hubiera detenido y el combate hubiera continuado.

La parte rota de *Barbarizadora* que estaba en mi mano rodeó la hoja demoníaca y continuó adelante con toda la fuerza que había reunido para impulsarla, hasta que el extremo de la espada atravesó la capa, la armadura, los implantes potenciadores y le traspasó el torso.

El *ewl caer*.

Casi me hizo falta la misma fuerza para contrarrestar la succión de su carne alrededor de la hoja y poder arrancarla.

Quixos trastabilló hacia atrás mientras su sangre contaminada salía a borbotones y sus implantes se cortocircuitaban y estallaban.

Cayó sobre el polvoriento suelo del pozo y se convirtió en polvo él mismo, hasta que no quedó nada más que sus implantes potenciadores oxidados y la armadura vacía retorcida bajo su capa gastada.

¡Hereje!, aulló su mente justo en el momento de morir. Viniendo de él, me pareció todo un cumplido.

El Punto A fue desmantelado y destruido por la fuerza táctica, y la copia del megalito fue destrozada por el fuego orbital sostenido de las naves. Los servidores supervivientes de Quixos, y los psíquicos capturados por él, fueron hechos prisioneros y luego entregados a las Naves Negras de la Inquisición, seis de las cuales llegaron unos cuantos días más tarde, en cuanto hicimos pública la noticia de nuestra victoria. La mayoría de los prisioneros fueron considerados demasiado peligrosos o demasiado contaminados por el Caos para permanecer incluso bajo la vigilancia más estricta, y fueron ejecutados. Esarhaddon fue uno de ellos.

Se recuperaron muchos artefactos y textos valiosísimos en aquel lugar, y muchos más que simplemente eran diabólicos y abominables. Había acumulado una inmensa cantidad de material esotérico, y se suponía que debía haber mucho en su base de Maginor. Una purga posterior en aquel lugar nos lo confirmó.

Tal y como indicamos en el informe, no encontramos rastro alguno del *Malus Codicium*, el siniestro grimorio en el que había basado la mayor parte de su poder.

Cuando regresé a Gudrun con mis amigos y mis aliados, la carta presentada contra mí ya había sido anulada. Ninguna de las acusaciones de Osma podía mantenerse frente a las pruebas reunidas en Farness, ni a los numerosos testimonios reunidos por la Inquisición, con declaraciones que proclamaban mi inocencia realizadas por individuos como el Procurador General Madorthene, la Inquisidora General Neve, el interrogador Inshabel y, que el Dios Emperador lo ayude, Titus Endor.

Nunca me pidieron disculpas de modo oficial, ni el Gran Maestre Orsini, ni Bezier, ni por supuesto Osma. Su carrera no sufrió lo más mínimo por todo aquel asunto. Lo nombraron Maestre del Ordo Malleus Helicano veinte años más tarde, tras la repentina e inesperada muerte de Bezier.

Los restos de Grumman, y los de sus Karskin, fueron enterrados en uno de los solitarios camposantos de Cadia, para que fueran recordados mientras la Ley de la Descifrabilidad lo permitiera. Bautizaron una biblioteca en honor de Ricci en su planeta natal de Hesperus. Voke fue enterrado con todos los honores en la Sacristía Troyana adjunta a la Gran Catedral del Ministorium en Tracian Primaris. La pequeña placa de bronce colocada sobre la pared de la sacristía y que conmemora los logros que obtuvo a lo largo de su larga y dedicada carrera todavía permanece allí hoy en día.

Él y yo nunca fuimos amigos, pero reconozco que en los años que sucedieron a su desaparición, eché de menos sus modales cáusticos de vez en cuando.



EPÍLOGO

INVIERNO DE 345.M41

La voz sonaban igual que un glaciar eterno: lenta, vieja, fría, pesada.

Me hizo una simple pregunta.

—¿Por qué?

El silencio duró un largo rato. Las llamas de las mil velas titilaron e iluminaron las paredes de piedras cubiertas cuidadosamente de runas con ecos de su brillo ondulante.

—¿Por qué? ¿Por qué… me has hecho… esto tan horrible?

—Porque dispongo del poder para hacértelo, lo mismo que tuviste poder para manejarme. Me utilizaste. Manipulaste mi vida. Me moviste como una pieza del regicida para colocarme donde mejor sirviera a tus intereses. Ahora, las tornas han cambiado.

Sacudió sus cadenas y sus argollas, pero todavía estaba demasiado débil del enfrentamiento para esclavizarlo, para atraparlo.

—Maldito seas… —susurró mientras se desplomaba.

—Debes comprenderme. Te dije que jamás ayudaría a un ser como tú, pero me engañaste para que lo hiciera y casi te escapaste sin pagar por ello. Por eso he hecho esto. Esa es la razón por la que he invertido tanto

tiempo y esfuerzo en atraerte, en atraparte, y en encadenarte. Se trata de una lección. Jamás, jamás permitiré que mis actos o mi vida sean en beneficio del Archienemigo. Me dijiste que sabías desde el principio que yo sería quien te liberaría del servicio a Quixos. Es una pena que no fueses capaz de ver lo que yo te haría después.

—¡Maldito seas! —me gritó con voz un poco más fuerte.

—Llegará el día, Cherubael, ser demoníaco, que desearás con toda tu alma podrida ser de nuevo el juguete de Quixos.

Cherubael se abalanzó sobre mí todo lo que le permitieron las cadenas antes de que éstas se pusieran tensas y lo lanzaran de espaldas. Su aullido de rabia y maldad hizo estremecer las paredes de la celda y apagó todas y cada una de las velas.

Sellé la compuerta de aislamiento, activé los amortiguadores de disformidad y el escudo de vacío, y le di la vuelta a los trece cerrojos uno por uno.

Oí a lo lejos, al otro lado de la casa, la campanilla de Jarat que llamaba a la cena. Estaba tremendamente cansado por el esfuerzo realizado, pero la comida, la bebida y la buena compañía harían que me recuperara.

Subí la escalera de caracol que ascendía desde mi profundo fortín subterráneo, conecté el código de la puerta y pasé a mi estudio. Fuera, las primeras nieves habían llegado pronto a Gudrun. Los ligeros copos de nieve recorrían la penumbra del atardecer, atravesando los bosques y los pastos, y se posaban en los jardines de mi propiedad.

Una vez en el estudio, devolví los objetos que me había llevado a sus respectivos sitios. Coloqué las botellas de ungüentos en las estanterías, y el ropaje, el espejo y los talismanes rímales en su caja. El amuleto imperial regresó a su caja de terciopelo dentro del cajón con llave, y metí los tubos de pergaminos en sus anaqueles correspondientes.

Colgué el báculo rúnico de los ganchos que lo situaban justo encima de la repisa iluminada donde se encontraban los fragmentos de la gloriosa *Barbarizadora*.

Por último, abrí la caja fuerte de vacío instalada en el suelo justo detrás de la mesa y dejé suavemente el *Malus Codicium* en su interior.

Jarat estaba tocando de nuevo el aviso para comer. Sellé el cerrojo y fui a cenar.

TELÓN DE FONDO POR UNA CORONA



Lord Froigre, para desesperación de muchos, incluido él, sin duda, estaba muerto.

Era una mañana seca y calurosa de verano del año 355.M41. Estaba desayunando en la terraza de la Casa Spaeton cuando me enteré de la noticia. El cielo relucía con un color azul neblinoso, el mismo color de la porcelana propia de Sameter. El agua de la bahía brillaba con tonalidades lilas salpicada de reflejos plateados. Las palomas de arena zureaban bajo la perezosa sombra de los huertos de la residencia.

Jubal Kircher, el sólido y fiable jefe de seguridad de la casa, salió al calor diurno que impregnaba toda la habitación que daba al jardín, se disculpó con educación por interrumpir nuestra comida y me entregó un delgado papel de transmisión doblado por la mitad.

—¿Algún problema? —me preguntó Bequin al mismo tiempo que echaba hacia un lado su plato de crepes de ploinero.

—Froigre ha muerto —le contesté mientras estudiaba con atención el mensaje.

—¿Quién?

—Lord Froigre, de la Casa Froigre.

—¿Lo conocías?

—Mucho. Lo consideraba un amigo. Vaya. Qué triste. Muerto a los ochenta y dos años. No es edad para morir.

—¿Estaba enfermo?

—No. Aen Froigre era un individuo irritantemente sano y robusto. No tenía ni un solo implante en todo el cuerpo. Ya sabes de lo que te hablo.

Hice aquel comentario con toda intención. Mi cuerpo había sufrido bastante a lo largo de mi carrera al servicio del Emperador. Me habían reparado, reconstruido, efectuado implantes y, en general, remendado más veces de las que me quería acordar. Yo era un testimonio ambulante de la cirugía reparadora del Medicae Imperial. Por otro lado, Alizebeth seguía teniendo el aspecto de una mujer en plena madurez, una mujer muy atractiva, de hecho, y sólo había sido necesario un mínimo tratamiento rejuvenecedor para ello.

—Según esto, murió después de sufrir una embolia en su casa, ayer por la noche. Su familia está realizando una investigación minuciosa, por supuesto, pero…

Tabaleé con los dedos sobre la mesa.

—¿Temes que sea un asesinato?

—Era una persona influyente.

—Ese tipo de gente tiene enemigos.

—Y amigos —contesté a la vez que le entregaba el mensaje—. Por eso su viuda me pide que la ayude.

Si no hubiera sido por mi amistad con Aen, habría dejado a un lado el asunto. Alizebeth acababa de regresar a Gudrun después de una ausencia de casi dieciocho meses, y tendría que marcharse de nuevo en una semana, así que había decidido pasar todo el tiempo que pudiera con ella. Las exigencias operativas de La Rueca, con base en Mesina, la mantenían alejada de mi lado más de lo que me hubiera gustado.

Sin embargo, aquello era importante, y la petición de lady Froigre era demasiado suplicante como para no hacerle caso.

—Iré contigo —me sugirió Alizebeth—. Me apetece dar una vuelta por el campo.

Ordenó que prepararan uno de los vehículos oficiales que estaban guardados en el edificio de establos, y en menos de una hora estábamos en camino.

Felippe Gabon, uno de los miembros del personal de seguridad de Kircher, nos acompañó como conductor. Hizo salir al vehículo del terreno de la Casa Spaeton con apenas un silbido del motor de reacción y nos puso en camino hacia Menizerre. Poco tiempo después íbamos en dirección suroeste por encima de los senderos del bosque y los terrenos cultivados de los alrededores de Dorsay tras dejar atrás la península de Insume.

Le conté a Alizebeth todo lo que sabía acerca de Froigre mientras viajábamos en la climatizada parte posterior del vehículo oficial.

—En Gudrun han existido Froigres desde los días de las primeras colonias. Su Casa es una de las Veintiséis Venerables, es decir, uno de los feudatarios nobles originales, y como tal, posee un asiento hereditario en la Legislatura Superior del gobierno planetario. Otras Casas más recientes disponen de mucho más poder y tierras que ellas hoy en día, pero nada puede eclipsar el prestigio de las Venerables. Son Casas como los Froigre, los Sangral, los Meissian…, los Glaw.

Alizebeth sonrió con malicia cuando me oyó incluir aquel último nombre.

—Así pues, poder, tierras, prestigio… Un botín apetitoso para los rivales y los enemigos. ¿Tenía alguno tu amigo?

Me encogí de hombros. Llevaba conmigo numerosas placas de datos que Psullus me había buscado en la biblioteca. Contenían árboles heráldicos, historias de familias, biografías y memorias, pero muy poco de aquello parecía tener importancia alguna en aquel caso.

—La Casa Froigre rivalizó con la Casa Athensae y la Casa Brudish en los primeros años imperiales de Gudrun, pero eso es casi prehistoria. Además, la Casa Brudish se extinguió después de una serie de luchas con la Casa Pariti, y de eso hace ochocientos años. El abuelo de Aen tuvo unos famosos enfrentamientos con lord Sangral y después con el por aquel entonces gobernador planetario, lord Dougray, sobre el establecimiento de una leva de fundación allá por principios de siglo, pero aquello no fue nada más que un asunto político, aunque Dougray jamás se lo perdonó y

más tarde se tomó la revancha al nombrar canciller a Ritchien. La Casa Froigre ha actuado en lo últimos tiempos con mucha discreción, con un comportamiento tranquilo y fiable en su puesto de a Legislatura. No se ha metido, que yo sepa, en más enfrentamientos con otras familias. De hecho, no se han producido guerras entre las distintas familias de Gudrun desde hace siete generaciones.

—Así que, por lo que se ve, todos se llevan bien entre ellos hoy en día, ¿no es así? —me preguntó.

—Bastante. Una de las cosas que más me gusta de Gudrun es que son tremendamente civilizados.

—Demasiado civilizados —me advirtió ella—. Gregor, un día, un día de estos, este lugar te dejará inmerso en una sensación de tranquilidad tan relajada que te van a pillar con los pantalones bajados.

—No lo creo. Antes de que me saltes al cuello, te diré que no es por placer. Gudrun, la propia Casa Spaeton, no es más que un sitio seguro. Un santuario, dada la naturaleza de mi trabajo.

—Pues tu amigo se ha muerto —me recordó ella.

Me recliné en el asiento.

—Le gustaba la buena vida. Buena comida, buenos vinos. Era capaz de beber más que Nayl.

—¡No!

—No bromeo. Fue hace cinco años, en la boda de la hija de Aen. Me invitaron y me llevé a Harlon en calidad de… La verdad es que me no me acuerdo de qué. No estabas aquí y no me apetecía ir solo. Harlon comenzó a contarle a Froigre historias de cuando era cazador de recompensas, y la última vez que los vi juntos, estaban acabando a marchas forzadas la cuarta botella de anís a las cinco de la mañana. Aen ya estaba en pie a las nueve de la mañana para despedir a su hija, y Nayl todavía dormía a las nueve de la mañana del día siguiente.

Alizebeth sonrió.

—¿Así que es posible que haya acabado pagando una vida de grandes apetitos?

—Quizá, aunque lo lógico es que algo así se hubiera reflejado en el informe del mortus medicae.

—Entonces sospechas que le han hecho algo.

—No puedo quitarme esa idea de la cabeza.

Me quedé en silencio unos minutos mientras Alizebeth ojeaba el contenido de diversas placas de datos.

—La fuente de ingresos principal de la Casa Froigre eran los negocios mercantiles. Poseen un doce por ciento de Brade ent Cié y un quince por ciento en la naviera SubSid Helicana. ¿Qué te parece la acción de un rival comercial?

—Tendríamos que extender la investigación más allá de los límites planetarios. Supongo que el asesinato es una posibilidad, pero es un modo muy extraño de acabar con un rival comercial. Tendré que examinar los archivos. Si podemos descubrir algún indicio de una lucha comercial clandestina, entonces el asesinato quizá sería la respuesta.

—Tu amigo se opuso a la campaña ofidiana.

—Lo mismo que su padre. Ninguno de ellos creía que fuese apropiado desviar fondos y recursos humanos en una guerra de reconquista del subsector vecino cuando aún había tanto que poner en orden en la propia casa.

—Sólo era una idea.

—Sigue con ella, pero me parece que es un callejón sin salida. La guerra ofidiana se acabó hace mucho tiempo. No creo que a nadie le importe ya lo que Aen pensaba sobre ella.

—¿Tienes ya otra teoría?

—Sólo las más obvias. Ninguna de ellas se apoya en datos comprobados. Un asunto interno y que alguien de la propia familia haya acabado con Aen. Un asesinato provocado por algún turbio asunto amoroso. Una siniestra conspiración que de momento se mantiene invisible, o…

—O demasiada buena vida, en cuyo caso, estaremos de regreso en casa antes del anochecer.

Froigre Hall, el ancestral hogar de la Casa Froigre, era un edificio magnífico construido con ouslita, cubierto de hiedra, y con tejas de cobre, que se alzaba sobre el valle de Fiegg, unos diez kilómetros al sur de Menizerre. Varios prados nacían a orillas del río principal y se convertían en pastizales salvajes que ascendían hasta convertirse en pequeños sotos de alerces y fintles que llegaban a los límites de los espléndidos jardines de la casa. Los parques y los parterres habían sido diseñados con formas geométricas, el césped y los setos estaban recortados a la perfección. Hasta los conjuntos de flores y los estanques tenían formas simétricas. Al otro lado del sendero arenoso, los bosques sombríos llegaban hasta el mismo límite del gran edificio, excepto donde se había creado un jardín de sulleq perfecto. Aen y yo habíamos pasado muchas ardes allí, jugando uno contra el otro. Un kilómetro al norte de la casa se alzaba el retorcido dedo de piedra del monumento que se alzaba en nitad del bosque y que era conocido como El Capricho.

—¿Dónde nos posamos, señor? —me preguntó Gabon por el intercomunicador.

—En el sendero que acaba delante del pórtico, si eres tan amable.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —preguntó Alizebeth en voz alta uando bajamos un poco más.

Me señaló con una mano las zonas de jardín cercanas a la casa cubiertas de restos y de basura. Había papeles por todos lados y relucientes trozos de hojas de aluminio. Algunas zonas de hierba estaban agostadas y amarillas, como si las hubieran aplastado y dejado sin luz solar.

Unas piedras diminutas salieron despedidas en todas direcciones por el chorro del aterrizaje y rebotaron contra la carrocería del vehículo al posarse en el suelo.

—¡Oh, mi querido Gregor!

Lady Froigre casi se me echó en los brazos. La abrace durante unos pacientes momentos mientras sollozaba sobre mi pecho.

—¡Perdónenme! —dijo de repente, al mismo tiempo que se apartaba de mí y se enjugaba los ojos con un pañuelo de encaje negro—. Es algo terrible. Tan, tan terrible.

—Siento profundamente su perdida, señora —le conteste sintiéndome un tanto extraño.

Un sirviente con una banda negra en el brazo nos había conducido hasta una sala de espera adyacente al salón principal, donde se encontraba lady Froigre. Las persianas estaban echadas y por todos lados habían encendido velas de duelo que llenaban el aire de una luz pálida y un perfume dulzón y enfermizo. Freyl Froigre era una mujer muy atractiva de casi setenta años. Llevaba el cabello pelirrojo, de un brillo casi llameante, recogido bajo una cofia de velo de escamiscoire negra. La túnica de luto era de epincuiro de color pizarra, con las mangas acabadas en unos guantes de delicado encaje para que ni un solo centímetro de su cuerpo quedara al descubierto.

Le presenté a Alizebeth, que le murmuro sus condolencias. Lady Froigre asintió, pero de repente pareció sofocada.

—¡Oh! ¿Dónde he dejado mis modales? Debería haber ordenado a los sirvientes que trajeran un refrigerio para usted y…

—No se preocupe señora —la interrumpí tomándola del brazo y llevándola de regreso a la suave sombra bajo las persianas—. Ya tiene bastante en lo que pensar. La pena que sufre es mas que suficiente. Dígame lo que sabe y yo me encargaré del resto.

—Es un buen hombre, señor. Sabía que podía confiar en usted. —Se calló unos momentos y esperamos a que se recuperara de los sollozos—. Aen murió ayer por la noche, justo antes de medianoche. Una embolia. Todo fue muy rápido según el médico.

—¿Qué más le dijo, señora?

Se sacó una varita de datos de la manga y me la entregó.

—Está todo aquí.

Saqué mi placa de datos y enchufé la varita. La pantalla se iluminó con las información allí almacenada.

Muerte por palpitaciones temblorosas del corazón y de la mente. Una disfunción del espíritu. Según el informe del médico, Aen Froigre había muerto debido a un espasmo del ánima.

—Esto no… —mantuve silencio un momento—, no significa nada. ¿Quién es su médico?

—Es Genorus Notil, de Menizerre. Ha sido el médico de la familia desde los tiempos del abuelo de Aen.

—Este informe es demasiado… vago, señora. ¿Podría ver el cuerpo para efectuar un nuevo reconocimiento?

—Ya lo he hecho —me contestó ella en voz baja—. El cirujano del Menizerre General que me atendió me dijo lo mismo. Mi esposo murió de terror.

—¿Terror?

—Sí, señor inquisidor. Y ahora, dígame, ¿no es obra de los poderes infernales?

Me dijo que se había llevado a cabo una celebración. Una *grand fête*. El hijo mayor de Aen, Rinton, había regresado a casa dos semanas antes después de ser licenciado de la Guardia Imperial. Rinton Froigre había sido capitán del Quincuagésimo Gudrunita, y había servido durante seis años en el subsector ofidiano. Su padre se había alegrado tanto de su regreso que había organizado una fiesta. Una fiesta de carnaval. Habían acudido artistas procedentes de todo el cantón, junto a grupos de músicos, acróbatas, hordas de buhoneros y titiriteros, además de centenares de personas de la ciudad. Aquello explicaba los restos de suciedad y los parches en la hierba. Marcas de tiendas. Señales de las marquesinas.

—¿Tenía enemigos? —le pregunté mientras me paseaba por la estancia.

—Ninguno que yo sepa.

—Me gustaría revisar su correspondencia. Sus diarios también, si tenía alguno.

—Me ocuparé de ello. No creo que tuviera un diario, pero nuestro rubricador dispondrá de una lista de su correspondencia.

Sobre el clavicordio había un retrato enmarcado, una hololitografía de Aen Froigre sonriendo. La cogí y la contemple con atención.

—Es su último retrato —me explicó—. Se lo tomaron durante la fiesta. Es mi última conexión con él.

—¿Dónde murió?

—En El Capricho —me contestó lady Froigre—. Murió en El Capricho.

El bosque estaba a oscuras y cargado de humedad. Las ramas crujían empujadas por la brisa del anochecer y un pájaro cantaba entre las sombras.

El Capricho era una piedra cilindrica hueca rematada por una aguja de pizarra. El interior estaba vacio, con el aire tremendamente cargado de un fuerte olor a moho. Las palomas de arena revoloteaban entre los espacios abiertos del techo. Las telarañas cubrían las aberturas de las ventanas de piedra.

—Aquí es donde lo encontre —dijo una voz a mi espalda.

Me di la vuelta. Rinton Froigre se agachó para cruzar la entrada. Era un joven fornido de unos veinticinco años con el mismo cabello de color rojo intenso que su madre. Sus ojos teman un curioso aspecto hundido.

—Rinton.

—Señor —me respondió con una leve reverencia.

—¿Estaba muerto cuando lo encontraste?

—No, inquisidor. Estaba riéndose y charlando. Le gustaba venir a este lugar. Le encantaba El Capricho. Me acerque hasta aquí para agradecerle la fiesta que había organizado en mi honor. Estábamos charlando cuando de repente tuvo un ataque de convulsiones. Momentos después, antes de que pudiera pedir ayuda, ya estaba muerto.

No conocía bien a Rinton Froigre, aunque su hoja de servicio era más que respetable, pero sabía que su padre estaba muy orgulloso de él. Aen

jamás había mencionado sentimientos hostiles entre el y su hijo, pero en cualquier casa noble siempre existe la obligación de considerar el espectro de la sucesión provocada. Rinton estaba a solas con su padre en el momento de su muerte, y era un soldado veterano que sin duda había matado más de una vez.

Mantuve la mente abierta… en un sentido literal. Un psíquico de mi nivel es capaz de percibir los pensamientos superficiales incluso sin la necesidad de efectuar un sondeo mental. No había rastro alguno de engaño en Rinton, aunque fui capaz de percibir una sensación de pérdida muy contenida y un leve nerviosismo. Pensé que no era de extrañar. Pocos son los ciudadanos del Imperio que no sientan algo de ansiedad cuando los interroga un inquisidor de mi sagrado ordo.

No tema sentido presionarlo en aquellos momentos. Podía comprobar con mucha facilidad si lo que me había contado Rinton era cierto con una simple sesión psíquica, durante la cual las técnicas psicométricas me desvelarían sin dificultad lo ocurrido en los últimos momentos de la vida de su padre.

Rinton me acompañó de regreso a la casa y me permitió quedarme a solas con mis pensamientos en el estudio de Aen. Estaba tal como lo había dejado él.

Las paredes de la estancia estaban cubiertas de paneles de madera hasta la mitad, y en su mayor parte cubiertas por vitrinas de libros de lujo y placas de datos. Unos discretos globos de brillo flotaban en las esquinas del estudio a la altura de la cabeza, regulados en baja luminosidad. Delante de la ancha y alta chimenea de cerámica donde se encontraba el quemador de madera había unos cuantos sofás orejeros y unas sillas de apariencia mullida.

La mesa de escritorio, situada bajo las vidrieras en forma de diamante de la pared occidental de la estancia, tenía forma de media luna y era de duraloy pulido. Flotaba un metro por encima de la alfombra gracias a unos mecanismos sustentadores pasivos. La mesa estaba limpia y sin nada encima.

Me senté delante del escritorio, aunque tuve que bajar un poco el sistema hidráulico de la silla. Le sacaba una cabeza a Aen Froigre. Estudié con atención la lisa superficie algo desgastada por el uso en algunos puntos. No vi señal alguna de un panel de control, pero al pasar con suavidad la mano por encima activé varias placas de contacto sensibles al calor acopladas a la superficie. Pulsé unas cuantas, pero para hacerlas funcionar era necesaria la mano de Aen, probablemente una combinación de código genético y huella de la palma que permitiría utilizarlas.

Eso, o un programa inquisitorial. Solté la insignia de la Inquisición que llevaba prendida en la pechera del abrigo de cuero negro que tenía puesto, y abrí la clavija de contacto. La sostuve cerca de la superficie e introduje a la fuerza en las placas de contacto diversos programas de anulación de seguridad de nivel magenta. La red dejó de resistirse casi de inmediato y abrió todos los sistemas sin necesidad siquiera de mostrarle clave alguna.

La elegante mesa de escritorio, una pieza de mobiliario que era evidente que le había costado mucho dinero a mi amigo, albergaba en su interior un cogitador bastante potente, un enlace de comunicación pictográfica, un archivo de mensajes, dos archivos de almacenamiento de datos y el control maestro de los sencillos sistemas electrónicos instalados por toda la casa. Las páginas de cada archivo y de cada mensaje se podían mostrar como un facsímil en la placa secante, y con un leve toque de dedo se les daba la vuelta o se las eliminaba. Aen había destruido todos los archivos guardados en papel.

Estuve echándole un vistazo a todo durante un buen rato, pero lo único que encontré de interés fue una serie de facturas por los servicios prestados en la fiesta y una lista de las invitaciones. Copié los dos archivos en mi placa de datos.

Alizebeth y Gabon llegaron mientras estaba haciéndolo. Ella se había encargado de entrevistar al personal de servicio de la casa, y Gabon se había dedicado a pasear por los alrededores.

—Había más de novecientos invitados en el lugar, señor —me informó —, y aproximadamente unos quinientos artistas entre músicos, titiriteros y comediantes.

—¿De dónde vinieron?

—En su mayoría de Menizerre —me contestó—. Son artistas locales, unos cuantos trovadores y algunos malabaristas callejeros procedentes del mercado textil que se celebra cada dos semanas. Los grupos más numerosos eran la Compañía Kalikin, una *troupe* muy famosa de actores ambulantes, y la Feria Itinerante de Sunsable, que se encargó de los juegos y de la mayoría de las atracciones.

Asentí. Gabon había sido minucioso, como era habitual en él. Era un individuo de baja estatura pero fornido que sobrepasaba ya los ciento cincuenta años de edad, con el cabello negro muy corto y un mostacho bastante tupido. Había servido en el Adeptus Arbites de Dorsay durante unos setenta años antes de retirarse al servicio privado. Llevaba puesto un sencillo traje de color azul que había sido confeccionado con la habilidad suficiente como para ocultar el hecho de que iba armado con una pistola guardada en una funda bajo la axila.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté a Alizebeth mientras se sentaba en uno de los sofás.

—Nada interesante. El personal de servicio parece realmente sorprendido y anonadado por la muerte. Todos rechazan con indignación que tu amigo tuviera algún enemigo.

—Pues a mí me parece bastante evidente que alguno tenía —contesté.

Alizebeth metió una mano en el interior de la túnica y sacó un objeto pequeño y duro. Lo arrojó sobre la superficie del escritorio, donde aterrizó con un leve chasquido. Una vez allí, el artefacto extendió cuatro patas de múltiples articulaciones y correteó hasta llegar a la palma de mi mano.

Le di la vuelta al detector de venenos y apreté el botón que tenía en la panza. Una diminuta esfera de energía hololítica apareció por encima del proyector montado en su cabeza. Leí lo que ponía mientras giraba sobre su propio eje.

—Trazas de lho, de obscura y muchas más de narcóticos de la clase II y III en la zona del jardín y en las estancias del personal. También se han

encontrado trazas de semillas de penshel en el bloque de los establos. Más lho, además de listeria y de E. coli en pequeñas cantidades en la zona de las cocinas… Mmmm…

Alizebeth se encogió de hombros.

—Es la mezcla habitual de drogas de diversión que se podía esperar. Nada en gran cantidad, y la cocina es tan higiénica como otra cualquiera de su clase. Probablemente obtendrías las mismas lecturas en la Casa Spaeton.

—Probablemente. Semillas de penshel… Son muy poco habituales.

—Un estimulante muy suave —comentó Gabon—. No sabía que todavía se utilizara esa sustancia. Hubo un tiempo en que era la droga de moda en el distrito de los artistas de Dorsay, cuando yo todavía estaba en los arbites. Las semillas se secan, se enrollan y se fuman en pipa. Es algo un poco bohemio, lo típico de alguien mayor.

—La mayor parte de las trazas de drogas encontradas en el exterior las podemos achacar a la presencia de los artistas visitantes —comentó Alizebeth—. Junto a quizá un poco de diversión para los empleados de la casa o los invitados de vida más licenciosa. ¿Qué hay de las encontradas en el bloque de los establos? ¿Será alguno de los sirvientes de Froigre fumador de penshel?

Alizebeth negó con la cabeza.

—Dejaron libre gran parte de la zona para proporcionar espacio suficiente a los comerciantes de la feria.

Dejé a un lado de la mesa el detector de venenos, donde se balanceó de un lado a otro hasta que consiguió el asidero suficiente para darse la vuelta.

—Así que, de hecho, no hay nada extraño, y desde luego, ninguna toxina importante.

—Ninguna en absoluta —confirmó Alizebeth.

Maldición. Dada la descripción de la muerte de Aen, hasta ese momento había estado bastante seguro de que la clave era alguna clase de veneno, quizá la sofisticada toxina de un asesino que no había aparecido

en el informe inicial del médico. Sin embargo, el detector de venenos de Alizebeth era muy sofisticado y muy minucioso.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó ella.

Le pasé mi placa de datos.

—Envíale el contenido de esto a Aemos por comunicador directo. A ver qué puede sacar de todo ello.

Uber Aemos era mi anciano y apreciado sabio. Si alguien podía sacar una conexión o establecer alguna clase de rutina repetitiva, era él.

Cayó la noche y salí a pasear, solo. Me sentía molesto y frustrado. De hecho, me sentía defraudado conmigo mismo. Había acudido a hacerle un favor a la viuda de mi amigo ofreciéndole mis servicios, y en la mayoría de los aspectos del asunto estaba más que calificado, y de sobra. Era un inquisidor imperial, y lo más probable era que aquello no fuera más que un trabajo para los Adeptus Arbites locales. Me había esperado rematar el posible escrutinio de las pruebas en unas pocas horas, resolver el asunto con unas cuentas pesquisas rápidas, sin necesidad de que fueran oficiales, para marcharme con el agradecimiento de la familia por haberles ahorrado una larga y agotadora investigación.

Sin embargo, no había encontrado prueba alguna. No había motivo, ningún enemigo obvio, ningún agresor, pero a mí me seguía pareciendo que Aen Froigre había sido asesinado. Repasé de nuevo el informe médico con la esperanza de encontrar algo que estableciera que había muerto por causas naturales.

Nada. Alguien, algo, me había arrebatado la vida de mi amigo, pero no lograba averiguar quién, qué o cómo.

El cielo del anochecer era oscuro y estaba teñido de un color violeta intenso acompañado por las manchas blanquecinas que formaban las nubes vaporosas que se perseguían unas a otras. Brillaba ya una luna lechosa que se asomaba entre las nubes de forma intermitente. Empezó a soplar un fuerte viento y las copas de los árboles situados al otro lado del césped

comenzaron a balancearse. Las hojas produjeron un sonido refrescante, parecido al de la lluvia.

Me acerqué a mi vehículo y abrí el compartimento de carga para sacar a *Barbarizadora*. Desaté con lentitud las cintas de seda que la mantenían sujeta y desenvainé la larga hoja reluciente de su funda repujada. *Barbarizadora* era una espada hereditaria, un arma psíquicamente afilada procedente de las forjas del lejano planeta Carthae, vinculada a las mentes de generaciones de mujeres guerreras que la habían empuñado. Había reforzado su potencia con runas pentagrámicas y había utilizado aquella arma en el combate que libré contra el hereje Quixos, donde se había partido por debajo de la punta. Un maestro espadero había reforjado la espada a partir del fragmento que quedaba y había creado una hoja más corta y recta redondeando la punta rota y rebajando la empuñadura. Era bastante más pequeña que su versión original, y aunque había dejado de ser un sable largo para convertirse en un estoque de una sola mano, seguía siendo un arma muy poderosa.

La hoja desnuda que empuñaba gimió y zumbó mientras la recorría con la mente y la hacía resonar. Las runas grabadas brillaron y dejaron escapar unas leves volutas de humo. Caminé por el césped en dirección a los árboles que se agitaban mientras empuñaba la espada por delante de mí como si fuera la varita de un zahori buscador de agua, moviéndola en amplios semicírculos y dejando que la punta se deslizara por encima de los invisibles ángulos del espacio. En mi recorrido por el prado se estremeció dos veces, como si tiraran de ella unas manos invisibles, pero no pude averiguar nada en esos dos puntos concretos.

Sin embargo, allí había algo. Era el primer atisbo que tenía de la presencia de algo maligno. El primer indicio de que no sólo había ocurrido algo raro, sino de que era posible que lady Froigre estuviera en lo cierto.

Aunque habían dejado tras de sí un rastro apenas perceptible, allí habían actuado los poderes infernales.

Alizebeth entró en mi habitación a las ocho de la mañana. Me despertó sentándose a un lado de la cama y poniéndome en la mano una taza de cafeína negra y caliente en cuanto me incorporé.

Ya estaba vestida y preparada para ponerse a trabajar. El día era muy luminoso. Se oía a los sirvientes disponiéndolo todo en la casa, las sartenes y cazos resonando en la zona de la cocina y al mayordomo llamando a los pajes en un pasillo cercano.

—Anoche hubo una tormenta muy fuerte —me comentó—. Derribó varios árboles.

—¿De verdad? —contesté con un gruñido antes de incorporarme del todo para sentarme y tomar un sorbo de la cafeína, fuerte y dulce. La miré. No era habitual que Bequin estuviera tan animada por la mañana—. Suéltalo ya.

Me entregó una placa de datos.

—Aemos ha estado muy ocupado. Debe de haber estado trabajando toda la noche.

—Por la tormenta.

—No hubo tormenta donde él está. Sólo la hubo aquí.

La verdad es que ni siquiera escuché lo que me respondió. Estaba leyendo con atención lo que ponía en la placa.

Era evidente que Aemos se había aburrido después de cruzar todos los datos que le había enviado. La lista de invitados no le había proporcionado ninguna pista, a pesar de todos sus esfuerzos por establecer alguna clase de conexión entre ellos. Los proveedores y los artistas tampoco habían proporcionado nada sobre lo que investigar. No existían lazos con el mundo criminal ni con ninguna secta, no había delitos previos a excepción de algunas de las habituales faltas leves y poco importantes que eran de esperar. A uno de los actores se le había acusado de participar en una pelea veinte años antes, y otro había cumplido condena por causar lesiones graves. Ese tipo de asuntos.

El único detalle con el que había podido establecer una serie de conexiones era la descripción de la muerte de Aen Froigre. Aemos había recurrido a aquella pista tan vaga sólo después de haber examinado hasta la saciedad todas las demás.

A lo largo de los veinte meses anteriores habían muerto de un modo similar un total de once personas en la región de Drunner del planeta Gudrun, lo que incluía Menizerre, Dorsay y la península de Insume, hasta llegar a la ciudad capilla de Madua. Tan sólo una investigación precisa y deliberada como la que había realizado Aemos podía desvelar un vínculo semejante dada la escala de la zona investigada y el tamaño de la población que allí residía. Una vez reunidas en una lista, aquellas muertes llamaban la atención como un carnodonte en una cristalería.

Aemos había demostrado su valía una vez más llegado a ese punto. Mi sabio no se había limitado presentar los resultados y a esperar mi siguiente orden, como cualquier otro ayudante habría hecho. En vez de eso, Aemos, que estaba ansioso por resolver aquel asunto, había continuado las pesquisas en un intento por encontrar él mismo alguna clase de patrón en las muertes. No fue una tarea fácil. No existía ninguna clase de relación demográfica o geográfica entre las víctimas. Un ama de casa aquí, un molinero allá, un propietario rural de un pequeño pueblo, un doctor en otro, alejado setenta kilómetros de éste.

Lo único que tenían en común era la naturaleza violenta, repentina e inexplicable de sus muertes. Ataques cerebrales abruptos, letales.

Dejé a un lado la taza y seguí leyendo, consciente de que Alizebeth estaba sonriendo.

—Vete al final —me recomendó—. Aemos ataca de nuevo.

Mi sabio había descubierto una conexión justo al final.

Un día o dos antes de cada muerte, la localidad donde la víctima vivía había recibido la visita de la Feria Itinerante de Sunsable.

Lady Froigre se sintió muy inquieta al ver que nos preparábamos para marcharnos.

—Todavía existen dudas sobre… —empezó a decir.

—Y voy buscar la respuesta a esas dudas —la interrumpí—. Confíe en mí. Creo que mi sabio ha dado con algo importante.

Asintió con un gesto disconforme. Rinton se puso a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Confíe en mí —le repetí antes de darme la vuelta y empezar a cruzar el sendero que me llevaría hasta mi vehículo.

Oí el chirrido de varias hojas sierra. Dejé a un lado el vehículo y rodeé el edificio. Uno de los árboles que había caído derribado por la tormenta la noche anterior había aplastado una parte de los establos y los sirvientes de la casa se estaban esforzando por cortar el grueso tronco para despejar la zona.

—¿Fue aquí donde detectaste los restos de semilla de penshel? —le pregunté a Alizebeth cuando se acercó para averiguar qué era lo que me tenía ocupado.

—Sí.

—Tráeme mi espada.

Indiqué a los sirvientes que dejaran su tarea y me acerqué a los restos destrozados del establo caminando por encima de los montones de serrín y de trozos de ramas rotas. La copa del árbol, cubierta de hiedra, todavía sobresalía del techo agujereado.

Alizebeth me trajo a *Barbanzadora* y la desenvainé de inmediato. Para entonces, lady Froigre y su hijo Rinton ya se habían acercado para ver qué era lo que estaba haciendo.

Barbanzadora canturreó entre mis dedos de un modo más fuerte y sonoro que lo había hecho la noche anterior. En cuanto entré en aquella zona del edificio de establos, donde justo había caído el árbol, casi me dio un salto en la mano. Allí permanecía un residuo del Caos.

—¿Para qué se utilizó esta casilla del establo? —pregunté—. ¿Para qué se utilizó esta zona durante la fiesta?

—Como almacén —me contestó lady Froigre—. La gente de la feria quería mantener parte del equipo y de las pertenencias fuera de la vista.

Creo que también algo de comida. Había un individuo que trajo varias bandejas de higos frescos que quería tener apartadas de la luz.

—Y el hololitógrafo —añadió Rinton—. Utilizó uno de los compartimentos como cuarto oscuro.

¿Cómo se encuentra a una feria itinerante en una zona del tamaño de la región de Drunner? Es fácil si se tiene una copia de su factura más reciente. El dueño de la feria, ansioso por que se le pagaran sus servicios en la Casa Froigre, había dejado como dirección de pago una posada que se encontraba a ochenta kilómetros, en Seabrud. Vi en la factura que le habían pedido a Aen que enviara el pago en un plazo de cinco días. La feria se trasladaba a menudo, y sus miembros no creían demasiado en el concepto de cuentas bancarias.

En Seabrud nos enteramos del lugar exacto donde se encontraban en ese momento.

La feria se había establecido en un prado que se extendía en las afueras del pueblo de Brudmarten, una pequeña comunidad rústica de criadores de kets y de pájaros tejedores que estaba rodeada al este por unas colinas boscosas de árboles caducifolios y unos campos pantanosos y pisoteados por el ganado en la cuenca del río, situada al oeste.

Cuando llegamos, ya era bastante tarde. El día había sido caluroso y el aire estaba cargado con el pesado ambiente que precedía a las tormentas. El cielo ya estaba oscureciendo, pero los campos de trigo relucían con un brillo dorado y por el aire volaban las bolas de polen como si fueran pelusa. Las codornices revoloteaban entre los tallos, y unos pequeños carriceros de un intenso color azul cruzaban a toda velocidad los setos.

Gabon hizo que la limusina se posara en un camino vecinal que corría por detrás de la capilla del pueblo, un templo de color pálido y estilo gótico bajo al que le hacían falta unas cuantas reparaciones. Una estatua de porte noble del Emperador Inmaculado se alzaba en mitad del cementerio lleno de hierbajos y se había convertido en una percha donde se posaban

las palomas torcaces. Me ceñí la espada, pero la mantuve oculta bajo una larga capa de cuero. Gabon cerró con llave el vehículo.

—Quédate a mi lado —le dije a Alizebeth antes de volverme hacia Gabon—. Tú, síguenos de cerca.

—Sí, señor.

Cruzamos el camino para dirigirnos hacia la feria.

Oímos el bullicio y sentimos la energía que desprendía el lugar incluso desde lejos. La llegada de la feria había hecho que las gentes de Brudmarten y de las granjas de los alrededores acudieran en masa. Los organillos resonaban asmáticos en mitad del aire cálido, y de vez en cuando se oía el estampido y el silbido de los petardos. También las risas y el traqueteo de las atracciones, el tintineo de las campanillas al acertar en la diana, los chillidos de los niños, los gritos alegres de la gente que bebía, el siseo de los pistones. El olor a cerveza tibia salía a borbotones de un puesto protegido por una lona.

La puerta de la cerca que rodeaba el prado se había convertido en una entrada con un arco por encima y con un cartel pintado a mano al lado donde se declaraba que la Milagrosa Feria de Ferias de Sunsable estaba abierta al público. Un mutante de ojos blancos recogió las monedas que pagamos por la entrada.

Dentro, en el prado, había toda clase de espectáculos corrientes y llamativos. El carrusel, iluminado por lámparas de gas. El juego de las anillas. La pulcra tienda de color rosa de la clarividente. El tiovivo incesante de donde salían los chillidos de alegría de los niños. Los pintorescos gritos del presentador de la tienda de curiosidades insólitas. El olor dulzón y caliente del algodón de azúcar. Los campanazos metálicos de las máquinas de probar la fuerza de tus músculos.

Por un penique podías montarte sobre los hombros de un titán de combate. En realidad, era un servidor agrícola blindado con las secciones de tolvas de almacenamiento repintadas pero oxidadas. Por otro penique podías disparar contra los pielesverdes en la galería de tiro láser, o tocar el Auténtico y Genuino Hueso de la Espinilla de Macarius, o intentar atrapar con la boca ploineros metidos en un barril de agua. Por dos peniques

podías echarle un vistazo al Ojo del Terror y que un individuo, encapuchado y tartamudo, que proclamaba ser un antiguo marine espacial juzgara tu heroísmo. El Ojo del Terror, en este caso, era un pozo excavado en el suelo al que habían llenado de lámparas de llama química y filtros de vidrio coloreado.

Cerca de allí, una pequeña donación te permitía contemplar cómo un hombre con el cuerpo cubierto de aceite se esforzaba por soltarse de unas cadenas, o salir de un saco en llamas, o de un balde grande lleno de cristales rotos, o de un cepo para personas.

—¡Sólo por un penique, señor, sólo por un penique! —me aulló un individuo subido a unos zancos y con la cara pintada como un arlequín que pasó a mi lado—. ¡Para la joven dama!

Decidí que sería mejor no preguntar qué conseguiría con ese penique.

—Quiero ir a ver el espectáculo de curiosidades insólitas —me dijo Alizebeth.

—Ahórrate el dinero…, lo tienes a tu alrededor —le respondí con un gruñido. Seguimos caminando. Unos cuantos globos de colores se alejaban flotando por encima del prado en dirección a la creciente oscuridad provocada por una enorme nube tormentosa. Los grillos chirriaban con fuerza entre los tallos pisoteados que nos rodeaban. Unas caras borrachas y pintadas pasaban a nuestro alrededor, algunas con las dentaduras melladas, otras con ojos artificiales implantados y relucientes.

—Por allí —le susurré a Alizebeth.

Más allá de un brasero, donde una mujer vendía cucuruchos de nueces caramelizadas, y de una carretilla llena de jaulas con pájaros cantores, había una pequeña tienda de recio tejido rojo, erigida al lado de un remolque de colores chillones. En un cartel de madera colocado sobre unos postes también forrados de tela se leía: «¡Hololitografías! ¡Muy reales! ¡Muy favorecedoras!». Otro cartel que había debajo, de menor tamaño, decía: «Un regalo espléndido, o un recuerdo del día, capturado por la magia de un maestro hololitógrafo». Un individuo anciano y de aspecto frágil, que lucía una mata de cabello blanco alborotado y unas pequeñas gafas, estaba sentado fuera de la tienda en una silla plegable de tela

comiéndose una empanada tan caliente que no le quedaba más remedio que ir soplando para enfriarla.

—¿Por qué no te acercas y le distraes? —le sugerí a Alizebeth.

Ella se separó de mí, atravesó la ruidosa multitud y se detuvo al lado del puesto del hololitógrafo. Al lado del puesto había colocado un panel de madera en el que se mostraban numerosas imágenes hololitográficas. Algunas eran miniaturas, paisajes, instantáneas de grupos familiares. Alizebeth las contempló con interés fingido. El anciano se levantó de inmediato y dejó la empanada detrás del panel antes de sacudirse las migas que le habían caído en la ropa. Yo rodeé el lugar manteniéndome entre la multitud y vigilando el puesto. Me paré un momento a echar un vistazo a los pájaros enjaulados, pero en realidad estaba mirando a través de las jaulas al puesto del anciano.

El individuo se acercó a Bequin con gesto educado.

—¡Buenas tardes, señora! Veo que su atención se ha visto atraída por mi muestrario de obras. ¿No son hermosas y están bien enmarcadas?

—Sin duda —contestó ella.

—Tiene buen ojo, señora, ya que a menudo se subestima el trabajo de un hololitógrafo. La composición suele ser pobre y la calidad de la placa disminuye con el paso del tiempo. Pero eso no ocurre con las obras de éste, su humilde servidor. Llevo el arte de la imagen desde hace treinta años y supongo que tengo la habilidad necesaria para ello. ¿Ve esta imagen? ¿La orilla del lago de Entreve?

—Es una escena bucólica.

—Es usted muy amable, señora. Está coloreada a mano, como muchas de mis obras. Pero esta hololitografía la realicé en el verano del… 329, si no me falla la memoria. Como ya se habrá fijado, el brillo no ha perdido intensidad, y tampoco se ha perdido claridad ni se ha producido decoloración alguna.

—Se ha conservado muy bien.

—Así es —dijo él mostrándose de acuerdo con voz alegre—. He patentado mis propias técnicas y preparo a mano los componentes químicos de las placas en éste mi modesto estudio —indicó señalando con

un gesto el remolque—. Así es como mantengo la calidad y la excelencia de las hololitografías, y puedo reproducirlas e imprimirlas sin pérdida alguna entre el original y el duplicado. Mi reputación depende de ello. A lo largo y ancho de estas tierras, el nombre de Bakunin es una garantía de calidad en el retrato.

Alizebeth le sonrió.

—Eso es muy impresionante, señor Bakunin. ¿Cuánto…?

—¡Ajá! —la interrumpió con una sonrisa—. Ya me pareció que estaría interesada, señora. ¡He de decirle que sería un crimen que su belleza no quedase inmortalizada! El precio de mis servicios es más que asequible.

Seguí avanzando y dando un rodeo hasta llegar a un lado del remolque, y tanto Alizebeth como el anciano quedaron ocultos tras la tela del puesto. No dejé de oír cómo intentaba convencerla para que se hiciera una hololitografía.

En ese lado del remolque había pintado más anuncios y carteles con una escritura florida y recargada. En uno de los anuncios se leía: «Retratos por dos coronas, escenas de grupo por tres coronas, miniaturas doradas por sólo media corona, y disponemos de múltiples telones de fondo de aspecto fantástico por sólo una corona adicional».

Me dirigí a la pane trasera del remolque. Estaba aparcado en el borde del terreno de la feria, cerca de un bosquecillo de fintles y hayas que separaban el prado de los pastos que se extendían al otro lado de la zanja. El lugar era sombrío y húmedo, y se oía el sonido de vanos animales de pequeño tamaño que correteaban entre los matorrales. Intenté ver el interior a través de una ventana pequeña, pero tema echada la persiana. Toqué el costado del remolque y sentí como *Barbanzadora* se estremecía en la vaina que tenía pegada a la cadera. Había una puerta al otro extremo del remolque. Intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—¿Qué está haciendo? —gruñó una voz.

Tres forzudos de la feria se me habían acercado por el lado de los árboles que daba a los puestos. Habían estado fumando lho detrás de su propio remolque durante un descanso del espectáculo.

—Nada que os pueda interesar —les aseguré.

—Será mejor que no se acerque al remolque del señor Bakunin —dijo uno de ellos.

Los tres tenían complexión de luchadores. Los brazos, que llevaban descubiertos, mostraban diversos tatuajes de aspecto tosco. No tenía tiempo que perder.

—Marchaos ahora mismo —les dije utilizando mi poder de voluntad a través de la voz.

Los tres parpadearon, sin tener muy claro lo que les había ocurrido en la mente, y después, simplemente, se alejaron como si yo no estuviera allí.

Volví a centrar la atención en la puerta y abrí con rapidez la cerradura gracias a mi multillave. Me sorprendí al ver que la delgada puerta de madera seguía sin abrirse. Me pregunté si estaría cerrada con un cerrojo interior, pero cuando tiré con más fuerza de la hoja, se movió un poco, lo suficiente para demostrar que no era nada físico lo que seguía manteniéndola cerrada Un momento después se cerró de nuevo con un pequeño estampido, como si la hubiese atraído una tremenda fuerza de succión.

El corazón empezó a palpitarme con mayor rapidez. Había notado el regusto de la disformidad en el aire, y *Barbarizado*™ no dejaba de vibrar con fuerza en su vaina. Había llegado el momento de dejarse de sutilezas.

Rodeé el remolque hasta llegar delante del puesto, pero ya no estaban ni Alizebeth ni el anciano. Me agaché para cruzar el doblez de tela que hacía las veces de puerta y me encontré de frente con una cortina de tejido negro que impedía que la luz del exterior penetrase en la tienda.

La eché a un lado.

—En seguida estaré con usted, señor —me dijo Bakunin—. Sólo necesito un momento.

—No soy un cliente.

Miré a mi alrededor. La tienda era de un tamaño bastante reducido y estaba iluminada por el brillo verdoso de unas lámparas de gas que, supuse, sacarían su suministro de combustible del propio remolque. Alizebeth estaba sentada al otro extremo en una silla de respaldo de madera con un cortinaje de color crema a su espalda. Bakunin estaba

delante de ella preparando con gran cuidado la cámara hololítica, un aparato de teca y bronce montado sobre un trípode de madera. Me miró por encima del hombro con cierta curiosidad sin dejar de limpiar una lente engastada en una montura de bronce. Alizebeth se puso en pie.

—¿Gregor…?

—La señora sólo está sentada para hacerle un retrato. Todo es muy correcto —dijo Bakunin, que se me quedó mirando, sin saber qué pensar de mi presencia. Por fin, me sonrió y me ofreció una mano—. Soy Bakunin, artista y hololitógrafo.

—Soy Eisenhorn, inquisidor imperial.

—Oh —exclamó al tiempo que daba un paso atrás—. Yo… yo…

—Usted se pregunta por qué un servidor de la Inquisición acaba de entrar en su tienda —dije acabando la frase.

La mente de Bakunin era un libro abierto. Vi de inmediato que allí no había engaño alguno, a excepción de la astucia innata que cualquier feriante tenía para conseguir dinero. Aparte de cualquier otra cosa, estaba claro que Bakunin no era un hereje.

—¿Le hizo un retrato a lord Froigre en la fiesta que se celebró en sus tierras, hace un par de días? —le pregunté al recordar la hololitografía que había encima del clavicordio del salón.

—Así es —me contestó—. Su excelencia quedó encantado. No le cobré nada por ello, señor. Fue un regalo para agradecer a su excelencia su hospitalidad. Pensé que quizá sus amigos de alcurnia verían mi obra y querrían que les hiciera alguna…

Me di cuenta de que no lo sabía. No tenía ni idea de qué iba todo aquello. Estaba intentando averiguar cómo podía haber acabado en mitad de una investigación inquisitorial.

—Lord Froigre ha muerto —le solté de repente.

Se puso pálido.

—No… Eso es… es…

—Maese Bakunin…, ¿sabe si algunos de sus clientes anteriores murió? ¿Si murió poco después de que le encargaran un retrato?

—No lo sé. Seguro que no, señor. ¿Qué es lo que quiere decir con eso?

—Tengo una lista de nombres —le dije mientras sacaba una placa de datos—. ¿Mantiene un registro de todos sus clientes?

—Por supuesto. Tengo un archivo con todas las placas utilizadas por si acaso son necesarias copias o sustituciones. Poseo un catálogo de todas las imágenes.

Le mostré la pantalla de mi placa de datos.

—¿Reconoce alguno de estos nombres?

Las manos le temblaban.

—Tendré que contrastarlos con el catálogo —me contestó, pero supe con toda seguridad que había reconocido algunos de ellos de inmediato.

—Hagámoslo juntos —le indiqué.

Alizebeth nos siguió mientras dejábamos atrás la tienda y entrábamos en el remolque. Era un lugar estrecho y oscuro. Bakunin no paró de disculparse. Todas y cada una de las superficies horizontales libres, incluso las sábanas del camastro sin hacer, estaban cubiertas de piezas de repuesto y de cámaras desmontadas en parte. El aire estaba cargado con un olor a cerrado y a productos químicos, todo ello mezclado con el aroma a semillas de penshel. La pipa de Bakunin se encontraba dentro de un pequeño cuenco. Metió las manos debajo del camastro para sacar una caja, de donde sacó a su vez varios libros de registro con las esquinas desgastadas.

—Déjeme ver —me dijo.

Vi que había una puerta al otro extremo de la pequeña estancia.

—¿Qué es lo que hay al otro lado?

—Mi cuarto oscuro, donde también guardo las placas reveladas.

—¿Tiene una puerta que da al exterior?

—Sí.

—¿Está cerrada con llave?

—No.

—Entonces tiene un ayudante, alguien a quien ordenó mantener cerrada la puerta.

—Pero si no tengo ningún ayudante… —respondió confundido.

—Abra esa puerta —le ordené.

Dejó a un lado los libros y se acercó a la puerta. Era evidente por su enguaje corporal que esperaba que se abriese con facilidad.

—No lo entiendo —me dijo—. Jamás se había atrancado.

—Atrás —le ordené, y desenvainé *Barbanzadora*.

La afilada hoja al descubierto llenó de olor a ozono el pequeño remolque, y a Bakunin se le escapó un grito ahogado.

Atravesé la puerta con un buen mandoble de la espada y la abrí partiéndola de par en par. Se oyó un tuerte estampido, similar al de una descompresión atmosférica, y un chorro de aire fétido nos asaltó. De la estancia surgió una vaharada de uní neblina oscura.

—Por el Emperador de la Humanidad, ¿qué es eso?

—Brujería de la disformidad —contesté—. ¿Dice que mezcla sus propios óxidos y soluciones?

—Sí.

—¿Dónde consigue los suministros de productos?

—Por todas panes. Aquí y allá. A veces de apotecarios locales, o de mercaderes ambulantes…

De cualquier parte, Bakunin había estado experimentando a lo largo de los años con toda clase de compuestos para crear las placas más efectivas utilizables en su cámara. Jamás se había preguntado de dónde procedían los ingredientes activos que empleaba. Algo en su cuarto oscuro, algo en sus anaqueles de botellas y demás envases, estaba corrompido por el Caos.

Di un paso hacia la estancia. En la penumbra habían empezado a formarse siluetas parpadeantes y pálidas. Las malignas energías que acechaban en el cuarto oscuro de Bakunin eran capaces de sentir que yo representaba una amenaza e intentaban que la abertura siguiera cerrada para así mantenerme fuera.

Crucé el umbral del cuarto oscuro. El grito de advertencia de Alizebeth se perdió en el aullido de aire torturado que de repente me rodeó por completo. Las botellas de vidrio y los envases de tinturas minerales vibraron con fuerza en los anaqueles de metal situados sobre la mesa de trabajo de Bakunin. Las jarras llenas de productos químicos líquidos y ungüentos estallaron y esparcieron su contenido por el aire. Un pequeño

quemador de gas se encendió de improviso y el tubo de alimentación de combustible comenzó a retorcerse como una serpiente. Las placas de cristal, cada una del tamaño de una placa de datos y metida en una carpeta de color marrón, se estremecían mientras se salían de las estanterías de madera situadas en el otro extremo del cuarto oscuro. Había miles de ellas, cada una era el revelado maestro de las hololitografías de Bakunin. La primera salió disparada de la estantería como si la hubiera sacado de un tirón una fuerza desconocida. Pensé que se iba a estrellar contra el suelo, donde se destrozaría, pero se quedó flotando en el aire. Unas cuantas más hicieron lo mismo. Varias luces cuyo origen desconocía comenzaron a flotar por el aire emitiendo destellos y chispazos de colores por todos lados. El aire adquirió una tonalidad marrón parecida a la del tabaco.

Alcé la espada. Una placa de negativo salió disparada contra mi cabeza y la partí de un golpe. Los fragmentos de cristal salieron despedidos en todas las direcciones. Me atacó otra más y también la destrocé. De las estanterías surgieron a raudales, como si fueran cartas de un mazo lanzadas por un experto. Cruzaron el aire silbando hacia mí. Realicé una serie de paradas de *uwe sar* y de *ulsar* y fui partiendo las placas a medida que se acercaban. Fallé con una y me pasó rozando la mejilla, donde me hizo un corte con el borde antes de estrellarse contra la pared que tenía a la espalda como si fuese un cuchillo arrojadizo.

—¡Salid de aquí! —le grité a Alizebeth.

El remolque se estremecía de un extremo a otro. Fuera se oyó el restallido de un trueno y la lluvia comenzó a repiquetear contra el techo. Las placas voladoras me estaban obligando a retroceder. *Barbarizadora* se había convertido en un borrón entre mis manos mientras se esforzaba por interceptarlas a todas.

Entonces llegaron los fantasmas. Hombres serios en túnicas formales. Señoras con largas túnicas. Niños de rostros solemnes y pálidos. Un posadero de mejillas rollizas en mitad de una carcajada. Dos trabajadores de granja con los brazos echados encima de los hombros. Más y más, reluciendo en el aire sucio, hechos de humo, con la piel blanca, las ropas de color sepia, las expresiones atrapadas para siempre en el momento que

la cámara los había captado. Intentaban arañarme y desgarrarme con dedos de hielo, golpearme con puños psicocinéticos. Algunos me atravesaron como si fueran espectros y me helaron la sangre. La maldad que se ocultaba en el pequeño remolque estaba conjurando todas las imágenes que Bakunin había inmortalizado a lo largo de su carrera arrancándolas de las placas y dándoles forma.

Trastabillé hacia atrás mientras en la capa me aparecían desgarraduras. El contacto con los fantasmas era tan afilado como el borde de las placas de cristal. Sus aullidos resonantes me asaltaron los oídos. Un momento después, con una sacudida que me revolvió el estómago, el mundo se distorsionó y cambió. El remolque desapareció. Durante un instante estuve en una orilla de color sepia. Después fui el comensal de una boda rural a la que no me habían invitado. Di tajos a diestro y siniestro con la espada hasta llegar a un bautismo que se convirtió en un paisaje colorista de las montañas Atenadas. A continuación, asistí a un festín en el salón de un gremio. Los fantasmas siguieron abalanzándose contra mí, esforzándose por agarrarme con sus extremidades heladas. El posadero de mejillas rollizas me aferró por la garganta con unas manos frías mientras en su rostro seguía reluciendo una carcajada amistosa. Lo atravesé con *Barbanzadora* y desapareció convertido en una voluta de humo. Una doncella de rostro triste me tiró del brazo y un pescador me atacó con un gancho de agarre.

Comencé a recitar la Letanía de la Salvación aullándosela a los rostros que me asediaban. Unos cuantos desaparecieron derritiéndose como celulosa expuesta a una llama.

Oí varios disparos. Gabon apareció por mí derecha sin dejar de abrir fuego con su arma. Se encontraba en el muelle de Dorsay al anochecer, en mitad de un partido de pelota-derribo entre dos aldeas, en el festival de una cosecha, todo al mismo tiempo. Las diferentes escenas se emborronaban y se entremezclaban a su alrededor. Una novia y su pareja, junto a seis plañideras de un funeral más un oficial arbites retirado con el pecho lleno de medallas lo atacaron en ese momento.

—¡Vete! —le grité.

Barbanzadora estaba reluciendo al rojo blanco. Resonó un nuevo trueno y la tierra se estremeció. Gabon lanzó un aullido cuando los dedos de la novia le desgarraron la cara. Unas cuantas placas de cristal sibilantes se le clavaron en el cuerpo como si fueran cabezas de hacha mientras retrocedía.

Su sangre se quedó en el aire, como gotas de lluvia. Luego cayó sobre los fantasmas y manchó de carmesí sus tonalidades sepias y de rosa su piel pálida. Sentí varios dedos como cuchillos rasgarme la piel de los brazos y de la espalda. Eran demasiados.

No podía confiar en lo que veía. Según mis ojos, estaba en la orilla de un río, y también en la escalera frontal de un edificio del Administratum. Los lugares se superponían unos sobre otros de un modo imposible, y nada era real.

Di un salto hacia delante y lancé un tajo al aire. Le acerté a algo, lo atravesé, e inmediatamente me encontré rodando sobre la tierra empapada de lluvia que había detrás del remolque.

Un nuevo relámpago sacudió la oscuridad que se cernía sobre el lugar. La lluvia caía ya de forma torrencial. La tormenta y los extraños sucesos que estaban ocurriendo alrededor del puesto de Bakunin habían provocado que los habitantes del pueblo se alejaran del prado. El remolque seguía vibrando y estremeciéndose. Del agujero que había abierto en la pared para escapar salía un humo marrón y aceitoso. En el interior se veía cómo parpadeaban y brillaban diversas luces mientras los aullidos fantasmales continuaban resonando. La corrupción de la disformidad había enloquecido.

Bakunin apareció a mi lado con el rostro lleno de desesperación. Alizebeth estaba pegada a su espalda. Se llevó las manos a la boca en un gesto de espanto al verme con las ropas desgarradas y llenas de manchas de sangre.

—¿Dónde está? —le pregunté con ferocidad.

—En la tercera estantería de arriba, encima de la mesa de trabajo —me contestó casi tartamudeando—. La botella verde. Necesitaba tintura de mercurio, hace muchos, muchos años, y una anciana de uno de los pueblos

que visitamos me la vendió. Me aseguró que me iría muy bien. La vengo utilizando desde entonces. Las emulsiones con las que la mezclo son perfectas. Jamás he conseguido obras mejores. —Bajó la mirada a la hierba, tembloroso y con expresión horrorizada—. Debería haberme dado cuenta —murmuró—. Debería haberme dado cuenta. No importa lo mucho que la utilizara, la botella nunca se acababa.

—¿La tercera estantería de arriba? —le pregunté para confirmarlo.

—Se la enseñaré —me dijo un momento antes de echar a correr para luego entrar por el agujero que había abierto *Barbarizadora*.

—¡Bakunin! ¡No!

Lo seguí al interior y me adentré de nuevo en la mezcolanza de paisajes y en el torbellino de fantasmas aullantes. Por un instante, tan sólo por un instante, vi a mi amigo Aen Froigre entre ellos.

Un momento después caía a través de otra boda, de una partida de caza, de una reunión de negocios, del taller de un herrador, del castillo de Elempite iluminado por la luna, de una feria de ganado, de…

Oí gritar a Bakunin.

Desvié otras tres placas hololíticas letales y vi, con una silueta espectral, como si en realidad no estuviesen allí, la mesa de trabajo y las estanterías. La botella de color verde, que relucía con un fuego interior de jade.

Alcé la espada y partí la botella con el filo de la temblorosa *Barbarizadora*. La explosión destrozó la división interior del remolque e hizo que el vehículo se volcara. Me quedé tumbado y aturdido sobre la pared, en mitad de los restos de cristal y madera rotos.

Los aullidos cesaron por completo.

Alguien había llamado a los arbites locales. Atravesaron la muchedumbre de mirones mientras la lluvia desaparecía poco a poco y el cielo se despejaba.

Les enseñé mis credenciales y les ordené que mantuvieran apartado al gentío mientras acababa mi tarea. El remolque ya estaba ardiendo, y

Alizebeth y yo nos dedicamos a arrojar a las llamas las pocas placas hololíticas que quedaban.

Las imágenes se estaban difuminando. Superpuestas unas a otras, cada retrato, cada paisaje, cada miniatura, era un revelado fantasmal. Una última imagen difusa.

Bakunin en el momento de lanzar su último grito para toda la eternidad.

HERETICUS

Para Mark Bedford

POR ORDEN DE SU SANTÍSIMA MAJESTAD
EL DIOS-EMPERADOR DE LA TIERRA

EXPEDIENTES INQUISITORIALES RESERVADOS.
SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

EXPEDIENTE: 442:41F:JL3:Kbu
Sírvase introducir su código de autorización ***********

Validando…

Gracias, Inquisidor.
Puede continuar.

Para Gregor Eisenhorn. Comunicado transmitido por el Gremio Astropático (Scarus) mediante onda mnemónica

45~a.639 triple intro.

Descripción de la senda de transmisión:

Origen: Tracian Primaris, Subsector Helicano 81281, con fecha de emisión 142.386.M41 (estación repetidora: divergente M-12/Ostall VII).

Destino: Durer, Subsector Ofidiano 52981, con fecha de recepción 144.386.M41.

La transcripción ha sido enviada y registrada tal como se indica en los encabezamientos (se ha archivado una copia redundante en la memoria intermedia, clave 11, 4362).

Autor: Señor Inquisidor Flebas Alessandro Rorken
Maestre de la Ordo Xenos Helicana,

Oficio del Gran Consejo de la Inquisición, Sector Scarus

Mi querido Gregor:

En el nombre del Dios-Emperador, y en el de la Santa Inquisición, saludos.

Confío en que los patriarcas de Durer te habrán recibido tal como corresponde a tu categoría. El Jerarca Onnopel ha recibido instrucciones de mi Oficio para que se asegure de que se te proporciona todo lo necesario para la larga tarea que te espera. Aprovecho esta ocasión para expresarte de nuevo mi gratitud por encargarte de este auto interrogatorio en mi lugar. Mi salud, por lo que a todo el mundo le parece menos a mí, sigue siendo delicada. Mi médico se afana día y noche. Ya me han cambiado la sangre varias veces, y comentan la posibilidad de efectuar nuevas operaciones, pero todo eso es inútil. Estoy sano y en perfectas condiciones, y estaría en proceso de recuperación completa si no fuese por sus excesivos cuidados. De hecho, también estaría camino a Durer si no fuese por eso mismo.

Sin embargo, parece que un curandero del Oficio Médica posee autoridad incluso sobre alguien como yo. La tarea que comencé para acabar con los herejes en Durer y llevarlos a juicio deberá completarse en mi ausencia, y no se me ocurre una mano más firme que la tuya para acabar este trabajo.

Te escribo por dos motivos, aparte, por supuesto, de para expresarte mi agradecimiento. A pesar de todos mis esfuerzos, el Señor del Ordo Hereticus, Sakarof, ha insistido en enviara dos de sus propios representantes al autc interrogatorio: Koth y Menderef. Ya los conoces a los dos. Lo siento, Gregor, pero debes tolerar su presencia. Son una carga que gustosamente te habría evitado si hubiera podido.

En segundo lugar, me veo obligado a cargarte también con el inquisidor Bastían Verveuk. Era interrogador bajo la tutela directa de Lord Osma, y llegó para integrarse en mi equipo y finalizar su preparación. Le he prometido participar en el auto interrogatorio,

sobre todo por el trabajo que hizo en obtener las pruebas de las acusaciones principales. Hazme el favor de incluirlo en tu grupo de consejeros. Es un buen hombre, joven e inexperto, pero capacitado aunque apesta bastante a puritano. ¿No lo éramos todos a esa edad? Llegará el 151. Dale una bienvenida todo lo cálida que puedas. Sé que odias incorporar desconocidos a tu equipo de trabajo, pero te lo pido como un favor personal. Osma me pondría las cosas muy difíciles si retraso los avances de su pupilo en esta su última etapa de formación.

Te deseo sabiduría, celeridad y éxito en el dictamen de esta investigación.

Sellado y auditado por un funcionario astropático, el centésimo cuadragésimo segundo día del año 386.M41.

¡El Emperador protege!

Rorken

[Fin del mensaje]

Para Gregor Eisenhorn. Comunicado transmitido por el Gremio Astropático (Scarus) mediante bucle mnemónico.

Repetición 45-3.5611 segura.

Descripción de la senda de transmisión:

Origen: Tracian Primaris, Subsector Helicano 81281, con fecha de emisión 142.386.M41 (bucle de navigatus 351/eco de la baliza Gernale).

Destino: Durer, Subsector Ofidiano 52981, con fecha de recepción 144.386.M41.

La transcripción ha sido enviada y registrada tal como se indica en los encabezamientos (se ha archivado una copia redundante en la memoria intermedia, clave 34, 7002).

Autor: Inquisidor Bastían Verveuk, Ordo Xenos,
Oficio del Gran Consejo de la Inquisición, Sector Scarus,
Scarus Mayor.

¡Salutaciones, señor!

En el nombre del Dios-Emperador, bendita sea su eterna vigilia, y por los Altos Señores de Terra, me encomiendo a vuestra eminente persona, y espero que al recibir este comunicado se encuentre bien de salud.

Grande fue mi entusiasmo cuando Lord Rorken me informó de que iba a formar parte, a vuestro lado, del auto interrogatorio formal a los viles y abominables herejes de Durer. Me lancé inmediatamente a la tarea de catalogar los descubrimientos preliminares realizados, y ayudé en la compilación de los archivos de pruebas que apoyarían las acusaciones del auto interrogatorio.

Puede imaginarse mi terrible desilusión cuando la repentina y lamentable enfermedad de mi superior pareció poner en peligro el

mismo cumplimiento de su tarea sagrada. Hoy, a esta misma hora, mi superior me ha comunicado que vos os ocuparéis de supervisar todo el asunto como sustituto de su persona, y que habéis aceptado encontrar un puesto para mí a vuestro lado.

¡No puedo contener mi júbilo! ¡Tener la oportunidad de trabajar al servicio de alguien como vos! He estudiado toda vuestra santa obra con admiración desde mis primeros días en la scholam *preparatoria. Vos sois objeto de estudio en lo que se refiere a la devoción y al deber puritano, un ejemplo para todos nosotros. Espero con gran ansiedad hablar sobre las leyes antiheréticas con vos, y así quizás oír de primera mano algunos de vuestros asombrosos y perspicaces comentarios. Mi deseo más ferviente es lograr el rango de inquisidor en el Ordo Hereticus, y estoy seguro de que estaría mejor preparado para semejante tarea si dispusiera del beneficio de las enseñanzas de vuestros relatos directos sobre los casos de seres tan infames como el temible Quixos.*

Descubriréis que soy un colega devoto y trabajador. Contaré los días que faltan hasta que podamos iniciar juntos nuestra sagrada misión.

¡Alabado sea el Trono Dorado!
Vuestro servidor,

Bastian Verveuk

[Fin del mensaje]

Para Lord Rorken. Comunicado transmitido por el Gremio Astropático (Ofidia) mediante onda mnemónica

3Q1~c.l22 doble intro.

Descripción de la senda de transmisión:

Origen: Durer, Subsector Ofidiano 52981, con fecha de emisión 144.386.M41 (estación repetidora: divergente B-3/eco de la baliza Gernale).

Destino: Tracian Primaris, Subsector Helicano 81281, con fecha de recepción 149.386.M41.

La transcripción ha sido enviada y registrada tal y como se indica en los encabezamientos (se ha borrado la copia redundante en la memoria intermedia).

Autor: Gregor Eisenhorn, Inquisidor.

Asunto: Bastían Verveuk.

Mi señor, ¿en qué apestoso rincón del Imperio se crían pelotas asquerosos como éste?

Sin duda, me debéis una.

G.E.

[Fin del mensaje]



UNO

EL CASO DE UDWIN PRÍDDE
UNA PEQUEÑA CHARLA CON VERVEU K
ALGO PARECIDO A LA VENGANZA

Cuando llegó el momento, fue casi imposible detener a Fayde Thuring.

Yo fui el único culpable de aquello. Le había permitido campar por sus respetos durante demasiado tiempo. Había pasado inadvertido durante casi ocho décadas, ya lo largo de ese período pasó de no ser más que un hereje aficionado a convertirse en algo muchísimo más poderoso.

Yo cometí el error. Pero no fui yo quien lo pagó.

El centésimo sexagésimo día del 386.M41, un noble de unos sesenta años apareció en las sesiones del auto interrogatorio que se celebraba en la catedral imperial de Eriale, la capital legislativa de Uvege, al suroeste de la tercera mayor masa continental del planeta.

Era un terrateniente que había enviudado joven, y había amasado su fortuna en Durer tras la liberación mediante una empresa agrícola de éxito y las riquezas heredadas de su difunta esposa. En el 376, ya un hombre

maduro y próspero, llegó a la aristocracia latifundista de Uvege, una región floreciente de grandes pastos y cultivos, se casó en segundas nupcias y ascendió socialmente. Su nueva esposa era Vértice, treinta años menor que él, y la hija mayor de la venerable Casa Samargue. La inmensa riqueza que antaño poseía la Casa Samargue iba desapareciendo poco a poco a medida que los eficaces métodos de explotación de los terrenos por parte de las empresas creadas por el Administratum tomaban lentamente el control de la economía ganadera de Uvege.

El nombre del noble era Udwin Pridde, y había sido convocado por el jerarca de la Sede de Eriale para responder a las acusaciones de contumacia, brujería y, sobre todo, herejía.

En la estancia de suelo de mármol, frente a él, se encontraba una representación señorial de inquisidores de la naturaleza más augusta. El inquisidor Eskane Koth, un amalatiano, nacido y criado en Tracian Primaris, y que en el futuro sería conocido como la Paloma de Avignon. El inquisidor Laslo Menderef, natural de las tierras bajas de Sancour, y que más tarde se convertiría en Menderef el Grave, un istvaano con una gran capacidad de discernimiento en los crímenes heréticos y una escasa higiene corporal. El inquisidor Poul Rassi, hijo de las estepas de Kilwaddi, un servidor del orden anciano, justo y fiable. El inquisidor novicio Bastían Verveuk.

Y yo mismo. Gregor Eisenhorn. Inquisidor y mandatario principal del auto interrogatorio.

Pridde era el primero de los doscientos sesenta individuos identificados por la labor de Lord Rorken como posibles herejes que debían ser juzgados por la Corte Formal de Investigación. Mantenía un aspecto digno a pesar de parecer nervioso. Jugueteaba con su cuello abotonado mientras se encaraba con nosotros. Había contratado a un defensor llamado Fen de Clincy para que hablara en su nombre.

Era el tercer día de sesiones. Mientras el defensor continuaba con su perorata y describía a Pridde con unos adjetivos que habrían hecho

palidecer de envidia a un santo por su enorme virtud, hojeé sin demasiado interés el catálogo de casos pendientes y suspiré al ver la magnitud del trabajo que se avecinaba. El catálogo, del cual todos teníamos una copia, era más grueso que mi muñeca. Ya llevábamos tres días y todavía no habíamos avanzado más allá de los preámbulos del primer caso. Los ritos de apertura nos habían llevado todo un día, y el reconocimiento legal de la autoridad de la Ordos Helicana en Durer, junto a otros asuntos legales menores, había llevado otro. Me pregunté, que el Emperador perdone mi falta de caridad, si la enfermedad de Lord Rorken era verdadera o tan sólo se trataba de una excusa para librarse de todo aquel tedio.

Afuera hacía un agradable día veraniego. Los ciudadanos acaudalados de Eriale paseaban en barca en sus decorativos lagos artificiales, comían en los restaurantes de las colinas de Uvege, o celebraban lucrativas reuniones de negocios en las casas de cafeína del distrito comercial de la ciudad.

En la fresca y resonante cúpula de la catedral no se oía más que la voz gimoteante de Fen de Clincy.

Los rayos de luz dorada del sol entraban por los vitrales y bañaban los bancos de la galería de audiencia. Aquella zona estaba medio vacía. Sólo había unos cuantos dignatarios, algunos jerarcas locales y funcionarios y los archiveros de la Crónica Planetaria. Parecían estar tan aburridos y somnolientos como yo, y sabía que sus anotaciones sobre la audiencia no concordarían con los comentarios oficiales grabados por los servidores pictográficos. El mismísimo Jerarca Onnopel estaba dormitando ya. Aquel idiota obeso. Si su control de la fibra moral de su rebaño hubiese sido más firme, toda aquella situación no habría sido necesaria.

Divisé a mi anciano sabio, Uber Aemos, que aparentaba estar escuchando con gran atención, aunque yo sabía que su mente estaba muy lejos de allí. También vi a Alizebeth Bequin, mi querida amiga y camarada, que estaba leyendo una copia de los informes de las sesiones. Tenía un aspecto majestuoso y formal con su túnica oscura y su medio velo. Pude distinguir, mientras ella fingía pasar las páginas, la placa de datos escondida dentro de su cubierta. Sin duda, se trataba de otro

ejemplar de poesía. Aquello me hizo soltar una breve carcajada, y tuve que carraspear rápidamente para ahogar ese sonido.

—¿Señor? ¿Ocurre algo? —me preguntó el defensor interrumpiendo su discurso.

Hice un gesto negativo con una mano.

—Nada. Por favor, continúe. Y apresúrese con su alegato.

La catedral de Eriale tan sólo tenía unas cuantas décadas de antigüedad, y había sido reconstruida a partir de los mismos escombros de la guerra en un triunfante estilo gótico alto. Tan sólo unos cincuenta años antes, todo aquel subsector, el ofidiano, había estado en manos del archienemigo. De hecho, yo había tenido el honor de ser testigo del embarque de la gran fuerza de combate imperial que lo había liberado. Aquello había ocurrido en Gudrun, el antiguo mundo capital del subsector helicano, ciento cincuenta años atrás a veces, me sentía muy viejo.

Ya había vivido por aquel entonces durante ciento ochenta y ocho años, así que estaba a principios de la edad madura para la clase social imperial privilegiada. Un cuidadoso empleo de prótesis y unos tratamientos con medicamentos rejuvenecedores habían retrasado el deterioro natural de mi cuerpo y de mi mente, y, lo que era más importante, habían reparado los daños y las heridas que mi trabajo me había supuesto. Era robusto, saludable y vigoroso pero, en ocasiones, la increíble cantidad de recuerdos me traía a la mente todos los años que llevaba vividos. Por supuesto, yo no era más que un chaval comparado con Aemos.

Allí, sentado sobre un trono flotante dorado en el centro de la mesa elevada, ataviado con las vestiduras propias de un gran auditor general, pensé que quizás había sido demasiado severo con aquel zoquete de Onnopel. Cualquier territorio reconquistado, recuperado de la disformidad, tenía por fuerza que estar plagado por la herejía durante algún tiempo hasta que las leyes imperiales se hicieran respetar. De hecho, todavía no se había fundado ninguna Ordo en el subsector ofidiano, por lo que la jurisdicción correspondía al Oficio Helicano, el vecino más inmediato. Un auto interrogatorio como aquél llegaba justo a tiempo. Tras cincuenta años de libertad, era justo el momento para que llegara la Inquisición y revisara

la estructura profunda de esa nueva sociedad. Procuré recordar que todo aquello era un tedio necesario, y que Rorken había estado en lo cierto al llamarme a mí. El subsector ofidiano, con una recuperación tan floreciente como aquélla, necesitaba que la Inquisición comprobara su estado espiritual al igual que la catedral reconstruida necesitaba canteros que mantuvieran vigilada su integridad física mientras las piedras acababan de asentarse.

—¿Señor Inquisidor? —me susurró Verveuk.

Levanté la vista y me di cuenta de que Fen el defensor había finalizado por fin su discurso.

—Su declaración queda anotada, defensor. Puede retirarse —le dije mientras hacía una pequeña marca en mi placa. Él hizo una reverencia.

—Confío en que el acusado le habrá pagado por adelantado por su tiempo —le comentó el inquisidor Koth con cierto tono socarrón—. Puede que dentro de poco sus bienes queden inmovilizados durante un tiempo.

—Ya he recibido el pago por mi discurso, señor —le confirmó Fen.

—Por lo que parece, de un modo generoso —le indiqué—. ¿Le pagaron por palabra?

Mis colegas inquisidores lanzaron unas risas entre dientes. Excepto Verveuk, quien lanzó una carcajada tremendamente aguda, como si yo hubiese hecho el mejor chiste explicado jamás ante el Trono Dorado. Por el Emperador, ¡era un pelota redomado! Si alguna vez una tráquea había reclamado expresarse, ésa era la suya.

Al menos, su rebuzno había logrado despertar a Onnopel. El jerarca se despertó de repente con un respingo y gruñó «¡Oíd, oíd!» con un leve y falso gesto de asentimiento de su cabeza de múltiples papadas, como si no hubiese dejado de escuchar atentamente todo lo que se decía desde el principio. Luego se ruborizó intensamente y fingió ponerse a buscar algo que se le había caído debajo de su banco oratorio.

—Si no hay más comentarios del Ministorium —dije con voz seca—, quizá podamos continuar. ¿Inquisidor Menderef?

—Gracias, gran auditor general —me contestó Menderef respetuosamente mientras se ponía en pie.

El defensor se había apresurado a marcharse, y había dejado a Pridde sólo en mitad de la amplia estancia. Pridde estaba encadenado, pero su lujosa vestimenta con su reborde de encaje parecía incomodarle más que las esposas de sus manos. Menderef rodeó la mesa para ponerse cara a cara con él, pasando lentamente las hojas de un manuscrito.

Comenzó el interrogatorio.

Laslo Menderef era un individuo delgado de cien años de edad, su escaso pelo castaño estaba pegado a su cráneo con un pelo en forma de pico sobre la frente y su rostro era enjuto y anguloso, con la piel tensa sobre los huesos. Llevaba puesta una larga túnica sencilla de terciopelo de color azul marino con la insignia del cargo y el broche con el símbolo del Ordo Hereticus prendidos sobre su pecho. Tenía una forma fría de comportarse que yo admiraba, aunque no me interesaba en absoluto la filosofía radical que practicaba. También era el interrogador más capacitado del personal de Sakarof. Sus ágiles manos de largos dedos encontraron un punto en el manuscrito y se detuvieron allí.

—¿Udwin Pridde? —dijo en voz alta.

—Señor —le contestó Pridde.

—El día cuadragésimo segundo de 380.M41 acudió a la casa de una boticaria de Clude que no tenía licencia, y compró dos viales de sangre umbilical, un mechón de cabello procedente de la cabeza de un asesino ejecutado y un pequeño muñeco símbolo de la fertilidad tallado en un hueso de dedo humano.

—No hice nada de eso, señor.

—¡Ah! —exclamó Menderef en un tono de voz amistoso—. Entonces, me he equivocado. —Se giró hacia mí y asintió—. Al parecer, ya hemos acabado aquí, gran auditor —me dijo.

Se quedó callado los segundos suficientes como para que Pridde relajara los hombros y lanzara un suspiro de alivio antes de darse la vuelta en redondo para encararse de nuevo con él. Por el Emperador, su técnica era soberbia.

—Es un mentiroso —dijo.

Pridde dio un paso atrás sobresaltado, de repente alerta de nuevo.

—Se… señor…

—La boticaria fue ejecutada por sus prácticas ignominiosas por los arbites de Eriale el invierno de 382. Ella mantenía un cuidadoso registro de todas sus ventas y de sus clientes, supongo que con la estúpida idea de hacer un trato si se daba el caso de que la atraparan por su delito. Su nombre, señor Pridde, está en esa lista. Las compras que hizo también están en esa lista. ¿Le gustaría verlo todo?

—Todo es pura mentira, señor.

—Una mentira… Ummm…

Menderef comenzó lentamente a dar la vuelta alrededor del acusado. Pridde se esforzó por no perderle de vista, pero no se atrevió a girarse para seguirle con la cabeza. En cuanto Menderef se detuvo a su espalda, Pridde empezó a temblar.

—¿Nunca ha estado en Clude?

—Voy allí a veces, señor.

—¿A veces?

—Una o quizá dos veces al año.

—¿Por qué motivo?

—Hay un mercader de alimentos en Clude que…

—Sí, sí que lo hay. Aarn Wisse. Ya hemos hablado con él. Aunque admite que le conoce y que tiene tratos comerciales con usted, nos ha dicho que no le vio en ningún momento del año 380 ni al año siguiente. No tiene ningún recibo suyo de compra en su libro de contabilidad.

—Está equivocado, señor.

—¿Lo está? ¿O lo está usted?

—¿Señor?

—Pridde… Su defensor ya se ha pasado buena parte del día ensalzando, incluso exagerando, sus múltiples virtudes. No nos haga malgastar más nuestro tiempo. Sabemos que visitó a la boticaria. Sabemos lo que compró. Procure mejorar su situación colaborando en el esclarecimiento de las preguntas de este interrogatorio.

Pridde ese estremeció. Contestó en voz baja.

—Yo compré esos objetos, señor. Sí.

—Más alto, para la corte, por favor. Veo las luces ámbar parpadeando en los grabadores de voz. No registran sus palabras. Verá, las luces tienen que parpadearen verde. Así, como ahora, que están recibiendo mi voz con claridad. La luz verde significa que le pueden oír.

—¡Señor, compró esos objetos!

Menderef asintió y volvió a consultar su manuscrito.

—Dos viales de sangre umbilical, un mechón de cabello procedente de la cabeza de un asesino ejecutado y un pequeño muñeco símbolo de la fertilidad tallado en un hueso de dedo humano, ¿se refiere a esos objetos?

—Sí, señor…

—¡Las luces verdes, señor Pridde, las luces verdes!

—¡Sí, señor!

Menderef cerró el manuscrito y caminó lentamente hasta colocarse de nuevo delante de Pridde.

—¿Le importaría explicar por qué y para qué?

Pridde le miró y tragó saliva con dificultad.

—Para mis crías.

—¿Sus crías?

—Las crías de mi ganado, señor.

—¿Su ganado le pidió que comprara todo eso?

Koth y Verveuk se rieron.

—No, no, señor… Había comprado cincuenta animales de cría de una granja del sur de Uvege dos años antes. Cosicanos de costados rojos. ¿Conoce la raza, señor?

Laslo Menderef giró la cabeza para mirarnos, alzando las cejas con una expresión de fingida sorpresa. Verveuk se rió de nuevo.

—No conozco los nombres de todas las razas de ganado, señor Pridde.

—Son una buena raza, la mejor. Certificada por el Administratum Oficio Agricolae. Tenía la esperanza de montar una granja y establecer un rebaño de cría para mi empresa.

—Ya veo. ¿Y qué ocurrió?

—Enfermaron en cuanto llegó el invierno. Ninguna de las hembras dio crías, lo que parieron no estaba acabado… unos seres… Los incineraré. Le pedí al Ministorium que bendijera mi granja, pero se negó. Me dijeron que se debía a algún defecto de mi ganado. Estaba desesperado. Había invertido mucho capital en aquel rebaño. Y entonces, esa boticaria me dijo…

—¿Qué le dijo?

—Que era la disformidad. Que la disformidad estaba en el ganado y en la tierra, en los propios prados. Me dijo que podía arreglar aquello si seguía sus consejos.

—¿Le sugirió usar la brujería rural para curara su ganado enfermo?

—Sí.

—¿Y usted pensó que eso era buena idea?

—Como ya le he dicho, señor, estaba desesperado.

—Sé que lo estaba. Sin embargo, no era por el ganado, ¿verdad? Su esposa le pidió que comprara todo eso, ¿no es cierto?

—¡No, señor!

—¡Sí, señor! ¡Su esposa, de la familia Samargue, desesperada por recuperar el poder y la gloria para su casa en declive!

—S… ssí…

—¡Las luces verdes, señor Pridde!

—¡Sí!

Por la documentación de la que disponía y por las charlas previas, yo ya sabía que la gran pieza que queríamos cazar en Durer era la Casa Samargue. Debo reconocer que fue a Verveuk a quien se le ocurrió la idea de comenzar con Pridde, un elemento menor, nada más que un simple cómplice, y utilizarlo como palanca para derribara la familia de nobles. Gracias a su testimonio, sería mucho más fácil poner en evidencia la corrupción de la antigua casa familiar.

Menderef continuó con su interrogatorio durante más de una hora, y lo cierto es que fue un espectáculo cautivador. Cuando las campanas de la catedral tocaron la hora nona, me lanzó una sutil mirada para indicarme que no tenía sentido seguir interrogando a Pridde en aquellos momentos.

Un descanso, que le daba la oportunidad al acusado de pasear arriba y abajo en su celda mientras se preocupaba cada vez más, nos iría bien para las sesiones de la tarde de aquel día.

—Suspenderemos la sesión por un corto espacio de tiempo —declaré —. Alguaciles, llévense al acusado a su celda. Reanudaremos la sesión cuando toquen de nuevo las campanas, dentro de una hora.

Estaba hambriento y tenía el cuerpo entumecido. El almuerzo me ofrecía un descanso en condiciones, aunque tuviera que soportar a Verveuk.

Bastían Verveuk tenía treinta y dos años estándar, y tomó posesión del cargo oficial de inquisidor hacía siete meses. Era un chaval de rostro juvenil, o eso me parecía a mí, de estatura media con el cabello rubio peinado al estilo paje y con los ojos hundidos pero de mirada ferviente. Parecía estar ansioso todo el tiempo. Ansioso y sumido en una especie de arrebato espiritual.

Tenía una mente ordenada y brillante y, sin duda, había servido bien a Osma cuando sólo tenía el cargo de interrogador. Pero por fin había llegado su momento, e intentaba ascender de rango con una ambición carente de todo pudor y modestia. Su traslado al personal de Rorken, para un «aprendizaje suplementario», había resultado, probablemente, de la pérdida de paciencia por parte de Osma. Ese era el Osma de siempre. Era el mismo que me había acosado cincuenta años antes, excepto que estaba decidido a conseguir el puesto de Orsini: Gran Maestre de la Inquisición en el subsector helicano. El Gran Maestre Orsini se estaba muriendo, y Osma era su heredero escogido. Tan sólo era cuestión de tiempo.

Rorken también se estaba muriendo, si los rumores que corrían de boca en boca eran ciertos. En cuestión de muy poco tiempo, me quedaría sin amigos en las altas esferas de la Ordos Helicana.

A causa de la enfermedad de Rorken, yo había acabado con Verveuk en mi equipo. No era más que una carga que tenía que soportar. Sus modales, sus anhelos, su brillante ansiedad por cumplir… sus malditas preguntas.

Estaba de pie en mitad de la cálida sacristía de la catedral, bebiendo una copa de vino y degustando un plato de pan de semillas, pescado ahumado y un queso cremoso local de sabor fuerte producido en la misma región de Uvege, mientras conversaba con Rassi, un inquisidor mayor, de tez pálida y tranquilo, de las filas del Ordo Malleus, y que se había convertido en un buen amigo en aquellos últimos años, a pesar de su relación con el cáustico Osma.

—¿Cuánto calculas, Gregor? ¿Un mes?

—¿Para esto, Poul? Dos, quizá tres.

Lanzó un suspiro y jugueteó con el tenedor con la comida que tenía en el plato. Llevaba su bastón de empuñadura de plata bajo el brazo para tener libres las manos.

—Quizás hasta seis si todos los acusados traen a un maldito defensor.

Nos echamos a reír. Koth pasó a nuestro lado para volver a llenarse el vaso y nos saludó con un gesto de asentimiento.

—No mires —murmuró Rassi—, pero acaba de llegar el presidente de tu club de admiradores.

—Oh, mierda. ¡No me dejes a solas con él! —le siseé desesperado, pero Rassi ya se había dado la vuelta para marcharse.

Verveuk apareció a mi lado. Llevaba en la mano un plato con una tarrina de carne, pepinillos en vinagre y ensaladilla que estaba claro que no se iba a comer.

—¡Todo va bien! ¿Verdad? —me dijo para iniciar la conversación.

—Oh, sí, muy bien.

—Por supuesto, usted tiene mucha más experiencia en este tipo de situaciones, así que lo sabe mejor que yo. Pero es un buen comienzo, ¿verdad?

—Sí, es un buen comienzo.

—Pridde es la llave que nos abrirá la puerta de la Casa Samargue.

—Estoy seguro de eso.

—La actuación de Menderef ha sido magnífica, ¿verdad? El interrogatorio cruzado, me refiero. Tan hábil, tan bien llevado. El modo en que hizo derrumbarse a Pridde.

—Yo… esto… No esperaba menos de él.

—Realmente magnífico, sí, realmente.

Sentí que tenía que decir algo más.

—Tu elección de Pridde… Como primer acusado. Bien escogido, bien… Ha sido una buena decisión.

Me miró como si yo fuera el amor de su vida y le hubiera prometido hacer algo muy importante por él.

—Señor, me siento verdaderamente honrado de que me lo diga. Sólo hice lo que creí mejor. De veras, señor, oír eso de su boca me llena el corazón de…

—¿Pescado guisado? —le pregunté mientras le ofrecía una bandeja.

—No, gracias, señor.

—Está muy bueno —comenté, poniendo una porción en una rebanada de pan—. Aunque, al igual que muchas cosas en esta vida, te puedes cansar con bastante rapidez de ello.

No pilló la indirecta. Lo más probable era que la indirecta hubiera tenido que ser grabada en la punta de un proyectil bólter explosivo y luego dispárárselo por uno de los agujeros de la nariz para que se diera cuenta.

—Señor, creo que puedo aprender tanto de usted —me dijo mientras dejaba a un lado el plato con la comida intacta—. Es una oportunidad que pocos de los de mi nivel pueden llegar a alcanzar.

—No puedo imaginarme por qué —le contesté. Sonrió.

—Siento que casi debería agradecer esta oportunidad a los terribles tumores que están afectando a mi señor Rorken.

—Yo también siento que me gustaría vengarme de ellos —murmuré.

—Es tan poco común que un, si me permite la expresión, inquisidor veterano como usted… un inquisidor de campo, me refiero, no a uno atado a una mesa de despacho… participe en un proceso como éste y se reúna con agentes inferiores como yo. Lord Rorken siempre ha dicho excelencias de usted. Hay tantas cosas que quiero preguntarle, tantas cuestiones, lo he leído todo sobre sus casos. La Conspiración P'Glao, por ejemplo. La he revisado de cabo a rabo, y quiero que me cuente acerca de muchos detalles. Y otros asuntos…

«Ahí viene», pensé.

Y allí vino.

—Los huéspedes demoníacos. Y Quixos. Hay tanto que le llama la atención a un erudito como yo. ¿Podría contarme detalles y opiniones personales? Quizá no en este momento… más tarde… a lo mejor podríamos cenar juntos y charlar sobre ello…

—Bueno, a lo mejor.

—Los informes son tan incompletos… o más bien, restringidos. Me encantaría saber cómo se enfrentó a Prophaniti. Y a Cherubael.

Me esperaba que dijera el nombre. Aun así, al oírlo, me estremecí.

Cherubael. Eso era lo que todos me preguntaban. Todos y cada uno de los inquisidores neófitos con los que me encontraba. Eso era lo único en lo que realmente estaban interesados. Maldito interés. Aquel asunto ya había acabado, yo había acabado con todo ello.

Cherubael.

Durante ciento cincuenta años, el demonio me había acosado en sueños, y había convertido cada uno de ellos en una pesadilla. Durante siglo y medio había permanecido en mi cabeza una sombra sobre el horizonte de la cordura, una leve silueta siseante en los rincones oscuros de mi conciencia.

Había acabado con Cherubael, lo había derrotado.

Pero, aun así, los neófitos me hacían preguntas, y hacían florecer todos los recuerdos de nuevo.

Nunca les diría la verdad. ¿Cómo podría hacerlo?

—¿Señor?

—Lo siento, Verveuk, mi mente divagaba. ¿Qué me estaba diciendo?

—Le había preguntado si ése no era uno de sus hombres.

Godwyn Fischig, vestido con un largo abrigo negro, seguía siendo una figura poderosa e imponente a pesar de todos los años que habían pasado. Había entrado en la sacristía por la puerta trasera y estaba mirando a su alrededor, buscándome.

Puse mi plato y mi vaso en las manos del sorprendido Verveuk y me fui directamente hacia él.

—No esperaba verte por aquí —le susurré mientras me lo llevaba aparte.

—No es lo que suelo hacer, pero me agradecerás que haya aparecido de este modo.

—¿De qué se trata?

—He encontrado un filón. No acertarías ni un millar de siglos a quién hemos descubierto.

—Supongamos que no dispongo de esos cien mil años. Suéltalo, Fischig.

—Thuring —me dijo—. Hemos descubierto a Thuring.

En mi opinión, la venganza no es una motivación adecuada para un inquisidor. Había jurado que Thuring pagaría por la muerte de mi viejo amigo Midas Betancore, por supuesto, pero los ochenta años que habían transcurrido desde el asesinato de Midas habían estado repletos de asuntos mucho más importantes y urgentes. No había tenido ni el tiempo ni la oportunidad de emplear los meses, o incluso los años, que hubiera necesitado para cazara Thuring. No merecía… la pena.

Al menos, eso era lo que Lord Rorken siempre me aconsejaba cuando sacaba el tema. Fayde Thuring. Un elemento sin importancia dentro del submundo de herejías en la sombra que existía en el seno de la sociedad imperial. Un don nadie que acabaría tarde o temprano en manos de la justicia por algún error propio. Alguien que no merecía mi atención. Que no merecía la pena.

De hecho, le había creído muerto durante bastante tiempo. Mis agentes e informadores me habían mantenido al tanto de sus actividades, y a principios del 352.M41 me enteré de que había entrado a formar parte de una fraternidad del Caos de los mundos exteriores llamada la Hermandad del Corazón, también conocida a veces como los Péndulos del Reloj Universal. Practicaban una adoración al Dios de la Sangre en la figura de una deidad porcina menor de una de las tribus nativas. El dios se llamaba Eolkito Yulqueto Uulcct (el nombre variaba dependiendo de la fuente de

información consultada), y habían asolado durante varios meses el mundo agrícola de Hasarna. Sus sacerdotes se vestían con ropas ceremoniales parecidas a las de los degolladores de cerdos o matarifes que, antaño, viajaban por las comunidades de Hasarna al final de cada otoño y practicaban la matanza de las cabezas de ganado preparadas para los fríos meses de invierno. Era una tradición muy antigua, que mezclaba el derramamiento de sangre con el final del año del calendario, y era bastante común a todo lo largo y ancho del Imperio. En la Tierra anterior al Imperio también había existido algo semejante, una celebración llamada la Consagración de los Santos, o la Víspera de los Santos.

El jefe del culto era un tal Amel Sanx, el Corruptor de Lyx, y que había reaparecido por primera vez después de pasar todo un siglo escondido para extender su veneno. Sanx era un hereje tan conocido que los esfuerzos iniciales de la Inquisición por acabar con las acciones de la Hermandad del Corazón se multiplicaron por cien en cuanto se supo que él estaba involucrado. Se envió un equipo de erradicación de las Adeptas Sororitas, dirigido por el inquisidor Aedelorn, que acabó con todos los herejes en un ataque a la capital septentrional de Hasarna.

Se descubrió en el transcurso de la investigación posterior que Sanx ya había sacrificado a buena parte de sus seguidores menos importantes en un ritual que el ataque de Aedelorn había interrumpido. Thuring era uno de los miembros del segundo escalón de acólitos fiables de la Hermandad del Corazón. Su nombre apareció en la lista de los cuerpos de las víctimas del ritual.

El asesino de Midas estaba muerto, o eso habían creído hasta aquel momento en la sacristía de la catedral de Eriale.

—¿Estás seguro de eso?

Fischig me miró y se encogió de hombros, como si no tuviera que despejar mis dudas sobre su palabra.

—¿Dónde está?

—Eso es lo que más te va a gustar. Está aquí.

El resto de los miembros del tribunal ya se habían sentado en sus lugares respectivos en la estancia principal de la catedral cuando me reuní con ellos. La Casa Samargue había contratado los servicios de un abogado para que respondiera por ellos, y éste ya estaba intentando demostrar la fragilidad y la poca fiabilidad del testimonio de Udwin Pridde.

Di un puñetazo en la mesa para callarle.

—¡Ya basta! ¡Este auto interrogatorio queda suspendido!

Mis colegas inquisidores se giraron para mirarme.

—¿Que está qué? —me preguntó Menderef.

—¡Hasta nuevo aviso! —añadí.

—Pero… —empezó a decir Koth.

—¿Gregor? —inquirió Rassi—. ¿Qué estás haciendo?

—Esto es algo muy irregular… —comentó Verveuk.

—¡Lo sé! —le grité en plena cara.

Se encogió sobre sí mismo.

—Mi señor auditor general —me dijo el abogado de la Casa Samargue mientras se acercaba lleno de nerviosismo hacia nosotros—. ¿Puedo preguntarle humildemente cuándo se reanudarán las sesiones del tribunal?

—Cuando esté preparado —le dije con voz hosca—. Cuando esté listo y preparado.



DOS

BETANCORE, SANGRE ENCENDIDA
EL INFORME DE FISCHIG
PREPARATIVOS DE BATALLA

Aquello causó una conmoción. Pero ¿qué digo? Aquello causó una gran conmoción. Rápidamente se reunió un gentío en el exterior de la catedral bajo el resplandeciente sol de la tarde. Los archiveros y los panfletistas que habían estado dormitando en los bancos del público se dispersaron a los cuatro vientos para propagar la noticia. Incluso los confesores y los predicadores que habían estado recorriendo las calles lanzando feroces sermones contra la herejía en mitad de la multitud siguieron al gentío hasta la plaza de la catedral.

—¡No puedes suspender un tribunal de auto interrogatorio así por las buenas! —me espetó un enfurecido Menderef.

Lo eché a un lado y caminé con paso decidido hacia la entrada principal de la catedral atravesando la larga nave central. Bequin y Fischig me seguían, y Aemos correteaba para mantenerse a nuestra altura.

—Cuando has dicho «aquí», ¿a qué te referías? —le preguntéa Fischig mientras me quitaba la capa forrada de piel y mi insignia de cargo del

tribunal para arrojarlas luego a uno de los bancos.

—En Miquol —me respondió—. Es una isla situada en el círculo polar ártico de este planeta. Está a unas dos horas de viaje.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn! —gritó Menderef a mi espalda, rodeado por un murmullo de voces nerviosas y agitadas.

—¿Estás seguro de que se trata de él?

—He revisado los descubrimientos de Godwyn —me soltó Bequin—. Es Thuring, sin duda. Apostaría lo que fuera a que lo es.

Habíamos llegado al final de la nave central y ya estábamos llegando al arco de la entrada y a la luz del sol cuando una mano me agarró de la manga.

Me di la vuelta. Era Rassi.

—¿Qué estás haciendo, Gregor? Estás abandonando una tarea sagrada.

—No estoy abandonando nada, Poul. ¿No me has oído? La he suspendido. Este auto interrogatorio tan sólo investiga a unos cuantos pecadores y a sus conductas inapropiadas. Yo voy a por un hereje de verdad.

—¿De veras?

—Ven conmigo si no me crees.

—Muy bien.

Rassi se giró e interceptó a Menderef y a Koth mientras yo atravesaba la entrada. Acalló sus objeciones.

—Yo voy con él —oí que les decía—. Confío en el buen juicio de Eisenhorn. Si se equivoca al suspender el juicio, yo testificaré en su contra en cuanto regresemos.

Ya estábamos bajo la luz del sol. Los grupos de civiles se quedaron mirándonos. Algunos se protegían los ojos del brillante resplandor del sol con las manos donde no llegaba la sombra de los árboles llenos de flores de la plaza.

—¿Y Medea? —le pregunté a Fischig.

—Ya la he llamado. Supuse que sería lo que querrías. Espero haber hecho bien.

—¿Ella lo sabe?

Fischig miró a Bequin y a Aemos.

—Sí. No podía ocultárselo.

La voz de Medea restalló en mi intercomunicador como si hubiese estado esperando aquella señal.

—*Aegis desciende, la Armadura de Dios, a las dos* —me informó en código Glossia. Su voz sonó tensa y contenida.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¡Despejad la plaza!

Fischig y Bequin echaron a correr hacia la multitud.

—¡Despejen la zona! —gritó Bequin.

—¡Vamos, muévanse! ¡Salgan de aquí! —aulló Fischig a su vez.

Nadie les hizo caso.

Fischig desenfundó su pistola y comenzó a disparar al aire. El gentío se dispersó gritando y se apresuró a correr hacia las calles adyacentes.

Justo a tiempo.

Mi cúter artillado, cuatrocientas cincuenta toneladas en total, apareció por encima del tejado de la biblioteca municipal de Eriale y comenzó a descender con sus retrocohetes aullando sobre la plaza de la catedral. El rebufo de la estela de los motores azotó las flores de los árboles y llenó el aire de pétalos como si fuera confeti.

Sentí cómo el suelo retemblaba cuando la nave aterrizó pesadamente. Las losas del pavimento se partieron bajo los extremos de las patas del tren de aterrizaje. Varias ventanas de los edificios que rodeaban la plaza se hicieron añicos. Los árboles se balancearon con furia por los chorros de los cohetes. La rampa del morro se abrió con un zumbido chirriante.

Me apresuré a llegara la rampa con Bequin y Aemos, y desde allí le hice señas a Rassi para que se acercara y embarcara. Caminaba con mayor lentitud que nosotros al tener que andar apoyado en su bastón. Fischig se quedó al pie de la rampa con gesto grave mientras hacía pasar a los demás miembros de mi equipo que habían estado ocupando sus puestos en la zona vecina a la catedral.

Kara Swole, que había estado vigilando a la multitud desde una tienda de cafeína justo enfrente de la biblioteca. Duclane Haar, quien había estado observando la situación alrededor de la entrada a la catedral a

través de la mira telescópica de su rifle largo láser de francotirador desde su emplazamiento en un granero de diezmos del Administratum. Bex Begundi, que había estado fingiendo ser un mutante sin hogar que pedía limosna en el porche de la capilla de San Becwal, con las pistolas escondidas bajo su gran cuenco de pedigüeño.

Fischig los hizo entrar a todos y subió por la rampa el último antes de tirar de la palanca que la cerraba.

El cúter artillado comenzó a elevarse de nuevo de forma casi inmediata, lanzando unas tremendas nubes de polvo en todas direcciones.

Eché un rápido vistazo a todos los ocupantes de la bodega de entrada.

—¡Verveuk! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tal como me ordenó Lord Rorken —me respondió—, adonde usted vaya, allí iré.

Ganamos altitud, ascendiendo hasta la estratosfera para encaminarnos hacia el norte. Mi gente conocía las tareas que debía hacer durante el viaje, pero me llevé a Kara Swole a un lado y le ordené que se asegurara de que Rassi y Verveuk se sintieran cómodos.

—El inquisidor Rassi se merece todos los respetos, pero no le permitas la más mínima a Verveuk. No le permitas que se entrometa.

Kara Swole era una acróbata bailarina de músculos definidos, natal de Bonaventure, que me había ayudado en una de mis investigaciones tres años atrás, y había disfrutado tanto de aquella experiencia que me había pedido formar parte permanente de mi equipo. Era pequeña y grácil, con un pelo rojizo que llevaba muy corto, su musculatura le hacía parecer simplemente fornida, pero era con mucho la persona más hábil y ágil de movimientos que yo jamás haya conocido, y tenía una tremenda facilidad para la vigilancia del entorno. Se había convertido en un valioso miembro del equipo, y más de una vez me había dicho que el trabajo que yo le ofrecía era infinitamente preferible a su vida anterior en la arena de los circos de su planeta natal.

Kara le echó una mirada de reojo a Verveuk.

—A mí me parece un ninker —murmuró.

«Ninker» era su insulto preferido, y era un término procedente de la jerga del mundo del circo. Nunca me atrevía preguntarle qué significaba exactamente.

—Creo que tienes toda la razón —le respondí en susurros—. No le quites la vista de encima… y asegúrate de que Rassi se encuentre a gusto. Cuando lleguemos a nuestro objetivo, quiero que tú y Haar lo protejáis con vuestras vidas si es necesario.

—Entendido.

Reuní a Fischig, a Bequin, a Aemos, a Haar y a Begundi alrededor de la mesa de mapas para intercambiar información, y también hice que acudiera Dahault, el astrópata.

—Muy bien… ¿Cómo lo encontrasteis?

Fischig sonrió. Era obvio que se sentía muy satisfecho de su éxito.

—La auditoría lo puso al descubierto. Al menos, dejó al descubierto ciertas pistas interesantes que me hicieron investigar en mayor profundidad, hasta que lo encontré. Ha estado operando en tres de los puertos del norte, y también en la capital. Al principio no me lo podía creer. Quiero decir, suponíamos que estaba muerto. Pero es él, sin duda.

Una auditoría era parte de mi proceso de investigación habitual, y había iniciado una en cuanto Lord Rorken me convenció de que participara en el auto interrogatorio, cuatro meses antes. Buena parte de mi personal de apoyo, unas treinta personas bajo la dirección de Fischig, se habían adelantado a los demás y habían llegado a Durer para llevar a cabo esa auditoría. El propósito de cualquiera de mis auditorías era doble. En primer lugar, para revisar y comprobar los casos que se iban a presentar en el auto interrogatorio y así asegurarme de que no estábamos perdiendo el tiempo y de que poseíamos todos los datos necesarios importantes. No es que no me fiara de los preparativos efectuados por Lord Rorken, sino que siempre me ha gustado estar seguro de lo que estoy juzgando. En segundo lugar, una auditoría servía para investigar la posible existencia de casos heréticos que podían haber sido pasados por alto en el auto interrogatorio. Iba a dedicar buena parte de mi tiempo y de mis recursos a aquella

limpieza de Durer, y quería estar seguro de que todo el proceso fuera meticuloso y concienzudo. Si existían más casos de herejía en aquel planeta, quería erradicarlos todos a la vez.

Fischig y el equipo de auditores habían realizado una búsqueda caso por caso de cada hoja de registro de los archivos planetarios, comparando los detalles de cada anomalía con mi base de datos. Todo aquello demostró que el trabajo preparatorio de Lord Rorken había sido excelente, ya que apenas aparecieron nuevos detalles.

A excepción de Fayde Thuring. Fischig había descubierto al principio unas transacciones interplanetarias que le llamaron la atención porque estaban asociadas a empresas mercantiles radicadas en Tracian Primaris con las que Fayde Thuring había tenido relaciones veinte años antes. Fischig había repasado concienzudamente todos los registros de embarque y todas las listas de huéspedes, y había tenido la suerte de dar con una cinta grabada por un pictógrafo de una compañía de seguridad mercantil. La imagen del hombre capturada digitalmente por la pictocámara mostraba un tremendo parecido con Fayde Thuring.

—Por lo que hemos podido descubrir —me dijo Fischig—, Thuring está desde hace un año en Durer. Llegó a bordo de un carguero independiente el verano pasado y fijó su residencia en Haynstown con una visa de mercader para dieciocho meses. Utiliza el nombre de Illiam Vowis y declaró que se dedica al negocio de la ingeniería aeronáutica. No carece de dinero ni de contactos. La mayor parte de sus negocios parecen legítimos, aunque ha estado comprando muchas piezas de maquinaria y unidades de ensamblaje, además de contratar a bastantes tecnoadeptos locales. Por las apariencias, está montando una empresa de reparaciones y servicios similares. No tengo nada claro lo que se propone en realidad.

—¿Ha comprado o alquilado alguna instalación donde poder trabajar?

—No, y ésa es una de las discrepancias —dijo Fischig levantando la vista para mirarme—. Se ha mantenido en movimiento. Ha sido difícil localizarlo, pero hace cuatro días logré una buena pista que indicaba que se encontraba en uno de los puertos del norte, en Finyard, de modo que envié a Nayl para que echara un buen vistazo.

Harlon Nayl era uno de los componentes más antiguos de mi equipo, un ex cazador de recompensas, y uno de los mejores y más capacitados miembros del grupo.

—¿Qué ha descubierto?

—Llegó demasiado tarde para pillar a Thuring. Ya se había marchado, pero Nayl logró entrar en la suite del hotel donde se había alojado antes de que pasara la mujer de la limpieza y obtuvo suficientes cabellos y muestras de tejido como para poder efectuar un escáner genético y compararlo con las muestras que tenemos archivadas. Illiam Vowis es Fayde Thuring.

—¿Y dices que está en una isla polar?

Fischig asintió.

—Nayl partió en busca de Thuring y descubrió que había comprado un pasaje hasta ese lugar, Miquol. Solía ser una estación de escucha de la Fuerza de Defensa Planetaria hace muchos años, pero ahora está completamente deshabitada. No sabemos lo que va a hacer allí, o si ya había estado antes. Nayl ya debe de haber llegado a la isla. No se ha puesto en contacto con nosotros, pero la magnetoesfera es tremendamente irregular cerca del polo, así que no funcionan las comunicaciones. Bueno, al menos, las de larga distancia.

—Has hecho un trabajo excelente, viejo amigo —le dije a Fischig, y él sonrió agradecido.

Godwyn Fischig, que antaño había sido purificador dentro del cuerpo de Adeptus Arbites de Hubris y un excelente agente de la ley, uno de mis auténticos veteranos. En aquel momento ya llevaba a mi lado más de quince décadas, las mismas que Alizebeth Bequin. El único que llevaba más tiempo conmigo que ellos era Aemos. Los tres eran la roca sobre la que me apoyaba, mis cimientos, las piedras angulares de todo mi equipo. Y eran mis amigos. Aemos me proporcionaba su sabiduría y una fuente inimaginablemente vasta de conocimientos. Bequin era una intocable, y estaba a cargo de una academia de individuos con la misma característica llamada La Rueca. Ellos eran mi arma más poderosa, un cuerpo de individuos psíquicamente inertes que podían ser utilizados para anular

incluso a los enemigos con las capacidades psíquicas más poderosas. Bequin también era mi timón emocional. Confiaba en ella más que en los demás, y me servía de apoyo en los momentos de mayor angustia.

Fischig era mi conciencia. Era un hombre de aspecto imponente con una cara desgastada por la edad, con unas mejillas ya bastante fláccidas. Una leve capa de cabello gris, donde antaño había pelo rubio, cubría su cráneo. La cicatriz bajo su ojo lechoso se había vuelto rosada y brillante con el paso de los años. Fischig era un combatiente formidable, y había pasado junto a mí algunos de los peores momentos de mi vida. Pero nadie tenía una devoción tan inquebrantable, nadie era tan puro… tan puritano, si se prefiere decir así. El Bien y el Mal, la Ley y el Caos, la Humanidad y la Disformidad… eran tan sólo unas distinciones básicas, blancas o negras, para él, lo admiraba por ello. El tiempo, la experiencia y los diferentes hechos acaecidos en mi vida habían, en cierto modo, teñido de gris mis opiniones. Dependía de Fischig para que fuera mi brújula moral.

Era una función que él parecía estar encantado de desempeñar. Creo que ése fue el motivo por el que permaneció tanto tiempo a mi lado, porque para entonces, él ya podría haber sido sin ningún problema un inspector comisionado de los arbites, un prefecto de división, o incluso un gobernador planetario. Sin embargo, ser la conciencia de uno de los inquisidores más veteranos del subsector era una tarea que le proporcionaba mucha mayor satisfacción.

A veces me preguntaba si Fischig lamentaba que yo no hubiera intentado obtener un cargo o un rango más elevado dentro de la Inquisición. Supongo que cuando ocurrió todo lo que voy a contar, teniendo en cuenta mi hoja de servicio y mi reputación, yo ya podría haber llegado a maestre de alguna Ordo, o al menos, hallarme muy cerca de ello. Lord Rorken, que se había convertido en una especie de mentor para mí, me había expresado a menudo su decepción por el hecho de que no hubiera aprovechado ninguna de las oportunidades que me había ofrecido para convertirme en su heredero. Me había estado preparando durante un cierto tiempo para que fuese su sucesor en el control de la Ordo Xenos del

subsector helicano. Sin embargo, a mí jamás me había atraído aquella clase de vida. Prefería estar sobre el terreno, no detrás de un escritorio.

De todos ellos, el más beneficiado por una carrera de ese tipo hubiese sido Fischig, me lo podía imaginar sin dificultad como comandante en jefe de la Guardia Inquisitorial Helicana. Pero nunca me expresó el más mínimo atisbo de descontento en ese sentido. Al igual que a mí, le encantaba el reto que suponía investigar sobre el terreno.

Formamos un buen equipo durante mucho tiempo. Nunca olvidaré todo aquello, y a pesar de todo lo que iba a depararnos el destino, siempre le agradeceré al Dios-Emperador de la Humanidad el honor de haber servido a su lado durante tanto tiempo como lo hice.

—Aemos —le dije—, quizá le gustaría revisar los datos que ha recabado Fischig y ver si puedes deducir algo más. Necesito saber más cosas sobre esa isla. Repasa los datos, los mapas y los archivos. Dime todo lo que encuentres.

—Por supuesto, Gregor —me contestó Aemos.

Su voz sonaba muy débil y atiplada, y estaba más encorvado y arrugado que nunca. Pero el conocimiento le seguía absorbiendo, y creo que le alimentaba del mismo modo que la comida, las riquezas, el deber o incluso el amor, mantenía a las personas llenas de vigor más allá de la flor de la vida.

—Fischig te ayudará —le dije—. Y quizás el inquisidor Rassi también. Quiero un plan de operaciones viable en… —Le eché un vistazo a mi cronómetro—. Sesenta minutos. Necesito conocer todo lo que se pueda saber o que sea pertinente antes de que aterricemos. Y quiero un plan seguro y sin complicaciones de lo que debemos hacer cuando lleguemos allí. ¿Alizebeth?

—¿Gregor?

—Ponte en contacto con todos nuestros especialistas que estén aquí, en Durer, y que se pongan en marcha para venir en nuestra ayuda. Sobre todo, gente de La Rueca. No me importa cuánto tiempo les lleve o cuánto

cueste. Quiero estar seguro de que tenemos un respaldo sólido a nuestra retaguardia.

Asintió con un gesto grácil. Era una encargada de operaciones brillante. Seguía tan recatada y tan atractiva como el día que la conocí, ciento cincuenta años antes, una prueba espectacular del modo en que la ciencia imperial puede contrarrestar los efectos de la edad. Sólo unas levísimas arrugas en los extremos de los ojos y en las comisuras de los labios delataban que no era una mujer de treinta y pocos años. Por aquel entonces le había dado por caminar de un modo bastante regio apoyada en un bastón de ébano con refuerzos hasta el hombro, diciendo que sus huesos ya eran muy viejos, pero yo estaba convencido de que se trataba de una afectación pensada para reforzar su función de matriarca veterana.

Sólo cuando la miraba a los ojos podía distinguir las distancias de la edad. Había tenido una vida dura, y había sido testigo de hechos terribles, se podía discernir una especie de dolor nostálgico en lo más hondo de su mirada, una profunda tristeza. Yo sabía que me amaba, y yo la amaba más que a ningún otro ser vivo que jamás hubiera conocido. Pero hacía ya mucho tiempo, y por acuerdo mutuo, que habíamos dejado todo aquello a un lado. Yo era un psíquico, y ella una intocable. Fuese cual fuese la tristeza que ambos sintiéramos por nuestro mutuo amor negado, estar juntos hubiera sido muchísimo más doloroso.

—Dahault…

—¿Señor? —me respondió inmediatamente el astrópata. Llevaba conmigo veinte años, y era con diferencia el astrópata que más tiempo había logrado mantener a mi servicio. Según mi experiencia, se desgastan con mucha rapidez. Dahault era un individuo fornido y lleno de vitalidad que lucía un mostacho espectacular, lleno de fijador. Yo pensaba que se lo había dejado crecer tanto para compensar su cabeza afeitada. Desde luego, era un profesional poderoso y capacitado, y se había adaptado muy bien a mi régimen y forma de trabajo. Sólo en los últimos años habían comenzado las señales del agotamiento psíquico: la piel estirada y tensa sobre los huesos, la mirada atormentada, la afasia. Esperaba

fervientemente poder retirarle con una pensión antes de que su trabajo le achicharrara la mente.

—Comprueba lo que nos espera —le ordené—. Fischig dice que la magnetosfera impide las comunicaciones verbales, pero puede que Thuring esté utilizando astrópatas, a ver qué descubres.

Asintió y se dirigió a su cabina, compacta y protegida, y situada bajo el puente de mando, donde conectó las clavijas que salían del aparato de comunicación astropática a los implantes de su cráneo.

Por último, me giré para mirar a Bex Begundi y a Duclane Haar. Haar era un antiguo francotirador de la Guardia Imperial procedente del Quincuagésimo de Rifles Gudrunitas, un regimiento con el que había tenido relación desde hacía tiempo. Era de complexión normal, y llevaba puesto un traje de combate ceñido de color mate y antirreflectante, con la insignia de la gorra de su anterior uniforme colgando de una cadena que llevaba al cuello. Había perdido una pierna en combate en Wichard, y lo habían licenciado por invalidez. Sin embargo, era tan buen tirador con el rifle largo láser, la variante para francotiradores, como Duj Husmaan, que había muerto hacía tiempo ya, y de un modo que yo lamentaba profundamente.

Haar iba pulcramente afeitado, y su cabello de color castaño estaba cortado a la perfección, como si tuviera que asistir a una revista militar antes de un desfile. Llevaba un magnificador óptico de puntería conectado a un lado de su cráneo, donde asomaba por encima de la oreja, y podía bajar el brazo articulado del artefacto hasta colocarlo sobre su ojo derecho para disparar. Prefería el magnificador a la mira telescópica tradicional montada en el rifle, y dado su impresionante lista de aciertos a la primera, yo no iba a discutírselo.

Bex Begundi era un granuja, en el estricto sentido de la palabra. Un forajido, tal como le hubiera descrito el viejo Commodus Voke. Un delincuente, un chanchullero, un artista del engaño y de los bajos fondos, nacido en uno de los peores barrios de Sameter, un planeta por el que sentía poco aprecio, ya que había perdido una mano allí. Era uno de los individuos reclutados por Harlon Nayl, posiblemente uno de sus objetivos

como cazador de recompensas al que le había ofrecido una elección a vida o muerte. Se había unido a mi equipo seis años antes. Begundi era tremendamente presuntuoso, e increíblemente hábil disparando sus pistolas.

De elevada estatura y no más de treinta y cinco años, no era exactamente guapo, pero exudaba un encanto devastador. Tenía el cabello oscuro, con una perilla negra como la noche perfectamente recortada rodeando su sonrisa petulante y unos pómulos muy marcados. Su piel, de un blanco casi cadavérico, contrastaba con los trazos de kohl negro bajo sus ojos centelleantes y de mirada peligrosa. Era una costumbre de los barrios bajos de su planeta natal. Iba vestido con una chaqueta larga de cuero que llevaba bordados de rica tela de seda y unas ostentosas superficies llenas de lentejuelas. Pero el par de pistolas Hecuter que llevaba metidas en unas fundas sobaqueras no tenían nada de graciosas. Todo el equipo para las pistolas había sido personalizado, y le permitía desenfundarlas con una tremenda rapidez y facilidad.

—Vamos a tener pelea en cuanto aterricemos, eso tenedlo por seguro —les dije.

—Genial —comentó Begundi con una sonrisa ávida.

—Tan sólo señáleme el objetivo, señor —respondió Haar.

Asentí complacido.

—Nada de fanfarronadas, ¿me oís? Nada de bravuconerías.

Begundi me dirigió una fingida mirada ofendida.

—¡Vaya! —se quejó.

—En realidad, estaba pensando en ti, Haar —contestó.

Haarse sonrojó. Había demostrado ser extremadamente… ansioso. Tenía un instinto asesino.

—Puede confiar en mí, señor —me dijo.

—Esto es importante. Ya sé que siempre es importante, pero esto es… personal. No quiero que nadie la fastidie.

—Vamos a por el tipo que se cargó al padre de Dea, ¿verdad? —me preguntó Begundi.

Dea. Así es como llamaban a Medea Betancore, mi piloto.

—Sí, vamos a por él. Por ella, estad alerta.

Subí a la cabina de mando. Las leves nubes de la atmósfera superior pasaban raudas a nuestro lado. Medea volaba como si estuviera poseída.

Tenía poco más de setenta y cinco años, una joven todavía. Despampanante, de carácter explosivo, brillante, hermosa, había heredado la facilidad para pilotar de su padre, al igual que había heredado su oscura piel glaviana y su atractivo aspecto.

Llevaba puesta la chaqueta de vuelo de color cereza de su padre, Midas.

—Necesito que permanezcas concentrada, Medea —le dije.

—Lo estaré —me contestó sin levantar la mirada del panel de mandos.

—Lo digo en serio. Esto es sólo una misión.

—Lo sé. Estoy bien.

—Si necesitas mantenerte a un lado, se puede arreglar.

—¿Mantenerme a un lado? —Las palabras le salieron como disparos, y se giró para lanzarme una mirada furibunda con sus grandes ojos llenos de lágrimas de rabia—. ¡Vamos a por el asesino de mi padre! ¡Llevo toda la vida esperando esto! ¡Literalmente! Jefe, ¡no pienso mantenerme a un lado!

Jamás había llegado a conocer a su padre. Fayde Thuring había matado a Midas Betancore un mes antes de que ella naciera.

—Muy bien. Te quiero a mi lado. Me encantaría que estuvieras a mi lado. Pero no permitiré que las emociones interfieran en todo esto.

—No lo harán.

—Me alegro de oírlo.

Se produjo un largo silencio. Me di la vuelta para salir de la cabina.

—¿Gregor? —me llamó en voz baja.

—¿Sí, Medea?

—Mata a ese cabrón. Por favor.

Me preparé para lo que se avecinaba en mi cabina personal. Los cómodos ropajes que había llevado en mi papel de gran auditor general desaparecieron para ser sustituidos por un traje de cuerpo entero de combate, con armadura, unas botas reforzadas con acero que llegaban hasta la rodilla, una chaqueta de cuero y un largo y pesado abrigo de combate con hombreras blindadas. Me coloqué las insignias de mi Ordo en el pecho y la escarapela de la Inquisición al cuello.

Escogí mis tres armas entre de las que tenía guardadas en la caja fuerte: una pistola bólter de gran calibre, el bastón rúnico fabricado artesanalmente por Magos Bure, del Adeptus Mechanicus por encargo personal, y la espada de energía, recurvada y llena de pentagramas, que había encargado que me forjaran a partir de las dos mitades partidas de mi antigua espada de Carthae, *Barbarizadora*.

Bendije las armas una por una.

Pensé en Midas Betancore, muerto hacía ya casi un siglo por aquel entonces. *Barbarizadora* ronroneó en mis manos.



TRES

MIQUOL
ESTACIÓN DE ESCUCHA 272 DE LA FDP DE DURER
EL CAMBIO DE SITUACIÓN

Miquol era una amplia superficie volcánica que surgía de las negras aguas del océano polar, de unos dieciséis kilómetros de largo por unos nueve de ancho. Vista desde el aire, parecía estar desolada y carente de toda vida. Unos tremendos acantilados, de cien metros de alto, constituían su contorno, pero su interior no era más que un desierto irregular de pedruscos y riscos.

—¿Alguna señal de vida? —pregunté.

Medea se encogió de hombros. No habíamos detectado nada, pero estaba claro por las señales irregulares e intermitentes de las pantallas que la fuerza magnética de la zona estaba interfiriendo nuestros instrumentos.

—¿Aterrizo en aquella estructura? —me preguntó.

—Quizá —le contesté—. Antes efectuemos otra pasada sobre el lado sur.

La nave viró. La capa de nubes estaba bastante baja, y unos bancos de niebla helada envolvían la superficie oscura de la isla.

Fischig se reunió con nosotros en la cabina.

—¿No dijiste que había unas instalaciones, aquí? —le pregunté.

Asintió.

—Una estación de escucha utilizada por la Fuerza de Defensa Planetaria en los primeros años tras la liberación. Ahora mismo ya lleva un par de décadas fuera de uso. Está en el punto más alto del interior. Tengo la referencia en el mapa.

—¿Qué es eso? —preguntó Medea señalando un punto entre los acantilados del sur.

Allí abajo se podían distinguir unos malecones abandonados y en ruinas, algunos muelles y unos habitáculos prefabricados alrededor de una extensión rocosa que estaba al nivel del mar. Una hilera casi vertical de postes oxidados comenzaba en la parte trasera de una de las edificaciones de mayor tamaño y subía por el precipicio.

—Ésas son las instalaciones de desembarco —respondió Fischig—. Solían utilizarse para aprovisionar la isla mientras hubo personal de la FDP estacionado aquí.

—Hay una embarcación ahí abajo —dije—. Es bastante grande.

Miré a Medea.

—Llévanos allí a esa explanada rocosa detrás de los habitáculos. Los precipicios mantendrán fuera de la vista al cúter.

Hacía un frío espantoso, y el aire estaba lleno de humedad traída por la niebla y los rociones de las olas. Aemos y Dahault se quedaron con Medea a bordo del cúter, y el resto salimos al exterior. Me giré hacia Verveuk cuando todavía estábamos en la rampa.

—Tú también te quedarás a bordo, Bastían.

Se quedó consternado. Aquella maldita mirada ansiosa de nuevo.

—Me gustaría pensar que puedo contar con alguien para que se encargue de mantener el cúter a salvo —le mentí sin dificultad.

La expresión de su rostro cambió de forma inmediata: orgullo, autosuficiencia.

—¡Por supuesto, señor!

Cruzamos la explanada situada a los mismos pies del precipicio en dirección a los habitáculos prefabricados. Eran módulos imperiales de diseño antiguo, transportados hasta allí, donde los ensamblaron. El paso del tiempo y las condiciones atmosféricas los habían estropeado mucho. Las ventanas estaban tapadas con tablones y las paredes de madera de contrachapado estaban medio podridas y llenas de manchas. La lluvia y el agua del mar habían hecho desaparecer la mayor parte del barniz y de la pintura, pero en algunos lugares aún se podía distinguir la insignia de la FDP de Durer.

Haar y Fischig encabezaban la marcha. Haar llevaba su rifle largo láser al hombro, con su magnificador óptico bajado sobre el ojo, a la búsqueda de objetivos mientras avanzaba. Fischig llevaba su rifle láser en una mano. Sobre su hombro izquierdo llevaba una unidad de detección de movimiento, que chirriaba y chascaba mientras sometía la zona que lo rodeaba a un intenso escrutinio con sus invisibles oleadas de ondas de detección. Rassi y yo caminábamos cerca de ellos, mientras que Alizebeth, Kara y Begundi marchaban a retaguardia.

Fischig señaló la hilera de puntales que habíamos divisado desde el aire.

—Parece un funicular o un medio de transporte similar. Llega hasta la cima del acantilado.

—¿Funciona? —Te preguntó Rassi.

—Lo dudo mucho, señor —le contestó Fischig—. Es viejo y no ha recibido ninguna clase de mantenimiento. Y no me gusta el aspecto que tienen esos cables.

Las líneas principales de izado eran unos cabos metálicos gruesos, pero se balanceaban por el viento con demasiada facilidad entre los grandes postes y parecían estar deshilachados.

—Pero hay unas escaleras —añadió Fischig—. También suben hasta arriba a lo largo de los puntales.

Cruzamos los malecones. También se encontraban en muy mal estado. Unas cadenas oxidadas chocaban y tintineaban al compás de las olas. La nave que estaba amarrada a uno de ellos era en realidad un ekranoplano de tipo oceánico de unos veinte metros de largo y pintado de gris. Los rótulos del fuselaje indicaban que era una nave de alquiler matriculado en Finyard, y lo más probable era que fuese el aparato que Thuring había contratado para llegar hasta allí.

No se veía señal alguna de la tripulación, y las escotillas estaban firmemente cerradas. Ni siquiera había indicios del funcionamiento de alguna clase de sistema automático.

—¿Quiere que fuerce alguna de las escotillas? —me preguntó Kara.

—Quizá…

Me interrumpió un grito de Haar. Estaba en la entrada del habitáculo prefabricado más cercano, un galpón de atraque que se alzaba por encima del agua sobre unas pilastras. Haar me indicó por gestos que mirara dentro cuando me acerqué hasta él. Pude distinguir en la penumbra cuatro cuerpos tirados en el paso de tablones que cruzaba un pozo seco. Fischig estaba arrodillado al lado de los cadáveres.

—Marineros locales. Todavía tienen los papeles en los bolsillos. Trabajadores registrados de Finyard.

—¿Cuánto hace que los mataron?

Fischig se encogió de hombros.

—Un día, más o menos. Todos ellos con un único disparo en la parte posterior de la cabeza.

—La tripulación de la nave que los trajo aquí.

Se puso en pie.

—Tiene sentido.

—¿Por qué no tiraron sus cuerpos al mar? —se preguntó Haar.

—Porque un ekranoplano es un vehículo para el que hace falta un piloto experto, y necesitaban que la tripulación siguiera con vida hasta que llegaron aquí —le indiqué.

—Pero si los mataron en cuanto llegaron… —empezó a decir Haar.

Ya sabía lo que iba a decir.

—Entonces es que no planean marcharse de la isla. Al menos, no del mismo modo en que han llegado.

Le ordené a Kara Swole que forzara una de las escotillas del ekranoplano. En el interior no encontramos nada de utilidad, tan sólo unas cuantas herramientas y un batiburrillo de objetos personales que pertenecían a los miembros de la tripulación asesinada. Los pasajeros se habían llevado todo lo demás con ellos.

Lo único que logramos sacar en claro era que Thuring podía tener hasta veinte hombres con él en Miquol, dada la capacidad de transporte de la nave y el número de chalecos de emergencia.

—Se han marchado al interior de la isla, y ahí es donde debemos ir nosotros —decidí.

—¿Le digo a Dea que vaya calentando los motores del cúter? —me preguntó Begundi.

—No —le respondí—. Iremos andando. Quiero estar lo más cerca que pueda de Thuring antes de que nos descubra. Podemos hacer que venga luego si es necesario.

—A Medea no le va a gustar esto, Gregor —me sugirió Bequin.

Lo sabía muy bien.

Yo estaba convencido de que Medea se merecía todas y cada una de las oportunidades para poder vengar a su padre. Puede que la venganza no sea una motivación apropiada para un inquisidor pero, por lo que a mí respecta, está perfectamente indicada para una piloto de combate testaruda y apasionada.

Sin embargo, esa misma pasión podía convertirse en una desventaja. Quería acabar con Thuring con limpieza, y no me atraía en absoluto la perspectiva de ver a Medea convertida en una furia ciega.

Sin embargo, Bequin estaba en lo cierto, a Medea no le gustó absolutamente nada la idea.

—¡Voy a ir!

—No.

—¡Voy a ir con vosotros!

—¡No! —le dije a la vez que la agarraba de los brazos y acercaba mi cara a la suya—. No vas a hacerlo. Todavía no.

—¡Gregor! —me suplicó con voz dolida.

—¡Escúchame! Piensa en todo esto de un modo lógico…

—¿Lógico? ¡Ese cabrón mató a mi padre y…!

—¡Escúchame! No quiero que el cúter nos delate antes de tiempo, y eso implica que debe quedarse aquí. Pero también quiero que nuestra nave esté preparada para acudir un instante después de que la llamemos, ¡y eso significa que tú debes quedarte aquí! ¡Medea, eres la única capaz de pilotarla!

Se libró de mi agarrón y se dio la vuelta para quedarse mirando al rugiente mar.

—¿Medea?

—Vale. Pero quiero estar ahí cuando…

—Lo estarás. Te lo prometo.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Se dio la vuelta y se quedó mirándome fijamente. En sus ojos todavía relucía lo dolida que estaba.

—Júralo por tus secretos —me dijo.

—¿Cómo?

—Hazlo al modo glaviano. Júralo por tus secretos.

Entonces lo recordé. La costumbre glaviana. Consideraban que un juramento era más firme si se hacía poniendo como prenda los secretos más íntimos y personales. Supongo que antaño eso implicaba que un piloto glaviano debía jurar intercambiar secretos técnicos o de navegación valiosos con otro como un acto de fe y de honor. Medea ya me había obligado a hacerlo una vez, hacía años. Me había hecho jurar que me

tomaría un descanso sabático de tres meses en una época en la que yo estaba trabajando demasiado. No me había sido posible cumplir mi promesa, ya fuera por una razón o por otra, y acabé contándole que adoraba a Alizebeth y que deseaba con todo mi ser que pudiéramos estar juntos.

Aquél había sido mi secreto más profundo por aquel entonces. Cómo cambian las cosas.

—Lo juro por mis secretos —le respondí.

—Por tu secreto más importante.

—Por mi secreto más importante.

Escupió al suelo y después se lamió rápidamente la palma de la mano antes de ofrecérmela. Imité sus gestos y luego le estreché la mano.

La dejamos con Aemos, Dahault y Verveuka bordo del cúter artillado y comenzamos a subir las escaleras del risco.

Estaba lloviendo cuando llegamos arriba, y los últimos escalones estaban traicioneramente húmedos. Un viento salado nos azotaba procedente del mar, metiéndose entre los pliegues de nuestros abrigos y ropas.

Estaba preocupado por Poul Rassi. Aunque no lo parecía, era mucho más viejo que yo, un centenar de años más, y la subida lo había dejado pálido y sin aliento. Se apoyaba en su bastón mucho más que antes.

—Estoy bien —me dijo—. No te agobies.

—¿Estás seguro, Poul?

Me sonrió.

—Llevo en los tribunales y en las cámaras secretas hace ya demasiados años, Gregor. Esto es casi una aventura para mí. Había olvidado lo mucho que me gusta esto.

Rassi alzó su bastón ye hizo una floritura en el aire como si se tratara de un sable.

—¿Vamos allá? —dijo.

Nos adentramos en el interior de Miquol. Fischig tenía localizada la vieja base de la FDP en su auspex, así que nos dirigimos hacia allí.

El cielo presentaba el color blanco luminoso y vaporoso de una tela de gasa. Los jirones de niebla se quedaban pegados al suelo como paredes de humo. La lluvia no cesaba de caer. El paisaje era una mezcla de abruptos salientes rocosos verticales y de profundos valles sombríos repletos de pedregales. Había peñascos por doquier, algunos del tamaño de cráneos, otros del tamaño de un tanque de combate. Las rocas eran oscuras, casi del color de la antracita, y a veces se veía partidas, convertidas en fragmentos de cristal de origen volcánico. Un lugar impresionante. Gris. Un mundo monocromático.

Tras dos horas caminando, pasamos al lado de una torre con las vigas corroídas por el óxido rematada por unos pétalos metálicos, igualmente oxidados, y que antaño habían formado parte de la antena de transmisiones en forma de disco. Se trataba de uno de los receptores periféricos de la estación de escucha.

—Estamos cerca —dijo Fischig a la vez que consultaba su auspex—. La base de la FDP está al otro lado del siguiente cabo.

La estación de escucha 272 de la FDP se había construido muy poco después de la liberación del planeta por la recién fundada Fuerza de Defensa Planetaria como parte de un programa de vigilancia mundial. Gracias a aquella instalación, y a aproximadamente otras trescientas como ella, la FDP de Durer había sido capaz de mantener una vigilancia completa y a todas horas del tráfico orbital, de la actividad en las rutas comerciales de la zona e incluso de los movimientos más generales en la zona de disformidad del espacio, lo que le había proporcionado al planeta un sistema de alerta temprana y, en conjunto, había recogido información táctica vital de aquella zona del subsector. El sistema había permanecido en total funcionamiento a lo largo de los veinte años posteriores a la anexión del territorio, para ser posteriormente sustituido poco a poco por una sucesión de balizas de exploración profunda situadas en órbita

alrededor del planeta que a su vez estaban conectadas a unas boyas repletas de sensores distribuidas por todo el sistema de Durer.

La FDP había abandonado por fin la obsoleta estación treinta años antes, agradecidos sin duda de no tener que soportar otro período de guardia en aquel gélido lugar rocoso.

La estación se alzaba en la orilla de un lago polar de forma alargada, rodeado por unas pequeñas montañas abruptas al norte. Era un lugar expuesto a las inclemencias del tiempo, azotado por los vendavales y con temperaturas muy por debajo de cero. El lago, cubierto de niebla, era un espejo liso y reluciente de aguas negras, y su superficie sólo se veía alterada de vez en cuando por una ráfaga de viento.

Había dieciocho edificios alargados en la orilla grisácea, dispuestos en una cuadrícula alrededor del edificio del generador, parecido a un tambor, un hangar lo suficientemente grande como para albergar a numerosos transportes de tropas o incluso interceptores orbitales, un grupo de graneros de almacenamiento, unos cuantos talleres, una pequeña capilla de la Eclesiarquía, un puesto de mando central con algunos módulos adyacentes saliendo como radios de una rueda y la antena de plato principal.

Todo ello había sucumbido a los feroces embates del entorno. Los módulos y los habitáculos prefabricados estaban destartalados y desvencijados, con las ventanas cubiertas por tablones de madera. Los senderos entre los distintos edificios estaban cubiertos de desechos oxidados: bidones de combustible viejos, camiones que se caían a pedazos, pilas de cierres antitormenta desconchados. La antena de plato principal, orientada hacia el oeste, ya no era más que la armazón de lo que había sido, convertida tan sólo en un hemisferio sugerido por las vigas al desnudo y los puntales que se balanceaban. Su reflejo en el espejo negro del lago semejaba el costillar blanquecino de un gigante. Sin embargo, a mí todo aquello más bien me recordaba las ruinas de un planetario; tan sólo los restos destrozados de una bola solar central que miraba permanentemente en la última dirección hacia la que la habían enfocado.

Nos acercamos a la orilla aprovechando toda la cobertura que pudimos, y cruzamos el breve trecho que nos separaba del edificio más cercano. Todos habíamos desenfundado ya nuestras armas, a excepción de Begundi. Tanto el auspex como el detector de movimiento de Fischig indicaban señales de vida cerca de nosotros, pero eran incapaces de mostrarnos la situación exacta. Debido a la maldita interferencia magnética, estábamos advertidos, pero igualmente ciegos.

Ya no nos comunicábamos de modo verbal. Hice un gesto y envié a Haar adelante por el lado izquierdo de la calle, y a Fischig por el derecho. Me hubiera gustado poder desplegar también a Kara, pero ella estaba cumpliendo mis órdenes y se mantenía pegada a Rassi, con el arma de asalto preparada en su manos enguantadas. Rassi, que se había convertido en su sombra, con sus ropajes con ribetes de piel ondeando al viento, había sacado una pistola de varios cañones de fabricación exótica.

Bequin se mantenía apartada de mí para que su capacidad de anulación psíquica no afectara a mi mente. Para la operación en Miquol había cambiado su indumentaria formal por un traje acolchado de armadura corporal completa y unas botas resistentes, y había añadido una capa de terciopelo bordado de color verde oscuro con una capucha. Me fijé en que también había dejado su bastón en el cúter. Llevaba desenfundado el esbelto microláser de cañón largo que le había regalado por su centésimo quincuagésimo cumpleaños. Tenía la empuñadura tachonada de perlas y era una obra maestra personalizada, una antigüedad fabricada por Magos Nwel de Gehenna.

Aquella pistola era un arma apropiada para ella. Era esbelta y elegante, y con una potencia devastadora.

Vi a Fischig, que estaba por delante de nosotros, hacerle una señal a Haar. Este se arrodilló y cubrió con su arma al hombretón ex arbites mientras cruzaba la calle para llegar a la puerta trasera del siguiente

edificio. Envié a Begundi para que les sirviera de apoyo. Todavía no había sacado sus grandes pistolas de las fundas hechas a medida, y corrió en largas zancadas.

En cuanto Begundi llegó hasta donde él estaba, Fischig se deslizó silenciosamente hacia el interior del edificio. Tras un momento de espera, Begundi le siguió y entró también.

Nosotros nos quedamos a la espera.

Begundi reapareció en la puerta y nos indicó por señas que fuéramos hacia allí.

Fue todo un alivio salir de la atmósfera húmeda, aunque el viejo y apestoso barracón prefabricado, con su interior a oscuras no era mucho mejor. Entramos todos, aunque Haar y Kara se quedaron al lado de la puerta montando guardia, mientras que Begundi cubría la parte delantera.

Fischig había encontrado algo.

Fischig había encontrado a alguien.

Era un anciano. Sucio, enfermo, lleno de arrugas y de piojos. Estaba acurrucado en una esquina, y lanzaba un gemido cada vez que el foco de la lámpara de Fischig le alumbraba. Si hubiera pasado a su lado en las calles de Eriale, habría pensado que se trataba de un mendigo y no le habría prestado atención. Allí, sin embargo, era algo diferente.

—Dame la linterna —le dije.

El anciano, que parecía más un animal que una persona, retrocedió, todavía más acobardado, cuando le alumbré de lleno con la luz blanca de la linterna. Estaba cubierto de suciedad, hambriento y completamente atemorizado.

Pero a pesar de la mugre, pude reconocer sus ropas.

—¿Padre? ¿Padre jerarca?

Gimió.

—Padre, somos amigos.

Me desenganché el emblema de la Inquisición y se lo acerqué para mostrárselo.

—Soy el inquisidor Gregor Eisenhorn, de la Ordo Xenos Helicana. Estamos aquí en misión oficial. No tenga miedo.

Me miró sin dejar de parpadear y alargó lentamente una mano cubierta de roña ennegrecida para verla mejor. Dejé que se la quedara. La miró durante un buen rato en sus manos temblorosas. Luego comenzó a sollozar.

Le indiqué a Fischig y a los demás que se alejaran y me arrodillé a su lado.

—¿Cómo se llama?

—Dro… Dronicus.

—¿Dronicus?

—Pater Hershel Dronicus, jerarca de la parroquia de Miquol, bendito sea el Dios-Emperador de la Humanidad.

—El Dios-Emperador nos protege a todos —le respondí—. ¿Puede decirme cómo ha llegado hasta aquí, padre?

—Siempre he estado aquí —me contestó—. Puede que los soldados se hayan ido, pero mientras exista una capilla aquí, hay una parroquia, y mientras haya una parroquia, debe quedar un sacerdote.

Por el Trono Dorado, aquel anciano estaba viviendo sólo allí y manteniendo la capilla desde hacía treinta años.

—¿Nunca desacralizaron el terreno?

—No, señor, y doy gracias por ello. Mi deber hacia la parroquia me ha dado tiempo para pensar.

—Más bien para volverse loco —murmuró Haar.

—¡Silencio! —exclamé por encima del hombro.

—A ver si lo entiendo —continué diciéndole a Dronicus—. Usted servía aquí como sacerdote, y cuando la FDP abandonó este lugar, ¿usted se quedó para cuidar la capilla?

—Sí, señor. Eso es lo que ha pasado.

—¿De qué vivía? —le preguntó Fischig.

Su mente detectivesca buscaba algún fallo en lo que había contado el anciano.

—De los peces —le replicó.

Por su aliento, increíblemente apestoso, me lo creí inmediatamente.

—De los peces —repitió—. Bajaba a los malecones una vez a la semana y pescaba. Ahumaba los pescados y los guardaba en el hangar. Además, los soldados dejaron muchas latas de comida. ¿Porqué? ¿Tienen hambre?

—No —respondió Fischig, que no estaba preparado para la generosidad de la oferta.

—¿Por qué se esconde aquí? —le preguntó Bequin con voz suave.

Dronicus me miró como si necesitara pedirme permiso para contestar.

—Adelante —le dije mientras asentía.

—Ellos me echaron de mi hangar —le contestó—. Eran malos. Intentaron matarme, ¡pero yo sé correr!

—Sin duda.

—¿Por qué le echaron? —quiso saber Fischig.

—Querían el hangar. Creo que lo que querían era mi pescado.

—Estoy seguro de que lo querían. Pescado ahumado, eso es muy valioso en un lugar como éste. Pero querían algo más, ¿verdad?

Asintió con una mirada triste en su rostro.

—Querían el espacio disponible.

—¿Para qué?

—Para su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Están arreglando su dios.

Miré de reojo a Fischig.

—¿Su dios? ¿Qué clase de dios es ése?

—¡El mío no, seguro! —exclamó Dronicus. Luego se quedó pensativo —. Pero desde luego, es un dios.

—¿Por qué dice eso? —le pregunté.

—Es grande. Los dioses son grandes. ¿A que sí?

—Suelen serlo.

—Ha dicho «ellos» —le dijo Rassi agachándose a mi lado—. ¿Qué quiere decir? ¿Cuántos han venido?

El tono de voz de Rassi era admirablemente tranquilizador y calmado. Pude sentir el suave empujón de la voluntad psíquica que estaba utilizando

de forma cautelosa. No era de extrañar que tuviera una reputación tan grande. Casi me sentí estúpido por no haberle preguntado por una cuestión tan obvia.

—Los herreros del dios —contestó el anciano sacerdote—. No conozco sus nombres. Hay nueve. Y también otros nueve. Y los otros catorce. Y hay otros cinco.

—¿Treinta y siete? —dijo Fischig en voz baja. Dronicus torció el gesto.

—Oh, no, hay muchos más. Nueve y nueve y catorce y cinco y diez y tres y dieciséis…

Rassi me miró.

—Demencia —me susurró—. Sólo es capaz de contarlos por los grupos que ha visto. No es capaz de identificarlos como un único grupo. Tan sólo son cantidades de personas que ha visto en diferentes ocasiones.

—No soy estúpido —le espetó Dronicus.

—En ningún momento he dicho que lo fuera, padre —le contestó Rassi.

—Tampoco estoy loco.

—Por supuesto que no.

El anciano sonrió, asintió, y después, de un modo directo, nos hizo una pregunta.

—¿Tienen algo de pescado?

—¡Jefe! —susurró de repente Haar.

Me levanté rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Hay movimiento… a unos treinta metros.

Su visor centelleaba a medida que iba mostrando los datos. Se arrodilló en el umbral y colocó su rifle en posición de disparo.

—¿Qué ves?

—Problemas. Ocho hombres armados avanzando en formación abierta de infantería. Vienen hacia aquí.

—Debemos haber hecho saltar alguna clase de alarma al llegar aquí —dijo Begundi.

—No quiero un combate. Todavía no. —Miré a los demás—. Salgamos por el otro lado y reagrupémonos.

—Tenemos que llevárnoslo con nosotros —me dijo Rassi mientras señalaba al anciano sacerdote.

—De acuerdo. Vámonos.

Begundi abrió la puerta situada al otro lado del edificio y salió el primero. Bequin le siguió, y después le tocó el turno a Fischig. Rassi alargó la mano para ayudar al anciano a levantarse.

—Vamos, padre —le dijo.

Al ver la mano que se le acercaba, Dronicus lanzó un gañido de miedo.

—¡Mierda! ¡Nos han descubierto! —exclamó Haar—. ¡Vienen a por nosotros!

Unos disparos láser, brillantes y violentos, se estrellaron de repente contra la puerta y abrieron varios agujeros en la madera de contrachapado podrida.

Kara se tiró al suelo para ponerse a cubierto. Haar se mantuvo en su puesto y oí el chasquido de su rifle largo láser.

—Uno menos —dijo simplemente.

Pusimos en pie al sacerdote entre Rassi y yo y nos lo llevamos hacia la puerta trasera. El rifle largo chascó de nuevo a nuestra espalda, y se le unió el tableteo del arma de asalto de Kara Swole. Los disparos de respuesta martillearon la pared lateral del edificio y la perforaron.

—Sácalo —le dije a Rassi, y corrí hacia la puerta principal. Me quedé de pie al lado de Kara mientras ella seguía disparando, y abrí fuego. Mis proyectiles bólter atravesaron la ventana abierta. Los disparos láser cruzaron la calle y acribillaron la pared lateral del edificio. Logré atisbar unas cuantas siluetas vestidas con unos gruesos uniformes de combate de color gris que se acercaban cada vez más mientras se ponían a cubierto y sólo se detenían para vaciar los cargadores de sus rifles láser contra nosotros.

Una idea repentina, clara y veraz, atravesó mi mente. Agarré a Kara y a Haar y tiré de ellos.

—¡Vámonos! —les grité.

Habíamos llegado al umbral de la puerta trasera cuando la granada destrozó la parte frontal del edificio. Toda la zona de la puerta donde había estado agazapado Haar se vino abajo entre una explosión de llamas y una lluvia de astillas de madera de contrachapado.

La onda expansiva de la explosión nos arrojó a la calle. Fischig me ayudó a levantarme.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Kara estaba sangrando por un corte en la sien producido por la metralla, y Haar estaba aturdido, pero echamos a correr arrastrándolos con nosotros por el camino embarrado que llevaba hasta la antena de disco principal.

Tres individuos vestidos con armaduras de combate aislantes aparecieron a la carrera en el camino por delante de nosotros y alzaron sus rifles láser.

Las pistolas Hecuter de Begundi estaban en sus manos antes de que nosotros pudiéramos apuntar con las armas que ya teníamos empuñadas. Disparó dos ráfagas gemelas, y los casquillos de los proyectiles salieron proyectados por las ranuras laterales de sus armas. Los tres saltaron de espaldas en el aire y cayeron despatarrados al suelo.

Begundi corrió por delante de nosotros y abatió, en cuanto aparecieron, a otros dos con sus atronadoras pistolas. De repente, se tiró de espaldas al suelo, rodó sobre sí mismo y mató a otro atacante que se asomó por uno de los tejados.

Cinco más surgieron a nuestras espaldas por la puerta trasera por la que nosotros habíamos salido.

Fischig y Kara se dieron la vuelta y comenzaron a disparar. Entre los dos mataron a tres. Bequin abatió al cuarto con un único disparo láser bien colocado entre ceja y ceja. Un proyectil de mi pistola bólter hizo saltar cinco metros hacia atrás al último que quedaba.

—¿Espina? ¿Desea Aegis? ¿Dibujo juramento? —sonó de repente en mi intercomunicador. Medea estaba siguiendo nuestras comunicaciones.

—¡Negativo! ¡Espina desea que Aegis repose bajo su ala! —le respondí en Glossia, el código de comunicación secreto e informal que compartía con todo mi personal.

—Aegis inquieto. La flor de sangre.

—Aegis reposa, por las tres encendido. Como una estatua, hasta el final de la Tierra.

—¡Gregor! ¡Déjame ir!

—¡No, Medea! ¡No!

Ya estábamos metidos en un tiroteo bastante feo. Los disparos láser y los proyectiles sólidos pasaban zumbando en todas las direcciones. Fischig y Kara proporcionaban fuego de apoyo, mientras que Haar y Bequin escogían con mayor cuidado sus objetivos, y casi siempre acertaban. Begundi disparaba a diestro y siniestro con sus pistolas. Yo abría fuego con mayor atención y prudencia, procurando mantener al anciano sacerdote detrás de mí. La pistola con percutor de fisión de Rassi lanzaba un estampido y una lluvia de bolas de plomo contra el enemigo cada vez que apretaba el galillo. Alzaba su bastón cada pocos segundos y también enviaba una llamarada psicotérmica desde su punta de plata.

—¡Preparaos! —grité a pleno pulmón—. ¡Poul, tú sobre todo!

Asintió.

¡Salid al descubierto!, ordené utilizando mi fuerza de voluntad a la máxima potencia.

Una orden psíquica semejante hubiera hecho caer al suelo a todos los que estaban a mi alrededor, pero Haar, Begundi y Kara habían sido condicionados mentalmente mediante un riguroso entrenamiento para resistir los ataques mentales. Bequin era una intocable, y Fischig llevaba puesta una torques al cuello que le protegía.

Rassi, al que yo había advertido, alzó un bloqueo mental. El anciano sacerdote lanzó un grito, se puso en pie y se meó encima.

No fue el único en ponerse en pie. Nuestros atacantes se pusieron a la vista. Cada uno empuñaba un arma de cañón humeante, y cada uno tenía la

misma expresión de desconcierto aturdido.

Begundi, Fischig y yo los abatimos en unos pocos segundos letales.

Victoria.

Por unos momentos.

De repente, Dronicus salió corriendo calle abajo y Rassi se dobló sobre sí mismo azotado por unas convulsiones. Yo también lo sentí. Una súbita sacudida en la resonancia psiónica de trasfondo. Como un doloroso resplandor de luz muy brillante.

Trastabillé hacia atrás y me estampé contra la pared del edificio más cercano. Me salió un chorro de sangre de la nariz. Begundi y Kara cayeron de rodillas. Haar se dejó caer sentado y comenzó a sollozar. Incluso Fischig, que estaba protegido por su torques, lo sintió y también trastabilló.

Alizebeth, la única que no se había visto afectada, miró a su alrededor, a todos nosotros.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa? —gritó.

Yo sabía de dónde procedía aquella oleada de descargas psíquicas. Del hangar. Me puse en pie con gran esfuerzo, justo a tiempo para ver cómo el techo del hangar se combaba y se estremecía cuando algo empezó a empujarlo desde el interior.

Algo enorme que hizo saltar por los aires todos los paneles que encontró en su camino mientras se ponía en pie.

Me di cuenta de que debía de haber estado tumbado en el suelo del hangar. En aquel momento se estaba levantando, completamente activado. Lo que habíamos sentido tan sólo era el estallido psíquico de su control neural al encenderse.

Me di cuenta con una certeza horrorizada de que Fayde Thuring iba a ser casi imposible de detener.

Había cometido un error increíble e imperdonable. Lo había subestimado, a él y a sus recursos. Ya no era el insignificante aficionado a la herejía de la disformidad que una vez dejé escapar.

Tenía en sus manos un titán, que el Emperador lo maldijera. Tenía un titán de combate.

CUATRO
CRÚOR VULT
HUIDA DEL GIGANTE
UN PLAN EXTREMADAMENTE ARRIESGADO

Se llamaba *Crúor Vult*. Pesaba dos mil quinientas toneladas y tenía una altura de sesenta metros. Como todos los titanes de combate de la clase Warlord, era un artefacto bípedo, con unas proporciones casi humanas. Sus inmensas piernas, acabadas en unos tremendos pies de tres dedos de metal articulado, soportaban una montura pélvica de tamaño colosal y un gigantesco torso tachonado de inmensas tuercas que albergaba sus ardientes motores atómicos. Sus amplios hombros proporcionaban espacio de sobra para las baterías de turboláseres. Los brazos del titán se elevaban saliendo por debajo de la armadura de los hombros y acababan en las armas principales del enorme artefacto: un cañón ametrallador giratorio en su puño derecho y un cañón de plasma en el izquierdo. La cabeza era comparativamente pequeña, aunque yo sabía que era perfectamente capaz de alojar a todo el personal de mando. Estaba encajada entre los hombros, lo que hacía parecer al monstruo un ser jorobado y bastante similar a un ogro.

Ya había visto titanes con anterioridad. Siempre son una visión terrorífica. Incluso los titanes de combate imperiales son algo impresionante.

Los Adeptus Mechanicus, que son quienes forjan y proporcionan el mantenimiento de aquellas máquinas de guerra en beneficio de la humanidad, las consideran dioses. Son quizás el artefacto mecánico más grande que la raza humana haya construido jamás. Disponemos de aparatos mucho más poderosos, como las naves estelares que son capaces de cruzar el vacío entre los planetas, viajar por el espacio disforme e incluso arrasar continentes enteros con sus armas, o artilugios tecnológicamente mucho más sofisticados, como los cogitadores autónomos de núcleo fluido de última generación, pero no hemos fabricado nada tan sublime como los titanes.

Están construidos para el combate, y sólo para el combate. Han sido creados únicamente para destruir. Están equipados con el armamento más poderoso que cualquier vehículo terrestre de combate puede transportar. Tan sólo las naves de combate espaciales de la flota estelar tienen una potencia de fuego mayor. Su aspecto, su inmenso tamaño, su enorme masa, todo ello está pensado y calculado para aterrorizar y desmoralizara sus enemigos.

Y están vivos. No como tú o yo lo entenderíamos normalmente, pero existe una inteligencia en el interior de los enlaces mentales que conectan a los pilotos y a los tripulantes de los titanes a las funciones respectivas. Sólo los sacerdotes de Marte, los adeptos y los tecnomagos del Culto Mechanicus, entienden realmente esos secretos, y guardan ese conocimiento con un celo implacable.

Lo único que quizás es más aterrador que un titán de combate es un titán de combate del Caos, los infames leviatanes metálicos del archienemigo. Algunos son fabricados en las forjas y talleres del espacio disforme, con unos diseños copiados y parodiados de los originales imperiales, convirtiéndose en unas perversiones sacrílegas de los dioses-máquina de Marte. Otros, en cambio, son antiguos titanes imperiales corrompidos durante la Gran Herejía, unas legiones traidoras que llevan acechando en el Ojo del Terror desde hace diez mil años, en claro desafío a la voluntad del Emperador.

Lo cierto es que me importaba muy poco la procedencia de aquél. Parecía deformado, lleno de óxido, envuelto en alambre de espino por doquier y cubierto de cuchillas que surgían de su cuerpo como enormes espinas, lo que yo tomé en un principio como collares de cuentas amarillas que colgaban de sus hombros y de las anchas hojas cortantes eran en realidad ristras de cráneos humanos, miles de ellos. Su superficie metálica era apagada, de un color negro sucio, y estaba cubierta de runas del Caos impronunciables. Su cabeza tenía la forma de una calavera con una mueca sonriente hecha de cromo reluciente, su nombre estaba inscrito en una gran placa de bronce situada sobre su gigantesco pecho.

Dio un paso adelante. El suelo se estremeció. Los paneles rotos del tejado del hangar chirriaron y gimieron al ser arrastrados por los muslos bamboleantes. Atravesó la pared del hangar como si fuera un hombre que simplemente atravesara un arroyo. La parte frontal del edificio saltó por los aires y sus pedazos cayeron al suelo con un tremendo estampido cuando el titán chocó contra ella.

Y entonces aulló.

Unas grandes bocinas situadas a ambos lados del cráneo lanzaron el rugido de guerra enloquecido del monstruo. El sonido era tan dolorosamente fuerte y elevado, tan profundo en la escala infrasónica, que provocó instantáneamente por reflejo nuestros miedos y pánicos más primitivos. La tierra se estremeció todavía más de lo que lo había hecho bajo el peso de sus pisadas.

Se dirigía hacia nosotros. Ya había salido por completo del hangar y pude distinguir la larga cola segmentada que arrastraba moviendo de un lado a otro tras de sí.

¡Moveos!, les grité mentalmente a mis compañeros utilizando mi poder psíquico con la esperanza de hacerles salir de su estupor y provocar alguna especie de respuesta racional. La roca bajo nuestros pies vibraba cada pocos segundos, en cuanto daba otro paso.

Empezamos a correr por las calles de la estación abandonada procurando mantener siempre algún edificio entre nosotros y aquello. Una

de nuestras ventajas era nuestro tamaño. Podíamos esquivarlo si nos manteníamos ocultos.

Con un chirrido metálico de junturas mal lubricadas, la cabeza y la cintura del titán dieron lentamente la vuelta para encararse en nuestra dirección, y luego giró pesadamente para dirigirse hacia donde estábamos. Atravesó directamente uno de los edificios y lo destrozó como si estuviera construido con cerillas.

—¡Sabe dónde estamos! —gritó Rassi, desesperado.

—¿Cómo es posible? —gimió Haar.

Sensores de tipo militar. Auspex de gran potencia. Aparatos tan poderosos que podían superar las distorsiones magnéticas causadas por la zona donde estaba la isla. Aquella bestia había sido creada para combatir en lugares increíblemente inhóspitos, para resistir los venenos, las radiaciones, el vacío estelar, los bombardeos. Tenía que ser capaz de ver, oír, oler y localizara su enemigo en mitad del mismísimo infierno. El fuerte magnetismo local que casi inutilizaba a nuestros aparatos no era nada para él.

—Es tan… grande… —tartamudeó Bequin.

Otro estampido. Otro edificio pateado y convertido en astillas. Un chirrido de metal torturado cuando un camión de transporte de tropas abandonado fue aplastado por uno de sus pies.

Dimos la vuelta y echamos a correr casi en la dirección contraria. Pasamos al sur de la capilla y del edificio del centro de mando. Y de nuevo, con otro chirrido de junturas medio oxidadas, se dio la vuelta y retomó su persecución inexorable.

Sentí un espasmo, un impulso a nivel psíquico. Estaba percibiendo los vaivenes y las transmisiones de sus conexiones neuronales.

—¡Al suelo! —grité.

El cañón ametrallador giratorio abrió fuego. El sonido fue un largo zumbido ruidoso. Un enorme cono de gases incandescentes parpadeó al surgir de las distintas bocachas del cañón.

Una tormenta de destrucción cayó a nuestro alrededor. Cientos de proyectiles de alto poder explosivo acribillaron la calle, destrozando las

fachadas de los edificios y convirtiéndolos en pulpa. Un vendaval de llamaradas recorrió la calle donde nos encontrábamos. Millones de trozos y restos cayeron por doquier. El hedor a ficelina era asfixiante.

Me puse en pie en mitad de una ventisca de ceniza y chispas danzantes. Todos estábamos vivos todavía, aunque completamente aturdidos por la fuerza de las explosiones, o bien los sistemas de puntería del titán estaban desconectados, o los tripulantes todavía se estaban acostumbrando a utilizarlos. Puede que los sensores fueran capaces de detectar nuestros movimientos, pero el titán tenía que poder localizarnos con exactitud. Quizá sólo podía sentir nuestra presencia de un modo muy general.

—¡No podemos luchar contra eso! —exclamó Fischig.

Estaba en lo cierto. No podíamos. No teníamos nada. Aquello estaba tan decantado a favor de uno de los bandos que ni siquiera era trágico. Pero tampoco podíamos huir. En cuanto abandonáramos la cobertura de los edificios de la estación de escucha, estaríamos al descubierto y seríamos objetivos fáciles.

—¿Llamamos al cúter artillado? —barbotó Alizebeth.

—No… no —le contesté—. Ni siquiera el cúter dispone de potencia de fuego suficiente. Puede que le hiciera algunas abolladuras, pero no tendría ninguna oportunidad de sobrevivir. Eso lo borraría del cielo antes de que ni siquiera le diera tiempo a acercarse.

—Pero…

—¡No! ¡No es una opción viable!

—¿Entonces, qué lo es? —quiso saber—. ¿Morir? ¿Es ésa una opción?

Echamos a correr de nuevo alejándonos de la zona en llamas devastada. El cañón ametrallador abrió fuego de nuevo con un rugido atronador y espantoso. Un edificio y parte del centro de mando situados a nuestra derecha se desintegraron en un estallido volcánico de fuego y restos que salieron esparcidos por el aire. Había columnas de fuego por todos lados que lanzaban destellos amarillos y anaranjados en la penumbra gris.

Begundi nos llevó hasta un callejón lateral situado entre los extremos de dos edificios. Fischig y Kara Swole llevaban prácticamente en volandas

al agotado Rassi. Nos agazapamos en las sombras de una pared lateral medio podrida.

Al escondernos perdimos de vista al titán. Todo quedó en silencio, que sólo se vio interrumpido por el crepitar de la madera contrachapada en llamas y por el chasquido de las estructuras prefabricadas al derrumbarse poco a poco.

Pero yo podía sentirlo. Podía sentir su mente inhumana exudando maldad a través de las ondas armónicas más profundas del espectro psíquico. Estaba al norte de nosotros, al otro lado de la capilla y los graneros de almacenamiento, esperando, a la escucha.

Un golpe hizo vibrar el suelo. Se había puesto en marcha de nuevo. El ritmo de los pasos aumentó en velocidad a medida que corría más y más deprisa hasta que el suelo no tuvo tiempo de dejar de temblar entre cada pisada. Los guijarros saltaban en el suelo y los cristales se caían de las ventanas rotas en los edificios cercanos.

—¡Vámonos! —exclamó Fischig.

Se levantó y se puso a correr hacia el este por la calle principal. Los otros comenzaron a seguirle.

—¡Fischig! ¡Por ahí no!

Me puse en pie de un salto y lo agarré en mitad de la calle. Se oyó un crujido de metal llevado al límite y el propio titán apareció ante nuestra vista, al otro extremo de la calle, girando su cuerpo para encararse hacia nosotros.

Fischig se quedó inmóvil, paralizado por el terror. Tiré de él y nos lanzamos de cabeza detrás de los restos oxidados de un viejo transporte de tropas de la FDP.

Los disparos del cañón ametrallador acribillaron la calle y levantaron hileras de impactos que agujerearon el suelo pedregoso, demolieron el lateral de uno de los graneros y llenaron el aire de llamas grasientas, humo y roca pulverizada.

Un vendaval de disparos atravesó limpiamente la carcasa del transporte de tropas partiendo el debilitado blindaje en varios trozos y lanzando metralla oxidada en todas las direcciones. La fuerza de los

impactos llegó a levantar en el aire el voluminoso y humeante vehículo y a hacerlo girar sobre sí mismo, de un extremo a otro. Arrastré a Fischig hasta situarnos detrás de otro edificio y de ese modo evité que aquella tambaleante masa metálica nos aplastara. El transporte de tropas acabó estampándose contra un lateral del edificio prefabricado, incrustándose contra los paneles que formaban la pared.

Las pisadas estremecedoras comenzaron de nuevo. El titán estaba subiendo calle arriba. Miré a Fischig. Estaba pálido y aturdido. Un pedazo de metralla de forma irregular se le había clavado en el hombro izquierdo. Lo habría decapitado si no hubiese sido por el aparato detector de movimiento que llevaba sujeto allí. Al final, el detector quedó convertido en un trozo de metal humeante y la sangre asomaba por los bordes del fragmento metálico que sobresalía de su trapecio.

—Santo Trono —murmuró.

Le pasé el brazo por el hombro y lo puse en pie. Miré al otro lado de la calle. Begundi y Swole habían logrado que todo el mundo se pusiera a cubierto de nuevo antes de la tremenda descarga del arma. Pude distinguirlos a través del humo, agazapados en las sombras.

Levanté la mano que tenía libre y les indiqué por gestos que estábamos todo lo bien que era posible. Quería que retrocedieran y se reagruparan. Tendríamos que separarnos. No había forma alguna de que pudiéramos cruzar la calle completamente al descubierto para pasar a ninguno de los dos lados.

Fischig y yo nos marchamos a trompicones en la dirección opuesta y llegamos a un canal de desagüe situado detrás de una hilera de edificios, donde un arroyo cruzaba la estación de escucha hasta desembocar en el lago. Lo cruzamos utilizando un pequeño puente de cables y después nos pusimos a cubierto al otro lado de un taller.

—¿Dónde está? —me preguntó Fischig con un jadeo.

Eché un vistazo. Pude ver a la enorme máquina alzándose por encima de los edificios prefabricados, a unos doscientos metros a nuestra espalda, envuelta en el humo negro que surgía del lugar que había acribillado momentos antes. Había llegado hasta donde se encontraba el viejo

transporte de tropas y se había quedado allí de pie. La gigantesca máquina de guerra tenía todo el aspecto de estar olfateando el aire.

Se giró de repente, llenando el aire con el chirrido de los engranajes y los chasquidos de las junturas. Atravesó otro edificio en cuanto se puso en marcha en nuestra dirección.

—Viene hacia aquí —le dije a Fischig.

Empezamos a correr de nuevo cruzando la pista de estacionamiento de rococemento liso del taller. La pista daba a una calle que bajaba suavemente hacia el centro de mando.

Fischig corría con mucha más lentitud. Nos estaba alcanzando.

Oímos un rugido estruendoso y distante que resonó por todo el valle del lago. Una bola de fuego se alzó en el aire desde el extremo más occidental de la estación de escucha.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Fischig con un gruñido de dolor.

Estaba claro que el titán también quería saberlo. Cambió de dirección y se dirigió a grandes zancadas hacia el punto donde se había producido aquella explosión inesperada ignorando los daños que estaba provocando a su paso.

—Eso —dijo una voz a nuestras espaldas— es la mejor maniobra de distracción que he podido montar.

Nos dimos la vuelta, y allí estaba Harlon Nayl.

Nayl era un buen amigo y un miembro respetado de mi equipo. No había visto al viejo cazador de recompensas desde que se marchó con el grupo de Fischig para efectuar la auditoría. Era un individuo de gran tamaño, vestido como siempre con una armadura de combate corporal ajustada y negra. Parecía un bruto descerebrado con su cráneo afeitado y reluciente y su rostro ajado por el tiempo, pero sus movimientos mostraban una gracia y una agilidad que, sumados a la nobleza que le proporcionaba su altura, siempre me hacían recordara Vownus, el héroe solitario de la alegoría en verso épico de Catuldynas, La colmena antaño pura.

Llevaba un detonador de activado a distancia en la mano.

Seguimos a Nayl hasta ponernos a cubierto en uno de los graneros de almacenamiento, donde el cazador de recompensas empezó inmediatamente a curar y a vendar la herida de Fischig. El titán de combate todavía seguía merodeando por la zona al oeste de la estación de escucha, investigando el origen de la misteriosa explosión.

—Intenté ponerme en contacto con vosotros por el comunicador, pero todos los canales están inutilizados —nos dijo Nayl.

—El campo magnético —le expliqué—. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde el amanecer. Alquilé un aerodeslizador gravitatorio para seguir a Thuring. Está escondido en las colinas situadas al otro lado del lago.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó Fischig, quien mostró un gesto de dolor cuando Nayl le roció la herida con antiséptico.

—¿Quieres decir aparte de lo obvio?

—Sí —le respondió.

—Thuring tiene un importante apoyo. Le han proporcionado mucho dinero. Quizá se trata de un culto local que desconocemos, aunque lo más probable es que se trate de una cábala con base fuera del planeta. Dispone de recursos humanos, de equipo, de herramientas. Cuando llegué, eché un vistazo y vi lo que había en el hangar… Puedo asegurarte que eso me dejó sin respiración. Después tomé «prestado» uno de los hombres de Thuring y le hice algunas preguntas.

—¿Conseguiste alguna respuesta?

—Pocas. El tipo estaba… entrenado para resistir.

Sabía que las técnicas de interrogatorio de Nayl eran bastante básicas.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Unos diez minutos.

—Y te contó que…

—Thuring sabía desde hacía ya algún tiempo que el titán estaba aquí. Probablemente la información se la dieron los que le apoyaban. Al

parecer, nadie sabía que el archienemigo utilizó Miquol como una base de titanes durante la ocupación. La maldita FDP permaneció acantonada en este lugar durante años y jamás se dio cuenta de que estaba oculta justo ahí, en las montañas.

Asomé la cabeza por el hueco de la puerta del granero. El titán había regresado y se dirigía de nuevo hacia nosotros. Podía sentir su feroz rabia psíquica y la tierra temblando bajo sus pies.

—¡Harlon!

Se puso en pie de un salto y se reunió conmigo.

—Mierda —exclamó con un siseo al ver al titán.

Sacó otra vez el detonador, escogió un nuevo canal y apretó el botón.

Se produjo otro destello, un sonido rugiente, y una nueva bola de fuego apareció, esa vez en la orilla occidental del lago. El titán se giró de forma inmediata y se dirigió con fuertes pisadas hacia aquella explosión.

—No va a picar muchas veces más —dijo Nayl.

—Así que había un titán… ese maldito cacharro… ¿abandonado y durmiente en las montañas?

—Ese sería el resumen de la situación. Quedó atrás durante la retirada en masa, y los libertadores imperiales nunca lo encontraron. Estaba sellado en el interior de una caverna protegida… junto a otros dos más.

—¿Tres titanes? —exclamó Fischig.

—Han tardado todo este tiempo en poner en funcionamiento tan sólo uno de ellos —dijo Nayl—. Thuring está a bordo de éste, al mando él en persona. Está encantado con su nuevo juguetito, aunque todavía no se halla a pleno rendimiento. Os habréis fijado en que sólo utiliza su arma de munición sólida. No creo que sus reactores estén generando la energía suficiente para alimentar las baterías de las demás armas.

—Que suerte tenemos —le comenté.

—Lo que no puedo decirte es por qué Thuring ha reparado un monstruo como ése.

Pensé que podrían existir muchas razones para ello. Podía haberlo hecho a instancias de los ricos patrocinadores que le apoyaban, lo que era lo más probable. Quizá pretendía vendérselo al mejor postor. Había grupos de sectarios en el subsector ofidiano a los que les encantaría disponer de un poder semejante. Era incluso posible que estuviese al servicio de poderes superiores, a lo mejor para las propias legiones del archienemigo.

O podía estar haciéndolo en su propio beneficio. Aquella idea me heló el corazón. Thuring era un elemento mucho más importante de lo que yo había creído. Quizá tenía planes propios, y con un titán de combate a su servicio, esos planes podían ser muy sangrientos. Podía mantener cautivas ciudades enteras, en Durer o en cualquier otro lugar. Podía arrasar las poblaciones, matar a millones de personas, sobre todo en cuanto las turbinas de los generadores de *Crúor Vult* estuviesen a plena potencia.

Fuese cual fuese la verdad, el trágico destino de la tripulación del ekranoplano era una indicación de que no pensaba abandonar la isla del mismo modo en que había llegado. Un transporte pesado era perfectamente capaz de aterrizar en aquel lugar, recoger al titán y marcharse antes de que las escasas y patéticas fuerzas de intervención de Durer lograran actuar. Thuring tenía planeado marcharse con el titán. Estaba completamente seguro de que aquello iba a ocurrir. No importaba su destino después de aquello. El resultado sería el derramamiento de sangre imperial. Teníamos que detenerlo.

Lo que me llevó de vuelta al problema original.

¿Cómo demonios íbamos a combatir contra aquello?

Pensé frenéticamente en todas las herramientas de las que disponíamos mientras el titán regresaba de la segunda explosión. Era difícil concentrarse, porque el veloz intercambio de información de las conexiones neurales del titán interfería con mi mente. Supongo que aquello fue lo que me proporcionó la idea. Una idea desesperada.

Alargué la mano para activar mi intercomunicador, pero me detuve. El monstruo podía detectar nuestras transmisiones sin ningún esfuerzo. En

vez de eso, intenté alcanzar con mi mente a Rassi.

—¿Nayl? ¿Cuál es la estructura más resistente de todo el lugar? —le pregunté.

—La capilla —me contestó—. Está construida con piedra reforzada.

Abrí mi mente por completo.

Espina envuelve a parientes, dentro de un sello, el lugar de adoración.

Si Rassi podía sentirme, no entendería el Glossia, pero supuse que tendría el sentido común de consultar con los demás lo que significaba aquello.

Tras una larga pausa, llegó la respuesta.

Parientes van a Espina, en adoración sellada, abrupto.

—¡Vámonos! —les dije a Nayl y a Fischig.

Llegamos a la capilla los primeros. El temible titán había empezado a dirigirse hacia nosotros para entonces, pero Nayl hizo explotar el último de sus señuelos e hizo que se alejara hacia el este.

Entramos a tropezones en la vieja iglesia. Estaba casi vacía de todo mobiliario y cubierta por todos lados de un moho negro resbaladizo. Sólo quedaban unos cuantos bancos de madera que se combaban al estar casi podridos. El águila de doble cabeza del altar estaba tirada en el suelo. Me fije en que sus alas melladas estaban pulidas y relucientes. Dronicus había cuidado aquel lugar hasta que llegaron los hombres de Thuring y destrozaron su capilla conservada de un modo diligente. Aquello fue algo que me partió el corazón.

Me incline ante el altar y realicé el signo del águila sobre mi pecho con ambas manos.

Los demás llegaron apresuradamente, con las armas desenfundadas, y cerraron la puerta en cuanto hubieron entrado: Bequin, Haar, Begundi, Swole y Rassi.

Rassi jadeaba profundamente. Bequin estaba pálida. Tanto Haar como Swole mostraban cortes y golpes de impactos demasiado cercanos.

—¿Tienes un plan? —me preguntó Rassi de modo casi inmediato.

Asentí.

—Es un plan extremadamente arriesgado, pero no se me ocurre otra cosa.

—Cuéntanoslo —dijo Fischig.

No pretendo, como ya he dicho, poseer un conocimiento específico sobre el funcionamiento de un titán de combate. Ningún hombre posee conocimiento semejante, a menos que sea un sacerdote de Marte o, como Thuring, sea el poseedor de una ciencia prohibida. Aemos probablemente sabía una o dos cosas al respecto. Yo sabía con certeza que había visto de primera mano unidades de impulso mental del Adeptus Mecanicus, ya que me lo había contado mucho tiempo atrás, en la cámara de los criogeneradores de la bóveda-tumba de Procesional Dos en Hubris.

Pero no estaba a mi lado en aquella capilla helada y saqueada, ni era posible mantener una conversación en condiciones con él.

Sin embargo, yo sabía lo suficiente para comprender que el funcionamiento de un titán dependía de la conexión entre el hombre y la máquina, entre el cerebro humano y la conciencia mecánica. Aquello se lograba, de un modo milagroso, mediante la interconexión psíquica de la unidad de impulso mental.

Lo que significaba, en términos muy simples, que la raíz de nuestro problema era básicamente psíquica. Si pudiéramos interrumpir, o mejor incluso, destruir, la conexión mental…

—Esté báculo rúnico fue creado para mí por Magos Geard Bure del Adeptus Mechanicus —le dije a Rassi dejándole sopesar el arma.

Era una larga asta de acero rúnico con la pieza de la punta tallada en forma de corona de estrella y fabricada con electrum. El centro de la pieza era un cráneo humano, una réplica exacta del mío, marcado con el decimotercer signo del castigo, y que había sido tallado a partir de una geoda hiperdensa de un mineral psicoempático llamado lith que Bure

había descubierto en Cinchare. Se trataba de un amplificador psíquico de un poder devastador.

—Lo utilizaremos para incrementar la energía de nuestras mentes combinadas. Para abrirnos paso hasta la conciencia de la máquina.

—Muy bien. ¿Y después? —Miré a Alizebeth.

—Después Bequin agarra el bastón rúnico y lanza su vacuidad de intocable en el mismo corazón de la bestia.

—¿Funcionará? —me preguntó Kara Swole. Se produjo un largo silencio.

Bequin me miró a mí primero y luego a Rassi.

—No lo sé. ¿Funcionará?

—Yo tampoco lo sé —le contesté—. Pero creo que es la mejor oportunidad que tenemos.

Rassi respiró profundamente.

—Que así sea. No veo ninguna otra esperanza, ni siquiera remotamente. Vamos a hacerlo.

Poul Rassi y yo agarramos el bastón rúnico entre los dos, con las manos rodeando la larga asta del arma.

Cerró los ojos.

Intenté relajarme, pero las barreras instintivas de autoprotección que existen en todas las mentes me impidieron abrirme. No quería meterme en el interior de aquella cosa. Incluso desde lejos apestaba a poder corrupto. Hedía a disformidad.

—Vamos, Gregor —me susurró Rassi.

Me concentré. Cerré los ojos. Sabía que el titán estaba cada vez más cerca porque podía sentir el suelo de la capilla estremecerse.

Intenté dejarme ir.

Era como estar agarrado a un asidero valiosísimo cuando estás colgando encima de un pozo lleno de líquido corrosivo. No podía soportar la idea de entregarme y caer hacia aquello. Lo que me esperaba abajo era

el horror cósmico, una masa burbujeante de podredumbre y veneno que disolvería mi mente, mi cordura, mi alma.

El Caos me llamaba, y yo estaba intentando encontrar el valor para saltar hacia sus brazos.

Pude sentir el sudor que me corría por la frente. Pude sentir el olor a podrido de la capilla medio abandonada. Pude sentir el acero en mis manos.

Me dejé ir.

Fue mucho peor que cualquier cosa que pude haberme imaginado.

Ahogando. Me estaba ahogando, boca abajo, en un fluido negro y viscoso. La sustancia fétida y pegajosa me iba llenando las ventanas de la nariz y los oídos, intentaba meterse en mi boca como si fuese melaza. No había ni arriba ni abajo, no había mundo.

Tan sólo existía una oscuridad viscosa y el inolvidable olor de la disformidad.

Una mano me agarró por la chaqueta y me levantó. Aire. Resoplé y recuperé el aliento, para luego vomitar largos hilachos de flema manchada de negro por el fluido viscoso.

—¡Gregor! ¡Gregor!

Era Rassi. Estaba a mi lado, metido hasta las rodillas en el barro de la disformidad. Dios-Emperador, su mente era fuerte. Habría muerto si no hubiese sido por él.

Tenía un aspecto cansado y debilitado. Unas pústulas producidas por la disformidad habían aparecido en su rostro y casi le cubrían el cuello. Unos moscardones revoloteaban alrededor de nosotros, y su zumbido incesante resonaba en nuestros oídos.

—Vamos —me dijo—. Ya hemos logrado llegar hasta aquí.

Sus palabras salieron de forma fragmentada porque se vio obligado a escupir una y otra vez los insectos que se agrupaban alrededor de sus labios resecos.

Miré a mi alrededor. El mar de viscosidad negra se perdía en el infinito. El cielo sobre nuestras cabezas era de un negro profundo, pero me di cuenta de que las nubes eran enjambres increíblemente inmensos de moscas que impedían el paso de la luz.

Unos resplandores distantes se reflejaban sobre la superficie del cieno.

Estábamos en la parte externa de la conexión mental del titán del Caos.

Nos esforzamos por avanzar rodeados por oleadas de fluido ectoplásmico, apoyándonos el uno en el otro. Rassi estaba gimiendo. Su yo psíquico no se había llevado ningún bastón sobre el que apoyarse.

Las llamas iluminaban el horizonte y el mar de fango seguía bamboleándose de forma nauseabunda. No me había encontrado con un paisaje mental tan abominable desde que tuve mis primeros sueños sobre Cherubael, años atrás.

Cherubael.

Tan sólo pensar en él provocó que los moscardones se abalanzaran sobre mí. El fango también reaccionó, burbujeando y saltando en el aire alrededor de mis rodillas. Sentí un ansia imperiosa, aguda, que llenó el aire contaminado que me rodeaba.

Cherubael. Cherubael.

—¡Para! —gimió Rassi.

—¿Que pare qué?

—De pensar en lo que sea que estés pensando, para ya. Todo lo que nos rodea reacciona ante ello.

—Lo siento…

Suprimí cualquier pensamiento sobre Cherubael utilizando hasta la última pizca de mi voluntad. Los temblores cesaron.

—Por el Trono, Gregor. No sé qué es lo que tienes en la cabeza, y no quiero saberlo… —me dijo Rassi—. Pero… te compadezco.

Seguimos avanzando con esfuerzo. Primero resbalaba uno, luego el otro, después uno hacía que se cayera el otro… El profundo cieno nos lamía, hambriento.

Una fuente de energía palpitaba miles de kilómetros por delante de nosotros. Pude distinguir a duras penas la silueta de una persona. Pero no

era una persona. Se trataba de *Crúor Vult*. «La sangre lo quiere», sería la traducción más sencilla al bajo gótico. El titán se mantenía allí de pie, distante, el amo de todo aquel reino psíquico.

Unas formas demoníacas flotaban a nuestro alrededor. Sus rostros espectrales y aullantes eran una locura difícil de soportar. Parecían leves columnas de humo, suaves sombras en una pared. Nos gruñían.

Avanzamos otros cien metros y unas imágenes comenzaron a aparecer y desaparecer de forma súbita en mi mente. Estábamos llegando a los límites exteriores de la esfera de memoria del titán.

¡Qué clase de cosas vi!

Que el Dios-Emperador tenga piedad de mí, la clase de cosas que vi en aquellos momentos.

Me quedé de pie al borde y miré al abismo de los recuerdos del titán. Vi ciudades enteras devoradas por las llamas. Vi legiones enteras de la Guardia Imperial morir incineradas. Vi morir a Marines Espaciales a centenares mientras correteaban a mis pies como hormigas.

Vi planetas estallar en colosales incendios y quemarse hasta convertirse en cenizas. Vi a titanes imperiales, orgullosos señores de la guerra, estallar en mil pedazos y desaparecer bajo los disparos de mis armas.

Vi las puertas del Palacio Imperial de Terra a través de una tormenta de fuego. Vi el pasado a lo largo de muchos miles de años.

Vi a Horus el despreciable, aullando de rabia. Vi a toda la Herejía ocurrir ante mis ojos.

Vi la Era de los Conflictos, y fui testigo de la Epoca Oscura de la Tecnología que la precedió.

Caí, desplomándome a través de la historia, a través de toda la memoria de *Crúor Vult*.

Vi demasiado. Comencé a gritar.

Rassi me abofeteó con fuerza en la cara.

—¡Gregor! ¡Contrólate, ya casi hemos llegado!

Estábamos en el corazón de todo aquello, frágiles como susurros. Nos encontrábamos en el puente del titán, viendo los espectros múltiples y

superpuestos de los hombres que habían estado al mando, todos sentados en el trono del princeps.

Los demonios se agazapaban sobre mi espalda, se retorcían sobre mis hombros, me mordisqueaban las orejas y las mejillas.

Vi horror. Un horror absoluto.

Rassi, que estaba a mi lado, alargó la mano y tocó la unidad de impulsos mentales que se encontraba en el suelo del puente de mando.

—Creo que es el momento… —me dijo.

—¡Alizebeth! —grité con todas mis fuerzas.

Bequin, en la hedionda capilla, se abalanzó sobre el bastón rúnico y casi nos lo arrebató a los dos inquisidores que lo teníamos agarrado, y que temblábamos por el poder, la tensión y el terror que sentíamos, con los ojos vueltos sobre sí mismos de tal modo que sólo se nos veía el blanco.

Empuñó con fuerza el bastón rúnico, concentró su poder de intocable y…



CINCO

MI PLAN FALLA
MALDITO SEA VERVEUK
LO IMPENSABLE

Ella murió.

No de modo inmediato, por supuesto. La descarga de respuesta de la terrible conciencia viva del titán la alcanzó de lleno y superó su cualidad de intocable por pura superioridad de su potencia bruta, rompiéndole la mente.

Un tremendo latigazo eléctrico recorrió el asta de mi bastón rúnico, arrojándonos a Rassi y a mí a un lado y lanzando a Bequin al otro extremo de la capilla. Las marcas de las quemaduras todavía son visibles en el acero incorruptible: las huellas digitales perfectamente grabadas de Poul Rassi, Gregor Eisenhorn y Alizebeth Bequin.

Nayl me contó más tarde que la fuerza de retroceso psíquica nos lanzó a Rassi y a mí a cada lado del bastón como si fuéramos muñecos, que el impacto principal iba dirigido contra Bequin. Salió despedida por los aires y voló una docena de metros, con la capa ondeando, estampándose contra

la pared trasera de la capilla con un sonido que Nayl sabía que no podía ser otra cosa que el de los huesos al romperse.

Nayl corrió hacia ella gritando su nombre. Fischig también se acercó hasta Alizebeth. Rassi y yo nos quedamos tirados en el suelo, sollozando y jadeando. El bastón rúnico cayó entre nosotros con un chasquido metálico, humeante.

Mi plan había fracasado por completo y de un modo terrible.

Me levanté gracias a la ayuda de Haar y de Swole, con la nariz goteando sangre. No tenía muy claro dónde me encontraba.

Las imágenes de la Era de los Conflictos seguían acosando mi mente.

—¿Rassi? —logré articular por fin.

—¡Está vivo! —me dijo Begundi, que se había arrodillado al lado del inquisidor tendido en el suelo—. Pero está débil…

—¿Alizebeth? —pregunté en voz baja mientras me giraba hacia el lugar donde estaba tumbada.

Fischig y Nayl estaban inclinados sobre ella. Nayl me miró y negó con la cabeza.

—No… —dije empujando a Kara Swole a un lado mientras daba unos pasos hacia la figura yaciente.

Alizebeth no. Ella no, después de todos aquellos años.

—Está malherida, jefe —me dijo Nayl—. Intentaré ponerla cómoda, pero…

Los pasos de *Crúor Vult* resonaron en el exterior.

Trastabillé hacia Bequin. Parecía estar tan inmóvil. Tan rota.

—Oh, buen Emperador, no, por favor, no…

—Inquisidor… —empezó a decir Haar—. Estamos muertos, ¿verdad? ¿A que sí?

Me di cuenta poco a poco de que el titán estaba allí afuera.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó Begundi a gritos.

No tenía ni idea. Tan sólo era consciente de lo que hacía de un modo parcial. Tenía empuñada a *Barbarizadora* en mi mano y corría hacia la

puerta. Creo que pensaba salir y enfrentarme al titán con mi espada. Hasta ese punto había enloquecido.

Un hombre con una espada, dispuesto a enfrentarse cara a cara con un titán de combate.

Sin embargo, antes de que pudiera llegar a la puerta, oí el rugido de unos reactores y el tableteo de un cañón automático.

No tuve que mirar al exterior para saber que se trataba de mi cúter artillado. Maldita Medea.

—¡Espina a Aegis, el resentimiento de la justicia! ¡Asegura! ¡Asegura!

—¡Espina necesita a Aegis, las sombras de la Eternidad, sendero cuchilla delfus! ¡Dibujo marfil!

—¡Espina lo niega! ¡La cobertura de la quietud! ¡Asegura!

—Aegis responde ante Vervcuk. El asunto, zanjado.

—¡No! —aullé—. ¡Noooooo!

La respuesta de Medea me había indicado que ella estaba cumpliendo las órdenes que le había dado Bastían Verveuk. Él le había ordenado que alzara el vuelo. Le había ordenado que atacara al titán.

Creo sinceramente que él pensaba que me estaba ayudando. Que estaba haciéndolo bien.

Maldito Verveuk. Maldito fuera cien veces.

Salí corriendo justo a tiempo para ver la majestuosa figura de ave de presa de mi cúter artillado sobrevolara baja altura la estación de escucha de la FDP mientras disparaba con todas sus armas contra el titán, que se estaba dando la vuelta lentamente. Las ráfagas de proyectiles de gran calibre simplemente rebotaban en el grueso blindaje del gigante.

Crúor Vult se dio la vuelta con un chirrido de metal contra metal, alzó su puño derecho y disparó. El resplandor cónico de los gases de combustión de los proyectiles que salían por las bocachas, de un rojo blanco incandescente, parpadeó y retembló alrededor del arma.

El cúter se estremeció y saltó a un lado cuando fue impactado por los primeros proyectiles. Intentó evadirse del fuego enemigo, pero el aire

estaba saturado de munición de gran calibre.

La tremenda salva despanzurró la parte baja de mi querido cúter artillado y arrancó uno de los alerones de cola. El cúter viró y se alejó lanzando llamas y humo mientras seguían desprendiéndose trozos del fuselaje destrozado. Intentó tomar altura.

Los motores principales se apagaron.

El cúter se inclinó de forma violenta dejando un grueso rastro de humo en el aire a su paso, chocó con uno de los montantes de un ala contra una antigua antena de disco oxidada, y cayó. Se estrelló contra la orilla del lago, enterrándose en la arena y los guijarros de la playa y dejando un surco humeante de unos treinta metros de largo a su espalda.

Avancé a trompicones intentando ver lo que pasaba, pero los edificios me tapaban casi por completo la vista del cúter abatido. Estaba en llamas, de eso podía estar seguro. *Crúor Vult* comenzó a andar sin prisas hacia la playa.

En mi cabeza se formó se repente la imagen de un cazador que se aproxima hacia su presa herida, preparándose para efectuar un último y letal disparo a quemarropa.

Pude distinguir el reflejo de los guijarros mojados con el agua helada en la orilla del lago. El titán se alejaba de mí aplastando el suelo, y sus enormes patas dejaban unas improntas perfectas de guijarros pulverizados a su paso. El cúter estaba medio volcado sobre uno de sus costados, y ya no era más que unos restos retorcidos y partidos, empotrados en el pedregal y en el frío y endurecido barro de la orilla. Unas columnas surgían de su interior, y unas estelas de vapor se alzaban en los puntos donde el agua del lago entraba en contacto con los restos llameantes.

Se oyó un pequeño, casi ridículo, estampido, y una de las compuertas de salida saltó despedida del costado del cúter, arrancada por pernos explosivos. Una figura humana, con evidentes señales de estar herida, cayó desde la escotilla y empezó a subir trabajosamente por la pedregosa ribera.

Parecía Verveuk.

El titán estaba tan sólo a unos cincuenta metros de la nave estrellada, y sus patas levantaban surtidores de agua en las poco profundas aguas de la

orilla.

Me di cuenta de que había alguien a mi lado. Era Haar, que tenía al hombro su rifle láser largo y apuntaba contra el titán, en un gesto de desafío tan valiente que impedía ver su profunda inutilidad. Kara Swole estaba cerca de él, y acompañaba llena de nerviosismo a Rassi, que había salido a duras penas para reunirse conmigo. Tenía un aspecto medio moribundo después de todo por lo que había pasado en la conexión mental: los ojos hundidos en una mirada turbia, los labios apretados y exangües.

Me pregunté qué aspecto tendría yo mismo.

Begundi salió detrás de ellos. Había enfundado de nuevo sus pistolas. Sabía que la potencia de fuego que tenían era absolutamente inútil. Fischig y Nayl se habían quedado al lado de Alizebeth en la capilla.

Rassi tenía mi bastón rúnico en las manos y lo estaba utilizando para mantenerse en pie.

—Entrad de nuevo —les dije—, al menos, entrad de nuevo… No podemos hacer nada.

—Lucharemos… —dijo Rassi entre jadeos de dolor—. Lucharemos… contra el archienemigo… en nombre del Dios-Emperador de la Humanidad… hasta que muramos…

Alzó mi bastón rúnico y lo utilizó para amplificar el poder de su agotada mente. Una descarga de energía psicotérmica, mucho más poderosa de lo que se había manifestado a través de su bastón, saltó hacia la espalda del inmenso titán. No sé si él esperaba dañarlo así. No sé si estaba tan enloquecido en aquel momento que creyó que podría lograrlo. Pienso que simplemente estaba intentando alejarlo del cúter.

El abrasador arco de fuego de Rassi parecía devastador cuando surgió de la punta de mi báculo rúnico, fue tan brillante que me hizo daño a los ojos, tan caliente que me chamuscó el cabello. Sin embargo, cuando llegó a la espalda del titán, su verdadero poder quedó tristemente al descubierto. Se estrelló contra la cubierta posterior del torso del titán sin provocar el más mínimo daño.

Pero siguió intentándolo. El fuego psicotérmico se volvió verde primero, y luego blanco azulado. Haar empezó a disparar su arma. Creo

que Kara también lo hizo.

Fue como tirarle besos a una tormenta, tal como lo habría expresado mi viejo maestro Hapshant.

Crúor Vult acribilló los restos del cúter con los proyectiles de su cañón. Los primeros instantes de aquella lluvia inmisericorde deformaron el fuselaje, lo partieron, lanzando restos de metal por toda la orilla y hacia el lago, provocando numerosos surtidores y ondas.

El cúter pareció retorcerse, como si intentara escapar de aquel bombardeo. Lo cierto es que simplemente estaba siendo movido y empujado por el huracán de disparos que lo estaba golpeando de un extremo a otro mientras lo destrozaba.

En ese momento, explotó. Un gran resplandor brillante, un estampido tremendo y una fuerte onda expansiva. La explosión abrió un agujero en la playa y envió una ola de gran tamaño hacia la otra orilla.

Donde había estado el cúter, donde habían estado Medea, Aemos y Dahault, no quedaba más que un cráter en llamas. Sus restos, el agua y algunos guijarros caían como una triste lluvia producida por una tormenta apocalíptica. El titán prácticamente desapareció bajo la repentina nube de humo.

Verveuk estaba a unos cincuenta metros del cúter, trastabillando hacia el interior de la isla, la última vez que lo había visto. Cuando me atreví a levantar la vista tras la lluvia de restos, no vi señal alguna de él.

Una vez consumado aquel asesinato, el titán se giró hacia nosotros.

Caí derribado al suelo y me golpeé la cabeza con tanta fuerza contra la pared de uno de los edificios prefabricados que perdí el conocimiento durante un momento. Más tarde descubrí que Begundi se había lanzado contra mí para ponerme detrás de la poca cobertura de la que disponíamos con un salto desesperado.

Crúor Vult había mejorado su puntería.

El aire de la fría isla estaba repleto del polvillo mineral de los guijarros y las piedras que habían quedado casi atomizadas por el cañón del titán. Rassi y Haar simplemente ya no existían. Habían quedado vaporizados por una de las armas militares de mayor calibre. Mi bastón

rúnico, ennegrecido pero por lo demás intacto, se encontraba en mitad de una amplia zona de suelo que había quedado vitrificada por la tremenda potencia del fuego enemigo. La única otra señal de la existencia de ambos era un pequeño trozo del rifle láser de Haar.

Kara Swole estaba tirada sobre el suelo veinte metros más allá de donde la había alcanzado la explosión. Estaba completamente cubierta de sangre, y estaba seguro de que había muerto.

Y también estaba seguro de que nosotros acabaríamos muertos. Thuring había vencido. Había matado a mis amigos y a mis aliados delante de mis propios ojos y me había vencido.

No me quedaba nada con lo que enfrentarme a él. No tenía nada que pudiera contrarrestar el poder de un titán. No tenía nada cuando había comenzado aquel duelo desigual, ni disponía de nada en aquel maldito momento.

Yo…

Me vino una idea a la cabeza, una idea insidiosa y maligna, que había salido a la luz por la extrema gravedad de la situación en la que me encontraba. La aparté de mi cabeza. Era impensable. Aquel pensamiento era nauseabundo, inexcusable.

Pero también era cierto. Disponía de algo.

Disponía de algo mucho más poderoso que un titán.

Si me atreviera a utilizarlo. Si poseyera la audacia para desencadenarlo.

Impensable. Impensable.

Crúor Vult se dirigió hacia mí atravesando el pequeño arroyo. Pude oír el sonido de los cargadores automáticos metiendo otra tanda de proyectiles en las inmensas recámaras de los tubos del cañón múltiple. Pude ver las piedras de la playa a mis pies, miles de ellas, saltando y deslizándose un poco cada vez que daba un paso.

—Bex…

—¿Señor?

—Toma a Kara y corre. Vetea la capilla.

—Señor, yo…

¡Hazlo!, le ordené mentalmente. Él se puso en pie de un salto y echó a correr.

Me arrastré hasta donde estaba mi bastón rúnico y lo agarré por la empuñadura. Estaba caliente al tacto y pegajoso por la sangre que lo cubría.

Me di cuenta con cierto pragmatismo de que Poul Rassi y Duclane Haar tendrían que servir como víctimas del sacrificio, pero ya había empezado a darme asco de mí mismo. No había tiempo, ni ocasión, de realizar algo más elaborado. Tal como estaba la situación, apenas disponía de ninguno de los utensilios, artefactos, ungüentos, talismanes o amuletos protectores que normalmente hubiera creído necesarios para un acto como aquél.

Me sorprendía mí mismo. Hasta aquel preciso instante, jamás había pensado ni remotamente en realizar algo semejante, sin importar los preparativos.

Me arrodillé en el suelo vitrificado, en mitad del camino de un titán de combate del Caos, sostuve en posición vertical con las dos manos el bastón rúnico pegajoso con la sangre de dos amigos queridos y comencé a recitar los conjuros.

Fue difícil. Difícil recordar a la perfección todas las palabras de los versos adecuados del *Malus Codicium*, una obra que había estudiado de vez en cuando a lo largo de los años. Era un escrito que había estado ansioso por aprender y entender, pero que al mismo tiempo me llenaba de temor. Después de tomarme mi primer descanso sabático para poder estudiar el Codicium a los pocos meses de la ejecución de su propietario anterior, Quixos, me vi obligado a tomarme también un retiro para recuperarme, y tuve que pedirle consejo a los abades del monasterio del Sagrado Corazón en Alsor.

En ese momento, lo que estaba intentando era recordar los mismos pasajes y párrafos. Obligándome a ello. Esforzándome por repetir algo escrito que antaño había procurado borrar de mi mente.

Si me equivocaba en una sola palabra, en una expresión, en un punto del vocabulario, todos moriríamos a manos de algo muchísimo más

malvado que *Crúor Vult*.



SEIS

CAOS CONTRA CAOS
EL PRECIO
LAS CONSECUENCIAS

Un instante. Un aula helada mucho años atrás. Titus Endor y yo, temblando en nuestros asientos de ébano desgastados por los arañazos y los dibujos grabados por un millar de alumnos previos. Estábamos a tan sólo dieciocho días del comienzo de nuestro entrenamiento inicial como interrogadores noveles. El inquisidor Hapshant entró de golpe, cerró la puerta del mismo modo, arrojó un montón de grimorios sobre el atril principal (lo que provocó que ambos diéramos un salto por la impresión) y exclamó: «¡Un servidor de la Inquisición que convierte al Caos en su instrumento para luchar contra el Caos es aún mayor enemigo de la humanidad que el propio Caos! El Caos conoce los límites de su propia maldad y los acepta. Un siervo de la Inquisición que utiliza el Caos se engaña a sí mismo, niega la verdad, ¡y nos condena a todos por su error!».

Allí, en la orilla de Miquol, no me engañaba. Sabía el riesgo desesperado que corría con aquello.

Commodus Voke, muerto hacía ya cincuenta años por aquel entonces, me dijo una vez… y lo parafraseo porque no lo grabé en mi mente palabra por palabra en aquel instante: «“Conoce a tu enemigo” es la mayor mentira que tenemos. Nunca la aceptes. La senda de los radicales tiene su atractivo, y admito que yo también me he sentido tentado por ella varias veces a lo largo de mi vida, pero está repleta de mentiras. En cuanto buscas respuestas en la disformidad, aunque sea una sola vez, en cuanto buscas conocimiento para utilizarlo contra el archienemigo, estás utilizando el Caos. Eso te convierte en un adepto. Y ya sabes lo que les ocurre a los adeptos, ¿verdad, Eisenhorn? La Inquisición los atrapa».

En aquella playa desolada, me sentí completamente seguro de poder diferenciar las verdades de las mentiras. Voke simplemente se había equivocado al calcular la sutileza de la línea que las separaba.

Midas Betancore me había dicho, durante una noche en la que habíamos estado bebiendo hasta tarde y jugando al regicida con las reglas glavianas: «¿Por qué lo hacen? Me refiero a los radicales. ¿No comprenden que tan sólo acercarse a la disformidad ya es un suicidio?».

Yo sabía mientras empuñaba con firmeza el bastón rúnico en mis manos en mitad de aquella isla helada de Durer que no era un suicidio, sino todo lo contrario.

Godwyn Fischig me había advertido una vez, en la capilla de un cementerio de Cadia, que permaneciera alejado de cualquier clase de indicio de comprensión con los radicales. «Confía en mí, Eisenhorn. Si alguna vez hubiera pensado que lo eras, te habría pegado un tiro yo mismo».

No era tan sencillo. ¡Que el Emperador me maldiga, pero no era tan sencillo! Pensé en Quixos, un hombre tan brillante, un siervo tan decidido del Imperio, tan completamente contaminado por la maldad venenosa porque precisamente había intentado comprender la propia inmundicia

contra la que combatía. Le había declarado hereje y le había ejecutado yo mismo.

Comprendía el peligro que corría.

Crúor Vult continuó avanzando hacia mí. Murmuré las últimas sílabas de poder y metí mi mente en la disformidad. No en el bullente paisaje deformado por la disformidad de la unidad de impulso mental del titán, sino el auténtico espacio disforme. Entré en un vacío mucho más amplio y siniestro, canalizado por mi bastón rúnico y protegido mediante las plegarias que había pronunciado de forma ritual. Atravesé la materia del espacio hasta llegar a Gudrun, a lo lejos, a todo un subsector de distancia, hasta una propiedad privada en la península de Insume.

Llegué a ella, hasta el pozo de una mazmorra secreta que había sido sellada al vacío, aislada de la disformidad, protegida con escudos de energía y cerrada con trece cerrojos electrónicos. Sólo yo conocía los códigos adecuados para romper todas aquellas barreras, ya que había sido yo quien las había levantado.

Estaba tirado en mitad del suelo, cubierto de cadenas. Lo desperté. Lo dejé libre.

Salí de repente de mi trance. El bastón rúnico se estremeció en mis manos cuando la energía del demonio liberado comenzó a atravesarlo.

Me esforcé por mantenerlo agarrado y por pronunciar con precisión las palabras de control y las órdenes específicas.

El demonio esclavizado empezó a salir por la punta del bastón como un pequeño sol que estuviese amaneciendo. Su brillo iluminó la sombría orilla y lanzó una larga sombra a la espalda del titán.

—¿Cherubael? —susurré.

—¿Ssssííí…?

—Mátalo.

Restalló un rayo. Una tormenta anormal apareció de repente sobre la superficie del lago, azotando el aire y arrojando verdaderas cortinas de agua al suelo, al tiempo que soplaba un tremendo vendaval y un aparato eléctrico increíble.

Una fantasmal silueta blanca que avanzó con tal rapidez que sólo pude distinguir como una imagen posterior grabada en mi retina salió disparada del bastón rúnico y se lanzó directamente contra la masa negra que era *Crúor Vult*.

El titán se quedó titubeante, a mitad de un paso que no acabó de dar, quedándose con el pie en alto. Se estremeció. Sus grandes brazos se agitaron durante unos momentos. Un instante después, en su cabeza en forma de cráneo cromado comenzaron a aparecer grietas, giró un par de veces y se partió, estallando en una explosión de luz verde nauseabunda.

Crúor Vult se tambaleó mientras la tormenta empapaba su enorme silueta chirriante.

Una aureola de luz refulgió sobre la vieja base de la FDP y la orilla del lago. *Crúor Vult*, el antiguo enemigo de la humanidad, explotó de cintura para arriba en un círculo de violento calor blanco. Ni un solo fragmento de su cabeza, de su torso o de sus brazos sobrevivió a aquello.

Las piernas, una de ellas todavía levantada en el aire, se tambalearon y oscilaron para finalmente caer de lado al suelo como una avalancha, aplastando y destruyendo por completo los ya de por sí destrozados restos de la antena de plato de la estación de escucha.

Crúor Vult había muerto. Fayde Thuring había muerto.

Y yo me había desmayado al ser alcanzado por la onda expansiva de la explosión.

Y eso significaba que Cherubael había quedado libre.

Si hubiera huido aprovechando aquel momento, habría podido escapar sin duda alguna. De hecho, podría haber desaparecido en lo más profundo del

espacio disforme para permanecer lejos de mi alcance para siempre, incluso aunque yo hubiera dedicado todo lo que me quedaba de vida a buscarle o a tratar de invocarle. Recelaba de mí, y ya conocía mis trucos.

Sin duda alguna, podría haber escapado lo suficientemente lejos como para mantenerse lejos de mis garras a lo largo de todos los años venideros, y haberle costado caro al Imperio.

Pero no lo hizo. El demonio estaba demasiado consumido por el odio y el rencor para hacer eso.

Regresó para matarme.

Me despertó repentinamente, y me di cuenta de modo inmediato de que Cherubael se encontraba en libertad debido a mi pérdida de control. Miré a mi alrededor pero, al parecer, estaba solo en mitad de la playa. El cielo seguía repleto de nubes de tormenta, y los rayos formaban unas coronas luminosas alrededor de los picos montañosos.

La lluvia estaba amainando, repicando con suavidad sobre los guijarros húmedos de la orilla y contra los restos humeantes de *Crúor Vult*. Tenía la piel de gallina. Sabía que estaba por allí, cerca.

Había hecho lo impensable, y tenía que deshacerlo. Cherubael tenía que ser sometido de nuevo. No podía permitir que continuara en libertad.

Recogí el bastón rúnico del suelo. La lluvia estaba borrando las huellas de sangre de su superficie dura y pulida. Lo agarré con firmeza en mi mano izquierda y desenfundé a *Barbarizadora*. La espada se estremeció al sentir al demonio cerca.

—Gran Emperador de la Humanidad, santificada sea tu majestad, que tu luz resplandezca por siempre, protege a tu siervo en este momento de peligro…

—Eso no te salvará —dijo una voz.

Me di media vuelta pero no vi señal alguna del que había hablado.

—Que tu luz resplandezca por siempre, protege a tu siervo en este momento de peligro para que pueda continuar sirviéndote, gran señor, y purifica los dominios del…

—No servirá, Gregor. ¿La Bendición de Terra? No son más que palabras, Gregor. Palabras tan sólo.

—… continuar sirviéndote, gran señor, y purifica los dominios del hombre, arrojando a todos los demonios y seres de la disformidad…

—Pero yo tengo algo más que palabras para ti, Gregor. Me caías bien, Gregor. Entre todos los hombres que he conocido, admiraba tu espíritu. Trabajé para ti, más de una vez te perdoné la vida… Piensa en todo eso. Lo único que te pedía cambio es que respetaras nuestro trato y que me dejaras libre. ¿Y qué es lo que hiciste tú? Engañarme. Me atrapaste. Me utilizaste.

Las palabras parecían resonara todo mi alrededor, pero no importaba lo rápido que me diera la vuelta, no lograba verlo. Su voz estaba en mi cabeza. Me esforcé por continuar recitando la oración, me esforcé por concentrarme en el significado de aquella plegaria, pero era difícil. Quería responder a sus burlas. Quería gritarle que había sido él quien había comenzado a engañarme. ¡No hubo ningún trato entre nosotros! Me había utilizado para lograr planear su propia huida de los amuletos esclavizadores con los que Quixos lo mantenía prisionero.

No me atreví. Me concentré en repetir la oración. *Barbarizadora* se estremecía desde la punta a la empuñadura, resonando con el poder psíquico que me rodeaba.

—… protegea tu siervo en este momento de peligro para que pueda continuar sirviéndote, gran señor…

Una estrella apareció sobre el lago. Un difuso resplandor blanco alrededor de un centro reluciente. Se acercó hasta mí casi revoloteando, como si fuese una hoja de árbol arrastrada por el viento, hasta posarse a escasos metros de donde yo me encontraba.

Los guijarros que estaban a sus pies se convirtieron en vidrio. La luz era tan brillante que casi no se la podía mirar. Cherubael flotaba en el centro del resplandor. Se encontraba en su estado más letal, en su forma incorpórea, un espíritu demoníaco, puro y al desnudo, sin los límites ni las restricciones de un cuerpo físico. No pude distinguir ningún detalle con aquel brillo. Lo cierto es que tampoco me apetecía discernir la verdadera forma del demonio. Ya ni siquiera tenía forma humana. Siempre había

supuesto que la luz blanca era pura y hasta cierto punto sencilla, que era noble y buena, pero aquella blancura era completamente maligna, escalofriante, y su pureza era una abominación.

—… santificada sea tu majestad, que tu luz resplandezca por siempre…

—Cállate, Gregor. Cállate para que pueda oírme mientras te mato.

Mis armas, el bastón y la espada, eran inútiles en el sentido físico. Cherubael no poseía ningún cuerpo anfitrión que pudiera destruir. Sin embargo, eran fuertes en el plano psíquico. Ya había expulsado a Cherubael del plano físico con el bastón rúnico con anterioridad y, por lo que yo sabía, había destruido a su semejante demoníaco, Prophaniti. Pero en aquel entonces, mi mente estaba a plena capacidad durante aquellos enfrentamientos, y las armas psíquicas sólo son tan poderosas como la mente que las empuña. Cherubael sabía lo cansado que yo estaba, y la debilidad de mi voluntad. Podía sentir cómo intentaba extenuarme burlándose de la pena que sentía… Bequin, Medea, Aemos, Rassi, Haar… Quería que pensara en las muertes de todos aquellos amigos queridos para que el dolor que padecía me debilitara todavía más.

Pero él también estaba debilitado. Había gastado unas enormes reservas de poder para derrotar al titán.

La luz se abalanzó sobre mí, más que nada para ponerme a prueba. Blandí a *Barbarizadora* para rechazar el ataque y sentí un impacto eléctrico recorrerme el brazo. Atacó de nuevo y yo contesté con mi bastón rúnico, obligándole a retroceder.

Se movió en círculos a mi alrededor. Intenté golpearle. Sabía que estaba deseoso de pelear.

Si eso era lo que el demonio quería…

Me lancé a por él con *Barbarizadora* cortando el aire. Cherubael bloqueó el golpe con una barra de energía luminosa e hizo destellar una explosión radiante que me lanzó despedido de espaldas.

Aterricé con fuerza sobre los guijarros, pero me puse en pie de inmediato, recordando todos y cada uno de los movimientos del combate

cuerpo a cuerpo que me habían enseñado a lo largo de los años personas como Harlon Nayl, Kara Swole, Arianrhod Esw Sweydyr, Midas, Medea…

Se lanzó directamente sobre mí, refulgiendo centelleante. Era como combatir contra una estrella. Lo golpeé con el bastón rúnico y luego me aparté de su camino con una voltereta. En cuanto caí de nuevo sobre los pies, eché a correr.

Pasé a toda velocidad bajo el arco humeante que formaban las piernas caídas de *Crúor Vult* y después subí la dura pendiente de la playa hasta la estación de escucha. Pude distinguir a mi espalda con claridad el rugido del aire mientras se me acercaba, flamígero.

Finté hacia la izquierda, pero adivinó mis intenciones. La estrella demoníaca me alcanzó. Lancé un mandoble con la espada, salté a la derecha y detuve con el bastón rúnico el siguiente ataque de su arma luminosa.

Cherubael soltó una carcajada. Su voz burlona me siguió mientras corría entre dos de los edificios. La estrella demoníaca me persiguió, y su fuerza psíquica esparcía a todos lados las piedras sueltas, como si estuviese abriendo un surco.

Oí un fuerte crujido y me di cuenta de que las paredes se estaban cerrando sobre mí. Cherubael estaba levantando las dos casas de sus escasos cimientos y se preparaba para aplastarme entre ellas.

Abrí un agujero con *Barbarizadora* en la pared del edificio de la izquierda y salté a través de él momentos antes de que las dos temblorosas construcciones se estamparan una contra la otra. Cherubael atravesó a su vez la pared de madera de contrachapado quemándola para llegar hasta mí, y yo le recibí con un contraataque de mi espada y de mi bastón rúnico.

Podía mantenerlo a raya, pero poco más podía hacer. Mis reservas mentales no eran lo bastante fuertes.

Mi única oportunidad era someterlo de nuevo, pero ¿cómo?

Dronicus apareció de repente. Creo, o al menos es una idea a la que me aferró para mantener la cordura, que el Emperador de la Humanidad proporciona ayuda a sus verdaderos siervos en su hora de necesidad, incluso del modo mas extraño. Era evidente que Dronicus, el viejo y

enloquecido Dronicus, había estado observando todos los terribles acontecimientos que habían tenido lugar desde su escondrijo, y acababa de salir al llegar a una conclusión tremendamente errónea. Había visto la luz blanca del demonio destruir al titán. Por tanto, para él, la luz blanca era alguien amistoso porque había destruido a un enemigo.

Para él, la poderosa luz blanca era el propio Emperador que había regresado para salvarlo.

Salió de entre las sombras llamando al Emperadora voz en grito y alabándolo, expresando de un modo piadoso su gratitud. Era un anciano enclenque vestido con harapos. No debería haber constituido una amenaza para el demonio de ninguna manera.

Excepto que, en honor al Emperador, había recogido el águila de la capilla, la pieza central derribada del altar, y la enarbolaba por delante de él.

Cherubael lanzó un aullido y retrocedió, tambaleándose y flotando por el aire como una pluma arrastrada por el viento a lo largo del sucio camino que se abría entre las casas. Dronicus, perplejo, echó a correr tras el demonio a la vez que elevaba palabras de adoración al Emperador que debieron clavarse como estacas sagradas en el alma podrida de Cherubael.

Disponía de un momento de respiro.

Miré a mi alrededor. Sabía que tenía que pensar con rapidez.

Bastían Verveuk seguía con vida. Estaba cubierto de sangre y heridas, y sus cabellos y ropas estaban casi achicharrados por la explosión final del cúter. Aunque le despreciaba por lo que había hecho, sentí compasión en cuanto lo vi. Sus ojos seguían mostrando ansiedad por complacerme. Parecieron llenarse de alegría cuando me vieron acercarme. Alzó una mano ensangrentada.

Pensaba que lo iba a rescatar.

Confieso, aquí y ahora, que me odio por lo que hice. El hecho de que despreciara a Verveuk no sirve de excusa. Era un imbécil odioso que me

había costado más de lo que podía expresar, pero seguía siendo un siervo de la Inquisición. Y maldito fuera, me adoraba y confiaba en mí.

Pero no tenía alternativa. Tomé la decisión adecuada. Había liberado a Cherubael simplemente porque *Crúor Vult* tenía que ser detenido por el bien de la humanidad. En ese momento, era Cherubael el que tenía que ser detenido, y me vi obligado a tomar otra decisión difícil. Pagaría por ello. Con el tiempo. En el más allá, cuando me presentara ante el Trono Dorado.

Me arrodillé a su lado. Su rostro ansioso se levantó para mirarme. ¡Condenada fuera aquella mirada ansiosa de cachorro!

—Maestro…

—Bastían, ¿eres un verdadero siervo del Emperador?

—Lo… lo soy…

—¿Y le servirás de cualquier modo y manera que puedas?

—Lo haré, maestro.

—¿Eres puro?

¡Una pregunta estúpida! Había sido la maldita pureza de Verveuk la que lo había llevado a cometer todos sus errores. Su fervor puritano era lo primero que le había convertido en un peligro.

Pero era puro. Tan puro como podía ser cualquier humano.

Le puse una mano en el pecho y me mojé los dedos con su sangre. Luego escribí ciertas runas y pinté unas marcas en su frente y en su rostro, en su cuello y sobre su corazón, mientras murmuraba rezos pocas veces oídos del *Malus Codicium*.

—¿Qué… qué está haciendo? —me preguntó con voz temblorosa.

¡Más malditas preguntas, incluso en un momento como aquél!

—Lo que debe hacerse. Estás sirviendo al Emperador, Bastían.

Sonó un grito en el interior de la estación de escucha, y apareció Dronicus, que corría aterrorizado en dirección al lago. Sus manos estaban ardiendo y de ellas caían gotas de metal fundido al rojo blanco.

Cherubael había encontrado por fin las fuerzas necesarias para fundir el águila.

El pobre anciano, sin dejar de gritar, se lanzó al helado lago, y el agua borboteó y se evaporó alrededor de sus manos carbonizadas.

La letal estrella en que se había convertido Cherubael recorrió la playa a una tremenda velocidad, abalanzándose sobre mí.

—Perdóname, Verveuk —le dije.

—Por… por supuesto, maestro —murmuró. Y de repente añadió—: ¿Por qué? ¿Por qué? —añadió de repente.

Me enfrenté a Cherubael mientras recitaba a voz en grito el encantamiento de la atadura, el conjuro de aprehensión, la letanía de la servidumbre. El bastón relucía de poder.

—*In servitutem abduco*, ¡te encierro para siempre en este huésped!

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —aulló Fischig mientras corría hacia mí con la pistola en alto.

—Todo. Nada. Se acabó, Fischig.

—Pero… ¿qué es todo esto? —preguntó.

El demonio atrapado flotaba a unos pocos centímetros por encima del suelo, cerca de mí. Había utilizado mi correa para mantener atado a aquel ser, y la había colocado alrededor del cuello quemado e hinchado de Verveuk.

—He atrapado a un demonio, Godwyn. Está dominado y ya no puede hacernos daño.

—Pero… ¿y Verveuk?

—Está muerto. Debemos honrarle. Ha dado todo lo que tenía por el Emperador.

Fischig me miró con sospecha.

—¿Cómo conocías el modo de dominar a un demonio, Eisenhorn? —me preguntó.

—He aprendido mucho. Es tarca de un inquisidor saber cosas como ésa.

Fischig retrocedió un paso.

—Verveuk… —empezó a decir—. Estaba muerto antes de que utilizaras su cuerpo, ¿verdad?

No le contesté. Tres aeronaves estaban atravesando el lago y se disponían a aterrizar. Los refuerzos convocados por Alizebeth habían llegado por fin.



SIETE

NUESTRA SALIDA DE MIQUOL
GUDRUN SANTUARIO
SU DESEO MÁS FERVIENTE

No había otra cosa que deseara más que marcharme de aquel lugar. Aquella experiencia me había dejado exhausto y me había costado mucho.

Mis subalternos, todos ellos especialistas bien entrenados, se desplegaron en cuanto las aeronaves se posaron y aseguraron la zona tras rodear a los últimos y desmoralizados cómplices de Thuring. Me comunicaron que Menderef y Koth también se hallaban en camino, y que venían con ellos unidades de la milicia y de la Guardia Inquisitorial.

No iba a quedarme a esperarlos. Había cosas que prefería que vieran el mínimo posible de personas.

Di unas cuantas órdenes con unos costes tales que iban a suponer unos enormes agujeros en mis arcas personales, pero no me importaba.

Envié a Bequin lo antes posible en el primer transporte disponible, con Nayl y Begundi para protegerla.

Le ordené a Nayl que estabilizara su condición física en la instalación médica general más cercana y que luego preparara un transporte para

llevarla fuera del planeta, hasta el cuartel general de La Rueca en Mesina. También se llevaron a Kara Swole con ellos. Kara estaba viva todavía, aunque gravemente herida.

Le di instrucciones a Fischig para que se quedara allí, en mi sitio. No parecía muy convencido de ello. Yo sabía que la visión del huésped demoníaco le preocupaba más de lo que se atrevía a decir.

Sus órdenes eran muy sencillas. Debía mantener el control de la isla hasta que llegara la fuerza inquisitorial principal. Asegurarse de que se llevara a cabo un informe completo de todo lo que había ocurrido, y de que el escondrijo de titanes del Caos fuese destruido con ellos dentro. Y por último, que cerrara el auto interrogatorio hasta nueva orden.

No parecía irrazonable. Un inquisidor veterano lo había arriesgado todo y había perdido mucho para detener a un titán de combate. Su retirada del auto interrogatorio para recuperarse de todo aquello parecía ampliamente justificada.

Me pondría en contacto con él más adelante, y seguiríamos a partir de allí.

Estaba a punto de marcharme en una de las aeronaves con el silencioso y encapuchado huésped demoníaco cuando me llegaron las primeras buenas noticias del día.

Medea y Aemos habían sobrevivido.

Estaban heridos y magullados, pero ella había logrado arrastrar a Aemos fuera del cúter y lo había puesto a cubierto antes de que Verveuk saliera por la escotilla. Se habían quedado escondidos, sin aliento y aturdidos.

Lo habían visto todo. Los abracé a los dos.

—Vosotros os venís conmigo —les dije.

—Gregor… ¿Qué has hecho?

—Tú monta en la aeronave.

—¿A qué se refiere? —me preguntó Fischig.

No le contesté inmediatamente. Estaba demasiado cansado. Demasiado temeroso de que mi explicación a medias no le satisficiera.

—Asegúrate de que todo se hace correctamente. Me pondré en contacto contigo dentro de un mes para darte nuevas instrucciones.

Le entregué la insignia de mi cargo para que su autoridad no se viera cuestionada.

Era un gesto de la confianza más absoluta, pero pareció incomodarle. Alargué la mano y la tomó en la suya sin parecer estar muy convencido.

—Cumpliré con mi trabajo —me dijo—. ¿Te he fallado alguna vez?

No lo había hecho jamás, y supuse que de eso se trataba. Fischig jamás me había fallado, pero quizás en aquel momento, el sentimiento no era recíproco.

Dos días más tarde, estábamos instalados en los camarotes de pasajeros de una nave mercante del espacio profundo llamada Belleza, en ruta hacia Gudrun, en el subsector helicano. Un viaje de tres semanas, el Emperador mediante.

Dormí durante largos períodos a lo largo del viaje, con el profundo y agradecido descanso sin sueños de los que tienen el alma cansada, pero mi fatiga permaneció. La misión en Miquol había sido agotadora, mental y emocionalmente. Cada vez que me despertaba, sintiéndome descansado, tenía un precioso momento de calma antes de acordarme de lo que había hecho. En ese preciso instante, toda mi ansiedad regresaba.

Hice dos visitas cada día del viaje. La primera era a la capilla de la nave, donde efectuaba los ritos religiosos con mayor diligencia y rigurosidad de lo que lo que lo había hecho en los cien años anteriores. Me sentía sucio, violado, aunque sabía que la violación había sido autoinfligida. Deseaba disponer de un confesor. En otro tiempo más feliz, hubiera acudido a Alizebeth, pero no era posible en aquellos momentos.

En vez de eso, recé para que sobreviviera. Recé para que Kara Swole se recuperara. Realicé ofrendas y encendí velas votivas por las almas de Poul

Rassi, Duclane Haar y el pobre Dahault, quien había muerto al estrellarse el cúter.

Recé por el alma de Bastían Verveuk e imploré mi absolución.

Recé por la comprensión de Fischig.

A lo largo de mis años de servicio al Emperador, siempre me he considerado un individuo fiel y consciente de sus deberes, pero resulta extraño cómo los rituales de adoración de cada día se van dejando a un lado. Fue a lo largo de aquel viaje cuando sentí, de forma irónica, después de estar más cerca de caer en la herejía que nunca en mi vida, que mi fe se renovaba. Quizás es necesario echar un vistazo desde el borde al fondo del abismo para darse cuenta verdaderamente del cielo que hay arriba. Me sentí escarmentado y virtuoso, como si hubiese sobrevivido a una dura prueba y hubiese salido airoso y mejor persona.

Me pregunté, durante los numerosos momentos de ansiedad y duda si esa sensación de mejoría espiritual era tan sólo un rechazo subconsciente. Los hechos acontecidos en Miquol, ¿habían sido una llamada con retraso para que regresara al sendero del puritanismo, o me estaba engañando a mí mismo? Engañándome al igual que habían hecho Quixos y todos los demás que habían caído al abismo sin ni siquiera darse cuenta.

La segunda visita diaria era al compartimento blindado donde el huésped demoníaco estaba encerrado.

El capitán del Belleza, un ceñudo ingeraniano llamado Gelb Startis, se había negado prácticamente en redondo a aceptar al huésped demoníaco a bordo de su nave. Por supuesto, él no sabía que se trataba de un huésped demoníaco. Muy pocos individuos del Imperio sabrían cómo reconocer a uno, y, además, había cubierto a la silenciosa figura con varias túnicas con capucha. Sin embargo, existía un aura de maldad y podredumbre casi tangible alrededor del monstruo encapuchado.

No me había sentido de humor para regatear con Startis. Simplemente le enseñé mis credenciales mediante el sello codificado de mi anillo, le di

mi garantía personal de que el «invitado» estaría adecuadamente vigilado y le pagué el triple de la tarifa habitual por nuestro viaje.

Aquello hizo que todo el asunto fuera todavía más interesante para él.

Encadené al huésped demoníaco a aquel lugar y pasé diez horas grabando en toda la estancia los sellos de contención correctos. Cherubael seguía en su estado de somnolencia, como si se encontrara en trance. Los efectos del trauma severo de su aprisionamiento en aquel cuerpo se mantenían todavía, y durante un tiempo se mantuvo dócil.

Comprobaba por tres veces los sellos en cada visita, y los retocaba donde era necesario. Utilicé una pluma y una tinta indeleble para escribir de forma permanente las runas que había pintado con sangre sobre su piel.

Aquello fue una tarea escalofriante. El cuerpo de Verveuk se había curado y mostraba un aspecto sano y lustroso. Tenía los ojos cerrados, pero su rostro seguía siendo el del joven inquisidor, aunque la frente del muchacho comenzaba a abombarse por los pequeños cuernos que empezaban a brotar del hueso.

Al noveno día, se abrieron los ojos de Verveuk. La blanca ira de Cherubael salió a borbotones por ellos. Finalmente, había superado la terrible experiencia del encadenamiento a aquel cuerpo, experiencia que era peor de lo habitual por el modo primitivo y rudimentario que había utilizado para realizar el rito.

—Te quiere ver muerto —fueron las primeras palabras que pronunció.

—¿Estoy hablando con Bastían o con Cherubael?

—Con ambos —me contestó. Asentí.

—Buen intento, Cherubael. Sé que Verveuk ya no está en ese cuerpo.

—De todas maneras, te odia. Degusté su alma mientras él salía de este cuerpo y yo entraba. Sabe lo que hiciste y se ha llevado ese terrible conocimiento a la otra vida.

—El Emperador protege.

—El Emperador se caga encima en cuanto oye mi nombre —me respondió aquello.

Le abofeteé con fuerza la cara.

—Estás confinado, príncipe demonio, y te mostrarás respetuoso.

Cherubael empezó a flotar sobre el suelo sucio mientras tironeaba de las cadenas que le mantenían prisionero y me gritaba obscenidades. Me fui.

Intentó una nueva táctica en cada visita que le hice. El décimo día, me suplicó, arrepentido.

Al undécimo, se mostró ofendido y prometió hacerme sufrir de manera horrible.

Al decimotercero, se quedó callado y poco dispuesto a colaborar.

Al decimosexto, astuto y ladino.

—Lo cierto y verdad, Gregor —me dijo—, es que te he echado de menos. El tiempo que hemos pasado juntos siempre ha sido maravilloso. Quixos era un amo cruel, pero tú me comprendes. Me pediste ayuda en esa isla. Oh, bueno, sí, hemos tenido nuestras diferencias. Y eres un tipo taimado. Pero eso me gusta. Creo que mi existencia podría ser mucho peor que siendo tu esclavo. Bueno, cuéntame… ¿qué tienes planeado? ¿Qué gloriosos trabajos emprenderemos juntos? Descubrirás que estoy dispuesto, y deseoso. Con el paso del tiempo llegarás a confiar en mí como si fuera un amigo. Siempre he querido serlo. Tú y yo, Gregor, amigos y trabajando juntos. ¿Qué te parece eso?

—Me parece imposible.

—Oh, Gregor… —me reprendió aquel ser.

—¡Silencio! —le ordené. No podía aguantar su empalagosa cordialidad—. Soy un inquisidor imperial al servicio de la luz del Trono Dorado de Terra, y tú no eres más que un ser siniestro y vil que sólo te sirves a ti mismo. Representas todo contra lo que lucho.

Se lamió los labios. Los caninos de Verveuk se estaban convirtiendo en unos colmillos de un blanco helado.

—Entonces, ¿por qué decidiste dominarme de este modo, Eisenhorn?

—Yo me hago a menudo esa misma pregunta —le repliqué.

—Pues entonces, libérame —me susurró—. Déjame salir de estas ataduras pentagrámicas y deja que me marche. Lleguemos a un acuerdo. Me marcharé y no te volveré a molestar jamás. Te lo prometo. Deja que me vaya y con eso consideraremos zanjado todo el asunto.

—Pero ¿de verdad crees que soy tan estúpido? —le pregunté.

Se elevó un poco más en el aire, inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—Merecía la pena intentarlo.

Yo estaba ya en la puerta cuando pronunció mi nombre.

—Me alegro de estar así ¿sabes? De estar dominado por ti.

—¿De veras? —le respondí sin mostrar mucho interés.

Asintió con expresión de regocijo.

—Me proporciona muchas oportunidades de corromperte por completo.

El decimonoveno día casi me sorprendió. Cuando entré en el compartimento, estaba sollozando en el suelo. Intenté hacer caso omiso y me dedique a comprobar el estado de las runas pintadas en la pared, pero aquello levantó la mirada.

—¡Maestro!

—¡Verveuk!

—¡Sí! ¡Maestro, por favor! Se ha marchado por unos instantes y tengo el control de nuevo. ¡Por favor, libéreme! ¡Destiérrelo!

—Bastían, yo…

—¡Le perdono, maestro! Sé que sólo hizo lo que tenía que hacer, ¡y estoy más agradecido de lo que se imagina de que me considerara adecuado para esa tarea desesperada! ¡Destiérrelo y libéreme de esta tortura!

Me acerqué a él y agarré con fuerza mi bastón rúnico.

—No puedo, Bastían.

—¡Sí puede, maestro! ¡Ahora, mientras no está! ¡Oh, qué agonía! ¡Estar encerrado aquí dentro con ese monstruo! ¡Compartir la misma

carne! ¡Está devorando mi alma, y me muestra cosas que me están volviendo loco! ¡Misericordia, maestro!

Alargué la mano para señalar una compleja runa que había pintado sobre su pecho.

—¿Ves esto?

—¿Sí?

—Es la runa del vaciamiento. Es una parte esencial del proceso de sometimiento. Vacía al huésped de cualquier alma previa existente para que el demonio pueda ser contenido ahí. Lo que hace, a efectos prácticos, es matar al huésped original. No eres Bastían Verveuk porque Bastían está muerto y ha salido de esta carne. Lo maté. Imitas muy bien su voz, como era de esperar, porque tienes su laringe y su paladar, pero eres Cherubael.

Lanzó un suspiro, asintió, y se elevó de nuevo al máximo de lo que le permitían sus cadenas.

—No puedes culparme por intentarlo.

Le abofeteé la cara con fuerza.

—No, pero puedo castigarte.

No reaccionó.

—Entiéndelo bien, demonio. Dominarte, utilizarte, me ha costado muy caro. Me odio por haberlo hecho, pero no tenía elección. Ahora que te he esclavizado de nuevo, no pienso correr ningún riesgo. Mantenerte perfectamente encerrado va a ser uno de los objetivos principales de mi vida. Los libros de historia no van a recordarme como un hombre tan impelido a obtener resultados que se volvió descuidado y perezoso. No podrás escaparte de mí. No lo permitiré. Eres mío, y permanecerás en mi poder.

—Ya veo.

—¿Lo entiendes?

—Entiendo que eres un hombre de la máxima devoción y determinación.

—Bien.

—Tan sólo una cosa más: ¿cómo te sientes al ser un asesino?

Antes he comentado que muy pocos ciudadanos del Imperio de la Humanidad serían capaces de reconocer a un huésped demoníaco o de comprender lo que es uno de ellos. Es cierto. También es cierto que el selecto grupo que sería capaz de hacerlo incluía a bastantes de mis seguidores. Aquellos que habían estado conmigo en 56-Izar, en Eechan, en Cadia y en Farness Beta.

Estaba seguro de que Aemos y Medea comprendían el concepto de hospedaje demoníaco. Yo mismo les había instruido sobre ello. Noté que Medea, lo mismo que Fischig, sólo se daban cuenta vagamente de lo que yo había llevado a bordo del Belleza, aunque temblaban al sospechar lo que podía ser.

Sin embargo, Aemos lo sabía con certeza. Lo sabía pero que muy bien. Por lo que yo notaba, sabía todo lo que podía saberse del tema sin volverse loco. Pero él había estado a mi lado más tiempo que ninguno de los otros. Habíamos sido amigos y compañeros de fatigas durante más años de los que me atrevía a contar. Yo sabía que tenía su confianza, y que tenía que equivocarme mucho para que él pusiera en tela de juicio mis métodos.

Me di cuenta, después de un día o dos de viaje, que ni siquiera iba a mencionar aquel asunto.

No podía permitirlo. Quería franqueza. Así que fui yo quien habló de ello.

Fue una noche, ya bastante tarde, quizás en la quinta jornada de viaje. Estábamos jugando al doble regicida (dos tableros en paralelo, en donde se juega hacia atrás en uno de ellos utilizando los militantes como piezas principales, y el otro jugado a lo largo, con centinelas libres y con libertad para nombrar piezas regentes en las casillas blancas tomadas después de la tercera secuencia de juego… aquélla era la única manera de que el viejo juego de estrategia supusiera un mínimo desafío para su mente) mientras bebíamos el mejor amasec que Startis nos pudo proporcionar.

—A propósito de nuestro pasajero —empecé a decir mientras tomaba un paje y lo movía antes de ponerme a pensar en mi siguiente jugada—,

¿qué piensas sobre ello? Has estado muy callado.

—No creí que fuera asunto mío hacer ningún comentario al respecto —me contestó.

Moví el paje hacia el militante tres y me arrepentí inmediatamente de haber hecho el movimiento.

—Uber, ¿cuánto tiempo hace que somos amigos?

Me di cuenta de que lo estaba calculando.

—Creo que fue el séptimo mes de…

—Quiero decir aproximadamente.

—Bueno, lo que se dice amigos, quizá bastantes años después de conocernos por primera vez, lo que aproximadamente…

—¿Podríamos decir que aproximadamente sería… hace mucho tiempo?

Pensó sobre ello.

—Podríamos decirlo —me respondió, aunque no sonaba muy convencido.

—Y somos amigos, ¿verdad?

—¡Ah, por supuesto! Bueno, eso espero —me dijo mientras se apresuraba a eliminar a mi basilisco del tablero derecho y se aseguraba una pinza implacable sobre mi segunda línea—. ¿No lo somos?

—Sí, sí que lo somos. Acudo a ti en busca de respuestas.

—Sí que lo haces.

—A veces, creo que esas respuestas deberían llegar sin tener que hacer las preguntas antes.

—Mmm —dijo. Estaba a punto de mover su yale. Alzó la pieza tallada en hueso y la contempló con atención—. Siempre he sentido curiosidad por el yale —siguió diciendo—. Obviamente, se trata de una bestia heráldica mitológica, y su origen es anterior a la Era de los Conflictos. Pero ¿qué representa? Las analogías de las demás piezas, dadas las tradiciones históricas y la estructura de la cultura imperial, son obvias. Pero el yale… de todas las piezas del regicida, ésta es la que más me desconcierta…

—Ya lo estás haciendo otra vez.

—¿Haciendo el qué?

—Aplazar. Evitar el tema.

—¿Eso estoy haciendo?

—Eso estás haciendo.

—Lo siento —dijo mientras colocaba la pieza en el tablero y me mataba una de las rapaces en una jugada que yo simplemente ni me había visto venir. Tenía acorralado a mi militante.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—¿Qué piensas?

Frunció el ceño.

—El yale. Muy inquietante.

Me concentré de nuevo y me apoderé de su yale de repente. Era una jugada sin sentido, pero llamó su atención.

—Sobre el otro asunto. El pasajero.

—Es un huésped demoníaco.

—Sí, sí que lo es —le contesté, casi aliviado.

—Lo vinculaste al cuerpo de Verveuk en Miquol.

—Sí, lo hice. Creo que viste cómo lo hacía.

—Sufría una conmoción, estaba aturdido. Pero sí. Lo vi.

—¿Y qué piensas sobre todo ello?

Convirtió una pieza de guardia en un regente y se pasó al tablero izquierdo. La partida habría acabado dentro de media docena de jugadas.

—Procuro no pensar en ello a toda costa. Intento no imaginarme cómo un hombre al que he seguido y en el que he creído durante tanto tiempo, de repente posee el poder y el conocimiento necesarios para desencadenara un demonio, canalizar sus acciones y luego atarlo de nuevo. Intento no pensar en la posibilidad de que Bastían Verveuk siguiera vivo cuando la atadura se produjo. Intento no creer que mi adorado inquisidor ha cruzado la línea desde donde no hay posibilidad de regreso.

»Jaque mate —añadió.

Admití mi derrota en ambos tableros y me recosté en la silla.

—Lo siento —le dije.

—¿El qué?

—Hacerte pasar por esto.

—Tus preguntas son…

—No. No me refiero a eso. Aprendí muchas cosas siniestras durante la persecución de Quixos. La principal fue el modo de controlar un demonio. Es un conocimiento que yo hubiera preferido no tener que utilizar jamás. Pero el titán era demasiado. No podía permitir que sobreviviese. No quedaba nada más en mi arsenal excepto ese conocimiento maldito.

—Lo entiendo, Gregor. De verdad. Esta conversación ni siquiera era necesaria. Hiciste lo que tenías que hacer. Sobrevivimos… bueno, casi todos nosotros. El Caos fue vencido. Ese es nuestro trabajo, ¿verdad? Nadie dijo que iba a ser fácil. Tenemos que hacer sacrificios o la misión del Dios-Emperador nunca se verá acabada.

Se inclinó hacia delante, y las lentes de sus implantes oculares brillaron a la luz de la chimenea.

—De veras, Gregor… ¿Crees que si yo pensara que te habías convertido en uno de esos radicales dementes estaría aquí sentado jugando al regicida contigo?

—Gracias, Uber —le dije.

Aemos me lo había hecho pasar peor de lo que yo esperaba. En cambio, con Medea estaba preparado para pasar un mal rato, pero su reacción también me sorprendió.

—¿Qué demoníaco? No me importa.

—¿No te importa?

—Realmente. Sólo me importaba Thuring, y utilizaste todo lo que tenías a mano para acabar con él.

—Eso hice.

—Bien, me alegro por ti.

Estábamos sentados en los cojines del puente de observación del Belleza.

Me miró y frunció el ceño.

—Ah, ya entiendo. Te refieres a que tienes miedo de que nosotros pensemos que te has convertido en un enloquecido hereje.

Cuando dijo «nosotros», se refería a todo mi equipo.

—¿Lo pensáis?

—¡Joder, no! ¡Supéralo, jefe! ¡Si yo hubiera podido hacer lo mismo que tú, lo habría hecho! ¡Hubiera jodido a Thuring de cualquier modo posible!

Lancé un suspiro.

—No lo hice por tu padre, Medea.

—¿Qué?

—Quiero decir que lo hice, pero que no quería hacerlo. Quería vengar a Midas, por supuesto, pero sólo utilicé al demonio porque Thuring y su maldito titán no nos amenazaban sólo a nosotros.

—¿Al planeta, te refieres?

—Al planeta… y a otros.

—Vale.

—¿Qué pasa?

Se quitó un mechón de cabello de la cara y alargó la mano para echar un trago de su copa.

—¿Me estás diciendo que si el planeta no hubiese estado en peligro, no habrías hecho todo lo que hiciste con lo del demonio?

—No. Quiero que lo entiendas bien. Quería ver muerto a Thuring. Quería que pagara por la muerte de tu padre. Pero no invoqué a Cherubael por venganza. Eso habría sido ser mezquino y de miras estrechas. Jamás habría podido justificar algo semejante, ni siquiera a mí mismo. Fayde Thuring se había convertido en algo más que un simple enemigo personal. Se había convertido en un enemigo del Imperio. Tenía que detenerlo allí mismo, y ya no me quedaban más opciones a lo que me refiero es que, en el fondo, al final fue una decisión completamente pragmática, no débil y emocional.

—Lo que tú digas. Thuring sufrió, ¿verdad? ¿Ardió? Eso es lo único que me importa. Pero, a pesar de todo, me debes una.

—¿Te debo una?

—Lo juraste. Por tu secreto más importante, juraste que estaría allí…

—¡Pero si estabas allí!

—¡No precisamente gracias a ti! Y no hasta el punto de participar y hacer sufrir a Thuring. Así que me debes una. Y quiero ese secreto, ahora.

—¿Qué secreto?

—Tú eliges. Pero tiene que ser el más importante. Y ya que tú has sacado el tema, qué tal si me hablas de ese… ese tal Cherubael.

Y así fue como acabé contándoselo todo sobre el huésped demoníaco. Todo lo hice para honrar nuestro juramento. También lo hice, o eso creo ahora al menos, porque deseaba confesarme con alguien y Bequin no estaba allí para ello. Lo hice, y ni siquiera me paré a pensar en lo que podría llegar a ocurrir.

Que el Dios-Emperador me perdone.

Siempre me ha encantado Gudrun, el antiguo mundo capital del subsector helicano. Tuve mi residencia principal en Tracian Primaris, un mundo cubierto de ciudades, repleto de crímenes y azotado por la sobrepoblación, durante mucho tiempo. Pero sólo había vivido allí porque me resultaba conveniente. Después de todo, era el mundo capital, y el Palacio de la Inquisición se encontraba allí lo visito lo menos posible, ya que me deprime.

Pero después de los terribles sucesos acaecidos durante la sagrada Novena, cinco décadas antes, fijé mi residencia principal en el ambiente más relajado de Gudrun. Al regresar allí, me sentí, en cierto modo, más seguro.

Nos despedimos de Startis y descargamos nuestras pertenencias en una aeronave alquilada. Había preparado un contenedor de carga para Cherubael, con el interior completamente lleno de runas y de símbolos, lo que me ocupó bastantes horas. Llevé a cabo los ritos apropiados y lo encadené al interior, además de añadir un amuleto que lo mantendría dócil. El contenedor fue cargado por servidores mudos en el interior de la bodega de carga de la aeronave.

Descendimos hacia el planeta. Miré hacia abajo desde las escotillas del compartimento de pasajeros y distinguí las grandes extensiones verdes del planeta. Los grandes espacios de tierras y bosques salvajes, los mares azules, el orden cerrado de las viejas ciudades. Había sido durante muchos años la capital del subsector, hasta que el hinchado gigante de Tracian Primaris se había apropiado de esa función. Sabía por propia experiencia que el mal y la corrupción acechaban en ese mundo tanto como en cualquier otro del espacio imperial, pero aquel planeta era el epítome del estilo de vida imperial, a pesar de todos sus vicios y defectos, un ejemplo claro de la cultura que yo había dedicado toda mi vida a proteger.

Nos desviamos un poco en la ruta de descenso. Pensé que lo más prudente era dejar a Cherubael en algún otro sitio que no fuera mi residencia privada, aunque antes había estado encerrado en la mazmorra que se abría en los cimientos de la misma. Si se producía alguna consecuencia oficial debido a los hechos acaecidos en Durer, mi residencia sería objeto de todo tipo de registros incómodos.

Poseía en secreto una serie de edificios en Gudrun. No estaban puestos a mi nombre, y así podía utilizarlos como pisos francos o retiros privados. Uno de ellos era una torre de vigilancia medio en ruinas en una zona agreste, a unos trescientos kilómetros al sur de mi casa principal. Era un lugar remoto y solitario que había encontrado apropiado para mis períodos de meditación a lo largo de los años.

Utilicé a los servidores de la aeronave para descargar el contenedor sellado que contenía al huésped demoníaco en la cripta de la torre, realicé los rituales finales de contención y activé el sistema de alarma del perímetro, sencillo pero eficaz, que había instalado en la torre cuando la compré.

Bastaría durante un tiempo. Más adelante, agradecí haber tomado aquella decisión.

Mi hogar era una finca grande situada en la península de Insume, a unos veinte minutos de vuelo de la venerable ciudad lacustre de Dorsay. Se llamaba Spaeton en honora la familia feudal que la había construido, y era una casa de campo en forma de h levantada a base de piedra ouslita gris con tejados cubiertos de piezas de cobre de color verde. Tenía varios garajes y establos adyacentes, un aviario, una colmena para drones, un jardín y un laberinto famosos diseñados con precisión matemática por el arquitecto Utilidad Krauss, un pequeño embarcadero en un gran estanque privado y un campo de sulleq perfectamente recortado. Estaba rodeado al este y al norte por bosques casi vírgenes, plantaciones de árboles frutales y amplios prados, desde la terraza tenía unas magníficas vistas de la bahía de Bisheen.

Jarat, mi ama de llaves, nos dio la bienvenida. Ya era noche avanzada, y la casa estaba limpia, caliente y preparada para ser ocupada. Jarat ya era mayor, aunque mantenía su aspecto rollizo y seguía vestida con la túnica gris característica acompañada de su bonete negro con un velo blanco; a su lado estaban Jubal Kircher, mi jefe de seguridad, y Aldemar Psullus, mi rubricador y bibliotecario. Al lado de aquel trío estaban Eleena Koi, de La Rueca, y el astrópata Jekud Vanee. El resto del personal de la casa, treinta en total, doncellas, mozos de cuadra, jardineros, cocineros, bodegueros, limpiadores y lavanderas, estaban alineados detrás de ellos, con sus uniformes blancos recién planchados, junto a los cinco guardias de armaduras negras del grupo de seguridad. Los saludé a todos y cada uno de forma personal. Jarat y Kircher habían contratado a bastantes empleados nuevos desde la última vez que estuve allí, y me esforcé por hablar con ellos y aprenderme sus nombres: Litu, un ayudante de cámara joven y alegre; Kronsky, un nuevo miembro del grupo de seguridad; Altwald, un nuevo encargado del jardín que había heredado el puesto de su padre, que se había jubilado.

Me pregunté cuándo se jubilaría Jarat, o ya puestos, Kircher. Supuse que en el caso de Jarat, probablemente nunca.

Mi primer acto fue abrir la mazmorra blindada del subsuelo del edificio. Bajé los escudos, desactivé los cerrojos electrónicos y luego pasé mucho tiempo eliminando todos los restos que pudieran indicar para lo que se había utilizado la mazmorra. Utilicé un lanzallamas para eliminar la primera capa de la superficie de las paredes y así borrar las inscripciones rúnicas. Los asquerosos restos del anterior cuerpo huésped de Cherubael estaban tendidos en mitad de la mazmorra, y ya no era más que un cascarón vacío aprisionado por unas cadenas. Empleé el lanzallamas e incineré aquello también. El cuerpo no había sido más que un organismo criado en un tanque de nutrientes que había encargado para poder llevar a cabo la primera invocación que realicé. En aquella fecha, utilizar un cuerpo sintético ya me había parecido bastante duro.

Pensé en Verveuk y me estremecí. Lo quemé todo.

Luego me di un baño, y me quedé durante mucho rato metido en el agua caliente.

Pasé dos semanas en Spaeton. Había intentado descansar, o al menos, recuperarme, durante el viaje de regreso, pero existe una tensión propia en el viaje espacial, y mi preocupación por el método de prisión tan rudimentario del demonio también me había impedido relajarme.

Allí, en Spaeton, por fin podía descansar.

Di largos paseos por los senderos de la península, o me quedaba en la punta observando cómo rompían las olas contra las rocas en la pequeña bahía. Pasaba horas leyendo en los grandes jardines mientras caían las cálidas noches. Ayudé a los miembros más jóvenes del personal a recoger la primera fruta madura de los árboles en las cestas de mimbre.

No me acerqué ni a la biblioteca, ni al laberinto ni a mi oficina. Alizebeth no permanecía mucho tiempo fuera de mi cabeza.

Aemos hizo de secretario personal durante aquel período, un trabajo que anteriormente había sido exclusivo de Bequin. Todas las mañanas, a la

hora del desayuno, me informaba del número de comunicados que se habían recibido a lo largo de la noche, y yo le decía que se ocupara de contestarlos. Respondía a las cartas de contenidos generales, archivaba las que tenían un carácter personal para que les echara un vistazo más tarde y retenía cualquier asunto oficial. Sabía que sólo me preocuparía por cierto tipo de comunicados: los relativos a la salud de Bequin, una orden directa de mi Ordos o algún mensaje de Fischig.

Era una mañana soleada de mi tercera semana de estancia allí. Mientras la niebla del amanecer se disolvía sobre los prados en cuanto la luz del sol la tocaba, yo ya estaba luchando con Jubal Kircher en el pugnaseum.

Era la tercera mañana que lo hacía. Me di cuenta de que no me sentía en forma, así que comencé un régimen de entrenamiento con combates suaves para entonar mi cuerpo. Estábamos equipados con monos ceñidos de mangas acolchadas en forma de escudo, y dábamos vueltas uno alrededor del otro en busca de una ocasión para golpearnos con las scorae, unas armas de práctica con empuñaduras cubiertas por un arrial en forma de jaula procedentes de Carthae.

Jubal era un maestro en la lucha con armas de combate cuerpo a cuerpo, pero se estaba haciendo mayor, y en mi mejor forma física no hubiera tenido ninguna clase de problemas para superarle. Donde él me superaba con creces era en las técnicas de combate y en el arte de la estrategia militar, algo que se había dedicado a estudiar a lo largo de toda su vida. Utilizó todo aquello esa mañana para aprovecharse de mi lentitud y mi escasa forma física, y superó mi supuesta superioridad de fuerza y velocidad con experiencia y paciencia.

Tres cuartos de hora más tarde, después de cinco asaltos, me había golpeado cinco veces, su rostro arrugado estaba cubierto de sudor, pero había ganado cinco veces seguidas.

—¿Ya es suficiente por hoy, señor? —me preguntó.

—No estás siendo demasiado duro conmigo, Jubal.

—¿Vencerle cinco a cero no es ser duro?

Me colgué la scorae del cinturón y ajusté las cinchas del escudo de la manga.

—Si yo fuese uno de los hombres de tu destacamento, ahora mismo tendría cinco moretones que acompañarían a los cinco golpes.

Kircher sonrió y asintió.

—Es cierto, pero un antiguo guardia imperial o un bravucón de calle que intenta llegar a mi nivel de exigencia debe recordar que su trabajo no es una especie de jubilación bien pagada. No creo que usted necesite aprender esa clase de lección.

—A ninguno de nosotros le viene mal seguir aprendiendo.

Ambos giramos la cabeza y vimos a Medea entrar en el pugnaseum. Caminó por el borde de la colchoneta, un instante bajo la sombra de la pared y al siguiente bajo el ancho rayo de luz solar que entraba por cada una de las ventanas. Me miró fijamente.

—Tan sólo repito una de tus frases preferidas.

Me di cuenta de que andaba buscando algo, que algo le pasaba. Kircher movió los pies inquieto.

—Déjame entrenarme con él —le dijo.

Le hice un gesto de asentimiento a Jubal, quien saludó al estilo de Carthae y salió de la habitación circular.

Medea se quitó la chaqueta de color cereza de su padre y la colgó del pomo de una puerta.

—¿Qué vamos a utilizar? —le pregunté antes de beber un trago de agua de una jarra situada en una mesilla cercana.

Se acercó a la terminal de la armería y tecleó sobre la pantalla, saltando rápidamente de diagrama en diagrama de las armas que le mostraba el monitor. Llevaba puesto un traje ceñido de semiarmadura, y se había calzado sus zapatillas de entrenamiento. Me di cuenta de que se había preparado para aquello.

—Espadas y rodelas de energía —me dijo mientras elegía el menú de armas y tecleaba el código de autorización.

Se oyó un traqueteo lejano y un zumbido cuando el sistema automático situado en la armería bajo el suelo retiró las armas escogidas de sus

estanterías y las subió hasta las repisas desplegadas en la pared contigua a la terminal. Dos módulos de rodelas. Dos espadas, idénticas, cada una de la longitud de un fémur humano, de un solo filo y ligeramente curvadas, con unas nudilleras alrededor de la empuñadura. Me lanzó una y la atrapé al vuelo.

Me acerqué hasta donde estaba y coloqué la scorae en el anaquel que la devolvería a su repisa de la armería. Luego tome mi rodela y la sujeté alrededor de mi antebrazo izquierdo. No era más que un artefacto emisor redondo, del tamaño de un reloj de bolsillo. Una vez encendido, proyectaría un disco de energía protectora del tamaño de una bandeja de comida sobre la parte posterior de mi mano y de mi antebrazo.

—Atención, han seleccionado armas de fuerza letal. Atención, han seleccionado armas de fuerza letal. Atención…

La terminal daba el aviso de forma suave pero insistente lo corte pulsando una tecla.

—Podemos utilizar escudos corporales completos, si estás preocupado —me dijo Medea.

—¿Por qué iba a estar preocupado? Tan sólo es un entrenamiento.

Encendimos las rodelas de energía y nos pusimos cara a cara en el centro de la colchoneta, ligeramente ladeados, escudo contra escudo, empuñando nuestras armas en un ángulo bajo en la mano derecha.

—Señal de comienzo —dije en voz alta.

—Tres —respondió la terminal—. Dos. Uno… Comiencen.

Medea había estado practicando.

Lanzó un tajo con su espada y detuvo al mismo tiempo mi primer acercamiento con su rodela, que chirrió y lanzó unas cuantas chispas al entrar en contacto con la mía antes de que sus pantallas de energía se repelieran.

Lancé una estocada baja defensiva e hice subir su hoja hasta nuestros escudos, de modo que las cuatro armas se quedaron enganchadas en un nudo chirriante de energía eléctrica chispeante.

Nos separamos y seguimos dando vueltas en círculo.

Se lanzó de nuevo a por mí, con la espada por delante. La desvié con mi rodela. Lo hizo de nuevo, y luego una tercera vez mientras seguíamos dando vueltas uno alrededor del otro.

Era muy astuta. El empleo de la espada y de la rodela era tan viejo como cualquier mundo, y el truco para seguir con vida consistía en emplear más el escudo que la espada. Sin embargo, el truco para vencer era utilizar más la espada que el escudo.

Mantuve la rodela al frente, pero ella dejó que pareciera que se había olvidado de su escudo y lo dejó ligeramente bajo, en una clara invitación a que me lanzara a fondo o que realizara una estocada demasiado profunda.

Dejé quieta mi espada, la mantuve donde ella pudiera verla y utilicé mi escudo tal como me había enseñado Harlon Nayl. La rodela también era un arma. No sólo podía detener una espada, también podía bloquearla o incluso partirla. Había oído hablar de duelos en los que había sido el borde del pequeño escudo de energía sólida el que había dado el golpe letal y partido una laringe desprotegida.

Medea giró de repente sobre sí misma y desvió mi rodela con la suya antes de lanzar una estocada avanzando como si bailara por encima de la colchoneta. Me vi obligado a detener su ataque con mi espada y a recuperar el equilibrio rápidamente, ya que continuó con su ataque.

El filo de su hoja partió el aire a escasos centímetros de mi cara, y tuve que bloquear su nueva estocada cruzando mi espada y mi rodela.

Metió su propio escudo bajo mi guardia y su espada inmovilizada y me propinó un fuerte golpe en el diafragma que hizo que me doblase sobre mí mismo y que cayera de espaldas en la colchoneta.

—¿Es suficiente? —me preguntó.

Me puse en pie.

—Otra vez.

Se lanzó de nuevo a por mí con la espada por delante, tal como yo esperaba. Me agaché, giré sobre mí mismo y finté justo a tiempo para que ella utilizara su rodela para detener mi hoja.

El disco de energía restallante me arrancó la espada de la mano y me hizo escocer los dedos.

Tal como yo había planeado.

Ella estaba mirando mi espada, distraída, mientras ésta salía volando por los aires. Con la mano derecha, que ya tenía libre, le agarré el brazo de la rodela justo por encima del hombro y se lo hice bajar con fuerza de modo que el escudo de energía chocara con su espada en el preciso instante que la levantaba. Se tambaleó. La golpeé con fuerza en el hombro descubierto con mi rodela y la hice caer.

Podría haber utilizado el borde. Podría haberla golpeado en la cara descubierta. Pero estábamos entrenando.

—¿Es suficiente? —le pregunté.

No me respondió.

—¿Medea?

Apagó su rodela y se quitó el artefacto.

—¿Qué te está rondando por la cabeza?

Medea levantó los ojos y me miró.

—Jamás quise vengarme —me dijo.

—Me dijiste que sí querías.

—Lo sé. Y supongo que sí quería. Una parte de mí… Venganza… No me parece…

—¿Satisfactoria?

—No me parece nada en absoluto. Tan sólo vacía. Estúpida y vacía.

—Bueno… Yo pude habértelo dicho. De hecho, creo que lo hice.

La ayudé a levantarse. No nos dijimos nada durante un minuto o dos mientras colocábamos las armas de nuevo en las estanterías y las enviábamos de vuelta a la armería del subsuelo.

Luego cogimos las jarras de agua de la mesita, abrimos las puertas del pugnaseum y salimos a la terraza soleada.

Iba a ser un día caluroso. El cielo estaba despejado de nubes y la luz era de un color casi blanco. La sombra de los árboles parecía maravillosamente fresca y acogedora. La distante punta de la península se veía borrosa por el calor y el mar resplandecía con millares de diamantes.

—Desde que fui lo bastante mayor para comprenderlo que había hecho Fayde Thuring —me dijo de repente—, he querido algo. Siempre he

supuesto que sería venganza.

—La venganza es un pretexto para otras respuestas emocionales más válidas —le dije.

Me miró con acritud.

—Deja ya de intentar ser mi padre, Eisenhorn.

Fue como si me hubiera pegado un bofetón en la cara. Nunca lo había pensado de ese modo.

—Yo sólo quería decir… —comencé a balbucear.

—Eres un hombre muy sabio —me interrumpió—. Muy inteligente. Culto. Le das a la gente consejos realmente buenos.

—Eso intento.

—¡Pero no sientes!

—¿Sentir, Medea?

—Sabes lo que son las cosas pero no las sientes.

Los pájaros trinaban en el borde del bosque y en el plantío de árboles frutales. Dos de los miembros más jóvenes del personal de la casa estaban aplanando los prados inferiores con un rodillo pesado. No estaba muy seguro de saber a lo que ella se refería.

—Siento…

—No. No sientes realmente el contenido de tus consejos, no la mayoría de las veces. Tan sólo son reflexiones, pero sin corazón.

—Lamento que pienses así.

—No es una crítica. Bueno, no en el fondo. Te sientes tan impelido a hacer lo que es… correcto, que te olvidas preguntarte por qué es lo correcto. Quiero decir…

—¿Qué?

—No lo sé.

—Inténtalo.

Bebió un sorbo de agua.

—Luchas del modo que te ha enseñado Kircher porque es el mejor modo de hacerlo.

—Suele serlo.

—Por supuesto. Es todo un experto. Por eso me has derrotado. Pero ¿por qué es el mejor modo de luchar? Utilizando esas armas, por ejemplo.

—Porque…

—¿Porque él te lo ha dicho? Tiene razón. Pero ¿por qué tiene razón? Nunca te haces ese tipo de preguntas. Nunca te preguntas qué errores o decisiones se cometieron o se tomaron para llegar a ese método correcto.

—No estoy muy seguro de entender adonde quieres llegar…

Sonrió y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, a eso es a lo que me refiero. Te has pasado toda la vida estudiando el mejor modo de hacer las cosas. Has aprendido el mejor modo de combatir. Has aprendido el mejor modo de investigar. Incluso has aprendido el mejor modo de aprender. ¿Te has preguntado alguna vez por qué son los mejores modos?

Dejé mi vaso sobre el murete situado al borde de la terraza.

—La vida es demasiado corta.

—La vida de mi padre fue demasiado corta.

No dije nada.

—Mi padre murió y yo quería algo, y tú me dijiste que no era venganza. Y estabas en lo cierto. La venganza es una mierda. No merece la pena. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que necesitaba en vez de venganza?

Meneé la cabeza.

—Tan sólo intentaba que te ahorraras el esfuerzo. La venganza es una pérdida de tiempo…

—No —me cortó antes de mirarme fijamente a los ojos—. Es una actividad sustitutiva. Es algo en lo que puedes concentrarte y realizar porque en realidad no puedes hacer lo que quieres.

Me estaba empezando a sentir impaciente.

—¿Y qué es entonces, Medea? ¿Lo sabes? —le pregunté.

—Lo sé ahora —me respondió—. Thuring mató a mi padre. Necesitaba algo, y no era que él pagase por lo que había hecho. Era lo que me había arrebatado. Necesitaba conocer a mi padre. Si hubiese tenido eso, no habría pensado más en Thuring.

Tenía razón. Era tan obvio que me dejó helado. Me pregunté cuántos otros errores similares, obvios, había cometido en mi vida, con la cabeza tan llena de conocimientos certeros y mi corazón tan estúpido.

Miré al interior del pugnaseum, y vi la chaqueta color cereza de Midas, colgada del pomo donde la había dejado Medea, golpeando el cristal de la puerta mecida por la brisa como si fuera una mariposa atrapada.

—Puedo darte lo que quieres —le dije—, al menos, en parte. Si realmente es lo que quieres.

Llamé a mi astrópata, Vanee, y le indiqué que comenzara una serie de preparativos. Me sugirió que la primera hora de la noche sería el mejor momento, cuando todo estaba más tranquilo, así que le pedí a Jarat que preparara una cena ligera y temprana para poder tener el resto de la noche libre, y que dejara algo de comida preparada por si, cuando acabáramos, teníamos hambre de nuevo.

Medea y yo fuimos a las siete a la sala de lectura, que se encontraba encima de la biblioteca principal de la casa. Le dio órdenes precisas a Kircher para que nadie nos molestara. De todas maneras, la mayoría del personal de la casa se había retirado temprano a sus habitaciones privadas o para relajarse.

Psullus, el rubricador, estaba en la biblioteca restaurando los lomos de ciertos libros que se estaban empezando a descoser.

—Déjanos a solas un rato —le dije.

Me pareció que se ponía nervioso. Una enfermedad degenerativa lo había confinado prácticamente a una vida en la biblioteca. Era su mundo privado, y me sentí cruel por expulsarle de allí.

—¿Qué quiere que haga? —me preguntó con cautela.

—Vete al estudio y mira salir las estrellas. Llévate un buen libro.

Miró a su alrededor y se le escapó una pequeña risa.

Mi biblioteca se encontraba en el centro de la Casa Spaeton, y ocupaba dos plantas. El nivel inferior estaba dividido en huecos repletos de estanterías, y la planta superior estaba sostenida por las columnas de esos

huecos que daban acceso a más estanterías alineadas contra las paredes. Unas lámparas de brillo suave colgaban de unas delgadas cadenas desde sus anclajes en el techo y lanzaban una luz dorada y cálida por doquier, los atriles de lectura de madera situados en el centro de la planta baja estaban equipados con lámparas individuales que generaban pequeños campos de luz azul más intensa.

El sitio era agradablemente cálido, y el aire estaba controlado cuidadosamente para impedir que se produjera un exceso de humedad que pudiera dañar los libros. El ambiente olía a cera para pulir madera y a conservantes químicos, con un leve aroma al ozono producido por los campos de estasis que protegían los ejemplares más viejos y delicados.

En cuanto Psullus se marchó, llevándose consigo una copia de Vicias, de Boydenstyre, hice subirá Medea por la escalerilla de bronce que llevaba a la galería superior y hasta la pesada puerta de la sala de lectura privada situada al otro extremo.

Medea se detuvo al llegar a la puerta y sacó una pistola de agujas glaviana de uno de sus bolsillos.

—Me he traído esto —me dijo—. También era de mi padre, una de las dos que fabricaron especialmente para él.

Lo sabía muy bien. Medea todavía empuñaba las pistolas gemelas cuando entrábamos en combate.

—Déjala aquí fuera —le indiqué—. No es buena idea intentar una conexión a través de un arma. Aunque se trate de una herencia como ésta. El dolor de la muerte se une a ellas, y descubrirás que se trata de algo muy desagradable. La chaqueta será más que suficiente.

Ella asintió y dejó la pistola en una librería cerca de la puerta de la sala de lectura. Entramos y vimos que Vanee ya nos estaba esperando. La pequeña estancia estaba iluminada con la luz de unas velas, y había tres sillas rodeando una mesa cubierta completamente por un paño. Los últimos rayos del sol atravesaban los vidrios de colores de la claraboya.

Nos sentamos. Vanee, un individuo de elevada estatura pero encorvado, con unos ojos amables y de mirada cansada, extendió la chaqueta de color cereza de Midas sobre la mesa. Ya llevaba meditando el tiempo suficiente

como para encontrarse cerca del estado de trance, y yo me dediqué a llevar a Medea de forma suave a un estado de calma receptiva.

La sesión de espiritismo comenzó. Se trata de un procedimiento psíquico bastante simple que yo mismo he utilizado numerosas veces para investigaciones y búsquedas. Vanee era el conducto, y canalizaba el poder de la disformidad. Yo utilizaba mi poder mental para que nos mantuviéramos centrados, a partir del punto de transición, la luz de la estancia se hizo fría, casi escarchada. Los objetos sólidos se convirtieron en siluetas translúcidas y borrosas. Las dimensiones de la pequeña sala de lectura se agrandaban y disminuían de forma intermitente.

La chaqueta de Midas, convertida en un jirón de humo de color turquesa, estaba rodeada por el aura que había acumulado a lo largo del tiempo, el eco de su contacto con manos humanas, con mentes humanas.

—Tómala —le dije—. Tócala.

Medea alargó la mano con precaución y rozó con sus dedos el borde del aura, que se abrió y se ahuecó con el contacto.

—Oh —fue lo único que dijo.

Apartamos uno por uno los recuerdos psíquicos que estaban enganchados a la prenda hasta que encontramos a su padre. Midas Betancore, piloto, guerrero, amigo. Sacamos a su fantasma de su escondite.

No se trataba de un fantasma, sino simplemente de una imagen grabada en la chaqueta y que había quedado allí. Una impresión de su padre, de su aspecto, de su voz, de sus emociones. Un lejano rastro de su profunda risa. El ligero aroma de las varitas de lho que le gustaba fumar y de la colonia que solía ponerse. Lo vimos cuando era joven, casi un chaval. Lo vimos en su edad madura, viril, pocos años antes de que le llegara la muerte prematura. Allí, a los mandos del cúter artillado, que también se había convertido en un fantasma, con los circuitos glavianos insertados en la palma de las manos comunicándose en profundidad con los aparatos de control de la aeronave. Allí, al timón de una nave de proa larga. Allí, mientras contemplaba los soles gemelos saliendo por encima de las Colinas Hinchadas de Glavia.

Sentimos su pena ante la muerte de Lores Vibben, pero hice que Vanee pasara rápidamente de largo para ahorrarnos aquel dolor empático. Nos pegamos a él a lo largo de varios combates aéreos emocionantes e intensos, compartiendo su capacidad de disfrutar con sus maniobras increíbles y los derribos de sus enemigos. Lo vimos mientras me salvaba la vida, o la vida de mis compañeros, una y otra vez.

Le escuchamos sentados a una mesa, cuando hacía reír a carcajadas y aplaudir a todos los presentes con un relato picante contado de forma maravillosa. Aquello nos hizo reír a los tres. Lo vimos sentado, en silencio, estudiando con atención un tablero de regicida para intentar averiguar cómo era posible que Bequin hubiera logrado vencerle otra vez. Lo vimos, a través de una nube de banderines de colores, llevara su novia hasta el altar de la Alta Iglesia de Glavia Glavis. Me vi a mí mismo, junto a Fischig, Alizebeth y Aemos, en el primer banco, donde todos estábamos haciendo repicar nuestras campanillas ceremoniales al igual que el resto de los asistentes a la boda.

—¡Esa es mi madre! —susurró Medea.

La mujer con la cara cubierta por un velo que se encontraba al lado de Midas era de una belleza impresionante, exquisita. Jarana Shayna Betancore. Midas siempre tuvo muy buen gusto. Jarana todavía estaba viva, allá en Glavia, una viuda distinguida que dirigía una firma naviera.

—Parece tan joven —añadió Medea.

Había un atisbo de tristeza en su voz. No había vuelto a Glavia para visitar a su madre desde hacía mucho tiempo.

Luego, casi como si nos estuviéramos entrometiendo, vimos a Midas y a Jarana abrazándose a la orilla del lago Taywhie. Midas estaba loco de contento por la felicidad y el nerviosismo.

—¿De verdad? ¿De verdad? —preguntaba una y otra vez.

—Sí, Midas, de verdad. Estoy embarazada de verdad.

Miré a Medea y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí —dije.

—No, quiero ver más —me respondió ella.

—Deberíamos parar —le aconsejé.

Estaba claro que Vaneese encontraba cada vez más cansado. Y, además, sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que nos encontráramos con los recuerdos de Fayde Thuring y de las últimas horas de su vida.

—Deberíamos dejarlo. Estamos…

Me vi interrumpido por el repentino pitido de mi comunicador. Lancé una palabrota en voz alta. Se lo había dicho muy claro a Kircher: nada de interrupciones.

Aquel sonido interrumpió la sesión de espiritismo de forma inmediata. La luz azul relampagueó y desapareció, y la estancia volvió a tener su aspecto habitual con una sacudida repentina que apagó todas las velas y nos hizo salir de la disformidad de una manera dolorosa. Vanee se desplomó sobre la mesa, jadeante y con síntomas evidentes de estar sufriendo. La cabeza comenzó a dolerme con una punzada repentina y aguda. Medea arrastró la chaqueta hasta su pecho y enterró la cabeza entre sus costuras de seda, sollozante. Las paredes estaban sudando.

Maldito Kircher. Las sesiones de espiritismo no deberían interrumpirse de ese modo. Cualquiera de nosotros podría haber resultado dañado de forma grave con un final tan abrupto. Por suerte, tan sólo estábamos emocionalmente confundidos.

Me puse en pie.

—Quedaos aquí —les dije a los dos—. Tomaos unos momentos para recuperaros.

Vanee asintió débilmente. Medea estaba perdida en su propia tormenta de sentimientos.

Salí al exterior y cerré la puerta a mi espalda. Saqué el pequeño intercomunicador del bolsillo y apreté la runa de «Contestar».

—Será mejor que sea importante, Jubal —dije con un tono de voz molesto.

La única respuesta fue la estática.

—¿Jubal? ¿Jubal? Aquí Eisenhorn.

Nada. Luego se oyó un rápido barboteo de unas palabras frenéticas que no pude entender, seguido de la estática de nuevo.

—¿Jubal?

De algún punto lejano, al otro lado de la casa, oí tres chasquidos amortiguados.

Disparos láser.

Empuñé la pistola de agujas que Medea había dejado en la estantería y corrí hacia la puerta de la biblioteca.



OCHO

LA CAÍDA DE LA CASA SPAETON
POR NUESTRAS VIDAS
SASTRE, EL LEAL SASTRE

Los pasillos de la casa estaban en silencio, con las luces brillando de forma tenue, pero pude distinguir el olor a quemado. Me apresuré a cruzar un pasillo enmoquetado mientras cargaba la pistola de agujas. Treinta proyectiles y una batería cargada por completo. No disponía de otro cargador.

Unas pequeñas luces rojas parpadeaban en las pantallas de los monitores de seguridad que se encontraban en las paredes a intervalos regulares. Me aproximé al que tenía más cerca, abrí la tapa y estaba a punto de apretar el sello de mi anillo contra el lector cuando oí un movimiento.

Alcé la pistola.

Dos doncellas y un criado aparecieron de repente y lanzaron un grito cuando me vieron.

—¡Tranquilos, tranquilos! —les grité yo a mi vez mientras bajaba el arma—. ¡Por aquí, vamos!

Corrieron hacia donde yo estaba y se metieron detrás de unas plantas ornamentales.

—¿Qué está pasando?

Estaban demasiado atemorizados para responder. Vi que la más joven de los tres era la nueva doncella, Litu. Alzó la vista y me miró con unos ojos aterrorizados y llenos de lágrimas.

—¿Litu? ¿Qué está pasando?

—Asaltantes —dijo con voz temblorosa por el pánico—. Asaltantes, señor. Hace sólo unos momentos, una gran explosión de repente en la parte de arriba de las escaleras, y luego disparos. Vi hombres armados que corrían por todos lados. Vi a un hombre muerto. Creo que era Urben. Creo.

Rocef Urben. Uno de los miembros de mi destacamento de seguridad.

—Le salía mucha sangre por la cara —tartamudeó Litu.

—Los asaltantes, Litu. ¿Desde dónde venían?

—Desde el oeste, señor —dijo el criado, que se llamaba Colyon—. Creo que desde la puerta principal. Le oí decir al señor Kircher que también venían por la parte de los establos.

—¿Viste a Kircher?

—Estaba un poco enfadado, señor, le oí hablar mientras pasaba a mi lado.

Miré a mi alrededor. El olor a quemado se estaba haciendo cada vez más intenso, y pude oír el sonido de nuevos disparos.

—Colyon —le dije—, ¿tienes las llaves de la casa?

—Nunca me separo de ellas, señor —me contestó.

—Eres un buen hombre. Sal por aquí hasta el porche del lado este y luego meteos tú y ellas en los jardines. Dirigios a las plantaciones de árboles frutales y escondeos. ¿Tienes un intercomunicador?

—Sí, señor.

—Si no me pongo en contacto con vosotros en los próximos veinte minutos, intentad salir de aquí. Cuida de ellas, Colyon.

—Lo haré, señor.

Salieron corriendo. Puse mi anillo en el monitor y logré la autorización de acceso. La unidad de la pared iluminó el aire con un pequeño

holograma de diagnóstico. Por increíble que me pareciera, establecía que todos los sistemas de seguridad, todos los detectores, todos los escudos del perímetro, estaban apagados. Habían sido desconectados desde la unidad central mediante un código de control autorizado.

—¿Cómo demonios había ocurrido?

—¿Jubal? —Probé de nuevo con el intercomunicador—. ¿Hay alguien? Aquí Eisenhorn. Contesten.

El comunicador que llevaba en la mano contestó esta vez. Era la voz de un hombre, dura como una piedra.

—Eisenhorn. Estás muerto, Eisenhorn.

Bajé hasta las estancias de los sirvientes. Al parecer, todo el mundo había huido. Las puertas estaban abiertas de par en par y unas cuantas sillas aparecían tiradas por el sucio. Las tazas medio llenas de cafeína seguían calientes. Una partida a medio terminar de regicida en la habitación del mayordomo. Una unidad pictográfica todavía encendida que mostraba una retransmisión en directo desde el estadio de Dorsay. Una varita de lho humeando sobre la moqueta del suelo.

La apagué con el pie.

Descubrí a Urben al pasar una puerta que daba a la pista de la parte oeste. Estaba muerto sin duda alguna. Estaba tirado en el suelo con la espalda casi bloqueando la entrada. Los disparos láser lo habían abierto en canal.

Estaba inclinado sobre él cuando oí pasos.

Tres hombres llegaron por el otro lado de la pista, pero sólo vi a dos de ellos. Se movían con rapidez, con la fluida confianza de asesinos entrenados. Llevaban puesta una armadura de combate compuesta por una cota de malla cubierta de goma, y se tapaban el rostro con máscaras de cartón piedra, del tipo que se puede comprar en Dorsay en época de carnaval. Estaban armados con rifles láser recortados.

Empezaron a disparar en cuanto me vieron, y los rayos se estrellaron contra el quicio de la puerta. Apenas tuve tiempo de ponerme a cubierto de un salto. Pude distinguir los chasquidos y pitidos de sus intercomunicadores personales.

Uno de ellos, que llevaba puesta una máscara con forma de cabeza de carnodonte, entró a la carrera medio agachado, mientras que otro que cubría su cara con una máscara de sirena hacía fuego de cobertura.

Disparé dos veces la pistola de aguja desde el quicio de la puerta y le abrí dos agujeros a la cara del carnodonte. El asaltante se dobló sobre sí mismo y se desplomó al suelo cuando le fallaron las rodillas.

La sirena disparó de nuevo de forma repetitiva. Me coloqué al otro lado del quicio de la puerta.

¡Para!, le ordené mentalmente utilizando mi poder psíquico. No hubo reacción por su parte. Estaban protegidos contra aquel tipo de poderes.

Alguien los había preparado a conciencia.

Me quedé agazapado y disparé contra el candelabro. Cuando cayó, la sirena se echó a un lado y lo impacté de lleno con tres agujas, cualquiera de las cuales habría sido un tiro letal. La sirena cayó de espaldas pesadamente y derribó una mesa al desplomarse.

Atravesé el umbral sin darme cuenta de que había un tercer asaltante allí afuera. Sus disparos me rozaron el hombro y me hicieron caer pesadamente.

Se oyó un fuerte estampido.

Levanté la vista.

—¿Gregor?

Era Aemos.

—Gregor, creo que he encasquillado tu puñetera pistola.

Me puse en pie. Aemos estaba en una puerta cercana trasteando con mi pistola bólter. El tercer asaltante, al que no había visto, había dejado una mella ensangrentada en la pared.

—Dámela —le dije mientras casi se la arrebataba de las manos. Corrí el cerrojo del arma—. Gracias —añadí tras un instante.

Se encogió de hombros.

—Es muy inquietante —me dijo—. Las armas y yo no solemos llevarnos bien y siempre…

—¡Aemos, calla! ¿Qué demonios está pasando?

—Nos están atacando —explicó.

—Aemos, viejo amigo, necesito saber algo más que eso.

—Bueno, lo cierto es que sé muy poco más, Gregor. ¡Bum!, nos están atacando. Ni un aviso, nada de nada. Hombres por todos lados. Muchas carreras arriba y abajo y muchos disparos. Creímos que te habían matado.

—¿A mí?

—Lo primero que atacaron fue el estudio. Con una granada o algo así.

—¡Maldita sea! Ven conmigo y quédate cerca de mí.

Subimos a la planta superior. Unas cuantas volutas de humo flotaban en el aire. Empuñaba la pistola de agujas en una mano y la pistola bólter en la otra. Descubrimos a dos miembros del personal de la casa en la parte de arriba de las escaleras. Les habían disparado después de ponerlos contra la pared.

—Oh, es terrible… —murmuró Aemos.

Lo era. Alguien iba a pagar por aquella atrocidad.

La puerta de mi estudio estaba abierta y el humo surgía de su interior.

—Quédate atrás —le susurré a Aemos, y atravesé la entrada de golpe.

La estancia era un desastre. Un cohete o el proyectil de un lanzagranadas disparado desde el prado cercano había destrozado la ventana principal y había convertido la mesa y la silla en astillas. El fresco aire nocturno entraba por el agujero y empujaba al interior de la casa el humo producido por la alfombra y las estanterías en llamas.

Había otros tres asaltantes en el interior de la estancia que estaban saqueando las estanterías llenas de libros e intentando forzar el archivador de documentos. Un hombre con una máscara de payaso estaba metiendo manuscritos, placas y pergaminos de gran valor sacados de un aparador climatizado en un simple saco. Otro, con la cara tapada por una máscara de serpiente, le estaba dando patadas a la vitrina en la que estaba guardada *Barbarizadora* intentando romper el cristal. El tercero, con una máscara de un sol sonriente, estaba forzando la puerta de mi archivador personal con una palanqueta.

Todos se giraron y empuñaron sus armas.

¡Por el Trono, eran muy rápidos! Yo disponía de la sorpresa y de la iniciativa, pero se movieron como el rayo. El de la serpiente incluso llegó

a disparar una ráfaga que me pasó por encima de la cabeza ante de que lo derribara con un disparo de bólter. Su cuerpo golpeó contra la puerta de cristal blindado de la vitrina de la espada y dejó un reguero de sangre mientras se deslizaba hasta el suelo. El payaso fue más lento, y su torso quedó agujereado por varios proyectiles de aguja antes de que pudiera soltar el saco. Simplemente se derrumbó hacia un lado, y su máscara se arrugó y partió cuando se dio de bruces primero contra una estantería, y luego contra otra, antes de llegar al suelo.

El de la cara de sol echó a un lado la palanqueta y se metió de un salto detrás de los restos de la mesa al mismo tiempo que yo rodaba al llegar al suelo después de entrar de un salto y apuntaba de nuevo.

Su ráfaga de rayos láser se encontró de frente con mi lluvia de proyectiles bólter y de aguja. Juro que al menos dos de los proyectiles bólter explotaron en el aire al chocar contra los rayos láser. Pero las agujas atravesaron limpiamente tanto la mesa como a él. Se desplomó hacia atrás, muerto.

Me puse en pie y caminé hacia el extremo destrozado de mi estudio.

Allí fue donde encontré a Psullus. Lo había enviado a aquel lugar tan sólo unas pocas horas antes. Las páginas en llamas de Vidas, de Boydenstyre, estaban esparcidas por doquier. Estaba sentado a mi mesa cuando el cohete destrozó el gran ventanal.

—Por el amor del Emperador… Aldemar… —Aemos se quedó pasmado por aquella visión tan horrible.

En aquellos momentos, yo estaba completamente enfurecido. Me metí la pistola de agujas, que ya casi había agotado la munición, en un bolsillo y tomé unos cuantos cargadores más para la pistola bólter de una estantería cerca de la ventana.

—Tenemos que salir de aquí, Aemos —dije.

Él se limitó a asentir, anonadado. Recogí el saco que el payaso había estado llenando y se lo entregué.

—Llénalo —le dije—. Tú sabes lo que es valioso. Se apresuró a obedecer.

Tecleé los códigos de seguridad de las vitrinas que contenían a *Barbarizadora* y al bastón rúnico. Las puertas de cristal blindado se abrieron con un leve siseo.

Pude oír en el exterior un sonido agudo, y distinguí los rayos de luz de unos focos que recorrían la superficie de los jardines y de los prados. Mis atacantes disponían de apoyo aéreo.

Una necesidad final. Abrí mi caja fuerte de vacío y saqué la antigua y maltrecha copia del *Malus Codicium*. Me la metí en el abrigo, pero Aemos ya la había visto.

—¡Vámonos!

—Un momento —me contestó Aemos mientras metía unos cuantos pergaminos más en el saco antes de echárselo a la espalda.

—Ya estoy listo —dijo.

Me dirigía la puerta, empuñando la pistola bólter en una mano y a *Barbarizadora* en la otra. Llevaba el bastón rúnico sujeto a la espalda. Pude oír un feroz tiroteo en la parte de abajo, un combate sin piedad.

Mi leal amigo Kircher no estaba dispuesto a morir sin presentar batalla.

—Sígueme —le dije a Aemos.

Sólo habían pasado unos pocos minutos desde que la alarma del comunicador había interrumpido la sesión de espiritismo. El tranquilo encuentro con la sombra de Midas Betancore no parecía algo remoto.

La casa estaba ardiendo. Las llamas llegaban desde el ala este saltando al frío aire nocturno y llenándolo de humo y de cenizas revoloteantes. Nos pusimos a cubierto detrás de una pared situada en el patio trasero de la cocina, y le echamos un vistazo al jardín a oscuras. Tres aerodeslizadores pesados habían aterrizado allí, agazapados como unos insectos negros y relucientes con sus patas extendidas al posarse. Sus escotillas laterales estaban abiertas y las cabinas de mando vacías. Un cuarto aerodeslizador, y luego un quinto, pasaron a baja altura por encima de nosotros, con los

rayos de luz de sus focos registrándolo todo mientras sus cañones acribillaban la parte trasera de la casa con proyectiles de gran calibre.

Cinco aeronaves, y cada una era capaz de transportar a doce individuos armados. Eso significaba que lo que estaba asaltando la casa Spaeton era un pequeño ejército. Alguien quería borrarme a mí y a mi personal del mapa. Alguien quería saquear mis valiosos secretos y artefactos. Y alguien disponía del suficiente dinero e influencia para estar a punto de lograr que todo aquello ocurriera.

Lo cierto es que las defensas automáticas de la residencia debían haber sido capaces de repeler con cierta facilidad el ataque, incluso un ataque de aquella magnitud. Los inquisidores nos hacemos enemigos. Una residencia fortificada es una necesidad laboral.

Pero la Casa Spaeton había quedado abierta de par en par. Sus pantallas, sus cierres de vacío, sus cerrojos, sus detectores de movimiento, los servidores centinelas, los montajes de armas… Todo estaba inerte y fuera de servicio cuando llegaron los atacantes.

Estaba completamente seguro de que se trataba de mercenarios. Extremadamente entrenados, extremadamente motivados, absolutamente implacables. Pero ¿quién los había contratado, y por qué?

Decidí que las respuestas a todas aquellas preguntas tendrían que esperar en cuanto vi otra serie de explosiones por toda la casa que iluminaron el cielo nocturno.

Los establos, que yo utilizaba como garaje y como hangar, acababan de desaparecer hechos pedazos.

—¿Qué te parecen esos vehículos? —me susurró Aemos a la vez que me señalaba las aeronaves del jardín.

Era demasiado arriesgado. Tendríamos que salir y quedarnos al descubierto, y lo más probable era que hubiera alguien de guardia cerca de los aerodeslizadores. Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿el muelle del lago? —me sugirió—. Quizá no han llegado hasta los botes.

—No, lo tienen todo planeado. Conocían la distribución de las habitaciones, sabían que debían destruir los establos. Tenían información

de todo este lugar, por dentro y por fuera.

Entramos de nuevo en la casa atravesando la cocina y el pequeño huerto de vegetales hasta llegar a la despensa que se encontraba detrás del comedor. Las columnas de humo se elevaban en el aire como colgaduras de seda. Me quedaba una última vía de escape, una que yo creía que ellos no conocían, que no podían conocer.

Barbarizadora se estremeció en mi mano, y supe que se acercaba alguien. Puse a Aemos detrás de mí.

Dos siluetas aparecieron ante nuestros ojos. Una era Eleena Koi, la intocable asignada a la casa. Llevaba a cuestas a Xel Sastre, uno de los hombres de Kircher. Lo habían herido en un hombro y en un brazo.

—¡Eleena! —susurré con un siseo fuerte.

—¡Señor! ¡Gracias al Emperador! ¡Pensábamos que lo habían matado!

Su delgado rostro estaba tenso por el pánico y la sangre de Sastre le había manchado toda la túnica de epinchiro.

Eché un rápido vistazo a las heridas de Sastre. Eran graves, pero sobreviviría si podíamos llevarlo a un hospital.

—¿Has visto a alguno de los otros? ¿A Kircher? ¿Has visto a Kircher?

—Lo vi morir —dijo Sastre—. Nos estaban obligando a retroceder y se quedó para defender el salón principal. Se llevó por delante a veinte de esos cabrones.

—¿Estás seguro de que…?

—Lo hicieron volar en mil pedazos, pero no antes de que se cargara a media docena. Me dijo… me dijo que fue Kronsky quien les dejó entrar.

—¿Qué?

—Kronsky. El tipo nuevo que contrató el mes pasado. Nos ha traicionado a todos. Apagó el sistema de defensa.

Un trabajo de infiltración, tal como me había temido. Kircher había contratado a Kronsky de buena fe, y sin duda había examinado escrupulosamente su vida pasada e incluso lo habría sometido a un examen psíquico de su mente. Y yo le di la bienvenida a Kronsky a mi casa. Mi respeto por los recursos, la habilidad y la preparación de mi desconocido enemigo creció todavía más.

Un aerodeslizador pasó aullando cerca de la casa, y el sonido de sus disparos esporádicos hizo que se estremecieran los cristales de las ventanas.

—¿Podéis mantener el ritmo? —les pregunté a Eleena y a Sastre. Ambos asintieron.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Eleena.

—Saldremos por el comedor, luego cruzaremos rápidamente el jardín de las rosas hasta llegar a los árboles frutales situados detrás del laberinto. Después, giraremos hacia el sur, llegaremos a la valla principal y luego hasta la carretera principal que lleva al bosque.

Había descrito un trayecto de unos dos kilómetros, pero nadie se quejó. Sabíamos que quedarnos allí era un suicidio.

Quise probar con mi comunicador de nuevo para ponerme en contacto con Medea, pero sabía que era inútil. Los asaltantes tenían cubiertos todos los canales, así que en vez de eso utilicé mi poder mental.

Medea… Medea…

Me sorprendí cuando la respuesta me llegó de forma casi inmediata. Se trataba de Vanee.

Estamos justo fuera del pugnaseum. Medea va a intentar apoderarse de una de las aeronaves.

¡No! ¡Detenla, Jekud! Están demasiado vigiladas. Dile a Medea «El roble de la tormenta». Ella entenderá lo que significa. Si llegamos allí los primeros, os esperaremos todo el tiempo que podamos.

El comedor estaba a oscuras, y el suelo de madera estaba cubierto de cristales rotos. Las ventanas habían saltado hechas pedazos, y las cortinas se movían al compás del viento nocturno.

Llegamos hasta las ventanas. En el exterior, el jardín de las rosas estaba en silencio y sombrío. La luz de las llamas arrojaba largas sombras sobre el césped inmaculado.

Nos agachamos de nuevo cuando un aerodeslizador pasó por encima. Se detuvo justo sobre el jardín con los motores aullando, y los chorros de empuje azotaron el césped. Estaba tan cerca que pude distinguir el chasquido y los pitidos del intercomunicador de la cabina del piloto.

Súbitamente, el foco apuntó hacia nosotros, y unos cegadores rayos de luz blanca helada iluminaron el comedor. Los restos de cristal relucieron como estrellas de una constelación.

El aerodeslizador se marchó rugiendo de forma abrupta y sobrevoló el resto de la casa.

—¡Vámonos! —dije con un fuerte siseo.

Cruzamos el jardín a la carrera. Aemos se mostró sorprendentemente ágil, pero Eleena tenía que cargar con Sastre. Retrocedí hasta ellos y la ayudé a llevarlo. Él no hacía más que disculparse, e insistía en que lo dejáramos atrás.

Era un buen hombre.

Llegamos al borde del plantío de árboles frutales y nos adentramos desapareciendo bajo su sombra, siguiendo la parte trasera del laberinto. El aire estaba cargado de suaves aromas de fruta madura y del penetrante olor de la alheña de las plantas del laberinto. Las polillas y los insectos nocturnos revoloteaban en la penumbra.

Cuando ya estuvimos bien adentrados entre los árboles frutales, a unos setenta metros de la casa, nos detuvimos para recuperar el aliento. El ruido de los disparos y de los gritos todavía llegaba desde mi residencia. Miré a mi alrededor, procurando no fijar la vista en el resplandor de los incendios para no perder mi visión nocturna y así poder ajustar mis ojos a la penumbra existente bajo los árboles. Eran manzanos, tumineros y ploineros, plantados en filas ordenadas. La corteza blanca de los tumineros brillaba como nieve en la semioseuridad, y algunos de los primeros grupos de ploineros habían sido envueltos cuidadosamente en plástico para impedir que los pájaros los picotearan. Yo había estado pocos días antes bromeando con el personal más joven de la casa mientras recogíamos fruta. Altwald había estado con nosotros colocando las bolsas alrededor de los ploineros, cada vez más gordos y maduros. Aquella noche, Jarat había servido una deliciosa tarta de tumineros.

Jarat. Me pregunté qué le habría pasado. Nunca lo descubrí.

Sastre se puso tenso y alzó su pistola láser al descubrir que algo se movía en la cercanía, pero tan sólo se trataba de un servidor-jardinero que

avanzaba por el surco entre los árboles frutales rociándolos de pesticidas totalmente ajeno a la matanza que se estaba produciendo cerca de él. Simplemente obedecía su programación nocturna.

Comenzamos a avanzar de nuevo, pero cuando miré hacia atrás, pude distinguir bastantes siluetas que salían por las ventanas rotas del comedor y que se desplegaban por el jardín de rosas.

Les indiqué a mis tres compañeros que avanzaran y yo retrocedí un poco. Permanecí lo más oculto posible por si el enemigo estaba equipado con lentes de visión nocturna o con detectores de movimiento.

Me acerqué al servidor por detrás, le abrí el panel trasero mientras seguía moviéndose con lentitud y programé unas nuevas órdenes en el teclado. Cambió de rumbo y se dirigió hacia el jardín de rosas, variando su aproximación tan sólo para esquivar a los árboles. Había incrementado su velocidad de movimiento.

Ya estaba casi de regreso con los míos cuando oí los primeros disparos. Los asaltantes se habían visto sorprendidos por la repentina aparición del servidor. Con un poco de suerte, los retrasaría o incluso los despistaría. Si habían estado siguiendo nuestro movimiento, quizás el servidor les convencería de que era lo único que habían detectado.

Seguimos caminando hasta que nos alejamos bastante de la pared del laberinto cuando ya habíamos dejado atrás el plantío de árboles frutales. Cruzamos varios prados oscuros de hierba muy crecida avanzando con torpeza. La única luz de la que disponíamos era el brillo en el ciclo provocado por el incendio de la Casa Spaeton.

Giramos hacia el sur, o lo que aproximadamente creíamos que era el sur. Seguíamos estando en mi propiedad (de hecho, la tierra que aparecía en el registro se extendía varios kilómetros a la redonda), pero se trataba de bosques sin limpiar y de terreno sin cultivar, lleno de matorrales. Pude oír el mar, tentadoramente lejos de nuestro alcance, más allá de la península que se extendía a nuestras espaldas.

Me pregunté lo lejos que podríamos llegar antes de que nuestros atacantes acabaran de registrar la casa y se dieran cuenta de que me había escurrido entre sus dedos.

Nos apresuramos durante otros veinte minutos, y pasamos por claros ocupados tan sólo por esbeltas hayas y fintles nudosos. El suelo estaba repleto de ortigas. Llegamos a una zanja de regadío llena de agua, y tardamos bastante rato en hacer cruzar a Sastre al otro lado.

Distinguí la zanja del perímetro y la carretera que estaba al otro lado. Más allá, al otro lado de la carretera, se podía ver los grandes bosques vírgenes, los bosques propios de Gudrun, que todavía cubren dos terceras partes del planeta, intactos y tranquilos incluso desde que llegaron las primeras colonias para establecerse allí.

—Ya casi hemos llegado —susurré—. Vamos.

Siempre andas tentando al destino, Eisenhorn. Tentando al destino.

Los disparos de rifle láser surcaron el aire sobre nuestras cabezas. Sólo algunos al principio, y luego muchos más, procedentes al menos de cuatro puntos distintos. Bajaron su punto de mira y los disparos de color naranja brillante segaron los matojos de ortigas, lanzando al aire una lluvia de pulpa y de savia. La aulaga seca y los arbustos de fintle se estremecieron y estallaron en llamas.

Una bengala surcó el aire, brillante como una estrella, y nos condenó a todos con su luz delatora.

—¡La valla! ¡Vamos! —exclamé.

A nuestra espalda, iluminados por la luz de la bengala, pude distinguir unas siluetas oscuras que avanzaban a través de los matojos de ortigas y que surgían de entre los árboles. De vez en cuando, alguna de las siluetas se detenía, alzaba su arma y nos lanzaba varios disparos cegadores.

Más a lo lejos, justo donde se alzaba la brillante pira que había sido la casa Spaeton, vi dos puntos de luz blanca que se elevaban en el aire y se alejaban del incendio. Los aerodeslizadores, llamados por los asaltantes, se acercaban en nuestra dirección, iluminando con sus focos los prados y los trozos de bosque por los que pasaban.

Llegamos por fin a la valla. Concentré mi furia en *Barbarizadora* y abrí de un tajo un agujero de unos dos metros de ancho.

—¡Venga, pasad! —les grité.

Aemos pasó por el hueco. Sastre tropezó y se cayó, soltando a Eleena. La hice pasar también a ella por el hueco y regresé a por el herido.

Sastre había apuntado su pistola láser contra nuestros atacantes y les estaba disparando. Estaba sentado con la espalda apoyada contra la valla. Recuerdo que ya había abatido a dos de los asaltantes, unas siluetas que se esforzaban por avanzar a través de los matojos y de los arbustos a unos cincuenta metros de donde nos encontrábamos.

—¡Váyase, señor! —me dijo.

—¡No sin ti!

—¡Váyase, maldita sea! ¡No llegarán muy lejos a no ser que alguien les retrase!

Una lluvia de disparos láser cayó a nuestro alrededor, abriendo agujeros en la valla y levantando surtidores de tierra húmeda. Me vi obligado a darme la vuelta y a desviar varios disparos con *Barbarizadora*. La espada zumbó y se estremeció al absorber aquella energía.

—¡Váyase! —me gritó Sastre de nuevo.

Me di cuenta de que lo habían alcanzado de nuevo y que intentaba ocultarlo. Tosió y escupió sangre.

—No puedo dejarte así…

—¡Por supuesto que no puede! —me cortó en seco—. ¡Deme una puta arma! Esta maldita pistola tiene la batería energética casi descargada.

Me agaché a su lado y le entregué mi pistola bólter y los cargadores de recambio que llevaba.

—El Emperador te recordará, incluso si yo no sobrevivo esto —le dije.

—Será mejor que sobreviva, señor, o estaré malgastando todo este esfuerzo.

No había tiempo para decir nada más, ni siquiera para estrecharnos las manos. Empecé a oír el rugido de los disparos de la pistola cuando estaba empezando a atravesar la valla.

Eleena y Aemos me esperaban al otro lado de la carretera, en la linde del bosque. Me reuní con ellos y echamos a correr hacia la oscuridad, tropezando con raíces retorcidas, subiendo cuestas embarradas, rodeados por la negrura del bosque primigenio.

Los disparos de la pistola bólter continuaron sonando durante un rato. Luego, todo quedó en silencio.

Que el Dios-Emperador haya concedido el descanso eterno a Xel Sastre y que descanse en paz.



NUEVE

EL ROBLE DE LA TORMENTA
EL REGRESO
MIDAS SE SENTIRÍA ORGULLOSO

Nos lanzamos durante casi una hora a recorrer la gran oscuridad del bosque, ciegos y desesperados. Perdimos de vista el tremendo incendio de la casa en lo que nos pareció un alarmantemente corto período de tiempo. El bosque, espeso y ancestral, lo tapó por completo.

—¿Nos hemos perdido? —murmuró Eleena con voz temblorosa.

—No —la tranquilice.

Kircher, Medea y yo habíamos pasado muchas horas cazando y explorando aquellos bosques casi vírgenes, y conocía esa zona bastante bien, aunque debido a la oscuridad había una atmósfera de misterio y de falta de familiaridad.

Me fijaba en la existencia de ciertos puntos de referencia de vez en cuando: un saliente de roca parecido a un diente, un árbol viejo, una ondulación en el terreno. Normalmente, reconocía aquellas señales cuando estaba justo encima de ellas, y tardaba un momento en orientarme de nuevo.

Unos aerodeslizadores pasaron dos veces por encima de nosotros, y los haces de luz de sus reflectores intentaron atravesar el denso follaje de los árboles. Si hubieran tenido detectores de calor, habríamos muerto, pero nos estaban dando caza tan sólo con aquellos reflectores. Por fin, pensé con un cierto alivio y alegría, mi enemigo había cometido un error.

Llegamos al roble.

Medea lo había bautizado con el nombre de Roble de la Tormenta. Ya tenía varios centenares de años de vida cuando llegó el rayo que lo mató y lo dejó convertido en un gigante partido y sin hojas, como si fuera la torre medio destruida de un castillo. La corteza se desprendía poco a poco de la madera muerta, y la zona a su alrededor estaba repleta de larvas y de escarabajos. El árbol había crecido sobre una zona agujereada del terreno contigua a un pequeño terraplén de veinte metros de alto. El roble medía unos cincuenta metros de alto desde su enorme masa de raíces parcialmente al aire hasta su extremo destrozado por el rayo, y su tronco tenía un diámetro de unos quince metros.

Me metí en el agujero bajo sus raíces. Cuando el rayo lo sacudió, muchos años atrás, había arrancado en parte al enorme árbol del suelo, lo que había creado una pequeña caverna bajo esas mismas raíces. La húmeda abertura era como una capilla formada de modo natural, y sus raíces actuaban como las vigas del techo. Me habían dicho que los anteriores propietarios de la casa Spaeton la utilizaban para sus ceremonias privadas.

Medea y yo decidimos utilizarla como hangar.

Nadie más conocía su existencia, sólo Kircher. Todos habíamos estado de acuerdo en que se trataba de un lugar secreto y solitario donde guardar una aeronave de pequeño tamaño. Un refugio. No pienso que en ningún momento pensáramos que algo realmente malo nos podía pasar en la Casa Spaeton, algo como lo que había ocurrido aquella noche, pero se nos ocurrió que era una buena idea disponer de un transporte oculto a las miradas de todo el mundo.

El transporte en cuestión era una aeronave monocasco con turbopropulsores, fabricado de modo artesanal en Urdesh. Ligera, veloz,

extremadamente maniobrable. Medea la había comprado diez años antes, cuando estaba aburrida, y la guardó en el hangar principal de la Casa Spaeton, hasta que una noche, cuando nos encontrábamos fuera efectuando una investigación, varios de los miembros más jóvenes del personal de la casa decidieron darse una vuelta con ella, ya que era mucho más deportiva que las grandes aeronaves y los pesados aerodeslizadores de nuestra propiedad.

Repararon los daños antes de que regresáramos, pero Medea se dio cuenta de lo sucedido. Hubo una seria reprimenda.

Unas semanas más tarde, cuando descubrimos el Roble de la Tormenta durante una expedición de caza, y pensamos en la posibilidad de tener un vehículo de escape, Medea decidió llevarse allí la aeronave. Nunca pensamos realmente que tuviéramos que utilizarla para huir. Tan sólo era una excusa para mantenerla alejada de los envidiosos jóvenes.

Retiré la lona impermeabilizada y abrí la escotilla. El interior de la cabina de mando olía a cuero y a la leve humedad del bosque.

La aeronave, de unos seis metros de largo y con un acabado de color gris pizarra, tenía una cabina en forma de cuña que se estrechaba hasta llegar a una cola corta en forma de V. Estaba impulsada por tres unidades turbopropulsoras, una situada justo detrás de la cabina como empuje principal, y las otras dos montadas en unas alas cortas que salían a cada lado del lecho de la cabina. Las unidades de las alas estaban montadas sobre engranajes, de modo que pudieran girar para proporcionar control tanto de altitud como de rumbo. La cabina era cómoda, con tres filas de asientos: un asiento único para el piloto, dos asientos de respaldo alto para los pasajeros y un simple banco de estilo funcional detrás de éstos apoyado justo en la pared trasera de la cabina.

Me senté en el puesto del piloto y me abroché el arnés. Efectué la comprobación previa al despegue para encender los sistemas mientras Eleena y Aemos se sentaban en los dos asientos situados detrás de mí. El panel de instrumentos brilló con un resplandor verde y oímos un largo zumbido en aumento mientras los turbopropulsores comenzaban a girar.

Eleena cerró la escotilla. La alfombra de hojas secas que cubría el suelo de la cavidad formada por las raíces empezó a deshacerse y a revolotear por el aire.

No habíamos oído nada de Vanee desde que habíamos entrado en el bosque. Utilicé mis poderes psíquicos para llamarlos e insistirles en que se dieran prisa. No hubo respuesta.

Las células energéticas de la aeronave mostraban que estaban cargadas en un setenta y cinco por ciento. No vi ninguna runa señalizadora de alerta o de avería en el panel de diagnóstico. Efectué una comprobación final. El aparato estaba armado con una lanza láser ligera, colocada de un modo discreto en una montura fija bajo el morro. Nunca la habíamos utilizado, y los instrumentos mostraban que estaba apagada. Introduje un código para activarla, pero la pantalla me indicó que estaba desconectada para mayor seguridad y que no se encontraba en estado funcional.

Salí de nuevo mientras los turbopropulsores seguían girando y me dirigí al morro de la aeronave. Me agaché para mirar la montura del arma. La lanza, que era poco más que un tubo estrecho, tenía la punta cubierta con un tapón de goma para impedir que entrara la suciedad. Tiré del tapón hasta quitarlo. Al sacar aquel obturador de seguridad, rompí un cable de enganche que dejaba a la vista una clavija y permitía tirar de ella. La lanza ya estaba preparada.

Entré de nuevo en la cabina de mando, cerré la escotilla y eché un vistazo a los instrumentos. El indicador del arma mostraba que estaba encendida, y activé la función de alimentado para cargar sus células de disparo.

Acababa de terminar cuando lo sentí.

—Señor, ¿qué ocurre? —gritó Eleena cuando lancé un jadeo y me incliné hacia delante.

—¿Gregor? —me preguntó Aemos con un tono de voz alarmado.

—Estoy bien… ha sido Vanee.

Un breve aullido psíquico procedente de la casa. Un psíquico herido.

Intenté ponerme de nuevo en contacto con él, pero no noté nada excepto una sensación borrosa de angustia de trasfondo. Un momento después oía su mente instando a Medea que corriera, que corriera y no mirara atrás.

Lancé un gemido cuando otra oleada de dolor azotó el espectro mental.

—¡Por el Dios-Emperador! ¡Maldita sea! —casi grité, e hice avanzar la aeronave.

Los turbopropulsores aullaron. Nos vimos rodeados inmediatamente por un torbellino formado por hojas secas y ramitas muertas que repiquetearon y rebotaron contra el fuselaje y las ventanillas. Me elevé unos cuantos centímetros para alejarme del suelo, con los turbopropulsores de las alas apuntando hacia abajo por completo, y nos dirigimos a la salida de la caverna del Roble de la Tormenta con un impulso mínimo.

Mantuve vigilado el escáner de proximidad, que parpadeaba en rojo al detectar la cercanía de la estructura que nos rodeaba. En cuanto indicó que la punta de la cola ya había pasado por debajo de la cornisa formada por las raíces, aumenté el impulso elevador y ascendimos, llevándonos con nosotros los remolinos de hojas del claro.

Subimos y giramos lentamente, una, dos veces, para permitir que el escáner de reconocimiento de terreno registrara la zona. Luego alineé la aeronave hacia un punto concreto.

—Estoo, ¿Gregor? —me dijo Aemos al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante y señalaba por encima de mi brazo izquierdo la esfera luminosa de la brújula—. Nos dirigimos hacia el norte.

—Sí.

—Estoo, aahh, no hace falta que te diga que hemos venido desde el norte.

—No. Lo siento. Vamos a regresar.

Bajé el morro, los propulsores de las alas giraron hasta colocarse en una posición de tres cuartos de empuje horizontal y el aparato se adentró en la oscuridad a toda velocidad.

Avancé por encima del bosque a una velocidad de unos veinte nudos con las luces apagadas. La visibilidad era prácticamente cero, así que piloté utilizando una combinación de auspex y de escáner de proximidad, leyendo las imágenes fantasmales de color verde y ámbar de los troncos de los árboles y de las ramas a medida que se acercaban, pasando por el lado y por abajo. De vez en cuando apuraba demasiado, y la alarma de colisión sonaba en cuanto algo de color rojo vivo aparecía en la pantalla. Hubo muchos momentos en los que estuve a punto de chocar, pero sólo una vez di contra algo: una rama pequeña que se partió, gracias al Emperador. Aemos y Eleena soltaron un grito involuntario.

—Relajaos —les indiqué.

Habríamos avanzado mejor, y con mayor seguridad, por encima de las ramas de los árboles, pero quería permanecer oculto todo el tiempo que pudiera.

Intenté en vano ponerme en contacto de nuevo con la mente de Vanee.

Esquivamos por los pelos una rama baja de gran tamaño y llegamos a una larga pendiente situada bajo los árboles. El auspex me mostró que habíamos llegado prácticamente al lindero del bosque. La carretera estaba justo delante de nosotros.

Pude ver luz a través de los primeros árboles, una luz palpitante. Otra bengala. Corté la propulsión y me quedé flotando en el aire con los turbopropulsores orientados hacia abajo.

Podía ver con claridad la carretera, la valla, los prados y los campos llenos de arbustos y matojos al sur de la Casa Spaeton que habíamos cruzado a pie para poder escapar. Toda la zona estaba bañada por una luz fría y gris, una iluminación parpadeante producto de la bengala que ya se estaba apagando. Unas siluetas negras, docenas de ellas, estaban atravesando con esfuerzo el terreno lleno de vegetación desplegadas en una línea, buscando algo.

Medea, exclamé mentalmente para llamarla. No podía contestarme, ya que no tenía poderes psíquicos, pero recé para que pudiera sentir mi

llamada.

Medea, estoy cerca.

Se produjo una repentina explosión de movimiento hacia el noroeste, alrededor de un grupo de árboles, y el resplandor de disparos láser. Otras dos bengalas surcaron el aire, convirtiendo al paisaje en un panorama de ángulos duros en blanco y negro. Los asaltantes comenzaron a acercarse al grupo de árboles.

Tenían a alguien acorralado, atrapado. Supe de forma instintiva que se trataba de Medea.

Hice avanzara la aeronave sin encender todavía las luces, pasando a baja altura por encima de la carretera y de los prados más exteriores. El impulso de los turbopropulsores abrió un surco temporal en la hierba. Las siluetas se giraron a medida que yo las sobrevolaba. Pude distinguir máscaras de carnaval a la luz de las bengalas.

Me ceñí al terreno y seguí dispersando a algunos de los asaltantes mientras me apresuraba a llegar al bosquecillo. El resplandor de los disparos láser comenzó a llegaren mi dirección.

Levanté con el pulgar la tapa de cobertura del botón de disparo de la palanca de mando. No existía un sistema de puntería para la lanza láser excepto la propia aeronave. Si el aparato estaba encarado hacia un punto, también lo estaba el arma.

Apreté el botón.

La lanza disparó un rayo continuo mientras mantuve apretado el botón. No tenía opción de disparo único o de ráfaga. Una línea de luz amarilla brillante, poco más gruesa que un lápiz, surgió de debajo del morro y segó los matojos cercanos al bosquecillo. Vi salir disparado barro y restos de plantas del surco que abrió en el suelo. El morro de la aeronave estaba demasiado inclinado. Me estaba quedando corto. Levanté un poco la parte delantera del aparato y disparé de nuevo.

Dos de los asaltantes se desplomaron al suelo después de ser cortados por la mitad por el rayo. Varios árboles jóvenes y un fintle maduro del borde del bosquecillo cayeron al suelo entre una lluvia de hojas. Era difícil apuntar con la aeronave moviéndose constantemente.

Me quedé flotando a unos veinte metros del grupo de árboles. Numerosas salvas de disparos nos tenían ya como objetivo. El aparato se estremeció cuando recibió varios impactos en la parte inferior del fuselaje.

Disparé por tercera vez, manteniendo la aeronave estabilizada en paralelo con el terreno y la hice girar suavemente de izquierda a derecha mientras mantenía apretado el botón de disparo. Los asaltantes tuvieron que tirarse al suelo para esquivar el rayo de luz letal que pasó por encima de ellos. Unos cuantos no lo consiguieron. La lanza simplemente los cortó por la mitad, atravesando carne, hueso y armadura. Supongo que debí acertarle a una batería de energía o a una bolsa de granadas, porque uno de ellos estalló en mil pedazos.

Nuevos disparos resonaron contra la parte posterior del fuselaje. Avancé de nuevo y giré por el oeste del grupo de árboles.

Vi a Medea en el auspex. Estaba corriendo para alejarse del bosquecillo por el lado norte, y había quedado al descubierto. Tardé unos instantes en poder distinguirla a simple vista. Tan sólo era una mancha entre las hierbas. Una mancha brillante. Llevaba puesta la chaqueta de color cereza de su padre. Me di cuenta de que se había puesto al descubierto para darme la oportunidad de posarme y recogerla. Los delgados árboles del bosquecillo estaban demasiado juntos.

Los disparos láser la persiguieron. Se giró para disparar con su pistola, pero sin dejar de correr.

¡Estás al descubierto! ¡Tírate al suelo!

Vi que se daba la vuelta para ver dónde estaba. Un instante después, un impacto de rayo láser la hizo caer de bruces al suelo.

—*¡Medea!* —Aceleré al máximo, aplastándonos contra los asientos—. ¡Aemos! ¡Prepárate para abrir la escotilla lateral!

Me acerqué tanto como pude a la zona de arbustos donde Medea había caído. El chorro de empuje de los turbopropulsores podía causarle heridas graves. Saltamos con fuerza en nuestros asientos cuando posé el aparato. Dejé la velocidad a cero mientras Aemos abría la escotilla, pero era un hombre mayor, era lento, y estaba atemorizado. Eleena no podía salir porque él se lo impedía.

Me asomé, hice que Aemos se sentara de nuevo y bajé de un salto. Aterricé sobre las ortigas húmedas y los gruesos tallos de fex. El frío del aire nocturno me sorprendió. Otra bengala estalló por encima de nosotros, y me di cuenta de que los chasquidos que oía eran los rifles enemigos que disparaban en mi dirección.

Corrí hacia delante, buscando a Medea.

—¡Medea! ¡Medea!

Al estar en el suelo, era casi imposible adivinar en qué punto exacto de todo aquel mar de hierba que llegaba hasta los muslos había caído.

—¡Medea!

Un rayo láser cortó el aire a mi izquierda. El más cercano de los asaltantes, que estaba atravesando a la carrera el prado, estaba tan sólo a una escasa decena de metros de mí.

Me di cuenta de que estaba desarmado. Le había entregado mi pistola bólter a Sastre, y *Barbarizadora* y el bastón rúnico se encontraban en la aeronave, a mi espalda.

No. Tenía la pistola de agujas de Medea. Todavía estaba en el bolsillo de mi abrigo. La saqué y disparé apuntando con las dos manos.

Mi primer disparo acertó de lleno al atacante más cercano, quien cayó de espaldas sobre la hierba. Mi siguiente tiro hirió a otro, que también desapareció entre las hierbas.

Miré el indicador mecánico de la pistola de agujas. Tan sólo me quedaban dos proyectiles.

Me agaché y empecé a registrar la hierba alta con un frenesí cada vez mayor mientras los disparos pasaban cada vez más cerca.

—¡Medea!

Y allí estaba, boca abajo sobre la espesa maleza. Distinguí un agujero chamuscado y ensangrentado en la parte posterior de su chaqueta de seda.

La levanté y coloqué su cuerpo inerte sobre uno de mis hombros. La pistola automática que había estado utilizando cayó pesadamente de su mano.

Me incliné y la recogí. El cargador estaba medio lleno.

Me giré procurando que ella no se cayera y disparé la pistola con furia contra el enemigo que se aproximaba, disfrutando del gratificante rugido y retroceso de la potente arma de proyectiles sólidos. Las pistolas de aguja son unas armas elegantes y letales, pero con ellas apenas se nota que estás disparando.

Aquella arma, de cromo y cañón achatado, saltaba en la mano como un yurf enloquecido y los casquillos de bronce silbaban en el aire al salir despedidos de la recámara.

Eché a correr hacia nuestra aeronave, esperándome un tiro la espalda en cualquier momento, oí disparos láser cercanos, pero no procedían de un lugar a mi espalda. Eleena Koi estaba asomada por la escotilla lateral del aparato y me estaba cubriendo con una pistola láser que yo no sabía que llevaba encima. Aemos se había colocado en la parte posterior, en el banco de atrás, lo que le había permitido a Eleena llegar hasta la abertura de la escotilla.

Aemos sacó los brazos y cogió a Medea. Eleena le ayudó, y entre los tres la metimos en la parte posterior, al lado de Aemos.

Deseaba con todas mis fuerzas que no estuviera muerta. Eleena disparó una última vez y se metió de nuevo en el asiento de los pasajeros. Entré de un salto y le grité que cerrara la escotilla.

No tenía tiempo de ponerme el arnés. Numerosos disparos se estrellaron contra el flanco de la aeronave. Una de las ventanas se hizo añicos. En el interior del fuselaje comenzaron a aparecer impactos que arrojaron fragmentos del casco por doquier.

Hice que la aeronave se elevara, y nos dirigimos hacia los asaltantes que se nos acercaban.

Creo que dije algo muy poco educado, aunque no estoy seguro, cuando apreté el botón de disparo. Algo así como: «Tragaos esto, cabrones».

Lo cierto es que me parece que no le acerté a ninguno, pero, por el Trono, se echaron al suelo de inmediato.

—¡Señor! —me gritó Eleena por encima del aullido de los turbopropuIsores.

Una bola de luz se estaba acercando a nosotros por el otro lado del bosquecillo. No podía distinguir al aerodeslizador, tan sólo el rayo de su reflector brillando como una enana blanca en el cielo nocturno.

Hora de irse.

Mantuve la nave en vuelo rasante, pero me alejé hacia el sur por encima del prado a toda velocidad, y sin dejar de acelerar.

Íbamos a cuarenta o cuarenta y cinco nudos por hora cuando llegamos cerca de la carretera y del lindero del bosque.

Sopesé todas mis opciones en cuestión de un momento. Podía volar algo más alto, por encima de los árboles, y convertirme en un objetivo fácil para cualquiera que me estuviera persiguiendo. Atravesar el bosque con las luces apagadas y reducir enormemente la velocidad. Atravesarlo con las luces encendidas.

Escogí la tercera opción.

Encendí los reflectores de la aeronave e iluminé una zona triangular por delante de nosotros. Incluso con las luces encendidas, el auspex y la alarma de proximidad, aquella opción era casi un suicidio, a los pocos segundos, después de esquivar por poco un choque frontal con un abeto, tuve que reducir la velocidad a treinta nudos.

—¡Va a matarnos! ¡Va a matarnos! —gritó Eleena con voz gimoteante.

—¡Silencio!

Las negras siluetas de los árboles pasaban zumbando a ambos lados, obligándome a girar y a virar de forma abrupta, una y otra vez, doblando a la derecha, luego a la izquierda, y de nuevo a la derecha. Las ramas, algunas tan gruesas como árboles jóvenes, pasaban por encima de nosotros como arcos o por debajo como puentes. Pasamos bastantes veces simplemente atravesando el dosel de hojas y ramas, y la alarma de los motores se encendía mientras los turbopropulsores se esforzaban por eliminar los restos que estaban a punto de apagarlos. Las señales de la pantalla del escáner estuvieron casi siempre en rojo.

Eleena comenzó a rezar una oración imperial.

—¡Reza por todos nosotros! —le dije de forma abrupta—. ¡Aemos! ¿Cómo está Medea?

—Está viva, gracias a las estrellas, pero no respira bien. Quizá tiene un pulmón perforado, o una cauterización interna. Gregor, necesita un médico.

—Tendrá uno. Ponla todo lo cómoda que puedas. Hay un botiquín en la casilla a tu espalda. Véndale la herida.

Aparte de ser casi un suicidio, volar por la noche a toda velocidad a través de un bosque espeso era desconcertante. El solo hecho de estar concentrado esquivando constantemente los árboles para evitar chocar me hacía perder la orientación. Unos cuantos giros a la izquierda nos ponían en dirección este. Corregir aquello y virara la izquierda para esquivar a un roble nos ponía con rumbo al oeste. Avanzábamos en zigzag a través del bosque, y zigzaguear no es el modo más rápido de escapar.

Al menos cuatro de los cinco aerodeslizadores que había visto durante el ataque nos estaban persiguiendo. Dos de ellos nos estaban siguiendo directamente a través de los árboles, a unos quinientos metros por detrás. Los otros dos se habían elevado y volaban por encima de las copas de los árboles, por lo que avanzaban con mayor rapidez en un esfuerzo por adelantarnos.

Eran vehículos de modelo militar. Era en lo más que me había podido fijar en el breve vistazo que les eché mientras estaban posados en el jardín. Tenían motores más potentes que los turbopropulsores urdeshitas. También eran más grandes y estaban mejor blindados. Llevaban sus cañones montados en soportes al lado de las escotillas, lo que significaba, básicamente, que podían disparar en cualquier dirección, y no sólo hacia delante. No tenían por qué apuntar con el morro a su enemigo.

El auspex comenzó a repiquetear y vi un rayo de luz blanca a través de las copas de los árboles que teníamos encima, como si fuera la luz del sol atravesando unas nubes bajas. Uno de los aerodeslizadores que sobrevolaba el bosque nos estaba alcanzando.

Giré y viré de un lado a otro, no tanto por perderle como por evitar una destrucción inmediata contra el tronco de algún árbol. Pude ver el suelo del bosque saltar por los aires cuando el artillero del aerodeslizador empezó a disparar contra nosotros.

De modo que viré bruscamente inclinando un ala alrededor de un árbol de tronco inmenso y salí disparado hacia el oeste. Las luces que nos sobrevolaban desaparecieron por un momento, pero luego reaparecieron a toda velocidad por babor y avanzando en paralelo a nosotros. Un árbol, que surgió y se esfumó en un instante por estribor, perdió parte de su corteza por una ráfaga que pasó en diagonal.

Malditos cabrones. Estaba bastante seguro de que no disponían de instrumental capaz de detectar el movimiento o las fuentes de calor. Nos seguían por el resplandor de nuestras luces que destellaban bajo las copas de los árboles.

Apagué las luces pero, por desgracia, no bajé de velocidad. La alarma de proximidad sonó y, aunque tiré de la palanca de mando, golpeamos de refilón el tronco de un árbol.

Nos bamboleamos con fuerza. La alarma de fallo del motor comenzó a pitar. El turbopropulsor de babor se había parado.

Nos quedamos colgados en el aire. Apreté el botón de encendido de la unidad de babor con la esperanza de que simplemente se hubiera apagado por el impacto. Si la cubierta del turbopropulsor estaba doblada, encenderlo de nuevo podría acabar muy mal para todos nosotros.

El turbopropulsor apagado giró un poco y lanzó una leve tos ronca. Lo intenté de nuevo. Respondió tan sólo con un suave silbido gimoteante. El bosque situado veinte metros a nuestra espalda comenzó a ser reducido a pulpa de madera, restos de corteza rota y follaje pulverizado cuando el aerodeslizador más cercano intentó sacarnos de nuestro escondite con una ráfaga continuada de disparos.

El turbopropulsor de babor se puso en marcha por completo al tercer intento. Me quedé flotando en el aire y comencé a mover la palanca hacia delante, hacia atrás y hacia los lados, inclinando el morro, luego la cola y por último las cortas alas a un lado y a otro para comprobar y asegurarme de que no había perdido nada del control de altitud. Todo parecía funcionar correctamente.

Miré por encima del hombro y pude ver a Eleena, que me estaba mirando fijamente, con el rostro pálido como el de un cadáver. Aemos

estaba acunando a Medea.

—¿Todo va bien, Gregor? —me preguntó.

—Sí, lo siento.

El claro situado a nuestra izquierda quedó iluminado de repente por rayos verticales de luz y a continuación se vio sacudido por ráfagas de cañón automático. Todavía nos estaban buscando a ciegas.

Tuve un recuerdo repentino. Un duelo en el vacío. Nos superaban mucho en número. Midas pilotaba con tranquilidad y elegancia. Recordé cuando me miró con los mandos del cúter artillado en sus manos, y me dijo: «El ratón se convierte en gato».

El ratón se convierte en gato.

Hice girar la aeronave hacia el claro sin dejar de flotar sobre el mismo punto, y después elevé ligeramente el morro, encarándolo hacia el origen de la luz, por encima de los árboles. Apuntando hacia él.

Apreté el botón de disparo durante un segundo tan sólo.

El rayo de mi lanza láser cruzó de forma casi instantánea las copas de los árboles. Se produjo un breve resplandor y, a continuación, una bola de fuego metálica de nueve toneladas que un momento antes había sido un aerodeslizador, simplemente se desplomó contra el suelo del claro arrancando ramas a su paso y lanzando restos ardientes por doquier.

—Uno menos —dije con tono de suficiencia. Bueno, es lo que Midas hubiese dicho.

Vimos luces a nuestra espalda que se acercaban cada vez más atravesando el bosque. Mantuve los focos apagados y nos alejamos del infierno llameante del aparato derribado hasta situarnos detrás de un enorme árbol que se había inclinado hacia un lado de puro viejo. Unas largas cortinas de musgo le colgaban de las ramas.

Observé cómo se acercaban las luces y encaré el morro siguiendo al más cercano. Habían reducido la velocidad para buscar señales de nuestra posición. Las luces más cercanas brillaban tentadoramente próximas, pero estaban medio tapadas por una línea de gruesos robles.

En ese preciso instante, otro de los aerodeslizadores se aproximó al lugar donde se había estrellado su camarada.

Elevé el morro de nuestra aeronave hacia el enemigo que se acercaba.

Apareció por completo ante nuestra vista, con sus focos bañando de luz el suelo del bosque.

Disparé de nuevo.

El disparo fue bastante bueno. Rebanó por completo la cola del aerodeslizador. El aparato enemigo comenzó a girar sobre sí mismo de una punta a otra, fuera de control, mientras despedía una lluvia de chispas eléctricas de color azul por el muñón de su cola. Destrozó un árbol gigantesco, y viceversa.

El otro aerodeslizador salió de su cobertura tras los robles y comenzó a disparar contra nosotros. Los proyectiles desgarraron las cortinas de musgo.

Me di cuenta de que alguien había tenido la buena idea de llevar gafas de visión nocturna. Podían vernos.

Intenté el disparo una vez, fallé, y di media vuelta para seguir huyendo. Apreté el pedal del acelerador y avancé con toda la rapidez a la que me atreví. La pantalla de alarma de proximidad era tan sólo un gran borrón rojo continuado, y los violentos giros que me veía obligado a realizar nos lanzaban a un lado y otro del aparato.

El piloto del aerodeslizador era bueno. Inquietantemente bueno. Al igual que las tropas de a pie mercenarias, era evidente que se trataba del mejor de su clase que se pudiera comprar con dinero.

Se pegó a mi cola como una sanguijuela.

Caracoleé a treinta y ocho nudos de velocidad a través del denso bosque, cargando nuestros cuerpos con una mayor fuerza de gravedad cuando los virajes exigían un giro mucho más cerrado. Mi oponente siguió lanzado a la carrera tras nosotros, sin perder mi rastro y aprovechando el rebufo del chorro de mi turbopropulsor.

La persecución se transformó casi en una coreografía. Serpenteamos y giramos alrededor de los árboles, danzamos y nos elevamos como una pareja de baile. Varias veces me incliné sobre un ala para esquivar un árbol grande por un lado y él imitó el movimiento saliendo por el otro costado. Viré abruptamente hacia el norte haciendo chirriar los turbopropulsores y

luego efectué un rizo para dar media vuelta y dirigirme hacia el sur. Me pasó de largo, pero estuvo de vuelta unos instantes más tarde, acelerando para ponerse a mi cola. Los proyectiles trazadores comenzaron a pasar a mi lado.

De repente, mi aeronave sufrió dos sacudidas seguidas, y los instrumentos me confirmaron lo que sospechaba: nos habían acertado. Comenzamos a perder potencia; no demasiada, pero sí la suficiente para calcular que habíamos perdido una batería o que, como mínimo, había sido dañada. Siguió disparando. Una línea discontinua de proyectiles trazadores pasó justo al lado de la cabina. Empezaron a encenderse runas de avería en el panel de instrumentos.

Tenía que hacer algo drástico, o nos convertiríamos en su siguiente señal de la cuenta de derribos pintada en un lateral del aerodeslizador. Pensé en cortar los turbopropulsores y descender para hacer que pasara de largo, pero a la velocidad a la que íbamos, se estrellaría contra nosotros y explotaríamos.

—¡Agarraos! —grité.

—Oh, mierda —exclamó Eleena Koi.

Puse al máximo el motor de propulsión y subí completamente en vertical.

Pasamos a través de la capa formada por las copas de los árboles partiendo ramas a nuestro alrededor. El aerodeslizador pasó a toda velocidad por debajo de nosotros. Sorprendido, intentó virar para seguir persiguiéndonos, pero mi maniobra le había dejado desconcertado. Tan sólo por un instante, pero fue más que suficiente.

No redujo la velocidad cuando intentó virar, y un árbol le arrancó de cuajo una de las aletas estábilizadoras. Eso fue lo último que vi de él, a excepción de una serie de explosiones que provocó en los árboles que habían quedado a nuestros pies.

Estaba temblando y sentía las manos entumecidas. El agotamiento me asaltó. La concentración que necesité para no estrellarme había sido terriblemente intensa.

Pero estaba seguro de que Midas se habría sentido orgulloso de mí. Se había esforzado siempre por enseñarme sus habilidades, y me había dicho en más de una ocasión que nunca lograría ser un buen piloto de combate.

Según su opinión, yo disponía de la fuerza y de los reflejos necesarios, pero nunca tenía en cuenta la imagen completa. Y siempre era ese detalle último y olvidado el que te mataba.

Aquel detalle último y olvidado llegó desde el norte, sobrevolando las copas de los árboles y disparando con todos sus cañones automáticos.



DIEZ

DERRIBADO
LA DOCTORA BERSCHILDE DE RAVELLO
KANJAR EL AFILADO

Era el cuarto aerodeslizador que se había lanzado en nuestra persecución. Los disparos de sus cañones nos arrancaron el montaje de cola antes de que me diera tiempo siquiera a lanzar una maldición. También machacó el turbopropulsor posterior, arrancando su cubierta y doblando las palas de la hélice cuando todavía estaban girando.

Comenzamos a girar sobre nosotros mismos de forma violenta. La cabina se estremeció de arriba abajo como si fuera víctima de un ataque de convulsiones. Eleena gritó.

Luché por recuperar el control sujetando con fuerza la bamboleante palanca de mando. Coloqué los turbopropulsores de las alas en posición vertical y aceleré los motores para frenar la caída. La aeronave siguió bajando, partiendo ramas en su descenso, rebotó en una rama gruesa y cayó de morro.

Apoyé todo mi peso en el pedal del timón y tiré con fuerza de la palanca de mando.

—¡Agarraos! —grité.

Es lo único que tuve tiempo de decir.

Nos dimos un golpe de lado contra un árbol enorme, una colisión que arrancó el turbopropulsor de babor y la pintura del fuselaje del monocasco hasta dejar completamente al descubierto el metal. Luego rebotamos sobre una cresta de turba cubierta de musgo y moho. Salimos disparados hacia arriba de nuevo, escorados hacia la izquierda, cuando el turbopropulsor principal aulló al límite de su potencia en un intento por elevarnos. La alarma de avería de motor empezó a sonar cuando el turbopropulsor se paró, vencido por la presión. Por último, caímos de lado, sobrevivimos a un impacto de frente contra un roble que dejó la ventanilla de la cabina de mando completamente agrietada y finalmente chocamos contra la tierra embarrada, deslizándonos por lo menos durante cincuenta metros antes de detenernos del todo y quedarnos tumbados de costado.

No me desmayé, pero el prolongado silencio que siguió al choque me hizo sentir como si lo hubiera hecho. Parpadeé, tumbado contra la escotilla lateral de la aeronave. Eleena lanzó un gemido y Aemos empezó a toser. El único sonido que se oyó aparte de éstos fue el tintinear de los cristales rotos al ir cayendo poco a poco al suelo de la cabina desde la ventanilla rota.

Me puse en pie y pasé por encima de los asientos.

—¿Eleena? ¿Estás herida?

—No, señor… Creo que no…

—Tenemos que salir de aquí. Ayúdame.

Entre los dos sacamos a Aemos, medio ahogado entre toses, y luego regresamos a buscar a Medea, que afortunadamente seguía inconsciente.

Los focos de los reflectores del aerodeslizador aparecieron en el agujero que habíamos abierto entre la copa de los árboles y empezaron a recorrer el terreno de un lado a otro.

En cualquier momento…

Eleena y yo arrastramos a los otros dos hasta ponerlos a cubierto en una hondonada situada a buena distancia del lugar donde estaba el aparato derribado.

—Quédate aquí —le susurré—. Dame tu arma.

Me entregó en silencio su pistola láser de cañón corto.

—Quédate escondida —le aconsejé, y luego regresé a la carrera a nuestra aeronave, de donde saqué mi bastón y mi espada.

Arrojé el bastón rúnico a unos arbustos para dejarlo fuera de la vista y desenfundé a *Barbarizadora*.

El aerodeslizador estaba descendiendo a través de las ramas superiores mientras seguía buscando nuestra aeronave con sus reflectores. Me metí la pistola y la espada en el cinturón y salté para encaramarme a una rama baja de una enorme haya que dominaba el lugar donde nos habíamos acabado estrellando.

El árbol era inmenso y estaba lleno de nudos. Me subí resoplando a las ramas principales y luego seguí ascendiendo hasta la maraña de ramas más finas.

El aerodeslizador apareció a la vista, descendiendo lentamente hacia la aeronave humeante, con la luz de los reflectores yendo de un lado a otro. Pude distinguir al artillero lateral, con la cara cubierta por una máscara, situado en la puerta abierta, con una mano en la empuñadura del cañón automático pivotando en su montura y con la otra en el soporte del reflector.

El aerodeslizador siguió descendiendo. Yo subí de rama en rama hasta que llegue casi a lo más alto del haya y el aerodeslizador quedó directamente bajo mis pies.

El piloto dijo algo. Distinguí con claridad el chasquido de su intercomunicador. El artillero de la puerta contestó algo, dejó a un lado el reflector y empuñó con las dos manos el cañón automático, girándolo para que apuntase contra la aeronave destrozada.

El claro bajo nosotros se iluminó con las explosiones y los estallidos cuando el arma del aerodeslizador acribilló la aeronave derribada. El pequeño aparato urdeshita quedó despedazado como si fuera de hojalata.

El artillero dejó de disparar y le dijo algo al piloto. Era una situación de ahora o nunca.

Salté de las ramas y caí directamente sobre el techo del aerodeslizador, que se bamboleó levemente bajo mis pies. Recuperé el equilibrio y luego me agaché, a continuación, me agarre al reborde superior del hueco de la escotilla y me balanceé para entrar, con las botas por delante.

El artillero estaba agachado, de espaldas a la compuerta, preparando una nueva caja de munición que estaba en una estantería de la pared. Mis botas le acertaron de lleno en la zona de los riñones y le hicieron estrellarse de cara contra el mamparo. Aterricé a su lado mientras él trastabillaba hacia atrás, tapándose con las manos la cara magullada. Lo agarré por el brazo y le hice salir de un empujón por la escotilla abierta. Estábamos a unos diez metros de altura.

El piloto lanzó un gruñido ahogado cuando miró hacia atrás y me vio. Un segundo después, el cañón de mi pistola láser le estaba presionando un lateral de su mandíbula.

—Aterriza. Ahora mismo —le ordené.

Recé para que fuera un mercenario y no un adorador del Caos. Un mercenario sabría cuándo había perdido e intentaría negociar para seguir vivo y combatir en otra batalla y por otro cheque. Un adorador del Caos haría que nos estrelláramos contra el árbol más próximo, sin importarle en absoluto la pistola con que le apuntaba.

El piloto, que se movió de un modo lento y deliberado para que no mal interpretara sus maniobras, apagó el motor principal del aerodeslizador y nos llevó hasta el suelo del bosque.

—Apágalo todo —le dije.

Me obedeció, y el sonido de las unidades impulsoras fue disminuyendo hasta desaparecer. El panel de instrumentos quedó a oscuras a excepción de unas cuantas luces piloto de color naranja.

—Desabróchate el cinturón y sal.

Se quitó el arnés de seguridad y bajó lentamente del asiento del piloto mientras yo no dejaba de apuntarle con la pistola. Era un individuo bajo pero fornido, equipado con una armadura ablativa y un casco de vuelo de color gris provisto de visor y máscara respiratoria.

Saltó desde la compuerta lateral del aerodeslizador y se quedó de pie con las manos en alto.

Me coloqué cerca de él.

—Quítate el casco y tíralo dentro de la nave.

El piloto hizo lo que le dije. Tenía la tez blanca y llena de pecas, y llevaba el cabello cortado al uno. Me miró con unos ojos azules llenos de nerviosismo.

—Ábrete el traje.

Frunció el ceño.

—Hasta la cintura.

Mantuvo una mano en alto mientras se bajaba la cremallera de la armadura ablativa con la otra, lo que dejó al descubierto la camiseta que llevaba debajo y unos hombros cubiertos de tatuajes antiguos y borrosos. El escudo psíquico era un pequeño artefacto en forma de disco que colgaba de su cuello mediante una cuerdecilla de plástico. Se lo arranqué de un tirón y lo arrojé entre los matorrales. Utilicé mis poderes psíquicos.

—Dime tu nombre.

—Nnnnhhh… —gruñó al mismo tiempo que tensaba los músculos de la cara.

—¡Dime tu nombre!

—Eino Goran.

Empujé un poco su mente con la mía. Fue como frotarse contra algo envuelto con un plástico.

—Bueno, tú y yo sabemos que ésa es una identidad implantada. Un trabajo apresurado, por la sensación que me da. ¿Cómo te llamas de verdad?

Sacudió la cabeza y apretó los dientes. Las identidades implantadas eran lo bastante baratas como para poder ser compradas en el mercado negro, sobre todo, una de tan baja calidad como aquélla. Eran personalidades falsas, habitualmente vendidas con documentos acordes a ellas, y que se entretejían por encima de la verdadera personalidad del individuo, ajustándolas como una cubierta de plástico protectora del polvo sobre una pieza de mobiliario. Nada demasiado elaborado. Si disponías de

dinero podías comprar las huellas digitales y las retinas para que coincidieran. Si realmente disponías de mucho dinero, también podías conseguir un nuevo rostro.

Aquélla no era más que una pared falsa levantada con prisas para impedir la entrada por casualidad de alguna mente ajena. Carecía de un verdadero trasfondo personal, ni siquiera tenía alguna clase de engrama biográfico. Una máscara mental tan barata y poco real como las de carnaval que sus camaradas llevaban puestas.

Pero, aunque era barata, había sido colocada firmemente. Intenté apartarla, pero no se movió. Era obviamente falsa, pero no podía pasar al otro lado.

No había tiempo para preocuparse de ello en aquel momento.

¡Duerme!, le ordené, y se desplomó al suelo, inconsciente.

—¡Eleena! ¡Aemos! ¡Vámonos! —grité, mientras arrastraba el cuerpo desmayado hasta el aerodeslizador.

Lo registré en busca de armas, pero no llevaba ninguna encima. Le até las manos a la espalda con un trozo de cable sacado del cajón de herramientas y repuestos del aerodeslizador. Cuando Eleena y Aemos llegaron hasta el aparato, llevando cuidadosamente consigo a Medea, yo ya había vendado los ojos y amordazado al piloto, después de haberlo atado a uno de los soportes del interior del aerodeslizador.

Lo metimos todo a bordo (los objetos que habíamos rescatado de mi estudio, el bastón rúnico y todo lo demás), y colocamos a Medea en una camilla con correas que había en la parte posterior del compartimento de carga del aerodeslizador. Luego me dirigí al asiento del piloto, y en cuanto me familiaricé con los mandos, despegamos.

Ascendí justo hasta el borde de las copas de los árboles sin encender las luces. La luna ya había aparecido y la noche estaba despejada, aparte de algunas nubes oscuras que tapaban las estrellas hacia el norte. El humo de mi casa en llamas, sin duda alguna. No había señal de ninguna otra

aeronave en el aire. Me pegué a la copa de los árboles y viré para poner rumbo al sur.

Eché un vistazo a la cabina en cuanto estuvimos en camino. Era evidente que se trataba de un aparato militar reconvertido, y estaba convencido de que lo habían comprado específicamente para efectuar aquella misión. Los relieves de las insignias habían sido arrancados a golpe de escoplo, y los números de servicio borrados con ácido. Aparte de los aparatos de control básicos, la cabina disponía de numerosos huecos donde se podían montar módulos opcionales de instrumentos. Sólo se había instalado un aparato comunicador. Pude distinguir los huecos donde se podían haber montado un auspex, un lector de terreno y una pantalla de visión nocturna, y también las ranuras donde se hubieran colocado el codificador de navegación y un sistema de control remoto de disparo que habría puesto el arma de la puerta lateral bajo el mando del piloto ahorrando la necesidad de un artillero. Fuese quien fuese el que había suministrado los vehículos a los mercenarios, les había entregado sólo lo más básico: un transporte de tropas artillado con un comunicador de voz de un modelo antiguo. Ningún sistema automatizado. Ninguna pista sobre el origen o la fuente de suministro.

Pero el vehículo aéreo disponía de una buena potencia y un alcance respetable. Le quedaba una autonomía de más de mil kilómetros antes de que tuviera que recargar las baterías. Algo con lo que llevarlos, con lo que disponer de algo de fuego de cobertura y que luego los sacase de allí.

Los árboles del bosque pasaban de forma veloz e intermitente bajo nosotros. El comunicador chasqueaba de vez en cuando, pero yo no tenía ni idea de los códigos de identificación ni de la jerga que estaban utilizando, y tampoco tenía muchas ganas de que alguien supiera que el aerodeslizador seguía operativo.

Lo apagué al cabo de un rato. Luego lo desconecté, lo saqué de su hueco en el panel de instrumentos y se lo entregué a Eleena, diciéndole que lo tirara por una de las ventanillas.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque no quiero arriesgarme a que tenga instalado un localizador o un transpondedor.

Asintió.

Intenté orientarme de un modo manual utilizando los instrumentos básicos mientras reconstruía un mapa de la zona en mi cabeza. Fue en buena parte una tarea de imaginación. Dorsay, la principal ciudad más cercana, estaba más o menos a una hora de viaje hacia el oeste, pero dada la escala de la operación que se había montado para eliminarme, pensé que ir allí sería como meterme en la madriguera de un carnodonte.

Sabía que existían pequeñas comunidades pesqueras y puertos deportivos en la costa oriental de la península de Insume, y la más cercana estaba a unas dos horas de viaje. Madua, una ciudad-capilla del sureste, se encontraba dentro del alcance del aerodeslizador. También lo estaba Entreve, una ciudad-mercado situada al borde de los bosques vírgenes. Lo mismo ocurría con las Montañas Atenadas.

Había pensado llamar a los arbites por el comunicador, pero decidí que era mejor no hacerlo. El ataque contra la Casa Spaeton ya tenía que haber sido detectado por los centinelas de Dorsay, sobre todo en cuanto empezaron los incendios principales, pero no había acudido ninguna de las unidades de apoyo de emergencia.

¿Habían sido sobornados los arbites para que hicieran la vista gorda? ¿Se habrían involucrado incluso más aún en el ataque?

Hasta que supiese con exactitud quiénes eran mis enemigos, no podía confiar en nadie, y eso incluía a las autoridades, e incluso a la Inquisición.

Estaba completamente solo, y no por primera vez en mi vida. Me dirigía las montañas, a Ravello.

Ravello es un pueblo montañoso situado en las laderas de las Atenadas occidentales, justo al pie del Paso de Insa, en la orilla de un extenso lago que forma parte de los manantiales del gran río Drunner. Posee un universariado pequeño pero famoso que se especializa en medicina y

filología, una fábrica cervecera que exporta su cerveza hecha a partir de las aguas cristalinas del lago a todo Gudrun, y una preciosa capilla dedicada a san Calwun, y que alberga, según mi opinión, algunos de los mejores frescos religiosos de todo el subsector.

Es un lugar tranquilo, de laderas pronunciadas y densamente habitado. Sus viejos edificios se apiñan a ambos lados de sus estrechas calles con tanta cercanía que sus techos de cobre verde se solapan unos sobre otros como placas de una armadura. Desde el aire tiene el aspecto de una gran mancha de moho oscuro que se agarra a las laderas azules del Itervalle.

El sol estaba subiendo hacia su cénit mientras nos acercábamos desde el norte. El cielo estaba despejado, de un color azul claro. Habíamos dejado atrás los bosques vírgenes en cuanto el sol empezó a teñir el cielo, y habíamos comenzado a ascender por las laderas siguiendo la línea de las Atenadas Menores hasta llegar a una altitud más elevada. El Itervalle era lo bastante alto como para que una capa de nubes cubriera su cima, pero era al otro lado del lago donde se alzaban los verdaderos gigantes: el Esembo, recortado como un diente; el Monte Fulco, un triángulo de color violeta que apuñalaba al cielo; el Corvachio, con su cumbre siempre cubierta de nieve, la alegría y la maldición de muchos escaladores aficionados.

Ya casi nos habíamos quedado sin baterías y el aerodeslizador había comenzado a no responder bien a los mandos. Bajé hasta situarnos al nivel de la carretera y entré por la puerta occidental. No había ni tráfico ni peatones. Era todavía demasiado temprano.

Las calles estaban pavimentadas con la misma piedra ouslita de color azul grisáceo que se había utilizado para construir los edificios, brillante a la luz del sol, pero húmeda en las sombras de los callejones estrechos. Cruzamos una plaza donde un estudiante estaba durmiendo la mona de una noche de borrachera en el borde de una pequeña fuente, y seguimos por una avenida más ancha, donde los coches y las aeronaves civiles estaban aparcados en batería, a continuación, subimos por una callejuela que ascendía por la ladera de la colina hasta salir de la luz del sol. Abrí las ventanillas del aerodeslizador y respiré profundamente el aire fresco y

limpio. El ruido hasta entonces apagado de los motores de la nave resonó en su interior, reflejado de modo irregular por las altas paredes de los edificios situados a ambos lados de la calle empinada y pavimentada.

Había pasado mucho tiempo, pero conocía bien el camino.

Aparcamos en un callejón sin salida justo a un lado de la calle. Era poco más que un patio ciego donde una espurra de montaña se esforzaba por crecer en una de las paredes. La espurra, o al menos sus pequeñas flores amarillas primaverales, era el emblema de san Calwun, y las botellas votivas y las monedas cubrían la pequeña pila donde había comenzado a crecer el árbol.

La persiana de uno de los primeros pisos se abrió al oírse el sonido de los motores de nuestro aerodeslizador, y me alegré de haber guardado el cañón automático mientras seguíamos en vuelo. Al menos, parecíamos un transporte privado.

—Quedaos aquí —les dije a Eleena y a Aemos—. Quedaos aquí y esperadme.

Regresé a la calle y a la tranquila mañana. Todavía llevaba puesta la misma ropa con la que me había vestido antes de comenzar la sesión de espiritismo la noche anterior: las botas, los pantalones de montar, la camisa y el abrigo de cuero. Aemos me había prestado su capa de color verde. Me aseguré de no llevar a la vista ninguna insignia o emblema de mi cargo, a excepción de mi anillo de sello, que estaba seguro pasaría inadvertido. La pistola automática de Medea, recargada con proyectiles procedentes de una caja de munición que encontramos en el interior del aerodeslizador, estaba metida en mi cinturón por la parte de la espalda.

Un perro callejero, procedente del centro de la ciudad, se me acercó y olisqueó el borde de mi abrigo. Luego se alejó sin mostrar demasiado interés.

La casa seguía, como yo recordaba, a mitad de la calle. Habíamos pasado de largo por su lado mientras subíamos, y en ese momento me aseguré de no haberme equivocado. Tenía cuatro plantas de altura, con una terraza balconada situada bajo el alero del techo de tejas de cobre. Las ventanas estaban cerradas, y la entrada principal, con un par de gruesas puertas de madera pintadas de rojo brillante, tenía sin duda el cerrojo echado por dentro.

No había timbre. Me acordaba de eso. Llamé un par de veces y esperé.

Esperé mucho rato.

Por fin, oí un ligero golpe al otro lado y se abrió una ranura.

—¿Qué quiere tan temprano? —me preguntó la voz de un anciano.

—Quiero ver a la doctora Berschilde.

—¿Quién la quiere ver?

—Por favor, déjeme entrar y lo discutiré con la doctora.

—¡Es muy temprano! —protestó la voz.

Alcé la mano y sostuve en alto el sello de mi anillo para que se viera con claridad a través de la rendija.

—Por favor —repetí.

La rendija se cerró, oí el ruido de una llave al entrar en la cerradura, y una de las puertas se abrió momentos después. En el interior sólo se podían ver sombras.

Penetré en el agradable frescor de la estancia y mis ojos comenzaron a acostumbrarse a la penumbra. Un anciano encorvado y vestido de negro cerró la puerta mi espalda.

—Espere aquí, señor —me dijo, y se alejó arrastrando los pies.

El suelo era un mosaico de mármol pulido que relucía allá donde llegaba la luz del sol. Los dibujos de la pared habían sido pintados a mano por artistas. Eran esbozos anatómicos exquisitos y antiguos que se alineaban a lo largo de las paredes en sencillos marcos dorados. La casa olía a piedra caliente y a los aromas dejados en el aire por una cena cocinada en un fuego de leña.

—¿Hola? —dijo una voz que me llegó desde arriba de las escaleras.

Subí un tramo de escaleras hasta llegar a un rellano donde se habían abierto las contraventanas para que pudiera entrar bien la luz del sol.

—Siento llegar de este modo —dije.

—¿Gregor? ¿Gregor Eisenhorn?

La doctora Berschilde, de Ravello, dio un paso hacia mí, con una expresión de sorpresa somnolienta en su rostro.

Seguía siendo una mujer con una figura espléndida.

Creo que estaba a punto de abrazarme, o de darme un beso en la mejilla, cuando se detuvo y ese mismo rostro se ensombreció.

—No es una visita de cortesía, ¿verdad?

Regresé al aerodeslizador y volé hasta el patio privado rodeado por paredes altas que había en la parte trasera de su propiedad. La aeronave permanecería a salvo de miradas indiscretas en aquel lugar. El viejo mayordomo de la doctora, Phabes, ya había abierto las grandes puertas que daban al interior de la casa, y nos esperaba con una camilla para Medea. Eleena, Aemos y yo les seguimos. Dejé al piloto, que seguía inmerso en su estado de sueño inducido, atado dentro del aerodeslizador.

Crezia Berschilde se había puesto un delantal quirúrgico y se unió a nosotros en la sala del vestíbulo principal. Apenas habló mientras examinaba a Medea y comprobaba sus signos vitales.

—Llévatela —le indicó al mayordomo, y luego me miró a los ojos—. ¿Hay alguien más herido?

—No —le contesté—. ¿Cómo está Medea?

—Se muere —me replicó. Todo rastro de humor había desaparecido de su voz. Estaba furiosa, y no podía culparla por ello—. Haré todo lo que pueda.

—Te lo agradezco, Crezia. Siento haber aparecido con este problema.

—¡Debería ir al hospital! —me contestó con brusquedad.

—¿Podemos evitar eso?

—¿Podemos manejar esto de un modo no oficial, quieres decir? Eres un desgraciado, Eisenhorn. Esto puede causarme problemas.

—Sé que puede causártelos.

Frunció los labios.

—Haré lo que pueda —me dijo de nuevo—. Vete a la sala de dibujo. Le diré a Phabes que os lleve algo de comer.

Dio media vuelta y desapareció en el interior de la casa en pos de Medea.

—Bueno —dijo Aemos en voz baja—, ¿quién dijiste que era?

La doctora Crezia Berschilde era una de las mejores anatomistas del planeta. Sus estudios y monográficos fueron publicados y ampliamente distribuidos por todo el subsector helicano. Después de pasar muchos años de práctica en Dorsay, y un breve período en otro planeta, en Mesina, había conseguido el puesto de profesora de anatomía en la Universidad de Ravello.

Y, hacía mucho tiempo ya, estuve a punto de casarme con ella.

Ciento cuarenta y cinco años antes, en el 241 para ser exactos. Había perdido la mano izquierda durante un tiroteo en Sameter. Los detalles exactos del caso no tienen importancia, y además, están registrados en otro lugar. Me implantaron una prótesis, pero la odiaba y nunca la utilicé. Después de dos años, y durante una estancia en Mesina, hice que un equipo de cirujanos me implantara un injerto completamente operativo.

Crezia era la jefa del equipo que me operó. Ya sé que empezara tener una relación con la mujer que te acaba de coser una mano clónica a la muñeca no es, desde luego, el mejor modo de conocer a una futura esposa.

Sin embargo, era una mujer de ingenio, culta, vivaz, y a la que no le asustaba mi trabajo. Mantuvimos nuestra relación durante años, viéndonos de vez en cuando, primero en Mesina, luego de lejos, y después en Gudrun, cuando regresó a Ravello para hacerse cargo del doctorado, que fue cuando yo me mudé a la Casa Spaeton.

Me había sentido muy atraído por ella. Todavía lo estaba en aquellos momentos. Es difícil saber si debería utilizar una palabra de mayor

intensidad que «atraído». Nunca nos lo dijimos el uno al otro, pero hubo momentos en los que yo lo hubiera hecho.

No la había visto hacía por lo menos veinticinco años, y había sido exclusivamente culpa mía.

Nos quedamos sentados en la sala de dibujo durante más de una hora. Phabes había abierto las ventanas y la radiante luz del día entraba a raudales, convirtiendo las cortinas de tul en unas redes de color blanco brillante. Se podía oler el perfume fresco y puro de las montañas.

La sala de dibujo estaba amueblada con elegantes piezas antiguas de mobiliario, y estaba repleta de libros valiosos, curiosidades quirúrgicas y vitrinas llenas de aparatos médicos antiguos cuidadosamente restaurados. Aemos se quedó casi inmediatamente atrapado en la observación de los objetos, murmurando observaciones para sí mismo. Eleena se quedó sentada y en silencio en un sillón y recompuso su figura. Estaba seguro de que ella estaba recitando los ejercicios relajantes para la mente que le habían enseñado en La Rueca. Cada pocos minutos se apartaba con ademán distraído unos mechones de cabello castaño de su delgado rostro.

El criado de la doctora regresó con una bandeja de servicio de plata. Pan, fruta, mantequilla y cafeína caliente.

—¿Necesitan algo un poco más fuerte? —nos preguntó.

—No, gracias.

Señaló una gruesa cuerda de seda que colgaba al lado de la puerta.

—Tire de ella si necesitan cualquier cosa.

Serví cafeína para los tres y Aemos tomó un trozo de pan y un ploinero maduro.

Eleena puso media docena de terrones de un azúcar de color ámbar en su pequeña taza.

—¿Quién ha sido? —preguntó al cabo de un rato.

—¿Eleena?

—¿Quién… quién nos ha atacado, señor?

—¿Una respuesta directa? No tengo ni idea. Estoy barajando varias posibilidades. Puede que tardemos en descubrirlo, y antes de nada tenemos que trabajar sin peligro.

—¿Estamos seguros aquí?

—Sí, de momento, sí.

—Eran mercenarios —dijo Aemos después de limpiarse de migas los labios arrugados—. De eso no cabe ninguna duda.

—Yo he pensado lo mismo.

—Ya viste los tatuajes que llevaba en el cuerpo el piloto que has capturado.

—Sí, los he visto, pero no he podido saber qué lenguaje es.

Aemos tomó un sorbo de su taza de cafeína dulce y caliente.

—Base Futu, el lenguaje de los jenízaros vessoritas.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

—Bastante —me contestó—. El hombre tiene un bono de repatriación escrito en su piel.

Pensé en lo que implicaba todo aquello. Vessor era un planeta salvaje situado en el borde exterior del subsector Antimar, y en él nacía y se criaba una población escasa pero muy fuerte y resistente, famosa por sus feroces luchadores. Se había intentado formar un regimiento de la Guardia Imperial con ellos, pero los vessoritas eran difíciles de controlar. No es que carecieran de disciplina, pero encontraban la lealtad a Terra un concepto demasiado cerebral. Se organizaban y se unían en clanes familiares, y sólo comprendían la riqueza material basada en tierras, propiedades, edificios y armas. Por tanto, como mercenarios eran excelentes. Lucharían de un modo feroz, sin igual y hasta la muerte en nombre del Emperador, siempre que ese nombre apareciera estampado en una moneda de elevado valor.

Así pues, no era de extrañar que el ataque contra la Casa Spaeton hubiese sido tan directo y eficiente. Pensándolo bien, de un modo retrospectivo, fue sorprendente y extraordinario que algunos de nosotros escapásemos con vida. Me alegré de no haber sabido contra quién me enfrentaba en aquellos momentos, si me hubieran dicho que estaba luchando contra jenízaros vessoritas, puede que me hubiera quedado inmóvil por la impresión… en vez de cargar contra ellos de cabeza para rescatar a Medea.

Me quité la capa que Aemos me había prestado, y también mi abrigo de cuero. Me subí las mangas de la camisa. El sol comenzaba a calentar demasiado la sala de dibujo. Acababa de sacar la pistola del cinturón para comprobar su estado cuando entró Crezia. Se estaba quitando los guantes quirúrgicos, y en cuanto vio la pistola en mis manos, su mirada, ya de por sí furiosa, se volvió iracunda. Me señaló con un dedo y luego, con la misma mano, me indicó que saliera de allí.

—Ahora mismo —me dijo con un tono de voz perentorio. Metí el arma entre las dobleces de la capa y la seguí. Atravesamos el vestíbulo hasta llegar a un salón de estar con las paredes llenas de cuadros y de impresiones hololíticas. Las contraventanas de la estancia seguían cerradas, pero ella no hizo ademán alguno de abrirlas; en vez de eso encendió una lámpara.

—Cierra la puerta —me ordenó.

Cerré la puerta.

—Crezia… —empecé a decir.

Alzó un dedo en ademán de advertencia.

—No empieces, Eisenhorn. No lo hagas. ¡Estoy a un tris de echarte a la puñetera calle! ¿Cómo te atreves…?

—¿Cómo está Medea? —la interrumpí con firmeza.

—Estable. Por poco. Le dispararon en la espalda con un arma láser y la herida no recibió ninguna clase de tratamiento durante bastantes horas. ¿Cómo crees que está?

—¿Sobrevivirá?

—A menos que se produzcan complicaciones, se encuentra en una unidad de soporte vital en el sótano.

—Gracias, Crezia. Te debo una.

—Sí, sí que me debes una. Eres increíble, Eisenhorn. Veinticinco años. ¡Veinticinco años! No te veo, no tengo noticias de ti, y apareces de repente, sin avisar, sin ser invitado, armado y huyendo, o eso parece, y con uno de los tuyos herido de un disparo. ¿Y esperas que lo tome con calma?

—La verdad es que yo sé que es una imposición terrible, pero la Crezia Berschilde que yo conocía era capaz de enfrentarse a una emergencia en

cualquier momento. Y siempre encontraba tiempo para dedicarle a un amigo que la necesitaba.

—¿Un amigo?

—Sí. Crezia, eres la única persona con la que puedo contar.

Lanzó un bufido despectivo y se quitó de un tirón el delantal quirúrgico.

—Gregor, a lo largo de todos estos años me hubiera encantado ser la persona con la que pudieras contar. Y nunca lo hiciste. Siempre me mantuviste alejada. Nunca quisiste involucrarme en tu trabajo. Y ahora…

Ella dejó que las palabras se quedaran flotando en el aire y se encogió de hombros con expresión triste.

—Lo siento.

—Traes armas a mi casa… —siseó.

—Entonces, probablemente será mejor que no te hable del mercenario maniatado que tengo en el aerodeslizador —le dije.

Se giró en redondo para mirarme, incrédula, y luego meneó la cabeza con una sonrisa lúgubre.

—Increíble. Veinticinco años sin pasar por aquí, y de repente apareces al amanecer con un montón de problemas persiguiéndote.

—No. Nadie sabe que estoy aquí. Esa es una de las razones por las que he venido.

—¿Estás seguro de eso?

Asentí.

—Alguien atacó mi residencia esta noche. La arrasó. Asesinó a todo mi personal.

—¡No quiero oír nada de eso!

—Logramos escapar con vida a duras penas. Necesitaba un sitio seguro y atención médica para Medea. Necesitaba encontrar un lugar donde estar a salvo.

—¡No quiero oír nada más! —me espetó con un gruñida—. No quiero verme mezclada en tus luchas. ¡No quiero que me involucres! Tengo una vida muy tranquila aquí y…

—Tienes que escucharme. Tienes que saberlo que está ocurriendo.

—¿Por qué? ¡No pienso implicarme en esto! ¿Por qué demonios no llamaste a los arbites?

—No puedo confiar en nadie. Ahora mismo, ni siquiera puedo confiar en las autoridades.

—¡Maldita sea, Eisenhorn! ¿Porqué yo? ¿Por qué aquí?

—Porque confío en ti. Porque puede que mis enemigos tengan vigiladas a todas las personas vinculadas conmigo en este planeta, todos los recintos de los arbites, además de todas las oficinas del Ministorium y del Administratum Imperial. Pero nuestra relación es secreta. Ni siquiera mis amigos más íntimos saben que estuvimos vinculados.

—¿Vinculados? ¿Vinculados? ¡Vaya, sabes cómo halagarme, cerdo!

—Por favor, Crezia, necesito hacer unas cuantas cosas. Arreglar ciertos asuntos. Pedirte un poco de ayuda. Después nos iremos y no tendrás que preocuparte por nada más relacionado con nosotros.

Se sentó en un sofá y empezó a frotarse las manos con nerviosismo.

—¿Qué necesitas?

—Para empezar, tu paciencia. Después de eso… acceso a una línea de comunicación privada. Necesitaré que llames a un astrópata, si eso es posible de algún modo, y también necesitaré que tu ayudante me compre ropa y algunos otros objetos que nos harán falta.

—Los sastres del pueblo están cerrados hoy.

—Puedo esperar.

—Puede que tenga alguna ropa aquí.

—Muy bien.

—Hay un comunicador en mi estudio.

Fui a visitar a Medea, que estaba durmiendo plácidamente en la impoluta sala médica construida en el sótano de la casa de Crezia, y después me retiré a la habitación que Phabes me había preparado. Eleena y Aemos ya estaban descansando en dos dormitorios adyacentes.

Me bañé y me afeité, y lo hice de un modo automático mientras repasaba mentalmente todo lo que había ocurrido. Descubrí que mi cuerpo

había adquirido unos cuantos moretones nuevos desde el día anterior, y un rasguño en el muslo provocado por un disparo de rayo láser que ni siquiera había notado. Tenía la ropa sucia y desgarrada y olía a humo, y los pantalones estaban cubiertos de espinos y de semillas pegajosas de los arbustos.

Phabes me había dejado ropa limpia en mi habitación, varias mudas de atuendos masculinos. Me di cuenta de que eran míos. Había dejado ropa allí a lo largo de los años, sobre todo prendas informales y ligeras que podía llevar puestas durante mis diferentes visitas. Crezia las había guardado. No supe si sentirme halagado o alarmado. Después de todos aquellos años que habían pasado, ella no había tirado las pocas posesiones que yo había dejado en su territorio. También estaban frescas y suaves, como si las aireasen y lavasen de forma habitual. Me di cuenta de que Crezia Berschilde siempre había esperado que regresase algún día.

Quizás había sido el modo de regresar lo que la había molestado: que regresara pidiendo ayuda y no simplemente para verla. No podía culparla por ello. Yo mismo preferiría no verme si se tenían en cuenta todos los problemas que podía llegar a causar. Y si no hubiese interrumpido todos los contactos amistosos dos décadas y media antes.

Las campanas de la capilla comenzaron a sonar en la ciudad llamando a los fieles para que asistieran al servicio. Las tabernas situadas a la orilla del lago comenzaron a abrir sus puertas, y el olor de los asados y de las hierbas aromáticas llegaba con la brisa.

Escogí una camisa de algodón de color azul oscuro con el cuello recto, unos pantalones negros de sarga y una chaqueta de verano de gamuza negra. Tuve que seguir utilizando las mismas botas que llevaba puestas la noche anterior, pero al menos las pude limpiar con un trapo húmedo. Pensé en meterme la pistola bajo la chaqueta, pero sabía lo mucho que Crezia odiaba las armas, así que la dejé, junto a *Barbarizadora* y al bastón rúnico, debajo del colchón de la cama. Los sacos llenos de manuscritos y pergaminos que Aemos y yo habíamos rescatado de la Casa Spaeton estaban en su cuarto, con él.

Llevaba poco más conmigo: mi anillo de sello, un comunicador de mano de corto alcance, unas cuantas monedas y la placa de mi cargo, un simple sello de metal en una cartera de cuero. Era la primera vez desde que estuve en Durer que echaba de menos mi insignia. Fischig todavía la tenía, estuviese donde estuviese.

Cuando colgué la chaqueta de cuero en el armario, noté un peso y recordé que tenía algo más.

El *Malus Codicium*.

Era un libro infernal, tres veces maldito. No se conocía otra copia. La mitad de la Inquisición me mataría para apoderarse de él, y la otra mitad me quemaría en la hoguera por poseerlo.

Quixos, el veterano inquisidor corrupto al que había eliminado por fin en Farness Beta, había basado todo su poder en él. Debí haber destruido el libro cuando lo destruía él, o al menos, haberlo entregado a mi Ordo. No hice ninguna de aquellas dos cosas. Incrementé mis habilidades estudiándolo, utilizándolo, todo en secreto. Capturé y esclavicé a Cherubael poniendo en práctica su conocimiento arcano y siniestro. Acabé con varias conspiraciones del Caos gracias a los conocimientos que había adquirido.

Tan sólo se trataba de un pequeño objeto, grueso, encuadernado con una sencilla piel de tacto suave, con los bordes de las páginas rugosos y cortados a mano. Algo inocuo.

Me senté en una esquina de la cama y lo sopesé en las manos. La espléndida luz del sol de mediodía entraba a través de la ventana. El cielo era de un color azul claro, y las laderas del Itervalle, que eran visibles desde la parte de atrás de la casa, tenían una suave tonalidad lila. Pero yo sentía frío, y sentía que me hundía en una profunda oscuridad.

Nunca había pensado realmente en el motivo por el que había salvado aquella obra odiosa para mis propios propósitos. Conocimiento, supongo. Curiosidad. Me había topado con bastantes artefactos prohibidos a lo largo de mi vida, aunque el más famoso seguía siendo el Necroteuco. Aquel objeto detestable poseía vida propia. Escocía al tocarlo. Te atraía y te

convencía para que lo abrieras. Estar cerca de aquello era arriesgarse a que te envenenara la mente.

Pero el *Codicium* se mantenía en silencio. Siempre había estado así. Nunca me había parecido vivo, a diferencia de otros volúmenes siseantes y ponzoñosos con los que me había encontrado. Siempre había sido un libro. El contenido era inquietante, pero el libro en sí…

Empecé a hacerme preguntas en aquel instante. Desde el mismo momento en que había llegado a mis manos, todo empezó a cambiar. Desde Cherubael hasta los deprimentes hechos acaecidos en Durer.

Quizá me estaba envenenando. Quizá me estaba distorsionando la mente. Quizás había cruzado demasiado la línea sin siquiera haberme dado cuenta, y todo por su funesta influencia.

Quizás ésa era la verdadera naturaleza de su maldad. Que era indoloro. Invisible. Insidioso. En el mismo momento en que tocabas el Necroteuco, sabías que era un objeto vil, sabías que tenías que resistirte a su corrupción seductora. Sabías que estabas combatiendo precisamente contra aquello.

Pero el *Malus Codicium*… era tan infinitamente malvado, tan sutil, que se infiltraba lentamente en el alma de un hombre antes de que éste se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

¿Era de ese modo como un servidor del Emperador, incluso uno tan grande como Quixos, se convertía en un monstruo? Siempre me pregunté cómo era posible que no se diese cuenta de en qué se estaba convirtiendo. Por qué había sido tan ciego sobre su propia degeneración.

Abrí uno de los cajones de mi mesita de noche y dejé allí el libro. Tendría que resolver aquello en cuanto nos marcháramos de Ravello.

Bajé al estudio de Crezia y encontré el comunicador. También había una unidad pictográfica hololítica, y la encendí. Los noticiarios locales de la mañana, los informes del tiempo, las noticias a nivel planetario, lo vi todo durante un buen rato, pero nadie mencionó ninguna clase de incidente en la región de Dorsay. Ya me lo esperaba, pero seguía siendo de todas maneras algo desconcertante e inquietante.

Utilicé el comunicador y estuve oyendo los canales imperiales y escuchando con mayor atención las frecuencias de los arbites, de la Fuerza de Defensa Planetaria y del Ministorium. Nada, o bien nadie sabía lo que había ocurrido en la Casa Spaeton la noche anterior, o bien guardaban un silencio ominoso.

Necesitaba un astrópata. Si iba a contactar con alguien, tendría que ser de fuera del planeta. No tenía otra opción.

No podía confiar absolutamente en nadie del planeta.

El aerodeslizador seguía aparcado en el patio trasero. Phabes fue tan amable de conectar un cable de alimentación desde la casa y estaba recargando las baterías de la aeronave.

Hacía calor en el patio. Los insectos zumbaban entre las rebosantes matas de bucantos que trepaban por la pared lateral.

El mercenario ya se había despertado. Giró la cabeza de un lado a otro cuando me oyó acercarme, cegado y mudo.

Le arranqué la cinta adhesiva de la boca y llené un cuenco con agua de una botella que había traído de la cocina. Se lo acerqué a la boca.

—Tan sólo es agua. Bebe.

Frunció los labios y giró la cabeza.

—Te deshidratarás con este calor. Bebe.

Se negó de nuevo.

—Mira, si te deshidratas, te debilitarás y serás mucho más vulnerable a mi interrogatorio ya mis sondeos mentales.

Se quedó mirándome y tragó saliva, pero se alejó de nuevo del agua en cuanto se la acerqué otra vez.

—Muy bien. Como tú quieras —le dije, y dejé el cuenco en el suelo.

Los vessoritas eran famosos por su resistencia. Se decía que podían estar sin comer ni beber durante días si era necesario. Si lo que él quería era fanfarronear, a mí me parecía bien.

Me puse en pie y paseé cuidadosamente por toda la parte del fuselaje del aparato. Me había llevado un aparato detector de ondas que encontré

en el estudio de Crezia, y lo conecté para que me avisara de cualquier posible señal que apareciera tanto en la banda alta como en la baja… transpondedores, balizas, códigos. No descubrí nada. Por si acaso, acerqué el aparato al vessorita. Tanto el piloto como la aeronave estaban limpios. Si los mercenarios nos estaban buscando, no nos encontrarían precisamente gracias al aerodeslizador o al piloto.

Tardé media hora en revisar la aeronave. Volví con el piloto. El sol de media mañana ya estaba lo bastante alto como para que su luz entrara por la compuerta lateral del aerodeslizador, y era obvio que el mercenario estaba sufriendo los efectos del calor, porque había retirado sus piernas hasta colocarlas en el poco espacio que quedaba a la sombra.

Le ofrecí el agua de nuevo. No hubo respuesta.

—Dime cómo te llamas —le dije. Apretó la mandíbula.

—Dime cómo te llamas —repetí, pero esta vez utilicé mis poderes mentales de fuerza de voluntad.

Se estremeció.

—Eino Goran.

Su voz sonaba seca y pastosa.

—¿Y antes de llamarte Eino Goran, cómo te llamabas?

—Nnnggh…

Su fuerza de voluntad era grande. Los vessoritas eran una raza de individuos rudos, con una elevada proporción de intocables. Parte de su entrenamiento marcial era aprender métodos para resistir los interrogatorios, y al principio pensé que disponía de algunos trucos mentales aprendidos para rechazar las compulsiones de tipo psíquico.

Sin embargo, a medida que seguía interrogándolo, empecé a sospechar que tenía que ver más bien con la identidad implantada que le habían colocado. Intenté apartarla, pero no se movió. Puede que fuera simple y hasta primitiva, pero estaba fijada de forma psíquica a su mente. Estaba seguro de que una parte de ese engaño profundo estaba actuando como pantalla, no se trataba de que no quisiera responder. Es que no podía.

—¿Gregor?

Miré afuera y vi que Crezia había salido al patio.

—Gregor, ¿qué demonios estás haciendo?

Salí del aerodeslizador y la llevé de nuevo a las puertas del jardín. Sin duda, el vessorita había oído mi nombre. Ya no podía hacer nada al respecto.

—¡Ese hombre está atado como un jodido cígnido! —exclamó.

—Ese hombre me mataría si tuviera la más mínima oportunidad. Está atado por nuestra seguridad. Tengo que interrogarlo.

Se me quedó mirando. Se había cambiado de ropa y se había puesto un vestido largo de satén de color azul con un reborde de epinchiro. Llevaba recogido su cabello rubio pajizo en una trenza alta sostenida por dos pinzas doradas. Era bella y altiva, justo tal como la recordaba. Crezia tenía los pómulos altos, una boca generosa, y unos ojos de color castaño claro que solían mostrar una mirada apasionada e inteligente. La única muestra de pasión que había visto en ellos desde mi llegada había sido la furia.

—Como un cígnido —repitió— no lo permitiré. No en mi casa.

—Entonces, ¿qué me sugieres? ¿Dispones de una habitación segura, una que pueda cerrarse desde el exterior?

—¿Que te proporcione una celda para encerrarlo? ¡Bah! —se burló.

—O eso, o sigue encerrado en el aerodeslizador.

Se quedó pensativa.

—Haré que Phabes despeje un almacén de cajas en la planta superior.

—Sin ventanas.

—¡Todas las malditas habitaciones tienen una ventana! Pero la habitación en la que estoy pensando sólo tiene un pequeño tragaluz. No es lo bastante grande como para que nadie pase por allí.

—Gracias.

—Quiero comprobar su estado.

No iba a servir de nada discutir con ella. Nos acercamos y lo revisó cuidadosamente.

—No se preocupe. Soy la doctora Cr…

—No necesita saber tu nombre. Ni el mío. Piensa en ello.

Crezia aspiró profundamente.

—Soy doctora. Sólo voy a comprobar su estado. ¿Cómo se llama?

Él negó con la cabeza.

—Utiliza el de Eino Goran.

—Ya veo. Bueno, Eino, esta situación es muy desagradable, pero si cooperas conmigo, y con Gre… con la persona con la que me he vinculado, todo irá a mejor, y muy pronto.

Vinculado. Pude sentir el placer rencoroso que puso en aquella palabra.

Crezia me miró con desaprobación.

—Necesita comer y beber. Con este calor, sobre todo, beber.

—Díselo a él, no a mí.

—Eino, necesitas beber. Si no bebes, tendré que ponerte un goteo intravenoso.

Él permitió que ella le diera de beber del cuenco, y sorbió lentamente.

—Muy bien —le dijo. Luego se giró hacia mí—. Los nudos de las ataduras están demasiado apretados.

—Eso va a seguir así.

—Pues entonces, ponle en pie y hazlo caminar un poco. Átale las manos de otro modo.

—Quizá más tarde, si supieras lo que es, lo que ha hecho, no serias tan humanitaria con él.

—Soy una funcionaría del Medicae Imperialis. Nunca importa lo que han hecho.

Regresamos a la sala de dibujo.

—Su identidad está implantada. Necesito pasar esas barreras.

—¿Para descubrir quién es realmente?

—Para descubrir para quién trabaja realmente.

—Ya veo.

Se sentó y comenzó a morderse las uñas de una mano. Siempre lo hacía cuando se sentía preocupada.

—Tienes fármacos aquí, ¿verdad? ¿Zendocaína? ¿Vulgate oxibarbital?

—¿Estás tomándome el pelo?

Negué con la cabeza y me senté frente a ella.

—Lo digo muy en serio. Necesito un psicoactivador, o al menos un opiáceo o un barbitúrico para debilitar su fuerza de voluntad.

—No. De ninguna manera.

—Crezia…

—¡No participaré en ninguna clase de tortura!

—No voy a torturarle. Ni siquiera voy a hacerle ningún tipo de daño. Tan sólo necesito que me abra su mente.

—¡No!

—Crezia, voy a hacerlo. Tengo el permiso de la Santa Inquisición para efectuar cualquier interrogatorio que crea conveniente, y estas circunstancias me permiten incluso tomar medidas de emergencia. ¿No sería mejor que lo realizase bajo tu experta supervisión?

Llevamos al vessorita al interior de la casa a última hora de la tarde y lo metimos en el pequeño almacén de cajas que Phabes había despejado para ello. En la estancia no había nada más que una cama y un colchón. Le quité la venda y luego me quedé apuntándole con la pistola automática mientras Aemos le quitaba las ataduras.

Crezia me miró fijamente, pero no dijo a nada a propósito del arma.

—Quítate la parte de arriba otra vez —le dije.

Crezia comenzó a decir algo para protestar, pero la corté en seco.

—Necesitará que el brazo le quede al descubierto, ¿verdad, doctora?

Había otro motivo para que se desvistiera. Aemos se fijó atentamente en los tatuajes del individuo y tomó algunas notas. El vessorita se quedó allí de pie, desnudo hasta la cintura, con expresión hosca. Se negó a mirarnos a los ojos.

Me di cuenta de que era esbelto, pero con músculos muy fibrosos. Las marcas de viejas cicatrices le cubrían el torso. Había pensado que se trataba de un individuo razonablemente joven, pero, o bien era mayor de lo que aparentaba, o su corta vida había sido dura hasta un punto tremendo.

Aemos acabó de estudiar los tatuajes.

—Lo traduciré adecuadamente, pero es lo que yo pensaba que era.

Se dio la vuelta para bajar, pero lo detuve y le entregué la pistola.

—Por favor, cúbreme.

Aemos esperó mientras yo volvía a atar las manos del mercenario. Las até por delante de su cuerpo. Luego le até los tobillos y sujeté el extremo de cada una de las cuerdas a la armazón de la cama.

—Siéntate —le dije.

Me obedeció. Recuperé la pistola de manos de Aemos, me la metí en el bolsillo, y le indiqué que podía marcharse.

—¿Doctora, por favor?

Crezia me miró.

—¿Así de fácil? ¿No le vas a dar la oportunidad de cooperar de forma voluntaria?

No iba servir de nada, pero quería congraciarme con Crezia.

—Dime tu nombre —le dije.

—Eino Goran.

—Dime tu veradero nombre.

—Eino Goran.

Miré a Crezia para advertirla y utilicé mis poderes mentales. Me concentré en dirección al vessorita para que a ella no le afectara, pero aun así, Crezia se estremeció.

El mercenario me contestó con un gruñido.

—Ahora, por favor.

Crezia le inyectó rápidamente veinte mililitros de zendocaína en el brazo, y se apartó. La zendocaína es una sustancia psicoactiva, un incrementador sináptico que provoca un aumento de la actividad del córtex cerebral disimulado por un opiáceo tranquilizador. El mercenario tosió, y después de unos instantes, sus ojos mostraron una mirada vidriosa.

Crezia comprobó su presión arterial.

—Está bien —me dijo.

Coloqué una mano en la sien del individuo e introduje mi mente en la suya. Estaba relajado y no ofreció ninguna resistencia, pero su mente estaba muy activa. El equilibrio ideal si iba a intentar arrancarle la personalidad implantada.

Lo tanteé con unas cuantas preguntas de prueba, tanto de forma verbal como mental. Me dio las respuestas con un tono arrastrado.

—¿Cómo te llamas?

—Eino Goran.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta años efstándarr.

—¿Cuánto mides?

—Dos kwens y medio.

Aquélla era una buena señal. No tenía ni idea de lo que era un «kwen», pero estaba convencido de que se trataba de una medida de longitud vessorita.

—¿Dónde estamos?

—En una habitashión.

—¿Dónde está la habitación?

—En una caaasa. No shé.

—¿En qué mundo?

—Gudrun.

—¿De qué color es el ciclo?

—Eechh… ¿Eshte cielo?

—Sí. ¿De qué color es el cielo?

—Azul.

—¿A qué otro cielo me podría referir?

—No shé.

—¿Cómo me llamo?

—Gregor.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sin mostrar reacción alguna.

—Ella te llamó assí.

Crezia me lanzó una mirada nerviosa.

—¿Y eso te dice quién soy?

—No shé.

—¿Quién puedo ser? ¿Tú quién crees que soy?

—Eiisshenhorn.

—¿Por qué conoces ese nombre?

—Por el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El de mercenario. Buena paga.

—Cuéntame más sobre eso.

—No shé más.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté de nuevo al mercenario.

—Ya te lo he disho. Eino Goran.

—¿De dónde eres?

—De Hesperus.

—¿De qué color es el cielo?

—Azul. Sheguro.

—¿Cómo te llamas?

—Eino Goran. Eino Goran. Eino Goran.

Las palabras salieron a borbotones, como un arroyo montañoso, solapándose unas a otras y sin ningún sentido.

—¿De dónde eres? —le pregunté de nuevo para seguir con el interrogatorio.

—De Hesperus… Aaah. No shé.

—¿Qué quieren decir los tatuajes de tu cuerpo?

—Bono.

—¿En qué lenguaje?

—No shé.

—¿Es un bono de repatriación?

—Ajá.

—Esa es una costumbre de los mercenarios, ¿verdad?

—Aaaamm…

—Dice, para cualquier captor que pueda verlo, que si te devuelven a tu planeta natal o a una agencia de tu planeta natal, sin sufrir ningún daño, pagarán un bono. ¿No es así?

—Sí, así.

—¿Eres un mercenario?

—Sssí.

—¿De qué color es el cielo?

—Azul. No, sí… Azul.

—¿Cómo te llamas?

—Aaahh…

—Te he preguntado cómo te llamas.

—Espera… lo sé. Es difícil pensar…

Los ojos le dieron vueltas en las órbitas.

—¿Cómo te llamas?

—No shé.

—¿Eres un mercenario?

—Sí.

—¿Era yo el objetivo de tu misión ayer por la noche?

—Sí.

—¿Quién era el objetivo ayer por la noche?

—Eisenhorn.

—¿Soy Eisenhorn?

—Sí.

Me miró fijamente, pero sus ojos seguían teniendo un brillo extraño, y no me enfocó bien.

—¿Cuáles eran tus órdenes?

—Mátalos a todos. Quema el sitio.

—¿Quién te dio esas órdenes?

—El señor del clan Etrik.

—¿Señor del clan es un rango?

—Sí.

—¿Es el señor del clan Etrik un jenízaro vessorita?

—Sí.

—¿Eres un jenízaro vessorita?

—Sí.

—¿Cómo te llamas, jenízaro?

—¡Señor, Vammeko Tari, señor!

Se detuvo y parpadeó, sin estar muy seguro de lo que acababa de decir. Crezia me miraba a mí.

—Lo estás haciendo muy bien, Tari —le dije.

—Aaahhh…

La personalidad implantada se estaba despegando de su mente como papel mojado. Me lancé de cabeza con toda mi fuerza menta la acabar la tarca al notar que su mente ya estaba abierta.

—¿Dónde te contrataron?

—Hace veinte semanas. Nnnggghh… Veinte semanas.

—¿Dónde?

—Heveron.

—¿Qué estabas haciendo allí?

—Estaba buscando trabajo.

—¿Y antes de eso?

—Nnnggghh… Me contrataron para una guerra fronteriza. El gobernador local nos contrató. Pero al final, la guerra se quedó en nada.

—¿Y encontraste un nuevo cliente?

—El señor del clan lo hizo. Buena paga, y con un contrato de larga duración a otro planeta, y con el tránsito pagado.

—¿Para hacer qué?

—No nos lo dijeron. Nos llevaron a un lugar lejano.

—¿Adonde?

—¿Gudrun?

—¿Fue a Gudrun?

—Sí…

Se estremeció de arriba abajo.

—¿Y cuál era la misión, a grandes rasgos?

—Las armas y los transportes los proporcionaba el cliente. Nos dijo que atacáramos esa casa de la península. Que los matáramos a todos.

—¿De quién era esa casa?

—De uno llamado Eisenhorn.

—¿Cuántos hombres contrató?

—A todos nosotros, a todo el clan.

—¿Y cuántos hombres son en total?

—Ochocientos.

Me quedé callado por un momento. ¿Ochocientos?

—¿Todos para la misión en Gudrun?

—No. Sólo éramos setenta para eso. El resto era para otras misiones.

—¿Qué otras misiones?

—No me lo dijeron. Agh… Me duele la cabeza.

Crezia me tocó la manga.

—Debes parar —me susurró—. Está empezando a hiperventilar.

—Sólo unas pocas preguntas más —le respondí con un siseo. Miré otra vez a Tari. Estaba sudando y balanceándose ligeramente, y su respiración se había hecho jadeante y agitada.

—¿Dónde os agrupasteis antes de comenzar el ataque?

—Nnnggh… Piterro.

Era una pequeña isla en la bahía de Bisheen. Interesante.

—¿Cómo se llamaba la nave que os trajo hasta aquí?

—La Beltrand.

—¿Cómo se llamaba vuestro cliente?

—No shé.

—¿Lo viste alguna vez?

—No.

—¿Viste a alguno de sus agentes?

—Sí. Nnnggh… ¡Duele!

—¡Gregor!

—¡Todavía no! Tari, ¿quién era el agente?

—Una mujer. Una psíquica. Vino a implantarnos las personalidades la noche antes de la misión.

—¿Ella en persona os fijó los velos de identidad?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Se hacía llamar María. María Tarray.

—Tari, recuerda su imagen —le ordené.

Logré discernir una breve pero nítida percepción de una mujer de rasgos angulosos y marcados con un cabello negro y largo. Sus ojos fueron lo que se me quedó más grabado. Pintados con kohl, grandes y de color verde jade. Me pareció que me miraba a mi mente de un modo directo. Retrocedí de forma inmediata.

—¿Estás bien? —me preguntó Crezia.

—Sí, estoy bien.

—Vamos a dejarlo ahora —dijo de forma tajante—. Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Eso es lo que he dicho.

El jenízaro se había recostado sobre la cama, con la cara hinchada y sudorosa. Había cerrado los ojos y estaba gimiendo.

—Se está viniendo abajo. Está sintiendo las disrupciones de tus sondas mentales.

Pude ver que Crezia estaba temblando de forma leve. Ella también las había sentido, aunque fuese de segunda mano.

—Una última pregunta.

—He dicho que íbamos a dejarlo ahora y lo decía en serio. Tengo que estabilizar su estado.

Alcé una mano.

—Una más. Ahora, que todavía tiene la mente abierta. Si volvemos más tarde, o mañana, ya tendrá la mente cerrada de nuevo. Y no querrás hacerle pasar por esto de nuevo, ¿verdad?

—No —accedió finalmente.

—¿Tari? ¿Tari?

—Déjame.

—¿Cómo se llama tu cliente? ¿Cómo se llama el jefe de María Tarray?

El vessorita murmuró algo.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Crezia— no lo he oído.

Yo sí. No verbalmente, sino su resonancia psíquica. Algo que estaba bloqueado, algo que no habría podido decir ni que hubiera querido. Se hundió en un desmayo mental, al mismo tiempo que los últimos restos del velo de su personalidad implantada se deshacían y aparecía el último nombre.

—Ha dicho Kanjar —le respondí—. Kanjar el Afilado.



ONCE

EL ADEPTO CIELO
AVISOS DE MUERTE
PELIGROSA AMABILIDAD

Desperté antes del amanecer. Fuera todavía estaba oscuro, y la fría brisa mecía las cortinas.

Me vestí y bajé. Pasé a ver a Tari de camino. Estaba totalmente dormido, acurrucado en su cama. Crezia se había asegurado de que estaba bien, le había dado un suave derivado opiáceo para mitigar el dolor y lo había cubierto con una manta. Estuvo inconsciente durante una buena parte de las últimas catorce horas. Crezia casi se volvió loca de miedo cuando descubrió que el prisionero de su trastero era un jenízaro vessorita.

Comprobé las ataduras de Tari, que gimió suavemente cuando moví la manta.

Aemos ya estaba levantado. Se sentó en el estudio de Crezia con una taza de cafeína que él mismo había preparado, y escuchó las noticias de la radio de primera hora de la mañana.

—¿No podías dormir? —le pregunté.

—He dormido bien, Gregor, pero nunca duermo mucho.

Tomé otra taza y me puse cafeína de su jarra.

—No se oye una palabra sobre nosotros —dijo, haciendo un gesto hacia la radio.

—¿Nada?

—Es muy inquietante. Ni una sola palabra, ni siquiera en la frecuencia de los arbites.

—Alguien se las ha arreglado para reclutar ochocientos asesinos vessoritas, Uber. Tienen poder. Han bloqueado las noticias, o las han censurado.

—Los demás lo sabrán.

—¿Qué quieres decir?

—Fischig, Nayl. Sabrán que algo ocurre en cuanto dejen de recibir respuestas a sus comunicaciones desde la Casa Spaeton.

—Eso espero. ¿Qué has averiguado de los tatuajes de nuestro amigo?

—Base Futu, justo como suponía. Lo he comprobado con el cogitador de la doctora. —Sacó una placa de notas y se ajustó las gafas—. Esta marca atestigua que Vammeko Tari, un jenízaro, es propiedad del clan Etrik y que se pagará una recompensa de diez mil zkells por su repatriación. Está hecho de carne, y su carne habla por él.

Aemos me miró.

—Es una costumbre extraña.

—Concuerda completamente con la mentalidad de los vessoritas. Los jenízaros son objetos. Elementos materiales. Daría igual mantener como prisionero un cañón o un tanque. No poseen filiación política ni lealtad alguna en el marco de cualquier conflicto en el que se vean envueltos. No sirven como rehenes. El hecho de añadir ese pequeño incentivo a cada uno aclara y simplifica las cosas. Coloca un sencillo precio al asunto y disuade al captor de matarlos.

—¿Cuánto son diez mil zkells?

—Yo diría que suficiente.

—¿Qué haremos con él cuando nos vayamos?

Aquélla era una buena pregunta.

Fui a la cocina a preparar más cafeína y a buscar algo de pan, y me encontré a Crezia haciendo zumo de ploineros y de bayas de montaña en una prensa cromada. Tenía el pelo suelto y llevaba puesto un corto vestido suelto de estar por casa, de seda de color crema.

—¡Ah! —dijo ella cuando entré.

—Perdona —dije, retrocediendo.

—Ah, no te molestes, Gregor. Me has visto con mucha menos ropa.

—Ya, ya lo sé.

—Sí, ya me has visto. ¿Quieres un poco de zumo de frutas?

—En realidad estaba buscando cafeína.

—¿Cómo lo he podido olvidar? Desayuno en la terraza… yo con mi zumo y mi pastel integral, tú con tu cafeína y tus huevos con tocino.

Llené un cazo en el grifo del fregadero después de aclararlo.

—Supongo que ahora es tu oportunidad para decir «Te lo dije» —comenté.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre has sostenido que la fruta y el pan integral eran el camino a una vida saludable, ¿recuerdas? Solías hablar y hablar sobre dietas y fibra y todas esas cosas. Me decías que mi dieta de cafeína, alcohol y carne roja me iba a matar.

—Lo retiro.

—¿De verdad?

—No será tu dieta lo que te va a matar, Gregor —dijo, mordiéndose nerviosamente una uña.

—Tenías razón, por supuesto. Fíjate en ti.

—Preferiría no hacerlo —dijo ella, aplastando un ploinero con demasiada fuerza.

—Estás tan maravillosa como el día que te conocí.

—El día que me conociste, Gregor Eisenhorn, estabas medio comatoso por la anestesia y yo llevaba puesta una mascarilla facial.

—Ah, ¿cómo he podido olvidarme?

Me echó una mirada fulminante.

—Bueno, de todas formas —dije—, no estoy mintiendo. Te traté mal. Te sigo tratando mal. Alguien como tú no se merece esto.

Ella probó su bebida de frutas llena de pulpa.

—No voy a discutirte nada de eso, aunque… es agradable oírte decir que lo admites.

—Es la verdad. También lo es que sigues siendo maravillosa.

Ella suspiró.

—Los programas rejuvenecedores son muy fáciles de administrar. Tengo esta apariencia gracias a la ciencia imperial, no al zumo de frutas.

—Sigo creyendo en el zumo de fruta.

Sonrió burlonamente.

—Tú tampoco tienes mal aspecto, a pesar de la carne roja y la cafeína.

El agua del cazo comenzó a hervir.

—Me siento como una persona de mil años a tu lado. La vida no me ha tratado bien.

—Pues, no sé. Hay cierta nobleza en tus cicatrices. Hay algo muy masculino en la forma como te conservas.

Empecé a buscar los granos molidos.

—Esa lata de ahí —dijo ella—. La mezcla de achicoria que siempre has utilizado. La que siempre me ha gustado.

Tomé la caja de aluminio y eché varias cucharadas en el cazo.

—Crezia —le dije—, debiste haberme dejado hace mucho tiempo. Nunca he sido suficientemente bueno para ti. Nunca he sido suficientemente bueno para nadie, la verdad sea dicha.

—Ya lo sé —dijo ella—. Pero no puedo. Las cosas son así.

Eché el agua hirviendo en el cazo y la dejé reposar.

—¿Qué tal está Alizebeth? —preguntó ella de repente.

En cierto modo había estado esperando aquella pregunta, al final había terminado con una larga relación con Crezia Berschilde por Bequin. Aunque conocía a Alizebeth y sabía que nunca podríamos estar juntos salvo como amigos, también sabía que no podría dejar atrás mi amor por

ella. Habían ocurrido demasiadas cosas y nunca podría ser justo ya con Crezia.

Veinticinco años antes, en esa misma casa, le había dicho algo similar y me había ido.

—Está muriéndose —dije.

Crezia bajó rápidamente el vaso.

—¿Muriéndose?

—O ya está muerta. —Le conté lo que había pasado en Durer.

—Oh, Dios-Emperador —exclamó—. Deberías ir con ella.

—¿Qué podría hacer?

—Estar allí —respondió con firmeza—. Estar allí y contárselo todo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo sabes que todavía no se lo he dicho?

—Porque te conozco, Gregor. Demasiado bien.

—Bueno… yo…

—¿Vosotros dos nunca…?

—No. Ella es una intocable. Yo soy un psíquico. Así es como funcionan las cosas.

—¿Y nunca se lo has contado?

—Ella lo sabe.

—¡Por supuesto que lo sabe! Pero ¿tú nunca se lo has contado?

—No.

Me abrazó. La apreté contra mí. Pensé en todas las cosas que no había hecho, o no había empezado o no había terminado. Entonces recordé todas las cosas que había hecho y que nunca podría deshacer.

—Soy lo último que necesitas, Crezia —susurré a su pelo.

—Déjame que yo juzgue eso.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y Aemos entró cojeando. Crezia y yo nos soltamos.

A Aemos no le importaba lo más mínimo lo que pudiéramos estar haciendo.

—Tienes que venir a oír esto —dijo.

Había estado escuchando el Servicio del Subsector en la radio, noticias de todo el subsector helicano, algunas de ellas de hacía días o semanas. Cuando nos colocamos alrededor del viejo receptor, las noticias habían cambiado a la información de la bolsa y a las previsiones para el transporte.

—¿Y bien? —pregunté.

—Un informe de Mesina, Gregor. Los niveles superiores de la Aguja Once de Mesina Primaria han sido destruidos hace veinticuatro horas por lo que se creía una explosión provocada por herejes.

Me quedé helado. La Aguja Once de Mesina Primaria. Allí estaba la residencia que había alquilado para que la utilizara La Rueca. Nayl y Begundi habían llevado allí a Alizebeth y a Kara. Por su seguridad.

—El informe dice que se han perdido unas diez mil vidas —murmuró Aemos—. Los arbites de Mesina están buscando sospechosos, pero se ha atribuido a un grupo radical incontrolado de Mesina.

Me senté, temblando. Crezia se puso de cuclillas a mi lado, abrazándome. ¿La Rueca… desaparecida? ¿Bequin… Nayl… Kara… Swole… Begundi?

Era demasiado.

Caí en la cuenta de por qué Kanjar el Afilado había contratado a tantos jenízaros vessoritas. Distintos golpes, distintos mundos. ¿Dónde más había golpeado Kanjar? ¿Qué otro dolor me había causado? ¿A quién más habría matado?

—¿Qué ocurre? —preguntó Eleena, acercándose y restregándose sus ojos adormilados.

Recorrí la casa y el jardín del patio arriba y abajo. Dos o tres veces comencé a andar en dirección al trastero, pistola automática en mano. ¡A la mierda la recompensa! ¡Me vengaría!

Todas y cada una de aquellas veces me di la vuelta. Le había aconsejado a Medea que no se vengara y ahora debía escuchar mi propio y sabio consejo. Matar a Tari sería como romper una espada. ¿Qué era lo que Medea había dicho? «Es una actividad de sustitución. Es algo a lo que te puedes agarrar y hacer porque no puedes hacer aquello que realmente querrías hacer. Necesitaba algo, y no era venganza».

Entonces, ¿qué era? Necesitaba volverá estar activo. Necesitaba reunir a mis aliados. Necesitaba descubrir quién era Kanjar el Afilado.

Y luego, ¡a la mierda con el consejo que le había dado a Medea! Necesitaba destruirle.

A las nueve en punto, el adepto Cielo llegó con su secretario, después de haber sido citado el día anterior. Ambos iban encapuchados y con túnicas, en lo que debía de ser su idea de sutileza.

Me reuní con ellos en la sala de estar, junto con Crezia. Ella se había puesto un traje beige.

El adepto Cielo era un anciano y experimentado astrópata, uno de los mejores que podía ofrecer la Casa del Gremio establecida en Ravello.

—¿Entiendo, señor, que éste es un asunto privado?

—Lo es.

—¿Está usted adquiriendo mis servicios en efectivo?

—No, adepto, mediante transferencia de fondos. Tengo un servicio de mensajería confidencial que quiero utilizar. Espero de ustedes la máxima discreción.

—Tiene usted la garantía del Gremio, señor —dijo Cielo. Su secretario abrió una placa de notas y me ofreció el escáner de huellas digitales.

Apreté mi pulgar contra él e introduje mi código.

—Ajá —dijo Cielo al ver que la placa emitía un sonido y mostraba unos datos—. Todo está bien. Sus cuentas han transferido los fondos. Todo está en orden, señor Eising. Sigamos adelante.

No utilicé ninguna de las cuentas que estaban relacionadas con la persona de Gregor Eisenhorn, por supuesto. Tenía buenas razones para

sospechar que mis finanzas estaban bajo vigilancia, si no bloqueadas. Así que ni lo iba a intentar, ya que eso pondría sobre aviso a mi enemigo de que alguien con poder para acceder a las cuentas de Gregor Eisenhorn estaba aún vivo, y sería relativamente sencillo rastrear ese acceso.

Aparte de las diferentes propiedades que poseía, tenía otros bienes bajo otras identidades. Gordon Eising era el titular de varias participaciones del Tesoro Público del Imperio en Tracia, con suficientes fondos para cubrir todas mis necesidades en aquellos momentos.

Había instalado el servicio de mensajería confidencial hacía muchos años para poder enviar y recibir mensajes sin tener que utilizar mi identidad auténtica. Era básicamente una cuenta de correo mantenida de forma automática a la que podía acceder, utilizando un astrópata, desde cualquier lugar. Podía enviar mensajes y leer cualquier comunicado que se hubiera enviado allí. El servicio estaba registrado a nombre de Aegis.

Cuando Cielo accedió a la cuenta de Aegis, no había ningún mensaje esperando su lectura. Redacté el contenido del comunicado en Glossia e hice que Cielo enviara mensajes de aviso a Fischig, en Durer; a Mesina, y a los agentes de mi organización de Tracian Primaris: Hesperus, Sarum y Cartol. Firmé como Rosethorn. También envié una transmisión privada, codificada y anónima a un amigo que estaba fuera del subsector helicano. El mensaje constaba de una sola palabra: Sanctum.

Esperé la respuesta antes de contactar con mi superior, Lord Rorken. Quería hacer las cosas de una en una. No era la primera vez en mi vida que deseaba permanecer fuera de la vista, excepto para los amigos.

Incluso enviar comunicados bajo otro nombre era peligroso, por supuesto. Muchas o todas las personas con las que estaba intentando contactar podían estar siendo vigiladas… si no habían sido ya eliminadas. Pero el Glossia era un código privado. Aunque mis mensajes fueran interceptados, sería imposible descifrarlos.

Las primeras respuestas llegaron al mediodía del día siguiente. El secretario de Cielo vino de la Casa del Gremio para entregarlos.

Uno era un mensaje de Fischig, en Glossia, que básicamente me contaba que ya estaba en camino desde Durer y que llegaría a Gudrun

dentro de unos veinte días. Le envié una respuesta que enfatizaba toda precaución y que le pedía que contactara conmigo cuando estuviera cerca.

La respuesta al mensaje «Sanctum» fueron las palabras «Sanctum ascendiendo, en quince». No había identificación alguna del mensaje y su origen era el espacio profundo.

El secretario me entregó también una placa de datos: «Los comunicados a Mesina, Tracian Primaris, Hesperus y Cartol han sido devueltos como no entregables. Es extraño. El mensaje de Hesperus tiene una frase añadida por los arbites locales, recomendando que se contacte con ellos directamente. No ha habido respuesta de Sarum».

Tras la marcha del secretario, hablé con Aemos. Estaba tan alarmado como yo.

—¿No entregables? Muy inquietante. Y el interés de los arbites es intranquilizador.

—¿Has progresado con los nombres? —pregunté. Había estado trabajando con el codificador de Crezia toda la mañana.

—Nada. No aparece ninguna María Tarray y no encuentro nada sobre ningún Kanjar el Afilado. Un kanjar es un arma de hoja, por supuesto. Una daga curva de la antigua Terra. La palabra aparece en varias culturas imperiales.

—¿Puedes averiguar algo más?

—No con esta máquina. Pero la doctora me va a acompañar al universitariado esta tarde y me va a proporcionar acceso a sus principales bases de datos.

Estuvo fuera mucho tiempo, hasta últimas horas de la tarde. Crezia tenía que dar algunas clases y Phabes había desaparecido. Me habían dejado solo con Eleena.

Eché un vistazo al prisionero. Estaba despierto pero no respondía. Crezia le había dejado una bandeja de comida y algo de agua antes de irse, pero no había tocado nada de aquello. Intenté hacerle unas pocas preguntas pero no se inmutó. Estaba zombi, sumido en un sopor postinterrogatorio.

Medea todavía estaba durmiendo, pero sus signos vitales eran buenos y no había rastro alguno de infección postoperatoria. Le di un suave beso en la frente y volví a la cocina.

Eleena estaba sentada en la mesa del refectorio con un tercio de una botella de vino tinto hesperiano. Sin formular pregunta alguna, tomó un vaso y me sirvió un poco.

Me senté con ella. Las puertas de la cocina estaban abiertas, permitiéndonos sentir una fresca brisa vespertina y una buena vista del Itervallea través del patio. La puesta de sol pintaba la montaña de ocre e iba cambiando de color suavemente delante de nuestros ojos para pasar a un color bermejo, luego a casi escarlata y después a azul ultramar.

—¿Ha comido? —preguntó Eleena.

—No. ¿Y tú?

—No tengo hambre —contestó ella y bebió un trago de vino.

—Lo siento, Eleena —dije.

—¿Perdón, señor? ¿Por qué?

—Siento que debas estar en medio de todo esto. Es un asunto desagradable y nos está costando caro.

Ella sonrió.

—Usted me sacó con vida de Spaeton, señor. Sólo por eso ya le estoy agradecida.

—Me habría gustado haber salvado a todo el mundo.

Ella se encogió de hombros. Podía notar que le obsesionaba la matanza de la que había sido testigo. El valiente sacrificio de Sastre en especial la había marcado. Eleena Koi tenía sólo veinticinco años, era una niña y un nuevo miembro de La Rueca. No había cumplido ningún servicio activo todavía. La habían destinado a la Casa Spaeton como una intocable residente, algo que La Rueca consideraba una tarea fácil, para acostumbrarla a la rutina de trabajo. Un poco de aclimatación.

—Si quieres irte, creo que no pasaría nada. Podría arreglarte el papeleo y conseguirte algún dinero. Podrías irte de este mundo, a la seguridad.

Eleena parecía casi ofendida.

—Soy una intocable contratada y en nómina de La Rueca, señor. Tal vez me bendijo el Emperador, ya que soy el último miembro con vida. Sabía que servir a un inquisidor sería peligroso cuando empecé. No me hago ilusiones.

—Pero aun así…

—No, señor. Soy suficientemente fuerte para esto. Puede parecer extremo, pero es para lo que fui contratada. Además…

—¿Además qué?

—Bueno, entre otras cosas, sabemos que el enemigo ha contratado al menos a un poderoso psíquico. Eso quiere decir que necesitará un intocable.

—Cierto.

—Y… creo que me sentiré más segura a su lado, si me fuera por mi cuenta, estaría toda mi vida mirando a ver quién tengo detrás.

—Gracias, Eleena. Ahora podrías dejar de llamarme señor, si todo esto por lo que hemos pasado estos días no cuenta como proceso de unión, no sé qué podrá hacerlo.

—De acuerdo —sonrió ella.

Ya era un cambio ver una sonrisa en su rostro. Era alta y demasiado delgada, en mi opinión, y siempre parecía inquieta y nerviosa. La sonrisa le sentaba bien.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos.

—Entonces, ¿cómo debo llamarle? —preguntó a la postre. Estuvimos charlando despreocupadamente durante un rato, hasta que el Itervalle se volvió negro y el cielo, azul imperial. Las estrellas se apagaron.

—¿Tenemos un plan? —preguntó ella.

—En teoría, sólo tenemos que averiguar quién está decidido a asesinarnos, y cazarlo. En la práctica, eso significa que nos quedamos aquí, fuera de la vista, durante un tiempo al menos y que, posteriormente, nos iremos del planeta.

—¿Dentro de cuánto crees?

—La manera que prefiero utilizar para abandonar el planeta estará disponible dentro de quince días.

Ella volvió a llenar los vasos.

—Me gusta. Me gusta cuando hablas como si todo lo tuvieras bajo control.

—A mí también —dije con una risa entre dientes.

—Entonces… hablando en la práctica, cuando estemos fuera del planeta, ¿qué haremos?

—Depende de unas cuantas cosas, de lo que logremos averiguar en las próximas dos semanas. De si me atrevo a mantenerme en contacto con mi Ordos.

—Tú no crees que esté involucrada la Inquisición, ¿verdad?

—De ninguna manera —contesté. No era una mentira, porque estaba convencido de que no estábamos en conflicto con ninguna agencia externa, pero tampoco era toda la verdad. Tenía suficiente experiencia para saber que nada era imposible. Pero tampoco tenía sentido alarmarla—. Es sólo que creo que nuestro enemigo está tan bien coordinado, tan bien provisto, que está vigilándolo todo. Si me pusiera en contacto con la Inquisición, ésta nos podría traicionar.

Tomé mi vaso y bebí un buen trago del delicioso vino tinto.

—Así que, si no descubrimos nada, cuando nos vayamos… estará todo a nuestra disposición. Hay sitios adonde podemos ir a buscar protección, amigos a quien puedo acudir. Tal vez nuestra mejor opción sería desaparecer y permanecer escondidos hasta que se formalicen nuestros planes. Pero no sé qué hacer. Me gustaría que nos dirigiéramos a Mesina. Si existe alguna posibilidad de que alguno de ellos siga con vida…

Aparte de los agentes de campo errantes cumpliendo diferentes tareas, el cuartel general de La Rueca en Mesina representaba mi única base alternativa de operaciones. Si había desaparecido, y la Casa Spaeton también, me había quedado aislado.

—Yo tenía muchos amigos en la Sala de La Rueca. Espero que estén todos bien. —Miró a la mesa y se puso a jugar con el vaso—. Supongo que estarás muy preocupado por la señora Bequin.

—Bueno… —comencé a decir.

—Siendo ella tan gran amiga y colega tuya. Y como la hirieron gravemente en Durer. Todo el mundo sabe… —cortó de repente.

—¿Sabe qué, Eleena?

—Bueno, pues que la quieres.

—¿Todo el mundo lo sabe?, ¿de verdad?

—No se puede esconder algo así. Os he visto juntos. Os adoráis.

—Pero…

—Tú eres un psíquico y ella es uno de los nuestros. Lo sé, lo sé. Eso no quiere decir que no la ames, a pesar de todo.

Me miró y se sonrojó.

—Este vino —dijo—. He hablado demasiado, ¿verdad?

—No, Eleena —dijo Crezia. Ninguno de nosotros dos la había oído entrar—. Introduce un poco de sentido en su cabeza. Tienes que volver a verla. Es lo que debes hacer.

Crezia llevaba puesto su atuendo de profesora. Cogió un vaso de un estante, se acercó a la mesa y, cuando vio que la botella estaba vacía, se dispuso a abrir otra.

—¿Qué tal ha sido el día? —le pregunté, intentando cambiar de tema.

—Me he pasado cuatro horas enseñando los principios de la palpación torácica a los alumnos de segundo año. Nunca había visto un grupo de tarugos tan mal preparados. Cuando llamé a uno de ellos para hacer una práctica, cogió la cadera del alumno que hacía de paciente. ¿Tú cómo crees que ha sido mi día?

Se sentó con nosotros a la mesa.

—He echado un vistazo a nuestro invitado. Me preocupa su estado. No ha comido ni bebido nada y prácticamente no responde. Creo que le has hecho algún daño con tus exploraciones mentales.

—Bueno, o eso —le repliqué—, o está teniendo una mala reacción a las drogas.

—Posiblemente. Si continúa igual por la mañana, le haré algunos análisis de sangre. Sus manos y pies están muy lívidos. Has apretado demasiado esas malditas ataduras.

—Están tan apretadas como es necesario, Crezia. Es un jenízaro vessorita reclutado para asesinarme, no lo olvides.

—Calla y sírveme algo de beber.

En cuanto Aemos entró, pasadas las diez, supe que algo iba mal. Cargaba con una pequeña pila de placas de datos y no protestó cuando Eleena le ofreció algo para beber, lo que no era normal en él.

Su mano temblaba cuando levantó el vaso para dar un sorbo. Incluso Crezia pudo ver que no se comportaba normalmente.

—¿Bueno, viejo amigo? —pregunté.

—Me he pasado horas investigando esos nombres, Gregor. Sigo sin encontrar nada sobre ese Kanjar, aunque he reunido una lista de planetas que siguen utilizando la palabra.

Me acercó una placa.

—María Tarray… aquí he tenido más suerte. Una María Tari fue arrestada por los arbites en Hallowcan hace cinco años por participar en actividades de sectas. Estaba pendiente de juicio cuando escapó. Ha aparecido dos veces más: en Felthon, donde era una conocida colaboradora del líder de la secta, Berrikin Paswold, y en Sansecta, donde se la buscaba en relación con el asesinato del jerarca Sansum y de cinco clérigos del Ministorium. La Inquisición tiene también una orden de búsqueda para su internamiento como sospechosa de ser una psíquica ficticia.

—¿Así que es una activa participante en actividades de sectas, eh?

Miré los resúmenes que Aemos había colocado en una placa. No me decían mucho más. Si me ponía en contacto con la Inquisición, ellos tendrían un expediente más completo, a pesar de los riesgos, me sentía inclinado a contactar con Rorken.

—Si es la misma mujer —comentó.

—No hay foto de ella, pero la descripción física concuerda con la imagen que tengo grabada en mi mente.

—¿Cuáles son sus antecedentes?

—No hay nada sobre eso… excepto que cuando se la interrogó durante su detención en Hallowcan, afirmó tener treinta y siete años y que su mundo de nacimiento había sido Gudrun.

—Interesante… —dije—. Deberíamos comprobar esos datos en el censo planetario y…

—Creo que me pagas para ser minucioso, Gregor —dijo Aemos, cortante—. Ya lo he hecho. Aquí no hay registro alguno de ella. De hecho, no hay nadie en Gudrun con el apellido de Tarray o Tari. Sin embargo, el apellido sí aparece en otros mundos. En demasiados, de hecho, para que nos sirva para algo.

—Bueno, sabio —dijo Crezia—, ¿que es lo que te preocupa tanto?

Aemos tomó otro trago de vino y empujó una placa al centro de la mesa.

—Me estaba quedando sin opciones con los nombres, así que acudía otra cosa. Revisé los nuevos registros de todo el subsector, buscando palabras clave. No te va a gustar.

Leí la placa y mi corazón se quedó helado. Mostraba informes de boletines de accidentes procedentes de varios planetas del subsector. Sólo eran incidentes pequeños, la mayoría de los cuales no habrían ocupado una columna de prensa más allá de los noticiarios regionales. Sin duda, los sucesos que narraban no habrían sido noticia planetaria y, desde luego, tampoco interplanetaria. Aemos los había encontrado sólo porque había hecho un esfuerzo por buscarlos rastreando el compendio de los noticiarios imperiales.

El primer informe era sobre la explosión en Mesina. Mesina Primaria, la colmena principal, Aguja Once. El estallido había ocurrido a las diez y cinco, hora local. Era aterrador. Según mis cálculos, el ataque a la Casa Spaeton había comenzado al mismo tiempo exactamente, una vez hechos los consiguientes ajustes siderales. La explosión había incinerado los diez niveles más altos de la aguja. La cifra de muertos se elevaba a once mil

seiscientos. El gobernador general había declarado el estado de emergencia.

Había una larga lista anexa de propiedades y negocios destruidos. Entre ellos, a mitad de la segunda página, estaba el Instituto Thorn, el nombre por el que el público conocía a La Rueca.

No había supervivientes. Supongo que pudo haber sido una coincidencia, pero no creo en ellas. Lo que significaba que mi enemigo, ese Kanjar el Afilado, no había dudado en exterminara miles de civiles sólo para eliminar a La Rueca.

El informe afirmaba que un movimiento clandestino autodenominado Vástagos de Mesina había reclamado la autoría del atentado. Ese grupo, decía, luchaba por la independencia de Mesina del Imperio.

Algo que era realmente una mentira asquerosa. Mesina era tan imperial como podía serlo un planeta con aquella cultura.

El segundo informe mencionado en la placa procedía de Cartol. Una familia que viajaba de vacaciones por la provincia de Kona había sido encontrada asesinada por pistoleros desconocidos. Dos hombres y tres mujeres. Sus identidades se facilitarían tan pronto como se averiguaran. Las autoridades de Cartol estimaban el momento de la muerte entre las diez y la medianoche, dos días antes.

Había enviado a Cartol a mi agente Leres Phinton, junto con Biron Fakal, Loys Naran y dos intocables, cinco meses antes, para recoger pruebas sobre una muerte relacionada con una secta de la región de Kona. Habían enviado sus informes con regularidad. ¡Dios-Emperador…!

Busque el siguiente elemento. Procedía de Tracian Primaris. Una residencia privada en la Colmena Sesenta y Dos había sido bombardeada justo antes de medianoche. Ocho muertos sin identificar. El lugar aparecía como Colmena Superior, número Sesenta y Dos, nivel 114, 871…, que era la dirección de la oficina regional que mantenía en el mundo capital del subsector helicano. Barned Ferrikal, que había estado conmigo durante treinta años, dirigía aquel lugar con siete personas a su cargo.

En el siguiente, Hesperus, dos hombres muertos en un tiroteo con bandas juveniles. Justo antes de medianoche, hace una semana. Se habían

internado en la parte equivocada de la ciudad, dijo un portavoz de los arbites.

Lutor Witte y Gan Blaek, dos de los mejores agentes secretos que tenía, habían estado operando en Hesperus durante un año, intentando descubrir una secta tzeentchiana que estaba haciendo presa en la juventud de las zonas inferiores de las colmenas.

El siguiente se refería a Sarum, mundo capital del subsector de Antimar. Una de mis alumnas más prometedoras, la interrogadora Devra Shiborr, había ido allí ocho meses antes siguiendo mis órdenes para infiltrarse y descubrir una red caoticofilíaca en la universidad central. Se había presentado como la doctora Zeyza Bajj, una historiadora de Punzel.

La noticia registraba la muerte, aparentemente por suicidio, de la prometedora académica Bajj, su cuerpo, muerto desde hacía ocho horas, había sido descubierto en su baño a la hora de la llamada del coro esa misma mañana.

Y, por último, el más estremecedor. Desde las Noticias Globales de Sameter, enviado la semana anterior. La residencia del inquisidor Nathun Inshabel había sido atacada y destruida por un enemigo no identificado. El nombre de Inshabel estaba entre los muertos.

Tomé asiento. Todos me miraban. Aemos apoyaba su barbilla sobre sus manos y las dos mujeres miraban fijamente, con ansiosa paciencia.

—Están todos muertos —dije—. Todos. Todos los hombres de mi operativo. Mi casa de aquí, el cuartel general de La Rueca y todos los agentes que tenía en activo sobre el terreno. Todos y cada uno. Todos asesinados a la misma hora aproximadamente y el mismo día de la semana.

Mi voz se quebró. Estaba demasiado conmocionado. Crezia me sirvió un vaso de amasec y se tomó uno ella misma.

Todo evaporado. La operación que había estado montando durante décadas, los amigos y aliados que había reunido… destruido en una sola noche. Todos mis recursos visibles habían sido identificados, puestos

como objetivo y eliminados. Aparte de mi querido Fischig, que se había abierto camino para encontrarnos, éramos todo lo que quedábamos.

Me sentía más desconectado que otra cosa. La red de información secreta y personal en activo que había construido desde el comienzo de mi carrera me había sido brutalmente arrebatada.

Estaba solo.

No quería otra cosa… ninguna otra cosa más que ver a Kanjar el Afilado cara a cara y ajustarle las cuentas.

Me fui a la cama, dejando el amasec intacto, y dormí mal y a ratos. De madrugada, desperté penosamente de un sueño que no podía recordar muy bien al principio. Tumbado en la oscuridad, los detalles fueron volvieron lentamente. Había estado soñando con la fuga de Spaeton. Medea y Jekud Vanee me habían estado llamando, rogándome que los rescatara. Recordaba la sensación de tomar la mano de Medea y de agarrar a Vanee, que no podía sujetarse bien. Los jenízaros le abatieron, cortando su cuerpo en dos con el fuego del láser. Su psicótico grito de muerte me había atravesado el cerebro como un hierro candente, y eso era lo que me había despertado.

¿O no fue eso?

Me desperté otra vez a las cuatro. La noche era tranquila excepto por el ruido de los grillos de montaña.

Algo iba mal. Me levanté, saqué la pistola automática de debajo del colchón y salí al rellano.

Podía oír los ronquidos de Aemos en su habitación y los distantes suspiros de Crezia en su letargo.

La puerta de Eleena estaba abierta.

Miré dentro. La cama estaba vacía y la colcha estaba tirada por el suelo.

Avancé despacio por el pasillo con la espalda contra la pared y el arma en alto sujeta con las dos manos, casi como si estuviera rezando. Podía verse una luz por debajo de la siguiente puerta. El baño.

Pude oír el borboteo de agua y la luz me deslumbró cuando se abrió la puerta de repente.

Apunté con mi arma.

—¡Oh, Dios! ¡Por el Trono Dorado, señor! ¿Qué diablos está h…?

Le tapé la boca con la mano a la sobresaltada Eleena y tiré de ella hacia la sombra.

—Me has asustado —susurró cuando dejé de apretar.

—Perdona.

—Sólo estaba en el baño.

—Perdona. Algo va mal.

—¿Gregor? ¿Qué es ese ruido? —La voz de Crezia flotaba en el rellano.

—Vuelve a tu habitación —dije en voz baja.

Ella hizo lo contrario, a la manera típica de Crezia Berschilde. Se puso rápidamente su bata de seda y se acercó con suaves pasos hasta nosotros.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

—Crezia, aunque sea sólo por una vez, sólo cállate —la corté.

—Bueno, perdona por nada.

Empujé a ambas detrás de mí y avancé lentamente hacia la puerta del trastero.

—Bonito trasero —dijo Crezia. Llevaba puesto solamente una manta.

—¿Vas a ser seria aunque sólo sea un minuto? —gruñí.

—Por favor, doctora —urgía Eleena—. Esto es algo serio.

La puerta del trastero estaba cerrada y a oscuras.

—¿Lo ves? —dijo Crezia—. No hay ningún problema.

Toqué el pomo y me di cuenta de que estaba libre. Crezia dio un salto cuando pegué una patada a la puerta y apunté mi arma a la cama.

La cama estaba vacía.

Eleena encendió la luz. Las frágiles y deshilachadas ataduras de Tari estaban todavía unidas al armazón de la cama. Las había roto a mordiscos

o a tirones.

—¡Trono Dorado, se ha ido!

—Oh, no… —Crezia murmuró—. Yo sólo le aflojé las ataduras un poco.

—¿Que hiciste qué?

—¡Te lo dije! Te dije que estaba preocupada sobre el estrangulamiento. La lividez de sus manos y su…

—¡No me dijiste que las habías aflojado! —dije furioso.

—¡Creía que habías entendido lo que quería decir!

Corrí escaleras abajo. El vestíbulo, a media luz, recibía la pálida luz de la luna que se colaba a través de las puertas delanteras medio abiertas.

—¡No puede haber ido muy lejos! ¿Qué más da de todas maneras? —decía Crezia detrás de mí.

Salí a la calle. No había rastro de nada ni de nadie. Las frías sombras de la noche se dispersaban fluidamente por las losas. Tari, estaba seguro de ello, se había ido hacía mucho.

Volví adentro y Crezia encendió las luces del vestíbulo. Y gritó.

Phabes estaba doblado en una esquina, como un hombre que se ha dormido sentado. Pero estaba muerto. Le habían rajado el cuello. Un gran charco de sangre se deslizaba lentamente cuesta abajo desde su encorvada figura.

—¿Lo ves ahora, Crezia? ¿Lo ves? —le grité.

Tari estaba libre. Él sabía quién era yo y dónde estaba. Teníamos que irnos.

Rápidamente.



DOCE

EN LA NOCHE, EN LAS MONTAÑAS
EL EXPRESO TRANS-ATENADAS
UN AVISO DE LOS MUERTOS

—No —dijo Crezia—. No. De ninguna manera. No.

—Esto no está abierto a debate, Crezia. No es una sugerencia, es una… una orden.

—¿Cómo te atreves a mandarme así, como si fuera uno de los lacayos de tu mayordomo, Eisenhorn? ¡No me voy a ir!

Abrí la boca y luego la cerré. El brutal asesinato de su hombre, Phabes, le estaba causando una gran angustia. Comunicarse con ella iba a ser una labor difícil.

Me giré hacia Aemos y Eleena.

—Vestios. Recogedlo todo y guardadlo en la aeronave. Quiero estar lejos de aquí en menos de media hora.

Ambos se alejaron corriendo.

Era difícil saber cuánto hacía que se había escapado el jenízaro. Phabes, cuyo cuerpo había cubierto Aemos con una sábana, estaba todavía caliente, por lo que estaba convencido de que Tari sólo disponía de una

hora de ventaja, noventa minutos en el peor de los casos. Dado su pragmatismo vessorita, me imaginé que se había dirigido directamente a una estación de radio para comunicar nuestra posición a sus hermanos. Eso es lo que yo hubiera hecho en su lugar. Pudo haber intentado matarme él mismo, pero para entonces sabía que no debía subestimar mis habilidades. Existía la posibilidad de haberlo matado, en cuyo caso nunca se hubiera sabido el secreto de mi localización.

No, él se había ido a buscar los medios para enviar un mensaje. Era imposible saber lo cerca que podían estar los individuos de su grupo, pero si seguíamos allí dentro de sesenta minutos nuestras expectativas no serían muy buenas.

También se me ocurrió que una vez que hubiera enviado su mensaje, estaría libre para volver e intentar matarme.

Tomé a Crezia de la mano y la llevé arriba. Sus ojos estaban rojos e hinchados y estaba paralizada por la conmoción. Se sentó a los pies de mi cama mientras yo me vestía.

—Si pudiera sencillamente irme, Crezia, lo haría —dije suavemente, a la vez que cogía una camisa limpia—. Si fuera sólo una cuestión de marcharme y eliminar toda mi mierda de tu vida, eso es lo que haría. Pero eso no es lo que va a pasar. Los mercenarios vienen de camino. Llegarán pronto, probablemente antes del amanecer. Interrogarán y matarán a todo aquel que encuentren. No podrás decirles que no sabes adonde he ido. Te… bueno, son jenízaros vessoritas y les pagan bien. No te puedo dejar aquí.

—No quiero irme. Éste es mi hogar, Gregor. Mi maldito hogar, y mira lo que has hecho.

—Lo siento.

—¡Mira lo que le has hecho a mi vida!

—Lo siento. Te compensaré.

Se levantó. La rabia le volvía y ocultaba su dolor.

—¿Cómo? ¿Cómo diablos vas a compensarme por esto? ¿Cómo diablos puedes compensarme por todo el dolor que me has causado a lo largo de toda mi vida?

—No tengo ni idea. Pero lo haré. Y tú tendrás que permanecer viva para que pueda hacerlo. Tengo la ruina de tu agradable y confortable existencia en mi conciencia, Crezia. No voy a añadir tu muerte a eso.

—Bonitas palabras, pero no me voy de aquí. Me voy a la cama.

La agarré por el brazo y la detuve. Debía cambiar de táctica. Como doctora, era totalmente desinteresada. Apelar a su instinto de conservación era inútil.

—Necesito que vengas. Ésa es la verdad. Tengo que llevarme a Medea conmigo. No puedo dejarla aquí y no creo que ella esté en condiciones de viajar.

—Por supuesto que no.

—¿Así que morirá?

—¿Si la mueves ahora? ¿En su estado?

—Entonces será mejor que viaje con un médico, ¿no crees?

Soltó mí mano.

—No pienso permitirte que pongas en peligro la salud de mi paciente, Eisenhorn —me avisó.

—Entonces ten en cuenta el pronóstico, doctora. Si se queda aquí, estará muerta por la mañana. La matarán cuando la encuentren. Si viene conmigo sin ti, probablemente morirá también. Creo que de lo que estamos hablando aquí es de tu juramento hipocrático de conservar la vida.

Odiaba ser tan manipulador… bueno, con ella. Me lanzó una mirada venenosa, sabiendo que la había arrinconado.

—Cerdo. Cerdo y listo. No sé por qué te he querido alguna vez.

—Yo tampoco lo sé. Pero sí sé porque te quise yo. Siempre te has preocupado por los demás. Siempre hacías lo que tenías que hacer.

Ella se dio la vuelta y se fue de la habitación.

Terminé de vestirme y metí unas mudas de ropa y a *Barbarizadora* en una bolsa de viaje de cuero que encontré encima del armario. Luego tomé el bastón rúnico y…

… me detuve en el umbral de la puerta.

El *Malus Codicium* estaba todavía en el cajón de la mesita. Lo envolví en una funda de almohada y lo metí en la bolsa.

¿Cómo había podido casi olvidarlo?

La primera respuesta que se me ocurrió era extraña e inquietante. Tal vez quería que lo olvidara.

Las luces interiores de la aeronave iluminaron una zona del patio. Aemos y Eleena lo habían guardado todo: ropa para cada uno de ellos y los manuscritos y libros que habíamos rescatado de la Casa Spaeton. Subí mis cosas a bordo y efectúe las comprobaciones previas al vuelo. La aeronave estaba perfectamente cargada.

—¡Ayudadme, maldita sea! —dijo Crezia.

Vestía un traje de trabajo verde oscuro y un abrigo acolchado, y llevaba dos bolsas de viaje. Medea estaba tumbada sobre una camilla gravitatoria, atada en su sitio con una unidad de revitalizrex y un botiquín anclados de forma magnética a la parte inferior de la camilla. Crezia había añadido dos cráneos-médicos a nuestra paciente, que flotaban suspendidos en el aire detrás de la camilla.

Subimos a Medea a bordo y luego montamos nosotros. Crezia se sentó al lado de Medea, sin decir palabra. Ni siquiera miró detrás de sí, a la casa, cuando ascendimos en la noche y nos alejamos a toda velocidad.

Volamos hacia el sur, hacia la principal cordillera de las Atenadas, un macizo de gigantescos picos que dividían el centro del continente a lo largo de tres mil quinientos kilómetros. El Itervalle y sus vecinos eran tan sólo estribaciones comparados con esta gran estructura geológica.

No quería estar en el aire demasiado tiempo. Tari sabía que teníamos una aeronave y habría informado a sus camaradas. Esto era sólo un corto salto para comenzar. Estudié una placa de navegación y comencé a trazar una ruta.

Al amanecer estábamos a unos noventa kilómetros hacia el sudoeste y varios cientos de metros más altos, en los valles bajos del irregular y afilado Esembo. Con las primeras luces de la mañana, era una negra forma ascendente con una centelleante capa de hielo. Sus poderosos vecinos acechaban a sus espaldas.

Descendimos en una ciudad llamada Tiroyere, un pequeño lugar que prosperaba como centro de reunión y lugar de paso para los viajeros que se dirigían a los centros turísticos situados en la parte superior del Paso de Esembo. Aparqué la aeronave en el límite de la ciudad, en una zona de abetos que la ocultarían a los observadores aéreos.

Nadie había hablado mucho. El aire era fresco, por lo que puse al máximo la calefacción de la cabina para que Medea estuviera cómoda.

—Deberíamos comer —dijo Eleena—. Yo iría a comprar algo… pero…

Ninguno de nosotros tenía dinero.

Crezia se quitó los guantes y sacó una cartera de su abrigo.

—¿Soy la única persona que piensa en cosas prácticas? —comentó agriamente.

Eleena tomó una barra de crédito de Crezia y atravesó los árboles hacia la ciudad. Estuvo de vuelta quince minutos más tarde llevando consigo una caja de estireno en la que había cuatro vasos altos de cafeína y dulces en frascos desechables, unos bollos calientes envueltos en papel encerado, una barra de pan y varias raciones de carne de salchicha selladas al vacío.

También había comprado una pequeña placa de datos con una guía turística de la región.

—Pensé que podría ser útil —dijo.

—Fantástico —dijo Crezia—. Ahora podremos escoger los mejores sitios para esquiar.

Mientras Eleena estuvo fuera, empleé considerable tiempo y esfuerzo en liberar la escotilla lateral de la aeronave. Había sido atornillada para que quedara abierta al estilo militar para la posición permanente del

artillero. Con el arma guardada y un frágil cargamento humano, quería sellar la cabina. Se cerraba pero el pasador no enganchaba. Intenté utilizar la fuerza bruta, pero no creía que se hubiera cerrado nunca en todos sus años de existencia.

Comimos y bebimos en silencio, y los cráneos-médicos administraron alimento a Medea a través de los tubos del gota a gota.

Observé el cielo y el largo arco de la carretera hacia la ciudad. No había mucho tráfico. Unos cuantos vehículos de carga y algunos drones móviles, además del ocasional aerodeslizador. Todos los turistas se dirigían a los centros turísticos.

Mientras comía, ojeé la guía que Eleena había comprado.

Dejamos Tiroyere a las nueve y media y pasamos el resto del día volando hacia el oeste, a espaldas del Esembo, sobre los espejos de los lagos altos y hacia el centro turístico norteño de Gruj. Durante mucho tiempo, estuve convencido de que nos seguía un pequeño aerodeslizador amarillo. Me llegué a preocupar tanto que me desvié hacia el este, alrededor de un trecho de pastos de montaña y escarpados bosques.

Perdí de vista al vehículo amarillo, pero unos treinta minutos después apareció otro que fue nuestra firme sombra durante una distancia de unos cinco kilómetros. Mi desazón volvió de nuevo.

A última hora de la tarde, cuando volábamos hacia Gruj, la aeronave negra giró hacia el sur siguiendo una ruta que la llevaría a la estación balnearia de Firiol, en la ladera sur del Monte Fulco.

Había estado huyendo de fantasmas.

Aterricé el aerodeslizador en Gruj bajo la protección de unos pinos, al sudoeste de las viejas murallas de la ciudad. Tomé la barra de crédito de Crezia y fui solo a la ciudad.

Gruj era una vieja ciudad de calles sinuosas, como Ravello, pero bastante menos pintoresca. Locales con máquinas de juego y salones de baile ocupaban las principales vías, y había un ajetreado bullicio de jóvenes gudrunitas de vacaciones en todas las calles.

Encontré las oficinas locales de los Adeptus Astra Telepática, una alta y negra estructura de ventanas en una esquina de la plaza principal, y entré.

Una ojerosa adepta llamada Nicint cargó mi barra de crédito y me proporcionó acceso a la cuenta de Aegis. Quería comprobar si había llegado algo durante los últimos días.

Me esperaba una sorpresa.

Había un comunicado de Harlon Nayl. Había sobrevivido.

Su mensaje era bastante largo y estaba escrito en Glossia. En esencia decía que había abandonado Mesina dos semanas antes, sospechando, por razones en las que no entró, que algo malo estaba a punto de ocurrir. Eso no me sorprendió. Nayl tenía olfato para los problemas. Que él, de todos mis pobres perdidos agentes, hubiera sido avisado del peligro, era algo fácil de creer. Estaba, en el momento de enviar el comunicado, a tres días de Gudrun.

Pedí a la adepta que enviara una respuesta, también en Glossia, diciéndole a Nayl que se dirigiera a la capital septentrional de Nueva Gevae y, una vez allí, que consiguiera pasajes para salir del planeta. Le pedí que confirmara y le dije que le mandaría otro mensaje cuando estuviera cerca. Calculaba unos cuatro días. Cuatro días y estaríamos con Nayl en Nueva Gevae y a punto de abandonar ese mundo.

El oruga todoterreno era básicamente un lujoso vehículo de recreo. Contaba con una cabina bien tapizada y un compartimento anexo provistos de un brillante recubrimiento exterior gris y se desplazaba sobre una unidad principal de tracción colocada en un carril con gruesas ruedas delanteras para una fácil maniobra.

El empleado de la empresa de alquiler estaba en pleno discurso, cantando las bondades de la máquina, cuando lo corté.

—Me lo llevo.

—Una elección sensata, señor.

—Dos semanas de alquiler. Voy a Ontre y lo dejaré allí.

—De acuerdo, señor. Entréguelo en nuestras oficinas de Ontre. Hay un poco de papeleo que rellenar. ¿Tiene algún documento de identidad?

La barra de crédito de Crezia cubrió el coste del depósito. Quería mantener la transacción en el anonimato.

Utilicé el lector de mano de la agencia para despertar a otra de mis identidades falsas aletargadas. Torin Gregori, un hombre de negocios de Tracian de vacaciones con abundantes fondos. El agente pareció satisfecho.

El oruga todoterreno era un vehículo pesado y potente con una sorprendente fuerza en su motor. Lo conduje a las afueras de la ciudad, a la aeronave, parando de camino para aprovisionarnos en un mercado.

Mis amigos de la aeronave contemplaron mi llegada con precaución. Luego supe que Eleena había sacado su pistola láser y la tenía preparada.

Salí de la cabina y les hice gestos.

—Subid a bordo. Cambiamos de vehículo.

Dejamos el vacío aerodeslizador bajo los árboles y, tan pronto como colocamos a Medea de forma segura en el compartimento recubierto de felpa y cuero, nos dirigimos a la carretera del paso.

No dije nada a los demás sobre Nayl. No quería crear falsas esperanzas.

Hacia el anochecer, circulábamos sobre la autopista recubierta de nieve en polvo cerca del paso, hacia Ontre. Ya habíamos dejado atrás Gruj. Pensé haber visto una pequeña aeronave amarilla acercándose a la ciudad cuando la abandonábamos, pero estaba demasiado lejos para estar seguro.

Condujimos toda la noche, relevándonos al volante. La noche era clara y la radio de la cabina estaba sintonizada a informes meteorológicos para escuchar las alertas de nieve.

Ascendiendo el borde meridional del Monte Fulco, atravesamos unos continuos chubascos de nieve y tuvimos que bajar la velocidad y utilizar las luces antiniebla. Crezia estaba conduciendo en ese momento. Ella

había vivido en las montañas el tiempo suficiente para saber lo que tenía que hacer.

Eché una cabezada en el compartimento, descansando en el largo asiento situado al otro lado de la todavía durmiente Medea. Volví a soñar con ella, a soñar que la salvaba. Jekud Vanee estaba también en mi sueño, desesperado por obtener mi ayuda. Sus lloros y gritos de dolor eran una lanza de sonido y dolor psicológico que me despertó.

Eché un vistazo a Medea, que seguía todavía estable. Eleena estaba dormida a su lado.

El compartimento se balanceaba y vibraba con el ruido de la carretera, y unas sombras fantasmales causadas por la nieve revoloteaban junto a las ventanas.

—¿Estás bien, Gregor? —preguntó Aemos.

Estaba sentado en el asiento situado en la parte trasera del compartimento, rodeado de placas de datos.

—Un sueño, eso es todo, Uber. También me despertó anoche.

Me tomé un respiro y me senté. La noche anterior había dado por hecho que me habían despertado los sonidos de la huida de Tari. Pero acababa de ocurrir otra vez. El sueño me había despertado. Me había despertado dos veces. El horrible grito de muerte, de dolor, rabia y frustración de Jekud Vanee.

Entramos en Ontre a media tarde del día siguiente. Una fuerte nevada nos había retenido y había recubierto los tejados de cobre del famoso centro turístico. Pero la fuerte nevada había atraído también a la ciudad en grandes cantidades a los amantes de los deportes de invierno. El sitio tenía una actividad vibrante, los vehículos llenaban las carreteras, y los aerodeslizadores que llegaban a la ciudad punteaban los cielos.

Conduje el vehículo oruga al aparcamiento de la Estación Transcontinental de Ontre y encontré sitio. Aemos y yo fuimos al vestíbulo del edificio donde Torin Gregori adquirió billetes para tres

compartimentos intercomunicados. Nos dijeron que el expreso tenía prevista su salida en una hora.

Del mismo modo que la cordillera Atenada forma un pliegue en el centro del mayor continente de Gudrun, el expreso TransAtenadas corre como una arteria a lo largo de ella. El ferrocarril es famoso por su romanticismo. La mayoría de los que viajan en él lo hacen por el propio viaje, gente de vacaciones que prefieren viajar a llegar. Los jóvenes viajan en tropel a centros como Gruj y Ontre para utilizarlos como base para el esquí y el surfing sobre hielo, mientras que los acaudalados eligen el Trans-Atenadas, donde pueden sentarse en cómodo lujo y observar por las ventanillas cómo pasan ante ellos los paisajes más espectaculares.

La gran locomotora cromada propulsada por promethium entró en Ontre a las cinco arrastrando un tren de diez vagones de dos pisos. Los mozos de estación nos ayudaron a subir a Medea a bordo.

Nuestros compartimentos, en el nivel superior del tercer vagón, un coche-cama, eran de primera clase y espaciosos. Pusimos a Medea en uno de ellos, con Eleena a un lado y Crezia al otro. Uber y yo compartimos el otro. Estaban comunicados por puertas y acabados en arce pulido.

El expreso hizo sonar su señal y salió jadeando de Ontre, subiendo a base de músculo la pendiente hasta el Paso de Fonette. La gran bestia plateada podía alcanzar los ciento setenta kilómetros por hora en zonas llanas.

Eché un vistazo al horario. Tras viajar toda la noche llegaríamos a Fonette, luego un corto tramo hasta Locastre, seguido por una marcha ininterrumpida y a gran velocidad a través de la meseta septentrional y atravesando las Atenadas Mayores hasta la costa.

Deberíamos llegara Nueva Gevae en algo menos de tres días.

Apenas teníamos sensación de movimiento: sólo una ligera y continua vibración que uno rápidamente olvidaba. Los vagones eran robustos, de gruesas paredes, y estaban provistos de calefacción y aislamiento contra el frío de las Atenadas, pero el efecto secundario de ello era que se eliminaba

prácticamente todo sonido exterior. El gran motor, ensordecedor en la explanada del andén de Ontre, era prácticamente inaudible. Sólo alcanzábamos a oír un mero suspiro cuando el expreso atravesaba un corte o una garganta y el ruido del motor era comprimido y canalizado hacia atrás por las inclinadas paredes laterales.

Si bajabas las persianas, era como estar en casa, en un cómodo salón.

Mientras hubo luz, dejé la persiana arriba y disfruté de las vistas panorámicas del paso, de los campos nevados, rosas y suaves en el atardecer, de las escarpaduras de hielo de duras sombras rotas por roquedales de piedra negra. De vez en cuando, el humo de la máquina pasaba al lado de las ventanas y oscurecía la vista.

En las curvas lentas te podías apoyar en la ventanilla y ver el lateral de los vagones que iban por delante, segmentados como una gran serpiente, y los colores cromo, azul y blanco que reflejaban los últimos rayos de sol. La larga y cambiante sombra del tren apareció dos veces a nuestro lado cruzando los campos nevados.

Cayó la noche y las vistas desaparecieron. Cerré la persiana. Aemos dormitaba, por lo que pensé que daría un paseo a lo largo del tren para echar un vistazo.

La puerta que daba al otro compartimento se abrió y entró Crezia. Llevaba puesto un vestido gris de satén con un apretado plisado de encaje que iba de la parte superior de la garganta hasta la parte superior de la falda fruncida. Una estola de piel cubría uno de sus brazos y se había recogido el pelo.

Me levanté de mi asiento casi automáticamente.

—¿Y bien? —preguntó.

—Estás… espectacular.

—Por «Y bien» quería decir que «Sino es hora ya de que me acompañes a cenar».

—¿Cena?

—¿La principal comida del día? ¿Normalmente se sitúa en algún punto entre la comida y un gorro de noche?

—Conozco el concepto.

—Bien. ¿Vamos?

—Estamos huyendo de la muerte. ¿Crees que es éste un buen momento?

—No puedo pensar en un momento mejor. Estamos huyendo de la muerte, Gregor, en el medio de transporte más opulento y exclusivo que Gudrun puede ofrecer. Sugiero que huyamos de la muerte con estilo.

Fui al baño y me puse la ropa más presentable que tenía. La tomé del brazo y bajamos la escalera hacia el vagón restaurante que estaba tres vagones más atrás.

—¿Te has traído estas ropas contigo? —le pregunté en voz baja cuando avanzábamos por el vestíbulo enmoquetado y suavemente iluminado, cruzándonos con otros pasajeros bien vestidos que iban y venían del vagón restaurante.

—Por supuesto.

—¿Nos fuimos a todo correr y tú pusiste en la maleta un vestido como éste?

—Pensé que debía estar preparada para todo.

El vagón restaurante estaba en el nivel superior del sexto vagón. Unas lámparas de araña de cristal colgaban del techo abovedado, y el propio techo era de cristal blindado. Servía también como salón mirador, aunque en ese momento sólo brindaba un techo de negrura estrellada.

Un cuarteto de cuerda estaba tocando con suavidad en un extremo del vagón que poco a poco se iba llenando. El aire estaba repleto de música suave, de los sonidos metálicos de los cubiertos y de voces susurrantes. Unos discretos detectores de veneno sobrevolaban como luciérnagas cada mesa. Un sobrecargo uniformado nos acompañó a una mesa situada junto a las ventanas de la izquierda del vagón.

Estudiamos los menús, y caí en la cuenta de cuán hambriento estaba.

—¿Cuántas veces? —preguntó.

—¿Cuántas veces qué?

—Hace años, cuando estábamos juntos, venías a verme a Ravello sigilosamente, como tú acostumbras. ¿Cuántas veces te sugerí que tomáramos este expreso a través de las montañas?

—Sí que lo mencionaste, sí.

—Pero nunca lo hicimos.

—No, no lo hicimos. Lo lamento.

—Yo también. Me parece tan triste que lo estemos haciendo ahora por pura necesidad… Aunque debería haber adivinado que únicamente si te veías obligado te vería hacer este romántico viaje.

—Sea cual sea la razón, aquí estamos.

—Debí haberte puesto un arma en la cabeza hace años.

Pedimos una sopa de velours, seguida de un solomillo de runka de las tierras bajas, rollitos de queso con una macedonia de hierbas y tentaciones de champiñones del bosque, y un Chateau Xandier de Sameter, que recordaba que era uno de sus favoritos.

La sopa, servida con un delicioso capón y un copo de smitane en plato blanco de borde ancho delicadamente grabado en relieve con el emblema del distintivo de la compañía Trans-Continental, era suave y casi perfecta. El runka, simplemente flambeado con amasec, estaba muy poco hecho y era inmejorable. El Xandier, seco y de acabado mohoso, la hizo sonreír con agradables recuerdos.

Hablamos. Teníamos décadas que rellenar. Me contó cosas sobre su trabajo y su vida, el interés que había desarrollado por la xenoanatomía, las monografías que había realizado, el nuevo procedimiento para injertar músculo que había abanderado. Tocaba la espineta como medio de relajación y había perfeccionado ya todos los Estudios de Guxella, menos dos. Había escrito un libro, un tratado sobre el análisis comparativo del dimorfismo óseo en biotipos humanos primitivos.

—Estuve a punto de enviarte una copia, pero temía que eso pudiera ser mal interpretado.

—Tengo una primera edición —le confesé.

—¡Qué leal! Pero ¿lo has leído?

—Dos veces. Tu análisis del trabajo de Terksson en los puntos de Dimmammara es convincente y bastante crítico. Tal vez me parezcan discutibles tus capítulos sobre el Tallarnopithiccno, pero tú y yo siempre discutíamos sobre la hipótesis de «Fuera de Terra».

—Ah, ya. Tú siempre has sido crítico en ese tema.

Sentía que tenía muy poco para devolverle. Había tanto sobre mi vida de los últimos años que no podía o no debía decirle. Así que, en vez de ello, le conté lo de Nayl.

—¿Ese hombre es de confianza?

—Completamente.

—¿Y tú estás seguro de que es él?

—Sí. Está utilizando Glossia. La belleza de ese código es que es individualmente idiomático. Las personas ajenas a él no pueden romperlo, utilizarlo o entenderlo. Tendrías que estar conmigo durante mucho tiempo para llegar a comprender los principios de este mecanismo.

—Ese guardaespaldas. El que traicionó a tu grupo.

—¿Kronsky?

—Sí. Él estaba a tu lado.

—No durante mucho tiempo, incluso con los rudimentos que llegó a comprender, no podría engañarme durante mucho tiempo utilizando Glossia.

—¿Entonces vamos a ser rescatados?

—Confío en que vamos a poder irnos del planeta.

—Bien, Gregor, creo que esas buenas noticias merecen que pidamos un postre.

El sobrecargo nos trajo ribaude nappé, pegajoso y dulce, seguido de una espesa y negra cafeína hesperiana y unos licores digestivos, un amasec con sabor a roble para mí y un dedal de pasha para ella.

Por entonces ya nos reíamos desenfadadamente. Fue una buena cena y una magnífica noche en deliciosa compañía. Hasta entonces no me di cuenta de lo hermoso que pudo haber sido.

Me despertaron la sacudida y el golpe de una parada justo después del amanecer. Fuera sonó un silbato, amortiguado por el recubrimiento del vagón, y se oyó el lejano murmullo de voces de hombres.

Lentamente, me deslicé fuera de la cama, procurando no molestar a Crezia. Ella estaba todavía profundamente dormida, aunque se dio la vuelta y se estiró, murmurando, hacia el espacio que acababa de dejar libre.

Intenté encontrar algunas de mis ropas. Estaban esparcidas por el suelo y, con la persiana bajada, era cuestión de buscarlas por el tacto.

Levanté el borde de la persiana con un dedo y eché un vistazo fuera. Había amanecido con una luz, helada y poco color. Estábamos en una estación y la gente se arremolinaba sobre el nevado andén.

Habíamos llegado a Fonette.

Me vestí, temblando. Ahora el tren había parado y estaba al ralentí, mientras las rejillas de ventilación de la pared emitían una fresca brizna de aire.

Abrí la puerta y me deslicé fuera, echando un último vistazo a mi espalda. En su sueño, Crezia se había acurrucado como un ovillo, envolviéndose en las sábanas, cerrándose al frío y al mundo.

Fuera casi helaba y había bastante luz. El amplio andén estaba repleto de pasajeros que dejaban o se incorporaban al expreso y de unidades de servicio que conducían pirámides de equipaje.

Caía un poco de nieve. Me abracé y golpeé mis zapatos contra el suelo. Otros pasajeros habían bajado del tren para estirar las piernas.

La estación de Fonette ocupaba una zona elevada sobre la ciudad, a la sombra del Monte Fulco, al norte, y de los Uttes, el Menor y el Mayor, al sur, además de la masa de las Atenadas Centrales, siempre difuminadas por las condiciones climatológicas.

—¿Cuánto paramos? —pregunté a un mozo que pasaba a mi lado.

—Veinte minutos, señor —contestó— lo suficiente para hacer el relevo y para recargar el agua del depósito.

No lo suficiente para correr a la ciudad, supuse. Me quedé en el andén hasta que sonó el silbato para subir a bordo. Luego me quedé de pie en el

vestíbulo del vagón apoyado sobre la ventanilla de la puerta mientras salíamos lentamente de la ciudad.

El edificio de la estación se alejó, mostrando una panorámica de la ciudad que no había sitio visible desde el andén. Helados tejados inclinados llenos de nieve, una capilla del Ministorium, un sólido blocao de los arbites. Una pista de aterrizaje, justo debajo de la carretera de la estación, llena de aeronaves aparcadas y repostando.

Una de ellas era pequeña y amarilla.

Volví al compartimento de Crezia, me quité el abrigo y las botas y me tumbé a su lado hasta que despertó. Se dio la vuelta y me besó en la boca.

—¿Qué haces? —preguntó, adormilada.

—Estaba comprobando el horario.

—No creo que haya ningún cambio en esta línea.

—No —dije mostrándome de acuerdo—. Estaremos en Locastre dentro de unas cuatro horas. Allí haremos una parada larga. Cuarenta y cinco minutos. Luego el tramo final hasta Nueva Gevae.

Se sentó, restregándose los ojos. Dormida, indefensa, estaba más bella que nunca.

—¿Y qué? —preguntó.

—Allí comprobaré la cuenta astropática. Habrá tiempo.

Alguien llamó a la puerta. Era el sobrecargo del servicio de compartimentos con un carrito de desayuno. La última cosa que habíamos hecho anoche fue ordenar un desayuno caliente completo.

Bueno, casi la última cosa.

Eleena y Aemos ya estaban levantados, desayunando juntos. Crezia se puso el vestido y echó un vistazo a Medea, que permanecía estable y durmiendo profundamente.

—Los datos son buenos —me dijo cuando volvió—. Mañana, tal vez pasado, debería estar de vuelta con nosotros.

Comimos juntos en su compartimento, retomando la conversación de la noche anterior. Todo resultaba familiar y relajante, como si hubiéramos ajustado nuestros relojes en veinticinco años. Me di cuenta de cuánto había echado de menos su compañía y vitalidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Pareces preocupado.

Pensaba en la aeronave amarilla.

—Nada —dije.

Durante la larga y lenta subida a Locastre a través de los Uttes, estudié las placas de datos del material que Aemos había recopilado desde el ataque sobre la Casa Spaeton. Presté especial atención al nombre de Kanjar el Afilado. Aemos había preparado una lista de culturas planetarias donde la palabra «kanjar» se utilizaba todavía. Nueve mil quinientas. Repasé la lista de forma sistemática, aunque sabía que Aemos, con su gran conocimiento de datos curiosos, ya lo había hecho. Cualquiera de ellos podía ser la clave. Un kanjar era una daga ceremonial de juramentos en Benefax, Luwes y Craiton. Era el término en jerga para un señor de una banda en el distante Mekanique. Era la palabra más común para un cuchillo de poda en cinco mundos sólo en el sector de Scarus. Era el adjetivo en jerga de colmena para una triquiñuela en Morimunda. En tres mil mundos era sencillamente la palabra para cuchillo.

Un cuchillo que me estaba hiriendo en lo más profundo. ¿Quién era Kanjar el Afilado? ¿Por qué estaba buscando mi destrucción y la destrucción de toda mi operación con tanta diligencia?

Eché un vistazo a la placa que recogía los daños que me había causado, las muertes que había ordenado. Todavía me conmocionaban. El simple alcance de sus esfuerzos asesinos me asombraba. Tantos objetivos, tantos mundos… y todos atacados en el mismo momento sideral.

Descubrí que volvía una y otra vez a la noticia de la muerte de Inshabel. Era, sencillamente, la excepción. Cada una de las demás víctimas u objetivos habían sido una parte específica de mi organización personal. Pero Nathun Inshabel no lo era. Él era (había sido) un inquisidor

por derecho propio. Durante mi campaña contra el hereje Quixos, casi cincuenta años antes, Inshabel, que entonces tenía el rango de interrogador, había formado parte de mi equipo. Se había unido a mi grupo después de la muerte de su maestro, el inquisidor Roban, durante la atrocidad en Tracian Primaris, y había continuado ayudándome fielmente hasta después de la depuración del baluarte de Quixos en Farness Beta. Después de eso, con mi patrocinio, se convirtió en inquisidor y comenzó a trabajar por su cuenta.

Desde entonces, habíamos estado en contacto en pocas ocasiones y, aparte de nuestra vieja amistad, no había ninguna relación entre nosotros. ¿Por qué había sido señalado también para ser destruido? Coincidencia no era una respuesta suficientemente buena.

¿Qué era lo que nos relacionaba? ¿Quién nos relacionaba? El nombre obvio era Quixos, pero eso no llevaba a ningún sitio. Yo mismo había eliminado a Quixos.

Repasé una vez más la lista de mundos, intentando encontrar una conexión.

Uno de los planetas que aparecía en la lista era Quenthus Ocho.

El nombre me enganchaba como un clavo saliente. Quenthus Ocho. Un mundo marginal. Nunca había estado allí. Pero me habían hablado una vez de él.

Confiando en mi instinto, comprobé si Quenthus Ocho aparecía en la vasta lista de mundos en los que se registraba el apellido Tarray o Tari. Aemos ya había cruzado las listas de mundos que utilizaban «kanjar» con los mundos que poseían el apellido «Tarray» y había obtenido setecientos posibles. Ahora yo podía añadir un poco de sentido a uno de ellos.

Ahí estaba. Kanjar era la palabra para un cuchillo de guerra en Quenthus Ocho, y Tarray era el nombre de un clan de ese mundo. Hacía casi trescientos cincuenta años, uno de los más viles sociópatas del imperio había iniciado su carrera en Quenthus Ocho. La afirmación de María Tarray de que había nacido en Gudrun ya había sido desechada por Aemos, que había comprobado el censo y no había encontrado rastro del nombre.

No había retrocedido lo suficiente. No retrocedió trescientos cincuenta años. Yo sí lo hice y encontré que Tarry había sido un nombre campesino en Gudrun hasta aquel momento. El árbol genealógico finalizaba justo entonces.

Sabía quién era. Sabía quién era mi enemigo.



TRECE

LOCASTRE
PARADA COMPLETA
FIN DE LA LINEA

Llegamos a Locastre más o menos una hora más tarde de lo previsto. Unas ventiscas impropias a esas alturas de la temporada habían soplado desde el este hacia los Uttes y el expreso se había visto obligado a reducir su velocidad y a avanzar lentamente. En las pendientes inclinadas que constituían la travesía de los pasos, había peligro de que el tren resbalara, y podíamos sentir los frecuentes tirones que provocaban los bojes del vagón cuando avanzaban sobre los helados raíles. Hubo una parada de diez minutos en un tramo recto hacia el oeste del Utte Mayor para que la cuadrilla de técnicos del tren saliera y levantara el frente de la máquina hasta su posición normal. La ventisca estaba a nuestro alrededor, y todo lo que quedaba al otro lado de las ventanillas era una espiral sin colorido.

Fui hasta el final del vagón y eché un vistazo a través de las ventanillas del furgón. Unas manchas negras se movían en la blanca neblina, algunas iluminadas por chisporroteantes destellos verdes y rojos. Sentí varias

sacudidas y golpes con sonido metálico que estremecían la plataforma bajo mis pies.

El sistema de megafonía de los vagones nos informó con voz suave que reemprenderíamos pronto nuestro camino, nos aseguró que el tiempo no constituía peligro alguno y nos reconfortó con la noticia de que se estaba sirviendo un ponche caliente, cortesía de la compañía, en el vagón restaurante. Innecesariamente enfundados en pieles o en carísima ropa de montaña, llegaron otros pasajeros para echar un vistazo a las puertas moteadas de copos de nieve, refunfuñando y preguntándose sobre irreales e hipotéticas situaciones que no habían ocurrido.

Volví al compartimento que compartía con Aemos, corrí el cerrojo de las puertas y me senté con él. Le conté mi teoría.

—Pontius Glaw… —Sus viejos labios escupieron el nombre—. Pontius Glaw…

—Encaja, ¿no?

—A juzgar por lo que dices, sí. Aunque, por supuesto, yo sé poco de lo que pasó entre ese monstruo y tú en Cinchare.

Allí mismo, en Gudrun, nos habíamos enfrentado por primera vez a la villanía de Pontius Glaw y de sus venenosos descendientes en el pasado 240, algo que nos parecía que había ocurrido hacía mucho tiempo. En aquel momento, el propio Glaw, un notorio hereje, llevaba dos siglos muerto, habiendo sido su vida cercenada por el inquisidor Angevin.

Pero la noble familia de Glaw había conservado el cerebro y la personalidad memorizada de Glaw en un cristal psicopatético. Nosotros frustramos los intentos de la casa de Glaw para recuperarle para la vida corporal, y después hice que guardaran el cristal bajo el cuidado de mi viejo aliado Magos Geard Bure, de los Adeptus Mechanicus, para mayor seguridad.

Un siglo después, en 340, volví a visitar a Bure en la remota lejanía del mundo minero de Cinchare, durante el asunto Quixos, para obtener información secreta de boca de su prisionero sobre los anfitriones-demonios. Sin el oscuro consejo de Pontius Glaw, nunca habría sido capaz de vencer a Quixos o a sus demonios esclavos Prophaniti y Cherubael.

Pero me vi forzado a hacer un trato con Glaw. Hice que le mereciera la pena. El señuelo con el que le tenté fue que, a cambio de su ayuda, encargaría a Bure que fabricara un cuerpo para que viviera en él.

Y, como soy un hombre de honor, cumplí mi palabra, creyendo que aunque se le diera movilidad a Glaw, nunca podría escapar de las garras de Geard Bure.

Al parecer, me equivoqué respecto a eso.

Durante aquellas entrevistas privadas en Cinchare, Glaw me relató el suceso que le había conducido a él, el exitoso vástago de una de las más respetadas casas de Gudrun, al culto del mal.

Ocurrió en Quenthus Ocho en 019. Glaw había estado visitando los anfiteatros de Quenthus, comprando gladiadores para su afición: la lucha en el pozo. Incluso antes de su caída, era un hombre cruel. Compró un bruto, un guerrero de un remoto mundo salvaje… Borea, creo recordar. Ansioso de agradara su nuevo maestro, el guerrero le había dado a Glaw su collar. Era una ancestral reliquia del mundo salvaje, y ni el guerrero ni Glaw se dieron cuenta de que estaba contaminado por el inmundo Caos. Glaw se lo puso y de forma inmediata cayó en sus garras. Este simple acto había sellado su destino y lo había transformado en el enemigo idólatra que constituyó una plaga para el subsector helicano durante casi dos décadas.

Le hice a Aemos un resumen de todo esto.

—El asunto parece encajar. ¿Tú piensas, deduzco, que Pontius Glaw ha escapado de su prisión en Cinchare, ha reconstruido sus fuerzas y que ahora está apuntando hacia ti para vengarse?

—¿Venganza? No… bueno, indirectamente, tal vez. Seguro que querrá vengarse, pero la escala de su ataque, de su esfuerzo, del alcance de tan gran operación… todos y cada uno de mis elementos, incluso Inshabel.

Aemos se encogió de hombros.

—Inshabel estaba con nosotros en Cinchare.

—Ésa es la cuestión. Pontius está intentando destruir a todo aquel que pueda saber que él existe. La mayoría del Imperio piensa que está muerto

desde hace mucho tiempo. Nosotros suponemos una amenaza para él sólo porque sabemos algo de él.

Podía percibir que Aemos tenía algo en su mente que no quería decirme.

—¿Aemos?

—Nada, Gregor.

—¿Viejo amigo?

Sacudió la cabeza.

—Dilo. La existencia de Pontius Glaw es un secreto sólo porque yo nunca informé a los Ordos de que él podía sentir todavía; porque nunca entregué su esfera engrama a la custodia del Ordo Hereticus, como debí haber hecho, y ahora él está libre sólo porque hice que le construyeran un cuerpo.

—No. —Se puso en pie y miró fuera de la ventanilla del vagón entrecerrando los ojos, intentando ver algo, cualquier cosa, en la ventisca —. Ya hemos tenido antes esta conversación, o al menos una como ésta. Sobre Cherubael.

Se dio la vuelta para mirarme. Era un hombre muy mayor.

—Eres un inquisidor del Glorioso Imperio de la Humanidad. Estás entregado a la destrucción del mal en cualquier faceta de sus formas clásicas: Xenos, Malleus, Hereticus. Te enfrentas a peligros inimaginables. Tuya es la tarea más ardua jamás emprendida por ningún funcionario imperial. Debes utilizar cualquier arma a tu disposición para proteger nuestra cultura. Incluso el arsenal del enemigo. Y tú sabes muy bien que algunas veces dicho uso tiene consecuencias. Puede que ahora lamentemos tus acciones con Pontius Glaw, pero sin ellas, Quixos no habría sido derrotado. Podemos jugar al juego de «qué hubiera pasado si» durante todo el día. La única verdad es que la victoria tiene un precio y ahora estamos pagando ese precio. La verdadera medida del carácter de una persona es lo que hace con él.

—Corregiré mis errores. Derrotaré a Pontius Glaw.

—No tengo ninguna duda al respecto.

—Gracias, Aemos.

Se volvió a sentar.

—Esa mujer, Tarray. ¿Cómo encaja en todo esto?

Le mostré el registro del censo.

—Los Tarray eran una familia de baja casta de Gudrun durante la vida orgánica de Glaw. Luego, la línea de descendencia se interrumpe de repente, pero reaparece en Quenthus. Creo que los Tarray, o al menos un Tarray, estaban entre el séquito de Glaw y que él se los llevó a Quenthus. Necesito que lo compruebes en Locastre.

—¿Locastre? Pero si sólo vamos a parar allí cuarenta y cinco minutos.

Hice un gesto hacia la ventana.

—Probablemente será más rato a causa del tiempo, pero tendrás que moverte rápidamente. Voy a utilizar ese rato para acceder a la cuenta de Aegis.

La manecilla de la puerta que comunicaba con el otro compartimento, que estaba cerrada, se movió lentamente hacia uno y otro lado.

—¿Gregor? —Era la voz de Crezia—. ¿Se puede saber qué estás haciendo ahí encerrado? —gritó desde el otro lado de la puerta.

—Sólo estaba hablando de cosas con Aemos.

—Van a servir ponche caliente. Pensé que nos podíamos juntar con todos ellos.

—Un momento —dije en voz alta como respuesta. El tren dio un bandazo y comenzó a moverse de nuevo.

Miré a Aemos.

—Las cosas de las que hemos hablado… no deben salir de aquí. Todavía no. Crezia no necesita saberlas, ni tampoco Eleena, si no es necesario.

—Mis labios están sellados.

Salimos de la tormenta y bajamos una cómoda pendiente hacia Locastre. Era casi mediodía. El mal tiempo estaba al acecho como un gran muro gris detrás de nosotros, nublando los Uttes, aunque las previsiones advertían de que se movería hacia el valle.

Los mozos anunciaron una parada de noventa minutos en Locastre.

Le dije a Eleena que se asegurara de que el expreso no saliera hasta que Aemos y yo volviéramos.

Locastre ocupa un valle estrecho excavado por los glaciares. Los viejos edificios son de color gris oscuro, el granito sustituye a la tradicional ouslita utilizada en las tierras bajas, y la altitud y el clima son tales que las calles están cubiertas por túneles presurizados de cristal blindado y provistos de calefacción. Alquilé un servidor-camilla e hice que me llevara a través de los túneles calientes y húmedos de las calles, mientras unas inquietantes ráfagas de nieve salpicaban el tejado transparente situado sobre ellos.

Fuera de la oficina del Gremio Astropático, le dije que esperara e introduje mi barra de crédito en su contador como prueba de buena fe. Se acomodó en una posición baja de su chasis con piernas de araña, dejando salir vapor de su mecanismo hidráulico.

Había un mensaje de Nayl para mí esperando en la cuenta de Aegis. Había hecho el viaje muy rápidamente y ya estaba en Nueva Gevae. Tenía los pasajes para salir del mundo en un carguero llamado Caucus. Estaba deseando verme.

El comunicado de Nayl estaba en Glossia y yo redacté mi respuesta de la misma forma. Si el tiempo lo permitía, llegaríamos a Nueva Gevae dentro de dos días. Nada más llegar, organizaría un encuentro con él.

—¿Eso es todo, señor? —preguntó el adepto que me atendía. Recordé el comentario de Crezia durante la cena sobre si Nayl era de confianza. Añadí otra línea, sugiriendo que la situación me recordaba los problemas que tuvimos en Eechan, años antes, cuando nos enfrentamos a Beldame Sadia.

—Envíelo, por favor —dije.

Arriba en la estación, el expreso hizo sonar su señal.

El expreso rugió mientras avanzaba hacia las Atenadas Centrales, perseguido por el tiempo, a pesar del hecho de que estábamos escalando

ahora algunas de las mayores pendientes de la ruta, la locomotora marchaba al máximo de potencia, intentando adelantarse a las nieves tanto como pudiera.

La principal cadena de montañas de las Atenadas, a través de las que viajábamos ahora, incluía los picos más altos de Gudrun: Scarno, Dorpaline, los Heledgae, Vesper, Monte Atena. Cualquiera de ellos hacía pequeños a picos como Monte Fulco, por el que ya habíamos pasado anteriormente. Parecían tan oscuros y ciclópeos como continentes inclinados.

También eran bellos. Zonas incomparables de hielo blanco y azul, lenguas inmaculadas de nieve, brillante luz solar que prácticamente centelleaba como la luz de las estrellas en el vacío.

Hasta que todo desapareció, antes de la caída de la noche. La niebla gélida y el vapor descendían como un telón, bloqueando la luz y reduciendo la visibilidad a unas pocas docenas de metros. Luego la nieve comenzó a caer de nuevo y nuestra velocidad disminuyó. El mal tiempo nos había alcanzado.

—¿Gregor? —Había estado observando la tormenta de nieve—. Ven, entra aquí.

Crezia me llamó por señas a través de la puerta de comunicación. Medea estaba despierta.

Los cráneos cibernéticos retrocedieron para dejarme sitio cuando me senté junto a su cama. Parecía cansada y agotada, desvanecida, prácticamente. Sin embargo, sus ojos estaban medio abiertos y consiguió esbozar una ligera sonrisa cuando me vio.

—Todo está bien. Estás en buenas manos.

Movió la boca, pero no salió ningún sonido de ella.

—No intentes hablar —susurró Crezia.

Vi curiosidad en los ojos de Medea cuando fijó su mirada en Crezia.

—Esta es la doctora Berschilde. Una buena amiga. Ella nos ha salvado la vida.

—… Cuánto…
—¿Qué?
—¿Cuánto he estado dormida?
—La mayor parte de la semana. Te hirieron en la espalda.
—Costillas… duelen.
—Eso se pasará —dijo Crezia.
—¿Ellos… ellos nos pillaron?
—No, no nos pillaron —dije—. Y no nos van a pillar tampoco.

Envueltos por la glacial ventisca y manteniendo una velocidad de no más de sesenta kilómetros por hora, atravesábamos el techo del mundo. Nos aventuramos en las zonas públicas del tren e incluso en el salón unas cuantas veces y nos encontramos con que se habían organizado varios actos para entretener al público: comidas de buffet, música, escuelas de cartas, un torneo de regicida, pases de extravagancias hololíticas. El personal uniformado de Trans-Continental estaba por todas partes, manteniendo a todo el mundo feliz e impartiendo con soltura la idea de que estar atrapado en un temporal de nieve en las Atenadas era parte del romance de la famosa línea de ferrocarril.

Y no un posible infortunio letal.

Si la locomotora descarrilaba o si la generación de electricidad tenía un fallo de funcionamiento y el tren se quedaba atrapado en medio de una ventisca que durara más de un par de días, moriríamos congelados y tendrían que esperar hasta la primavera para sacarnos.

Por supuesto, en los novecientos noventa años de funcionamiento del expreso Trans-Atenadas, eso no había ocurrido nunca. El tren había logrado siempre pasar. Era un medio de transporte extraordinariamente seguro, teniendo en cuenta el terreno que cruzaba.

Pero siempre hay una primera vez para todo. Los años de experiencia aconsejaban al personal del tren que comenzara a tranquilizar y distraer a los pasajeros en cuanto el tiempo se cerraba o tendrían que gestionar una situación de pánico. El rico ocioso puede llegar a preocuparse en demasía.

Paramos cuatro veces antes del amanecer del día siguiente. La primera fue hacia las diez de la noche. El sistema de megafonía nos informó de que estábamos esperando a que disminuyera la velocidad del viento antes de cruzar el puente de la garganta de Scarno y que no había ninguna razón para que nos preocupáramos. Menos de cinco minutos después, estábamos otra vez en marcha.

Estaba todavía despierto, a la una, cuando nos deslizamos suavemente hasta parar otra vez. Me sentía inquieto y, después de quince minutos, me puse la pistola automática en el cinturón, me sujeté a *Barbarizadora* a la cintura y las tapé con el manto verde de Aemos.

El vestíbulo estaba oscuro, habían bajado las luces a un ámbar auxiliar. Unas pequeñas luces verdes de aviso brillaban en la pantalla del monitor de uso exclusivo del personal, que estaba situado en el muro panelado del extremo del vagón.

Oía alguien ascendiendo desde el nivel inferior del vagón por la escalera de caracol y resultó ser un sobrecargo que me miró enigmáticamente.

—¿Hay algún problema, señor? —preguntó.

—Esa era mi pregunta. Me preguntaba por qué hemos parado.

—Es sólo rutina, señor. Nos estamos acercando a la cuesta de Scarno y el maquinista jefe ha ordenado una revisión de los elementos de frenado para prever un exceso de hielo.

—Ya veo. Sólo rutina.

—Todo es completamente seguro, señor —dijo con una bien entrenada seguridad.

Como si fuera para confirmar lo que había dicho, las luces parpadearon y nos pusimos en marcha. Él sonrió.

—Ahí tiene, señor.

Volvía mi compartimento. Apenas noté las otras dos paradas que hicimos aquella noche. Pero mantuve las armas a mano.

El segundo día íntegro de viaje pasó sin incidentes. El tiempo alternaba entre largas y furiosas ventiscas y rápidos y gloriosos momentos de calma bañada por la luz del sol. Paramos cinco veces más antes de la cena. Cinco titubeos más de rutina. El sistema de megafonía susurró que, aunque íbamos atrasados, era probable que recuperáramos el tiempo perdido cuando nos alejáramos de las montañas y cruzáramos la Meseta Septentrional en la segunda mitad del día siguiente.

Mi impaciencia iba en aumento. Me encontré recorriendo el tren en muchas ocasiones, de un extremo a otro. Incluso llevé a Crezia al salón para comer y estuvimos allí el tiempo suficiente para jugar una o dos partidas de regicida.

Medea estaba recuperando fuerzas. Aquella tarde estaba sentada y comiendo sola. Los cráneos cibernéticos desconectaron todos sus tubos de goteo intravenoso, salvo el monitor vital. Nos turnamos para sentarnos a su lado. Dejé a Eleena que le contara los detalles de lo que había ocurrido desde el ataque a Spaeton. Medea escuchaba atentamente, con creciente preocupación.

Cuando fue mi turno para pasar una hora a su lado, ella me habló.

—Tú volviste a por mí.

—Sí.

—Podían haberte matado.

—A ti te hubieran matado.

—Ellos mataron a Jekud —dijo tras una pausa—. Atravesábamos a la carrera los corrales y ellos lo cortaron en dos.

—Lo sé. Lo sentí.

—No pude ayudarle.

—Lo sé.

—Me sentí muy mal. Después de todo lo que él había hecho para mostrarme a mi padre. Y yo no pude salvarlo.

—Probablemente fue rápido. Los vessoritas son asesinos despiadados.

—Creí oírle gritar después de la caída. Iba a volver a buscarlo, pero ellos estaban por todas partes.

—Está bien.

Tomó una taza de la mesita y dio un sorbo.

—Eleena dice que los han matado a todos.

—Me temo que sí.

—Quiero decir, no sólo aquí. La Rueca. Nayl. Inshabel.

Afirmé con la cabeza.

—Alguien fue muy concienzudo aquella noche. Pero aquí tienes un pensamiento para alegrarte: Nayl está vivo, y también lo está Fischig. Vamos a encontrarnos con ellos.

Eso la hizo sonreír.

—¿Cómo escapó Nayl?

—No lo sé. No me ha dado ningún detalle. Parece que sabía algo y abandonó Mesina antes del ataque. Estoy deseando averiguar lo que sabe.

—¿Como quién está detrás de todo esto, quieres decir?

Le guiñé un ojo.

—Eso, Medea, ya lo sé.

Abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Quién?

—Te lo diré cuando confirme mis sospechas. No quiero que te preocupes innecesariamente.

—Bueno, esto ya es crueldad —me recriminó—. Ya no voy a poder pensar en nada más.

—Entonces mira a ver qué es lo que sacas —le sugerí.

Medea estaba al corriente de la mayor parte de mis operaciones y pensé que sería interesante ver si llegaba a alguna conclusión por sí misma.

La sacudida hizo que me golpeara la cabeza contra el panel lateral de la cama y me despertó justo a tiempo para sentir otras dos sacudidas más antes de que el tren parara por completo.

Eran casi las tres de la mañana y la oscuridad era total. Podía oír cómo sonaban los golpes de los copos de nieve contra la ventanilla del compartimento, como pequeñas armas de fuego.

Cada una de las paradas anteriores había sido suave. No como aquélla.

Aemos se había despertado también y estaba sentado cuando encendí la luz de la mesita y cogí a *Barbarizadora*.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, espero. —La puerta que comunicaba con el otro compartimento se abrió y Eleena se asomó.

—¿Has sentido eso? —preguntó adormilada.

—Coge tu pistola —le dije.

Despertamos a Crezia y nos dirigimos los tres al compartimento de Medea. Crezia parecía aturdida y preocupada. Eleena estaba bien despierta para entonces y ya estaba comprobando la carga de su arma.

Me puse el manto de Aemos para ocultar mis propias armas.

—Quédate aquí y vigila —le dije, y me fui de la suite a través de la puerta que conducía a mi compartimento.

Pude oír los movimientos en el oscuro vestíbulo, en los demás compartimentos, gente hablando en voz baja y el ocasional sonido de una alarma, mientras los pasajeros preocupados intentaban llamar a los sobrecargos.

Me dirigía al lado contrario del vagón, hacia la pantalla del monitor, cuando vi las dos luces rojas encendidas entre las verdes.

Levanté la tapa protectora de cristal de la pantalla y coloqué mi sello junto al lector óptico. Los potentes códigos de la autoridad inquisitorial cargados en mi sello rápidamente se hicieron con el programa de confianza de Trans-Continental Line y me brindaron acceso al sistema principal del expreso.

La pequeña pantalla del monitor despertó y mostró gráficos y barras de datos de fácil comprensión. Solicité una aclaración de las luces rojas de aviso.

Código de alerta 88, decimal 508 encendido sistemático de las unidades activas de frenado, vagones siete a diez, forzando el

accionamiento del freno principal.

Código de alerta 521, decimal 6911 violación irregular del cierre de la puerta, puerta 34, vagón octavo, nivel inferior.

Corrí a lo largo del nivel superior del tren, en dirección a la parte trasera. Las puertas de algunos compartimentos se abrían mostrando unas caras ansiosas.

—No hay ninguna necesidad de preocuparse —grité en mi mejor tono de Trans-Continental, reforzándolo con una suave subida de poder psíquico que cerró las puertas detrás de mí como un redoble de tambor.

En el sexto vagón tuve que bajar al nivel inferior por culpa del salón restaurante. Cuando pasaba al coche siete, vi a tres empleados del tren que corrían por la escalera de cabina hacia el octavo vagón.

El frió era intenso en el vestíbulo inferior del octavo vagón y el temporal lo estaba azotando. Vi a seis o siete empleados del ferrocarril vestidos con ropa para el frío y bengalas de iluminación cuando salían fuera del vagón abierto. Otros varios estaban agrupados alrededor de la pantalla del monitor y uno, un sobrecargo, me vio acercarme.

—Por favor, vuelva a su compartimento, señor, todo marcha bien.

—¿Cuál es el problema?

—Váyase rápido, señor. ¿Cuál es el número de su compartimento? Le llevaré unos licores por cuenta de la compañía dentro de un momento.

—Alguien ha accionado los frenos traseros y la puerta 34 está abierta —dije.

Él parpadeó.

—¿Cómo…?

—¿Qué es lo que ocurre?

—Señor, puedo garantizarle su seguridad, así que si hiciera el favor de…

No tenía tiempo para una discusión.

—¿Qué es lo que ocurre, Inex? —le pregunté, leyendo su nombre de la placa de bronce que llevaba en la solapa y pronunciando mis palabras con sólo un toque de poder psíquico. Un nombre siempre ayudaba a aumentar la coacción mental.

Parpadeó.

—Los sistemas de frenado de los cuatro vagones traseros se han accionado, lo que ha provocado una incidencia global de frenado —dijo, de forma rápida y obediente.

—¿Alguien tiró del cable de emergencia?

—No, señor. Tendríamos constancia de ello y, además, todo el sistema de frenado se habría disparado al mismo tiempo. Creemos que hay hielo en las unidades traseras.

—¿Eso provocaría un bloqueo parcial del freno?

—Sí, señor.

—¿Y qué me dice de la puerta?

—Se abrió justo después de que paráramos. El sobrecargo jefe piensa que fue uno de los técnicos, que abrió la puerta para salir a comprobar los frenos sin informar al sistema de que estaba desbloqueando la puerta.

—¿No la forzaron?

—La abrieron desde dentro. Con una llave. —Los efectos de mi poder psíquico estaban disminuyendo y volvió su tono jocoso—. Tenemos personal ahí fuera ahora, señor, comprobando los frenos.

—¿Incluyendo ese técnico que supuestamente abrió la puerta en su afán de encontrar el problema?

—Estoy seguro, señor.

—Averígüelo —dije, utilizando el poder psíquico con mayor energía.

Volvió al panel del monitor y sus colegas dieron un paso hacia atrás, perplejos, mientras él manejaba el aparato.

—¿Quién tiene acceso a las llaves de las puertas?

—¿Quién diablos es usted?

—Un preocupado miembro del pasaje —dije, cubriendo a todos con mi poder psíquico—. ¿Quién tiene las llaves?

—Sólo los técnicos de nivel dos o superior, los sobrecargos de primera categoría y los guardias —dijo otro, tartamudeando en su desesperación y afán por decírmelo.

—¿Cuántas personas en total?

—Veintitrés.

—¿Falta alguien?

—No lo sé —dijo Inex.

—Apártese —ordené, y apunté mi sello al monitor.

El tren tenía una tripulación de ochenta y cuatro personas. Todos tenían implantado un rastreador subcutáneo para que el jefe del tren pudiera dar cuenta de la situación de su gente en todo momento. La pantalla mostraba un croquis del tren, pero era tan pequeño que tuve que desplazarme por la pantalla para encontrar lo que quería. El personal jefe aparecía en rojo; los técnicos, en ámbar; los sobrecargos, en verde; y los guardias, en azul. El personal auxiliar, como cocineros, camareros, mozos y limpiadores, aparecía en rosa.

Los puntos rojos y ámbar se agrupaban en la sección de la locomotora y los azules y verdes salpicaban todos los vagones. El nivel superior del noveno vagón, el alojamiento de la tripulación, estaba repleto de luces rosa. Pude ver un grupo de cursores verdes y azules que representaban a los hombres que estaban agrupados a mi alrededor en la parte trasera del nivel inferior del vagón octavo, cerca de la puerta 34. Un submenú recogía las luces ámbar y azules que habían abandonado el tren para inspeccionar las ruedas.

Había una luz verde entre las rosas en el vagón noveno. Pedí más información. La luz verde pertenecía al sobrecargo de categoría primera Rebert Awins. Estaba en su cuarto.

El expreso había hecho una parada de emergencia y todo el personal, aparte de los auxiliares, se estaba moviendo para tranquilizara todo el tren. Excepto Awins.

—Awins es de primera categoría. El tendrá llaves.

—Sí, señor —dijo Inex.

—¿Por qué no está ayudando?

Se miraron unos a otros.

—¿Cuándo le vieron por última vez?

—Hoy estaba en el turno de mañana —dijo uno de ellos.

—Yo le he visto comiendo en la sala de personal en el cambio de turno —añadió otro.

—¿Y desde entonces?

Todos negaron con la cabeza.

—Debería haber vuelto a las nueve —dijo Inex—. ¿Voy a ver?

No, iba a decir. Porque está muerto. Pero no tenía ningún sentido asustarlos.

Cambié de idea.

—Vaya a ver, Inex. —Alargué la mano y tomé los auriculares del hombre que tenía más a mano. No protestó. Ni se dio cuenta.

—Vaya a su habitación y dígame lo que encuentra. Canal de la radio… —estudié el pequeño auricular y ajusté el micrófono—… seis.

—Sí, señor —dijo Inex.

Según se iba, alargué el brazo y le di un ligero toque en la frente. Se estremeció. Mi impronta psíquica permanecería con él unos treinta minutos, aunque se alejara de donde yo estuviera.

Inex se fue corriendo.

Eché un vistazo a la puerta del vagón. La habían cerrado, pero la luz de «abierto» todavía parpadeaba. En el interior y junto a la puerta había placas de hielo sucio derritiéndose sobre la plataforma metálica.

—¿Cuántas personas salieron? —pregunté. Uno de ellos consultó la pantalla.

—Veinte, señor.

—¿Cuántos han vuelto a entrar desde que llegaron aquí?

—Ninguno —respondieron al unísono.

Estarían buscándome. Buscándonos. Sabían que estábamos en el tren y habían subido a alguien a bordo en Fonette o en Locastre. Alguien que se había hecho amigo de Rebert Awins, lo había matado y se había quedado con sus llaves de acceso. Alguien con la pericia técnica suficiente para accionar un bloqueo parcial de los frenos, parar el tren y utilizar las llaves de Awins para abrir una puerta exterior y permitir subir a bordo a sus compañeros.

Alguien que seguramente ya sabía qué compartimentos estábamos ocupando.

Salí corriendo por donde había venido hacia el tercer vagón, utilizando los vestíbulos de los niveles inferiores. Saqué a *Barbarizadora* de su funda de piel. Parecía incongruente ir corriendo por el tren blandiendo una espada, pero los compartimentos que había a mi alrededor estaban llenos de ciudadanos imperiales inocentes y no me atrevía a utilizar mi pistola.

Tampoco me atrevía a utilizar el intercomunicador.

Llegué a ellos psíquicamente. Eleena era un blanco intocable, así que llamé a Aemos, Crezia y Medea.

Estad alerta. Problemas en camino.

Pasé junto a varios empleados del tren en el vestíbulo que dieron un respingo, alarmados, cuando vieron la espada.

—*¡Olvidadlo!* —les dije mediante mi poder psíquico mientras pasaba a su lado. Continuaron con sus cosas.

Llegué a la parte delantera del cuarto vagón y me dispuse a subir. Un sobrecargo de la Trans-Continental yacía boca abajo en las escaleras con el cuello roto.

Justo entonces, la voz frenética de Inex gimió en mi auricular.

—¡Está muerto! ¡Oh, Dios-Emperador! ¡Está muerto! ¡Robert está muerto! ¡Tocad la alarma!

La sirena de emergencia comenzó a sonar y las luces empotradas en la pared comenzaron a parpadear en naranja. Vi que una tercera luz roja se había encendido en el panel del monitor situado al final del vagón.

Apreté mi sello contra el lector y obtuve la información.

Código de alerta 946, decimal 2452 - violación irregular del cierre de la ventanilla, ventanilla 146, tercer vagón, nivel superior.

Trepé por encima del cadáver del sobrecargo y subí las escaleras.

El vestíbulo superior del tercer vagón estaba incluso más frío que el helado vagón octavo. La ventanilla del extremo del lado izquierdo, junto a la articulación entre vagones, estaba totalmente abierta y el aire congelado y la nieve entraban formando remolinos. La ventanilla había sido recortada de su marco con una hoja automática o un soplete de fundición.

La luz no era buena. Una luz medio atenuada y triste de las lámparas empeoraba por el enojoso parpadeo de las luces de emergencia. Las sirenas todavía sonaban.

Descubrí tres formas oscuras en medio del vestíbulo delante de mí, moviéndose furtivamente. No me habían oído llegar gracias al aullido de la ventisca y el pitido de las alarmas.

Me apreté contra la pared pandada. *Barbarizadora* palpitó. Hambrienta. Aunque fuera de forma pasiva, podía sentir que los tres hombres estaban protegidos psíquicamente. Formaban grandes siluetas. Armaduras de combate. Pude ver la fea sombra de un arma de asalto cuando el que iba delante les hizo señas para que avanzaran.

Que avanzaran hacia las puertas de nuestros compartimentos. Me acerqué aún más.

El que iba delante, rezumando profesionalismo, ya que comprobó visualmente su retaguardia, me vio.

Y se desató el infierno.



CATORCE

BARBARIZADORA CONTRA LOS JENÍZAROS
ETRIK, ESPADA CONTRA ESPADA
UN APERITIVO EN NUEVA GEVAE

Los dos asesinos que estaban más cerca de mí se giraron y abrieron fuego con unos rifles automáticos cortos y de gran calibre. Supongo que la espada que empuñaba en una mano era un signo bastante revelador, pero me habrían matado de todas maneras, incluso si me hubieran confundido con un simple pasajero.

Eran asesinos profesionales, jenízaros vessoritas. Tenían un trabajo que hacer, un contrato que cumplir, y cualquiera que se interpusiera en su camino era un objetivo.

El hecho de que estuvieran utilizando armas de proyectiles sólidos me confirmó que se trataba de combatientes vessoritas. Era los militares pragmáticos por excelencia. Habían seguido al tren en un aerodeslizador con mal aislamiento térmico, y habían atacado en mitad de una ventisca. En semejantes condiciones, las armas láser corrientes hubieran sido

inútiles, porque sus células de energía se habrían descargado con el frío. Sin embargo, un rifle automático bien lubricado podía disparar incluso en condiciones de bajo cero. Sólo dependía del funcionamiento de su martillo percutor.

Jenízaros vessoritas. Ya me había enfrentado con ellos antes sin saber quiénes eran. En ese momento lo sabía, y su formidable reputación casi hizo que me quedara paralizado. Vessoritas, tres de ellos. Protegidos con armaduras de combate y disparando munición de punta hueca y de gran calibre. Sinceramente, hubiese preferido enfrentarme a una escuadra de karskins furiosos.

Pero tenía en la mano a *Barbarizadora*, viva y alerta. Había estado utilizando mis poderes mentales sin restricción durante un rato, y eso había aumentado su poder. Realicé un *gahn fasl*, el mandoble en forma de ocho, y desvié los tres primeros disparos, Las chispas de los impactos relucieron sobre la hoja llena de energía. Luego hice un *uwe sar*, un *ulsar* y un *ura wyla* en rápida sucesión y lancé los proyectiles desviados y aplastados contra los paneles de las paredes a mi alrededor. Las astillas de madera saltaron por doquier.

Me eché a un lado, y los siguientes disparos agujerearon la alfombra del pasillo y acribillaron la puerta que comunicaba los vagones. La gente gritaba en los compartimentos de alrededor.

Me tiré al suelo, rodé sobre mí mismo y me puse en pie cuando el primer vessorita llegó a la esquina situada al final del vagón y disparó media docena de veces. Los casquillos vacíos expulsados por el arma se estrellaron contra su torso envueltos en una humareda azul y la bocacha de su arma se iluminó como un soplete a quemarropa.

Pero yo estaba a su espalda.

Sus disparos agujerearon el marco de la ventana y arrancaron trozos de madera de las paredes del vagón. *Barbarizadora* le arrancó la cabeza.

El segundo estaba lanzado a la carga, disparando también. Lanzó un aullido a través de su máscara cuando vio el cuerpo de su camarada caer en dos pedazos diferentes.

Realicé una secuencia de *ura geh* que desvió los borrones blancos que eran sus balas, y luego continué con un *uin tahn wyla* que cortó el cañón de su arma, un golpe de revés *tahn* que le cortó los antebrazos, para terminar con el *ewl caer*. El golpe letal.

La sangre roja y caliente ya estaba saliendo a borbotones de los muñones de sus brazos, humeante en el frío aire, cuando *Barbarizadora* atravesó su armadura pectoral de ceramita y le partió el corazón. Las paredes acribilladas a balazos quedaron pintadas con gotas de hielo ensangrentado, congeladas de forma casi instantánea.

Una bala me rozó el borde de la mandíbula con la fuerza suficiente para abrirme la carne de la barbilla y lanzarme de espaldas al suelo alfombrado. Intenté ponerme en pie, pero el tercer vessorita estaba justo encima de mí. Oí el chasquido de su arma.

Lanzó un grito y noté un olor a quemado en el aire. Levanté la vista.

El vessorita estaba intentando protegerse, como si le estuviera atacando un enjambre de insectos furiosos. Los cráneos cibernéticos de Crezia estaban revoloteando a su alrededor, acometiendo contra él de forma constante con sus láseres quirúrgicos.

Sus aullidos fueron cortados en seco por dos chasquidos de un arma láser.

El jenízaro se desplomó como un peso muerto a mis pies. Miré al otro lado del pasillo y vi a Eleena Koi en la puerta de mi compartimento empuñando su pistola con las dos manos en una pose desafiante.

—¡Eleena! —le grité—. ¡Saca a los demás de los compartimentos! ¡Que salgan al pasillo y que vengan hacia aquí!

—Pero Medea… —empezó a decir.

—¡Hazlo!

Corrí hacia la ventana rota del vagón y salí al tremendo frío. Tuve que enfundar a *Barbarizadora*, y a mi arma no le gustó nada. La temperatura en el exterior era capaz de hacer que te dolieran los huesos, y la ventisca me golpeó con una andanada tras otra de granizo duro como la roca. Había pocos sitios a los que agarrarse, y el exterior del vagón estaba completamente cubierto por una capa de hielo.

Encontré algo… Creo que eran rebordes de hielo sólido. Los dedos se me entumecieron.

Me subí al techo del vagón tres, y la negrura salpicada por la nieve blanca de las Atenadas se alzó por encima de mí.

La ventisca se aseguró de que mi visión no pudiera alcanzar muy lejos. Apenas podía mantenerme en pie. Toda la superficie del tejado convexo de aluminio estaba completamente helada y resbaladiza como una pista de patinaje.

Di unos cuantos pasos y mis pies perdieron asidero. Caí de bruces, aturdido y sin resuello. La boca se me llenó de sangre: me había mordido la punta de la lengua.

Escupí la sangre, furioso conmigo mismo por el dolor que sentía, y me arrastré hacia delante a través del ataque de los elementos. Distinguí unas siluetas por delante de mí en mitad del torbellino de blanco sobre negro. Otras tres figuras con armaduras en el borde del tejado.

Habían bajado un detonador direccional hasta la ventana del compartimento que Aemos y yo compartíamos. Mientras los observaba, apretaron el botón y destrozaron la ventana con un estallido de cristales y fuego que penetró en el interior del vagón. El primer jenízaro comenzó a descender por una cuerda para colarse por la ventana destruida. Sus camaradas estaban agachados sobre la superficie del tejado asegurando los anclajes de sus propias cuerdas.

Me levanté de un salto y desenfundé a *Barbarizadora*, resplandeciente y lanzando chasquidos eléctricos en el aire húmedo.

La potenciada hoja de combate de Carthae descendió velozmente y cortó las cuerdas a la vez que se hundía profundamente en el techo del vagón. El asesino que ya estaba bajando lanzó un aullido mientras caía por el costado del vagón de dos plantas.

Los otros dos se giraron rápidos como centellas. Uno se apresuró a desenfundar su pistola, mientras que el otro se abalanzó contra mí con las manos convertidas en garras. Se encontró con un *tahn wyla* que le partió la cabeza en dos como si fuera un melón maduro.

El cadáver rodó hasta caer por el borde del tejado del vagón hacia la oscuridad. Me quedé de pie y preparado, con *Barbarizadora* estremeciéndose en mis manos. El vessorita que quedaba retrocedió sin dejar de apuntarme con una pistola automática de gran calibre. Apenas podíamos permanecer en pie, y teníamos que esforzarnos por mantener el equilibrio, tal era la fuerza de la tremenda ventisca.

Disparó una vez. Un *ulsar* desvió el proyectil. Disparó de nuevo, y casi se cayó al resbalarle los pies. Hice un *uin ulsar* que lanzó el proyectil hacia la oscuridad.

—Me llamo Gregor Eisenhorn. Soy el hombre al que tenéis que matar. Identifícate.

Dudó por un momento.

—Mi nombre de clan ser Etrik, con rango de señor del clan. Del clan Szober.

—Señor del clan Etrik. He oído hablar mucho de ti —tuve que gritar para que me oyera—. Vammeko Tari mencionó tu nombre.

—¿Tari? El ser quien…

—¿Quién os dejó entrar? —dije por él—. Ya lo pensé. Tenía la sensación de que nos estaba siguiendo.

—Ser el que acabas de matar.

—¿De veras? Mala suerte. Entrégate.

—No lo haré.

—Ajá. Bueno, entonces dime… ¿Cuánto le paga Pontius a tu clan por esta misión?

—¿Quién ser Pontius?

—Bueno, entonces que sea Kanjar. Kanjar el Afilado.

—Lo suficiente.

Me disparó de nuevo y luego se lanzó contra mí, empuñando una espada de energía en la mano izquierda. *Barbarizadora* desvió el nuevo proyectil y luego formó un *uwe sar* para detener el mandoble de la reluciente hoja enemiga. Se oyó un tremendo chasquido de energías en colisión.

Empuñé a *Barbarizadora* con las dos manos y lancé un golpe horizontal cuando Etrik intentó disparar otra vez con su pistola. La punta de la espada cortó la parte superior de la pistola, y le dejó tan sólo con la empuñadura en la mano. Pero la espada del señor del clan, un alfanje corto pero robusto de diseño antiguo, entró en mi guardia como un rayo y me atravesó parte del hombro derecho. Lancé un aullido de dolor.

Gruñí y lancé un *leht suf* que le hizo retroceder por un momento, y luego dos *ulsars* de revés que detuvieron sus dos siguientes ataques y me dieron cierta ventaja. Etrik era un individuo grande, con unos brazos bastante largos y una fuerza inquietante. Eso significaba que incluso sus ataques más ágiles y profundos llegaban con una potencia considerable.

No reconocí la técnica de combate con espada que estaba utilizando, aunque yo sabía que los guerreros de Vessor consideraban el manejo de la espada como una de las tres artes principales de combate, y le dedicaban tanto tiempo en su entrenamiento como a las armas de fuego o al combate con las manos desnudas. El solo hecho de que fuera el propietario de un arma de energía heredada de su familia lo identificaba como un experto en su manejo.

Mi habilidad con la espada era una mezcla heterodoxa de métodos que había acabado dominando a lo largo de los años, pero el núcleo, o la base de todos ellos era el *Ewl Wyla Scryi*, «el genio del filo», el antiquísimo sistema de esgrima de Carthae.

Allí arriba, encima del expreso Trans-Atenadas, cualquier movimiento de esgrima tenía que ser medio improvisado. Ninguno de los dos disponíamos de un equilibrio perfecto sobre nuestros pies. Las botas resbalaban continuamente sobre el metal cubierto de hielo, y el ventarrón nos azotaba con fuerza.

Siguió atacándome, supongo que intentando rebanarme el cuello, y me vi obligado a utilizar una serie de variantes de paradas *tahn feh sar* con la hoja en posición rígida y vertical que me defendían la cabeza y la oreja. Mis ataques eran más por lo bajo, estocadas de *fon uls* y *fon uin* que tenían como objetivo su corazón, su estómago o su brazo de ataque.

Su defensa era excelente, sobre todo un desenganche de arrastre que anulaba todas y cada una de mis estocadas de *fon bei* con las que intentaba desplazar su hoja de forma lateral para abrirle la guardia. Sus ataques eran imaginativamente arrítmicos, lo que impedía cualquier tipo de anticipación, excepto la de último momento. Era tremendamente hábil.

Me pregunté si ése era el motivo por el que Pontius había contratado a los vessoritas. Era un gran conocedor de las artes marciales y de las castas de guerreros. No quería simples asesinos. Quería maestros en el arte del asesinato. Con el señor del clan Etrik le había sacado partido a su dinero.

Me di cuenta de que el mercenario, mediante una combinación de paradas laterales y de estocadas en profundidad, me estaba obligando a retroceder hacia el hueco que se abría entre los vagones tres y cuatro. Estaba acorralado, con mi espalda contra el hueco, y mis opciones de combate limitadas. No me atrevía a dar un salto de espaldas sin mirar atrás, y no podía, ni debía, apartar la vista de su espada ni por un solo momento. Sabía que se estaba preparando para un ataque frontal en profundidad que, o bien me pillaría sin espacio para esquivarlo, o bien haría que me cayera por el borde del tejado.

La escuela de esgrima de Carthae enseña que cuando un ataque inminente es inevitable, la única respuesta práctica es limitarlo o forzarlo. La técnica, que se desarrolla de muchas formas, recibe el nombre de *gej kul asf* que significa «la montura embridada». Representa al adversario como una montura desbocada que va a cargar contra ti, sin importar lo que hagas, y que tu arma es una brida que va a controlar esa carga como tú quieras. Etrik iba a lanzarse a fondo, así que tenía que reducir sus opciones de ataque. Me coloqué en una posición de *ehn ulsar*, en la que la espada se alza, blandida a dos manos, con la empuñadura por encima de los hombros, y la hoja inclinada hacia abajo en un ángulo de unos treinta y cinco grados desde la horizontal. Los golpes secos y laterales le impedían tener cualquier oportunidad de atacarme los costados o la parte superior del cuerpo. La única opción que le quedaba era lanzarse por abajo, deteniéndome por arriba, para así poder colarse en mi guardia. Lo estaba obligando a tomar como objetivo la parte baja de mi cuerpo, una zona en

la que ya sabía que su estilo de esgrima no le era muy favorable. También le exigía que moviera su cuerpo de un modo muy poco equilibrado.

Etrik se lanzó a fondo por fin, con el hombro bajo y la espada alzándose desde una posición al lado de la cadera. Mi «brida» había determinado por completo la altura y la dirección de su ataque.

En vez de retroceder o de intentar rechazar su estocada hacia lo alto con un golpe en diagonal, me eché a un lado, como un bailarín taurino que esquivara a un aurox embistiendo en una de las plazas de carnaval de Mankareal. Su espada sólo cortó el aire vacío.

Intentó cambiar de dirección, pero había apoyado todo su peso en la estocada. Su pierna izquierda se quedó en el aire, por encima del tejado cubierto de hielo del vagón, y la derecha se deslizó hacia el otro lado. Etrik lanzó una maldición e hizo lo único que le quedaba por hacer. Convirtió su estocada a fondo en un salto.

Llegó a duras penas al tejado del otro vagón. Chocó con el pecho y con los brazos contra el borde, y las piernas le quedaron colgando en el hueco. El pomo de su alfanje acababa en una punta afilada que clavó en el techo para no caerse. Intentó encontrar un asidero con las botas en los costados de plástico impermeable de la articulación que conectaba los dos vagones.

Sólo disponía de unos cuantos segundos para convertir mi ventaja temporal en una ventaja definitiva.

Pero mi esquiva lateral me había dejado con tan poco agarre a la superficie helada del techo como a Etrik. Mis piernas se levantaron por su cuenta de repente y caí de espaldas. Rodé tan rápidamente como pude y me esforcé por encontrar un asidero, pero eso me costó a *Barbarizadora*. La preciada hoja rechinó mientras rebotaba por el techo antes de caer por el borde del vagón.

Logré agarrarme, pero por los pelos. El pincho del pomo de la espada de Etrik rechinó a lo largo del tejado de metal cuando apoyó todo el peso en él y se hincó más profundamente. Dio unas cuantas patadas al aire y contra la pared y logró subirse al techo del vagón número cuatro antes de echarme un vistazo. Lanzó una risotada y en su cara se dibujó una mueca

desagradable cuando se dio cuenta de que yo me encontraba en peor situación que él.

Dio un paso cauteloso, sin dejar de reírse, hacia la parte superior de la articulación entre los vagones, y luego otro, manteniendo el equilibrio mientras regresaba al vagón número tres para acabar conmigo.

En otros dos pasos se encontraría lo bastante cerca para darme un mandoble.

Decidí cuál de mis dos manos estaba mejor agarrada y me solté de la otra, rebuscando en la parte trasera de mi cinturón.

Etrik salió de la articulación de unión, dio un último paso, con el alfanje en alto para abrirme la cabeza, y descubrió que estaba mirando frente a frente al cañón de una pistola automática.

Iba contra todas las reglas del noble arte del *Ewl Wyla Scryi* empezar un duelo con una espada y acabarlo con una pistola. Los maestros de Carthae se hubieran sentido avergonzados de mí, pero no me sentía demasiado noble en aquellos momentos.

Sólo disparé una vez. El proyectil le impactó en mitad del esternón y lo lanzó de espaldas. Etrik, con una expresión en el rostro de haber sido engañado, desapareció por el otro extremo del tejado.

Estaba exhausto, y el tremendo frío me había agotado cuando entré otra vez en el vagón. El piso superior estaba lleno de gente. Los sobrecargos se esforzaban por conducir a los aterrorizados y angustiados pasajeros hacia otros vagones. Los jefes de personal miraban consternados los daños causados por el enfrentamiento y los cadáveres de los tres vessoritas. Eleena estaba discutiendo acaloradamente con uno de los jefes.

Todo el mundo se giró, y alguien llegó a gritar, cuando entré de nuevo por la ventana. Debió de ser todo un espectáculo: completamente cubierto de escarcha y de sangre helada que había salido de mis heridas en el brazo y en la barbilla.

Crezia y Aemos se abrieron paso a través de los mirones y llegaron a mi lado.

—Estoy bien.

—Déjame echarle un vistazo a eso… ¡Trono Dorado! —exclamó Crezia mientras me giraba un poco la cabeza para mirar mejor el rasguño de mi barbilla.

—No te preocupes.

—Necesitas que te…

—No es el momento. ¿Medea está bien?

—Sí —me respondió Aemos.

—Entonces, ¿nadie está herido?

—Tú ya estás bastante herido por todos nosotros —me dijo Crezia.

—Las he tenido peores —le repliqué.

—Es cierto —comentó Aemos mostrándose de acuerdo conmigo—. Las ha tenido peores.

Eleena todavía le estaba gritando al jefe del tren, quien a su vez le estaba gritando a ella. Era un individuo de elevada estatura y aspecto distinguido que llevaba puesta una versión más ornamentada, y con brocados, del uniforme de la Trans-Continental, rematado con una gorra de oficial de estilo marinero. Era evidente que era muy mayor, y sus ojos, su nariz y sus orejas habían sido reemplazados por implantes biónicos, unos artefactos simples y funcionales creados a mano por los devotos ingenieros de la locomotora. Incluso sus dientes, enmarcados por una impresionante barba blanca, eran de hierro forjado. Se llamaba Alivander Suko, y más tarde me enteré de que había sido el jefe del expreso Trans-Atenadas desde hacía más de trescientos setenta y ocho años. Parecía una locomotora barbuda con forma humana.

Eché a Eleena a un lado y me puse cara a cara con él.

—Exijo una explicación para este escándalo —gruñó Suko con una voz reverberante causada por su laringe mecánica—. Jamás ha ocurrido nada semejante a bordo del Trans-Atenadas. Esta violencia vulgar y esta falta de decoro…

—¿Decoro? —le pregunté.

—¿Es usted el responsable de todo esto?

—Hubiera preferido que esto no ocurriera, pero… sí.

—¡Detenedle ahora mismo! —gritó Suko.

Un par de fornidos guardias del tren que habían sacado unas pistolas láser del cuarto de emergencia del tren en cuanto las alarmas empezaron a sonar avanzaron hacia mí.

—Aquí hay tres muertos, y fuera hay otros tres —le dije con voz suave al jefe del tren mientras miraba fijamente sus ojos de párpados electrónicos, y haciendo caso omiso a los guardias de un modo evidente—. Todos con armadura, todos armados… Soldados de combate. ¿De verdad cree que es buena idea enfrentarse al hombre que los ha matado a todos?

El pasillo se quedó completamente en silencio, un silencio más frío y más desagradable que las tremendas ráfagas de viento tormentoso que entraban por la ventana destrozada. Todas las miradas estaban fijas en nosotros, incluidas, para gran incomodidad de Suko, las de los últimos pasajeros sacados por los sobrecargos.

—¿Podríamos continuar esta charla en privado? —sugerí.

Entramos en uno de los compartimentos que había quedado vacío. Abrí la cubierta de madera con bisagras del pequeño cogitador de la suite, lo conecté al modo hololítico y apoyó mi anillo de sello contra el lector de datos. La pequeña terminal proyectó un holograma del sello de la Inquisición, sobre el que se podían leer detalles de mis credenciales, seguido por una imagen tridimensional de mi cabeza que daba vueltas lentamente.

—Soy el inquisidor Gregor Eisenhorn de la Ordos Helicana.

Suko y sus guardias se quedaron sin habla.

—¿Se lo cree, o tengo que dar vueltas lentamente delante de usted hasta que se convenza?

El jefe del tren se me quedó mirando, tan pasmado que no supo qué decir durante unos momentos.

—Lo siento, señor —comenzó a decir—. ¿Cómo puede la Trans-Continental ser de ayuda en la tarea de la poderosa Ordos?

—Bueno, señor, para empezar, puede hacer que este tren se ponga de nuevo en marcha.

—Pero…

Ya estaba harto.

—He estado viajando de incógnito, señor, pero no seguiré haciéndolo. Y ya que voy a revelar de forma pública mi condición de inquisidor, será mejor que empiece a comportarme como tal. Este tren se encuentra a partir de ahora bajo mi mando.

Nos quedamos parados el tiempo suficiente para que los ingenieros desconectaran los frenos de emergencia y aseguraran las ventanas destrozadas. El rato fue lo suficientemente largo para que los guardias del tren, bajo mi supervisión directa, registraran todo el vehículo en busca de cualquier otro pasajero que no tuviera billete.

Salí afuera, esta vez envuelto en una vestimenta a prueba de aquella ventisca infernal, y recuperé a *Barbarizadora*, que se quejó de forma quisquillosa por haber sido abandonada en mitad de aquel sitio. Enfundé la quejumbrosa espada y regresé para echarles un vistazo a los cuerpos de los tres jenízaros, que ya se estaban congelando en mitad de la nieve.

El expreso reanudó la marcha a las cinco, y ya no hubo más interrupciones. Atravesamos la noche a toda marcha y llegamos a un amanecer más despejado, donde la tierra estaba cubierta de nieve pero en el que ya había desaparecido la tormenta de hielo.

Suko forzó la locomotora hasta los márgenes de seguridad para recuperar el tiempo perdido. El expreso cruzó las laderas meridionales de las Montañas Atenadas, y descendimos por un paisaje lleno de colinas y llanuras rocosas glaciales. Si hubiera estado despierto, habría visto los pedregales y los matojos convertirse poco a poco en bosques de árboles caducifolios, para luego dar paso a las primeras granjas de la amplia Meseta Sur, iluminada por el sol de la mañana.

Pero estaba profundamente dormido, con las heridas vendadas, y con *Barbarizadora* reposando intranquila a mi lado mientras Crezia me observaba.

Me desperté después de las cinco, con el expreso avanzando todavía a buena marcha. Teníamos previsto llegara Nueva Gevae a medianoche. Le había dado órdenes estrictas a Suko de que no comunicara nada sobre lo que había ocurrido.

Era muy probable que Pontius intentara matarme de nuevo en Nueva Gevae. Estudié con detenimiento el mapa de la ruta y pensé en decirle a Suko que hiciera una parada no prevista en alguna de las estaciones secundarias de las ciudades situadas al norte de Nueva Gevae. Podríamos haber bajado y alquilado un transporte aéreo, y el tren podría haber seguido hacia la ciudad.

También pensé que mi atento e implacable enemigo habría pensado en aquello y se habría anticipado. Y también consideré que llegar a la terminal de una gran ciudad sería un plan mucho más seguro.

Me quedé tumbado en el camastro de mi compartimento, meditando, mientras el paisaje de la meseta pasaba veloz al lado de mi ventana. Medea ya estaba despierta y en pie para aquel entonces, yendo de un sitio para otro a trompicones y utilizando como muleta, de todo lo que podía haber escogido, mi bastón rúnico. Sólo ella poseía el ingenio para atreverse a cometer aquella falta de respeto.

Entró cojeando en mi compartimento, se dejó caer en el extremo del camastro donde estaba tumbado y se frotó un poco la espalda dolorida. Crezia estaba dormida en el lecho de enfrente.

—No tienes ni un momento para aburrirte, ¿verdad?

—Nunca.

Señaló con un gesto del mentón a Crezia.

—No se ha apartado de ti, Gregor. En todo el día.

—Lo sé.

—Es algo más que una vieja amiga, ¿no?

—Sí, Medea.

—Tú y tus secretos.

—Lo sé.

—Nunca me lo contaste.

—Nunca se lo conté a nadie. Crezia Berschilde se merecía esa discreción.

Se giró para mirarme.

—Gregor Eisenhorn también se merecía esa discreción, ¿no crees? Puede que seas un gran y terrible inquisidor y todo eso, pero también eres un ser humano. Tienes una vida aparte de este desagradable trabajo.

Pensé por un momento sobre aquello. Por desgracia, no estaba de acuerdo con ella.

—Pero ya estáis juntos de nuevo. Tú y la buena doctora.

—He renovado una amistad que jamás debería haber permitido que se debilitase.

—Sí, claro, renovado.

Realizó un gesto sorprendentemente ordinario y gráfico. No pude evitar sonreír.

—¿Querías decirme algo más, o simplemente has venido para demostrarme las capacidades más vulgares de tus habilidades mímicas?

—Sí, quiero decirte algo más. ¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a nuestro destino?

Nueva Gevae era un racimo de pirámides colmena que cubría el delta del río Sanas. Pudimos distinguir sus luces parpadeantes más de una hora antes de que llegásemos. El expreso Trans-Atenadas se detuvo siseante y con un estremecimiento en la terminal principal dos minutos antes de la medianoche. Salí por delante de la multitud de pasajeros y me dirigí, a través de la amplia explanada situada bajo el techo de arcos y de cristal, hasta la oficina del Gremio de Astrópatas, que se encontraba al lado de los almacenes de carga de mercancías.

Accedía la cuenta Aegis y leí la respuesta de Nayl. Estaba de acuerdo con que aquello se parecía mucho al problema que tuvimos en Eechan, y maldijo el nombre de Sadia. También me decía que el Caucus estaba listo para partir, y que estaría en un bar llamado El Salón de Entipaul a las doce del mediodía siguiente. El bar estaba en la colmena cuatro, en el nivel sesenta.

Me quedé observando con tristeza el comunicado y luego miré al adepto.

—Una respuesta de cuatro palabras: «Espina de Rosa irá». Envíelo.

Entré en El Salón de Entipaul un minuto antes de las doce. Era una jaula de tubos de aluminio y paneles de madera de contrachapado pintados con aerosol. Las hileras de luces estaban conectadas de modo que parpadearan al ritmo de una potente música que resonaba en los altavoces. El dueño del lugar quería que pareciese un sitio peligroso, de tipos duros, en plan bajos fondos de la colmena, pero todo era una simple fachada. Aquello no era más que un local para la comida del mediodía y de descanso después de la jornada laboral, un bar al que iban los oficinistas de la colmena y los del Administratum, un sitio en el que quedar con las encantadoras chicas del personal del logosticador, para celebrar un ascenso o una jubilación, o para montar una fiesta de cumpleaños. Yo había estado en bares de tarados de verdad, y había oído música potente de verdad. Aquel recinto era una simple farsa, un engaño.

Estaba envuelto en la enorme túnica de Aemos, con la capucha echada sobre la espalda, y llevaba puesta una máscara recicladora que había tomado prestada del expreso. Quería parecer un tecnoadepto que había ido a comer o un oficinista de almacén que se había escapado para tener una cita con su chica.

El lugar estaba bastante vacío. Un camarero de aspecto aburrido situado detrás de la estrecha barra le pasaba un trapo a los vasos, y dos camareras de uniforme parloteaban al lado de la puerta trasera, sosteniendo sus bandejas como si fueran escudos antidisturbios. Había

media docena de hombres sentados en los reservados que rodeaban la zona central del bar, y una figura encapuchada bebía, sentada y sola, de espaldas a la puerta.

Me senté en una de las mesas centrales. Una de las camareras se me acercó. Olía a oscura, y sus cejas pintadas sobre la piel resaltaban las pupilas tremendamente dilatadas de sus ojos.

—¿Qué va a ser?

—Tundere y de grano, doble, en funda de hielo.

—Vale dale —me contestó mientras se alejaba.

La música siguió sonando a todo volumen. Volvió con un pequeño vaso de licor en su bandeja levitadora. El vaso, en realidad, era una copa de hielo prensado hasta darle forma. Lo colocó en la mesa con unas pinzas y agarró en el aire la moneda que le arrojé.

—Quédate el cambio —le murmuré.

—Gracias, generoso —se burló antes de alejarse de nuevo contoneando un trasero que no merecía la pena ser contoneado.

No toqué la bebida. El hielo se fue derritiendo poco a poco, y el líquido aceitoso comenzó a extenderse por encima de la superficie de la mesa.

La figura encapuchada se puso en pie y se acercó hasta mí.

—¿Espina de Rosa?

Levanté la mirada.

—Ese soy yo.

Se quitó la capucha que le tapaba la cara y la dejó caer sobre sus hombros. Tenía unos rasgos angulosos y un cabello negro y liso. Sus ojos, contorneados de kohl, brillaron como el jade.

No era Harlon Nayl. Era María Tarray.

Se sentó frente a mí y se bebió de un trago mi copa. Se lamió los largos dedos para quitarse el agua del hielo.

—Sabía que le atraparíamos más tarde o más temprano.

—Supongo que sí. ¿Quiénes sois?

Los demás clientes del bar se habían levantado y habían formado un círculo a nuestro alrededor, sentándose en las mesas adyacentes. María Tarray chasqueó los dedos y todos echaron a un lado los faldones de las

capas de los abrigos para dejar a la vista las pistolas con las que iban armados. Chasqueó de nuevo los dedos, y las armas desaparecieron.

—Así que, ¿es una trampa?

—Por supuesto.

—¿Los astrogramas no los mandó Nayl?

—Es evidente.

—¿Habéis descifrado el Glossia?

—¿A que somos listos?

Me recosté en mi asiento.

—¿Cómo lo hicisteis?

—¿Le gustaría saberlo, señor Eisenhorn?

Me encogí de hombros.

—Viendo cómo me habéis pillado, sí que me gustaría. Estos hombres son más de esos malditos vessoritas, ¿verdad? Estoy muerto si pestañeo. No veo qué mal hay en saberlo.

—Me imagino que ya lo habrá adivinado —me replicó. Sonrió. Pude sentir su poderosa mente intentando meterse en la mía.

—Jekud Vanee.

—Exacto, señor Eisenhorn. Su astrópata ha demostrado ser muy útil, gracias a una persuasión adecuada. Y los jenízaros son muy buenos en esa clase de persuasión. Vanee envió todos los comunicados fingiendo ser Nayl. Él sabía Glossia.

Intentó meterse de nuevo en mi mente.

—Está utilizando técnicas de ocultación —me dijo, y su rostro se ensombreció.

—Por supuesto que lo estoy haciendo. Tú también lo harías si la situación fuera a la inversa. Sin embargo, debo decirte que estoy decepcionado. Esperaba que hubiese venido Pontius en persona. Después de todo, ésta es su trampa. La última batalla de Eisenhorn. Hubiera debido ser lo bastante educado para aparecer y verme morir.

—Pontius está ocupado con otra cosa —me respondió furiosa, y luego se dio cuenta de lo que había dicho.

—Gracias por confirmármelo —le dije.

—¡Cabrón! —exclamó rabiosa—. ¡Estás muerto! ¿De qué te servirá? ¡Estás metido en una trampa!

—Sí, sí que lo es. Una trampa.

Dudó por un momento. Todos los jenízaros se habían levantado y me apuntaban con sus armas. El personal del bar había salido a la carrera en cuanto vieron aquello.

María Tarray alargó lentamente la mano y me quitó la máscara recicladora de la cara.

—¿E… Etrik? —tartamudeó, con los ojos verde jade abiertos de par en par.

—Sí —le contesté a tres kilómetros de distancia en una habitación alquilada de una pensión.

Estaba sudando y con todo el cuerpo en tensión por el esfuerzo de canalizar mi voluntad a través del bastón rúnico para darle vida al cuerpo del señor del clan, Etrik.

Tarray se levantó de la mesa de un salto y tiró la silla.

—¡Maldita sea! —aulló—. ¡Nos ha pillado! ¡Nos ha pillado! ¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Podías hablar como Nayl y utilizar Glossia gracias a Jekud, pero Jekud no sabía lo que Nayl sabía. Acabamos con Sadia en Lethe Once, no en Eechan —le hice decir a Etrik.

María Tarray desenfundó una pistola de plasma y le disparó a Etrik en mitad del pecho. Los vessoritas que la rodeaban también abrieron fuego con sus pistolas automáticas y las carabinas láser.

En cuanto mi marioneta comenzó a ser destrozada, dejé salir el vórtice de disformidad que había estado dando vueltas en mi mente desde que lo había invocado.

Surgió del cuerpo desplomado de Etrik y se expandió, aniquilando a los jenízaros, El Salón de Entipaul y toda la planta sesenta de la colmena cuatro en un radio de cincuenta metros.

María Tarray quedó atomizada. Sus escudos psíquicos se desplomaron en los últimos milisegundos de su vida debido al terror y pude discernir

una brevísima imagen de su poderosa mente. No lo vi todo, pero fue suficiente.

Lo suficiente como para saber que acababa de aniquilar por completo a la hija de Pontius Glaw.



QUINCE

SANCTUM, CATARSIS Y FISCHIG
TEHT UIN SAN
PROMODY

Quince días más tarde estábamos muy lejos de Nueva Gevae, muy lejos del propio Gudrun. Había logrado, hasta aquel momento, escapar de las garras de Kanjar el Afilado.

La mañana antes de mi encuentro, o mejor dicho, el encuentro de mi marioneta con María Tarray en el bar de la colmena, Aemos y yo habíamos comprado unos pasajes en una nave de transporte ligero llamada el Espíritu de Wysten, y al anochecer ya estábamos abandonando el planeta. Cinco días y medio más tarde, en las proximidades de Cyto, nos encontramos, tal como habíamos acordado, con el *Essene*.

Mi viejo amigo Tobias Maxilla, el excéntrico capitán y propietario de la nave mercante rápida *Essene*, había acudido sin dudarlo en respuesta a la palabra clave en Glossia «Sanctum». Abandonó sus rutas comerciales en el subsector helicano y se dirigió inmediatamente hacia Gudrun. Nunca formó parte de mi equipo, pero era un aliado desde hacía ya mucho

tiempo, y me había proporcionado los servicios de su nave en numerosas ocasiones.

Siempre afirmaba que lo hacía por la recompensa financiera (me aseguraba de que mi Ordos lo remunerara de forma regular y generosa), y para poder llevarse bien con la Inquisición Imperial. Sin embargo, yo estaba convencido de que su lealtad hacia mí era la consecuencia de una vena aventurera. Involucrarse en mis asuntos ofrecía la posibilidad de una ocupación mucho más entretenida que un simple viaje comercial entre dos mundos del sector helicano.

No había nave, ni capitán de nave, en quien confiara más que en Tobias Maxilla y en el *Essene*. Con mi vida destrozada, la espalda contra la pared y un enemigo sanguinario lanzado en mi persecución, fue a él a quien acudí en busca de rescate y de un modo de huir.

Y además, uno siempre podía confiar en que Maxilla animara el espíritu de cualquier grupo de gente. Lo cierto es que los ánimos de mi pequeño grupo habían estado inquietos desde que salimos de Nueva Gevae. Y todo era por mi culpa.

En cuanto me di cuenta de que los mensajes de Nayl eran otra de las trampas de Glaw, le atraje para tenderle mi propia emboscada. Ciertos capítulos del *Malus Codicium* trataban sobre la creación y el manejo a distancia de esclavos mentales, humanos controlados psíquicamente como si fueran marionetas. Nunca había intentado algo como aquello, ya que me pareció muy macabro. El *Codicium* sugería que todo el proceso funcionaba mejor con el cadáver de alguien que hubiera muerto de forma reciente. Pero, por otro lado, tan sólo se trataba de una elaborada prolongación del uso de mi fuerza de voluntad, y era adecuado para mis propósitos.

No les expliqué con detalle lo que iba a hacer, pero Medea, Eleena, Crezia y Aemos sabían que tramaba algo poco ortodoxo, y todos se quedaron preocupados cuando hice que llevaran el cuerpo de Etrik desde el tren hasta el alojamiento que habíamos alquilado en la colmena cuatro. Crezia murmuró algo sobre «robo de cadáveres», y Medea tuvo grandes reservas al respecto. Cuando estábamos a bordo del Belleza, bromeó sobre

la posibilidad de que yo estuviera yendo demasiado lejos. Parecía que había aceptado todo el asunto relativo a Cherubael.

Pero, después de lo de Etrik, parecía estar menos segura sobre todos aquellos juegos esotéricos psíquicos.

Incluso Aemos se mostraba reservado conmigo. No había dicho una sola palabra sobre el *Malus Codicium* desde que me vio retirarlo de la caja fuerte de mi estudio. Y me había reiterado en bastantes ocasiones que se fiaba de mi criterio.

Pero seguía habiendo una tensión en el aire.

Los dejé fuera de la habitación mientras realizaba los rituales, y eso también fue un error. Excepto Eleena, que no había podido sentir las ondas psíquicas del acto, todos los demás sí habían notado su reflujo espeluznante.

Tampoco había utilizado antes un vórtice de disformidad, pero me pareció que era la única arma con la que podía equipar a mi esclavo para acabar con todos los que querían atraparme. Al recordarlo, me pregunto si no fue el *Malus Codicium* el que me metió aquella idea en la cabeza.

El vórtice funcionó. Destruyó a los enemigos que intentaban atraparme. Dudo mucho que vuelva a utilizarlo jamás. La retroalimentación psíquica me dejó inconsciente, y estuve débil y enfermo durante dos días. Mis amigos tuvieron que echar abajo la puerta de la habitación para llegar hasta mí, y debieron de quedarse estremecidos por lo que vieron en el interior. El círculo quemado en el suelo, el residuo psicoplásmico que goteaba en las paredes, los símbolos que había pintado. Creo que pensaron por primera vez que yo había intentado hacer algo sobre lo que no tenía por completo el control.

Quizás estaban en lo cierto.

Ninguno de ellos quería hablar sobre el incidente. Aemos había encontrado el *Malus Codicium* en el suelo, a mi lado, y se lo metió en un bolsillo antes de que alguno de los otros pudiera verlo. Más tarde, ya a bordo del Espíritu de Wysten, me lo devolvió en privado.

—No quiero tener que tocarlo de nuevo —me dijo—. No creo que quiera verlo de nuevo.

Me inquietó aquella reacción. Su vida siempre había estado dedicada a la adquisición de conocimientos (en su caso, se trataba incluso de una compulsión de tipo clínico), pero en aquella ocasión mostró su rechazo a una fuente de información secreta, aunque siniestra, que no podía encontrarse prácticamente en ningún otro sitio de la galaxia. Yo pensaba que él sería uno de los pocos que podría apreciar toda su valía.

—Es el *Malus Codicium*, ¿verdad?

—Sí.

—Nunca lo encontraron. En Farness Beta, después de que Quixos muriera, el Ordos lo buscó por todos lados y nunca lo encontró.

—Es cierto.

—Porque tú lo cogiste para ti y jamás se lo dijiste a los demás.

—Sí. Esa fue mi decisión.

—Ya veo. Y así es como lograste aprender a controlar demonios, ¿verdad?

—Sí.

—Me has decepcionado, Gregor.

Maxilla fue, como siempre, el anfitrión perfecto, y el ánimo general se elevó un poco cuando estuvimos en su compañía. Nos recibió en la compuerta externa de estribor situada a proa del *Essene*. Iba vestido con una especie de túnica-sobretodo a cuadros y de tela de sedril, con un fular de seda azul sujeto con un alfiler en forma de estrella dorada, además de un solideo de gamuza púrpura rematado con una borla plateada. El maquillaje que le cubría el rostro era de un color blanco satinado, con unos corazones negros pintados por encima de sus ojos. Una fina cadena de platino colgaba de un pendiente de diamantes en su lóbulo izquierdo hasta el zafiro que tenía engastado en un lado de la nariz, a su espalda, los servidores chapados en oro nos esperaban con bandejas llenas de bebidas y refrigerio. Nos saludó a todos, tonteando con Medea y alborotando alrededor de Crezia y Eleena, las dos mujeres a las que todavía no conocía.

—¿Hacia dónde vamos? —fue la primera pregunta que me hizo.

—Déjame utilizar tu astrópata, y pon rumbo al sitio donde nos encontramos por primera vez.

Le envié un mensaje a Fischig, cifrado en Glossia, para que cambiara de dirección y evitara pasar por Gudrun, y para que se reuniera conmigo en un nuevo punto de encuentro.

«Espina desea Sabueso, en la cuna del Sabueso, a la sexta».

El navegante de aspecto cadavérico y sin nombre de Maxilla realizó sus cálculos adivinatorios hipermatemáticos y colocó al *Essene* en mitad del espacio disforme y a la máxima velocidad que ofrecía su potente motor.

Como siempre me ocurre, fui incapaz de descansar en condiciones mientras viajaba por el infernal inframundo que es el espacio de disformidad, así que en vez de eso me retiré al salón de estar con Maxilla. Le encantaban los cotilleos, y siempre disfrutaba durante unas cuantas horas cada vez que nos reuníamos enterándose de todo lo ocurrido. Rodeado como estaba de una tripulación que era más mecánica que humana, ansiaba la compañía de sus iguales.

Pero yo deseaba tener una conversación privada con él.

Nunca antes me había confiado en ese sentido con él, pero en aquellos momentos sentía que era la única persona del Imperio que me escucharía con imparcialidad. Y si no era imparcial, al menos no se dedicaría a juzgarme con dureza. Maxilla era un rufián. No pedía disculpas por ello. Había pasado casi toda su vida dedicado a ir probando las cualidades dúctiles de las reglas y de las normas. Supongo que lo que yo quería era saber, descubrir lo que pensaba de mí.

Su salón de estar era un compartimento de dos plantas situado detrás del puente de mando del *Essene*, parecido a una catedral. Una mesa de banquete de diez comensales fabricada con duraloy, en la que había cenado en numerosas ocasiones, ocupaba una zona un poco más elevada al otro extremo, bajo una sección del techo en forma de cúpula de la que podía

retirarse el blindaje con un simple tirón de una palanca de mando para poder transformarla en una burbuja de observación.

Unas escaleras curvadas, con pasamanos de madera de tefra que Maxilla proclamaba que había recuperado del naufragio de un navío de veinte mástiles en Nautilia, arrancaban de cada extremo del entresuelo hasta llegar a la zona del puente principal, una estancia amplia con un suelo de mármol incrustado. Numerosas obras de arte (pinturas, estatuas, antigüedades, hololitos) estaban expuestas alrededor de la sala entre los pilares de crisoelefantina de las paredes. Algunas de las obras estaban protegidas por unos campos de estasis que relucían con suavidad, y otras se apoyaban con gracilidad sobre rayos repulsores invisibles.

Unas elegantes sillas y sillones de grandes reposabrazos, algunos cubiertos con telas de tejido sampanés, estaban colocados sobre el gran rectángulo de una exquisita alfombra de olitari, situada en el centro de la estancia. Sólo la alfombra ya costaba una pequeña fortuna. La sala estaba iluminada por seis relucientes lámparas de araña fabricadas en los famosos talleres de cristal de Vitria, y cada una estaba colgada de una pequeña placa antigravitatoria para que flotaran por debajo del techo decorado.

Me senté en uno de los sillones y acepté la gran copa de amasec que Maxilla me ofreció.

—Gregor, tienes aspecto de querer descargar un gran peso que llevas en tu interior —me dijo mientras se sentaba frente a mí.

—¿Tan transparente soy?

—No. Me temo más bien que se trata de una esperanza que yo tengo. Estos últimos meses han sido bastante aburridos. Tengo ganas de emociones. Y cuando la única persona que conozco que tiene por costumbre meterse en las aventuras más peligrosamente ridiculas de las que nadie jamás haya oído hablar me llama pidiendo ayuda, me animo inmediatamente.

Colocó una varita de lho en una larga boquilla de plata, la encendió con un leve chasquido de su arma digital de anillo y se recostó sobre el

sillón, exhalando una vaharada de humo especiado mientras hacía dar vueltas al amasec en el interior de la copa con movimiento de experto.

—Yo… —dije cuando intenté empezar a hablar, pero lo cierto es que no sabía cómo comenzar.

Dejó su copa sobre la mesita y realizó un gesto teatral con su vara de mando. El aire a nuestro alrededor se tornó ligeramente opresivo y los sonidos llegaron algo apagados.

—Habla con tranquilidad —me dijo—. He activado el campo de privacidad de la sala.

—Verás —le dije—, lo cierto es que mi titubeo tenía más de no saber qué decir.

—Yo me ocupo de rutas y viajes, Gregor. Según mi experiencia, el mejor sitio para empezar es siempre…

—¿El comienzo? Lo sé.

Le conté, primero de un modo general y luego con mayores detalles a medida que avanzaba en mi relato, todos los hechos ocurridos, y por orden. Durer. Thuring. El combate entre *Crúor Vult* y Cherubael. Su rostro maquillado se convirtió en una máscara trágica, en la de un payaso triste, cuando le referí lo que le había ocurrido a Alizebeth. Siempre había sentido debilidad por ella.

Aunque pensaba que había seguido su consejo y empezado por el principio, a medida que hablaba me daba cada vez más cuenta de que no había sido así. Tuve que seguir retrocediendo y contar más detalles. Para explicarle todo sobre Cherubael, tuve que regresara Farness Beta y mi lucha contra Quixos, y eso a su vez requirió que le explicase mi misión en Cinchare. Le conté el ataque contra la Casa Spaeton y nuestra desesperada huida a través de la superficie de Gudrun. Le informé de todos los asesinatos que habían tenido lugar a lo largo y a lo ancho del subsector. Él conocía a Harlon Nayl y a Nathun Inshabel, por no mencionar a bastantes más personas de mi equipo. Mi narración de la venganza de Pontius Glaw se convirtió en una letanía de malas noticias.

En cuanto empecé, no pude detenerme. No le oculté nada. Sentí que era una liberación confesarlo todo por fin y quitarme aquel peso de encima. Le

conté todo sobre el *Malus Codicium*, y cómo podía haberme puesto en peligro al conservarlo. Le detallé los tratos que había tenido con demonios y huéspedes demoníacos. Y con los esclavos psíquicos muertos. Y con vórtices de disformidad. Le confesé el trato que había hecho con Pontius en Cinchare y cómo aquello le había proporcionado el poder suficiente para convertirle en la amenaza que me estaba persiguiendo en aquellos momentos.

—Todo el mundo, Tobias, todos los miembros de mi operativo, mi familia por así decirlo, todos menos tú, Fischig y el pequeño grupo que viene conmigo a bordo, están muertos por lo que hice en Cinchare. Algo así como… Bueno, no he hecho la cuenta exacta, pero unos doscientos servidores del Imperio. Doscientas personas que se habían entregado a mi causa con la firme creencia de que yo estaba realizando un buen trabajo… están muertas. Ni siquiera cuento a la gente como Poul Rassi, Duclane Haar y al pobre desgraciado de Verveuk en lo que resultó ser la obertura de esta matanza sangrienta, o Magos Bure, al que Glaw debe haber matado para poder escapar.

—¿Puedo corregirte, Gregor?

—Por supuesto.

—La has llamado tu causa. Has dicho que se habían entregado a tu causa. Pero no es cierto, ¿a que no?

—¿A qué te refieres?

—¿Sigues creyendo con fervor que cumples la voluntad del Emperador?

—¡Por supuesto que lo hago!

—Entonces ellos murieron al servicio del Emperador. Murieron por su causa. Ningún ciudadano imperial puede pedir mayor honor.

No creo que me estuvieras escuchando, Maxilla…

Se puso en pie de repente.

—No, no, yo creo que tú no lo has estado haciendo, inquisidor. Ni siquiera escuchabas lo que tú mismo decías. Insisto en ello porque es tan básico que me parece que lo has pasado por alto.

Cruzó la sala de estar y se quedó delante del retrato hololítico de un soldado imperial, mirándolo fijamente. Era muy antiguo. No quise ni pensar dónde lo había conseguido.

—¿Sabes quién es?

—No.

—El Señor de la Guerra Terfeuk. Estaba al mando de las fuerzas imperiales en la guerra de Pacificus, hace ya casi cincuenta siglos. Ya es historia antigua. La mayoría de nosotros ni siquiera sabemos de qué iba aquella maldita guerra. En la batalla de Corossa, Terfeuk lanzó al combate a cuatro millones de guardias imperiales. Ya no se libran batallas como aquélla, gracias al Trono. Por supuesto, era la época del Alto Imperialismo, la era de los señores de la guerra famosos, el tiempo del culto a la personalidad. Bueno, el caso es que Terfeuk logró vencer. Ni siquiera sus consejeros más allegados pensaron que fuera capaz de obtener la victoria en Corossa, pero lo logró. Y de esos cuatro millones de hombres, sólo noventa mil consiguieron salir con vida del campo de batalla.

Maxilla se giró y se me quedó mirando.

—¿Sabes lo que dijo el tal Terfeuk? ¿Sabes lo que dijo de aquel coste en vidas tan espantoso?

Negué con la cabeza.

—Dijo que había sido el mayor honor de su vida servir tan bien al Emperador.

—Me alegro por él.

—No lo comprendes, Gregor. Terfeuk no era un carnicero. No era el típico militar que perseguía la gloria. Era, en todos los sentidos, muy humano, y sus hombres lo adoraban por ser justo y generoso. Pero cuando llegó el momento, no se arrepintió ni por un solo instante del coste que conllevaba servir al Emperador y defender el Imperio a toda costa.

Maxilla se sentó de nuevo.

—Creo que de eso es de lo único que eres culpable: de tomar decisiones difíciles para servir al Emperador lo mejor que sabes y puedes, servirle de un modo en que quizás otros no serían lo bastante fuertes y

fallarían. Cumplir tu deber y vivir con sus consecuencias. Estoy seguro de que Terfeuk pasó muchas noches en vela, durante años, después de lo que ocurrió en Corossa. Pero se enfrentó a ese dolor. No se arrepintió en absoluto.

—Enviar hombres al combate en una batalla no es exactamente lo mismo que…

—Siento no estar de acuerdo. Tu campo de batalla es la sociedad imperial. Las personas que han muerto eran tus soldados. Y los soldados no son más que recursos militares. Tienen que ser utilizados. Utilizaste tus propios recursos para ganar tus batallas. Ese libro del que hablas. Ese demonio. Suena fascinante. Me encantaría encontrarme cara a cara con él.

—No te gustaría, te lo aseguro. Y es «ello», no «él». Maxilla se encogió de hombros.

—Supongo que querías hablar conmigo sobre todos estos asuntos porque pensaste que encontrarías un oyente comprensivo. Al fin y al cabo, soy un viejo rufián y todo eso.

Juro que hubo ocasiones en las que pensé que Maxilla podía leerme la mente.

—Déjame decirte algo, Gregor. Te quiero como a un hermano, pero no nos parecemos en nada. Yo soy un rufián, un jugador empedernido. Un mentiroso. Un réprobo. Mis vicios son numerosos e innombrables. Yo nunca me aprovecho de las reglas: las rompo. Las destrozo. Las machaco. Dondequiera y comoquiera que pueda. En ese sentido, somos espíritus afines. Estás forzando las reglas del Imperio, de la Inquisición; eres, sin ninguna duda, lo que ellos llaman un radical. Pero ahí es donde se acaban las similitudes. Yo rompo las reglas en mi propio beneficio. Para conseguir lo que quiero, para aumentar mis riquezas y mi nivel social. Para mejorar mi situación. Para mí, sólo para mí. Pero tú no lo haces por ti. Lo haces por el sistema en el que crees y por el Dios-Emperador al que adoras y, maldición, eso implica que puedes tener la conciencia tranquila.

Me quedé sorprendido por la pasión que había mostrado en su discurso. También me quedé desconcertado por la idea (algo que nadie se había atrevido a decir hasta ese momento) de que me había convertido en

un radical. ¿Cuándo había ocurrido aquello? Mis acciones habían sido radicales, pero ¿me convertía eso en un radical hasta la médula?

Sentado allí, en aquella opulenta estancia, me di cuenta de que Maxilla había dado con la verdad, una verdad que yo había estado negando. Había cambiado sin reconocer ese cambio en mí mismo. Siempre le estaré agradecido a Tobias Maxilla por ese momento de comprensión tan doloroso y brutal. Me sentí mucho mejor después de aquello.

—Supongo que no puedes acudir a tus superiores en busca de ayuda, ¿verdad?

—No —le respondí, aturdido todavía por aquel nuevo punto de vista.

—Porque tendrías que contarles cosas que no quieres que conozcan, ¿cierto?

—Por supuesto. Para conseguir cualquier clase de ayuda oficial tendría que escribir un informe completo. Y ese mismo informe se desharía en pedazos bajo la más mínima investigación si omitiera al *Malus Codicium*, o a Cherubael. ¡Por el Trono! La lista va muy atrás. Incluso les oculté la existencia de Pontius Glaw. Hay un individuo llamado Pontius Glaw que está exterminando a toda mi gente. ¿Y de dónde sale ese tal Pontius Glaw, señor gran inquisidor? Bueno, para ser sincero, conozco su existencia desde hace siglos, pero he mantenido eso oculto a sus ojos. Y sólo está en pie y caminando por ahí porque yo decidí proporcionarle un cuerpo.

Lanzó una pequeña risa.

—Ya veo lo que quieres decir. ¿Qué le contarás a Fischig? El querido Godwyn es recto como pocos.

—Yo me encargaré de Fischig.

—Entonces, ¿cuál es tu próximo movimiento? Has mencionado a la hija de tu enemigo, esa psíquica. Viste cosas en su mente cuando la mataste, ¿no?

Sí que lo había hecho. Todo el escudo mental de María Tarray se había venido abajo justo antes de que el vórtice la aniquilara por completo. La imagen que había obtenido de su psique distaba mucho de ser completa, pero fue muy provechosa.

—María Tarray era mucho mayor de lo que parecía o pretendía parecer. Era la hija bastarda de Pontius Glaw y de una sirvienta que Glaw se había llevado con él a Quenthus Ocho. María nació en el 020, corrompida desde su misma concepción por el collar contaminado por el Caos que Pontius llevaba puesto siempre. Varios personajes heréticos que han logrado escapar de la Inquisición en estos últimos trescientos años eran ella con distintas personalidades y apariencias. Ahora que ha muerto se podrán cerrar muchos casos.

—Pontius no estará muy contento.

—Supongo que Pontius Glaw me quiere ahora más muerto que antes incluso. Pero verás, van detrás del *Malus Codicium*. Me enteré de eso en su mente desguarnecida. Glaw sabía que Quixos lo tenía, y cuando Quixos murió, se dio cuenta de que quien debía tenerlo era yo. Desea enormemente poseer ese libro.

—¿Sabes por qué?

—Vi unos paisajes de un mundo árido justo antes de que María Tarray muriera. Un planeta reseco en el que unas ciudades primigenias yacían enterradas bajo grandes y profundas capas de ceniza. Glaw está buscando algo allí, y necesita el *Malus Codicium* para encontrarlo.

—¿El qué?

—No lo sé.

—¿Dónde?

—Tampoco sé eso. Había un nombre, una palabra, en su mente. «Ghül». Pero no sé lo que significa o a qué se refiere. Su mente se estaba derrumbando. Muy poco de lo que vi tenía sentido.

—Consultaré mis mapas y a mi navegante. ¿Quién sabe? —se inclinó hacia delante y me miró fijamente—. Ese libro. Ese tal *Malus Codicium*. ¿Puedo verlo?

—¿Por qué?

—Porque aprecio mucho los objetos antiguos y únicos.

Lo saqué de mi chaqueta y se lo pasé. Lo estudió con algo parecido a la veneración, y con una sonrisa en el rostro.

—No hay mucho que mirar, pero es precioso por lo que es. Gracias por la oportunidad de tenerlo en la mano.

Me lo devolvió.

—No me creo que sea capaz de decir lo que voy a decir —añadió—, sobre todo yo, entre todas las personas que conozco…, pero, yo lo destruiría si fuera tú.

—Creo que tienes razón. Creo que lo haré.

Dejé en la mesita la copa vacía y me dirigía la puerta. Maxilla apagó el campo de privacidad.

—Gracias por tu hospitalidad y por el tiempo que me has dedicado, Tobías. Me parece que será mejor que me vaya a la cama.

—Felices sueños.

—Sólo una cosa más —le dije mientras me daba la vuelta—. Me has dicho que rompes las reglas para conseguir lo que quieres. Que no sirves a nadie más que a ti mismo, y que todo lo que haces, lo haces en tu propio beneficio.

—Eso he dicho.

—Entonces, ¿cómo es que me ayudas tan a menudo?

Sonrió.

—Buenas noches, Gregor.

El *Essene* llegó a Hubris cuatro días más tarde. Se trataba de un planeta en uno de los extremos exteriores del subsector helicano. Fischig, Bequin, Maxilla y yo nos conocimos por primera vez allí, en el 240.

Fue allí, aunque de un modo indirecto, cuando me encontré por primera vez con Pontius Glaw. Todo daba vueltas para llegar al comienzo del modo más extraño.

Había redirigido a Fischig hacia allí porque era un lugar de encuentro conveniente para nosotros y estaba fuera de las rutas habituales, pero también me pareció apropiado. Él era un purificador de los arbites locales cuando se cruzó por primera vez en mi vida. Era su mundo natal.

Hubris gira durante once de cada veintinueve meses en una órbita tan alejada de su estrella que la población se ve obligada a hibernar en unas tumbas criogénicas gigantescas para sobrevivir a la oscuridad y al frío. Aquellos años de invierno de noche eterna se llaman Letargo, y yo había experimentado uno en mi última visita.

Pero en aquellas fechas llegué al principio de Deshielo, la sesión intermedia entre Letargo y Vital.

Las tumbas habían quedado vacías y las grandes ciudades se estaban despertando bajo el pálido sol. La población estaba enfrascada en un jubileo frenético de festines y bailes y excesos en general que duraba tres semanas, y que se suponía que debía celebrar el renacimiento de la sociedad, pero que probablemente tenía sus orígenes verdaderos en los métodos tradicionales de recuperación de una criogenización prolongada y que incluían una actividad física forzada y una ingestión masiva de calorías.

Me ofrecí a bajar a la superficie para verme con él, en parte debido a que a Crezia, a Eleena y a Medea les vendría bien la relajación que ofrecía un festival semejante, y Maxilla jamás rechazaba una oportunidad de asistir a una buena fiesta.

Pero Fischig respondió que subiría lo antes posible hasta el *Essene*, y lo cierto es que llegó, pocas horas más tarde, pilotando su propia nave.

Pude adivinar que estaba tenso desde el instante en que subió a bordo. Fue educado, y pareció mostrarse encantado de ver a Medea, a Aemos y a Maxilla. Pero se mostró reservado.

Le dije que estaba encantado de volverle a ver, y que me sentía aliviado de que hubiera escapado a los ataques de Glaw.

—Glaw, ¿eh? —me dijo. Ya se había enterado de todo lo relacionado con la caída de La Rueca y de todas nuestras demás ramas operativas—. Me preguntaba quién podía haber sido.

—Tenemos que hablar —le dije.

—Sí, pero no aquí —me respondió.

Maxilla nos prestó su sala de estar y conectó el campo de privacidad.

—No hay nada que no puedas decir delante de los demás, Godwyn —le expresé con sinceridad.

—¿No? Glaw nos ha matado a todos excepto a unos cuantos. Y todo porque…

—¿Por qué?

—Deberías haber destruido a ese monstruo hace años, Eisenhorn. Eso, o entregárselo a tu Ordos. ¿En qué demonios estabas pensando?

—En lo mismo que estoy pensando ahora. Hice lo que creí que era mejor.

—¿Y lo que ha pasado a Nayl? ¿Y a Inshabel? ¿Y a Bure? ¿Y a Suskova? ¿A toda la puñetera Rueca? ¿Eso era lo mejor?

Su tono de voz era venenoso.

—Sí, Fischig. Y jamás te he oído contradecirme una decisión.

—¡Como si me hubieras escuchado si lo hubiese hecho!

—¿A ti? Sí. No te oí en ningún momento decir que deberíamos entregar a Glaw a la Ordos.

—¡Porque tú siempre lo hacías parecer todo tan lógico! ¡Como si tú supieras más!

Me encogí de hombros.

—Esto no es propio de ti, Godwyn. Pareces amargado. Las cosas no salieron como yo hubiera querido, y me estás culpando de todo lo que ha pasado. Tomé una serie de decisiones difíciles que yo creía que eran las correctas. Si alguna vez, alguna vez, hubieras puesto alguna objeción, habría tenido en cuenta tu opinión.

—Demasiado fácil. Es jodidamente fácil ahora. Yo jamás fui otra cosa que tu lacayo, tu subalterno. Si hubiera dicho que vaporizáramos a Glaw, me habrías dicho que sí y luego lo habrías ocultado de todas maneras.

—¿De verdad crees que soy tan falso y tan retorcido? ¡Tú, que de todos mis consejeros, eres el que más respeto!

—¿Ah, sí? —me replicó mientras se quitaba los guantes y los arrojaba a uno de los sillones de Maxilla. Se sirvió una copa de uno de los licores del capitán—. ¿Quién le dijo a Bure que le construyera un cuerpo a Glaw, pero sin contárselo a ninguno de nosotros? ¿Quién es el que sabe cómo invocar demonios de repente como si fuera un auténtico experto? Cubres tus secretos con unos aires tales de superioridad moral que parece que todos debemos darle las gracias a las estrellas y al propio Emperador de que nos escogieras para ayudarte en tu sagrada tarea. ¡Pero no eres más que un mentiroso! ¡Un conspirador! ¡Y puede incluso que algo peor!

—¡Y tú no eres más que un puritano demasiado idealista para tu propio bien! Y para el mío —le dije con un siseo—. Deseaba enormemente contar con tu ayuda, Godwyn. Eres una de las pocas personas en las que realmente confío, y uno de los pocos individuos de todo el espacio con el coraje de espíritu suficiente para mantenerme a salvo. Te necesitaba en mi lucha por destruir a Glaw. No puedo creer que me ataques de esta manera.

Se quedó mirando el contenido de la copa que sostenía en la mano.

—Siempre te advertí que lo haría si alguna vez cruzabas la línea.

—No he cruzado ninguna línea. Pero si piensas así… vete. Sal de esta nave y déjame hacer mi trabajo. Siempre tendrás mi gratitud por los servicios que has prestado. Pero no pienso tolerar esta amargura.

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí.

Se quedó dudando unos momentos.

—Te di mi vida, Gregor. Te admiraba. Siempre creí que hacías… lo correcto.

—Todavía lo hago. Sirvo al Emperador. Lo mismo que tú. Líbrate de todo ese rencor y podremos trabajar juntos de nuevo.

—Déjame pensarlo.

—Tienes dos días. Después, tenemos que marcharnos.

—Entonces, serán dos días.

Al parecer, pensar en todo aquello tan sólo le llevó un día. Acababa de recibir por medio del banco de mensajes astropáticos del *Essene* un comunicado bastante interesante, y me dirigí en busca de Fischig. Me encontré a Crezia jugando al regicida con Maxilla en uno de los compartimentos en mitad del puente. El capitán se había aficionado bastante a la doctora Berschilde.

Ella se levantó en cuanto entré en la estancia, y me mostró entusiasmada el esplendoroso vestido de seda que llevaba puesto.

—¡Tobias ha hecho que sus servidores me lo confeccionaran! ¿A que es precioso?

—Sí que lo es —le contesté, mostrándome de acuerdo.

—La pobre no tenía prácticamente nada con lo que vestirse, Gregor. Tan sólo unas cuantas mudas en unas bolsas de viaje. Era lo menos que podía hacer. Espera a ver el traje de epinchiro que le están tejiendo.

—¿Habéis visto a Fischig?

Crezia se giró para mirar fijamente a Maxilla, y el capitán de la nave se mostró de repente muy interesado en estudiar la siguiente jugada de la partida.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

Crezia me tomó del brazo y me llevó hasta las ventanas del camarote.

—Gregor, se ha ido.

—¿Qué se ha ido?

—A primera hora de esta mañana. Se marchó en su nave. Un hombre espantoso.

—Crezia, era amigo mío.

—Pues me parece que ya no lo es.

—¿Dijo algo antes de marcharse?

—No a mí no, al menos. Ni a Tobias, a excepción de una breve despedida. Pero ayer por la noche se quedó despierto hasta muy tarde hablando con Medea y con Aemos.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. No me hicieron partícipe de la conversación. Tobias nos llevó a Eleena y a mí a dar una vuelta por su colección de arte. Tiene algunas piezas que son extraordina…

—¿Ayer hablaron y esta mañana se ha marchado sin más?

—Medea me cae bien, pero creo que ha sido un poco descuidada. Yo no le hubiera contado a ese tal Fischig las cosas que tuviste que hacer en Nueva Gevae.

—¿Y ella lo hizo?

—Te lo acabo de decir. Puede que lo haya hecho.

Hice que los servidores llamasen a Aemos y a Medea. Llegaron a mi camarote casi al mismo tiempo. Ambos parecían sentirse incómodos.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —me replicó Medea.

—¿Qué le dijisteis?

Ella apartó la mirada. Aemos jugueteó con el reborde de su túnica.

—Simplemente intentamos que lo comprendiera todo, Gregor. Todo acerca de lo que estabas haciendo… lo que habías hecho. Pensé que si lo sabía todo, acabaría viéndolo como nosotros lo vemos.

—¿De verdad? ¿No se te pasó por la cabeza que era un cabrón puritano con muy poco aguante y a punto de saltar? ¿Como siempre ha sido en realidad?

—Pensé que la sinceridad sería lo mejor —murmuró Aemos. Medea murmuró algo en voz baja.

—¡Ah, vamos, dilo para que todos nos podamos enterar!

—La sinceridad sería lo mejor —comentó Medea—. Estaba apreciando la ironía.

—¿Y eso?

—Pensaba en todo lo que no nos habías contado. En la sinceridad que tú no practicaste.

—Eso tiene gracia viniendo de ti, Medea Betancore. De hecho, creo que te lo he contado todo. Lo he compartido todo contigo. Lo juré por mis secretos.

—Sí, bueno… —empezó a decir, pero apartó la vista de nuevo.

—Oh, por el Trono, se lo has contado, ¿verdad? ¡Le contaste todo sobre Cherubael, y el *Malus Codicium* y Glaw y todo de todo!

Se giró para mirarme con los ojos llenos de angustia y de lágrimas.

—Pensé que lo entendería si todo salía a la luz…

—No me extraña que se marchara —dije mientras me dejaba caer en una silla.

—Medea sólo estaba haciendo lo mismo que yo —dijo Aemos—. Te estábamos defendiendo ante él, estábamos intentando hacer que entendiera y viera la situación del mismo modo que nosotros. Pensamos que…

—¿Qué?

—Pensamos que cambiaría de idea y confiaría de nuevo en ti si lo sabía todo.

—Yo pensé que los dos teníais más sentido común —les dije mientras pasaba a su lado y salía del camarote.

Había varias naves en los calzos del hangar principal del *Essene*. Dos cápsulas de transbordo, una gran pinaza, tres transbordadores planetarios y unas cuantas aeronaves de menor tamaño.

Estaba ocupado indicándole a los servidores que prepararan para despegar un aerodeslizador de dos plazas cuando apareció Medea, con los ojos enrojecidos y vestida con una chaqueta de vellón, lista para bajar a la superficie.

—Yo te bajaré —me dijo.

—No te preocupes. Ya has hecho bastante.

—¡Ese es mi trabajo, Gregor! ¡Soy tu piloto!

—Olvídalo.

Me metí en la estrecha cabina de mando del aerodeslizador pintado de color rojo brillante, cerré la carlinga y puse en marcha el único motor, un reactor trasero.

La compuerta de despegue se abrió y salí disparado a toda velocidad del *Essene*.

Rastreé su trayectoria de vuelo hasta Catarsis, la capital de Hubris. Las bengalas festivas y los fuegos artificiales restallaban por encima de los tejados inclinados de la enorme metrópolis situada tierra adentro. El jubileo estaba en su pleno apogeo. En cuanto posé la pequeña aeronave en el aeropuerto de Catarsis, me encontré atravesando una densa multitud de gente que saltaba y gritaba y que abarrotaba las calles serpenteantes. Todos estaban muy pálidos o mostraban señales de la hibernación reciente. Todos ellos estaban borrachos.

Me pusieron botellas cada dos por tres en las manos, y las muchachas y los jóvenes por igual me besaban en la cara. Fui empujado, abrazado, rociado y cubierto con pétalos y confeti. El olor a sustancias químicas criogénicas que exudaban todos ellos impregnaba la ciudad por completo.

Me llevó toda la tarde encontrarle. Estaba solo en una habitación de un hotel desvencijado pero lleno de personalidad que daba a la avenida de las Tumbas Procesionales.

—Vete —dijo en cuanto abrí la puerta.

—Godwyn…

—¡Que te vayas, joder! —aulló al mismo tiempo que lanzaba un vaso contra la pared del otro lado, donde estalló en mil pedazos.

Había estado bebiendo mucho, lo que era algo muy inusual en él, aunque todo el resto de habitantes de Hubris excepto yo debía de encontrarse en ese mismo estado.

Los fuegos artificiales restallaron y chisporrotearon en la plaza situada bajo las ventanas.

Fischig me miró con el ceño fruncido y una expresión furibunda en los ojos durante un largo ralo, y luego desapareció en el cuarto de baño de la habitación. Reapareció con otros dos vasos de licor y un plato lleno de hielo.

Me quedé en la puerta de entrada y observé atentamente mientras él se esforzaba lenta y cuidadosamente en preparar un par de tragos. Anís, servido sobre hielo picado.

Puso un vaso delante de él, y el otro lo deslizó hasta colocarlo al otro lado de la mesa, junto a una silla.

Para mí, aquello supuso un gesto diplomático. Me senté delante de él y alcé el vaso.

—Por todo lo que hemos pasado juntos —brindé. Nos bebimos de un trago el anís.

Empujé el vaso por encima de la mesa hacia él, y Fischig los llenó de nuevo.

Me pasó aquella segunda copa y me miró a los ojos por primera vez desde que había llegado. Yo me quedé, a mi vez, mirándole la cara. Vi la cicatriz que le cruzaba el ojo y que lo había marcado antes de que yo lo conociese, distinguí las leves marcas de cicatrices en el lado de su cara que tuvo que ser reconstruido después de nuestro enfrentamiento con los saruthi en el mundo deformado que orbitaba alrededor de KCX-1288.

—Nunca quise huir de ti —me dijo.

—Creo que nunca lo has hecho. ¿Cuándo fue la última vez que Godwyn Fischig huyó de una pelea?

Se rió con amargura. Nos bebimos la segunda copa y él preparó una tercera para cada uno.

—Fuese lo que fuese lo que Medea te contó, fuese lo que fuese lo que Aemos te contó… es cierto. Pero no es lo que tú te crees.

—¿Ah, no?

—No soy un hereje, Godwyn.

—¿No?

—Creo que me he convertido en lo que tu llamarías un radical, pero no soy un hereje.

—¿No es eso lo que diría un hereje?

—Sí. Supongo que sí. Si me dejaras entrar en tu mente, verías…

—¡No, gracias! —dijo estremeciéndose a la vez que se echaba atrás con su silla.

—Vale —le tranquilicé y tomé un sorbo del vaso—. No será lo mismo sin ti.

—Lo sé. Tú y yo. ¡Menudo par de cabrones! ¡Hasta el mismo Ojo del Terror nos temía!

—Sí, sí que nos temía.

—Podríamos hacerlo de nuevo —me dijo.

—¿De verdad podríamos?

—Podríamos luchar codo con codo como en los viejos tiempos y perseguir la oscuridad.

—Sí, sí que podríamos. Y eso me gustaría.

—Por eso lamento haberme marchado de ese modo. Debería haberme quedado.

Asentí.

—Sí.

—Te debo eso. Debería haberlo intentado con mayor fuerza. No estás perdido. No del todo. Sólo estás resbalando.

—¿Resbalando?

—Hacia el pozo. El pozo del radicalismo. El pozo del que nadie regresa jamás. Pero yo puedo sacarte antes de caer.

—¿Sacarme antes de caer?

—Sí. No es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué, Godwyn?

—Para lograr tu salvación —me dijo.

La multitud de afuera estaba gritando y aplaudiendo. Las andanadas de fuegos artificiales subían al cielo vespertino, y lanzaban nuevas estrellas a su paso.

—¿Qué quiere decir eso de «salvación»? —le pregunté.

—Por eso estoy aquí. Ese es el motivo por el que el Emperador me puso a tu lado. Para mantenerte centrado. Ése es mi destino.

—¿Lo es? ¿Y qué es lo que me reserva el destino?

—Renuncia a todo, a todo ello. Entrégame el *Malus Codicium*… el demonio, el bastón rúnico. Déjame llevarte al cuartel general de la Ordos en Tracian. Allí puedes cumplir tu penitencia. Yo rogaré por ti. Rogaré indulgencia. No serán demasiado duros contigo. Estarás de nuevo en servicio en muy poco tiempo.

—¿De verdad te crees que puedes llevarme de regreso al Ordos, contarles todo lo que he hecho, y que ellos me dejarán seguir en activo?

—¡Lo entenderán!

—¡Fischig, eres tú el que no lo entiendes!

Me miró, desilusionado.

—Entonces, ¿no lo harás?

—Creo que ha llegado el momento de que nos digamos adiós. Godwyn, admiro tus esfuerzos, de verdad, pero no puedo ser salvado.

—¡Puedes serlo!

—No —dije negando con la cabeza—. ¿Y sabes por qué? Porque no necesito ser salvado.

—Entonces, es cierto que yo también debo decir adiós —me replicó mientras servía una última copa.

—Recuerda todo lo que hicimos juntos —le dije.

—Sí.

Cerré la puerta detrás de mí y me marché.

Tardé tres horas en regresar a la pista de aterrizaje a través de la densa masa de celebrantes. Ascendía toda velocidad de regreso al *Essene*.

Todos me estaban esperando en el hangar mientras posaba la aeronave en el hangar. Maxilla. Crezia. Eleena. Aemos. Medea.

Saqué del bolsillo la copia arrugada del comunicado astropático que había recibido poco antes de marcharme en busca de Fischig y se la di a Maxilla.

—Salimos de órbita. Nuevo destino: Promody.

—¿Qué pasa con Fischig? —me preguntó Eleena.

—Que no viene.

Existe un movimiento en la esgrima de Carthae llamado *teht uin sah*. La frase describe literalmente una posición de los pies, pero la filosofía que oculta es mucho más profunda. Significa el momento del duelo en que

logras la ventaja y comienzas a ganarlo. Es el momento decisivo, crucial, el instante en que cambia un combate a vida o muerte. El momento en que tu suerte cambia y en el que te das cuenta de que puedes conseguir la victoria si te esfuerzas lo suficiente.

Sentí que el comunicado astropático procedente de Promody era el equivalente a un *teht uin sah*. Me lo había enviado a mí personalmente, sin codificar, un amigo de confianza al que no había visto desde hacía mucho tiempo.

Decía tan sólo: «Kanjar debe ser detenido».

El *Essene* tardó diez semanas en llegara Promody, un mundo selvático en el extremo posterior del sector Scarus, más concretamente, en el subsector de Antimar.

Bajé al planeta yo solo, utilizando el mismo aerodeslizador rojo que utilicé en Hubris, por si acaso resultaba ser una trampa.

Me estaban esperando en una colina tropical, bajo las copas de unos árboles punz de color rosa. El atardecer era cálido y fragante. Los insectos revoloteaban en la creciente oscuridad. El aire estaba cargado de humedad.

Salí del humeante aerodeslizador.

Mi viejo pupilo, Gideon Ravenor, sentado en su silla de energía, avanzó por encima del suelo cubierto de musgo para darme la bienvenida, a su izquierda estaba Kara Swole, a su derecha, Harlon Nayl.



DIECISÉIS

SOBREVIVIR A MESINA
LA PROFECÍA DE GIDEON
NADA DURA PARA SIEMPRE

Harlon me dio un tremendo abrazo de oso y Kara me dio un tímido beso en la mejilla después de ponerse de puntillas, me quedé mirándolos, a los dos, casi sin poder creerlo.

—Tienes la costumbre de regresar de entre los muertos —le dije a Harlon—. Me alegro que sea de verdad esta vez.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo explicaré más tarde. Me niego a contarte nada hasta que me digas cómo es posible que sigas vivo.

—¿Por qué no entramos? —nos sugirió Ravenor.

Nos llevó por el sendero que cruzaba los árboles punz y atravesamos varios claros donde la luz estaba teñida de un color dorado por las hojas anaranjadas y pulposas que formaban el dosel de ramas de la selva. Unos lagartos con plumas de brillantes colores saltaban planeando de un árbol a otro, y unos insectos casi transparentes del tamaño de la palma de una

mano revoloteaban en el aire, arrastrados por la brisa húmeda como semillas flotantes.

La silla de energía de Ravenor siseaba flotando unos centímetros por encima de la superficie del suelo, rodeada y suspendida en el aire por un campo esférico generado por el arco antigravitacional que lo rodeaba y daba vueltas lentamente.

El suelo estaba completamente encharcado más allá de la ladera llena de árboles. Un inmenso lago de líquido amarillento se extendía bajo las copas de los árboles que sobresalían por encima de su superficie en grupos llamativos y chillones. La maleza, las extensiones de juncos y los árboles de raíces fibrosas formaban islotes casi flotantes en el lago, junto a los grupos de zutaes de hojas gigantescas de color malva o naranja y las marañas de lianas saprofíticas.

Unas pasarelas antigravitatorias cruzaban por encima del agua de aspecto resinoso y comunicaban el terreno seco con el campamento de Ravenora través de unos cuantos de los islotes.

El campamento se había levantado sobre una gran plataforma de duraloy de unos veinte metros de lado que quedaba elevada por encima de la superficie del agua mediante unas unidades repulsoras de elevación conectadas entre sí. La estructura angular y geométrica que la plataforma sostenía parecía una gran tienda, que por el leve resplandor que despedía supe que estaba formada por campos de energía opaca cruzados en intersección.

Pasamos a través de una membrana de campo permeable que era la entrada de la tienda y penetramos en una estancia fresca con ambiente de temperatura controlada e iluminada por globos de brillo. El equipo estaba almacenado en contenedores de metal y había numerosas piezas de mobiliario desmontable. Unas pantallas indicaban la existencia de otras estancias dentro de la misma tienda, aunque no se viera su interior. Un hombre de cabello gris con una túnica de lino estaba trabajando sobre una mesa de campo de pequeño tamaño revisando datos en un codificador portátil.

Kara montó otras tres de las sillas guardadas en un rincón mientras Harlon traía unas botellas heladas de agua frutal y algunas raciones de comida en paquete. Una joven salió de una de las otras estancias y conversó en voz baja con el hombre sentado en la mesa de campo.

—Estás ocupado, por lo que veo.

—Sí —me respondió Ravenor—. La vista debería ser buena.

No entendí muy bien lo que me había querido decir, pero lo dejé pasar. Tenía otras cosas en la cabeza.

Harlon abrió con el pulgar el tapón de una de las botellas y me la pasó antes de sentarse.

—Un brindis por todos nosotros, que todavía seguimos vivos a pesar de todo.

Entrechocamos las botellas y Kara alzó la suya en el aire para brindar con nosotros.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Un puñado de mercenarios cabrones arrasaron La Rueca. Se llevaron por delante toda la aguja superior de la colmena. Los mataron a todos.

Harlon hablaba con aparente tranquilidad, pero en su tono de voz se percibía un leve acento rabioso.

—¿Y vosotros?

—La señora Bequin nos salvó —respondió Kara.

—¿Qué?

—La llevamos a Mesina en condición estable —siguió diciendo Kara —. Las instalaciones médicas de La Rueca nos permitieron instalarla para que estuviera cómoda, a mí lograron ponerme en condiciones de andar en una semana más o menos. Fue entonces cuando la señora Bequin se puso peor de repente.

—Tuvo una especie de infarto —comentó Harlon con un gruñido—. Uno muy malo que se llama… aaahhh…

—Isquemia cerebrovascular —dijo Ravenor en voz baja.

—Eso estaba más allá de los recursos de las instalaciones o de la capacidad de nuestros médicos, así que la llevamos al Hospital General Municipal Sandus Sendar para que la operaran —continuó Kara—.

Sabíamos que usted no querría que la dejáramos sola, así que nos quedamos con ella por turnos. Yo me encargué de una guardia, y Harlon me sustituía. La noche que fuimos atacados, yo acababa de comenzar mi guardia.

—Y yo estaba regresando a la Aguja Once en un taxi aéreo —acabó Harlon.

—¿Así que ninguno de los dos estabais allí?

—No.

—¿Vosotros dos… y Alizebeth… sobrevivisteis?

—Tuvimos suerte, ¿no?

—¿Dónde está? —les pregunté—. ¿Y cómo está?

—No ha recuperado la conciencia en ningún momento. Se encuentra en una máquina de soporte vital en la enfermería de mi nave —me contestó Ravenor—. Mi médico personal la está atendiendo.

Conocía al doctor Antribus, el médico de Gideon. Bequin no podía estar en unas manos más expertas.

Miré de nuevo a Harlon y a Kara. Me di cuenta de que el antiguo cazador de recompensas de Loki estaba disfrutando con el relato de lo ocurrido. Probablemente lo había estado ensayando durante semanas.

—Bueno… sigue.

—Kara y yo nos ocultamos. No podíamos trasladar a la señora Bequin, así que la ingresamos de nuevo con una falsa identidad para que nadie la pudiera relacionar con nosotros. Luego, Kara y yo nos fuimos de caza. Alcanzamos al grupo que nos atacó en un villorrio con un aeródromo situado en las afueras. Eran treinta en total. Jenízaros vessoritas, nada menos. Nunca me había enfrentado a esos tipos antes, aunque había oído hablar de ellos, por supuesto. Bueno, pues peleaban bien los muy cabrones.

—He tenido contactos de primera mano con ellos.

—Entonces, te darás cuenta de que dos contra treinta, incluso con la sorpresa de nuestro lado, era un enfrentamiento desigual. Yo me cargué a tres…

—A dos —le interrumpió Kara—. Fueron dos.

—Vale, dos seguros y uno probable. Kara, que el Emperador la bendiga, se cargó a seis de esos cerdos. ¡Bam, bam, bam!

—Nayl, podremos discutir los detalles más tarde con una buena botella de amasec por delante. Ahora, ve al grano.

—Ese es el lema de mi familia, jefe —dijo Harlon con una sonrisa—. Al final, resultó que Kara y yo habíamos mordido más de lo que podíamos masticar, y acabamos arrinconados en el patio de un almacén cerca del aeródromo. El momento de estar con la espalda contra la pared. La última batalla. La ocasión de tener que cambiarse de ropa interior. Y en ese preciso instante, tal que así —chasqueó los dedos—, llegó la salvación.

Miró al inquisidor Ravenor.

—Me alegro de haberles podido ayudar —dijo Gideon con cierto reparo.

—¿Ayudarnos? ¡El y su equipo de ataque son cojonudos! Por lo que pude ver, tan sólo ocho de los mercenarios lograron marcharse con vida. Saltaron a su nave y salieron pitando del planeta.

Dejé la botella, ya vacía, en el suelo de duraloy y me recliné hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Bueno, Gideon —dije—. ¿Cómo, en el nombre de Terra, apareciste en Mesina en el momento más apropiado?

—No lo hice —me contestó—. Llegué en el momento equivocado. Si hubiese llegado a Mesina un día antes, habría sido el momento más apropiado. Pero mi nave se vio retrasada por una tormenta de disformidad que también interrumpió mis comunicaciones.

—Es la segunda vez desde que he llegado que te muestras tan enigmático —le comenté—. ¿Son esas maneras de tratara tu viejo maestro?

Gideon Ravenor había sido mi alumno, con el cargo de interrogador, a finales de los años 330. Había sido el candidato a inquisidor más prometedor de todos cuantos he conocido. Un psíquico latente de nivel delta, con un coeficiente de 171, y que también poseía un intelecto de genio acompañado de una formación excelente y redondeado con un nivel físico de atleta. Había resultado gravisimamente herido durante la Sagrada

Novena de Tracian Primaris, en la Infame Atrocidad, y su cuerpo había quedado severamente lisiado. Desde aquella fecha vivía dentro de la protección de su silla de energía, una mente brillante recluida en un cuerpo casi paralizado e inútil.

Pero eso no le había impedido convertirse en uno de los mejores agentes de la Inquisición. Yo mismo había apoyado su candidatura al cargo de inquisidor en el 346. Desde entonces, había resuelto con éxito y brillantez cientos de casos, entre los que se encontraban la famosa Violación de Gomek y, por supuesto, el asunto Cervan-Holman de Sarum. También había escrito numerosas obras de considerable interés: los célebres ensayos Hacia una utopía imperial, Reflexiones sobre el estado de la colmena y Terra Redux: Historia de los comienzos de la Inquisición, un estudio sobre las prácticas de los adoradores del Caos que se estaba convirtiendo rápidamente en un libro de texto muy extendido, y una obra llamada El espejo de humo, que trataba sobre la interacción de la humanidad con la disformidad y que mostraba una percepción y una poesía tan sutiles que yo estaba convencido de que sobreviviría tanto como obra de arte como libro de instrucción.

Ravenor era prácticamente invisible en el interior del borroso globo que rodeaba su silla de energía. Era poco más que una sombra difusa que flotaba en mitad de la penumbra chasqueante. Su cuerpo era prácticamente inservible, y para todo lo que hacía utilizaba sus poderes mentales. Su mente se había hecho más poderosa al padecer aquella incapacidad física, lo que lo compensaba de todo lo que quedaba fuera de su alcance. Estaba seguro de que ya estaba mucho más allá del nivel delta de poder psíquico.

—Mi trabajo en estos últimos años me ha obligado a desarrollar una cierta comprensión sobre el proceso de adivinación y las profecías —dijo Gideon con lentitud—. Ciertas asuntos me han sido… revelados. Asuntos de mucha importancia.

Me di perfecta cuenta de que estaba siendo muy cuidadoso a la hora de elegir sus palabras. Era como si me quisiera contar algo más, pero que no se atreviera. Decidí que debía respetar su prudencia y permitirle que me dijera tan sólo aquello que él consideraba que me podía contar.

—Una de esas revelaciones, una visión, si prefieres llamarla así, predijo que La Rueca de Mesina sufriría un destino violento. El suceso me fue profetizado hasta en su hora exacta, pero me fue imposible llegar a tiempo para impedirlo.

—¿La destrucción de La Rueca fue profetizada?

—Con una precisión inquietante —me contestó.

Me di cuenta de repente que estaba oyendo su voz. Me refiero a la voz que Ravenor tenía antes de sufrir aquellas graves lesiones, una voz producida por un hombre al que la laringe y la boca no le habían quedado derretidas por promethium ardiendo. Me había acostumbrado al habla sintética y monótona de su reflector de voz.

—Mi trabajo también me ha permitido perfeccionar y aumentar mis habilidades psiónicas —dijo, y me resultó evidente que una de ellas era la capacidad de leer el pensamiento superficial—. He dejado de utilizar el reflector de voz desde hace un año aproximadamente. He desarrollado el control psiónico suficiente como para transmitir mi voz de modo natural.

—¿Te estoy oyendo en mi cabeza?

—Sí, Gregor. Oyes la voz a la que ya estabas acostumbrado. Por supuesto, no funciona con los intocables o con individuos con escudos psíquicos… *por eso mantengo el viejo reflector de voz a mano*.

Dijo la última parte de la frase de forma mecánica utilizando la caja de voz desprovista de tono humano con la que estaba equipada su silla, y oír las chirriantes palabras electrónicas, desprovistas de toda emoción, hizo que nos echáramos a reír por la sorpresa.

—Aunque llegué demasiado tarde para salvar a los miembros de La Rueca, logré sacara Kara, a Harlon y a Alizebeth del planeta y ponerlos a salvo.

—Tendrás mi gratitud eterna por ello. Pero ¿por qué me has hecho acudir a una cita contigo en un planeta tan alejado de las rutas habituales?

—Promody posee secretos que necesitamos —me dijo.

—¿Qué clase de secretos?

—He podido ver el futuro, Gregor —me explicó Ravenor—. Y el panorama no es nada agradable.

—La cultura imperial jamás le ha dado demasiada importancia a la adivinación —me comentó Gideon—. He llegado a sospechar que eso es una gran debilidad.

Ya era mucho más tarde. La noche había caído en el lago pantanoso y el aire estaba repleto de moscas bioluminiscentes. Ravenor y yo habíamos salido a dar un paseo por las pasarelas antigravitatorias situadas detrás del campamento.

—¿Una debilidad? ¿No sería más bien una debilidad mucho mayor tomársela en serio? Si nos creyésemos toda la verborrea de cada visionario babeante que encontramos en los mercadillos y en las plazas, de cada profeta enloquecido de la Eclesiarquía que proclama que ha recibido una serie de revelaciones divinas…

—Estaríamos locos, lo sé, es cierto. La mayor parte de eso es basura, mentiras, engaños, las imaginaciones de unas mentes enloquecidas. Algunas veces, esas visiones proféticas son verdaderas, pero normalmente las tienen personas con poderes psíquicos que lo han logrado por casualidad o porque están locas. En cualquiera de los dos casos, esas visiones no son de fiar o son demasiado confusas como para ser interpretadas de un modo práctico y útil. Pero el hecho de que la humanidad no sea demasiado buena en ese terreno no quiere decir que no se pueda hacer.

—Según tengo entendido, otras razas tienen fama de destacar en ese sentido —le comenté.

—Desde luego, ésa ha sido mi experiencia en ese tema —me contestó —. Servir en la Ordo Xenos ha sido muy instructivo. Cuanto más he estudiado las razas alienígenas para descubrir sus debilidades, más he aprendido sobre cuáles eran sus puntos fuertes.

—Estás hablando de los eldars, ¿verdad? —me arriesgué a preguntar.

No me contestó inmediatamente. Sus últimas palabras habían estado peligrosamente cerca de la herejía. La esfera de energía que le rodeaba parpadeó, demostrándome que se sentía nervioso.

—Son una raza muy extraña. Son capaces de discernir la geografía invisible del espacio-tiempo y pueden descifrar sus probabilidades con gran precisión. Pero ellos mismos son muy impredecibles, a veces utilizan ese conocimiento como palanca para cambiar el resultado de los hechos, a veces se quedan quietos sin hacer nada observando cómo se cumplen las profecías. Creo que no existe ningún humano que pueda explicar por qué toman las decisiones que toman. Creo que simplemente no vemos las cosas como ellos las ven.

—Su mayor longevidad les otorga una mayor perspectiva…

—Supongo que en parte se trata de eso. Aunque una reflexión más ortodoxa consideraría que su mayor perspectiva es, en el fondo, su maldición. Los del Ministorium creen que los eldars están demasiado resignados ante su destino. Que son indolentes, y casi crueles, o que son tremendamente manipuladores.

—¿Tú no piensas eso?

—Sólo admitiré que siento una fascinación egoísta, Gregor. Interactúan con la estructura fundamental del universo. Como tú mismo habrás apreciado, cualquier clase de talento que te permita vivir o percibir algo más allá del cuerpo físico me atrae. Mi trabajó me ha…

Se quedó callado.

—¿Gideon?

—Quería aprender algo sobre el modo en que sus mentes presencian la realidad independientemente de sus cuerpos. Por ejemplo, sus videntes poseen una sensibilidad cinestética que funciona sin importar las limitaciones del tiempo y del espacio…

Se detuvo al borde de una de las pasarelas y se quedó mirando la neblina pantanosa que había llegado con la noche. Los insectos relucientes y las esporas de las plantas habían invadido el aire, y sus recorridos se veían interrumpidos de vez en cuando por la acción de algún depredador nocturno. Unas siluetas sinuosas avanzaban bajo el agua reluciente y las pasarelas que flotaban en el aire sin apenas causar perturbación en la superficie del lago.

—He hablado demasiado —murmuró.

—No necesitas ser precavido conmigo, Gideon. No te condenaré por buscar el conocimiento. Yo… ya no soy el puritano que conociste antaño.

—Lo sé. Te lo diría si pudiera. Pero para aprender ciertas cosas, me vi obligado a realizar ciertas promesas.

—¿A los eldars?

—Ni siquiera te puedo confirmar eso. No estoy orgulloso de las promesas que hice, pero las cumpliré.

—Entonces, ¿qué es lo que puedes contarme? Dijiste que te habían sido revelados ciertos acontecimientos.

—Uno de los de su raza ha profetizado una gran oscuridad que se abre ante todos nosotros. Es tan abrupta y profunda que ha retorcido y alterado la madeja de probabilidades que los eldars leen. Todo eso le ha sido revelado en una secuencia de visiones consecutivas y relacionadas. Una de esas visiones era la destrucción de La Rueca. Cuando aquello se hizo realidad, me quedé estremecido. Demostró que las visiones no eran una simple extravagancia.

—¿Qué más ha visto ese eldar? —le pregunté.

—Una espada viviente, un hombre-máquina, sobre un mundo muerto hace ya mucho tiempo y preparándose para lanzar un ataque que derramará sangre de los eldars y de los humanos por igual —me respondió —. Y después de eso… nada.

Bajé los ojos y le miré.

—¿Nada?

—Nada. Esa visión es lo más lejos que ha podido llegar. No está más allá de seis meses a partir de ahora. Y más allá de ese punto, ha sido incapaz de ver absolutamente nada.

—¿Porqué?

—Porque ya no hay ningún futuro que ver.



DIECISIETE

PSÍCOARQUEOLOGIA
GHÜL
LA BARCAZA DEL DEMONIO

El mensaje que Gideon me había enviado demostraba que ya conocía la existencia de Kanjar el Afilado, pero a medida que fuimos hablando, descubrí que sabía poco más aparte del nombre en sí.

—Nayl y yo rastreamos a los jenízaros después de que huyeran de Mesina para intentar descubrir quién los había contratado. La información estaba muy bien escondida. Los vessoritas se esfuerzan mucho por ocultar la identidad de sus clientes. Encontramos pistas falsas, pagos procedentes de cuentas fantasma y mediante compañías de paja. Pero al final, logramos averiguarlo: Kanjar el Afilado.

—¿Y qué sacas tú de ese nombre?

—Nada… excepto que fue el individuo que ordenó la destrucción masiva de todo tu equipo… y que ese nombre aparece destacado en bastantes de las visiones que ha tenido el vidente. Creemos que Kanjar y el hombre-máquina que aparece en la revelación final son el mismo ser.

—Kanjar el Afilado es Pontius Glaw —le dije.

Se quedó asombrado y emocionado a la vez. Las visiones no mencionaban en absoluto a Glaw. Su personalidad como Kanjar el Afilado había enmascarado su verdadera identidad a los ojos de los eldars.

—¿Por qué te has convertido en su objetivo? —me preguntó.

—Por instinto de conservación. Soy una de las pocas personas que sabe que todavía existe. De hecho, y siento decirlo, sigue existiendo «gracias» a mí. También estaba buscando algo que él cree que yo poseo.

—¿El qué?

No tuve más remedio que contarle todo lo que había ocurrido. Mi relación con Glaw, lo de María Tarray, lo del *Malus Codicium*…

—No bromeabas cuando me dijiste que ya no eras el puritano que una vez conocí —me dijo.

—¿Estás sorprendido?

—No, Gregor, no lo estoy. Creo que el radicalismo es inevitable. Todos acabamos al final convirtiéndonos en radicales cuando nos damos cuenta de que debemos conocer a nuestro enemigo para poder derrotarle. El verdadero peligro procede de los puritanos extremistas. El puritanismo se ve alimentado por la ignorancia, y la ignorancia es el mayor peligro de todos. Y con esto no estoy sugiriendo que el camino del radicalismo sea fácil. Al final, también el radical más responsable y cuidadoso acaba cayendo en la disformidad. La verdadera medida del carácter procede del bien que un hombre puede hacer en nombre del Imperio antes de verse arrastrado demasiado lejos.

—Hay otra cosa. En la mente de la hija de Glaw pude distinguir la imagen de un planeta reseco que se acerca mucho a la descripción que has hecho del que aparece en las visiones de los eldars. Había un nombre relacionado con ese planeta: Ghül.

—Déjame investigar eso —me dijo, e hizo dar la vuelta a su silla de energía para regresar al campamento.

Ravenor me había convocado en aquel remoto planeta selvático porque Promody había tenido un lugar predominante en una de las revelaciones

del vidente. Kanjar el Afilado había estado allí hacía poco, quizá menos de seis semanas antes. Ravenor quería descubrir el motivo.

El equipo de campo de Ravenor tenía un total de diez miembros: varios técnicos, seis astrópatas y un arqueólogo llamado Kenzer, que era el individuo de cabello gris que había visto en la tienda.

—Pero no existen ruinas arqueológicas en Promody —le comenté poco después de que fuéramos presentados.

—Ya no, señor —contestó, mostrándose de acuerdo—. Sin embargo, existe una teoría muy convincente que dice que Promod y fue antaño uno de los numerosos mundos habitados por una cultura antigua.

—¿Cómo de antigua?

Me miró con nerviosismo.

—Pre-Amanecer —me respondió.

Una cultura anterior a la aparición de la Humanidad. Aquello era impresionante.

—Y esa teoría convincente —le presioné—, ¿es idea de los eldars?

No quiso responderme en un principio, pero mi cargo le dejó pocas opciones.

—Sí, señor. Pero esta cultura es anterior incluso a ellos. Incluso había desaparecido mucho antes de que ellos llegaran a las estrellas.

Los técnicos de Ravenor habían pasado todo el tiempo, desde que llegaron a Promody, llevando a cabo varias exploraciones con ayuda de los astrópatas. Habían estudiado la superficie y la atmósfera del planeta a la búsqueda de señales de la visita de Kanjar, intentando detectar indicaciones de los puntos en los que había aterrizado, la contaminación residual dejada por los motores de los vehículos, los ecos de las mentes humanas. Estaban bastante seguros de que el campamento situado en el pantano se encontraba bastante cerca del lugar donde Kanjar había aterrizado. En ese momento, los astrópatas estaban preparándose para llevar a cabo una sesión de espiritismo a una escala mucho mayor de lo que yo jamás había intentado.

Gideon me llamó para que acudiera a la tienda de campaña.

—Ghül es el nombre de un planeta —me dijo.

—¿El mundo muerto que aparecía en la visión?

—Es bastante probable.

—¿Y dónde está?

—No lo sabemos.

—¿A quién te refieres con el plural «sabemos»? ¿De dónde has sacado esa información?

Dejó escapar un suspiro.

—¿Gran vidente? —dijo en voz alta.

Una de las pantallas interiores se desplazó hacia un lado y una figura delgada y muy alta salió de una de las estancias internas. Iba cubierta por una túnica con capucha. La tela de la túnica estaba hecha con alguna clase de material azul brillante que relucía como seda fina, pero que parecía más pesado y a la vez más fluido. El ambiente se cargó con un olor extraño y dulzón, algo desagradable, como el del azúcar quemado. Sabía que aquel ser jamás se quitaría aquella capucha en mi presencia. Yo no era digno de ver el rostro que ocultaba.

—Éste es Eisenhorn —dijo la figura encapuchada.

No era una pregunta. Las palabras fluían de un modo melódico y con una extraña cadencia a la que ningún humano se hubiera podido aproximar.

—¿Quién es el que se presenta así? —dije yo.

—El libro está en su abrigo —le dijo el individuo a Ravenor, haciendo caso omiso de mi comentario—. Es un insulto que lo lleve de un modo tan poco formal.

—¿Gregor?

Saqué el *Malus Codicium* del bolsillo del abrigo. La figura realizó un gesto de protección frente al libro con su enguantada mano derecha.

—Me temo que es un insulto que tu amigo deberá tolerar —le contesté —. Este objeto no se alejará de mi persona.

—Lo ha contaminado. Ya le arde en la sangre. Lo ha unido a demonios.

—Y mucho más aparte de eso, sin duda —contraataqué—. Pero échale un vistazo a mi mente y dime que no estoy dedicado por entero a la salvación de todos nosotros.

Dejé caer mis pantallas protectoras mentales en un acto provocativo, pero aunque pude sentir la tentación del eldar por mirar, no tocó mi mente.

—Ravenor responde por ti —dijo la figura encapuchada tras un momento—. Me contentaré con eso. Pero no te acerques más.

—¿Y cómo te llamo?

—No tendrás ninguna necesidad de hacerlo —me replicó claramente el eldar sin rodeos de ningún tipo.

—Por favor —dijo Ravenor para interrumpirnos. Era evidente que se sentía muy incómodo—. Gregor, puedes llamar a mi invitado gran vidente. Mi señor, quizá le pueda hablar a Gregor de Ghül.

—En los Primeros Días, llegó una raza procedente del torbellino y levantó varios asentamientos en este espacio. Se crearon siete mundos, y el mayor de todos ellos era Ghül. Después fueron derrotados y desaparecieron sin dejar rastro alguno.

—¿Del torbellino? ¿Del espacio de la disformidad?

El gran vidente no dijo nada.

—¿Me estás diciendo que los demonios colonizaron una vez siete mundos de nuestra realidad?

—Huyeron de una guerra. Su rey había muerto y llevaban su cuerpo para enterrarlo. Alzaron su primera ciudad sobre su tumba, y luego crearon seis mundos a su alrededor para honrar su descanso para siempre.

—¿Ghül es la tumba de un rey demonio?

No hubo respuesta.

—Bueno, ¿qué? ¿Me vas a contestar una de cada dos preguntas? ¿Ghül es un mundo-tumba? ¿Es eso lo que busca Glaw? ¿La tumba de un demonio?

—No he visto la respuesta —me contestó el eldar.

—¡Bueno, pues haz una suposición alocada!

—El rey demonio está muerto. Kanjar no tiene ninguna posibilidad de resucitarlo.

—A menos que tenga en su poder el *Malus Codicium*.

—Ni siquiera así.

—Entonces ¿qué quiere? —exclamé.

—Tradicionalmente —dijo Gideon—, bueno, al menos en las culturas humanas, a un rey se le entierra con grandes tesoros y artefactos a su lado.

—Así que hay algo en esa tumba. Algo tan valioso que el *Malus Codicium* es tan sólo una llave para conseguirlo. ¿Dónde está Ghül?

—No lo sabemos —dijo Ravenor.

—¿Lo sabe Glaw?

—Creo que por eso ha estado aquí.

El eldar se retiró y me alegré de que no estuviera presente. Me fue difícil imaginarme cómo era posible que Ravenor tolerara su presencia.

En el exterior se estaban realizando los últimos preparativos. Todo el personal de Ravenor, a excepción de Kenzer y de los seis astrópatas, se estaba retirando a su nave. Nayl y Kara regresaron al *Essene*.

—Ha llegado un mensaje de Maxilla —me dijo Nayl—. Acaba de recibir un comunicado de Fischig.

—¿Fischig? ¿De verdad?

—Parece ser que ha cambiado de idea. Que se arrepiente de haberse peleado contigo y que quiere volver con nosotros.

—Dile que creo que es demasiado tarde para eso, Harlon.

Nayl se encogió de hombros.

—Dale un poco de cancha, jefe. Ya sabes lo estricto que es. Ha tenido tiempo de pensárselo. Darle vueltas a todo lo que ha pasado. Déjale que regrese. Por lo que Gideon ha estado contando, nos vendría muy bien que estuviese con nosotros.

—No. Quizá más tarde. Ahora no. No creo que pueda confiar en él.

—El piensa probablemente lo mismo de ti —dijo Nayl con una sonrisa —. ¡Era broma! —exclamó mientras fingía un gesto defensivo para aplacarme—. Buena suerte —me deseó, y luego se alejó para dirigirse hacia el transbordador donde le esperaba Kara Swole.

Acababa de amanecer. Los técnicos, antes de marcharse, habían extendido las pasarelas antigravitatorias hasta formar una circunferencia de unos cincuenta metros de diámetro sobre el pantano. Los astrópatas se repartieron alrededor de las pasarelas, bajo la gruesa y húmeda vegetación. Yo me quedé con Gideon y con Kenzer en una de las secciones centrales. Los astrópatas, separados por una distancia regular entre cada uno de ellos, comenzaron a murmurar a medida que fueron entrando en trance, y el aire empezó a cargarse de energía psicopática.

En vez de concentrarse en un único objeto, tal como había hecho Jekud Vanee con la chaqueta de vuelo de Midas Betancore, los astrópatas estaban abriendo toda la zona, evocando todas las trazas de actividad psíquica. Un brillo azul y frío comenzó a extenderse a nuestro alrededor, contrastando bastante con la luz dorada del sol que comenzaba a salir. Los objetos que nos rodeaban empezaron a tener una apariencia borrosa y transparente.

—Veo algo… —dijo Kenzer.

Yo también. Unas siluetas, parecidas a pequeñas nubes, que se retorcían mientras tornaban forma sobre la superficie del agua en el centro del círculo. No se distinguía nada preciso.

Sentí cómo Gideon extendía el poder de su mente y ajustaba la coherencia de la imagen. Allí de pie, a su lado, me di cuenta de lo mucho que había aumentado el poder de su mente. Mi antiguo alumno era terriblemente poderoso.

De repente, la imagen se aclaró. Tres figuras vadeaban el agua del pantano que les llegaba hasta las rodillas. Una de ellas era un ogrete inmenso armado con un cañón ametrallador que seguía a un fornido humano equipado con una armadura de combate de color beige. Su cara estaba cubierta por una máscara recicladora de aire. Exploraba la zona con un auspex manual. La tercera figura estaba a su lado. Era alta, y ancha, y se movía con una extraña rigidez, con el cuerpo parcialmente tapado por lo que parecía una capa de plumas.

No eran plumas. Eran hojas de cuchillo. Lenguas de metal pulido y afilado entrelazadas hasta formar algo parecido a un ropaje blindado. Pudo distinguir bajo aquello un cuerpo de cromo, duraloy y acero, todo ello bruñido, un cuerpo humanoide de un diseño extraordinario.

No tenía ninguna duda de que se trataba de la obra de Magos Gerad Bure. El fallecido Gerad Bure.

Ese era Kanjar el Afilado. El hombre-máquina… la espada viviente de la visión del eldar. Pontius Glaw.

Pude verle la cara. Era el rostro de un joven de rasgos atractivos y con una melena de cabello rizado, pero el cabello no se movía, y la expresión de su rostro no cambiaba, congelada en una sonrisa levemente despectiva. Era una máscara de oro batido, como la cabeza de una estatua noble. Había visto esa cara antes, en los registros antiguos que mostraban a Pontius Glaw en su juventud.

No se oía nada, pero vimos que Glaw le decía algo a su hombre de punta. Luego se giró y pareció darle órdenes a alguien o a algo que no podíamos ver.

Se produjo una larga pausa mientras esperaban y, de repente, el ogrete retrocedió, como si algo le hubiera atemorizado. El hombre de punta ajustó su auspex para centrar el foco. Glaw se quedó completamente inmóvil durante unos cuantos segundos, como si se hubiera quedado paralizado por el asombro, y luego se puso a dar palmadas con sus manos metálicas, lleno de alegría.

—No puedo verlo que están haciendo… —comentó Kenzer.

—No hay nada que ver —exclamó Gideon, decepcionado. Parecía estar en lo cierto. Se podía distinguir una leve distorsión visual donde el fantasma psíquico del lugar no lograba encajar con exactitud con su contrapartida real, pero no se veía nada más.

—No —exclamé de repente—. Creo que sí lo hay. Que tus astrópatas incrementen la zona de actuación mental.

—¿Qué? —me preguntó extrañado Gideon.

—Tú hazlo.

Los astrópatas de Ravenor, con tan sólo un pequeño esfuerzo, lograron aumentar el diámetro de la escena invocada. Fuimos capaces de distinguir de forma casi inmediata unas siluetas imprecisas que se encontraban en el mismo borde de la acción.

—¡Psíquicos! —exclamó Gideon.

—Exacto —le dije—. Esa es la razón por la que no podemos verlo que está haciendo: ¡realizó el mismo tipo de ceremonia que nosotros!

—Una sesión de espiritismo.

—Correcto.

—Gregor, ¿cómo lo adivinaste?

—El señor Kenzer dijo que no quedaban ruinas antiguas en Promody. Glaw tenía que estar buscando información del pasado de otro modo.

—Pero no podemos distinguirlo que él estaba viendo…

—Retroceded —dijo una voz a nuestras espaldas.

El vidente se había reunido con nosotros en la pasarela sin hacer ni un solo ruido.

—Retroceded —dijo de nuevo.

Los astrópatas tardaron unos cuantos minutos en rehacerse y en recomponer la imagen. Pude sentir el apoyo que les estaba prestando el eldar con su fuerza mental.

Observamos cómo se desarrollaba de nuevo toda la escena. Las tres figuras se acercaron, al igual que antes. Glaw conversó con su hombre de punta y luego les dijo algo a sus psíquicos.

El mundo cambió.

Ya no había selva. Ni agua. Unos grandes peñascos de roca y pendientes suaves tapaban el cielo. Unas columnas de piedra del tamaño de pinos gigantescos se alzaban ante nosotros. Estábamos viendo lo mismo que los psíquicos de Glaw le habían permitido ver a él. La superficie de Promody tal como había sido eones antes de la llegada del hombre. Una ciudad ciclópea de roca vitrea negra que había desaparecido hacía ya tantísimo tiempo que sólo quedaban sus restos psíquicos.

—¡Dios-Emperador! —jadeó Kenzer, y se desplomó al desmayarse.

Lo cierto es que era algo terrorífico. Fascinante. La escala era inmensa. Nos sentimos como microbios o como motas de polvo en mitad de una calle de una ciudad colmena imperial.

Me quedé mirando, maravillado. El ogrete retrocedió, atemorizado, y Glaw se quedó de nuevo pasmado ante aquello, y, por fin, pude entender el motivo. Glaw palmeó las manos satisfecho y el hombre de punta comenzó a examinar una amplia sección de la pared fantasmal con su auspex.

—¡Hay una inscripción! —exclamó Ravenor.

Salté de la pasarela y me metí en el agua. Avancé, vadeando, hasta que me coloqué al lado de las figuras de Glaw y sus hombres.

—¡Tenemos que grabarlo antes de que desaparezca! —grité. Ravenor hizo sobrevolar su silla por encima del agua hasta ponerse a mi altura. Los sensores de grabación de su silla comenzaron a funcionar y a almacenar las imágenes.

Me sentí mareado. Glaw estaba bailando y saltando como un lunático, con su cuerpo mecánico moviéndose de un modo torpe y poco preciso.

La luz a nuestro alrededor comenzó a parpadear y a desaparecer.

—Lo estamos perdiendo —dijo Ravenor.

—Probablemente ya iba siendo hora de que lo hiciéramos… —le contesté mientras regresaba trastabillando hacia la pasarela.

La colosal ciudad se desvaneció en el aire. Luego le tocó el turno a Glaw y a sus acompañantes y, por fin, la propia luz azul se disipó.

Los astrópatas de Ravenor se quedaron tirados en las pasarelas, completamente agotados. El eldar permaneció de pie, pero con la cabeza agachada.

—Parecía un mapa.

—Era un mapa —dijo el eldar—. El plano de siete planetas. Y en él estaba la localización exacta de Ghül.

Pontius Glaw sabía hacia dónde tenía que dirigirse. Lo sabía desde hacía ya varias semanas. Puede que ya hubiera llegado a su objetivo.

A Ravenor y al gran vidente les llevó casi todo un día darle sentido a lo que habíamos descubierto. Después de calcular los cambios siderales lo mejor que pudieron teniendo en cuenta la inmensa cantidad de tiempo que había pasado, determinaron que el mundo conocido como Ghül antes de la llegada del hombre se encontraba en un sistema inexplorado llamado 5213X, a tres meses de distancia del borde exterior del espacio imperial y a veinte semanas de donde nos encontrábamos en ese momento.

Efectuamos todos los preparativos necesarios para partir la noche siguiente. Ravenor me explicó que el eldar le había pedido que lo llevara a un lugar secreto en su ruta, donde podría acceder a lo que había llamado un túnel de disformidad. Ravenor estaba en deuda con él y debía acompañarle.

Acordamos reunimos en Jeganda, a tres semanas de camino de 5213X, antes de recorrer el último tramo de viaje juntos.

—¿Informamos a nuestras Ordos? —me preguntó Ravenor.

—No. La ayuda que nos pudieran prestar se vería anulada con creces por los problemas que podrían causarnos. Prepararé un informe completamente documentado y detallado de todo lo que sabemos para que lo retransmitan en caso de que…

—¿En caso de qué?

—En caso de que fracasemos —acabé la frase.

Antes de partir, me atreví a visitar la nave de Ravenor, el Hinterlight. Me llevé a Crezia y a Nayl conmigo. El doctor Antribus nos llevó hasta la cámara suavemente iluminada de la enfermería de la astronave donde Alizebeth se encontraba en el interior de un campo de estasis que relucía levemente.

Crezia y Harlon se quedaron en la entrada.

Alizebeth parecía simplemente estar dormida. Su piel estaba tan pálida como las nieves de las cimas de las Atenadas.

—¿Está viva? —le pregunté a Antribus.

—Sí, señor.

—Me refiero a… Bueno, si ese equipo de apoyo vital, sin el campo de estasis…

—Si los apagamos, puede que se quede como está. Sin embargo, también es posible que se debilite. Es muy difícil saberlo con seguridad en casos de daños tan graves.

—¿Se recuperará? —le pregunté.

—No —me contestó, con la amabilidad suficiente como para decírmelo mirándome a los ojos—. Excepto que ocurra un milagro, jamás recuperará la conciencia o la movilidad.

—Así que, ¿está muerta para nosotros?

—¿Quién puede decirlo, señor? No siente ningún dolor. Creo que ella está en medio de un sueño interminable y tranquilo. Si usted piensa que eso es una crueldad, podemos desconectarla de las máquinas y dejar que la naturaleza siga su curso.

Se retiró, y Crezia apareció a mi lado.

—¿Qué vas a hacer, Gregor? —me preguntó.

—No voy a apagar las máquinas. Todavía no. Tengo la cabeza demasiado ocupada con ese cabrón de Glaw. Ya tomaré una decisión después. —*Si existe un después*, pensé—. Me gustaría que tú y Nayl os quedarais con ella. Que la cuidarais. ¿Lo harás?

—Por supuesto —me respondió.

Me di cuenta de que era la primera vez que ella veía a Alizebeth Bequin.

—¿De verdad? Sé que es pedirte un favor muy grande.

—Gregor, soy doctora, y tu amiga. No es un favor muy grande.

Me di la vuelta para marcharme.

—Lo más probable es que pueda oírte —me dijo de repente.

—¿Tú crees?

Crezia se encogió de hombros y sonrió.

—No lo sé con seguridad. Tiene todas las posibilidades de que sea así. Y si no puede, ¿realmente importa?

—¿Qué es lo que importa?

—Díselo, Gregor. Ahora, antes de que te vayas. Díselo, por lo que más quieras. Haz lo correcto con una de nosotras al menos.

Me dejó a solas, y me senté al lado de la cama de Alizebeth.

Y después, aunque jamás he logrado saber si ella me oyó o entendió lo que le decía, le dije todas las cosas que debía haberle dicho a lo largo de los años que habíamos estado juntos.

Me despedí de Ravenor y le prometí que lo esperaría en Jeganda. Le di un beso a Crezia y me fui al hangar del Hinterlight para transbordar hasta el *Essene*. Nayl vino a despedirse de mí en el hangar.

Le estreché la mano con fuera.

—No pierdas de vista a Gideon —le pedí.

Frunció el ceño.

—¿No te fias de él? —me preguntó.

—Le confiaría mi vida. De quien no me fío es de sus amigos.

Fui a hablar con Aemos mientras el *Essene* se alejaba de Promody y aceleraba para llegar al punto de traslación al Immaterium que el navegante de Maxilla había calculado.

Estaba en sus habitaciones, ordenando una gran pila de libros que había tomado prestados de la biblioteca personal de Maxilla.

—Algo nuevo con lo que entretenerte —le dije al tiempo que le entregaba un montón de placas de datos y hojas de registro.

Ravenor me había copiado, antes de separarnos, todo lo que había podido copiar, incluido un archivo pictográfico de la inscripción tal como la habían grabado los sensores de su silla de energía.

—Gideon ha resaltado algunos de los párrafos de sus notas para ayudarte a que vayas más deprisa, pero es la inscripción, que es un mapa, lo que realmente me interesa. El… socio de Gideon me ha dicho lo que significa, bueno, al menos la parte del mismo que se refiere a Ghül. Me gustaría saber algo más, en términos literales.

—¿Quieres que descifre un texto alienígena de una lengua muerta mucho antes de que apareciera el hombre?

Dicho así, parecía una tarea bastante difícil.

—Aquí tienes unas cuantas muestras de la misma escritura que Ravenor consiguió en otros sitios. No lo sé. Haz todo lo que puedas. Cualquier cosa que descubras nos será útil.

El viaje a Jeganda no fue el más largo que he realizado, pero a mí me lo pareció. Estaba inquieto y nervioso, y me sentía impaciente por llegar. Mi mente no paraba de pensar en la ventaja que Glaw nos llevaba, o lo cerca que nos acechaba la vaciedad que había predicho el vidente.

Me dediqué a meditar y a realizar ejercicios físicos para pasar el tiempo. También me dediqué a revisar la biblioteca de Maxilla en busca de cualquier libro que hiciera referencia a los eldars y a sus leyendas. Kara se dedicó a entrenar a Medea para ponerla en buena forma física y, después de dos semanas, los tres estábamos llevando a cabo cada día unas duras sesiones de entrenamiento de combate. Eleena se reunía con nosotros en los entrenamientos menos agotadores para mantenerse en forma. Me alegré de disponer de una intocable a nuestro lado teniendo en cuenta nuestro destino final y las habilidades de Glaw.

A excepción de Alizebeth, que no contaba dadas las circunstancias en las que se encontraba, Eleena era la última persona con vida que había pertenecido a La Rueca. Me pregunté si podría reclutar nuevos miembros y reorganizarla de nuevo.

Me pregunté si siquiera tendría la oportunidad de intentarlo.

Aemos me llamó a la tercera semana para que fuera a sus habitaciones y discutiéramos lo que había descubierto hasta aquel momento. Me intrigó que simplemente no me lo hubiera contado en la cena. Todos nos reuníamos para cenar cada noche.

Me contó que estaba avanzando. La antiquísima cultura que había creado Ghül apareció de un modo indirecto en bastantes fuentes antiguas. Al parecer, los primeros exploradores imperiales habían tenido conocimiento de una raza muerta y precursora en sus primeros contactos con las razas alienígenas, aunque a Aemos le preocupaba que algunas de las referencias tuvieran que ver más bien con otras culturas desaparecidas, o con otras especies que habían emigrado o trasplantado.

No obstante, había un tema central, a la raza de Ghül siempre se la llamaba «los otros» o «los ajenos» porque no era originaria de nuestra galaxia. El propio nombre «Ghül» no aparecía por ningún lado.

—Una cultura minoritaria, la de los Doy de Mitas, tiene una leyenda relacionada con los «xol-xonxoy», unos demonios que gobernaron antaño y que algún día regresarán. La palabra significa «los disformados».

—Una descripción tan buena como cualquier otra. Los eldars parecen convencidos de que esa cultura era una colonia de demonios procedentes de la disformidad. Ni siquiera se trataba de una raza propiamente dicha, sino más bien de una hueste, de un ejército… de una nación. Quizás eran un rey demonio exiliado y sus seguidores.

—Existen algunos datos más, pero no muchos. No estoy logrando avanzar nada con la inscripción, aunque es algo extraordinario, y la grabación de Gideon de esa sesión es muy inquietante. Me gustaría que me prestases tu libro.

—¿Cómo?

—Tu maldito libro. Y utilizo el adjetivo con pleno conocimiento de causa e intención.

—Me dijiste que no querías volver a verlo en tu vida —le recordé.

—Y no quiero, Gregor. Me estremece tan sólo pensar que se encuentra en la misma nave que yo. Pero me estremece mucho más pensar en lo que nos podemos llegar a encontrar al final de nuestro viaje. Me has pedido que haga una tarea, y ésa es la única fuente o herramienta de la que dispongo que todavía no he utilizado.

Saqué el *Malus Codicium* del bolsillo, pero por un momento, no fui capaz de entregárselo.

—Ten cuidado —le dije entre dientes.

—Conozco el procedimiento —me contestó refunfuñando—. No es la primera vez que me entregas textos prohibidos para que los estudie.

Pero no como éste.

Mantuve vigilado a Aemos después de aquello. Lo visité con cierta regularidad y me aseguré de que fuera a todas las comidas. Empezó a tener un aspecto cansado y a volverse irritable. Quise recuperar el libro, pero me dijo que ya casi había terminado.

Estábamos tan sólo a una semana de Jeganda cuando acabó con la tarea que le había encargado.

—Está incompleta —me advirtió—, pero los elementos principales se encuentran aquí.

Parecía todavía más cansado que antes, y había comenzado a temblarle levemente todo el costado izquierdo. Su cuarto era un revoltijo de papeles y placas, notas y apuntes, de libros esparcidos por doquier. En algunos lugares, sitios en los que al parecer se había quedado sin papel sobre el que escribir, continuó realizando sus anotaciones sobre la mesa o incluso sobre la pared.

Uber Aemos había realizado su mayor logro a mi servicio, la tarca más difícil que jamás le había pedido cumplir. Y le había costado caro. Le había perjudicado la salud, y me temía que también su cordura.

—El rey demonio —empezó a decirme mientras desplegaba una gran hoja de papel de pergamino llena de escritura garabateada sobre el desorden de su mesa—, que está representado por este glifo de aquí… —y señaló con un dedo medio paralizado—, y por esta formación triple de símbolos, se llamaba Y… Y… Y…

—¿Aemos?

—¡Yssarile!

Tuvo que escupir prácticamente la palabra para que le saliera de la boca. El reloj dorado que había en la mesa situada al lado de su cama sin hacer tocó de repente dos veces la campana sin ningún motivo aparente.

—No para de hacer eso —gruñó Aemos con voz enfadada.

Su dedo señaló otra marca del papel para que la mirara y luego siguió una línea curva de escritura. Me di cuenta de que sus notas habían tomado la forma de la propia inscripción del mapa.

—Aquí, ¿ves? Hubo una guerra. El rey demonio Y… Y…

—Déjalo. Llámale sólo el rey demonio.

—El rey demonio libró una guerra de proporciones y odio titánicos contra un rival. El nombre del rival no aparece, pero por lo que deduzco de esta marca, supongo que debe de ser uno de los que nosotros llamamos los cuatro poderes primarios del Caos, aunque, por lo que parece, sólo existían tres en aquella época. Me pregunto por qué.

No podía responderle a aquello. Ni siquiera estaba seguro de que el mismo vidente pudiera.

—Al rival se le describe como un hechicero inmundo —continuó diciendo Aemos—. No pretendo saber, ni quiero hacerlo, la jerarquía existente en el espacio disforme, pero en términos sencillos, Y… Y… ¡Maldita sea! ¡Yssarile! Era un lugarteniente, un señor de la guerra, un príncipe… como quieras llamarlo, que intentó usurpar el lugar ocupado por uno de los poderes primarios.

Aemos desenrolló otra hoja arrugada y le quitó de un manotazo los restos de las virutas de madera procedentes de afilar lápices que había encima.

—La guerra duró… mil millones de años. Bueno, según nuestro cómputo. El rey demonio fue destruido por su rival. Completamente aniquilado. Su hueste huyó despavorida ante aquella derrota aplastante y buscó refugio en el universo material. Nuestro universo. Aquí establecieron su capital y seis colonias hermanas. La capital, Ghül, fue construida sobre el mausoleo del rey demonio, que a su vez fue construido alrededor de su barcaza.

—¿Su barcaza?

—Supongo que se referían a su nave. La palabra se acerca más a «carruaje» o a «galera» en términos literales. Y creo que ésa es la clave. La barcaza era su máquina de guerra, la embarcación sobre la que

marchaba al combate. Se la describe, aquí y aquí, como un artefacto de tal poder que incluso los disformes que escribieron todo esto estaban asombrados y estupefactos.

Me miró.

—La barcaza de un rey demonio. Un arma de poder inconcebible que se encuentra enterrada en el mausoleo de Ghül. Ese trofeo, o eso es lo que me ha contado, es lo que anda buscando Glaw.

—¿Contado?

Se sobresaltó, y meneó la cabeza.

—Estoy cansado. Quiero decir que enterarme de eso me ha costado, lo que he sacado de aquí. De mi trabajo.

—Has dicho «contado».

—No lo he hecho.

—Lo has dicho claramente.

—Bueno, sí, lo he hecho, pero lo he utilizado en la frase equivocada. Enterado. De todo esto es de lo que me he enterado.

Le puse una mano en el hombro, para tranquilizarlo, pero él se estremeció y se encogió un poco.

—Aemos, has llevado a cabo una tarea extraordinaria en este asunto. Te he pedido mucho.

—Sí, sí que lo has hecho.

—Demasiado.

—Yo estoy para servirte, señor. Nunca es demasiado.

—Le ordenaré a Maxilla que te prepare otra estancia. No puedes dormir aquí.

—Estoy acostumbrado al desorden —me contestó.

—No es el desorden lo que me preocupa.

Se alejó arrastrando los pies y murmurando algo.

—Tengo que pedirte que me devuelvas el libro —le dije.

—Está por ahí —me respondió con cierta brusquedad—. Ya te lo llevaré luego.

—Prefiero llevármelo ahora.

Se me quedó mirando.

—Ahora, por favor —le repetí.

Sacó el *Malus Codicium* de debajo de una enorme pila de notas que se esparcieron revoloteando sobre la alfombra, y alargó el brazo para entregármelo. Lo cogí, pero él no lo soltó.

—Aemos…

Logré arrancarle el libro de las manos de un tirón. El reloj volvió a sonar fuera de hora.

—Creo que deberías considerar todas las opciones, Gregor —me dijo de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Los poderes a los que nos enfrentamos son formidables. Quizá demasiado formidables. Somos tremendamente inferiores en poder. Creo que deberíamos fortalecernos.

—¿Y cómo propones que logremos eso?

—Invoca al huésped demoníaco.

—¿Qué?

Se quitó sus gafas electrónicas de grandes lentes y las limpió con un reborde de su túnica.

Sus manos estaban temblando mucho en ese momento.

—No aprobé tu comportamiento anterior, en Durer, pero ahora creo que entiendo mejor la situación. Comprendo las decisiones que has tomado. Las reglas que has forzado. Todo por el bien, y me disculpo por haber dudado de ti en algún momento. Con el demonio, es posible que tuviéramos una oportunidad. Invócalo para que venga.

—¿Cómo?

Se puso nervioso con mi actitud.

—¡Como hiciste en Miquol!

—Aquello fue producto de la pura desesperación —le reprendí.

—¡Y ahora estamos en una situación desesperada!

—Y además, no tenemos un cuerpo huésped al que someterlo. Para invocarle…

—¡Tampoco lo tenías entonces!

—Y casi nos mató a todos con su poder puro antes de que pudiera atraparlo.

—¡Utiliza entonces uno de los astrópatas de Maxilla!

Me quedé mirándolo con tranquilidad.

—No mataré a un hombre para lograr un cuerpo huésped para el demonio.

—Fue lo que hiciste en Miquol —dijo entre dientes.

—¿Qué acabas de decir?

—Que lo hiciste en Miquol. Verveuk no estaba muerto. Lo sacrificaste por el bien de todos. ¿Por qué no te atreves a hacerlo de nuevo?

—¿Por qué debería hacer de nuevo algo que desearía no haber hecho jamás?

—¿No lo estamos arriesgando todo? Una vida, señor. ¿Qué es una vida comparada con los millones de personas que podrían morir si Glaw logra salirse con la suya? Invoca al demonio. Invoca a Cherubael para que nos ayude.

Me dirigí con lentitud hacia la puerta.

—Descansa un poco —le repliqué con una ligereza forzada—. Te sentirás mejor. Cambiarás de idea.

—Lo que tú digas —respondió mientras se daba la vuelta a modo de despedida.

Estaba completamente desprevenido para la descarga de voluntad psíquica que le lancé.

—¿Qué es lo que te dijo? —le ordené.

Aemos lanzó un grito y las piernas le fallaron. Se cayó al suelo y casi derribó una mesa en su intento por permanecer de pie.

Sus papeles acabaron esparcidos por el suelo en una cascada.

—Eso te lo contó todo, ¿verdad? ¡Te lo dijo! ¡Maldito loco, Uber! ¿Qué es lo que has hecho?

—¡No pude descifrar el código! —gimió—. ¡El lenguaje era demasiado difícil para mí! ¡Pero había tantas cosas nuevas en el libro! ¡Ese libro maravilloso! ¡Me di cuenta de que podía hacer algo más!

—Hablaste con el demonio.

—¡Noooo!

—Entonces, ¿cómo sabías cuál era su nombre? ¡Porque estoy seguro de que yo jamás te lo dije!

Lanzó un fuerte aullido y logró ponerse en pie trastabillando, con el rostro convertido en una máscara de dolor, vergüenza y miedo.

—¡Estaba ahí, en las páginas! —me gritó—. ¡Sonando al lado de mi oído, como un susurro! ¡Tan suave! ¡Me dijo que me podría ayudar! ¡Me dijo que me diría todo lo que necesitase saber si podía lograr que lo liberaran!

—¡Oh, Dios-Emperador! —exclamé—. ¡Todo lo que me has contado ahora lo sabes por ese cabrón de Cherubael!

—¡Pero es cierto! —chilló—. ¡Cierto! ¡Yssarile! ¡Yssarrrrrrilllle!

El reloj comenzó a dar campanadas repetidamente y sin cesar. Una jarrita de cristal y tres vasos que estaban en una de las mesas estallaron en mil pedazos. Una de las lentes de las gafas de Aemos se resquebrajó.

Cayó desmayado al suelo.

Llamé a unos servidores y se lo llevaron a la zona de enfermería. Lo encerré en una de las salas de aislamiento. Por su seguridad, y por la nuestra.

El maldito reloj todavía estaba sonando cuando regresé a sus estancias para quemar todas sus notas y papeles.



DIECIOCHO

REENCUENTRO EN JEGANDA
LEALTADES EQUIVOCADAS
HASTA EL ÚLTIMO, HASTA LA MUERTE

Aemos, a lo largo de toda aquella última semana de viaje, él fue mi preocupación principal. Estuve observándolo en la enfermería, pero en general, mostró una actitud indiferente y negativa. Se despertó pocas horas después de nuestro enfrentamiento, pero no dijo nada. Al principio se negó a comer y se mantuvo despierto día y noche, mirando fijamente a la puerta cerrada de la sala de aislamiento.

Deseé fervientemente no haberme visto obligado a encerrarlo.

Empezó a comer y a beber después del primer día, pero siguió encerrado en su silencio. Todos tratamos de que reaccionara de algún modo. Tanto Medea como Maxilla se pasaron horas intentándolo.

Para cuando llegamos a Jeganda, un día antes de lo previsto, nuestros ánimos estaban bastante bajos.

Nunca me había dado cuenta de lo importante que era Aemos para la moral de nuestro equipo. Todos le echábamos de menos. Todos odiábamos lo que había ocurrido.

Yo me odiaba a mí mismo por permitir que hubiera ocurrido. Aemos no había tenido el cuidado suficiente justo cuando más tenía que confiar en él; pero incluso así… era por mi culpa. Me odiaba por ello.

Y odiaba a Cherubael, cuya influencia perniciosa había estado marcando mi vida desde hacía ya demasiado tiempo. Me pregunté si alguna vez me libraría de su presencia.

Tomé una decisión. Si sobrevivía, si derrotaba a Glaw, destruiría el *Malus Codicium* y luego regresaría a Gudrun y destruiría a Cherubael. Me llevaría el bastón rúnico y lo aniquilaría, lo mismo que había hecho con Prophaniti, otro demonio, allá en Farness Beta.

El sistema Jeganda está dominado por un enorme gigante de gas. Una estación de paso semiautomatizada establecida y mantenida por un consorcio de gremios comerciales y casas de navegantes gira en órbita a su alrededor como lugar para repostar y efectuar reparaciones o reavituallamientos.

El *Essene* se acercó con lentitud. No se veía señal de ninguna otra nave. Maxilla se puso en contacto con el jefe de la estación y una nave de remolque nos llevó hasta uno de los amplios muelles de atraque que se extendían desde el borde de la instalación en forma de disco.

Entré en la estación a través de una de las compuertas de vacío, junto a Medea y a Maxilla, y allí fuimos recibidos por el jefe, un individuo tranquilo e hirsuto llamado Okeen. Este se encargaba del mantenimiento de la instalación con tan sólo otros cuatro hombres. Era un contrato por veinte meses, nos explicó, y luego se marcharían en cuanto llegara el personal de relevo. No recibía muchas visitas, nos comentó. Estarían encantados de reponer todos los suministros técnicos que necesitara el *Essene*, y a un precio muy razonable, nos informó.

Nos dijo muchas cosas. El aislamiento provoca reacciones terribles en la mente de las personas.

No pudimos hacer que se callara. Finalmente, opté por dejarlo con Maxilla, quien era muy capaz de mantener su ritmo de conversación.

Medea y yo nos marchamos al centro de la estación para ver si el astrópata del lugar había recibido algún mensaje procedente de Gideon. Era un sitio deprimente, de pasillos bastante sucios y hangares oscuros. Había un extraño olor en el ambiente, y yo opinaba que era el de carne estropeada, mientras que Medea estaba convencida de que se trataba de lactosa agria.

Al final, resultó que había algo que Okeen, a pesar de toda su cháchara, no nos había dicho.

Alguien nos estaba aguardando en la sala de espera de la estación.

—Gregor —dijo Fischig mientras se levantaba del sillón.

Iba vestido completamente de negro, y llevaba puesta una capa de color rojo oscuro que sujetaba a su cuello con un pequeño símbolo inquisitorial de plata.

Me quedé cara a cara frente a él, en el otro lado de la estancia.

—Godwyn, ¿qué estás haciendo aquí?

—Te estaba esperando, Gregor. Esperando la oportunidad de arreglar todo lo que hice.

—¿Y cómo te propones lograrlo?

Se encogió de hombros. Fue un gesto abierto, relajado, casi de disculpa.

—Dije ciertas cosas que no debería haber dicho. Te juzgué con demasiada precipitación. Siempre he sido un idiota bastante terco. Uno pensaría que mis muchos años de servicio contigo me habrían corregido ese error.

—Eso pensaría —dijo Medea en tono de broma. Levanté un dedo para indicarle que guardara silencio.

—Dejaste bien claro lo que pensabas y sentías allá en Hubris, Fischig. No estoy seguro de que podamos trabajar juntos de nuevo. Existe una mutua falta de confianza.

—Y eso es algo que quiero solucionar —me dijo.

Jamás le había oído hablar con tanta tranquilidad o sinceridad.

—Godwyn, cuestionaste mi pureza, calificaste algunos de mis actos como heréticos y luego te ofreciste para redimirme.

—En esa última parte estaba borracho —me contestó, con un leve asomo de sonrisa.

—Sí, sí que lo estabas. Y ahora, ¿cómo estás?

—Estoy aquí —me dijo—. Estoy dispuesto a intentarlo, a reconciliarme.

—Bueno, empecemos por lo de «aquí». ¿Cómo demonios sabías que yo estaría aquí?

Se quedó callado. Giré lentamente la cabeza para mirar a Medea, que estaba de espaldas y tenía los ojos dirigidos al suelo.

—Tú le dijiste que vendríamos aquí, ¿verdad?

—Eeehhh…

—¿Verdad?

Se dio la vuelta de repente para ponerse cara a cara conmigo, tan altanera y rebelde como su querido y quisquilloso padre.

—¡Sí, de acuerdo, lo hice! ¿Vale? Necesitamos a Fischig…

—Quizá no sea así, chica.

—¡No me llames chica, cabrón! Es uno de los nuestros. Uno del grupo. Siguió enviando mensajes a la nave. Uno tras otro. Tú no querías escucharle, así que le contesté.

—Nayl me dijo que había mandado un mensaje.

—Sí —me contestó con un tono malicioso—. Y Nayl me dijo a mí lo que le contestaste. Ese tremendo rechazo a un hombre que te ha dedicado casi toda su vida, a un hombre que simplemente se enfadó un poco contigo y que luego se lo pensó mejor y se arrepintió. Fischig quiere arreglarlo todo. Quiere estar de nuevo con nosotros. ¿Jamás te has arrepentido de algo que has hecho?

—Más de lo que tú puedas llegara imaginarte, Medea. Pero debiste habérmelo dicho.

—Le pedí que no lo hiciera —me interrumpió Fischig—. Me imaginé cómo ibas a reaccionar. Le agradezco a Medea que me tenga en tan alta estima. ¿No podrías encontrar esos mismos sentimientos en tu interior para confiar de nuevo en mí? ¿Confiar en mí como ella lo hace?

—Es bastante posible. Pero quería hacerlo con mis propias condiciones, cuando estuviera preparado. Ahora mismo están pasando demasiadas cosas.

—Oh, vamos —me imploró Medea.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Conseguí un pasaje en una nave mercante. Me dejó aquí hace más o menos una semana.

Le había hecho la pregunta para poder comprobar su respuesta y tener una medida de su veracidad. Mientras me contestaba, y yo exploraba con sutileza su mente, descubrí lo último que esperaba encontrar.

—¿Por qué estás protegido con un escudo psíquico? —le pregunté.

—Tan sólo es una precaución —me respondió.

—¿Frente a qué? —le exigí saber.

—Frente a este momento —me contestó Fischig.

En sus ojos apareció una auténtica sensación de angustia, sacó una pistola bólter compacta de debajo de su capa.

—¡Fischig! —gritó Medea horrorizada.

Barbarizadora ya estaba en mis manos, vibrando.

—No seas insensato —le dije.

Sólo sería un insensato si hiciese esto sin ayuda.

Las palabras no habían sido pronunciadas por su boca. Eran alambres ardientes de veneno psíquico que envolvían un inmenso ataque mental que se estrelló contra mi nuca. Trastabillé hacia delante, medio cegado. Medea se desplomó en el suelo, totalmente inconsciente.

Vi unas siluetas que salían de cada una de las puertas que daban acceso a la sala de espera. Cinco, seis más. Hombres equipados con la armadura de color borgoña y con capucha pertenecientes a la escolta personal de un inquisidor. Sus placas pectorales estaban decoradas con el emblema de la Inquisición estampado en pan de oro. Dos de ellos me agarraron y me quitaron la espada de energía de entre mis dedos flojos. Los otros se limitaron a apuntarme con sus armas.

—¡No le hagáis daño! ¡No le hagáis daño! —les gritó Fischig.

Los guardias me arrastraron hasta ponerme delante de un individuo que había salido de detrás de la grasienta cocina de la sala de espera. Pude distinguir a un individuo alto, con una armadura de color negro a juego con su túnica, y con una cara monstruosa que había sido transformada quirúrgicamente para inspirar miedo y aversión. Era un rostro caballuno, alargado, con una boca llena de dientes romos y unos pozos hundidos por ojos. Unos cables de fibra y unos tubos de fluido formaban un cordaje reluciente en la parte posterior de su cráneo.

Había sido alumno, hasta llegar al cargo de interrogador, de mi viejo aliado Commodus Voke, ya fallecido. Había logrado llegar a ser inquisidor por derecho propio.

—Eisenhorn. Es tan odioso tener que volverte a ver —me dijo Golesh Constantine Pheppos Heldane.

Los guardias nos llevaron a rastras a Medea y mí de regreso al *Essene*. Yo estaba mareado todavía. Pude oír a Fischig suplicarle a Heldane que le ordenara a sus hombres que nos trataran con el mayor cuidado.

Qué error tan tremendo había cometido Fischig.

Pude distinguir, mientras nos llevaban por los muelles de atraque de la estación, la silueta negra y esbelta del crucero de la Inquisición que ocupaba el muelle contiguo al del *Essene*. Probablemente se había mantenido oculto tras la atmósfera del gigante de gas hasta que la trampa se puso en marcha.

Nos llevaron a la sala de estar principal. Los hombres de Heldane, y calculé que debía de haber casi un destacamento completo, se habían apoderado del *Essene*.

—¿Cuántos viajan contigo? —me preguntó Heldane. No le contesté.

—¿Cuántos? —me repitió, ya sus palabras siguió un doloroso ataque mental que me hizo gritar.

Necesitaba tiempo para concentrarme. Necesitaba reconstruir mis defensas mentales.

Me fingí herido, y miré a mi alrededor para observar bien la situación en la que me encontraba. Maxilla estaba cerca de nosotros, rodeado de guardias e iracundo. Eleena estaba sentada en un sillón, rígida y completamente pálida. Medea estaba tirada en el suelo y comenzaba a recuperar la conciencia. No había señal alguna de Aemos o de Kara.

—¡Cuatro! —exclamó Maxilla—. ¡Estos cuatro! El resto son mi tripulación, todos ellos servidores medio mecánicos conectados a mi nave.

Estaba fingiendo su papel de inocente propietario de la embarcación, enfurecido por la invasión de su nave, y que quería mantenerse a distancia de sus problemáticos pasajeros. Pero yo sabía que estaba atemorizado.

—Estás mintiendo. Estoy seguro —dijo Heldane mientras daba vueltas alrededor de Maxilla—. Tus defensas son buenas, lo reconozco, propietario de la nave. No me mientas.

—No estoy… —empezó a decir Maxilla, pero se interrumpió para lanzar un grito de dolor.

—¡No me mientas!

—¡Déjelo en paz! —gritó Fischig—. Sólo es el capitán. El propietario de la nave, como usted ha dicho. No forma parte de todo esto.

Heldane le lanzó una mirada fulminante a Fischig.

—Tú has sido quien ha provocado todo esto, purificador. Fuiste tú el que vino a mi Ordos para suplicarnos que salváramos a tu querido y herético señor de la condenación eterna. Bueno, pues eso es lo que estoy haciendo. Así que cierra la boca y déjame hacer mi trabajo. ¿O preferirías que examinase la mente de esas dos dulces señoritas?

—No.

—Bien. Porque este propietario de nave es muy interesante.

—No es completamente humano ¿verdad? ¿Verdad, Tobias Maxilla? Tus defensas son admirables, pero eso se debe a que tu cerebro no es completamente orgánico. Tiene una parte tan importante de máquina, señor, que no creo que merezca el calificativo de hombre, ¿a que no?

—Mira quién habla —le respondió Maxilla con valentía.

Sentí el ataque psíquico desde el otro lado de la estancia, y me hizo estremecerme de dolor. De las facciones inhumanas de Heldane brotó un rugido animal furioso, y Maxilla trastabilló, lanzó un grito y cayó de rodillas. Una lluvia de chispas saltó de los servomotores del cuello, del hombro y de la muñeca de su costado derecho.

—Y ahora me responderás, hombre de metal —le dijo en tono de burla Heldane—. ¿O prefieres que queme otra parte de tu cuerpo blasfemo?

—Hay cinco personas a bordo —dije yo en voz alta—. Somos cinco.

—Ajá… el hereje habla por fin.

Heldane se dio la vuelta para centrar toda su atención en mí. Dejó a Maxilla tranquilo, al menos, por unos momentos.

—El otro miembro de mi equipo es mi sabio, Aemos. Estoy seguro de que lo recuerdas. Está en la enfermería.

—Cuánta amabilidad por tu parte, Gregor —me dijo Heldane.

Recé para que lo hubiera engañado. Estaba claro que Heldane sentía en nuestras mentes que faltaba alguien. Tenía la esperanza de que si le mostraba a Aemos, se quedaría satisfecho y pasaría por alto a Kara.

—Te aconsejaría que lo dejases allí tranquilo —le dije—. Está… «dañado».

—¿Dañado por la disformidad?

—No. Se recuperará.

—Pero ¿está en la enfermería porque ha estado en contacto con la disformidad?

—¡No!

Heldane se dio la vuelta hacia dos de sus hombres.

—Id a la enfermería. Localizada ese hombre. Matadlo e incinerad sus restos.

—¡Dios-Emperador, no! —grité.

Intenté ponerme en pie, intenté arrancara *Barbarizadora* de las manos de Heldane con el poder de mi mente, pero estaba demasiado debilitado, y él era demasiado fuerte. Otro ataque psíquico me arrojó de nuevo al suelo.

—¿Va todo bien? —preguntó la voz de alguien recién llegado—. Me ha parecido oír un tremendo griterío indecoroso.

—Todo va bien, mi señor. Bienvenido a bordo —le oí decir a Heldane.

Di la vuelta sobre mí mismo y vi entrar al recién llegado en la sala de estar del *Essene*. Estaba deslumbrante con su servoarmadura de bronce, y mantenía su mandíbula artificial tan apretada como la última vez que lo había visto.

—Osma…

—Gran Maestre Osma de la Ordos Helicana, si no te importa —me dijo con desdén.

Lo habían ascendido. Orsini había muerto y Osma logró por fin el rango que se había pasado toda su vida persiguiendo. Habían ocurrido muchos acontecimientos en el subsector helicano desde que tuve que empezara huir y a preocuparme por mi vida. Osma, mi némesis, el hombre que una vez había intentado declararme extremis diabolus, y que me había mandado a prisión, que me torturó y persiguió, se había convertido en el maestre de la Ordos Helicana, y en mi jefe directo supremo.

Los guardias me llevaron a la planta superior de la sala de estar del *Essene* y me obligaron a sentarme en una de las sillas que estaban enfrente de la mesa de banquetes. Se retiraron, y Osma y Heldane se acercaron. Osma tenía en sus manos a *Barbarizadora*, y estaba estudiando las intrincadas inscripciones grabadas en la hoja de la espada. Su arma habitual, un enorme martillo de energía, estaba enganchado a su cinturón.

Heldane se sentó frente a mí.

—No existe ninguna clase de aprecio entre nosotros, Eisenhorn. No te insultaré fingiendo que así es. Ponnos las cosas fáciles a todos. Confiesa.

—¿Que confiese qué?

—Tu herejía —dijo Osma.

—No soy ningún hereje. Y esto no es un tribunal de mis iguales. No puedo ser juzgado de este modo.

Sabía perfectamente bien que Osma podía. Gran maestreo no, Osma podía tratarme como le diera la gana.

—Confiesa —me dijo de nuevo, y después se sentó en la silla contigua a la de Heldane con un chirrido de los servomotores de su impresionante armadura.

Estaba realmente fascinado con *Barbarizadora*, y no paraba de darle vueltas en sus manos cubiertas por los guanteletes.

—¿Qué confiese qué?

—Tenemos una lista de acusaciones —dijo Heldane mientras sacaba una placa de datos de debajo de su capa—. Tu hombre, Fischig, fue muy concreto y específico respecto a lo que le preocupaba. Te has aliado con demonios, y has invocado a uno de ellos para formar un huésped demoníaco en más de una ocasión. Has ocultado textos prohibidos por la Inquisición. Has escondido de la Inquisición a un hereje famoso, y le has permitido campar a sus anchas.

Fijé una mirada iracunda en Heldane.

—¿Pontius Glaw? No admito nada, pero sí te diré esto: si me mantenéis detenido, pagaréis un precio mucho mayor de lo que os podéis imaginar. He jurado detener a Pontius Glaw, y vosotros me estáis impidiendo que lleve a cabo mi sagrado deber y mi misión.

—Tus días de cumplir tareas sagradas se acabaron hace ya mucho tiempo —me dijo Osma.

—¿Dónde está el *Malus Codicium*? —me preguntó Heldane. Endurecí mi escudo mental, deseando contra toda esperanza que la simple verdad no apareciera a la luz. En mi bolsillo. Estaba en el maldito bolsillo. Vuestros hombres me registraron a fondo en busca de armas pero no les preocupó la presencia de un libro viejo en un bolsillo de mi abrigo.

Heldane no logró leer nada de aquello.

—Sigue mostrando una resistencia increíble —le dijo a Osma.

Suponían que el *Malus Codicium* estaría guardado en un sitio seguro. Una caja de seguridad de vacío, una simple caja fuerte, ¡bajo el maldito colchón de mi cama! No tenían ni idea de que pudiera encontrarse justo delante de ellos, cubierto tan sólo por la capa de tejido de cuero de mi abrigo. Tuve que ocultar aquel hecho tan simple y tan estúpido a sus mentes.

—Millones de personas morirán. Quizás incluso decenas de millones, si no me dejáis acabar con mi tarea.

—Eso es lo que dicen todos —me contestó Osma, se puso en pie, se acercó, y se inclinó sobre mí hasta que su rostro envejecido y de rasgos angulosos quedó a mi lado—. Vas a arder, Eisenhorn. Vas a arder y a sufrir. Yo he llegado al cargo de gran maestre porque jamás he permitido la existencia de herejes como tú. Eres la peor clase de estúpido.

—Háblanos del huésped demoníaco —dijo Heldane—. ¿Dónde está encerrado? ¿Cómo podemos encontrarle? ¿Cuáles son las palabras de control que lo dominan?

—¿Las palabras de control? —le repliqué—. ¿Para qué las necesitas? ¿Intentáis haceros con el control del demonio?

Heldane se reclinó sobre la silla y le lanzó una mirada a Osma.

—¡Por supuesto que no pretenden hacer eso! —me dijo Fischig, que se había quedado en la parte final de la escalera que daba a la planta superior —. No son herejes como tú… Ellos no harían…

Se giró para mirar a Heldane y a Osma.

—Ustedes no quieren dominar al demonio, ¿verdad, señores?

—Debe ser contenido y manejado —le contestó Osma—. Deja este asunto a tus superiores, por favor. Nos interrumpes demasiado.

—Pero ¿y lo del huésped demoníaco? Hablan como si lo quisieran para ustedes.

Osma miró al inquisidor de cara alargada.

—Heldane, dile a este individuo que se vaya. Ya ha cumplido su propósito.

—¡Fischig, vete ya! —le ordenó Heldane.

Mi antiguo amigo bajó las escaleras y se sentó en uno de los sillones. Se quedó mirando a Eleena y a Medea, que estaban procurando poner cómodo a Maxilla.

—¡El huésped demoníaco! —me inquirió Heldane con voz rasposa—. ¡Entréganoslo!

—Y vosotros os atrevéis a llamarme hereje…

La bofetada mental de Heldane casi me hizo caer de la silla. Uno de los guardias se acercó a Osma.

—Señor, hemos registrado toda la enfermería, pero allí no hay nadie.

Gracias sean dadas al Emperador. Kara había dejado libre a Aemos.

—¿Kara? —exclamó Heldane de repente—. ¿Quién es Kara?

«Nadie», pensé con todas mis fuerzas.

—Hay un sexto pasajero a bordo —le informó Heldane a Osma—. Probablemente se encuentra con el sabio.

—¡Encontradlos! —gritó Osma, y la mitad de la unidad de guardias salió apresuradamente de la estancia—. Trae más escuadras a bordo si es necesario.

La nave se estremeció y dio un salto, al que siguió un tremendo sonido chirriante de metal chocando contra metal procedente de algún punto del exterior.

—¿Qué ha sido eso? —exigió saber Heldane.

Se puso en pie y se apresuró a bajar las escaleras que llevaban al puente de mando principal. El *Essene* se estremeció con fuerza de nuevo.

Osma también se puso en pie y me señaló con la punta de *Barbarizadora*.

—¡Sígueme! —me ordenó—. Vigila a los demás —le indicó al capitán de la guardia.

Seguimos a Heldane hasta el puente de mando. Fischig se unió a nosotros, así como Maxilla, al que uno de los guardias ayudaba a mantenerse en pie.

La nave se estaba escorando de forma peligrosa. Pudimos ver una imagen frontal de la estación en la pantalla principal.

El *Essene* se había desenganchado de sus anclajes y se estaba alejando lentamente del muelle. Los soportes y las torres chirriaban y se doblaban contra el costado del fuselaje de la nave.

—¿Qué es lo que has hecho? —me preguntó Osma.

—Yo no tengo nada que ver con esto —le repliqué.

Una serie de pequeñas explosiones recorrieron los puestos de control del lado derecho del enorme puente de mando haciendo caer una lluvia de

chispas y de pequeñas piezas de maquinaria sobre el suelo de mármol pulido.

Otra explosión azotó el anexo de la capilla de estribor, que contenía la cripta del astrópata, y dobló la compuerta. Uno de los servidores del timón estalló en llamas y se derrumbó. Su recubrimiento se partió en trozos.

—¡Sabotaje! —exclamó Osma con un rugido. Heldane se giró hacia Maxilla.

—¡Esto ha sido obra tuya!

—¿Mía? —gritó Maxilla—. ¿Por qué demonios iba a arriesgarme a dañar mi preciosa nave sólo por estos criminales? ¡No significan nada para mí!

—¡Me estás mintiendo, engendro metálico! —vociferó Heldane. Agarró a Maxilla por el cuello y lo levantó en el aire—. ¡Dinos qué es lo que has hecho! ¡Arréglalo! ¡Haz que tu tripulación estabilice la nave!

—Yo no he hecho nada… —logró articular Maxilla, medio ahogado.

Heldane lo arrojó por los aires hacia el otro lado del puente de mando. El inquisidor ya era fuerte de por sí, pero potenció todavía más su fuerza con el uso de la telequinesis. Maxilla se estrelló contra la pared con un impacto de potencia tal que se oyó un crujido espantoso, y Heldane lo mantuvo allí con su poder mental durante un momento angustioso, aplastándolo contra la pared de duraloy. Se oyeron numerosos chasquidos de huesos y de metal al partirse.

Luego lo dejó caer, y el cuerpo roto y fláccido de Tobias Maxilla cayó al suelo de mármol, y allí se quedó, inmóvil.

—¿Por qué has hecho eso? —le gritó Fischig.

—Cierra la maldita boca, idiota —le replicó Heldane—. Tenemos que controlar y detener esta nave.

Fischig y uno de los guardias dieron unos pasos hacia la consola con los mandos y controles principales del puente. Fischig conocía el *Essene*. Probablemente pensó que podría acceder a los motores y nivelarnos antes de que las torres y las grúas de los muelles siguieran causándole daños a la astronave.

La cripta del astrópata saltó en pedazos con una llamarada de fuego blanco que vaporizó a dos de los puestos de control del puente y lanzó por los aires a Fischig y al guardia.

Aullando y contorsionándose, reluciendo con un brillo verde incandescente que recorría su cuerpo convulso, una figura salió levitando de la cripta.

Pero no estaba aullando. Estaba riéndose. Era Cherubael.

Brillaba con tanta intensidad que hacía daño a los ojos mirarle, aunque pude distinguir que utilizaba el cuerpo de uno de los astrópatas del *Essene*. Los agujeros donde conectar las clavijas todavía seguían visibles sobre su piel, y de algunos incluso salían unos cuantos cables que colgaban a su espalda. Todos los ropajes que llevaba puestos habían ardido, pero el enorme trabajo de sustitución biomecánica era claramente visible. El cuerpo no disponía de piernas, tan sólo de un manojo de cables y conectores que se balanceaban por debajo del torso, por donde el astrópata, lo mismo que la mayoría de la tripulación de la nave de Maxilla, había quedado unido de forma permanente a los controles de la cripta en su alvéolo, incapaz de moverse.

Heldane y dos de los guardias se lanzaron a por el demonio. Los guardias rezaban a voz en grito plegarias contra la disformidad mientras le disparaban. Heldane desenfundó una espada de energía que llevaba en la cintura. Sentí los efectos secundarios de su ataque con todo su poder mental contra el demonio.

Osma se había quedado mirando al demonio completamente asombrado. Se me ocurrió de repente que Osma, a pesar de su rango y de su autoridad, probablemente no tenía demasiada experiencia de primera mano con abominaciones como Cherubael.

—Querías al huésped demoníaco, gran maestre —le dije—. Pues parece ser que aquí lo tienes.

Mis palabras le hicieron regresar de su estado de asombro, y miró a su alrededor, pero *Barbarizadora* ya estaba cruzando el aire en línea recta hacia mi mano.

—¡Hereje! —aulló.

Empuñó su martillo de energía crepitante con sus manos cubiertas por los guanteletes y se lanzó a por mí. Tenía mucha ventaja. Estaba protegido contra mis poderes psíquicos, además de disponer de una armadura, mientras que yo no disponía absolutamente de ninguna protección.

Nuestras armas resonaron al chocar. Nos separamos para atacarnos de nuevo. Él ponía una tremenda fuerza en cada uno de sus golpes, y yo todavía estaba debilitado por los ataques mentales de Heldane.

—¡No hay tiempo para esto, imbécil! —le grité—. ¡No he sido yo quien ha liberado al demonio, pero sí soy el único que puede detenerlo!

A nuestra espalda, Cherubael se carcajeó de un modo casi histérico cuando incineró a los dos guardias que le estaban disparando. Bajó flotando y se trabó en combate cuerpo a cuerpo con el enfurecido Heldane.

Osma seguía con su actitud desafiante. Desvió mi mandoble con un golpe de reverso de su martillo de energía, con tanta fuerza, que retrocedí tambaleándome y con la guardia abierta. Su siguiente golpe vino directamente contra mi cabeza, y tuve que seguir echándome hacia atrás para esquivarlo. Falló por poco. La energía del martillo me quemó una mejilla.

Y además, había perdido el equilibrio.

Caí sobre el suelo de mármol y rodé hacia un lado justo cuando el martillo bajó como un rayo y partió las grandes losas de piedra. El arma de Osma, el símbolo del martillo de su Ordo, se alzó de nuevo para efectuar el golpe letal definitivo.

Se produjo una descarga de energía, y el aire por encima de mi cabeza fue atravesado por un rayo cegador de color turquesa. Le dio a Osma de lleno en la cara y vaporizó su cabeza en un restallido de luz, trozos de hueso y tejido adiposo. Su cuerpo se desplomó en el suelo con un estampido metálico, y los restos medio fundidos de su mandíbula artificial rebotaron con un repiqueteo por la superficie de mármol del puente de mando.

Me puse en pie.

Maxilla, que seguía tirado y retorcido sobre el suelo en el mismo punto donde Heldane le había dejado caer, bajó lentamente la mano. El arma

digital del anillo que llevaba puesto en su mano elegantemente enguantada, estaba brillando.

Dirigí mi atención hacia el otro combate. Medea y Eleena habían entrado en el puente de mando junto a los demás guardias, y se habían quedado inmóviles, horrorizadas por la escena. Algunos de los guardias dieron media vuelta y salieron huyendo.

Heldane estaba retrocediendo a lo largo del puente de mando empujado por el luminoso y carcajeante demonio. Estaba atacando a Cherubael con todo lo que tenía, y el demonio se limitaba a reírse. La silueta de sus dientes se recortaba contra el tremendo brillo de la luz de la disformidad que surgía por su boca abierta.

Las ropas de Heldane estaban empezando a humear y a chamuscarse.

—¡Eleena! —grité, y ella echó a correr hacia mí. Ninguno de los atemorizados guardias intentó detenerla.

—No hay tiempo de hacer esto de forma correcta. Necesito que te quedes a mi lado para bloquear al menos una parte de su poder.

Ella se limitó a asentir y se agarró a mi abrigo con las dos manos. Estaba completamente aterrorizada, pero no titubeó.

Saqué el *Malus Codicium* del bolsillo de mi abrigo y empecé a pasar las páginas con desesperación. No podía encontrar lo que estaba buscando. ¡No podía encontrar el maldito texto que estaba buscando!

El suelo de mármol se agrietó y se abrió bajo los pies de Heldane como si fuera tierra firme resquebrajada por un terremoto. Uno de los pies se le coló dentro de la fisura y el inquisidor se tambaleó.

Cherubael lanzó un grito de alegría y palmeó las manos. El suelo se estremeció otra vez, y la grieta se cerró, atrapando a Heldane como si fuera una prensa industrial.

El inquisidor lanzó un tremendo aullido. Aulló como aúllan los condenados. Estaba atrapado en el suelo con su pierna aplastada. Cherubael avanzó hacia él.

Heldane lanzó un mandoble con su espada llevado por el terror. La hoja se fundió. Las ropas del inquisidor empezaron a arder. Quedó cubierto de la cabeza a los pies por las llamas de color verde, y se puso a aullar de

nuevo. De pie, envuelto en llamas, inmovilizado en aquel sitio, parecía precisamente un hereje al que estuvieran quemando en la hoguera.

Cherubael apartó la vista de su presa. Se aburría porque ya se estaba muriendo. Dio un salto en el aire y avanzó flotando hacia mí. Eleena dejó escapar un gemido sollozante.

—¡Quédate a mi lado! —le dije.

—Hola, Gregor —me saludó Cherubael.

Su voz era áspera y rasposa. El cuerpo del astrópata que ocupaba no había hablado durante muchos años, y los órganos de la voz se habían atrofiado de modo parcial.

—¿A que nos hemos divertido juntos, Gregor? —siguió diciéndome, con sus ojos en blanco fijos en mí.

Estaba sonriendo, pero no había ningún sentimiento cálido en aquellas órbitas de mirada vacía. Nada en absoluto, excepto una maldad ilimitada.

—Siempre me ha encantado jugar a todo esto contigo. Pero esta partida en concreto debe de haber sido toda una sorpresa para ti, ¿verdad? No esperabas verme, ¿a qué no? No has sido tú el que me ha llamado esta vez.

Se acercó más. Pude sentir, no calor, sino un frío ardiente que emanaba de su cuerpo. Yo todavía estaba pasando frenéticamente las páginas buscando lo que quería encontrar.

—Te voy a dar otra sorpresa —añadió, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Ésta es la última vez que jugamos juntos. Ya me he hartado del modo que haces trampas en todas las partidas. ¿Has visto lo que le he hecho a ese idiota de cara de caballo? Pues no te lo haré, viejo amigo. Te haré algo que realmente haga mucho, mucho daño.

Se abalanzó sobre mí, pero retrocedió de repente, como si algo lo hubiera incomodado. Había entrado en contacto con la zona muerta psíquica provocada por Eleena a su alrededor. Cherubael centró su atención en ella.

—Hola. Pero qué cosita más linda. ¡Qué cara tan bonita! Lástima que vaya a destrozarla.

—Noooo —sollozó Eleena.

—Eres un tipejo muy listo, Gregor. Siempre tienes la precaución de mantener a un intocable cerca de ti cuando vas a encontrarte conmigo. Pero ésta no es la habitual, ¿verdad? ¿Qué le ha pasado a la otra?

Abrí el libro de par en par.

—Pero ya sabes que no te podrá salvar —comentó Cherubael mientras me mostraba sus manos, donde habían comenzado a crecer unas tremendas garras afiladas de gran tamaño.

Puse bien en alto el libro y lo sostuve delante de sus ojos con las dos manos, manteniendo las hojas abiertas para que el demonio las pudiera ver con claridad.

Eran los diagramas de las cuatro runas principales de destierro. Aquello no expulsaría a Cherubael porque no habían sido invocadas del modo apropiado, pero yo estaba bastante seguro de que tan sólo el hecho de leerlas le haría bastante daño.

Cherubael chilló y retrocedió en el aire. Yo avancé un paso hacia él sin dejar de mantener el libro bien alto y abierto.

El demonio, que sufría un dolor agónico, cruzó flotando todo el puente de mando, atravesó la pantalla principal y destrozó las placas hololíticas en una lluvia de cristal y chispas. Luego rebotó dos veces en el techo, como un abejorro furioso que intentase salir por una ventana cerrada. El color de su aura en llamas pasó a ser amarillo primero para después llegar al anaranjado del fuego de una caldera.

Cherubael cayó, se estrelló contra el suelo y se abrió paso a través de él dejando atrás un agujero circular y humeante.

—Oh, amado Emperador… —jadeó Eleena.

—¡Vamos! —le grité—. No pasará mucho tiempo antes de que vuelva para intentarlo de nuevo. ¡Muévete!

Medea corrió hacia nosotros. Los últimos guardias que quedaban con vida estaban ocupados en apagar el fuego que rodeaba a Heldane con sus propias capas. Él no había dejado de gritar en ningún momento.

—¡Sácala de aquí! —le dije a Medea mientras empujaba a Eleena en su dirección—. ¡Vete al hangar de las naves! ¡Vamos!

Se apresuraron a dirigirse hacia la salida. Unas detonaciones sordas procedentes de las profundidades del *Essene* hicieron estremecerse el suelo. Empezaron a sonar múltiples alarmas. Una lluvia de chispas procedente del techo combado cayó sobre el puente de mando.

Me acerqué a Maxilla. Sus ojos parpadearon, y me miró.

—No lo decía de verdad —murmuró con una voz apenas perceptible.

—¿Decir qué?

—Le dije a esa mala bestia que ninguno de vosotros me importaba lo más mínimo, pero no lo decía de verdad.

—Lo sé.

—Gracias —me dijo, y murió.

Salí corriendo del puente de mando y entré en uno de los pasillos longitudinales principales. Una cortina de humo subía procedente de los tremendos e incalculables daños que había sufrido la nave. Vi desparramados en el suelo el armamento y las capas dejadas atrás por los guardias de Osma en su aterrorizada carrera para escapar.

Había dado una docena de pasos cuando una voz me ordenó que me detuviera.

Fischig había salido en pos de mí. Me estaba apuntando con su pistola bólter con una mano firme que no temblaba en absoluto. Estaba cubierto de sangre y de moretones provocados por la explosión que lo había derribado, pero en su rostro se podía ver un gesto de determinación absoluta. Yo había visto esa expresión con anterioridad, pero nunca había sido el objeto de su atención.

—No te muevas de donde estás —me dijo.

—¡Vámonos! Tenemos que salir de aquí. La nave se está haciendo pedazos.

—No te muevas de donde estás —me repitió.

—Ven conmigo. Te explicaré todo lo que ha pasado y verás por qué es vital que…

—Cállate —me ordenó—. Todo es mentira. Siempre ha sido mentira. ¿Sabes que has estado a punto de engañarme en el puente de mando? Casi me convenciste de que había cometido un terrible error al ir a ver a Osma. Pero después me has mostrado tus verdaderas intenciones. Has llamado a ese demonio y me has demostrado que todo lo que me temía sobre ti era cierto.

—No es ni el momento ni el lugar, Godwyn. Voy a marcharme. Ven conmigo si quieres.

Le di la espalda y empecé a alejarme.

—Gregor, por favor…

Seguí caminando. Estaba seguro de que no me dispararía. Habíamos pasado demasiadas cosas juntos. Cuando llegara el momento, no sería capaz de detenerme así.

La pistola bólter rugió. El proyectil explotó en mi rodilla izquierda. Lancé un grito y casi caí al suelo. Me quedé apoyado en *Barbarizadora*. Había sangre por todas partes. No podía creer que hubiera encontrado la fuerza de voluntad suficiente para dispararme.

Apoyé casi todo mi peso en *Barbarizadora* y me puse en pie con otro grito de dolor. Fischig disparó de nuevo, y en esta ocasión fue mi pierna derecha la que cedió, con la rodilla machacada.

Me quedé tumbado boca arriba. Podía sentir los estertores mortales del *Essene*, que se estremecía y temblaba bajo el suelo en contacto con mi espalda. Fischig apareció a mi lado, de pie.

—Para ya… —jadeé—. Llévame al hangar.

Amartilló su pistola bólter. Estaba temblando por la angustia que sentía, por la pena y la decepción, por el deber y sus creencias.

—Por favor —me dijo—. Renuncia a todo ello. Arrepiéntete de tus pecados y acepta al Emperador por el bien de tu alma. No es demasiado tarde.

—Todavía estás intentando salvarme. —Logré articular las palabras a pesar del terrible dolor que sentía—. Por la gloria bendita, Fischig… ¿De verdad me has disparado para intentar salvar mi alma?

—¡Re… Renuncia a la disformidad! —me dijo tartamudeando—. ¡Por favor! ¡Puedo salvarte! ¡Eres mi amigo, y todavía puedo salvarte de ti mismo!

—No necesito que nadie me salve —le repliqué.

Me apuntó a la cabeza con la pistola. Su dedo comenzó a apretar el gatillo.

—Que el Emperador te proteja, Gregor Eisenhorn —me dijo. Se estremeció. Una vez. Dos veces. Se tambaleó. La pistola bólter osciló en su mano, que de repente se había quedado floja, y finalmente disparó, inofensivamente, contra la pared del pasillo. Cayó de rodillas, y luego se desplomó de cara, como si estuviese rezando de modo ferviente.

Me esforcé por levantarme un poco para poder apoyar la espalda contra la pared. Tenía las piernas completamente inutilizadas y ensangrentadas.

Medea se agachó a mi lado. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Soltó la pistola de agujas que empuñaba y la dejó caer al suelo.

Kara apareció a nuestra espalda, con una carabina láser en las manos, y Eleena y Aemos siguiéndola. Todos miraron horrorizados la imagen que ofrecíamos Fischig y yo.

Aemos estaba pálido como un muerto, y se apoyaba en mi bastón rúnico como si fuera un peregrino penitente.

—Ayudadme a levantarme —dije apretando los dientes.

Kara y Medea me pusieron en pie entre las dos. Miré a Aemos.

—¿Has sido tú quien ha invocado a Cherubael? Has sido tú, ¿verdad? Lo invocaste para que entrara en el cuerpo de uno de esos pobres astropátas, ¿no es cierto?

—Iban a hacernos quemar como herejes —me dijo en voz baja—. Y entonces no hubiéramos podido detener a Glaw.

—Pero Uber, ¿cómo has podido realizar los rituales necesarios? Ya no tenías el libro para ello.

—Ese libro —exclamó Aemos con un suspiro—. Ese maldito libro, ahora está todo aquí —dijo mientras se tocaba su frente arrugada con un dedo huesudo.

Lo había memorizado. A lo largo de todas aquellas semanas de estudio, había memorizado el *Malus Codicium*. Gracias al virus mnemónico que había contraído hacía ya tanto tiempo, era un adicto a los datos. Aquello era lo que le convertía en un sabio tan magnífico. Y su adicción le había obligado a tomar una sobredosis.

—¿Has memorizado todo el libro?

—Palabra… —tragó saliva antes de seguir—, por palabra.

Sentimos otra explosión estremecedora y una bocanada de aire caliente recorrió todo el pasillo.

—¿Nos vamos a quedar todo el día aquí como ninkers, o vamos a largarnos de esta nave? —exclamó Kara mientras se agarraba con más fuerza a mí.

—Creo que eso sería lo mejor —le dije, mostrándome de acuerdo.

Pero el camino de salida estaba bloqueado. Cherubael había regresado a por mí.

Su maligno paso arrasador casi había acabado ya con el *Essene*. Todavía estaba furioso por el dolor que sentía y que yo le había provocado. Ni siquiera hablaba ya.

Se lanzó por el corredor hacia nosotros. No podía sacar el *Malus Codicium*. Ya tenía bastante con mantenerme de pie.

Eleena lanzó un grito de terror. Yo lancé una maldición, indefenso e inútil.

Aemos avanzó tambaleante y se colocó entre nosotros y el engendro de la disformidad que nos atacaba. Apoyó con fuerza el bastón rúnico en el suelo y bajó la punta hacia Cherubael. Sabía lo que debía hacer. Que el Emperador tenga misericordia de él, pero sabía mejor que yo lo que había que hacer.

Se produjo una descarga de energía y de luz tan poderosa que estaba más allá del sonido. El cuerpo que albergaba al demonio se desintegró,

arrojando sobre nosotros una lluvia de carne achicharrada, huesos quemados y restos biónicos ennegrecidos.

Aemos y el bastón rúnico se estremecieron de un lado a otro al mismo tiempo que los dos quedaban iluminados por las descargas de los fuegos eléctricos que restallaron y los recorrieron de arriba abajo.

Los últimos arcos de electricidad se desvanecieron sobre el suelo. Aemos se quedó de pie donde se había plantado, con el bastón rúnico en la misma posición en que lo había estado empuñando. Una pequeña voluta de humo surgió de la pieza de la punta.

—¿Aemos?… ¡Aemos!

—Lo he… desposeído… del cuerpo… momentáneamente —dijo Aemos sin darse la vuelta. Su voz sonaba débil y parecía pronunciar las palabras con un esfuerzo enorme—. Así que… está débil… y… confundido… pero no estará… mucho tiempo… así… Necesitamos… un… huésped… apropiado… para que… lo ocupe.

Se dio la vuelta y quedó cara a cara con nosotros. La destrucción del cuerpo del astrópata había chamuscado sus ropas y le había arrancado las gafas.

—¿Qué has hecho con el ser? —le pregunté.

No me respondió. El esfuerzo hubiera sido demasiado grande. Aemos sólo me diría dos palabras más en su vida.

—Aemos, ¿qué has hecho con el ser? —le repetí.

Abrió los ojos. Los tenía en blanco. Completamente en blanco.

Tardamos diez minutos en asegurar el huésped demoníaco, diez minutos de los que, en realidad, no disponíamos. Estaba entorpecido por el hecho de que no me podía mover sin ayuda. Eleena tuvo que sostenerme el *Malus Codicium* mientras yo realizaba el ritual y pintaba los signos, las runas y los símbolos de protección. Recordé los preparativos apresurados que llevé a cabo en la playa de Miquol.

—¡Date prisa! —dijo Kara con un tono de voz urgente.

—¡Ya está! ¡Listo! Aemos, ¿¡puedes oírme!? ¡Ya está!

Sus viejas manos estaban temblando. Bajó el bastón rúnico. Pude ver que su boca intentaba formar las palabras pero que no podía lograrlo.

Yo ya conocía esa parte. El encantamiento, la letanía, admonición contra el mal. Las palabras finales y definitivas.

—*In servitutem abduco*, ¡te encierro para siempre en este huésped!

Medea casi quemó los retrorreactores de la gran pinaza de Maxilla para hacernos salir del puente del hangar. Toda la nave se estremeció. No tenía la potencia de nuestro antiguo cúter artillado, pero Medea le sacó hasta la última brizna de empuje que pudo.

Habíamos logrado llegar a unos dieciséis kilómetros de distancia del *Essene* cuando tuvo lugar la primera convulsión verdadera. El majestuoso y veloz carguero del tipo Isolda, el orgullo de su propietario, nos parecía un cascarón negro, iluminado desde su interior por los tremendos fuegos atómicos, mientras iba dejando atrás un reguero de restos cuando se dirigía tambaleándose lentamente, al encuentro del gigante de gas.

Vimos un pequeño resplandor, y después otros dos, casi simultáneos, como un parpadeo. Luego apareció un punto blanco en el lugar donde se encontraba el *Essene*, que fue creciendo y creciendo para convertirse en una línea blanca que se hizo cada vez más brillante y alargada, acercándose más y más, hasta que pudimos distinguir que era el borde llameante de un enorme disco en expansión producido por una explosión termonuclear.

La pinaza se estremeció de un lado a otro con una fuerza tremenda, como si fuera un sonajero en la mano de un niño emocionado, cuando la onda de choque pasó a nuestro alrededor.

Luego, todo quedó en silencio y tranquilo. El *Essene* había desaparecido.

Aemos estaba hecho un ovillo en uno de los asientos de aceleración elevada del espacio para los pasajeros de la pinaza. Tenía los ojos cerrados, y su respiración era entrecortada y fatigosa.

Kara me ayudó a colocarme en el asiento a su lado. Ella me estaba diciendo algo sobre la urgencia de mejorar los torniquetes y las vendas que tenía en las piernas, pero lo cierto es que yo no estaba escuchándola.

—¿Uber?

Abrió los ojos como si le hubiera despertado de un sueño. Eran sus ojos de nuevo. Inyectados en sangre, viejos, que parpadeaban para poder enfocar la vista sin las gafas.

El sonido de su respiración empeoraba por momentos.

—Aguanta —le dije—. Hay una unidad médica portátil en la sección de carga. Eleena está intentando ponerla en marcha.

Murmuró algo y tragó saliva.

—¿Qué? —le pregunté.

Me sorprendió al agarrarme de la mano, que tenía llena de sangre. Me la apretó con fuerza. Giró lentamente la cabeza y miró de reojo al huésped demoníaco que habíamos creado juntos. Estaba sentado, atado con los cinturones del asiento, al otro lado del pasillo de pasajeros, con la cabeza agachada y aletargado.

—Muy… —me susurró—. Muy inquietante…

Iba a contestarle cuando sentí que su mano se relajaba, y que su respiración se detenía. Mi más antiguo amigo había muerto.

Me recliné en el asiento y me quedé mirando al techo del compartimento de pasajeros. Las emociones que había estado conteniendo salieron a raudales y me inundaron por completo.

Me sentí frágil, como si estuviera hecho de papel. Sabía que había perdido una enorme cantidad de sangre.

El dolor que sentía en las piernas era como fuego, pero no era nada comparado al dolor que sentía en mi alma.

Oí a Kara gritar mi nombre. Lo gritó de nuevo. Oí a Eleena pedirme que les dijera algo.

Pero el vacío se abalanzó contra mí como una pared, y ellas estaban demasiado lejos para que yo las oyera bien.



DIECINUEVE

EN LAS ESTANCIAS DE YSSARILE
HOJAS DE OSCURIDAD
EN NOMBRE DEL SAGRADO DIOS-EMPERADOR

Alguien, en algún lugar, estaba disparando una de aquellas malditas catapultas shuriken. Pude distinguir el zut, zut, zut del mecanismo lanzador de proyectiles y los leves y agudos sonidos de los mismos.

Me di cuenta de que tenía sangre en la boca. Ya me preocuparía de eso más adelante. Crezia se enfadaría, sin duda alguna.

—No deberías estar haciendo esto —me advirtió con dureza en la enfermería del Hinterlight.

Bueno, pues se equivocaba. Aquello era una misión para el Emperador. Aquélla era mi misión.

—Avanzad —dijo Nayl por el intercomunicador—. Veinte pasos.

—Recibido —contesté.

Di un paso adelante. Todavía me costaba mucho trabajo, y seguía sorprendiéndome mucho la forma tan condenadamente lenta con que

avanzaba mi cuerpo. Las abrazaderas ortopédicas de diseño primitivo que rodeaban mis piernas y mi torso pesaban demasiado y me obligaban a avanzar a grandes pasos, como si fuera un ogro de los mitos antiguos.

O como un titán de combate, pensé con arrepentimiento. Un pesado paso tras otro, marchando lentamente hacia mi destino.

Fue lo mejor que Antribus y Crezia pudieron lograr dada la escasez de tiempo y de recursos disponibles. Crezia había intentado convencerme con insistencia de que me quedara confinado a la zona de soporte vital hasta que pudiera ser llevado a una instalación imperial más avanzada.

Yo había insistido en recuperar la movilidad.

—Si intentamos arreglarlo ahora de mala manera —me dijo ella—, a la larga será peor. Para lograr que te pongas a caminar ahora, tendremos que realizar una serie de operaciones que nada podrá arreglar más tarde, sin importar lo bueno que sea el cirujano.

—Tú hazlo —le dije.

Estaba dispuesto a sacrificar la sofisticación protésica si con ello lograba atrapar a Pontius Glaw. Lo único que necesitaba era funcionalidad.

Barbarizadora retembló en mi mano derecha cuando sintió una bioaura, pero me quedé tranquilo. Se trataba de Kara Swole.

Ella estaba regresando al trote hasta mi posición. Iba equipada con una armadura ceñida de color verde y un grueso chaleco antifragmentación acolchado. Tenía puesto un visor antipolvo, y llevaba colgado del hombro un cañón automático compacto.

—¿Todo bien, jefe? —me preguntó.

—Estoy bien.

—Pareces…

—¿Qué?

—Cabreado.

—Gracias, Kara. Probablemente estoy enfadado porque tú y Nayl os lo estáis pasando en grande al ir de avanzadilla.

—Bueno, pues Nayl piensa que deberíamos cerrar líneas.

Me puse en contacto con el segundo elemento de nuestra fuerza. En menos de dos minutos, Eleena y Medea se habían reunido con nosotros.

Junto a ellas llegaron Lief Gustine y Korl Kraine, dos hombres del grupo de Gideon que habíamos incluido como refuerzos, además del arqueólogo mercenario de Gideon, Kenzer.

—Avanzad —les dije.

—¿Se las apaña bien, señor? —me preguntó Eleena.

—Estoy bien. De verdad. Me gustaría que dejarais de… —Me callé—. Estoy bien, Eleena, gracias.

Todavía seguían preocupados por mí. Tan sólo habían pasado tres semanas y media desde la matanza de Jeganda. Sólo llevaba en pie desde hacía cinco días. Todos se habían mostrado de acuerdo, aunque sin mostrármelo a las claras, en que debería haber seguido el consejo de Crezia y dejado la resolución de aquel asunto en manos de Ravenor.

Bueno, ésa era una de las ventajas de ser el jefe. Yo tomaba las jodidas decisiones. Pero no estaba enfadado en absoluto con ellos por mostrarse preocupados. Si no hubiese sido por los esfuerzos denodados de Kara y de Eleena a bordo de la pinaza, yo habría muerto. Se me paró el corazón dos veces. Eleena, la única con el mismo tipo sanguíneo que yo, incluso tuvo que donar sangre a última hora.

Mi grupo, que se había estado deshaciendo, estaba uniéndose más que nunca.

—Vamos a aligerar el paso —le dije—. No quiero que Nayl y Ravenor se lleven toda la gloria.

—Te sigo, Patas de Hierro —me replicó Medea en tono de guasa.

Kara soltó una pequeña carcajada, pero fingió que tenía problemas con su máscara filtrante.

—No puedo ni imaginarme cómo piensas salirte con la tuya con ese mote —le comenté.

Oímos de nuevo el zumbido de los disparos de las catapultas shuriken. Sonaba cerca, y el ruido nos llegaba a través del laberinto del desfiladero.

—Alguien se lo está pasando en grande —dijo Gustine. Gustine, que llevaba una gran barba, probablemente para ayudarle a disimular las terribles cicatrices que parecían cubrir todo su cuerpo, era un antiguo guardia imperial que primero pasó a ser luchador profesional, luego

cazador de recompensas y por último, soldado de la Inquisición. Me dijo que era originario de Raas Bisor, en Segmentum Tempestus, pero yo no tenía ni idea de dónde estaba ese planeta. Aparte de que estaba en el Segmentum Tempestus. Gustine llevaba puesta una pesada armadura ablativa de color gris, y estaba armado con un viejo rifle láser del tipo IG con aspecto de haber sido reparado muchas veces.

Llevaba bastantes años con Ravenor, así que confiaba en él. Nos llegó otra vez el eco de los sonidos siseantes, superpuestos a los de las descargas de láser.

—Los amigos de Ravenor —comentó Medea.

Ninguno de nosotros nos sentíamos cómodos con la presencia de los eldars. Seis de ellos habían llegado a bordo de la nave de Gideon para servir como guardaespaldas del gran vidente. Altos, demasiado altos, con una delgadez inhumana, silenciosos, se mantenían apartados en la sección de la nave que se les había asignado. Guerreros especialistas los había llamado Gideon, fuese lo que fuese lo que quería decir aquello. Las crestas de plumas de sus grandes cascos recurvados les hacían parecer todavía más altos con la armadura puesta.

Se desplegaron en la superficie del planeta con Ravenor, el gran vidente y tres miembros más del equipo de Ravenor.

Un tercer equipo de asalto de seis miembros bajo el mando del segundo de Ravenor, el teniente Rav Skynner, se encontraba más o menos a un kilómetro al oeste de nosotros.

Ghül, o 5213X según su código de la Cartografía Imperial, no se parecía en nada a lo que yo me había imaginado. No tenía ninguna similitud con el mundo que había entrevisto en la mente de María Tarray, un planeta reseco donde las ciudades primigenias se encontraban enterradas bajo enormes capas de ceniza. Supongo que eso se debía a que lo que yo en realidad había visto era su propia concepción imaginada del lugar. Ella nunca lo había visto en realidad. No había vivido lo suficiente para tener esa oportunidad.

Me pregunté si Ghül encajaba con la imagen de la visión del gran vidente. Probablemente. Los eldars me parecían unos cabrones

innecesariamente precisos.

Nos acercamos al planeta siguiendo una ruta amplia y sigilosa. El Hinterlight estaba equipado con unos campos de ocultación que Ravenor se mostró remiso de explicarme, pero yo supuse que tendrían algo que ver en parte con el poder terrible de su propia mente. Los sensores de alta frecuencia habían localizado una astronave que flotaba en órbita elevada alrededor del planeta, un carguero comercial independiente de tamaño considerable que no pareció darse cuenta de nuestra presencia.

Ghül en sí mismo era invisible, o casi invisible. Nunca he visto un planeta que pareciera tanto no estar donde estaba. Era tan sólo una sombra recortada contra el firmamento estrellado, un eco de materia apenas discernible. Incluso por el lado que le daba el sol aparentaba no tener ninguna forma verdadera. Parecía absorber la luz y no dejar escapar nada.

Cuando Cynia Preest, la capitana de la nave de Ravenor, nos trajo los primeros resultados de las exploraciones de la superficie para que los estudiáramos, pensamos que nos estaba enseñando las imágenes del primer plano del juguete de un niño.

—Es un laberinto —recuerdo que dije.

—Un rompecabezas…, como unos engranajes —opinó Ravenor.

—No, es como una pepita de fruta grabada —dijo Medea. Todos nos giramos para mirarla.

—¿Las obras del Señor en el corazón de una piedra? —nos preguntó—. ¿Alguien sabe de lo que hablo?

—Quizá sería mejor que nos lo explicases —le indiqué.

Y eso fue lo que hizo durante un rato, hasta que comprendimos la idea. Al parecer, los ermitaños de Glavia creen que no existe mayor expresión de su amor por el Emperador que inscribir toda la Plegaria Imperial en las pepitas de sekerry. La sekerry, y de eso nos enteramos allí también, era una fruta dulce y blanda típica de verano que sabía un poco a una mezcla entre el membrillo y el turrón. Era parecida a la manzaniata, nos comentó para precisarnos el sabor. Las pepitas eran más o menos del tamaño de las perlas.

Por suerte, nadie cometió el error de ocurrírsele preguntar qué era una manzaniata.

—No sé cómo lo hacen —nos siguió explicando Medea—. Lo hacen a simple vista, con una aguja pequeña. Ni siquiera creo que sean capaces de ver lo que están haciendo. Y sin embargo, cuando nos enseñaban las imágenes aumentadas de esas pepitas en la scholam, ¡podías leer todas y cada una de las palabras! ¡Todas, todas las palabras! Las obras del Señor en el corazón de una piedra. Pegadas las unas a las otras, apretadas y compactas, utilizando hasta el más mínimo rincón de espacio. Nos enseñaron que las pepitas de plegarias eran una de las Diecinueve Maravillas de Glavia, y algo de lo que deberíamos sentirnos orgullosos.

—¿Las Diecinueve Maravillas de Glavia? —le preguntó Cynia.

—¡Por el Trono Dorado, no hagas que empiece! —grité yo. Sin embargo, la comparación de Medea tenía algo de cierto.

La superficie de Ghül había sido tallada, o eso parecía a primera vista. Una esfera negra perfecta, con toda su superficie grabada con unas líneas estrechas, profundas y entrelazadas. En realidad, cada una de esas líneas era un barranco de lados pulidos, de unos doscientos metros de ancho y unos novecientos metros de profundidad.

Estuve pensando en la descripción de Medea y recordé el mapa que había visto durante la sesión de espiritismo en Promody, y el modo en que las anotaciones habían acabado tomando la misma forma que el mapa mientras se esforzaba por descifrarlo.

Decidí que era perfectamente posible que la superficie de Ghül hubiese sido tallada. Toda la cultura de los disformes y, desde luego, su lenguaje, había sido desarrollada utilizando expresiones relacionadas con lugar y localización. Me imaginé que la pared grabada que había visto en aquella sesión de espiritismo formaba parte en realidad de todo un conjunto de líneas laberínticas originarias de una época en la que Promody se había parecido a Ghül, su planeta capital.

Los sensores de Cynia Preest habían localizado registros de calor y de movimiento en una zona de la superficie. Organizamos los equipos de ataque y nos preparamos para descender al planeta. La capitana del Hinterlight había recibido órdenes de tomar como objetivo la nave mercante enemiga y de prepararse para destruirla.

Nuestras tres aeronaves, la pinaza y dos transbordadores del hangar de Ravenor, habían bajado hasta la escasa atmósfera y habían sobrevolado a baja altura su superficie geométrica y perfecta, con sus sombras destacando apenas sobre las secciones llanas y oscuras y sus profundas simas.

Aterrizamos en unos desfiladeros adyacentes a la zona objetivo.

La primera sorpresa que tuvimos fue que el aire era respirable. Todos íbamos equipados con trajes de vacío y máscaras recicladoras.

—¿Cómo es posible? —preguntó Eleena.

—No lo sé.

—Pero es tan improbable… Quiero decir que no es factible —casi tartamudeó.

—Sí, sí que lo es.

La segunda sorpresa fue el descubrimiento de que Medea estaba en lo cierto.

Kenzer se había arrodillado con su auspex en uno de los lados del desfiladero y se había puesto a estudiar la relación geométrica entre el suelo del precipicio y la pared que lo formaba.

No necesitaba que me dijera que era perfecta. Suave. Exacta. Trabajada. Tallada.

—El ángulo entre el suelo y la pared es de noventa grados con un margen de precisión tal que… Bueno, es tan preciso que se sale de la escala del auspex. ¿Quién… quién podría lograr algo semejante? —logró decir Kenzer completamente asombrado.

—¿Los ermitaños de Glavia? —bromeó Medea.

—Si dispusieran de rayos de fusión de astronaves, un planeta que les sobrara y unos recursos de energía ilimitados —le contesté—. Además, aclárame esto: ¿quién pulió la superficie del planeta antes de empezar todo este trabajo?

Avanzamos a lo largo del desfiladero. Se curvaba suavemente hacia el oeste, como un río antiguo que hubiera profundizado sus orillas. Mucho antes, en KCX-1288, cuando me enfrenté a los saruthi, me había sentido desconcertado por su falta de geometría angular. En aquella, en Ghül, me sentí inquieto por todo lo contrario. Todo era tan jodidamente preciso, cuadriculado, sin señales ni marcas. Tan sólo una pequeña y leve capa de polvo depositadas en el amplio espacio del suelo de la garganta sugería alguna clase de antigüedad.

Alcanzamos a Nayl.

—Saben que estamos aquí —dijo refiriéndose a los sonidos de combate en el desfiladero cercano.

—¿Tienes idea de cuántos son? —le pregunté.

—Ni por asomo, pero el grupo de Skynner también se ha visto metido en problemas. Vessoritas, o eso cree. Están equipados con armadura de caparazón y armados hasta los dientes.

—Entonces, será mejor que vayamos con cuidado.

Intenté ponerme en contacto con Ravenor, pero utilizando mis poderes mentales en vez del intercomunicador.

¿Situación?

LOS GUERREROS ESPECIALISTAS HAN...

Eh, eh, eh... más flojo, Gideon.

Lo siento, a veces olvido que tú...

¿Yo qué?

Que estás herido, eso quería decir. Los guerreros especialistas ya han entrado en combate. Aquí estamos bastante liados.

Pude sentir las punzadas de energía que fluctuaban bajo el nivel de comunicación cuando canalizaba parte de sus poderes mentales a los cañones psíquicos de su silla de energía.

¿El enemigo?, le pregunté.

Jenízaros vessoritas y algunos mercenarios de los habituales. Hemos…

La comunicación se interrumpió. Lo único que se oyó durante unos momentos fue una chirriante oleada de distorsiones.

Lo siento —dijo tras unos instantes—. *Han utilizado alguna clase de arma de fusión. Está claro que no nos quieren por aquí.*

¿Aquí, dónde?

Me envió una secuencia de coordenadas de mapa. Tomé la placa de mapas de manos de Nayl e introduje los datos.

Se trata de una estructura —siguió comunicándome Ravenor—. *Está delante de nosotros y a vuestro suroeste. Está construida sobre el extremo final de uno de los cruces de los desfiladeros. Aunque no puedo ver cómo. No hay puertas. Sin embargo, está claro que los vessoritas están saliendo de algún sitio. Debe de haber una entrada oculta.*

Se produjeron nuevas distorsiones. Luego se puso en contacto otra vez.

Los vessoritas están luchando como locos. Mi vidente dice que ya se han ganado el respeto de los guerreros especialistas.

—¿Mi vidente? —pregunté.

Envíalo de nuevo. No lo entendí del todo.

Nada, Gideon. Vamos a intentar llegar por vuestro flanco, a lo largo de la intersección noroeste del desfiladero.

Recibido.

¡Vamos!, ordené.

Todos sufrieron un pequeño sobresalto, todos menos Eleena. Me di cuenta de que todavía estaba utilizando mi poder mental. Torpe y descuidado. Estaba cansado y dolorido, pero no era excusa suficiente.

—Perdón —les dije volviendo a utilizar mi voz—. Vamos a seguir avanzando. Esta garganta gira hacia el suroeste y se cruza con otras dos. La localización del objetivo se encuentra en esa intersección, o eso cree Gideon.

Apresuramos la marcha, atravesando la profunda sombra del desfiladero.

—¡Por la gloria! —exclamó Kenzer de repente. Estaba mirando hacia arriba.

Unos brillantes resplandores iluminaron la noche llena de estrellas enmarcada entre los dos bordes de la garganta. Se esparcían adelante y atrás como chorreones de leche derramada sobre tinta. La astronave de Glaw, advertida de nuestra presencia, había presentado batalla y el Hinterlight había respondido a la amenaza. Unos enormes parpadeos de luz iluminaron el firmamento como si estuviese lleno de aparatos estroboscópicos.

—No me gustaría estar ahí arriba —comentó Korl Kraine.

Era un individuo nacido en una ciudad colmena que no había servido en ninguna clase de milicia formal. Su lealtad era primero para Ravenor, y para su clan de la colmena Tan Nueve, de Tansetch, en segundo y último lugar. Era un hombre bajo y de tez pálida, que iba equipado con un chaleco antifragmentación recortado. Tenía la piel teñida con los colores de su clan, y sus ojos no eran más que unas prótesis baratas. Llevaba un collar hecho con dientes humanos, lo que era una ironía, ya que sus propios dientes estaban fabricados con ceramita.

Kraine alzó su rifle automático Tronsvasse con mira telescópica nocturna y avanzó de un modo escurridizo. Había vivido en un laberinto de calles oscuras en su ciudad natal hasta que Ravenor lo reclutó, así que se había adaptado perfectamente a aquella penumbra.

El sonido de los disparos de catapulta shuriken se hizo más fuerte. Había varias de ellas en funcionamiento, enzarzadas en un canto a dúo con los rifles láser. Distinguí el estampido de una granada.

Kenzer, el arqueólogo, se estaba retrasando. No era parte del equipo oficial de Ravenor, tan sólo se trataba de un experto pagado para ayudarnos en Promody. No me caía demasiado bien. No tenía mucha personalidad y tampoco estaba muy comprometido con nuestra misión.

No me hacía falta leerle la mente para saber que había venido con nosotros para poder disfrutar de la fortuna en potencia que representaban

las investigaciones relativas a Ghül.

—¡Date prisa! —le grité.

Me estaba empezando a doler bastante la espalda, y tenía sangre en la boca otra vez.

Kenzer estaba agachado en la base de uno de los lados de la garganta trasteando con su escáner de mano.

Ordené que nos paráramos, y regresé hasta donde estaba él dando unos grandes pasos pesados. Mis pesadas botas, reforzadas con la armazón metálica del montaje que me permitía andar, levantaban nubes de polvo. Realmente era Patas de Hierro.

Creo que lo que más me molestaba no era el aparatoso armazón de metal, ni los pasos tan ridículos que me obligaba a dar, ni siquiera la hemorragia de motivo desconocido que me empezaba a llenar de nuevo la boca.

No, lo peor era el cráneo pelado.

No me podía acostumbrara ello. Crezia se había visto obligada a afeitarme la cabeza para implantarme el puñado de cables neurales y de conexiones sinápticas que hacían funcionar la armazón que rodeaba mis piernas. Estuvo enfadada a lo largo de todo el proceso de implante. Era bastante primitivo, incluso para los niveles habituales del Imperio, pero estábamos en mitad de la nada, y había sido lo mejor que habían podido lograr entre ella y Antribus.

La necesidad obliga, como suele decirse.

Estaba completamente calvo, y tenía la parte trasera del cráneo casi en carne viva, me escocía y estaba llena de los enchufes y las conexiones de enlace implantadas en la médula espinal que mis fieles doctores habían instalado para que la estructura adosada a mis piernas funcionase. Los cables cubiertos de acero salían de mi cabeza y me bajaban por la espalda hasta el servomotor lumbar de la armazón. Los cables agrupados estaban grapados a la piel de mi espalda, como si fueran una trenza artificial.

Me acostumbraría a ello con el tiempo. Eso si tenía tiempo. Y si no me quedaba tiempo, ¿qué importaba?

Me paré al lado de Kenzer, y lo cubrí con mi sombra.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto y efectuando una grabación, señor —parloteó—. Aquí hay una señal. Hasta ahora, las paredes han estado completamente lisas.

Miré hacia abajo. Me costaba mucho trabajo agacharme.

—¿Dónde?

Sacó una brocha para quitar polvo de su mochila de herramientas y apartó la capa de suciedad que la cubría.

—¡Aquí! —exclamó.

Se trataba de una pequeña espiral grabada sobre la superficie pulida de la roca.

Parecía una versión a pequeña escala del mapa que habíamos visto en Promody, o una versión realmente diminuta de la superficie laberíntica del planeta.

—Date prisa en grabarla y sigue avanzando —le dije. Me di la vuelta —. Vámonos —ordené con voz seca por encima del hombro.

Kenzer gritó. Se oyó una ráfaga de disparos láser.

Giré en redondo de forma inmediata. Kenzer estaba tirado sobre el suelo del desfiladero, destrozado por los disparos láser. Sólo era parcialmente reconocible, tal había sido la ferocidad de los disparos a quemarropa que había recibido. El amplio charco de sangre en aumento que salía de su cadáver empapaba el polvo del suelo.

No había señal de ningún atacante.

—¿Qué demonios?

Tenía empuñada a *Barbarizadora*, que se había estremecido momentos antes, pero que en aquellos instantes estaba inerte.

Nayl se agachó cerca de mí, con su arma pintada de negro mate cubriendo toda la zona que rodeaba al cadáver.

—¿Cómo, en el nombre de Terra, ha ocurrido? —me preguntó—. ¿Lief? ¿Korl? ¿Por arriba?

Volví la vista atrás. Gustine y Kraine estaban caminando de espaldas observando con atención la parte superior del desfiladero.

—Nada, no hay tiradores en la parte de arriba —me informó Gustine.

Le di una fuerte palmada a la fría superficie de piedra de la pared de la garganta justo por encima de la señal que había descubierto Kenzer. No cedió ni un ápice.

Avanzamos un poco más siguiendo la curva del desfiladero. Kraine iba detrás cubriéndonos las espaldas. Después de avanzar unos cincuenta metros, lanzó un grito.

Me giré justo a tiempo para verle en un tiroteo cara a cara con dos jenízaros vessoritas con armadura de caparazón completa. Kraine dio varios pasos hacia atrás trastabillando cuando recibió repetidos impactos en el torso, pero logró seguir disparando. Pude acertarle con una ráfaga en la cara a uno de sus adversarios vessoritas antes de que el otro le disparara en el corazón y lo derribara.

Nayl y Medea ya estaban disparando. El vessorita que quedaba cambió de objetivo y disparó otra salva, acertando de refilón tanto a Eleena como a Nayl.

Pero a continuación, saltó hacia atrás varios metros cuando el cañón de Kara le destrozó el cuerpo.

—¡Comprueba cómo están! —le ordené señalando a Eleena y a Nayl.

A Nayl le había rozado en el brazo izquierdo, y Eleena tenía una herida leve en el muslo izquierdo. Ambos insistieron en que se encontraban bien. Medea abrió el botiquín de campaña que llevaba para sacar unas cuantas vendas.

Miré los cadáveres, tanto el de Kraine como los de los vessoritas. Gustine apareció a mi lado.

—¿De dónde jesh salieron? —me preguntó.

No le contesté. Saqué el bastón rúnico de su funda de cuero por encima de mi cabeza, y lo agarré con fuerza mientras dirigía un poder mental contra la pared del desfiladero. El polvo y la suciedad de eones salieron volando en todas direcciones, y pude distinguir otra marca en espiral en la pared, como la que había encontrado Kenzer.

—Mapas —dije en voz alta.

—¿Qué, señor? —inquirió Lief.

Me agaché un poco. Me escupí un poco de saliva en los dedos y luego los pasé por las marcas de la espiral. Intenté hacer caso omiso del hecho de que había un rastro de sangre en la saliva.

—No me extraña que Ravenor no pudiera encontrar una puerta. No estamos mirando en la dimensión adecuada.

—Perdone, pero ¿de qué mierda está hablando? —me preguntó Lief.

Me gustaba. Siempre era sincero.

—Los disformes concebían el lugar y el momento de un modo que nosotros no podemos ni imaginarnos. Después de todo, eran disformes. Vemos todo esto como un entramado geométrico de desfiladeros matemáticamente precisos, pero no lo es. Tiene cuatro dimensiones…

—¿Cuatro? —balbuceó Gustine, sin estar muy seguro.

—Ah, cuatro, seis, ocho… ¿Quién sabe? Piensa que es… que es una prenda tejida.

—¿Una prenda tejida, señor?

—Sí, con todos esos hilos gruesos entretejidos con un diseño complejo.

—Vale…

—Ahora imagínate las agujas de tejer que lo hicieron. Sólo las agujas. Grandes, duras y simples.

—Vale… —dijo Medea uniéndose a la conversación.

—Este planeta simplemente es las agujas de tejer. Duro, rígido, simple. La realidad de Ghül es la prenda tejida por ello, algo que no podemos ver, algo complejo y suave, entrelazado alrededor de las agujas.

—Lo siento, señor, pero me he perdido —me respondió Lief Gustine.

—Perdido —dije—. Eso es exactamente. Estas señales en las paredes son como mapas en miniatura, donde se explica cómo se puede entrar y salir de la realidad general.

Gustine asintió, como si lo comprendiese.

—Vale… Entonces, empezando de nuevo, ¿de dónde jesh han salido los jenízaros? —me preguntó.

Le di una palmada a la pared.

—De aquí. Por aquí.

—¡Pero eso es roca sólida!

—Sólo para nosotros —le contesté.

En cuanto retomamos la marcha, formamos un recuadro que cubría todos los lados, como una de aquellas falanges de lanceros de las guerras primitivas de antaño. El sonido del combate en el que estaba envuelto Ravenor se hizo frenético. Nayl me informó con preocupación de que no podía ponerse en contacto con Skynnerni con ninguno de los miembros de su escuadra.

Todos nos dedicamos a observar con atención las paredes para descubrir nuevas marcas.

—¡Aquí, señor! ¡Aquí! —gritó Kara.

Me acerqué presuroso a la marca que había descubierto.

—Espera —le ordené.

La roca pulida se abrió como en un parpadeo. De repente, ya no estaba allí. Un jenízaro vessorita con armadura de combate de caparazón salió con el arma levantada.

Nayl le abatió en el acto de un solo disparo. Pero llegaron más después de aquél.

Medea empezó a disparar. Otros dos mercenarios habían aparecido del mismo modo repentino en la pared del desfiladero que estaba a nuestras espaldas.

No teníamos cobertura. Ninguna clase de maldita cobertura.

Instantes después, nos disparaban desde un tercer punto.

Yo ya había desenfundado la gran pistola automática de la clase Hecuter que había tomado prestada de la armería del Hinterlight. El viejo rifle láser de Gustine estaba disparando a mi lado, y Eleena estaba vaciando el cargador alargado de su pistola en fuego semiautomático.

Nos habían estado acechando uno por uno hasta aquel momento. Aquello ya era una emboscada en toda regla y a gran escala. Conté al menos quince jenízaros, además de un ogrete equipado con un arma

pesada. Nayl cayó al suelo, herido en un muslo, pero siguió disparando. Un rayo láser rebotó en la armazón que me rodeaba la pierna izquierda.

Había llegado el momento de igualar los equipos.

—¡Cherubael! —ordené.

Había estado flotando por encima de nosotros, siguiéndonos como una cometa, pero descendió en ese preciso instante, tomando velocidad y empezando a brillar.

Había sido mucho más cuidadoso en la creación de aquel huésped demoníaco. Aemos y yo lo habíamos hecho mediante unos rituales precipitados y muy básicos en aquellos últimos minutos a bordo del *Essene*, y yo había trabajado sobre aquellos preparativos y fortalecido las runas y las señales místicas para reforzar su obediencia. Aquel huésped demoníaco no podría tener ninguna clase de malicia caprichosa parecida a la que había poseído en ocasiones anteriores. No se rebelaría. No se convertiría en un ser medio incontrolable que tendría que ser vigilado de forma constante. Estaba atado y sometido con protecciones triples, y sería totalmente servicial. Me gustaba pensar que aprendía de mis errores, al menos, a veces.

Por supuesto, había que pagar un precio por aquella clase de seguridad. Aquel Cherubael podía manifestar mucho menos poder, lo que era una consecuencia directa de sus ataduras reforzadas. Pero poseía suficiente poder. Más que suficiente.

Se abalanzó sobre el enemigo del desfiladero, dejando la estela de una llamarada de disformidad tras su cuerpo horizontal, y aniquiló a uno de los grupos de atacantes con una tormenta borrosa de éter. He de decir que los vessoritas ni siquiera gritaron, pero se desmoralizaron y empezaron a retroceder.

El ogrete comenzó a disparar su arma pesada contra el demonio que le atacaba. Los impactos rebotaron en Cherubael como si fueran pétalos de flores. Le clavó las garras en el pecho a aquel ser semihumano y aullante, y levantó a la pesada criatura del suelo.

Y la arrojó hacia arriba. El ogrete ascendió. Simplemente ascendió y siguió ascendiendo.

Cherubael cambió la dirección de su ataque y flotó a pocos centímetros del suelo lanzado en persecución de los mercenarios que retrocedían. Nuestras armas ya habían hecho disminuir su número, y también nos habíamos puesto a perseguirlos, aunque Eleena se había quedado junto a Nayl, que estaba tirado en el suelo lanzando imprecaciones.

Me había dado cuenta de algo más en aquel nuevo Cherubael. Ya no se reía. Jamás. Su rostro mostraba un ceño fruncido implacable e inmóvil. No mostraba ninguna señal de estar disfrutando con la matanza.

Me alegré de aquello. Las risotadas que soltaba solían sacarme de quicio.

Sin embargo, iba a tardar bastante en acostumbrarme al nuevo rostro de Cherubael. Una vez instalado en su huésped de carne mortal, el demonio había efectuado sus alteraciones habituales: los pequeños cuernos sobresalientes, las garras, la piel suave y reluciente, los ojos en blanco.

Pero no había logrado borrar por completo los rasgos de Godwyn Fischig.

Mató a los últimos de los mercenarios que nos habían emboscado, excepto a uno que llegó a la pared del desfiladero y al portal dimensional por el que habían salido.

—¡Aguántalo! —le ordené—. ¡Aguántalo abierto!

Cherubael obedeció. Atomizó a ese último mercenario justo cuando el portal se abría y luego mantuvo los brazos abiertos, impidiendo que se cerrara. Incluso para Cherubael, aquello era un tremendo esfuerzo.

—Date prisa —me dijo como si estuviera furioso conmigo. Llegué al portal. No hubo tiempo para que pasáramos todos.

Gustine se lanzó de cabeza y pasó de un salto, y yo les grité a los demás que se quedaran atrás y permanecieran unidos.

Lo último que oí fue un fuerte impacto líquido, que debió de ser el ogrete obedeciendo por fin a la ley de la gravedad.

El portal dimensional se cerró en un instante.

Noté una enfermiza sensación de movimiento veloz, y aterricé encima del cuerpo tumbado en el suelo de Gustine, en un lugar cerrado y que olía a moho.

—¡Ay! —se quejó.

Me puse en pie. Aquella simple acción fue ridiculamente difícil. Estaba sudando a chorros cuando por fin lo logré del todo.

—¿Está bien? —me preguntó Gustine.

—Sí —le repliqué con sequedad.

Lo cierto es que no lo estaba. Me palpitaba mucho la cabeza, y el dolor que sentía en las piernas comenzaba a superar los efectos de los calmantes que se estaban administrando de forma automática desde un dispensador que Crezia me había colocado en la cadera.

—Será mejor que no esperes que te lleve en brazos —me susurró Cherubael, situado a mi espalda.

—No te preocupes. Tu dignidad no se encuentra en peligro.

Desenfundé a *Barbarizadora*. La empuñé en la mano derecha, mientras que en la izquierda sostuve con fuerza mi bastón rúnico.

Avancé a grandes pasos. Oscuridad. Una pared. Me giré. Otra pared.

—¿Gustine?

Encendió una lámpara de campaña, pero no dejaba ver más que paredes negras. No había señal alguna de un techo.

—¿Hasta dónde puedes ver? —le pregunté a Cherubael.

—Hasta siempre —me contestó, flotando a mi lado.

—Vale, muy bien. En términos prácticos, ¿hasta dónde puedes ver?

—Aquí dentro, no demasiado lejos. Puedo ver que esta pared acaba ahí. Hay un hueco más allá.

—Muy bien.

Avancé de un modo lento y pesado. La espalda me dolía mucho donde me habían colocado los implantes, y me sangraba la nariz. Gustine enganchó la lámpara a la guía de la bayoneta de su rifle láser.

Intentó ponerse en contacto con Nayl por el intercomunicador. El aparato estaba muerto y en silencio.

Me esforcé en llegar hasta Ravenor con mi poder mental. Nada.

Dando pesados pasos, seguí avanzando con mis extraños compañeros. El bastón rúnico estaba temblando: detectaba alguna fuente o foco de poder.

—¿Lo sientes? —le pregunté al demonio. Se limitó a asentir.

Decidí que nos encamináramos en aquella dirección.

—¿Se ha dado cuenta de que aquí dentro también podemos respirar? —me comentó Gustine unos pocos minutos después.

—Vaya, no me había dado cuenta de eso —le repliqué. Me frunció el ceño, con un gesto fingido de enfado.

—Me refiero a que el aire está bien, que no hace falta llevar máscaras, ni dentro ni fuera.

—Es así para que nuestros enemigos puedan respirar —dijo Cherubael.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Llegaron aquí los primeros. Penetraron en el interior. Ghül hizo que la atmósfera fuera apropiada para ellos en cuanto sintió que estaban aquí.

—Hablas como si Ghül estuviera vivo.

—Ghül nunca ha estado vivo —respondió—. Tampoco ha estado muerto —añadió tras unos momentos.

Estaba a punto de decirle que explicara un poco más aquella idea alarmante cuando de repente, Cherubael se abalanzó hacia delante, hacia la oscuridad que nos esperaba. Pude distinguir el resplandor de su luz y la descarga de un disparo láser.

Regresó con las garras humeantes por la sangre que las cubría.

—Nos están dando caza —dijo.

He visto maravillas a lo largo de mi vida. También horrores. He presenciado panoramas y espectáculos que han intimidado a mi mente y han empequeñecido mi imaginación.

Nada de todo ello podía compararse al mausoleo situado bajo la superficie de Ghül.

No puedo decir nada sobre su tamaño, excepto utilizar palabras inadecuadas, como inmenso, gigantesco…

No existía nada que se pudiera utilizar para dar una escala. Salimos de los túneles oscuros para llegar a un abismo oscuro que era igual en todos los aspectos, con la excepción de que la oscuridad que antes eran paredes, ahora era inmaterial. Unas diminutas y esparcidas motas de luz, docenas de ellas, salpicaban e iluminaban pequeñas secciones de la parte frontal de una estructura imposible, tan negra y ciclópea como la pared eterna que los antiguos filósofos creían que rodeaba a la creación. El borde del universo. El costado de un ataúd que un dios antiguo había labrado para mantener a la realidad en su interior.

No me gustaría tener que decir qué dios había sido.

El ambiente era cálido y estaba inmóvil. Ni siquiera el aire se movía. Los puntitos de luz mostraban pequeñas partes de un vasto diseño grabado en la parte frontal de un mausoleo. Unos atisbos de espirales, líneas y runas que se arremolinaban unas alrededor de otras.

Allí era donde los disformes habían dejado a su rey muerto para que descansara por toda la eternidad.

Aquélla era la tumba de Yssarile, alrededor de la cual se había formado Ghül en los desconocidos eones anteriores a la aparición del hombre.

Aquélla visión hizo que hasta Cherubael guardara un silencio pasmado. Yo tenía la esperanza de que ese silencio tuviese que ver con el asombro, pero en realidad estaba convencido de que tenía que ver más con un sentimiento de reverencia.

O de temor.

Gustine perdió la compostura. Su mente se negó a aceptar lo que sus ojos estaban viendo. Empezó a sollozar de un modo incontrolable, y cayó de rodillas. Era una imagen penosa vera un hombre tan fornido y valiente reducido a aquel estado.

Lo dejé tranquilo tanto tiempo como me atreví, pero el sonido de sus sollozos llegaba muy lejos en la oscuridad, y me pareció alarmantemente

fuerte. Algunas de las diminutas luces de la pared del mausoleo empezaron a moverse, como si estuviesen descendiendo.

Agarré al sollozante soldado e intenté utilizar mi poder mental para tranquilizarlo.

No funcionó. Ninguna clase de persuasión podía anclar los bordes de su cordura en los puntos en los que se había soltado.

Tenía que ser más duro. Adormecí su conciencia con una potente sonda psíquica y bloqueé su terror, a la vez que inmovilizaba cualquier clase de pensamiento, a excepción de los instintos y las funciones biológicas más básicas.

Nos aproximamos al mausoleo a través de una llanura de piedra que no reflejaba la luz. Cuanto más avanzábamos, más me daba cuenta de lo lejos que estábamos de la estructura de piedra. Evidentemente, era mucho más grande incluso de lo que yo había pensado en un principio.

Hice que Gustine apagara su lámpara de campaña. Sólo teníamos que seguir las pequeñas manchas de luz que había delante de nosotros. Le sugerí a Cherubael que quizá sería mejor que nos advirtiese si la oscuridad a nuestro alrededor se convertía en otra cosa que no fuera una llanura lisa de piedra. Por ejemplo, en un abismo.

La única ventaja de la escala inconcebible del lugar era que nuestros enemigos tendrían una tarea muy ardua para localizarnos y descubrirnos. Había tantísimo espacio donde buscar…

Después de lo que me pareció una hora, todavía estábamos a muchísima distancia de la tumba. Le eché un vistazo a mi cronómetro para calcular con exactitud cuánto tiempo había pasado desde que habíamos accedido al interior de Ghül, pero se había parado. Bueno, no se había parado exactamente. Todavía funcionaba y desgranaba los segundos, pero el tiempo que transcurría no quedaba registrado de ningún modo.

Me acordé del reloj que había en las estancias de Aemos, cuya campana sonaba para marcar la hora en momentos que no tenían ningún sentido.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo, fui capaz de distinguir con mayor claridad las manchas de luz. Unos pequeños puntos blancos arrojando una pequeña luz a su alrededor era lo que nos había parecido.

En realidad, se trataba de lámparas enormes, de tremenda potencia, de la clase utilizada en los campos de aterrizaje o en los campamentos militares. Estaban montadas en aparatos suspensores, y flotaban en varios puntos por delante de la parte frontal del mausoleo. Iluminaban los detalles de la superficie con zonas de luz del tamaño de anfiteatros. Había cuarenta y tres plataformas, cada una con su propia lámpara. Las conté todas.

Había hombres, figuras humanas, en las plataformas. Los hombres de Glaw, de eso estaba seguro. Algunos de ellos serían guardias mercenarios, pero la mayoría de ellos serían adeptos de algún conocimiento arcano embarcados en su causa.

Algunas de las plataformas se movieron lentamente o ajustaron su campo de luz mientras las mirábamos.

Estaban leyendo la pared.

Fuese del modo que fuese que lo hubiera logrado, Glaw había conseguido tener conocimiento de aquel lugar, había descubierto su localización y se había adentrado en su interior para saquear sus viles tesoros. Pero era evidente que sus secretos más profundos seguían eludiendo su atención.

Ese era el motivo por el que deseaba tanto poseer el *Malus Codicium*.

Para abrir la última puerta, para lograr atravesar aquella barrera final.

Una de las plataformas comenzó a ascender en vertical, y la luz de su lámpara iluminó de forma intermitente los relieves de la tumba por los que pasaba. Siguió subiendo hasta que llegó a lo que me pareció que era el extremo superior de la pared. La luz de su lámpara dejó a la vista una zona abierta, quizás una entrada; aunque ¿quién pondría una entrada en la parte superior de una pared sin colocar ninguna clase de escalera o peldaños?

Me reprendí por preguntarme algo así. Los disformes, ¿quiénes si no?

—Glaw está allí arriba —me dijo Cherubael.

Estaba en lo cierto. Podía sentir el hedor que desprendía la mente del monstruo.

Nos apresuramos a cruzar la distancia que nos separaba de la parte inferior de la pared del mausoleo. Varias aeronaves de carga y un par de aerodeslizadores pesados estaban aparcados allí, situados junto a varios montones de cajas de metal llenas de equipo y piezas de repuesto para las lámparas. Era su campamento base.

Nos quedamos a la espera, y comencé a pensar en las diferentes opciones de las que disponíamos.

Casi al mismo tiempo, dos de las plataformas descendieron por la pared hasta llegar al nivel del suelo y bajaron la potencia de sus enormes lámparas. Había unos seis hombres en cada plataforma.

Una de ellas llegó la primera. Dos de los hombres bajaron de un salto y se apresuraron a acercarse a una de las aeronaves de carga. Pude oírlos charlar con los demás hombres de la plataforma. Un momento después, la segunda plataforma se posó con suavidad a su lado.

Pude ver con claridad a los individuos. Iban vestidos con ropas de campaña ligeras o con trajes de supervivencia en ambientes hostiles. Algunos llevaban placas de datos en las manos.

Los hombres que habían entrado en la aeronave regresaron cargando con una caja de piezas de equipo entre los dos. La subieron a la plataforma y empezaron de inmediato a ascender de nuevo por la pared. La lámpara se encendió a toda potencia para comenzar otra vez su trabajo.

—Vamos —dije en voz baja.

Unos cuantos hombres más estaban cargando cajas en la otra plataforma. Eran seis en total, cuatro vestidos con túnicas y dos mercenarios con armaduras que manejaban los controles de la plataforma.

Barbarizadora se encargó de tres de los cargadores con dos rápidos mandobles. Gustine tiró de uno de los individuos por encima del pasamanos de la plataforma y le partió el cuello. Cherubael abrazó a los

dos mercenarios por detrás, y ambos se convirtieron en ceniza que se dispersó en el aire.

Subimos a bordo.

—Prepara la lámpara —le ordené a Gustine.

Estudié con rapidez el panel de los controles de la plataforma y activé el mando de impulsión. El control de subida y bajada era una simple palanca de mando de bronce.

Ascendimos. La pared de la tumba susurró a nuestro lado. Cuando pasamos al costado de las plataformas de trabajo situadas más abajo, Gustine encendió la lámpara y la dirigió hacia la pared.

No podía recordar con exactitud la altura a la que estaba la plataforma antes de descender a por piezas nuevas. ¿Cuánto tardaríamos en pasar de largo el puesto que nos tocaba y que los demás se dieran cuenta de aquello?

Tenía la esperanza de que estuvieran demasiado enfrascados en su trabajo para percatarse de lo que ocurría.

Ya habíamos ascendido dos terceras partes de la pared cuando oímos unos disparos procedentes de otra plataforma, y una lámpara apuntó en nuestra dirección. Lo mismo hicieron otras más de forma casi inmediata, y nos siguieron en nuestro ascenso. Los disparos láser pasaban a nuestro alrededor. Gustine se asomó por encima del pasamanos y respondió al fuego enemigo. Yo seguí haciendo ascender la plataforma.

—¿Quieres que…? —me preguntó Cherubael.

—No. Quédate quieto.

La siguiente andanada de disparos de Gustine destrozó la lámpara de la plataforma que ascendía en nuestra persecución. Surgió una tremenda lluvia de chispas que cayeron como una cascada sobre la superficie de la tumba. Sentí varias sacudidas cuando algunos disparos se estrellaron contra la parte inferior de nuestra plataforma.

Ya casi habíamos llegado.

Aparecimos cerca de la entrada. Era cuadrada, de quizás unos cuarenta metros de lado. Ya había una plataforma flotando en su exterior. No tenía mucho control de los mandos, así que hice que nos estrelláramos contra

ella. Los hombres de a bordo comenzaron a disparar contra nosotros. Había unos cuantos más en el interior en penumbra de la boca de la entrada. Gustine respondió a los disparos. Vi a uno de nuestros oponentes caer y aterrizar de espaldas en la otra plataforma, y luego a otro saltar por encima del pasamanos y perderse en el vacío cayendo como una piedra.

Los disparos láser y los proyectiles sólidos acribillaron nuestra plataforma arrancando trozos del pasamanos y arañando la cubierta. La lámpara se apagó atravesada por un disparo.

Tiré de la palanca de mando y me estrellé de lado contra una de las plataformas enemigas, pero esa vez fue de forma intencionada. Nos pegamos a ella y la empujamos contra la pared de la tumba. El costado de su casco soltó un chorro de chispas con un tremendo chirrido cuando rozó con la pared. Los empujé de nuevo. Nuestros enemigos estaban chillando y disparando a la vez.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Gustine.

Lanzó una granada hacia la boca de la entrada para abrirnos camino.

Se oyó un estallido apagado y vimos un destello, al mismo tiempo que dos figuras salían despedidas por los aires.

Gustine arrojó una segunda granada hacia la otra plataforma, y después saltó por encima del pasamanos hacia la entrada de la tumba, sin dejar de disparar con su rifle láser hacia la nube de humo que allí se alzaba.

Lo seguí, y Cherubael me siguió a mí, flotando a mi espalda.

Me fue muy difícil abrir lo suficiente las piernas para cubrir de un paso el hueco entre la plataforma y la entrada de piedra.

La segunda granada de Gustine abrió un agujero en la cubierta de la plataforma. Se estremeció, y a continuación se desplomó, como un ascensor que bajara descontrolado, envuelta en llamas.

Mucho más abajo, se estrelló contra otras dos plataformas y lanzando al aire personas y restos metálicos.

La sacudida provocada por aquella explosión me llegó en mal momento. Nuestra plataforma se estremeció y se bamboleó como un bote en mitad del oleaje, y yo todavía estaba a mitad de camino, obligando a mis pesadas extremidades a llevarme al otro lado.

Iba a caerme. Sentía que la armazón que me rodeaba pesaba como un ancla, que me arrastraría hasta el fondo.

Cherubael me agarró por debajo de los brazos y me llevó sin problemas hasta depositarme suavemente en la entrada.

Me sentía agradecido, pero no podía encontrar fuerzas para darle las gracias. ¿Darle las gracias a Cherubael? La idea en sí era infame. Aunque también era cierto que la idea de que Cherubael me salvara de un modo voluntario era igual de improbable…

Gustine se estaba abriendo camino desde la entrada. Pudimos ver que era un largo túnel que se ajustaba a las dimensiones de la abertura. Unas cuantas cajas de equipo se encontraban amontonadas al comienzo del mismo, y unos globos de brillo flotaban a intervalos pegados a la pared. Parecía que se extendían hasta llegar muy lejos.

Cuatro o cinco mercenarios y sirvientes de nuestro adversario yacían muertos en el suelo del túnel, y otra media docena estaban más adelante del mismo, disparando para repeler nuestro ataque y echarnos de allí.

Cherubael avanzó hacia ellos y los aniquiló. Lo seguimos, deseé fervientemente poder correr.

El túnel llegaba hasta la otra cara de la pared de la tumba. Echamos un vistazo al interior. Para aquel entonces, yo ya me había quedado completamente anonadado por la escala inhumana de todo lo que nos rodeaba. La tumba era una cripta en la que podía caber perfectamente un continente. Las paredes interiores y el elevado techo de vigas de piedra estaban decorados profusamente con remolinos de escritura y emblemas, y juré que no permitiría que ningunos otros ojos los vieran. Aquélla era la cripta en la que estaba enterrado Yssarile, y las paredes aullaban en alabanza y adoración.

Apenas se podía distinguir nada en la oscuridad que se abría a nuestros pies, pero allí abajo había algo. Algo del tamaño de una gran ciudad colmena imperial. Pude discernir una silueta negra y geométrica que estaba construida con algo que no era ni piedra ni metal, ni siquiera hueso,

pero que parecía todos aquellos materiales a la vez. Era algo repelente. Muerto, pero vivo a la vez. En letargo, pero lleno con el profundo poder dormido de un millón de estrellas.

La barcaza del rey demonio. El impío carruaje de batalla de Yssarile, su instrumento de Apocalipsis, con el cual había destruido las fortalezas y las poblaciones de su propia realidad en guerras demasiado horribles como para ser imaginadas.

El trofeo que buscaba Glaw.

Salimos del túnel iluminado por globos de brillo y llegamos hasta un enorme pedestal de ónice negro que se extendía a partir del borde de la pared interior. En su parte superior se alzaba un bloque, un diente pulido de un mineral de color verde de cuarenta metros de alto, hundido profundamente en el pedestal. Estaba rodeado de grabados de espirales.

Unos cuantos globos de brillo flotaban a su alrededor, y varios instrumentos y herramientas yacían a sus pies. Pontius Glaw en persona había estado estudiando aquel descubrimiento, pero el ruido provocado por nuestra violenta entrada lo había puesto sobre aviso. Estaba alerta, y esperándonos.

Salió de detrás del bloque, tranquilo, casi con indiferencia. Su alto y reluciente cuerpo mecánico era igual que el que había visto en la sesión de espiritismo que realizamos en Promody. La capa de cuchillas tintineaba mientras caminaba. La siempre sonriente máscara dorada seguía sonriendo.

—Gregor Eisenhorn —dijo en voz baja—. El cabrón más insistente de toda la galaxia. Sólo tú podías escarbar, investigar y abrirte paso como fuera con tal de llegar hasta mí. Y todo eso, por supuesto, es lo que hace que te admire tanto.

Avancé dando grandes pisotones.

—¡Cuidado! —me siseó Gustine, pero yo hacía tiempo que había pasado más allá de que toda precaución fuese una prioridad.

Me puse cara a cara con Glaw. Era bastante más ancho que yo y mucho más alto. Su capa de cuchillas tintineó cuando pasó una mano de duraloy perfectamente articulada por la superficie del bloque de mineral verde.

Luego alzó aquella misma mano y la dejó en alto para observarla con atención.

—Magos Bure realizó un trabajo excelente, ¿verdad? Un artesano magnífico. Nunca te podré agradecerlo bastante que me consiguieras sus servicios. Ésta es la mano con la que lo maté.

—En tus manos hay algo más que su sangre, Glaw. ¿Respondes a ese nombre ahora, o prefieres esconderte detrás del pseudónimo de Kanjar el Afilado?

—Cualquiera de los dos me sirve.

—Tu hija no escogió ninguno de esos dos nombres.

Se quedó callado. Si lograba ponerle furioso, quizá podría obligarle a cometer un error.

—María —dijo finalmente—. Tan testaruda. Otra razón para matarte, aparte de las obvias.

Estaba a punto de decir algo más, pero yo ya había esperado más que suficiente. Canalicé mi poder psíquico a través del bastón rúnico y le lancé una fuerte descarga al mismo tiempo que me abalanzaba contra él con la espada en alto.

El ataque psíquico lo hizo retroceder, y se medio giró. Su capa revoloteó desviando el mandoble de *Barbarizadora* gracias a sus múltiples cuchillas. Su giro se convirtió en una vuelta completa y retrocedí para esquivar el reborde letal de su capa de cuchillas.

Gustine se unió a la lucha y empezó a dispararle rayos que simplemente se reflejaron en la reluciente figura de Glaw.

Cherubael llegó procedente del otro lado. Su abrasador ataque chamuscó el metal que cubría a Glaw, y le oí soltar una imprecación. Golpeó a Cherubael con la mano abierta a la vez que le salían unas garras recurvadas por la punta de los dedos.

Las garras abrieron la carne de Cherubael, pero no gritó. Se agarró a Pontius Glaw, y el remolino de poderes psíquicos que burbujeaba en el poco espacio que los separaba restalló en forma de rayos y descargas. El mismo aire crujió y se ionizó. Los danzarines pies de Glaw arrancaron esquirlas de ónice del pedestal sobre el que se encontraba. Intenté

acercarme para asestarle un golpe y ayudar al demonio, pero era como acercarse a un horno al rojo vivo.

Gustine simplemente se quedó mirando, con la boca abierta de par en par. Aquella situación estaba tan lejos de su alcance, tan lejos de los combates que él había librado hasta entonces, que no era ni divertido.

Glaw le propinó un tremendo golpe a Cherubael que lo hizo girar y alejarse por un momento, y lo siguió atacando con una descarga mental que hizo que el demonio se tambaleara en el aire y cayera al suelo. Cherubael se levantó con lentitud, como un jinete derribado, y se elevó de nuevo en el aire.

En aquel breve espacio de tiempo, me uní de nuevo a la lucha e hice que Glaw retrocediera con ataques alternados de espada y de bastón rúnico, al mismo tiempo que mantenía alzada la pared mental más poderosa que podía entre él y yo.

Glaw destrozó mi protección mental en pedazos invisibles, me golpeó con fuerza y me arrancó el bastón rúnico de la mano. Sus cuchillas me laceraron el brazo y me desgarraron la capa.

Reuní todas las fuerzas que me quedaban y contraataqué con *Barbarizadora*, efectuando *ulsars* rotatorios y pesados *sae hehts* que resonaron contra su ondulante capa-armadura. El bastón rúnico había caído fuera de mi alcance.

Me agaché para esquivar un ataque alto del borde de su capa, pero me forcé demasiado. Sentí los enchufes craneales saltar, y oí cómo chirriaban los servomotores colocados en mi espalda. Un dolor agudo me recorrió toda la espina dorsal. Apenas logré esquivar su siguiente ataque. Mi esgrima se convirtió en una serie de frenéticas paradas *tahn feh sar* mientras intentaba retroceder y desviar al mismo tiempo sus garras y las cuchillas de su capa.

Cherubael cargó contra él por la espalda, pero algo lo interceptó en mitad del aire. Vi por el rabillo del ojo a Cherubael trabado en combate cuerpo a cuerpo con una figura incandescente que también estaba flotando en el aire. Se alejaron más allá del pedestal, hacia la inmensidad de la tumba.

—No creerás que eres el único que puede tener una mascota, ¿verdad? —se burló Glaw—. Y mi demonio no tiene su poder restringido como el tuyo. Pobre Cherubael. Lo has tratado tan mal.

—¡Cabrón! —aulló, e hizo girar su capa por debajo de mi guardia.

El grueso metal del armazón que me cubría casi todo el cuerpo desvió lo peor del ataque, pero a pesar de todo sentí que la sangre me salía por unos cuantos cortes.

Trastabillé hacia atrás. El dolor lacerante que sentía en la espina dorsal era lo peor de todo, y estaba seguro de que mi escasa capacidad de movimiento se había visto afectada. Notaba la pierna izquierda pesada, muerta.

Patas de Hierro. Patas de Hierro.

Me atacó de nuevo con sus garras y casi consiguió arrancarme la cara. Logré bloquear su mano en el último momento colocando a *Barbarizadora* entre sus dedos separados y deteniendo así su ataque.

Me empujó de espaldas. Estaba desequilibrado, y sin asidero para mis piernas mecánicas, pesadas y lentas.

Unos disparos láser rebotaron en la cara y en el pecho de Glaw cuando Gustine intentó ayudarme en vano. Glaw hizo una pirueta, un movimiento tan ágil que yo lo hubiera creído imposible en un gigante como él, y su capa cortó el aire casi en horizontal debido a la fuerza centrífuga.

Cientos de veloces cuchillas afiladas como navajas atravesaron a Gustine con tanta rapidez, de forma tan completa, que no se dio cuenta de lo que le había ocurrido.

Una neblina de sangre impregnó el aire. Gustine se deshizo. Literalmente.

Glaw se giró hacia mí. Había perdido de vista a Cherubael. Me encontraba completamente solo.

Y sólo en aquel momento admití que estaba siendo superado. Glaw era casi invulnerable al daño. Veloz, blindado, letal. Incluso en un buen día, habría sido difícil derrotarlo en combate singular.

Y aquél no era un buen día para mí. Iba a matarme.

Él también lo sabía. En cuanto comenzó su nuevo ataque, empezó a reírse.

Aquello me hirió más profundamente que cualquiera de sus cuchillas. Pensé en Fischig, en Aemos, en Bequin. Pensé en todos los aliados y amigos que habían perecido por su culpa. Pensé en lo que su odio me había costado, y en lo que me había costado a mí llegar hasta donde había llegado.

Pensé en Cherubael. Aquella risa me recordaba la de Cherubael.

Lo ataqué con tanta ferocidad y con tanta furia que el filo de *Barbarizadora* quedó mellado y roto. Le lancé estocada tras estocada arrancando cuchillas de su capa tintineante. Lo golpeé hasta que dejó de reírse.

Su respuesta fue un ataque psíquico que me hizo retroceder trastabillando diez pasos. Me salió un chorreo de sangre por la nariz, y la boca también se me llenó de sangre. No llegué a caerme. No le daría ese gusto, pero *Barbarizadora* salió despedida por el aire, aullando, de entre mis dedos flojos.

Me doblé por la cintura apoyando las manos en los muslos, jadeando como un perro. La cabeza me daba vueltas. Pude oírle hacer crujir el ónice mientras se acercaba a mí.

—Habrías ganado ya a estas alturas si hubieras tenido el libro —le dije antes de ponerme a toser para echar la sangre que tenía en la garganta.

—¿Qué?

—El libro. El maldito libro. El *Malus Codicium*. Eso es lo que realmente buscabas cuando enviaste a aquellos asesinos para que acabaran conmigo. Por eso acabaste con toda mi organización y mataste a todos los miembros de mi equipo a los que pudiste alcanzar. Querías el libro.

—Por supuesto que lo quería —me dijo casi con desprecio. Levanté la vista hacia él.

—Ya te habría desvelado el modo de conseguir lo que quieres. Ya habrías acabado con todo este trabajo infructuoso e interminable. Simplemente habrías abierto la tumba y te habrías apoderado del carruaje del demonio. Mucho antes de que nosotros hubiéramos llegado aquí.

—Saborea ese pequeño triunfo, Gregor —me dijo—. Tu pequeña victoria pírrica. Al impedirme tener acceso a ese libro, has añadido unos cuantos meses… quizás años, a mi tarea. El arma de Yssarile será mía, pero has logrado que sea más difícil conseguirla.

—Bien —le dije.

Lanzó una pequeña risa.

—Eres un hombre valiente, Gregor Eisenhorn. Venga, vamos… Haré que sea rápido.

Sus cuchillas tintinearon.

—Entonces —añadí—, supongo que habría estado loco si lo hubiera traído conmigo.

Se quedó completamente inmóvil.

Metí una mano ensangrentada y temblorosa en uno de los bolsillos de mi abrigo y saqué el *Malus Codicium*. Creo que lanzó un jadeo de asombro. Lo sostuve en alto, medio abierto, para que lo pudiera ver bien, y fui pasando sus páginas con los dedos.

—Eres un individuo muy, muy estúpido —me dijo con tono burlón.

—Eso es lo que pensé —le contesté.

Arranqué de un tirón brutal las páginas de la cubierta.

—¡No! —gritó.

No lo escuchaba. Fijé mi mente en el puñado suelto de hojas que tenía en la mano y lo sometí al ataque mental más feroz que pude conseguir. Las páginas se incendiaron casi de inmediato.

Las arrojé al aire.

Glaw gritó de nuevo, de rabia y desesperación. Una ventisca de páginas en llamas revoloteó a nuestro alrededor. Intentó agarrarlas. Se movió como un idiota, como un niño, cogiendo las que podía mientras todavía volaban, procurando recuperar algunas, todas las que pudiera.

Las páginas ardieron. Hojas de oscuridad que flotan como una nube por encima del pedestal consumidas por el fuego.

Logró coger unas cuantas, lo intentó con otro puñado, mientras pisoteaba para apagar las que caían al suelo cerca de él.

No me estaba prestando atención en absoluto.

Barbarizadora se clavó con tanta fuerza que casi le arrancó la cabeza. Unas descargas de electricidad comenzaron a saltar del metal partido. Lanzó un grito ronco y se tambaleó. La espada de Carthae cantó en mis manos mientras le desgarraba el pecho y parte de la capa.

Cayó de espaldas, justo al lado del pedestal, y las garras que salían de sus dedos hicieron chirriar la piedra cuando intentó lograr un asidero sobre el pulido ónice. Lancé otro mandoble, esa vez hacia arriba, y le arranqué la máscara dorada, que salió despedida por los aires hacia el abismo. El interior de su cabeza quedó al descubierto. Los circuitos, los cables, el cristal que contenía su conciencia y su ser, colocado en su receptáculo de conexiones y alambres.

—En el nombre del Sagrado Dios-Emperador de Terra —dije en voz baja—, te proclamo diabolus y aquí cumplo tu sentencia.

Mi propia sangre chorreaba por la empuñadura de *Barbarizadora* mientras la tenía agarrada con los dos puños. Alcé la hoja.

E hice un *ewl caer*.

La espada le partió la cabeza y rompió en mil pedazos el cristal.

El cuerpo metálico de Pontius Glaw se convulsionó, se estremeció de arriba abajo y cayó por el borde del pedestal hasta desaparecer en el abismo, en la oscuridad de la tumba del rey demonio, mientras las cuchillas de su capa seguían tintineando.

Estaba sentado en el pedestal, con la espalda apoyada en la pared de la tumba mientras la sangre formaba lentamente un charco a mi alrededor, cuando apareció una luz en la oscuridad de la bóveda.

Se acercó cada vez más.

Por fin, Cherubael llegó flotando hasta mí. Su cara, sus extremidades y su cuerpo estaban marcados de forma terrible por heridas, quemaduras y cortes.

Levanté la vista para mirarlo. Me resultaba difícil moverme, difícil concentrarme. Tenía sangre en la boca, hasta la tenía en los ojos.

—¿Y el demonio de Glaw?

—Ha desaparecido.

—Me dijo que era más poderoso que tú.

—No sabes lo realmente desagradable que me puedo llegar a poner —me contestó.

Pensé en aquello. Las últimas páginas del libro diabólico habían quedado reducidas a montones de ceniza esparcidos por todo el pedestal.

—¿Hemos acabado aquí? —me preguntó.

—Sí —le dije. Frunció el ceño.

—Voy a tener que llevarte en brazos después de todo, ¿verdad? —dijo con un suspiro.

INFORME ADJUNTO

NOTAS RELATIVAS A LOS PERSONAJES QUE APARECEN EN ESTE RELATO

El inquisidor Gideon Ravenor supervisó la anulación de 5213X, también conocido en otros informes como Ghül, a pesar de los largos debates que se produjeron en el seno del Ordos del sector, no se permitió jamás ningún intento por recuperar un artefacto y cierto material de 5213X. La flota de batalla Scarus, bajo el mando del gran almirante Olm Madorthene, recibió órdenes de aniquilar el planeta en 392.M41. Ravenor continuó sirviendo en la Inquisición durante bastante siglos más realizando muchas hazañas notables, incluida la destrucción del hereje Thonius Slyte, pero la mayor parte de su fama postuma se debe a la calidad de sus escritos, sobre todo la incomparable obra Las esferas del anhelo.

El inquisidor Golesh Heldane logró sobrevivir a la destrucción del Essene en Jeganda. Sus guardias de escolta se vieron obligados a cortarle la pierna para liberarlo y llevarlo de regreso a su nave. Pasó muchos años recuperándose de sus terribles heridas, que precisaron de una reconstrucción biomecánica todavía mayor de la que ya había sufrido. Regresó al servicio activo, pero su carrera resultó malograda por su reputación. Murió, después de ser herido, en Menazoid Epsilon en 765.M4I.

Harlon Nayl continuó prestando servicio en la Inquisición durante muchos años y, junto a Kara Swole y a Eleena Koi, se unió al personal del equipo del inquisidor Ravenor. Sus acciones individuales no se encuentran registradas en los archivos imperiales, aunque se cree que Nayl murió alrededor del 450.M41.

Crezia Berschilde regresó a Gudrun, donde trabajó como Jefa Medicae (anatómica) en la Universitariate de Nueva Gevae hasta su jubilación debida a motivos de mala salud en 602.M41. Varios de sus estudios y tratados sobre cirugía mecánico-reparadora se han convertido en libros de texto.

Medea Betancore regresó a Glavia y se convirtió en la directora del negocio familiar de flete de transportes, un puesto en el que se mantuvo durante setenta años. Desapareció mientras se dirigía hacia Sarum en el 479.M41, aunque numerosos informes posteriores sugieren que sobrevivió más allá de esa fecha.

El Gran Inquisidor Phlebas Alessandro Rorken se recuperó de su mala salud y se convirtió en el Gran Maestre de la Ordos Helicana después de la desaparición de Leonid Osma. Mantuvo el cargo durante trescientos cincuenta años.

Se cree que el inquisidor Gregor Eisenhorn continuó al servicio de su Ordos después de los hechos acaecidos en 5213X, aunque los datos de su vida y de su trabajo registrados a partir de aquella fecha son conjeturas

en el mejor de los casos. Su destino final no ha sido consignado en los archivos imperiales.

No existe ninguna mención registrada del ser conocido como Cherubael.